

UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID

FACULTAD DE GEOGRAFÍA E HISTORIA

DEPARTAMENTO DE HISTORIA CONTEMPORÁNEA



TESIS DOCTORAL

**Protesta colectiva y cambio social en los umbrales del siglo XX:
Madrid 1914-1923**

MEMORIA PARA OPTAR AL GRADO DE DOCTOR

PRESENTADA POR

Francisco Sánchez Pérez

DIRIGIDA POR

Ángel Bahamonde Magro

Madrid, 2002

PROTESTA COLECTIVA Y CAMBIO SOCIAL EN LOS UMBRALES DEL SIGLO XX
MADRID 1914-1923 (I)

Tesis doctoral de D. FRANCISCO SANCHEZ PEREZ,
Departamento de Historia Contemporánea,
Facultad de Geografía e Historia,
Universidad Complutense de Madrid.
Director: D. ANGEL BAHAMONDE MAGRO.
1994

**A mis padres, que están detrás
de todas y cada una de estas líneas**

INDICE

<u>INTRODUCCION</u>	1
<u>Espacio y tiempo en una experiencia investigadora</u>	1
<u>Fuentes y criterios de selección</u>	8
<u>NOTAS</u>	16
<u>I. EL MARCO TEORICO</u>	17
<u>I.1. La contextualización urbana</u>	17
<u>I.2. La historia de los movimientos sociales</u>	21
<u>I.3. Los parámetros del conflicto. Una propuesta metodológica</u>	26
I.3.1. Protesta popular y protesta obrera. La cuestión de las dos formas	26
I.3.2. Artesanos y obreros. Un problema histórico	31
<u>NOTAS</u>	37
<u>II. LA CIUDAD A COMIENZOS DEL SIGLO XX</u>	45
<u>II.1. El desfase entre capital y ciudad</u>	45
<u>II.2. Hacia una redefinición del espacio urbano</u>	50
<u>II.3. Las gentes de la ciudad</u>	56
II.3.1. Un lento adiós a la muerte	56
II.3.2. La segmentación social del espacio	60
II.3.3. Viejos y nuevos servicios. Oficinas y tiendas	62
II.3.4. Los límites de una industrialización: entre la producción en serie y el trabajo bien hecho (I). Maestros, patronos y empresas	66
II.3.5. Los límites de una industrialización: entre la producción en serie y el trabajo bien hecho (II). Oficiales y jornaleros	74
<u>NOTAS</u>	77
<u>PRIMERA PARTE. LAS PROTESTAS DEL PAN</u>	90
<u>III. ¡ABAJO EL PAN!. 1907-1914.</u>	
<u>DE LA "TURBAMULTA REGULADORA"</u>	
<u>AL MOTIN DEL DIA DE SAN PEDRO</u>	91
<u>III.1. El histórico problema de las subsistencias y el justiprecio</u>	92

<u>III.2. El motín de 1907 y la regulación del pan</u>	100
<u>III.3. El fracaso de la regulación y el motín de junio de 1914</u>	108
<u>NOTAS</u>	119
 <u>IV. JUSTICIA DE ARRIBA Y DE ABAJO.</u>	
<u>LA TASA Y LA HUELGA GENERAL: 1914-1917</u>	127
<u>IV.1. Las subidas de los precios y su deslegitimación</u>	127
<u>IV.2. Las tasas y la huelga de 1916</u>	137
<u>IV.3. La huelga de agosto en Madrid: ¿La revolución pasiva?</u>	145
<u>NOTAS</u>	152
 <u>V. LA AGONIA DE UNA FORMA DE PROTESTA.</u>	
<u>CASTIGOS EJEMPLARES Y "NORMALIZACION" (1917-1923)</u>	160
<u>V.1. Una tregua: el kilo de 800 gramos (1918)</u>	160
<u>V.2. Los alcaldes "populares", el motín de 1919 y la tasa perpetua (1919)</u>	163
<u>V.3. El retorno de los socialistas, la "agitación municipal"</u> <u>y las quemas de tranvías (1920)</u>	176
<u>V.4. Hacia la "normalización" (1921-1923)</u>	186
<u>NOTAS</u>	192
 <u>VI. LA PROTESTA DE LAS CLASES MEDIAS CIUDADANAS:</u>	
<u>LOS ALQUILERES</u>	
<u>Y LA ASOCIACION DE VECINOS DE MADRID</u>	199
<u>VI.1. El descubrimiento de un problema secular: el inquilinato</u>	199
<u>VI.2. Primeros pasos del movimiento ciudadano y la tasa de 1920</u>	206
<u>VI.3. La elaboración de un discurso ambiguo</u>	215
<u>NOTAS</u>	222
 <u>SEGUNDA PARTE. LAS PROTESTAS DEL TRABAJO: LA TEORIA</u>	
 <u>VII. LA ORGANIZACION OBRERA DOMINANTE</u>	229
<u>VII.1. Las prácticas y su defensa teórica: cobertura, provisión y prudencia</u>	230
<u>VII.2. Las sociedades de oficio madrileñas hacia 1914</u>	241
<u>VII.3. El diseño de la "refundación" ugetista de 1914-1923</u>	253
<u>VII.4. Los problemas reales de los sindicatos de industria en Madrid</u>	

<u>Un acercamiento</u>	262
<u>NOTAS</u>	270
 <u>VIII. LAS HUELGAS DE 1914-1923. UN ANALISIS DE LAS CIFRAS</u> . .	280
<u>VIII.1. La cesura de 1919/20. Cambios en las magnitudes</u>	280
<u>VIII.2. Cambios en los resultados</u>	288
<u>VIII.3. Cambios en los sectores industriales</u>	292
<u>VIII.4. De la huelga profesional a la protesta colectiva</u>	301
<u>NOTAS</u>	304
 <u>TERCERA PARTE. LAS PROTESTAS DEL TRABAJO: LA PRACTICA</u>	307
 <u>IX. LA NUEVA HEGEMONIA:</u>	
<u>DEL GRAN RAMO DE LA CONSTRUCCION A</u>	
<u>LA FEDERACION LOCAL DE LA EDIFICACION</u>	308
<u>IX.1. Los lock-out de la anteguerra y los proyectos de unidad</u>	309
<u>IX.2. La atonía de la guerra y las huelgas de taller</u>	316
<u>IX.3. Presión sobre el Estado y diálogo unitario:</u>	
<u>las comisiones de 1918 y 1919</u>	327
<u>IX.4. El virus de las ocho horas y los problemas de la unidad.</u>	
<u>Nace "El Baluarte"</u>	334
<u>IX.5. El horizonte de la huelga general (I): el lock-out de 1919-1920</u>	344
<u>IX.5.1. Líneas de fuerza y factores endógenos</u>	344
<u>IX.5.2. El desarrollo: del cierre contra el Gobierno</u>	
<u>a la confabulación de los contratistas</u>	356
<u>IX.6. El horizonte de la huelga general (II): la huelga en tres tiempos de 1920</u>	363
<u>IX.6.1. El "arrastre" de los albañiles</u>	363
<u>IX.6.2. Las iniciativas del metal y la madera</u>	368
<u>IX.7 El horizonte de la huelga general (III): la FLE</u>	
<u>y la rebeldía de los albañiles</u>	372
<u>IX.7.1. Nace la Federación. El rechazo de los "sin oficio"</u>	372
<u>IX.7.2. El fracaso organizativo de la huelga de 1921</u>	380
<u>IX.8. Tiempos de pugilato. La expansión de la FLE</u>	
<u>y las resistencias (1921-1923)</u>	386
<u>IX.8.1. Las obras de "París-Madrid"</u>	386

IX.8.2. El Sindicato de la Madera	392
IX.8.3. La agitación de los "sin oficio" y el ataque a los canteros	396
IX.8.4. Balance. Un blindaje unitario del mundo de los oficios	405
<u>NOTAS</u>	408

X. LA HEGEMONIA IMPOSIBLE: LOS PANADEROS

<u>Y SU SINDICATO</u>	432
<u>X.1. Semblanza de un colectivo: entre el liderazgo y la marginación</u>	432
<u>X.2. Sociedades hermanas divorciadas. El contrato de 1913</u>	437
X.2.1. Un contrato gremial	437
X.2.2. El cerco a Candeal. La alternativa unitaria	446
<u>X.3. Cuatro huelgas generales. Confabulación y sindicalismo (1919-1920)</u> . . .	451
X.3.1. La primera (febrero de 1919). Un pie forzado	451
X.3.2. La segunda (noviembre de 1919). El intervencionismo público y el Sindicato de las Artes Blancas	457
X.3.3. La tercera (mayo de 1920). "La Fortuna" y el tope del sindicalismo de oficio	462
X.3.4. La cuarta (nov.-dic. de 1920). Crisis táctica	471
<u>X.4. Unidad y paz (1921-1923): ¿un sindicato modelo?</u>	477
<u>NOTAS</u>	486

XI. LA VIEJA HEGEMONIA Y LAS ESENCIAS: LAS IMPRENTAS . . 507

<u>XI.1. El orgullo del "grano de mostaza"</u>	507
<u>XI.2. Un liderazgo perdido y añorado</u>	513
<u>XI.3. Un intento de puesta al día:</u> la huelga general de Artes Gráficas (1919-1920)	521
<u>XI.4. Mar de fondo y fracaso de la idea industrial (1920-1923)</u>	529
<u>NOTAS</u>	534

XII. FUERA DE LA HEGEMONIA: LOS REFRACTARIOS

<u>Y LOS PROBLEMATICOS</u>	545
<u>XII.1. El transporte urbano: lacayos y proletarios</u>	545
XII.1.1. La tradición. Los cocheros	546
XII.1.2. Los recién llegados. Los chauffeurs	549
XII.1.3. Los independientes. Los tranviarios	553
<u>XII.2. Confección y producción prefabricil: obreras a la huelga</u>	559

XII.2.1. Añejos y recién llegados. Zapateros y sastres	562
<u>XII.3. Entre el mandil y el cuello duro: los dependientes del comercio</u>	568
XII.3.1. El padre-patrón y la vida en la tienda	568
XII.3.2. De la dispersión asociativa a la heterodoxia táctica	571
<u>XII.4. Dependientes de oficina y empleados de banca</u>	579
XII.4.1. De la clandestinidad a los Libres	579
XII.4.2. Una huelga de bisoños: agosto de 1923	583
<u>XII.5. El salario del Estado</u>	588
XII.5.1. Presión corporativa y juntismo (1914-1918)	588
XII.5.2. La tentación de la huelga (1918-1922)	593
XII.5.3. El especial caso de los carteros	597
<u>NOTAS</u>	601

CONCLUSIONES. LA DIVERSIFICACION DE LA PROTESTA

COMO PARADIGMA DE LOS CAMBIOS SOCIALES:

UN RELEVO HISTORICO 619

FUENTES Y BIBLIOGRAFIA 633

APENDICE DE CUADROS 677

INDICE DE CUADROS

CUADRO 1. POBLACION EN MADRID POR DISTRITOS 1915-1920 . .	678
CUADRO 2. POBLACION EN MADRID POR ACTIVIDADES EN 1920	679
CUADRO 3. PRECIOS AL POR MENOR EN LA PLAZA DE MADRID. 1914-1924	682
CUADRO 4. NUMEROS INDICES DE PRECIOS AL POR MENOR EN LA PLAZA DE MADRID 1914-1924	685
CUADRO 5. PRECIO DEL TRIGO, HARINA Y PAN EN MADRID DESDE 1914 A 1923	686
CUADRO 6. ALQUILERES EN MADRID (1910-1920)	689
CUADRO 7. ESTADISTICA DE COMERCIOS DEL AYUNTAMIENTO DE MADRID EN 1924	690
CUADRO 8. ESTADISTICA INDUSTRIAL DEL AYUNTAMIENTO DE MADRID EN 1924	695
CUADRO 9. NUMERO DE INDUSTRIALES DE MADRID Y SU PROVINCIA ENTRE 1914 Y 1923	704
CUADRO 10. SOCIEDADES ANONIMAS CON DOMICILIO SOCIAL EN MADRID SEGUN EL ANUARIO FINANCIERO 1921-24	724
CUADRO 11. PATRONOS EN MADRID CIUDAD Y RATIO OBREROS/PATRONO EN 1920	728
CUADRO 12. ESTADISTICA OBRERA DEL AYUNTAMIENTO DE MADRID EN 1924	729
CUADRO 13. PRINCIPALES OFICIOS POR DISTRITOS EN 1924	734
CUADRO 14. DURACION DE LA JORNADA EN MADRID EN MARZO DE 1919	737
CUADRO 15. DATOS DE SALARIOS Y JORNADA SEGUN EL AYUNTAMIENTO DE MADRID, 1919-1923	742
CUADRO 16. INFORMACION ACERCA DEL MERCADO DEL TRABAJO EN MADRID CAPITAL (1920)	748
CUADRO 17. MOVIMIENTO DE SALARIOS EN MADRID: 1914-1923	752
CUADRO 18. MOVIMIENTO DE SALARIOS-HORA EN LA PROVINCIA DE MADRID SEGUN EL SEXO Y LA CATEGORIA DE LOS OBREROS (1914-1925)	755

CUADRO 19. MOVIMIENTO DE SALARIOS-HORA EN LA PROVINCIA DE MADRID POR INDUSTRIAS (1914-1925)	756
CUADRO 20. NUMEROS INDICES DE SALARIOS REALES EN LA PROVINCIA DE MADRID EN GENERAL Y EN ALGUNAS INDUSTRIAS (1914-1925)	760
CUADRO 21. ENTIDADES PATRONALES EN MADRID CAPITAL EN 1919, CON FECHA DE CONSTITUCION, NUMERO DE SOCIOS Y OBREROS OCUPADOS, Y RATIO OBREROS/SOCIOS	761
CUADRO 22. ASOCIACIONES OBRERAS EN LA CASA DEL PUEBLO EN 1914	766
CUADRO 23. ASOCIACIONES OBRERAS DE LA CASA DEL PUEBLO 1915-1919	772
CUADRO 24. ENTIDADES OBRERAS EN MADRID EN 1919, CON FECHA DE CONSTITUCION Y NUMERO DE SOCIOS	783
CUADRO 25. SOCIEDADES OBRERAS EN MADRID 1919-1923	792
CUADRO 26. SECCIONES DE LA UGT EN MADRID 1920-1922	810
CUADRO 27. HUELGAS, HUELGUISTAS Y JORNADAS EN MADRID PROVINCIA, 1914-1923	817
CUADRO 28. DURACION Y DIMENSIONES DE LAS HUELGAS EN MADRID CAPITAL, 1914-1923	820
CUADRO 29. HUELGAS DE MAS DE 200 TRABAJADORES EN MADRID CAPITAL, 1914-1923	822
CUADRO 30. HUELGAS DE MAS DE 50 DIAS EN MADRID CAPITAL 1914-1923	825
CUADRO 31. RESULTADOS DE LAS HUELGAS EN MADRID CAPITAL 1914-1923	827
CUADRO 32. RESULTADOS DE LAS HUELGAS EN MADRID CAPITAL RESPECTO A SU DURACION Y DIMENSIONES 1914-1923	828
CUADRO 33. HUELGAS EN MADRID PROVINCIA POR INDUSTRIAS 1914-1923	829
CUADRO 34. HUELGAS POR INDUSTRIAS EN MADRID PROVINCIA 2	830

CUADRO 35. DATOS DE TAMAÑO Y DURACION DE LAS HUELGAS EN MADRID CAPITAL POR INDUSTRIAS	837
--	------------

CUADRO 36. RESULTADOS DE LAS HUELGAS EN MADRID CAPITAL POR INDUSTRIAS	838
--	------------

AGRADECIMIENTOS

En las antiguas leyendas griegas a cada monstruo se le solían atribuir varios padres. Este sólo tiene uno, pero muchos padrinos, hermanos y primos lejanos y todos se merecen un sentido tributo que oscila francamente entre lo intelectual y lo sentimental. Sin Angel Bahamonde, Jesús A. Martínez y Luis Enrique Otero esta tesis jamás se habría comenzado ni terminado. Ellos son los "culpables" de ella por lo tanto, como mis mentores y amigos mientras subía y bajaba. Antonio Fernández fue el primero, durante mis cursos de Doctorado, que me presentó "personalmente" a Madrid y algunas de sus claves. Mi agradecimiento por esto y por otras cosas. Un grato recuerdo para María Carmen García-Nieto, Carmen del Moral Ruiz y Guadalupe Gómez-Ferrer que se preocuparon durante todo este tiempo de la marcha de este embarazo intelectual que sufría. Y otro para José Sánchez Jiménez por ser la primera persona, que yo recuerde, que sin conocerme previamente leyó un trabajo mío (¡y hasta le gustó!) y para Julio Aróstegui, que confió en mí. Santiago Castillo y Manuel Pérez Ledesma en su día me hicieron ciertas sugerencias que me han sido muy útiles para roer el hueso con el que me enfrentaba. A Julián Toro Mérida le agradezco su gran conocimiento de la historia madrileña.

Con respecto a mis compañeros de viaje, Eugenia Domínguez -un verano en el largo invierno-, José Carlos Rueda, Isabel Bartolomé, José Luis Domínguez y Pilar Asenjo, mi más sentido pésame por haber tenido que aguantarme durante todos estos años mis extraños humores, chácharas y otras varias extravagancias, e infinitas gracias por sus ánimos y sugerencias. También deben aparecer aquí Rosa Sánchez y José Melero, a los que robé su tiempo y, sobre todo, su espacio. Agradezco asimismo las molestias que hubieron de tomarse tantos y tantos empleados a los que sometí a acosos y peticiones inverosímiles, y a los Directores de la Biblioteca Nacional, Hemeroteca Municipal, Archivo de Villa, AHN de Salamanca, Fundación Pablo Iglesias, Biblioteca Histórica Municipal, Biblioteca Regional, Biblioteca del Ministerio de Trabajo, AHN de Madrid y Servicio Histórico Militar. Y un recuerdo especial para María José Méndez y la Cámara de Comercio. Por último, un saludo para los del Trillo, que me han visto crecer personalmente, y para Arturo Barea por escribir lo que escribí.

INTRODUCCION

Este análisis propone una interpretación de la protesta colectiva que Madrid acoge y protagoniza en una década de señalados conflictos e inestabilidad como la que precede a la Dictadura de Primo de Rivera. Más concretamente, vamos a abordar la forma en que importantes grupos de hombres y mujeres de extracción social media y baja abordaron tal protesta en una gran ciudad, la ejercieron, desarrollaron, organizaron y se expresaron a través de ella. Hasta qué punto cuando lo hacían recogían experiencias previas, las cambiaban y creaban otras nuevas y, en cierta medida, qué buscaban y qué lograban a cambio.

Espacio y tiempo en una experiencia investigadora

Partimos de una idea motriz de carácter general impulsora de la investigación en que se sustenta el trabajo. Esta reside en pensar que el estudio de un conflicto o acto de protesta cualquiera, siempre que se repita lo suficiente y/o sea apoyado por un número significativo de personas, enmarcado en una época y un contexto determinados, nos suministra riquísimos y a veces sorprendentes datos sobre unas inquietudes, problemas y formas de ver la sociedad que compartieron muchas personas en el pasado. Y también sobre cómo tales visiones se alteraban con el paso del tiempo. Bastantes de los datos que aquí se revelan y de las sugerencias que aquí se hacen, difícilmente pueden obtenerse de otro modo que acercándose al conflicto social, por muy incómoda y peliaguda que resulte su existencia en unos casos y su estudio en otros.

Pero hay que subrayar lo de una interpretación, porque en esta investigación han tenido que limitarse forzosamente los enfoques y variables explicativas múltiples que el tema puede recibir, los tipos de conflictos y con ellos quienes se movían tras ellos, y por supuesto el marco geográfico y el cronológico. Sobre las dos primeras cuestiones, hablamos de la protesta, como si fuera un ente único en el que una multitud se ha puesto toda de acuerdo con unos objetivos muy determinados. Nada más lejos de nuestra intención. Si aquí se usa el singular y no el plural es porque se ha atendido a lo que,

para los contemporáneos y para la mayor parte de la historiografía, era el meollo del conflicto social del momento: la rebelión de las masas, que suponía el caos para unos y la esperanza para otros. Tema que se planteó con toda virulencia durante este período en toda Europa, y con sus peculiaridades, en España, y por supuesto en Madrid. Por ello, entre toda la amplísima gama de conflictos que la sociedad vive en estos años, aquí se ha prestado especial atención a los que suponen protestas explícitas de los de abajo, se les identifique -o explique- como una turba o multitud, como el pueblo de Madrid, como sus grupos o clases populares, como trabajadores y obreros, o como la clase obrera y el proletariado. Protestas que les enfrentan más o menos abiertamente con los intereses de otros colectivos y/o con las autoridades y poderes públicos, dependiendo de las dimensiones de aquellas. También se ha prestado atención a colectivos que se autodefinían o eran motejados como de clases medias, en la medida en que compartían algunas formas de protesta de las que aquí se sugieren.

También ya hemos repetido un par de veces la palabra forma rehuendo la palabra causa. Esto es una opción consciente, un poco herética quizá si se considera a la Historia como una ciencia de "primeros principios", pero la consideramos justificada. Explicar las causas de una protesta de esta envergadura puede resultar sencillo: deseos colectivos de mejorar las condiciones de vida y trabajo, de mejorar social y económicamente, de acceder a mayores cuotas de poder social o político, o a nuevos derechos, o todo esto al mismo tiempo. La coyuntura política del país de clara descomposición y debilidad en esos años y las alzas de precios suministraban un caldo de cultivo idóneo de descontento. Esta explicación casuística, sin olvidarla, a veces puede resultar perogrullesca: la causa de un motín es el hambre y las malas condiciones de vida, las de una huelga el deseo de aumentar el jornal y las malas condiciones de trabajo. Este trabajo lo podríamos haber consagrado a demostrar cuán malas eran todas estas condiciones, que en muchos casos lo eran y mucho, pero nuestra teoría es que esto no empuja mecánicamente a ningún colectivo a protestar o a organizarse y por tanto lo que se pretendían causas sólo son presupuestos o puntos de partida, que además no siempre están fundamentados.

Con la sana intención de enriquecer el porqué de un comportamiento colectivo nos hemos sumergido en el ámbito de la protesta misma. Y aquí es donde se termina la unanimidad del término "protesta". Por estas páginas pasan protestas masivas y minúsculas, que suscitan gran apoyo y gran controversia, de solidaridad y de un profundo egoísmo, de un pueblo y de una clase, de oficio, de industria y de barrio, para que bajen los precios y para que suban los salarios, contra el Gobierno y contra un maestro de taller, contra patronos y contra obreros, que están surgiendo y que tienden a desaparecer, de blusas y de levitas, organizadas y espontáneas, pacíficas y violentas, y en definitiva por el pan, por el trabajo y hasta por el Poder. Reducir esta complejidad aparente a un discurso lineal o a una causa omnicomprensiva resulta tentador pero tan peligroso como pretender que todos y cada uno de los conflictos que aquí se abordan son totalmente diferentes y no existen vínculos ni nexos entre ellos. El necesario equilibrio entre la relativa sincronía y coincidencia de la protesta y la multiplicidad, riqueza y contradicciones de las protestas ha tratado de presidir este relato. Aunque aquí no se aborda una tipología hasta el infinito de los conflictos de la ciudad, podemos avanzar que existen dos formas dominantes de protesta que dan cierta unidad a nuestra historia, y que nos van a ser muy útiles porque están a medio camino entre la unanimidad y la dispersión: el motín, paradigma de la protesta tradicional, popular (del pueblo bajo) y preindustrial y la huelga, que lo es de la moderna, obrera (de la clase) e industrial. Hasta qué punto se cumplen estos tópicos o se barajan los adjetivos es, pensamos, uno de los atractivos de estas páginas.

En el inicio de esta investigación, opinábamos que un estudio de las formas de la protesta colectiva nos podría suministrar porqués algo más olvidados sobre el comportamiento de la sociedad y que justificaban el trabajo de elaborarla y realizarla. ¿Por qué unas protestas se hacen dominantes y otras son desplazadas?, ¿por qué determinados colectivos son adeptos a las organizaciones o a formas concretas de ésta y otros son tan refractarios?, ¿hasta qué punto los patronos que los madrileños utilizan para protestar también dan forma a sus peticiones -a veces no expresas-, aunque los objetivos sean muy otros?, y otras cuestiones de este cariz podían ser cuando menos abordadas, con todas las limitaciones que todo trabajo de este tipo impone. También creemos que por esta vía se percibe, y

hasta se vive, el comportamiento reivindicativo de unos sectores sociales como son los trabajadores y elementos populares de una forma más directa, que apelando al discurso y propaganda política y sindical o a niveles de precios y salarios, no elaborados por ellos en definitiva. Dentro de lo indirectos que son todos los testimonios escritos cuando se está hablando de los de abajo, si se atiende a cómo se comportan estos en momentos determinados, quizá obtengamos una buena información sobre qué pensaban o su nivel de coincidencia con el discurso político, social o sindical dominante.

Tal programa justifica a mi entender el tema y el enfoque general, pero ¿por qué Madrid?, ¿por qué 1914-1923 y no otras fechas?. Resulta un poco obvio señalar que la potencialidad de un tema y de un enfoque se diluyen si utilizamos un espacio y un tiempo inadecuados. En este sentido lo que arriba se propone parece que gana fuerza cuanto mayor es el espacio geográfico que abarcamos y cuanto más amplio es el período estudiado. Un estudio nacional o internacional de onda o tempo largo parece que sería más adecuado que uno urbano y local en una coyuntura bastante concreta. Creemos sinceramente que un estudio macro puede establecer conclusiones de mucho más peso, un marco general y teórico de mayor impacto y hasta elevarse a las alturas de la ciencia histórica. De hecho casi siempre pretende establecer leyes o tendencias para grandes estructuras, procesos amplios, comparaciones enormes, parafraseando una conocida obra¹, pero con él también se corre el riesgo de naufragar estrepitosamente sin una buena base empírica y se tiende a olvidar muchas peculiaridades que no encajan en los floreos teóricos y tienen esa incómoda y conocida inclinación a salirse del encuadre. Comprendiendo que un estudio micro puede quedarse en el puro y simple caso único, la mera sugerencia provinciana y la cortedad de horizontes, pasamos a la defensa del nuestro, con el presupuesto subjetivo de que no pierde tanto potencial como parece a simple vista.

Madrid se la describe en el segundo capítulo de mi análisis, pero es bastante sabido que no es precisamente ni un ejemplo de ciudad conflictiva durante la Restauración -si de disturbios vamos a hablar- ni de una ciudad industrial -si es que pretendemos hablar de huelgas-, ni lo era para los contemporáneos ni lo ha sido por lo general para los historiadores. En los dos sentidos la atención

prestada para Barcelona, la ciudad española que ejemplarizaba ambas facetas de forma más abundante, ha sido muy superior. También por el grado de virulencia de la protesta o por ser considerada representativa del nuevo proletariado industrial existen trabajos monográficos bastante importantes sobre Asturias, el País Vasco -cuencas industriales- y Andalucía -campo y ciudades sacudidas por la convulsión-. Por lo mismo no resulta extraño encontrar referencias a huelgas en zonas mineras o a motines de subsistencias rurales. Frente a ellas, y con alguna excepción como el famoso artículo de Antonio Elorza en Estudios de Historia Social de 1981, puede decirse que historiográficamente las protestas populares y obreras de la capital en los decenios anteriores a la guerra civil han resultado unas completas desconocidas hasta la aparición de los trabajos de Santos Juliá para los años treinta, cuando el conflicto obrero ya es prácticamente el protagonista absoluto. Madrid siempre ha sido la cabeza de un movimiento obrero político, y por lo tanto es la sede de los congresos, los debates parlamentarios, el escaparate de campañas nacionales que supuestamente nada tienen que ver con lo que pasa en la ciudad y de poderosas asociaciones sindicales o de oposición al sistema -como la Casa del Pueblo-. Pero la ciudad-cabeza también tiene un cuerpo de conflictos que tiene una meridiana influencia nacional, cuerpo que conserva unas importantes lagunas en su conocimiento anatómico².

Esta carencia resalta más si valoramos la importancia de Madrid en el conjunto de las ciudades españolas. No sólo porque aquí se cuece y dirime la dirección de todo un país, con todo lo que esto comporta, sino porque dentro de lo minoritaria que es toda manifestación urbana -en un sentido cuantitativo- en la sociedad española del momento, el peso de tal urbe sin duda resulta bastante determinante. Con respecto a lo primero, aún hoy es fundamental lo-que-ocurre-en-la-corte como "espejo" del país y la imagen que deja sobre las autoridades, las élites dirigentes y los medios de comunicación que en la ciudad residen; con muchos más argumentos lo era en 1914 ó 1919. Por otra parte, como sede del poder público, llamado a corregir, intervenir o deslegitimar procesos sociales y económicos enteros, Madrid resulta un caso único de relación de las protestas colectivas con el poder estatal e institucional en su sentido más amplio. Este contacto con el Estado y sus representantes no es abstracto ni lejano, sino vecinal, asumido durante generaciones, por un pueblo acostumbrado

a convivir con él -llámese Rey, Corte, Gobierno o Parlamento-. Hasta tal punto que hasta los poderes locales -el municipal sobre todo- están fuertemente mediatizados por el anterior.

Sobre el peso de la sociedad y economía madrileñas, y ahora que parece revisarse definitivamente la visión prometeica de la industrialización, cabría pensar hasta qué punto el pequeño comercio, los pequeños talleres, las clases medias vergonzantes, los menestrales cualificados o la industria de la construcción, y lo que todo esto supone, no son tan o más representativos de la sociedad urbana española -y quién sabe si de la industrialización misma- como el textil, la minería, la siderurgia o la banca. De todo aquello que bastante abusivamente y por resumir podemos llamar mundo de los oficios, Madrid es un ejemplo señero y como tal lo que allí pasa puede resultar bastante ilustrativo para conclusiones de más largo alcance.

En cuanto al período cronológico, viene dado por sus pasos contados, por lo que antes se sugería. Si hay una etapa especialmente conflictiva en la vida de la ciudad y en toda España es el de los años anteriores a 1923, por lo que resulta más llamativo su olvido con respecto a Madrid. No desde luego ni para España ni para el movimiento obrero en general, sobre los que hay una densa literatura, lo que convierte el período señalado en un "clásico" en nuestra historia. Por lo general, esta etapa es conocida como la de la "crisis de la Restauración", caracterizada por multitud de convulsiones sociales y políticas que acosan a la monarquía de Alfonso XIII y terminan con su sistema político. Para su designación se suele coincidir en la fecha terminal, cuando la "estabilización" y "normalización" política y social parecen haber concluido, aunque los efectos de esta crisis de legitimidad y de Estado llegarían hasta 1939, pero no así con la primera de ellas, muy diluida historiográficamente en nuestro país por no haber entrado España en la Primera Guerra Mundial. Esta fecha, de reconocido prestigio internacional como inicial del siglo XX propiamente dicho -el que suplantaría el modelo liberal clásico por la democracia de masas-, sigue teniendo fuertes resistencias en España, donde bien se retrotraen los cambios y la crisis hasta 1898, 1902, 1909 ó 1912 o bien se opta por una coyuntura conflictiva más concreta centrada entre 1917, o incluso 1919, y 1923.

Como se verá en mi exposición, 1919-20, un bienio de oleadas huelguísticas en Madrid, podría apuntarse como el de la decisiva ruptura en las pautas de protesta urbana de la ciudad. Pero como aquí queríamos contraponer de algún modo lo que existía antes de esa fecha con lo que habra después nos hemos tenido que retrotraer a procesos anteriores. La fecha de 1914, con la que comienza la guerra y sus efectos en la ciudad, que van a suministrar el vehículo decisivo para la protesta, tiene quizá un contenido más económico que cualquier otro. En la medida sin embargo en que a partir de entonces se entra en una dinámica inflacionista y en un proceso de industrialización acelerado tiene mucho peso en nuestra historia.

Lo cierto es que conviene apuntar que para la historia de la ciudad sea más relevante una fecha cualquiera entre 1907 y 1912, y de hecho en casi todos los casos me he tenido que remontar a alguna de ese abanico -aunque no siempre la misma- y a procesos anteriores. El problema se plantea en qué según el subtema escogido la fecha es diferente porque este sexenio aglutina muchos inicios: en 1907 estalla el "motín regulador", padre de los de 1914 y 1919 y se inicia un proceso significativo de regulación política del precio del pan a través del convenio firmado en ese año; en 1908 se abre la Casa del Pueblo de la calle de Piamonte, motor de una parte importante de la protesta; durante esos años comienza a discutirse seriamente la posibilidad de un paro general en Madrid, y a nivel nacional las grandes huelgas industriales comienzan su puesta de largo (de 1910 a 1913), con el caso claro de la de albañiles de Madrid de 1911, primer apunte del futuro; en otros planos, 1910/11 es el año en que se inicia la Gran Vía y aparece el primer Plan del Extrarradio, dos hitos básicos de la ciudad. La disparidad de significados de estas fechas -y alguna otra- y las dudas para elegir una concreta, me hicieron inclinarme finalmente por 1914, considerando la guerra como un suceso mucho más unificador en mi historia que cualquiera de los otros, sin que su estallido suponga un cambio radical con un antes y un después. Con ello se perfila una década decisiva para un cambio en la ciudad que explicaría ese salto cualitativo del Madrid de las pedreas y los tipógrafos de fin de siglo -el que sugería Carmen del Moral hace veinte años- al de las huelgas generales de industria y los albañiles de los años treinta -el que S. Juliá retrataba hace diez- que está sin colmar.

Fuentes y criterios de selección

Antes de pasar a comentar qué fuentes ha empleado este autor, debemos hacer una modesta precisión metodológica, al hilo de una puntualización sobre los términos emic y ethic en historia, que hacía hace algunos años el profesor Pérez Ledesma³. En el equilibrio entre una perspectiva y otra - la emic nos conduce a describir los acontecimientos tal y como lo harían, y con su lenguaje, los contemporáneos que los vivieron, presentando el valor real que tenían para ellos; la ethic "desvela" conceptos y comportamientos sociales del pasado a la luz de los conocimientos, y del lenguaje, actuales, de los que los agentes bien pudieron ser perfectamente inconscientes en su momento-, aquí se ha optado fundamentalmente por la primera en lo que respecta a las acciones de los de abajo -como pueblo o como obreros asociados-, pero por la segunda cuando se trata de explicar el discurso político dominante -sobre todo entre las élites dirigentes de los obreros-. Es decir, en lugar de pensar que el discurso que aspira a dirigir la protesta es la realidad -que no necesita explicación- y el comportamiento de la base es la ficción -que sí la necesita, "desvelandola"- aquí nosotros hemos optado por lo contrario, más que nada para explicar la inadecuación entre una cosa y la otra que nos ha llamado la atención desde el momento en que comenzamos esta investigación. Por ello esta perspectiva emic general se convierte en ethic desde el momento en que no asume los argumentos con que las organizaciones de clase ya entonces -y mucha historiografía después- interpretaban el comportamiento de los trabajadores -el que les agradaba y el que les desagradaba- pese a ser coetáneos tanto unos como otros. Eso no quiere decir ni mucho menos que los trabajadores careciesen de una visión social y política propia o que no compartiesen algunos o bastantes de los presupuestos ideológicos -o de las actitudes- de sus mentores, sino que vamos a correr el riesgo de "divorciarlos" de estos, para rescatar en la medida de lo posible una realidad más original, y quizá más verosímil, de los de abajo.

Esta propuesta estaba condicionada por las fuentes disponibles y su validez para los propósitos que se perseguían. Conocido es el problema de las fuentes documentales, generalmente no procedentes de gente anónima, sino de instituciones, Estado, élites sociales y culturales, etc. En el caso de los

obreros organizados se trata por lo general de la documentación de las propias élites que ellos segregan: a saber, las cúpulas de los sindicatos, las actas de los congresos, los debates ideológicos de su prensa o de prensa afín. A falta de testimonios directos de asociados anónimos que nos darían una visión al ras, hemos buscado en una documentación "intermedia", la de las sociedades obreras de oficio y federaciones locales madrileñas, un excelente elemento de intermediación entre la organización y los sentimientos de descontento mismos de sus afiliados. Esta documentación se halla en el Archivo Histórico Nacional-Sección Guerra Civil de Salamanca, y dentro de él preferentemente en la Sección Político-Social de Madrid, sin ningún criterio organizativo, puesto que se encuentran legados de distintas sociedades juntos en los mismos legajos o cajas, así como de distintos temas y épocas. Sabido es el origen incautador de este archivo y la destrucción del concepto original de esta documentación, aunque la Fundación Pablo Iglesias ha auspiciado la publicación de gufas que nos han ahorrado mucho tiempo para localizar lo que buscábamos. Aquí se ha prestado una especial atención a las Actas de las Juntas y Asambleas generales y Juntas Directivas -que suelen ser más estereotipadas y protocolarias estas últimas- de las sociedades más representativas del tejido obrero madrileño. En ellas y en el curso de los temas cotidianos y de organización se deslizan discusiones que revelan la idiosincrasia y rivalidades de estas sociedades entre sí y que nos acercan mucho más a motivos de protesta de los afiliados que pueden resultar chocantes o sorprendentes, así como a la percepción que muchos trabajadores tenían de la industrialización de la ciudad. También se han empleado gran cantidad de Estatutos de sociedades, muy reveladores sobre los cambios "ideológicos" que se operaban en algunas.

Aunque hay carencias -la más saliente para esta época son las actas del Arte de Imprimir que terminan en 1910- se han suplido con publicística contemporánea -el libro de J. J. Morato por ejemplo- y sobre todo con los boletines y publicaciones periódicas de las sociedades obreras madrileñas. Estas tienen evidentes deficiencias: ni se conservan por supuesto series completas de todas para este período ni a todas las ha respetado el tiempo -por ejemplo, La Vanguardia de Peones sabemos positivamente que existía entonces y sólo hay números desde 1929-. El grueso de éstas, y

de otras publicaciones socialistas menores que suelen recoger opiniones y puntos de vista sobre conflictos sociales y obreros -Acción Socialista, La Internacional, Vida Socialista, etc.-, han sido consultadas en el propio Archivo -en la "Sección Revistas"-, en la Hemeroteca Municipal, en la Sección de publicaciones periódicas de la Biblioteca Nacional, y en el Archivo/Biblioteca de la Fundación Pablo Iglesias. En este último sitio también se consultaron las Actas del Comité Nacional desde 1919 y de la Ejecutiva desde 1914, así como la reforma de los Estatutos que aborda la UGT en esta época, más que nada para contrastar su espíritu con la realidad del momento. También en algún caso específico, reseñado en el texto y en la recopilación final, se han consultado prensa de inquilinos y de funcionarios como organizaciones de clase media (Ciudadanía de la Asociación de Vecinos de Madrid)⁴.

En estos mismos centros, a los que hay que unir la Biblioteca de la Cámara de Comercio de Madrid, se han estudiado publicaciones periódicas patronales y de las Cámaras -de Comercio, Industria y de la Propiedad, para el tema de los alquileres-, así como memorias de gestión y actividad o anuarios de estas y otras organizaciones (p. ej. el Círculo de la Unión Mercantil y Defensa Mercantil Patronal), no sólo por cotejar el "otro punto de vista" en las huelgas y conflictos -que sorprendentemente en algunos casos es muy comprensivo y coincidente-, sino porque se suministran datos estadísticos de gran valor sobre la ciudad en este momento, en materia de asociaciones y de subsistencias, que me han sido de extrema utilidad. En cualquier caso la atención prestada a la prensa gremial patronal ha tenido que ser limitada porque el tema de este trabajo no pretendía ser la conocida versión de la lucha-clase-contra-clase, sino cómo ejercían la protesta los trabajadores organizados y sin organizar. Aún así cabe decir que existió un manifiesto descontento entre los pequeños y medios comerciantes e industriales -gran mayoría en Madrid-, que compartían algunas de las quejas de los muy próximos a veces operarios y oficiales suyos, y estamos bastante seguros que la diversidad y complejidad de sus comportamientos era tan grande como la de aquellos. Los trabajos de Fernando del Rey me han sido en este sentido de una gran ayuda.

Para el tema de las subsistencias y otros datos estadísticos de la ciudad además de por Anuarios y otras fuentes similares de relativa periodicidad, -la mayoría, aunque con ausencias lamentables, en la Biblioteca del Instituto Nacional de Estadística- destacaremos el Boletín del Instituto de Reformas Sociales, auténtica Biblia sobre la legislación -y sobre el proyecto de legislación- sobre el Precio y el Salario en este período, así como las muy conocidas publicaciones del IRS, entre ellas la Estadística de huelgas, cuya serie completa entre 1913 y 1923 -por extravíos, robos o negligencias, que no está muy claro- hube de reconstruir entre la Biblioteca del Ministerio de Trabajo (que estaba en obras y traslado con un caos memorable cuando yo acudí) y la Biblioteca del Departamento de Derecho del Trabajo de la Facultad de Derecho de la UCM, en un trabajo cuasidetektivesco.

En estos centros además, consulté prensa local y nacional de interés general, fuente inacabable de datos y que suministra información a veces microscópica sobre protestas de otro modo irrecuperables, ofreciendo además sugestivas interpretaciones de los propios contemporáneos. Aunque se ha usado preferentemente El Socialista -que no siempre informa de sociedades obreras que no le son afines ni de comportamientos que no aprueba- y prensa republicana y liberal para según qué temas -El País, El Globo, El Liberal, El Sol o La Libertad- también hemos leído y visto las crónicas del ABC, paradigma del conservadurismo, para muy especialmente motines populares y violencia callejera.

La visión que aquí se ofrece sobre los disturbios y motines en relación con las subsistencias, transporte y alquileres, es tan "intermedia" como la que hemos propuesto para los obreros organizados. Aquí, a las carencias por abajo se suman las de arriba. Amén del eco que llegaba a las sesiones de Cortes de determinados motines madrileños y de la obsesión por el orden público que emana de la pobrísima información que se encuentra en el Archivo Histórico Nacional (Gobernación Serie A) con respecto a Madrid, o de los escasos datos que hemos obtenido del Servicio Histórico Militar, Sección Archivo General Militar (2a.-4a.), pocas visiones más de la clase política y autoridades pueden alegarse. En ese sentido nos ha resultado mucho más operativo descender al nivel local municipal, un nivel "intermedio" que funciona en este momento como el punto de fricción entre

el poder estatal -el alcalde y sus tenientes eran elegidos de Real Orden y el intervencionismo y preocupación del Ejecutivo por la Villa y Corte era constante- y el poder popular -concejales de oposición a la búsqueda de votos, más permeabilidad a las protestas de la calle, y durante 1918-1922 con las alcaldías "populares", incluso francas tendencias a la agitación y al plante colectivo-. En definitiva era el encargado último de ejecutar la política de subsistencias, hacer valer los "precios políticos" y las tasas, abastecer la ciudad y detentar un poder paternalista ante el pueblo de Madrid -"el padre alcalde"-, metiendo a los gremios en cintura. Por ello, y con las limitaciones existentes -ni existen monografías sobre el abastecimiento, y otros muchos problemas, de la ciudad en este siglo, ni sobre la vida política y dinámica municipales-, aquí se han relacionado abiertamente las protestas urbanas con los temas locales -que son casi siempre el detonante del malestar-. Las fuentes empleadas, amén de otras citadas, han sido las suministradas por la Biblioteca Histórica Municipal -los fondos bibliográficos del Ayuntamiento- y la Biblioteca Regional -los de la Diputación-, que me han suministrado un arsenal de ordenanzas, reglamentos, proyectos, estadísticas y debates varios sobre el problema de los alimentos y los precios en particular y otros de carácter urbano en general. Inapreciable guía me ha resultado el Boletín del Ayuntamiento de Madrid. Esta información se ha completado con obligadas consultas al Archivo Histórico de Villa, Sección de Secretaría, para determinados debates municipales -que se recogen en esta documentación con toda su crudeza, imprecaciones y demás, y no con la versión aséptica que da el Boletín, que se limita a dictámenes y votaciones-, bandos originales, y aspectos de la industria panadera y gremio tahoneril que me resultaban incomprensibles hasta ver informes de carácter "interno". La narración de los motines procede de la prensa general, aunque la valoración y enfoque que aquí se hace es por supuesto estrictamente personal y no es imputable a la pluma, a veces magnífica, de los cronistas y reporteros que veían -directamente o escuchando el rumor, tan valioso en estos casos como mito, como la realidad misma- consternados, abrumados, estupefactos o entusiasmados lo que ocurría a su alrededor.

Para terminar, nos queda advertir de la estructura de este trabajo. El primer capítulo está consagrado a encuadrar historiográfica y metodológicamente el análisis que aquí se ha abordado del

conflicto social urbano e informa del marco teórico en que se desenvuelve. Está elaborado a partir de un diálogo directo entre la realidad concreta que se ha abordado, los problemas que planteaba su estudio y el estado de la cuestión sobre el particular. Un segundo capítulo, a guisa de proemio, se encarga de ofrecer una panorámica sobre la ciudad en la segunda década del siglo, atendiendo a algunos de los problemas generales que tenía planteados (urbanísticos, demográficos, socioeconómicos) de muy antiguo, remontandonos al pasado decimonónico cuando lo hemos considerado necesario, y algunos nuevos que empiezan a aparecer ahora. En este cañamazo se inscriben las formas de protesta colectivas que estudiarnos a continuación.

El siguiente apartado aspira a desarrollar esta cuestión y está consagrada a encuadrar y explicar -contextualizar- los motines que periódicamente se repiten en la ciudad (1907, 1914, 1919, 1920) en el seno de una pugna secular por el control de los precios y los alimentos con el leit-motiv de la legitimidad y quién tiene el poder para ejecutar ésta como trasfondo general. Este hilo de Ariadna también nos aproxima a una visión original sobre las huelgas generales de 1916 y 1917 tal y como se desarrollaron en Madrid. En este sentido se trata de una historia a tres bandas -actitudes de las autoridades/actitudes populares/actitudes de las élites dirigentes de los obreros- con la política de subsistencias y el poder municipal, y a veces el estatal, en el centro. Para terminar, y como coda, se explica un caso particular de participación de las clases medias como tales en este tema, proponiendo un modelo ciudadano de protesta frente a la carestía de los alquileres, una nueva aportación en la pugna, no menos antigua, pero ahora mucho más explícita, de los inquilinos por el control de la vivienda -o del suelo-.

A continuación una tercera parte se desenvuelve en el proceloso mundo de los oficios, es decir el pueblo madrileño como trabajador y no como consumidor, y su pugna por el control y el poder sobre los salarios y el lugar de trabajo, bien a través del maestro o patrono, bien a través de la intervención directa del Estado. Como existían unos pastores y una organización obrera dominante en la ciudad se ha dedicado un capítulo a las ideas generales que los inspiraban, el tipo de sociedades que

auspiciaban y los cambios que hicieron en éstas -como programa y a grosso modo- durante 1914-1923, es decir a la luz de una protesta obrera "nueva" cada vez más evidente. Aunque hemos tratado de que no se perdiese la sincronía entre las huelgas que aquí aparecen, y que terminan por unirse en un haz en 1919-20 (oleada huelguística), hemos optado por explicarlas y explicar lo que ocurre de acuerdo a la visión y perspectiva que tienen de tales conflictos los distintos colectivos de trabajadores, cada uno con su personalidad y su idiosincrasia particular, que como se verá -la sociedad de masas no es más que un horizonte- sigue siendo marcadísima y mucho mayor que la que pueda haber hoy en día, aún existiendo. Se ha prestado la mayor atención posible a los obreros no organizados y a los que se reputaban como amarillos (como se verá había importantes colectivos refractarios y que amarilleaban), aunque no siempre me ha sido dado conocer bien todos los casos.

Para subsanar en parte esta pérdida de visión unitaria y para satisfacer -de forma muy modesta- a aquellos que consideran que no hay historia seria sin números y porcentajes interrumpimos el relato para hacer hablar a las estadísticas oficiales sobre las huelgas. Aunque tienen lagunas evidentes para 1919 y 1920 -cuando el trabajo se acumula- esta fuente es válida por lo que a Madrid municipio se refiere. Otra cosa son las interpretaciones que se puedan hacer de los datos. Aquí se apuntan varias sugerencias sobre lo que las escuetas cifras cuantitativas nos apuntan. Aunque esta parte aparenta ser algo más árida, hemos hecho un esfuerzo para que los números resulten atractivos y no referencias positivistas anodinas. Como es bien sabido por sí solos no dicen nada en temas sociales, pero los capítulos posteriores creemos los iluminan definitivamente. Tras cada cifra tenemos a personas y colectivos bastante variopintos.

En ese sentido una primera atención la recaban los obreros de la "gran construcción" (edificación, metal y madera), que adquieren su protagonismo y liderazgo indiscutidos en la ciudad a partir de ahora. Bien podría decirse que también su visión de la protesta y su manera de concebir las huelgas ocupa un abusivo primer plano. Como el resultado es que de aquí van a surgir las mayores concentraciones sindicales del momento -la Federación Local de la Edificación, "El Baluarte", el

Sindicato de la Madera, luego Federación Local de Obreros de la Madera-, que por su peso casi convierten la calle Piamonte en su sede particular, se les ha prestado una atención especial en nuestra interpretación. Después se pasa a los panaderos, protagonistas fundamentales de los cuatro pináculos (o cuatro dientes) de la oleada 1919-20, con un papel muy peculiar entre un liderazgo imposible y una marginación secular, y a los de Artes Gráficas, promotores de la organización madrileña y reducto de las esencias del pasado.

Estos tres sectores son las columnas del obrerismo madrileño, pero junto a ellos se encuentran los imposibles -también los peones, los sin oficio de la construcción se encuadrarían probablemente aquí-, es decir, colectivos de trabajadores refractarios al sindicalismo ortodoxo de la Casa del Pueblo y a las tácticas o formas que desde allí se propugnan, en todo o en parte. Los del transporte (tranviarios, cocheros y chauffeurs), los de la confección (mujeres en su mayoría y con trabajo a domicilio), los dependientes de comercio y banca (trabajadores de cuello duro) y los funcionarios (¿obreros o clase media?) definitivamente no terminan de ajustarse al modelo y aquí se los explica desde ellos mismos y no desde lo que en la calle de Piamonte se decía o pensaba de ellos. Lo de los funcionarios no es más que una modesta aproximación a un fenómeno mucho más acotado por Francisco Villacorta pero que me parecía ineludible como ejemplo de una contribución de las clases medias o profesionales al movimiento huelguístico -como lo hacían al de las subsistencias-. En cualquier caso se aborda algo más que en su obra -de donde estaban bastante ausentes- el problema de los carteros, mucho más proletarizados y que, pese a todo, tampoco cuadran en los esquemas piamontinos.

El apéndice de cuadros no es tal, puesto que no se trata de un añadido decorativo, sino que es citado en el texto en multitud de ocasiones, y sus datos explican e ilustran lo que en él se dice. Sin estos cuadros esta investigación quedaría etérea hasta extremos peligrosos. Algunos han sido complicados de obtener, otros no son muy conocidos, y los que lo son, a veces tampoco han sido usados muy adecuadamente, otros más por último me han resultado difíciles de diseñar o elaborar.

NOTAS

1. La obra con ese título es de Charles Tilly, Madrid, 1991.
2. El artículo de Elorza, "Socialismo y agitación popular en Madrid (1908-1920)", en Estudios de Historia Social, 18-19, julio-dic. 1981, pp. 229-261. De Santos Juliá el más conocido de entre varios publicados es Madrid, 1931-1934. De la fiesta popular a la lucha de clases, publicado en Madrid, 1984.
3. En la obra colectiva La crisis de la Restauración... (ed. por J. L. García Delgado) en 1986, pp. 417-429.
4. Existe algun caso puntual de boletines en al menos que yo sepa dos centros extranjeros: el Instituto Internacional de Historia Social de Amsterdam, donde se hallan siete u ocho números de El Dependiente Español, el órgano de la Federación Nacional de la Dependencia Mercantil, de 1913-14, y que ya analizó Gloria Niefra en sus trabajos, y un número del año 1918 del Boletín Oficial de la Asociación General del Arte de Imprimir; y la Biblioteca Histórica de Bochum en Alemania, donde hay que yo sepa tres números de 1921 y 1923 de El Trabajo, el órgano de la Federación Local de la Construcción, que no creo me proporcionen más información que las propias -e ingentes en número de páginas- actas de la propia FLE, de su Comité Ejecutivo y del Pleno de Delegados.

I. EL MARCO TEORICO

Este trabajo se enmarca en una tradición de investigaciones que le han precedido en dos ámbitos muy concretos: el de la historia urbana, y de Madrid en particular, y el de la historia social, cuya rama más clásica y sobredimensionada se ha solido identificar con el estudio del movimiento obrero, el cual es a priori un protagonista importante de estas páginas. En este último ámbito, y por el carácter central que el conflicto social y la protesta colectiva tienen en nuestro análisis, hemos tenido que recurrir en buena parte a la crítica y discusión de ciertos postulados teóricos y metodológicos frecuentes entre los historiadores de los movimientos sociales, por parecernos ineludible tal tarea desde el momento en que hacemos una propuesta particular para el estudio del caso madrileño y su conflicto.

1.1. La contextualización urbana

Comenzando por el principio, las perspectivas micro que hemos adoptado nos limitan el espacio físico de nuestro relato a una gran urbe, lo cual nos introduce de pleno en lo que se ha dado en llamar historia urbana. Esta investigación bucea en algunas dimensiones sociales -como beneficiarias de la instancia económica y la política- que se consideran relevantes para la configuración histórica de Madrid y por ello la etiqueta está hasta cierto punto justificada. Ahora bien, si se atiende a la exposición que uno de los mayores especialistas en esta materia, Angel Bahamonde, hacía recientemente de las líneas y resultados de esta corriente historiográfica, parece franca la tendencia a equipararla con una historia de las ciudades como entes autónomos. De hecho, el balance de estos últimos años arroja un resultado claramente favorable hacia la historia urbanística y en conexión con ella a la de las élites sociales y económicas que promueven el crecimiento o controlan la propiedad de estas urbes¹. Nosotros reivindicamos la presencia de otras capas sociales en las ciudades como un importante factor de influencia en la determinación final de la personalidad de éstas. Esta cuestión en cualquier caso no es sólo de una vía, sino que tiene dos direcciones: el problema también existe entre los estudiosos de los movimientos sociales urbanos, que a veces tienden a despreciar el marco local

que rodea a estos, sin relacionar ambos mundos. En este sentido quizá en una "historia de la sociedad urbana" encontraría mi relato un mejor acomodo².

Antes de que se hablase de historia urbana, por supuesto ya existía una historia de Madrid, Villa y Corte, en los siglos XIX y XX. Pero su saldo solía quedarse en las lindes de la historia literaria y periodística, sin ir más allá, con contadísimas excepciones al menos hasta finales de la década de los setenta -probablemente los trabajos de Capella y Sánchez Trasancos sobre la industria, y los del Madrid barojiano que luego se citan-. Entre esos años, cuando Angel Bahamonde y Julián Toro hablaban del erial que suponía la historia de la ciudad, sobre todo la del siglo XX³, y el momento actual, con la muy recientemente aparecida Historia de Madrid, dirigida por Antonio Fernández, y probablemente la primera que abarca su historia desde distintos ángulos, recogiendo el trabajo de muchos especialistas -y a la que hemos contribuido muy modestamente-, es cuando se ha dado el gran salto cualitativo por número de obras y tesis doctorales aparecidas⁴.

Como este salto es tan reciente, pueden apreciarse, si se atiende a los especialistas que el índice de esta última obra recoge, algunos de los autores que lo han desarrollado, bastantes de los cuales han trabajado en el Departamento de Historia Contemporánea de la Universidad Complutense de Madrid. Mojoneros importantes en este camino, en lo que a la historia del primer tercio del siglo se refiere, han sido las actividades auspiciadas -y obras publicadas- por el Instituto de Estudios Madrileños -con su revista propia, Anales-, muy concretamente los ciclos de conferencias del Aula de Cultura del Ayuntamiento de Madrid, sobre todo los últimos, dedicados al Madrid del siglo XIX y del primer tercio del XX (1981-85 aprox.), uno de los primeros intentos serios de dar una visión múltiple y rigurosa del Madrid contemporáneo por muy distintos especialistas. A ellas hay que añadir los varios Coloquios de Historia de Madrid auspiciados por Alfiz y la Comunidad Autónoma, destacando especialmente, en lo que a esta investigación se refiere, el tercero, sobre la sociedad madrileña de la Restauración (1876-1931), dirigido por A. Bahamonde y Luis Enrique Otero, y cuyas actas aparecieron en 1989 y ofrecen una sucesión de monografías y estudios de valor inapreciable. Junto

a esto cabe mencionar las investigaciones auspiciadas desde el ámbito de la geografía sobre el crecimiento urbano y la localización industrial (Dolores Brandis, Isabel del Rfo, Ricardo Méndez, María Eulalia Ruiz Palomeque, Rafael Mas, José Estebáñez) para completar este repaso de focos principales de investigación⁵.

Bien de manera independiente, bien nutridas por estos núcleos, destacaremos además algunas importantes obras sobre Madrid cercanas al período y tema que nos ocupa que nos han sido sumamente importantes por varios motivos. En cualquier caso, el auténtico estado de la cuestión sobre el Madrid de estos años se recoge en el texto y notas del segundo capítulo. Así, este relato, amén de con los ya citados, tiene un tributo con el Madrid barrojiano que se describe en las obras de Soledad Puértolas y Carmen del Moral, el pequeño comercio estudiado por Gloria Nielfa, las formas y maneras del abastecimiento como las relatan Concepción de Castro (hasta el XIX, pero con datos de mucha utilidad), David R. Ringrose (en sus estudios sobre el Madrid imperial) y Antonio Fernández, los trabajos de este último sobre la población, el análisis colectivo que A. Bahamonde, Jesús A. Martínez Martín y Fernando del Rey han hecho sobre la Cámara de Comercio madrileña, los trabajos de J.R. Alonso Pereira (sobre el desarrollo de la ciudad) y Paloma Barreiro Pereira (sobre la vivienda social) y la tesis doctoral de José Carlos Rueda sobre el Madrid de 1900 (de 1993), leída en la Universidad Complutense⁶.

He dejado para el final deliberadamente algunos trabajos que hacen referencia directa a lo que aquí se relata, aunque sólo el segundo podría ser catalogado realmente como un trabajo de "historia urbana". Por ello los citaremos directamente. Dos fueron mencionados en la introducción: "Socialismo y agitación popular en Madrid (1908-1920)", de Antonio Elorza y Madrid, 1931-1934. De la fiesta popular a la lucha de clases, de Santos Juliá⁷. Otro son tesis doctorales, inéditas que yo sepa, de Santiago González Gómez, El asociacionismo obrero en Madrid a principios del siglo XX, que en realidad es una historia de algo que sucede en la ciudad, pero sin implicarlo en las tradiciones de ésta, y de Alejandro Tiana, Educación de la clase obrera madrileña en el siglo XX (1898-1917).

que informa de condiciones de vida, alfabetización y ambiente cultural⁸. El primer trabajo de los citados es uno de los pocos que relaciona abiertamente el problema de las subsistencias, el discurso socialista y los movimientos sociales de la ciudad en esta época en un atractivo relato, abriendo unas expectativas que no tuvieron continuadores. En verdad existen al menos dos interesantes memorias de licenciatura sobre el Madrid de 1919 y 1920 de María del Pilar Parraga y Matilde González Serrano respectivamente (leídas en la UCM en 1981), que ofrecen una visión panorámica del clímax de la ciudad en este momento⁹.

La obra de Santos Juliá, aunque para los años treinta, proponía un modelo explicativo para el conflicto social de la ciudad, con muy diversas variables -el tipo de asociaciones patronales y sindicales, el desarrollo de la urbe, el momento político, etc.-, y un planteamiento claramente renovador entre lo que se consideran historias "del movimiento obrero". En cualquier caso, el paso de "una fiesta popular" a "una lucha de clases" -y su imagen plástica o instrumento, la huelga general de industria-, que aquí se resume en una coyuntura que no llega al quinquenio, pensamos que para concretarse tan deprisa necesita unos antecedentes y un currículum, que sin embargo han sido poco analizados -como bastante desconocidas eran las huelgas de este período que él reconstruye por otra parte-.

Y es que a Madrid siempre se le ha prestado atención preferente dentro de las tradicionales historias del movimiento obrero, pero no por lo que en ella acontecía, sino porque una de sus vertientes históricas, la socialista, y por extensión de ésta, identificación a veces abusiva, las sociedades obreras de la UGT, tenían en ella su capital. En este sentido se inscribe la tesis de Santiago González, eminentemente descriptiva, aunque útil para conocer el tejido sindical sobre el que se basa la Casa del Pueblo con el cambio de siglo. Esta visión de la ciudad-sede es muy característica de la historia social y de la del movimiento obrero en particular, vertiente que ha prestado una gran atención al período que aquí se estudia, y que pasamos a repasar.

1.2. La historia de los movimientos sociales

Entre las ramas del tupido árbol de la historia social, árbol con una copa prácticamente sin límites, este relato se inscribe en aquello que se llama, a veces como sinónimo del primer término, pero no siempre, historia de los movimientos sociales, entendidos estos como "intentos colectivos de efectuar cambios en determinadas instituciones sociales o crear un orden totalmente nuevo"¹⁰. Como es sabido y en buena parte, a estos movimientos se les identificó de forma muy preferente con la nueva clase obrera industrial emergente y así desde muy temprano (años veinte y treinta de este siglo) esta historia, con vocación de ser contada desde abajo y desde la sociedad -no desde el poder político y del Estado- fue cuasiequivalente a la crónica de las andanzas del movimiento obrero. A éste se le percibía como el equivalente emancipatorio en lo político y social de la "nueva historia" en lo académico y científico. Aquí en España, y por la vía de la militancia y simpatía obrera o del informe social o sociológico -y aún en la historiografía "profesional"-, parece claro que ya existían estudios de ese tipo antes de la guerra civil. Nosotros, de los muchos citables, rendimos especial tributo -y simpatía, que viene a ser lo mismo- a dos: La cuna de un gigante de J.J. Morato (original de 1925), único intento serio que yo sepa de hacer una historia de una sociedad obrera madrileña desde dentro y desde abajo -es decir desde el punto de vista de la militancia y con amor evidente a lo que se historia- y a la vez desde fuera -desde un punto de vista bastante crítico con la dirección-, y una obra, que en realidad es una novela histórica -o una historia novelada-, la celeberrima trilogía de La forja de un rebelde de Arturo Barea (de los años cuarenta de este siglo). Este relato, que va más allá de la simple literatura, ofrece un punto de vista anónimo y vivido sobre el movimiento social que representa la España del primer tercio de siglo desde la visión de uno más, porque por muy intelectual y propagandista que sea Barea lo que escribe resulta una historia desde abajo contada por un outsider, de un valor incalculable¹¹.

Pero sin duda, es con el franquismo, y tras las visiones que el régimen consiente sobre un movimiento al que considera derrotado y reprimido -las de García Venero o Comín Colomer-, cuando la historia del movimiento obrero, tras el descubrimiento de lo social por Vicens Vives o Jover

Zamora, se convierte en una verdadera historia de oposición política. Esta militancia antifranquista, y el profundo olvido obligado de parte de nuestro pasado, convertía casi inevitablemente estos estudios en historias políticas de congresos, proclamas, partidos y sindicatos en donde los intereses de la clase son identificados sobre todo con un discurso ideológico. De esta clase no sólo no se duda lo más mínimo sobre su existencia, sino que sólo aparece por lo general cuando aparecen las organizaciones que dicen representarla. Es decir, puestos a elegir, se elige el modelo de El proletariado militante de Anselmo Lorenzo (original de 1901-1923 y reeditado en 1974, y que es sobre todo una historia congresual) antes que La cuna de un gigante (reeditado diez años después). Esta visión que podemos llamar "tradicional" desde mediados de los sesenta fue la predominante de las visiones del movimiento obrero al menos hasta la transición democrática y configuran la etapa pionera y probablemente la más abundante de los estudios de este orden en España. El balance resulta abrumador y aquí sólo destacaremos algunos nombres. Quizá el más relevante -y simbólico- sea el de Manuel Tuñón de Lara, que probablemente es el autor de la obra más ambiciosa dentro de ese tipo de historia -con su monumental El movimiento obrero en la Historia de España de 1972-, y que preside con su figura toda esta etapa -con los coloquios de Pau- y la viene a cerrar con su homenaje en la UIMP en 1980, luego editado como Estudios de Historia de España (en dos vols.). Junto a él Jordi Maluquer de Motes, Fernanda Romeu, Josep Fontana, Miquel Izard, Casimir Martí, Josep Termes, Clara E. Lida, V. M. Arbeloa, José Álvarez Junco, Antonio M. Bernal, Manuel Ardit -los dos últimos sobre la lucha campesina sobre todo-, Antonio Elorza, J. Connelly Ullman -desde el anticlericalismo- Carlos Seco Serrano -desde una perspectiva más conservadora- y Joaquín Romero-Maura -desde el de la historiografía política de tradición whig- se acercaron al movimiento obrero y campesino del período anterior a 1914 desde distintos ángulos¹². Y para el primer tercio del siglo, amén de los citados, los trabajos de Gerald H. Meaker y Carlos Forcadell sobre la expresa coyuntura de la guerra y postguerra, Juan P. Fusi -para el País Vasco-, David Ruiz -para Asturias-, Albert Balcells, Xavier Cuadrat y Antonio Bar Cendón -para el sindicalismo catalán; el primero director además del volumen colectivo Teoría y práctica del movimiento obrero en España (1900-1936) en 1977-, Antonio María Calero, Jacques Maurice, Terma Kaplan y Antonio M. Bernal -para

Andalucía-, Juan José Castillo para el sindicalismo amarillo e incluso la obra de un contemporáneo a los hechos, Amaro del Rosal, sobre la UGT. Añadiremos dos clásicos trabajos para este período, 4aún estar vinculados a la historiografía del movimiento obrero, como los de J.A. Lacomba sobre 1917 y de García Delgado, Roldán y Muñoz sobre la economía española durante la guerra¹³.

A finales de la década de los setenta comienza a detectarse una presión por romper este estrecho camino abriéndose hacia los "movimientos sociales", las clases subordinadas en su generalidad, no sólo las conscientes y no sólo los representantes políticos de estas últimas, y otros fenómenos culturales, mentales y antropológicos que estudien colectivos sociales más amplios. Hitos como la aparición de la revista Estudios de Historia Social -prolongando la labor de la Revista del Trabajo- en 1977 o la valenciana Débats en 1982 marcan esta tendencia. 1982 de hecho es probablemente un punto de inflexión en esta inclinación hacia una "historia social del movimiento obrero" -es decir más de los militantes, si es que militan, y menos de los dirigentes-. Esta nueva inclinación viene sugerida tanto por el cambio político -final de la transición, llegada del PSOE al poder, normalización democrática-, como por nuevas polémicas historiográficas. Ese año aparece el famoso artículo/manifiesto de José Álvarez Junco y Manuel Pérez Ledesma en la Revista de Occidente, "Historia del movimiento obrero. ¿Una segunda ruptura?"¹⁴, que propone teóricamente un replanteamiento de la cuestión. Desde la tribuna de la revista En Teoría, después Zona Abierta, se profundiza en esta cuestión. Este impulso lo siguen los trabajos de Manuel Pérez Ledesma sobre la organización ugetista de principios de siglo -recogidos en El obrero consciente preferentemente (Madrid, 1987)- y los de Santos Juliá, más centrados en la Segunda República.

Aunque resulta muy simplificador hacer estas divisiones, lo creemos necesario para entender la evolución del tema y cierta claridad expositiva. En cualquier caso, los autores arriba citados siguen en plenitud de facultades y en muchos casos han revisado sus propios métodos y de los que ahora voy a citar varios remontan sus investigaciones a antiguo, y quizá no sean tan revisionistas como pueda parecer. Pero sin duda puede decirse que en estos últimos diez años, y en líneas generales, ningún

autor ha permanecido totalmente inmune a la profunda revisión que ha sufrido el concepto "movimiento obrero". El signo de los nuevos tiempos lo marcan los Encuentros de Historiadores de los Movimientos Sociales en Valencia, la aparición como consecuencia en la misma ciudad de la revista Historia Social (1988), escaparate de debates, polémicas y nuevas tendencias, así como el surgimiento de la Asociación de Historia Social (1989), que celebra un Primer Congreso/Debate en Zaragoza (1990) cuyas actas muestran otra interesante panoplia¹⁵. En líneas generales en un balance de la última década, en lo que a nosotros nos interesa, se encuentran los trabajos de Santiago Castillo sobre el primer socialismo, y el volumen colectivo sobre prensa obrera en Madrid que coordina junto a Luis Enrique Otero, ya citado, los de Pere Gabriel sobre el sindicalismo mallorquín (más antiguo que esta cota cronológica) y el catalán, Lucía Rivas sobre el primero de Mayo, Adrian Shubert, Angeles Barrio y Enrique Moradiellos sobre Asturias, José A. Piqueras y Salvador Forner sobre Levante, Marfa Dolores Ramos sobre Málaga, Michel Ralle, que enlaza el mundo y cultura de los oficios con el movimiento socialista, Paloma Biglino sobre socialismo y cuestión agraria, Luis Arranz sobre la escisión tercerista, Colin M. Winston sobre el sindicalismo libre, y el análisis del mundo de las relaciones industriales/laborales y el mundo del trabajo que han hecho Ignacio Olábarri (para Vizcaya y para el conjunto nacional) o Alvaro Soto Carmona. Amén de trabajos regionales para la Rioja, Córdoba, Aragón, etc., y el muy reciente estudio sobre los trabajadores del País Vasco de Luis Castells, aparecido en diciembre de 1993¹⁶.

Signo de los nuevos tiempos es la atención prestada a otros temas sociales, que afectan a nuestro tema, pero que se distinguen notablemente de los trabajos anteriores: los trabajos de Carlos Serrano, Alfonso Ortí, y Ramir Reig, sobre todo, sobre el populismo o el blasquismo (más el Lerroux de Alvarez Junco); el estudio de Palacio Morena sobre el Instituto de Reformas Sociales; el estudio del pistolero de León-Ignacio; el paternalismo patronal que ha estudiado José Sierra Alvarez en Asturias; las organizaciones patronales investigadas por Mercedes Cabrera para los años treinta y Fernando del Rey para el período 1914-1923; y el movimiento de clase media de esta época al que se ha asomado Francisco Villacorta -que coincide con los anteriores en el leit-motiv del

corporativismo-. Por último, reseñaremos algunas síntesis generales que merecen la pena destacarse como la Historia del socialismo español, dirigida por Tuñón de Lara (1989), cuyos dos primeros volúmenes abarcan este período, siendo más valioso el primero de Santiago Castillo, ya citado, que el segundo. Más variado es el panorama ofrecido por los volúmenes colectivos publicados sobre el socialismo por Anales de Historia de la Fundación Pablo Iglesias y coordinados por Santos Juliá (el primero y el tercero de 1986 y 1988 para este tema). Una síntesis muy reciente y revisada sobre movimiento obrero y sindical es la del norteamericano Benjamin Martin, procedente precisamente de medios sindicales (de 1992). Intentos innovadores de abordar una Historia de los Movimientos Sociales de carácter general pueden verse en el tomo II de la Historia Social y Económica de España (Siglo XX), de Santos Juliá (1988), publicada por la UNED¹⁷, y muy especialmente la magnífica síntesis didáctica que ha hecho Manuel Pérez Ledesma (Estabilidad y conflicto social, 1990)¹⁸.

En cualquier caso, "está muy extendida la sensación de que los frutos de los manifiestos metodológicos del 82, aun existiendo, van por detrás de las exigencias que planteaban"¹⁹, hasta el punto de que este tipo de historiografía de temas obreros o similares ya se la considera "clásica" o "vieja" dentro de la historia social, frente a los estudios "nuevos" (sociabilidad, historia del género, cultural o antropológica, análisis de los rituales privados o colectivos, marginación, crimen, etc.). En cualquier caso se admite que existe una entrada "nueva" en estos temas a través del estudio de la protesta colectiva, y no sólo de la de clase, y la microhistoria, que intenta descifrar una red de relaciones desde un caso muy particular (una microunidad o comunidad local, o un molinero del pasado, como hacía Ginzburg)²⁰. Lo cierto es que el descrédito y la crítica hacia los paradigmas que empapaban la tradicional "historia del movimiento obrero", y quizá la situación política de estos últimos años, han alejado a los estudiosos de una parcela histórica como la de la protesta o el conflicto promovido por los de abajo, ante el temor de redundar en algo obsoleto o de no encontrar eco académico alguno.

Así pues, sigue siendo muy débil una profunda revisión histórica que se acerque más a los

sindicatos y a las sociedades obreras -que son los reyes del obrerismo organizado- que a las directrices políticas de partidos y de centrales -seguimos sin tener una historia moderna de los oficios, de la UGT o de la Casa del Pueblo de Madrid-. Los acercamientos a los trabajadores urbanos -en el campo hay más avances por razones obvias- sin organizar -o refractarios a la consciencia sindical oficial- siguen siendo escasos. El enlace entre la protesta obrero y lo que se consideran manifestaciones populares o preindustriales es casi inexistente, como si se tratara de dos mundos con una frontera en no se sabe qué año. Las distinciones entre una primera y una segunda clase obreras, una procedente del mundo cualificado de los oficios y otra realmente proletaria que se le sumaría, en un contexto de ambigüedad dual -que mira hacia atrás y resiste a la industrialización y que mira hacia delante y trata de utilizarla-, ya ha sido puesta de manifiesto, pero no ha tomado cuerpo. Existe en España una suficiente -siempre ampliable y no siempre atendida, pero suficiente- divulgación teórica, aunque a veces se sostenga lo contrario, de los avances de la historia social en estos temas en otros países -de habla inglesa y francesa, bastante menos de la italiana y la alemana, en verdad-, e incluso de lo que se conoce por "sociología histórica". Siempre puede discutirse el grado de conocimiento real que existe o que no haya teorías propias en España al respecto, pero para nosotros la gran carencia es que la plasmación práctica, o lo que es lo mismo, las investigaciones empíricas concretas que ilustran algunos de estos problemas y que son, no nos engañemos, la base para el levantamiento de teorías autóctonas, sigue siendo muy pobre. Este trabajo intenta ser una modesta contribución en esta dirección.

I.3. Los parámetros del conflicto. Una propuesta metodológica

I.3.1. Protesta popular y protesta obrera. La cuestión de las dos formas

Habitualmente se han distinguido de manera bastante nítida dos campos para clasificar la protesta colectiva de los de abajo y el conflicto social explícito de las sociedades europeas en los últimos quinientos años. Esta tajante división suele hacer referencia tanto al sujeto de la protesta como a la forma de ésta y se corresponde con criterios cronológicos más o menos definidos.

La protesta tradicional urbana, la representativa y dominante en las ciudades europeas de los siglos XVI al XVIII, solía tener por sujeto al pueblo en su conjunto, sin una distinción precisa de grupos sociales: el pueblo llano, el populacho, the mob ("las turbas"), le menu peuple, the lower classes, las "capas o clases populares". De entre estos términos es sin duda the mob el más sugestivo. Esta palabra inglesa, en sus varias acepciones, remite siempre a un mundo interior clientelar, de fidelidad personal y de amiguismo solidario totalmente opuesto a las clases, naciones o instituciones del mundo exterior y a las células individuales que teóricamente se relacionan entre sí a través de ellas. Así, significa "multitud" y "muchedumbre" anónima, se la asocia con el festejo tumultuoso, el ataque en masa y el entusiasmo colectivo, pero también mob oratory significa demagogia populista. Además con esta palabra se designa a "los amigotes", a "una pandilla" o "peña" y a una "tribu". Incluso en Estados Unidos se la emplea como equivalente a la Mafia y a la "Familia"²¹.

Sus componentes se agitaban de forma aislada e intermitente en el tiempo, y más o menos espontánea, para protestar contra el mal gobierno, los impuestos, las levadas militares, la subida o carestía del pan, los extranjeros o ante cualquier otro agravio a costumbres ancestrales o a derechos consuetudinarios no escritos, a los que, en su opinión tenían derecho, y ante cuyo respeto mínimo en definitiva supeditaban la tranquilidad y reconocimiento del statu quo social. A este corpus de creencias y derechos invulnerables (una justicia básica inmanente sobre la que se fundamentaba la sociedad postfeudal), no siempre, o no del todo idéntico, con el sustentado por las clases dominantes, lo denominó en su día muy acertadamente E. P. Thompson como "economía moral de la multitud". La forma preferida de protesta era el motín o algarada, proyectado como una acción justiciera y expiatoria contra el objeto del odio popular, bien para hacerlo desaparecer física o simbólicamente, bien para corregir su desviación. El grado de violencia y extensión de estos era muy variable y también el grado de conciencia social y política que los inspiraba. Es decir los había muy locales, pequeñas demostraciones de poder ante las autoridades que se quedaban en el simple alboroto, y en los que podían colaborar nobles o élites locales con propósitos más definidos o los había que estallaban en una auténtica oleada, que tenían un explícito contenido de odio a los ricos y de

milenarismo justiciero y podían desembocar en sus formas más agudas en un serio problema para el régimen político de turno. Los más importantes "tanto por su reiteración como por la intensidad que alcanzaron" fueron los de subsistencia (food riots), motivados por el hambre, la carestía, alzas en los precios de los alimentos o la vivienda, y fraude o envenenamientos -reales, inventados o deformados por el rumor- en el pan o el agua, a veces con connotaciones anticlericales a partir del siglo XVIII²².

Pese a su aparente espontaneidad estos motines populares solían tener mecanismos más o menos estereotipados cuando se repetían en las mismas o cercanas áreas geográficas, con variantes asumidas por el tiempo y la experiencia colectiva. Es por ello que, pese a su falta de organización e ideología política perfectamente concretada, su falta de regularidad y cohesión, su dispersión o contradicción de objetivos, y, sobre todo la falta de una organización y dirección previa permanente, no se les puede despachar como formas de protesta apolíticas o prepolíticas, sino aiideológicas y preparlamentarias o prepartidistas. Si la política es una batalla ideológica ritualizada que se explica a sí misma, está claro que un motín no responde a estos requisitos; si se trata de la expresión última de una batalla por mayores cuotas de poder en la sociedad, que dirimen los distintos grupos que la componen, es evidente que sí, carezcan de un programa o no²³.

Será precisamente cuando sus tradicionales formas (persecución del justiprecio y la tasa que lo garantizase y la acción directa contra el individuo o la institución condenada, "villanos claramente identificables") se impregnen de ideologías políticas más o menos mal asimiladas, de banderías identificadas con rojos o blancos y de una acción paralela a un parlamento/caja de resonancia del malestar del país, cuando comiencen a trasponer el umbral del mundo contemporáneo, suministrando en buena medida la panoplia y la infantería de las grandes revoluciones europeas desde 1640 a 1848²⁴.

De hecho se viene en coincidir en señalar esta última fecha como frontera entre la protesta popular y la obrera. La constitución de sociedades de clases (no estamentales) a lo largo de este tiempo tendrfa

un reflejo en los nuevos repertorios (o patterns) de protesta que se van acuñando desde esa fecha y que cada vez son más dominantes hasta desplazar a los antiguos -entre ellos los motines-. Ahora las protestas de los de abajo serían ya obreras, con intereses propios muy definidos y de clase y con la huelga como forma de lucha predilecta, puesto que es la que puede servir al mismo tiempo para "iluminar" la lucha bipolar del capital y el trabajo -bajo el prisma anarquista o socialista- y para desencadenar crisis políticas de profundo calado al mismo tiempo -para aquellos y también para republicanos, demócratas o cualquier otra oposición al Gobierno o Régimen dominante²⁵.

Ahora bien, como suele ocurrir con todas las periodizaciones, más bien marcan un comienzo de las "novedades" y conflictos industriales que la real hegemonía de éstas o la desaparición de los preindustriales, y no son aplicables por igual ni a todos los países ni a todas las regiones con exactitud matemática. Puede decirse a grosso modo que la transición de unas a otras lo marca el ya mencionado largo siglo XIX (1789-1914), que las formas tradicionales de lucha pervivieron durante bastante tiempo, muy especialmente en España, y por tanto en Madrid, que hemos ya caracterizado como una ciudad preindustrial en bastantes de sus rasgos, y que en muchos casos no sólo no se abandonaron, sino que fueron incorporadas o identificadas a veces erróneamente con movimientos más sofisticados como el socialista, convivieron con éstos y los influyeron mucho más de lo que suele afirmarse²⁶.

La insistencia historiográfica en encontrar un proceso revolucionario burgués que, en más o menos breve tiempo, habría legado a un cuarto estado (representado por el proletariado industrial) el papel protagonista del cambio social, identificó a los motines con la sociedad preclasista y por tanto los condenó a desaparecer en la historia contemporánea europea. Pero lo cierto es que en España sigue siendo el medio preferido de protesta del cuarto estado durante el siglo XIX en el campo y las ciudades y sigue plenamente vigente durante la Restauración, cuando las huelgas comienzan a adquirir cierto protagonismo²⁷.

El problema de esta histórica insistencia en deslindar, y aún enfrenar, los campos de lo popular

y lo obrero -éste "contemporáneo" y con futuro, aquél "tradicional" y destinado a la extinción-, es que tiene una gran utilidad analítica pero difícilmente recoge la riqueza de la realidad social en un momento dado, y, lo que es peor, obliga a encajar los hechos en construcciones teóricas formales, en lugar de apoyarse en éstas para explicar aquellos. Este problema, en última instancia, no es más que un reflejo del de la definición de las clases sociales en la sociedad contemporánea y la clasificación de sus comportamientos. Tanto el concepto clase social -y su trasunto conflictual, la lucha de clases-, así como el de clase obrera, son estrictamente contemporáneos, hijos de la nueva sociedad resultante de los procesos de industrialización, muy popularizados por el marxismo, aunque compartidos por la inmensa mayoría de la historiografía, bien adorándolos, bien matizándolos o denigrándolos. El primero, y su acompañante agresivo y casi inevitable -la lucha-, tiene dos básicas acepciones. Puede usarse de forma analítica y general para explicar las agrupaciones y conflictos de las sociedades mínimamente estructuradas del pasado, independientemente de la visión subjetiva de los individuos protagonistas (perspectiva etic), y puede utilizarse de forma restrictiva para explicar únicamente tales fenómenos en la sociedad capitalista contemporánea, que es cuando el término nace y cuando los protagonistas lo utilizan como arma arrojada; es decir, cuando son conscientes de que tales clases y tal lucha son una realidad fuera de la teoría (perspectiva emic). Esta doble acepción del término "clase social" es muy frecuente en algunos manuales de sociología, aunque no siempre expuesta con la claridad suficiente, a mi entender, a veces por las pésimas traducciones. Aquí está recogida en los términos en que lo hace M. Pérez Ledesma -a partir de Marvin Harris-, que ya veíamos en la introducción y que él utiliza para explicar buena parte de la metodología histórica²⁸.

Estos dos puntos de vista no son por supuesto excluyentes, aunque lo parezcan. E. P. Thompson, un claro representante de la segunda tendencia, admite la existencia objetiva de la lucha de clases antes de la existencia subjetiva de las clases mismas con su famosa fórmula "lucha de clases sin clases". En realidad, el problema surge si por "lucha de clases" sólo se entiende un conflicto dual entre el capital y el trabajo de base económica, y por tanto si sólo se valoran dos clases: la de los capitalistas y la de los trabajadores, despreciando como residuales, equivocados o en extinción a los

restantes sectores. Si esto es así, la utilización etic pierde su sentido en toda sociedad y en todos los sectores de esa sociedad que no responden a los pulsos del capitalismo desvirtuando profundamente la realidad con sus explicaciones, que son en realidad construcciones teóricas. Ahora bien, la emic si sigue estos presupuestos también puede centrarse exclusivamente en aquellos sectores conscientes o que nacen a la consciencia de la única y auténtica lucha entre el capital y el trabajo, resultando incapaz de explicar los restantes conflictos. Por ejemplo, en la España del XIX no parece que estos fueran los dominantes. Ahora bien, si se amplía el abanico definitorio de las clases y su lucha, más allá de las relaciones de producción -por ejemplo a las de poder y contrapoder en un conjunto social y político, que no siempre equivalen con las primeras-, el uso de ambas perspectivas es más rico y su vigencia -pasada y futura- mucho mayor.

1.3.2. Artesanos y obreros. Un problema histórico

Este debate general teóricamente no debía de afectar en absoluto al concepto "clase obrera" o "proletariado", totalmente moderno y que hace referencia a los jornaleros empleados en la nueva industria que surge en los siglos XIX y XX y que venden su fuerza de trabajo a cambio de un salario. Pero en realidad sí lo hace, puesto que para que exista tal clase, a los primeros les basta con una realidad objetiva, que haya una industria y unos obreros, aunque tengan una falsa consciencia de la realidad, mientras que para los segundos eso no es suficiente y estos obreros deben crear una nueva consciencia de su situación, a través de su experiencia colectiva y definirse a sí mismos, en definitiva, como clase diferente. Es más, apurando la heterodoxia, podría existir una consciencia de explotación igual o más virulenta cuando aún no existe tal clase obrera de forma objetiva. Aquí no se ha pretendido motejar a los defensores de ambas concepciones, como suelen hacer entre ellos. Es evidente que reducir este debate a dos campos -que además se autodefinen como "marxistas"- es totalmente falso, aunque pensamos que es un dato muy ilustrativo de un debate sustancial y universal en las ciencias sociales, más allá de las múltiples escuelas historiográficas, entablado entre la primacía de la teoría única omnicomprensiva o de los hechos variados y siempre singulares. Los primeros, los "estructuralistas", han sido fundamentalmente abanderados dentro del marxismo por la figura de Louis

Althusser; los segundos, "humanistas", por la de E.P. Thompson, y en general por la escuela marxista británica. En realidad, fuera del marxismo, hay importantes escuelas "estructurales", que explican el cambio social con muchas dificultades, cuando lo hacen, como la de Annales, la sociología funcionalista, etc., y también historias "from below" de derechas²⁹.

El problema fundamental de los primeros, los "estructuralistas", a mi entender, es el del juicio de valor: todo obrero que no se comporta conscientemente, de acuerdo a sus teóricos intereses de clase, es un "desviado", un atrasado al margen de la historia y sus leyes, y es despreciable historiográficamente. En realidad esta opinión no pertenece a las ciencias sociales sólo, sino que es una herencia directa del discurso político de los partidos y sindicatos de clase a lo largo de su historia, y era perfectamente vigente en la misma época y lugar que aquí se está tratando entre los socialistas: todo comportamiento de los trabajadores que se aparta de la senda socialista (marxista, aunque ya veremos en la práctica en que consiste esa senda) es condenable, digno de compasión y, lo peor, indescifrable. Como el comportamiento de los trabajadores donde mejor se aprecia es en el conflicto, es allí donde los pastores socialistas se quedarán en muchos casos perplejos -o intentarán aprender, aunque menos- ante lo que sus ovejas descarriadas hagan. Es evidente que la concepción de la clase como una categoría histórica en perpetuum mobile, forjada a golpe de protesta -con su consiguiente experiencia- que tienen los segundos, los "humanistas", recupera "al pobre tejedor de medias, al tundidor luddita, al "obsoleto" tejedor en telar manual, al artesano "utópico", [aunque] (...) estuviesen muriendo, [aunque] (...) su hostilidad hacia el nuevo industrialismo fuese retrógrada". Y lo que es más importante para nosotros, recupera la independencia de unos comportamientos colectivos frente a discursos políticos más elaborados, ya hegemónicos en toda la sociedad o sólo aspirantes a tal galardón (como el socialista), y los valora dentro de su propia realidad, no de la nuestra. Y además entronca tradiciones ancestrales del pueblo, reelaboradas y rearticuladas ante nuevas situaciones, con los nuevos comportamientos de la clase³⁰.

En cualquier caso, y dentro de las muchas críticas posibles a estos presupuestos, aún desde estos

parámetros se defiende la teoría de que los obreros pueden llegar a constituir una clase única, con un comportamiento lo suficientemente unívoco -de simultaneidad de intereses- para ser proyectado en un objetivo común (la emancipación o la revolución)³¹. En este sentido, aunque las alforjas que se usan son distintas, el viaje y la conclusión pueden llegar a ser los mismos, a nuestro entender, que los del denostado "estructuralismo": hacia 1830-48 ya existe, ya se ha formado (al menos en Inglaterra) una clase obrera. Sin embargo, en la propia Inglaterra se ha hablado abiertamente de una "reconstrucción" (remaking) de la clase obrera en fechas como 1870 ó 1914, con unas señas de identidad notablemente diferentes a la descrita por Thompson, y con las que de hecho se la reconoce hoy en día. Si esto ocurría en el país donde el proletariado industrial se había gestado, ¿qué podemos decir de España, o de Madrid, ciudad de débil industrialización?. Pero lo que es más importante, ¿esa clase radical y revolucionaria, internacionalista, laica y republicana, de 1848 era realmente obrera, o lo era la mucho más conservadora, acomodaticia, jingoísta y ociosa de 1914?³².

Todo apunta a que esa "primera" clase obrera decimonónica no era fabril, ni proletaria, sino heredera del artesanado y del mundo de los oficios y estaba "reelaborando" sus tradiciones a la defensiva, para transformarse en la contemporánea que todos hemos conocido -al menos hasta 1950/70-. La última gran convulsión revolucionaria del siglo pasado -la Commune de 1871- no dejó muy claro, ni siquiera para los contemporáneos, si era su despedida o la primera piedra de un "nuevo mundo"³³. Esto resulta muy pertinente porque significa abiertamente que gran parte del bagaje subversivo y revolucionario de lo que se ha denominado movimiento obrero -y gran parte de su esencia misma- quizá no es hijo de la "Revolución industrial", sino herencia del mundo artesanal y de los oficios. Esta conexión revela que de la misma manera que el conflicto popular y el motín perviven más de la cuenta y no tienen contenidos tan "antiguos" y "despreciables" como se pensaba, el "moderno" movimiento obrero y las huelgas, paradigmas del conflicto industrial, tienen una herencia sustancial del mundo preindustrial, del taller, del arte y el trabajo cualificado, del trabajador doméstico y sus tradiciones, tanto mayor cuanto el grado de la producción fabril sea menor, como ocurre en Madrid³⁴. Y con ella no sólo su componente emancipatorio y revolucionario, sino, como

ha afirmado Jürgen Kocka, "la expresión de una protesta defensiva, de raíces tradicionales, contra el proceso de modernización" e industrialización, que le dota de un carácter ambiguo, que no debe hacer olvidar en cualquier caso su carácter nuevo y progresista a la larga. En este sentido, se ha llegado a sugerir la existencia de "dos" movimientos obreros, "uno temprano y otro posterior", con los obreros fabriles modernos ya como núcleo dominante y de "dos" modelos de huelgas diferentes, la de los sindicatos de oficio del XIX y la de los sindicatos de industria del XX, con lo que volvemos en definitiva al esquema dual que aquí ya ha aparecido de forma recurrente³⁵.

Parece a este respecto que en general -y pese al "nuevo sindicalismo" inglés a partir de 1911 o el cada vez mayor peso de los sindicatos de industria alemanes desde 1880- "el trabajo cualificado siguió siendo política y numéricamente dominante dentro del movimiento obrero organizado en 1914"³⁶. De hecho marcó las directrices de éste y el caso de Madrid, centro fundamental de la UGT, el Partido Obrero y desde 1908 de la Casa del Pueblo de la calle de Piamonte, que aglutinaba las sociedades obreras de oficio, es absolutamente paradigmático. Su estrategia y formas de organización basadas en esta línea se verán más adelante, pero baste adelantar que su centro moral había sido hasta esa fecha la organización tipográfica, prototipo de esta herencia decimonónica, y cada vez más reticente ante los cambios que se anunciaban en su sindicato.

En el período 1914-1923 vamos a asistir, con espectacular singularidad, y acelerados por los cambios económicos y sociales aventados por la guerra mundial y en una profunda crisis del sistema político de la Restauración, a este cruce de caminos, con toda su complejidad³⁷. Veremos una virtual convergencia, un auténtico relevo, entre las formas tradicionales y populares -preindustriales- de protesta de la ciudad, entonando los motines urbanos de subsistencias un épico canto del cisne, y las modernas y obreras -industriales- que representan las huelgas. Pero además los trabajadores de Madrid van a elegir un nuevo tipo de huelgas en cascada, mucho más amplias, generalizables a toda una industria, contagiables como un virus, en oleada, unánimes, que aspiran a la protesta breve e informal, más incluso que a la resistencia pasiva y prolongada, y al conflicto como primera entrada de la negociación -y no como el pablismo afirmaba, última salida de aquella-, reemplazando de forma

significativa, aunque no totalmente decisiva, la autoridad moral e intelectual, pero liliputiense, de los tipógrafos -una propuesta reducida y muy minoritaria, no nos engañemos, entre los trabajadores y pueblo de Madrid entre 1870 y 1910- por la colosalista, y bastante corporativa, propuesta de los obreros de la construcción. Su organización, la Federación Local de la Edificación -federación de industria y no de oficio-, forjará ahora su imperio sobre la organización madrileña, que durará hasta la guerra civil.

Este relevo se va a producir junto a una politización más que evidente del sindicato, un cuarteamiento sectario de la ideología madre que aprovecharán sectores de trabajadores para hacer propuestas independientes de éxito desigual pero de personalidad muy marcada, y un hermoso caso de inadaptación, de incapacidad para dar el salto del "primer" al "segundo" movimiento obrero, una vez desaparecen las protestas tradicionales que les daban su fuerza y que las huelgas colosalistas no pueden sustituir. Nos referimos a los panaderos, constructores de un fantasmal sindicato que-pudo-reinar, pero que no fue capaz de convencer a sus propios trabajadores de la llegada de unos nuevos y prósperos tiempos para ellos. Tras una espectacular apoteosis entre 1919-20 ¡con cuatro huelgas generales!, fueron puestos en la nómina de las viejas glorias del movimiento obrero -con cuya imagen aún hoy se les recuerda-, perdiendo irremisiblemente el tren del liderazgo sindical. Entre el cielo y el infierno, se quedaron en el limbo. Este choque, este relevo, con viejos, nuevos, intelectuales, amorales, oficiales, sin-oficio, amotinados, huelguistas, blusones, cuellos duros, vencedores y vencidos, inmerso o cercano a lo que se suele denominar movimiento obrero va a darnos muchas sugerencias e indicaciones sobre si es verdad qué se movía, hacia dónde y de qué modo lo hacía, en las páginas siguientes. Si es verdad que estos trabajadores se comportaban como una clase única, unánime, incompatible con otras y revolucionaria, como sus dirigentes solían afirmar y desear, o si ofrecían una realidad mucho más rica, compleja, sugerente y emotiva que la mostrada por los panfletos políticos y las recetas de manual³⁸. Desde el momento en que una protesta es adoptada en un momento dado pensamos debe explicarse en su contexto, no dejada de lado porque no se adapta al esquema, motejada de "residuo" o de "resistencia" sin futuro o esperanza, ni exaltada como

muestra romántica del mundo-que-hemos-perdido. Lo que aquí se muestra es todo menos un proceso lineal con un puerto de llegada donde las tormentas se han terminado. Nuestra intención es explicar un cambio y no juzgar sobre la calidad de un progreso. Aunque nos habría resultado más cómodo ahorrarnos el esfuerzo de abordar una metodología propia simplemente trasladando a Madrid un modelo o esquema de análisis construido para estudiar Londres, Lyon o Barcelona, esta investigación es consecuencia del diálogo entablado entre un profundo debate científico preexistente y los datos empíricos que hemos estudiado y de la convicción del autor de que los hombres y su comportamiento colectivo no son un fenómeno atemporal y asocial, sino el producto de un tiempo y una sociedad concretos.

NOTAS

1. Véase el artículo de A. BAHAMONDE, haciendo balance de esta corriente en "La historia urbana", Ayer. La Historia en el 92 (J.P. FUSI, ed.), x-1993, pp. 47-61.
2. En 1992 como remate al crecimiento de esta corriente en nuestro país apareció el número uno de Historia Urbana en Valencia, dirigida por Juan Luis Piñón y editada por la Institució Valenciana d'Estudis i Investigació, la Universidad Politécnica de Valencia y la Conselleria d'Obres Públiques de la Generalitat Valenciana.
3. En "Estado de la cuestión de la historiografía de Madrid", Historiografía española contemporánea. X Coloquio del Centro de Investigaciones Hispánicas de la Universidad de Pau. Balance y resumen (M. TUÑÓN DE LARA, dir.), Madrid, 1980, pp. 496-497.
4. La citada Historia, dirigida por Antonio Fernández, y publicada en Madrid, 1993, va más allá de los siglos XIX y XX. Entre los autores para este último período, además del director de la obra se encuentran Pedro Navascués, Manuel Espadas Burgos, Angel Bahamonde, Jesús A. Martínez Martín, Luis Enrique Otero, Gloria Nielfa, Estibaliz Ruiz de Azúa, Ricardo Méndez, José Carlos Rueda y el que escribe estas líneas.
5. Los congresos editados como Madrid en la sociedad del siglo XIX (A. BAHAMONDE y L.E. OTERO, eds.), Madrid, 1986, 2 vols., Prensa obrera en Madrid 1855-1936 (S. CASTILLO y L.E. OTERO, eds.), Madrid, 1987, y La sociedad madrileña durante la Restauración. 1876-1931, Madrid, 1989, 2 vols. (A. BAHAMONDE y L.E. OTERO, eds.). Del ámbito de la geografía y con carácter indicativo, pueden mencionarse trabajos como los de D. BRANDIS, El paisaje residencial en Madrid, [Madrid], 1983, I. del RIO LAFUENTE, Industria y residencia en Villaverde. Génesis de un paisaje urbano en la periferia de Madrid, Madrid, 1984, R. MENDEZ, Actividad industrial y estructura territorial en la región de Madrid, Madrid, 1986, M. E. RUIZ PALOMEQUE, Ordenación y transformaciones urbanas del casco antiguo madrileño durante los siglos XIX y XX, Madrid, 1976, R. MAS, El barrio de Salamanca. Planteamiento y propiedad inmobiliaria en el Ensanche de Madrid, Madrid, 1982.
- 6.6. Las principales obras de referencia serían S. PUERTOLAS, El Madrid de la lucha por la vida. Una aproximación al conocimiento de Pío Baroja, Madrid, 1971, C. del MORAL, La sociedad madrileña fin de siglo y Baroja, Madrid, 1974, G. NIELFA, Los sectores mercantiles en Madrid en el primer tercio del siglo XX. Tiendas, comerciantes y dependientes de comercio, Madrid, 1985, C. de CASTRO, El pan de Madrid. El abasto de las ciudades españolas del Antiguo Régimen, Madrid, 1987, D.R. RINGROSE, Madrid y la economía española. 1560-1850. Ciudad, Corte y País en el Antiguo Régimen, Madrid, 1985, A. FERNANDEZ, El abastecimiento de Madrid en el reinado de Isabel II, Madrid, 1971, y "La población madrileña entre 1876 y 1931. El cambio de modelo demográfico", en La sociedad madrileña..., Madrid, 1989, vol. I, pp. 29-76, A. BAHAMONDE, J.A. MARTINEZ MARTIN y Fernando del REY REGUILLO, La Cámara de Comercio e Industria de Madrid (1887-1987). Historia de una institución centenaria, Madrid, 1989, J.R. ALONSO PEREIRA, Madrid. 1898-1930. De Corte a Metrópoli, Madrid, 1985, P. BARREIRO PEREIRA, Casas baratas. La vivienda social en Madrid 1900-1939, Madrid, 1991, J.C. RUEDA LAFFOND, Madrid 1900. Planes de reforma y debates sobre la ciudad. 1898-1914., UCM, 1993.
7. La cita completa en la nota 2 de la introducción.
8. La primera en tres volúmenes y leída en la Universidad de Salamanca en 1982. La segunda en la Universidad Complutense en 1985.

9. Con los títulos respectivos de Madrid en la crisis de la postguerra. Clases sociales y comportamientos políticos en 1919 y M. GONZALEZ SERRANO, Aproximación a la sociedad madrileña contemporánea. Grupos sociales, conflictos y nivel de vida en 1920.

10. La definición es de HEBERLE y GUSFIELD citada por Carlos FORCADELL, en "Sobre desiertos y secanos: los movimientos sociales en la historiografía española", Historia Contemporánea, 7 ("Historiografía española reciente"), 1992, p. 103. Amén de éste existen varios trabajos excelentes sobre las problemáticas de la historia social en su conjunto, con o sin la española de trasfondo, como los de J. FONTANA, La historia después del fin de la historia. Reflexiones acerca del estado actual de la ciencia histórica, Barcelona, 1992, Santos JULIA, Historia social/sociología histórica, Madrid, 1989 y "La historia social y la historiografía española", Ayer. La historia en el 92..., pp. 29-46; Julián CASANOVA, La historia social y los historiadores. ¿Centenaria o princesa?, Barcelona, 1991; Santiago CASTILLO (coord.), La Historia Social en España. Actualidad y perspectivas, Madrid, 1991; Ludolfo PARAMIO, "Defensa e ilustración de la sociología histórica", Zona Abierta, 38 (i-iii-1986), pp. 1-18; Angeles BARRIO, "A propósito de la historia social del movimiento obrero y los sindicatos", en Doce estudios de Historiografía Contemporánea, Univ. de Cantabria, 1991; M. PEREZ LEDESMA, "Historia del movimiento obrero. Viejas fuentes, nueva metodología", Studia Historica, VI-VII, 1990; Gonzalo PASAMAR e Ignacio PEIRO, Historiografía y práctica social en España, Zaragoza, 1986; Jürgen KOCKA, Historia Social. Concepto, desarrollo, problemas, Barcelona, 1989; E.P. THOMPSON, Miseria de la teoría, Barcelona, 1981 (y la respuesta de Perry ANDERSON); Raphael SAMUEL (ed.), Historia popular y teoría socialista, Barcelona, 1984; y las Controversias publicadas en Historia Social. Estos son algunos de los más accesibles en castellano espigados de entre tan numerosísima literatura.

11. La obra de Barea tiene la peculiaridad de que no es una justificación política ni una memoria de un dirigente obrero de consagrada militancia, ni de un personaje histórico de importancia mayúscula, sino de un personaje más bien gris que sólo tiene un papel en la trama -como trabajador y funcionario- bastante modesto por lo demás durante la guerra civil en el campo de la propaganda y censura de prensa, y que por lo tanto ofrece testimonios a ras de suelo. Otro testimonio más plenamente literario aún y muy útil para el Madrid de principios de siglo es la todavía más usada trilogía de La lucha por la vida de Baroja.

12. Pueden citarse entre otras obras señeras en esta línea, muchas de ellas ya clásicas, J. MALUQUER DE MOTES, El socialismo en España. 1833-1868, Barcelona, 1977, F. ROMEU ALFARO, Las clases trabajadoras en España. 1898-1930, Madrid, 1970, J. FONTANA, "Nacimiento del proletariado industrial y primeras etapas del movimiento obrero", en Cambio económico y actitudes políticas en la España del siglo XIX, Barcelona, 1980, M. IZARD, Industrialización y obrerismo. Las Tres Clases del Vapor. 1869-1913, Barcelona, 1973, C. MARTI, Orígenes del anarquismo en Barcelona, Barcelona, 1958, J. TERMES, Josep, Anarquismo y sindicalismo en España (1864-1881), Barcelona, 1972, C. E. LIDA, Anarquismo y revolución en la España del XIX, Madrid, 1972, V. M. ARBELOA, Socialismo y anticlericalismo, Madrid, 1973, J. ALVAREZ JUNCO, La ideología política del anarquismo español (1868-1910), Madrid, 1976, A.M. BERNAL, La lucha por la tierra en la crisis del Antiguo Régimen, Madrid, 1979, M. ARDIT, Revolución liberal y revuelta campesina, Barcelona, 1977, A. ELORZA, "Los esquemas socialistas en Pablo Iglesias (1884-1925)", Sistema, 11, 1975, pp. 47-84, J.C. ULLMAN, La Semana Trágica. Estudio sobre las causas socioeconómicas del anticlericalismo en España (1898-1912), Barcelona, 1972, J. ROMERO-MAURA, "La rosa de fuego". El obrerismo barcelonés de 1899 a 1909, Madrid, 1975.

13. Como representativas cfr. G.H. MEAKER, La izquierda revolucionaria en España. 1914-1923, Barcelona, 1978, C. FORCADELL, Parlamentarismo y bolchevización. El movimiento obrero español. 1914-1918, Barcelona, 1978, J.P. FUSI, Política obrera en el País Vasco (1880-1923), Madrid, 1975, D. RUIZ, El movimiento obrero en Asturias. De la industrialización a la II República, Oviedo, 1968, A. BALCELLS, El sindicalismo en Barcelona (1916-1923), Barcelona, 1965, X.

CUADRAT, Socialismo y anarquismo en Cataluña (1899-1911). Los orígenes de la CNT, Madrid, 1976, A. BAR CENDON, La CNT en los años rojos (Del sindicalismo revolucionario al anarcosindicalismo, 1910-1926), Madrid, 1981, A.M. CALERO, Historia del movimiento obrero en Granada (1909-1923), Madrid, 1973, J. MAURICE, "Campesinos de Jerez (1902-1933)", Estudios de Historia Social, 10-11, vii-xii-1979, pp. 61-114, T. KAPLAN, Orígenes sociales del anarquismo en Andalucía, Barcelona, 1977, J.J. CASTILLO, El sindicalismo amarillo en España. Aportación al estudio del catolicismo social español (1912-1923), Madrid, 1977, A. del ROSAL, Historia de la UGT en España, 1901-1939, Barcelona, 1977, 2 vols., J.A. LACOMBA, La crisis española de 1917, Madrid, 1968, J.L. GARCIA DELGADO, S. ROLDAN y J. MUÑOZ, La formación de la sociedad capitalista en España 1914-1920, Madrid, 1973, 2 vols..

14. En el número 12, iii-iv-1982, pp. 19-41.

15. Pueden verse las actas en S. CASTILLO (coord.), La Historia Social en España. Actualidad y perspectivas, Madrid, 1991.

16. Obras fundamentales de este balance bien podrían ser S. CASTILLO y su síntesis, Historia del socialismo español I. (1870-1909), (dir. por Manuel TUÑÓN DE LARA en 5 vols.), Barcelona, 1989, P. GABRIEL, El movimiento obrero a Mallorca, Barcelona, 1973, y "La población obrera catalana, ¿una población industrial?", Estudios de Historia Social, 32-33, i-vi-1985, pp. 191-259, L. RIVAS LARA, Lucía, Historia del 1 de mayo en España desde 1900 hasta la Segunda República, Madrid, 1987, A. SHUBERT, Hacia la revolución. Orígenes sociales del movimiento obrero en Asturias, 1860-1934, Barcelona, 1984, A. BARRIO, Anarquismo y anarcosindicalismo en Asturias (1890-1936), Madrid, 1988, E. MORADIELLOS, El Sindicato de los obreros mineros de Asturias: 1910-1930, Oviedo, 1986, J. A. PIQUERAS, Historia del socialismo, Valencia, 1981, S. FORNER, Industrialización y movimiento obrero: Alicante, 1923-1936, Valencia, 1982, M.D. RAMOS, Burgueses y proletarios malagueños. Lucha de clases en la crisis de la Restauración (1914-1923), Córdoba, 1991, M. RALLE, "Un "socialisme des métiers"? Culture politique ouvrière et "obreros de artes y oficios"(1870-1900)", en Peuple, mouvement ouvrier, culture dans l'Espagne contemporaine (J. MAURICE, dir.), Saint-Denis, 1990, pp. 169-178, P. EIGLINO, El socialismo español y la cuestión agraria (1890-1936), Madrid, 1986, L. ARRANZ, La ruptura del PSOE en la crisis de la Restauración. El peso del octubre ruso, Tesis Doctoral, Universidad Complutense de Madrid, 1986, C.M. WINSTON, La clase trabajadora y la derecha en España 1900-1936, Madrid, 1989, I. OLABARRI, Relaciones laborales en Vizcaya (1890-1936), Durango, 1978, y "El mundo del trabajo: organizaciones profesionales y relaciones laborales", en Historia general de España y América. Revolución y Restauración (1868-1931) (J. ANDRES-GALLEGO, dir.), vol. XVI (2), Madrid, 1982, pp. 559-652, A. SOTO CARMONA, El trabajo industrial en la España contemporánea (1874-1936), Barcelona, 1989, L. CASTELLS, Los trabajadores en el País Vasco (1876-1923), Madrid, 1993.

17. Las obras fundamentales de referencia de C. SERFANO, Le tour du peuple. Crise nationale, mouvements populaires et populisme en Espagne (1890-1910), Madrid, 1987, A.ORTI y R. REIG en el "Dossier: Populismo" de Historia Social, 2, otoño 1988, y del último Obrers i ciutadans. Blasquisme i moviment obrer, Valencia, 1982, J. ALVAREZ JUNCO, El Emperador del Paralelo. Lerroux y la demagogia populista, Madrid, 1990, J. I. PALACIO MORENA, La institucionalización de la reforma social en España, 1883-1924: La Comisión y el Instituto de Reformas Sociales, Madrid, 1988, J. LEON-IGNACIO, Los años del pistolero, Barcelona, 1981, J. SIERRA ALVAREZ, El obrero soñado. Ensayo sobre el paternalismo industrial (Asturias, 1860-1917), Madrid, 1990, M. CABRERA, La patronal ante la II República. Organizaciones y estrategia (1931-1936), Madrid, 1983, F. DEL REY, Propietarios y patronos. La política de las organizaciones económicas en la España de la Restauración (1914-1923), Madrid, 1992, F. VILLACORTA, Profesionales y burócratas. Estado y poder corporativo en la España del siglo XX, 1890-1923, Madrid, 1989, S. JULIA (coord.), El socialismo en España. Desde la fundación del PSOE hasta 1975, Anales de Historia de la Fundación

Pablo Iglesias Vol. 1, Madrid, 1986, y El socialismo en las nacionalidades y regiones. Anales de Historia de la Fundación Pablo Iglesias Vol. 3, Madrid, 1988, B. MARTIN, Los problemas de la modernización. Movimiento obrero e industrialización en España, Madrid, 1992, S. JULIA, Historia económica y social moderna y contemporánea de España. II. Siglo XX, Madrid, 1988.

18. Esta obra, que en buena parte no va dirigida a los especialistas, tiene todas las virtudes de este tipo de trabajos: puesta al día y presentación simple y clara de fenómenos complejos y oscuros. En este sentido comparte mi admiración con otro trabajo reciente de Luis Gómez Llorente de divulgación didáctica -de formación sindical en este caso- resumiendo en tono coloquial y sugerente nada menos que el movimiento obrero internacional: Apuntes sobre el movimiento obrero (1992).

19. C. FORCADELL en "Sobre desiertos y secanos...", p. 111.

20. Así S. JULIA en "La historia social y la historiografía española", *cit.*, analiza los contenidos de la revista Historia Social y los temas obreros los considera clásicos -siguiendo la tipología de Natalie Zemon Davies-. Aunque reconoce que otro tipo de acercamiento -a los comportamientos de los obreros y no al movimiento político que los representa- resulta a caballo entre "lo viejo" y "lo nuevo". El estudio de Ginzburg es el del conocido El queso y los gusanos. El cosmos, según un molinero del siglo XVI, Barcelona, 1986.

21. La palabra la emplea Eric J. HOBBSBAWM en Rebeldes primitivos. Estudio sobre las formas arcaicas de los movimientos sociales en los siglos XIX y XX, Barcelona, 1983, pp. 165-190, donde se refiere a ciudades católicas, mediterráneas y cortesanas (como Viena, Nápoles o Roma) como paradigmas de su actuación.

22. Por lo general estos motines solían aunar varios de los motivos arriba citados. Cfr. M. PEREZ LEDESMA, Estabilidad y conflicto social. España, de los iberos al 14-D, Madrid, 1990, pp. 120-128 (La cita entrecomillada en la p. 123). El caso más conocido para España es el del motín de Esquilache de 1766, con un componente de subsistencias, complot político, xenofobia, viva-el rey-y-abajo-el-mal-gobierno, participación popular y de élites en la sombra, reacción ante la modificación de costumbres ancestrales (el atuendo) e incluso un reflejo anticlerical -esta vez a cargo del propio Carlos III- que expulsa a los jesuitas como inductores. El concepto de "economía moral" como "idea tradicional de las normas y obligaciones sociales, de las funciones económicas propias de los distintos sectores" es de Edward P. THOMPSON, Tradición, revuelta y consciencia de clase. Estudios sobre la crisis de la sociedad preindustrial, Barcelona, 1984, p. 66.

23. Hobsbawm, *op. cit.*, define a la turba urbana como un movimiento "prepolítico", "porque no estaba inspirado por ninguna ideología específica", p. 168. Esta obra, no hay que olvidarlo, es original de 1959, y bastante hizo este autor por rescatar formas de protesta olímpicamente olvidadas como "arcaicas", "primitivas", cuando no "irracionales", por los historiadores del movimiento obrero -al que no pertenecen-, cierto marxismo vulgar y la historiografía liberal. Puede que un motín no sea "ideológico" y pertenezca al mundo de las mentalidades como "formas de resistencias", en el concepto desarrollado por Michel VOVELLE, Ideologías y mentalidades, Barcelona, 1985, pp. 7-19, pero las cosmovisiones populares -o de las clases subordinadas- parece que eran mucho más ricas e independientes de lo que habitualmente se ha afirmado: cfr. el clásico de Carlo GINZBURG, El queso y los gusanos. El cosmos, según un molinero del siglo XVI, Barcelona, 1986 o de Raphael SAMUEL (ed.), Historia popular y teoría socialista, Barcelona, 1984, fundamentalmente el artículo de Peter BURKE, "El "descubrimiento" de la cultura popular", pp. 78-92.

24. La crítica de este "apoliticismo" y esta falta de organización que se atribuye a las formas de "acción colectiva" arcaicas -entre las que están los motines- puede verse en el libro citado de Thompson; en George RUDE, La multitud en la historia. Los disturbios populares en Francia e Inglaterra 1730-1848, Madrid, 1989 (4ª. edic.), (de aquí es lo de los villanos, pp. 248-249), y en

Revuelta popular y conciencia de clase, Barcelona, 1981; y en Charles TILLY, From Mobilization to Revolution, N. York, 1978, y The Contentious French, Cambridge (Mass.), 1986. Véase una cita de este último, al referirse a la "contienda" o "conflicto" popular: "Conflict, not disorder. Authorities and thoughtless historians commonly describe popular contention as disorderly (...). But the more closely we look at that same contention, the more we discover order. (...). In following the very same actions that authorities call disorders, we see the repetition of a limited number of actions". Y sigue afirmando que los franceses del siglo XVII no sabían manifestarse, ponerse en huelga o hacer un mitin, pero eran especialistas -y muy rutinarios- en expulsar recaudadores de impuestos de sus ciudades o poner en vergüenza a los que atentaban contra la moral pública (p. 4). Sobre Tilly ha aparecido un excelente Dossier en el número 15 de Historia Social (invierno de 1993) que ya lleva el significativo título de Estado y acción colectiva, sin aludir al capitalismo, palabra que sí aparece en su última -hasta donde se me alcanza- obra publicada en castellano, Coerción, capital y los Estados europeos (1992). A nosotros nos convence que la lucha por el poder sea el meollo del conflicto y la protesta, pero no en relación sólo con el Estado, como parece indicarse de una forma unilateral en muchos pasajes suyos y en las interpretaciones que se están haciendo, sino también con respecto al control de la economía -llámese alimentos, lugar de trabajo, etc.-. A nosotros no nos importa adjetivarlo como poder político siempre que se entienda la política no como una batalla ideológica sino como una representación de unas relaciones de poder sociales en un momento dado. Es evidente que para un historiador social es en el conflicto social donde la instancia política y la económica se encuentran y funden. Hay otros pasajes de Tilly donde se habla con toda claridad de formación del Estado y de procesos industrializadores y de formación del capitalismo en planos de mucha mayor igualdad.

25. La fecha de 1848 es considerada un punto de no retorno en el surgimiento de un conflicto obrero consciente en Francia, y por la onda expansiva revolucionaria consiguiente, en toda Europa, sin duda por los acontecimientos de la insurrección obrera parisiense de junio de ese año y por el surgimiento del bipolar Manifiesto Comunista. Ch. TILLY lo usa de gozne simbólico entre los antiguos repertorios de protesta y los nuevos, manifestados en distintas crisis políticas francesas, The Contentious..., p. 307. El modelo del 48 para la crisis de 1931 y los años posteriores como ruptura y sustitución de la revolución popular por otra obrero en España puede verse en S. JULIA, Madrid, 1931-1934..., pp. 21-22. El papel doble de las huelgas es notorio en toda oleada huelguística, pero sobre todo en la concepción de la huelga general, cfr. Francesc BONAMUSA (ed.), La huelga general, Ayer, 4 (Núm monogr.), 1991.

26. Los repertorios de la "acción colectiva" (collective action, entre la que destaca la contention, "conflicto" o protesta colectiva) tal y como los explica con toda su complejidad Ch. TILLY, The contentious..., pp. 390-398, son en realidad "tipos ideales", modelos válidos para el análisis en las ciencias sociales, pero con múltiples variantes e hibridaciones. Como recuerda M. PEREZ LEDESMA en Estabilidad y conflicto..., p. 167, ya había huelgas (formas "modernas") en el siglo XVIII y en el XX siguió existiendo milenarismo rural por poner dos ejemplos. Esta simbiosis impregna todo el capítulo 6 de su obra, titulado significativamente "Viejas y nuevas formas de conflicto social" (p. 165-202). Esta simbiosis se enmarca en el descubrimiento del dualismo o persistencia de lo preindustrial y precapitalista en la sociedad europea del XIX y XX que han abordado autores como Arno J. Mayer, La persistencia del Antiguo Régimen. Europa hasta la Gran Guerra, Madrid, 1984. Cfr. la visión "doméstica" de Maxine Berg de la antaño campanuda "revolución" industrial británica y las propuestas de John Rule sobre los obreros del mismo período. En respectivamente La era de las manufacturas, 1700-1820. Una nueva historia de la Revolución industrial británica, Barcelona, 1987, y Clase obrera e industrialización. Historia social de la revolución industrial británica, 1750-1850, Barcelona, 1990.

27. Disturbios de este cariz en España y en Madrid hasta 1900 son reseñados por Nicolás SANCHEZ ALBORNOZ, Las crisis de subsistencias de España en el siglo XIX, Rosario, 1963 y Antonio FERNANDEZ GARCIA, "La crisis de subsistencias en el Madrid del siglo XIX", Madrid en la

sociedad..., vol. II, pp. 191-228, respectivamente. El repertorio del motín es abundante durante la Restauración. Reseñemos como muestra Carlos SEFRANO, Le tour du peuple. Crise nationale, mouvements populaires et populisme en Espagne (1890-1910), Madrid, 1987, especialmente "Variétés regionales et mouvements sociaux spontanés", pp. 3-54; Demetrio CASTRO ALFIN, "Agitación y orden en la Restauración. ¿Fin del ciclo revolucionario?", Historia Social, 5, otoño 1989, pp. 37-49; María Luz ARRIERO, "Los motines de subsistencias en España, 1895-1905", Estudios de Historia Social, 30, vii-ix de 1984, pp. 193-250; Rafael VALLEJO POUSSADA, "Pervivencia de las formas tradicionales de protesta: los motines de 1892", Historia Social, 8, otoño 1990, pp. 3-27. Un amplísimo recuento de motines en Alberto GIL NOVALES, "La conflictividad social bajo la Restauración (1875-1917)", Trienio, 7, v-1986, pp. 73-217. Nótese la fecha terminal, pues hasta entonces este estudio refleja que son el medio de protesta predilecto de los trabajadores españoles.

28. En el ya citado "Clases sociales e historia. Algunas precisiones en torno a un concepto", La crisis de la Restauración..., pp. 417-429.

29. Cfr. S. JULIA, Historia social/sociología histórica, Madrid, 1989, pp. 36-49.

30. La cita en E. P. THOMPSON, La formación de la clase obrera en Inglaterra, Barcelona, 1989, vol. I, p. XVII. Sus ideas y el torneo contra el estructuralismo, todo de forma muy polemista, en Miseria de la teoría, Barcelona, 1981.

31. Por supuesto la crítica fundamental a las tesis de Thompson es la de acusarlas de "subjetivismo", "culturalismo" y "humanismo" porque tendrían "como objeto principal las relaciones de poder y la resistencia (sobre todo cultural e ideológica) popular a éste", olvidando las relaciones económicas objetivas e integrar estas "en una organización conceptual coherente". Con ello se reduce la historia "a un caleidoscopio de variables independientes". Todo en M.A. CAINZOS LOPEZ, "Clase, acción y estructura: de E. P. Thompson al posmarxismo", Zona Abierta, 50, i-iii 1989, pp. 1-69 (las citas en pp. 39-40; la última citando a V. KIERNAN); que no es más que un trabajo de los muchos que animan esta polémica. Conviene advertir que criticar a un corpus de ideas, un tanto alérgico a la TEORIA y a la CIENCIA con mayúsculas, de falta de sistematización y rigor y de "deficiencias teóricas" y eclecticismo, no resulta muy operativo. Más interesante me parece alegar que si la clase sólo se define como tal a través de pautas subjetivas, es decir de un lenguaje de clase propio, sólo cuando este lenguaje aparece esta clase existe. Esta conclusión tentadora es la que aborda en definitiva Gareth Stedman JONES en Lenguajes de clase. Estudios sobre la historia de la clase obrera inglesa (1832-1982), Madrid, 1989. Según esta tesis (ofertista?), la aparición de un discurso político de clase, como, por ejemplo, el de los socialistas en el Madrid de 1900, genera los comportamientos propios de la clase obrera. El discurso crea y orquesta la demanda, en lugar de responder "a una necesidad o demanda preexistente" (p. 23). Por eso existiría en una ciudad en la que los obreros industriales son rara avis.

32. Para una semblanza de esta "nueva" cultura obrera de preguerra, remitimos a G. S. JONES, Outcast London: a study in the relationship between classes in Victorian society, Oxford, 1971 y "Cultura y política obreras en Londres, 1870-1900: Notas sobre la reconstrucción de una clase obrera", Lenguajes de clase..., pp. 175-235. Véase este pasaje en el que se podría estar hablando de Madrid, pero no, se refiere a una ciudad tenida por industrial: "en los años que precedieron a 1914, Londres estaba desgarrado entre un sistema de pequeños talleres que se negaba a morir y un sistema de producción fabril que apenas había comenzado a desarrollarse. Su fuerza de trabajo estaba dividida entre una élite muy especializada pero técnicamente conservadora y una gran masa de trabajadores semiespecializados y no especializados sujetos a diversos grados de subempleo" (p. 220). En la misma línea el mismísimo E.J. HOBBSBAWM ha recalado este período como definitivo para el surgimiento de la tan anunciada -desde hacía un siglo- clase obrera: "La formación de la clase obrera, 1870-1914", El mundo del trabajo. Estudios históricos sobre la formación y evolución de la clase obrera, Barcelona, 1987, pp. 238-263. Aunque se apresura a decir que "las clases nunca están hechas en el

sentido de quedar terminadas (...). Cambian constantemente", afirma que la clase obrera "tradicional", la "de las finales de copa", "no se "hace" hasta mucho después del período en que termina el libro de Thompson" (p. 240). Lo mismo, a escala planetaria, en La era del imperio (1875-1914), Barcelona, 1989, pp. 113-142.

33. En palabras de Ramiro REIG, "El propio Marx se equivocó cuando, en un primer momento, criticó la Comuna como producto del socialismo romántico o del anarquismo y tuvo que reconocer, aunque tal vez lo hiciera con la boca pequeña, que se trataba de la primera revolución proletaria", en "Reivindicación moderada del populismo", Historia Social, 2, otoño 1988, pp. 49-50. El rostro de Jano del movimiento obrero lo comparte por otra parte el populismo (¿"residuo primitivo o memoria emancipadora"?).

34. Aunque este tipo de análisis sigue sin traspasar el umbral del XIX aquí resaltamos el trabajo de William H. SEWELL, Jr., Trabajo y revolución en Francia. El lenguaje del movimiento obrero desde el Antiguo Régimen hasta 1848, Madrid, 1992 (orig. de 1980), donde muestra que el "lenguaje de clase" de 1830/48 es un entramado de corporativismo defensivo de los artesanos y los sentimientos fraternos y subversivos de la Revolución de 1789: "la forma que adoptó la conciencia de clase y la lucha de clases en 1848 era todavía muy diferente de la conciencia de clase encarnada en los partidos proletarios de fines del siglo XIX y del siglo XX", pues aún se entendía por "clase" todo grupo subordinado o todo grupo social en general. También en "Los artesanos, los obreros de las fábricas y la formación de la clase obrera francesa, 1789-1848", Historia Social, 12, inv. 1992, pp. 119-140. Y para Alemania los análisis de la escuela de Bielefeld, con Jürgen KOCKA a la cabeza. Cfr. "Problems of Working-Class Formation in Germany: The Early Years, 1800-1875", en Working-Class Formation. Nineteenth-Century Patterns in Western Europe and the United States, (I. KATZNELSON y A. R. ZOLBERG, eds.), Princeton (N.J.), pp. 297-351, y "Los artesanos, los trabajadores y el Estado: hacia una historia social de los comienzos del movimiento obrero alemán", Historia Social, 12, inv. 1992, pp. 101-118. La importancia de la historia social alemana para España ha sido resaltada por Juan José Carreras, Carlos Forcadell o por el profesor Ernst Schulin, cuando nos visitó en 1990 con motivo del I Congreso de Historia Social, amén de por su interés intrínseco por los consabidos paralelismos históricos Alemania es un ejemplo claro de evolución social y política modernizadora, manteniendo al mismo tiempo viejas estructuras de poder y comportamientos sociales ancestrales, en una combinación explosiva.

35. Lo del carácter defensivo en J. KOCKA, "Los artesanos...", p. 117 y lo de los "dos" movimientos -que sólo es una sugerencia- en la p. 111. Lo de los "dos" modelos de huelga -aunque luego resultan ser "tres"- en Ch. TILLY y E. SHORTER, Las huelgas en Francia, 1830-1968, Madrid, 1985. Sobre la evolución y transmutación de la huelga como forma de protesta -a veces la forma puede ser el fondo cuando de una protesta se trata- puede seguirse el clásico trabajo de Michelle Perrot, una heredera de las renovaciones hechas en Francia por Annie Kriegel o G. Haupt, que se refiere directamente a una Jeunesse de la grève () como forma de protesta en el resumen de su colosal tesis doctoral Ouvriers en grève en dos volúmenes.

36. Dick GEARY (comp.), Movimientos obreros y socialistas en Europa, antes de 1914, Madrid, 1992, p. 19.

37. El período de entreguerras ha sido abordado con mucha originalidad por Charles S. Maier en La refundación de la Europa burguesa. Estabilización en Francia, Alemania e Italia en la década posterior a la I Guerra Mundial, Madrid, 1988., centrando el discurso en la marea normalizadora y corporativista -con el grupo de presión como nuevo agente social- que vive Europa como un gozne -y un intento de terapia social- de perfiles propios entre el mundo preindustrial y las sociedades de masas.

38. La constatación de que el movimiento obrero occidental ha dejado de cuestionar el orden social y sostener posturas revolucionarias ha sustentado teorías de largo alcance de la sociología histórica de carácter integrador. Pese a sus conflictos internos, o por ellos, el tejido social y el sistema político se refuerzan y perfeccionan, cfr. Ch., L. Y R. TILLY, The Rebellious Century, 1830-1930, Cambridge (Mass.), 1975. Más propagandístico se muestra Ludolfo PARAMIO que abiertamente interpreta esta evolución como un signo de aceptación y/o validez de los postulados del reformismo y la socialdemocracia en "Por una interpretación revisionista del movimiento obrero europeo", Zona Abierta, 8-9, 1982, pp. 137-183. A este respecto no comparto esa tendencia, tan general entre algunos historiadores, de despreciar a los "perdedores" y glorificar a los presuntos "ganadores" a lo largo del proceso histórico, o ese sentido casi darwinista de lo social que afirma que todo lo desaparecido lo está en buena hora, o de glorificar las formas modernas frente a las tradicionales a las que laminan, porque como aquí se ha venido sugiriendo, estas últimas no sólo no siempre desaparecen, sino que muchas veces informan las novedades. A nuestro entender eso no es más que una apología del mundo actual y su funcionamiento. No sabemos como habría sido la historia de Occidente de haber triunfado la comercial, cosmopolita y tolerante Cartago (en realidad Kart-Hadtha) sobre la tosca, imperialista y militarista Roma, pero nada nos hace suponer que habría sido peor. El hecho de que esta última triunfase en una guerra sin cuartel, donde tenía todas las de ganar, ni la hace más grande, ni a sus innumerables apologistas mejores historiadores, ni a nosotros más orgullosos de nuestro pasado. Si Roma representaba la modernidad por el mero hecho de laminar y sojuzgar al rico y variado mundo antiguo mediterráneo, preferimos a la antigua Cartago, mucho más respetuosa con la Oikumene (plural antes de convertirse en un prepotente Mare Nostrum).

II. LA CIUDAD A COMIENZOS DEL SIGLO XX

II.1. El desfase entre capital y ciudad

Lo que aquí se relata sucede en una ciudad. Y esta ciudad es, a su vez, una capital, es decir la cabeza de un Estado, que por antonomasia aspira a dirigir y administrar, irradia órdenes y marca pautas de comportamiento. Estas afirmaciones sobre el carácter de Madrid inmerso en el contexto de la sociedad y territorio españoles resultan obvias y perogrullescas prácticamente en todo tiempo, pero mucho más a la luz de una perspectiva contemporánea. No lo son tanto sin embargo si atendemos a que la idea de la capitalidad de Madrid no ha sido siempre la misma y siendo idéntico el significante ha variado mucho su significado. Por otra parte lo obvio a veces es obviado -y perdón por el juego de palabras- hasta tal punto que a veces se olvida el paso del tiempo y el sentido histórico de determinadas afirmaciones.

En este sentido una ciudad seguía siendo una rara avis en la sociedad española de 1914, como lo era de hecho en la europea. En 1900-1910 sólo el 13-15% de la población española se concentraba en urbes de más de cincuenta mil habitantes. Algo menos de veinte de esos islotes influyen sobre el mar rural de la producción agraria y los modos de vida campesinos, de hábitos sociales distintos y de raíces más tradicionales¹. La sociedad urbana en realidad nunca ha dejado de ser una frontera en el sentido de marcar nuevas pautas sociales y culturales y ensayar lo que después será elevado a norma universal. Pero lo fue mucho más en los albores del mundo contemporáneo, del siglo XX y del advenimiento de la sociedad de masas, durante ese período de bautismo tan esquivo -la era de la Revolución Burguesa, Revolución Industrial, del capitalismo y/o imperialismo, del liberalismo-, que en definitiva abarcaría el gran siglo XIX, empezado en 1770, concluido súbitamente con el estrépito de la Gran Guerra y enterrado entre las convulsiones de los veinte años posteriores al tratado de Versalles. "En realidad los núcleos urbanos protagonizaron el grueso de los procesos de modernización, a la par que despertaban estímulos secularizadores, con la consiguiente fractura de las pautas de la sociabilidad del mundo rural (...). La ciudad rompió las pautas tradicionales de

comportamiento, los usos y costumbres. (...). En la ciudad contemporánea se fracturaron las viejas relaciones clientelares y de subordinación de los ámbitos rurales". El papel de Madrid y otras ciudades en el salto (o larga marcha) de la sociedad tradicional a la contemporánea sería pues decisivo, enfocado tal "proceso de modernización" desde un punto de vista optimista o más bien crítico².

En ese sentido, en la actualidad se considera que la marcada distinción entre las sociedades tradicionales/rurales/agrarias y las modernas/urbanas/industriales sólo es plenamente válida desde la perspectiva de los modelos teóricos ideales de trabajo, pero que el proceso de cambio de unas a otras es muy gradual y aritmético. Ni es igual en todos los países y/o ciudades, ni la intensidad de los cambios es tan marcada en unos aspectos como en otros (clases sociales sin derecho al voto, democracias de masas con sistemas feudales de producción, capitalismo clientelar, etc.). Por otro lado, las marcadas pervivencias (algunos autores, tomando partido, las llaman resistencias), que podríamos denominar pre o protoindustriales, infiltran hasta tal extremo los procesos de cambio que más que existir una sustitución de valores y hábitos de carácter rupturista, en muchos casos se dan auténticas convivencias, simbiosis, "pactos" y transformaciones cuyos resultados son mixtos o ambiguos, en los que resulta difícil deslindar lo tradicional de lo contemporáneo. Este carácter bifronte o dual de la construcción de la sociedad industrial moderna ha cuestionado las visiones cataclísmicas y prometeicas de la Revolución Industrial o Burguesa que predominaron hasta los años setenta, no sólo para países atrasados o "en vías de desarrollo", como España, sino para los mismos países que suministraban el paradigma ortodoxo, como Gran Bretaña³.

Por ello el Madrid del XIX es una importante retorta en donde se destila la sociedad del futuro, un crisol de la modernidad, pero al mismo tiempo está plena de la "pervivencia de elementos del Antiguo Régimen", claramente perceptibles y sólo en franco pero lento retroceso a lo largo del período 1875-1931 -el de los decenios interseculares ya mencionado-. Esta estructura dual ha sido simbólicamente representada por el doble papel que Madrid juega en el contexto nacional como ciudad

y como capital, siendo la economía y sociedad de la ciudad la principal veta de la "quietud" y las "tradiciones", y la de la capital la principal impulsora de los cambios, las innovaciones y la movilidad. Ambos mundos -el local y el, digamos, cosmopolita- mantendrían una relación muy epidérmica y estarían poco acoplados entre sí hasta el advenimiento del siglo XX⁴.

En esta tesitura, resulta por tanto fundamental volver al otro elemento decisivo de nuestra obviedad inicial: Madrid, desde el siglo XVI, es una capital o ciudad-cabeza. Pero de la sede de la Corte imperial en que se convierte en 1561 por un mero hecho administrativo como el alentado por Felipe II a la metrópoli financiera e industrial en que se ha metamorfoseado tras el franquismo median no sólo cuatrocientos años sino un cambio fundamental en la esencia de su capitalidad. La Corte de Austrias y Borbones en pleno interior peninsular es una cabeza político-administrativa de un vasto imperio, rodeada de su cohorte inevitable de aristócratas, élites residenciales y rentistas, funcionarios y burócratas, artesanos y comerciantes de productos de consumo y suntuarios, y multitud de sirvientes y buscones al olor del dinero que drenaba la ciudad. Aunque estaba ubicada en el centro y en lo alto de la tortuosa orografía peninsular -como un vigía o como un alcázar-, era todo menos accesible e integradora, en una meseta entre montañas, sin mar y con un río ridículo, probablemente por responder su elección más a razones militares y de seguridad y a un favorable entorno para una residencia regia que a cualesquiera otros -su proverbial incomunicación y aislamiento desde este punto de vista eran ideales-. Por supuesto, con estos orígenes y funciones, no es extraño fuese considerada de antiguo "un parásito económico y social repleto de políticos, funcionarios y sirvientes, que explotaban en su propio beneficio el aparato político del país", un centro consumidor y de placer, predador de su hinterland y en conjunto de la vida económica del entorno que dominaba, puesto que "ninguna otra ciudad estuvo tan mal localizada para estimular un intercambio basado en las leyes del mercado"⁵.

El cambio de esta situación sin embargo no se dará hasta el último siglo y medio: Madrid todavía conserva en 1850-60 este aspecto secular heredado de cabeza de un imperio disminuido y devaluado.

Motores fundamentales de este proceso serán la necesaria adecuación a la nueva realidad geográfica, económica y política del país, que busca reorganizar sus bases en los límites del Estado-nación sobre las ruinas del imperio desaparecido y el parlamentarismo y el principio de la soberanía nacional iguales para los ahora ciudadanos, que no súbditos. La revolución en los transportes y en las comunicaciones, a través del ferrocarril, el correo y el telégrafo marcarán indefectiblemente este nuevo papel⁶.

Madrid se convierte en un centro que es ya más que una mera expresión geográfica o política. Centro de un sistema radial ferroviario, centro intermediario y cambiario del mercado nacional de mercancías, pero también de valores (Bolsa desde 1831), centro financiero y de atracción de rentas agrarias, de capital extranjero y de ultramar -antillano-, en definitiva en la capital del capital español. A principios del siglo XX además se convertiría en el centro por excelencia de la banca privada y esta tendencia no hizo sino acentuarse en la última centuria⁷. A la sombra de esta nueva situación económica, se consolida a lo largo del siglo XIX, y muy especialmente a partir de 1860-70, una élite social nueva formada básicamente por una nobleza de cuna en repliegue, consagrada a sanear sus patrimonios y sus rentas, y una burguesía de negocios en ascenso, pero que adopta hábitos mentales de la aristocracia, compra títulos y entronca familiarmente con aquella, ennobleciéndose en una palabra. Ambos grupos sociales habrían logrado una integración o identificación simbiótica bastante importante durante la Restauración y a la altura de 1900 se hallaban preparados para superar el tradicional rentismo en el que basaban su poder con nuevos horizontes inversores⁸.

Sin embargo, estas élites, provenientes de toda España, se encuentran en Madrid por el hecho de esta "nueva" capitalidad, pero sólo están presentes "en la economía de la ciudad por la demanda que genera su consumo, bien de artículos corrientes o de lujo, y por la actividad inmobiliaria" que desarrollan aquí. En este sentido puede decirse que no existe una estrecha vinculación entre sus actividades y la economía y necesidades reales de la urbe. Por ello se ha hablado abiertamente de "orfandad inversora" y de "raquitismo de la economía de la ciudad". Todo ello resumido en una gran

paradoja, trasunto de la dualidad ya mencionada y consecuencia de una transición de corte imperial a capital moderna que se halla en su ecuador prácticamente a principios de siglo: "Madrid, pues, centraliza recursos de todo el país, pero no los absorbe en su propio desarrollo. En este aspecto cabría hablar del coste que la capitalidad tiene para la ciudad"⁹. Este es el sentido por tanto de Madrid como capital y centro hasta nuestro siglo y su papel de imán económico, social. ... Y cultural, puesto que las tribunas periodísticas, académicas, científicas y políticas que suministraba Madrid la habían convertido en la cúspide imprescindible para rematar toda tarea o carrera intelectual o simplemente profesional que desease irradiar a nivel nacional, al menos desde mediados del siglo XIX. Aunque las reflexiones sobre Madrid como problema, no cesaron de aumentar a lo largo del siglo XIX (Larra, Mesonero Romanos, Fernández de los Ríos, Galdós), no terminaban de despojarse de un casticismo, pintoresquismo y costumbrismo localista muy característico, que seguía siendo el bagaje fundamental de gran parte de la literatura sobre Madrid al iniciarse el siglo (de Velasco Zazo a Pedro de Répide, de Arniches a la zarzuela). Sólo tras el Desastre y más tarde con la Gran Guerra se inicia un compromiso social y político creciente entre la intelectualidad residente en Madrid, que comienza a ligar el "problema nacional" con el papel que Madrid juega en el país y la posibilidad de influir en éste desde el centro¹⁰.

El coste de la capitalidad sobre Madrid tiene una expresión formal evidente por el propio descuido y abandono en que se tiene a la ciudad a mediados del siglo XIX. Así se ha hablado de "sensación de incuria e indolencia", de "poblachón mal construido" y de "ciudad embarullada y sin norte", de una "frustración histórica" en definitiva, desde Mesonero a Ortega o Azaña, ya hacia 1920¹¹. Esta conciencia más o menos generalizada de que Madrid no era una capital nacional digna, ni siquiera en sentido urbanístico, junto al cambio progresivo del significado -político, económico, cultural- último de su capitalidad y el carácter bifronte que va a marcar su transición al mundo contemporáneo convergen y se aceleran a la altura de 1910, esbozando 'la gran ciudad' y la "metrópolis" en que se convertirá definitivamente tras el frenazo de la guerra civil y el período subsiguiente. En este sentido, el período 1914-1923 aparece como una bisagra decisiva dentro de este proceso de metamorfosis¹².

A partir de este decenio los rasgos "modernos" comienzan a ser los dominantes en la ciudad aún estando el mundo de antaño muy presente e informando de hecho buena parte de los cambios a distintos niveles.

II.2. Hacia una redefinición del espacio urbano

A diferencia de París, que sufrió un proceso de transformación de su centro urbano realmente espectacular bajo Haussmann, con la apertura de grandes vías y bulevares y amplias escenografías monumentales, Madrid no acogió durante el siglo XIX ninguna tabula rasa que se le aproximase siquiera¹³. Las dos ideas motrices en torno a la planificación y crecimiento del Madrid ochocentista fueron fundamentalmente "arreglar lo de dentro y adecentar lo de fuera del viejo casco"¹⁴.

Lo primero, pese a las obras realizadas ya desde los tiempos de José Bonaparte ("Pepe Plazuelas") y tras las sucesivas desamortizaciones, creando nuevas plazas, ampliando calles, saneando y "rompiendo" la compacta nuez del centro histórico, no tuvo siquiera un marco legislativo adecuado hasta la Ley de Saneamiento y Reforma Interior de 1895. Esta norma, de ámbito nacional, se fundamentaba en la necesidad de mejorar las condiciones de higiene y salubridad de las grandes poblaciones, caracterizadas por un callejero angosto y por viviendas escasamente aireadas y que "no vefan la luz ni el sol". Pese a todos los esfuerzos en ese sentido el problema siguió vivo durante las primeras décadas del siglo, si se atiende al volumen de literatura higienista sobre las malas condiciones de la vivienda y de la infraestructura sanitaria que se seguía produciendo¹⁵.

En cuanto al adecentamiento extramuros y, una vez derribada la cerca fiscal (1868), sustituida por los bulevares del norte (el eje Argüelles-Colón) y las rondas del sur (del Palacio Real al Jardín Botánico), el crecimiento de la ciudad más allá de este núcleo central, con la Casa de Campo y el Príncipe Pío al oeste y el Retiro y el eje Prado-Recoletos (la zona del paseo maestoso) al este, sí que tuvo un Plan y una idea, definidos ambos por el ingeniero Carlos María de Castro, con la luz verde de la administración en 1860. Esta zona, conocida como Ensanche, se concibió como un anillo de

trazado ortogonal, cuyas cuadrículas se extenderían como un perfecto tablero al otro lado de Princesa, al norte y noreste hasta un límite teórico prefijado (trazado en la actualidad de forma bastante visible por Reina Victoria, Fernández Villaverde, Joaquín Costa, Francisco Silvela y Doctor Esquerdo) y al sur hasta un límite más real, el marcado por la estación de Atocha/Mediodía en 1894 y el río Manzanares, frontera natural¹⁶. Junto a este proyecto de "agregación limitada" latía el expreso deseo de especializar las áreas urbanas y separar las clases sociales: los pudientes y clases medias residirían al norte y al este, las clases populares al sur. Con ello se terminaría a la larga con la mezcla tradicional que caracterizaba la vivienda céntrica madrileña, que distinguía no horizontal sino verticalmente la posición económica y social de los vecinos según el piso que ocupaban: los pudientes en el principal (que no primero), las clases medias en los entresuelos y segundos, los pobres arriba o abajo del todo (en las buhardillas y sotabancos y en el sótano o en la portería)¹⁷.

La construcción del Ensanche sin embargo se hizo de forma discontinua, lenta y en definitiva al hilo de la especulación inmobiliaria y los impulsos de promotores individuales y era una tarea ni mucho menos finalizada en 1914. Por otra parte, el precio de las viviendas nuevas que se construían en esta zona y del suelo comenzaron a convertir la teórica barrera proyectada por Castro en una barrera prohibitiva efectiva para los inmigrantes pobres y proletarios, que comenzaron a asentarse más allá de ésta. Por ello, en esta fecha se daba la extraña paradoja de un Ensanche inconcluso cuando ya existía un avanzado poblamiento en lo que se conocerá como Extrarradio¹⁸.

Este Extrarradio entró en el siglo XX sin plan alguno y bajo este concepto se incluía fundamentalmente una riada de edificaciones que se extendían en torno a las vías y caminos vecinales que conducían a la ciudad: por el norte desde la barriada de Cuatro Caminos y Bellas Vistas a Chamartín de la Rosa a través de Tetuán de las Victorias, por el suroeste hacia los Carabancheles, por el sudeste tras el barrio de Pacífico en la carretera y puente de Vallecas, por el noreste desde Prosperidad y Guindalera a Canillas y Canillejas. Junto a este crecimiento tentacular, sin orden ni concierto, llegará la muy lenta instalación de industrias y almacenes, en muchos casos insalubres,

molestos o peligrosos, y por ello prohibidos en el interior de la población. Ahora bien, hacia 1914 y, como un ejemplo más de escasa especialización del suelo, sólo puede hablarse del Ensanche Sur (Arganzuela), entre las estaciones de Imperial y Atocha, como de área realmente consagrada en pleno a esta actividad, y no antes de 1900. La industria, pequeña y artesanal, seguía prefiriendo de forma mayoritaria el interior de la ciudad, sin un uso exclusivo del suelo¹⁹.

En este sentido, el nuevo siglo saludaba un Madrid dividido en Interior, Ensanche y Extrarradio, sin "un plan conjunto que integrase estas tres estructuras urbanas" y cada área con sus principales problemas sin solucionar: ni el Interior había sido oreado por grandes plazas y avenidas, ni el Ensanche estaba terminado, siendo insuficiente además para acoger a los inmigrantes, ni el Extrarradio tenía un mínimo planeamiento integrador²⁰. El trasunto de todo esto es la incapacidad del transporte para adaptarse a una estructura metropolitana inexistente. Sólo hay tranvías urbanos desde 1871, y de tracción animal hasta 1898-1901; la construcción de sus líneas, dependiente del capital extranjero, consiste en una red radial cuyo nudo es la Puerta del Sol, centro histórico de la ciudad, hacia el que facilitan el acceso desde los barrios periféricos (desde la última década del siglo XIX) y las estaciones ferroviarias; no existe ningún tipo de planificación sino una maraña de líneas y concesiones de distintas compañías -en proceso de fusión/absorción aún inconcluso en 1914-, que crece al hilo de la demanda del nuevo Ensanche. Prácticamente sólo las actividades de la Compañía Madrileña de Urbanización (CMU) de Arturo Soria desde 1896 vincularán transporte, edificación y negocio del suelo, dotando de transporte tranviario a la primera barriada de la Ciudad Lineal, casi único intento serio de creación de un área residencial en la periferia, saldado con un relativo fracaso²¹.

Este insuficiente marco urbanístico permitirá que en el decenio que nos ocupa vuelva a repensarse la ciudad y la planificación de su crecimiento, buscando una respuesta a esta falta de integración de la estructura de la urbe y de ésta con su entorno. En la almendra central de Madrid se aborda la más ambiciosa apertura de una "Gran Vía" realizada hasta entonces, hasta el punto de recibir la nueva

obra en su conjunto este apelativo por antonomasia. Este proyecto de "prolongación de la calle de Preciados y su enlace con la calle de Alcalá", que remontaba sus orígenes al menos hasta 1862 y que había sido ya saludado y mitificado musical y culturalmente antes del fin de siglo, no fue aprobado hasta 1904 y las obras no se iniciaron hasta 1910. En 1924 se habían concluido los dos primeros tramos (de Alcalá a Callao = Conde de Peñalver y Pi y Margall) no finalizándose hasta la República el último (hasta Plaza de España = Eduardo Dato). Aparte del eclecticismo estilístico a que ha respondido su configuración histórica definitiva, la promoción y realización -larguísima en su proyecto, subasta y confección- de la obra responden a preocupaciones muy añejas como la reforma interior (viaria e higienista), las obras públicas como remedio contra el paro y a medios de financiación que no aglutinan ningún tipo de capitalismo local o iniciativa mercantil moderna²².

Pese a todo la Gran Vía se convierte en la representación del triunfo de "los tiempos modernos" en el centro histórico de la ciudad, tanto a nivel simbólico como real. Sobre los derribos de las viejas casas comenzarán a levantarse emblemáticos nuevos y monumentales edificios dedicados a usos terciarios, comerciales y de esparcimiento, que no residenciales: entre 1913 y 1916 el Casino Militar, la Gran Peña (locales aristocráticos y militaristas), el Hotel Roma; entre 1920 y 1929 el edificio Madrid-París (grandes almacenes), el palacio de la Música y el de la Prensa, la Telefónica. La Gran Vía es una gran cuña por donde entran los cafés, las oficinas, los cines... y representa el triunfo de lo que se ha dado en llamar "terciarización" del centro urbano. Especialmente señala el desplazamiento del centro urbano real, vital, social y económico, que no mental, hacia la calle de Alcalá, Cibeles y Recoletos, donde también se desata la fiebre constructora desde la Biblioteca Nacional (1894) al Palacio de Comunicaciones (1918), pasando por el nuevo Casino (1910). Aquí se suman los bancos, remolinos que anegan la "ciudad mesocrática". Pero la Gran Vía también concentrará, junto a los desmontes de la periferia, la canalización del Manzanares (otra obra higienista tanto tiempo deseada) y otras grandes obras del mismo área (Banco del Río de la Plata, Palacio de Hielo), el grueso de las huelgas de la construcción de los primeros años veinte y se convertirá en un foco de agitación sindical que toma en buena parte el relevo de las liliputienses huelgas de los

tipógrafos y de los tradicionales motines punitivos como forma dominante de protesta de los trabajadores²³.

Por ello la Gran Vía simboliza la llegada del capitalismo y del sindicalismo al centro urbano mismo de la ciudad, pese a no ser exactamente una promoción inmobiliaria exactamente "moderna" o "capitalista". Tampoco los nuevos planes para el Extrarradio que se barajaban por las mismas fechas rompían exactamente con las amarras del pasado. El hito lo marca el Plan de ordenación del Extrarradio del ingeniero Pedro Núñez Granés en 1910, aprobado en 1911 por el Ayuntamiento pero no definitivamente hasta 1916, que no sólo inaugura la era de los planes que desbordan los límites del antiguo Ensanche sino que plantea por vez primera una intervención pública de expropiación de terrenos, sino total cuando menos importante. Este plan entroncaba sin embargo con el urbanismo tradicional y en cierta manera se trataba de una auténtica prolongación de la cuadrícula del Ensanche, respetando las arterias que en éste se habían trazado. De hecho tendrfa como límite una vía circundante que irfa desde Puerta de Hierro a la carretera de Extremadura, rebasando así el Manzanares y planteando la anexión de municipios cercanos en un radio de 8 kms.. Este planteamiento (ensanche del Ensanche) se demostró obsoleto muy pronto: la ley de expropiación que debía respaldarlo nunca se aprobó y el colectivo de arquitectos comenzó a criticarlo duramente en fechas tan tempranas como 1919 ó 1922²⁴. En 1926 ya el propio Núñez Granés aceptará parte de las críticas y en el concurso internacional y el proyecto Zuazo-Jansen de 1929-30 ya son unánimes los criterios de zonificación -como áreas funcionales socioeconómicas-, metropolización y visión de la ciudad y la región como un todo integrado, nudo de comunicaciones nacional. Ya se piensa en el eje Castellana-Recoletos-Prado como arteria central de la nueva ciudad, culminando la traslación del centro vital hacia el Este y el Norte que se iniciara en el último tercio del siglo XIX²⁵.

En este sentido, y como la Gran Vía, podemos afirmar que el plan de Núñez Granés tiene su propia personalidad y responde a una problemática de "gran ciudad" pero aún no de "metrópoli". Un plan más allá del Ensanche, pero aún sin romper con sus presupuestos y muy característico del

decenio que nos ocupa, que introduce las problemáticas del siglo XX en Madrid, sin hacerlas triunfar de pleno. En el proceso de traslación del eje de la ciudad de Sol a la Castellana, Madrid se situaba en los años veinte en Alcalá. La República se celebra en Sol, pero es anunciada por la tricolor desde el palacio de Comunicaciones en Cibeles²⁶.

En cuanto a la política de vivienda, también recibe por fin una mínima atención pública, que sin llegar a las promociones franquistas del obrero propietario del pisito, los poblados dirigidos o las UVAS -junto a un descontrolado chabolismo por supuesto- marcan un nuevo camino frente a la espontánea urbanización del Extrarradio y una respuesta a la ubicación del proletariado en la periferia por el encarecimiento de los inmuebles de la ciudad. Se trata de la legislación y promoción de las Casas Baratas, primero de forma muy tímida -en 1911- y más decidida después de la guerra europea -1921 y 1924-. En cualquier caso estas leyes "estaban enfocadas a solucionar el problema de la clase media, funcional, y en último caso, de los obreros cualificados y con trabajo estable" y sus resultados fueron muy mediocres. Ahora bien, contribuyeron a la aparición de cooperativas y sociedades constructoras en los primeros años veinte decisivas para el impulso de la industria de la construcción en esa década, tras los problemas del sector en la guerra e inmediata posguerra, y de sociedades anónimas con nuevos métodos de trabajo y "sistemas de estandarización". La promoción de la vivienda en propiedad y el boom constructor marcarían la Dictadura de Primo de Rivera. Puntos de partida de esta nueva actividad fueron los preliminares y realización de la Conferencia Nacional de la Edificación (1922-23) en lo teórico y las promociones inmobiliarias de la Compañía Urbanizadora Metropolitana (CUM), formada en 1920 en paralelo a la construcción del Metro, al Noroeste de la ciudad, en lo práctico²⁷.

Junto a estos ejes fundamentales también hay que añadir los avances destacables en el transporte urbano: unificación de las compañías de tranvías en una "Sociedad Madrileña de Tranvías" (excepto la CMU) en 1920, rescatada al capital extranjero; apertura del Metropolitano Alfonso XIII (1919), que significativamente traza su primera línea del centro histórico (Sol) a las barriadas obreras (Cuatro

Camino), inicio de un sistema radial hacia Vallecas, Ventas y Embajadores, pero sin itinerarios circulares; primeros intentos serios de un servicio de autobuses, aún titubeante a principios de la década. En todos estos sectores se concentrará una movilización social y laboral también muy importante y novedosa por su virulencia y alejamiento de las pautas de los obreros de taller. Madrid es cada vez más grande y el transporte urbano cada vez más importante. La pequeña ciudad provinciana empieza a alejarse y los automóviles, los taxis, el Metro, los autobuses van relegando al tranvía como una reliquia: en 1949 serán suprimidos del centro, pero sólo el desarrollismo posterior los hará desaparecer definitivamente. Ya entonces estaban mal vistos como el recuerdo que eran de una crisálida muerta.

II.3. Las gentes de la ciudad

II.3.1. Un lento adiós a la muerte

Y es que Madrid está creciendo y no sólo porque se extienda, lo que obliga a que la ciudad sea repensada y traslade el eje sobre el que pivota, sino porque su población va a aumentar considerablemente durante el primer tercio del siglo XX. Durante toda la segunda mitad del siglo XIX apenas el municipio consigue doblar sus efectivos hasta sobrepasar el medio millón en la última década de la centuria. A principios de siglo los censos arrojan la cifra de 539.835; treinta años después esa cifra casi se ha doblado (952.832). Antes de la guerra civil la ciudad será millonaria. Los frenos tradicionales que impiden a toda población dar el "gran salto" a las pautas modernas de crecimiento demográfico y dispararse geométricamente sólo comienzan a perder su resistencia en Madrid a partir del segundo decenio de este siglo, precisa y curiosamente cuando la gran carnicería europea empieza²⁸.

Por tanto este aumento poblacional no es sólo lineal sino que entraña un importante salto cualitativo en el crecimiento de la ciudad y por tanto entraña un paso al ciclo moderno demográfico que en otros países y ciudades había acontecido en el último cuarto del siglo XIX. Este paso se da en algún año de la década de los veinte tras un período de transición (1901-1920) y bien podemos

decir que tras el decenio 1914-23 Madrid ya ha entrado en una dinámica "moderna" demográficamente hablando. Esta presunción es avalada por el drástico salto poblacional de 1915-20, aún mayor si se tiene en cuenta el embate epidémico gripal de 1918-20, que sin duda rebajó estas cifras. El padrón de 1915 arrojaba 615.075 habitantes, el censo de 1920 nada menos que 750.896. Este quinquenio inicia sin duda el despegue que los años veinte no hacen sino confirmar. Este proceso sin las distorsiones de los años treinta y cuarenta aún estaría más claro, pero Madrid no superará estos porcentajes de crecimiento hasta la década de los cincuenta²⁹.

Y es que el Madrid de fines de siglo no podía barajar esas cifras. Su crecimiento demográfico durante años no se había basado en absoluto en el potencial biológico de sus habitantes, sino en los aportes migratorios venidos de fuera de Madrid, que siempre habían dado a los madrileños su impronta de recién llegados y a la ciudad un predominio neto de la juventud en sus calles y sus protestas. Esto quiere decir que las defunciones superaban por lo general a los nacimientos, arrojando un crecimiento vegetativo negativo, que sólo los inmigrantes contrarrestaban. Entre 1880 y 1901, de 17 años con datos seguros, el saldo es negativo en once. No podía ser de otro modo con tasas de natalidad del 28 por mil y de mortalidad de más del 32 por mil, desglosada entre los embates epidémicos y la mortalidad infantil (casi el 41 por 100 del total de fallecidos en 1901 eran menores de cinco años). Con tales rasgos no eran raras las sombrías caracterizaciones que se hacían de Madrid como "ciudad de la muerte", nido de tuberculosis e insalubridad³⁰.

Estas pautas comienzan a cambiar con el nuevo siglo. Hasta 1920 el crecimiento vegetativo es positivo en 15 años de 19. El descenso de la mortalidad es muy pronunciado (hasta un 24 por mil), manteniéndose la natalidad elevada (24-25 por mil) y una mortalidad infantil mucho más reducida (sobre un 30 por 100 del total de fallecidos en 1916). Entre 1918-1920 se detecta el probablemente último embate de mortalidad catastrófica del Madrid contemporáneo, causado por una epidemia de gripe, estertor que despide el siglo XIX y le introduce en el ciclo demográfico moderno. En las dos décadas siguientes la mortalidad llegará a situarse en un 15 por mil y el crecimiento vegetativo será

positivo año tras año.

Ahora bien, hay que hacer dos precisiones a esto. La primera es que la aportación de los inmigrantes sigue siendo decisiva en la composición de la ciudad y su crecimiento va marcado por la afluencia de estos. En algunos momentos es abrumador... como en el período que nos ocupa. En la década 1911-20 el porcentaje de inmigrantes en el crecimiento de la ciudad y sus municipios limítrofes es del 95 por 100, superior a cualquier otro decenio de este siglo. Podemos aún puntualizar más: si tenemos en cuenta que el crecimiento vegetativo del municipio en 1917-20 fue negativo, con epidemias, carestías, crisis de postguerra, violencia social, ¿de donde salen los casi 150.000 habitantes más que tiene la ciudad entre 1915 y 1920?. Cabe pensar que esta llegada masiva, alentada por "una crisis de la vida rural", por las industrias creadas al calor de la neutralidad, por los licenciados de Marruecos que no regresaban al campo y a la yunta, y que no se frenó en 1918-20, en plena fiebre "bolchevique" del campo español, tuvo un peso específico importante en la oleada huelguística de 1919-20 y en la llegada de "nuevos" afiliados a las sociedades obreras, reticentes a acoger a los "sin oficio", que tenían un escaso o inexistente conocimiento de las tradiciones huelguísticas de la ciudad provinciana. Menos horas de trabajo, menos trabajo, más brazos buscándolo, sin duda todo esto provocó importantes tensiones internas en un movimiento sindical con fama de homogéneo y coherente como el madrileño y fue un importante elemento de presión a favor de los sindicatos de industria, la crisis del oficio y la consolidación de nuevas formas de protesta (y de huelga) en la ciudad. Estos inmigrantes -en su mayoría manchegos, castellanos, asturianos y gallegos- engrosaban las filas de la juventud -poco apegada al respeto por las cuotas, las tácticas dilatorias, la prudencia pablista, las huelgas localizadas-. Además, y que nosotros sepamos, no rompieron la habitual mayoría femenina en la población madrileña, tradicionalmente reclutada para el servicio doméstico, pero ahora también para el trabajo a domicilio, la confección, el trabajo en serie (galletas, perfumes, cigarros, sobres), y, como una avanzadilla de un sector que no hará más que crecer, para el trabajo de oficina, mecanografía, banca o de telefonista. Esto refuerza lo antedicho por lo que suponen de amenaza al mundo varonil del trabajo, puesto que son refractarias a los esquemas y tácticas sindicales dominantes

y lo vulneran directamente: las mujeres eran utilizadas por los patronos como mano de obra sumisa, que presionaba los salarios a la baja y rompía los ritmos y formas consuetudinarias de los talleres³¹.

Otra precisión que debe hacerse a estas nuevas pautas demográficas es la persistencia de una acusada mortalidad diferencial por barrios y distritos, signo evidente de arcaísmo y, en definitiva, expresión geográfica de la dualidad de la ciudad. En 1900 los distritos del sur (Latina, Inclusa y Hospital), que concentraban un urbanismo más antiguo y a los grupos sociales más pobres, tenían una mortalidad sensiblemente más elevada que el resto (casi un 34 por mil en Inclusa frente a un 18 por mil en Congreso). Esta situación seguía siendo prácticamente la misma en 1916 (casi 39 por mil en Inclusa, el 17 por mil en Buenavista). En 1928 las diferencias aún eran de diez puntos (24 por mil en Hospital, 14 por mil en Hospicio). Este panorama explica la expansión no sólo espacial sino también demográfica del norte y el este de la ciudad, que cada vez concentran más recursos, frente a un núcleo central de crecimiento paralizado y unos distritos del sur marginados, y considerados los reductos del Madrid pueblo, el pintoresco, popular y bajo, frente al desarrollo capitalino del Ensanche y las populosas barriadas obreras periféricas³².

En 1915-20 Buenavista y Chamberí ya son los distritos más poblados al norte y al noreste y Centro y Hospicio, que representan la nuez central de la ciudad, los menos poblados y de menor crecimiento. Hacia 1871, Universidad (al noroeste), Latina e Inclusa (sudoeste y sur) eran los más poblados. De los distritos del sur es Hospital (sudeste) el que tiene la voz cantante en 1920. Es muy significativo el ocaso de Inclusa que de ser de los tres más poblados pasa a la octava posición de diez distritos en 1920. La traslación del centro de la ciudad hacia el este y hacia el norte de la Puerta del Sol parece manifiesto³³. Y no sólo porque el Ensanche burgués se extienda en esta dirección y las clases acomodadas se afinquen en Salamanca, Serrano o Retiro, sino porque los barrios más populosos del Extrarradio se sitúan en los lindes de Universidad (Bellas Vistas con 21.651 censados en 1920), Chamberí (Cuatro Caminos e Hipódromo con 15.081 y 14.053), Buenavista (Las Mercedes y Prosperidad con 19.712 y 10.308), Congreso (Plaza de Toros con 17.719) y Hospital (Santa María

de la Cabeza y Delicias con 17.543 y 11.858), casi todos de población proletaria y de densidades muy bajas (todos menos uno por debajo de los 200 habitantes por hectárea). No es de extrañar: con casas bajas, autoconstruidas en muchos casos, lindan con el campo y se alargan hasta contactar con los pueblos limítrofes a veces sin solución de continuidad. Por el contrario, barrios genuinamente populares como Cava (Latina), Rastro (Inclusa), Lavapiés y Jesús y María (Hospital), al lado de la plaza del Progreso -hoy Tirso de Molina- y de Mesón de Paredes, sobrepasaban las 2.000 y hasta las 3.000 almas por hectárea³⁴.

II.3.2. La segmentación social del espacio

Este hacinamiento -urbanístico y demográfico- del centro y sur de la ciudad y su caracterización como reducto de lo popular que subsiste -o resiste- a los cambios del nuevo siglo cuestiona en buena medida la "modernización" demográfica y en definitiva algunos aspectos típicos de las metrópolis modernas, como son la especialización del suelo urbano y sobre todo las divisiones sociales que ésta provoca. En cualquier caso este Madrid de los barrios bajos, de la pequeña industria, los mercadillos callejeros y las viviendas insalubres, es una herencia del Madrid decimonónico y una consecuencia de la "extrema bipolarización social" con que se podía caracterizar a la Villa y Corte del XIX. Por tanto es discutible que en este Madrid no hubiese existido una importante división social y espacial de la ciudad. Si un noble salía del Palacio de Oriente y bajaba al Campillo del Mundo Nuevo sabía muy bien con qué se iba a encontrar. Muy diferente es que estas clases estuviesen en muchos sentidos excesivamente cercanas unas a otras -en un sentido espacial, que no social-³⁵ por la existencia de una "geografía de clases confusa" y que por su contenido no respondiesen aún a lo que se consideran "clases sociales" en el mundo industrial, esto es capitalistas y obreros, sino a una incómoda convivencia de pobres y ricos, protegida bajo el concepto, a veces literario, a veces político, y las más mágico, de pueblo³⁶. Se trata de una de las paradojas fundamentales del Madrid del XIX tal y como se le ha descrito: grandes diferencias sociales entre sus habitantes -perfectamente detectables por los hábitos culturales, el vestido, las posibilidades de la economía doméstica, la calidad de la vivienda, la existencia y número de la servidumbre, etc.- en una geografía urbana que parece tender

a la convivencia social y a contener "en su interior amplias áreas de contenido social indeseable de acuerdo con el buen sentido burgués que impera"³⁷. A diferencia de lo que ocurrirá a la larga en el siglo XX: homogeneización cultural y modos de vida estándar frente a una especialización y división social del espacio mucho mayor. Dicho de otro modo, el pobre y el rico podían vivir en la misma casa en el Madrid de 1880 y verse -e identificarse como tales- todos los días en la escalera, aunque uno fuese a la ópera y el otro a bailar a la Bombilla. En 1980 vivían en barrios muy alejados, podía transcurrir su vida sin encontrarse siquiera y cuando esto ocurría ninguno de los dos reparaba en tal fenómeno: los dos llevaban vaqueros e iban al fútbol o al cine.

Dados estos rasgos, podemos afirmar que en el Madrid de 1920 ya se ha configurado un mapa sociourbano bastante diferenciado, con un núcleo central básicamente comercial y de ocio y paseo (Sol, Arenal), y que acentuará esa tendencia cuando la Gran Vía se termine; al este, en torno al eje de Serrano y la Castellana, se encontrarían las clases más pudientes; en el Ensanche norte, al este de Princesa convivirían profesionales, empleados, funcionarios y estudiantes, mientras que al oeste de esa calle abundarían los edificios oficiales y las residencias nobiliarias (se trata del distrito de Palacio); y los tres distritos del sur serían fundamentalmente humildes y artesanos, barrios de gallinejas y tupis, cantados por Arniches, Velasco Zazo o Pedro de Répide, con humor por Muñoz Seca, con truculencia por Emilio Carrère. En torno a este reparto aproximado del suelo ya se han conformado, sobre todo al norte y al este, y seguirán creciendo, unas barriadas obreras que rodean la urbe como el cinturón rojo característico de las ciudades plenamente industriales, diferentes a los alrededores de la ciudad al sur, que venían a ser "la zona baja de una misma trama"³⁸. Esta segregación espacial tiene incluso un reflejo electoral cada vez más nítido a medida que la vida política se democratiza: los distritos del sur por lo general mostraban su predilección por los candidatos republicanos ya en el sexenio, y los continuaron votando, y después a los socialistas, a partir de 1890. Junto a ellos Chamberí y Universidad, que combinaban clases medias con barriadas obreras como Cuatro Caminos, también solían inclinar su voto en esta dirección. Con la República un anillo de sufragio socialista en algunos lindes de los distritos periféricos es cada vez más nítido³⁹.

En esta segregación espacial lo fundamental no es sin embargo que se halle más o menos avanzada en las fechas que nos ocupan, sino que la tradicional separación entre barrios altos y bajos, extremos de un mismo cuerpo, comience a ser vista como una oposición entre barrios obreros y burgueses. Aunque ambas palabras se usarán mucho en estos años de la guerra y posguerra, y es probablemente cuando comienzan a significar en Madrid algo más que un concepto socialista escondido en los discursos de propaganda, esta nueva oposición "espacial" permanece casi inédita en nuestro período y es más explícita en los años treinta⁴⁰. Pero el proceso es imparable y la toma de conciencia de que la ciudad "no es como antes" ya está en marcha⁴¹.

II.3.3. Viejos y nuevos servicios. Oficinas y tiendas

Estos cambios urbanos y demográficos son alentados por las nuevas funciones económicas que va adquiriendo Madrid a lo largo del siglo XIX y que cristalizan en el primer tercio del XX. Como ya se dijo anteriormente, la centralidad geográfica, militar y residencial sólo comienza a ser económica cuando la capital administrativa se transforma asimismo en el nudo de la red ferroviaria de transportes y de la postal y telegráfica de comunicaciones. A ellas siguieron la red financiera, las decisiones empresariales y el domicilio social de grandes sociedades mercantiles y anónimas, independientemente de sus centros de explotación o lugares de actividad⁴².

Así, hacia el fin del siglo XIX, Madrid ya se configura como un centro empresarial de primer orden. Aunque aún el número de bancos en sentido estricto, fuera del Banco de España y el Hipotecario, banca oficial, prácticamente se reduce a dos a la altura de 1894 (el Crédito Mobiliario de 1856 y el Banco de Castilla de 1871), entre esta fecha y 1909 la ciudad se eleva sin ninguna duda al puesto de primer centro bancario del país. Surgen entonces el Hispano Americano y el Español de Crédito, el Urquijo y el Central, y, lo que es más importante, en Madrid proliferan las sucursales bancarias y se asientan las centrales de los demás -incluidos los de numerosas entidades financieras extranjeras-, en torno a la City o "triángulo del dinero" de Alcalá-San Jerónimo-Prado⁴³. Este auge

bancario, alimentado en su origen por los problemas de la deuda y finanzas públicas y el ferrocarril, se incrementará tras la crisis colonial y la neutralidad de España ante la guerra mundial, en lo que son dos hitos decisivos para la economía española en su conjunto señalados unánimemente por la historiografía. El capitalismo financiero -esa fantasmagórica oligarquía financiera que aparece prematuramente conformada en algunas historias del XIX español- ponía sus pies en Madrid en un franco contexto de triunfo del nacionalismo económico como pensamiento dominante y de un significativo aumento del intervencionismo del Estado. El centro de operaciones de este proceso será precisamente la antigua metrópoli colonial, ahora despojada de tales púrpuras⁴⁴.

Tras los bancos, o al calor de estos, llegan las sociedades anónimas, formas jurídico-mercantiles asociadas con el gran capitalismo, que a nivel nacional ya son casi un tercio de todas las constituidas entre 1916 y 1925, con casi un 90 por 100 del capital. Muchas de ellas sólo establecen en Madrid sus domicilios sociales -las más de 80 sociedades mineras que operan en Madrid en 1921 por ejemplo- para beneficiarse de la nueva "capitalidad", pero otras tienen una presencia efectiva y muy significativa en determinados sectores productivos de la ciudad, y con los problemas de la postguerra no parece que se atenuase la tendencia a su creación, sino más bien al contrario. Tal era el fenómeno que incluso en 1916 se creó un Anuario Financiero y de valores mobiliarios para dar cuenta de ellas⁴⁵.

Su presencia es general en todos los ámbitos y sus inversiones, atraídas por los cambios de la capital, tienen una influencia considerable sobre la quietud de la ciudad. Aún las de ámbito nacional al situar en Madrid el centro de sus operaciones atraen a Madrid a gran cantidad de nuevos empleados, oficinistas y obreros de cuello duro, abriendo nuevas posibilidades de promocionarse a una sociedad cada vez más alfabetizada, y en concreto a muchas jóvenes solteras que se negaban a ser criadas, prostitutas o trabajadoras de dudosa moral (como las modistas o cigarreras). Madrid siempre había sido una ciudad con una gran presencia del terciario. El sector servicios tradicionalmente había marcado la impronta de la ciudad⁴⁶, jugando tres bazas decisivas al menos

hasta mediados del siglo XIX: el servicio doméstico, el pequeño comercio, bien de comer, beber y arder o el suntuario y los empleados y funcionarios de los ministerios. Esto había dado una imagen hacia el exterior de Madrid de ciudad cortesana, holgazana y meramente consumista, que perduraba en la época que nos ocupa⁴⁷. Sin embargo, desde el siglo pasado y hasta 1914, habían aparecido colosos del sector, en, por ejemplo, los transportes. A las compañías ferroviarias se les habían unido las de los tranvías en el último cuarto del siglo, y en proceso de fusión en estos momentos, culminado en 1920 con la Sociedad Madrileña de Tranvías, heredera nacional de las antiguas iniciativas belgas. Junto a ellas las "novísimas", la Compañía del Metropolitano Alfonso XIII (de 1917, inaugurado en 1919) y las de explotación del balbuceante transporte en carretera ("La Castellana" en 1915, la Sociedad General de Autobuses de Madrid en 1922), o las "independientes", como la CMU ya mencionada⁴⁸.

Otro sector en expansión es el de la banca, ya mencionado, y el de las compañías de seguros, principales abanderados de los trabajadores de corbata y traje. Pese a venerables instituciones como la Unión y el Fénix (1864), madre de todas ellas, dos terceras partes de las realmente grandes que operaban en Madrid en 1924 no tenían más de diez años de antigüedad. A ello podemos añadir el sector de las comunicaciones, por aquel entonces limitado básicamente a la telefonía, y el de los espectáculos, que en el caso de la cinematografía va ligado desde el primer momento a la forma de S.A. (todas las que tenemos noticia posteriores a 1917). Por ello, sin duda puede asegurarse que la ciudad, aunque mantiene y aún incrementa el peso del terciario, está cambiando en buena medida la calidad de los servicios que presta -financieros, de transporte y comunicaciones, de ocio-, más modernos y dinámicos. Alguna relación con ello puede tener el enorme incremento -de irrupción cabría hablar- de las huelgas en este sector en el período 1914-23, partiendo de los sectores más rancios -los tranviarios y los dependientes-, copartícipes de las oleadas de 1919-20, para llegar a los más recientes -chauffeurs, autobuses, banca- cuando el cénit de la conflictividad ya ha desaparecido⁴⁹.

Un caso bastante diferente es el del comercio⁵⁰, que no parece que evolucionase gran cosa. Mayoritariamente seguía siendo minifundista, de pequeños establecimientos y tan bipolarizado como la sociedad decimonónica de la que procedía: o bien se centraba en las subsistencias (comestibles, tabernas y carbonerías), repartido por los barrios (más del 60 por 100 en 1908), o bien era de mayor lujo y se concentraba en Centro y Hospicio. De estructura atomizada y familiar, las tiendas y tabernas sobreabundaban, se hacían una feroz competencia entre ellas para sobrevivir, se sustrafan en lo posible al régimen salarial, contando con familiares o dependientes internos "adoptados" como tales, y además tenían que compartir sus actividades con una gran cantidad de vendedores callejeros o ambulantes y con mercadillos improvisados. Esta multitud de tenderos muy modestos sustentaba un sector que puede decirse había llegado a su saturación en la primera década del siglo. Esta tendencia parece se frenó a lo largo de la época que nos ocupa, muy especialmente por los problemas de abastecimiento y precios que la guerra y la postguerra trajeron consigo, y en mucho menor grado a la introducción de nuevas empresas comerciales en determinados sectores, de signo cooperativista (la Cooperativa Socialista en 1907 y la Municipal en 1913) o capitalista (Pescaderías Coruñesas en 1911, Mantequerías Leonesas en 1914-15). Los primeros grandes almacenes propiamente dichos (Madrid-París), que sufrieron muy serios problemas ya con los obreros que construían sus instalaciones, no se abrieron hasta 1923. En este sentido, como en tantos otros, nuestra época marca un gozne y el inicio de una tendencia, pero en ella el comercio tradicional sigue siendo el dominante⁵¹.

En definitiva, de cada tres establecimientos comerciales con los que el viandante puede encontrarse en 1924 -y no en 1900- uno al menos será un despacho de vinos, eufemismo de tabernas (más de 2.500 sin contar las bodegas, bodegones, cervecerías o bars, luego bares, palabra, y concepto, que aún no ha triunfado)⁵², una tienda de comestibles (más de 1.600), una lechería (1.200), una panadería (más de 1.100) o una carnicería (más de 1.000). El comer, beber y arder abarcaría a más de dos tercios de las tiendas de Madrid; más de 14.000 establecimientos de un total de 21.626 que arrojan las estadísticas municipales. Si nos atenemos a las tiendas reales las cifras municipales podrían sobrevalorar la realidad. Ahora bien, si incluimos a ambulantes, puestos al aire libre, casas-tienda,

revendedores, asentadores y otros intermediarios, la cifra es de creer, porque "rara es la casa de Madrid que no tiene algún comercio; son muchas, la mayoría, las que tienen dos y hasta tres o más"⁵³.

No parece por tanto que los más de 34.000 individuos dedicados al comercio, según los censos de 1920⁵⁴, respondiesen en su mayoría a los impulsos del gran capitalismo de las compañías capitalinas sino al de la vida cotidiana de la ciudad. Por ello, es bastante discutible que la preponderancia del sector servicios (un 49'5 por 100 de la población activa en 1920) en Madrid resulte un signo de modernidad⁵⁵. Muy interesante a este respecto es la clasificación por "actividades humanas" que realizó Amando de Miguel para explicar la estructura socioprofesional madrileña, en la que directamente se distingue entre un sector tradicional y uno moderno dentro del ámbito económico. El sector moderno, tanto en el "cuadrante mercantil" (industria y servicios), como en el "burocrático" (profesionales y administración civil) se convertiría en el dominante frente al tradicional (agricultura, comercio, clero y fuerza pública) precisamente en estos años, pasando el primero de un 23 a un 43 por ciento entre 1900 y 1930, mientras que el segundo disminuiría del 29 al 16 en el mismo período⁵⁶.

II.3.4. Los límites de una industrialización: entre la producción en serie y el trabajo bien hecho (I).

Maestros, patronos y empresas

La clave en este triunfo de la "modernización" reside sin duda en el lugar en que ubiquemos a la industria dentro de este organigrama, puesto que el elemento "burocrático" profesional apenas pasa de un 8 a un 9 por ciento y no parece que el comercio "tradicional" disminuyese como veíamos⁵⁷. De hecho el retroceso del sector primario (de un 19 por ciento de la población activa, cifra probablemente ya sobredimensionada, en 1900, pasa a un 5 en 1920) y el aumento del peso del secundario (de un 16 en 1910 pasa a un 43 por cien en 1920) son los datos más llamativos de cualquier ojeada a los primeros veinte años del siglo. Con todas las salvedades que quieran hacerse a las estadísticas, siempre falibles y hasta cierto punto perversas, parece un hecho que la segunda

década del siglo, en el contexto de la neutralidad española ante la guerra mundial, fue decisiva para un cierto "despegue" industrial. Pero la polémica sobre el carácter "industrial" de la ciudad antes del desarrollo franquista y lo "moderno" de éste no ha remitido por ello⁵⁸.

Sabida es la escasa industrialización de la ciudad si se la compara con otras urbes industriales del XIX basadas en el textil, la siderurgia o la minería como Barcelona, Bilbao o Manchester. Siguiendo las pautas clásicas con que se ha venido explicando la Revolución Industrial -mundial y española- el Madrid del siglo XX ni hereda una industria pesada del hierro ni una industria ligera del algodón, ni es una ciudad líder en el uso de las fuerzas prometeicas del vapor y el carbón, por lo que o bien no tiene industria o bien su "moler, tejer y fundir" es un fracaso, símbolo del fracaso nacional en esta materia⁵⁹. Si atendemos sin embargo, como ya se ha dicho, al papel del artesano cualificado en el desarrollo industrial, a la persistencia de estructuras duales más que a rupturas drásticas en los procesos de industrialización y a la importancia de los talleres, los autopatronos y el sistema de producción a domicilio más allá de la protoindustrialización de ámbito rural, habría que convenir que en el Madrid de principios de siglo había un nutrido tejido industrial. Esta paradoja es la única que permite tan contradictorias valoraciones acerca de la industria madrileña. De "parvedad de las relaciones fabriles en la capital hasta el mismo final del siglo XIX" se ha definido la situación, de ciudad "preindustrial", "con algunos islotes de gran concentración de mano de obra que son, invariablemente, industrias para el consumo, o que están relacionadas con algún monopolio, o que se dedican a transporte, esto es, no hay ninguna gran empresa de industria básica", no hay por tanto tal ciudad industrial no ya en nuestro período sino a finales de los años veinte, sólo una ciudad "industriosa" de oficios tradicionales y escasa fuerza motriz en general⁶⁰. Sin embargo en 1900 Castilla la Nueva (por Madrid fundamentalmente) era la tercera región (ausentes el País Vasco y Navarra en cualquier caso) más fabril en términos absolutos, con un importante peso en casi todos los sectores, con la excepción del textil y el cuero, y muy especialmente en los apartados de "alimentación", "artes gráficas", "diversas", "químicas" y "cerámica, vidrio" (materiales de construcción), a nivel nacional, y de la metalurgia, a nivel regional⁶¹.

Y es que "aunque Madrid no está rodeado, como otras populosas urbes, por grandes fábricas con enormes chimeneas, cuyos penachos de humo simbolizan el incienso que los sacerdotes del trabajo queman en alabanza del Creador; aunque muchos crean que en Madrid no existen industrias, las hay tan múltiples y variadas, que puedo aseguráros que su tributación industrial es la más alta de España". Aún más, "la potencia industrial madrileña aumenta visiblemente y se desarrolla al extremo, (...), que también esas grandes fábricas comienzan a elevarse a manera de templos (...), y, que esas enormes chimeneas también empiezan a inciensar nuestros no tan áridos alrededores"⁶².

Por tanto, ¿cómo es posible conjugar la realidad de una ciudad pre o protoindustrial con la no menos tangible de una producción industrial respetable?. La solución del dilema llega por dos caminos. Por un lado se fundamenta en el carácter y dimensiones de la industria tradicional de la ciudad, bastante alejada de la basada en plantas fabriles y disciplina capitalista del trabajo, a la que se ha venido considerando, no siempre acertadamente, como triunfante y dominante antes de 1914, y, que por su novedad y potencial, era considerada como la depositaria de la producción del futuro⁶³. Por otro, se basa en la existencia de esos "islotes" mencionados de concentración de mano de obra, de sectores industriales modernos, de transformaciones pioneras en otros y de uno muy importante en la ciudad pero bastante alejado de la imagen del proletariado industrial clásico y poco amigo del corsé fabril, el de la edificación.

Con respecto al tipo de industria madrileña ya se han aportado aquí algunos datos que retomamos ahora. Hacia 1900 se concentraba, dentro de la provincia, en Madrid (un 90 por ciento de los trabajadores industriales); cuando no era así, en los municipios del sur (Villaverde, Carabancheles, Getafe, Vallecas), que son, por cierto, los principales protagonistas de las huelgas extramunicipales en 1914-23. Dentro de Madrid, en el interior del casco urbano y raramente con suelo exclusivo, sin zonas industriales propiamente dichas, pese al muy incipiente núcleo de Arganzuela. Aunque las de mayor tamaño se vieron obligadas a desplazarse hacia la periferia, favorecidas por el transporte urbano, en Interior y Ensanche se sitúan los "pequeños establecimientos industriales de tipo familiar

y de carácter artesanal, orientados al consumo local", que son la mayoría⁶⁴.

Esta industria cuasiartesanal, de una mano de obra bastante cualificada, estructurada según el tradicional esquema jerárquico oficial-ayudante-aprendiz con un maestro (a veces patrono, a veces capataz, o encargado-regente), era muy variada, dado que su objetivo fundamental era satisfacer la demanda de la propia ciudad. La famosa estadística ministerial de 1905, anónima, pero realmente elaborada por el socialista Juan José Morato, destaca 10.132 "entidades productoras" en la provincia, de las que más de 7.000 pertenecían al municipio. Entre ellas casi 2.000 consagradas al vestido y tocado, más de 800 a la edificación, 600 metalúrgicas, más de 500 a la alimentación y la madera y más de 300 a los ramos de químicas, libro y transportes. Pero una cosa son las entidades (individuos o talleres-casa) y otra las "industrias", y entonces resulta que hay 29 del vestido, 28 de edificación y químicas, 27 de alimentación, 25 del metal, 13 del libro, etc.. Aunque desconozco los criterios para esta distinción, cabe pensar que se han entresacado las "de consideración", con lo que el contraste es evidente. Si concretamos más aún las entidades dominantes obtenemos que en vestido y tocado son las barberías, a las que se consideraba "industria" (429), en la edificación los pintores, con sus cuadrillas, cuando las hay (239), el metal consiste sobre todo en cerrajerías (243), en la alimentación mandan las tahonas (171), en la madera los talleres de carpintería, que, por si no queda claro, hay que diferenciar de las carpinterías mecánicas (379), y por fin en el libro, las imprentas (102), en químicas los laboratorios de farmacia (187) y en el transporte los coches de alquiler (175), otra actividad poco industrial⁶⁵.

Estos datos son un poco antiguos y la clasificación no es muy minuciosa pero lo que apunta se puede corroborar fácilmente por otras fuentes. El movimiento de la matrícula industrial recogido en el Cuadro 9 arroja un total de 5.290 industriales en 1914 y de 7.163 en 1923, pero el saldo es ligeramente diferente. Lo que mandaba en el Madrid de 1914 en número de cotizantes era la madera (835), y dentro de ella los carpinteros de taller (360) y los ebanistas -en el censo/informe de 1905 en "Mueble"-, con taller pero sin tienda (152). La seguía el vestido (680), de donde se han segregado

los peluqueros y barberos (con la respetable cifra de 538), con los sastres (más de 300) a la cabeza, de ellos la mayoría sin géneros, es decir, los que alquilan su obra, instrumental o cuadrilla a su cargo, pero teóricamente menos pudientes que el que posee las telas; la metalurgia (677) con los herreros y cerrajeros (180); las artes gráficas (599), sobre todo talleres de imprimir (más de 300); la alimentación (459), con las consabidas tahonas (163); y las artes de la construcción (390) y sus pintores (192). Del resto apenas sí pueden reseñarse las fábricas de tejas y ladrillos, los instaladores eléctricos, las fábricas de jabón, las tintorerías y los zapateros⁶⁶.

Este esquema es muy similar para 1923 con algunas salvedades: las industrias metalúrgicas se han multiplicado por dos y ahora son las dominantes (1322), la carpintería y ebanistería mecánica se ha duplicado y también los talleres de ajuste con motor, los bronceístas se han triplicado, hay siete fábricas de bombillas eléctricas cuando no había ninguna en 1914, los laboratorios químicos se han doblado, así como resulta explosivo el aumento de la industria del calzado, talleres de bordado y sastrería sin género probablemente como consecuencia de la neutralidad española y la demanda suplementaria que supuso. Por el contrario, otras actividades se estancan cuando no retroceden: los estuquistas, los maestros canteros, los soladores, los carpinteros de armar, los ebanistas de lujo, los torneros, la reparación y construcción de carruajes, los orífices plateros, los encuadernadores de libros, las fábricas de velas, los guarnicioneros, los sombrereros tradicionales, y en fin, los barberos y las industrias alimenticias entre otros.

Muchos de estos cambios son producto de modas, como la sustitución del rancio hongo por el mundano canotier -y después de la guerra por la cabeza sin cubrir-, pero en gran medida se deben a cambios muy relacionados con una mayor mecanización, la decadencia de viejos oficios y especialidades, la marginación, desaparición y transformación de actividades productivas enteras. No se trata por tanto de un aumento simplemente cuantitativo, sino de un reequilibrio que por lo que sabemos tendía a pedir obreros de menor cualificación de los habituales en los talleres madrileños. Los ejemplos sectoriales y los problemas que conllevaban en los distintos gremios y actividades a la

hora de protestar, resistir o asociarse se tratan más adelante. Por ahora no me resisto a incluir la letanía de un socialista de oficio casi anónimo, el señor Paco, carpintero, en un día de los primeros años veinte:

"El oficio ahora es una vergüenza. A mí déme usted una buena mesa de nogal macizo, y no esas porquerías de pino sin labrar, forradas con una chapita que se llena de bultos con un puchero caliente. O encina. Encina es la mejor madera del mundo. Pero hay que saberla trabajar (...). Mi maestro, el señor Juan, que Dios tenga en paz, me tuvo serrando encina un año entero, hasta que me harté y un día le tiré la herramienta encima del banco: "No siero más". Me dió un pescozón, era lo que le daban a un aprendiz entonces y a veces hasta a los oficiales, y me dijo: "Qué, ¿te crees que ya lo sabes todo?. Bueno, pues vas a trabajar con la garlopa". Y me dio un cepillo y un tablero de encina para que lo alisara. Me hubiera gustado veros a uno de vosotros allí. La condenada herramienta se atasca en la madera y no corta aunque echas las tripas por la boca. Me costó dos años aprender a cepillar encina y sacar virutas tan finas como papel de fumar. Pero ahora... Sierras con una máquina, cepillas con una máquina y barnizas a máquina. ¡Todo lo más que hay que hacer es serrar unos cachos de pino y pegarles una tapa de caoba y después darle con el pulverizador!. (...) ahora ya no hay obreros de verdad (...). Todo es mecánico. Y lo que pasa es que ahora hacen las cosas a montón como los buñuelos y luego, cuando los obreros piden más jornal, les grita el amo: "Hala, largo de aquí. Para serrar me basta cualquiera, hasta una mujer, si hace falta""⁶⁷.

Este testimonio tan expresivo de lo que se interpretat a como una devaluación del trabajo artesanal, con el que se identificaba al auténtico obrero, no se olvide, dice más de los cambios en la industria madrileña que las frías cifras. Pese a todo, las cifras fiscales, que pecan siempre por defecto, pueden completarse con las estadísticas que el Ayuntamiento utilizaba de establecimientos -o "entidades" como en la memoria de 1905-, mucho más abultadas como ya sabemos por los comercios, sobre todo en 1924 cuando esta estadística anual estaba muy perfeccionada, y que pueden utilizarse como tope máximo: casi 14.000 industrias, de las cuales sólo 11.000 pueden calificarse de tales, el resto son servicios de alquiler, préstamo, transporte, hospedaje o espectáculos, es decir los negocios no específicamente comerciales⁶⁸. Por lo demás, el esquema es similar: más de 1.600 industrias de la madera y metalurgia, más de 1.400 del vestido, casi mil de artes gráficas, 900 peluqueros y barberos, más de 800 de curtidos -en una posición casi marginal como veíamos en 1905 o 1914- y más de 700 de artes de la construcción. Según esta estadística la empresa industrial más representativa del Madrid de los primeros años veinte sería el taller de carpintería (más de 1.000 carpinteros de taller consignados), seguido del alquiler de automóviles, también con un millar⁶⁹. Tradición y modernidad pues.

Evidentemente, el número de "empresarios", por muy modestos que estos fuesen, no da idea del potencial y peso de los distintos sectores industriales ni del tamaño de sus establecimientos. Un ejemplo socorrido lo da la industria del vestido y tocado en 1905 con casi 2.000 entidades y una fuerza motriz de 16 cv., mientras que las 500 de la alimentación equivalían a más de 1.500 cv.. En ese sentido se han destacado algunos sectores "punta" en el desarrollo de la industria de la ciudad repetidamente. Existen ya tradicionales concentraciones fabriles a principios de siglo, muchas de ellas heredadas directamente del XIX: la Fábrica del Gas de unos 1.500 obreros, la de Tabacos con unas 3.000 mujeres, los talleres y estaciones ferroviarias (el de la MZA), las compañías de tranvías y algunas compañías panificadoras ("la de Romanones", esto es, la Compañía Madrileña de Panificación de 1899), de bebidas gaseosas, cerámica y vidrio o químicas, además de la consabida Platería Meneses. Estas y otras creadas entre 1900 y 1923 forman importantes empresas de peso específico considerable -a veces en la forma de sociedades anónimas que ya veíamos pujantes- que conviven con un básico minifundismo industrial. Algunas representan a sectores "modernos" como el eléctrico, que se "nacionaliza" y concentra, y el hidroeléctrico, a partir de 1905 (Hidráulica Santillana, Unión Eléctrica Madrileña, Cooperativa Electra), el químico (Oxígeno Industrial en 1912, Gal y Floralia, ésta de 1914), de material eléctrico (AEG Ibérica en 1901, Electrodo en 1915, las lámparas Osram) o de maquinaria y construcciones metálicas ("Jareño" en 1913), casi todas incipientes en este momento.

Pero también están presentes, y aún más consolidadas, en sectores muy habituados a otras formas de producción como el alimentario, artes gráficas y la construcción, precisamente las tres principales bazas del sindicalismo madrileño. Así han surgido Mahou, El Laurel de Baco (de 1895) o El Aguila (1900) en las bebidas, "La Fortuna" (1902) y Matías López (S.A. en 1913) en la repostería, o "La Fama" (1910), "La Campiña Triguera" (1906), la Nueva Panera Industrial (1907) o la Panificadora Popular Madrileña (1916, con quiebra posterior y vida fugaz pero huella importante) en harinas y pan; Prensa Española S.A. (1909) y Prensa Gráfica S.A. (1913), "El Sol" (S.A. de 1917, para el diario del mismo nombre), "Calpe" (1918), Sucesores de Rivadeneyra S.A. (1919), en el mundo del

libro y los diarios; o la CMU (1894, también en el transporte), la Sociedad Madrid-París (1920, y que antes de explotar los grandes almacenes se embarca en una muy conflictiva construcción de estos), la Compañía Edificadora Metropolitana (1919) o la CUM (1918) en las edificaciones y obras públicas y que tendrán un impulso decisivo durante la Dictadura, una vez solventada la crisis de la guerra y postguerra. Esta última tiene un peso específico importantísimo en la ciudad por su efecto multiplicador, dependiendo en buena medida de ella muchos talleres de pequeña metalurgia, madera y cerámica-vidrio, y, por su volumen de mano de obra y atracción de inmigrantes, gran parte del pequeño comercio y la vida de la ciudad. A partir de los primeros años veinte, y una vez pasada la crisis de la guerra y la postguerra, conocerá una auténtica edad de oro con un peso notable de las sociedades anónimas en su seno, lo que indica que probablemente en la época que nos ocupa además de crisis probablemente hubo cambios importantes en este sector, que, entre otras cosas, pasa a liderar incuestionablemente el movimiento obrero -y la protesta- de la ciudad sólo a partir de ahora⁷⁰.

En este sentido, el enjambre de patronos sastres, zapateros o carpinteros informa de una realidad muy diferente: no se trata de sectores dominantes, sino en los que la concentración de capital -y obrera- es mucho menor. Si echamos una ojeada a la ratio obreros/patrono que se apunta en el Cuadro 11 puede verse el contraste entre la alimentación, la confección o la carpintería con las eléctricas, el transporte o la construcción⁷¹. Pero no se trata de una mera cuestión de dimensiones o número, o de potencia y suma de caballos de vapor, sino que muchas de estas grandes empresas traían nuevos métodos de producción y gestión, gerentes en lugar de regentes, accionistas en lugar de maestros, nuevos ritmos de trabajo e incluso demanda de trabajadores "diferentes" -menos cualificados que muchos menestrales madrileños o por el contrario más cualificados para el trabajo de oficina-, y lo que es aún más significativo la no sumisión a la tarifa -y por tanto al personal asociado-, auténtico resumen sindical de la tarea profesional, con coste, duración y ritmo todo en uno. Como se verá más adelante estos nuevos métodos dejan su huella en la protesta de los oficios y en algunos casos estas empresas "capitalistas" son el ojo mismo del huracán obrero con memorables boicots/huelgas/lock-outs (distintas vertientes de la misma pugna): ABC, la 'bestia negra' tipográfica; el trust (es decir

la empresa de El Liberal y El Herald); "La Fortuna", explotadora de mujeres y niños, en su fábrica de galletas; la Panificadora "de Romanones", que se niega a aceptar obreros de la Casa del Pueblo, por ser "benéfica"; los grandes bancos, que emplean "caballeros" sin tacha moral -ni externa- y no obreros; las obras "París-Madrid" -y en conjunto toda la Gran Vía-, auténtico tablero de juego para una pugna de oficios disfrazada de rivalidad sindical; etc.. La puesta de largo del movimiento obrero madrileño se hace en esta década y su relación con estos cambios aludidos resulta manifiesta, aún haciéndose explícita en un contexto de crisis política bastante evidente⁷².

II.3.5. Los límites de una industrialización: entre la producción en serie y el trabajo bien hecho (II).

Oficiales y jornaleros

Con esta semblanza de la industria no resulta difícil describir a los trabajadores de la ciudad. Según los datos del Censo de 1920⁷³, en Madrid ciudad había unos 25.000 obreros de la construcción, casi 15.000 en la confección (más de la mitad mujeres, y el colectivo de mujeres fuera del trabajo doméstico más importante), más de 10.000 en el transporte, unos 9.000 en la pequeña metalurgia, más de 6.000 en la madera y mobiliario, más de 5.000 en artes gráficas y cerca de 3.000 en la alimentación, y sectores más avanzados como el químico y el eléctrico, además de unos 20.000 en industrias "varias" o sin aclarar. En total algo más de 100.000 obreros industriales, considerados como tales. A este núcleo habría que añadir sin duda los más de 25.000 no patronos del comercio (o sea dependientes) y el servicio doméstico, con más de 50.000 almas -en su inmensa mayoría femeninas-. Estos trabajadores se les puede considerar mucho más feudalizados que los primeros en cualquier caso. Pero a lo que se ve, estas cifras relativizan mucho -trátese de la industria que sea- la imagen del Madrid de empleados y rentistas. Aunque hay más de 18.000 militares, 12.000 funcionarios, más de 4.000 religiosos y más de 20.000 rentistas y pensionistas, las cifras están más equilibradas que antaño. De estas quedaría excluido buena parte del Madrid barojiano, ese mundo de marginalidad social y pobreza, frecuentado por mendigos, parados forzosos, vagos, delincuentes y prostitutas, tan abundante y tan abundantemente descrito, y no sólo por la literatura, y del que se ha señalado repetidamente su origen en la escasa industrialización y capacidad de generar empleo -fuera

de las obras públicas- de la ciudad (hay cerca de 40.000 personas sin oficio reseñable)⁷⁴.

Estas cifras empero pueden descender aún más al nivel del oficio más pormenorizado. Si atendemos a los datos que recogía la Estadística municipal de 1924 vemos nuevos matices. Esta última peca por defecto, recogiendo tan sólo 82.217 "obreros" afincados en la ciudad (es decir sin contar a los que se trasladaban desde los alrededores), cifra muy similar a la de obreros afiliados a sociedades de resistencia de toda clase en 1922 (Cuadro 25)⁷⁵. Precisamente entre los oficios menos consagrados como piamontinos -y por tanto, menos "obreros"- y de mayor participación femenina -y por tanto, no oficios "de por vida"- la información es mucho peor y más corta. Ahora bien, hay más de un centenar de categorías, que ayudan a proporcionar más detalles. De lo primero basten ejemplos como el de la confección, que disperso en oficios como sastres o modistas no pasa del millar de registrados, pálida imagen de la realidad; los dependientes no llegan a 7.000 (aún así el oficio "dependiente de comercio" es el tercer oficio por su número); o las cigarreras sólo son unas ¡200!. Ahora bien, hay ejemplos de que con los oficios dominantes se precisa mucho más que en los datos globales, hasta el punto de que en estos sectores "masculinos" y de oficio los datos son muy parecidos a los de la realidad. Sólo en el apartado "Albañiles" la cifra pasa de 16.000 lo que les convierte no sólo en el-oficio-de-la-ciudad, sino que convierte a la construcción en la reina de la industria madrileña (recuérdese que esto no era así en número de patronos). Porque hay que sumar 4.000 "Peones en general", casi 2.000 "pintores decoradores" y otros oficios, hasta los 25.000 por lo bajo -cifra incluso superior a la del censo-.

Si las tomamos como cifras mínimas, las 21 categorías dominantes nos dan una información definitiva sobre los oficios-tipo. Junto a la construcción, los del transporte, como cocheros, chauffeurs (9.000 entre ambos), ferroviarios y tranviarios, los "metalúrgicos" (más de 7.000), los "carpinteros de taller" y ebanistas (4.000 entre ambos), los tipógrafos e impresores (más de 3.000), dependientes y camareros, panaderos, zapateros, y en definitiva, obreros municipales y de la fábrica del gas.

La información sobre su residencia también nos da alguna información suplementaria, antes de que sepamos nada sobre su comportamiento. La mayoría vive bastante cerca del lugar de trabajo, cuando no dentro (en la tienda o el taller) o encima (en la casa-tienda o casa-taller), y el grado de su feudalización con respecto al padre-patrono es muy alto en algunos casos. Los dependientes y camareros prefieren el distrito Centro (el de mayor densidad comercial y de cafés) hasta el extremo que más de la cuarta parte de los obreros residentes en este distrito pertenecen a estos oficios. Los chauffeurs el elitista Buenavista y, con los cocheros, los distritos del norte -como los ebanistas. Los ferroviarios viven muy cerca de la Estación (la de Atocha), por lo que destacan Hospital y Congreso -por lo mismo los del gas viven al sur-. Los oficiales -menestrales- prefieren Universidad (el distrito más poblado y el que mayor número de obreros acumula) o Chamberí, distritos que se expanden. En el sur destacan significativamente, junto a los consabidos y omnipresentes albañiles, los dependientes -en el sur había un abundante comercio de comer, beber y arder-, los "metalúrgicos" -también cerca del ferrocarril y dando una idea de su modestia-, los panaderos -pese a ser datos muy sesgados- y los peones, que hacen un pleno: los tres distritos del sur recogen la inmensa mayoría de los censados. El distrito de Palacio tiene su única especialidad en los obreros municipales, "públicos", como no podía ser de otra manera: casi un tercio de los "obreros de limpiezas" (basureros y barrenderos) viven allí.

En resumen, puede apreciarse que socioeconómicamente la ciudad no ha perdido la mayor parte de sus rasgos decimonónicos y su carácter "industrioso". Ahora bien, existen suficientes perturbaciones y cambios en este tejido que imposibilitan el mantenimiento de unas relaciones sociales exclusivamente basadas en la dependencia paternalista y clientelar y que permiten ese "lento transcurrir hacia la consciencia de clase" a la que teóricamente deben responder los obreros industriales modernos. Ese definitivo "despertar" ha solido relacionarse con la República de 1931 y sus secuelas, pero no parece lógico que tal rapidez en esta toma de conciencia surgiese espontáneamente sin precedentes significativos. Existen bastantes indicios de que el virus obrerista se extiende en Madrid en la década que nos ocupa y una señal nos la da el triunfo y consagración de

la huelga -o la oleada huelguística- como forma de protesta colectiva dominante. Pero al mismo tiempo perviven motines y algaradas de rancio sabor tradicional que parecen iniciar su canto del cisne⁷⁶.

NOTAS

1. Sobre el contraste entre el minoritario mundo urbano y el rural en la España de comienzos de siglo, véase José SANCHEZ JIMENEZ, "La población, el campo y las ciudades", en Los comienzos del siglo XX en España, tomo XXXVII de la Historia de España de Menéndez Pidal (dir.: J.M. JOVER ZAMORA), Madrid, 1984, pp. 397-433, y del mismo autor, "Condiciones de vida y situación social de las clases bajas", Historia Contemporánea, 3, 1990, pp. 75-115. Sobre la ciudad como enseña de los nuevos tiempos cfr. Lewis MUMFORD, La ciudad en la historia, Buenos Aires, 1966. La tesis del predominio de la agricultura y manufactura tradicionales en toda Europa, vistas como un gran océano, en A.J. MAYER, La persistencia del Antiguo Régimen, Europa hasta la Gran Guerra, Madrid, 1984.
2. La cita es de Angel BAHAMONDE, "La historia urbana", Ayer: La Historia en el 92 (ed.: J.P. FUSI), 10, 1993, pp. 50-51. Un reciente congreso (VIII Coloquio de Historia Contemporánea de España) sobre el tema ha adoptado sin ambages el concepto: Las ciudades en la modernización de España. Los decenios interseculares (ed.: J.L. GARCIA DELGADO), Madrid, 1992, destacándose el período 1860/90-1935 como decisivo en el ámbito del cambio social, la democratización, industrialización, etc.. Una visión crítica de la urbe como eje de "progreso", en R.J. HOLTON, Cities, Capitalism and Civilisation, London, 1986. Para el paradigma clásico (en sociología y politología) de la modernización y el desarrollo, su evolución y los problemas para mantenerlo en pie, remitimos al buen resumen colectivo que se ofrece en Teresa CARNERO ARBAT (ed.), Modernización, desarrollo político y cambio social, Madrid, 1992.
3. Las estructuras duales han sido un recurso habitual para explicar el proceso industrializador español en el sentido de atrasado o fracasado. Cfr. por ejemplo Nicolás SANCHEZ ALBORNOZ, España hace un siglo: una economía dual, Madrid, 1977. Sin embargo el modelo británico ya ha sido presentado como "una 'Revolución industrial' basada en la industria doméstica y en los talleres artesanales en mayor medida que en el sistema fabril", en Maxine BERG, La era de las manufacturas, 1700-1820. Una nueva historia de la Revolución industrial británica, Barcelona, 1987, p. 17. La sustitución de la visión polifémica e incluso cataclísmica clásica de David S. LANDES en The Unbound Prometheus ("Prometeo desencadenado") en 1969 de la Revolución Industrial con mayúsculas ha dejado paso a una visión de la "industrialización antes de la revolución industrial" (F. Mendels) o incluso "sin revolución industrial" (I.T. Berend-G. Ranki). Cfr. un balance de la cuestión en D.S. LANDES, P. MATHIAS et al., La Revolución industrial, Barcelona, 1988. Lo mismo puede decirse de su pareja, la Revolución Burguesa, sobre la que ironiza S. JULIA por su utilización para

designar "la secular transición del feudalismo al capitalismo -en la que se emplearon cinco siglos según los cálculos más optimistas-", en "La historia social y la historiografía española", Ayer: La Historia en el 92..., p. 40.

4. Esta sugerente teoría, que busca explicar -y que simplifica por ello inevitablemente- tan complejo proceso de una manera global, en A. BAHAMONDE y L.E. OTERO (y eds.), "Quietud y cambio en el Madrid de la Restauración", en La sociedad madrileña durante la Restauración. 1876-1931, Madrid, 1989, vol. I, pp. 21-26. Que este proceso de acercamiento entre ciudad y capital no se culmina hasta bien entrado el siglo XX en "Madrid, de territorio fronterizo a región metropolitana", en España. Autonomías (J.P. FUSI, dir.), Madrid, 1989, vol. V, pp. 517-615, de los mismos autores.

5. Las citas son de David R. RINGROSE, Madrid y la economía española. 1560-1850. Ciudad, Corte y País en el Antiguo Régimen, Madrid, 1985, pp. 13 y 19, que sostiene precisamente esta tesis. Otros detalles en Los transportes y el estancamiento económico de España. 1750-1850, Madrid, 1972 o en "Ciudad, país y revolución burguesa: Madrid, del siglo XVIII al siglo XIX", Madrid en la sociedad del siglo XIX (A. BAHAMONDE y L.E. OTERO, eds.), Madrid, 1986, vol. I, pp. 301-323. Esta imagen perduró durante mucho tiempo, como atestigua el mediterráneo Josep PLA en los años veinte (Madrid. 1921. Un dietario, Madrid, 1986): "Madrid es una corte. Una corte se compone de dos cosas: primero están los de arriba, y después, a su alrededor, el público curioso" (p. 35), "Madrid es la ciudad de Europa en la que mayor número de personas pueden vivir e ir tirando, trabajando menos, con menos quebraderos de cabeza" (p. 138). Por contra, las razones de la capitalidad: "un clima delicioso: tónico, seco, positivo. Es una ciudad de aire sutil y de agua muy fina, ligera, imperceptible" (p. 187); "al cuerpo de Felipe II le convenía probablemente un clima de media montaña, seco, tónico y vital (...). La meseta central de la Península es una fortaleza natural. (...). Esta inhospitalaria orografía cierra un vasto paraje desierto que se defiende por su propia remota lejanía" (p. 211). Estos motivos, no son sólo ironías literarias, aparecen en panegíricos serios como en el de Jesús FERNANDEZ ESTEVAN, Estudio sobre los motivos que determinaron la exaltación de Madrid a la capitalidad de España, Madrid, 1932, y los recogen como primordiales BAHAMONDE y OTERO, "Madrid, de territorio fronterizo...", p. 538.

6. Madrid como nudo ferroviario de intercambios entre la mitad norte y sur de la península en A. GOMEZ MENDOZA, Ferrocarril y mercado interior en España (1874-1913), Madrid, 1985, 2 vols., y "Ferrocarril, abastecimientos y mercado nacional: Madrid, 1875-1931", La sociedad madrileña..., vol. I, pp. 351-375. La importancia básica del ferrocarril para el cambio en la función de la ciudad en S. JULIA, "En los orígenes del gran Madrid", Las ciudades en la modernización..., pp. 415-429: "Madrid comenzó a transformar su morfología como ciudad, su estructura de clases y su función como capital del Estado desde que se inició el tendido de la red ferroviaria" (p. 415). De reciente puede decirse que es el abordaje de la historia de las comunicaciones postales, telegráficas y telefónicas y el papel que juega Madrid como eje coordinador y centralizador del proceso de levantamiento de esta red, fundamental para el Estado liberal. Véase A. BAHAMONDE, G. MARTINEZ LORENTE y L.E. OTERO, "La modernización de las comunicaciones en España 1800-1936", Historia 16, 205 (v-1993), pp. 35-64, como avance de un futuro trabajo, Las comunicaciones en la construcción del Estado contemporáneo en España: 1700-1936. El Correo, el telégrafo y el teléfono, Madrid, 1993.

7. La expresión en J. M. SANZ GARCIA, Madrid, ¿capital del capital español? Contribución a la geografía urbana y a las funciones geoeconómicas de la Villa y Corte, Madrid, 1975. Sobre Madrid como centro bancario, G. TORTELLA, "Madrid, capital del capital durante la Restauración", La sociedad madrileña..., vol. I, pp. 337-349. Como centro bursátil, J. A. TORRENTE FORTUÑO, Historia de la Bolsa de Madrid, Madrid, 2 vols., 1976. Sobre Madrid confluyen las principales arterias ferroviarias del país gestionadas básicamente por la Compañía del Norte, la MZA (Madrid-Zaragoza-Alicante) y la MCP (Madrid-Cáceres-Portugal). Su repercusión en la ciudad en M. P. GONZALEZ YANCI, Los accesos ferroviarios a Madrid. Su impacto en la geografía urbana de la ciudad, Madrid,

1977.

8. Este esquema, como puede apreciarse, poco tiene que ver con la sustitución cataclísmica de una clase por otra. El proceso de configuración de estas élites puede seguirse en lo que a Madrid se refiere en los trabajos de A. BAHAMONDE y J. TCRO, Burguesía, especulación y cuestión social en el Madrid del siglo XIX, Madrid, 1978, y A. BAHAMONDE, El horizonte económico de la burguesía isabelina. Madrid, 1856-1866, Madrid (tesis reprogr.), 1981, "Crisis de la nobleza de cuna y consolidación burguesa (1840-1880)", Madrid en la sociedad..., vol. I, pp. 325-375.

9. Todas las citas de A. BAHAMONDE y L. E. OTERO, "Madrid, de territorio fronterizo...", pp. 559-560.

10. Sobre el mundo intelectual, literario y periodístico de Madrid a comienzos de siglo, puede verse Paul AUBERT, "Madrid, polo de atracción de la intelectualidad a principios de siglo", La sociedad madrileña..., vol. II, pp. 101-137; F. VILLACORTA, El Ateneo de Madrid, 1885-1912, Madrid, 1985; y el trabajo de L. E. OTERO, "Ciencia y cultura en Madrid, siglo XX. Edad de plata, tiempo de silencio y mercado cultural", en Historia de Madrid (A. FERNANDEZ, dir.), Madrid, 1993, pp. 607-737. En este último se destaca poderosamente la convivencia de una cultura capitalina, de vocación "nacional" y cosmopolita, con otra más local y populista.

11. Estas expresiones son de S. JULIA, que ha insistido sobre este punto entre otros trabajos en "De poblachón mal construido a esbozo de gran capital: Madrid en el umbral de los años treinta", La sociedad madrileña..., vol. I, pp. 137-149; y "En los orígenes del gran Madrid", Las ciudades en la modernización..., pp. 415-429.

12. Que Madrid a la altura de los años treinta se esbozaba como "gran ciudad" en S. JULIA, Madrid, 1931-1934. De la fiesta popular a la lucha de clases, Madrid, 1984, amén de en los trabajos ya citados. Estaba todavía muy lejos sin embargo de ser un área metropolitana que "suburbaniza" la provincia, como en 1961-64 se la denominará. Cfr. V. SIMANCAS y J. ELIZALDE, El mito del gran Madrid, Madrid, 1969. En 1930 la "metrópoli" madrileña sólo era una idea pese al rotundo título que J. R. ALONSO PEREIRA puso a su obra: Madrid, 1898-1930. De Corte a Metrópoli, Madrid, 1985. Sobre lo que significa realmente una metrópolis puede verse en A. SUTCLIFFE (ed.), Metropolis, 1890-1940, Londres, 1984 y Emrys JONES, Metropolis. Las grandes ciudades del mundo, Madrid, 1992. Lo de la aceleración del proceso a partir de 1910 en A. BAHAMONDE y L. E. OTERO, "Quiétude y cambio...", p. 25. Carlos SAMBRICIO utiliza la fecha de 1920 como punto de partida de una nueva idea urbanística en "Las promesas de un rostro: Madrid, 1920-1940. De la metrópolis al Plan regional", en Madrid, urbanismo y gestión municipal, 1920-1940, Madrid, 1984, pp. 19-80. S. JULIA dice de 1921, en honor a Pla, que es "punto nodal de la transición de Madrid de Corte a capital", en "En los orígenes...", p. 424.

13. Sobre el proceso parisino puede verse Anthony SUTCLIFFE, Orto y ocaso del centro de París, Barcelona, 1974. El hecho de mencionar París no es casual porque se convirtió en el prototipo de capital moderna en toda Europa y en España funcionaba como el espejo del callejón del Gato: permitía una visión esperpéntica de Madrid.

14. S. JULIA, "En los orígenes...", p. 418.

15. Sobre la remodelación del centro, Eulalia RUIZ PALOMEQUE, Ordenación y transformaciones urbanas del casco antiguo madrileño durante los siglos XIX y XX, Madrid, 1976. Este trabajo revela que la tarea hasta 1910 aunque notable es bastante modesta y desde luego no cambió el aspecto laberíntico del centro de la ciudad. Más detalles en "Transformaciones urbanas en el casco antiguo, 1876-1931", La sociedad madrileña..., vol. I, pp. 77-101. Sobre el tipo de vivienda madrileña en el siglo XIX, Clementina DIEZ DE BALDEON, Arquitectura y clases sociales en el Madrid del siglo

XIX, Madrid, 1986. Planteamientos higienistas sobre la vivienda y el urbanismo se hallan de una forma u otra durante todo el primer tercio del siglo, desde Philip HAUSER, en Madrid bajo el punto de vista médico-social, 2 vols., Madrid, 1979 (ed. de Carmen del Moral, orig. de 1902), a César CHICOTE, director del Laboratorio Municipal, en La vivienda insalubre en Madrid. Memoria al alcalde vizconde de Eza, Madrid, 1914, o José BRAVO RAMIREZ y Alberto LEON PERALTA, Escasez, carestía e higiene de la vivienda en Madrid. Medios al alcance de los Ayuntamientos, Madrid, 1926. Todavía en 1929 se hablaba de la necesidad "perentoria" de la reforma interior (Ayuntamiento de Madrid, Información sobre la ciudad, Madrid, 1929). Una vez iniciada la guerra de Marruecos la palabra más hiriente para definir Madrid será "aduar" (poblado indígenua de chozas).

16. El plan en Carlos María de CASTRO, Memoria descriptiva del Anteproyecto de Ensanche de Madrid, Madrid, 1860 (reed. como Plan Castro, con est. prelim. de A. BONET CORREA, Madrid, 1978). En su época fue criticado pero más por su cuadrícula ajena a la realidad de la ciudad que por los límites que proponía. Cfr. Angel FERNANDEZ DE LOS RIOS, El futuro Madrid, (introd. de A. BONET CORREA), Barcelona, 1989 (fács. del orig. de 1868), p. 204. Las líneas y forma de expansión de la ciudad en Manuel de TERAN, "El desarrollo espacial de Madrid a partir de 1868", Estudios Geográficos, 84-85, viii-xi 1961, pp. 599-615, y en Fernando de TERAN, Planeamiento urbano en la España contemporánea. Historia de un proceso imposible, Barcelona, 1978, y en los trabajos de José ESTEBANEZ sobre las líneas maestras del crecimiento urbano.

17. La obsesión por la segregación espacial se sustituirá a lo largo del siglo con el mito de la vivienda sana y unifamiliar que convierte al obrero en propietario, pero en cualquier caso muy lejos del hacinamiento del Madrid popular y del Ensanche burgués. Cfr. C. DIEZ DE BALDEON, "Barrios obreros en el Madrid del siglo XIX: ¿Solución o amenaza para el orden burgués?", Madrid en la sociedad..., vol. I, pp. 117-134. Los proyectos de ciudad lineal de Arturo Soria y de ciudad jardín de principios de siglo van en esta línea, así como las constructoras benéficas, y como heredera de todas ellas la legislación y las cooperativas de casas baratas. Cfr. Manuel VALENZUELA RUBIO, "Las sociedades constructoras benéficas. Su incidencia en la configuración de la periferia madrileña (1875-1921)", Anales del Instituto de Estudios Madrileños, XX (1983), pp. 63-96 y Paloma BARREIRO PEREIRA, Casas baratas. La vivienda social en Madrid 1900-1939, Madrid, 1991.

18. El caso de promotor inmobiliario más conspicuo es el del marqués de Salamanca. Cfr. Rafael MAS, El barrio de Salamanca. Planeamiento y propiedad inmobiliaria en el Ensanche de Madrid, Madrid, 1982. Sobre la estructura de la propiedad del Ensanche, "Crecimiento espacial y mercado del suelo periférico en los inicios de la Restauración", La sociedad madrileña..., pp. 103-135. En los años veinte todavía se realizaban importantes obras en determinadas áreas del Ensanche: por ejemplo las de la Compañía Urbanizadora Metropolitana en torno a Reina Victoria.

19. "En 1900 no existía suelo industrial propiamente dicho" aunque se perfila la contraposición norte-sur en el Ensanche. Cfr. F. CELADA y J. RIOS, "Localización espacial de la industria madrileña en 1900", La sociedad madrileña..., t. I, pp. 199-214 (cita en p. 213). El área auténticamente industrial, la más importante de la ciudad hasta mitad de siglo, en D. BRANDIS, I. DEL RIO y M.A. TROITINO, "Génesis y dinámica espacial de la industria en el Ensanche Sur de Madrid (1876-1931)", ibid., pp. 231-249. Que el Interior seguía siendo mucho más importante que el Ensanche a la altura de 1897 en este tipo de actividades en M. E. RUIZ PALOMEQUE, "La localización industrial en el Madrid de la segunda mitad del siglo XIX", Madrid en la sociedad..., t. I, pp. 97-115.

20. A. BAHAMONDE y L. E. OTERO, "Madrid, de territorio...", p. 587.

21. La problemática histórica del transporte urbano en M. VALENZUELA RUBIO, "Los orígenes de los transportes urbanos y de cercanías de Madrid", Estudios Geográficos, 130, 1973, pp. 96-123 y "Transporte y estructura metropolitana en el Madrid de la Restauración. Historia de una frustración", La sociedad madrileña..., vol. I, pp. 377-399; A. LOPEZ GOMEZ, Los transportes urbanos de Madrid, Madrid, 1983; C. LOPEZ BUSTOS, Tranvías de Madrid, Madrid, 1986; y Ayuntamiento de Madrid, Notas sobre el transporte y el crecimiento de Madrid (1850-1980), Madrid, 1981. Sobre las actividades de la CMU pueden verse D. BRANDIS y R. MAS, "La Ciudad Lineal y la práctica inmobiliaria de la Compañía Madrileña de la Urbanización", Ciudad y Territorio, 3, 1981 y de L. GALIANA, "La labor de la Compañía Urbanizadora Metropolitana en el Madrid de la preguerra", Ciudad y Territorio, 71, 1987, pp. 43-55. Aunque la ciudad lineal y el proyecto de un sistema de transporte periférico y circular prácticamente quedaron en sueños, la CMU conservó su autonomía y sus actividades en los años treinta y aún más allá.

22. Sobre la Gran Vía pueden verse E. RUIZ PALOMEQUE, La urbanización de la Gran Vía, Ciclo de Conferencias sobre el Madrid del primer tercio del siglo XX, Madrid, 1985 y los trabajos de José Carlos RUEDA LAFFOND, "El desarrollo de la ciudad y la política urbanística", Historia de Madrid (A. FERNANDEZ, dir.), pp. 579-601, y su reciente tesis doctoral Madrid 1900. Proyectos de reforma y debates sobre la ciudad 1898-1914, UCM, 1993. Este autor señala estos años como una cesura importante en los planteamientos urbanísticos sobre Madrid y la marcada ambigüedad de la magna construcción. La Gran Vía, de Chueca, Valverde y libreto de Pérez y González, se estrenó en 1886, cuando aún no existía el proyecto definitivo. Ya se bromeaba entonces sobre si "los nietos" disfrutarían de tan augusta avenida. La broma no resultó tal: entre 1908 y 1910 fallecieron los tres ilustres autores, que no pudieron ver esa "emorme confitería arquitectónica, de estilo cataclísmico" que hacía "grandes estragos en el tipismo madrileño" (J. PLA, Madrid, 1921..., p. 139, que destaca el estilo americano, más bien sudamericano, que no europeo, de la nueva avenida).

23. Sobre la "terciarización", M. E. RUIZ PALOMEQUE, "Transformaciones urbanas...", pp. 86-87; M. A. GUTIERREZ GARCIA y R. MARTINEZ DE MADARIAGA, "La especialización geográfica del centro de Madrid como área de servicios", La sociedad madrileña..., vol. I, pp. 459-477. En este último trabajo se estudia el período 1887-1927. No hay que olvidar sin embargo que los contemporáneos no habían estudiado geografía o sociología. Para muchos la Gran Vía era el sinónimo de una ciudad de lujo, de precios prohibitivos, porque "el capitalismo madrileño, sin gufa, sin orientación, respondiendo a cálculos individuales, está intentando romper la natural composición del vecindario madrileño, sin tener en cuenta que Madrid será siempre la gran urbe mesocrática, o no será", como afirma Dionisio Pérez en "¿Hay en Madrid escasez de viviendas?", Ciudadanfa, 15-x-1922 (el subr. es mfo). Sobre la Gran Vía como centro de agitación sindical cfr. el capítulo sobre los obreros de la construcción.

24. El contenido del plan en Pedro NUÑEZ GRANES, Proyecto para la urbanización del extrarradio de dicha villa, Madrid, 1910. El fracaso de la ley de expropiación que le acompañaba y las críticas de los arquitectos (Amós Salvador en 1919 y el Informe propuesta de López Sallaberry et al. en 1922) en P. BARREIRO PEREIRA, Casas baratas..., pp. 85-88 y 110-112.

25. Sobre el significado del Plan Zuazo y su influencia en el urbanismo de los años treinta, C. SAMBRICIO, "Las promesas de un rostro: Madrid, 1920-1940. De la metrópolis al Plan regional", en Madrid, urbanismo y gestión municipal, 1920-1940, Madrid, 1984, pp. 19-80. El cambio relativo de opinión de N. Granés en Ayuntamiento de Madrid, Plan General de Extensión, Madrid, 1926; el plan Zuazo en S. ZUAZO y H. JANSEN, Memoria anteproyecto del trazado viario y urbanización de Madrid 1929-1930, Madrid, 1986 (est. prelim. de Lilia MAURE). Prieto desde Obras Públicas intentó poner en práctica algunas ideas de este plan, absolutamente global e integrador, como la prolongación de la Castellana, los Nuevos Ministerios y los enlaces ferroviarios. Zuazo sí era arquitecto.

26. Para Pla el destino de la Castellana estaba muy claro. Era "la gran arteria", la "que da a Madrid el tono de la gran ciudad", sobre todo a partir de Cibeles, "amplia, majestuosa, cabal", "puede ser prolongada ad libitum, y todo hace suponer que aquí nacerá el barrio más moderno de Madrid" (Madrid, 1921..., pp. 214-219). La conciencia de que en la década de los veinte el eje de la ciudad era la calle -osea, la de Alcalá- se aprecia en la admirativa descripción que Barea hace en La llama, Madrid, 1984, pp. 29-31. Lo de que la Castellana era el eje de la "gran ciudad" no estaba aún asumido ni siquiera a finales de la década de los cuarenta, cuando se criticaba a Santiago Bernabéu por levantar un coliseo en un lugar tan alejado de lo que se reputaba entonces como "núcleo urbano".

27. Las citas en P. BARREIRO, Casas baratas..., p. 91 y 145. Sobre la Conferencia y la CUM, pp. 139-162. Sobre los ritmos de la industria: A GOMEZ MENDOZA, "La industria de la construcción residencial en Madrid, 1820-1935", Moneda y Crédito, 117, vi-1986, pp. 53-81.

28. El crecimiento de Madrid es todavía muy superior si se compara con el contexto nacional. Cfr. Joaquín ARANGO, "La modernización demográfica de la sociedad española" en J. NADAL, A. CARRERAS, C. SUDRIA (comp.), La economía española en el siglo XX. Una perspectiva histórica, Barcelona, 1989, pp. 201-236; y Vicente PEREZ MORIEDA, "La modernización demográfica, 1800-1930. Sus limitaciones y cronología", en La modernización de la economía española 1830-1930 (comp. N. SANCHEZ ALBORNOZ), Madrid, 1985, pp. 25-61. Sobre las pautas demográficas del crecimiento de la ciudad hay abundante información en A. FERNANDEZ GARCIA, "La población madrileña entre 1876 y 1931. El cambio de modelo demográfico", en La sociedad madrileña..., vol. I, pp. 29-76; Julián TORO MERIDA, "El modelo demográfico madrileño", Historia 16, 59, marzo de 1981, pp. 44-51; Amando DE MIGUEL, La población de Madrid en los primeros años del siglo, Ciclo de Conferencias sobre Madrid en el primer tercio del siglo XX, Madrid, 1984; y del mismo autor, La población de Madrid a lo largo del último siglo, Madrid, 1991; Javier RUIZ ALMANSA, "La población de Madrid: su evolución y crecimiento durante el presente siglo (1900-1945)", Revista Internacional de Sociología, 14, abril-junio 1946, pp. 389-411; y Víctor SIMANCAS y José ELIZALDE, El mito del gran Madrid, Madrid, 1969.

29. Que el cambio de modelo es en torno a 1920/21 lo afirma A. FERNANDEZ, "La población madrileña...", p. 33. Los datos son del Ministerio de Trabajo, Comercio e Industria, Anuario Estadístico de España 1922-23, Madrid, 1925, p. 23. En cualquier caso los datos del padrón siempre eran algo más bajos que los del censo pero sin desviaciones que puedan ser consideradas calamitosas. Si utilizamos el término municipal del Madrid moderno (tras las anexiones de los municipios limítrofes en 1947-54) como elemento de comparación, las tasas de crecimiento anual de los años diez y veinte son del 2,8 y el 3,4 por 100 respectivamente, mientras que en los treinta y cuarenta son del 1,6 y el 2,4. Sólo en los años cincuenta se alcanza el 3,7 por 100. Cfr. V. SIMANCAS y J. ELIZALDE, cit., p. 193.

30. Los datos en A. FERNANDEZ, "La población madrileña...", p. 36 y 39. Sobre la incidencia de las epidemias en la ciudad su trabajo Epidemias y sociedad en Madrid, Barcelona, 1985. La imagen lúgubre de una forma u otra en José UBEDA Y CORREAL, Medios de disminuir la mortalidad en Madrid, Madrid, 1900; la obra de Ph. HAUSER ya citada; Ricardo REVENGA, La muerte en Madrid, Madrid, 1901; Luis FATAS Y MONTES, La mortalidad de niños en Madrid. Causas y remedio, Madrid, 1903; y las obras de Luis LASBENNES JAUREGUI, Mortalidad de Madrid, comparada con la de las demás capitales de Europa. Sus causas y reformas administrativas que podían contribuir a su disminución, Madrid, 1912, y La viruela en Madrid en 1913, Madrid, 1914.

31. El porcentaje inmigratorio en el crecimiento de la ciudad lo aporta la Fundación FOESSA en su Informe sociológico sobre la situación social de Madrid, (dir.: J. Rodríguez Osuna), Madrid, 1967, pp. 45 y 47. Los datos se basan en el crecimiento del municipio antiguo más los municipios absorbidos en los cuarenta y cincuenta. Que esta atracción de inmigrantes se debe más a la crisis del campo que al auge de la ciudad en J. SANCHEZ JIMENEZ, "Condiciones de vida...", pp. 77-81. El

peso de jóvenes y mujeres es una constante en la población madrileña en general y entre los inmigrantes. Cfr. las pirámides de población de 1887 y 1900 en Carmen DEL MORAL, La sociedad madrileña fin de siglo y Baroja, Madrid, 1974, p. 47 y S. JULIA, Madrid, 1931-..., pp. 62-63. Las principales procedencias de los habitantes del municipio, exceptuando la propia provincia eran, según el censo de 1920 y por este orden, Toledo, Guadalajara, Segovia, Avila, Oviedo, Valladolid, Burgos, Cuenca y Lugo (Anuario... 1922-23..., p. 21). En esa fecha había 408.732 mujeres frente a 342.164 varones. El efecto "femenino" se verá más adelante en los distintos ámbitos.

32. Los datos de A. FERNANDEZ, "La población...", cit.. Junto a los barrios del Extrarradio hay que destacar el crecimiento de los municipios limítrofes. Especialmente significativo sin duda es el de Chamartín de la Rosa al norte precisamente, localidad entre las de más de 20.000 habitantes que presenta el máximo crecimiento de toda España en estos años: un 126 por 100 entre 1901 y 1910 y un 127 entre 1911 y 1920 (por encima de Vallecas, Baracaldo, Sabadell, Badalona o Puertollano). Cfr. Anuario Estadístico..., cit., p. 23.

33. Para los distritos véase el Cuadro 1. Los datos de 1871 en A. FERNANDEZ, "La población...", p. 40. Hay que advertir que hasta 1902 la división por distritos era ligeramente diferente, existiendo el de Audiencia, que luego desaparecería, y surgiendo el de Chamberí. Palacio, al oeste, y Congreso, al este, completaban el cuadro.

34. Los datos de los barrios en 1920 en el Anuario Estadístico... 1922-23..., pp. 28-30.

35. Una buena descripción de la proximidad del alto y el bajo mundo en Arturo BAREA, La forja, Barcelona, 1985, pp. 98-99: "el punto más bajo de la escala social (...) empezaba en la plaza de Oriente, en el Palacio, con sus puertas abiertas a los cascotes de plumas y a los escotes abrigados, y terminaba en Avapiés, que escupía el detritus final al otro mundo, a las Américas, al Mundo Nuevo. (...) Todos los días, durante muchos años de mi vida de niño, he bajado desde las puertas del Palacio Real a las puertas del Mundo Nuevo y he subido a la inversa. (...) me he batido a pedradas con las crías de gitanos y traperos o he jugado ceremonioso (...) con los niños de blusas bordadas". Barea se refiere al Madrid de 1900-1910.

36. El mito de la revolución "popular" y el pueblo, como "grupo social diferenciado por la conciencia de estar injustamente discriminado en el reparto de la riqueza social y de ser sujeto de derechos políticos no reconocidos", y por tanto de la acción política y social, perdura durante el primer tercio del siglo XX en los discursos de la izquierda política republicana (blasquismo, lerrouxismo), como ha revelado J. ALVAREZ JUNCO, "Cultura popular y protesta política", en J. MAURICE (comp.), Peuple, mouvement ouvrier, culture dans l'Espagne contemporaine, Saint-Denis, 1990, pp. 157-168 (la cita en p. 159, el subr. es suyo), o en "Magia y ética en el discurso político", en J. ALVAREZ JUNCO (comp.), Populismo, caudillaje y modernización, Madrid, 1987, pp. 219-269. Es especialmente aplicable a Madrid, por su "democracia artesanal", y lo mantuvieron los socialistas -herederos "modernos" de los anteriores- en sus discursos políticos hasta los años treinta como ha resaltado S. JULIA en "De revolución popular a revolución obrera", Historia Social, 1, prim.-ver. 1988, pp. 29-43. La proclamación de la República será por ello una "fiesta popular" interclasista. Otras derivaciones ideológicas de clase media o conservadoras en torno al concepto "pueblo" y la cosmovisión populista pueden verse en J. MAURICE y C. SERRANO, Crisis de la Restauración y populismo (1875-1911), Madrid, 1977, o en los artículos recogidos en el dossier "Populismo" (de R. REIG, E. UCELAY DA CAL y A. ORTI), en Historia Social, 2, otoño 1988.

37. Esto y lo de la "confusión" en Fernando ROCH, "Reflexiones sobre la reordenación urbanística en el Madrid de mediados del XIX", Madrid en la sociedad..., vol. I, p. 91. La bipolarización en A. BAHAMONDE y L.E. OTERO, "Madrid, de territorio...", p. 555.

38. Esta definición en S. JULIA, Madrid, 1931-1934..., p. 67. Es la misma de Barea que veíamos antes. El acto de "bajar" era tan social como físico, desde la montaña regia del Príncipe Pío a los lavaderos del Manzanares y el barrio de las Injurias, el Madrid barojiano de La busca y Mala hierba. Cfr. C. DEL MORAL, La sociedad madrileña fin de siglo..., cit., y Soledad PUERTOLAS, El Madrid de la lucha por la vida, Madrid, 1971.

39. Cfr. de Javier TUSELL, Sociología electoral de Madrid, 1903-1931, Madrid, 1969, y La Segunda República en Madrid: elecciones y partidos políticos, Madrid, 1970. Que en buena medida las preferencias datan del XIX y en qué medida cambian en A. BAHAMONDE, Jesús A. MARTINEZ MARTIN y Antonio FERNANDEZ, "La evolución política de Madrid, 1900- 1939", Historia de Madrid, Madrid, 1993, pp. 603-622.

40. Aunque Cuatro Caminos se presenta en sociedad en 1917, el extrarradio no hace gala de un poder proletario autónomo probablemente hasta 1936 con motivo de la huelga general de la construcción de junio-julio, cuando las afueras de Madrid son una asamblea ininterrumpida al aire libre. Cfr. F. SANCHEZ, "La huelga de la construcción en Madrid (junio-julio 1936)", Historia 16, 154, ii-1989, pp. 21-26. Pese a todo me parece más correcto afirmar que los habitantes de las barriadas del extrarradio contribuyen a que la percepción dominante -o conciencia- del conflicto social de la ciudad sea de lucha de clase contra clase a que contrapongan una cosmovisión diferente a la de los habitantes del Avapiés.

41. "Ya no hay cesantes, ni sainetes, ni zarzuelas (...). En este Madrid que está naciendo resulta ya difícil encontrar aquellos aristócratas de patillas más o menos pintadas de la época de Cánovas", J. PLA, Madrid, 1921..., p. 139. Como la mayoría de los contemporáneos, relaciona el fin de un mundo con la Gran Vía. Esta había ratificado entre otras cosas la separación de la ciudad, por una línea imaginaria a través del Palacio Real, Sol, Cibeles y Atocha, de una ciudad moderna, joven y rica (a grosso modo) y otra tradicional, vieja y pobre, según te colocases a la derecha o a la izquierda de dicha frontera. La Gran Vía había acabado con la mayor parte del Madrid rancio al norte de ese límite y roto por tanto el statu quo de la ciudad. Cfr. ibid., p. 164.

42. La teoría del ferrocarril como heraldo para Madrid de nuevos contenidos en la conferencia de Román PERPIÑA, Madrid, casi por gracia y razón, Madrid, 1963; luego aparecida con algún retoque en De Economía Hispana. Infraestructura. Historia, Barcelona, 1972. Más sobre esta "centralidad" en supra, notas 6 y 7. A este centro se unirá la red de carreteras y la aérea, que en la época que estudiamos conseguían sus primeros logros.

43. Cfr. Pedro TEDDE DE LORCA, Madrid y el capital financiero en el siglo XIX, Madrid, 1981; la obra ya citada de J.M. SANZ GARCIA; y Gabriel TORTELLA (dir.), La Banca española en la Restauración, Madrid, 1974, 2 vols. y Los orígenes del capitalismo en España, Madrid, 1973. La expresión del "triángulo" es del segundo, cit., tomo I, p. 328.

44. Para una buena comprensión de las líneas maestras de la economía española en el primer tercio del siglo, Jordi MALUQUER DE MOTES, "De la crisis colonial a la guerra europea: veinte años de economía española" y Francisco COMIN, "La economía española en el período de entreguerras (1919-1935)", La economía española en el siglo XX. Una perspectiva..., pp. 62-104 y 105-149 respectivamente; J.L. GARCIA DELGADO, "La industrialización española en el primer tercio del siglo XX", en Los comienzos del siglo XX. la población, la economía, la sociedad (1898-1931), t. XXXVII de la Historia de España Menéndez Pidal (dir. por J. M. JOVER ZAMORA), Madrid, 1984, pp. 3-171; "La economía española entre 1900 y 1923", en Revolución burguesa, oligarquía y constitucionalismo (1834-1923), t. VIII de la Historia de España, Madrid, 1981 (dir. por M. TUÑÓN DE LARA), Madrid, 1981, pp. 417-458.; "Nacionalismo económico e intervención estatal, 1900-1930", en Nicolás SANCHEZ ALBORNOZ (ed.), La modernización económica..., pp. 176-195; y de Jordi PALAFOX, Atraso económico y democracia. La Segunda República y la economía española,

1892-1936, Barcelona, 1991, especialmente en las pp. 23-121. La irrupción del "gran capitalismo" se ha llegado a ligar muy estrechamente en España al impacto de la guerra mundial en J.L. GARCIA DELGADO, S. ROLDAN y J. MUÑOZ, La formación de la sociedad capitalista en España 1914-1920, Madrid, 1973, 2 vols. y La consolidación del capitalismo en España 1914-1920, Madrid, 1973, 2 vols..

45. Los datos nacionales en J.L. GARCIA DELGADO, "La economía española...", p. 430. La tendencia a la creación de S.A. es ya dominante a comienzos de siglo, como señalan J.E. CORDERO DE CIRIA y J.F. ARRIBAS ALVAREZ en "La inversión en Madrid a través del Registro Mercantil (1876-1901)", La sociedad madrileña..., vol. I, pp. 401-411. En esa última fecha son ya el 28 por 100 de las que se constituyen. Aunque conocer adecuadamente su peso real sobre la economía de la ciudad en estos años requeriría un análisis minucioso del Registro Mercantil y deslindar si su actividad principal es intra o extramuros, en el Cuadro 10 puede apreciarse su notable presencia en casi todas las áreas económicas a partir del Anuario Financiero y de Sociedades anónimas de España, Madrid, 1921 y 1924. También puede observarse como eran muy numerosas las fundadas antes de la guerra que habían sobrevivido al conflicto bélico y a sus secuelas.

46. La economía madrileña siempre tuvo fama de terciaria. Cfr. J.L. GARCIA DELGADO, "La economía de Madrid en el marco de la industrialización española", en Pautas regionales de la industrialización española (siglos XIX y XX) (J. NADAL y A. CARRERAS, dir.), Barcelona, 1990, pp. 219-256; y del mismo autor "Madrid en los decenios interseculares: la economía de una naciente capital moderna", Las ciudades en la modernización de España..., pp. 405-414. Algunas líneas maestras de la economía de Madrid en D. RINGROSH, Madrid y la economía..., cit.; S. JULIA, Madrid 1931-1934...; en G. NIELFA, "La economía de Madrid: desde la crisis colonial hasta el final de la guerra civil", Historia de Madrid, (A. FERNANDEZ, dir.), Madrid, 1993, pp. 665-679, y de la misma, "Madrid en la crisis finisecular", Madrid en la sociedad del siglo XIX, Madrid, 1986, vol. I, pp. 263-283; y en A. BAHAMONDE, Fernando DEL REY y Jesús A. MARTINEZ, La Cámara de Comercio e Industria de Madrid (1887-1987), Historia de una institución centenaria, Madrid, 1989.

47. J. PLA insistía en mostrarnos una ciudad de "funcionarios" y "empleados" (p. 127), con un capitalismo y una banca de importación -es decir, vascos- que transformaban la ciudad "sin que (...) dejara de ser lo que ha sido siempre: una ciudad de empleados" (p. 140). En Madrid, 1921...

48. Para bibliografía sobre el transporte urbano véase supra, nota 21.

49. Lo del cambio cualitativo en los servicios en J.L. GARCIA DELGADO, "Madrid en los decenios...", p. 407. Los trabajadores del terciario alcanzan su mayor nivel de descontento aparentemente entre 1921 y 1923. De hecho son ellos y sus comportamientos, muy poco piamontinos, los que marcan ese último subperíodo, si se me perdona concepto tan odioso. Sus huelgas pertenecen al mundo de la postguerra en cualquier caso.

50. Referencia obligada para cualquier acercamiento a la realidad del comercio madrileño son los trabajos de Gloria NIELFA. Entre otros, Los sectores mercantiles en Madrid en el primer tercio del siglo XX. Tiendas, comerciantes y dependientes de comercio, Madrid, 1985; "La distribución del comercio en Madrid en la primera década del siglo XX", Cuadernos de Historia Moderna y Contemporánea, 4, Madrid, 1983, pp. 119-139; "Conflictos de intereses entre los comerciantes establecidos y la venta ambulante en Madrid (1900-1930)", Anales del Instituto de Estudios Madrileños, t. XXI, Madrid, 1984, pp. 469-482; y "Las estructuras comerciales en Madrid, 1900-1931: el minifundismo comercial", La sociedad madrileña..., vol. I, pp. 429-458.

51. Lo de la saturación y tendencias del comercio en el primer tercio del siglo en G. NIELFA, Los sectores..., pp. 69-79. También insiste esta autora en los derribos de la Gran Vía, ya no tan

simbólicos, porque acabaron con bastantes establecimientos tradicionales. En cualquier caso, avala lo que se decía acerca de su papel subversivo para la sociedad madrileña.

52. "Característica de un pueblo cuyo principal consumo son las bebidas alcohólicas y cuyo preferente lugar de expansión es, por lo visto, la taberna", Estadística del trabajo. Anuario de 1919, Madrid, 1920, p. 5.

53. La cita es de la Estadística del Trabajo que el Ayuntamiento elaboró en 1919. Aunque sus resultados (por contestaciones al padrón) comenzaron siendo muy pobres -algo más de 10.000 establecimientos registrados-, ya se aproximaban bastante a la realidad en 1924, de donde salen estos datos. G. NIELFA da cifras más reducidas (unos 13.000 comerciantes en 1923-24, Los sectores mercantiles..., p. 85) pero se refiere a contribuyentes y por fuentes fiscales, con los resultados consabidos a la baja. En cualquier caso según sus datos las subsistencias casi alcanzan el 60 por 100 del total. Aunque las estadísticas digan una cosa, la realidad suele ser otra, y no hay más que observar la satisfacción del Ayuntamiento ante las nuevas cifras que se van consiguiendo para intuir que se van aproximando a la realidad de la ciudad, mucho más que las estáticas cifras de contribuyentes que se repiten año tras año (entre 1900 y 1926 oscilan entre 10.000 y 14.000 todos los años, hasta el absurdo de sólo existir 300 contribuyentes más tras cuarto de siglo).

54. El dato en G. NIELFA, Los sectores mercantiles..., p. 108. Estas cifras seguirían en aumento en la década siguiente, con más de 54.000 hombres y mujeres consagrados a esta actividad en 1930.

55. Los porcentajes sobre la población activa pueden verse en G. NIELFA, Los sectores mercantiles..., p. 43, para los años 1900, 1910, 1920 y 1930. Para los problemas que conllevan las clasificaciones socioprofesionales puede verse GIL IBAÑEZ, Santos GIL IBAÑEZ, "Un intento de homogeneización de las clasificaciones profesionales en España (1860-1930)", Revista Internacional de Sociología, 25, i-iii-1978, pp. 7-40 y "La población activa en los primeros censos estadísticos y la provincia de Madrid (1860-1930)", I Jornadas de Estudios sobre la provincia de Madrid, Madrid, 1980, pp. 657-665.

56. Esta interesante división social en "La población de Madrid en los primeros...", pp. 23-25. Estos porcentajes son de varones y en relación con la totalidad del censo, no sólo con los "activos". A. DE MIGUEL distingue además un sector extraeconómico "marginal" (internados, parados, ayuda familiar y servicio doméstico), que pasa del 21 por cien (74 en las mujeres) en 1900 al 7 en 1930 y otro "dependiente" (infantes, jubilados, escolares de primaria y estudiantes), que lo haría del 27 al 34 en las mismas fechas. La población activa en 1920 ascendía a 268.655 personas de un total de 750.896, pero la masculina activa superaba con creces la mitad del total de varones residentes. El trabajo doméstico, como ha sido y es tradicional en las economías capitalistas desarrolladas, no se le considera un "trabajo" al no ser considerado mercancía de compra-venta.

57. Muy al contrario, la expansión del comercio alcanza su punto álgido en 1930 (un 15 por ciento de la población activa frente a un 13 en 1920 o un 11 en 1900), G. NIELFA, Los sectores..., p. 109.

58. Sobre la situación de la industria madrileña antes de la guerra puede verse un clásico publicado por el Ministerio de Fomento, Memoria acerca del estado de la industria en la provincia de Madrid en el año 1905, Madrid, 1907. Sobre la industrialización de la ciudad y su carácter amén de los ya citados, dos obras pioneras, M. CAPELLA, La industria de Madrid. Ensayo histórico-crítico de la fabricación y artesanía madrileña, Madrid, 1962; y A. SANCHEZ TRASANCOS, Historia de la industria de Madrid, Madrid, 1972. Puestas al día en la tesis de Ricardo MENDEZ GUTIERREZ DEL VALLE, La industria de Madrid, Madrid, 1981, 2 vols., y su Actividad industrial y estructura territorial en la región de Madrid, Madrid, 1986; y para la periferia -nuevo centro industrial y huelguístico- Isabel DEL RIO LAFUENTE, Industria y residencia en Villaverde, Madrid, 1984. Para esta época interesan las indicaciones de J. L. GARCIA DELGADO, "Factores impulsores de la

industrialización de Madrid", en La sociedad madrileña durante la Restauración. 1876-1931 (A. BAHAMONDE y L.E. OTERO, eds.), Madrid, 1989, vol. I, pp. 329-335, "La economía de Madrid en el marco de la industrialización española", en Pautas regionales de la industrialización española (siglos XIX y XX) (J. NADAL y A. CARRERAS, dir.), Barcelona, 1990, pp. 219-256, "Madrid en los decenios interseculares: la economía de una naciente capital moderna", Las ciudades en la modernización de España. Los decenios interseculares, Madrid, 1992, pp. 405-414. Marcos SERRANOPRIETO, "Desarrollo de la industria en Madrid 1910-1923", en La sociedad madrileña..., vol. I, pp. 413-418.

59. Este esquema "manchesteriano" en España es el de Jordi NADAL en su clásico El fracaso de la Revolución industrial en España. 1814-1913, Barcelona, 1989 (déc. reimpr.). La expresión entrecomillada está tomada de otra obra suya, Moler, tejer y fundir. Estudios de historia industrial, Barcelona, 1992, que recopila trabajos que insisten en la trilogía clásica del carbón, el hierro y el algodón como intrínsecos al Prometeo desencadenado. Este mismo autor reconoce haber "contribuido a ese sesgo" y "que una reconstrucción histórica basada casi exclusivamente en el algodón y la siderurgia da una imagen no sólo parcial, sino también deformada de la realidad", en "La industria fabril española en 1900. Una aproximación", La economía española..., p. 23. Aquí ya se refiere al papel, a la lana, al chocolate, a la harina...

60. Lo primero de J. L. GARCIA DELGADO, "La economía de Madrid...", p. 234; lo segundo de S. JULIA, Madrid 1931-34..., pp. 72 y 74. La escasa fuerza motriz en 1885 puede verse en A. BAHAMONDE y J. TORO, Burguesía, especulación..., p. 245.

61. Los datos, extraídos de la "Contribución industrial y de comercio", en J. NADAL, "La industria fabril...", pp. 48, 53 y 56. Otra cosa es el nivel de industrialización relativo (ratio con respecto a la población), mucho más bajo, pero referido, no se olvide, a cinco provincias más.

62. La explicación es de Joaquín Ruiz Jiménez, alcalde de la Villa, en una carta al Centro de Hijos de Madrid de Valencia. El rectificado y añadido entusiasta es de Antonio G. Vallejo, presidente de la Cámara de Industria de Madrid, publicados ambos como "La industria madrileña. Dos cartas" en el Boletín de la Cámara Oficial de Industria de la Provincia de Madrid, 37, enero 1916, pp. 5-6.

63. Cierta marxismo vulgar mecanicista y otras teorías sociales y económicas han insistido desde el siglo XIX en la desaparición y/o obsolescencia de determinadas formas de producción -las familiares, las de pequeña escala, las artesanales, el sistema a domicilio, el pequeño empresariado-, a las que se consideraba antiguas o condenadas, ha conllevado por lo general el desprecio, tanto cuantitativo como cualitativo, a la hora de estudiarlas, analizarlas o simplemente valorarlas. Y esto no sólo desde un punto de vista económico, sino social, cultural y sobre todo político. No importa cual sea el comportamiento de un artesano, un trabajador preindustrial, un funcionario, un pescadero, un criado o un panadero sino que hay que buscar al auténtico proletario, que es el que trae la llama de la revolución y el mundo nuevo, y el que tiene la conciencia. Por lo mismo, con respecto al antagonista histórico, los que dan el tono de lucha de clases son los capitalistas y patronos industriales, y no los tenderos y maestros de talleres.

64. Sobre estos datos, aportados por los geógrafos, amén de los trabajos de R. MENDEZ e I. DEL RIO ya citados véanse los de la nota 19. También D. BRANDIS, El paisaje residencial en Madrid, Bilbao, 1983. La cita es de F. CELADA y J. RIOS, "Localización espacial...", p. 200.

65. La autoría en S. CASTILLO, "Prólogo" a J.J. MCRATO, La cuna de un gigante..., edic. de 1984, p. XXV. Los datos en la Memoria acerca del estado de la industria..., pp. XXVIII-XLI.

66. Los datos del cuadro proceden de la Cámara Oficial de la Industria de la Provincia de Madrid, Anuario Industrial de la Provincia de Madrid, y luego Memoria de actuación y Anuario Industrial de

1917 a 1926.

67. El testimonio del señor Paco a Arturo Barea en La ruta..., pp. 245-246. Un ejemplo numérico de estos reequilibrios nos los suministra la caída de los maestros soladores (de 23 a 8) mientras las fábricas de losetas hidráulicas para pavimentos pasan de 6 a 27. La decadencia del oficio de embaldosador se ve infra al referirme a los obreros de la construcción.

68. Cfr. el Cuadro 8. El criterio para deslindar unas actividades como "Servicios y otros" es muy simple: son todas las que no recogía la Cámara de Industria como susceptibles de entrar en el movimiento de la matrícula industrial. Muchas de ellas probablemente se repiten con las de la estadística comercial. Los grupos están hechos de acuerdo a las agrupaciones que la Cámara hace, aunque serán siempre discutibles.

69. Aunque los cambios anuales de esta estadística son poco fiables hasta 1923-24 cuando los datos recogidos ya no pecan por defecto, y no sirven para establecer comparaciones, el boom del uso del automóvil llama la atención incluso en estas condiciones. En 1919 hay 5 casas de alquiler de automóviles y 56 de alquiler de coches y automóviles más 70 de coches sólo. En 1920 hay 10 de las primeras, 57 de las "mixtas" y 88 de las últimas. En 1921 parece que han afinado más y aparecen 63 de automóviles y 152 de coches. En 1923 son 776 de los primeros y 252 de los segundos. En 1924 son 1.047 y 406 respectivamente, cifras mareantes, difícilmente asimilables tan sólo a un error estadístico.

70. Algunas grandes empresas industriales de este momento en M. SERRANO PRIETO, "Desarrollo de la industria...", pp. 416-417 y J.C. RUEDA LAFFOND, "El tejido social y económico de Madrid a través del Anuario Financiero y de Sociedades Anónimas de 1923", Espacio, Tiempo y Forma, 1990, Serie V, T.3, pp. 365-384. También en el Anuario Financiero de estos años (de donde se ha tomado la fecha de creación de las S.A. en su mayoría). De las empresas que aparecen en S. JULIA, Madrid 1931-34..., pp. 441-444, con más de 100 trabajadores, la inmensa mayoría son (o se transforman en S.A. o se fusionan) del primer cuarto de siglo. La importancia del sector de la construcción la ha resaltado este autor con especial insistencia. La fusión de las eléctricas en J. SIMO RUESCAS, "La Cooperativa Electra Madrid y los inicios del monopolio compartido en la industria eléctrica madrileña (1905-1912)", La sociedad madrileña..., vol. I, pp. 419-427. Más datos en A. GOMEZ MENDOZA, "La industria de la construcción...", cit., donde se detecta claramente la depresión constructora residencial -es decir de vivienda, no de obras públicas- durante la guerra mundial. Lo de los cambios en el sector y un cierto cambio cualitativo anterior al despegue de los años veinte en el capítulo sobre los obreros de la construcción.

71. En el Apéndice.

72. Sobre estos cambios se insistirá más adelante cuando me refiera a la respuesta de los trabajadores por sectores. Ahí pueden verse con cierto detalle testimonios y ejemplos de estas "nuevas gestiones y métodos" y sus efectos. Otro caso es el de el reglamento de la fábrica Gal (cfr. infra al referirme a la huelga de "La Fortuna" en el capítulo sobre los panaderos). Esta, como más reciente, no sufre huelgas ahora, pero el "dócil" personal (femenino) se les rebelará en la primavera de 1936.

73. La referencia y los datos pueden verse en el Cuadro 2. Los datos de la Estadística de los salarios y jornadas de trabajo 1914-1925 y que aparecen en S. JULIA, Madrid 1931-34..., p. 436, son púpperrimos en exceso y no merecen mayor comentario.

74. Aparte de la literatura de época, existen estudios de la marginalidad con pretensiones mucho más científicas a principios de siglo. Citemos tan sólo dos obras de Constancio BERNALDO DE QUIROS y J.M. LLANAS y AGUILANIEDO, La mala vida en Madrid. Estudio psico-sociológico, Madrid, 1901; y de Julián JUDERIAS, Los hombres inferiores. Estudios acerca del pauperismo en las grandes

ciudades, Madrid, [1909]. Sobre la falta de empleo en el Madrid del XIX, solucionada a golpe de obras "benéficas", cfr. de Angel BAHAMONDE, "El mercado de mano de obra madrileño (1850-1874)", Estudios de Historia Social, 15, oct.-dic. 1980, pp. 143-175; y de este autor con J. TORO, "Mendicidad y paro en el Madrid de la Restauración", Estudios de Historia Social, 7, oct.-dic. 1978, pp. 353-384.

75. Puede verse recogida en el Cuadro x y los principales oficios con distritos de residencia en el x. La coincidencia no es simplemente casual. Las sociedades de la Casa del Pueblo y sus informaciones - de afiliados y de remisos en muchos casos- eran decisivas para estas estadísticas y podían "revolucionar" la información sobre oficios enteros. La Estadística de 1924, como en otros casos, había logrado un nivel aceptable de información frente a las iniciales, muy poco fiables.

76. Lo del "transcurrir" en A. BAHAMONDE y L. E. OTERO, "Madrid, de territorio...", p. 567. El "despertar" es el título del capítulo tercero de Madrid, 1931-1934... de S. JULIA. Que el período anterior a 1923 es un ensayo de la violencia insurreccional que se manifiesta en los años treinta en Julio AROSTEGUI, "El insurreccionalismo en la crisis de la Restauración", La crisis de la Restauración: España, entre la Primera Guerra Mundial y la Segunda República (J.L. GARCIA DELGADO, ed.), Madrid, 1986, pp. 75-99; y "Conflicto social e ideología de la violencia, 1917-1936", España, 1898-1936: Estructuras y cambio (J.L. GARCIA DELGADO, ed.), Madrid, 1984, pp. 309-343.

PRIMERA PARTE. LAS PRÓTESTAS DEL PAN

III: ABAJO EL PAN!. 1907-1914. DE LA "TURBAMULTA REGULADORA"

AL MOTIN DEL DIA DE SAN PEDRO

De entre la variada gama de protestas populares lo que se suele llamar motines de subsistencias - de protesta contra el alza o carestía de las "subsistencias", preferentemente el pan u otro alimento básico- eran sin duda los de mayores dimensiones y extensión en Madrid y nosotros los hemos utilizado en las páginas siguientes como hilo de una historia que sería de otro modo enormemente dispersa. Adquieren además, bajo nuestro punto de vista, una magnitud lo suficientemente amplia como para influir significativamente sobre las autoridades o amenazar la tranquilidad social y para que se saquen conclusiones políticas sobre ellos, erróneas o no. De hecho su influencia, al tratarse Madrid de un sustancial centro de opinión pública, escaparate nacional de la política y sede de la Corte y el Gobierno, rebasa con mucho el carácter de amotinamiento marginal que podría tener de otro modo y en otro espacio. Por ello cabría hablar de "motín de Corte", que suple a la autoridad en su obligación de regular y determinar los precios, en un nivel superior al food riot tradicional.

Pese a todo, los grandes motines y manifestaciones de protesta colectivas de los que aquí se habla no son sino el mascarón de proa de una nave repleta de alborotos y algaradas en los barrios y, sobre todo, en tiendas y mercados, esporádicos y que se repetían con regularidad, con los minoristas en muchos casos de protagonistas. Los ejemplos abundan: el 13 de abril de 1914 las verduleras del mercado de la Cebada se plantaron, negándose a adquirir el género que intentaban pasarles los asentadores a mayor precio; los pescaderos en los Mostenses hicieron lo mismo por mercancía en mal estado el 21 de diciembre de 1916; y lo mismo tablajeros o polleros. Estos desórdenes, a los que a veces daba soporte y aplauso el público, aumentaron con las dificultades y las subidas de precios de la guerra, pero se hallaban unidos indisolublemente a los problemas y vida de la ciudad desde antiguo. Y el alimento -y el problema- más antiguo y el que daba -o quitaba- de hecho la legitimidad a las instituciones desde antiguo era el pan.

III.1.El histórico problema de las subsistencias y el justiprecio

La Restauración se inició con un saludo benéfico al pueblo de Madrid. La entrada de Alfonso XII en Madrid (enero de 1875) fue acompañada por unas laboriosas negociaciones del alcalde, conde de Toreno, con los síndicos del gremio de panaderos, que, aunque fieles monárquicos, no se mostraban muy convencidos de que rebajar el precio de su producto fuese un gesto patriótico, y mucho menos festivo. Este "laudable fin" pudo por último verse recompensado con "un cuarto en libra", es decir la nada despreciable cifra de seis céntimos (de 47 céntimos a 41 en libra y de 50 a 44 en kilo) de menos con respecto al precio republicano. El nuevo rey traía pan más barato a sus súbditos. Este precio se mantendría hasta la primavera del año siguiente, cuando la nueva Constitución estaba en un tris de aprobarse¹.

Esta pequeña muestra de precio político -es decir sustraído al funcionamiento del mercado- explica el cuidado especial que las autoridades ponían desde antiguo en el tema de las subsistencias y el pan, como alimento básico de las clases populares, en la entonces todavía capital imperial -aunque ya de un imperio insular-. Y es que el pan, símbolo último de este problema, tenía que ser bueno, barato y abundante para mantener contentos y satisfechos a los súbditos de la Corona. La ecuación se expresa así:

"por ser el pan artículo de primera necesidad y base de la alimentación, en especial para las clases menos acomodadas, fué siempre preocupación constante del pueblo, de los economistas y de los gobiernos el que su precio sea lo más bajo posible dentro de la buena calidad del producto; pero como esto pugna con los intereses de los productores de trigos, de los harineros, de los panaderos y de los intermediarios, que procuran por todos los medios posibles aumentar sus ganancias, ha resultado una lucha secular, que dura todavía y que se recrudece en épocas de carestía (...). [Resumiendo,] la fabricación y venta del pan estuvo siempre íntimamente relacionada, en España, con el orden público, y las huelgas de panaderos son casi tan antiguas como el mundo."²

Esta estrecha vinculación databa pues de antiguo, hasta el extremo de que el repertorio de intervenciones de los poderes públicos sobre el mercado de granos y la determinación del precio de la harina o el pan estaba codificado desde mucho antes de que el liberalismo hubiese impuesto sus criterios en España. Este intervencionismo había pasado por diferentes vicisitudes históricas, pero en lo esencial había mantenido bastante sólidas algunas de sus constantes vitales. Al menos hasta 1765

y desde la Edad Media, los criterios habían sido básicamente similares: mantener un justo precio de los productos de primera necesidad, bien dictado por la competencia, en épocas de abundancia y buenas cosechas -precios a la baja, razonables-, bien dictado por la ley, en épocas de carestía y malas cosechas -que es cuando los precios tendían a subir- mediante una tasa o precio máximo. Como el mero hecho de promulgar ésta no era más que un mero artificio administrativo de nulo incumplimiento si se obstinaba en permanecer por debajo del precio real de mercado, pudiendo incluso acabar con una industria o actividad, solía ir acompañada de otro tipo de medidas. Estas podían ser de carácter comercial, prohibiendo la exportación de grano y fomentando la importación de éste; de carácter monopolístico, comprando directamente grandes partidas de grano en el exterior o allí donde estuviese, bien a través de los pósitos municipales, bien interviniendo el Gobierno mismo, si el caso era especialmente grave, subvencionando en muchos casos un precio a la baja con considerables pérdidas; y de carácter represivo, obligando a labradores, molineros o panaderos a vender a precio de tasa, bajo amenazas de requisas e incautaciones de sus productos o industria, multas contra defraudadores y acaparadores, persecución de la confabulación-para-alterar-el-precio-de-las-cosas (luego trust), o penas de cárcel y/o vergüenza pública. Para esto último eran de inapreciable valor la colaboración e iniciativas del pueblo, denunciando a los especuladores y logreros, amenazandoles con el despojo de sus mercancías o amotinándose cuando se pasaban de la raya, lo que les hacía pensárselo dos veces. Toda esta política en aras de la protección del consumidor más que del fomento a la producción³.

El sistema de tasas como norma general había sido una constante en España durante la Edad Media y los siglos XVI al XVIII, revisándose periódicamente para evitar su desfase. Desde que Madrid se había convertido en la capital del reino, esta ciudad se convirtió en el "ejemplo y caso extremo a la vez del intervencionismo urbano" y por tanto en el paradigma nacional del pan subvencionado, las compras urgentes y prioritarias de cereal en Castilla con destino a la urbe, y de apoyo directo del Gobierno a los esfuerzos municipales, en cuanto había o se sospechaban problemas, no sin tensiones entre ambas instituciones. Pese a esta posición privilegiada, o más bien por ella, Madrid vivió durante

este tiempo, y aún después, el fracaso de la creación de un auténtico mercado centralizado de granos o alhóndiga. A pesar de la liberalización del mercado de granos llevada a cabo en 1765, la tasa móvil (o postura) del pan se mantuvo en la capital, así como buena parte del intervencionismo tradicional, y muy pronto se restablecieron de hecho buena parte de los mecanismos antiguos entre 1790 y 1804, a golpe de crisis de subsistencias, alzas de precios, protestas de los tahoneros, emparedados entre los precios altos del trigo y la postura baja del pan, y agitaciones sociales. La protesta popular fue muy pronto consciente de su poder para rectificar los precios y las frivolidades en materia de comestibles. Ya el motín de 1766 tuvo entre otras consecuencias la creación de nuevos cargos municipales, los diputados y síndicos personeros del común, adalides de la lucha contra el libre comercio. Pese a todo la liberalización resultó imparabla: en agosto de 1805 se declara libre la elaboración y venta del pan en Madrid, desapareciendo la tasa local; los pósitos municipales son abandonados a su propia suerte - más bien paupérrima- durante el siglo XIX⁴.

La legislación liberal desde los decretos de 1813 a los de 1834 declaró la libertad de comercio, circulación y compra-venta de todo tipo de productos por el interior del país, incluidos los cereales y harinas. La coyuntura de disminución de los precios desde 1815 a 1845 ayudó a dar por concluida la reglamentación del Antiguo Régimen. Ahora la protección, poco a poco, y de forma cada vez más evidente, se centra en los productores, con la reiterada prohibición, a lo largo del siglo -pese a algunas excepciones como el arancel Figuerola durante el sexenio-, de importar cereales (desde 1820) y, por el contrario, el aliento a la exportación. Pese a todo, persistieron las medidas correctoras, como permitir la importación cuando el precio del trigo pasaba de un máximo o había malas cosechas, y sobre todo las crisis periódicas en el campo, con una agricultura de baja productividad y ahora sobreprotegida. Madrid mejoró notablemente en su abastecimiento en época isabelina, y aunque sufrió crisis intermitentes (1847, 1857, 1868), ya no podían compararse a las de comienzos de siglo. La tasa del pan, que se mantuvo a causa de la guerra carlista, fue abandonada en 1838, y ya sólo se la consideró un mero procedimiento de emergencia. Pese a todo, el eterno problema del transporte por ferrocarril, los intermediarios y asentadores y los impuestos indirectos (consumos y derechos de

puertas), los más altos de la nación, tendían a hacer de Madrid una ciudad cara y proclive a las alzas sorpresivas de precios, que ahora un debilitado Ayuntamiento, sin el arma del pósito y de las pragmáticas tenía que afrontar como podía⁵.

Para ello hubo de hacer frente a plantes de los panaderos, fraudes en el peso (cobrandose lo mismo por menos cantidad), subvenciones para mantener el precio bajo, hubiese o no buenas o malas cosechas y hubiese o no tasa -que no la había-. Aunque el precio era libre, en la práctica el Concejo y las autoridades seguían siendo el principal garante a los ojos del pueblo del pan y comestibles baratos y se mantenía una pugna con los gremios en esta materia. Nada se esperaba de los comerciantes, intermediarios y consumidores en general y de los tahoneros en particular, siendo estos últimos un gremio especialmente odiado, desprecio que se ampliaba a los trabajadores de la panadería, considerados rústicos, ignorantes, poco educados y devotos de la incontinencia (ira, gula, lujuria) entre los ciudadanos, fama que no se había modificado mucho en lo esencial como se verá en 1914⁶.

Lo cierto es que la agitación urbana de la ciudad seguía siendo muy sensible a las alteraciones de precios. Y esto no tanto porque las crisis de subsistencias fuesen más graves -el desarrollo del transporte incluso palió los efectos de las malas cosechas a partir del sexenio- que antaño, sino porque la aparición de partidos y banderías políticas proclives a sus demandas las dotaban de un potencial que no tenían antes. El hecho de que se convirtiesen en un expediente que paliaba la lenidad de las autoridades para controlar el nuevo y rampante mercado libre permitió la constante aparición de motines urbanos respaldando todo tipo de pronunciamientos, conspiraciones y revoluciones desde 1838 a 1875. En los más sonados (1854, 1868), incluso se logró la abolición de los odiados consumos⁷.

Con la Restauración pierden vigor las crisis agrarias tradicionales, la red ferroviaria abarata el transporte y las tendencias proteccionistas con respecto a la importación del trigo se acentúan, ante la crisis agraria finisecular provocada por la concurrencia del barato cereal de ultramar (entre 1882

y 1896 aprox.). Estas barreras impidieron un derrumbe de los precios en el mercado interior, precios que más bien tendieron a mantenerse, o incluso bajar ligeramente en las últimas décadas del siglo. Los precios se mantuvieron altos -en comparación con un país librecambista como Gran Bretaña por ejemplo-, pero salvo el repunte alcista de fin de siglo que concluía "la gran depresión"⁸, hasta 1914 no tuvieron fuertes oscilaciones, puesto que la espita de las importaciones se abría cuando era necesario, que al parecer fue casi siempre hasta la Gran Guerra. Un objetivo de esta política seguía siendo el evitar "agudas tensiones inflacionistas en un bien básico como era el pan". Por lo que parece, en lo que a Madrid respecta esto se consiguió en buena medida: el precio del pan hasta 1916 osciló entre los 40 y los 50 céntimos, sólo superando estas cifras en un año coyuntural (1882). El repunte de 1898 fue sorteado a nivel de precios en Madrid, dando una nueva muestra de "acolchamiento" político⁹.

Estos datos avalarían en principio la modernización del abastecimiento madrileño y la solución del problema de las subsistencias. En relación con ello podría señalarse la desaparición de las revueltas que tanto habían marcado el mapa de la ciudad durante el siglo XIX. Los "tiempos bobos" de la Restauración, que dijo Galdós, habían traído la "normalización" política y social. A partir de 1890 se abrió la posibilidad, por medio del sufragio universal masculino, de que el pueblo de Madrid eligiese a sus representantes para el Concejo y las Cortes, lo de que de hecho aprovecharon las izquierdas, abanderadas de la mayor parte de los motines y revueltas del siglo que terminaba. Los republicanos salieron triunfantes de forma sonada en varios comicios (1893, 1903) y hasta los socialistas comenzaron a enviar concejales al municipio y diputados a las Cortes (1910, en la coniunción con los republicanos). En 1911 incluso se suprimieron -remodelaron en realidad- los odiados consumos¹⁰.

Sin embargo tenemos sobrados indicios de que el problema de las subsistencias en Madrid, más o menos resuelto en lo técnico -abasto más o menos asegurado y a precios más o menos aceptables para la dieta y la época- no lo estaba ni mucho menos desde un punto de vista social y político, sino

que, muy al contrario, la presión de las oposiciones y la democratización anticaciquil, sobre todo en el Ayuntamiento, lo convertían cada vez más en el centro de un debate político sobre el poder y su reparto -cuyo trasunto era la cuestión del régimen-. No hay que olvidar que en el Ayuntamiento de Madrid la elección del alcalde y sus acólitos -los tenientes de alcalde- seguía siendo prerrogativa del Gobierno -y del Rey a través de las Reales Ordenes-, mientras que los concejales eran de elección popular, en el típico reparto mixto de la soberanía, tan caro al liberalismo doctrinario.

Esta situación no resultó nada incómoda, mientras el amiguismo patrimonial regió la vida de la Villa y Corte, pero "a los consistorios más o menos pacíficos de finales del siglo XIX suceden ahora los ayuntamientos de debate y crítica, que recogen las reivindicaciones y preocupaciones de los distintos protagonistas sociales de Madrid". A esto hay que añadir el papel del obrerismo organizado en el ramo de la panadería, nueva amenaza a la ya consabida del gremio de tahoneros, por sus posibilidades de paralizar la confección del pan y por sus peticiones de aumentos salariales y control del mercado de trabajo, con las presiones inflacionistas añadidas que esto suponía en este sector. Las primeras huelgas de la panadería durante la última década del siglo y el respaldo a este movimiento de la Casa del Pueblo (desde 1908 en la calle Piamonte iniciando su etapa definitiva como contrapoder) suponían un nuevo protagonismo sindical, que empujaba en la dirección de un aumento del intervencionismo público. En este sentido, bien puede decirse que las nuevas formas de protesta (el debate político a través de los partidos en mitines o foros públicos; las huelgas y el sindicalismo) animaron y reavivaron las tradicionales¹¹.

El punto de contacto entre pueblo, subsistencias, administración, democracia, gremios, sindicatos y precio por tanto iba a ser el Ayuntamiento, sobre el que recaía, al menos formalmente, la responsabilidad primera de hacer frente a las presiones por arriba y por abajo a la hora de determinar quién tenía el poder sobre el pan -el poder social-, con todo lo que esto implica real y simbólicamente.

El aumento del intervencionismo municipal sobre el pan madrileño, nunca desaparecido del todo ni aún en los años más liberales, comenzó muy temprano, en fecha tan simbólica como 1898 (mayo-julio, es decir mientras la flota española de ultramar pasaba a mejor vida). La relativamente corta reglamentación recogida en las nuevas Ordenanzas aprobadas en 1892 (Capítulo III, "Elaboración y venta de pan") pronto recibió nuevos aditamentos más estrictos en unos sentidos, más laxos en otros. El primer texto original declaraba que "la fabricación y venta del pan es libre, sin tasa ni postura" (art. 224) y que "el peso del pan de cualquier clase será el usual: pan de un kilogramo, de 500 y de 250 gramos", con la sola excepción del pan de Viena, único de lujo (art. 228). Con ello el pan no estaba libre de peso, debía pesarse en los mismos despachos y se podía denunciar al fabricante y reclamar una "rebaja del precio proporcional" a la merma detectada (art. 229). Sobre el Alcalde recaía la responsabilidad sancionadora en esta materia junto con el decomiso, inspección y visitas a los establecimientos, armas disuasorias, al menos teóricamente, contra los tahoneros y panaderos más díscolos -y lo mismo en otros gremios-. Los decomisos -de pan falto o de mala calidad, en realidad hornadas de desecho- en realidad eran frequentísimos y eran un auténtico impuesto en especie sobre los gremios con destino a los pobres, vía beneficencia, lo que dotaba de popularidad al concejo y a los ediles, y por lo tanto mucho más frecuentes en los estrenos de nuevos equipos municipales o en vísperas de elecciones. A cambio se mantenía cierta tolerancia en el momento de aplicar estrictamente todas las normas legales al completo y a todo el colectivo (p.ej. el cierre a la tercera reincidencia o falta, más tarde el tamaño y carácter de las tahonas)¹².

En 1898 se creó un artículo completo nuevo (ahora el 225) explicando muy minuciosamente las condiciones de toda futura tahona que se construyese, tratando de evitar el minifundismo en la producción -con resultados muy pobres-. También eran mucho más estrictas para la renovación de licencias. En el asunto de la falta de peso se era mucho más taxativo -lo que demuestra su reiterado incumplimiento-, afirmandose que toda hornada falta de peso debería de venderse ¡con cinco céntimos! de rebaja. Aunque ahora esta reglamentación se limitaba al "pan candeal", dejando fuera al de Viena (piezas libres, pero no más de siete en kilo) y a las francesillas y panes largos, el

"francés" (idem, pero no más de cinco en kilo), se creaba un nuevo tipo, el pan "de familia", de 2.000 gramos, cinco céntimos más barato que el resto, pan de confección obligatoria en un 10 por ciento del total (art. 229). Este pan popular no lo era mucho, al ser de segunda clase, no sólo por el precio, sino que debido a su tamaño su cocción era muy deficiente, endureciéndose muy rápidamente, equivaliendo en muy pocas horas al pan duro que se revendía en el Rastro de antiguo¹³.

El Ayuntamiento, además, fortaleció su posición en otros ámbitos relacionados con éste. En primer lugar, en el de la inspección y persecución del fraude alimentario, con una virtual refundación -más que una mera reubicación- del viejo Laboratorio Municipal de la calle Fúcar creado en 1877, situado a partir de 1903 en la calle de Bailén y notablemente ampliado y potenciado por Alberto Aguilera por reglamento de marzo de 1902. El servicio, reorganizado en varias ocasiones desde 1885, se transformaba así de una mera inspección veterinaria en una auténtica inspección de subsistencias. Aunque siempre sometido a estrecheces presupuestarias, sobre él se levantó la personalidad de César Chicote, jefe y director de la institución desde 1898, y un partidario decidido de la intervención pública en el tema alimentario, no sólo en su higiene sino también en su precio¹⁴.

Más importante fue su intervención en la producción, con el evidente deseo de influir en el precio final mediante un expediente que posea también un denso curriculum: el de la tahona reguladora (a modo del stock regulador del viejo pósito). Al mismo tiempo se deseaba de forma más o menos explícita dotar al municipio de un expediente de emergencia -como un servicio público- frente a las huelgas y boicots gremiales de tahoneros y operarios. Con esta doble idea ya se había creado la "Panificadora Romanones" (Madrileña de Panificación) en 1899-1900, que no admitía personal sindicado en su seno, pero la primera gran iniciativa municipal en el siglo XX fue un proyecto de tahona reguladora en 1904 para ser instalada en el Asilo de San Bernardino, que utilizase a los asilados como mano de obra y suministrase el pan necesario a las casas de socorro y de la beneficencia municipal. Este establecimiento "benéfico" y por tanto de un radio muy limitado sin embargo debía dotarse de hornos giratorios "con los que en momentos de huelga pudiera atenderse

a la fabricación de 30 o 40.000 kilos de pan" y que pudiese poner algún puesto en los mercados de la Cebada y Mostenses. En la memoria del arquitecto municipal la preocupación antigremial ya aparecía como la fundamental. Pero el proyecto estaba aún muy verde¹⁵.

Un impulso fundamental lo dió el propio Gobierno conservador de Fernández Villaverde en 1905 con el decreto González Besada, que hacía de tal proyecto regulador un programa completo contra "huelgas" y "confabulaciones, encaminadas á subir, sin razón, sus precios", apoyando la municipalización de servicios básicos, pero en un sentido "moderno", es decir "prevenirse para acometer sin riesgos medidas extraordinarias cuando las circunstancias anormales lo requieran", es decir una intervención limitada a cuando el producto faltase o se sobrepasase la "ganancia lícita". El decreto, aunque general, mencionaba explícitamente al Ayuntamiento de Madrid y le impelía a "fijar una tarifa reguladora del precio del pan", abastecer al Municipio, Diputación y servicios estatales y "sacar a la venta pública una cantidad determinada de pan". Esta idea de la solución "reguladora" por el municipio era considerada impracticable por Miguel Melgosa Olaechea, experto municipal en materia de abastos y una autoridad en la materia. Y los hechos parecieron darle la razón, porque cuando él escribía su monumental obra sobre las subsistencias -en 1909- aún no se había creado ninguna tahona reguladora. Su misma obra tuvo un acicate popular definitivo para ser escrita surgido dos años antes, en 1907, en lo que nosotros entendemos como un auténtico hito no institucional en la política de subsistencias, impulsado por una protesta social de lo más tradicional y recuperada para la ocasión: en enero de ese año un motín en Madrid indicaba el camino que debía seguirse¹⁶.

III.2. El motín de 1907 y la regulación del pan

En el último trimestre de 1906 el ministro liberal de Hacienda, Juan Navarro Reverter, decretaba un alza en los aranceles de importación de trigos y harinas. Siguiendo las costumbres habituales en la política triguera de la Restauración de cuño proteccionista que hemos explicado, existía un arancel móvil que subía cuando el precio del trigo bajaba en demasía y viceversa, siempre con la idea de que este precio se moviese en torno a una banda que no excediese las 28/30 pesetas los 100 kilos. Entre

marzo de 1904 y julio de 1907 se modificaron seis veces los aranceles de importación del trigo y la última subida (ley el 1 de enero de 1907) no era sino una parte más del carrusel de vaivenes en esa materia¹⁷. Tanto más justificada, a ojos del Gobierno, cuanto el precio medio del trigo y la harina no había hecho sino bajar en el último trienio (el primero hasta las 22 pesetas) y la cosecha de 1906 se anunciaba como la mejor de los últimos quince años. Esto significaba que se necesitaba restringir las importaciones al máximo para que los trigueros castellanos pudieran tener un precio remunerador, y que, a ser posible subiese. Ya facilitarían ellos el envío a Madrid de pan suficiente en el caso de que a los tahoneros de la capital se les ocurriese amenazar con un paro o una subida de precio. Y es que una subida de aranceles suponía para estos que el trigo y la harina se les iba a vender más caro el próximo año¹⁸.

La oportunidad para los tahoneros y panaderos, aglutinados y más o menos coordinados en el Sindicato de la Panadería desde 1898 -lo que, desde la prensa de izquierdas al mismísimo alcalde, a la sazón Alberto Aguilera, se denominaba el trust- era idónea. En enero de 1907 se preparaban elecciones provinciales, para lo que su "colaboración" gremial como muñidores siempre podía ser útil a los partidos en liza. Además estaba cantada desde hacía tiempo la crisis del Gabinete liberal Vega de Armijo, personaje gris en un gobierno de mera transición, acosado desde dentro y fuera de su propio partido y con una ley de Asociaciones empantanada y que tenía que pasar un verdadero tour de force en las Cámaras, que debían reabrirse el 21 de enero. Además, en los días anteriores había habido motines de consumos en Sagunto, Alicante y Liébana y "bombas y petardos en Barcelona"¹⁹.

El pan se encontraba a 40 céntimos el kilo; los panaderos lo pusieron el 19 de enero a 45. La subida era aún mayor si se piensa que el pan no se compraba al peso realmente sino por piezas. Esto es, subía cinco céntimos si adquirías una pieza de un kilo, pero, por el viejo truco de la imposibilidad de un reparto equitativo, el panecillo (de 250 gr.) se ponía a 12 céntimos (48 el kilo) y la libreta (de 500) a 23 (46 el kilo). Es decir, la subida era de ocho céntimos. Esto, más que una subida de precio, era una provocación en toda regla, además de la contribución del gremio a la caída del gobierno y/o

del alcalde, su funcionario municipal, dentro de los cánones vigentes. De hecho, ni el gobernador civil ni el alcalde redujeron a los "rebeldes", limitándose a los expedientes consabidos de pedir pan a las localidades de las dos Castillas (especialmente a Valladolid) a 40 céntimos, amenazas de repeso y de cierre de tahonas que no cumplían las ordenanzas, y apoyarse en la producción de "la Romanones" y los hornos militares para expender pan más barato, al no existir la consabida tahona reguladora, abriendo puestos "municipales" de emergencia. Además, contaban con el apoyo de los vendedores de ultramarinos y comestibles, muy molestos con el monopolio del trust y las denuncias que interponía contra las tiendas que vendían pan además de otros productos²⁰.

El 20 llegaron 20.000 kilos de Valladolid a precio inferior y se agotaron casi inmediatamente. Alberto Aguilera publicó un bando ese mismo día haciendo saber una lista de puestos, tenencias de alcaldía, etc., donde el Ayuntamiento vendería pan a 40 céntimos. Como es evidente, tales medios simbólicos en poco afectaban a la citada subida, pero eran fundamentales, porque la "deslegitimaban", condenándola moralmente, e implícitamente respaldaban la "iniciativa popular"²¹. Periódicos que rechazaban los tumultos por principio, como ABC, publicaban poesías como ésta:

"Que aunque las personas serias
que á esas cosas se dedican,
la baratura predicán
de las "primeras materias",
les tiene muy sin cuidado,
porque ¡en la vida! proclaman
lo que los técnicos llaman
"la oscilación del mercado..."²²

La "iniciativa" se movió muy rápido, comenzando el mismo día de la subida -que era sábado-. Por la mañana comenzó con las primeras en contar la realidad en céntimos: las mujeres. Mientras los varones trabajaban, grupos de mujeres con niños pequeños y adolescentes, una vez enteradas de lo que ocurría, bajaron desde las inmediaciones de Cuatro Caminos (Vallehermoso) por Galileo y Alberto Aguilera hacia San Bernardo, con la Puerta del Sol sin duda como objetivo. En manifestación de unas 80, con dos banderas "formadas por trapos blancos" con los lemas ¡Abajo el pan! y Baja del pan, "vociferando y dando mueras a los tahoneros", fueron detenidas y disueltas a la altura de la

última calle por la policía. Por la mañana del domingo y hasta las primeras horas de la tarde la acción fue más precisa y sistemática. Algunos grupos en Inclusa recorrían las tahonas repesando el pan: todo pan faltó era decomisado "en justicia", conmutándose "la pena" allí donde se encontró bien pesado. En algunos sitios lograron que se vendiera a 40 céntimos. No hubo incidentes. Esta acción era paralela al decomiso oficial, que por ejemplo se hizo en el distrito Congreso. Por la tarde, a última hora, los grupos frente a las tahonas comenzaban a ser más amenazantes²³.

El lunes 21, el día de la apertura de Cortes, venerable institución que le iba a servir de caja de resonancia, la turba comenzó a golpear. No se puede decir que el motín "estallase" ni que fuese "espontáneo". A primeras horas de la mañana muchas tahonas y despachos no abrieron, muy conscientes de lo que se avecinaba. Otras fueron "avisadas": las autoridades "anduvieron recorriendo tahonas advirtiéndoles para que si insistían en vender el pan a 48 céntimos, probablemente serían asaltadas por el pueblo". Es difícil señalar el comienzo de los incidentes, pero sí que tenían objetivos prioritarios en muchos casos. Dos tahonas de la calle Santa Isabel por ejemplo. Una no pudo ser asaltada, por ser defendida por el comisario de policía, señor Millán Astray, que pese a todo confirmó la razón del "pueblo" y el "pobre" y fue aplaudido. La otra sí lo fue, arrojándose el género a la calle y siendo incendiado con petróleo el establecimiento, pese a la enconada defensa del dueño y los dependientes, que como premio fueron empapados de forma hilarante por los bomberos, que mientras cumplían su trabajo, se sumaban a la fiesta general. Hubo algún tiro; "las piedras fueron, sin embargo, más certeras", con varios heridos. En Inclusa, como el día anterior, visitó las tahonas un nutrido grupo (unos sesenta), obligando a los dueños a colocar el cartel de "Pan a 0'40". Las tahonas asaltadas eran prácticamente en todos los casos las que cometían el "desaire" de no recibir la "visita", cerrando sus puertas a los grupos "reguladores". Estas recibían pedradas, derribos de puertas y asaltos sólo en los casos extremos, dependiendo del curriculum del dueño o de si se insultaba o agredía a los manifestantes desde el establecimiento. El empleo del fuego expiatorio fue una excepción, lo que demuestra que su uso fue selectivo y sólo en la tahona que repelió la agresión a tiros. Un importante protagonismo lo llevaron las mujeres y muchachos, los más violentos y decididos, y los distritos de

Inclusa, Hospital, Latina y Congreso fueron los más afectados por los incidentes²⁴.

La mayoría de los dueños evitaron los incidentes bajando el precio; en otros casos a las tahonas las salvó el inefable, pero respetado, señor Millán; a otras, el mismísimo gobernador civil que no daba abasto recorriendo la ciudad, y que detuvo una manifestación encaminada a las Cortes, o el alcalde. Pero en general el absentismo, cuando no la simpatía abierta, de las fuerzas de orden público, fue la nota dominante. En algunas robaron la caja con el dinero (como en Fe, 5), pero en otras respetaron la recaudación tras haberse llevado el género (como en la calle de San Juan). Por la tarde se reprodujeron las "visitas", ampliándose a Palacio, Hospicio y otros distritos, logrando que en muchos despachos se colocara el cartel con la rebaja, siendo aplaudidos los dueños que lo hacían. La mayor parte del pan requisado se repartió a los mendigos. Otro hecho simbólico ocurrió en la calle de la Ruda donde amotinados vendían piezas de dos kilos "requisadas" ¡a cinco céntimos!, lo que era como regalarlas, ahora bien dejando constancia de que la voluntad y libre arbitrio de las personas era quien manejaba los precios y no a la inversa²⁵.

Al día siguiente -martes 22- los incidentes remitieron porque los panaderos se cuidaron muy mucho de colocar los consabidos cartelitos. Allí donde no aparecían, una lluvia de piedras los hacía surgir mágicamente. Los incidentes se extendieron al norte, a Chamberí y al barrio de Cuatro Caminos, invadido por la multitud, que imponía los 40 céntimos. Los despachos que se negaban eran asaltados y el pan requisado. Aquí fue donde la actitud de los grupos fue más violenta, a diferencia por ejemplo de los de Hospital, y donde la fuerza pública, más activa que el día anterior, procedió con algo más de rigor deteniendo a tres mujeres. Algunas panaderías especialmente reticentes recibieron hasta tres pedreas (como la del conde de Romanones, 12). El saldo de los dos días fueron unos 24 detenidos y una decena de heridos.

Como secuela dejó una crisis gubernamental (el 24 y 25), solucionada con el advenimiento del Gobierno largo de Maura y los conservadores y la caída consiguiente del alcalde y el gobernador civil. Claro es que estas crisis tenían su dinámica propia, pero el motín puso el puente de plata de

despedida del liberalismo. Este cambio animó al Sindicato de la Panadería para amenazar con reincidir en la subida en los días siguientes. Finalmente el precio se situaría en 44 céntimos, como se verá más adelante, objetivo acariciado en definitiva por los tahoneros²⁶. El motín también tuvo una importante resonancia en las Cortes, con algún diputado (Gálvez Holguín) indignado ante el espectáculo de las "turbas" y el apoyo que las autoridades daban a éstas. Romanones, a la sazón ministro de Gobernación, basó la impotencia policial en "que, contando con la antipatía que los panaderos inspiran, es muy difícil defenderlos". En el Senado, Alberto Aguilera amenazó incluso con la incautación, expediente extremo al que se recurrirá en los años 1919-20²⁷.

Esta tesis la repitió en el Ayuntamiento, como "primer jalón" para una futura municipalización. La sesión vespertina del Concejo el día 21 terminó en un escándalo general entre los concejales monárquicos y el público de la tribuna tras ser derrotada una proposición de denuncia de los tahoneros a los tribunales suscrita por seis concejales (cuatro republicanos y dos socialistas). En cuanto a los socialistas, Largo Caballero, a la sazón concejal, tuvo un importante protagonismo en la calle alentando a los amotinados, si creemos los parabienes que le lanzaba El País ("en las calles se ganó ayer el acta de diputado por Madrid") y, por el contrario, las quejas de los panaderos, que pidieron un castigo para él en Gobernación. También organizaron un mitin en el teatro Barbieri en la noche del 23 y una manifestación, que no pudo realizarse al ser prohibida, nuevos ropajes para un meollo muy rancio²⁸.

En cualquier caso resulta evidente que el motín no respondió a una conjura de oscuros designios políticos ni a una maniobra de los importadores de trigos contra el arancel, como afirmaba la Asociación de Agricultores de España²⁹. Ahora bien, tampoco se ajusta a los rasgos de un movimiento "espontáneo" de masas hambrientas o al saqueo y robo puro y simple por parte de los desocupados de la ciudad. Se trató de una acción que siguió unas pautas, una modulación y cierta sistemática e incluso preparación: de las mujeres a los hombres, del sur al norte, del peso justo al precio justo. La violencia fue muy selectiva: allí donde había oposición o reticencia a la celebración

colectiva se empleaba la pedrea, después el asalto, sólo en último caso el fuego que todo lo borra. Ni siquiera el día, apertura de las Cortes y lunes -el día de la resaca del domingo, el holy monday o San Lunes de los artesanos-, se eligió azarosamente: en 1914 el motín del día de San Pedro también será en lunes. El lunes era considerado el día del absentismo laboral por excelencia al menos hasta el siglo XIX -hasta que el capitalismo impone la dictadura del reloj-, muy especialmente porque los trabajadores pagaban con ese día los excesos del fin de semana. Está por dilucidar si seguía siendo un día negro en el calendario laboral de los talleres madrileños. Con respecto a la mayor violencia y desorden -y preocupación del orden público- en Cuatro Caminos que en los distritos del sur, nosotros lo explicamos en términos de experiencia colectiva. Los trabajadores del Madrid popular tenían más arraigo en las tradiciones de protesta de la ciudad, se habían criado con ellas y conocían y confraternizaban -dentro de lo que cabe- en mucha mayor medida con los tenderos, vendedores y otras "víctimas". Barea testimonia como la chiquillería del Avapiés era especialista en pedreas contra los tahoneros y el vecindario en general y en hacer hogueras, así como el odio -y desprecio- a los panaderos gabachos -en un gran número eran franceses, extranjeros, como los obreros eran gallegos- que les tenían las mujeres. Cuando alguno cometía un "pecadillo", tenía que aguantar estoicamente su ración de granizo, el robo de la leña y los comentarios sobre la falta de peso y lo mal cocido que estaba el pan. Este "juego" no estaba tan arraigado sin duda entre los de las barriadas periféricas y habitantes del Extrarradio. Baste decir que al referirse al barrio de Cuatro Caminos aún se decía "allí, en los cuatro caminos" (en plural y en minúscula)³⁰.

De cualquier modo, este prototipo de "motín de corte" subvertía básicamente los principios de la economía de mercado (precios libres) pero reafirmaba los valores sociales y morales de una justicia profunda e inmanente de raíces ancestrales. Valores en buena medida comprendidos y compartidos por buena parte de las élites sociales y políticas. Valores que ahora se convertían en derechos contemporáneos y cívicos. No es suficiente referirse a las carencias de las fuerzas de orden público en España -Madrid era la joya de la corona en este aspecto- para explicarse la lenidad de las autoridades cuando se enfrentaban a estos correctivos antigremiales periódicos³¹ que, en definitiva,

como la prensa misma ya recalcaba "regulaban" lo que el deteriorado sistema político no sabía o no podía hacer³². La participación "moderna" -campanas, mitines, manifestaciones, huelgas, partidos políticos- en el motín fue en cualquier caso bastante colateral y reducida a las críticas habituales en la prensa sobre la codicia tahoneril, antipatía tan antigua como la historia entera de la ciudad.

Este movimiento marcó una aceleración marcada en el estudio municipal del problema de las subsistencias y en la presión política sobre este tema hasta 1914. Su interacción con el sistema político dejó sus secuelas sin embargo mucho antes. Tras otro alcalde defenestrado (Dato) durante 1907, sería Joaquín Sánchez de Toca, prácticamente como despedida pues abandonaría la vara ese mismo mes, quien llevaría a cabo la segunda gran reforma de las ordenanzas municipales tras la de 1898 en el capítulo del pan, sustituyendo éstas en realidad por un nuevo régimen. Por decreto de la Alcaldía de 3 de octubre de 1907, refrendado por acuerdo municipal el 4 y por el Gobierno Civil el 21 de febrero de 1908 se inauguraba un convenio con los fabricantes para establecer un precio regulador del pan. En los primeros diez días de cada mes la alcaldía lo establecería como precio máximo del pan candeal de primera, en las piezas de uno, dos y tres kilos, en el pan de barras de dos kilos (el de familia) y en las libretas de 500 gramos. Se dejaban fuera de la regulación los panecillos de 250 gramos (ahora de 200 gramos como mínimo, o lo que es lo mismo los 10 céntimos que costaba el anterior ahora los costaba el de 200, valiendo 50 céntimos el kilo), el pan de forma y el francés, en los que los tahoneros podían sacar más margen (utilidades o precio remunerador). El criterio para fijarlo sería muy simple: el precio del kilo de pan sería el mismo que el rigiese para la harina. Aunque en el acuerdo se precisaba que el convenio sólo podría ser suscrito por tahonas que pudiesen producir al menos 5.000 kilos de pan regulado, la cláusula 12 permitía "la asociación de dos ó más fábricas ó tahonas" que en conjunto cumpliesen este requisito (el Sindicato), con lo que se reforzaba la tendencia a la concentración (y al trust)³³.

De hecho, la "Panificadora de Romanones" y el Sindicato suscribieron el convenio y se creó una Junta Consultiva (con un fabricante de harinas, dos de pan -uno grande y otro modesto- y un

representante obrero) para que informase sobre la regulación del precio. El nuevo sistema se inauguró el 5 de diciembre con un bando del cuarto alcalde de ese año, Nicolás de Peñalver y Zamora, conde de Peñalver, que fijó el precio en 39 céntimos el kilo en las piezas y barras de uno, dos y tres kilos y en 22 (osea 44 el kilo, objetivo de los tahoneros desde enero) la libreta de 500 gramos³⁴. Este sistema funcionó de hecho durante cinco años permitiendo una relativa estabilidad en el problema del pan y en la alcaldía madrileña en los años siguientes: sólo tres alcaldes en ese tiempo, dos de los cuales (el propio conde de Peñalver entre 1907 y 1909 y José Francos Rodríguez entre 1910 y 1912), pasaron de los dos años de mandato, coincidiendo con los proyectos reformistas de Maura y Canalejas. Parece evidente en cualquier caso que el precio regulador fue aceptado por los panaderos a cambio de un notable tolerancia municipal en el tema del peso, muy especialmente en el bienio 1907-1909, por no hablar de las condiciones de la industria panadera. Lo demuestra el hecho de que con los liberales se intentó más rigor en esta materia y abundaron las disposiciones en ese sentido: un acuerdo de 22 de abril de 1910 que obligaba "de una manera irremisible" a todo vendedor de pan a expender al peso, lo quisiese o no el comprador, añadiendo lo que faltase con parte de otra pieza; una Real Orden de diciembre de 1909 que eximía del repeso al pan francés fue recurrida por el Ayuntamiento y revocada por el Tribunal Supremo por invadir competencias municipales en mayo de 1911; el 31 de julio de ese año Francos Rodríguez recordó en un bando las condiciones de la industria y el reparto a domicilio de forma restrictiva; en octubre de 1911 se anunciaba el repeso obligatorio de todos los artículos de consumo con puestos para hacerlo en los mercados, y guardias municipales encargados "de invitar a los compradores que voluntariamente no lo practiquen"; enero de 1912 se reorganizó la Junta Consultiva reguladora del precio del pan con más pluralidad y miembros, dando cabida a todos los lobbies interesados; en abril se prohibió taxativamente a las tiendas de comestibles vender pan³⁵.

III.3. El fracaso de la regulación y el motín de junio de 1914

Por supuesto tales disposiciones se hacían sistemáticamente eco de la ineficacia para poner orden y concierto en el dirigismo que se pretendía sobre la industria panadera y muy especialmente en el

intento de poner coto a la sisa en el peso. No sólo los fabricantes sino los compradores estaban acostumbrados al fraude y la costumbre del repeso seguía sin calar entre el público a la hora de comprar un producto en piezas como el pan. A muchos clientes les resultaba hilarante el hecho de que alguien demandase el mendrugo que le faltaba tras su compra y que exigiera que se le apartase. El hecho de repesar era considerado un acto hostil y punitivo contra el tahonero, bien lo organizase el municipio, bien un particular. Esto desde luego no quiere decir que la opinión no fuese consciente de la sisa y que no permaneciese en ella la antipatía secular hacia el gremio. Esta solía ser retratada en aleluyas:

"Por robar un panecillo
en la cárcel me metieron.
¡Y le faltaban tres onzas!
¡Y está libre el tahonero!."

—
"(...) Ultimamente,
ante el alto Tribunal
comparecerá un señor
de aspecto rudo y vulgar
bizco del izquierdo y gordo.
(...) -¿Qué te sucede?
-Que me quisieron matar
en el mundo; salí huyendo
para escabullirme y, ¡zás!
me resbalé y me partí
la columna vertebral, (...).
-(...) Y, dime, ¿la hostilidad
por qué fué?

-Porque robaba
en Madrid vendiendo pan
-Pero...¿fuiste panadero?
¡Vade retro, Satanás!...
¡Este al infierno en seguida
por toda la eternidad!".³⁶

Esta acusación impenitente de mezquindad y truhanería era el corolario lógico de las condiciones de la propia industria según opinaban los profundos conocedores de ésta, a la cabeza de los cuales se colocaba Miguel Melgosa. Según éste, la industria de la panadería madrileña (190 tahonas en Madrid con una producción de más de 250.000 kilos en 1904) vivía en una existencia de estrechez permanente: "la mayor parte de los fabricantes viven al día, y muchos del crédito que les conceden los harineros, siendo muy pocos los que muelen en sus tahonas, y menos los que disponen de

existencias de trigo". Los márgenes que dejaba el pan regulado eran muy escasos siendo en el pan libre (el de lujo, en piezas de 500 gramos) y en la sisa del peso por donde les traía cuenta la industria. El proteccionismo arancelario y las elevadas tarifas de ferrocarriles encarecían la harina en plaza hasta extremos inauditos. La contrapartida era que se trataba de "una industria cuya explotación no requiere, (...), más que unas cuantas pesetas, unos simples útiles de trabajo, un horno cualquiera, y cuyo personal de trabajo puede servir la misma familia del obrero, que se limita á obtener un jornal más o menos crecido, [y que es por tanto] una industria que difícilmente puede ser competida por el capital y la inteligencia"³⁷.

Esta facilidad de explotación explicaba las mañas y pocos escrúpulos del gremio, la escasísima concentración y avances en la industria y la competencia múltiple y ruinosa que se hacían los tahoneros entre sí por el excesivo número de establecimientos, obligados por ello a limitar la producción. Estas opiniones corroboran las de Arenzana en el siglo XIX, básicamente las mismas, y las de los estudios que se hicieron tras la guerra europea. Estos rasgos fundamentaban, tanto o más que la amenaza obrera, la coordinación patronal para controlar y "gremializar" la competencia, estableciendo cuotas de producción y un precio rígido. La entrada de sociedades anónimas cambiaría algo el panorama, creando un frente alternativo, pero aún insuficiente a la altura de 1914³⁸.

Estas novedades, la inoperancia de la Junta consultiva, a la que solían no comparecer los representantes de tahoneros y harineros y el contrato firmado por el Sindicato con los obreros de pan candeal en noviembre de 1913 que establecía una tarifa exclusivista, límites a la producción y nuevos costes sobre el sector (10 hombres producían 1.100 kilos en lugar de 1.240 y con 5 pesetas de aumento por cuadrilla) dieron definitivamente al traste con el sistema, ante la impotencia de la Alcaldía, las restantes sociedades de obreros panaderos y el público en general. Ya en enero de 1913 se buscó una reforma del sistema con un proyecto del vizconde de Eza, proyecto aprobado un año después por César Chicote, siendo precisamente a la sazón aquel político, conservador y representante de los intereses trigueros castellanos, alcalde de Madrid desde noviembre de 1913. El proyecto no

hacía más que retomar el convenio de 1907: existencia de un "precio regulado" mensual, negociar una tarifa especial ferroviaria para que el precio de la harina pudiera abarataarse y con ella el pan y una significativa cláusula que prometía tolerancia en el tema del repeso: "todos los fabricantes de pan que no acepten esta forma de regulación tendrán la obligación inexcusable de dar a cada pieza de pan su peso determinado, sometiéndolas al repeso"³⁹. El proyecto fue aprobado en enero de 1914, pero tuvo el mismo destino que el de las consabidas tahonas reguladoras: sin recursos legales para intervenir en la fijación de los precios y sin recursos económicos para "fijar" un precio-modelo al Ayuntamiento sólo le quedaba el recurso de presionar con su auctoritas a través del repeso, las amenazas y los informes.

El vizconde de Eza, buen conocedor del encarecimiento que se producía desde el productor al consumidor en esta materia básica, se mostró bastante enérgico buscando una rebaja del precio y, en definitiva obligar al gremio a suscribir un convenio regulador., y muy activo en los tres frentes. En este sentido pretendía marcar un nuevo hito en el dirigismo público sobre la industria como ya lo hiciera su antecesor Sánchez de Toca en 1907. El precio se había situado desde el verano del año anterior en 44 céntimos el kilo (el de familia) y en 23 la libreta de 500 gramos (10 céntimos los panecillos de 200 gramos y las piezas de francés y Viena). Merced a los acuerdos entre los obreros y el Sindicato de la Panadería del año anterior se había suprimido el reparto a domicilio, actividad que se venía criticando de años atrás tanto por los industriales -porque recargaba el precio según su opinión merced a la reventa del producto- como por los panaderos -les obligaba a ampliar su jornada con el reparto- y municipales -por el manoseo antihigiénico de las barras-. El público, que recibió la noticia con desagrado, opinaba que esta supresión sólo era aceptable si se dejaba notar en el precio, es decir, si éste se rebajaba. El alcalde, muy interesado a la postre en imponerse a los tahoneros, aprovechó la coyuntura para decretar "de estricta justicia que la economía resultante por la supresión del intermediario-repartidor, redunde íntegra en beneficio del consumidor". Para ello acordó el 11 de abril de 1914 una rebaja de cinco céntimos en kilo para las piezas de 200 gramos "ya sea candeal, francés o de Viena" y de cuatro para las libretas y el de barras, efectiva allí donde el pan se

fabricaba, es decir en las tahonas, no en los puestos comerciales⁴⁰.

Por supuesto, los tahoneros no bajaron el precio y el Concejo se mostró más imperativo. Luis Marichalar envió una circular (14 de abril) a sus tenientes de alcalde para que iniciasen un constante y diario repeso del pan y realizasen visitas de inspección a las tahonas, con la intención de multar y/o cerrar a las que incumpliesen las Ordenanzas, esto es, casi todas. Ordenes que se dejaron sentir en el ritmo de denuncias y decomisos, casi siempre limitados cada semana a un distrito e incluso (como en marzo) con épocas de lenidad absoluta (ninguna denuncia consta en ese mes). A partir de abril las cifras marean: más de 3.000 kilos decomisados alguna semana, unanimidad (casi siempre más de seis distritos afectados), más de cien y doscientas denuncias en algun caso, cuando la media no solía pasar de cincuenta. Esta persecución no terminará hasta julio y ya veremos el porqué. El contraste y el cambio de ritmo no pueden engañar a nadie: el repeso y el celo en las denuncias era muy flexible y dejaba un margen entre la tolerancia total -a cambio de una participación de la autoridad en la formación del precio- y la hostilidad permanente. Este camino fue el que eligió el nuevo alcalde presidente⁴¹.

Pese a las presiones, los panaderos se negaron a hablar de la baja, intentando incluso movilizar a la clase política y al Gobierno Dato contra el alcalde, cargo, como es sabido, siempre provisional y de apoyo débil durante la Restauración. Si se suscitaba un problema de orden público, el gobierno "idóneo" podía tener problemas, como ya los tuvieron los liberales en 1907⁴². Finalmente optaron por la amenaza de negarse a producir pan, empezando por el francés y el de Viena el día 29 de abril. Ya entonces hubo temores de motín y "sugerencias" en la prensa⁴³. El problema, sin embargo, y en principio, quedó aparcado, mientras dictaminaba sobre los problemas de la industria una Comisión informativa nombrada al efecto. Esta la formarían elementos de la industria y el comercio y representantes obreros y municipales, ajenos a los intereses en juego, y elaboraría un informe sobre la supuesta crisis del sector. Esta Comisión, presidida por José Alvarez Arranz, a la sazón teniente de alcalde, y que contaba con García Quejido como representante de la Casa del Pueblo, elaboró un

prolijo y muy completo informe, que se haría público el 18 de julio, cuando quien lo pidió, el alcalde, ya estaba con un pie fuera de la presidencia⁴⁴.

Este estudio de 1914 es sin duda el mejor de los que se hicieron al menos hasta después de la guerra. Para los componentes, que desconocían los entresijos de la industria panadera, las visitas a las tahonas produjeron "un efecto deplorable": falta de higiene, de espacio, de ventilación, operaciones "anticuadas", hornos "de construcción arcaica" de leña, en los que se mide la temperatura a mano. "De las fábricas sometidas a nuestro estudio, ninguna en realidad merece ese nombre", con producciones entre los 500 y los 1.100 kilos. La única con producción a gran escala ("la Romanones") se negó a ser estudiada por la Comisión. En definitiva, una industria empírica y de dimensiones liliputienses, lo que redundaba en lo que ya hemos venido advirtiendo. Desde esta perspectiva el estudio fijó los gastos y, en relación con los precios, los márgenes de beneficio. Las conclusiones no podían ser más contundentes: "por los datos recogidos y los estudios hechos resulta el precio de coste del pan candeal superior al de venta, no pudiendo asegurarse lo mismo respecto del pan francés"; el de Viena arrojaba grandes beneficios; que la industria no tendría grandes pérdidas si "estuviera bien instalada, bien organizada y bien dirigida" -es decir, fuese otra-; que el número de fábricas era excesivo, lo que mantenía su atraso y pérdidas, por tener la producción limitada; que al mantenimiento de esta situación de atraso y encarecimiento era el principal objetivo del Sindicato patronal existente -que como un auténtico gremio multiplicaba las entidades pero impedía la competencia paradójicamente y limitaba la producción-; que de esta situación eran cómplices los obreros panaderos, con sus contratos no menos gremiales -y a los que me refiero en otro capítulo-, que mantenían un exceso de mano de obra, y que realmente regían la producción del sector. En definitiva el problema fundamental era que "tanto el patrón como el obrero parece que aun viven en tiempos remotos...[aferrados] a añejos procedimientos o tradiciones"⁴⁵.

En cualquier caso, este informe -que no proponía ninguna solución perentoria, sino que informaba del "estado de la cuestión"- llegó tarde, cuando ya otro "añejo procedimiento" se encargó de dirimir

la cuestión. El gremio tahoneril, harto del granizo de multas y decomisos que les lanzaba el alcalde, dispuesto a no ceder en esta cuestión, decidió seguir por el mismo sendero que en 1907. El 28 de junio -domingo-, y de forma sorpresiva, deciden aumentar el precio de forma unánime en cuatro céntimos el kilo; osea a 48 las barras de ese peso, a 25 la libreta (50 el kilo), y a 12 los panecillos de 200 gramos (60) y las piezas de francés y Viena (a unos 84 el kilo estos últimos por lo bajo). La respuesta a tal actitud, consecuencia de un pleito que coleaba desde hacía tres meses, no se hizo esperar. Ya el domingo por la tarde grupos de mujeres en Latina comenzaron a recorrer las calles protestando. "Los vecinos de las casas por donde pasaban las protestantes asomábanse a las puertas y balcones y aplaudían la actitud de aquéllas, cuando no se les sumaban". En las tiendas "menudearon las protestas, consiguientes, que no llegaron á la violencia por no haberse logrado la compenetración que impulsa a las multitudes". El alcalde manifestó a la prensa que no podía hacer nada, dentro del orden legal, para atajar la subida, pero que "el problema del pan subsiste en Madrid por culpa del vecindario, que no ayuda á las autoridades. Si se contase con su concurso, sería el principio del fin del conflicto". La invitación a reiniciar el simbólico ritual estaba dada. Ya ese día algunas panaderías cerraron antes de tiempo⁴⁶.

El lunes, día de San Pedro y San Pablo, se inició el motín. Como en una procesión, las mujeres sacaron por la mañana el paso de la subida, llevándolo desde la plaza de la Cebada -donde estaba el mercado, fundamental foco de agitación- hasta la plaza de la Villa y la Puerta del Sol para protestar frente al Ayuntamiento y Gobernación⁴⁷. En el mercado es donde "la idea tomó cuerpo y se organizaron los primeros grupos". Los asaltos no fueron muy graves, porque la fuerza pública ya se había dispuesto de forma previsoramente, pero hubo apedreamientos de tahonas. Pero como en 1907 la mañana sólo fue un preludio. Fue por la tarde cuando comenzaron a organizarse grupos en los distintos distritos para dar "la batida". El objetivo el ya consabido: "que pusieran todos los tahoneros un cartel rebajando el precio del pan". Los establecimientos cerrados, donde se proferían insultos o agredía -con piedras, arrojando lejía, o a tiros, que casi nunca herían a nadie- a los "visitantes", o donde el dueño se negaba terminantemente a la rebaja, eran castigados con un asalto general, en el

que se requisaba el género, acabando éste por el suelo en muchos casos. Al que bajaba los precios o entregaba el pan se le aplaudía y conmutaba la pena. Cuanta mayor era la resistencia al asalto, mayor era el destrozo general del establecimiento. Abundaron las hogueras de enseres a la puerta de las panaderías (en Bravo Murillo 111 por ejemplo).

Esta "turba" de aspecto fiero e incontrolado, al grito de "¡Abajo el pan!", de mujeres y chiquillos, sin distinción de clases, ejerció una vez más una violencia muy selectiva y un espíritu festivo fuera de toda duda. Simpatizó y confraternizó con las tahonas "amigas", en Chamberí respetó a los puestos de venta, que no a las fábricas; en "La Ceres" (Bravo Murillo) se dedicó a una guerra de harina blanqueando transeúntes; en otra tahona de esa calle (en el número 16), pese a que se destruyó todo el interior, dos jaulas de canarios "fueron recogidas cuidadosamente y entregadas a la portera para que las devolviese al dueño", en otra más (Génova 21) se encontró un revólver, que se entregó a las autoridades. Estas, como tradicionalmente, vigilaron, interviniendo sólo cuando las cosas se ponían muy feas, por ejemplo en Cuatro Caminos por la noche, donde radicó casi toda su preocupación -allí fue la guardia civil a caballo-. Pese a todo las manifestaciones de protesta se iniciaron como habitualmente, en los barrios bajos, Latina concretamente, para luego correrse "a los barrios extremos"⁴⁸.

Si en algo se diferenció este motín del de siete años antes es que tuvo dimensiones mucho más amplias. Los incidentes se dieron en gran número en casi todos los distritos. Buenavista -donde los tranvías fueron detenidos y "adornados (...) con roscas y panecillos"-, la calle Goya, las panaderías de lujo de Serrano, -donde se desparramó el dinero por la calle- tampoco se salvaron, aunque hasta la noche no menudearon allí los incidentes⁴⁹. Los centenares de componentes de los grupos y manifestaciones ahora fueron millares, los heridos atendidos pasaron del medio centenar y en consecuencia al día siguiente del "lunes festivo" el Gobierno Dato decretó que la fiesta había terminado, sacando el ejército a la calle⁵⁰. El día 30 de hecho las tradicionales visitas de castigo a las tahonas remitieron; no tenían razón de ser porque de hecho el precio había retornado a su

guarismo original -incluso el día del motín hubo tahonas que, atemorizadas, pusieron el kilo a 40 céntimos, cifra a la que, por lo visto, se le atribuyó categoría de justiprecio-.

Sin embargo, la protesta continuó sin el objetivo original, con la intención aparente de abaratar las patatas -con el significativo lema de "¡Viva el alcalde y abajo las patatas!"-, los alquileres -corrió el rumor de una huelga de inquilinos- y las subsistencias en general⁵¹. Las autoridades, que consideraban que las algaradas ya no tenían "sentido", contestaron con un despliegue de fuerza pública que contrastó notablemente con la tolerancia y hasta desidia del día anterior. Las cargas y los choques con ejército y guardia civil se prodigaron y ya hubo incidentes de cierta consideración: un intento de asalto al cuartel de la guardia civil en las cercanías de la calle de Toledo, otro de entrar en la Fábrica de Tabacos para "ponerse al habla" con las cigarrerías, alborotos en la Plaza Mayor por el despojo de una pobre repartidora de pan y en la de la Cebada porque una joven fue herida en una carga y se la dió por muerta ("¡Pobrecilla! (...). ¡La han matado, cuando llevaba la comida a su padre!") , lo que casi costó el arrastre y linchamiento de los guardias allí presentes. Este día las agresiones ya estuvieron más diversificadas: por la noche se apedrearon en Cuatro Caminos y Bellas Vistas a varios comercios de ultramarinos "de los que más se distinguen en subir primero los precios" y, muy significativamente, esa misma noche y al día siguiente visitaron Gobernación representantes de los comerciantes -del Círculo de la Unión Mercantil y de algunas barriadas-, protestando por los incidentes y la falta de protección. De ésta, como era habitual, se hizo eco el parlamento. Si hemos de creer a las malas lenguas, "lo que verdaderamente disolvió grupos y manifestaciones fué la formidable tormenta que estalló cerca de las tres de la tarde"⁵².

Este cambio de cariz de un día para otro no pasó desapercibido para las autoridades ni tampoco para los análisis políticos, entre los que se encontraban los socialistas. La benevolencia hacia el motín fue mucho menor en general -incluidos los republicanos, que lo censuraron agriamente, así como a las autoridades, en el Ayuntamiento- que en 1907. Los socialistas -que celebraron un mitin al respecto el 30-, muy en su papel, explicaban este cambio de actitud -de la simpatía al recelo- porque

el motín se había dirigido contra la carestía de la vida -producto de una situación social y política insostenible-, adquiriendo un tinte sospechoso para las autoridades "por otras razones que á todos nos alcanzan". Sintomáticos fueron los análisis de Torralva Beci, que afirmaba que no se trataba de un vulgar motín del pan, ni de un hecho aislado: "han fruncido el ceño, porque el golpe no ha sido inconsciente, sino que ha ido claramente contra la santa propiedad (...), un tejido de hechos que el pueblo reproducirá (...); ayer conquistasteis la rebaja del pan; preparaos a conquistar mañana todo lo que os usurpa la clase explotadora"⁵³.

Dejando a un lado los deseos políticos inconfesables parece claro que el motín de 1914 no fue idéntico al de 1907, más que nada porque el clima político y social había cambiado y las perspectivas con las que se veían estos movimientos ya no eran las mismas. Entre ambas fechas se registraron protestas que superaban los límites tradicionales de las simplemente populares. La Semana Trágica de 1909, la minería vizcaína en 1910, la huelga general y los albañiles de Madrid en 1911, los ferroviarios en 1912, el textil en Barcelona en 1913, Río Tinto en 1913-14, matizaban la "simpatía" hacia las agitaciones de "los de abajo". Un "motín de corte" ya no era lo mismo siete años después. La agitación ya no se limitaba a los "barrios bajos", sino que se extendía a los suburbios, los barrios altos y el extrarradio. Pese a todo, la represión no arrojó más que heridos y contusionados como era habitual. La confianza en que las fuerzas de orden público y militares no iban a disparar sobre las masas en 1917 no nació de una ingenuidad socialista sino de un sentimiento generalizado y de una experiencia colectiva que el pueblo de Madrid -la ciudad más mimada por el orden público no se olvide- tenía. Que los incidentes más graves ocurriesen en Cuatro Caminos no sorprende tanto vistos los precedentes. 1917 tuvo sus padres.

Por otra parte, los socialistas ya habían salido del ghetto y ahora tenían un edificio sindical serio y respetable (desde 1908) y hasta conseguían diputados (desde 1910), negociaban con las izquierdas parlamentarias (desde 1909), hacían campañas "cívicas" ("Pan, Luz y Tranvías", tradúzcase "Cómo se roba a Madrid") y politizaban -no simplemente agitaban como Largo Caballero en 1907- dotando

de contenido algo que se suponía no tenía, pues era espontáneo. Además, una cosa era castigar a los tahoneros y otra muy distinta aplicar la justicia y los criterios del pueblo a todos los gremios de la ciudad, inocentes de la coyuntural subida.

Y es que el equilibrio de fuerzas había variado. Los socialistas empezaban a ser una fuerza política a tener en cuenta -al menos en Madrid- y su discurso podía ser un espejuelo tentador para las incautas multitudes a los ojos de las miradas más conservadoras. Además estaban dispuestos a ganarse el voto ciudadano -el del consumidor- en las elecciones municipales para acabar con el caciquismo gremial y esto convertía las casi folklóricas visitas a los tahoneros en tema susceptible de convertirse en un programa de cambio social y político o en un cuestionamiento concienzudo del sistema económico imperante. El estallido de la guerra en agosto de 1914, que amplió, multiplicó geométricamente y replanteó lo que de por sí y desde siempre había sido un problema local secular, abrió un campo pródigo para estas cuestiones. ¿Y si en lugar de un motín local sobreviniese una huelga nacional?.

NOTAS

1. Las negociaciones y la rebaja en El Imparcial, 11, 13 y 14 de enero de 1875. Corroborada por el Diario Oficial de Avisos de Madrid de 27 de enero. La subida no llegó hasta abril de 1876. Además de la rebaja, el día de la entrada del rey se repartieron pan y comida gratuita en grandes cantidades como era tradicional en los grandes festejos, fuesen o no regios.
2. En la voz "Pan" en la Enciclopedia Universal Ilustrada Euro-Americana Espasa-Calpe, Madrid, 1988 (orig. de 1920), tomo XLI, pp. 628-630.
3. Sobre estos temas el trabajo de Concepción de Castro: El pan de Madrid. El abasto de las ciudades españolas del Antiguo Régimen, Madrid, 1987. Sobre la doctrina del justiprecio, defendida por la Iglesia católica, y la tasa, cfr. pp. 69-79. La "colaboración" de la multitud al mantenimiento de esta "economía moral" no es una compleja teoría del marxismo thompsoniano sino que era conocida y alentada/tolerada por las autoridades y élites sociales y administrativas, incluidos los más partidarios de la liberalización ya en el siglo XVIII. Por ejemplo, al comerciante holandés Gray Winckel le parecía el corrector necesario del libre mercado, porque "si (...) trataran los comerciantes de acumular en exceso, los jornaleros, enterados, les harían sacar el grano", o a Campomanes las protestas populares le parecían poco peligrosas "si se dirigen contra los profesionales del comercio, quedando libres de responsabilidad los gobernantes". En ibid., p. 120. Información adicional en Juan I. GUTIERREZ NIETO "Abastecimiento de Madrid en la Edad Moderna", en VVAA., Visión histórica de Madrid (Siglos XVI al XX), Madrid, 1991, pp. 143-160.
4. Sobre esta decadencia puede verse amén de los citados, Pedro CARASA SOTO, "Los pósitos en España en el siglo XIX", Investigaciones Históricas, 4 (1982), pp. 249-304, y C. de CASTRO, "El pósito de Madrid: evolución y crisis", Madrid en la sociedad..., vol. II, pp. 229-243. El privilegio de la alhóndiga como punto de venta exclusivo desapareció en 1806. Además del motín de Esquilache hay algún otro como el de 1699. Ninguno de ambos motines son estrictamente de "subsistencias", sino "políticos" o "de corte", bastante complejos, como han señalado entre otros T. EGIDO, CORONA BARATECH, L. RODRIGUEZ DIAZ o J. SOUBEYROUX para Madrid. Bajo nuestro punto de vista, en una ciudad cortesana como ésta, esta diferenciación pierde sentido -en el caso de tenerlo para otros lugares- por cuanto cualquier protesta que sobrepase el simple alboroto supone un evidente reto a la autoridad política. Lo auténticamente significativo es que fueran tan escasos y se produjeran en contextos de crisis políticas, pues no siempre que había problemas de abastos estallaban.
5. Los vaivenes y pugnas en el abastecimiento del pan en Antonio FERNANDEZ, El abastecimiento de Madrid en el reinado de Isabel II, Madrid, 1971, pp. 61-81. De aquí lo de que Madrid es una "ciudad cara", p. 166. El contexto general de la agricultura en que se desenvolvían los problemas madrileños muy claramente explicado en Gonzalo ANES, Las disposiciones legales sobre comercio interior y exterior: el abastecimiento de Madrid durante la primera mitad del siglo XIX, Madrid, Ciclo de Conferencias sobre Madrid en el siglo XIX, 1982. Este es quien explica que hubiese precios altos con cosechas abundantes, por ejemplo en 1854, por coyunturas exteriores que fomentaban la exportación -guerra de Crimea-, p. 19. Las crisis del abastecimiento suelen coincidir con las agrarias que ya marcara Nicolás Sánchez Albornoz para toda España y A. FERNANDEZ, "La crisis de subsistencias...", cit., para Madrid. Otros aspectos del consumo de la ciudad en Pedro VILLA MINGUEZ, "Precios alimentarios y nivel de vida en Madrid (1851-1890)", Madrid en la sociedad..., vol. II, pp. 267-288.
6. En este sentido el pueblo de Madrid cumplió a rajatabla las instrucciones de Campomanes. "La expresión tahonero significa, en el sentido vulgar, cierta bageza, ó una industria poco noble...¿Y son justas calificaciones tan duras, producto tan solo de las preocupaciones del pueblo, de las cuales acaso participan también aun las Autoridades? No." (el segundo subr. es mío). Así reivindicaba al gremio

Manuel ARENZANA en su Libro del pan o reforma de la panadería en Madrid, Madrid, 1849, p. 6. También dirá que los mozos son "poco limpios, ebrios, gastadores e ignorantes", partidarios de la camorra y el absentismo laboral por sorpresa y poco integrados socialmente. ya veremos hasta que punto esta aureola siguió acompañando al gremio en el siglo XX, en el apartado sobre los obreros panaderos. En general defiende a los tahoneros del peso sustraído -por deficiencias técnicas- y de sus posiciones tan sensibilizadas ante las alzas de precios: sus márgenes de beneficio eran tan pequeños que cualquier subida del trigo podía arruinarlos en muy poco tiempo -sobre todo a los de los arrabales- beneficiándose los más poderosos cuando se mantenía el precio bajo con pérdidas (pp. 13, 27, 32, etc.).

7. Otros medios menos explícitos de combatir las alzas de precios eran las amenazas o los alborotos en tiendas y mercados, el matute evitando los derechos de puertas (también con altercados en muchos casos) o las denuncias y escándalos por robo en el peso o fraude alimentario, algo muy habitual. Cfr. A. BAHAMONDE y J. TORO, "El fraude alimentario en el Madrid del siglo XIX", estudio preliminar a Enrique SERRANO FATIGATI, "Alimentos adulterados y defunciones. Apuntes para el estudio de la vida obrera en España (1883)" (selección), Estudios de Historia Social, 15 (x-xii-1980), pp. 285-303.

8. Este repunte puede relacionarse con la oleada de motines de 1898, que algunos contemporáneos no relacionaban con el Desastre, sino con los problemas económicos endémicos de la nación, entre los que se encontraba el de las subsistencias, que no lograban abaratare de forma permanente y satisfactoria. Cfr. [León VELA y Leoncio RODRIGUEZ], La cuestión de subsistencias y los problemas monetario y financiero en España, Madrid, 1898. Sabido es que la ortodoxia económica durante todo el siglo XIX abogaba por mantener baratos los precios de los productos básicos, no sólo por el ahorro en orden público, sino sobre todo porque permitían mantener salarios mínimos, con ellos la acumulación del capital y la dinámica del crecimiento y el progreso tal y como se concebían en la era presindical y prekeynesiana.

9. La evolución del sector agrario y, concretamente, de los precios y balanza comercial del trigo en España en Ramón GARRABOU y Jesús SANZ FERNANDEZ (eds.), Historia agraria de la España Contemporánea, Vol. II. Expansión y crisis (1850-1900), Barcelona, 1985, especialmente en el trabajo del Grupo de Estudios de Historia Rural, "Los precios del trigo y de la cebada, 1874-1906", pp. 321-368. La cita en R. GARRABOU, C. BARCIELA y J.I. JIMENEZ BLANCO (eds.), ibid., Vol. III, El fin de la agricultura tradicional (1900-1936), Barcelona, 1986, p. 43. Los precios del pan en Madrid en Pedro VILLA, "El precio del pan en la Restauración. 1875-1931", La sociedad madrileña..., vol. I, pp. 479-487. Entre 1898 y 1900 el precio del pan subió cinco céntimos, pero repartida la subida en tres años.

10. Los progresos de la democracia electoral fueron bastante rápidos en Madrid. Cfr. J. TUSELL, Sociología electoral de Madrid. 1903-1931, Madrid, 1969; y A. BAHAMONDE, A. FERNANDEZ y J. A. MARTINEZ MARTIN, "La evolución política de Madrid, 1900-1939", Historia de Madrid, (A. Fernandez, dir.), Madrid, 1993, pp. 603-622.

11. La cita en A. BAHAMONDE, A. FERNANDEZ y J. A. MARTINEZ MARTIN, "La evolución política de Madrid...", p. 606. Ahí se apunta la fecha de 1910 como significativa para el cambio de rumbo municipal, aunque nosotros apuntamos el bienio 1907-8, más significativo desde el punto de vista de la discusión de las subsistencias. Tristemente carecemos aún de una descripción minuciosa del funcionamiento de los abastos en la ciudad en el vasto período de la Restauración. Se ha prestado alguna atención precisamente al momento en que éste entra en crisis y es puesto en solfa, es decir durante la Guerra Mundial, cfr. María Teresa VICENTE ZABALA y Antonio FONTECHA PEDRAZA, "Abastecimientos en Madrid, 1914-1925", La sociedad madrileña..., vol. I, pp. 489-502, pero no a las líneas maestras del sistema. En paralelo a esto, otro flanco muy débil en la historia de la ciudad es la de el concejo y sus problemas durante estos años, la representación de intereses

creados que convivían, los debates municipales y los nuevos programas de las fuerzas de oposición. Esta pequeña política no carece de interés por su cercanía al pueblo de Madrid y a sus reacciones y es fundamental en lo que aquí nos ocupa. Aunque aquí se apuntan bastantes cosas en relación al tema que nos ocupa, es claro que un estudio en profundidad de ambas cuestiones sigue siendo imperativo. Para el funcionamiento general del caciquismo y amiguismo cfr. José VARELA ORTEGA, Los amigos políticos. Partidos, elecciones y caciquismo en la Restauración (1875-1900), Madrid, 1977.

12. Las normas de 1892, base de todos los anexos posteriores, pueden verse en Ayuntamiento de Madrid, Ordenanzas municipales de la villa de Madrid, Madrid, 1909, Tercera edición, pp. 46-51. La importancia de este capítulo es mayor de lo que podemos pensar en la actualidad. Fue aprobado por el Gobierno Civil, bajo consignas de Gobernación, desglosado del resto de las ordenanzas, *ibid.*, pp. 3-4. No podemos asegurar que estas nuevas Ordenanzas que se aprobaron en 1892 también dependiesen de una "iniciativa popular" como ocurrirá con muchas de sus sucesoras, pues se encuentra un poco lejos de nuestros rastreos. Sólo sabemos que el 2 de julio de 1892 hubo otro motín generalizado, iniciado en la plaza de la Cebada por las verduleras contra unos nuevos impuestos -que por cierto hubieron de abolirse en una típica retractación que tanto va a repetirse en nuestra historia-, y extendido a las pedreas, los balcones donde se presenciaba y aplaudía la fiesta, los tranvías paralizados, los distritos del sur movilizándose en puntos neurálgicos -plaza de San Miguel, plaza del Progreso, Plaza Mayor y de la Villa, Fábrica de Tabacos, Olavide, etc.)- y la relativa lenidad de las fuerzas de orden público, que van a acompañarnos insistentemente en estas páginas. Un testimonio de este motín por quienes lo reprimieron -o hicieron lo que pudieron- en SHM, Sección AGM, 2a-4a, Leg. 171 ("Motines, Letras L a M"). El balance militar fue de 23 heridos propios (18 leves, 4 reservados y uno grave) y sólo siete detenidos.

13. Ayuntamiento de Madrid, Ordenanzas municipales de la villa de Madrid, Madrid, 1919, Cuarta Edición, "Apéndice Cuarto" al C. III (en realidad una sustitución total), pp. 213-218. De creer a comisiones posteriores el art. 229 "fué desobedecido desde el mismo instante en que quedó dictado", Ayuntamiento de Madrid, Dictamen de la comisión especial ... sobre solución del abastecimiento del pan en Madrid, Madrid, 1918, p. 5.

14. Si existió un regeneracionismo higienista o social en Madrid tras el Desastre, el doctor César CHICOTE fue uno de sus representantes más eximios. Esta personalidad, recordada con cariño incluso por Barea en La forja (su madre lavaba la ropa del Laboratorio y su hermana sirvió en su casa), había adquirido una gran popularidad por su tarea al frente del Laboratorio Químico Municipal de San Sebastián durante la última década del siglo XIX y por un libro fundamental, Alimentos y bebidas. Investigación de sus alteraciones y falsificaciones, publicado en 1894 y que hubo de reeditarse y ampliarse en 1897, y al que probablemente debió su nuevo cargo. El fraude principal del pan eran la falta de peso y el exceso de agua, pp. 528-542. Este, probablemente el mayor especialista de España en fraude alimentario de principios de siglo, amplió su campo de mira en los años diez a otros asuntos como la vivienda y la tasa del pan de la que fue ardiente partidario. Cfr. su opúsculo El pan de lujo y el pan alimenticio, Madrid, 1918: "contrariamente á lo que dispone el art. 224 de las Ordenanzas municipales, la fabricación y venta del pan debe estar sujeta á tasa y postura, y, por tanto, ni puede ser libre ni es lícito á los fabricantes el aspirar sino á un beneficio muy reducido con relación al que arroje la explotación de otras industrias, no tan íntimamente ligadas con la vida del hombre", p. 7 (el subr. es mío). El historial del Laboratorio puede seguirse en Ayuntamiento de Madrid, Antecedentes relacionados con la inspección de alimentos, Madrid, 1923. El reglamento que lo refundaba en *ibid.*, Reglamentos municipales, Madrid, 1917, pp. 697-704. La reorganización terminó hacia 1912. Sus tareas a partir de entonces en Resumen de los trabajos efectuados durante los años 1913 y 1914 [y ss.], Madrid, 1915 y ss..

15. Ambos, el proyecto y la memoria del arquitecto Pablo Aranda (julio y septiembre de 1904) en Ayuntamiento de Madrid, Antecedentes relativos al estudio de la elaboración, venta y regulación del pan, Madrid, 1917, pp. 3-9. Existía ya un horno público para el autoconsumo, el del Hospicio de

Madrid.

16. El texto de la exposición y el decreto de marzo de 1905 en su obra Las subsistencias en Madrid. Bosquejo acerca de este tema, Madrid, 1912, pp. 529-532. Miguel Melgosa ya había escrito otras obras sobre el particular como Los consumos en Madrid, Madrid, 1892. Las iniciativas municipales no se limitaron por supuesto al pan, sino también a otros alimentos, como la carne, barajándose también un proyecto de tabajería reguladora y de reorganización y reforma del vetusto matadero. Cfr. Ayuntamiento de Madrid, Antecedentes relativos al estudio... del abasto de carnes a Madrid, Madrid, 1915.

17. El dato en M. MELGOSA, Las subsistencias..., p. 180.

18. Los datos, suministrados a la prensa por Navarro Reverter, autor de la subida arancelaria, y que había retornado a ocupar la cartera de Hacienda en el Gobierno Vega de Armijo de diciembre de 1906 precisamente, en "La subida del pan", El País, 20-i-1907. Para el ministro era inconcebible se subiese el pan porque los trigos estaban más baratos entonces que en 1905, con el pan al mismo precio.

19. La coyuntura del momento en Melchor FERNANDEZ ALMAGRO, Historia del reinado de Alfonso XIII, Barcelona, 1977 (orig. de 1933), pp. 88-90.

20. Enrique López Balboa, presidente de "La Unica", principal asociación del gremio de comestibles, ofrecía al municipio el apoyo de los tenderos para que se vendiese el pan barato, mientras el caro se expendería en las panaderías y tahonas del Sindicato, en carta pública ("Para una alusión"), al diario El País, 20-i-1907. Para compensar a los panaderos se permitió en marzo de 1907 por acuerdo municipal que en los despachos de pan se vendiesen otros productos (leche, vinagre). Cfr. Ordenanzas... 1919, pp. 218-219.

21. El pan en Valladolid se vendía a 35 céntimos el kilo.

22. Estas "Coplas del lunes" son de Gil Parrado, ABC, 21-i-1907, p. 2. Aparecieron el mismo día del motín. Ya se ve que el principio del "mercado" tenía muchos críticos de distinto pelaje. Es una muestra más del unánime apoyo moral que el tumulto va a tener. En ABC se usaban epítetos similares a los de la prensa socialista o republicana sobre la subida: "abuso"; se sube el precio "porque así les viene en gana"; el "comercio de mala fe que envenena a Madrid; muchos quieren una "corrección" y un "castigo" para éste (el 19, p. 1). "Por casualidad no se tuvo noticia de algún motín con muertos y heridos. Otro día será"; espectáculo -el de la subida- "bochornoso" (el 20, pp. 2 y 3).

23. Del miedo a las mujeres amotinadas baste decir que uno de los puestos de venta del pan "municipal" se situaba ¡en la Fábrica de Tabacos!. Conocida era la tendencia de las cigarreras - muchas, concentradas y de pésima reputación moral, de "armas tomar", que diría un castizo- a las algaradas, por lo que no estaba de más que comprasen el pan barato por la mañana y entrasen calmadas al trabajo.

24. Las citas entrecomilladas en "Tahonas asaltadas", El País, 22-i-1907. ABC cuenta que incluso el dueño y dependientes de la tahona quemada -a la cual fotografió por cierto en la p. 1 de su número del 22-i-1907- fueron detenidos. Según este diario los grupos se reunieron en los distritos del Sur "como si obedecieran a una consigna", primero las mujeres, luego los vecinos y siempre "los mozalbetes" (22-i-1907, "El motín de ayer", pp. 4 y 5).

25. Este último dato lo cuenta ABC (21-ii-1907, p. 5).

26. Que el objetivo al subir el pan ocho céntimos era el regatear y lograr una subida de cuatro lo atestigua un tahonero en "Los fabricantes insisten", El País, 25-i-1907. Al parecer el precio del trigo y la harina sólo eran una pantalla de la razón principal: lo estricto que era el alcalde Alberto Aguilera,

conocido como el "padre de los pobres", con los repesos, que impedía el ahorro habitual en el gremio de 200 gramos por kilo. Esta presión además aumentaba el dinero que pagaban los panaderos en concepto de multas, juicios de faltas, secuestros de pan y "como al que no es tacaño suele guardársele mucha consideración en todas partes y la fiscalización municipal no pasa día sin que ponga á las puertas de la justicia municipal á algunos compañeros descuidados, pesa sobre el tahonero un grave capítulo de gastos, el de los regalos y donativos para abreviar trámites" (astillas, sobornos, clientelismo).

27. La sesión parlamentaria es narrada por ABC y El País casi con idénticas palabras en los días 22 y 23.

28. "El derecho a la vida", El País, 22-i-1907.

29. En el informe, aprobado por esta asociación, de Pedro MIGUEL ESCUDERO, El problema del pan en Madrid, Madrid, 1909, p. 6. Esta entidad, amén de marcadamente proteccionista, tenía entonces de presidente a Luis Marichalar y Monreal, vizconde de Eza, luego alcalde de Madrid y derribado de ese puesto precisamente por la cuestión del pan, como se verá, y ante la hostilidad de los tahoneros.

30. Cfr. La forja..., cit., pp. 88-89.

31. Sobre las debilidades del orden público -en puridad orden militar- cfr. Manuel BALLBE, Orden público y militarismo en la España constitucional (1812-1983), Madrid, 1983. Este tema de la tolerancia oficial y del público "neutral" -que solía dedicarse a hacer corros, aplaudir, cuando no a alegrarse de forma más o menos evidente- en Madrid a este tipo de motines se repetía constantemente y constantemente había interpelaciones en las Cortes con el mismo motivo. Ahora bien, esto no les convirtió en "cuestiones de régimen" durante la monarquía y hubo muchos. Con la República, al parecer todo cambió, desacreditándose las instituciones de forma irreparable por uno solo -el anticlerical de mayo de 1931- si tenemos que creer a los historiadores. La indiferencia, cuando no el aplauso popular, al fuego expiatorio lo veremos de nuevo en acción con los tranvías. Y aparece relatado -entre la sorpresa y la consternación-, aún en las crónicas más truculentas de los sucesos del mayo republicano en Madrid. Cfr. Julio ROMANO y José MONTERO, El incendio de los conventos: dos días de sangre y fuego. Crónica de la Revolución, Madrid?, 1931; y Escritores Reunidos, España en llamas, Madrid, 193-. Lo que cambió la perspectiva sobre los motines del 31 -como sobre los de 1919- fue la coyuntura socio-política en que estaba inmersa la ciudad, pero la lenidad republicana no seguía más que una estela ancestral, no era el síntoma de un gobierno complaciente ante el desorden ni un error de Estado como se ha pretendido.

32. En El País es donde se bautizó a los amotinados muy certeramente como "La "turbamulta" reguladora" (23-i-1907), lema que hemos utilizado -con permiso de Roberto Castrovido- en el título.

33. Estas bases del convenio se encuentran en las ediciones de Ordenanzas y reglamentos municipales, y también en Ayuntamiento de Madrid, Disposiciones relativas a la elaboración y venta de pan y regulación de su precio, Madrid, 1913, pp. 9-12.

34. Véase ibid., pp. 12-20. En enero/mayo de 1908 se permitieron también las piezas de 1.500 gramos reguladas.

35. Ordenanzas...1919, pp. 223-229 y Reglamentos..., 1917, pp. 858-864. La Junta Consultiva de 1912, segundo escalón hacia la Junta Reguladora de 1916, estaba formada por Doroteo Cepeda y Pedro Fernández Argüello (Sindicato de la Panadería); Remigio Sánchez Covisa ("La Campiña Triguera" y la "Nueva Panera Industrial", nuevas sociedades anónimas); Juan José Romero (el gerente de la "Compañía Madrileña de Panificación"); Antonio Fernández y Vicente Torres Llorente

(fabricantes de harinas, el primero de "La Fama"); Eladio Illera y Jesús Cánovas del Castillo (los trigueros castellanos; el segundo de Agricultores de España); César Chicote y Emilio Colomina (técnicos municipales; el primero por el Laboratorio, el segundo ingeniero industrial); Mariano Martín (de la Asociación de la Prensa de Madrid); y Manuel Pastor y Domingo Zapata (de la Junta local de Reformas Sociales y ambos de la Casa del Pueblo). Toda una representación corporativa, aún sin poder efectivo. Las actas de las Juntas Consultivas que se sucedieron en este tema de 1907 a 1921 se hallan en AVS, 26-274-3.

36. El primero es popular (recogido en "Se busca la inmunidad para el robo", El Socialista, 11-iv-1913). Aunque el segundo poema tiene autoría, Figarito para El Socialista (2-viii-1913), y título ("El día del juicio final") está en la vena de la poesía justiciera quevedesca y las mejores tradiciones populares. Su efecto humorístico se pierde en parte en nuestra transcripción de un fragmento. Forma parte de un macabro desfile fantástico el día del Juicio ante el Tribunal celestial, en el que el lector va viendo como los hipotéticos condenados exponen sus delitos. Por él pasan Maura, Cierva, el torero Bombita, el bandolero Pancha Ampla, el criminal capitán Sánchez. Todos son perdonados por la magnanimidad del Supremo. Tras tal retahíla por fin se presenta el anónimo tahonero y resulta el único condenado. ¡Absolver a uno de su especie ya era demasiado!. Estas poesías, chistes y epigramas eran abundantísimos en la prensa madrileña y esto no es más que una pálida muestra.

37. La primera cita es de M. MELGOSA, Las subsistencias..., p. 532. La segunda de Pedro MIGUEL ESCUDERO, El problema del pan..., pp. 8-9. Por supuesto que los criterios de ambos trabajos son sin embargo opuestos. El primero aboga por la supresión de aranceles, decisivo para conseguir trigo barato, y el segundo por la reforma de las tarifas ferroviarias, el precio regulador y una cooperativa agro-panadera que evitara los intermediarios. Esta segunda propuesta era idéntica para el caso de la carne en Asociación General de Ganaderos, El problema de las subsistencias, Madrid, 1910, también marcadamente proteccionista. El ataque al intermediario y a los caros y mal organizados transportes -que aumentará y con mucho durante la guerra mundial-así como el sueño cooperativista en los abastos era compartido por liberales y conservadores, y aún por socialistas. Antes de la guerra proliferaron este tipo de análisis desde la alcaldía de Madrid. Cfr. José FRANCOS RODRIGUEZ, Abastecimiento de subsistencias en Madrid, Madrid, 1910, Las subsistencias. Carnes y demás alimentos..., Madrid, [1916?]; Vizconde de EZA, La tahona reguladora agrícola, Madrid, 1914; Joaquín SANCHEZ DE TOCA, Instancia... con las bases para formar una cooperativa de abasto de carnes, Madrid, 1912; Joaquín RUIZ JIMENEZ, Instancia... regularizando el servicio de abasto de carnes de Madrid, Madrid, 1912; Ayuntamiento de Madrid, Bases aprobadas... para la municipalización del servicio de abasto de carnes a Madrid, Madrid, 1912.

38. El Sindicato de la Panadería fue el aglutinante de los dos primeros congresos nacionales del sector (1909 y 1910), que constituyeron el Sindicato Nacional del ramo -con un órgano propio, El Panadero Español-, y donde se pedían rebajas en aranceles, tarifas ferroviarias y libertad en el peso. Cfr. M. MELGOSA, Las subsistencias..., pp. 547-554.

39. Ayuntamiento de Madrid, Antecedentes relativos..., 1917, p. 28. El subr. es mfo. Sobre el contrato de 1913 que enfrentó a los obreros panaderos entre sí y dificultaba las "campañas cívicas" de los socialistas, véase más adelante en el capítulo sobre las Artes Blancas.

40. Boletín del Ayuntamiento de Madrid (BAM), 13-iv-1914, p. 342.

41. La circular a las tenencias de alcaldía en BAM, 20-iv-1914, p. 366. El cambio de ritmo es perfectamente visible en los datos que arrojaba el Boletín semanalmente de denuncias por infracciones en la venta y fabricación del pan y los decomisos de pan falto o mal cocido.

42. El alcalde conservador recibió el apoyo entusiasta de los socialistas: "el alcalde ha tomado la cosa en serio. Se hacen todos los días repesos verdad. Se imponen multas verdad", en "El alcalde de

Madrid en peligro. Por perseguir el fraude en el pan", ES, 24-iv-1914. Finalmente el vaticinio se cumpliría tres meses después.

43. Entre otras, el breve recuerdo que introdujo El Socialista en su primera página el día 30 de abril: "En 1906 [por 1907] unos cuantos honrados y dignos ciudadanos chamuscaron varias tahonas y el pan se abarató".

44. Amén de los citados formaban esta comisión, Antonio G. Escobar, Pedro Díez González, Antonio Gómez Vallejo y Ramón Asensio Bourgón, representando al Círculo de la Unión Mercantil, a las Cámaras de Comercio e Industria y a la Escuela de Comercio (con el papel de contable), y José Sánchez Anido, como concejal. El resultado de dicha Comisión, con un amplio apéndice estadístico, en Ayuntamiento de Madrid, Dictamen de la Comisión investigadora del precio del pan, Madrid, 1914. También puede verse en AVS, 19-8-12.

45. En ibid., p. 13, las conclusiones en pp. 15-16.

46. En "El atraco de ayer" ES, 29-vi-1914. El subrayado es mío. Ese párrafo demuestra la conciencia de los contemporáneos de que la masa no se comportaba a la desbandada y sin falta de organización, y que ésta era necesaria para que actuase. Sobre el alcalde, vizconde de Eza, un ilustre conservador y defensor de la propiedad, es curioso observar como era alabado y después añorado por su energía y maneras antitahoneriles por los socialistas y sin embargo era abiertamente ridiculizado desde las páginas de ABC.

47. La descripción más prolija de este proceso en ABC, 30-vi-1914, pp. 4-6 (con fotos). Según este diario, confluyeron dos manifestaciones frente a la Casa de la Villa: una de la Cebada y otra que venía de Delicias y que se había dedicado a apedrear tahonas en el camino. Las mujeres rogaron del alcalde consiguiera la bajada, por ser "nuestro protector, antes de que tiremos por la calle de en medio". Luego el grueso se dirigió a Gobernación, pero un grupo de "mozalbetes" logró dispersar el grupo. Varias "brigadas" cayeron sobre las tahonas de Espejo y Herradores comenzando la "batida".

48. El incidente de los pájaros en "Lección merecida. El pueblo y los tahoneros", ES, 30-vi-1914. Los robos de recaudación se debieron a los rateros que aprovechaban estos tumultos, varios de los cuales fueron detenidos. Ya en 1907 el distrito de Universidad había preocupado por la noche; ahora se movió mucho antes, a partir de las cuatro de la tarde (ABC, 30-vi-1914, pp. 6-8), cuando una mujer izó una bandera negra con un lazo rojo en el mástil con los lemas "Misericordia. Distrito de Universidad" y "Que baje el precio del pan". El juego de las banderas fue muy variado, usándose la roja "en cuya lanza había sido colocado gran número de roscas" apresadas, o la española "con un panecillo en el palo". Los transeúntes por lo general llevaban todos panecillos ensartados en la punta de los garrotes como banderas capturadas al enemigo. Las últimas comillas son de ABC, ibid., p. 7. A última hora de la tarde la Guardia Civil a caballo tuvo que rondar Cuatro Caminos.

49. En ABC, ibid., p. 7.

50. Siempre de forma bastante moderada. El día 29 de junio se había apercibido -desde el ministerio de Guerra- para intervenir a dos escuadrones de caballería del cuartel de Conde Duque y estuvieron preparados toda la noche. Pero al final se desistió de su empleo por la Dirección General de Seguridad que lo notificó el 1 de julio por la tarde, ratificándolo el ministerio el día 2. Cfr. los telegramas en SHM, Secc. AGM, 2a-4a, leg. 171.

51. De hecho se produjeron derribos de serones de patatas en los mercados de San Ildefonso y San Antón, las calles de la Ruda y Toledo quedaron sembradas de tubérculos y hortalizas, mientras se formaban constantes corrillos en las puertas de las casas de los barrios bajos.

52. Las citas en "El día de ayer", ES, 1-vii-1914. La última es de ABC, 1-vii-1914, p. 6. En el incidente del mercado de la Cebada, el periódico socialista, nada sospechoso de antipatías hacia estos movimientos, habló abiertamente de "fantasía popular". El incidente lo cuenta ABC de un modo muy similar, aún opinando que lo que salvó a los pobres guardias fue la "granizada" que se desató. En Congreso y Senado fue interpelado José Sánchez Guerra, ministro de Gobernación, que explicó la lenidad como consecuencia de la falta de efectivos, lo mal pagados que estaban -lo que explicaba su simpatía hacia el movimiento-, y a que la represión se habría extendido a toda la población, pues "¿no se vió que todas las clases sociales tomaron parte en la protesta; aplaudir señoras de alta posición desde los balcones de sus casas; alentar en la calle los caballeros á los que manifestaban un estado de ánimo de todo el vecindario de Madrid?". En el Senado (el señor Ortueta) se dijo francamente "que parece que las autoridades estaban en complicidad con el público". En ibid., "La cuestión en el Parlamento". El 1 de julio aún hubo algunos incidentes en Guindalera, Prosperidad y Puente de Vallecas, suburbios a los que la onda rebelde llegó con más retraso. Al fin y al cabo sus mujeres tenían que "ir a Madrid" si querían hacerse oír.

53. La primera cita en "No hay contradicción", ES, 1-vii-1914. Lo segundo en ibid., "La Casa del Pueblo se hace solidaria de la protesta". Besteiro recordó para la ocasión que la Revolución francesa había comenzado en las tahonas. En la portada del ejemplar del 2 de julio con el título "Hostigado por el hambre" aparecía la imagen del Oso de Madrid famélico y rabioso dentro de una jaula. Para que no quepa duda en sus ancas aparece grabado el escudo y la palabra "Madrid". Rabioso, acaba de romper su atadura al Madroño cercano y de hincar el diente a una hogaza de pan. En unos ganchos cercanos, donde el pan pendía, esperan las "subsistencias" -un jamón- y los "alquileres" -una casa- su turno para ser devoradas. Fuera del recinto contemplan los capitalistas el espectáculo asustados. Debajo reza el lema "¡Al fin se desató!".

IV. JUSTICIA DE ARRIBA Y DE ABAJO. LA TASA Y LA HUELGA GENERAL: 1914-1917

IV.1. Las subidas de los precios y su deslegitimación

Entre los varios efectos que la guerra mundial provocó en un país neutral como España uno de los más importantes fue el crecimiento geométrico de los precios y la entrada del país en un proceso inflacionista, prácticamente inédito hasta entonces en la sociedad decimonónica. Si las alzas de precios afectaban al delicado capítulo de las subsistencias y artículos de primera necesidad podían convertirse en un medio muy eficaz de alteración del orden público y canalización del conflicto social. Si este problema ya había preocupado al Gobierno antes de la guerra mucho más tenía que hacerlo con las tensiones que ésta procuró desde muy temprano.

No nos corresponde aquí determinar el carácter y causas de este proceso inflacionista iniciado en 1914, algo suficientemente comentado por la historia económica, pero sí nos interesa recoger alguno de sus aspectos, interesantes para lo que aquí se relata¹. Este fenómeno alcista fue universal, en el sentido de que repercutió sobre los bolsillos no sólo de los más humildes, sino también de los obreros cualificados y de las "clases medias". Además fue de carácter general, afectando a todo el Estado, lo que permitía una más fuerte conciencia de que el problema era colectivo y permanente, superando el ámbito local y comarcal y el carácter coyuntural que otros problemas de subsistencias o alzas de precios habían tenido en el pasado. Esto le aportaba unos rasgos como vehículo para una protesta de dimensiones insospechadas que superara el carácter parcial y local que los motines tradicionales solían tener. Y, desde el punto de vista socialista, para que la clase obrera tomase conciencia de sí y de su unidad intrínseca de intereses a lo largo y ancho del Estado. Madrid podía, de cumplirse tal presupuesto, integrar una protesta como capital y no como ciudad, como habían sido los motines de 1907 y 1914.

En paralelo a esto, el alza de precios no sólo fue lo suficientemente espectacular como para

vehicular una protesta de tales dimensiones sino que recorrió toda la escala de la producción, incluidos los géneros de comer, beber y arder más fundamentales, alterandose principios económicos casi seculares. Un ejemplo sintomático lo ofrece el trigo, producto cuyo precio era siempre especialmente vigilado como sabemos, y que más que se dobló entre 1915 a 1920 con respecto a los años anteriores. Las patatas triplicaron. Esta escalada, que continuó en la inmediata postguerra, sólo remitió a partir de 1921-22. Pero los precios antiguos nunca volvieron, la economía del siglo XX había irrumpido y la inflación comenzaría a ser su protagonista².

En lo que a los precios al por menor se refiere, en la plaza de Madrid los datos no pueden ser más elocuentes. Entre 1914 y 1922 el pan subió un 59 por 100 -subida muy por debajo de la real gracias a las "subvenciones"-³, las patatas -que era lo más barato- hasta 1924 más del 100 por 100, la carne en su conjunto también más del 100 por 100 en 1921-22, y lo mismo con la leche, el bacalao, etc. No fueron raros los precios que doblaron. Si aceptamos las medias barajadas, los artículos de mayor consumo aumentaron su precio en conjunto en casi un 90 por ciento entre 1914 y 1920, manteniéndose en esos niveles hasta la Dictadura. Su presión sobre los salarios reales de los trabajadores madrileños, que, a partir sobre todo de 1919, intentaron darles alcance, es difícilmente mensurable, pero por los datos que se tienen, supusieron una merma importante de su poder adquisitivo hacia 1919-21, aunque el balance final de la década 1914-25 sea ligeramente positivo para la masa salarial. Ahora bien, incluyendo gastos como la vivienda, podríamos concluir que en 1923 el obrero madrileño no era mucho más rico que en 1913, aunque había sorteado con eficiencia la amenaza de la depauperación, en un contexto nada favorable, con una importante inmigración que presionaba a la baja el precio de la mano de obra -las pérdidas de nivel de vida en el campo parece que fueron mucho más graves-. Ahora bien, la transformación cualitativa de los modos de lucha y del comportamiento político que necesitó para contrarrestar esta situación fue bajo mi opinión mucho más importante y honda que la situación en sí⁴.

Tan importante como la amenaza real que suponía para los ciudadanos esta subida de precios fue

la política teórica adoptada por el Estado para contrarrestarla. Esta preocupación fue baldía en toda la extensión de la palabra e impotente para contener tales subidas y hasta podría discutirse que existiese una voluntad real y/o auténticas posibilidades de llevar a la práctica tales inquietudes. Es claro que para todo tipo de oposición al régimen no había tal voluntad. Pero para nuestro análisis es fundamental recordar que esta preocupación -buena o mala, real o falsa- existió, se legisló al respecto, el Estado se consideró impelido a intervenir en la economía y en los precios, y con derecho a ello, y sobre todo a los ojos de los ciudadanos -incluida la oposición- las autoridades tenían -lo habían tenido siempre- el deber moral de atajar tal situación. Por ello, cualquier intervención correctora del Estado sobre los precios y las subsistencias deslegitimaba el funcionamiento de la economía, admitiendo como injustas las subidas y prácticas abusivas en materia de abastos y precios, dando la razón de iure a las preocupaciones populares. A escala local ya hemos visto como en Madrid los motines de 1907 y 1914 vinieron precedidos de pugnas entre la autoridad y los gremios que deslegitimaban pero no corregían -por impotencia legal o real- las prácticas abusivas de los segundos. La protesta popular simplemente ejecutaba lo que las autoridades no estaban dispuestas a hacer. Como el alcalde -y el Gobierno civil, y Gobernación, y el Congreso- reconocía el robo (él lo llamaba "abuso incalificable") pero no podía o no sabía corregirlo, "la turba" se encargaba de hacerlo, con mayor o menor tolerancia de las fuerzas del orden. Esta visión es mucho más matizable fuera de la capital, pero era bastante general en los núcleos urbanos e industriales consumidores. Muy diferente era el caso de las áreas rurales porque éstas además eran productoras y allí los intereses de las autoridades locales iban por otros derroteros, con un grado de represión mucho mayor. De hecho estas áreas no participarán en el movimiento de 1917⁵.

Sin duda esta voluntad intervencionista fue notable, lo que no es de extrañar habida cuenta del currículum histórico que el problema de las subsistencias tenía para las autoridades nacionales. De hecho, y pese al volumen del problema, gran parte de los procedimientos usados tenían sus antepasados ahora remozados. En un primer momento, con la idea -prácticamente universal- de que la guerra duraría poco, la política se limitó a lo tradicional en lo esencial: esto es, a manipular los

aranceles, de modo que el precio del trigo se mantuviese en un precio remunerador para los productores, pero no demasiado amenazante para los consumidores. Si el precio del trigo subía de cierto límite bajaban los aranceles para las importaciones y se obstaculizaban las exportaciones, pudiendo llegar a prohibirse éstas (como en agosto y diciembre de 1914). Lo mismo con otros productos básicos, todo en una política bastante errática -con muchas revisiones aduaneras al alza o a la baja-, no muy diferente de la que se había empleado hasta entonces como sabemos. La diferencia sustancial la marcaba la coyuntura internacional totalmente diferente y que fomentaba la exportación de productos básicos a los países beligerantes dificultándose al mismo tiempo la importación de otros sin embargo. Este beneficio extraordinario para las ventas en el extranjero podía llevar al extremo de que un país como España, tradicionalmente deficitario en trigo, aumentase las exportaciones de este producto, como así lo hizo a partir de 1914, sin dejar de importar, esquema que se agravaba si la cosecha no era muy buena. Amén del efecto doblemente inflacionario de esta combinación de "escasez y evasión", es sabido el efecto que produce sobre la población el conocimiento de que se exporta cuando hay problemas de abastecimiento interior. Problemas que se agravaban por otras dolencias añejas como la referida al transporte ferroviario, caro y malo y los intermediarios y acaparadores de las grandes ciudades que especulaban con los precios y los vaivenes de la política gubernamental⁶.

Lo cierto es que no se detuvieron las alzas de los precios, la guerra llevaba camino de alargarse y la situación de meramente coyuntural pasó a convertirse en cotidiana. De ahí que el Gobierno Dato decidiera dotarse de la Ley Bugallal -ministro de Hacienda- en febrero de 1915, primer ensayo de ley general de subsistencias, que legitimaba intervenciones en la vida económica tales como suprimir los derechos arancelarios de importación, lograr rebajas ferroviarias, regularizar los fletes, comprar "sustancias alimenticias de primera necesidad, a fin de venderlas a precios reguladores", e incluso expropiar o incautar remesas alimenticias en manos de intermediarios, almacenes o locales. Aunque algunas de estas sugerencias no eran desconocidas, ni siquiera a nivel local, en casos de emergencia, el balance real de la ley prácticamente se limitó a los aranceles⁷.

Esta timidez del Gobierno era complementada por una línea continuista desde el Ayuntamiento de Madrid. El motín del día de San Pedro dejó sus secuelas, entre las que se encontró la dimisión del combativo vizconde de Eza y su sustitución por un conspicuo representante de los elementos mercantiles de la ciudad, Carlos Prast y Rodríguez de Llano. Este fue quien auspició una nueva reforma de las Ordenanzas municipales, aunque manteniéndose prudentemente entre bastidores en su discusión. Primero por medio de un dictamen defendido por Ruiz Salinas que dividía el pan candeal en regulado, bajo la ecuación $\text{precio del kilo de harina} = \text{precio del kilo de pan}$ (con piezas de forma de un kilo y pan en barras del que podrían servirse fracciones de medio y un cuarto al peso), y libre (el francés y Viena y todos los panecillos y libretas habituales de candeal) y después con el definitivo (con alguna que otra enmienda) de Alvarez Arranz, se dió un nuevo margen a los beneficios de los tahoneros. La fórmula final consistió en una reforma del artículo 229 y siguientes que separaba el pan candeal y francés "en barras para ser vendidas al peso por fracciones de 1.000, 500 y 200 gramos", es decir de peso obligatorio y automático de otro pan "de forma" que se elaboraría en piezas, cuyo repeso denunciante debía hacerse en cantidades por junto de 50 kilos (teóricamente sólo por las tenecias de alcaldía). Los particulares tenían derecho al peso de este último, pero sólo podían exigir en caso de sisa la cantidad que faltaba (cortada del pan de barras), la devolución del dinero o "un vale", canjeable cuando la merma ya ascendía a 200 gramos⁸.

Todo este alambique tendía a impedir las denuncias de los particulares (hechas por "mala fe" según Alvarez Arranz) del pan falto de peso ante los juzgados municipales, táctica colectiva que los socialistas habían hecho suya y a dar un nuevo margen de beneficio a los descontentos tahoneros. El procedimiento seguía las líneas del de 1907: no subiría el precio a cambio de una tolerancia en el peso y por tanto en las multas para los industriales. Como el pan de forma era el de mayoritario consumo - obrero y de clase media- mientras que el de barras era el de la servidumbre y los más humildes, adquirible en grandes cantidades para su pronto reparto y consumo -en fracciones se endurecía rápidamente, sobre todo en verano y era incomedible- esto prácticamente dejaba exclusivamente en las patriarcales manos del alcalde de turno la persecución del fraude en el peso. Si la exigencia del

repeso era ya una práctica muy minoritaria entre los compradores, mucho más iba serlo si había que exigir "vales", mendrugos o céntimos entre las risotadas generales.

Esto ocasionó un disgusto importante a los socialistas, que habían hecho de la denuncia del fraude ("robo") en el peso una importante punta de lanza de sus campañas "cívicas" municipales. La preocupación por las subsistencias, con el pan a la cabeza, lógicamente inherente al programa del Partido Obrero, databa de muy antiguo, y había combinado medios teóricamente sindicales y obreros - hacia los que se quería atraer al público "neutral"-, como la huelga de protesta de 24 horas (ya en 1905), con medios teóricamente políticos y neutros -hacia los que se quería atraer al obrero-, como las campañas electorales, de mitines, actos y manifestaciones, de reuniones públicas para dar información y conseguir una toma de conciencia en definitiva. Estos últimos medios se habían convertido en los preferidos de las agrupaciones socialistas, sobre todo cuando se tradujeron en cargos tangibles, municipales (desde 1905 en Madrid) y nacionales (desde 1910 en el Parlamento). Eran mucho menos peligrosos, entraban dentro de la legalidad más escrupulosa, dejaban a salvo la "organización" y cumplían el papel histórico que al Partido le estaba destinado: suplantar a los caducos y superados republicanos, captando su clientela electoral tradicional, tras haber sido sus "compañeros de viaje" desde 1909. Conocida a este respecto es el recelo y práctica incomprensión sobre la huelga general como medio de transformación social (con fracasos sonados como los de 1909 y 1911) que tenían los socialistas en líneas generales⁹.

Estas campañas no se limitaban al tema de las subsistencias (p. ej. la de "Pan, Luz y Tranvías" de 1913), sino que también tocaban otros temas en los que se podía más fácilmente aunar posturas con los republicanos, como el "Maurá, no" y sobre todo la guerra de Marruecos. Precisamente en vísperas de la guerra mundial se había lanzado públicamente una campaña (a través de la cada vez más politizada UGT en su XI Congreso de junio de 1914) contra esta última, que combinaba de hecho las "reuniones" y "mitines" con la huelga general de protesta de 24 horas con la que concluiría. Este programa finalmente abandonado por la venida de la conflagración se presentó a bombo y platillo en

los mismos días en que las turbas hacían su batida el día de San Pedro, aunque no tenía nada que ver con esta manifestación de justicia de los de abajo. Pero el diseño, que se pretende nacional e interclasista, cívico y obrero ("Esta campaña es de defensa económica; no obedece a fines políticos, no responde a ideales de otra especie"), no conviene olvidarlo porque será el mismo que el de la huelga de 1916 con una coda lo suficientemente explosiva -la de la huelga indefinida- como para dar un giro casi completo a los objetivos¹⁰.

Aquella coincidencia de los disturbios "tradicionales" con la campaña "moderna" no significa ni mucho menos que las campañas socialistas por las subsistencias consiguiesen un grado de agitación y una efervescencia popular tan grandes en el Madrid de principios de siglo que les convirtiese en promotores de estos alborotos. Lo cierto es que, muy al contrario, si existía algún leit-motiv en estas propagandas era la perpetua queja del "escaso calor" de la opinión, la poca asistencia a los mitines y la indiferencia general. Las medidas municipales de noviembre de 1914 y el bando de mayo de 1915 fueron acogidas con la misma despreocupación popular. "El pueblo pica el anzuelo sin protestas", "¿puede el pueblo ver con indiferencia la burla que de él se ha hecho (...)?", los tahoneros roban "sin que el público, por defecto de su educación social, solicite el repeso y exija la fracción íntegra", "el público no ha respondido como debiera". Estas, pequeña muestra repetible hasta el infinito, amén de su uso de la apelación secular al "pueblo" como un ente que debe intervenir, protestar o sublevarse de forma espontánea y por iniciativa propia -como elemento corrector de la injusticia-, muestra el escaso bagaje que las campañas sobre el fraude en el peso del pan habían extraído de la opinión pública hasta entonces y por extensión¹¹.

Estas campañas encontraron un campo abonado para actuar a medida que los precios comenzaron su ascensión a partir de agosto de 1914, pero -como la política gubernamental- no abandonaron estos trillados caminos, por muy "modernos" y "cívicos" que puedan parecernos. El centro del ataque socialista en Madrid había sido siempre la falta de acción de las autoridades ("Madrid no tiene el padre alcalde") frente al egoísmo gremial (los "logreros", "intermediarios", "la ambición de los

acaparadores", los "tenderos" que no "comerciantes", los "caseros" que no "propietarios", etc.), considerado una lacra corregible y reformable dentro de la general injusticia capitalista. Esta tendencia, corregida y aumentada, fue la que se convirtió en su norte tras el estallido de la guerra. Mucho más cuando bastantes socialistas en Europa cerraron filas en una "unión sagrada" con los gobiernos burgueses. La alternativa de la rebeldía se desechaba porque en una situación de miseria, paro y hambre -mucho más de guerra- era imposible la revolución -y hasta un mitin, que dirá Largo Caballero más adelante-. Así que la guerra en principio no cambió tampoco en exceso este tipo de actuaciones locales y nacionales¹².

La primera campaña nacional pro-subsistencias la lanzará públicamente la UGT el 3 de marzo de 1915. Duró apenas un mes y su saldo práctico fueron un puñado de mitines (el 21 de marzo en Madrid). Las reivindicaciones consistían en reclamar "con corrección y energía el abaratamiento de las subsistencias y trabajo para los que no lo tienen" y "pedir al Gobierno ponga pronto y eficaz remedio al mal". Es patente el estímulo de arriba -la ley Bugallal de febrero- para que los socialistas busquen eco por abajo. Al parecer no sólo su lenguaje enlazaba con las tradiciones de la protesta popular en las llamadas a la acción justiciera del pueblo contra los "villanos", sino en la creencia de que la "deslegitimación" de la economía por las autoridades debía ser llevada a la práctica -y a las últimas consecuencias- por los obreros y el público en general¹³.

Pese a campañas tan pacatas, de corto recorrido, y de pobre rendimiento electoral, la intransigencia socialista en aceptar el modus vivendi alcanzado en el tema del pan terminó por hacerse muy molesta en el Concejo. Su intento de mediar entre el poder político -municipal en este caso- y los sentimientos populares, canalizando estos últimos hacia aquél y acercando aquél a estos, organizando y haciendo cotidiana lo que había sido siempre una práctica de alboroto intermitente, resultaba desestabilizador para la "vieja política" al uso. El repeso masivo organizado por la Casa del Pueblo y organizaciones afines (las mujeres de la Agrupación Femenina Socialista organizadas en una fantasmal Comisión de "mujeres del pueblo") y el volumen del fraude a partir del mes de agosto¹⁴.

Los tahoneros eran denunciados e incluso se negaban a abonar las diferencias en el peso como estaba estipulado. Algunos reclamaron precios de 50 céntimos y más por kilo si se quería bien pesado. Finalmente el anuncio de la detención de varios de ellos el 18 de agosto por iniciativa de los juzgados municipales desató las habituales hostilidades. El 21 los tahoneros subían el pan seis céntimos el kilo en barras (a 50 céntimos) y cuatro en libretas (de 23 a 25 los 500 gramos) sin previo aviso, aunque no de forma unánime¹⁵.

El padre alcalde -Alvarez Arranz como interino por ausencia de Prast- contestó con multas y repesos, obligando a retirar los carteles de la subida. Con el recuerdo del día de San Pedro tan cerca los panaderos optaron por exigir la subida a sus clientes vis a vis, con lo que el aluvión de denuncias particulares se recrudeció¹⁶. Prast a su vuelta incluso volvió a reunir a la Junta reguladora del precio que hacía más de un año (en abril de 1914 tuvo su última reunión) que no funcionaba. Este ir y venir sólo retrasó el desenlace. Los tahoneros anunciaron la subida para el día 17 de septiembre. Esta finalmente se aplazó pero sólo a costa de la cabeza del alcalde, que dimitió ante el conflicto que se avecinaba, cayendo como su antecesor por un motivo similar. Su sucesor José del Prado y Palacio, que sólo duró tres meses, hasta la caída del Gobierno Dato, facilitó la ofensiva gubernamental: se pararon los pies a la AFS, a la que se incoó expediente por una hoja volandera denunciada, para que terminará su agitación; se absolvió a los tahoneros denunciados y multados, en los juzgados remitieron las condenas. Finalmente, ante la indiferencia -y consentimiento- del alcalde se iniciaron las subidas del precio (a 50 el kilo y a 26 la libreta -la más cara-, permaneciendo a 10 el panecillo) los días 27 y 28 de septiembre de forma progresiva por distritos para evitar los disturbios. Primero por los de menor composición obrera como Centro y Palacio, después en Hospicio y Buenavista, ni de forma unánime ni con el refrendo de las autoridades. Estas (Sánchez Guerra desde Gobernación) habían cubierto el expediente nombrando por Real Orden de 22 de septiembre una nueva Comisión (¡otra!), que presidiría el Gobernador Civil "con objeto de conocer, reunir y examinar todos los datos" para el estudio de la cuestión¹⁷. El resultado, marginada la alcaldía del asunto, fue refrendar oficialmente la subida del precio en noviembre. La llegada de los liberales al poder en el nuevo Gobierno

Romanones en diciembre, y con ellos un viejo conocido, Joaquín Ruiz Giménez, a la alcaldía, se encontró con unas Ordenanzas aún más embarulladas, una ley de subsistencias sin aplicar, y el pan abandonando para siempre -aunque esto entonces no se sabía- los cuarenta céntimos¹⁸.

El Gobierno Romanones en principio prorrogó la Ley Bugallal sin más novedades (amén del episodio de la caía de Urzaiz en Hacienda), mientras que Ruiz Jiménez desde la alcaldía intentaba restablecer un nuevo statu quo con los tahoneros que reglamentase la situación. Tras una reunión previa el 29 de enero de 1916 de la Junta consultiva para la regulación del precio del pan, se firmaron dos convenios el 7 y el 21 (éste último adicional) de febrero. En estos documentos se acordaba la constitución de una Junta reguladora del precio del pan en Madrid de doce miembros en principio, que se reuniría con regularidad el primer día de cada mes "para regular y fijar el precio del pan a que se refiere el párrafo primero del art. 229 de las Ordenanzas" (es decir el de barras y el candeal de forma). La Junta dejaría de ser consultiva, para ser ejecutiva, siempre que acordase algo con quorum en sus reuniones y con la mitad más uno de votos favorables¹⁹. Los convenios fueron ratificados por Santiago Alba desde Gobernación por Real decreto de 29 de febrero, como "de observancia obligatoria" en Madrid, y en todos los Ayuntamientos de España donde se lograra un acuerdo²⁰.

Lo cierto es que la Junta funcionó, contribuyendo a mantener la estabilidad en el precio del pan hasta el otoño. Aunque quizá podría decirse que fue la propia estabilidad del precio lo que no la puso en crisis de inmediato²¹. No anduvo tan estable el alcalde, que fue promocionado a Gobernación (y Alba a Hacienda) en mayo, siendo Martín Rosales, duque de Almodóvar del Valle, su sucesor. En septiembre de hecho la Junta acordó la subida del pan de flor -el candeal corriente- a 56 y 28 céntimos (las piezas de kilo y medio kilo) y a 12 el panecillo bajo de 200 gramos (a 60 el kilo), quedando libres -y sin un peso determinado- las restantes formas de pan -francés y Viena, pan de flama- con una nueva excepción. Para dorar la píldora de la subida se ideó un "nuevo" tipo de pan "de familias", fabricado en barras de tres kilos, a 48, 24, 12 y 10 céntimos el kilo, el medio, los 250 y los 200 gramos respectivamente y que se compraría al peso. Este pan (o "nuevo tipo de pan de

primera") para pobres, criados y teóricas grandes familias, destinado a acolchar las protestas, retomaba los viejos proyectos de crear un pan de segunda clase que siempre se barajaban en la Corte²². Aunque los socialistas hicieron los mitines al uso y la prensa protestó unánimemente, no hubo los alborotos de otras ocasiones. El pueblo de Madrid no olvidó sin embargo la subida: el alboroto llegaría tres meses después. Pero esta vez no fue tal: llegó concienzudamente organizado, adoptando una forma de clase (la huelga, obrero e industrial) y de protesta cívica y política ante las autoridades, y en el marco de una campaña nacional. Los tiempos parecían estar cambiando y hasta los socialistas empezaban a cantar las bondades de la huelga general.

IV.2. Las tasas y la huelga de 1916

Claro que para llegar a eso tuvieron que pasar varias cosas. La primera fue el lanzamiento de una nueva campaña pro-subsistencias de carácter nacional en el XII Congreso de la UGT de mayo de 1916 en Madrid. En verdad la "acción general de protesta" iba dirigida contra "la falta de trabajo y la carestía de las subsistencias", pero en el preámbulo del dictamen presentado al Congreso se insistía mucho en la especulación resultante de la guerra. El plan consistía en una reclamación en firme al Gobierno y la celebración el mismo día de "reuniones y manifestaciones públicas" al respecto, sólo que ahora se añadía un "paro general de protesta, que durará un día" y, en caso de ser necesario, una ambigua "línea de conducta" futura. Como sabemos el paro de 24 horas no era ajeno a las tradiciones socialistas, pero por primera vez se abordaba abiertamente desde el estallido del conflicto bélico. Para la organización de éste se creó además un Comité de representantes regionales votados por el Congreso, adosado al Comité Nacional (que representaba explícitamente a Madrid)²³.

Esta presencia regional tuvo su importancia porque sin duda la presión de los movimientos de las provincias, faltos de coordinación, durante el primer trimestre del año (huelgas generales en Barcelona, Valencia y Logroño) indicaron el crecimiento del malestar y la necesidad de superar el ámbito local de las protestas. Sin duda el fracaso final de la campaña local de repesos del pan del año anterior -que pretendía sustituir las viejas protestas del vecindario por una "campaña" moderna- y de

la organización de las tradicionales manifestaciones de parados en el invierno de la construcción, reprimidas con severidad, también aportaron su contribución desde la Villa y Corte. En la misma línea actuó el relativo estancamiento -por no hablar de frenazo- electoral detectado en las elecciones municipales de noviembre de 1915 y sobre todo en las generales de abril de 1916, totalmente decepcionantes para la Conjunción²⁴.

La fecha de la huelga se posponía sine die en cualquier caso -ya en 1914 se anunció una como ya sabemos sin resultado-, aunque esta vez (el 8 de junio) se llegó a un entendimiento con la CNT para que apoyase la campaña, lo que siempre resultaba una novedad. El estallido de una huelga ferroviaria en julio de 1916 -y en Asturias por solidaridad- impidió la celebración de los mitines proyectados para el 16 por el estado de guerra que se levantó en toda España por esa cuestión. Este conflicto, si bien retrasó la puesta en marcha de las resoluciones del Congreso, abrió unas nuevas perspectivas a los socialistas sobre la organización y posibilidades de una huelga general²⁵. Los cánticos a la taumaturgia de la huelga, la constatación de que la UGT tiene poder suficiente para paralizar el país y el entusiasmo general contrastan profundamente con el miedo y hasta desprecio hacia el mismo fenómeno de los años anteriores. Como pequeña muestra esta afirmación de ¡Manuel Cordero!: "El día en que, compenetrados todos los obreros se dispongan a abandonar el trabajo con verdadera unanimidad, (...), en ese día, nuestros explotadores dejarán el disfrute de la situación privilegiada que injustamente poseen"²⁶.

Los mitines y manifestaciones finalmente llegaron en otoño y no fueron un gran éxito de convocatoria, al menos en Madrid, siguiendo la tónica del año anterior. El 15 de octubre la mitad de los asistentes al mitin de la Casa del Pueblo eran mujeres -y no varones sindicados, que eran los de pedigrí dentro del movimiento obrero ugetista-. En el del 12 de noviembre otra mujer, Virginia González, se referirá al "sentimiento deplorable que la producía ver que en unos momentos como los actuales no se llenase desde el primer instante el teatro de la Casa del Pueblo". Para la manifestación por la Castellana del 19 de noviembre una "Comisión de subsistencias y crisis de trabajo" de la Casa

del Pueblo hizo una auténtica llamada interclasista "al pueblo" ; pese a todo la concurrencia sería "escasa", apenas 5.000 personas. Ese mismo día se anunció la huelga para el 18 de diciembre por las delegaciones de la CNT y la UGT unidas²⁷.

Estas movilizaciones no pasaron desapercibidas para el Gobierno Romanones que eligió precisamente el día 12 de noviembre para que en la Gaceta se publicase una nueva Ley de Subsistencias (Ley Alba promulgada el 11), más draconiana e intervencionista sobre el papel que la conservadora de año y medio antes. Fuese por la presión popular, fuese por iniciativa propia, lo cierto es que se trataba de una deslegitimación mucho más completa de los mecanismos económicos formalmente vigentes, permitiendo un intervencionismo muy amplio en varias materias, hasta entonces respetadas al menos legalmente. Aparte de las ya conocidas prerrogativas sobre los aranceles de importación, adquisición por el Gobierno de alimentos y primeras materias e intervención en los fletes y expropiación o incautación de estos, se iba mucho más lejos. El Gobierno se autorizaba a subvencionar una rebaja de las tarifas ferroviarias y de navegación -que era una de las peticiones socialistas, y por supuesto, de otras entidades económicas-, a "incautarse y explotar" minas o fábricas -de carbón o gas-, "si no dieran resultado eficaz otras medidas para obtener la normal cotización de sus productos", a suspender contratos en relación con cereales y combustibles, y sobre todo a fijar el precio de las mercancías (el Gobernador Civil y una Junta provincial asesora).

Para completar y apoyar este despliegue se creó por Real decreto una Junta Central de Subsistencias -con representantes de grupos de presión y de la administración- encargada de elaborar el Reglamento correspondiente. Este documento de 23 de noviembre mucho más prolijo la señalaba como centro emisor de todo tipo de propuestas de expropiaciones, prohibiciones, tasas o incautaciones y cabeza saliente de una red de Juntas provinciales y locales en las capitales (con Gobernador Civil y Alcalde). Estas podrían fijar "el precio regulador en la localidad" cada mes y los Alcaldes por sí solos "el del pan de consumo corriente" por decretos o bandos quincenales (art. 23), previa consulta al gremio de panaderos, y recurribles ante el Gobierno Civil y ante la Junta Central. Además los

alcaldes podían tasar el carbón de uso doméstico y otros productos, previa autorización²⁸.

La deslegitimación de las prácticas habituales no se quedó en la teoría. Una Real orden de 11 de diciembre imponía la tasa del trigo a 36 pesetas los 100 kilogramos en los centros productores y el criterio de un margen de entre nueve y once pesetas más los 100 kilos de harina de primera, y el del kilo de pan al mismo precio que el de harina. Esto dejaba al precio del pan en Madrid (56 pesetas el kilo frente a las 50/51 de la mejor harina) fuera de lo legítimo y lo justo. También el 7 de diciembre un bando del Gobierno Civil anunciaba la tasa del carbón. Hasta se amenazaba con multas a los incumplidores de las tasas²⁹.

Esta decidida definición de lo que era justo (una "normal cotización") por arriba, y que de hecho reconocía la legitimidad de poner coto y freno a las alzas de los precios, era compartida y extendida por abajo, extendida a, e incluimos la opinión de los socialistas, los gremios y granujas que dirigían la economía y especulaban con el hambre del pueblo, no al capitalismo. Aunque existían profundas dudas sobre su aplicación real, dudas razonables por el currículum de esta cuestión, al menos en Madrid, el estímulo institucional, que veíamos tan patente en las movilizaciones de 1907 y 1914, volvió a darse en vísperas de la huelga proyectada. No debe olvidarse que este "frente de las subsistencias" abierto por Alba corría en paralelo a sus proyectos presupuestarios y de gravamen de los beneficios extraordinarios, contestados con contundencia en las Cámaras por la oposición "burguesa" y en la calle por distintos elementos patronales a lo largo de 1916, pero apoyados -aunque con escepticismo- por las izquierdas³⁰. "La acción de los organismos obreros ha conseguido despertar de su modorra habitual a los Poderes públicos. Advertimos en ellos actitudes que parecen conducir a la satisfacción, si no absoluta, relativamente considerable de las reclamaciones populares"³¹.

Con ello todo estaba preparado para la protesta colectiva tal y como se entendía en la Corte, donde ya sabemos no era hasta cierto punto nada anómalo que las bajadas de precios fuesen decretadas por

abajo bajo la vigilancia/tolerancia -relativa- de los servidores del orden público. A una subida del pan deslegitimada por las autoridades pero que estas no sabían/podían atajar se solía contestar con visitas a las tahonas. La protesta debía ser más amplia puesto que el mal era nacional y extendido a muchos productos. La organización de la Casa del Pueblo permitía un paro general de protesta de otro modo imposible a fecha fija. El día era lunes. Buen día para hacer justicia, como lo había sido en 1907 y 1914.

Pero la organización había dejado muy claro que el paro sería pacífico y, a ser posible, sin incidentes. Se creó una Comisión para dirigir el movimiento (con Mauro Bajatierra, anarquista y panadero de Madrid, de secretario) y pese al entusiasmo -por fin- de los asistentes a los mitines previos, se advertía a los protagonistas que "acude a esta huelga el proletariado español serenamente, sin obedecer a ningún arrebato de[ll] momento" o "no es un caso de epilepsia de las muchedumbres". Por si acaso, se pidió a las entidades comerciales la solidaridad en el paro y el voluntario cierre, que alguna concedió públicamente ("La Unica" a partir de las doce de la mañana). Lo cierto es que nadie quería visitas, así que el comercio y los bares y cafés cerraron de forma sorprendentemente unánime³².

La unanimidad y el éxito del movimiento a escala nacional fueron inauditos para una huelga de estas características, convirtiéndose en lo que se pretendía, una protesta cívica y colectiva. En Madrid no hubo pan ni teatros, la muchedumbre se agolpó en las calles, los restaurantes y establecimientos abiertos lo hicieron de forma vergonzante y protegiendo las ventanas, y los incidentes fueron mínimos, pese a las abundantes detenciones -casi todas por coacciones-. La excepción la pusieron los periódicos de centro y derecha, que salieron por la mañana, y alguno por la tarde, y, sobre todo los odiados tranvías. Los tranviarios, a diferencia de los cocheros, no secundaron el paro, mostrando uno de los flancos débiles de la "catalepsia social" a que se refería Luis Araquistain desde El Socialista³³.

La huelga además recibió la simpatía de las clases medias, muchos políticos, la opinión pública

y la prensa madrileña en general. Los propios socialistas reconocieron el gran apoyo de la protesta entre gente que consideraba la huelga un procedimiento subversivo per se y que no se encontraba ni mucho menos cercana al movimiento obrero. Esto no impidió que los cánticos al poder transformador de la huelga general se redoblasen por distintas personalidades del partido, nada sospechosas de anarquismo³⁴. Esta doble apreciación -y confusión-entre la idea revolucionaria clásica que gran parte del sindicalismo europeo tenía de la huelga general (huelga obreroa para la transformación social) y la percepción de la realidad, que la convertía en un aceptable medio de protesta interclasista antigubernamental o de presión (huelga del pueblo para que los políticos hiciesen algo) será clave en el fracaso de la de 1917. Los socialistas no se despojarán de ninguna de las dos concepciones y lo demostrará el simultáneo acercamiento para su planteamiento a la clase política, fundamentalmente y por afinidad los republicanos -para un hipotético desembarco político de estos en caso de caída del Gobierno-, y al sindicato rival, la CNT -para una hipotética revolución social-.

En cualquier caso, las autoridades se hallaban legitimadas y respaldadas para profundizar en la política de tasas y de hecho un bando del Gobierno Civil fijaba para Madrid la tasa del trigo y la harina el 31 de enero de 1917 en 38/40 pesetas y 47/51 según clase y procedencia los 100 kilos respectivamente (tasa aprobada por la Junta provincial el 25 de enero y por la Central el 30 del mismo mes) y se declaraba pan de lujo, exento de tasa (y que supondría una tercera parte de la producción total), al pan francés, Viena y de flama (roscas, trenzas, rajados, etc.), pero no al de barras, de kilo, libreta y panecillo bajo. Esto suponía que el pan candeal de piezas debía moverse sobre esos precios³⁵.

Las consecuencias no se hicieron esperar. Tras una sesión extraordinaria del 6 de febrero el Alcalde, tras previa consulta a los panaderos e información pública, hizo público un bando fijando el precio en 48 céntimos el kilo (el precio de tasa de la harina de primera de Madrid -casi toda la que se usaba-, Guadalajara, Toledo, Ávila y Segovia), intento voluntarioso y desesperado por hacer caer el precio por debajo de la barrera psicológica de los 50 céntimos. Un descenso de ocho céntimos en

el precio resultaba de una energía sorprendente, además bajo la amenaza de severas multas en caso de incumplimiento. La huelga de diciembre podía ser la expresión de un nuevo mundo, pero el resultado inmediato recordaba mucho más al viejo: meter en cintura a los odiados tahoneros³⁶.

Estos no se resignaron sin embargo. Presentaron recurso de alzada al Gobierno civil con resultado negativo y ante la Junta Central reclamando un margen de seis céntimos entre pan y harina. No se limitaron a eso, y anunciaron un cierre para el 12 de febrero (lunes), lo que suponía un inmediato conflicto de orden público. Ante esta tesitura, y frente a los ofrecimientos de los obreros panaderos de elaborar pan a precio de tasa, la Junta Central impelió al alcalde a dar por suspendida la tasa, cosa que éste hizo por bando del 11 de febrero, mientras se estudiaba otra. El conflicto se conjuraba pero las normas para la tasa -igualdad del precio del kilo de pan y de harina- dictadas por Alba en diciembre quedaban de hecho por el suelo. Mientras el abaratamiento prometido se venía abajo, el "padre alcalde" consiguió de los tahoneros un precio de 53 céntimos el kilo y una incautación de trigos comprados -que se repetiría con regularidad a partir de esa fecha como "subvención"- a precio de tasa para las fábricas de harinas de Madrid³⁷. En cualquier caso el pan quedó sin tasarse ante la sorpresa general, mientras Juntas, Alcaldía y Gobierno mareaban el asunto. Para complicar el asunto se suspendían las Cortes sine die. El 27 de marzo Santiago Alba promulgaba una Real orden en la que se requería al Ayuntamiento de Madrid para que elaborase una nueva tasa, recordando que la equivalencia kilo de harina=kilo de pan sólo era una "aspiración" y que "las deficiencias industriales y mercantiles" de las tahonas no eran de su incumbencia y no se podía esperar a que éstas se subsanasen. El pan entretanto quedaba sin tasar a 53 y 51 céntimos (según fuese en tahonas libres o de "la Romanones")³⁸.

La Real orden llegó un poco tarde. Ese mismo día -estas coincidencias terminan por ser más que sospechosas- se hacía público el manifiesto de la UGT y la CNT anunciando la medida siguiente de su campaña, "con el fin de obligar a las clases dominantes a aquellos cambios fundamentales de sistema que garanticen al pueblo el mínimo de las condiciones decorosas de vida y de desarrollo de

sus actividades emancipadoras, se impone que el proletariado español emplee la huelga general, sin plazo limitado". Aunque no se concretaba la fecha, el Gobierno se apresuró a detener a los firmantes, suspender las garantías constitucionales y clausurar la Casa del Pueblo. La huelga sólo estalló en Valladolid y de forma espontánea y con el tiempo se vió que su realización no era inmediata precisamente. En el susodicho manifiesto, aparte de los comentarios habituales sobre la corrupción y pasividad de los gobernantes, la guerra de Marruecos y las falsas "promesas de reforma de la economía nacional" -sin duda refiriéndose a los malogrados proyectos Alba, se menciona muy explícitamente el affaire del pan madrileño: "¿para qué ha servido la ley de Subsistencias, como no sea para revelar la dependencia vergonzosa en que se halla el Gobierno con respecto a las agrupaciones gremiales más conocidas y más odiadas por los consumidores?"³⁹.

Este dudoso honor para los tahoneros madrileños de aparecer en un manifiesto considerado "sedicioso" se vió completado por la mala noticia de una nueva tasa municipal que dejaba el pan un céntimo más barato (a 52 el kilo, 26 la libreta y 11 el panecillo, y a 48 el kilo el pan "de pobre" de dos kilos). Tasa que se mantuvo hasta el otoño -con la nueva cosecha- y que servía para que la huelga prometida se encontrase con un pan "político" tasado⁴⁰. La tasa en realidad venía a certificar curiosamente el fracaso del sistema, puesto que su piedra angular, la Junta Central, dejó de ser operativa a partir de la primera semana de abril con la retirada de los representantes socialistas (García Cortés y Gómez Latorre), para ser defenestrada a finales de mes y repartidas sus competencias entre los ministerios. Tampoco el Gobierno Romanones sobrevivió mucho tiempo a la tasa. García Prieto le sucedió al frente del Estado ese mismo mes, y con él, bajo el brazo, como era habitual, un nuevo alcalde, Luis Silvela y Casado. También como era habitual, no duró mucho esta situación y en junio volvía José del Prado y Palacio -con el Gobierno Dato-a ese puesto tras su breve -pero fecundo en lo literario- mandato anterior. Por entonces, problemas estrictamente políticos como las Juntas militares de Defensa y la Asamblea de Parlamentarios de Barcelona, relegaban el problema de las subsistencias a un segundo plano.

IV.3. La huelga de agosto en Madrid: ¿La revolución pasiva?

Sin duda, la coyuntura política nacional e internacional fueron determinantes para la precipitación del conflicto. Aunque la idea de la huelga indefinida como siguiente paso ya se tenía en diciembre y la de que ésta fuese prorrepública y contra el régimen entero -no sólo contra un Gobierno- estaba ya clara en marzo, para que el proyecto se concretase aún faltaba un largo recorrido. Este quizá no se hubiese completado de no mediar otros acontecimientos que, en principio, nada tenían que ver con el origen de la campaña sindical. En primer lugar, en marzo (febrero ruso) llegaron las noticias de la revolución rusa que acababa con el secular imperio de los Romanov, y de la que en El Socialista se hicieron unos análisis tendentes a establecer un paralelo con la situación en la España neutral. A la revolución rusa se la presenta como "un movimiento patriótico" y unánime de todos los partidos políticos con el pueblo, y no como una revuelta de ideales socialistas, cuyo resultado será un cambio de régimen político, que no social. Cuenta con el apoyo de los parlamentarios y clase política (la Duma se hallaba clausurada como en España), del ejército y buena parte de la burocracia, que coopera con el pueblo. Por último su origen combina los motines de subsistencias -alborotos por la carestía del pan y dificultades del abastecimiento en las grandes ciudades- con un movimiento huelguístico de protesta que los apoya y completa. Como resultado, unos cuantos "cambios fundamentales de sistema" tales como la reforma constitucional o la abdicación del zar⁴¹.

Las turbulencias de la vida nacional parecieron confirmar ese camino en el verano de 1917 -Juntas de Defensa militares y luego civiles, Asamblea de parlamentarios díscolos-, camino en el que se perdió manifiestamente el espíritu de protesta colectiva contra el encarecimiento de las subsistencias⁴². El pan, que seguía siendo el elemento simbólico fundamental de este tipo de protestas, ahora sí estaba tasado en Madrid (a 52 céntimos hasta octubre) y se cuidaron las autoridades muy mucho de que permaneciese así durante el verano caliente. Tampoco los precios tuvieron en la ciudad las alzas escandalosas que tendrían en los tres años siguientes. Sin duda los socialistas utilizaron la experiencia colectiva de una manifestación de protesta pacífica (la huelga cívica de 1916 como "castigo" a las autoridades), con la que supuestamente se habían "organizado" y "racionalizado"

los disturbios populares de antaño, con un objetivo diferente al original y que cortaba definitivamente las amarras con los precedentes tradicionales. Ahora no sólo el medio -la huelga- era obrero, sino que el objetivo "revolucionario" también lo parecía -al menos a la mayor parte de la burguesía y clases medias timoratas- y desde luego iba más allá de un "motín de Corte", habituado a completar la acción de las autoridades y obligarlas a intervenir y hacer justicia. Ahora se trataba directamente de hacer justicia con ellas.

Una huelga, por otra parte, con el objetivo de cambiar de régimen, político o social, no parecía la idónea para demostrar otra manifestación "pacífica". Por si fuera poco, pese a que de la huelga se venía hablando desde hacía meses, las dudas y ambigüedad sobre sus fundamentos y objetivos seguía siendo enorme aún entre los obreros asociados madrileños. Y además su desencadenamiento fue precipitado por un motivo estrictamente obrero y sindical: la huelga ferroviaria, anunciada primero para el 10 de agosto, consecuencia última de los movimientos previos que en ella confluyeran -huelga de Valencia, metalúrgicos de Bilbao-. Con ello, el conflicto estalló finalmente como una huelga general de solidaridad obrera, pese a que su presentación pública se siguió ligando al manifiesto de marzo y a los objetivos de derrocar el régimen. En este sentido la solidaridad sindical era la única justificación inmediata para la huelga, lo que privaba a los madrileños de un objeto de protesta más nítido y sencillo. En el manifiesto firmado el día 12 se pedía un Gobierno provisional -de otros, es decir burgués- y unas Cortes constituyentes⁴³.

Como la huelga ferroviaria -y metalúrgica- parecía imparable se decidió envolverla dentro de la tan anunciada huelga indefinida posponiendo su inicio para el día 13, que era lunes, con la carga subversiva que esta fecha suponía, al menos en las protestas madrileñas colectivas de los años anteriores. No existe ninguna razón laboral satisfactoria en el mundo de las huelgas de oficio que avale el lunes como el día idóneo para comenzar los paros. Ciertamente es que el pago de la semanada en los talleres se solía hacer los fines de semana -entre el jueves y el sábado- lo que permitía tener un salario íntegro para resistir la semana siguiente en caso de huelga, pero es ingenuo pensar que el

dinero llegase íntegro a "San Lunes" aún en este caso. Nuestros datos en Madrid nos indican que junto al lunes había otros días predilectos como precisamente los sábados, los jueves e incluso los martes. De hecho, ni la huelga ferroviaria de 1916 ni la de 1917 en principio, se convocaron para un lunes. Sólo cuando la protesta rebasaba los ámbitos del particularismo meramente laboral parecía preferirse el lunes, que había ya demostrado su poder en Madrid en 1907, 1914 y 1916. En la sociedad actual las experiencias colectivas del lunes parecen haber desaparecido. Ni el 14-D ni el 27-E fueron en lunes.

Dejando a un lado el relativo fracaso nacional en la extensión de la huelga -importante sólo en varios núcleos mineros, Asturias, Vizcaya, Guipúzcoa, Madrid, Barcelona, Sabadell y Zaragoza-, de nulo impacto en el campo, y el completo desastre organizativo, que empieza por la defección de buena parte de los causantes, esto es, de los ferroviarios, y continúa con la rápida detención de un Comité de huelga que espera pacientemente tal acontecimiento, la huelga, pese a que traía la "revolución", fue planteada pacíficamente al menos en Madrid, siguiendo las pautas marcadas el día 18 de diciembre y la falta general de consignas⁴⁴.

El día 13 en Madrid ocurrió un espectáculo similar al de la huelga anterior. Conforme avanzaba el día cerraban los comercios y cafés, los obreros abandonaban el trabajo, las fuerzas de orden público disolvían los grupos amenazantes y la protesta, a falta de algo mejor, se centraba en las pedreas sobre los provocadores tranvías que, como ocho meses antes, no se sumaron a la huelga, invitándoles por medio tan expeditivo a que abandonaran su actitud -como otrora se hacía con los tahoneros- cosa que no se logró en todos los casos por la protección armada que recibieron en su mayoría. Dada la amplitud y objetivos del movimiento las autoridades iniciaron el despliegue militar muy pronto -y no al día siguiente como el día de San Pedro- y declararon a mediodía el estado de guerra, clausurando la Casa del Pueblo y tomando otras medidas de este cariz nada novedosas por otra parte. El Ayuntamiento tuvo que hacerse cargo del abastecimiento de pan, fabricado por militares, voluntarios, esquiroles o traído de fuera⁴⁵.

Lo que diferenciaba esta huelga de la anterior es que no tenía fin y no existía en el repertorio popular madrileño ninguna protesta que se le pudiese comparar. En los motines de 1907 y 1914 tras el primer día la violencia había aumentado de grado, así como la contundencia de las fuerzas de orden público sobre los grupos faltos de objetivos, muy especialmente en las barriadas periféricas y en Cuatro Caminos, donde la concentración de obreros amenazantes era mucho mayor. El despliegue tras el día de San Pedro ya había demostrado que las autoridades se tomaban mucho más en serio la represión de los amotinados. Esta fue la otra gran diferencia con la huelga de diciembre. El día 14 las tropas instaladas en Ventas y Cuatro Caminos hicieron fuego ametrallando literalmente a la muchedumbre. Esto era inaudito en Madrid, como hemos visto, pues si algo caracterizaba a los "motines de Corte", era la pasividad -y hasta sorda connivencia- de la policía, habitualmente recriminada por la gente de orden. La turba madrileña no esperaba ni por lo más remoto ser ametrallada, y con toda seguridad los socialistas compartían esa convicción, y no por ingenuidad menchevique ni desvaríos ideológicos, sino por la convicción de que la nitidez de la justicia y el descontento popular de la ciudad arrastraría la solidaridad de soldados y guardias. Es más, bastante gente de orden tenía dudas razonables sobre lo que harían los garantes del orden público. Y todo esto porque la experiencia que se tenía en Madrid sobre las protestas urbanas inducía a pensar en un ritual de cargas -a veces fingidas, sobre todo contra las mujeres- y manifestaciones sin disparos y por supuesto, sin muertes⁴⁶.

Sin duda la dura represión del ejército fue la principal nota distintiva del movimiento, con un balance oficial de más de diez muertos en la provincia de Madrid. Las barriadas obreras del extrarradio como Cuatro Caminos, Guindalera, Chamartín, Ventas y Vallecas pusieron con su agitación el tono que rebasaba el característico del Madrid popular⁴⁷. También estalló un serio motín en la Cárcel Modelo que engrosó notablemente el número de víctimas el jueves 16. Este motín, en el que no participaron los presos políticos, en verdad sólo mantiene una relación epidérmica con la huelga. En realidad su origen se remontaba a la destitución de Rafael Salillas, director de la prisión muy querido por los presos, y había habido incidentes y un conato de motín por este motivo el día

3 de agosto, que hubo de apaciguar el destituido Salillas. Al parecer los métodos modernos de éste eran rechazados por el personal penitenciario y el nuevo responsable, Alvaro Riopérez. El clima debía estar bastante enrarecido, como revela una carta de ocho presos a El Socialista del 6 de agosto, una semana antes de la huelga⁴⁸.

Fuera de estos elementos, el granizo sobre los tranvías, que sustituyeron eficazmente en este sentido a los tahoneros ladrones, y sobre las fuerzas del orden, no tenía nada que ver ni con las ideologías democráticas ni con las huelgas industriales. Las pedreas eran tan consustanciales al paisaje de la ciudad como los serenos y los churreros y la agresión durante las celebraciones colectivas a los "hostiles", es decir los que no se sumaban a la voluntad unánime del pueblo (fuese una tahona reticente, el ABC, un guardia malcarado, un coche prepotente o un tranvía "mataniños"), marcaban precisamente la excepción dentro de una "votación" que siempre se ganaba por inmensa mayoría. Besteiro mismo ligó los desórdenes en Madrid con la circulación de los tranvías. Por "los testimonios escritos" y "la concordancia de todos los testimonios orales múltiples" que tenía afirmó "que si no hubiera habido empeño del Gobierno de que circularan los tranvías, no hubiese habido tales disturbios", y nosotros le creemos. De la misma manera en que se aplaudía al tahonero que repartía el pan o bajaba el precio se aplaudió a los empleados que dejaron el servicio, bien por propia voluntad, bien ante la amenaza próxima. Es decir, la "revolución" se terminaba cuando la visita cumplía su objetivo. Y no podía ser de otro modo cuando el Comité director de ésta es detenido y con la mayor tranquilidad se termina su cena antes de acompañar a sus captores, mientras alguno, muy sorprendido, observa que "comen ustedes como si no ocurriera nada"⁴⁹.

Aunque el currículum de los tranvías no se le olvidó al pueblo de Madrid, que más tarde empleará su particular sentido de la justicia con ellos, el recuerdo de la fracasada huelga, finalizada el 18 en lo que a Madrid respecta, no fue grato para nadie⁵⁰. El descubrimiento en la ciudad del nivel represivo que se podía adoptar contra un movimiento de masas y el rencor latente que dejó la actuación de las fuerzas de orden y las autoridades fueron lecciones que dejarían sus secuelas durante

la oleada huelguística de 1919-20. También dejaría sus secuelas la ciudadanía voluntaria y los "policías honorarios" que apoyaron el uso de la fuerza de las autoridades para boicotear la huelga o apoyar a los tranvías. Hasta entonces, ninguna milicia ciudadana se había opuesto a lo que se consideraba un acto de justicia del pueblo sustentado unánimemente. Habría sido inconcebible un "somatén" para defender a los tahoneros, considerados granujas universales. Por eso cuando estalle el motín del 28 de febrero de 1919 ya nada será igual, ni siquiera el día, que no fue un lunes sino un viernes, el día en que a nadie se le ocurría protestar -era el día mal día, con excepción del domingo claro está, para ponerse en huelga por ejemplo-. Pero es que entonces las huelgas se habían convertido en un medio más contundente y efectivo de protesta contra el poder. En la validez del paro organizado como medio de subversión el de 1917 sí dejó una buena lección.

En cuanto a las lecciones políticas son bastante conocidas: corporativismo militar y de los funcionarios; acercamiento a la monarquía de la Lliga; dependencia de la monarquía y su clase política del pretorianismo en grado creciente; desacreditación e inoperancia de los republicanos históricos; alejamiento de estos de los socialistas, aunque no del parlamentarismo, campo en el que se consiguieron importantes dividendos electorales; alejamiento de campañas nacionales de sabor radical o revolucionario -es decir de la huelga general- de parte de la cúpula del PSOE y luego, con el virus tercerista, de la UGT, es decir de los que habían gestionado la huelga; alejamiento del parlamentarismo de la CNT; y surgimiento del tercerismo socialista -luego comunismo- que aglutinará a buena parte de los críticos con la dirección del partido y de la huelga, de muy distinto signo en principio.

A un nivel secundario para los interesados en los discursos y el debate ideológico, pero para nosotros más importante, la huelga de 1917 presentó el paro laboral como un medio eficaz de protesta política. Los trabajadores de Madrid adoptarán y extenderán como nunca se había visto en la ciudad el nuevo medio de lucha en los años siguientes. Aunque aparentemente se trataba de conflictos laborales localizados que les permitían conseguir por la vía de los salarios -subiéndolos- lo que se les

había vedado hacer con los precios -esto es bajarlos-, la repetición constante, el virus huelguístico, la moda sindical, el olvido de lo que los tipógrafos habían afirmado durante décadas sobre las huelgas, induce a pensar que se trató de una oleada de protesta popular que utilizó las nuevas organizaciones y métodos de lucha obreros -recreándolos en muchos casos- para aumentar el poder social, y por tanto político de los de abajo. Pero esto no es más que una presunción prematura y más adelante se hablará de esta huelga general camuflada que los trabajadores madrileños plantearon tras la guerra mundial. En cualquier caso si conviene señalar que el acentuado signo reformista -y parlamentario- que adoptará el PSOE tras la escisión dejará completamente en manos de las sociedades obreras -que en realidad desconfiaban de los políticos y las instituciones y que no estaban tan controladas por la cúpula ugetista ni tan identificadas con el socialismo pablista como se ha dicho- la organización de la protesta colectiva alternativa en la ciudad, dualidad que terminará por pasar factura al socialismo en los años treinta.

¿Les quedaron fuerzas a los obreros de la ciudad para seguir haciendo justicia con los gremios, el pan o los tranvías?. Estos castigos comenzaban a mostrarse poco prácticos frente a las huelgas o la tarea -a veces bastante agitadora- de los concejales socialistas en el Ayuntamiento, y en nuestra opinión entonan su canto del cisne como medio de protesta popular dominante en la ciudad. Pero como ocurre con todos los estertores de agonía su violencia fue grande y como su contenido apocalíptico y ejemplarizante estaba intacto, éste será su tono principal a partir de 1917.

NOTAS

1. Sobre el proceso puede verse entre otros el Capítulo III de J.L. GARCIA DELGADO et al., La consolidación del capitalismo..., cit., pp. 137-266, donde se trata el problema con profusión suficiente, así como de la impotencia de la política económica para contrarrestarlo -o de su eficacia en fomentarlo-.
2. Una visión gráfica del alza de los precios de productos agrarios en R. GARRABOU, C. BARCIELA y J.I. JIMENEZ BLANCO (eds.), Historia agraria..., Vol. III, p. 81. Un acercamiento estadístico a escala nacional puede verse en el clásico trabajo del Instituto de Reformas Sociales, Dirección General del Trabajo, Movimiento de los precios al por menor en España durante la guerra y la post-guerra 1914-1922, Madrid, 1923.
3. En el caso concreto del pan se rebasaron barreras psicológicas tan importantes como los 50 céntimos por kilo a partir de septiembre de 1916. El pan a cuarenta y tantos céntimos, que había sido tan inamovible para los madrileños durante cuarenta años como la misma monarquía, pasó a mejor vida en la misma fecha en que otra institución madrileña no menos venerable, Don José Echegaray, lo hacía. ¿Dónde quedó el mítico justiprecio de los 40 céntimos por kilo que los tahoneros ponían asustados en sus puestos cuando se les hacía una visita? Cfr. para los precios del pan, harina y trigo en Madrid, desglosados por meses, el Cuadro 5. La subvención del pan, que no sigue automáticamente el precio de sus materias primas, puede apreciarse en muchas ocasiones donde el precio del kilo de pan es inferior al del kilo de harina -el adagio decía que debían ser iguales al producirse entre 110 y 130 kilos de pan por 100 de harina, aunque lo lógico es que fuese tres o cuatro céntimos superior-, singularmente entre 1919 y 1921, en plena oleada huelguística, con el precio "congelado" en 66 céntimos -cuando la harina llegó a ponerse a 82 pesetas el quintal-.
4. En el Cuadro 3 vienen los precios de lo que se consideraban los productos básicos más fundamentales: la carne, el bacalao, el tocino, las legumbres, las patatas, el vino, la leche, el pan, el aceite, el azúcar, la sal, el arroz, el carbón, la leña, el petróleo, el gas y el jabón. Con 27 de ellos se elaboraron los famosos números índices que aparecen en el Cuadro 4 a modo de resumen. Los datos de salarios pueden verse en los Cuadros 17, 18, 19 y 20. Los nominales en la provincia de Madrid casi se duplicaron en este período. El índice de salarios reales -también provincial- de la Estadística de salarios, de la que aquí se ofrece el balance general junto a tres sectores representativos, con todo lo discutible que se quiera, constata la tendencia al descenso hacia 1920 pero también una significativa recuperación posterior -no es lo mismo hablar de un período 1914-20 que de otro 1914-23 ó 25. A nivel municipal es posible que el panorama incluso mejorase -los salarios nominales en su mayoría doblaron- con respecto a los artículos de subsistencia.
5. Esta ausencia es un dato más acerca de la falta de sintonía entre la conflictividad del campo y la ciudad, tan destacada en todos los análisis sobre el período, y que se ha solido explicar por la escasa atención e implantación del movimiento socialista y sindical en las áreas rurales. Lo cierto es que la experiencia colectiva que se tenía sobre lo que era una protesta popular y generalizada -aunque se envolviese en la novedosa forma de una huelga indefinida- en Madrid o en el campo andaluz, por poner algún ejemplo, era sin duda muy diferente. Quizá de ahí el escaso eco de la "campana por las subsistencias" que derivará en la huelga de agosto en los medios agrarios.
6. Sobre la política de subsistencias de los gobiernos en este período remitimos a las líneas generales expuestas en J.L. GARCIA DELGADO et al., La consolidación..., cit.. Allí se incluye una densa recopilación de críticas de contemporáneos a tal política como Eloy Luis de André, Emilio Rúa, Bernis y Ceballos Teresí entre otros.
7. La ley no era "de subsistencias" de hecho sino de autorización para la reducción de aranceles. Cfr. el texto en BIRS, Seg. semestre 1915, pp. 452-454.

8. Las dos proposiciones discutidas en sesión extraordinaria de 11, 12, 16, 17, 18 y 23 de noviembre de 1914, BAM, 30-xi-1914, pp. 1113-1117. Los socialistas proponían el retorno a las Ordenanzas anteriores a 1907, propuesta que sólo recibió seis votos. Los de ellos (Besteiro, García Cortés, Iglesias y Mora) y sólo dos de los republicanos (Morayta y Guijarro). La redacción final de los arts. 229 a 232 de las Ordenanzas en Ayuntamiento de Madrid, Disposiciones de las Ordenanzas municipales de carácter general (edición popular gratuita), Madrid, 1915, pp. 28-30. También en BAM, 8-iii-1915, pp. 225-226. Ahí constan las modificaciones del Gobierno Civil, que aprobó esta reforma en febrero de 1915, el mismo mes de la Ley Bugallal. Finalmente se hizo público en un bando de 3 de mayo de ese año, AVS, 19-7-7. Una buena recopilación de bandos sobre subsistencias de distintos años (1907-1919) en AVS, 25-8-2 y 25-9-1.

9. El tema de las subsistencias, y concretamente el del pan, como "hilo conductor" de las campañas socialistas, en A. ELORZA, Constantes y renovación en el movimiento obrero socialista madrileño (1908-1920), Madrid, "Ciclo de Conferencias sobre Madrid en el primer tercio del siglo XX", 1984, p. 25. Sobre el tema de la huelga general y las doctrinas "pablistas" sindicales véase más adelante en el capítulo dedicado a las tácticas ugetistas "oficiales".

10. La cita y la presentación de la campaña en "Contra la guerra. El proletariado hará la huelga general", ES, 30-vi-1914. Esta última frase acompañaba en portada a la información sobre los disturbios en Madrid, que coincidieron con el cierre del congreso ugetista. De algunas observaciones que aquí y en las páginas siguientes se hacen se esbozó un avance, ahora enriquecido, en Francisco SANCHEZ, "La actividad socialista en Madrid y la huelga general de 1917", La sociedad madrileña..., vol. II, pp. 475-491.

11. Las expresiones entrecomilladas, respectivamente en "Se busca la impunidad para el robo", ES, 11-iv-1913, "Gobierno que no gobierna", ES, 13-x-1914, "Principio de una campaña", ES, 19-xi-1914, "El pan en Madrid. Lo que roban no les basta", ES, 7-v-1915, "La cuestión del pan" (de Lucio M. Gil), ES, 12-v-1915.

12. Lo del "padre alcalde" -expresión que en sí misma dice más acerca de una concepción del poder y de la justicia que toda una teoría sociológica- es de "Por qué el alcalde no mete mano á los tahoneros", ES, 20-vii-1913. Lo del hambre y el paro como contrarios a la rebeldía en "La política del hambre", ES, 1-xii-1914. Esto se enlazaba con la opinión de muchos socialistas europeos (se cita a Guesde el 30 de agosto de 1914 con este motivo), con el pablismo y sus teorías del "doble filo" y con el recelo a la huelga general. De la continuidad de lenguaje y actitudes ante el problema de las subsistencias antes y después de la guerra, antes para Madrid y luego para España, son un magnífico ejemplo las colaboraciones de Álvarez Angulo/Fantomas en El Socialista, que pasa de escribir reportajes sobre la mugre de los mercados y los cambalaches de los asentadores en Madrid antes de agosto a referirse a los acaparadores de trigo y a la confabulación nacional de los precios después de esa fecha. Largo dijo durante el XII Congreso de la UGT a Virginia González, que recriminaba a la cúpula de la Unión no prestar bastante atención al tema de las subsistencias, "no pudo hablarse de huelga general como protesta contra el Gobierno, puesto que en la masa faltaba entusiasmo hasta para acudir a un mitin", ES, 19-v-1916. Probablemente se refería al del 28 de noviembre de 1915 en la Casa del Pueblo, que Lucio Martínez Gil, entonces su presidente, no suspendió por respeto a que se trataba de una campaña nacional, y que Manuel Cordero definió como una "resignación" y "humillación vergonzosa". La manifestación fue tan ridícula que ni se comentó, ES, 28-xi y 12-xii-1915.

13. Que nosotros sepamos la campaña no se dijo que hubiese finalizado, pero la última noticia de ella data del 28 de marzo. Fue anunciada en "Ante el problema del hambre. El manifiesto de la Unión General de Trabajadores", ES, 3-iii-1915.

14. De este tipo de repesos colectivos podemos dar algunos ejemplos. Ya en noviembre de 1914 Besteiro anunciaba en el concejo el resultado de uno, con un saldo de 5'5 kilos defraudados de un total de 50 (ES, 16-xi-1914). El 17 de abril se publicó en la portada de El Socialista el acta notarial (con fecha de 9 de abril y encargada por el presidente de la Casa del Pueblo) del fraude registrado en 96 kilos repesados. Un total de 14 kilos estafados (más de 145 gramos por kilo, mucho más de los 25 tolerados), cuando según las teorías en que se había basado la reforma de las Ordenanzas, el peso de una gran cantidad de pan (50 kilos) compensaba las mermas en unas piezas con el peso de más en otras. La Comisión femenina, apoyada oficiosamente por la AFS, y muy activa en las denuncias de agosto, luego resultó pertenecer mayoritariamente a la Agrupación, como los propios socialistas terminaron por reconocer (ES, 8-ix-1915).

15. La prisión de al menos siete panaderos en "La cuestión del pan", ES, 19-viii-1915. La subida en ES, 22-viii-1915.

16. Un caso destacable, de los muchos que se publicaban, fue el de López Incógnito, que tenía un puesto en la plaza de Olavide y que tuvo que afrontar seis juicios! el mismo día por robo en el peso, negarse a pesar el pan y cobrar 55 céntimos por kilo. Todos por denuncias de mujeres. Se le condenó a 180 pesetas de multa y 45 días de arresto por todos conceptos (ES, 1-ix-1915).

17. La Comisión estaría formada por representantes patronales (de la Campiña, Nueva Panera, Unión Panificadora y Sindicato), el concejal Alvarez Arranz y un funcionario de Aduanas, excluyéndose a obreros y consumidores. Cfr. BIRS, Seg. semestre 1915, pp. 454-455. La subida por distritos es reflejada por toda la prensa y reconocida por el propio alcalde, así como la expresa exclusión socialista de la Comisión. Prado y Palacio les invitó en el Concejo a colaborar, que no a formar parte, de dicho organismo. Cfr. la sesión municipal del 1 de octubre en "La cuestión del pan", ES, 1-x-1915.

18. Prado y Palacio, que sólo estuvo tres meses en la alcaldía, no se privó de elevar un informe a Gobernación (en octubre) con presupuesto y planos incluidos, para el establecimiento "de una fábrica de harinas, una panadería mecánica y silos para almacenar trigos" (Ayuntamiento de Madrid, Informe que eleva... José del Prado y Palacio... referente al establecimiento de una fábrica de harinas..., Madrid, 1915). Según su opinión, el pan no era un problema sino "una verdadera integral de temas" (?) y la realidad (que la subida de precio era en realidad una bajada porque antes se pagaban 44 céntimos por 850 gramos y ahora 50 por 1.000 según su opinión) era una "fuerza inmanente" (?). El proyecto acabó en el cesto de los papeles. Pese a todo, aún le quedó tiempo de relizar en noviembre una Exposición que eleva al Gobierno... en solicitud de que se le conceda al Ayuntamiento de la Capital de España una subvención indispensable a su vida y a su decoro, Madrid, 1915, con un amplísimo programa de mejoras para el que pedía la modestísima cifra de más de 50 millones de pesetas y que siguió la misma ruta del anterior. Nunca se hizo tanto en tan poco tiempo.

19. El convenio lo firmaron, amén del alcalde, Antonio Lalaurie, como vicepresidente del Sindicato de la Panadería -Victoriano Méndez se hallaba enfermo-, Francisco Romero, gerente de la Compañía Madrileña de Panificación, Lorenzo Fernández Núñez, José María Blanco Folgueiras y Pedro López Ramos como presidentes de los consejos de administración de la Campiña, la Unión Panificadora y la Nueva Panera. Este y el adicional en BAM, 21-ii y 6-iii-1916, pp. 181-182 y 239. La nueva Junta reguladora, heredera de aquella de 1907, se compondría del alcalde, los presidentes de las Cámaras de Comercio e Industria, del Círculo de la Unión Mercantil y de la Asociación de Agricultores de España y de un ingeniero industrial (más un secretario funcionario del Ayuntamiento), más seis vocales (dos por los fabricantes de pan, dos por los de harina y dos obreros, uno de la Casa del Pueblo y otro de sociedad libre). Luego se amplió con otros dos representantes: uno de "La Romanones" y otro del elemento obrero del IRS (de la UGT).

20. BIRS, Pr. semestre 1916, pp. 488-491.

21. La Junta encargó a una nueva Comisión que elaborase un informe sobre el coste de la fabricación del pan similar al de 1914. Este informe de abril de 1916, mucho más modesto, y que confirmaba al anterior, arrojó el coste de de 65'59 pesetas para 116 kilos de pan candeal (de 100 de harina a 50-51 pesetas) cuando el ingreso a los precios vigentes era de 58'60. Cfr. Ayuntamiento de Madrid, Antecedentes relativos al estudio..., pp. 79-82. Precisamente una diferencia de unos seis céntimos por kilo -lo que luego se subiría en septiembre- de pérdida. Estas pérdidas sin duda eran compensadas por la compra de harinas de menor calidad, por la sisa en el peso y por el pan de lujo, que dejaba unos márgenes mucho mayores.

22. La circular del alcalde en BAM, 4-ix-1916, p. 868. Al nuevo pan se le definió como "hoja de parra" o como pan "clasista", en "Atraco de apaches" y "Culpa de todos", ES, 4-ix y 6-ix-1916. Más certero fue "un obrero panadero", que rechazaba la noción de "pan de lujo" para el de flama (roscas, colonos), "pues este pan no se hace de mejor harina que los de kilo y medio kilo, ni se paga más su mano de obra", y afirmaba que el pan "de pobres", por las condiciones de la industria y la forma tradicional en que se trabajaba "no puede salir bien cocido, ni en su punto debido", siendo "antihigiénico y de mal gusto", ES, 8-ix-1916.

23. El dictamen aprobado en "El proletariado emplaza al Gobierno", ES, 24-v-1916. Se rechazó por sólo 3.000 votos (de un total de 61.000) el voto particular de Acevedo que pedía un plazo de un mes para ir a la huelga.

24. Las manifestaciones de parados, tan viejas como "el padre alcalde", fueron organizadas y partieron en esta ocasión de la misma calle de Piamonte, prodigándose los incidentes y "apaleamientos" en la Puerta del Sol y otros lugares, ES, 5-i-1916. Sobre las elecciones de abril, Antonio ELORZA habla abiertamente de "irritación", entre otras cosas por los representantes de gremios y tahoneros que aparecían en las candidaturas monárquicas, Constantes y renovación..., p. 31.

25. Véase al respecto el balance que hace Marcos SERRANO PRIETO, "La huelga de ferroviarios de 1916 en Madrid", La sociedad madrileña..., vol. II, pp. 467-474. Resulta significativo que sea otra huelga ferroviaria al año siguiente la que vuelva a entrecruzarse con la campaña general. en este caso no se suspende, sino que se precipita el acto.

26. La huelga general era "casi una lucha a la desesperada" en "La huelga general", ES, 3-xii-1914 y una "Fuerza invencible" en ES, 3-ix-1916. Lo de Cordero en "No hay nada invencible", ES, 20-viii-1916.

27. Sobre este rosario de actos pueden verse "Lo que piden los obreros. Trabajo y subsistencias", ES, 15-x-1916; "El proletariado expresa su poder", ES, 12-xi-1916; "Continúa la campaña de agitación", ES, 19-xi-1916 y "Se acordó la huelga general", ES, 20-xi-1916. En la convocatoria para la manifestación del 19 ("El manifiesto de la Casa del Pueblo", ES, 17-xi-1916) se pedía ya el concurso de "todas las entidades comerciales e industriales que sufren las consecuencias de la lenidad de los gobernantes; a todas las entidades políticas (...); a aquellas entidades culturales o de recreo (...); a todos los empleados que hoy gozan de sueldos realmente irrisorios; a la obrera del taller y de la fábrica (...); a la madre de familia (...)". Esta panoplia de extraviados se repetirá para la huelga de diciembre.

28. La ley de subsistencias y el reglamento pueden verse, además de en las Gacetas de 12 y 25 de noviembre, en BIRS, Seg. Semestre 1916, pp. 422-426 y 528-543. En la expresión que nosotros hemos subrayado, el BIRS comete un error de transcripción o desliz subliminal. Allí se habla de "moral cotización" (p. 424).

29. La tasa o precio máximo del trigo en BIRS, Pr. Trimestre 1917, pp. 70-72.

30. Para el espíritu reformista -fracasado- de las iniciativas de Alba desde el ministerio de Hacienda en 1916-1917, cfr. M. CABRERA, F. COMIN y J.L. GARCIA DELGADO, Santiago Alba. Un programa de reforma económica en la España del primer tercio del siglo XX, Madrid, 1989. Quizá el proyecto Alba fue el más ambicioso para introducir el fisco español en el siglo XX de los varios que hubo -con destino al cesto de los papeles por lo general- antes de 1931 y sin duda el primero que toma por bandera un franco intervencionismo contemporáneo del Estado en la vida económica superador del intervencionismo tradicional preliberal.

31. Del manifiesto llamando a la huelga del 18 de diciembre por la UGT y la CNT, "A los trabajadores y al pueblo en general", ES, 23-xi-1916. Incluía una específica llamada a las mujeres, principales alborotadoras en 1907 y 1914 y en general en todos los motines de subsistencias.

32. Los testimonios sobre el carácter del movimiento son de García Cortés en un mitin (ES, 14-xii-1916) y de Largo Caballero en El Liberal del 15-xii-1916 respectivamente. La sorpresa ante el cierre del comercio madrileño la expresa El País del 19-xii-1916 que cataloga a éste de muy superior a los de 1895 ó 1900. Señala la excepción de boticas, loterías y estancos. La Cámara de Comercio y el Círculo de la Unión Mercantil fueron desobedecidos en sus consignas progubernamentales.

33. Sobre la idiosincrasia de los trabajadores del transporte véase el capítulo a ellos dedicado. Los tipógrafos no aceptaron de buen grado la organización de la huelga, como tampoco lo harían en 1917. Sobre su oficio se habla más adelante. la semblanza de L. Araquistain en "Impresión de la huelga", ES, 19-xii-1916.

34. Entre otros los de Jaime Vera, "Los grandes problemas sociales", ES, 2-i-1917, donde se recordaba que "fué huelga y no manifestación" y "su tendencia a convertirse en instrumento de transformación económica, política y social"; Largo Caballero, obligado a rectificar su tibieza previa, "Sí, todavía hay pulso", ES, 25-xii-1916; García Cortés y Ovejero en un mitin, ES, 24-xii-1916; etc..

35. En BAM, 5-ii-1917, p. 129, y en AVS, 19-191-16.

36. El bando en BAM, 12-ii-1917, pp. 151-152, y en AVS, 19-191-18. El bando del 11 suspendiendo la tasa en AVS, 19-191-19. Los informes recibidos en la Alcaldía ese año sobre el precio del pan en AVS, 19-406-5.

37. El segundo bando en ibid., p. 152. La información de la votación de la Junta Central en "Triunfo de los panaderos. Suspensión de la tasa", ES, 11-ii-1917. Los tahoneros se remitían a los informes municipales de 1914 y 1916 para demostrar la imposibilidad de la equivalencia de la R.O. del 11 de diciembre. Como funcionaban las "subvenciones" y de donde se trafa el trigo para las fábricas de harinas ("La Fama", "La Ceres", "La Campanilla") en "Libro de entradas y salidas de trigos y harinas 1916-1919", AVS, 24-409-2. Luego llegaría el trigo argentino. Los problemas de 1919-20 que llegaron a ser muy grandes en las Actas de la Comisión especial para la compra de trigos de Madrid de 21-x-1919 a 30-ix-1920, AVS, 26-275-5.

38. El alcalde se salió por la tangente proponiendo una municipalización "subrogada" en fábricas que produjesen un mínimo de 5.000 kilos diarios de pan candeal vendidos a 51 ctos. el kilo, 26 las libretas y 11 el panecillo, más el pan de barras de dos kilos a 47 el kilo. (Sesión extraordinaria de 26-ii-1917 en BAM, 12-iii-1917, pp. 253-256). Pura ciencia ficción que dejó el pan sin tasar. La R.O. en BIRS, Pr. Semestre 1917, pp. 377-384. El Ayuntamiento hablaba de un beneficio de 7 céntimos en kilo para las fábricas de más de 5.000 kilos (en Madrid una) con la equivalencia, pero de ser necesarios tres céntimos de margen para las de más de 1.000 kilos (85) y seis para las de menos (97). Un caso similar al del pan sucedió con la carne en marzo por una subida desautorizada - toda subida debía ser estudiada por las Juntas-. Las multas impuestas a los carniceros por el alcalde provocaron alborotos en el Matadero y la agresión al concejal Noguera, que en principio dimitió por

esta cuestión. El alcalde tuvo que personarse in situ, pero fue el jefe de policía el que negoció con el gremio para que se calmase. El resultado: una subida de 20 céntimos en kilo tras una amenaza de huelga para el 6 de abril.

39. El manifiesto en ES, 28-iii-1917. Las invocaciones interclasistas, tan llamativas en otras ocasiones, brillaban ahora por su ausencia. Y es que una huelga revolucionaria no parecía competencia de la "clase media".

40. El acuerdo de la tasa en sesión extraordinaria de los días 3 y 4 de abril de 1917 y bando del 6, BAM, 9-iv-1917, pp. 345-346 y 360. También en AVS, 19-409-12. Los socialistas, que votaron en contra de la solución final, junto a los republicanos, responsabilizaron a los tenientes de alcalde, "nombrados de real orden", a los concejales "monárquicos", al "alcalde del rey" y "adicto incondicional" de García Prieto (abogado de "la Fama", fábrica de harinas), que de hecho ese mismo mes le convertiría en ministro de Fomento de su nuevo gabinete. Lo que es lo mismo acusaban al rey y a la monarquía. Una huelga contra el régimen estaba en marcha. En "Otra prueba más", ES, 5-iv-1917. La tasa se aprobó como "apaciguamiento" tras la liberación de los "sediciosos", entre otros, Besteiro o Largo, que eran concejales.

41. Estos impagables análisis comienzan el 13 de marzo, toman cuerpo editorial el 17 de marzo y se convierten en un serial propagandístico en ocho capítulos hasta el 24 de ese mes. Los "cambios fundamentales" iniciados con el "pan" y las "huelgas" luego irán mucho más lejos, pero esto entonces no se sabía. Para la mayor parte de los pensadores de la II Internacional -con alguna excepción entre los socialistas de Zimmerwald y grupos disidentes, minoritaria incluso entre éstos por otra parte- la democracia y el capitalismo desarrollados, la burguesía avanzada y las libertades civiles debían haber llegado a su cenit antes de la venida del socialismo. De esta mentalidad participaba ampliamente el socialismo español. Cfr. el editorial "Palabras y hechos" dirigido a Ruiz Jiménez, entonces ministro de Gobernación (ES, 9-xii-1916): "al Poder aspiramos desde que nos constituímos en partido político, señor ministro, hace muchos años; que sea llegado el momento de conquistarlo es cosa que no creemos nosotros mismos, ni creerá nadie. Más aún: cuando el Socialismo se halle próximo a asaltar el poder habrán adelantado tanto las cosas que el capitalismo no tendrá en los Gobiernos a ministros como el señor Ruiz Jiménez".

42. La explicación clásica de la crisis del verano de 1917 en J.A. LACOMBA, La crisis española de 1917, Madrid, 1970. Aquí se encuentra abundante bibliografía y testimonios de protagonistas. Otras aportaciones en M. TUÑÓN DE LARA, "1917-1920: una crisis institucional", Tiempo de Historia, 18, 1976, pp. 18-35; G.H. MEAKER, La izquierda revolucionaria en España, Barcelona, 1978; Albert BALCELLS, "España: la crisis de 1917", Historia 16. Siglo XX. Historia Universal, 6, 1983, pp. 115-128; JOAN SERRALLONGA I URQUIDI, "Motines y revolución. España, 1917", Ayer, 4, 1991, pp. 169-191.

43. Pablo Iglesias era precisamente partidario de que la huelga fuese presentada sólo como de solidaridad con los ferroviarios. Las reticencias entre algunos oficios madrileños, con los tipógrafos a la cabeza, sobre el carácter y viabilidad de la huelga, pueden verse más adelante. Los testimonios no los muestran muy entusiasmados ante este tipo de huelgas, que reportaban a los oficios asociados más quebraderos de cabeza que auténticas ventajas. El manifiesto en LACOMBA, La crisis..., pp. 251-253. No se cita en absoluto el problema de las subsistencias.

44. Sobre la huelga de agosto cfr. entre otros muchos testimonios episódicos Luis ARAQUISTAIN, Entre la guerra y la revolución (España en 1917), Madrid, 1917; Manuel BURGOS Y MAZO, Vida política española. Páginas históricas de 1917, Madrid, 1917; J. BUXADE, España en crisis. La bullanga misteriosa de 1917, Barcelona, 1917; Marcelino DOMINGO, ¿Renovación o revolución? Historia política documentada de un período (junio a octubre de 1917), Barcelona, 1917; Fernando SOLDEVILLA, Tres revoluciones, Madrid, 1917; LA DERA, Fechas de sangre. Dos semanas de

anarquía en España, Madrid, 1917; Mauro BAJATIERRA, Desde las barricadas. Una semana de revolución en España. Las jornadas de Madrid en agosto de 1917, Tortosa, 1918; VVAA., Los sucesos de agosto ante el Parlamento, Madrid, 1918 y La huelga de agosto en el Parlamento. Acción de la minoría socialista. Discursos..., Madrid, 1918. Estas cuatro últimas obras son las más ricas en datos sobre los sucesos de Madrid. También cfr. Manuel CORDERO, Los socialistas y la revolución, Madrid, 1932; Jacinto MARTÍN, Huelga general de 1917, Madrid, 1966; y Andrés SABORIT, La huelga de agosto de 1917, México, 1967.

45. Véase el carácter de esta huelga "revolucionaria" que, cuando aún ésta no había finalizado (el 16 de agosto), el "padre alcalde" enviaba una circular al personal a su servicio para que extremasen el celo en los repesos del pan, aunque "del patriotismo de los gremios de esta capital no ha de esperarse, seguramente, que puedan utilizar las circunstancias porque atravesamos para expender los artículos de primera necesidad en condiciones de obtener, merced a procedimientos reprobables, un mayor lucro en las transacciones", BAM, 20-viii-1917, p. 871. Los ciudadanos, por muy subversivos que sean, siempre tienen razón.

46. Sobre las dudas de las gentes de orden cfr. el testimonio de Miguel Maura en carta a su hermano (cit. en J.A. LACOMBA, La crisis..., pp. 508-510): "la tropa extraordinariamente bien, porque ha pegado con saña y no ha perdonado medio de hacer pupa". Este testimonio es más bien de alivio, que de sadismo. Véase el de LADERA, "¿Pegarán los soldados?... Si pegan, bien; pero si no... Y los soldados pegaron", Fechas de sangre..., p. 276. Los agradecimientos y felicitaciones de las asociaciones gremiales y mercantiles, del Concejo, prensa, etc., a las fuerzas de orden público y al Ejército se multiplicaron en los días sucesivos. Sobre todo esto no hay que olvidar que la crisis la precipita el descontento y la rebeldía de buena parte del ejército. Los socialistas sabían del malestar en sus filas y entre los guardias de Seguridad. Estos habían protagonizado incidentes y protestas en la DGS y en las Comisarías de Hospicio y Universidad y sufrieron traslados y ceses como represalia durante la primera semana de agosto. (ES, 4, 5 y 6-viii-1917). A toro pasado se criticó el convencimiento de los Besteiro, Saborit, Cordero, etc., de que la tropa se abstendría en la represión. Llana -desde la minería asturiana, donde a los un formes se les veía de un modo muy distinto- consideraba una "candidez" no haber repartido armas "ya que a una huelga revolucionaria no se puede ir con las manos vacías", en la 14ª sesión del XIII Congreso de la UGT, ES, 8-x-1918.

47. En el Extrarradio y alrededores de Madrid ya había antecedentes de protestas colectivas incontroladas además de las citadas. En la última, el 21 de mayo de 1917, cerca de 2.000 vecinos de Tetuán de las Victorias estuvieron a punto de incendiar el convento de los jesuitas de Chamartín de la Rosa, por un caso de intoxicación alimentaria colectiva (de unas 200 personas, sobre todo niños menores de diez años, ancianos y mujeres, con al menos una muerte) de la "sopa conventual" que diariamente se repartía allí. Al parecer los pucheros tenían cardenillo. El análisis sanitario de la sopa, "condimentada a base de toda especie de residuos", confirmó esa impresión. La prensa de izquierdas aprovechó el evento para extenderse sobre "el veneno jesuítico" y otros tópicos anticlericales (p. ej. en ES, "La caridad jesuítica está emponzoñada", 22-v-1917, "Jesuitas envenenadores", 23-v-1917 o "Se reparte veneno material a la puerta de un convento madrileño", 25-v-1917). El rumor mítico que relacionaba a los religiosos con la manipulación de los alimentos y el agua, con intoxicación real o no de por medio, perduró desde el Madrid isabelino (el del cólera y el agua ponzoñosa) al republicano (el de los caramelos envenenados de mayo de 1936) y solía crear histeria colectiva con suma facilidad. En este caso es una muestra de la gran cantidad de pobres que se arremolinaban en los márgenes de la ciudad prestos a descender a ella para protestar. En agosto en Bravo Murillo se encontraron con una barrera infranqueable.

48. Por lo que sabemos, los presos declararon y el propio Salillas dijo, en cartas a la prensa, puede colegirse que este director, figura eminente de la criminología y ciencia penitenciaria española, se enfrentó abiertamente con los viejos métodos de la poco modélica Modelo desde su llegada en mayo de 1917 y esto provocó su salida. El verdadero terror al retorno de procedimientos desterrados y a

las represalias condujo a la rebelión. Sobre esto puede verse "En la Cárcel Modelo", ES, 3-viii-1917, las cartas de Salillas en ES, 4-viii-1917 (donde habla de "la enemiga del personal" hacia lo que él representaba), la carta de los presos en ES, 6-viii-1917. En ella se alude directamente a "los desafíos y bravuconería" del nuevo director. Este se tomó cumplida venganza durante la huelga del humillante paseo triunfal del antecesor para imponer la calma. Rafael Salillas falleció en 1923 y aún hoy tiene un sitio en la historia del pensamiento social de nuestro país. Riopérez también se ganó el suyo entre los recuerdos más negros de la historia penitenciaria española. Las fuentes militares hablan de siete presos muertos. Cfr. SHM, Sección AGM, 2a-4a, Leg. 167 ("Huelgas 1913-1922"). También la Cruz Roja corrobora por su actividad los puntos más calientes de la ciudad y alrededores: Cuatro Caminos, Tetuán de las Victorias, Puente de Vallecas, Ventas del Espíritu Santo. En La Cruz Roja, 183, ix-1917, pp. 311-316 (en el mismo legajo). Entre los agredidos atendidos un farolero y algún religioso.

49. El testimonio de Besteiro en el Parlamento en mayo de 1918, La huelga de agosto..., p. 192. También habla de las malas condiciones de la Modelo aunque no se refiere a Salillas. La anécdota de la detención la contaba el propio Largo Caballero en su Correspondencia secreta..., p. 76, citado por J.A. LACOMBA, La crisis..., p. 262. La protesta recogía tradiciones de la vida madrileña incluso en los consabidos comentarios. Véase el de Miguel Maura sobre la huelga de 1917: "es asombroso como el carácter madrileño, tan pacífico y borreguil, es capaz de dar momentos de arranque como los que han tenido los obreros estos días atrás; a pesar de las ametralladoras y el fuego de fusilería que sin contemplaciones ni miramientos hacía la tropa, mujeres y hombres permanecían a pie firme tirando piedras" (citado por J.A. LACOMBA, La crisis..., p. 508); y compárese con el editorial de El Socialista "¡Buena jornada!" (25-i-1907) sobre el motín de diez años antes: "el pueblo madrileño es muy sufrido, y aguantará esta vez, como ha aguantado otras (...), no ha querido aguantar (...) y se ha revuelto (...). Las mujeres, que otras veces se han mostrado pasivas y resignadas (...) han acreditado en esta ocasión excelente sentido y grandes arrestos". Hechos diferentes, el mismo cañamazo.

50. Los resúmenes de la 1ª región militar informaban que el 17 de agosto la circulación de los tranvías ya se hallaba normalizada y el 18 que "la Intendencia ha dejado de fabricar pan para el municipio", SHM, Secc. AGM, ibid..

V. LA AGONIA DE UNA FORMA DE PROTESTA. CASTIGOS EJEMPLARES

Y "NORMALIZACION" (1917-1923)

V.1. Una tregua: el kilo de 800 gramos (1918)

El Gobierno Dato no sobrevivió mucho tiempo al embate del verano, abriendo con su caída a finales de año la puerta a los Gobiernos "de concentración" como el de García Prieto. Con él, en diciembre se fue Prado y Palacio, reemplazado por José Francos Rodríguez, no sin antes haberse elevado cuatro céntimos la tasa del pan. Dos meses después de la huelga una Real orden -del ministerio de la Gobernación que es a quien pertenecía ahora la Comisaría general de Abastecimientos- de 9 de octubre conminaba a la Junta provincial a revisar la tasa del trigo y harina para el año agrícola de 1917-18. El Gobernador Civil, Abilio Calderón, hacía público un bando (de 13 de octubre) señalando el máximo en 41/42 pesetas los 100 kilogramos de trigo y en 51 ó 53 pesetas la harina, según fuese para "pan blanco de familia" o "de flor". También incluía la tasación del pan, prescindiendo del criterio del Ayuntamiento al que se obviaba en esta cuestión, fijándola en 50 céntimos el kilo el pan de barras de dos kilos (el "de familias") y en 56 céntimos el de flor ("de piezas")¹.

Las reclamaciones de los panaderos eran continuas por no encontrar trigo y harina a las tasas establecidas y, pese a la reciente represión, menudearon los incidentes en las tahonas y carbonerías en enero. También por entonces comenzaron los cortes de fluido². El Sindicato de la Panadería no tardó en amenazar con un cierre de las tahonas si no se les suministraba harina a precio de tasa. Durante enero había habido disturbios en Barcelona, Málaga o Alicante. El Ayuntamiento, renovado desde noviembre del año anterior -aunque sin la presencia socialista-, aprobó en sesión extraordinaria de 31 de enero un dictamen -con muy pocas enmiendas- emitido por una Comisión especial nombrada al efecto, con una serie de medidas tendentes a facilitar la incautación de trigos para darlos a precio de tasa -esto es, subvencionar la harina-, obligar a los tahoneros a que pesasen el pan, no conceder licencias a nuevas fábricas que no pasasen de los 5.000 kilos diarios y otros buenos deseos similares³.

Esto condujo a la promulgación el 7 de marzo de una Real orden del propio García Prieto fijando un máximo de ámbito nacional de 40 pesetas los 100 kilos de trigo y 51 la harina, de la que se haría una sola clase "de flor de primera calidad" para el pan candeal de primera. El precio del pan sería el de la harina, excepto en Madrid y Barcelona donde se permitía un sobreprecio de cuatro céntimos (osea 55 céntimos el kilo si no sumamos mal). Con ello se abandonaba la fórmula del pan "de familias" al que se despachaba alegando "que, en realidad, esa fabricación existe solamente escrita en los bandos donde las Autoridades gubernativas consignaron esos convenios con los tahoneros, puesto que tal elaboración no ha tenido la aceptación del público". La harina destinada al pan de Viena (un 10 por 100 del total) quedaría libre de tasa y de la que restase tras su molturación (harina mala o de segunda) se podía hacer un pan de no más de 45 céntimos el kilo. Desaparecía el de segunda y nacía el de tercera⁴.

Como en realidad el que desapareció fue el Gobierno tras la huelga de Correos y Telégrafos de marzo, esta nueva deslegitimación del precio existente en Madrid se quedaba sin valedores. Además, la nueva tasa seguía sin aproximarse a los precios de mercado y el problema seguía insoluble. Por fin la cuadratura del círculo llegó de manos de los tahoneros. Estos amenazaban -por tercera vez en tres meses- con dejar de producir el 9 de abril. El nuevo Gobierno Maura (auténtica union sacrée de la monarquía) que había designado a Ventosa Comisario de Abastecimientos (desde septiembre nuevo ministerio), envió a través de éste al Ayuntamiento la solución en forma de comunicado, sugiriendo a Francos Rodríguez lo convirtiese en propuesta, para guardar las formas y no pisotear la autoridad del Alcalde. La propuesta se limitaba a convertir las piezas de 1.000 y 500 gramos de pan candeal en piezas de 800 y 400 respectivamente al mismo precio claro está. La genialidad fue aprobada en sesiones extraordinarias del Concejo del 8 y 9 de abril y se hizo pública en bando de 12 del mismo mes, diciéndose que el precio sería el de la R.O. de marzo, lo que siguió siendo falso, puesto que se mantuvo en los 56 céntimos⁵.

Con ello se consiguió un objetivo múltiple: se evitó el conflicto, se subió el precio sin subirlo y

el tolerado fraude en el peso dejó de tolerarse porque ya no era fraude, evitándose los tahoneros las denuncias -y las autoridades los problemas de orden público- dejándoles un margen de beneficio suficiente. Nótese el ímprobo esfuerzo por no subir el máximo. Como aquí se ha repetido ya, lo importante de una tasa no es que se cumpla o funcione sino que demuestre que las autoridades marcan un justiprecio y tienen autoridad moral para hacerlo. Pese a todo, el Gobierno publicó el mismo día del bando en la Gaceta una nueva tasa del trigo más flexible, ni inferior a 40 pesetas los 100 kilos ni superior a 44, pudiendo moverse la harina entre las 51 y 55 (en un margen de once pesetas), y anunciando que con la importación de trigo argentino se terminaría con el problema, cosa que por supuesto no ocurrió. Y continuando con el ritual habitual éste fue el legado del alcalde, sustituido a las pocas semanas por de nuevo Luis Silvela, tras su periplo gubernamental.

Como era de esperar los socialistas, excluidos del Concejo como consecuencia del movimiento de agosto, se indignaron, afirmando que el kilo se vendía a 70 céntimos y se regresaba al Medievo, alterando la medida los tahoneros como antaño la moneda los judíos (!!), y llegaron a interpelar en el Parlamento sobre esta cuestión con los seis diputados que ahora poseían⁶. El año de 1918 se pasó con constantes amenazas de subidas de precios por los tahoneros, muy molestos con las multas, y de parón en la industria (en junio y julio), evitadas con tolerancia en el peso y negociaciones al límite de lo imposible. Finalmente el 1 de octubre de 1918, con el nuevo año agrícola, hubo nueva tasa provincial del trigo y harina, ya desbordada completamente: a 50 céntimos los 100 kilos de trigo y a 64/62 la harina "única". La alcaldía restableció el peso de 1.000 y 500 gramos pero a su precio real, 68 y 34 céntimos. Este precio, sin ningún precedente histórico en la capital, en realidad era casi una rebaja con respecto a los 70 céntimos kilo en que estaba en realidad desde la primavera⁷.

El final de la guerra nada solucionó. La especulación en esos años de penuria europea aumentó de grado. La ley de Subsistencias se prorrogó por segunda vez, mientras el "Gobierno nacional" constataba su fracaso y se deshacía. Como solía ocurrir tras cada nueva tasa, nuevo alcalde. Vientos republicanos y miedos bolcheviquis se agitaban por las calles de Madrid cuando se iniciaba el invierno.

1918, visto con cierta perspectiva, fue para Madrid un año de tregua desde marzo hasta diciembre. Fue el año de la resaca de 1917, en las que muchas sociedades obreras se movieron con bastante prudencia; el año del "despegue" electoral y de la amnistía para los socialistas; el año en que los republicanos comienzan su largo mutis voluntario hasta casi diez años después; el año del mutis obligatorio de los socialistas en el Ayuntamiento; el año de la "unidad" monárquica -con la Lliga- en el Gobierno; año de huelgas, pero sin punto de comparación con las de los dos años siguientes; el año del fin de la guerra; el año del kilo de 800 gramos; y, en definitiva, el año del alcalde "popular".

V.2. Los alcaldes "populares", el motín de 1919 y la tasa perpetua (1919)

Efectivamente, en noviembre, cuando irónicamente se inauguraba uno de los períodos de máxima inestabilidad en el Ejecutivo, que vería ver pasar gobiernos a velocidad de vértigo, era elegido por vez primera en Madrid un alcalde por los concejales, representantes populares, y no impuesto desde arriba por Real Decreto. Este breve disfrute de la democracia municipal duró hasta marzo de 1922, aunque sus últimos tres meses fueron de total agonía. Pero hasta diciembre de 1921 Madrid sólo vio dos alcaldes, Luis Garrido Juaristi (hasta abril de 1920) y Ramón Rivero de Miranda, conde de Limpias, cuando hubo ocho cambios de Gobierno mientras tanto. Para completar la paradoja ambos ediles afrontaron cuatro huelgas generales de panadería en dos años y una oleada huelguística en toda regla. No tan paradójico fue uno de los procedimientos con el que se afrontó esta puesta de largo de la huelga en Madrid: la tasa inamovible del pan, que no se inmutaría entre enero de 1919 y julio de 1921, cuando el precio de los 100 kilos de harina llegó a colocarse a 82 pesetas en otoño de 1920. Para cerrar este curioso círculo los socialistas, que tanto ansiaban este momento, no formaban parte de las discusiones concejiles cuando llegó la democracia a la Casa de la Villa⁸.

Con el fin de la guerra había llegado la "revolución" al Ayuntamiento. ¿El nuevo poder legítimo deslegitimaría los precios de las subsistencias bajándolos?. Durante el último año el pueblo de Madrid no había recibido ningún estímulo de este cariz sino más bien correcciones de los precios al alza prácticamente constantes. Se había acabado la guerra, el imperio de los Romanov, el de los

Habsburgo, el kaiser. ¿Volvería el pan a los cuarenta céntimos como signo de la nueva era de libertad?. El día 23 de noviembre en la Junta provincial de subsistencias -en pleno Estado Mayor gremial- el Gobernador Civil conseguía un abaratamiento de los precios (¿como en 1875?) efectivo a partir del 1 de diciembre, que notificó al nuevo alcalde, conteniendo, entre otras, bajas importantes para las patatas, el tocino, el carbón de cocina, los huevos, el jabón, el aceite, etc.. El 2 de enero de 1919 llegaba la tasa del trigo a 48 pesetas el quintal, dos menos que en la anterior, con un margen de 11 pesetas para el quintal de harina, y de cuatro céntimos el kilo de pan sobre el de harina para Madrid y Barcelona. Esto suponía 59 pesetas y 63 céntimos respectivamente, pero como la tasa de la harina en la provincia se situó en 62 pesetas -desde octubre costaba catorce pesetas más que el trigo- el precio del pan sólo bajó dos céntimos, a 66. Al menos era una rebaja⁹.

Nadie estaba convencido sin embargo de que las nuevas tasas pudiesen ser implantadas. El nuevo alcalde se había mostrado desde el principio beligerante con respecto al uso del Mercado de la Cebada como almacén de mercancías -a la espera de una subida de precio-, en pro de un mayor intervencionismo -el factaje municipal- sobre los intermediarios en un mercado que se decía municipal, para evitar entre otras cosas, el encarecimiento de los productos. Tales acuerdos -vistos como amenazas- provocaron conflictos con los abastecedores y en el mismo mercado, no muy diferentes de los que se repetían con cierta periodicidad, principalmente entre los pequeños vendedores, "que son más obreros que patronos"¹⁰.

En primer lugar, los asentadores convocaron un huelga para el 1 de enero de 1919, para retirar el oficio después. A cambio pidieron precios dobles a las verduleras. Con ello, se garantizaba el motín, que estalló el 2 de enero. Las tenderas se negaron a comprar mercancía en la Cebada, se dirigieron a la plaza del Humilladero, "convirtiendo aquellos lugares en un verdadero campo de batalla" (las batallas nabales que describiera Quevedo trescientos años antes). El conflicto de orden público fue apaciguado por el teniente de alcalde de distrito primero y el "padre alcalde" después, que tuvieron que personarse in situ y prohibir actuar a los revendedores durante todo el día como

apaciguamiento. Las ovaciones y vítores a las autoridades acompañaron su actuación¹¹.

En este clima de descontento comercial, al que se sumaban los tablajeros, que habían manifestado serles imposible vender la carne a las nuevas tasas, llegaba la tasa del pan. Días antes, Garrido Juaristi, de nuevo en una conferencia en el Teatro Español -respaldado por los votos y no por Romanones, un tanto reticente a lo que parecía un descontrol municipal-, achacaba directamente al Gobierno los problemas del encarecimiento, se pronunciaba a favor de la municipalización del abasto y matadero de la carne, en pro de la reducción del número de tablajerías y a favor de que "surja el conflicto, a ver si de tal modo se hace algo en beneficio del pueblo", advirtiendo que faltaría carne en la ciudad. Sobre el pan, que el "hueso" de su tasa siempre acababa en el Ayuntamiento, mientras que la del trigo no se cumplía por intereses de la gente "de gran influencia", y que probablemente también faltaría en los días siguientes. "El Gobierno ya nos dará plomo" respondió una voz anónima y profética. Esta deslegitimación por arriba llegaba en un momento sumamente delicado para los tahoneros, que tenían que encarar una petición colectiva de aumentos de jornal entre los obreros panaderos. Estos, a los que se había mantenido a raya con unos polémicos contratos colectivos, que les habían enfrentado entre ellos, parecían haber llegado a un acuerdo en el otoño de 1918 para hacer una reivindicación conjunta. Finalmente sólo los candelistas plantearon el aumento en un momento especialmente polémico -es decir, cuando se discutía la tasa del pan-, por motivos que soslayamos de momento y que veremos más adelante al explicar la huelga general de panadería que se planteará por esta cuestión con mucho más detenimiento. En cualquier caso todo el embrollo sí sabía el pueblo de Madrid como acababa: con el pan y la carne más caros¹².

Por esto, la noticia de la tasa y la rebaja del pan resultaba casi una provocación a tal tópico. Como para el 21 habían convocado una huelga los candelistas -en contra de la opinión mayoritaria socialista y de las sociedades hermanas y que duró 24 horas escasas-, que en el Ayuntamiento se denominaba genéricamente "huelga de fabricantes", conscientes de la voluntad del gremio de ir al conflicto, las minorías municipales republicana y maurista presentaron sendas proposiciones, que el Concejo hizo

suyas, encaminadas a impulsar al Gobierno a intervenir con energía en materia de subsistencias o dimitir colectivamente. La respuesta del Ministerio de Abastecimientos no pudo ser más contundente: mediante una Real Orden de 22 de febrero dejaba en suspenso lo anteriormente normado con respecto al pan -los cuatro céntimos de diferencia con la harina-, despojaba de "la facultad concedida al Ayuntamiento de Madrid, para conocer y resolver en cuanto se relacione con el problema del pan" y anulaba toda medida municipal en la materia posterior al 2 de enero. Con ello el pan volvía a los 68 céntimos, se resolvía la huelga/cierre y se humillaba públicamente al Ayuntamiento de Madrid, que tan beligerante se había mostrado. En lugar de destituir al alcalde se le limitaban sus atribuciones¹³.

Ante esta postura, el Ayuntamiento, conocedor de la debilidad del Gabinete, en crisis y ante el conflicto de "La Canadiense", decidió mostrarse en franca rebeldía por práctica unanimidad, presentando su dimisión colectiva en la tarde del 24. Tal postura, compartida incluso por el marqués de Villabrágima, hijo del conde de Romanones, obligó a éste a dar marcha atrás. El 26 de febrero, cuatro días después de la anterior Real Orden, una nueva restablecía las prerrogativas del Ayuntamiento y prometía facilitar harina a Madrid durante seis días. El mismo día Garrido Juaristi restablecía el precio de 66 céntimos¹⁴. Esto invalidaba de hecho la base sobre la que se había llegado a un acuerdo entre patronos y obreros candelistas, por lo que los tahoneros expresaron su voluntad de no abonar los aumentos prometidos si se mantenía el precio de 66 céntimos. Esto suponía que la huelga se repetiría y con ello el conflicto. Los candelistas pararon en la noche del 27 al 28 (viernes). A la mañana siguiente escaseaba el pan y empezaron las colas.

El planteamiento del conflicto fue por tanto diferente al de 1907 ó 1914. Aunque había habido una deslegitimación previa por parte de las autoridades y una cierta llamada a la rebeldía del vecindario (en sentido real o metafórico) como en otras ocasiones, en esta ocasión la división entre la clase política había sido manifiesta. Las dudas y debilidades mostradas por el Gobierno, que en dos meses había rectificado su criterio dos veces y había emitido dos órdenes contradictorias en menos de una

semana, frente a la energía del Ayuntamiento y el "padre alcalde" -elegido por abajo-, que a él se habían enfrentado, eran toda una novedad en una ciudad acostumbrada a que al mínimo problema la autoridad municipal fuese defenestrada como un vulgar funcionario del poder central. A esta "revolución municipal" se incorporaba el pleito sindical, siempre latente y acusado de "confabulación" y de contribuir a encarecer el pan, pero que no había sido el causante directo de anteriores motines. A partir de este momento la mayoría de los disturbios y protestas callejeras tendrán una relación importante con el mundo sindical y en cuanto al pan los trabajadores del ramo se convertirán en los auténticos protagonistas del conflicto en el sector hasta 1923. Sin dejar de ser una cuestión de orden público el problema del pan pasará de las manos de la protesta popular a la sindical. Esta tomará la iniciativa a partir de entonces y durante cuatro huelgas generales, que "coinciden" con los cuatro pináculos de la oleada huelguística de 1919-20. También aumentará el intervencionismo de las autoridades pero ya en un sentido industrial, dirimiendo un pleito laboral, no una confabulación para alterar los precios.

El motín pues, comenzó un viernes, fecha que no era la ideal para estos conflictos colectivos y generalizados como sabemos¹⁵. Pero no podía ser de otro modo al ser una protesta popular forzada por un pleito obrero y que por tanto no podía haberse organizado ni preparado previamente en la tarde/noche del domingo como en ocasiones anteriores¹⁶. El grado de auténtica espontaneidad de esta protesta es mucho mayor y también su carácter apocalíptico y violento. Para empezar ni siquiera se respondía con ella a un alza en los precios, que es en lo que se piensa cuando se habla de un motín de subsistencias, sino a la falta del pan en las tiendas. Su comienzo y dinámica no siguió las pautas anteriores, es decir manifestaciones pidiendo una rebaja, organización de grupos y visitas a los tahoneros y pedreas para los intransigentes. El pueblo madrileño había asistido a la resistencia tahoneril en los últimos días y cuando la consideraba vencida (por los 66 céntimos) se encontraba con que el pan no se vendía ni a ese precio ni a ninguno. Esta vez no habría visitas por tanto sino un castigo ejemplar para todo el gremio.

Los incidentes comenzaron por la mañana y en los barrios bajos como era habitual -es decir en los distritos del sur-. Si creemos a las informaciones fue en una tahona, "la de los franceses", en la calle de Valencia, 6 -entre las rondas y la plaza de Lavapiés- donde un centenar de personas, frustradas por no haber podido adquirir pan tras una hora de cola por haberse agotado, "hubieron de lamentarse, y una hija del dueño de la tienda que se hallaba en el balcón, parece ser que se mofó de su desgracia". El público, casi todo mujeres, comenzó la pedrea y el asalto al grito de "¡abajo los tahoneros ladrones!" (no "¡abajo el pan!"), destrozando todos los utensilios, mobiliario, que acabó en la calle y esparciendo los sacos de harina por la calle. "La noticia corrió como la pólvora por el popular barrio de Lavapiés" y con ella los amotinados, armados de hachas, barras de hierro y gruesos garrotes. Comenzó el asalto indiscriminado de tahonas y la siembra de la harina que tan celosamente se escondía. Tras la siembra llegó el fuego purificador con el que se quemó el mobiliario de tahonas enteras. El motín se extendió por la ciudad y "sería tarea muy larga e inútil citar el número de tahonas asaltadas por los amotinados, porque todos los vecinos de Madrid han visto, sin duda, que en sus respectivos distritos no ha quedado sano un establecimiento de esta clase". La fuerza pública hizo lo que pudo, más bien poco como en otras ocasiones, incapacitada para frenar tal avalancha. A la Guardia Civil concentrada en el Ministerio de Gobernación se la dió orden de no salir para evitar incidentes más graves, en la suposición de que tras el castigo a los tahoneros el motín no pasaría a mayores¹⁷.

Pero había transcurrido una guerra, años de humillantes subidas de precios, los ametrallamientos de Cuatro Caminos y la hora de la venganza parecía haber llegado. Por la tarde y noche, a medida que se abandonaba el trabajo, como sabemos ya había ocurrido en 1914, los sucesos se agravaron. En primer lugar comenzó el asalto a ampliarse a las tiendas de comestibles y ultramarinos en general, amenaza que ya se había vislumbrado cinco años antes, pero que entonces sólo se esbozó. Además, las barriadas periféricas pasaron a la acción. A partir de las cinco de la tarde aproximadamente la gente congregada en la glorieta de Cuatro Caminos inició el eclipse de lunas de todo tipo de comercios, tiendas y bares -el Bar Sol; el astro rey también se eclipsó- y el asalto de los comercios

de alimentación -en la tienda de Andrés Gutiérrez en la misma glorieta-. Además se apaleó a un panadero procedente de Torrejón de Ardoz que quiso vender el pan a una peseta el kilo. También destacaron los incidentes en el Puente de Vallecas. En bastantes casos la vanguardia de los grupos asaltantes la formaban hombres "bien trajeados" con trancas y barras metálicas que forzaban los cierres y las puertas, secundados por abundante chiquillería, mujeres y "gente famélica", que requisaban el género, repartiéndolo entre ellos, a los pobres y, en la mayoría de los casos arrojándolo por el aire y a la calle, donde se los repartían los más hambrientos. Pese al saqueo generalizado y vaciado de tiendas en muchos casos se resaltó el escaso beneficio que lograban los asaltantes, que destruían o vertían los géneros, prefiriendo pisotear los productos -e indirectamente, a sus propietarios- que consumirlos. No así los grupos de "rapiña" que esperaban a que los productos fuesen arrojados para abalanzarse sobre ellos, provocándose algún incidente entre unos y otros. En cualquier caso "el viejo criterio" quedó marginado a última hora ante la magnitud de los saqueos: gente corriendo con fardos y sacos, mujeres llenando sus delantales, chicos con capachos que iban de las casas a las tiendas, hogueras como estigmas a la puerta de cada tahona donde se arrojaba todo objeto merecedor del castigo por pertenecer a "granujas", charcos de aceite frente a las tiendas de ultramarinos, un "hormiguero de mujeres y niños que salía de los barrios saqueados hacia las afueras de Madrid cargados con provisiones de todas clases"¹⁸.

La Guardia Civil tuvo que salir a la calle y la intervención de las fuerzas armadas fue creciendo a medida que se extendía la oscuridad y el saqueo. Las detenciones atestaban las Comisarías. Incluso las tiendas más céntricas fueron asaltadas (p.ej. en la calle Mayor), lo que da una idea de la furia y extensión del motín -con la excepción de los establecimientos de la Cooperativa Socialista que fueron respetados-. Aunque se circunscribió a los comestibles, el resto del comercio cerró, como en "los días festivos", y varios tranvías fueron apedreados en la calle de Atocha. Ya al anochecer el Ejército comenzó a ocupar las calles, los bomberos visitaron no menos de ocho calles para apagar incendios. Pese a toda la aparatosidad de estos asaltos no se perdió ni mucho menos la nota festiva característica de estas jornadas, recogida entre líneas por la mayoría de la prensa, pese al tono de dramatismo con

que se presentaban muchas crónicas. Como ejemplos de esto, los aplausos y vítores que desde los balcones recibían los asaltantes, la abundancia de "curiosos y comentaristas, a quienes, como a todos los ciudadanos, resultaban simpáticos los manifestantes"; los muchos momentos hilarantes como que "algunos asaltantes iban montados en burros, nota pintoresca, que celebraba mucho la gente"; el juego del higuf (practicado en Carnaval con un higo seco a ver quien lo descuelga) con los salchichones que pendían en una tienda de la calle Trafalgar, hasta que "al fin, cayeron solemnemente"; en el mismo escenario la caída de varios caballos y jinetes por su propia precipitación cuando cargaban entre el regocijo general. A las once de la noche se proclamó la ley marcial y se declaró el estado de guerra. La fiesta había terminado, lo que no impidió que a la colocación del bando en la Puerta del Sol acudiera "numeroso público" y prosiguieran los incidentes hasta la una¹⁹.

Al día siguiente -1 de marzo- con la ciudad vigilada militarmente no hubo más incidentes que algunos culatazos en las colas de las tahonas. Ese día se promulgaba una Real Orden de Abastecimientos, confirmando los 66 céntimos y el aumento de jornal de los candelistas, y autorizando al Gobierno Civil para la "incautación" de las tahonas. Esta se hacía invocando la ley de subsistencias de 1916. La huelga, que finalmente arrastró a todo el ramo de panadería, fue sofocada a duras penas con la mascarada de la intervención, recurso que se inaugura ahora -aunque venía invocandose desde hacía una década y tenía un pasado tan remoto como la tasa- y que servirá como pantalla para enjuagues inverosímiles entre tahoneros y obreros panaderos con el único fin de mantener el "precio político" fijo en los 66 céntimos, subvencionando abiertamente la industria, bien pagando los aumentos de jornal -a lo que se ofreció ya el Ayuntamiento el mismo día 28 de febrero-, bien pagando la diferencia entre el precio real de la harina y el de tasa. También este conflicto inició los ensayos de la autoridad para abastecer Madrid en el seno de una huelga²⁰.

Fuera del conflicto a tres bandas que se va a dirimir en el seno de la industria panadera a partir de ahora, el motín que cerraba el febrero loco y abría el Carnaval tuvo una muy amplia repercusión para la vida de la ciudad. Su impacto fue soslayado a la larga por las crónicas de la vida nacional y

por reflejo más tarde por la historiografía, mucho más ajenas ambas al reto sindicalista que se estaba lanzando desde Barcelona, un conflicto radicalmente nuevo, enmarcado en la lucha dual de clases entre obreros y patronos, la lucha de nuestro tiempo, el problema del porvenir y casi del siglo. Ante el poder sindicalista es evidente que un vulgar motín "del pan" de los de toda la vida, que rayaba en lo anacrónico y hasta en lo folklórico en el siglo bolchevique, empalidecía en gran medida. El principal argumento para descalificarlo era que no tenía organización ni objetivo alguno. Tras huelgas colosalmente preparadas como las de 1916 y 1917 estos disturbios no aportaban nada ni al progreso social ni al movimiento obrero. Hasta los medios más simpatizantes con estas protestas prescindieron de su recuerdo. De hecho el motín sólo fue coprotagonista de esos días junto a la huelga del sector, de la que sí siguió hablandose durante los meses siguientes²¹.

El balance del motín según los datos de la DGS alcanzó importantes dimensiones, si se le compara con sus predecesores: 87 tahonas, siete despachos de pan y 106 tiendas de comestibles habían sido saqueadas; ningún incendio importante en los interiores, aunque sí numerosas hogueras de género y utensilios en las calles; 268 detenidos; infinidad de productos robados, recuperados unos en manos de maleantes, otros en las mismas detenciones in situ, pero también por registros domiciliarios; más de 100 heridos; y pérdidas calculadas a priori en 200.000 duros (un millón, que sonaba rotundo y redondo). Según El Socialista incluso hubo dos muertos, ambos en el mismo incidente, el más grave al parecer, en el que el tendero Severo Belmonte Ruiz recibió a tiros a la multitud que asaltaba su tienda de Delicias, 1. Las detenciones continuaron en los días siguientes por delaciones anónimas con lo que sin duda se pasó de los 300 detenidos²².

Como era de esperar los comerciantes expresaron su enérgica protesta a través de la Cámara de Comercio, el Círculo de la Unión Mercantil o la Federación Gremial de Manuel Marraco - republicano para más señas-, muy concretamente contra las autoridades por su pasividad y desprotección total. La última atribuyó el motín a los Gobiernos y a los "políticos" (como el alcalde de Madrid ya había hecho antes del conflicto por otra parte). La irritación del pequeño comercio era

tanto mayor cuanto se habían subido las tarifas ferroviarias y nadie se había amotinado. La Cámara - que dirigía el ex-alcalde Carlos Prast- en un documento avalado por las firmas de la de Industria, el Círculo, Defensa Mercantil Patronal y "La Unica", arrojaba la cifra de 1.004.606'57 pesetas de pérdidas, lo que se aproxima bastante a la calculada en cifras redondas por la prensa. En este documento los comerciantes eran presentados como víctimas de las exportaciones y acaparamientos abusivos de productores e intermediarios y se denunciaba su indefensión, que contrastaba con la mano dura que se aplicaba para la defensa de otros propietarios -rurales y grandes industriales-. Lo cierto es que la lenidad para con estos disturbios databa de antiguo como sabemos en Madrid. Sólo que las dimensiones de este motín habían superado lo conocido hasta la fecha. El Gobierno concedería un anticipo de 400.000 pesetas como indemnización²³.

Sin duda el impacto psicológico sobre los comerciantes fue mucho mayor, porque "observan algo peor que el mismo saqueo; observan la complacencia con que muchos, muchos vecinos [y policía añadiríamos nosotros] veían la acción de masas". Este miedo y sentimiento de rechazo hacia ellos sin duda tuvo su importancia en el aliento de organizaciones como la "Unión Ciudadana" para la defensa voluntaria de la propiedad -luego rompehuelgas-. La lectura de lo que era un motín tradicional sin embargo fue mucho más social que antaño. Ya no se trataba de la justicia contra un gremio odioso por sus tejemanejes con el precio -castigo incluso simpático- sino de una revuelta indiscriminada contra los propietarios más humildes en muchos casos. El miedo a los sindicatos rojos tomaba cuerpo y forma física aún antes de que estos comenzaran sus verdaderas actividades en la ciudad. También la incapacidad de las autoridades para contener a las turbas y su debilidad, luego manifiesta con medidas como las ocho horas, la supresión del trabajo nocturno de los panaderos, etc.²⁴.

Paradójicamente el motín del 28 de febrero no demostró un aumento de conciencia de clase entre la turba ni un deseo revolucionario, pero su estallido en un contexto determinado -el indefinido mundo de postguerra de miedos burgueses y amenazas rojas-, le dio un rostro obrero con el tiempo y en el recuerdo. De hecho inauguró en Madrid sin duda alguna la riada de huelgas de la primavera y el

bienio 1919-1920, entronizando el clímax de malestar y protesta colectiva que caracterizó a esos años. Curiosamente, o quizás por eso, el más dañino y virulento, auténtico apocalipsis justiciero y castigo del comercio de la capital, purga de todas las penurias y humillaciones -como la de 1917- de la guerra -independientemente de la responsabilidad, más bien escasa a nuestro juicio, que en estos hechos tenían-, resultó una vía muerta sin sucesores.

Probablemente, su carencia de organización y violencia indiscriminada, la pérdida del "viejo estilo", y otros rasgos mencionados que lo hacían atípico, muestra a nuestro juicio que estos motines ya no resultaban atractivos a los jornaleros y trabajadores de la ciudad si querían obtener resultados más prácticos. Las autoridades y elementos de orden no parecían dispuestos a tolerar estos "motines de Corte", que de simpáticos se habían convertido en definitivamente peligrosos. Este fue el último gran motín extendido a toda la ciudad durante una jornada entera que hubo en Madrid hasta 1923 y, relacionado con las subsistencias, quizá fue históricamente el último. Los disturbios que subrayaron otras huelgas generales de panadería, como en 1920, fueron más bien ecos agónicos de una forma histórica de protesta. En este sentido fue un canto del cisne muy contundente pero especialmente amargo porque inauguraba la era de los conflictos "de clase", en los cuales ya se hallaba inmerso. Por supuesto esto no quiere decir que los conflictos huelguísticos no derivasen en algaradas callejeras y que no estallasen disturbios aislados más o menos espontáneos en los años siguientes. Pero la huelga se convirtió en el medio de protesta preferido de los trabajadores y en su reto primordial al poder constituido a partir de entonces. Parece que tras el desahogo ejemplarizante una vez concluida la guerra, el pueblo de Madrid se consagró a intentar restablecer su maltrecho poder adquisitivo y a buscar mediante el conflicto industrial un intervencionismo real del Estado en la vida económica favorable a sus intereses.

El tema del pan es emblemático en ese sentido²⁵. En el Ayuntamiento se era perfectamente consciente que si este problema se convertía en un problema industrial/laboral el intervencionismo estatal en el municipio iba a ser permanente y la alborada de la autonomía municipal que se estaba

viviendo podía seguir el mismo camino que la harina o el aceite el día 28. La solución "incautadora" de hecho marginó totalmente al Concejo, lo que suscitó protestas y la retirada temporal de la minoría maurista²⁶. Como tal procedimiento duró poco -hasta que se logró/impuso un acuerdo entre obreros y patronos- la situación continuó siendo incierta y muy precaria. Prácticamente sólo en Madrid se obligaba a los fabricantes a vender taxativamente la harina a precio de tasa, con el objetivo de "congelar" el precio del pan, pero como los trigueros de provincias no estaban dispuestos a vender el cereal a 48 pesetas -que se mantuvo todo el año como tasa ficticia-, los problemas de abastecimiento fueron constantes. Con ello "se comenzó como régimen definitivo con lo que antes se hiciera en momentos de peligro: se molturaba en Madrid el trigo que buenamente se adquiría y la harina que faltaba se compraba en provincias por el Ministerio, entregándola a los panaderos a precio de tasa", con lo que se subvencionaba la industria para mantener la producción. En un principio el Ministerio de Abastecimientos -que durante 1919 tuvo nada menos que siete titulares- trató de respetar la tasa por él mismo fijada, más tarde compraría directamente harinas más caras para venderlas baratas, tratando de impedir por todos los medios que Madrid se quedara sin existencias, y llegando a crear -en octubre de 1919- un Comité de compras especial para Madrid, controlado por un inspector y autorizado para comprar trigos a precio superior al de tasa, abonando el Estado las diferencias²⁷.

Mal que bien, este expediente -más efectivo que los eternos proyectos "municipalizadores" y subrogatorios del Ayuntamiento, a los que Garrido Juaristi aportó su granito de arena- permitió estabilidad en el precio y en la alcaldía y capear con mayor fortuna que en el invierno la huelga de panaderos de noviembre²⁸. La solución de ésta se inclinó de una forma más abierta aún que la anterior por la intervención estatal en la industria, básicamente reducida al abono por el Estado del aumento de los jornales pedidos por los panaderos a sus patronos, como medio temporal mientras el Ayuntamiento estudiaba un proyecto de municipalización directa o subrogada, medio al que fue autorizado y conminado por el Ministerio de Gobernación -que fue quien dictó la incautación, y no Abastecimientos, ministerio que iniciaba su ocaso desde el momento en que el problema de los alimentos se relacionaba con el trabajo y los salarios- en R.O. de 28 de noviembre. El Concejo, que

tenía que bregar con hechos consumados, determinó el 2 de diciembre que su objetivo era "municipalizar la mayoría de los servicios públicos" pero que no había la suficiente preparación en la Casa de la Villa para tal evento ni medios presupuestarios. A lo único que se comprometió fue a formar una Comisión para establecer una tahona reguladora, el viejo sueño de hacía quince años²⁹.

En el fondo, la pugna entre Ayuntamiento y Gobierno continuaba. Este, irritado por la pasividad de los munícipes para hacerse cargo de tan espinoso asunto, se curó en salud convirtiéndose en juez y parte de la industria panadera. Puesto que era "patrono" temporal del negocio, el nuevo Gabinete Allende salazar que por aquel entonces subía al poder, permitió al nuevo Gobernador Civil, marqués de Grijalba, arrogarse las prerrogativas del repeso, "mientras esta elaboración dependa directamente del Poder central" (12 de diciembre), con lo que recortaba poder municipal y se procuraba un respiro, evitando las denuncias del pan falto. Esta medida de dudosa base legal fue la respuesta inmediata a un repeso ejercido por los tenientes de alcalde el mismo día 12 a causa de "numerosas reclamaciones". Con ello se cortaba cualquier agitación "municipal" semejante a la de febrero en un Madrid en plena vorágine de huelgas generales entre noviembre y diciembre, a las que se sumó el lock-out de la construcción³⁰.

Este régimen de excepción dentro del régimen de excepción duró poco. Con el cambio de año terminó la incautación, se creó una Comisión (¡otra más!) para el estudio del problema y el 30 de enero incluso se devolvió la facultad del repeso al Ayuntamiento. Pese a todo, el Estado se siguió comprometiendo a abonar la subida de los jornales, con lo que la subvención se convertía en múltiple -del trigo, de la harina y de la mano de obra-. El pan de Madrid, elaborado con harina de mala calidad -la más barata posible-, trigo argentino -de clase diferente al habitual- y de harina libre -sólo el de lujo-, era "una cosa que ni se parece al pan que ordinariamente se consume". Pero la norma de su precio inamovible continuó siendo una variable fija en todo proyecto al respecto³¹.

V.3. El retorno de los socialistas, la "agitación municipal" y las quemas de tranvías (1920)

En los meses siguientes, tras un sesudo estudio de las posibilidades de crear un órgano monopolístico de la industria panadera o una municipalización, se optó por dejar las cosas como estaban, tanto por los diferentes criterios e intereses enfrentados como por la incapacidad e impotencia manifiesta del Concejo madrileño de hacerse cargo de tanta empresa³². Las cosas no cambiaron tras las elecciones municipales del 8 de febrero, que dieron nada menos que siete concejales a los socialistas, ausentes durante dos años de las sesiones municipales, y otras siete a los mauristas. Garrido Juaristi, cuando ya era ex-alcalde expresaba la imposibilidad de que el Ayuntamiento solucionase el problema, tras haber pasado su gran oportunidad en noviembre-diciembre de 1919. Aunque en su nueva composición "han aumentado los concejales partidarios de las municipalizaciones, (...) en relación con la industria de panificación tengo la seguridad de que sólo la votarán, si se propone, los socialistas y algún que otro concejal suelto"³³.

No se equivocaba el perspicaz edil, pero aún así era evidente que el cambio de equilibrio municipal, con trece concejales mauristas, ocho republicanos y siete socialistas -que habían ido por vez primera solos a las elecciones desde antes de la guerra-, mostraba una combinación muy diferente a la de los gobiernos "tecnocráticos" o luego la del Gobierno Dato. El gran éxito socialista (segunda fuerza política más votada) podía hacer presagiar que los trabajadores de Madrid buscaban ya soluciones más políticas y modernas a través del movimiento sindical y del Partido Obrero. En cualquier caso lo que era seguro es que el Ayuntamiento volvía a ser un centro de agitación con sangre nueva. Como novedad, por primera vez en la historia municipal, tras unas elecciones cambiaba el alcalde sin intervención gubernamental. Los concejales votaron al conde de Limpias, maurista, por 25 votos de 48 presentes, necesitando segunda votación por no alcanzar mayoría absoluta. Más excepcional resultó que se votará como quinto teniente de alcalde a un socialista, y panadero, Manuel Cordero, y a un tercerista, García Cortés, como procurador síndico. Cordero también necesitó segunda vuelta tras haber sido derrotado en la primera³⁴.

Una nueva era parecía comenzar también en las esferas gubernamentales con el Gobierno Dato de mayo. Este había comenzado por suprimir el Ministerio de Abastecimientos, sustituyendolo por una Comisaría general dependiente de Fomento y crear el Ministerio de Trabajo. De los precios a los salarios, de las subsistencias a los sindicatos. Para reforzar la idea del relevo, el primer ministro del nuevo departamento, Carlos Cañal, ya lo había sido del desaparecido hacía menos de ocho meses -de él dimitió precisamente por desear su supresión-. El nuevo Gobierno no parecía dispuesto a proseguir la sangría de los anteriores subvencionando la industria panadera y comenzó a disminuir la harina de tasa. Ante la imposibilidad de vender el pan a un precio superior los tahoneros comenzaron a disminuir su producción. Esto pudo haber provocado un nuevo motín, y de hecho entre el 17 y el 19 de mayo hubo varios disturbios en tahonas de Bellas Vistas, manifestaciones en Bravo Murillo, roturas de lunas y cierres de tiendas, incidentes en la calle de Toledo. Pero los tiempos del motín parecían haber pasado y el protagonismo ya era de un sindicato de industria, el de Artes Blancas, que fue quien protagonizó el pulso con las autoridades en solidaridad con los huelguistas de "La Fortuna". El punto de vista gubernamental tampoco era el mismo y el despliegue de fuerza armada -tras los tiroteos del mes anterior- cortó todo intento de generalizar los asaltos. Aunque al hilo de la huelga y de la falta de pan menudearon los incidentes (en Puente de Vallecas, Barajas, Canillejas, Puerta del Sol), las pedreas, los cierres de tiendas y otros desórdenes al menos hasta el 25 de mayo, ni se trató de un motín ejemplar como los de antaño ni tuvo una dinámica propia, sino que más bien fue una manifestación dispersa de frustración totalmente dependiente de la organización sindical y obrera, que incluso impidió la generalización del conflicto y llamó a las masas al orden y la calma. En estos disturbios anduvo Cordero, que era teniente alcalde de la Inclusa, haciendo de "padre alcalde" organizando decomisos de pan y repartiendolo por su distrito -entre su electorado-, por lo que en un tris estuvo de ser detenido³⁵.

Ni la huelga ni por supuesto los disturbios que la acompañaron tuvieron un gran éxito ni material ni de opinión pública, ni siquiera de contundencia, puesto que la alcaldía, la "Unión Ciudadana", los tahoneros y las autoridades en general habían aprendido a contrarrestar las huelgas generales de

panadería -cada vez más largas cuando antes eran concluidas en 24 horas- con un abastecimiento y producción paralela más o menos decente. Para haber sido una huelga general de panadería los incidentes habían sido mínimos, lo que demostraba la capacidad por vez primera demostrada del Ayuntamiento para hacer frente a tal problema³⁶. Sí dejó unas secuelas importantes de irritación que buscaron un nuevo objetivo, diferente del manido alimento básico, que había sido sustraído de la "iniciativa popular" por los sindicatos obrero y patronal y las autoridades de una forma aparentemente definitiva.

La "iniciativa popular" encontró un campo de actuación menos intervenido por las organizaciones de clase para hacerse notar en el problema de los tranvías. El gasto en transporte urbano también formaba parte de los presupuestos de trabajadores y clases medias de la ciudad y la subida de sus tarifas. Sobre él convergían al menos tres preocupaciones esenciales y con ellas tres tipos de protestas desde antes de la guerra, de la misma forma que con las subsistencias. En primer lugar las protestas interclasistas y más o menos organizadas por asociaciones de comerciantes e industriales, republicanas y radicales de clase media y/o socialistas contra las grandes compañías de transportes que imponían precios abusivos, a las que se consideraba trusts, monopolios confabuladores o "gran capitalismo" según el momento o el lugar, e íntimamente relacionadas con un gobierno cómplice. En este sentido se relacionaban con la eterna denuncia de la irracionalidad de las tarifas, las "confabulaciones" para subir los precios -entre obreros y compañías como con el pan- y otros manejos de las compañías ferroviarias en un plano nacional, perfectamente asimilables a nivel local con la empresa madrileña de tranvías que, además, vivía en esos años un proceso de fusión evidente. Desde los años de "Pan, luz y tranvías" (1912/13) a 1920 existía un denso curriculum de campañas contra las compañías tranviarias en defensa del obrero o consumidor.

En segundo lugar, existía una severa pugna desde principios de siglo por parte de las sociedades obreras con las compañías al intentar crear sindicato en el sector, elemento decisivo para un paro general, y en el que tras éxitos parciales los fracasos habían sido más bien continuados. Diciembre

de 1916 y agosto de 1917 habían supuesto hitos muy llamativos en ese fracaso, con los tranvías circulando provocadores por calles atestadas de huelguistas. La huelga tranviaria de diciembre de 1919, plena de incidentes y que no había creado organización sólida alguna allí, había concluido ese proceso. Los tranvías eran objetivo predilecto de las pedreas en cualquier conflicto o disturbio y la antipatía general de los trabajadores madrileños, por no decir de los asociados o la Casa del Pueblo eran más que evidentes³⁷.

Por último, también el Ayuntamiento tenía una pugna antigua con las compañías tranviarias por el control y reglamentación de éstas, que trataban de eludir, relacionándose directamente con el Gobierno Civil o el de la nación, a sabiendas de donde estaba el verdadero poder político del sistema de la Restauración -y lo mismo ocurrirá con el Metropolitano en 1922-. Las tendencias intervencionistas y la insistencia en revisar las concesiones hechas antaño a las compañías tenían, además de un prurito de aumento de poder o moda "municipalizadora", un motivo real: las continuas quejas hechas por el público por una pésima gestión del servicio, no tan antiguas como las del pan, al tratarse de un elemento algo más moderno, pero sí muy insistentes. Vehículos atestados, nula inspección, trifulcas habituales entre el personal y los viajeros, impuntualidad y sobre todo múltiples accidentes y atropellos, causa bastante corriente de altercados en las vías públicas de la ciudad y hasta de algún intento de linchamiento del conductor. Los tranvías mataniños, remoquete con que eran conocidos en la prensa madrileña, eran perseguibles de oficio por tanto por el "padre alcalde". Es posible que su carácter mecánico e industrial además no fuese del agrado de la población rural que había emigrado recientemente a la ciudad, si tenemos en cuenta que los incidentes con los automóviles y sus conductores, aún más modernos, pronto ocuparon tantos breves en los periódicos como los de los tranvías³⁸.

El carácter simbólico de los tranvías ni era propio de Madrid, pues sabemos era compartido por Barcelona y otras ciudades, ni terminó tras la guerra civil. Félix Fanés para explicar la vaga de tramvies de 1951 nos habla de la "vella enemistat entre els barcelonins i aquest transport" y la

"antipatía antiquísima" y "animosidad popular" desde 1899 cuando recibieron las "primeres pedres". Allí también abundaban los accidentes y la representación maligna de la prepotente máquina asesina como "el clàssic drac que a les llegendes delmales ciutats i escampa el pànic entre la població"³⁹.

En este sentido, pues, la antipatía hacia los tranvías se convertía en casi universal. Ya en la primavera se había rumoreado una subida de tarifas. El Ayuntamiento, entre otras cosas para retrasar tal decisión, y ante el absentismo del Ministerio de Fomento, invocaba jurídicamente un Reglamento de policía de tranvías aprobado en 1917 por el que el alcalde debía supervisar y dar el visto bueno a cualquier nueva tarifa -y recurrido por las compañías dicho sea de paso-. Como no había acuerdo al respecto por esta cuestión, el ministerio decidió enviar un proyecto de reglamento de las compañías -de la del Este de Madrid concretamente- al Ayuntamiento para que lo estudiase, antes de aprobar cualquier subida. Pero el Ayuntamiento no dependía como antaño de los cambalaches ministeriales, así que decidió "que no procede la aprobación del expresado reglamento y que se apruebe el contra proyecto formado por la Comisión" (4 de mayo), que, entre otras cosas, pedía la tan ansiada unificación de tarifas (a 10 céntimos de la Puerta del Sol a cualquier extremo de línea), estaciones, un límite de pasajeros -que no se respetaba-, y recomendaba la incautación del servicio por caro, malo y poco respetuoso. Resoluciones aprobadas por unanimidad. Para subrayar su voluntad en esta cuestión nombraron inspector -delegado- del servicio nada menos que a Andrés Saborit que, amén de socialista, tenía muy buenas relaciones con los obreros tranviarios (no los 500 represaliados en la última huelga, sino los que quedaban). Esto suponía hacer repesos con los tranvías o poco menos⁴⁰.

Cuando a finales de junio, tras los incidentes de "La Fortuna", la huelga de panadería, y en un contexto de colas constantes en las tahonas y despachos, vuelva a correr el rumor de la subida de tarifas, todo se sumará para confluir en una significativa acción colectiva que acrisola en sí misma los distintos metales de la protesta. El día 30 de junio era vox populi que los tranvías subían al día siguiente. El rumor no gustó en absoluto al Ayuntamiento, que esperaba se aprobase antes el nuevo reglamento⁴¹. En las barriadas periféricas debió caer como una bomba. En uno de los habituales

cortes de fluido que venían prodigándose desde 1918 y tras media hora de esperar para reanudar su viaje, los pasajeros de la línea que conducía a la Guindalera -los del coche 106 al parecer en concreto-, reclamaron la devolución de su billete para poder terminar el recorrido a pie. El conocimiento de la subida, la impaciencia general de la barriada cercana por los constantes interrupciones de energía que habían sufrido durante todo el día, el alboroto que se produjo en torno a los vagones parados y la constancia de que los "dragones" estaban quietos e indefensos despertó el odio telúrico de todo el vecindario.

En una sucinta reconstrucción de los hechos reseñemos que ocurrieron pasadas las nueve de la noche en la calle Diego de León entre Príncipe de Vergara y General Pardiñas, es decir en la zona del Ensanche al norte del elitista barrio de Salamanca pero a punto de trasponer la "frontera" - Francisco Silvela- para entrar en la barriada obrera de la Guindalera. Al parecer los viajeros del 106 se apearon y comenzó la pedrea sobre el coche inmóvil y los próximos, igualmente parados. Mientras caían los cristales bastó un rato para que la multitud que empezó a arremolinarse comprendiese que las bestias mecánicas no podían huir. Uno de los coches, el 185, tuvo la desdicha de haber quedado inmóvil más allá de "la frontera" frente a una fábrica de paraguas -en la que había acontecido en 1915 una importante huelga prácticamente "de barriada" con incidentes-. Entonces "se unieron (...) multitud de vecinos" y "muchas mujeres" con haces de paja y un grupo se dirigió para hacerle pagar su pecado al tranvía varado. Alguien vió a un "individuo con aspecto mecánico" que había traído gasolina. Los guardias de seguridad al ver el tumulto, "sin intentar siquiera intervenir para evitarlo" dieron aviso a los bomberos. El 185 ardió como una tea y le siguieron el 106, el 107, el 108 y el 101, más el 112 que se salvó del fuego purificador, pero no de la pira de hierbas secas "de campos de al lado" en la que estuvo a punto de fenecer y del destrozo general de cristales y cortinillas⁴².

La orgía colectiva prometía no detenerse, pese al retorno del fluido y "las turbas" comenzaron a agredir "cuantos tranvías encontraron". Un coche, el 274, tuvo que huir dando la vuelta hacia Sol, huyendo de la inmolación. Sólo el alcalde que tuvo que personarse in situ, como era tradicional, y

la Guardia Civil, que deshizo los grupos, detuvieron el festejo. Cinco tranvías incendiados y uno más inservible. Responsables fueron los vecinos y pasajeros, pues "todos ayudaron", con un público que presenciaba absorto la quema, entre "aplausos entusiastas" y "gritos de regocijo". No hubo ningún detenido -uno según El Imparcial- y todo fue tan rápido que parecía que el público llevaba esperando su oportunidad y su venganza desde hacía largo tiempo. Algaraz general, violencia contra las cosas, fuego purificador, represalia y ajuste de cuentas con las máquinas. Parece que se trata de un motín bastante tradicional⁴³.

Las llamaradas del castigo ejemplar calentaron indudablemente la mañana del pueblo de Madrid cuando se despertó y encontró nuevas tarifas en los coches cinco céntimos más caras (subida entre el 50 y el 100 por 100). Los incidentes menudearon pero los pasajeros decidieron hacer justicia popular y directa de forma más cívica: se negaron a pagar el aumento. De la misma forma que se obligaba al tahonero a reponer el precio antiguo los viajeros comenzaron a pagar el precio antiguo negándose a apearse del vehículo. Así ocurrió en la línea Sol-Ventas, donde se viajó con las tarifas antiguas, en la de la Guindalera donde los guardias hubieron de transigir sabidos los precedentes, en Fuentecilla-Sol con un "tranvía abarrotado de verduleras y obreras" jubilosas por su triunfo, en Carretas-Sol donde el público se negó a subir y siguió amenazante al coche a pie, y otros varios incidentes. A las cuatro de la tarde se suspendió el servicio arreciando las protestas. Finalmente una Real orden salomónica de Fomento decidió dejar en suspenso el citado aumento mientras no se aprobase un nuevo reglamento municipal sobre esa cuestión, lo que fue saludado en el Ayuntamiento y entre el vecindario como un triunfo. El conde de Limpias publicó un bando para que el público "se abstenga de promover disturbios" -se temía la noche- puesto que el objetivo ya estaba logrado⁴⁴.

Por tanto, unido a un apocalíptico motín "supresor" de los tranvías nos encontramos un comportamiento de protesta ciudadana bastante más pacífico -dentro de lo que cabe- para lograr la rebaja de los precios y dotar a las iniciativas populares de un nuevo rito y un nuevo poder. Este tipo de acción colectiva era precisamente asumible, y así había ocurrido, por las "clases medias", lo que

permitía un movimiento cívico de presión que podía dar frutos desde el momento en que se dotase de cierta organización con objetivos concretos y mucho más en el contexto de desconfianza generalizada ante la clase política que se vivía en aquellos años. Un nuevo camino y una nueva era se vislumbraban en el Madrid de los años veinte, pero faltaban décadas de franquismo -donde la clase política no era representativa directamente de las inquietudes ciudadanas- para que adquiriese su máxima expresión.

Entretanto, el inicio de la nueva década señalaba el reflujó de los amotinamientos y la consagración de la alternativa política -moderna, característica de una democracia de masas- de la protesta urbana colectiva. Esta tendencia no fue muy evidente en principio, pues el problema de las colas en las tahonas por falta de harina de tasa y el deterioro de la calidad del pan madrileño -por las diferentes combinaciones de harinas que se intentaban y por empleo del trigo argentino que adquiría el Estado- seguían provocando incidentes. En esos meses el consumo del pan rayaba el racionamiento puro y simple⁴⁵. Pero el mantenimiento de la tasa del pan por todos los medios por el Ayuntamiento y el sistema de subvención de la industria por parte del Estado impidieron un estallido social mucho mayor en los meses de octubre-noviembre. Por entonces el trigo se dejó a precio libre (el quintal en Madrid aumentó casi veinte pesetas sobre la tasa nominal anterior:) ante la presión de los agricultores (R.O. de 7 de septiembre) y la harina -la de trigo nacional- se situó en 82 pesetas los cien kilos (diez pesetas más). Simplemente aplicando los márgenes de sobreprecio que regían desde 1918 el pan se habría ido a las 86 pesetas el kilo. En esta tesitura se optó por mantener el sistema, por poco efectivo que fuese, en lugar de proceder a tal subida, lo que habría supuesto una provocación a la rebelión, en el contexto del último pináculo huelguístico del bienio 1919-20 -con otra huelga general de panaderos y otra de dependientes, que debían haberse coronado con la huelga general de diciembre conjuntamente con Barcelona, que finalmente no quiso convocar la UGT-. Si bien es cierto que hubo disturbios durante el mes de noviembre -especialmente del 26 al 28 con motivo de la huelga de panaderos- se trataron de pedreas airadas, robos de pan e intentos de asalto totalmente dispersos y sin el cuerpo y la unanimidad necesarios para definirlos como motín o como una jornada popular

gloriosa. Incluso el movimiento huelguístico -que no las huelgas, que habían llegado para quedarse- que había tomado abiertamente el relevo, comenzaba a empalidecer por entonces.

La inamovible tasa del pan resultó decisiva en esos meses. Sin duda alguna, de haber habido un clima en la ciudad similar a 1918 se habría aprobado algún tipo de subida como entonces. Pero ni el clima era propicio ni el Ayuntamiento era el mismo de entonces. La tasa no evitó los disturbios por la carestía pero evitó un movimiento organizado o un motín, que tras un bienio tan conflictivo, podía haber resultado explosivo. Porque las viejas apelaciones -y conexiones- a la "turba reguladora" no habían muerto todavía, y aún circulaban por las áreas municipales⁴⁶. El mismo día 5 de noviembre en el Ayuntamiento se había aprobado una moción del alcalde que indicaba la necesidad de reformar las Ordenanzas para que no hubiese pan candeal exento de repeso y la absoluta necesidad de que toda la harina de tasa se dedicase a pan de tasa. (BAM, 8-xi-1920, pp. 1435-1436). El 20 se aprobó un acuerdo en este sentido que realmente modificaba las Ordenanzas pero el Concejo se negó en redondo a subir el precio. De hecho la propuesta original de la Comisión al efecto -la harina de tasa para pan de tasa; piezas a 66, 33 y 17 céntimos de kilo, medio kilo y cuarto de kilo respectivamente, que en el último caso arrojaban un margen de dos céntimos más, en proporciones de 80/20 por 100- fue alterada a iniciativa socialista con el expediente de unas nuevas piezas a 150 gramos a 10 céntimos, que no daban prácticamente margen, en proporciones de 60/40. Esta enmienda, que reconocía el principio de ratificar la sisa en el peso a cambio del mantenimiento del precio -que antaño tanto criticaran los socialistas-, se aprobó por 19 votos contra 9 -los de los mauristas y el alcalde-. Se prohibió además el pan de flama libre de peso. Esta sorprendente votación sería rectificada tras la huelga de panaderos (por acuerdo del 11 de diciembre), retomándose la idea original de la Comisión y autorizándose el pan de flama con el tope de ocho piezas en kilo y a 15 céntimos (como el francés y el Viena), pero por un estrecho margen de 19 frente a 18⁴⁷.

Esta doble votación parecía insistir en que la conversión de la protesta colectiva en iniciativas puramente políticas de oposición estaba suficientemente consolidada en la vida municipal como para

crear "agitación" (desde 1918) pero era lo suficientemente débil como para no prosperar todavía en el Madrid de 1920. Lo mismo puede decirse de las elecciones generales de diciembre, que dieron a los socialistas -por vez primera con candidatura separada desde antes de la guerra en unos comicios generales- sólo el segundo lugar en Madrid tras la coalición monárquica, pero nada menos que el segundo lugar, valga la paradoja.

En cualquier caso, esta votación -ganada con el voto de desempate del alcalde- a punto estuvo de provocar la dimisión del conde de Limpias -de hecho la presentó pero no fue admitida⁴⁸- y mostró con claridad como un grado importante de influencia socialista en el Concejo permitía acuerdos hasta entonces impensables. También marcó el punto más alto de ésta y probablemente de las posibilidades de la democracia municipal. El voto electoral como medio de reequilibrio del poder social era la trastienda de todo este asunto, aunque la escisión socialista que sobrevendría poco después (López Baeza y García Cortés, terceristas, mantendrían el acta de concejal aproximándose después a partidos burgueses) de hecho dinamitó las posibilidades de la minoría obrera en el Ayuntamiento. Pero más allá del número de concejales la influencia socialista se hizo notar en el trienio de la "normalización". La "municipalización", cantinela de la minoría en el Concejo durante quince años, se había convertido en un tema predilecto de las discusiones de los concejales y de muchos prohombres de los partidos monárquicos en conferencias, intervenciones o proyectos sesudos, no siempre favorables claro está⁴⁹.

Menos teórica y más personal fue la labor de "agitación" de Manuel Cordero como teniente de alcalde de Inclusa, feudo electoral de los socialistas, confirmado en 1920. Su frenética labor, nada socialista por otra parte, sino en las mejores tradiciones madrileñas del "padre alcalde" que imparte justicia in situ, castiga defraudadores y reparte el pan a su paso, fue uno de los elementos de propaganda viva principales de la labor del Partido en el Ayuntamiento, aireado siempre en épocas electorales. Cordero tenía un pedigrí de auténtico martillo de herejes de los gremios y el fraude, que le permitió incluso, como anécdota, recibir el aplauso incluso de la mujer de Santiago Alba, que le envió una carta personal pidiéndole multase a la lechería de su barrio -en Buenavista-, algo que él no

podía hacer. Incluso fue precisamente entre 1920 y 1922 el distrito que más multas cobró -muchas sobre comerciantes e industriales por fraude alimentario o falta de higiene- por incumplimientos de las Ordenanzas: más de 57.000 pesetas, cifra que dejaba atrás las más de 47.000 del republicano Noguera en Universidad o del maurista -uno de los que apoyó la moción socialista del pan- García Cernuda en Centro (más de 24.000). Cifras abultadas si se las compara con las irrisorias 8.000 pesetas de Latina, 4.000 de Congreso y otras. Aunque el resultado de las elecciones municipales de febrero de 1922 fue bastante discreto -un nuevo concejal, Gómez Latorre, por Universidad, de cuatro que esperaban, y que luego tampoco resultó proclamado finalmente- podemos establecer la hipótesis de que el furibundo Cordero era un serio candidato a la alcaldía de Madrid de haber conseguido votos afines suficientes⁵⁰.

V.4. Hacia la "normalización" (1921-1923)

La "normalización" de 1921-23 comenzó con la bajada de los precios de los trigos, que incitó al Gobierno a presionar a los ayuntamientos para que bajaran en consonancia el precio del pan. El Concejo por dos veces (en febrero y en marzo) hubo de renunciar a modificar el precio del pan sujeto a peso, no así el de flama, que fue bajado a 12 y luego a 10 céntimos la pieza⁵¹.

Finalmente, sin embargo, el mismo Gobierno decretó la suspensión para el día 15 de julio de 1921 del auxilio -en jornales y materia prima- que llevaba suministrando desde enero de 1920 a la industria panificadora. Aprovechando para ello que el precio del trigo y de la harina en Madrid había alcanzado un nivel similar al de 1918-1919 (a 50 el quintal de trigo y a 66 el de la harina). Esto conllevaba una inmediata subida del precio si se quería que los tahoneros obtuviesen una remuneración en el negocio. El margen ahora fue de seis céntimos, con lo que el pan se ponía en 72 céntimos el kilo. Ni hubo convulsiones ni campañas socialistas ni motines ni ninguna otra protesta de corte similar. Tampoco pasó nada cuando en noviembre de 1921 la Sociedad Madrileña de Tranvías decidió subir las tarifas un año y medio después de la respuesta popular -aunque esta vez de acuerdo con el Ayuntamiento-. La protesta se identificaba abiertamente con las huelgas, en un año en que remitieron considerablemente en relación con el bienio anterior. Siempre en esta relación, porque igual que las

huelgas no volvieron -sobre todo cualitativamente- a antes de 1919, tampoco los precios -ni del pan ni de otra "subsistencia"- retornaron al mundo deflacionista anterior a 1916. En 1923 en su punto más bajo el pan costaba 65 céntimos el kilo⁵².

Como corolario se restablecía el régimen regulador del precio del pan anterior a la Ley de Subsistencias de 1916, con una Junta a la antigua usanza, que fijaría con regularidad el justiprecio en convenio con los fabricantes. Aún así se prorrogó en noviembre un año más la Ley de Subsistencias, ya prácticamente decorativa incluso como amenaza -puesto que su operatividad fue escasa como sabemos-. Pero ya nada era lo mismo ni mucho menos: en un Real Decreto de Gobernación de 5 de agosto de 1922 incluso se recogía la posibilidad de la municipalización total o parcial de los abastos municipales. En enero de 1923 en otro de Fomento se constataba públicamente que los precios no retornaban a su movimiento tradicional ni a los niveles de preguerra, dándose la paradoja de un trigo barato y escasamente remunerador (a 45 pesetas el quintal) y un pan que se seguía viendo como caro (a 65 céntimos), "singularmente en Madrid y otras ciudades españolas". No olvidemos que hasta 1918 la diferencia de guarismos era de diez convencionalmente y no de veinte. Para el liberal Rafael Gasset el problema era claro: no fluctuaban las leyes de la oferta y la demanda "por organizaciones no permitibles de los intermediarios, por trabas que se establecen a la competencia mercantil, por obstáculos, en una palabra, que se oponen a ese normal ejercicio de las leyes económicas". La inflación de costes había llegado para quedarse por mucho tiempo y el intervencionismo en los precios buscando obsesivamente la rebaja máxima tolerable preludió la política primorriverista⁵³.

Como era de esperar, la "normalización" también llegó al mucho más activo y a veces "agitador" concejo. El 30 de diciembre de 1921 los concejales habían elegido como nuevo alcalde al marqués de Villabrágima, el hijo del conde de Romanones, tras tres votaciones, pero era difícil que continuase tras las elecciones municipales de febrero. Lo curioso es que su caída no se debió a la matemática electoral como la de sus antecesores. Un incidente como los de antaño con la Compañía del

Metropolitano, a la que se exigía la tributación correspondiente por el uso de la vía pública, que no abonaba, provocó el retorno del viejo régimen. Siguiendo las pautas habituales, el alcalde pidió el sometimiento de la compañía y la respuesta del Gobierno Sánchez Guerra, ante la posibilidad de un incidente de orden público, fue bastante contundente: erizó de guardias civiles las estaciones y obras del Metro el día 20 de marzo. El 21 comenzaba la "agitación municipal": un bando exponiendo que la compañía desde sus primeras actividades había ocupado terrenos de propiedad pública sin abonar nada al municipio. Para completar la tarea el "padre alcalde" se personó in situ con su cohorte de concejales, tenientes de alcalde, y guardias e inspectores municipales en la noche del 21 con la intención de suspender las obras. Pero el reto, que tan buenos resultados dió en 1919 y en 1920 con motivo del pan y los tranvías no dió resultado. Las fuerzas militares de custodia fueron contundentes: detenciones de guardias municipales, el segundo jefe de la Policía municipal fue agredido y derribado al suelo, el propio alcalde fue amenazado. La iniciativa popular y reguladora brilló por su ausencia rompiendo un cordón umbilical entre el Concejo y el pueblo de Madrid que hemos visto funcionar desde antes de la guerra. Esta deslegitimación resultó definitiva para el golpe de mano del Real Decreto de 21 de marzo de 1922 que nombraba a José María de Garay, conde del valle de Suchil, alcalde de Real Orden -que es como se les conocía antes de 1919, aunque no fue nombrado por una-. También fueron nombrados los tenientes de alcalde -de entre los concejales- por el mismo procedimiento con nombres de poco relieve hasta entonces en la vida municipal. Con ello se acababan los alcaldes "populares" que ya no volverían hasta 1931. Aunque se intentó una retirada colectiva de los concejales la tibia postura de mauristas y conservadores lo impidió. Pese a todo, el conde del Valle de Suchil fue boicoteado a conciencia por los concejales hasta su dimisión en diciembre de 1922, pero el ambiente municipal se preparó para la definitiva "intervención" del Directorio militar. Precisamente este período de interinidad democrática -interinidad total para lo que se acostumbraba en la Restauración- del Ayuntamiento casi coincidió plenamente con la suspensión de garantías constitucionales inaugurada el 24 de marzo de 1919 y cerrada el 30 de marzo de 1922. Aunque sin duda los acontecimientos de Barcelona probablemente fueron más determinantes para la implantación de estas medidas excepcionales no deja de resultar significativo que las alcaldías populares madrileñas

funcionaran durante la suspensión de garantías. Sin duda se las consideraba díscolas, agitadoras y provocadoras de disturbios no menos populares⁵⁴.

Esta "normalización" política por supuesto tuvo sus límites. El principal fue que los antaño agitadores minoritarios del Partido Socialista se habían convertido al final de todo este período en el relevo histórico de los republicanos en materia de opinión y en una fuerza electoral de primer orden y fueron en Madrid los principales beneficiarios de la creciente modernización de las campañas electorales y el interés por ellas. Su consagración a este respecto fue la campaña y elecciones del 29 de abril de 1923, que tuvieron por centro las responsabilidades del desastre de Annual y la guerra de Marruecos. En la campaña utilizaron además recursos nunca vistos en Madrid de propaganda electoral como la de la utilización de un automóvil luminoso que recorría las nocturnas calles de la ciudad -el día 27- con letreros pidiendo el voto y el abandono de Marruecos. Esta iniciativa provocó un efecto "enorme", agolpándose el público para admirar y aplaudir el vehículo y recibir propaganda impresa. La noche del 28 el éxito se multiplicó con tres automóviles y siete motocicletas engalanados de forma similar. ¡Qué lejos quedaban los meetings para convencidos en la Casa del Pueblo y las invocaciones a la huelga general sobre el mismo tema en 1909 ó 1914!⁵⁵.

El resultado fue espectacular. En vísperas del Primero de Mayo, la histórica celebración obrera, la candidatura socialista en solitario por vez primera ganaba en Madrid unas elecciones generales ante la sorpresa generalizada de los políticos y de la prensa. Cinco diputados por las mayorías -entre ellos Cordero- en un contexto en el que se presentaban otras candidaturas antidinásticas -la comunista y la republicana-⁵⁶. La vieja creencia entre los monárquicos -que además presentaban dos candidaturas, ministerial y maurista- que el habitual retraimiento electoral y falta de interés por los comicios redundaría en su beneficio resultó fatal. Bien por la sensibilización general ante la cuestión de las responsabilidades, bien porque las viejas prácticas electorales de los partidos históricos -que no podían competir mental y organizativamente con la toma de la calle por la propaganda socialista- ya se mostraban incapaces de controlar -o crear- la "opinión" de la ciudad, sin duda la ciudad había

cambiado mucho en diez años. Como repulsa de la monarquía, Madrid avanzaba las aparatosas elecciones municipales de ocho años después, si bien como en éstas la ciudad y el campo corrieron destinos dispares. En este sentido las elecciones madrileñas de 1923 no fueron muy representativas del voto nacional y por ello fueron probablemente el hecho más sobresaliente en su conjunto⁵⁷. En todo caso, esta campaña y esta victoria, tan olvidada en los libros generales de historia, habla por sí misma de un significativo cambio en las pautas del comportamiento colectivo urbano⁵⁸. Cada vez menos motines, cada vez más elecciones.

Curiosamente, el resultado final de esta combinación de deseos de "renovación" frente a una inoperante clase política -la del "chupen", como ponía Barea en la boca de sus personajes- y la "normalización" social del trienio 1921-23 terminó en una Dictadura militar, que teóricamente traía ambas cosas. En diez años la protesta colectiva tradicional de los motines y algaradas parecía haber abandonado el primer plano de los comportamientos sociales de la ciudad dejando su lugar a las huelgas de ramo o industria, que tras el virus de 1919-20, y aunque no en cascada como entonces se habían convertido en la forma de conflicto de los nuevos tiempos. También buena parte del descontento y el acceso a mayores cuotas de poder se producía por la vía electoral y ciudadana -en el municipio y en las elecciones de diputados-, con todo lo bloqueada y raquítica que aún resultaba ésta, puesto que en Madrid sólo un partido encarnaba la efectiva renovación de esta vía, si creemos a los contemporáneos.

En ambas direcciones el empuje de una descontenta "clase media" urbana junto a los trabajadores asociados y clases populares, pensamos pudo resultar decisivo para su triunfo. Esto fue muy especialmente palpable tras 1917 y el trienio bolchevique, y en Madrid a nivel de protesta colectiva se tradujo en dos direcciones. Por un lado, la participación más que significativa de los llamados trabajadores de "clase media" o cuello duro -por ellos mismos y por la Casa del Pueblo, haciendo hincapié en una cosa u en otra- en las huelgas. Huelgas de dependientes de comercio, de bancarios, de funcionarios, de oficinistas, que adquieren el peso mayor de la agitación de esta naturaleza en los

años finales de 1921-23 precisamente, y que se verán en su momento. Por otro, la organización de movimientos ciudadanos, interclasistas en principio, pero portavoces reales de una clase media profesional y administrativa, que también protestan por las subsistencias pero anunciando nuevas formas asociativas de evidente éxito posterior: las asociaciones de inquilinos, consumidores y vecinos que nacen en las grandes ciudades, y de las que Madrid no es una excepción.

NOTAS

1. Véase el bando en BAM, 15-x-1917, pp. 1075-1076, y AVS, 20-161-11.
2. Muchos de estos incidentes se repetían en las barriadas del extrarradio. En Bravo Murillo, 129, se apedreó una tahona y se "requisó" el género tras un tumulto por unos panecillos faltos de peso. En Artistas, 29, se organizó un "tumulto de mujeres" contra el robo en el peso. El teniente de alcalde decomisó el género y lo repartió. Hubo otros incidentes en la calle Hernani. Todos en Cuatro Caminos. En ES, 18, 26 y 27-i-1918. En enero también se publicó un bando prohibiendo la exportación de productos alimenticios, AVS, 20-161-2.
3. El acuerdo en BAM, 4-ii-1918, pp. 117-120. El Dictamen de la Comisión especial... sobre solución del abastecimiento del pan en Madrid, Madrid, 1918, fue publicado por el Ayuntamiento de Madrid. Puede verse en AVS, 20-160-4 y 20-160-7.
4. La R.O. en BIRS, Pr. Semestre 1918, pp. 293-299. Fue acompañada de otra días después instando a los Ayuntamientos a instalar pesos oficiales para el repeso del pan y a los agentes del orden a colaborar y proteger esta actividad y no al contrario, que, por lo que se ve, era lo más frecuente. Lo que se aseguraba sobre el "pan de barras" contradice abiertamente lo que aseguraba Prado y Palacio de "su aceptación manifestada por el público en la compra de esta clase" y los propósitos de incautar trigo con este fin. Cfr. Cuatro meses de gestión municipal, Madrid, 1917, pp. 18-19. El Comisario general de Abastecimientos, Luis Silvela, factórum de la R.O., era su antecesor en la alcaldía.
5. En BAM, pp. 457-58 y 462. El bando además en AVS, 20-161-1.
6. Véase "El robo del pan. El Ayuntamiento legaliza el fraude", ES, 9-iv-1918; y "El pan a 70 céntimos", ES, 10-iv-1918. De este último artículo proviene la observación, que delata la comparación mental que se hacía entre las persecuciones y fama de unos y otros, blanco predilecto de las protestas populares.
7. El nuevo precio se acordó el 19 de octubre.
8. De hecho, la histórica sesión del 27 de noviembre en la que Garrido Juaristi -un liberal democrático de la línea garciprietista- fue elegido por 31 votos contra 12 (BAM, 2-xii-1918, pp. 1430-1431), pasó sin pena ni gloria por El Socialista. En teoría parecía un cambalache más típico del momento, un gesto tras el fin de la guerra, puesto que se trataba de una concesión del Ejecutivo, que hacía dejación de la facultad que le otorgaba el artículo 49 de la Ley Municipal. De hecho, un año antes ya se había abandonado el recurso de la Real Orden para la elección de alcaldes en toda España, pero no en Madrid. Sin duda, el año de "tregua" tuvo su peso en esta decisión. Pero el alcalde comenzó a sobrevivir a cambios de gobierno, a huelgas panaderas y hasta a elecciones municipales, ganando credibilidad la fórmula, que no se alteró. Con la "normalización" de la ciudad los alcaldes de Real Orden regresarán, siguiendo un paralelo con la trayectoria del país en los años veinte.
9. La nueva tasa en BIRS, Pr. Semestre 1919, pp. 322-324. Los nuevos precios, resaltando la rebaja, en nota oficial del Gobernador Civil al Alcalde de Madrid, BAM, 9-xii-1918, p. 1479. Puede verse el bando de 22-xii-1918 en AVS, 20-162-8. Los nuevos precios del pan en "Sesión extraordinaria del 20-ii-1919", BAM, 24-ii-1919, pp. 217-218. Los industriales pedían un margen de seis céntimos; es decir, el mantenimiento de los 68 céntimos, "como único recurso para evitar el paro de la referida industria ante las pretensiones formuladas por los obreros panaderos". Sobre las huelgas de obreros panaderos y sus "confabulaciones" con los patronos para las subidas del pan, véase más adelante en el capítulo sobre sus problemas laborales y sindicales. El Ayuntamiento, facultado por el Ministerio para alterar el margen de cuatro céntimos, denegó tal pretensión. El Alcalde promulgó dos bandos el 18 y el 22 de febrero para justificar su postura, AVS, 20-162-5 y 20-162-14. También el Gobierno

Civil promulgó otro -9 de marzo- contra los acaparamientos, AVS, 20-162-1. Tanta beligerancia primaveral en esta materia va en paralelo de la laboral por arriba y por abajo.

10. El programa interventor, ya lanzado por Luis Silvela puede verse en la conferencia que dió en el Teatro Español el 29 de diciembre de 1918 Luis GARRIDO JUARISTI, Abastecimiento de Madrid en relación con el acuerdo municipal modificando el régimen de los mercados, Madrid, 1919. La cita en p. 21.

11. Noticia del incidente en "Las verduleras contra los revendedores", El País, 3-i-1919. De aquí el entrecomillado.

12. La segunda conferencia de Garrido Juaristi (el 16 de febrero) no fue publicada que nosotros sepamos, quizá por su contenido "agitador", pero puede verse extractada en "El alcalde habla al pueblo", El País, 17-ii-1919. La opinión de los socialistas coincidía con el alcalde en lo del conflicto: "sólo de una sacudida popular (...) esperamos un cambio de situación, en que la violencia del choque estará sobradamente legitimada" ("El conflicto de las subsistencias", ES, 17-ii-1919, el subrayado es nuestro).

13. Las proposiciones de republicanos y mauristas en la "Sesión ordinaria del 21 de febrero", BAM, 24-ii-1919, pp. 218-219. La disposición de la Real Orden en ibid., p. 248. Incluso se sustituyó al ministro de Abastecimientos, Baldomero Argente, por otro, Leonardo Rodríguez.

14. La restauración en BAM, 3-iii-1919, pp. 271-272. La dimisión colectiva puede verse en "El Gobierno contra el pueblo de Madrid. El Ayuntamiento dimite para defender a los vecinos", El País, 25-ii-1919. El Socialista haciéndose eco de unas frases del maurista Ossorio y Gallardo, afirmaba "Se impone la revolución", ES, 23-ii-1919.

15. Sin ser reiterativo en este tema para nosotros es un dato más de que este motín es mucho más "improvisado" que los anteriores y de ahí que su violencia resulte mucho menos "controlada" y selectiva, aunque sin perder bastantes de sus valores justicieros. Que los conflictos generales tenían su día era vox populi. Otro dato más, El País desmentía cualquier huelga general de la construcción en Madrid para el sábado 1 de marzo como decían algunos diarios: "¿Una huelga general en sábado?. No hay huelga que se inicie en sábado; todas empiezan en lunes. ¿Quién lo ignora?" (1-iii-1919). No sólo las huelgas generales añadiríamos.

16. El ABC definió al motín de hecho como "una huelga sospechosa apedreada" (1-iii-1919, p. 9).

17. Los incidentes en El País, 1-iii-1919. Romanones habló al mediodía con los periodistas y no parecía muy preocupado por los incidentes. Sólo por la tarde se vió que el conflicto parecía degenerar y podía volverse peligroso. ABC coincide sólo en parte con esta versión. Sus primeros datos proceden de la calle Tintoreros -al sudoeste, en Puerta Cerrada- y en una tienda de comestibles, pero también de la calle Tribulete -al lado de Lavapiés-.

18. Los comentarios y expresiones entrecomilladas son de El País, 1-iii-1919 y se comentan por sí solos. También lo del "viejo criterio", extremadamente certero. Con respecto a las dos clases de asaltadores citados no compartimos la opinión de El País que sugiere que las tahonas asaltadas eran las que trabajaban, como dando a entender una participación del Sindicato patronal o de los panaderos candelistas en los hechos, ni tampoco la de El Socialista que explica el motín por "el hambre" y "la desesperación", contradiciendo su mismo relato de los hechos. Lo de los "trajeados" no revela un cómplice, ni eran espectros famélicos los asaltantes. Estos datos revelan la participación de menestrales y clases medias dirigiendo los grupos junto a obreros, marginados, mujeres y niños. La participación de gente "de traje" (es decir de aspecto "honesto" y "ciudadano") puede confirmarse fotográficamente en ABC y El Sol. Por cierto, el mismo ABC consigna que mucha mercancía era quemada sin más.

Así ocurrió en la Cava Baja y en Puerta Cerrada con garbanzos, tomates, etc. En la calle Embajadores se organizó una gran pira. Lo de los que venían de fuera como en un hormiguero ocurrió con la Alhóndiga próxima al barrio de Peñuelas al sur, que fue saqueada y la gente hacía "viajes". Pese a todo también allí se amontonaban objetos e incendiaban (ABC, 1-iii-1919, pp. 9-15).

19. Los comentarios de ibid.. Lo de los burros es de ES, 1-iii-1919. Confirmado por El País, 2-iii-1919, que identifica al "muchacho de la burra": Fernando Malo Sanz, hijo de un trapero de Tetuán, que acudía a la calle de San Marcos a recoger la basura y que se dijo "acaudillaba" -más bien participó gozoso- a las masas de Chamberí (en "Después de los sucesos"). La mitología popular le había convertido en un "caudillo". No hay que irse muy lejos para encontrar dramatismo. En El Socialista, simpatizante con los amotinados, se decía: "Al hambre del pueblo se contesta con el ejército y las ametralladoras". Las comparaciones con el Carnaval no eran gratuitas: ese año el miércoles de ceniza caía en 5 de marzo. La celebración por tanto fue anticipada. Lo del bando de guerra es muy curioso. Fue leído por primera vez ante el gentío en la Plaza Mayor y la multitud "acogió la lectura (...) con vivas al Ejército y gritos de ¡Mueran los canallas! ¡Abajo los ladrones!" (ABC, 1-iii-1919, p. 14, y visto como cuenta el júbilo que había en Sol El País nos parece muy de creer).

20. El ofrecimiento del Ayuntamiento, con la intención de que los obreros reanudasen el trabajo en BAM, 3-iii-1919, p. 261, y en bando público, p. 267.

21. Resulta llamativo observar como la prensa socialista recordó durante cinco años el día de San Pedro de forma insistente cada vez que surgía un conflicto y como a partir de 1919 la invocación al mítico motín desapareció de sus páginas. De los incendios de tranvías de 1920 ni siquiera informarán. Los socialistas habían tomado conciencia -acertadamente o no, lo que no es fácil de juzgar- de que esa protesta no se relacionaba con su causa. ABC consideraba que los disturbios "no tienen más importancia que la del daño material que hayan causado. Moralmente no nos alarman, porque no tienen carácter político ni revolucionario; no responden a un ideal peligroso ni a una organización; sino exclusivamente a un arrebató pasional del momento". Pese a esta reflexión, un escalofrío recorrió muchos espinazos: el Gobierno que tanto tardó en mostrarse expeditivo afirmó, por boca del propio Romanones, que "lo de hoy [el 28] (...) no es una algarada" y que el siguiente paso eran los domicilios (ABC, 1-iii-1919, pp. 9 y 13). El diario de Luca de Tena sin embargo reprochó la simpatía de la gente culta hacia el gesto de la multitud como un rasgo de inconsciencia, que "nos duele más que el motín".

22. El incidente en "La jornada de ayer", ES, 1-iii-1919. La noticia de los fallecimientos en "El día de hoy", ibid.. En El País ("La cola del motín") se hablaba de más de 450 detenidos el 6 de marzo, de ellos sólo ocho liberados. En ABC se habló de al menos ocho intervenciones importantes de los bomberos (en Esgrima, Tres Peces, Moratín, Mesón de Paredes, Santa Ana, Embajadores, Palma y Miguel Servet).

23. El manifiesto de la FGE en El País, 3-iii-1919. El documento de la Cámara -con fecha 14 de marzo- en su Anuario-Memoria comercial de 1919, pp. 379-383. Allí también la indemnización y otras cuestiones.

24. Las comillas de El País, "Una lección para todos", 2-iii-1919. Sin duda la lectura bolchevique que se hizo de las masas amenazantes de 1919 no habría podido hacerse cinco años antes. No porque no pudiese haber estallado entonces, sino porque el contexto histórico y social del país -y el internacional- era muy diferente y no lo permitía. Lo que en 1907 fue una "turba reguladora" popular ahora era una amenaza proletaria latente de lo por venir.

25. Aquí nos vamos a circunscribir al tema en relación con el absto de la ciudadanía y el mantenimiento de la tasa. Los problemas y las protestas laborales -que pasaron a primer plano- se

analizan en otro lugar.

26. El texto de la retirada "por dignidad" en la sesión ordinaria del 5 de marzo, BAM, 10-iii-1919, pp. 292-293.

27. La mejor exposición de esta política en Luis GARRIDO JUARISTI, El problema del pan en Madrid. Conferencia... el 25 de junio de 1920, Madrid, 1920. La cita en p. 12.

28. Más detalles sobre la huelga y la incautación posterior en el capítulo concerniente a los panaderos.

29. "Sesiones extraordinarias del 1 y 2 de diciembre", BAM, 8-xii-1919, pp. 1533-1538. Hubo más de cinco proposiciones distintas sobre este tema hasta llegar a una de consenso. también aquí los presupuestos de la nueva incautación.

30. El affaire del repeso en BAM, 22-xii-1919, pp. 1593-1595. Las denuncias por este motivo, como no podía ser de otro modo, prácticamente desaparecen de las estadísticas municipales entre diciembre de 1919 y marzo de 1920.

31. La Real Orden de 31 de diciembre de 1919 -ésta procedía de Abastecimientos, que no la había puesto en marcha- poniendo fin a la incautación declaraba expresamente renunciar a cualquier solución que pasase por subir el precio (BIRS, Pr. Semestre 1920, pp. 464-466). La pésima calidad del pan en L. GARRIDO, El problema del pan..., p. 18.

32. Sobre las posibilidades barajadas por patronos y por el Sindicato de Artes Blancas, mucho más capacitados para gestionar corporativamente cualquier patronato que el Ayuntamiento para preservar el claro interés del público en tener el pan más barato, hablamos en el capítulo sobre los panaderos.

33. L. GARRIDO JUARISTI, El problema del pan..., p. 22.

34. Los nuevos concejales en BAM, 16-ii-1920, p. 209. De 27 concejales nuevos siete eran mauristas y siete socialistas. Estos últimos luego se quedaron en seis por desposesión de Lamonedá. Las votaciones en sesiones extraordinarias del 1 y 2 de abril de 1920 en ibid., 5-iv-1920, pp. 449-453.

35. Sobre los incidentes de esos días, con la excepción de la huelga del SAB, pueden verse las crónicas de El Socialista de esos días. La llamada al orden por parte de los Comités nacionales del Partido y de la UGT en ES, 22-v-1920.

36. Es muy claro al respecto el bando o alocución del alcalde del 26 de mayo que rezuma satisfacción, muy diferente al tono desesperante de otras ocasiones. cfr. BAM, 31-v-1920, p. 708.

37. Sobre el clima laboral que se vivía entre los tranviarios, su fama entre el resto de los trabajadores de la ciudad y su pésima integración con los obreros de la Casa del Pueblo -algo paradójico tratándose de obreros del transporte, una de las columnas del proletariado "industrial"- puede verse el capítulo sobre ellos.

38. Además, los automóviles tenían un componente de clase mucho más evidente. Pla cuenta como todavía en 1931 eran blanco predilecto de la saña de la multitud, sin estar ésta alterada lo más mínimo. Madrid. El advenimiento..., pp. 35-38, donde un coche oficial republicano es casi "arrollado" a la salida de la Casa de Campo. En los tranvías "mataniños" era un especialista consagrado el Heraldo de Madrid, siempre muy truculento en la descripción de accidentes cruentos y aparatosos. En El Socialista estos incidentes eran utilizados como arma arrojada: "Explota al público y además le atropella", ES, 20-iii-1920.

39. Félix FANES, La vaga de tramvies del 1951. Una crònica de Barcelona, Barcelona, 1951, pp. 61-66. Por cierto que en esta huelga también se dió la frase consabida de "Viva Franco. Abajo el mal gobierno".

40. Sobre el eterno problema de jurisdicciones, "Las tarifas de los tranvías. No habrá elevación", El País, 6-iii-1920. El reglamento y medidas sugeridas por el Ayuntamiento en BAM, 10-v-1920, pp. 601-606. Lo que suponía Saborit puede colegirse en el autorretrato que hacía de su llegada al cargo, "Datos para la historia. El servicio de tranvías", ES, 2-vi-1920, donde su primera iniciativa fue pedir que ningún empleado municipal tuviese trato de favor en la empresa, acusando claramente a los inspectores anteriores de venales. No es de extrañar por tanto que un mes después y tras los incidentes del 30 de julio se pidiera su remoción como persona non grata por varios concejales, aunque se desechó por 13 votos -entre ellos el del alcalde- contra 9 (BAM, 5-vii-1920, p. 848).

41. Se sabía varios días antes. Cfr. "Los abusos de los tranvías", El País, 30-vi-1920.

42. Sobre la huelga de la fábrica de paraguas se hace mención en la nota 69 del capítulo sobre las obreras de la confección como ejemplo de huelga al unísono "de fábrica/taller" y de trabajadores a domicilio. Las citas son del relato que hace El Imparcial de 1 de julio de 1920 del "tremendo motín". El cronista rechazó que la razón de la protesta hubiese sido la subida de tarifas porque esa se produjo al día siguiente (?). La noticia del motín sí que se sabía en cualquier caso a primera hora de la mañana.

43. Estas últimas citas de ABC, 1-vii-1920, p. 7. En el del día 2 recoge una foto del coche 185, incendiado por las "turbas". Este diario también se refirió a la "sosegada impunidad" de los actos. La fascinación y embobamiento -por no decir empatía- hacia el fuego ritual de los madrileños llega hasta mayo de 1931 y contextualiza aquellos incidentes bajo mi opinión.

44. Incidentes y comentarios en ABC, 2-vii-1920; El Imparcial, 2-vii-1920 ("Indecisión y falta de previsión"), donde se acusaba al ministerio de frivolidad y lenidad: "¿cómo, pues, se las faculta [a las compañías] para una cosa y luego se reduce el problema a una lucha -de poder a poder- entre las multitudes y ellas?"; y El País, "Intento frustrado de elevar las tarifas de tranvías" y "Madrid está ya harto", 2-vii-1920. Para Alvaro de Figueroa y Alonso Martínez, el marqués de Villabrágima, futuro alcalde -e hijo de Romanones-, "el pueblo de Madrid nada tiene que agradecer al Ayuntamiento, pues si las tarifas no se han subido débese única y exclusivamente a la actitud del vecindario que, harto de la indefensión en que le dejan sus autoridades y sus representantes, ha querido tomarse la justicia por su mano (...); no se han subido porque el público ha sabido impedirlo", ABC, 3-vii-1920. Una clara apelación al "veto popular" como legítimo por el hijo de un prohombre de la Restauración. El bando del alcalde en BAM, 5-vii-1920, p. 852, y AVS, 21-322-34.

45. Véase la nómina de Despachos reguladores a los que podía accederse por turnos y con "tarjetas de distribución" especiales, intentando evitar las colas, en BAM, 8-xi-1920, pp. 1439-1441. Bandos sobre los citados despachos -que irritaban a los comerciantes por ejercer una competencia desleal- en julio de 1920 (AVS, 21-322-37), septiembre de 1920 (AVS, 21-322-42), enero de 1921 (AVS, 21-323-8, 10 y 11), febrero de 1921 (AVS, 21-323-17).

46. Cfr. la arenga de Manuel Cordero en "Un nuevo crimen social. El pueblo debe intervenir enérgicamente", ES, 9-ix-1920, donde expone el criterio "de que el Ayuntamiento debe salir a la calle y ponerse al frente de la muchedumbre para hacer que el Gobierno rectifique su conducta". Se refería a la libertad de precio del trigo, que suponía que el precio del pan de Madrid era insostenible, aunque luego se mantuvo.

47. El acuerdo final en Ayuntamiento de Madrid, Reglamentos municipales. Apéndice Núm. 2.- 1920-21 y 22, Madrid, 1925, pp. 336-337. La votación que rectificaba el trabajo de la Comisión en BAM,

29-xi-1920, pp. 1508-1509. Según los socialistas la propuesta original procedía de los tahoneros y los 17 céntimos eran en realidad 20 por falta de moneda fraccionaria ("Los tahoneros mandan", ES, 18-xi-1920). Con toda probabilidad, el hecho de haber sido derribada -si bien temporalmente- en el Ayuntamiento no sólo muestra lo que había cambiado la vida municipal sino que coadyuvó a la huelga subsiguiente por los despidos a que procedieron los tahoneros. En la primera votación muchos concejales se abstuvieron de acudir conscientes de la impopularidad de la subida. En la segunda votaron por la subida tres republicanos, seis mauristas, un independiente, cinco liberales y cuatro conservadores.

48. La dimisión se debió a que en la citada votación su primer teniente de alcalde y compañero de partido, García Cernuda, votó en contra. De hecho la primera votación había sido motivada por una iniciativa suya en una interinidad del conde de Limpias.

49. Proyectos muy serios en Ayuntamiento de Madrid, Municipalización del pan en Madrid. Moción del Sr. Aguilera y Ariona, Madrid, 1919; Joaquín RUIZ GIMENEZ, Pretéritos y presentes (Trabajos varios.- De mi archivo), Madrid, 1925, muy especialmente "La cuestión del pan" (pp. 312-320); y aún más ambicioso, si bien para combatir el concepto, Real Academia de Ciencias Morales y Políticas, Nacionalización y municipalización de servicios colectivos. Discurso leído el día 18 de diciembre de 1921... Don Joaquín Ruiz Jimenez, Madrid, 1921. Aquí no sólo se polemiza con los socialistas sino que se admite abiertamente la popularidad de las propuestas de "estatificación" entre el pueblo de Madrid, al que ya se describe en términos de democracia de masas ("el tema es ya una doctrina, un partido, una energía poderosa, arrolladora, como que es la resultante de una propaganda realizada sobre las multitudes, que si siempre fueron una acción, un poder importante, hoy son la expresión característica de la época actual", p. 11).

50. Sobre la autopropaganda socialista de la figura de Cordero, "El alcalde y sus tenientes", ES, 11-vi-1921, "Como cumplen los tenientes de alcalde", ES, 19-i-1922, el manifiesto del propio Cordero "A los electores de Madrid", ES, 31-i-1922. Lo de la señora de Alba en ES, 22-ix-1921, que recoge su carta literal. Su denuncia era porque le constaba que el lechero de su casa aguaba la leche en un 40 por ciento, por haberla analizado. Los alistas por cierto también votaron a favor de la moción socialista del pan. Tras Cordero, los mauristas eran los más celosos en la persecución del fraude si atendemos a las cifras, lo que por un lado puede entenderse por ser menos venales que otros grupos políticos y por otro sin duda, por si los repetidos resultados electorales no estaban claros, muestran el conservadurismo de masas como la "otra fuerza" popular de contrapeso al socialismo emergente, en el espejo político de Madrid. Ambas fuerzas, relativa o absolutamente vetadas en el Gobierno de la nación. Ambos -aunque en buena parte de Europa el conservadurismo maurista se convertía en un catolicismo social mucho más diáfano- son beneficiarios directos en Europa de la "extraña muerte" del liberalismo que relata Norman STONE para 1890-1914 en La Europa transformada. 1878-1919, Madrid, 1985, pp. 78-171, y que, en versiones radicalizadas y agriadas por cuatro años de guerra y de corte totalitario, dejan su semilla en el fascismo y el bolchevismo de los años veinte.

51. Los acuerdos en Reglamentos...1920-21 y 22..., pp. 338-340. La segunda rebaja se produjo después de un ensayo por el Ayuntamiento que lo vendió a ese precio en varios despachos "reguladores".

52. El acuerdo municipal de 16 de julio -y no del 15 como equivocadamente dicen los Reglamentos...,cit.- en BAM, pp. 909-910.

53. El primer decreto en BIRS, Seg. Semestre 1922, pp. 451-459. El segundo, de 18 de enero de 1923, y que creaba una Junta Central de Abastos (BIRS, Pr. Semestre 1923, pp. 354-360) tiene un preámbulo impagable de donde hemos entresacado esa frase. De él entresacamos dos cosas: el continuismo que el ministro veía entre las políticas preliberales y las intervencionistas "modernas", algo que aquí ya se ha resaltado: "una fe, que no tiene, en intervencionismos estatistas, inspirados

más o menos directamente en la fijación de las tasas". Y al mismo tiempo como el objetivo del propio decreto es un ejemplo mismo de lo que se critica: la revisión y fijación de los precios por una Junta "con objeto de que productores, comerciantes e industriales intermediarios no tengan en las ventas al por mayor o al detall beneficios líquidos que excedan del margen que fijarán las Juntas", o lo que es lo mismo el justiprecio remunerador, con unos márgenes de beneficio "honestos". Lo que verdaderamente preocupaba es que los salarios no descendiesen; con el peligro que eso significaba para la salud industrial del país dentro de la más elemental teoría económica prekeynesiana.

54. Los incidentes desde distintos ángulos en El País de 20-22 de marzo y ABC de iguales días. Resulta irónico que hoy sea muy conocido este alcalde de Real Decreto en Madrid -como otros varios-, del que el pueblo de la capital hizo caso omiso, a causa de una plaza muy céntrica que lleva su nombre, y totalmente desconocidos sean Garrido Juaristi, primer alcalde democrático del siglo XX, o Ramón Rivero, conde de Limpías.

55. Sobre estas iniciativas cfr. "Un éxito de la campaña socialista", ES, 28-iv-1923.

56. La oveja negra de la lista socialista fue Largo Caballero, que se quedó fuera, pues como era costumbre desde que terminó la guerra siempre ocupaba los últimos puestos -en 1922 fue incluso derrotado para concejal-. Lo mismo ocurrirá durante la República. Probablemente su carácter le hacía especialmente poco atractivo para el electorado burgués y de clase media.

57. El Socialista (2-v-1923, "Lo que dice la prensa") recogió una antología de la prensa sobre el triunfo del Partido con párrafos muy significativos. Según La Voz "de toda España sólo se ha votado ayer de veras en Madrid", afirmando que la candidatura ministerial era de "caciques de barrio" por lo que fue repudiada por la opinión, los republicanos tenían una "organización arcaica y absurda" y en el Ayuntamiento habían estado simplemente "deplorables". Para Informaciones había sido "la nota más viva del comentario público" y habían bajado notablemente las abstenciones. Para La Correspondencia de España (citado por ES, "El triunfo de los socialistas", 3-v-1923) el voto madrileño era muy significativo por cuanto "en las grandes capitales, la corte singularmente, es donde los amaños y las usurpaciones del voto hallan mayores dificultades" y lo calificó de "audaz intento renovador". Para casi todos la victoria socialista era producto de un clamor popular de justicia en el tema marroquí y en pro de la modernización del país. Los resultados nacionales no fueron nada llamativos: el artículo 29 -de elección directa sin sufragio- creó más diputados que nunca. Sobre la "impureza" general de estas elecciones cfr. Teresa GONZALEZ CALBET, "La destrucción del sistema político de la Restauración: el golpe de septiembre de 1923", La crisis de la Restauración... (J.L. GARCIA DELGADO, ed.), especialmente en pp. 114-120.

58. Sobre el olvido en las obras generales, cfr. el tratamiento que hace de las elecciones el clásico libro de FERNANDEZ ALMAGRO sobre la monarquía alfonsina, que no cita el resultado de Madrid como lo más señero (p. 328) o cincuenta años después el tomo VIII de la Historia de España de Tuñón de Lara que hace lo propio, citando las "novedades de mayor fuste" entre las que no se encuentra ésta al parecer (p. 521). Por poner dos manuales archicitados y usados de tiempos muy diferentes.

VI. LA PROTESTA DE LAS CLASES MEDIAS CIUDADANAS: LOS ALOUILERES

Y LA ASOCIACION DE VECINOS DE MADRID

VI. 1. El descubrimiento de un problema secular: el inquilinato

Aunque en este estudio se hace hincapié en lo que se denomina protesta "obrera" o "popular" no podemos soslayar la movilización de segmentos significativos de las clases medias que optaron por la organización moderna (el mitin, la conferencia, las campañas, la asociación permanente) para elaborar su propio discurso del justiprecio y de la deslegitimación de las prácticas económicas heredadas del siglo XIX.

Si bien la mayor parte de la protesta de clase media se canalizó a través de las demandas laborales, al hilo del corporativismo del primer tercio del siglo y del ejemplo sindical del movimiento obrero, y formó numerosas asociaciones en ese sentido, un interesante segmento también formó grupos de presión -fuera de los del comercio y la industria- para el abaratamiento de la vida. Francisco Villacorta ha apuntado algunas, de irregular éxito: la Liga de la Clase Media de 1913-14, la Liga Nacional Económica de 1915, Ligas contra el Uso de lo Superfluo, campañas de la alpargata y el traje único en 1919-20. Asociaciones que denuncian la proletarianización amenazante y el ahogo económico que vivían los modestos funcionarios, profesionales, técnicos, militares y grupos similares y la cada vez mayor conciencia de desamparo ante los poderes públicos (y la "clase política"). Por lo general compartían la crítica a la pugna patronal-sindicalista que amenazaba con anegarles a todos y al lujo innecesario -en la vestimenta y apariencia externa, pero también en la vivienda como se verá- que les hacía miserables y destruía sus señas de identidad¹.

En esta línea, y de rasgos bastante serios y permanentes, puesto que cuajó en organizaciones nacionales que perduraron durante la República y logró éxitos legislativos, destaca el movimiento asociativo vecinal. Aunque el centro y motor aglutinante fundamental a nivel nacional de esta protesta fue la Asociación de Vecinos de Madrid, tenemos constancia de la existencia de asociaciones de

vecinos en otras ciudades, incluso más antiguas, que proliferan en toda España entre 1918 y 1920, como la Liga de Inquilinos de Bilbao y otras similares en Barcelona o San Sebastián. Aunque se presentaban como organizaciones de interés general de defensa de derechos ciudadanos y de los consumidores, su principal queja se centró desde el primer momento en el alza de los alquileres de las viviendas y en presionar a los poderes públicos para que se pusiese coto a ésta. Será al hilo de esta reivindicación -como toma de conciencia- cuando esbozen un interesante discurso de clase (media). Estas organizaciones de inquilinos ya se habían abordado en otros tiempos pero la inflación bélica y postbélica y la nueva dinámica social las animó en un esfuerzo mucho mayor llegando a constituirse una Federación de Entidades Ciudadanas de España, que aglutinaba a las más importantes².

La más importante de todas y que actuó como punto nodal del movimiento fue la Asociación de Vecinos de Madrid, fundada el 19 de enero de 1919. Esta organización tuvo precedentes históricos en las Asociaciones de Inquilinos promovidas por Federico Bordallo y Visado y por Eduardo Barriobero a finales del siglo XIX³. No es raro que estas iniciativas tuvieran un eco especialmente acusado en Madrid cuando, como en este caso, el elemento dirigente procedía básicamente del mundo de las profesiones liberales (periodismo y abogacía sustancialmente), eso especialmente abundante en la capital. Además el problema fundamental de estas asociaciones, el del inquilinato, los alquileres y los arrendamientos urbanos, tenía en una ciudad de constante presión de la demanda sobre la vivienda como Madrid un campo abonado para su expresión. Aquí había además muchos funcionarios de sueldos "congelados" -hasta 1918-20- y pequeños comerciantes e industriales agobiados por los precios exigidos por mayoristas y caseros, que podían formar un nutrido tejido de protesta.

Y es que la punta de lanza y el propulsor principal de esta protesta organizada fue en todo momento la resolución del problema de los alquileres de una forma más beneficiosa para las clases urbanas que lo padecían. El problema en este sentido era general, pues no se limitaba al alza de los precios de éstos. Unidas a las demandas de regulación de ésta, se encuentran las peticiones de modificación del contrato de arrendamiento, favorable al propietario o arrendador⁴, así como la

reforma de prácticas judiciales en los litigios por estos motivos. En cualquier caso, las reclamaciones se fundamentaban en una indefensión del inquilino, de orden jurídico-legislativo por un lado, de carácter socio-económico por otro, bastante indisociables como se verá.

Ambas facetas, por otro lado, son de una clara tendencia secular, y tan tradicionales en Madrid como el problema del pan o del transporte. La indefensión del inquilino venía dada por la precariedad de su propia condición de no-propietario del inmueble que ocupa. Desde 1842 regía como principio fundamental el de la libre contratación, cualesquiera condiciones, entre propietario e inquilino. El Código Civil de 1889 solamente imponía la existencia de un precio cierto y un tiempo determinado, acordados a voluntad de las partes. De hecho, el propietario apenas se obligaba a nada, a no ser las reparaciones y saneamiento en orden a la conservación del inmueble. Obras que casi nunca eran exigidas por el inquilino, por las molestias que se le ocasionaban, y porque el propietario las aprovechaba para mejorar el inmueble, con el consiguiente aumento de renta y alquiler⁵. El inquilino siempre era libre de rescindir el contrato y abandonar el inmueble si consideraba que las obras lo hacían inhabitable. También podía mejorar la vivienda por sí mismo, incorporando así renta al edificio, lo que redundaba en beneficio del propietario y presionaba el alquiler al alza. Esto último era especialmente grave en el caso de pequeños industriales y comerciantes.

Por otro lado, la Ley de Enjuiciamiento Civil de 1881 no daba un gran margen de maniobra a los inquilinos que se veían envueltos en un juicio para ser desahuciados. Todo incumplimiento del contrato -usos indebidos, subarriendo contra una prohibición expresa, falta de pago- era motivo de desahucio. Los plazos establecidos por la ley, desde la demanda del propietario hasta su ejecución, podían llevar un mes en el peor de los casos -ocho días se tardaba en ejecutar una sentencia, es decir, proceder al lanzamiento; quince en el caso de establecimientos fabriles o mercantiles-. Las apelaciones, muy extrañas, se tramitaban en unos veinte días⁶.

Los más corrientes eran sin embargo los juicios motivados por cumplimiento del plazo estipulado

en el contrato, generalmente un semestre o un año. Entre otras cosas, porque era habitual que el plazo no constase en el contrato, remitiéndose por tanto la duración del alquiler al modo de pago, es decir, si se pagaba por mensualidades se entendía que cada mes se renovaba el acuerdo original automáticamente. Esto es lo que se denominaba, en términos jurídicos, reconducción tácita, y permitía cierta estabilidad en su situación al inquilino. Ahora bien, suponía dejar las manos libres al propietario para elevar el alquiler un mes cualquiera y, en caso de que el morador de la vivienda se negase a pagar el aumento, proceder al desahucio.

Es evidente que, en esta situación consuetudinaria, con una amplia zona de sombra legal, la defensa del inquilino no se apoyaba en las leyes o en los jueces, sino más bien en que los alquileres oscilasen en torno a un precio estable. Sin embargo, en Madrid los alquileres eran los más elevados de la península y se situaban permanentemente en una tendencia alcista que mantenía esta situación, todo esto debido a la alta demanda, consecuencia de la capitalidad y capacidad de atracción de la ciudad. Los alquileres en Madrid, a diferencia de otros productos de consumo básico como el pan, centro de disturbios populares, se habían tasado en los tiempos preliberales, pero desde entonces no habían sido objeto predilecto de los precios políticos. Desde 1911 incluso, las subsistencias fundamentales habían quedado parcialmente libres de los encarecedores y altamente impopulares impuestos de consumos, mientras que se mantenían como fuentes fiscales arbitrarias como el basado en el amillaramiento, el impuesto de inquilinato, etc.. Esto destacaba aún más el elevado coste que le suponía a la economía doméstica, porque "es creencia general que aquí están relativamente las subsistencias casi a más bajo precio que en muchas capitales de tercera; pero la vida se hace imposible por razón del elevado precio de los alquileres, impuesto de inquilinato y otras gabelas"⁷.

Existe reiteración de datos por diversas fuentes del alto coste de los alquileres en Madrid ya antes de la guerra en la primera década del siglo. Entre otros, los datos de Julián Juderías, que apuntaba que el 50% de la población madrileña -que él considera "pobre o "muy pobre"- pagaba menos de 20

ptas. mensuales de alquiler, que suponían según él, "la quinta parte de los ingresos de una familia" - a razón de cinco personas por familia-. También Hauser señalaba para principios de siglo que la mitad de las habitaciones de Madrid estaban por debajo de las 20 ptas. de alquiler mensual, lo cual suponía que bastante más de la mitad de la población pagaba esos alquileres, imposibilitada de aspirar a otros - de un total de 101.077 habitaciones, 50.890 no alcanzaban ese alquiler-. En la misma línea, José Francos Rodríguez ya hablaba de encarecimientos de entre el 30 y 36 por 100 entre 1905 y 1910⁸.

La inflación de la guerra, los problemas de la industria de la construcción y de la falta de viviendas y la importante arribada inmigratoria que vive Madrid en esos años agravaron sin duda el problema. Por otra parte, por razones de amortización y demanda las viviendas que se construían eran caras y de lujo en buena parte, lejos de los bolsillos de buena parte de las clases medias apuradas y no digamos de estratos más populares. Datos de esta época de la acelerada alza nos los suministra, a partir de las estadísticas municipales y los datos de los padrones, Mariano García Cortés, concejal ex-socialista entonces del Ayuntamiento de Madrid, y que muestran como los alquileres más modestos y mayoritarios -más de un tercio del total de habitaciones- de hasta 180 pesetas -15 al mes- en 1910 son casi el sector minoritario tan sólo diez años después: apenas un ocho por ciento. Aceptando los datos que suministra, podemos concluir que los alquileres aumentaron entre un 50 y un 70 por 100 en tan sólo una década como media, con cifras tanto más cercanas al segundo dígito cuanto más céntrica era la casa en cuestión⁹.

Precisamente la transformación del centro urbano permitía a estas clases medias radicalizadas asociar la presión al alza de los alquileres con un crecimiento del lujo, y aún más allá con un capitalismo sin rostro que destruía la ciudad tradicional, y cuyo símbolo eran la construcción y derribos de la Gran Vía. La mejora de la infraestructura de servicios urbana y la presión fiscal correspondiente -pues la recaudación mejoraba con los aumentos del alquiler- rodeaban las nuevas casas de comodidades que las encarecían proporcionalmente: el papel pintado, el agua todo el día, los inodoros, la fachada revocada, la luz en la escalera, la calle adoquinada, el teléfono, el ascensor, en

fin, el tranvía¹⁰.

En este sentido el movimiento vecinal percibió la transformación de la ciudad como una amenaza, lo mismo que buena parte del pequeño comercio e industria tradicionales. Junto a la Gran Vía en este sentido ocuparon un lugar de honor los bancos, necesitados de locales céntricos y estratégicos y que podían pagar por ellos mucho más que un comercio madrileño más o menos tradicional. Las noticias sobre cierres de comercios y establecimientos solían ser relacionados en la Prensa con la apertura de bancos, a veces directamente¹¹. Estos procesos, junto a prácticas cotidianas que rayaban la picaresca, tales como el subarriendo de habitaciones, que creaba un intermediario en el piso, la información privilegiada de los porteros sobre pisos desalquilados a cambio de comisión, y la insistente presión por parte de los caseros en lograr el lanzamiento (expulsión verificada) inmediato de los inquilinos desahuciados, parecen argumentos más que suficientes para una densa campaña de protesta¹².

Resulta interesante observar como la participación de los socialistas en estas campañas siempre resultó marginal y escasa. Aunque facilitaron la Casa del Pueblo para este menester y proporcionaron oradores en varios mitines y es evidente que simpatizaban con cualquier medida que abaratase la vivienda, creían más en medidas socializadoras (municipalización del extrarradio, iniciativa pública, casas baratas) y en el ámbito de la construcción que en campañas en pro de la tasa y de medidas legales protectoras. Curiosamente el hostigamiento con el que deslegitimaban el sistema a través del pan y los alimentos, o incluso el transporte urbano, era relativa pasividad en el tema del inquilinato. Probablemente la falta de tradiciones de protesta en la ciudad con respecto a este tema, de escasa rentabilidad electoral -sobre todo municipal- y en el que no se percibía quizá con claridad de qué manera podía conducir a la conciencia de clase, así como que el tema andaba siempre en lenguas de organizaciones burguesas, restringió su participación en esta cuestión. La época en que se desarrolló esta campaña, tras 1917, cuando el movimiento socialista se divide ideológicamente, alejándose electoralmente del republicanismo aunque no del Parlamento y pasando las huelgas a ser el mediuo obrero de protesta fundamental, tampoco la hacía ganarse un apoyo de estas fuerzas. Esto no quita

para que fuese un tema de agitación obrera importante en otras ciudades españolas (por ejemplo en la Sevilla de 1919)¹³.

Es bastante probable, aunque pueda parecer paradójico, que las clases medias profesionales y burocráticas, con sueldos que no eran tan fáciles de aumentar por medio de la conflictividad colectiva, y los pequeños comerciantes e industriales, abocados a una fortísima presión por el alza de los precios de materias primas y de las mercancías al por mayor por un lado y a un margen de ganancia estrecho y vigilado por las tasas, "precios políticos", y por la ira popular en definitiva, resultasen más agredidas en su integridad, y sobre todo en su misma identidad, por la carestía de los alquileres. Para estos grupos sociales el desplazamiento del centro de Madrid, la pérdida de status en la vivienda, el traslado del negocio -que las más veces estaba en el lugar del domicilio- o el tener que recurrir a procedimientos vergonzantes para mantener una "posición" -deducir gastos de otros capítulos, compartir el alquiler entre varios, algo muy habitual entre los trabajadores, y sobre todo realquilar, tomar un huésped o pensionado, prescindir del servicio, etc.- podía resultar dramático. Sobre esto volveremos más adelante.

En este sentido, y con el doble objetivo de dotar al inquilino de más eficaces armas legales (reforma del procedimiento judicial, reforma del contrato de arrendamiento, etcétera) y un tasa o maximum de los alquileres, no es extraño que esta campaña de protesta tuviese su sustento y partiese de estos grupos sociales. Como ya se ha citado la tasa tenía precedentes históricos -aunque bastante ancestrales- pero sobre todo venía avalada por su aplicación fijando un justiprecio o beneficio legítimo en otros órdenes de la vida. Ya conocemos las leyes de subsistencias de 1915 y 1916 y la regulación de los precios de los alimentos o el carbón, pero esta deslegitimación del funcionamiento de la economía que el nuevo "estatismo" (como diría Rafael Gasset) provocaba, también se había aplicado al precio del dinero. El 23 de julio de 1908 se había probado la Ley de la Usura, que había distinguido claramente cual era el beneficio legítimo requerible por un préstamo (el 8 por 100). Si se sobrepasaba este interés anual el que lo hacía no era un prestamista sino un usurero y era

perseguido de oficio -igual distinción a la que se hacía entre un mayorista y un logrero, un comerciante y un tendero o un propietario y un casero-. Con estas distinciones en el ejercicio de la propiedad privada -la grande, financiera y territorial fundamentalmente, al estilo de Rousseau o Proudhon- y la búsqueda de la fijación del maximum, más la experiencia suministrada por las campañas socialistas desembocadas en la huelga de 1917 -y que las clases medias apoyaron en Madrid con tibieza en 1916 para darles la espalda al año siguiente- estaba tramado el cañamazo ideológico en que se moverá la campaña de los alquileres baratos y la Asociación de Vecinos de Madrid.

VI. 2. Primeros pasos del movimiento ciudadano y la tasa de 1920

En la actividad de la Asociación, y en general en toda la campaña y debate sobre los alquileres, pueden distinguirse tres etapas entre 1918 y 1923. Una primera de formación y latencia en 1918. Desde la fundación (enero de 1919) hasta junio de 1920, con la aprobación del Real Decreto sobre contratos de arrendamiento, se desarrollaría la campaña en sentido estricto, con la consolidación y ramificación nacional del movimiento vecinal y de protesta. A partir de la última fecha y hasta el advenimiento de la Dictadura, la Asociación progresa, se dota de un órgano de prensa (Ciudadanía) y desarrolla un discurso temático propio, a la sombra de la actividad jurídica que las sucesivas prórrogas del Decreto original le va a permitir. En esta línea se mantendrá hasta el final de la experiencia republicana.

Las primeras quejas seriadas acerca del sobreprecio a que estaban llegando los alquileres en Madrid se deben a Francisco Hernández Mir en El Liberal entre marzo y abril de 1917. Y será precisamente un concejal liberal, Francisco Silva, el primero en llamar la atención pública sobre el problema en el Ayuntamiento, con la presentación de una moción, en febrero de 1918, proponiendo la creación de una Junta municipal que tasase los alquileres¹⁴. En ella ya se contemplaban la participación tripartita -con el esquema clásico tan empleado en cuestiones laborales de Administración + inquilino + propietario- y la posibilidad de no conceder la autorización para subidas de renta durante seis meses. Tanto ésta como otra, que presentó en agosto del mismo año, tratando de ajustar

el valor fiscal del piso al alquiler solicitado, no fueron aprobadas en el Concejo.

A estas iniciativas se sumó la del diario El Globo, desde marzo de 1918, para que se regularizase el precio de los alquileres de los locales en general. Pero, muy especialmente, los de los locales dedicados al comercio y la industria. En los meses subsiguientes recogerá una serie de opiniones de cabezas visibles de este sector de la burguesía madrileña. En todas ellas aparecerá invariablemente la desprotección del comerciante, que, tras crearse su establecimiento un nombre y una clientela, era obligado a pasar por las horcas caudinas de un alza abusiva de alquiler o una pura y simple rescisión del contrato. En paralelo, este periódico desarrollará una ardiente campaña cívica contra los caseros que no permitían el completo uso de los ascensores (p. ej. de noche), que logró una inspección municipal de las casas denunciadas¹⁵. Puede verse que, desde su inicio, es una campaña promovida desde la mediana burguesía, desde la clase media si se prefiere, pero no desde un sustrato obrero o popular tal y como se entendían estos.

Este interés súbito y generalizado por las quejas del vecindario madrileño le venía dado a este periódico por el tono de su flamante nuevo director, Facundo Dorado, veterano republicano, ex-concejal, y, a la sazón, presidente del Centro de Hijos de Madrid. Esta organización, erigida en 1904 a medio camino entre el homenaje-apologfa de la capital y la beneficencia, y su entonces presidente, tienen importancia en nuestra historia, como apadrinadores que serán de la Asociación de Vecinos, que usaría el diario El Globo como portavoz y las oficinas del Centro como sede social durante sus primeros meses de vida. Mientras Facundo Dorado estuvo al frente del periódico y del Centro, la Asociación convivió de algún modo con el discurso centralista y patriotero que emanaba de este castelarino y madrileñista personaje. Y eso ocurrió hasta el verano de 1919¹⁶.

Si creemos las propias declaraciones de los protagonistas, la Asociación de Vecinos nacería precisamente de un problema personal de don Facundo Dorado con su casero, don Antonio Ullet, que se negó a renovar el contrato de inquilinato del domicilio de aquél en Bailén, 49. Su defensa ante los

tribunales la llevó el letrado don Lorenzo Barrio y Morayta, a la sazón director de El Foro Español (revista jurídica de la abogacía) y que había sido vicepresidente de una antigua y fracasada asociación de inquilinos (la de Federico Bordallo ya citada). De este contacto nace la idea de la Asociación. Así, en principio, se presenta como una respuesta de medios de la abogacía a un problema estructural como era el de la indefensión legislativa y jurídica del inquilino, que ya señalábamos. Y por tanto su vinculación al problema de los alquileres es extrema.

La idea de la Asociación ve la luz en El Globo, por vez primera, el 9 de agosto de 1918, de la pluma de Barrio y Morayta. Lo que se suponía el programa de ésta es desarrollado en un bloque de artículos en el mismo periódico, entre el 29 de agosto y el 14 de noviembre. Su punto en común es la necesaria reforma del contrato de arrendamiento, recortando el derecho del propietario con una serie de cláusulas obligatorias. Principalmente: ampliación de plazos de desahucio y lanzamiento, cambio del modelo de contrato, depósito de las fianzas en un establecimiento público y sin rentarle interés al propietario, y cambio de la forma de pago. Aunque se sugiere la tasa y garantías para comerciantes e industriales, no se trata este tema tan en profundidad como los anteriores. Las causas del alza no son analizadas ni detectadas. Además se sugería una ramificación nacional y otras actividades menores (frente a las Compañías de Tranvías y Electricidad). En definitiva, se presentaba como una asociación ciudadana defensiva "en favor de la reforma del contrato de arrendamiento, del abaratamiento de las subsistencias, de la tarifa única para los tranvías y de cuanto es favorable y necesario a los intereses del vecindario madrileño", porque "ante el trust de esto, de lo otro y de todo, nombre con que se disfruta el delito de monopolio y de confabulación para alterar el precio de las cosas, no hay otro recurso que la unión fortísima de todos los explotados"¹⁷.

Tras una primera convocatoria fallida para el 29 de diciembre, quedó formalmente constituida la Asociación de Vecinos de Madrid el 19 de enero de 1919, en la Plaza de la Villa, 3 (Centro de Estudios del Centro de Hijos de Madrid). Barrio y Morayta sería el presidente, Facundo Dorado el presidente honorario, el concejal Francisco Silva el vicepresidente primero, y Enrique Malato,

abogado, el secretario. Desde un primer momento estuvo vinculada a los círculos de la "pequeña" política, abogacía y periodismo, y en general a las profesiones liberales y a las capas medias de la sociedad. Todo ello pese a que se afirmaba que en la Junta Directiva había "personas de todas clases sociales", basándose en que un vocal era obrero¹⁸.

Por lo tanto nos encontramos frente a una asociación ciudadana de defensa de intereses generales y no "políticos" -pese a moverse en una esfera liberal-demócrata y reformista próxima al republicanismo-, cuyo objetivo principal era fijar un justiprecio legítimo, el cual estaba obstaculizado por el monopolio que la propiedad ejercía. Pese a todo, en el tema del precio de las subsistencias o del pan por ejemplo, se insistió bastante poco, probablemente porque sus aliados naturales, los comerciantes e industriales madrileños, no lo habrían tolerado. De hecho y en paralelo a la Asociación se desarrollan importantes actividades de los medios del comercio de Madrid.

La actividad de comerciantes e industriales fue capitalizada políticamente en principio por el conde de Santa Engracia, liberal y albista, con muy buenas relaciones en estos medios, especialmente con el Círculo de la Unión Mercantil. Como diputado ya presentó, en octubre de 1918, una proposición de ley, en la que industriales y comerciantes recibían "garantías en la estabilidad" del disfrute de su local. A saber, una prórroga general "por tácita reconducción", el motivo de desahucio reducido a la falta de pago o usos fraudulentos, la elevación del alquiler por acuerdo de un Tribunal tripartito, y el derecho a continuar el disfrute del local o negocio por herederos legítimos o socios. La iniciativa no prosperó, pero sirvió de punto de referencia para las agrupaciones de comerciantes, que veían en la campaña de la Asociación un medio más de apoyo y propaganda¹⁹.

La campaña, además, contaba con el apoyo de gran parte del Ayuntamiento madrileño, que, como ya sabemos, desde noviembre de 1918 era regido por el alcalde "popular" y liberal-demócrata Luis Garrido y Juaristi. Este Concejo, como no podía ser menos, aprobó las proposiciones de Francisco Silva y el republicano Miguel Tato y Amat referentes a solicitar del Gobierno la tasa de los alquileres,

en marzo de 1919. Todo esto después de manifestar su oposición a cualquier tipo de subida concertada por la Cámara de la Propiedad Urbana, en tonos parecidos a los que se empleaban con gremios y tahoneros²⁰. Como último respaldo, la batería pesada de la prensa liberal y republicana de la ciudad (El Liberal, El Globo, El Imparcial, Heraldo de Madrid, El País).

En este contexto, la Asociación de Vecinos realiza su presentación en sociedad en un mitin en el teatro del Centro el 16 de marzo, en el cual participan el mismísimo alcalde de Madrid y miembros de la Asociación y de la Casa del Pueblo, pero no de entidades comerciales, en pleno clímax huelguístico de la ciudad. Su importancia se consolida a medida que se la reconoce: en mayo es invitada a participar en la Comisión del Ministerio de Fomento para la rebaja de las tarifas tranviarias; el 17 de junio, Barrio y Morayta es invitado a hablar ante la Federación Gremial Española y las Cámaras de Comercio e Industria reunidas, que preparan un proyecto de ley de arrendamiento de locales. También participa en el mitin de la FGE del 29 de junio. Todo esto desemboca en el gran mitin del 15 de junio al que se adhieren prácticamente todos los diputados elegidos por Madrid. Las intervenciones principales las protagonizan los republicanos (Miguel Morayta), Eduardo Barriobero y el representante de la FGE. El conde de Santa Engracia, abuchado, optó por retirarse sin hablar, lo que demostraba la "intransigencia del público"²¹. Las conclusiones del mitin formaron las bases de la reforma legislativa que la Asociación proponía y que serán su caballo de batalla en los meses siguientes.

Puede verse que, a partir de ahora, la estrategia ya desborda el ámbito municipal, necesariamente limitado, buscándose dar la batalla en el Parlamento. Aunque, de momento, se sigue actuando cerca de los diputados electos en Madrid. Esta etapa culminará con un tercer mitin el 29 de octubre de 1919, en el teatro de la Casa del Pueblo, tratando de dar un tono más radical a la campaña, a tono con la protesta colectiva que agitaba Madrid, con un lock-out a las puertas. Se anunció una manifestación, luego suspendida. Sirvió de respaldo, en definitiva, a la presentación del proyecto de ley en el Congreso en noviembre, merced al ofrecimiento de los diputados por Madrid (en concreto

los republicanos, con la adhesión de socialistas y reformistas). Sin embargo, al mismo tiempo se organizaron dos iniciativas paralelas con el mismo fin. Por un lado, el conde de Santa Engracia volvía a presentar su proyecto favorable a comerciantes e industriales, con el beneplácito del Círculo de la Unión Mercantil (en julio de 1919). Por otro, el diputado liberal Benítez de Lugo presentaba otro, de carácter general, también en noviembre²².

El de Santa Engracia, a lo ya citado, añadía la cláusula del margen de un 10% de subida, con respecto a la renta que constase en el amillaramiento o Registro fiscal el 1 de enero de 1918. El de Benítez de Lugo no permitía que los alquileres superasen el 5% anual del capital bruto en que estuviese valorada la finca, pero sí dejaba un margen mayor en caso de aumento de contribuciones o por gastos y obras de mejora. Las fianzas irían a parar a la Caja Postal. Pero sin duda, el más duro era el proyecto de la Asociación. En primer lugar, y mientras se aprobaba la ley definitiva, se tomarían como medidas urgentes: la vuelta a los alquileres de 1914, la suspensión de los juicios de desahucio que no fuesen por falta de pago, y el aumento de las subvenciones para casas baratas. En la ley en sí se recogería un justiprecio legítimo. En este caso, "un 5% del valor asignado a la misma a los efectos fiscales", repartido entre los pisos y fijado por el Estado, revisable por quinquenios (art. 2). Esto venía a significar que el préstamo de la vivienda debía cobrar un interés menor que el normal del dinero (8% según la ley de 1908, que ya mencionábamos), debido a su mayor importancia. Un interés superior entraría dentro del ámbito usurario. Esta tasa no se aplicaría a aquellas casas en las que el piso más barato excediese de 150 ptas. mensuales (unas 1.800 al año). Téngase en cuenta que lo que se conceptuaba como clases medias pagaban entre 55 y 200 ptas. mensuales.

El resto del articulado se destina fundamentalmente a evitar las triquiñuelas del propietario y dotar de amplio margen de maniobra al inquilino con problemas: no rotundo al pago de extras (art. 3); contratos directamente con el propietario (art. 4); prórroga tácita, en cualquier caso, de tres años, diez en comercios e industrias (art. 5); aviso anticipado necesario por escrito del fin del contrato (dos, seis meses y un año según fuese vivienda, comercio o industria respectivamente) (art. 6); una

mensualidad, como máximo, de fianza (tres en comercios e industrias) y en un establecimiento público de crédito (art. 7); obligatoria entrega del recibo a domicilio por el propietario a la hora de pagar (art. 10); capacidad libre de subarrendar siempre que se notificase (art. 11). Por último, "son causas únicas de desahucio el término del contrato y la falta de pago" (art. 17), y se reglamentaban los juicios de desahucio, dependiendo del Ayuntamiento o de un Tribunal arbitral de propietarios e inquilinos (art. 18-23).

Es evidente que, si la Asociación quería que prosperasen sus radicales propuestas, era necesaria una red nacional de interesados en que esta ley se aprobase, y que presionasen al unísono. Por ello, desde ahora, la Asociación da el paso definitivo hacia una implantación y actividad nacional, manteniendo contactos con asociaciones similares de Barcelona, San Sebastián o Bilbao, y recorriendo Barrio y Morayta distintos puntos de la geografía nacional dando convincentes mítines (La Coruña, Barcelona, Valencia). El resultado final fue la constitución de la Federación de Entidades Ciudadanas en el mitin de 21 de marzo de 1920 (teatro de la Zarzuela), en vísperas del tercer pináculo huelguístico de la ciudad. En él se consiguió el máximo respaldo obtenido hasta entonces: miembros de la Casa del Pueblo (Pablo Iglesias no pudo asistir por enfermedad, según se dijo), representantes del Círculo de la Unión Mercantil, Defensa Mercantil Patronal, Federación Gremial Española, y "La Unica", diputados republicanos (Rafael Salillas), socialistas (Teodomiro Menéndez) y liberales (Benítez de Lugo y Santa Engracia, que una vez más fue insultado y no pudo hablar), multitud de adhesiones de organizaciones femeninas, de empleados municipales y dependientes de comercio; y sobre todo, la de ligas de vecinos, inquilinos o de clases medias de toda España (Valencia, Barcelona, San Sebastián, Oviedo, Gijón, Bilbao, etc.). En este mitin se pidió la aprobación de la ley y una disposición provisional (anular las subidas posteriores a 1919), si se suspendían las Cortes antes. La nueva Federación tendría su directorio en Madrid y dependería en sus primeros años fuertemente de la Asociación de la capital²³.

Como respaldo, y sintiéndose fuerte, la Asociación organizó dos manifestaciones: antes, la del 18

de marzo de 1920, en la que una Comisión de 800 personas (!), invitó a los diputados a acudir al mitin. Después, la del 11 de abril, precedida por una convocatoria-manifiesto de amplísimo respaldo de todo tipo de organizaciones cívicas, populares y de clase media. Esta sería prácticamente la última, dentro de este sistema de agitación, porque amenazó con desbordar el control de la campaña por la Asociación. Participaron entre quince y cinco mil personas, con profusa representación de la Casa del Pueblo, aunque la cabecera fue formada por liberales fundamentalmente, sin ningún socialista de renombre. En cualquier caso, cuando se accedió a que la Comisión organizadora, ya de por sí numerosa (más de veinte personas), entrase a la presidencia del Consejo de Ministros, un amplio grupo de manifestantes pidió entrar también "alegando que cuantos iban con los de la Comisión eran presidentes de sociedades", y al grito de "o todos o ninguno". Se elevaron oradores improvisados y todo acabó como era habitual: cargas en la Puerta del Sol, un tranvía atacado en Cibeles, el apedreamiento del coche de Garrido Juaristi, etcétera²⁴.

Mientras, en las Cortes la obstrucción -algo abrumadoramente habitual con multitud de leyes y proyectos, que acababan en el limbo- parecía la tónica dominante. La discusión de los proyectos en el Congreso se abrió en marzo. Todos pasaron a la Comisión de Gracia y Justicia con el añadido de una proposición (que firmaban Rafael Gasset, Alba, Castrovido, Lerroux y Prieto) que pedía como medida inmediata la aplicación de una escala de aumentos. Los alquileres inferiores a 1.500 pesetas al año se retrotraerían a 1914, entre 1.500 y 3.000 un 5% de subida, entre 3.000 y 8.000 un 10%. La Comisión, que presidía Santa Engracia, dictaminó, con fecha del 26 de marzo de 1920, un proyecto de ley de artículo único que estipulaba que todo desahucio que no se debiese a falta de pago iría a parar a un Tribunal de inquilinatos mixto, y que sería el Gobierno el que fijaría el límite máximo de subida aceptable. Evidentemente esto y nada eran la misma cosa. Así que, entre esto y la presión popular, el diputado liberal Rafael Gasset logró colar una enmienda, similar a la proposición anterior, retrotrayendo al precio de 1914 los alquileres inferiores a 1.500 ptas. anuales, si bien ampliando la subida de los restantes (10% los de 1.500-3.000, 15% los de 3.000-8.000). El 21 de abril quedaba aprobado el proyecto y la enmienda Gasset por 53 votos contra 17, en segunda

votación y teniendo en cuenta que con un voto menos no habría prosperado. El resultado fue facilitado por la ausencia de la Cámara de los conservadores. En definitiva, aún faltaba el trámite del Senado, que nunca llegó a fallar sobre el tema. Las Cortes terminaron sus sesiones antes y de la ley nunca más se supo²⁵.

Sin embargo, la opinión pública y un amplio frente político a nivel nacional había conseguido que se atendiese a un problema evidente. Finalmente, Gabino Bugallal, ministro de Gracia y Justicia, daba un Decreto el 21 de junio de 1920, como medida transitoria hasta la aprobación de una ley. Por él se prorrogaban automáticamente los contratos de arrendamiento en las ciudades mayores de 20.000 habitantes, beneficiándose de tal prórroga en caso de fallecimiento los familiares, socios o herederos (art. 1). El resto del articulado reseñaba las excepciones: subarriendo sin permiso escrito, uso fraudulento de la vivienda, y "cuando el propietario se proponga habitar la vivienda por sí mismo o (...) descendientes, o establecer en ella su propia industria", la cláusula más peligrosa (art. 3). Todo desahucio debía por lo general basarse en falta de pago, y aún así, podría evitarse pagando al día siguiente de la citación en el mismo juzgado (art. 2). Podría revisarse el alquiler en un 10% de aumento con respecto al existente el 31 de diciembre de 1914, en arriendos menores de 1.500 ptas. anuales, en un 15% los de 1.500-3.000, y en un 20% los superiores, con la excepción de obras y mejoras higiénicas. Esto tanto para reducirlos como para aumentarlos, en cada caso (art. 4 y 5). También se reformaban los Tribunales para los casos de desahucio con la consabida fórmula mixta: un Juez municipal y cuatro vocales. De estos, dos propietarios y otros dos como ciudadanos, con requisitos académicos (título profesional), económicos (pagar contribución territorial o industrial) o de vecindad (cuatro años de residencia en la población al menos) (art. 11). Este último campo abría muy buenas perspectivas, junto con los juicios de revisión de alquileres, a la Asociación de Vecinos de Madrid y a todas en España, porque "cuando se hallen constituidas en forma Asociaciones de propietarios y de inquilinos, se requerirá de ellas la representación que respectivamente se atribuye a unos y otros"²⁶.

VI. 3. La elaboración de un discurso ambiguo

El decreto de junio sirvió de espaldarazo definitivo al movimiento vecinal, abriéndole un nuevo campo como agencia de defensa jurídica y representante oficial de los intereses de los inquilinos, al estilo de una Cámara más. Prácticamente en eso se convirtió, relegando la campaña por la ley de alquileres a una presión permanente por la prórroga del Decreto, que en principio extendía su vigencia hasta el 31 de diciembre de 1921. En este juego de presiones, el principal rival fue, desde luego, el conjunto de las Cámaras de Propiedad que, precisamente en este período, organizó hasta tres congresos nacionales (abril de 1918, noviembre de 1919, y junio de 1921). Estas, cuya cabeza saliente era la de Madrid, y que ya habían expuesto su oposición en mayo al Decreto que se preparaba²⁷, fueron compensadas de éste y de la aprobación que daba Hacienda a la ordenanza municipal para el cobro del impuesto de la "plusvalía" (que recaía sobre los terrenos), con un Decreto de noviembre de 1919 y reglamento posterior, que obligaba a los propietarios urbanos a afiliarse a las Cámaras. Esto permitía el control de los pequeños y medios propietarios, siempre propensos a alzas desmesuradas como respuesta a la presión fiscal y al alza del coste de la vida²⁸.

El decreto se aplicó con relativo éxito, si se tienen en cuenta las resistencias iniciales de la judicatura, que lo interpretó como un ataque al Código Civil. Así, entre el 21 de junio, fecha del Decreto, y el 16 de julio de 1920, de 200 juicios de desahucio, sólo cinco habían prosperado. En el primer semestre del año había habido 2.157 juicios, en el segundo semestre tan sólo se celebrarían 1.641. Los lanzamientos se redujeron al mínimo, pues el pago se efectuaba en el mismo acto del juicio, evitándose²⁹.

En este ambiente, y al hilo de las sucesivas prórrogas del Decreto (1922 y 1923), la Asociación prosperó como agencia de defensa en los desahucios y de reclamación en los juicios por rebaja de alquileres, con pingües tarifas por escalas para sus asociados, que pagaban una cuota de 25 cts. mensuales. Baste decir que, si bien en un juicio de desahucio con un alquiler de hasta 15 ptas. la defensa era gratuita, en uno de alquiler entre 16 y 24 ptas. la tarifa era de 25 ptas.. ¡El precio de un

mes de alquiler completo!. Pese a esto la Asociación prosperó entre el grupo medio de 55 a 200 ptas. mensuales que citábamos, llegando a contar con casi 7.000 asociados en 1925³⁰. La legislación especial perduraría con la Dictadura y la República aunque con importantes modificaciones (permisividad de aumentos quinquenales, generalización de la medida a toda España, etc.), y con ella la Federación de Entidades Ciudadanas de España, con Lorenzo Barrio y Morayta a la cabeza, y la Asociación de Vecinos de Madrid, desgajada de aquella desde 1924, y que crearía una Confederación de Asociaciones de Inquilinos de España paralela en 1935, en vista del nulo entendimiento entre las dos organizaciones³¹.

Es precisamente en este período, tras 1920, cuando la Asociación es ya un grupo de presión más o menos institucionalizado, velador del Decreto, cuando las ideas acerca de la representatividad e idiosincrasia de la clase media confluyen en un discurso propio, que se dice apolítico y no partidista, a través de los propios medios de comunicación de la Asociación, preferentemente su órgano oficial Ciudadanía³².

Desde que la campaña pro-alquileres toma forma las protestas se centran sobre la repercusión que el alza está ejerciendo en las capas medias de la sociedad. ¿Quiénes son éstas?. Pues, por ejemplo, un "jefe de negociado, un jefe del Ejército, un médico, un letrado (...), una persona, en suma, que necesite vivir con cierto decoro por la posición social que ocupa [y que] tiene que privarse de todo [para pagar el piso]" y que debe "optar entre vivir en una pocilga o sacrificar la mayor parte del sueldo dedicándola al pago de casa modesta y decente". Este sentido de la vivienda necesariamente decente y adecuada al rol social que se cumple es, junto con el vestido claro está, lo que distingue al proletariado de blusa del de levita. Porque en otros aspectos, y bajo esta óptica del decoro, "ese gran contingente, anémico y resignado, que vistiendo como el acomodado burgués, come peor que el obrero más humilde"³³.

En este sentido, lo que se sugería en un principio sobre la mayor relevancia del tipo y el lugar de

la vivienda o el local para estos sectores, se ve ampliamente confirmado. La pérdida de la vivienda habitual podía llevarles a una proletarización real. Ya señalamos el problema entre los comerciantes, sometidos a una feroz competencia por los mejores locales. "La lucha por la adquisición de local, entre los mismos comerciantes es muy intensa y hasta violenta, pues un buen emplazamiento, en muchas ocasiones, representa una venta segura, y en casos, un negocio próspero". Pero el alza y la desprotección constituía "una amenaza terrible" también para "el que vive de una profesión liberal que necesita de bufete, despacho de consultas, estudio, etc.". En definitiva, "la clase media, por no construirse más que casas de subidos precios, no tendrá donde vivir, so pena de trasladar sus penates a distancias incompatibles con su labor diaria". Ya señaló Hauser, a principios de siglo, que los que "procuran gozar cierta clase de confort, sobre todo si tienen familia, se ven obligados a buscar sus viviendas en los sitios excéntricos, donde los alquileres son menos caros" (léase aquí la zona del Norte: Chamberí, Universidad, Buenavista)³⁴.

La necesidad de un lugar céntrico y la resistencia de sectores socioeconómicos a ser desplazados de este área, en detrimento de otros nuevos (ya vimos, por ejemplo, la Banca), da el pie a la elaboración de la protesta en torno al justiprecio. En el caso del alquiler, el interés justo que debe rentar la propiedad de la tierra, en este caso de la vivienda, como ya veíamos. En este sentido las alzas escandalosas se consideraban usura, penada por la Iglesia tradicionalmente, pero también por la Ley, desde 1908 en su última definición. Así, "si se presta dinero a interés mayor del 5%, la operación táchase legalmente de usuraria, ¿qué calificativo merecerá un contrato en el que una de las partes tiene que someterse forzosamente a las condiciones que la otra le impone y en el que se estipula renta mayor del 5%?"³⁵. Bajo este concepto de interés usurario e impuesto se encontraría la lucha contra el trust y el monopolio, el gran capitalismo que desvirtúa el real funcionamiento del mercado - y en esto el discurso se desprende de cualquier connotación contraria a las leyes económicas-, que sirve de motivo fundamental de lucha a la Asociación en sus primeras andaduras. Con lo que una idea añeja y secular -la confabulación y la tasa como réplica- tomaba una relectura propia del siglo XX y de la postguerra europea.

Lo fundamental es el orden de prioridades que se acomete en la lucha contra esa gran burguesía monopolista. No se ataca el interés o beneficio del comerciante o industrial, y que afecta a todo ciudadano como consumidor. No hay campaña por el abaratamiento del pan o las subsistencias, porque "la alimentación puede ser pobre, hasta pasar sin ella unos días, esta horrible miseria del hambre se puede sobrellevar, muriendo lentamente por consunción; pero sin habitación no se puede vivir". La casa se convierte así en el eje de una vida decorosa. Del hogar privado burgués decimonónico se ha pasado al mito de la casa propia contemporáneo, que consolidaría la propiedad de la clase media, y con ella la libertad individual³⁶. Mito que, con las modificaciones que se quieran, pasa por los alquileres de renta antigua, la vivienda en propiedad impulsada franquista y llega hasta hoy. Puede decirse que en esta época se pone el punto de partida del cambio de régimen de inquilinato, imperante en el hábitat urbano hasta entonces, a la vivienda como bien social primero, y al régimen de propiedad plena después.

Para justificar este ataque a un determinado tipo de beneficios desmesurados se solía recurrir a distinguir entre dos orígenes de la propiedad por un lado, y entre el uso y el abuso de ésta por otro, algo que ya hemos sugerido. En el primer caso, la propiedad productiva, fruto del trabajo y no de la herencia, activa y no rentista, creadora de riqueza y no estéril, se oponía a la propiedad del inmueble o de la tierra, de cuya "apropiación individual (...) dimanaban todas las injusticias"³⁷. En el segundo caso, toda la propiedad no se comportaba del mismo modo y había que separar el derecho de usar y abusar de ésta (el ius utendi et abutendi). Así, "los que usan son los propietarios, los que abusan son los caseros", de la misma forma en que se puede distinguir un comerciante honrado de un tendero fraudulento. Por tanto, la campaña pro-alquileres "no es de ataque al derecho de la propiedad sino de respeto al mismo y de deseo de armonizar su concepción al concepto social que modernamente debe adoptarse de todo aquello que tiende a la satisfacción de imprescindibles necesidades del ser humano"³⁸. Se entraría así en el campo de un nuevo liberalismo, respetuoso con el mercado, pero atento a las demandas de sectores sociales bastante críticos con determinados tipos y modos de ejercicio de la propiedad. Entramado preparado contra los alegatos de la Cámara de la

Propiedad Urbana, que vea estos ataques como una rencilla "civil" dentro del propio grupo dominante, que a nada bueno podía conducir; "porque propiedades las hay de muchas clases, pero la idea en que se inspira el derecho de propiedad es una sola"³⁹.

En definitiva, esta crítica de la propiedad fraudulenta o monopolizadora, rentista, contraria a una difusa idea de justicia social (o de justiprecio si se prefiere), pero respetuosa del mercado, el comercio y los elementos "industriosos" se constituye en el sustrato ideológico -o casi mental- de esta protesta. La proclama de apoliticismo bajo la que se movía es un interesante ejemplo de la crisis de representatividad que vivían muchos de estos grupos sociales ante la crisis del liberalismo y republicanismo históricos. ... Y ayuda a explicar esa necesidad tan perentoria de dotar a la "clase media", es decir, las "personas que realizan su vida en los planos que dan comienzo en la clase proletaria y terminan en el ocupado por quienes, si no son potentados, viven desahogadamente", de un "sindicato" que la represente remedando organizaciones de clase tales como las poderosas cúpulas patronales y centrales obreras⁴⁰.

Por ello, junto al tradicional pensamiento radical y democrático, heredado de la Gloriosa, y un nuevo liberalismo, más atento a cuestiones sociales, encontramos un feroz ataque a la representación política del país, ajena a los intereses reales de las capas medias urbanas⁴¹, habitual en España, pero que entronca con la crisis del parlamentarismo europeo tras la guerra mundial. Así, el "capitalismo" y el "obrerismo" tienen "potentes y vastas organizaciones para la defensa de sus intereses propios, generalmente opuestos al interés general". Por lo que es necesario "el despertar de una clase social, la clase media, más bien dicho, la clase intermedia". En definitiva, la que más perdía con la bipolarización social. Pues, "de los aumentos de salario, de la reducción de la jornada de trabajo, de las huelgas y paralización de la producción y su natural consecuencia el encarecimiento de todo lo que se compra y se vende, ¿quién es la víctima?". A ello se sumaría la "concentración capitalista industrial y comercial". Contra esta doble amenaza se levantarían los "derechos que no son los derechos especiales de una casta determinada, como la de capitalistas y obreros, sino los derechos del

ciudadano español", que la Asociación defendía, y con ella la Federación nacional⁴².

Puede apreciarse así con nitidez el proceso: de una campaña de protesta y reivindicación por un motivo claro se pasa a un movimiento solidario ciudadano, que pronto se identifica con los valores de una clase, en oposición a otros grupos sociales, y globaliza con el conjunto de los intereses nacionales. Este discurso, con componentes progresistas y reaccionarios a partes iguales, desemboca en la esperanza puesta en el advenimiento del caudillo, representante de los intereses nacionales, por encima del partidismo y parlamentarismo estéril. De ahí su calurosa, si bien muy pronto recelosa, acogida al golpe de Primo de Rivera, que venía a barrer toda una manera secular de hacer política en España. Así, "no podemos por menos de ver con simpatía a quienes vienen con un programa cuya primera promesa es la de prescindir de aquellos falsos profetas y redentores del capital", pero, en caso de desacierto, "los que hoy pueden ser redentores, serían los mayores causantes de nuevas ruinas y de que corra quizá más sangre española, derramada por nuestros mismos hermanos en fratricida y cruel lucha". Terrible y acertada predicción⁴³.

Sería abusivo en cualquier caso suponer veleidades autoritarias en este asociacionismo, aunque su desilusión de los partidos políticos dominantes así lo señale, sino más bien un reflejo de la crisis de la representatividad del Estado liberal, de la transformación de la ciudad y la percepción de su impacto y de la respuesta propia que determinados grupos sociales hacen del nuevo conflicto industrial entre patronal y sindicatos y con él que por cierto no se identifican y del que se encuentran desplazados. En este sentido enlazan con determinados sectores laborales madrileños también reacios a identificarse con las tácticas de la Casa del Pueblo y representan una interesante manifestación de la conflictividad social que se produce en Madrid y en España tras la consecución de la guerra europea, a la que no se ha prestado suficiente atención y que no conviene despreciar como pequeñoburguesa y por tanto fuera de las leyes históricas. Este movimiento responde ideológicamente por igual a demandas contemporáneas tales como el derecho social a la vivienda, la socialización del contrato de arrendamiento, el ataque a los rentistas y la propiedad hereditaria,

homologables con movimientos radicales o democráticos de la Europa del primer tercio de siglo, como a jeremiadas de origen remoto, aunque ni mucho menos olvidado, como la denuncia del lujo, la usura y la confabulación, el ataque a la concentración de la producción y a ciertas formas de progreso social, así como fuertes críticas al parlamentarismo y la "partitocracia". Esto las convierte en un nexo entre un mundo moribundo y otro naciente, en el que crecerán tras estas pioneras las modernas asociaciones de vecinos y consumidores que tan activas se mostraron bajo el franquismo, cuando las transformaciones de la ciudad eran aún más brutales y la inexistencia de partidos políticos las favorecía como canalizadoras del descontento colectivo, que, entre otros temas, y con formas nuevas o evolucionadas -boicot frente a motín, pero también, con ecos del justiprecio y la implantación natural y popular de la justicia- también encontró en la vivienda o el pan un caudal rico para retar al poder⁴⁴.

NOTAS

1. Cfr. F. VILLACORTA, Profesionales y burócratas.... pp. 503-511. Se trata de una leve referencia en una obra consagrada al estudio de las asociaciones profesionales -equivalentes a otra escala con las sociedades de oficio obreras- y sus actividades.
2. Constituida en mitin público el 21 de marzo de 1920 en el teatro de la Zarzuela, no vió sus Estatutos aprobados hasta el 21 de abril de 1921. En principio fue un ente fuertemente dependiente de la Asociación de Vecinos de Madrid, motor y aglutinante fundamental del movimiento. Baste decir que su Ejecutiva fue durante bastante tiempo prácticamente la de la Asociación de Madrid. Sin embargo se desligarían ambas entidades en 1924, y en fecha tan tardía como marzo de 1935 la Asociación madrileña formaría una nueva y paralela Confederación de Asociaciones de Inquilinos de España. Lo que aquí se comenta sobre el movimiento vecinal o de inquilinos es una revisión de lo que adelantaba en otro lugar: "La cuestión de los alquileres y el movimiento asociativo vecinal (1918-1923). El ideario de la clase madrileña y sus problemas", en VVAA., Estudios históricos. Homenaje a los Profesores...., vol. II, pp. 167-201.
3. Ambas eran consideradas precedentes inmediatos de la Asociación de Vecinos de Madrid por sus dirigentes, vid. Ciudadanía, 4 de marzo de 1922. El presidente de la primera fue presentado como venerable pionero, con motivo del mitin fundacional de la Federación Nacional (El Liberal, 23 de marzo de 1920). El vicepresidente había sido el mismísimo Lorenzo Barrio y Morayta, alma mater de la Asociación futura. Eduardo Barriobero colaboraría activamente en las campañas organizadas por la Asociación, en la que no se cansaba de repetir que el fracaso de su iniciativa se debió a la oposición del comercio madrileño (El País, 16 de junio de 1919), si bien nunca perteneció a la Junta Directiva de aquélla.
4. En adelante trataremos de evitar en lo posible el uso de los términos arrendador y arrendatario, puesto que son intercambiables y se prestan a confusión, sustituyéndolos respectivamente por propietario o casero -término que en realidad envolvía una connotación despectiva de mal uso de la propiedad- y por inquilino. Aunque debe quedar bien entendido que un arrendatario (que paga alquiler) puede dar la casa o parte de ella en arriendo sin ser el propietario (recibiendo alquiler en este caso), mediante el subarriendo.
5. Las implicaciones de esto van mucho más allá de un simple problema de relaciones propietario-inquilino y afectan a la sanidad, higiene y calidad misma de la vivienda en Madrid, especialmente en los barrios populares. Allí, los inquilinos se convertían en "cómplices" del capital en la medida en que aceptaban viviendas insalubres y en infracondiciones de higiene y hacinamiento, a cambio de mantener el alquiler a la baja. Véase, César CHICOTE, La vivienda insalubre en Madrid. Memoria al alcalde vizconde de Eza. Madrid, 1914, p. 23. Podía darse por tanto el caso de que los inquilinos de una vivienda fuesen hostiles a mejoras del confort de ésta, a sabiendas de que el alquiler subsiguiente estaría lejos de su alcance.
6. Para la legislación ordinaria sobre el tema, básicamente el Código Civil de 1889 (libro IV, título VI, Capítulo 2, arts. 1546-1582) y la ley de Enjuiciamiento Civil de 1881 (libro II, título XVII, arts. 1561-1608), recomendamos la obra de José Félix HUERTA, El contrato de arrendamiento de fincas urbanas: legislación vigente sobre alquileres. Madrid, 1925, que también incluye la legislación especial que se va a dar en el período 1920-1925. Las triquiñuelas más o menos legales para estorbar el proceso, en la serie "Inquilinos y caseros" (doce artículos) que publicó Angel CHENA en EL Globo entre el 27 de marzo y el 29 de mayo de 1919.
7. José CONTRERAS en "La tasa de los alquileres. Datos históricos para establecerla", El Liberal, 16 de marzo de 1919. El entronque histórico viene dado porque antes del s. XIX sí existieron precios políticos de los alquileres. Se recurrió a la tasa en los reinados de Felipe III, Carlos III y Carlos IV

para adecuar la demanda de altos funcionarios y empleados de la Corte al ritmo de crecimiento de ésta, lo que demuestra lo añejo del problema. Probablemente sólo Sevilla rivalizó con Madrid en lo elevado de sus alquileres. Allí se producen los mayores motines por este motivo en torno a marzo de 1919. Aún en 1936, discutiéndose en las Cortes, Prieto la compara a la capital, donde según él los alquileres suponían más de una tercera parte del presupuesto de los obreros y de la clase media, El Socialista, 10 de junio de 1936. No coincidimos desde luego en la apreciación del bajo precio de las subsistencias en Madrid, desmentida históricamente desde el siglo XIX, en comparación con ciudades más pequeñas.

8. El dato y la clasificación de clases por alquileres de Julián JUDERIAS, en Los hombres inferiores. Estudios acerca del pauperismo en los grandes centros de población. Madrid, [1909], Bibl. de Cienc. Penales, vol. VII, p.61. Los datos de Hauser, en Madrid bajo el punto de vista médico-social. Madrid, 1979, vol. I, pp. 512-513. Es más, el grupo de habitaciones por debajo de 15 ptas. mensuales afirma que "se hallan ocupadas por la clase jornalera o empleados de mezquino sueldo". Los de J. FRANCOS RODRIGUEZ en Abastecimiento de subsistencias en Madrid, Madrid, 1910, pp. 33-35. Datos muy completos de 1910 en Ayuntamiento de Madrid, Estadística de alquileres rectificada en abril de 1910, Madrid, 1910.

9. Los datos en el Cuadro x del Apéndice. Este procede de su Proposición presentada al Excmo. Ayuntamiento ... proponiendo diversas medidas para paliar los efectos de la crisis de la vivienda y de trabajo en Madrid, Madrid, 1922, p. 8. Este cuadro también aparece en la obra de José BRAVO RAMIREZ y Alberto LEON PERALTA: Escasez, carestía e higiene de la vivienda en Madrid. Medios al alcance de los Ayuntamientos, Madrid, 1926. Lo más ajustado para concluir el grado de aumento de los alquileres y su impacto es hacer un muestreo indicativo en varias calles de distintas áreas urbanas a través de los padrones municipales del Archivo de Villa y que reservamos para el futuro.

10. Por supuesto las quejas por la presión fiscal y la obligatoriedad que las autoridades imponían para mejorar los inmuebles quienes mejor la exponían eran los propietarios. Cfr. de Ramón QUINTERO, "El alquiler de las casas", Boletín de la Cámara Oficial de la Propiedad Urbana de Madrid, 86, marzo de 1918, pp.70-71. Lo de los "lujos asiáticos" era un lugar común, destacado por ejemplo por HERNANDEZ MIR en "El problema de los alquileres en Madrid", La vida cara. El problema de los alquileres, Madrid, 1919. Originalmente en El Liberal, 29 de marzo de 1917. Pero también por los propios caseros en "El alquiler de las casas", BCOPUM, 86, marzo de 1918. Entre estos lujos se citaban los cuartos de baño, los suelos de madera, el termosifón, el ascensor, el teléfono, la calefacción general, etc.. Los inquilinos asociados se rebelaban contra esta situación impuesta a su entender: "Ni el ascensor, ni el baño son cosas absolutamente necesarias, ni se puede obligar a los inquilinos a que acepten un lujo que no necesitan, que no quieren (...), un lujo que sólo debe pagar el que se lo permita y nunca aquél a quien al que se le imponga", Ciudadanía, 5 de agosto de 1922.

11. Así, por ejemplo, un local comercial de la calle Rivero hubo de cerrar por la instalación de un banco, mientras en la calle Peligros se instalaba otro, "con daño de dos comercios de planta baja, una peluquería y una casa de huéspedes", El País, 15 de octubre de 1919. Según este periódico, los caseros "convertían" los comercios en bancos, de forma sistemática, "La pamema del cierre. Inconsciencia del comercio madrileño", El País, 29 de diciembre de 1919. Los anuncios sobre comerciantes con problemas con su casero son innumerables.

12. El negocio del subarriendo se hizo especialmente lucrativo desde el momento en que se tasó el alquiler real. En la "Exposición al Real Decreto de 20 de junio de 1924" (que por aquel entonces prorrogaba las medidas de excepción), se dice "que el subarriendo se ha transformado en una lucrativa industria y que a la sombra de los preceptos que favorecen al inquilino vive el intermediario parásito", en J. Félix HUERTA: op. cit., p.178. Los mecanismos irregulares para acceder al conocimiento de

los pisos desalquilados en "El encarecimiento de la vivienda", El País, 15 de octubre de 1919. Una iniciativa al respecto la tomó el semanario El Inquilino, ideado para dar "la información más completa a pesar de la escasez de locales" (número 1, 10 de marzo de 1918) y que ve la luz precisamente en esos años; el último número que conozco es de 31 de enero de 1920. En el primero se ofrecían 247 cuartos, sólo 117 en el último. La Cámara de Propietarios se jactaba de contribuir a la aceleración del proceso de expulsión del inquilino. En el primer trimestre de 1917 informaba de que el 60 por 100 de los desahuciados dejaban el piso en menos de diez días y en los dos últimos había conseguido un 95 por 100, BCOPUM, 84, enero de 1918, p.19.

13. Estas protestas se caracterizaron por su inusitada ferocidad y ritual, que prácticamente las convertían en motín, de Sevilla en el mes de marzo de 1919. Allí se procedió a quemas y entierros simulados de caseros, a la huelga de inquilinos -es decir, al plante generalizado de las casas de vecindad, negándose a pagar-, a la agresión física y al asesinato de caseros, y al incendio de algunas casas. Un modelo completamente distinto al madrileño, con una amplia base popular, una protesta generalizada y violenta, combinada con el motín de subsistencias, y un corolario de fuerzas de apoyo que alcanzaba a los sindicatos. La presencia de la CNT y el clima de violencia rural andaluz fueron determinantes en este sentido. En Madrid fue un ejemplo de lo que podía ocurrir si no se atajaba antes el problema. La protesta se mantuvo casi siempre en los cauces de una campaña cívica, sin demasiadas llamadas a la acción popular, algo que quizá hubiese ocurrido, aunque de otra forma, si el Ayuntamiento se hubiese agitado en este sentido, vistos los precedentes. Una buena información sobre este motín en El Liberal, edición de Sevilla, de los meses de marzo y abril de 1919, principalmente.

14. Los seis artículos de Hernández Mir están recopilados en op. cit.. La moción puede verse íntegra en El Globo, 28 de julio de 1918.

15. La campaña comienza con el artículo-manifiesto "El arriendo de los locales" (13 de marzo de 1918). Pueden verse las opiniones de Antonio V. Vallejo, presidente de la Cámara Oficial de Industria; Carlos Prast, de la de Comercio; Luis Gil Bris, de Defensa Mercantil Patronal; y Luis Durán y Francisco Ferreres, de la Cooperativa Mercantil de Crédito. Todas en El Globo, respectivamente el 6, 7, 24 y 26 de mayo, y el 6 de junio de 1918. Esta iniciativa se da por cerrada el 10 de junio. En lo de los ascensores se insiste entre el 27 de mayo y el 10 de junio, en notable y falsa coincidencia.

16. Sobre el historial del Centro de Hijos de Madrid, asociación filantrópica y de propaganda de las celebridades y fama universal de la capital, vid. de Leopoldo FAU DE CASAJUANA, socio fundador, "El Centro de los Hijos de Madrid", El País, 5 de octubre de 1920. Facundo Dorado accedió a la dirección de El Globo a principios de 1918. En abril pasa de denominarse "Diario Nacional" a "Diario Madrileñista". En agosto de 1919, caído don Facundo, se denominará simplemente "Diario de Madrid". En todo este período su rasgo principal, por encima de cualquier otro, con independencia de su director, es un feroz anticatalanismo y un odio visceral hacia la Lliga y los regionalistas, mucho más completo y ramplón que el de los diarios más conservadores de la capital. La dimisión de Facundo Dorado al frente del Centro se debió a su exceso de megalomanía, que le llevó a la adquisición del teatro Odeón, amenazando con la ruina a esta agrupación. Véase al respecto, Boletín Semestral del Centro de Hijos de Madrid, 1, 1920 y Comunicación a los señores socios, 1919. Este personaje escribió varios libros apologéticos sobre la capital en la línea del madrileñismo de Répide, Velasco Zazo y otros.

17. Lo primero en El Globo, 11 de diciembre de 1918; lo del trust es de Barrio y Morayta en ibidem, 14 de noviembre de 1918 (los subrayados son suyos). Como es sabido, este tema de la confabulación y el trust era el mismo reiterativo argumento casi universal con respecto al pan, alimentos, etc.

18. Ibidem, 20 de enero de 1919. Puede verse allí la composición de la Junta Directiva. El proyecto de Estatutos, aprobado por la DGS, el 26 de diciembre de 1918 en el mismo diario.

19. La proposición de ley de Santa Engracia, en El Globo, 26 de octubre de 1918.

20. El primer alcalde democrático del siglo XX de Madrid, Luis Garrido Juaristi, terminaría precisamente de vicepresidente en la Federación de Entidades Ciudadanas de España, vid. Ciudadanía, 13-14, mayo-junio de 1924. Las proposiciones citadas, en El País, 9 de marzo de 1919. La oposición del Concejo a la subida de los alquileres en El País, 26 de febrero de 1919. Miguel Maura, que no compartía los presupuestos del liberalismo de izquierdas, diría: "no se subirán los alquileres sin que el Concejo haga un escarmiento".

21. El Globo, 16 de junio de 1919.

22. El apoyo del CUM y el proyecto de Santa Engracia en El País, 24 de octubre de 1919. El de Benítez de Lugo, ibidem, 15 de noviembre de 1919. El proyecto de la Asociación se publicó con el título de Proyecto de ley de reforma del contrato de arrendamiento de fincas urbanas. Madrid, [1919].

23. La mejor información sobre el mitin y las conclusiones en El Liberal, 23 de marzo de 1920.

24. El número de manifestantes oscila entre los 15.000 de El País, 13 de abril de 1920, los 10.000 de El Liberal, 13 de abril, y los 4.000 de La Epoca, 12 de abril. Pueden cotejarse aquí los incidentes; las citas son de El Liberal. Tales acontecimientos muestran a las claras que el tema de los alquileres pudo ser tan virulento como el del transporte y las subsistencias, que también recibieron campañas paralelas a los amotinamientos. A falta de otro argumento mejor, podemos aventurar que no existía una profunda tradición de protesta colectiva en este área a la que el pueblo de Madrid pudiese invocar con facilidad. Muy al contrario, la campaña de la vivienda nos conduce inevitablemente a las pedreas sobre las odiadas máquinas: los automóviles y los tranvías.

25. La información y los resultados de la votación son de El País, 21 de abril de 1920. La Comisión del Senado ya se encargó de desvirtuar el proyecto en cualquier caso, no en balde su presidente, Ruiz Jiménez, ya había sido presidente de la Cámara de la Propiedad Urbana de Madrid, además de alcalde de Madrid, en un denso currículum. Sería interesante saber cuantos proyectos legislativos naufragaron en las procelosas aguas de la Cámara Alta, sudario de tantas iniciativas "radicales" en toda Europa. Parece que en el tema de la vivienda Rafael Gasset no rechazaba el "estatismo" y las tasas.

26. El texto completo del Real Decreto puede verse en ECOPUM, 102, julio-agosto de 1920, pp.267-272. También en la obra de J. Félix HUERTA, cit.. Como puede verse, el esquema protector de la aplicación del Decreto acogía el tinte corporativista de tantas leyes en estos años.

27. Lo que debía ser la tasa lo exponían en sendas exposiciones de 4 de mayo y 18 de junio, BCOPUM, 101, abril-mayo-junio de 1920. Allí pedían un margen del 20% de aumento con respecto a diciembre de 1919, pero aceptaban la prórroga tácita, la consignación del pago en el mismo tribunal y la formación de Tribunales de inquilinato. Su postura consolidaba la de la Asociación de Vecinos paradójicamente, pues pedían que los vocales inquilinos fuesen designados "por las Cámaras de Comercio e Industria", en caso de locales de esta clase, o "por la Asociación de Vecinos legalmente constituida", en casos normales. Tanto a unos como a otros les interesaba que todo estuviese controlado por gentes de orden.

28. Según datos de la Cámara había 13.395 propietarios en septiembre de 1920, de ellos 4.530 pagaban más de 1.000 pesetas de contribución. Sin embargo esta tercera parte controlaba dos tercios de los miembros de la Cámara, 27, de un total de 40. De los ocho puestos de la Junta de Gobierno este grupo controlaba siete. Finalmente, de entre los 16 representantes que elegía el grupo que pagaba más de 3.000 pesetas de contribución, 13 atendían al título de Excmo. o Ilmo.. Pudiendo, por tanto,

considerárseles aristócratas, bien por título, sangre o alto cargo administrativo, en una concepción amplia del término, similar a la que emplea A. J. MAYER. En el resto de las categorías sólo hay dos. En la primera y más alta, de más de 10.000 pesetas de contribución, los seis representantes responden al título de Excmo. llegándose al copo. Mayor control por grupo más reducido no se puede pedir. Estos datos son de BCOPUM, 103, septiembre-diciembre de 1920.

29. Las "resistencias y evasivas" provocarían una Real Orden aclaratoria del Decreto, el 13 de julio. El 17 de julio la Fiscalía del Tribunal Supremo emitía una circular marcando la conducta que se debía seguir: secundar "la teoría reinante del Intervencionismo del Poder público en las relaciones sociales de los individuos" frente al derecho absoluto de propiedad, y la no "resistencia u obstáculo al cumplimiento de las disposiciones generales que dicho Poder se crea obligado a dictar". Un toque de orden a un poder judicial demasiado acostumbrado a fallar a favor del propietario. Pueden verse ambas en BCOPUM, 102, julio-agosto de 1920, pp. 272-276. Los datos de los juicios son de Alvaro MIRANDA en El Imparcial, 25 de julio de 1920 y 5 de enero de 1921, respectivamente. Esta resistencia al Decreto muestra hasta qué punto éste consistía en una nueva deslegitimación por parte de las autoridades de las leyes del mercado y su carácter "agitador" a nivel jurídico.

30. Las tarifas pueden verse en Ciudadanía, 2, 11 de marzo de 1922. Aún se elevarían más en 1923 (31'25 ptas., los alquileres entre 16 y 24 ptas.). El número de asociados (6.960) en "Memoria de Secretaría. 1 de enero 1924-30 junio 1925", Boletín de la Asociación Oficial de Vecinos e Inquilinos de Madrid, 27-28, julio-agosto de 1925, p. 52.

31. Las vicisitudes de la legislación en J. Félix HUERTA: op. cit., y el comentario y ordenación legislativa que hace la Revista de los Tribunales en Arrendamiento de fincas urbanas. Decreto de 29 de diciembre de 1931. Legislación complementaria. Madrid, 1936.

32. Ciudadanía, Órgano oficial de la Federación de entidades ciudadanas de España y de la Asociación de Vecinos de Madrid, y que dirigía el propio Lorenzo Barrio y Morayta, era el encargado de difundir semanalmente los proyectos y actividades de la Asociación. Comienza su andadura el 4 de marzo de 1922 y termina en principio el 15 de octubre del mismo año (27 números). Abre su segunda época en mayo de 1923 con nueva numeración, pasando a ser mensual. Su cierre se había debido a problemas económicos y de déficit presupuestario. Aguanta con ese nombre 20 números más, hasta diciembre de 1924. En enero de 1925, en el número 21 ya aparece con el nombre de Boletín de la Asociación Oficial de Vecinos de Madrid, que se publicará hasta 1935.

33. Lo primero es de HERNANDEZ MIR: op. cit., p.5. La lapidaria frase final es de Adolfo Lluch, "Ante un peligro inminente. La Asociación de la clase media", El Globo, 20 de noviembre de 1919.

34. Lo de la competencia comercial es de Carlos Prast, presidente de la Cámara Oficial de Comercio, El Globo, 7 de mayo de 1918. Lo de la amenaza es de "Lo primero es vivir. Los alquileres", El País, 17 de marzo de 1919. Lo de trasladar los penates en "La vivienda en Madrid. Necesidad de una legislación", El Liberal, 15 de septiembre de 1919. Lo de Hauser en op. cit., vol.I, p.514.

35. HERNANDEZ MIR: op.cit., p.10. Se remite en realidad a la legislación de 1899, que estipulaba el 5% como el interés justo y legal.

36. La cita es de "El grave problema del alquiler de los cuartos y arriendo de los locales", El Globo, 28 de julio de 1918. Esta imagen recuerda la del hidalgo del Lazarillo de Tormes. Esta apología de la casa como necesidad vital tradicional, bien social moderno y propiedad individual futura, encuentra su máxima expresión en el "Prólogo" que dedica Manuel García Prieto a la obra de REVUELTO SANZ y PEREZ AMIGORENA: Inquilinos y propietarios. Madrid, 1921 (2a. edic.). Y que puede verse también en Ciudadanía, 1, 4 de marzo de 1922.

37. Julio SENADOR en "La vida española. La carne y la vivienda", El Liberal, 10 de marzo de 1920.

38. Las referencias son del "Prólogo" de García Prieto, citado en la Nota 62. Lo de la distinción entre tendero y comerciante, se encuentra en El País, 2 de marzo de 1919. Estas distinciones también las hacían los socialistas.

39. El Sr. marqués de Herrera en "La inconsciencia de algunos propietarios", BCOPUM, 101, abril-mayo-junio de 1920, pp.250-251. Originalmente en La Epoca.

40. Lo primero es de "Problemas madrileños. La tasa de los alquileres", El Globo, 15 de marzo de 1919. Llamadas a las agrupaciones de clases medias pueden verse en "La sindicación de los mesócratas", El País, 28 de octubre de 1919, y en "Ante un peligro inminente. La Asociación de la clase media", El Globo, 20 de noviembre de 1919.

41. Véase al respecto la alocución de Barrio y Morayta en un mitin en Santander: "¡Viva España con honra, limpia de la lepra política que hoy la corroel!", Ciudadanía, 1 (2a. ep.), mayo de 1923. Este nuevo liberalismo se identifica con "la semilla de una especie de partido laborista al estilo inglés", ibídem, 27, 15 de octubre de 1922. Son, de hecho, los Gobiernos Campbell-Bannerman y Asquith de antes de la Guerra europea, los que se tienen en mente. Véanse cuales eran los "tres enemigos del ciudadano": la "plutocracia", la "politicracia" y la "burocracia". Ibídem, 2, 11 de marzo de 1922.

42. "La clase media", ibídem, 6, 8 de abril de 1922.

43. Lo de la simpatía en "El nuevo régimen", ibídem, 5 (2a. ep.), sept. de 1923. El subrayado es mío. La profecía, en el "Manifiesto de la Federación de Entidades Ciudadanas de España ante la actual situación política", ibídem, 6 (2a. ep.), octubre de 1923.

44. Sobre el movimiento ciudadano, Javier GARCIA FERNANDEZ y M. Dolores GONZALEZ RUIZ, Presente y futuro de las asociaciones de vecinos, Madrid, Pecos Edit., 1976; Manuel CASTELLS, Ciudad, democracia y socialismo. La experiencia de las Asociaciones de vecinos en Madrid, Madrid, S.XXI, 1977; J. Luis MARTIN PALACIN, Movimiento ciudadano y defensa del consumidor. La batalla por el pan en Madrid, Madrid, Ayuso, 1978. En esta última obra muestra como se entroncan a la perfección las viejas tradiciones de protesta colectiva que aquí se han relatado con las nuevas formas de los años setenta y como la denuncia de la "confabulación" (ahora consorcio panadero) puede reportar conciencia política a las masas. La represión franquista de hecho avivó - aunque como campañas cívicas organizadas- y obligó a ser apolíticas viejas formas de acción colectiva -p. ej. el boicot al transporte por una subida de tarifas o el alboroto en el mercado-.

PROTESTA COLECTIVA Y CAMBIO SOCIAL EN LOS UMBRALES DEL SIGLO XX
MADRID 1914-1923 (ID)

Tesis doctoral de D. FRANCISCO SANCHEZ PEREZ,
Departamento de Historia Contemporánea,
Facultad de Geografía e Historia,
Universidad Complutense de Madrid.
Director: D. ANGEL BAHAMONDE MAGRO.
1994

SEGUNDA PARTE. LAS PROTESTAS DEL TRABAJO: LA TEORIA

VII. LA ORGANIZACION OBRERA DOMINANTE

La huelga no era una vivencia nueva para los madrileños cuando la guerra europea comienza. Como fenómeno social estaba íntimamente ligado al desarrollo del asociacionismo obrero en la ciudad. Un entramado, bastante tupido ya, de sociedades de oficio, domiciliadas mayoritariamente en la Casa del Pueblo, lo sustentaba y alimentaba en gran medida. Ya en 1908, con su edificio de la calle de Piamonte recién inaugurado, contaba con 34.000 asociados en 102 entidades, si bien no todas eran de resistencia. A 1 de enero de 1915 informaba de 52.299 en 115 sociedades (38.662 fuera de mutualidades, sociedades de socorros, recreativas o políticas)¹.

Estas sociedades obreras estaban íntimamente ligadas, cuando no directamente afiliadas, a la UGT socialista, y compartían por tanto a grandes rasgos su estrategia sindical en un plano socio-político. Tal estrategia puede resumirse fundamentalmente en tres aspectos: la importancia de la organización, la prudencia reivindicativa, y la existencia de un horizonte político último al que se debía remitir la actividad "económica" propia de los sindicatos. El principal difusor de ella fue el mismo Pablo Iglesias, con pocas variaciones desde sus primeros escritos hasta su muerte².

Según sus esquemas, la organización obrera se convertía en el instrumento fundamental de los trabajadores para obtener mejoras sustanciales de sus condiciones de vida frente a los patronos o el Estado. El incremento de sus efectivos y el fortalecimiento de su unidad aumentaban su capacidad de presión y por tanto sus posibilidades de hacerse oír y triunfar en todo tipo de huelgas. De esta manera, además, podía intensificar su control del mercado laboral, restringiendo la competencia entre obreros hermanos, que tan dañina resultaba para conseguir mejoras salariales o de otro tipo. En cualquier caso, en el pensamiento de Pablo Iglesias, y no sólo de él, sino de Besteiro, Largo Caballero o Manuel Llana, la organización iba más allá del estricto ámbito laboral, siendo responsable de la educación de la clase obrera en su conjunto. En este sentido, las sociedades obreras podían y debían crear una auténtica "contrasociedad" diferenciada del mundo burgués circundante,

dentro de los parámetros generales de pensamiento de la II Internacional. Este mundo dotaba a los obreros de una cosmovisión propia (una sociedad compuesta de clases en lucha), una revelación dada (el legado de Marx), un intérprete de ésta que ejercía como auténtico Mesías (el propio Iglesias "beatificado") y una promesa de redención o paraíso último (la sociedad sin clases), todo aderezado con sus ribetes de milenarismo (la inevitable revolución o colapso capitalista como Juicio Final)³.

A un nivel menos ideal, la fuerza de la organización obrera podía repercutir en un beneficio económico directo para sus miembros ofreciendo prestaciones sociales directas tales como subsidio para casos de vejez, enfermedad, muerte, inutilidad, paro o encarcelamiento, según el sistema de la base múltiple, que regía en el Arte de Imprimir desde 1909. Con ello se llenaba en buena medida el vacío asistencial del Estado en esta materia y los propios obreros se hacían responsables de campos tradicionalmente cubiertos por la beneficencia, especialmente la religiosa. La organización era fundamental, por último, porque era ella la que tenía la patente de hacer surgir la conciencia obrera en cada individuo miembro en particular, dentro de la ortodoxia de pensamiento socialista. Era comprensible por tanto que los dirigentes ugetistas creyesen firmemente desde antiguo que eran la vanguardia del movimiento obrero español y aglutinaban en torno a sí a lo más granado y "consciente" de los obreros madrileños. Los trabajadores no asociados, por no decir los cenetistas o los católicos "amarillos", caminaban entre las tinieblas y la inconsciencia. El lema bien podría ser: fuera de la organización, no hay salvación. "El obrero comienza a ser algo -o deja de ser nada- cuando se organiza, hasta el punto de que no habrá obrero consciente que no esté organizado"⁴.

VII.1. Las prácticas y su defensa teórica: cobertura, provisión y prudencia

Esta organización debía ser preservada celosamente a medida que crecía y se extendía y por ello debía estar bien cubierta, bien provista y ser prudente a la hora de promover conflictos. Toda sociedad obrera se unía organizativamente con sus otras hermanas en una Unión General que abarcaba todo el país y debía cooperar para la creación de Federaciones y Uniones de oficio también de ámbito nacional. La cúpula de la Unión la constituía el Comité Nacional, elegido por las secciones de la

ciudad donde residía. Como desde 1899 se designó Madrid, debido a su relativa importancia (casi una tercera parte de los afiliados nominales entonces, pero más de dos tercios si se cuentan sólo los cotizantes), como los congresos se realizaron desde 1899 también invariablemente en la misma ciudad y como los miembros del Comité no eran destituibles (salvo por un congreso extraordinario), eran remunerados y podían votar en los congresos (representando a secciones e incluso a federaciones enteras), puede hablarse sin empacho de una dirección burocrática muy centralizada en un doble sentido institucional y geográfico⁵.

Tal concentración de poder político (y en la capital del Estado además) no tenía un trasunto social y económico del mismo calibre. Aunque las secciones, o las federaciones en su lugar cuando las había, debían de cotizar con puntualidad bajo riesgo de expulsión fulminante y sostener las huelgas reglamentarias sostenidas por otras secciones, en realidad "se lucha siempre con la cortedad de los recursos" y "se pone en tortura el ingenio de los inteligentes para ver de encauzar las huelgas "reglamentarias", que son siempre una sangría suelta". Así, la solidaridad institucional de la UGT fue muy recortada estatutariamente desde un principio y en sentido creciente, dejando en manos del Comité una libertad total para determinar qué huelgas debían ayudarse y qué huelgas no, siempre con un criterio restrictivo. Entre 1918 y 1920, en pleno virus huelguístico, sólo financió tres huelgas como reglamentarias. El dinero se iba preferentemente en coordinación, sueldos y propaganda. A cambio, el Comité dió total libertad para la práctica de la solidaridad libre entre las secciones (o con las de otras organizaciones) y delegó estas prerrogativas reglamentarias en las federaciones de cada oficio, en el caso de que las hubiese. De este modo bien puede decirse "que la mayoría de las huelgas declaradas por las secciones de la UGT a lo largo de su historia no se ajustaban a las condiciones previstas para las huelgas reglamentarias"⁶.

La primera federación, la de tipógrafos, se había creado aún antes que la mismísima UGT, creada a imagen de ella. Luego vendrían las de mineros o ferroviarios (1911), impulsoras del crecimiento ugetista de la segunda década de siglo. Hacia 1914-1915 no estaban todavía, sin embargo,

suficientemente desarrolladas. La ferroviaria sufriría una dura crisis tras las divisiones mostradas en 1917. Incluso la misma pionera, la tipográfica, languidecía entre "efemérides insignificantes" y enredos burocráticos. Esto permitía una total autonomía efectiva de las sociedades de oficio en el momento de decidir ir o no a una huelga, aunque las normas de conducta oficiales resultasen disuasivas, pero sobre todo las "obligaba" a confiar en la solidaridad de las sociedades hermanas (la CNT era receptora de ayudas y no emisora), fuesen o no del oficio. Esto daba un mayor influjo aún a las sociedades poderosas económicamente sobre las pequeñas (ya en los congresos su peso era mayor, al computarse los votos por afiliados y no por secciones), atraía a sociedades nacientes a las ya consolidadas, y especialmente señalaba la necesidad de una nutrida caja de resistencia para hacer frente a las huelgas⁷.

El aprovisionamiento económico que impidiese la rendición prematura en una huelga tenía que proceder por tanto de los propios asociados de cada sección y de cada oficio. Como la UGT reconocía el principio "un oficio, una sección", las sociedades se esforzaban en ampliar su influjo, siempre que no hubiese organizaciones rivales, a los obreros que permanecían sin asociar. Y esto tanto para lograr unanimidad en los conflictos como para engordar la caja, de la que partirían los subsidios para las huelgas, pero también para los parados, enfermos u otros costos sociales derivados de la base múltiple. Por ello era fundamental mantener una disciplina interna suficiente para mantener una recaudación regular de cuotas entre los afiliados. El impago reiterado de éstas era motivo de expulsión, o, y sobre todo, del derecho a percibir los subsidios reglamentarios. En los propios estatutos de la Unión de 1914 se recoge la baja automática de las secciones por impago de dos trimestres. Es más no se admite "de hecho ninguna organización mientras no satisfaga sus primeras cuotas trimestrales" (art. 11). A todo sindicato sin caja o cuotas le estaba por tanto vedado el acceso a la UGT⁸.

El respaldo solidario de la organización y el aprovisionamiento de la caja eran los dos soportes sobre los que se sustentaba la estrategia huelguística preconizada por Iglesias, y que fue propuesta

como doctrina oficial del sindicato, a partir del VI Congreso de septiembre de 1899. En este congreso se comenzó una reforma de los Estatutos en el sentido de delimitar los requisitos para considerar una huelga como reglamentaria, o lo que es lo mismo, con "posibilidades de triunfo". En primer lugar, que se contara en caja con fondos para sostener a los huelguistas durante dos semanas, o una "si las circunstancias del trabajo son tan favorables que permitan obtener un rápido triunfo"; en segundo lugar, que la mayoría del oficio estuviese asociada y llevase al menos un año en esta situación; y, por último, que no se declarase en época de crisis de trabajo, "aunque por circunstancias especiales éste abunde en la localidad". Estos tres requisitos se mantenían en 1914, aunque el primero ya se limitaba a dos semanas, en cualquier caso, y el tercero había perdido su coletilla final⁹.

Por tanto, a la necesidad de un respaldo nutricional y económico suficiente se unían el imprescindible monopolio del oficio, el perfecto conocimiento estadístico de la situación de éste (sobre todo del número de parados o "ejército de reserva"), y la calidad de la militancia, medida por su antigüedad y experiencia en la organización. Si estas pautas se seguían, lo cual no era obligatorio, aunque sí aconsejable, es evidente que el número de huelgas debía reducirse al mínimo. Esto perfilaba una doctrina general de moderación sindical, reforzada por la necesaria prudencia que debía impregnar las peticiones a los patronos. Estas debían presentarse "en forma que facilite su aceptación", y aún mejor que ir a la huelga para imponerlas era negociarlas, logrando mejoras sin lucha. Era imprescindible para ello el talante dialogante, saber ceder a tiempo, y el sentido de la perspectiva a la hora de proponer objetivos de acuerdo con la situación real del oficio¹⁰.

Las huelgas debían ser por tanto sensatas y juiciosas, y sólo planteables no como arma habitual, sino como último extremo ante la intransigencia patronal. El reconocimiento de las sociedades por los patronos era un objetivo fundamental de todas ellas, porque permitía el diálogo y la negociación entre iguales. En este sentido se disculpaban precisamente las huelgas con menos preparación y moderación sólo en casos esencialmente defensivos y de agresión patronal manifiesta, como los lock-out y las cuestiones de hostilidad y desprecio hacia la propia organización, traducidas habitualmente

en el despido de obreros asociados por el hecho de serlo. Con estos parámetros de minuciosa preparación y prolija negociación no es extraño que la responsabilidad y dirección última de los conflictos residiese fundamentalmente en las directivas de las sociedades de oficio, mediadoras y canalizadoras de los litigios entre los obreros y patronos de cada taller. Según Morato esto ayudaba a moderar las luchas sociales y despersonalizar los conflictos, rehuendo el enfrentamiento directo entre personas que se conocían muy bien o incluso convivían juntos, algo muy corriente en el pequeño taller y comercio madrileño¹¹.

El tipo de mediación que se realizaba, allí donde la sociedad tenía bastante poder y reconocimiento, era vista así por un aprendiz recién llegado:

Ocurrió algo que recuerda, aunque con ciertos detalles de conspiración tenebrosa. (...) en una de aquellas noches, fría aún, y a cosa de las ocho llegaron unos "comisionados de la Directiva" para hablar con el dueño, que los esperaba (...). Estos comisionados -todos lo sabíamos- iban a pedirle que mejorase el precio de las líneas y de los jornales.

Llegaron, en efecto, cuatro o cinco hombres envueltos en capas, saludaron a todos, y con mayor efusión al "señor Pepe"[el regente]; el aprendiz avisó al dueño, que previamente se había encerrado en "el despacho", y en éste entraron los hombres misteriosos.

Pasó buen rato; los cajistas se hablaban al oído, y alguno se acercó de puntillas a la puerta del despacho; pero sin duda la entrevista se desarrollaba en tono amistoso y dulce, porque nada oyó.

Al cabo salieron los "conjurados", que se despidieron de todos, y del dueño con sendos apretones de manos. Volvió D. Enrique [el dueño] canturreando a su despacho, y aunque él y el regente se tuteaban, llamóle con cierta solemnidad...

Poco después sabíamos que desde la semana siguiente se cobraría un real más por ciento de líneas¹².

Este recuerdo de la infancia y aprendizaje de Morato referida a una pequeña imprenta del último cuarto del siglo XIX ilustra bien estas actividades de "intermediación". El personal no trataba con el patrono, sino con el delegado de taller si lo había o con los miembros de la Directiva. Las gestiones eran comunicadas a posteriori por ésta, habitualmente en las juntas generales. Aunque aquí Morato se refiere a la charla civilizada, ideal, con un patrono tolerante y comprensivo y en un medio como el tipográfico, auténtico pionero en estas prácticas, Santos Juliá ha denominado de forma global como "sindicalismo de gestión" el preconizado por la UGT en el Madrid de la II República, precisamente por este papel jugado por las directivas¹³.

Si las huelgas no seguían estas pautas aconsejadas, corrían el riesgo de perderse, de no tener éxito, y se convertían así en armas "de doble filo", porque amenazaban lo más valioso del movimiento obrero, la propia organización, atrayendo la represión política y policial y las horcas caudinas patronales. Por el mismo motivo, no era recomendable el empleo de la violencia, y sí la "serenidad" y "disciplina". La organización sólo debía recurrir a medios extremos cuando peligraba su existencia misma. De todos modos, la generalización espontánea de los conflictos y la práctica de la solidaridad huelguística entre oficios o industrias diferentes eran la excepción y no la regla¹⁴.

La huelga, en resumen, para los dirigentes de la UGT era un medio para lograr el fin limitado de la mejora económica, pero nunca la emancipación social y mucho menos la política a través de ella. Y desde luego, no era un fin en sí mismo. Debía tener unos objetivos precisos, mensurables y asumibles por la patronal y por la sociedad en general. Toda huelga perdida enseñaba sí, pero a no equivocarse la próxima vez. Las enseñanzas morales y "revolucionarias" de la huelga fracasada, de las que hablaban los cenetistas, aparentemente se les escapaban por completo. Son conocidos sus recelos hacia la huelga general y los repetidos fracasos (organizativos, mentales, tácticos, y todos combinados) para convocarla en los años inmediatamente anteriores a la Guerra Europea. Para ellos era posible la huelga general local, de oficio e incluso de un ramo entero de producción, "pero no en un país". Ya en 1902 no sólo se habían opuesto a la huelga general, sino que la habían condenado enérgicamente. Las mayores huelgas promovidas en España por los socialistas habían provenido de iniciativas locales, en numerosas veces opuestas al criterio del Comité nacional (p. ej. en Vizcaya y Asturias en 1906 y 1910). Cuando se tratan de extender, como en 1909 y 1911, la precipitación y la escasa preparación organizativa evitan que repercutan seriamente en Madrid, y por tanto impiden que adquieran carácter nacional. Las esperanzas de una huelga general coordinada por los socialistas pasaban por el paro general de protesta en un día concreto, que se consideraba una "estricta función de protesta pública", y que ya había sido ensayado el 20 de julio de 1905 en pro del abaratamiento de las subsistencias, con escaso éxito, y por supuesto por la taumatúrgica huelga ferroviaria, que había probado su solidez en 1912 y que ofrecía la posibilidad de un paro nacional de los

transportes¹⁵.

Además, la organización de una huelga general suponía inmiscuirse en política y "la Unión no defiende principios económicos determinados, no pertenece a ningún partido político, no profesa ninguna religión y no reconoce distinciones de raza o nacionalidad", principio de apoliticismo que habían mantenido los ugetistas en los estatutos desde 1892 hasta 1914. Sin embargo, el referente político había sido permanente e importante en la estrategia sindical de la UGT prácticamente desde su fundación¹⁶.

De acuerdo con los postulados del marxismo de la II Internacional, los dirigentes socialistas españoles no sólo no rechazaban la acción política, sino que sostenían la primacía de ésta sobre la sindical, puramente "económica", o lo que es lo mismo, del partido obrero (el PSOE) sobre las sociedades de resistencia, aglutinadas en la Unión. Para garantizar esta subordinación la dirección de ambas organizaciones había recaído tradicionalmente sobre las mismas personas¹⁷.

Pese a todo, la UGT tenía un campo de acción claramente autónomo y limitado al ámbito de la mejora de las condiciones de trabajo, fundamentalmente gracias a la huelga y a la negociación directa con la patronal. Pablo Iglesias, todavía en 1920, justificaba su marginación de la política:

Para evitar que en esta obra de mejoramiento hubiese desunión entre los trabajadores no se llevó a los estatutos de dichas Sociedades el fin emancipador ni, por consiguiente, los medios de realizar éste.

No hubo en la conducta de los socialistas que así procedieron [él mismo] inconsecuencia alguna, sino una cuestión de método. De haber dado a las Sociedades de resistencia, en su origen, el ideal socialista, a más del propósito de mejorar las condiciones del trabajo, se hubiese agrupado en ellas un escaso número de individuos de cada oficio, no la mayoría o todos los que a él perteneciesen. Y en este caso habría sido imposible una lucha seria y eficaz contra los patronos; a lo sumo, hubiese habido escaramuzas, casi todas desfavorables a los obreros.

Se trata de un escrito de "El Abuelo" a la defensiva contra los "terceristas", pero sus argumentos son antiguos -entre otros que es necesario afiliarse al oficio en pleno para lograr el triunfo en las

huelgas. El papel político de las sociedades de resistencia era relegado al de la captación de cuantos más obreros mejor, para que se matriculasen en la "escuela práctica de la lucha de clases" y ésta les señalase por sí misma la importancia de la acción política, campo ajeno a la UGT¹⁸.

La emancipación definitiva del proletariado vendría dada por la toma del poder político mediante la revolución venidera y este papel le correspondía al partido. Si bien estas perspectivas últimas se habían ido relegando de hecho desde principios de siglo, a cambio de la participación en las instituciones (municipios, Instituto de Reformas Sociales, y Cortes, desde 1910), se mantenía un discurso radical y la desconfianza hacia los restantes partidos políticos, catalogados como burgueses. Con los republicanos sin embargo se colaboraba desde 1909, aunque sólo a nivel electoral y con muchas reticencias internas, sólo soterradas por los éxitos electorales y el aumento en la afiliación¹⁹.

Sin embargo, existía un campo común de actuación por el que desde antiguo la UGT y el PSOE habían caminado estrechamente y en el que se habían solapado sus funciones respectivas. Nos referimos a la presión sobre las autoridades y el Estado para obtener medidas que beneficiasen a la clase obrera en su conjunto y una legislación social favorable en general. Efemérides significadas como el Primero de Mayo estaban consagradas en gran parte por los socialistas a presentar reivindicaciones al Gobierno, fundamentalmente centradas, al menos hasta 1915, en la legislación protectora del trabajo acordada en el Congreso de París de 1889 (ocho horas, prohibición del trabajo a menores, del nocturno, el destajo, etc.). La misma UGT recogía en sus estatutos como uno de sus objetivos "recabar de los Poderes públicos leyes que favorezcan los intereses del trabajo, tales como la jornada de ocho horas(...), etc." (art. 1)²⁰.

El Estado español de la Restauración -la ley Benot de 1873, protectora de los niños, pese a su vigencia virtual nunca se hizo cumplir seriamente- comenzó a legislar muy tarde en este sentido, básicamente con la ley de accidentes de trabajo y la de regulación del trabajo de las mujeres y los niños de enero y marzo de 1900 respectivamente, lo que facilitó las actitudes de los representantes

de las sociedades madrileñas (tipógrafos, obreros en hierro y en madera) ante la información oral y escrita recogida por la Comisión de Reformas Sociales entre 1884 y 1885, a la que acudieron "firmemente persuadidos de que, lo mismo informando que sin informar, las cosas seguirían como estaban, principalmente porque la clase obrera española no era aún lo bastante fuerte y temible orgánicamente para imponer reformas legales". Sin embargo, a partir de 1900-1903, y al hilo del primer gran salto adelante de la UGT, que pasa de 14.737 afiliados en sept. de 1900 a 56.900 en marzo de 1904, se abre un período de intervencionismo estatal, aún muy tímido, inédito en la historia de España. Ecuación que no pasó ni mucho menos desapercibida para los ugetistas²¹.

Más que la legislación social, importante, pero que se desgrana con exasperante lentitud, empezando por las leyes citadas, y continuando básicamente con la que regulaba el descanso dominical (marzo 1904), resultó fundamental la creación y puesta en marcha del Instituto de Reformas Sociales (1903-1904). Este organismo, que representa "la institucionalización de una iniciativa social a la que se le confiere jurídicamente el máximo rango administrativo, aunque no alcance a tener el carácter de un departamento ministerial", autónomo, descentralizado y que cumple "una doble función, consultiva y de administración activa", será promotor, influencia de primer orden y diseñador directo en algunos casos, de no pocas de las leyes, reglamentos y decretos de carácter social del período 1904-1924. Y aún más importante, era el garante principal de que estas medidas se cumpliesen, bien presionando sobre las Juntas locales y provinciales, que formaban su red de información original, bien controlando de forma directa el servicio de Inspección del Trabajo, en funcionamiento desde 1907, o bien mediando directamente entre obreros y patronos en los conflictos²².

A este doble papel quedaron vinculadas desde su origen las sociedades obreras próximas a la UGT, que tenían representantes en las Juntas mencionadas, elegían vocales al pleno del Instituto, y canalizaban sus protestas hacia la inspección. La ley era la ley y era mucho menos modificable y burlable que los pactos entre obreros y patronos, por no decir las mejoras conseguidas tras una

huelga, fácilmente incumplidas en épocas de crisis de trabajo. Precisamente esto ya debía señalar a los trabajadores recelosos la importancia de la acción política. Es bien sabido sin embargo el escaso cumplimiento de las leyes sociales que se aprobaban, no sólo por las reticencias de los afectados, sino también por el escaso celo de las Juntas, entreveradas de caciquismo local, y las propias deficiencias y carencias de los textos legales, que les otorgaban un carácter de provisionalidad permanente.

Por lo general, para que toda ley o medida social se aprobase se necesitaba un proyecto previo, que debía discutirse en ambas Cámaras, y que presentaba el gobierno de turno, aceptando los elaborados por el IRS o no. Si no se aprobaba antes del término de la legislatura o, lo más frecuente, antes de la caída del gabinete que debía respaldarlo, pasaba al olvido. Podía ser retomado por gabinetes posteriores o reformado/deformado hasta hacerlo irreconocible. A veces jamás se aprobaba. El más señalado ejemplo quizá sea el del Proyecto de Ley de Contrato de Trabajo, elaborado por el IRS en 1905, que se presenta, con variantes a veces sustanciales, por seis veces a las Cortes entre 1906 y 1919 y jamás se aprueba. El proyecto para abolir el trabajo nocturno en la panadería comienza a elaborarse en 1911-12, no consigue una redacción definitiva hasta 1916, y no es norma jurídica hasta 1919. Cuando se conseguía aprobar una ley o decreto, debía además aprobarse el reglamento, que determinaba y a veces explicaba los límites e incluso la forma de su aplicación e interpretación, y sin el cual la norma era de casi imposible aplicación. También a veces no se aprobaba o llegaba con retraso. La fijación por Decreto de la jornada máxima en la industria textil (60 horas semanales), que data de 1913, jamás tuvo reglamento, aunque sí un proyecto que nunca se llegó a discutir en Cortes. Una ley que lo sustituyera se intentó, con un proyecto de 1915. Este sí se discutió pero tampoco se aprobó. Por ello, y hasta 1919, que se imponen las ocho horas, este decreto jamás se aplicó de hecho, aunque no se derogase. Por último, toda ley sufría un rosario posterior de aclaraciones, ampliaciones y modificaciones, que revelaban su escaso cumplimiento y su alejamiento de la realidad. La Ley de casas baratas de 1911 no tuvo Reglamento hasta 1912, cambió su sistema de subvenciones en 1914, el tipo de interés en 1917, el Reglamento en 1921, y finalmente fue sustituida por otra en ese mismo año (el nuevo Reglamento por supuesto tardó un año más en promulgarse, y esto no impidió que se

rectificase un mes después). Aún así, en 1923 ya se hablaba de sustituirla de nuevo. Con este panorama, no resulta extraño que las sociedades obreras se considerasen las auténticas garantes de que tales medidas se aplicasen realmente²³.

Esto, lejos de desanimar a los ugetistas, reforzaba su importancia como cancerberos de la legislación y aumentaba sus posibilidades de cambiar las maleables y nunca seguras leyes "definitivas". El mero hecho de conseguir, y a nivel nacional, dos de sus principales objetivos estratégicos ya era suficiente motivo para colaborar con el Instituto. A saber, el reconocimiento por los patronos -que también elegían sus vocales- de la organización, con la que estaban obligados a dialogar, sin arriesgarla lo más mínimo en huelgas innecesarias, y el monopolio sindical, puesto que eran la única representación tácita de la clase obrera española en su conjunto, y presionaban de esta manera a sociedades satélites para su ingreso en la central²⁴.

Puede afirmarse por tanto que la Unión en 1914 tenía mayor influencia sobre la legislación que emanaba del poder político -mayor poder por tanto, podríamos añadir- que la que tenía el PSOE, al que tenía que estar teóricamente subordinada, sin responsabilidades políticas directas claro está, campo reservado al partido, que a este nivel sólo contaba con el sempiterno Iglesias, reelegido entonces. El peso numérico también la respaldaba: en agosto de 1915, en pleno reflujo sindical, 112.194 afiliados por sólo 14.332 socialistas de carne en octubre del mismo año. Es comprensible por tanto que a partir de 1908-9 los socialistas que dirigían la Unión comenzaran a incluirla en la esfera de las actividades decididamente políticas, canalizando a la masa obrera que ésta representaba hacia temas como la guerra de Marruecos o el ¡Maurín! Desde 1911 es fija entre las peticiones del Primero de Mayo el fin de la guerra rifeña. En el XI Congreso de la UGT (junio de 1914) se determina el inicio de una campaña que desembocaría en una huelga general de protesta de 24 horas con el mismo motivo²⁵.

Por otra parte, en las mismas huelgas, la UGT no tenía por principio -teórico o moral, como sí

lo tenían los anarcosindicalistas- rechazar la intermediación del poder público, mediante arbitraje, laudo o decreto incluso, que siempre podían dar sanción legal a mejoras por pequeñas que estas fuesen. Muchas veces se criticaba a las autoridades precisamente por su pasividad. Las huelgas de hecho podían obligar a las autoridades a prestar atención a determinados problemas sociales. Otra cosa era la intervención de la fuerza pública respaldando a esquirols y patronos intolerantes. En ese peligroso filo (doble) se movía toda convocatoria de huelga. De forma paradójica, aunque los socialistas no desdeñaban la política como medio de resolución de las huelgas, ni el poder de éstas para presionar a las autoridades y arrancar medidas favorables, siempre intentaron que éstas se mantuvieran en un mínimo, por las razones antedichas, y las consideraron un medio de acción política muy secundario -y arriesgado-. Para ellos, las huelgas eran mera acción económica en pos de la reducción de jornada y aumento de salario; la acción política la dirigía el partido, y el partido no hacía huelgas²⁶.

VII.2. Las sociedades de oficio madrileñas hacia 1914

Pese a todos estos presupuestos básicos, que conformaban las coordenadas teóricas que toda huelga debía seguir, las sociedades de oficio, en cualquier caso, eran libres para declarar sus huelgas y sostenerlas, y prácticamente siempre recibían ayudas espontáneas, bien con el aval de la Unión en pleno, bien sin ella. Esto muestra otra decisiva paradoja, la de una organización muy jerarquizada y verticalizada hacia un centro político (o de poder), y en la que la disciplina de la militancia se consideraba un valor fundamental, pero que poseía una total dispersión social de iniciativas, escasamente controlables o dirigibles. La UGT por tanto se caracterizaba realmente por su atomización y poca integración, y no por una "acción económica subordinada a la política, orientada a mejoras obtenidas cautelosamente mediante el empleo de la "huelga reglamentaria" que facilita el control desde el centro", y que dejaremos para el ámbito de las declaraciones de intenciones y las normas oficiales, que no por mucho repetidas eran más acatadas. La posible coordinación local, que en Madrid podía ostentar la Junta Administrativa de la Casa del Pueblo -que aglutinaba la representación de las organizaciones afiliadas-, no había sido hasta entonces reforzada por la

organización ugetista, partidaria como hemos señalado de la integración de las sociedades en sentido vertical en sus oficios e industrias. De hecho, la UGT utilizaba la Casa como organismo de captación de las sociedades todavía independientes hacia sus federaciones de oficio. Esto ayuda a explicar, junto a los argumentos estratégicos antevistos, las dificultades de la Unión para proclamar la huelga general en la capital en caso de así ordenarlo. La posible alternativa, la solidaridad huelguística (que no la económica) de carácter espontáneo entre las sociedades madrileñas, era precisamente contraria a los presupuestos doctrinales de la organización: a saber, limitar, controlar y localizar las huelgas siempre que se pudiese. Y por ello no era una práctica muy común en la ciudad en 1914²⁷.

En Madrid, el auténtico y real vínculo a nivel local entre las distintas sociedades de oficio lo daba el uso común de la Casa del Pueblo como centro aglutinante y el patronazgo moral que ejercía sobre casi todas la Asociación del Arte de Imprimir. Esta, además de "cuna de un gigante", había proporcionado la infraestructura económica, táctica, dirigente e incluso física, cediendo sus locales, y sobre todo el modelo, a estas asociaciones en los primeros años de vida, cuando apenas eran pequeños organismos balbucientes. Amén de todas las sociedades del ramo de Artes Gráficas separadas sucesivamente del Arte (encuadernadores, impresores, litógrafos, fotograbadores, fundidores tipográficos), los tipógrafos fueron decisivos en los primeros pasos de "El Trabajo" (albañiles), los carpinteros, los obreros en hierro y los panaderos, o lo que es lo mismo, lo que serían los principales núcleos ugetistas en la construcción, la madera, la metalurgia y la alimentación, columnas vertebrales de la industria madrileña. No es de extrañar por tanto que adoptaran sus esquemas organizativos y tácticos y la pidieran ayuda ideológica y económica durante los años ochenta y noventa del siglo XIX²⁸.

Este padrinazgo de los tipógrafos madrileños sobre la organización de la ciudad era extendible, ya no sólo moral sino numericamente incluso, a la UGT en pleno. Si bien la Federación Tipográfica (cuyo núcleo eran el Arte y sus hijas) deja de ser el eje de la Unión desde principios de siglo, las organizaciones madrileñas de la Casa del Pueblo son ahora el núcleo principal, acercándose siempre

desde 1902 al 30% del total de los afiliados, hegemonía compartida desde principios de la segunda década del siglo con mineros y ferroviarios (estos engordan desde 1911 las cifras madrileñas, por hallarse laboralmente domiciliados en la capital y falsean las cifras al alza). Hacia enero de 1914, y aceptando las cifras de Saborit, había más de 30.000 afiliados en Madrid capital, de un total de 127.804 a nivel nacional. Es cierto que un gran número de sociedades de resistencia de la Casa no pertenecían a la Unión, pero por número de miembros el peso de estas últimas era abrumador, rondando el 85 % del total del aforo de Piamonte,² -fuera de los afiliados políticos, culturales, benéficos, etc.²⁹.

De esta forma, es comprensible el lugar común de resaltar la importancia de la organización tipográfica madrileña como cerebro del entramado socialista político y sindical. La principal implicación, en lo que a nosotros nos interesa, es que de este núcleo provienen la mayor parte de los conceptos estratégicos -o ideológicos, si se me permite el término- sindicales que hemos expuesto. Tales conceptos o más bien paradojas -radicalismo moderado, centralización pero con autonomía, organizaciones potentes pero prudentes, lucha económica pero política, solidaridad obrera pero sobre todo financiera- procederían del acervo ideológico de la Primera Internacional y recogerían la herencia de las directrices de la Federación Regional Española. En este sentido, se ha dicho que "la defensa de la acción política y la prudencia reivindicativa de que hicieron gala los socialistas desde su constitución, al igual que los análisis en que basaban su estrategia, sólo pueden explicarse como el resultado de influencias ideológicas exteriores, de difícil aclimatación en la España de fines de siglo". Esto explicaría en parte el lentísimo crecimiento sindical de la Unión a nivel nacional, y denunciaría la inadecuación de tales posturas en un país de lenta y débil industrialización como España. El reformismo no prosperaría entre una clase obrera protoindustrial (si se me permite la heterodoxia) y el mayoritario campesinado³⁰.

Por el contrario, estas mismas tácticas son las que llevarían a la Unión a ser en el Madrid de los años treinta "la perfecta forma para unas relaciones laborales de carácter todavía gremial, en las que

no existe aún la distancia abstracta entre empresa y obrero, sino la muy concreta relación entre el patrono y el obrero". Es más, "la UGT madrileña es así resultado histórico del tipo de estructura industrial que predomina en Madrid hasta los años veinte". Esta afirmación supone que el discurso ugetista no dependía exclusivamente de un a priori ideológico sino que tenía al menos una base estructural sólida en Madrid. Es decir, era perfecto para una clase obrera atrasada y poco concentrada, en aparente contradicción con las opiniones anteriores. Por contra, se parece sugerir que la prudencia, la moderación, la "gestión" y la mediación estatal eran la consecuencia natural de que en Madrid abundasen los pequeños talleres y los pequeños patronos, y en general todo un cosmos artesanal, protoindustrial y cuasipatriarcal de obreros cualificados. Existen sin embargo indicios históricos de que el artesanado protoindustrial (o los oficios clásicos) del siglo XIX podía ser bastante violento y explosivo, como puede apreciarse en el París de 1848 ó 1871, de que no era partidario de organismos centralizados, y de que el reformismo, las reclamaciones al Estado y la canalización civilizada de los conflictos sociales aumentan con la industrialización. Para algunos autores incluso, el tema de la revolución es privativo del mundo preindustrial o del campesino, siendo el reformismo la nota distintiva del auténtico proletariado industrial³¹.

Por ello parece más operativo referirse a la estrategia sindical ugetista como una simbiosis entre las teorías internacionalistas europeas (las de la Segunda, pero con muchas permanencias de la AIT) y las experiencias propias del mundo de los oficios. Estas podrían ser realmente genuinas en los más antiguos y cualificados, como los orgullosos y alfabetizados tipógrafos, que en gran medida eran su centro emisor como veíamos. Serían asimilables por puro mimetismo por otros sectores obreros de estabilidad menor, más escasa preparación o creación más reciente, con resultados diversos. Y habría otras experiencias laborales igualmente parciales, de una clase obrera más concentrada o proletarizada (el sector minero o el textil), más refractarias a adoptarlas³².

Estas experiencias del oficio se fundamentaban en la resistencia del obrero especializado (el skilled worker) a perder el control de los tiempos de producción, que los artesanos de antaño habían

monopolizado. Este control lo habían ejercido los extintos gremios, que a cambio habían garantizado la calidad del producto y la regeneración de la mano de obra, ejerciendo la divulgación de los secretos del oficio de forma muy limitada, y las más veces dentro del ámbito familiar, de padres a hijos. A medida que este control unívoco del ritmo de trabajo tendía a desaparecer en favor de los patronos o maestros, mediante la introducción de nuevos métodos de producción, como máquinas, mano de obra más dócil y explotable como las mujeres y los niños (bajo la forma de aprendices), el destajo in situ o a domicilio (sweating system), etc., las nuevas sociedades de oficio buscan mantener ese control de los medios de producción, aunque ya no les pertenezcan estos. Así, toda sociedad de oficio se basa en la pericia técnica de sus miembros, lo que les garantiza cierta seguridad de encontrar trabajo en caso de despido, y en la comunidad de pensamiento real que se da en su seno, expresada sobre todo en el orgullo del trabajo bien hecho y la recalcada diferencia de su oficio con respecto al resto. Esto la dota de una estabilidad muy alta como organización y la permite aglutinar la mayoría de los obreros del oficio, dentro de una solidaridad informal muy fuerte, más allá de cualquier lazo burocrático. El objetivo último es "representar los intereses de los trabajadores locales mediante la negociación cara a cara con los empresarios locales". En estas negociaciones ella "garantiza el aprovisionamiento en fuerza de trabajo, administra la afluencia en cantidad y cualidad. La contrapartida exigida es que el fabricante respete la "tarifa" sindical. Dispositivo complejo, la "tarifa" no sólo comporta la tasa salarial sino también (cuando el salario es "por horas") el "tiempo" requerido por cada tipo de pieza y la especificación de lo que hoy se llama "norma" de calidad". Junto al tema de la tarifa, Michel Ralle añade el de la reglamentación del aprendizaje -limitarlo en número, aumentarlo en preparación y por tanto dilatar su duración- y el rescate de la cultura corporativa, con elementos de defensa como los socorros mutuos -incorporados a la caja de huelga o en una sociedad paralela-, el taller cooperativo, que "seules des activités où l'on peut travailler sans gros investissements (peintres, tailleurs de pierre, tonneliers, etc.) peuvent s'y prêter" -VEASE huelga de marmolistas- y, más raros, los intentos de reparto del trabajo, en épocas de crisis³³.

Puede decirse por tanto, que las sociedades de oficio eran básicamente "formas de resistencia (...)

a las nuevas condiciones de trabajo", y cualquiera de ellas permitía a los trabajadores "imponer al patrón (...) una buena parte de sus hábitos y de sus ritmos de trabajo. Les permitía también imponerle en cierta medida unas determinadas condiciones de trabajo y unos determinados niveles de retribución. Ponía en sus manos también el control de la transmisión de los saberes profesionales y, con él, la supervisión del reclutamiento de la mano de obra". En este sentido "la persecución contra los "amarillos" se confunde con una guerra abierta a los "unskilled", obreros no especializados rechazados por el sindicato y obligados a vender su fuerza "fuera de tarifa". El amarillo no sólo es pues el esquirol rompeshuelgas, sino el chapucero desconocedor de su arte. Para los patronos era difícil conseguir la desaparición de este obrero de oficio en ramas de la industria necesitadas de manos muy expertas. El reemplazarlo por una mano de obra inmigrante, menos cualificada y más permeable a nuevas disciplinas industriales, era tarea casi imposible en los pequeños talleres familiares madrileños y con la Casa del Pueblo tratando de conciliar las nuevas técnicas de producción con el sistema de "tarifa" y el monopolio sindical³⁴.

Esto permitió la aludida permanencia de las experiencias de oficio como ingrediente fundamental del sindicalismo madrileño y, por extensión, de las estrategias patrimoniales de la UGT ya reseñadas. En este sentido, habría que concluir que el sindicalismo de oficio era fundamentalmente defensivo, y por tanto lo eran el auspiciado por la Casa del Pueblo y la UGT. Así lo afirma el crítico Quejido, refiriéndose al Arte (alma ideológica de este sindicalismo): "todo lo actuado por nuestra Asociación estaba inspirado en un espíritu estrictamente defensivo". Ahora bien, la politización creciente que vimos sostiene la Unión desde 1909, el peso mayor en la organización de sectores obreros con un pasado organizativo preindustrial inexistente o escaso (metalúrgicos vizcaínos, mineros, ferroviarios), o la total autonomía de las sociedades para proclamar sus propias huelgas, matizan este aserto. Ni existía una homogeneidad huelguística entre las sociedades pertenecientes a la UGT, ni las prácticas de las sociedades dependían de las directrices centralizadas, sino más bien de las condiciones de cada oficio, ni muchas de las estrategias promovidas por la Unión entre 1914 y 1923 procederán del ámbito del oficio, sino de construcciones ideológicas de fuentes diversas. Como ejemplo de todo lo

anterior puede sugerirse la marcada influencia que sobre los poderes públicos, y sobre la politización ugetista, tuvieron grandes huelgas como la de la minería vizcaína, origen de la ley de jornada máxima (1910), la del textil en Barcelona, cuyo resultado fue sancionado explícitamente por un decreto sobre jornada (1913), las de Río Tinto de 1913-14, o las de los ferroviarios en 1912 y 1916, que lograron que el Estado obligara a las empresas de servicios públicos a reconocer la personalidad de las asociaciones obreras. La práctica totalidad de estas huelgas se hicieron al margen de las directrices centralizadas de la UGT, la mayoría fuera o enfrente mismo de ellas. Las sociedades de oficio madrileñas, afincadas en sus prácticas de ámbito local, no tuvieron ninguna participación en estos conflictos. Los sectores laborales protagonistas difícilmente pueden considerarse postartesanales. Sin embargo, parece evidente que los organismos rectores de la Unión no pasaron por alto esta presión de los obreros hacia el centro político³⁵.

Si hacemos un repaso de lo que suponían las sociedades de oficio de la Casa del Pueblo en la vida de Madrid hacia 1914, observaremos que a nivel socio-económico se superponían al tejido industrial de la ciudad, muy artesanal, muy débil, y de escasa concentración de mano de obra fabril, como sabemos. Y por tanto se las puede considerar representativas de los trabajadores manuales madrileños. De esta forma, la más poderosa numéricamente era "El Trabajo", la sociedad de resistencia de los albañiles, que superaba los 7.000 afiliados. Ella estaba a la cabeza de los distintas secciones de la construcción (la más importante, peones en general, que rondaba el millar; las más antiguas, marmolistas y estuquistas), que ascendían a cerca de un tercio de la afiliación de la Casa. En torno a tal oficio se movían sin embargo meros colocadores de ladrillos y auténticos orífices de la talla en piedra. Fuera de que a todos favorecían los derribos y construcciones de la Gran Vía y la ampliación de la ciudad, unos trabajaban en pequeños talleres y otros sobre el andamio o a pie de obra, y su unidad era escasa³⁶.

A mucha distancia se situaban las demás sociedades, encabezadas por los ferroviarios, que rondaban los 4.000, y eran uno de los pocos ejemplos de proletarios clásicos en la ciudad (aunque

en el sector servicios). Estaban encuadrados en sindicatos por cada compañía y línea de importancia (Madrid-Zaragoza-Alicante, Madrid-Cáceres-Portugal y Ferrocarriles del Norte, sobre todo) y en su conjunto por la Federación Ferroviaria, de ámbito nacional, por lo cual era mucho menor su vinculación a la Casa del Pueblo, que a su verticalizada organización. En buena medida eran obreros nacionales (y además de interés nacional), mucho más que madrileños. En el ámbito de un transporte más tradicional destacaban los cocheros (en torno a 3.000), a medio camino entre el criado más servicial y el proletario más rencoroso. Los conductores de automóviles (o chauffeurs) no tenían aún asociación propia, no en balde eran recién llegados. Los tranviarios -o tranvianos-, que no lo eran ni mucho menos, seguían siendo en 1914 el talón de Aquiles de la UGT en Madrid. En cualquier caso, el sector de transportes, generalmente uno de los más proletarizados -suele aglutinar desplazados de otras colocaciones y absorber éxodo rural-, comprendía más de 8.000 afiliados en general a principios de 1915.

Las restantes industrias eran encabezadas siempre por alguna sociedad añeja y representante de algún oficio muy tradicional. En estos casos, la antigüedad y experiencia de las sociedades, ampliable a los afiliados dentro de los esquemas ugetistas, eran a veces tan importantes como su poder numérico o económico, aunque ambas facetas solían ir hermanadas. La Asociación del Arte de Imprimir, ese "grano de mostaza de la parábola", era el ejemplo evidente de esta realidad. Como núcleo fundador del PSOE y como única asociación madrileña que podía presumir de haber vivido el Sexenio y haber fundado la UGT en 1888, aparecía como líder natural por su antigüedad e influjo organizativo e intelectual. Sin embargo, su importancia numérica no era tan considerable. Englobaba más de 1.000 tipógrafos (en puridad cajistas), pero estaba muy lejos de equipararse a albañiles y ferroviarios. En cualquier caso encabezaba a las sociedades de artes gráficas, varias de ellas hijas directas suyas, como los encuadernadores, litógrafos e impresores. Esta última, que aglutinaba al "personal de máquinas", le seguía en importancia con en torno al medio millar de afiliados, que convivían estrechamente en los mismos talleres con los cajistas, algo muy frecuente entre estas, a veces minúsculas, sociedades de oficio. Sin embargo, no eran raros los dimes y diretes entre ellas, origen casi siempre de estas

escisiones. Los litógrafos incluso estaban vinculados a otra Federación distinta a la tipográfica. Entre todas, el sector pasaba de los 2.000 afiliados³⁷.

Otros sectores, no menos tradicionales, también tenían sus núcleos principales. En la industria de la madera destacaban los carpinteros de taller con 1.500 miembros; cerca de la mitad tenía la sociedad de ebanistas. En el campo de la pequeña metalurgia el núcleo más antiguo y consolidado lo formaba el de los obreros en hierro (sobre todo cerrajeros), que se acercaba al millar de afiliados en 1915. Estos sectores eran tributarios en buena medida de la industria de la edificación y estaban estrechamente vinculados a los distintos oficios que la componían. Hasta el punto de que el gigantismo organizativo de ésta será un acicate importante para sus propios cambios asociativos y el miedo a la absorción ahondará diferencias sindicales de tanta importancia como las enraizadas en el "tercerismo"³⁸.

En el sector de la alimentación los obreros panaderos seguían formando las organizaciones principales, palmario síntoma de arcaísmo, puesto que demuestra las carencias sindicales en el ámbito de la producción fabril de productos alimenticios, un sector mucho menos artesanal y muy proclive al empleo de la mano de obra femenina -se suele hablar mucho de las cigarreras y poco de las galleteras- y a la proletarización en general. La sociedad más nutrida era la de los candelistas, puesto que este tipo de pan era el mayoritariamente consumido, con alrededor de 2.000 afiliados. Los otros panaderos, artífices del pan de lujo (francés y Viena), pasaban de 700. Del resto, hasta pasar los 4.000 asociados en el sector, la mayor parte pertenecían al ámbito del despacho y reparto de alimentos diversos, a la dependencia mercantil pues. En cualquier caso no estaban integrados entre ellos y mucho menos con los restantes dependientes del comercio.

También al ámbito de la dependencia pertenecían buena parte de los obreros asociados del sector de la confección, que rondaban los 2.000. Predominaban los zapateros (cerca de 1.000 en 1914) y los sastres (unos 200), ya a mucha distancia. No existe en este sector sin embargo un núcleo

aglutinante -los zapateros era el más antiguo- y la impresión general es de debilidad, asociaciones poco pujantes y/o estables y refractarias a la UGT. Sólo zapateros, sombrereros y los trabajadores de la piel, es decir los de raigambre artesanal mayor, estaban en la Unión en 1914. La proletarianización, consecuencia de la mecanización de muchas operaciones de cortado y cosido, el uso de mano de obra femenina y el difundido destajo a domicilio (sweating system) impedían el éxito de la típica sociedad de oficio en varios de estos sectores. Las sociedades de sastras y modistas intentaban arraigar a duras penas en la Casa del Pueblo³⁹.

En el ámbito del comercio destacaba la Asociación General de Dependientes, que frisaba los 700 asociados. Nacida tras el cambio de siglo, aspiraba a reunir a toda la dependencia -parte de la cual en el ámbito de la confección y la alimentación como vimos le era ajena- en su seno. Ya había intentado hacerlo en torno a la defensa de la ley del descanso dominical de 1904. Pero la posibilidad de convertir éste en descanso semanal, e incluso neutralizarlo, en virtud de los pactos gremiales, y las múltiples excepciones que conllevaba, aunque fomentaron el asociacionismo, enriquecieron las divisiones. En vísperas de la Guerra europea volvía a intentarlo, esta vez con el horizonte del proyecto de ley de jornada de la dependencia mercantil aprobado por el Instituto de Reformas Sociales en 1913, y que se deseaba ver plasmado en ley. En cualquier caso, se trata del ejemplo más claro de asociacionismo animado por el deseo de obtener medidas estatales favorables a su situación. Por lo demás, sus objetivos eran extenderse a los restantes trabajadores del sector servicios, tales como bancarios, contables, oficinistas, empleados de seguros, etc.. Pese al pomposo nombre que adquiere por entonces -Asociación General de Dependientes de Comercio, Industria y Banca- el nivel asociativo en estos ámbitos era prácticamente nulo. Por otra parte, y como la mayoría de los dependientes de tiendas, se encontraba fuera de la UGT. No ocurría lo mismo con los de los bares, tabernas, cafés, hoteles o restaurantes, es decir los de la hostelería. La Agrupación General de Camareros (unos 700 en 1915) y los dependientes de vinos y licores (más de 200) sí eran ugetistas⁴⁰.

De los restantes obreros asociados de la Casa merecen destacarse a los obreros del gas y la

electricidad, a los jornaleros municipales (barrenderos, basureros), ambos sobrepasando los 500, y ese auténtico cajón de sastre que era la Sociedad de Oficios varios con alrededor de 2.000 afiliados. Esta última estaba encargada de amamantar nuevas sociedades, ejercía de monitora de las incipientes y representaba a trabajadores que por su escaso número o experiencia asociativa eran incapaces de organizarse con garantías. No eran infrecuentes en ella los trabajadores de cuello duro. No existían tampoco sociedades de importancia entre el servicio doméstico, las profesiones liberales, los funcionarios, y apenas un centenar de asociados en la Fábrica de Tabacos, concentración de mano de obra femenina sobre todo, y muy refractaria al sindicalismo⁴¹.

En cualquier caso lo que más llama la atención es el nivel de atomización asociativa existente. De 94 sociedades de resistencia (contando los ferroviarios como una) que había en la Casa a principios de 1915, 64 tenían ¡menos de 200 afiliados!. Oficios divididos hasta la histeria en categorías profesionales diminutas, como los estucadores a la catalana, los sombrereros de fantasía o los dependientes de pompas fúnebres. Lo que muestro en los Cuadros 22 y 23 como industrias o ramas de la producción no es más que una clasificación que ayuda a hacer más inteligible la difusión ugetista en la ciudad, pero en 1914 tales agrupamientos de actividades rondaban la entelequia a nivel sindical. Lo que yo he denominado presuntuosamente industrias químicas se reducía en 1915 a los prácticos de farmacia y a los curtidores. Para Saborit unos pertenecían a la dependencia mercantil y otros a los trabajadores de la confección y la piel. Para él los cocineros y camareros eran obreros de la alimentación y dependientes respectivamente, los plateros eran de "varios", las modistas y sastras eran "obreras femeninas", etc.. No existía una clara concepción de industria unificada entre los distintos oficios y su reflejo característico es el embrollo clasificatorio que apuntamos y más aún la total ausencia de ninguna organización en Madrid que fuese "de la construcción", "de artes gráficas", "del metal", "de la madera", "del vestido", "de la dependencia" o "del ramo de la alimentación"; ni tan siquiera "del ramo de la panadería". Sólo las lánguidas federaciones nacionales demostraban, puesto que varias sociedades de la ciudad se agrupaban en ellas, que existía una industria común por encima de los oficios. Por encima, pero no por debajo, como sustrato vivencial⁴².

Paradójicamente, la fuerza de la UGT madrileña no se hallaba dispersa hasta el infinito, sino muy concentrada en unas pocas sociedades. En 1915 sólo nueve de ellas -menos de la décima parte- abarcaban dos tercios de la afiliación de resistencia de la Casa del Pueblo. Los albañiles, ferroviarios, cocheros, oficios varios, candelistas, carpinteros de taller, tipógrafos, peones en general y obreros en hierro -y zapateros, añadiría, que no aparecen en esta relación y sí en la de Saborit-, forman lo fundamental de la organización en la ciudad. Todas estas sociedades militaban en la UGT, y por lo tanto estaban muy influidas por las doctrinas sindicales que emanaban de la dirección. Todas databan del siglo XIX y de los primeros y míticos tiempos, con la significativa excepción de los ferroviarios, recién llegados, y los peones, que daban sus primeros pasos como asociación independiente y aún estaban muy supeditados a la albañilería. Estos sectores por tanto estaban llamados a marcar la pauta del conflicto laboral madrileño y la forma de sus huelgas y a influir, por su preponderancia en cada sector y la fuente de ayudas económicas que suponían, en la marcha de las sociedades más pequeñas.

No es de extrañar por tanto, que en 1913, año cumbre del quinquenio de preguerra (19 huelgas conocidas, con más de 2.500 huelguistas y más de 80.000 jornadas perdidas), aparezcan tres huelgas de albañiles, tres de tipógrafos, dos de panaderos, una de zapateros, una de cerrajeros y una de carpinteros (más dos de ebanistas). Entre todas un 70% de los conflictos y un 88% de los huelguistas. Las dos fundamentales, la de panaderos de diciembre, y el lock-out de la madera de diciembre a febrero de 1914, reúnen solas más del 70% de los obreros. Del resto no llega ninguna a los 200 trabajadores, y sólo una pasa del centenar. Es decir, entre enero y noviembre de 1913 sólo 694 obreros se ponen en huelga en Madrid, según los datos del IRS, lo que nos da una media de 63 huelguistas por conflicto. En 1910 se contabilizan muchas más huelgas (33) pero no se llega a los 1.400 obreros; una ratio pues de 42 huelguistas. La media de duración oscila entre los 15 días de 1911 y los 33 de 1913⁴³.

Aún teniendo en cuenta la escasa exactitud estadística general de estos datos, nos anuncian que las

huelgas de preguerra en Madrid no eran muy abundantes ni muy virulentas. Pequeñas, concentradas en muy determinados oficios, más avanzados en sus experiencias asociativas, eran excepcionales las de grandes dimensiones -como la de albañiles de 1911-, y cuando estallaban permanecían circunscritas al ámbito propio de su oficio. Eso sí, eran moderadamente largas, no con respecto a la media nacional (23 días para el período 1910-1929), sino con respecto a los entre 8 y 15 días que duraban las de los países mediterráneos más cercanos, Italia o Francia. Esto, en principio, puede achacarse al alto nivel de solidaridad y organización de las sociedades de oficio, lo que permitía una resistencia mayor y la prolongación de las huelgas, en busca de un objetivo reivindicativo o una mejora muy concreta⁴⁴.

Este es el panorama sindical y el horizonte huelguístico al que estaban habituados los madrileños en 1914. Evidentemente, parece que las huelgas eran una forma de protesta bastante localizada y organizada que convivía sin mancharse con los motines y algaradas por los que se derramaba el fluido vital de la ciudad y en los que se había destilado una parte importante de la cultura de la insurgencia urbana durante siglos. Incluso, además de responder en buena parte a pulsaciones gremiales y de oficio, su protagonismo estaba muy difuminado y no eran sin duda todavía la forma dominante de conflicto en Madrid. En apariencia, no será al menos hasta 1919 cuando irrumpen como una alternativa de peso, al menos equivalente, a los celeberrimos motines tradicionales. Es más, podría aventurarse que entre 1919 y 1923 pasan a detentar la iniciativa en el conflicto social de la ciudad. Cabría preguntarse si además hubo cambios en el perfil organizativo de la UGT o si la composición y forma de las huelgas sufrió cambios sustanciales.

VII.3. El diseño de la "refundación" ugetista de 1914-1923

Los cambios introducidos en los estatutos de la Unión en 1918 incrementaron la tendencia del sindicato a incrementar la centralización, la burocratización y el control sobre las huelgas desde la organización. Pero también suponían un paso adelante en la conversión de la UGT en un organismo político.

En el XIII Congreso (septiembre de 1918) se decidió modificar sustancialmente en este sentido los órganos directivos de la central. Para ello se redactó de nuevo el Título V de los Estatutos, que se refería precisamente a las competencias y composición del Comité Nacional, máximo órgano entre congresos. El Comité Nacional quedaba ampliado de 11 a 18 miembros. Once de estos representaban a las regiones como delegados y su función principal sería la de "fiscalizar la gestión de la Comisión ejecutiva" (art. 51), institucionalizando así la iniciativa aprobada en el XII Congreso de 1916 para la preparación de la huelga de 24 horas. Esta Ejecutiva, de nueva creación, la formarían los otros siete cargos permanentes, y sería la auténtica responsable de dirigir la organización. De entre tales cargos destacaba por su novedad y el poder que se le concedía, el de secretario general, encargado de la "dirección, orientación y propaganda de la Unión General", escribir la Memoria que se presentaba a los Congresos y dirigir el órgano de la UGT "La Unión Obrera" (art. 47). Se le relevaba de tareas administrativas, responsabilidad del Secretario-tesorero, y se le convertía en un cargo burocrático remunerado. Como poder principal tenía el de "separar de sus cargos hasta el próximo Congreso - donde dará cuenta de los fundamentos de su determinación- a cualquiera de los compañeros que forman la Comisión ejecutiva" (art. 54). La elección para tal misión recayó en Largo Caballero, que se convertía así en el auténtico director político e ideológico de la organización. Pablo Iglesias, que permanecía como presidente perpetuo, por su avanzada edad y dolencias se convertía así en un útil referente mítico, pero no en el auténtico rector del sindicato⁴⁵.

Otras reformas del texto estatutario recalcan esta politización. A los objetivos originales de la Unión se añade uno nuevo: el "intervenir constantemente en todos los problemas nacionales que afecten a la clase trabajadora y defender las libertades individuales, actuando sobre el poder público para que sean respetadas" (Tít. I, Art. 1, 6). De este modo la defensa de la democracia (o la República) y el involucrarse activamente en la vida política de la nación eran reconocidos como fines prioritarios del sindicato. Como puede verse, una auténtica cristalización teórica a posteriori de la huelga de agosto⁴⁶.

También se intensificó la tendencia a reducir el número de huelgas reglamentarias, siguiendo las pautas del pasado. De los fondos recaudados por cuotas, sólo el 50% (y no el 60) se dedicaría a auxiliar huelgas. El resto sería para "gastos de administración, propaganda" y organización (Tít. II, art. 8). Además, toda huelga, para ser reglamentaria, amén de todos los requisitos ya conocidos, debía de tener un informe favorable de un miembro del Comité Nacional, que se desplazaría al lugar donde la Sección implicada residía, "con poderes para resolver el conflicto, de acuerdo con la Sección interesada, o para orientarle del modo más conveniente" (Tít. III, art. 18). En general, las Federaciones eran reforzadas como responsables del mantenimiento de sus propias huelgas y prácticamente se conminaba a federarse a todas las Secciones⁴⁷.

Este proceso culmina en los Estatutos reformados en el XIV Congreso en 1920, que al menos sobre el papel, refundan la Unión. En primer lugar, se incorporan al texto unos "Principios fundamentales" que suprimen el antiguo art. 2, donde se declaraba explícitamente el apoliticismo de la organización. Ahora la UGT "respeta la más amplia libertad de pensamiento y táctica de sus componentes, siempre que estén dentro de la orientación revolucionaria de la lucha de clases", afirma que "la Sociedad de resistencia inspirada en la lucha de clases es la forma específica de agrupación obrera", que estas clases en lucha son dos, "capitalistas" y "trabajadores", y que el objetivo último de la clase trabajadora per se es "hacer accesibles libremente a la actividad de los obreros organizados y redimidos todas las fuentes naturales y sociales de la producción". En cualquier caso, los nuevos Estatutos no propugnan el socialismo, el marxismo o la conquista del Estado como guías de acción de la Unión, flexibilidad que le permitía a la vez el acercamiento hacia otras organizaciones de clase (la CNT), y desmarcarse de los sindicatos amarillos. Aparentemente, tampoco se toma partido en la pugna "tercerista" que entonces vivía el Partido, pero se recalca que las asociaciones obreras "no menoscaben la libertad individual, ajustándose al principio de la Internacional: La emancipación de los trabajadores debe ser obra de los trabajadores mismos", y no de vanguardias iluminadas que la impongan, se entiende⁴⁸.

En el mismo sentido se modificaron algunos de los objetivos clásicos de la Unión: sus asociaciones ya no aspiraban sólo al mejoramiento de las condiciones de trabajo, sino a "asumir la dirección de la producción, el transporte y la distribución e intercambio de la riqueza social"; las agrarias debían "establecer un régimen de trabajo en concordancia con los ideales de socialización de la tierra"; debía exigirse al Estado leyes no sólo protectoras, sino "que faciliten a la clase trabajadora el acceso a la intervención en la dirección de la producción", y otras normas del mismo cariz. Aunque se respetaba la existencia de los puntos de vista individuales de los afiliados y la autonomía táctica de las secciones y federaciones, el dirigismo político resulta notablemente incrementado⁴⁹.

Es muy de destacar que esta politización tuvo su reflejo en el aumento, desde el desencadenamiento de la guerra mundial, de las peticiones del 1º de mayo que iban más allá de la pura legislación social: obras para los parados, abaratamiento de subsistencias, amnistía político-social, igualdad social ante el servicio militar, etc.. Este cambio es visible desde 1915, pero el año del giro es precisamente 1920: "hasta 1920 domina la insistencia sobre el desarrollo de la legislación social: legislación protectora del trabajo; en cambio a partir de este año se insistió sobre todo en el lugar que los trabajadores deben tener en el funcionamiento de la sociedad: socialización de los bienes de producción y de cambio y control sindical en la dirección de las empresas"⁵⁰.

A un nivel menos ideológico y más organizativo, crecía notablemente la burocratización de los órganos centrales de la Unión. La Comisión ejecutiva pasaba de siete a once cargos, reforzándose aún más el de secretario general, que ahora contaba con un secretario adjunto a su servicio, amén del tesorero y de otros posibles ayudantes en tareas administrativas, todos remunerados y con sustanciales aumentos de sueldo con respecto a 1918. El Comité nacional, además de con la Ejecutiva, contaba con doce delegados regionales. Esto hacía un mínimo de 23 miembros, que podía ampliarse a un número mayor computando a los representantes de las federaciones nacionales (uno por cada una), que podían asistir a las sesiones del Comité siempre que éstas se responsabilizasen de sus gastos. Estos representantes no irían como meros observadores, sino con voz y voto, y por tanto pertenecían

de hecho al Comité⁵¹.

De forma paralela, las sociedades de oficio y las federaciones locales y nacionales, únicos entes contemplados como componentes de la Unión en los anteriores Estatutos de 1918, tienen ahora que compartir su protagonismo con federaciones regionales y provinciales y, sobre todo, con los "sindicatos de industria y de profesiones liberales", que aparecen por vez primera avalados como organizaciones importantes en los esquemas de la central. Este paso adelante, teóricamente encaminado a englobar a un proletariado menos cualificado y al trabajador intelectual o de "cuello duro", sin tradiciones artesanales y organizativas, que comienza a movilizarse entonces, también debía fomentar la unidad y concentración de los oficios en agrupaciones y federaciones de "industria", así como la solidaridad y coordinación entre ellos -al menos local-, algo que hasta entonces, como veíamos, había resultado bastante difícil. Esta superación de la pequeña -o minúscula, como en Madrid- sociedad por la gran federación o por el sindicato, empujaba en un mismo sentido burocratizador y de aumento del control sobre las iniciativas de los trabajadores. Como es sabido, al sindicato de industria se le considera el sucesor del de oficios dentro de las pautas de organización de los trabajadores. Algunos autores lo ligan a la aparición de "burocracias centrales fuertemente politizadas" (federaciones nacionales y/o partidos políticos revolucionarios) que vienen a sustituir las ricas tradiciones colectivas artesanales que nutren el mundo de los oficios. No es por tanto extraño que la UGT se politice y burocratice al mismo tiempo que promueve estas nuevas asociaciones⁵².

El último aspecto que debe recabar nuestra atención en esta completa reforma estatutaria es el del tratamiento que se da a las huelgas. Como se recordará, y hasta 1918, se intentó por la UGT reducir el número de conflictos y controlar el desarrollo de estos con la receta de las huelgas reglamentarias. Receta que a la vez proponía una huelga-modelo e impedía que los organismos centrales tuviesen que hacer frente económicamente al coste de los conflictos entablados por las secciones. En el período de virulencia huelguística que se vivía tras la guerra del 14, es comprensible que este último requisito se hiciese imprescindible. En cualquier caso, como sabemos, era el ejercicio de la solidaridad -

económica sobre todo- espontánea y no reglamentaria, lo que proporcionaba el principal soporte - alternativo a la caja de cada sección- de tales conflictos.

Este principio será el que pase a encabezar y protagonizar el Título III de los Estatutos, que ya no reza "De las huelgas", sino precisamente "De la solidaridad". El concepto de "huelga reglamentaria" desaparece. Ya no se enumeran los requisitos para que una huelga tenga este carácter. No porque todos los conflictos pasen a ser aceptados per se por los órganos de dirección de la Unión, sino porque ya no se regula ningún tipo de auxilio "obligado" por parte del Comité nacional. Las secciones son libres de ayudarse entre ellas en esta materia, de hecho "se comprometen a practicar entre sí la solidaridad moral y material" (art. 16). No se articula ningún otro tipo de ayuda institucional, lo que nos señala la definitiva conversión de los órganos dirigentes de la UGT en un centro burocrático de poder político, y no en un recaudador/canalizador de los recursos solidarios de las secciones para apoyar las huelgas que cada sociedad de oficio por sí misma no puede sostener. En apariencia, esta obligación queda transferida a las federaciones y sindicatos de industria, a los que se pretende potenciar, como vimos, aunque no se especifica. En cualquier caso, dejar las huelgas al libre albedrío de las secciones, sin recomendar las antiguas cláusulas de prudencia y previsión, parece contradecir cualquier voluntad dirigista por parte de la organización⁵³.

Ahora bien, "ninguna sección estará obligada a secundar a otras en huelga, si este apoyo no ha sido solicitado por conducto del Comité nacional" (art. 20). Es más, toda sección que quiera ayuda solidaria de otra en una huelga, "antes de comenzarla deberá consultar a la organización hermana, por conducto del Comité nacional" -no sólo con las de "similitud de oficio", antigua obligación- y permitir la entrada de las secciones solidarias en el Comité de huelga "e intervenir en la orientación y solución del conflicto" (arts. 17 y 19). Por otra parte, la prerrogativa de éste de poder enviar a un delegado para resolver el conflicto o con carácter "orientativo", se ampliaba a todas las huelgas que se declarasen (art. 21). Nótese que la aprobación de una huelga por parte del Comité seguía siendo decisiva para asegurar esta "solidaridad", sólo que ahora el Comité no estaba ligado a ningún requisito

previo para dar su visto bueno. Aunque la huelga fuese de planteamiento modélico, podía considerarse la poco "conveniente", por motivos puramente políticos. Esto daba mayor libertad de acción (y poder por tanto) al Comité para decidir lo más conveniente en cada caso⁵⁴.

Por otra parte, se elevaba a nivel normativo lo que ya habíamos descrito como una realidad de facto: que el verdadero canal de transmisión de las tradicionales pautas de conducta ugetistas era el poder que las grandes, bien provistas y añejas sociedades tenían sobre las más pequeñas y débiles, que les pedían ayuda y que estaban influidas o fundadas incluso por ellas. Todo hace indicar que la UGT a la altura de 1920 ya no necesitaba recoger en sus estatutos -aunque sí recordar de vez en cuando- cómo debía plantearse una huelga; ya existía una pléyade de sociedades importantes que compartían en principio estas pautas. Por tanto, se daba un paso adelante trasladando el control de las huelgas a éstas por la vía de la solidaridad. Esto debe relacionarse, a mi juicio, con el interés creciente de la Unión por las federaciones y sindicatos de industria que serían en este caso auténticos núcleos de solidaridad institucionalizada, sustitutivos del tradicional liderazgo que algunas sociedades de marcada influencia y poder tenían de antiguo sobre una rama -o gremio, cómo se expresarían los Estatutos- de la producción. De cualquier forma, esta voluntad -estatutaria y organizativa- de regular la práctica misma de la solidaridad entre las secciones no denota un desinterés ugetista por el control de las huelgas.

Intentemos un balance de estos cambios organizativos que diseñaban la UGT para los años veinte: politización intensa y explícita general, con un horizonte de cambio político y social como objetivo definido; insistencia en el tema del "control obrero" y de la participación de los obreros en la producción y en la vida socio-política; desarrollo de una burocracia central con tareas políticas, es decir de dirección organizativa e ideológica, muy por encima de las económicas -principalmente las redistributivas de los fondos de socorro para las huelgas-; incremento de las burocracias intermedias (federaciones, sindicatos locales), que deben aglutinar las originarias sociedades de base; en el mismo sentido, un manifiesto deseo de regulación e institucionalización de la solidaridad entre sociedades

de resistencia, que hasta entonces no se había producido -la institucionalización, que no los vínculos solidarios, rasgo tradicional de las sociedades de la UGT-; mayor proyección -y por tanto presión e influencia- de las organizaciones periféricas (regiones, federaciones) sobre el centro político, no sólo de la Unión, sino por coincidencia espacial, del Estado; desaparición -en la letra, no tanto en el espíritu- de las recomendaciones con reminiscencias del "oficio" acerca de las huelgas, como la moderación frente a los patronos, evitarlas en crisis de trabajo, tener cajas provistas para una larga resistencia, etc.; por último, la especial atención que se prestaba a la generalización de las huelgas, aquellas que afectaban y se extendían a varios "gremios".

Se pueden destacar varios factores que concurren para que estos cambios organizativos sean diseñados y promovidos. En primer lugar, la crisis de crecimiento de la Unión, que tras el estancamiento -con tendencia al retroceso- de los años de la guerra, traspasa el umbral de los 200.000 afiliados. Madrid sigue siendo la provincia reina, pero de más de un tercio del total en 1918 pasa a menos de la cuarta parte en 1920. El peso de las provincias es mucho mayor y su influencia en la dirección del sindicato ha sido reconocida estatutariamente. Especialmente significativo es el salto adelante de la militancia agraria, a la que en buena parte se consagran las nuevas federaciones provinciales. En este caso puede aludirse que la incorporación de sectores obreros pertenecientes a sectores industriales clásicos condicionaba estructuralmente los cambios antedichos⁵⁵.

Un segundo apartado lo forman las influencias "revolucionarias". En primer lugar, las reglas que marcaba la competencia en la propia casa: el tremendo impulso expansivo de la CNT, reflejado en el magno y provocador evento del Teatro de la Comedia en diciembre de 1919, nada menos que en Madrid y con más de medio millón de presuntos afiliados, fundamentado en los sindicatos únicos (locales y por ramas de la producción, o sea de industria) y en una politización explícita (el programa del comunismo libertario). En segundo lugar, la onda expansiva de octubre de 1917 y muy concretamente, el problema del tercerismo en el socialismo español. Prácticamente al mismo tiempo que los partidarios de la III Internacional parecían controlar el PSOE (junio de 1920), la UGT votaba

por la Federación Sindical de Amsterdam en su XIV Congreso. "En contrapartida", el sindicato se aproximaría a la CNT y se radicalizaría -o se transmutaría en revolucionario⁵⁶.

En última instancia pueden resumirse estos cambios desde una fórmula holística muy sencilla: son la consecuencia inmediata del aumento de la conciencia de clase entre los obreros y, por inferencia, de la politización de esta clase en un sentido revolucionario, un paso adelante más en la histórica emancipación social de este colectivo, que continúa en los años treinta y se trunca tras la guerra. Como sabemos que la UGT no se convirtió en un organismo revolucionario -aunque siempre queda el recurso de culpar a sus dirigentes por "reformistas"- parece más enriquecedor intelectualmente intentar otros caminos.

Aunque no conviene despreciar un importante porcentaje de lo coyuntural (u oportunista) en estos cambios organizativos, merece la pena subrayar la continuidad con prácticas de la central que ya veíamos. En lo que respecta a la "politización" de la UGT, ya nos referimos a que era un proceso en constante progresión al menos desde 1909 y que en parte suplía las carencias de un partido muy minoritario. La exclusión -y la autoexclusión- de Besteiro, Largo Caballero, Saborit, etc., de la Ejecutiva del PSOE para contraatacar desde la Unión, no hizo sino reforzar esta tendencia y dotar de un proyecto "político" propio al sindicato no sometido o supeditado al partido, y mucho menos dependiente de su dirección o "iluminación". La salida de los "terceristas" en 1921 para crear un nuevo partido (el PCOE) dejó a la UGT como auténtica dominadora del socialismo como movimiento, algo patente en el apoliticismo tácito de los años veinte y aún en los parlamentarios treinta, donde Largo volverá a construir su ofensiva desde el sindicato. Ahora bien, esta "politización" no se tradujo en ningún caso en una radicalización sindical⁵⁷.

Si se atiende a los cambios enumerados puede apreciarse con suficiente propiedad que se refuerzan los vínculos solidarios formales, derivados o creados por la misma organización, frente a la comunidad informal de intereses propia del ámbito artesanal, puesto que se institucionaliza y regula

el ejercicio de la solidaridad y se vincula ésta preferentemente a las grandes sociedades, y por inferencia a los nuevos sindicatos/federaciones de industria que éstas comandan, y que deben aglutinar a las secciones y oficios. También se recalca el papel de la acción política. Esto siempre había sido prurito socialista, pero ahora se incide no en la reivindicación de legislación protectora, sino en el control del trabajo en el taller o la fábrica y en el aumento de influencia sobre el poder político -o en su control y/o anulación completos en sus versiones más radicales-. Por último se sugiere la movilización de sectores profesionales nuevos (trabajo de cuello blanco, trabajo agrícola, proletariado sin raíces artesanales), de baja cualificación o poca tradición asociativa. A nivel formal por tanto, la Unión traspasaría el umbral de la sociedad de oficios para adoptar las pautas características de los sindicatos de industria⁵⁸.

VII.4. Los problemas reales de los sindicatos de industria en Madrid. Un acercamiento

El ejemplo de Madrid revela estas tendencias a la concentración y la creación de nuevos organismos sindicales. Durante este período surgen distintas entidades en este sentido, algunas de las cuales estaban realmente destinadas a vertebrar la UGT en la capital y protagonizar por tanto las huelgas futuras. El precedente lo señala la Federación Gráfica Española (1916), que sustituía a la lánguida Federación Tipográfica y que aspiraba a ser una federación nacional de industria realmente operativa. Aunque no estaba diseñada como una federación o sindicato local, era tal el peso de las organizaciones madrileñas -en 1920 4.733 de sus 6.853 afiliados pertenecían a secciones de Madrid- que se convertía en un enlace institucional muy preciso entre el Arte y sus hijas (impresores, fundidores tipográficos, encuadernadores, fotograbadores) y otras organizaciones afines (sobreras, repartidores de periódicos, libreros) de la ciudad. Sin embargo, la autonomía de las secciones siguió siendo muy alta, no se creó un organismo local y las reticencias de algunas sociedades fueron permanentes. Significativamente, las más antiguas y dos de las tres principales en Madrid, la de encuadernadores y el mismo Arte, se opusieron en principio a la transformación -que se basaba fundamentalmente en la adopción de la base múltiple y la centralización de cuotas-, mientras que los impresores -el personal de máquinas- fueron decididos partidarios del nuevo organismo. El primer

caso terminó con la salida de los encuadernadores tras el verano de 1920 de la Federación y de la Unión, aunque permaneció un pequeño grupo afín. En el caso del Arte parece que el influjo de personalidades como Quejido y Lamonedá fueron decisivas para acallar las críticas. Los litógrafos permanecieron fuera -nunca habían pertenecido a la antigua federación tipográfica- negándose a la integración. En cualquier caso, hubo un marcado crecimiento de la militancia, entre el marasmo de 1914-1918 y 1923, más allá del bienio 1919-20, en el Arte (de unos 1.300 a cerca de 2.000) y los encuadernadores (de 300 a 800), pero sobre todo entre impresores (de 500 a 1.200), repartidores de periódicos (de una presencia testimonial a casi 500) y sobreras (que crean una organización en 1919 de unas 300), sectores menos o casi nada cualificados, y a los que el nuevo organismo benefició y estimuló⁵⁹.

De antes de 1920 también son el Sindicato Metalúrgico "El Baluarte"(1919) y el Sindicato de Obreros de las Artes Blancas Alimenticias (1920), auténticos modelos de lo que se quería fueran estos nuevos organismos locales. El primero aglutinó en un principio varias sociedades de la pequeña metalurgia madrileña. A saber, a los bronceistas, los moldeadores en hierro y metal, los obreros en hierro, los constructores de camas y los montadores de calefacción. Más tarde, también sumó a sectores más artesanales, como plateros y herradores y se creó una sección de peones. Su éxito fue fulminante. Todas estas secciones sumadas apenas superaban los 2.500 afiliados en 1917; la Casa del Pueblo informaba de 2.000 componentes de la recién nacida asociación en enero de 1919. Sin embargo, desde esa fecha y hasta 1923 osciló entre los 4.000 y 6.300. Un crecimiento de casi el triple difícilmente explicable por la suma mecánica de sus secciones. Parece que un amplio grupo de los trabajadores del sector se sintió atraído por la nueva fórmula, sin descartar una expansión del sector mismo. Las secciones quedaron fuertemente subsumidas en la nueva organización.

El de Artes Blancas (el ramo de la harina) parece tener un signo muy distinto. Nacido de la unión de los obreros panaderos (de candeal, francés y Viera) y sociedades afines (los dependientes y repartidores de pan, que en puridad pertenecían al comercio) con otros artesanos de la harina

(molineros, obreros de las fábricas de harinas y confiteros), no consiguió una expansión similar. Las sociedades que lo componían oscilaban entre los 3.600 y 3.900 afiliados en 1917-1919. En vísperas del choque de "La Fortuna" y la constitución del propio sindicato, el Censo electoral social apuntaba más de 5.200 entre todas. Ya formado, la UGT informaba de 3.326 afiliados en su XIV Congreso de junio de 1920 y sabemos que rondaba los 4.400 en vísperas del golpe de Estado. Su expansión fue bastante limitada, en un curioso viaje de ida y vuelta, no se convirtió en un auténtico Sindicato de la Alimentación, y parece que sobre todo impidió la pérdida de peso específico de un sector tradicional del ugetismo madrileño. No se trata pues de un salto cualitativo hacia delante, sino más bien de una unión de un carácter bastante defensivo⁶⁰. Por otra parte, la sección de candeal, la sociedad más importante, se mostró reticente, por no decir francamente opuesta, a perder su autonomía a la hora de firmar contratos con la patronal o convocar huelgas, lo que la enfrentó al resto del sector. Esto retrasó e impidió un auténtico proceso de fusión⁶¹.

Tras el XIV Congreso cristalizarán otras organizaciones con intenciones similares. Los ferroviarios madrileños, separados como ya sabemos en sindicatos por compañías y alineados en una Federación nacional común, se agruparán en la misma sección local (la de Madrid) dentro del Sindicato Nacional de la Industria Ferroviaria. Esta remodelación sin embargo fue momentánea y obligada, debida a la crisis de la organización de los obreros del ferrocarril heredada tras 1917 y la defección en esta huelga del Sindicato de la Compañía del Norte, y, al menos en Madrid, no supuso un paso adelante en la afiliación que hiciese olvidar los éxitos pioneros de Daniel Anguiano⁶².

Mucha mayor importancia tuvo para la vida sindical de la ciudad la constitución de la Federación Local de Obreros de la Edificación. Ya sabemos que las distintas sociedades de este sector reunían un tercio de la afiliación total de la Casa del Pueblo en 1914, pero lo cierto es que su importancia - combativa y numérica - disminuyó durante la guerra y la inmediata posguerra, período de atonía constructora y contención de los gastos municipales, situándose en una quinta parte de la organización obrera en el período 1917-1919. Sin embargo, tras el pináculo huelguístico de 1919-1920 (con una

huelga general y un lock-out de por medio) y el nuevo impulso de las construcciones (culminando la Gran Vía, pero también el Metropolitano, la canalización del Manzanares, etc.), así como la decidida voluntad de ampliar los gastos municipales del corde de Limpias (desde abril de 1920) y sus sucesores, impulsaron la afiliación en el sector. La creación de la FLE responde a este contexto, rondando los 20.000 afiliados en 1922-23 (cerca del 40% de los afiliados totales de la UGT en Madrid). Su protagonismo trasciende cualquier noción de oficio, pues aúna la pequeña metalurgia (fumistas), la cerámica (tejeros), la madera (pavimentadores, carpinteros de armar), la ornamentación/decoración (pintores, escultores), la fontanería y la albañilería, pero su expansión amenaza además a otras sociedades y su protagonismo no dejará de crecer en las décadas siguientes como auténtico eje de la asociación obrera de la ciudad, en detrimento de la Casa del Pueblo. Es más, es la primera organización madrileña que trasciende los límites del municipio nominal y admite sociedades del espacio económico real en el que se desarrollaba la industria de la construcción, esto es, de la periferia de la ciudad (albañiles de Barajas, Leganés y Vicálvaro).

Por otro lado, también cambia la composición del sector entre 1917 y 1923. Este dobla su afiliación, pero los albañiles la triplican. "El Trabajo" se convierte en la sección de mayor desarrollo de toda la UGT madrileña. Si su tradicional preponderancia en la militancia de la construcción había rondado siempre la mitad del total, ahora pasaba con facilidad de los dos tercios (un 77% de la FLE en 1922). La sociedad más próxima, e igualmente triplicada, la de peones, permaneció sin embargo, en principio, al margen de la Federación. Puedo aventurar que esta situación facilitaba la tarea de la Sociedad, que así evitaba recelos entre los trabajadores ajenos en puridad a la construcción y sus tradiciones de oficio o incluso al asociacionismo obrero y la reglamentación colectiva en general (p. ej. chauffeurs y empleados del Metropolitano, trabajadores del hormigón, transportistas, obreros del desmonte), parte de los cuales formaban parte de su clientela específica precisamente. Este tipo de obrero mucho menos cualificado que sus camaradas de los oficios tradicionales, cuando menos estancados en su militancia, es producto en buena parte de las nuevas obras acometidas en la ciudad, de una proletarización general del sector y protagoniza gran parte de la conflictividad de los años

1921-23⁶³.

En cualquier caso, la sociedad de albañiles tampoco dió muestras de rendida cooperación y sumisión a la recién nacida Federación. Como los caudealistas frente a Artes Blancas, se opuso a las huelgas conjuntas, como la de septiembre de 1921, lo que provocó el enfrentamiento con el resto de la FLE, a la que dejó sola en la dirección de la huelga, que ni fue general ni unánime por este motivo, entre las consabidas acusaciones de connivencia con la patronal, a las que se sumaba ahora el remoquete de "sindicalistas y comunistas" añadido⁶⁴.

Precisamente esta "perniciosa influencia" marca, por último, el sino del Sindicato de la Madera o la Asociación General de Dependientes de la Distribución y Administración, sociedades de nueva planta enfrentadas a las directrices de la UGT en esos años de escisiones y ambas claramente filocomunistas. El primero representaba un sector fuertemente afectado por los problemas económicos de la guerra y la inflación y por un escaso diálogo con la patronal (ya de antes, con el lock-out de 1913), que pudieron influir en su "conversión"⁶⁵. En cualquier caso, el Sindicato dinamitó en Madrid la antigua Federación de Obreros en madera y resultó el primer organismo local que concentraba a los obreros del sector (los carpinteros de taller, los ebanistas y los tallistas básicamente). A la larga supuso un eficaz dique frente al crecimiento de la FLE, que amenazaba con la absorción de todo el sector, básicamente feudatario de la construcción -de hecho la FLE incorporó a carpinteros de armar y pavimentadores-. Esto no evitó sin embargo los roces constantes entre un sector y otro, y la permanente imposibilidad de delimitar sus huelgas respectivas, algo que seguía intentandose con anacrónico empeño bien entrados los años treinta, cuando el problema "tercerista" ya no era más que un recuerdo⁶⁶.

En cuanto a la Asociación General de Dependientes de la Distribución y Administración fue el resultado de la ansiada unión de la dependencia mercantil madrileña en un solo organismo, consecuencia de la fusión de la anterior Asociación General de Dependientes de Comercio, Industria

y Banca y el Sindicato de Dependientes de la Alimentación en 1923, tras la expulsión de ambos sectores de la UGT tras el XV Congreso de 1922. Por supuesto, no fue coincidencia que también resultase expulsada la Sociedad de Profesiones Liberales, precisamente la actividad que en 1920 se había presentado como básica en la UGT del futuro (recordemos a los "sindicatos de industria y de profesiones liberales"). Como ya se señaló en su momento, estos sectores eran de arribada muy reciente a la UGT, a la que no pertenecían en 1914, no poseían fuertes tradiciones asociativas ni una cualificación "artesana". Aunque sus niveles de preparación oscilaban entre la del mozo de reparto y el empleado de banca, estos sectores se encontraban en unas condiciones "feudatarias" que podían impulsarles a formas de protesta diferentes -o incluso contrapuestas- a los tradicionales métodos huelguísticos propugnados por otros sectores y por la UGT en general. No debe desdeñarse esta explicación para entender su escaso apego a esta ortodoxia sindical (no sólo el de los dependientes "comunistas" sino también el de los bancarios "libres" que se movilizan entre 1921 y 1923), no sólo entendible a través del manido argumento de que los obreros de levita no se comportaban como "auténticos proletarios" por creerse "superiores", lo que reduce todo a un problema de falta de conciencia de clase o de "falsa conciencia"⁶⁷.

Puede verse por tanto una significativa tendencia a la centralización y a la conformación de sindicatos locales, que superan la tradicional dispersión de oficios, en la línea de lo propugnado por los cambios estatutarios y la mencionada institucionalización de la solidaridad. Esta dinámica, como se ha destacado, no cuenta siempre con la colaboración entusiasta de las sociedades más grandes (el Arte, "El Trabajo", Candeal, Sindicato del Norte), que en definitiva estaban obligadas en la práctica a sostener económicamente los nuevos entramados burocráticos y, sin embargo, debían compartir la dirección de los movimientos huelguísticos con otras sociedades cuya importancia en la industria respectiva podía ser mucho menor. Y esto porque el modelo elegido siguió siendo el de la federación local (que reunía a las sociedades locales afines en un haz, pero respetando su autonomía) y no el del sindicato de industria (el único, que fusionaba estas sociedades), pese al debate nominalista. Sólo en el caso de la mayor integración orgánica (el de "El Baluarte", que casi subsume las antiguas

sociedades), las reticencias de la sociedad mayoritaria (que se convertía en el núcleo director) no fueron de consideración. En algunos de estos casos, algunas sociedades mayoritarias incluso se apartaron ideológicamente de las pautas de la UGT (encuadernadores, carpinteros y ebanistas), negándose a participar en el proceso, o creando una dinámica centrípeta propia. En un sector concreto, el de los servicios (obreros de la distribución y administración, profesiones liberales, funcionarios), la influencia del modelo ugetista puede tacharse de bastante escasa, lo que señala la inadecuación de su estrategia sindical, más que la falta de conciencia de clase.

Esta realidad replantea en la práctica lo que supuso la "refundación ugetista", al menos en Madrid: escasa incidencia real entre el white collar (más o menos cualificado, delatable por su atuendo) e institucionalización de los antiguos vínculos solidarios entre sociedades de oficios más tradicionales. Esto impulsó el asociacionismo, la atracción y la potenciación, incluso, de sectores obreros menos cualificados, que en gran parte se beneficiaron altamente del proceso, pero también preservó y reforzó los instintos defensivos de añejos oficios amenazados por las transformaciones industriales, que encontraron en la cohesión local un arma importante para imponer la tarifa en la negociación colectiva, no en el taller, sino a escala urbana. Vistos desde este ángulo, estos cambios organizativos permitían en cierta medida el mantenimiento de la personalidad de la sociedad de oficio frente al concepto del sindicato de industria, lo que diluye un tanto la mentada "refundación". Pero parece indudable que también alimentaron y/o catalizaron la arribada de grupos obreros nuevos al "conflicto industrial", que hasta entonces poco o nada habían protagonizado. El incremento de la cooperación y coordinación local y la politización general de la UGT, además, podían coadyuvar a la mayor amplitud, extensión y generalización de las huelgas mismas.

La consecuencia inmediata es si este proceso encuentra su reflejo en un cambio (cuantitativo, o incluso cualitativo) en los comportamientos huelguísticos habituales, avalados por las sociedades tradicionales, y en la forma misma que el conflicto industrial adopta en la ciudad. Sí parecen decisivos, en cualquier caso, en el advenimiento de éste como forma de protesta alternativa, y, en

Madrid en gran medida sustitutoria, del motín popular entre 1919 y 1923. Un acercamiento al fenómeno huelguístico en la capital nos aclarará estos aspectos y qué tipo de cambios pudieron producirse.

NOTAS

1. Para los datos de 1908 véase "La Casa del Pueblo de Madrid en 1921", El Socialista, 31-xii-1921. Juan José MORATO avala esta cifra, aunque la precisa más (34.975 afiliados), La cuna de un gigante. Historia de la Asociación General del Arte de Imprimir, Madrid, M. de Trabajo, 1984 (facsimil de 1925), p.354. Antonio ELORZA ofrece 28.000 afiliados en 108 sociedades, basandose en El Socialista de 1908, "Socialismo y agitación popular en Madrid (1908-1920)", Estudios de Historia Social, 18-19 (1981), pp.229-261. Jean-Louis GUERENÁ da las mismas cifras (aunque 110 sociedades) en J. MAURICE (comp.), "Les socialistes espagnols et la culture. La "Casa del Pueblo" de Madrid au début du XXe. siècle", Peuple, mouvement ouvrier, culture dans l'Espagne contemporaine. Cultures populaires, cultures ouvrières en Espagne de 1840 à 1936, Saint-Denis, PUV, 1990, p.24. Probablemente se refieren a las sociedades de resistencia sólo. Los datos de 1915 pueden verse en el Anuario Estadístico de España de 1915, Madrid, Imprenta Sobr. M. Minuesa de los Ríos, 1916, pp. 234-236 y en el Cuadro 22. El Anuario ofrece 52.499 asociados en 116 sociedades en realidad, pero repite una sociedad por error. Los ferroviarios son sumados por mí como una sola entidad.
2. Las ideas de Pablo Iglesias al respecto, en Las organizaciones de resistencia, Madrid, Gráfica Socialista, [192-], folleto que recoge artículos vertidos en 1898; sus concepciones generales en Escritos 1. Reformismo social y lucha de clases y otros textos (ed. de S. CASTILLO y M. PEREZ LEDESMA) y Escritos 2. El Socialismo en España: escritos en prensa socialista y liberal (1870-1925) (ed. de L. ARRANZ, M. CABRERA, A. ELORZA, L. MEJIDE y J. MUÑAGORRI), Madrid, Ayuso, 1976. Un estudio de su pensamiento lo hace Antonio ELORZA en "Los esquemas socialistas en Pablo Iglesias (1884-1925)", Sistema, 11 (1975), pp.47-84. Para la estrategia sindical de la UGT a principios de siglo véase Manuel PEREZ LEDESMA, El obrero consciente. Dirigentes, partidos y sindicatos en la II Internacional, Madrid, Alianza, 1987, especialmente su capítulo 7, "Organización y acción sindical: la primera etapa de la Unión General de Trabajadores", pp.194-221.
3. La utilización y asimilación que las ideologías obreras hacen de conceptos religiosos previos, no es privativa en España del anarquismo y las organizaciones por él influidas. Los "apóstoles" del "ingenuo milenarismo" anarquista se compensaban con la "cerrada y estrecha congregación", de carácter "puritano" y "calvinista" de los socialistas, en Gerald BRENAN, El laberinto español. Antecedentes sociales y políticos de la guerra civil, Barcelona, Ibérica de Ediciones y Publicaciones, 1977, (1ª. ed. en inglés en 1960), pp. 207 y 270. También E. J. HOBSBAWM en Rebeldes primitivos. Estudio sobre las formas arcaicas de los movimientos sociales en los siglos XIX y XX, Barcelona, Ariel, 1983, (1ª. ed. en inglés en 1959), pp. 191-226, resaltaba la simbiosis de sectarismo religioso y prácticas sindicales en el muy reformista obrerismo inglés. José ALVAREZ JUNCO ya criticaba esta vinculación excluyente afirmando que "el componente ético-religioso ha estado y está presente en otros muchos movimientos políticos, especialmente reformadores", La ideología política del anarquismo español (1868-1910), Madrid, S.XXI, 1991 (2ª ed.), p. 593. La beatificación de Iglesias y de la doctrina socialista, en M. PEREZ LEDESMA, El obrero..., pp. 142-152. Que dura hasta los años treinta, en Santos JULIA DIAZ, Madrid, 1931-1934. De la fiesta popular a la lucha de clases, Madrid, S.XXI, 1984, pp. 168-169. También del mismo autor, "Fieles y mártires. Rasgos religiosos de algunas prácticas sindicales en la España de los años treinta", Revista de Occidente, 23 (1983), pp.61-75.
4. S. JULIA en Madrid...,p.157. PEREZ LEDESMA recuerda que la doctrina de la "necesidad de aportar [a las tendencias obreras espontáneas] "desde el exterior" la conciencia política de clase" era asumida por el socialismo de la II Internacional, y Lenin no hizo más que "extraer las consecuencias más radicales de estas ideas", El obrero...,pp. 62-63. Michel RALLE llega a referirse a "la coagulación de la imagen de la profesión con una concepción de la formación de la conciencia obrera" en los esquemas socialistas de principios de siglo, "La cultura política del primer socialismo español", El socialismo en España. Desde la fundación del PSOE hasta 1975, Anales de Historia de la

Fundación Pablo Iglesias Vol.1 (coord. por Santos JULIA), Madrid, Edit. Pablo Iglesias, 1986, p.76.

5. La puerta a los cargos remunerados se abrió en 1894, asignandosele al secretario de la Unión, al que se elegiría directamente en los congresos, un "semanal fijo" de 30 ptas. Cfr. Santiago CASTILLO, Historia del socialismo español 1.(1870-1909), (dir. por Manuel TUÑÓN DE LARA en 5 vols.), Barcelona, Conjunto Editorial, 1989, p.150.

6. La primera cita es de J.J. MORATO, La cuna..., pp. 324-325. Lo de las tres huelgas en Unión General de Trabajadores, Memoria y orden del día del XIV Congreso Ordinario que se celebrará en Madrid los días 26 y ss. de junio de 1920, Madrid, Imp. Felipe Peña Cruz, 1920, p.47. Lo último en PEREZ LEDESMA, El obrero..., p. 199.

7. Lo de las efemérides en MORATO, La cuna..., p.415.

8. En UGT, Estatutos de la Unión General de Trabajadores fundada en agosto de 1888, Madrid, Impr. Felipe Peña Cruz, 1914, p.6.

9. Puede verse el texto presentado en 1899 en S. CASTILLO, Historia del socialismo..., p.231. Su redacción en 1914 en el art. 18 de los Estatutos..., pp.7 y 8.

10. La recomendación explícita de la moderación en Estatutos ..., 1914, art. 19, p.8.

11. Citado por PEREZ LEDESMA, El obrero..., p.212. Se refiere a sus artículos en La Lucha de clases, en 1899.

12. MORATO, La cuna..., pp.25-26. Más adelante dirá sobre su sociedad (el Arte de Imprimir), que "dió hombres hasta para ir a la cárcel con motivo o con pretexto de huelgas que no eran del oficio, y a veces ni de la localidad", p. 108. Eso le ocurrió a él mismo, con motivo de la huelga de panaderos de diciembre de 1893, requerido por estos mismos para unas gestiones, pp. 303-306. Por ello los dirigentes de la UGT eran considerados por los cenetistas "adormideras" de la libre iniciativa de los obreros, mientras que eran "profesionales de la agitación" para los patronos que rechazaban tal intromisión entre ellos y sus operarios. Para ambos, "vividores" a costa de los obreros.

13. La caracterización de S. JULIA, en Madrid..., pp.150-171.

14. La huelga, "arma de dos filos", es una expresión que procedía del mismo Pablo Iglesias, un tipógrafo madrileño (cfr. S. CASTILLO, Historia del socialismo..., p. 122), pero hizo fortuna entre los líderes sindicales de la segunda generación. Manuel Llana, un minero asturiano, la emplea para ilustrar su táctica sindical (cfr. Manuel Llana. Escritos y discursos, Oviedo, Fundación José Barreiro, 1985). Como "un arma terrible que pende como espada de Damocles" sobre la organización se la define en El Trabajo, órgano de los albañiles madrileños, en 1932 (cit. por S. JULIA, Madrid..., pp. 161-162).

15. La imposibilidad de la huelga nacional en S. CASTILLO en Historia del socialismo..., pp.133-134. Lo que fue el paro de 1905 en ibid., p. 227.

16. El manifiesto apolítico es el que recogía el art. 2 de los Estatutos..., 1914, p.3. Sobre los inicios de la UGT cfr. Santiago CASTILLO, "Los orígenes de la organización obrera en España: de la Federación Tipográfica a la Unión General de Trabajadores", Estudios de Historia Social, 26-27, 1983, pp.19-152 ?.

17. La supeditación de los sindicatos al partido y la preponderancia de la acción política era una tesis marxista aceptada de modo genérico por la II Internacional, pero sostenida sobre todo por el peso específico del SPD alemán, que servía de modelo y referente para gran parte de la socialdemocracia

europaea. Sin embargo no se cumplía en casi ninguna parte: en Francia el movimiento sindical (la CGT fundamentalmente) era independiente e incluso hostil a la SFIO; en Gran Bretaña las trade-unions habían creado el Partido Laborista para representarse en el Parlamento y éste dependía estrechamente de ellas y no al revés, etc.. La II Internacional, que era un marco de actuación y no un organismo de dirección, dentro de su ambigüedad doctrinal general, recomendó la autonomía, pero con "estrecha colaboración" entre partido y sindicatos en su Congreso de Stuttgart (1907). Para este tema cfr. G.D.H. COLE, Historia del pensamiento socialista. 3. La II Internacional, 1889-1914, México, FCE, 1974, (en varios vols.); James JOLL, La II Internacional, 1889-1914, Barcelona, Icaria, 1976; Annie KRIEGER en "La Segunda Internacional (1889-1914)", en Historia general del socialismo. 2. De 1875 a 1918 (J. DROZ, dir.), Barcelona, 1985, vol. II, pp. 747-786.

18. "Mejoramiento y emancipación", ES, 13-v-1920.

19. El satisfactorio balance inicial (hasta 1913) y el recelo generalizado de los socialistas puede verse en Antonio ROBLES EGEA, "La conjunción republicano-socialista", El socialismo en España..., pp.109-130. Aquí se afirma que hasta 1913 el socialismo español se integró "en un movimiento propagandístico republicano, donde va a primar la acción política sobre la sindical", p.129. El mismo autor afirma que el modelo quiebra con la guerra y con el balance que se hace de 1917.

20. Sobre las reivindicaciones del Primero de Mayo cfr. Lucía RIVAS LARA, Historia del 1 de mayo en España desde 1900 hasta la Segunda República, Madrid, UNED, 1987, Cuadro 2, pp. 232-237. La norma de la UGT en Estatutos..., 1914, p.3.

21. La disposición de los obreros madrileños, entre escéptica y francamente despectiva, puede verse en Comisión de Reformas Sociales, Reformas Sociales. Información oral y escrita. I y II. Madrid., Madrid, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, 1985 (5 vols. en total, original de 1889-1893, con est. prelim. de S. CASTILLO). La vívida descripción es de un testigo, Morato, en La cuna..., p.220. El subrayado es mío. De ambos testimonios se deduce que los socialistas acudieron para hacer propaganda de su causa e ideas. Sin embargo, esto no impidió por las mismas fechas que el Arte se dedicara a denunciar el incumplimiento de la ley Berot. Los datos de afiliación están extraídos de UGT, Memoria y orden del día del XV Congreso Ordinario que se celebrará en Madrid los días 18 y ss. de noviembre de 1922, Madrid, Impr. Felipe Peña Cruz, 1922, p.177.

22. El repertorio de la legislación social de este período y la incidencia real del IRS sobre ella puede verse en Juan Ignacio PALACIO MORENA, La institucionalización de la reforma social en España, 1883-1924: La Comisión y el Instituto de Reformas Sociales, Madrid, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, 1988, Cap.3, pp.205-258. Un análisis en Manuel Carlos PALOMEQUE, Derecho del trabajo e ideología. Medio siglo de formación ideológica del Derecho español del trabajo, 1873-1923, Madrid, Akal, 1980. Recopilaciones completas en IRS, Legislación del trabajo. Legislación-proyectos de reforma, Madrid, Impr. Sobr. de la Suces. de M. Minuesa de los Ríos, 1905-24, (19 vols.); y Antonio MARTÍN VALVERDE (est. prelim.), PALOMEQUE, PÉREZ ESPINOSA et al., La legislación social en la historia de España. De la revolución liberal a 1936, Madrid, Congreso de los Diputados, 1987. La semblanza del IRS está extraída de PALACIO MORENA, ibid., pp. 335-336.

23. Sobre el proceso que seguían estas leyes véase la nota 22.

24. De las mismas sociedades obreras partía en muchas ocasiones la iniciativa que ponía en marcha el intrincado proyecto legislativo anteriormente expuesto, con desigual fortuna. La reforma de la Ley de Accidentes de Trabajo de 1900 que hace el IRS en 1907 es motivada por una moción de los vocales obreros. Se convierte en ley en 1922!. La de la Ley de Mujeres y Niños que hace el IRS en 1906 tiene la misma fuente, y es ley al año siguiente. El proceso de abolición del trabajo nocturno en la panadería se origina en 1911 tras varias instancias de sociedades obreras. El proyecto de ley

sobre el trabajo a domicilio en la industria textil, elaborado entre 1914 y 1918, se puso en marcha por las protestas del Sindicato de la Aguja de Valencia. Nunca llegó a convertirse en ley. No debe sin embargo sobrestimarse esta capacidad de influencia.

25. Los datos de la UGT de Memoria..., 1922, p.177. Los del PSOE de Manuel TUÑÓN DE LARA, El movimiento obrero en la historia de España, Madrid, Taurus, 1972, p.481. La politización de la UGT desde 1909 ha sido señalada por PEREZ LIEDESMA en El obrero..., pp. 233-234. Esta acumulación de poder social sin ejercer de hecho el político (o de poder político sin traducción institucional si se me permite el uso amplio del vocablo) por parte de la UGT, incrementada en los años veinte y treinta, será decisiva en el discurso radical socialista y las fricciones partido-sindicato que caracterizan el período de la Segunda República, cfr. de S. JULIA, La izquierda del PSOE, 1935-1936, Madrid, S.XXI, 1977; también en "Continuidad y ruptura en el socialismo español del siglo XX", Leviatán, 17 (1984), pp. 121-130. El fin de la guerra es la principal novedad de peso en las peticiones del Primero de Mayo en los años previos a la Guerra europea, junto a la de la abolición de la Ley de Jurisdicciones, no menos política, cfr. RIVAS LARA, Historia..., pp.232-237. "Esta campaña es de defensa económica; no obedece a fines políticos, no responde a ideales de otra especie que el que hemos apuntado". Así era presentada, sin embargo, la huelga de 1914 -que nunca se llegó a realizar- en "Contra la guerra. El proletariado hará la huelga general", ES, 30-vi-1914.

26. Esta actitud de la UGT y sus sociedades próximas en las huelgas data de muy antiguo y es muy anterior a los comités paritarios de la Dictadura o los jurados mixtos de la República. MORATO nos presenta cómo para evitar la derrota de los panaderos en la huelga de 1895, una delegación del entonces Centro Obrero amenazó con la huelga general al subsecretario de Gobernación (y, como era típico, éste al gobernador civil, y éste al alcalde), consiguiendo con "esta audacia" (de difícil cumplimiento), que las autoridades obligasen a pactar a patronos y panaderos, con el resultado de mejoras parciales. Cfr. La cuna..., p.312. Charles TILLY y Edward SHORTER en Las huelgas en Francia 1830-1968, Madrid, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, 1985, afirman, dentro de su teoría general de las huelgas como medio de acción política, que "el primer objetivo de una huelga era obligar al gobierno a intervenir" y "que con el paso del tiempo se cambió de la intervención oficial en contra de los trabajadores a la intervención a su favor" (pp. 61 y 64). Se refieren a Francia, pero extienden su teoría a Europa Occidental. Aunque el nivel de democracia política y de intervencionismo estatal en España era muy inferior en 1914 al de Francia, este argumento más bien cimenta el anterior, puesto que la vía parlamentaria -defendida en la práctica hasta entonces por el PSOE- para canalizar el aumento del poder social de la clase obrera resultaría aún más obsoleto que el de las huelgas.

27. La caracterización es de A. ELORZA en "Socialismo y agitación...", p.230. Se refiere a los rasgos del movimiento socialista español. S. JULIA se refiere a la impotencia socialista para hacerse obedecer en Madrid a causa "de la disparidad entre el tipo de organización ugetista y el tipo de órdenes fuera por completo de sus posibilidades orgánicas que en ocasiones emite", fundamentada sobre todo en la "carencia de un específico órgano ejecutivo local", Madrid..., pp. 27 y 156. Pone como ejemplo el fracaso de la huelga general no de 1909 ó 1911, sino ¡la de diciembre de 1930!.

28. Gómez Crespo, secretario del Arte, fue decisivo para animar a los albañiles a la asociación, proporcionándoles local y auxilios. Iglesias les redactó su primer reglamento. Cfr. MORATO, La cuna..., p. 249-251. Pablo Cermeño, tipógrafo, fue secretario y luego miembro directivo de la Sociedad de Panaderos en sus primeros tiempos... y primeras huelgas de 1893 y 1895 (en esta última el propio Morato fue secretario interino), ibid., pp.295-312. De estas organizaciones, y por mitosis, nacieron otras similares (p.ej., los estuquistas de los albañiles o los carpinteros de armar de la carpintería). "Todos estos núcleos (...) pedían al Arte propagandistas y consejo" (pp. 293-94) y todos formaron parte, junto a zapateros, curtidores, marmolistas, decoradores en papel pintado y doradores, del Centro Obrero de la calle Jardines en 1892.

29. Los datos globales de la UGT, en Memoria..., 1920; los de Saborit proceden de "La Casa del Pueblo de Madrid", Acción Socialista, 31, 17-x-1914, y pueden verse en cuadro x, donde se discuten. De ahí sale el porcentaje citado.

30. Antonio ELORZA ha destacado la imprenta como una de las pocas actividades en las que Madrid ejerce una auténtica capitalidad en el mercado nacional, cultural -o periodístico-, pero también industrial en el siglo XIX. Cfr. "Sobre Madrid y el socialismo: capitalidad y organización obrera", El socialismo en las nacionalidades y regiones. Anales de Historia de la Fundación Pablo Iglesias Vol.3, Madrid, Editorial Pablo Iglesias, 1988 (coord. por S. JULIA), pp.71-81. Amén de ELORZA, se han referido al sello de la AIT, entre otros, PEREZ LEDESMA en "La Unión General de Trabajadores: socialismo y reformismo", Estudios de Historia Social, 8-9, 1979, pp. 217-224, y Michel RALLE en " "La Emancipación" y el primer grupo "marxista" español: rupturas y permanencias", Estudios de Historia Social, 8-9, pp. 93-128. Lo de la ideología exterior es de PEREZ LEDESMA en VVAA., Octubre 1934. Cincuenta años para la reflexión, Madrid, S.XXI, 1985, p.214.

31. S. JULIA, Madrid..., p.166. Charles TILLY y Edward SHORTER afirman que las sociedades de oficio "no estaban, por lo general, centralizadas y rechazaban todo tipo de lazos que las ligaran a organizaciones locales repartidas por todo el país", Las huelgas..., p. 259. Esto explicaría las dificultades y fluctuaciones de la UGT hasta el período 1910-1914. Que la industrialización refuerza la negociación y la presión sobre el centro político en ibid., p.42-46. Ludolfo PARAMIO llega a definir el reformismo como "forma superior de conciencia del movimiento obrero" en "Por una interpretación revisionista de la historia del movimiento obrero europeo", En Teoría, 8-9, 1981-1982, pp.137-183.

32. Una buena relación establecida entre el socialismo de principios de siglo y el mundo de los oficios la hace Michel RALLE en "La cultura...", cit., pp.55-85. Este mismo autor muestra las reticencias tácticas de otros sectores obreros no madrileños en "¿Divergencias socialistas?. Madrid y Bilbao ante el conflicto minero de 1891", Estudios de Historia Social, 15 (1980), pp.179-214.

33. Sobre el trabajo artesanal, opuesto a la disciplina del reloj y de la semana laboral, con la celebración de "San Lunes", véase Edward P. THOMPSON, "Tiempo, disciplina de trabajo y capitalismo industrial", en Tradicición, revuelta y conciencia de clase. Estudios sobre la crisis de la sociedad preindustrial, Barcelona, 1984 (1ª ed. en 1979), pp. 239-293. La primera cita es de Ch.TILLY y E.SHORTER en Las huelgas..., p.264. De ellos sacamos lo que denominan "organización informal... muy fuerte", p. 259. Lo de la tarifa en Benjamin CORIAT, El taller y el cronómetro. Ensayo sobre el taylorismo, el fordismo y la producción en masa, Madrid, S.XXI, 1991 (1ª edic. en 1982), p.13.. Para ambos, los sistemas de resistencia de oficio entran en crisis entre 1880 y 1914. Con la Gran Guerra y la irrupción del taylorismo, son relevados del protagonismo definitivamente por los sindicatos de industria. Las puntualizaciones de M. RALLE son de "Un "socialisme des métiers"? Culture politique ouvrière et "obreros de artes y oficios"(1870-1900)", en Jacques MAURICE et al. (dir.), Peuple..., pp. 169-178. La cita en la p.172.[YA VEREMOS SI LA USO]

34. La primera cita es de José SIERRA ALVAREZ, El obrero soñado. Ensayo sobre el paternalismo industrial (Asturias, 1860-1917), Madrid, S.XXI, 1990, pp.12-13. Lo de los amarillos es de B. CORIAT, El taller..., p.14. Se refiere a Estados Unidos, pero basta leer a Morato para notar esta identificación en Madrid: "venían siendo un mal los amarillos o rompehuelgas (...). No podían, por su inferioridad profesional, substituir de un modo permanente a los operarios que dejaban el trabajo; sí sacaban del atolladero a los patronos", La cuna..., p.363. Más adelante se refiere al fracaso de El Debate, "que cayó en imprenta servida principalmente por correligionarios suyos. A los pocos números cambió de establecimiento y estampó el suelto siguiente: "Habiendo mejorado el papel y la tipografía del periódico, volvemos a publicar (...)"", p.377. Abundan estas referencias en su libro,

si bien referidas al personal de imprentas. Estos dos ejemplos son de los años 1909-1911, no de 1880 ó 1890.

35. La cita de Quejido en su prólogo a Morato, La cuna..., p.12. Podría afirmarse a este respecto que en la década 1906-1916 irrumpe en España la forma de conflicto industrial que TILLY y SHORTER denominan "proletaria" o característica de los sindicatos de industria que, a diferencia de los de oficio, "intentan conseguir ventajas para las clases trabajadoras a través de la acción política en lugar de la negociación colectiva principalmente", siempre teniendo en cuenta que "en todos los períodos durante el transcurso de la industrialización, el movimiento obrero ha tenido siempre un carácter político, organizándose con el propósito explícito de conseguir mejorar las clases trabajadoras por medio del acceso a la política", Las huelgas..., p.43. El surgimiento de la CNT en este período avala esta opinión puesto que pese a su rechazo explícito de la "política", su objetivo no eran las mejoras parciales, sino el cambio del centro del poder político, de los patronos y el Estado a los obreros y el sindicato, en donde teóricamente debía disolverse. En cualquier caso, aunque fuese así, un surgimiento no equivale a una preponderancia, y ni por lo más remoto parece que este teórico modelo de conflicto sea el resultado de la producción de cadena de montaje, a que se refieren estos autores. De todos modos, y como ellos mismos afirman, "los paros laborales que tuvieron lugar entre 1900 y 1929 -a excepción de las oleadas de huelga- fueron emprendidos por grupos localizados de trabajadores y sus miras se centraban en el ámbito laboral". Sólo se convierten en vehículos definitivos de agitación política, tras las distorsiones de la guerra y el fascismo, a partir de 1935-1945, p.460.

36. No parecen haber cambiado mucho las cosas en 1931, cuando Josep PLA destaca a "los albañiles y peones del sindicato de la construcción, afiliados a la Casa del Pueblo" como una de las improntas sociales características de Madrid. Más adelante dirá, con su peculiar causticidad, que "el arte de la construcción mantenía el socialismo madrileño", Madrid. El advenimiento de la República, Madrid, Alianza, 1986, pp. 20 y 49. Los datos de afiliación de sociedades para 1914-1915 pueden verse en los cuadros x y x.

37. Lo del grano de mostaza en MORATO, La cuna..., p.611.

38. Baste como ejemplo que en el período 1914-23 a menos dos sociedades que pertenecían a la Federación de Obreros en madera, la de colocadores de pavimentos en madera (pavimentadores y entarimadores) y la de carpinteros de armar, pasan a la Federación Local de Obreros de la Edificación. La última era hija directa de la de carpinteros de taller. Los enfrentamientos de ambas (con la FLE y el Sindicato de la Madera detrás respectivamente) en las obras de los almacenes París-Madrid durante 1921 y 1922 véanse en el capítulo sobre los obreros de la construcción.

39. Los zapateros fueron uno de los oficios radicales proverbiales durante el siglo XIX. En Francia, y como los panaderos, "durante la monarquía de Julio se contaban entre los oficios más propensos a la huelga en Francia", Eric J. HOBBSBAWM, El mundo del trabajo. Estudios históricos sobre la formación y evolución de la clase obrera, Barcelona, Crítica, 1987, p.146. Véase el Cap. 7, "Zapateros políticos", pp.144-184. No es extraño por tanto que en una economía como la madrileña fuesen el sector asociado más importante de la confección. Los sombrereros son para TILLY y SHORTER un prototipo de artesanos amenazados por la mecanización, Las huelgas..., pp.319 y 329.

40. Sobre los intentos asociativos de la dependencia antes de 1914, véase Gloria NIELFA, Los sectores mercantiles en Madrid en el primer tercio del siglo XX. Tiendas, comerciantes y dependientes de comercio, Madrid, Ministerio de Trabajo, 1985, pp. 212-214. Los que despachaban en tabernas y bares eran diferenciados también por la legislación: hasta 1910 no estuvieron exceptuados del descanso dominical.

41. Pla exponía a Barea, empleado de banca como él, la situación en 191... : "somos muy pocos. Todavía no somos bastantes para formar un sindicato separado y nos meten en "Oficios Varios" con todos los que no tienen oficios determinados o tienen un oficio del que hay muy poca gente. También hay dependientes de comercio.", en Arturo BAREA, La forja, Barcelona, Plaza y Janés, 1985 (1ª. edic en 1941), pp. 241-242.
42. Para 1914, y siguiendo a Saborit, la proporción es la misma: de 99 sociedades que nos muestra, 64 son de menos de 200 afiliados. Sobre los criterios clasificatorios remito a lo que digo en las notas del cuadro 22 y 23.
43. Los datos generales entre 1910 y 1913 pueden verse en el Anuario Estadístico de España, pp. 428-429. El año de 1913 es uno de los estadísticamente más fiables: todas las huelgas de las que se tuvo noticia están completadas. Esto le distingue, por ejemplo, de 1912, donde se conocen diez, pero los datos son tan incompletos, que del saldo final resulta que Madrid no aporta ni una sola huelga a la Estadística de ese año. Cfr. IRS, Estadística de las huelgas 1912-1913. Las huelgas de este último año con más detalle en pp. 84-87.
44. Aunque resulta utópico que estas estadísticas recojan todas las huelgas, como se verá, sí dejaban constancia de casi todas las que pasaban por la prensa, aunque la Junta Local no pudiese recabar datos exactos o los protagonistas se negasen a dar más información. Esto las hurtaba a la estadística en cuanto a amplitud y duración, pero ofrece una luz decisiva, al menos en Madrid, para saber el número real de huelgas que hubo, sobre todo en el pináculo 1919-1920. No se debe olvidar que en Madrid estaba El Socialista y una gama de diarios sin par en el resto de España, como fuente de información suplementaria. Para las medias de diferentes países cfr. TILLY y SHORTER, Las huelgas..., pp. 450-460. Según sus teorías las huelgas tienden a disminuir en duración con la disgregación de las persistencias artesanales y la difusión de la cadena de montaje en el mundo sindical y de la industria.
45. Puede verse el texto del Título V íntegro en Estatutos de la Unión General de Trabajadores fundada en agosto de 1888. Madrid, Impr. de Felipe Peña Cruz, 1918, pp. 10-12.
46. Estatutos..., 1918, p. 3. El impacto de la huelga de 1917 y su incorporación a este texto normativo es también palpable en el art. 34 (p. 9), completamente nuevo, y que remitía el gasto del socorro de "los compañeros que sufran prisión por causa de huelgas generales declaradas por la Unión" a un "prorrato general entre todas las organizaciones".
47. A este fin se suprimió en el art. 15 de los Estatutos..., 1914, pp. 6-7, el párrafo que dice "Cuando se trate de secciones similares a las Federaciones de oficio, quedarán en libertad de pertenecer o no a éstas, a fin de crear nuevas Federaciones de especialidades profesionales".
48. Estos "Principios" pueden verse en Estatutos de la Unión General de Trabajadores reformados en el XIV Congreso, celebrado en Madrid durante los días 26 de junio al 4 de julio de 1920, [Madrid], UGT, [1920], pp. 1-5.
49. El objetivo agrario en Estatutos..., [1920], p. 14 (art. 26, Tít.IV). El resto en el art. 1, pp. 6 y 7. Lo del respeto a la democracia y autonomía en el art. 2, p. 7.
50. En L. RIVAS LARA, Historia..., p.254. El subrayado es mío.
51. Cfr. el Tít. II "De las Secciones y Federaciones", Estatutos..., [1920], pp. 8-11.
52. TILLY y SHORTER, Las huelgas..., pp. 267-268. Ellos ligan estas organizaciones al "proletario", el obrero fabril no cualificado de la producción en serie.

53. El Tít. III en Estatutos..., [1920], pp.12-14.

54. Precisamente en el art. 17 se basaba el acuerdo del Comité nacional apoyando las gestiones de la Ejecutiva en la ruptura del pacto UGT-CNT, en diciembre de 1920. Se señala ahí, que era imposible secundar los proyectos cenetistas de "ciertos grupos anónimos e irresponsables para arrastrarla a movimientos en cuya iniciativa ni se escucha siquiera su criterio, como aconteció en el reciente intento de huelga general, decretada sin consultar la voluntad de la Unión General" (el subrayado es mío). Cfr. UGT, Memoria y orden del día del XV Congreso Ordinario que se celebrará en Madrid los días 18 y ss. de noviembre de 1922, Madrid, Impr. Felipe Peña Cruz, 1922, p. 18.

55. Hay exactamente 211.342 afiliados en mayo de 1920. Los de ámbito rural se multiplican por ocho entre 1918 y 1920. Cfr. UGT, Memoria y orden del día del XIV Congreso Ordinario..., Madrid, Impr. Felipe Peña Cruz, 1920, pp. 105-107. Para Paloma BIGLINO, es en 1918 cuando "por primera vez se asume con cierta profundidad la tarea de aprobar un Programa agrario", El socialismo español y la cuestión agraria (1890-1936), Madrid, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, 1986, p. 157. La insistencia en convertir a la UGT en un (o el) auténtico sindicato de obreros industriales (o proletarios) ha sido característica de determinadas visiones del movimiento obrero español. Véanse estas referencias: "el socialismo-'ugetismo'" se implanta entre los trabajadores de grandes empresas, de producción de energía, industria de cabecera y transporte" (para 1911), "el renacer de la CNT todavía lento, parece dirigirse hacia una 'clientela' de origen societario diferente a la influenciada por la UGT" (1916) o "la importancia de Madrid en el ramo de la metalurgia", sector destacado como el principal de la Casa del Pueblo (1920), en M. TUÑÓN DE LARA, El movimiento obrero..., pp. 503, 577-578, 651-652, respectivamente.

56. Las influencias "revolucionarias" en el sindicalismo madrileño son mencionadas, entre otros, por Fernando DEL REY (con A. BAHAMONDE y J. A. MARTINEZ) en La Cámara de Comercio..., 1989, p. 210. Acerca de lo que supone organizativamente la fórmula del sindicato único, puede verse Albert BALCELLS, El sindicalismo en Barcelona (1916-1923)...; Antonio BAR CENDON, La CNT en los años rojos...; también Miguel ARTOLA, Partidos y programas políticos 1808-1936 Tomo I: Los partidos políticos, Madrid, Aguilar, 1974, pp. 492-499. Sobre la exclusión del tercerismo de la dirección de la UGT, cfr. la tesis doctoral de Luis ARRANZ NOTARIO, La ruptura del PSOE en la crisis de la Restauración. El peso del octubre ruso, Madrid, UCM, 1986. Lo de la contrapartida lo sugiere M. TUÑÓN, El movimiento obrero..., p. 686.

57. Sobre la ofensiva de Largo, esta vez en tono radical -y no en el reformista de antaño- desde la UGT, una vez fuera de la Ejecutiva del partido, en 1935-36, cfr. S. JULIA, La izquierda..., especialmente su capítulo 2, pp. 53-138. Aunque presenta la dimisión de Largo como una niñería (p. 83) y la política de espera necesitada de "que el espacio político cuya ocupación reclamaba estuviera previamente vacío" -es decir, que la ejecutiva prietista fracasase políticamente- como la característica de "la clásica práctica negativista, pasiva, del sindicalismo tradicional" (pp.120-122), esta táctica ya había sido empleada por él, y con éxito, en el período que nos ocupa. Sobre la inexistente radicalización sindical, Luis ARRANZ ha dicho que "los cautelosos y rebuscados intentos de transmitir al sindicato el tono radical del partido fracasaban uno tras otro, si tenían una traducción práctica", en "La ruptura del PSOE en la crisis de la Restauración: debate ideológico y político", El socialismo en España..., (coord. por S. JULIA), pp. 179-180. Cita la intentona fallida de hacerle abandonar el IRS y el fracaso del Pacto de Unidad UGT-CNT.

58. Para TILLY y SHORTER, el sindicato de industria se basa en trabajadores poco cualificados, de incorporación reciente al movimiento obrero, o bien proletarizados, o en trance de serlo. Es un medio de defensa contra la pérdida del control del trabajo en el taller, la carencia de vínculos solidarios seculares y de comunidad profesional, y la fácil sustitución de esta mano de obra, puesto que su actividad se acerca cada vez más al trabajo estandarizado y menos al arte. Según ellos "los trabajadores experimentaron la falta de control del trabajo como un problema político relacionado con

el acceso y control del poder, y por ello buscan remedios políticos [y] exigen que sus intereses se vean representados a nivel nacional", Las huelgas..., p. 268. De ahí la insistencia de la UGT en el tema del control obrero o los éxitos electorales del PSOE: seis diputados en 1918 y 1919, cuatro en 1920 y siete en 1923.

59. Los datos de afiliación pueden verse en el Apéndice, Cuadros 22, 23, 24, 25 y 26. Las fuentes son diversas (Casa del Pueblo, Censo electoral social, Cámaras, UGT), pero las conclusiones son altamente coincidentes, lo que demuestra su relativa solvencia. Sobre la conformación de la FGE cfr. J.J. MORATO, La cuna..., Cap. XLIX, pp.415-423. Antes menciona la causa de la oposición del Arte: el rechazo de algunos hacia la política de subsidios, contraria al "espíritu rebelde" de la masa obrera -algo que se contradecía con la base múltiple aceptada por los propios tipógrafos. Nos parece más importante lo que Morato cita de pasada: "la centralización parecía un atentado contra la autonomía y un sacrificio no correspondido ni compartido de las Secciones fuertes" (p. 413). Los tipógrafos (y los impresores) se mostraban reticentes a la institucionalización de una solidaridad que ellos habían gestionado de forma autónoma y libre desde antiguo, y que seguiría siendo responsabilidad suya económicamente hablando en buena medida. Aunque los impresores convivían con los cajistas, eran fundamentalmente "maquinistas", con muchos mozos y ayudantes, no se emanciparon de la "superioridad intelectual" de aquellos hasta 1902, y en un año pasaron de 229 afiliados a 884 (pp. 601-602), lo que no demuestra un gran amor a las tradiciones corporativas tipográficas. Los repartidores y sobreras (que en realidad son trabajadoras del papel, es decir de químicas) eran sectores de escasa cualificación. Los primeros "no constituyen oficio, sino que son "ocupación"" a tiempo parcial, y tienen "la facilidad relativa del aprendizaje" (p. 596), lo que obliga a huelgas cortas, pero amplias. Las segundas gustaban de ir a las huelgas "al humo", es decir sin socorros propios, fiando de la solidaridad precisamente.

60. Por ello podemos afirmar que la caracterización de "duros" que hace M. TUÑÓN (El movimiento..., p. 652) homologando a panaderos y metalúrgicos, frente a otros sindicatos de oficio "particularizados", responde a realidades bastante diferentes.

61. Candeal firmó un contrato de trabajo con el Sindicato de la Panadería (organización de los patronos panaderos) en 1913 con independencia de las peticiones de Francés o Viena, que se vieron abocados a la huelga a finales de ese año. En la huelga de marzo-abril de 1919 volvería a repetirse la historia, oponiéndose Candeal a que se firmaran acuerdos conjuntos, y convocando la huelga por su cuenta. Más información sobre el enfrentamiento Conrado García-Manuel Cordero en el capítulo sobre los panaderos. Lo mismo para las restantes organizaciones, de las que aquí sólo se hace un repaso previo.

62. La organización ferroviaria madrileña de la UGT rondaba los 4.000 afiliados cuando menos en 1914-16. A duras penas alcanzaba los 2.000 en 1922-23. La pérdida de control de buena parte de los obreros ferroviarios tras 1917 tiene su patética demostración en la huelga de marzo de 1920, a la que se opuso la Federación, por considerarla un "repugnante amasijo de Empresas y trabajadores" -su resultado inmediato fue un aumento de haberes sufragado, en forma de "anticipo reintegrable", por el Gobierno, como preludio de la subida de tarifas que se proyectaba entonces-, y muestra "no (...) de obreros honrados, sino de gentes que nunca sirvieron para nada", ES, "Cómo termina la farsa", 24-iii-1920. Sobre los ferroviarios planeaba desde 1917 el sambenito de "eternos traidores de la clase obrera", ES, "La farsa está hecha", 27-iii-1920. La oposición de la UGT a la "huelga bufa" no dió resultado alguno. No obstante la organización se revitalizó con los cambios internos y las huelgas parciales de 1921-22, aún sin llegar a las cotas de 1914-16.

63. Los albañiles pasan de unos 4.600 en 1916/17 a casi 15.000 en 1922/23; los peones de 800 en 1918/19 a unos 3.000 en 1922/23. Además podemos añadir el Sindicato católico de albañiles, creado en 1917, que en principio acusó el impacto de la creación de la FLE (de un millar de afiliados a sólo unos 300 entre 1919 y 1921), pero que se situaba en 1923 con unos nada despreciables 1.500 socios.

Más adelante hacemos referencia al papel jugado por la construcción en el cambio de modelo huelguístico (conflictos más amplios, que cambian el oficio por el tajo, como canal de transmisión, y más breves). Respecto a los peones, su sociedad era relativamente nueva (1905) y su desarrollo había sido constante pero muy progresivo hasta este momento, en que se dispara. No dejarán de crecer, a diferencia de los albañiles, hasta los años treinta. Cfr. los datos de S. JULIA, Madrid..., Cuadro 33, p.458. A las razones expuestas hay que añadir el explícito rechazo de las otras sociedades hacia lo que "no es oficio". El Sindicato Unico de la Construcción (de la CNT) se dirigía a ellos en 1936, recordándoles que "no se les tenía nunca en cuenta", "teniendo siempre que estar "sometidos" a lo que determinen los oficiales", Construcción, 28-ii-1936. Veremos este planteamiento del peón como "categoría" y no como "oficio" en el capítulo sobre la construcción.

64. Cfr. Cayetano REDONDO en "Triunfo de los patronos y sindical-comunista", ES, 17-ix-1921 o Wenceslao CARRILLO en "Definitivamente vergonzoso", ES, 21-ix-1921. Esta huelga, precisamente por la ausencia del metal, albañiles y peones terminó por ser obviada por las autoridades y considerada como "solucionada" (ES, 13-ix-1921). La Estadística del IRS ni siquiera la recoge entre las "conocidas". De hecho, aunque planteada como general, se solucionó por oficios.

65. Véase al respecto, y para los dependientes, la opinión de A. ELORZA en "Socialismo y agitación...", 1981, p. 260. También en Luis PORTELA, "El nacimiento y los primeros pasos del movimiento comunista en España", Estudios de Historia Social, 14, vii-ix-1980, pp. 191-217.

66. Cfr. la huelga que sigue en junio-julio de 1936 la entonces FLOM (Federación Local de Obreros en Madera) en paralelo a la de la construcción (juntos-pero-no-revueltos), que pretende ser en su planteamiento-nudo-desenlace una alternativa operativa a la de la FLE, en Francisco SANCHEZ PEREZ, "Conflictividad social en el Madrid del Frente Popular. La clase obrera en la antesala del 18 de julio", UCM, 1986 (memoria de licenciatura inédita), pp. 110-113.

67. La unificación de los dependientes fuera de la UGT en Gloria NIELFA, Los sectores..., p. 216. Lo de la falsa conciencia en ibid., p.223. Por otra parte dedica varias páginas a ilustrar la "falta de auténtica conciencia obrera" del dependiente, ilustrando ésta por las reiteradas quejas de la dirección ugetista (en El Dependiente Español) hacia sus comportamientos. Si bien es cierto que el recelo y la incomprensión hacia el trabajador de cuello duro era general en el ambiente de la Casa del Pueblo (donde se les llamaba "turistas", como recuerda Barea en La forja..., p.244), las tendencias muy radicales y "políticas" de los trabajadores de estos sectores parecen tener una raíz evidente en sus propias vivencias laborales. Todavía en los años treinta, un importante núcleo cenetista en Madrid era el de la hostelería, mientras el "joven encorbatado" de los seguros y oficinas era un importante soporte de un discurso político más allá del pablismo tradicional, como señala S. JULIA, Madrid..., pp.91-92. Sobre el carácter de su conflictividad, en aumento desde 1920, véase el capítulo sobre los obreros refractarios y problemáticos.

VIII. LAS HUELGAS DE 1914-1923. UN ANALISIS DE LAS CIFRAS

VIII.1. La cesura de 1919/20. Cambios en las magnitudes

Un análisis cuantitativo del peso de las huelgas en 1914-1923 puede resultar de utilidad para acercarnos a este tipo de conflictos, puesto que, y a diferencia de otros no menos importantes, las autoridades, de forma casi universal, se han preocupado de estudiar y reducir a guarismos y porcentajes tal fenómeno, siempre con el objetivo de canalizarlo, comprenderlo o simplemente suprimirlo. Y no solamente, como se ha dicho, por motivos de orden público, sino porque, a medida que se extendían, el punto de mira se centró sobre el daño económico que producían y si el Gobierno estaba o no en la obligación de atajarlas. En España, el Instituto de Reformas Sociales fue el encargado de recogerlas en series estadísticas desde 1904, siendo relevado en los años veinte por el Ministerio de Trabajo. La fiabilidad y riqueza de estas series dependían estrechamente del celo de las Juntas Locales -que en Madrid presidía el mismo alcalde- en recabar información, y en ellas se excluían determinado tipo de huelgas, excesivamente "políticas", como las generales (aún locales), ferroviarias (la de 1912 se estudió aparte), y en conjunto todos los plante de funcionarios públicos, una de las principales novedades del período, que no eran considerados conflictos laborales, sino rebeliones contra el Estado a las que se aplicaba el Código de Justicia Militar¹. En principio, sin embargo, estos datos se hacen eco del crecimiento del fenómeno en determinadas áreas o coyunturas, resultan indicativos de tendencias -aunque no son definitivos-, y en una ciudad como Madrid, donde era difícil que una huelga de importancia pasase desapercibida para los medios de comunicación, pueden resultar muy clarificadores de las coordenadas reales en que se movían los trabajadores.

En este sentido, resalta el alto nivel de información que las Estadísticas tienen de las huelgas acaecidas en Madrid entre 1914 y 1918. En este período el IRS sabe que han estallado 63 huelgas en la provincia -por diferentes medios- y obtiene datos completos de 58 de éstas, un 92 por ciento. Si nos centramos en los datos de la capital en sentido estricto, la conclusión aún es más halagüeña, de un total de 52, tiene datos completos de 50, un 96 por ciento!. Esta perfección no tiene

correspondencia a nivel nacional, donde es difícil que haya datos de más del 75 por ciento de las huelgas en cada año. La única objeción que puede hacerse es que el IRS no tenía noticia de todas las huelgas que acontecían en Madrid y que algunos conflictos se catalogaban como "motines" o "alborotos", y no como huelgas propiamente dichas, por sus características "arcaicas"².

El panorama se ennegrece entre 1919 y 1920. En 1919 el número de huelgas de las que se carece de datos es mayor que el de las que se tiene información completa, 34 (un 57 por ciento) frente a 26 en la provincia. En 1920 la proporción de huelgas sin datos es de un 41 por ciento; de un 31 por ciento en 1921. Sólo entre 1922 y 1923 las huelgas conocidas -y estudiadas además ahora en interesantes informes- retornan a porcentajes superiores al 85 por ciento del total. Algo ocurre en el bienio 1919-1920 que desborda completamente el sistema tradicional de recogida de datos del IRS, que no vuelve a recuperar cierto equilibrio hasta 1922-23, precisamente cuando esta institución entra en decadencia, terminando por ser sustituida por el Consejo de Trabajo con la Dictadura³.

Un simple dato numérico aclara parte de este cambio. Entre 1914 y 1918 la media anual de huelgas datadas en la provincia de Madrid era de doce al año aproximadamente. En el quinquenio 1919-1923 se sitúa en 32, más del doble. Este proceso se acentúa aún más si utilizamos el total de huelgas como elemento comparativo: una media de trece huelgas al año en el primer quinquenio, pero ¡de 48 en el segundo!, es decir, más del triple. Tal cambio no parece progresivo, en cuanto a las cifras se refiere. El número de huelgas anual en Madrid se mantiene estable entre 1914 y 1918, sin ningún tipo de crecimiento, aún lento o progresivo, hasta el estallido de 1919. En este año se alcanza el máximo de huelgas registrado (60) de todo el período a nivel provincia -en la ciudad, 1919 y 1920 comparten los honores con 50 huelgas, cifra que casi equivale a todas las realizadas en 1914-1918 en la capital-. Cercanos a esta cifra se hallan 1920 y 1921 (54 y 52), para luego descender en 1922-23, aunque ya sin volver a los bajos niveles anteriores: las doce o trece huelgas por año se han transformado en 30 ó 40. La cifra de huelgas datadas es mucho más equívoca. Según ésta, los años cumbre serían 1921 y 1923 con 36 huelgas, quedando 1919 como el año de menos conflictos de todo

el quinquenio 1919-1923. Lo cierto es que 1919 resalta poderosamente como un año de ruptura también a otros niveles.

Si usamos el baremo del número de huelguistas la conclusión se acentúa. Algo más de 15.000 obreros se ponen en huelga -bastantes, por supuesto, lo hacen varias veces- entre 1914 y 1918. Cuatro veces esa cifra -basada sólo, como sabemos, en el 43 por ciento de las huelgas totales- lo hacen en tan sólo un año, 1919. Se trata del año de mayor número de huelguistas del período, seguido por 1920. En este caso, 1918 sí marca un prelude, aunque pálido, de lo que se avecina, con más de 5.000 huelguistas, por encima de los cuatro años anteriores -o de 1910 y 1913, con algo más de 1.000 y 2.500 obreros en huelga respectivamente. Tras la cúspide 1919-1920, la cifra disminuye considerablemente, aunque ya no se sitúa en los niveles anteriores al final de la Guerra Mundial. 1919 y 1920, según la tipología de Tilly y Shorter, serían años de "oleada de huelgas". Esto es así si seguimos su definición de tal fenómeno: "una 'oleada de huelgas' se produce cuando el número de huelgas y el número de huelguistas en un año dado es superior en más de un 50 por 100 a las medias de los cinco años anteriores". Ambos años cumplen tales requisitos, no así 1921, que sí lo es por número de huelgas, pero no por número de huelguistas⁴.

Otros aspectos, de más difícil medición, como la unanimidad, avalan esta diferenciación. Aunque se ha señalado que la distinción que hacía el IRS entre obreros ocupados y obreros huelguistas era en muchos casos artificial -el IRS llegaba a contabilizar los obreros obligados a ir a la huelga-, puede ser útil para medir el grado de entusiasmo que generaban estas huelgas. La unanimidad en el período estudiado comenzó superando el 95 por ciento en 1914/15, para descender significativamente entre 1916 y 1918 por debajo del 80%. Parece que con los problemas de la guerra, la atonía sindical y luego la represión tras agosto de 1917 no fue fácil aunar a los trabajadores. Sin embargo, y una vez más, en 1919 se consigue una unanimidad de casi el ciento por ciento, que desciende en los años siguientes, aunque ya no bajará del 75 por ciento en ningún caso. Tal renacimiento de la unanimidad huelguística en 1919 sospecho sin embargo no se debe a la aquilatada experiencia y disciplina añeja

de las sociedades de la Casa del Pueblo -que era la que marcaba las huelgas de 1914- sino a una movilización entusiástica de signo un tanto diferente⁵.

Si tratamos de acercarnos a una fisonomía más particularizada de las huelgas a través de estos datos, podemos recurrir a las medias anuales o por períodos, en las magnitudes básicas de amplitud, duración e intensidad -o virulencia, puesto que mide el coste de las huelgas en jornadas, de modo que cuanto más larga y amplia más grave es-. Sin embargo tales magnitudes son profundamente engañosas, como todas las medias aritméticas, y deben utilizarse con sumo cuidado. Según éstas, el año de huelgas más largas es el de 1917, con una duración media ¡de 78 días!. Con sólo excluir una, la de marmolistas, que supone más de 200 días de paro hasta su conclusión, resultaría una duración media de doce días, mucho más ajustada a la realidad. Es sabido a este respecto las distorsiones que puede provocar no ya una huelga interminable como ésta, sino una sola huelga de 10.000 ó 20.000 trabajadores en un mar de conflictos minúsculos. De este modo, si aceptáramos sin más tales datos, obtendríamos que la huelga representativa del Madrid de 1914-1923 ronda los 600 individuos, dura unos quince días y tiene un coste de unas 10.000 jornadas. Estos datos además son provinciales, y no excluyen las huelgas agrarias o mineras, que suelen sobrepasar con más facilidad el centenar de trabajadores⁶.

En realidad podemos utilizar estos datos, pero como punto de referencia aclaratorio de otros mucho más útiles metodológicamente a mi entender cuando nos acercamos a este fenómeno, al menos a la escala relativamente reducida y homogénea -dentro de lo que cabe- que nos proporciona una década muy precisa de la historia de una ciudad como Madrid. Me estoy refiriendo al peso real de las grandes y de las pequeñas huelgas, tanto en dimensiones como en duración, en la caracterización del conflicto urbano madrileño. Es decir, ver si realmente eran mayoría esas abstractas huelgas-tipo de casi 600 trabajadores que nos ofrecen las medias aritméticas, o cualquier otro medio estadístico propenso a la desaparición de los matices. Lo que podría resultar difícilmente comparable o mensurable en un período muy largo de tiempo o en una nación entera -lo que al textil catalán le

parece breve puede ser eterno para un jornalero andaluz; una huelga normal de los años treinta resultaría mastodónica en los inicios de la Restauración- lo considero factible y muy útil a esta escala. El resultado puede verse en el Cuadro 28⁷.

Hemos considerado como huelgas pequeñas, es decir que convocan a pocos trabajadores, aquellas que no alcanzan el medio centenar de huelguistas. Aplicar una escala menor nos señalaría el porcentaje de huelgas diminutas y de peso minúsculo, y no sería representativa. Las huelgas grandes serían las de más de 200 huelguistas. En puridad, una gran huelga, merecedora de tal título y estudio a escala internacional, debería de rebasar al menos el millar de huelguistas. Pero si tenemos en cuenta que tales huelgas son rara avis en el panorama madrileño -fuera de la oleada 1919-1920 nunca se dan más de dos en un mismo año- y que las generales políticas nunca se recogen, tal escala nos subrayaría las poquísimas huelgas de importancia de la ciudad, y para tan original conclusión no merecería la pena ni siquiera molestarse en aplicarla. Como huelga corta consideramos las que duran cinco días o menos, es decir, menos de una semana de trabajo, algo que en principio debería resultar excepcional en una huelga desatada como-última-arma-contra-el-patrono-intolerante y bien organizada y parapetada tras cajas de resistencia, módulos de comportamiento en los que se movía la UGT, como sabemos. No eran tan raras, sin embargo, a escala nacional, puesto que siempre formaban la categoría más abundante cuando el IRS dividía los conflictos por su duración. Por último, consideramos largas las huelgas de más de 50 días, es decir de unos dos meses laborales. Lo que para el Madrid actual sería una huelga excepcional, no lo era tanto para un mundo social que desconocía el convenio colectivo. Tampoco se trata de huelgas desmesuradas para la época, categoría que el IRS reservaba para las de más de 100 días -y categoría que nace significativamente en 1920-⁸.

Este tipo de datos desmienten las medias y particularizan los años de una forma más individualizada e interesante. Aún así, se destaca la homogeneidad ya señalada del período 1914-1918, con una serie de peculiaridades de este último año que merece la pena destacar. El panorama que se nos ofrece entre 1914 y 1917 delata que las huelgas en Madrid eran pequeñas, sin paliativos. Más de

la mitad no alcanzaban los 50 trabajadores. Podría aducirse que la causa era la atonía sindical que la UGT vive en los primeros compases de la guerra y la apatía generalizada de los trabajadores de la ciudad a la hora de movilizarse. Sin embargo, en 1913, sin guerra, crisis de subsistencias o de trabajo, 13 de las 19 huelgas consignadas también son pequeñas. En el mismo sentido, las huelgas grandes no alcanzan la cuarta parte, destacando el páuperrimo 9% de 1917, sin duda debido al reflujo activista sindical inmediatamente posterior a agosto, pero también a las indudables presiones ambientales en el seno de la UGT en el sentido de impedir movimientos de peso antes de la huelga general que se preparaba. Tal estrategia se mostró inviable a nivel nacional, pero era posible en la capital.

Las huelgas no eran breves. Cuando se declaraban, rebasaban con facilidad la semana y aún los quince días. Mucho más frecuentes que las huelgas cortas lo eran proporcionalmente las que se prolongaban en el tiempo más allá de los dos meses. En 1916 llegan a pasar de la tercera parte del total. Aunque la prolongación de las huelgas se ha explicado muchas veces de forma reduccionista como resultado de una fuerte resistencia u obstinación patronal, lo realmente decisivo en Madrid es la existencia de fuertes tradiciones corporativas y sólidas organizaciones capaces de afrontar la prueba de la resistencia económica que toda huelga larga supone. Esto como sabemos era un punto decisivo de los esquemas ugetistas, y es un rasgo característico de las organizaciones de artesanos supervivientes a la industrialización o amenazados por ésta en su identidad como oficios. Parece confirmarse por tanto que el "conflicto industrial" madrileño se circunscribía a pequeños sectores muy organizados, que maduraban mucho la idea antes de lanzarse a la huelga y que cuando lo hacían eran capaces de resistir bastante tiempo relativamente⁹.

Aunque esta última tendencia continúa inalterable en 1918, tiene este año bastantes peculiaridades para que nos detengamos un momento en él. Ya al hablar del aumento notable del número de huelguistas le destacábamos como un posible año-puente hacia la oleada 1919-1920. Así es representado clásicamente en la historiografía. Se trataría de un cambio de tendencia decisivo que

abriría el célebre "trienio bolchevique". Ya vemos sin embargo que el bajo número de huelgas que se dan este año permite matizar tal afirmación para Madrid. Si atendemos a la magnitud y duración de éstas se explicarán mejor estas aparentes paradojas. 1918 es un precedente de la oleada que se avecina fundamentalmente a nivel de magnitud de sus huelgas. Casi la mitad de las declaradas rebasaron los 200 obreros implicados. Esto explica el aumento de huelguistas del año. La huelga pequeña o diminuta, tan frecuente en estos años de guerra, se reduce a muestras testimoniales: sólo una convocó a menos de 50 huelguistas. Ahora bien, estas proporciones tan ridículas no se repiten en 1919. Por otra parte, la duración de las huelgas de 1918 desmiente que sea tal año-puente. Las huelgas cortas no es que sean escasísimas, como ocurría en los años precedentes, sino que desaparecen. Ni un solo paro voluntario se convoca para menos de diez días de duración. En 1919 el 50% de las huelgas -al menos de las que conocemos- no supera los cinco días. Por lo tanto el panorama parece muy distinto de un año a otro¹⁰.

En principio, 1918 parece un año de intensificación máxima de la tradicional táctica ugetista. Toda huelga espontánea o testimonial queda arrumbada, todas las que se convocan tienen el horizonte de una resistencia razonable presupuesta y probablemente prevista. Pero, a diferencia de años anteriores, cada huelga busca un arropamiento obrero mayor, para no dispersar inútilmente las iniciativas con pocas probabilidades de éxito, de ahí las escasísimas huelgas pequeñas "de taller". Parece bastante probable que este ambiente, que llamaremos precavido, provenga de la resaca de la huelga de agosto y sus consecuencias, y no podemos por tanto hablar de una ruptura del modelo previo. En cualquier caso, esta preferencia por las huelgas de grandes dimensiones será continuada y aumentada en el bienio siguiente, aunque sobre un sustrato de sarpullido huelguístico muy diferente. Por lo tanto el carácter de "año-tregua" de 1918 que vemos en el tema de la protesta de las subsistencias tiene su correspondencia laboral.

En 1919 y 1920 hablabamos de la existencia de una oleada huelguística por el incremento en flecha del número de huelgas y huelguistas. Estos años son más delicados de analizar puesto que de una

parte importante de las huelgas conocidas carecemos de datos. Aún así, las tendencias que se esbozan son tan marcadas que debería haber un giro total en las características de las huelgas desconocidas para un cambio sustancial en mis datos. Teniendo esto en cuenta, 1919 revoluciona el panorama huelguístico de la ciudad. No sólo hay más huelgas, sino que son más grandes (un 48% pasa de 200 obreros y un tercio de un millar) y mucho más cortas (la mitad de las conocidas como ya veíamos). Esta configuración huelguística es directamente opuesta a la seguida en otros años, no sólo en volumen sino en forma e intencionalidad. Tenemos derecho a suponer que el conflicto se extiende a sectores menos organizados o más recientemente, que o bien no tienen tanta cautela o bien hacen un tipo de peticiones fácilmente aceptables, negociables o políticas, como las ocho horas. Las huelgas que concentran pocos trabajadores son minoría -un tercio-, con lo que podemos hablar sin tapujos de una franca tendencia a generalizar la huelga más allá del taller o incluso del oficio.

La oleada continúa en 1920. Las huelgas aún son más grandes: cerca del 60% pasa de los 200 trabajadores. Pero este año tiene sus señas de identidad propias. Los conflictos se alargan. La huelga de escasa duración se reduce a expresiones simbólicas. Podemos percibir un endurecimiento en el desarrollo de los paros, quizá un atisbo de ofensiva patronal. Tras la tormenta de 1919/20 se perciben dos tendencias importantes: por un lado, un marcado proceso de retorno a los puntos de partida de la actividad huelguista, por otro la existencia de fuertes resistencias para que esto suceda y la permanencia de diferencias significativas con el período 1913-1918.

Entre 1921 y 1923 aparentemente las aguas vuelven a su cauce. Las huelgas pequeñas recuperan su importancia progresivamente: un 37% en 1921, un 46% en 1922, un 68% en 1923. Muy al contrario les ocurre a las de grandes dimensiones, que ya en 1923 sólo alcanzan el 10%. Sin embargo, las huelgas siguen siendo mucho más numerosas que antaño. También su duración se resiste a recobrar su pulso original. Las huelgas largas alcanzan su peso mínimo en 1921 (un 6%), y van aumentando pero de una forma lentísima: un 9% en 1922, un 13% en 1923. Muy lejos, como se ve, del cerca del tercio en que se situaban a mediados de la década anterior. Las huelgas breves, que

nunca alcanzaron un quinto del total en los años que precedieron a la oleada 1919-1920, no bajan del 25% en el último trienio antes del golpe de Estado. Es posible que ya no fuesen necesarias tan extremadas precauciones ni tantas reservas económicas como siempre se había sostenido para convocar huelgas.

VIII.2. Cambios en los resultados

Como bien sabemos, uno de los puntos fundamentales en que se basaban los axiomas ugetistas en el campo de las huelgas consistía en asegurar que el seguimiento de sus tácticas llevaba al triunfo, no a uno remoto o inescrutable, sino al muy concreto de las peticiones materiales que se realizaban. La solución de las huelgas era un punto recogido en las Estadísticas del IRS, que las clasificaban en "ganadas", "perdidas" y "ganadas parcialmente". En este último grupo se incluían aquellas huelgas en las que los trabajadores conseguían parte de las peticiones, pero no todas. Este concepto se sustituyó por el de transacción, término muy significativo y muy significativamente tardío, puesto que se impone definitivamente en la Estadística de 1920 (publicada en 1922). Con él se englobaba a aquellas en que ninguna de las partes se imponía a la otra y fueron resueltas por pacto o convenio entre ambas¹¹.

Es bastante polémico y dificultoso asignar un carácter más definido a este grupo. El argumento de que cualquier ganancia, por ridícula o mezquina que pueda parecer, ya sirve para justificar una huelga y para afirmar que ya ha habido un éxito parcial de los obreros, presupone que el principal objetivo de estos conflictos sociales, por grandes y aparatosos que fuesen estos, era arañar concesiones a los patronos, por pequeñas que éstas fuesen. Llevado al último extremo, toda huelga es exitosa si consigue obligar a los patronos a reconocer a los obreros organizados con los que debe dialogar, y en la cosmovisión anarquista toda huelga es exitosa por el solo hecho de haberse realizado. Ahora bien, en vez de despreciar este sector o convertirlo en un apéndice "realista" del resto de las huelgas ganadas -puesto que es casi imposible que los obreros consigan un éxito total en sus peticiones, estratégicamente presentadas "al alza"- yo me inclino por considerar la transacción como una

categoría histórica, es decir un concepto que recoge la mediación y el diálogo más o menos estereotipado como medio de solución de este tipo de conflictos. La plasmación práctica sería el compromiso, pacto o convenio que ambas partes prometen respetar durante determinado período de tiempo. Es precisamente en este período, como vamos a ver, cuando la "transacción" comienza a adquirir un peso relativamente importante en el ámbito de las relaciones laborales en Madrid, aunque su triunfo definitivo no llegará hasta que sea institucionalizada y encauzada, y por tanto respaldada por el poder político, a través de distintos organismos mixtos: comisiones paritarias con la dictadura primero, jurados mixtos con la democracia después¹².

Si aceptamos los datos del IRS, la clásica táctica de la UGT madrileña no garantizaba el éxito de las huelgas ni mucho menos, en el sentido literal del término. Las huelgas perdidas alcanzaron la mitad de las que se convocaron entre 1914-1918. Sólo en años excepcionales (1913 ó 1916), las ganadas alcanzaban el 50%. En cualquier caso, sí parece que las huelgas eran pulsos entre obreros y patronos, realizados cuando no había otro tipo de solución para un conflicto latente, y resistidos hasta que una de las dos partes se daba por vencida. Las resueltas por transacción, es decir sin vencedores ni vencidos, siempre eran minoritarias, no superando un tercio del total en ningún año entre 1913 y 1918. Por lo tanto, una vez se declaraban las huelgas, no era la "mediación" el procedimiento más común para terminarlas. De ello se infiere que la táctica de la UGT puede que fuese buena para evitar los conflictos, pero a la hora de solucionarlos no conseguía tantos éxitos como ella misma proclamaba. Esto, en lo que parece un círculo vicioso, probablemente aumentaba los recelos de los dirigentes sindicales en el momento de plantearse convocar nuevas huelgas.

Como hemos visto para otros aspectos, 1919 marca un cambio radical en la orientación de la solución de los conflictos. Las huelgas ganadas superan el 60%. Pero esta euforia huelguística ya tuvo porcentajes similares en otros años exitosos (p. ej., en 1913, se alcanzó el 58%). De hecho, en los años siguientes, las huelgas ganadas no superan el 25%. Lo auténticamente rupturista es que la "transacción" supera por vez primera el número de huelgas perdidas, y entre 1920 y 1922 se

convierte en el medio más utilizado para concluir las huelgas. Sólo en 1923 el porcentaje de huelgas perdidas vuelve a colocarse a la cabeza (un 48%). En cualquier caso, entre 1914 y 1918 las huelgas solucionadas por transacción se situaron en el 20%; si añadimos las huelgas ganadas serían la mitad. Entre 1919 y 1923 la "transacción" ocupa el 46%; con las ganadas obtenemos un 74%. Las huelgas totalmente perdidas se redujeron ¡a la mitad!.

Puedo afirmar por tanto que la mayor resistencia -y organización- patronal de que se ha hablado en estos años y la aparente intensificación de la lucha de clases, producto de la posguerra y la "marea revolucionaria" tras octubre rojo, no sólo no impidió los acuerdos entre obreros y patronos, sino que los intensificó. Parece que la huelga en Madrid había pasado de ser un último recurso contra "el patrono intolerante", que solía perderse con suma facilidad cuando no estaba bien planteada y/u organizada, a ser el inevitable prólogo de una negociación en la que se conseguían mejoras o acuerdos beneficiosos para los trabajadores, cuando no el reconocimiento de organizaciones de creación muy reciente. Por tanto, y a primera vista, la oleada huelguística de 1919-1920 implantó en Madrid, o al menos extendió hasta extremos insospechados, los acuerdos entre obreros y patronos, con teóricas ventajas para las dos partes.

Resulta tentador relacionar este giro en la solución de las huelgas con otros parámetros ya reseñados y que cambian con igual intensidad como vimos, como la magnitud y la duración. Sabemos que, al menos hasta 1917, las huelgas pequeñas son mayoritarias y forman el grueso de los conflictos laborales en Madrid. Sabemos que esto se debe a la débil concentración industrial de la ciudad y al sistema de asociación por oficios que la UGT preservaba en su estructura, y que alimentaba la atomización organizativa y por tanto huelguística. También sabemos que estas huelgas eran moderadamente largas, raramente de menos de una semana, porque se intentaban plantear sólo en última instancia, solían estar bien organizadas y eran pulsos obreros-patrono, con el triunfo o la derrota (sin transacción) como horizonte último más probable. Ahora bien, no sabemos si estas huelgas largas y pequeñas marcaban el signo de la solución de los conflictos. En el Cuadro 32 he

intentado relacionar estas variables¹³.

Ahí puede verse con nitidez que esta relación es muy estrecha. Más de un 60% de las huelgas pequeñas convocadas en Madrid en el quinquenio 1914-18 terminaron en fracaso para los huelguistas. A casi un 70% de las de más de 50 días les ocurrió lo mismo. Por otra parte, es casi un axioma afirmar que toda huelga que se alarga y suscita poco apoyo aumenta sus probabilidades de perderse. Aún en el período 1919-23 un 47% de huelgas largas se perdieron, así como un respetable 30% de las pequeñas. Pero lo auténticamente importante es que el modelo huelguístico del primer quinquenio se basaba precisamente en huelgas que mayoritariamente se perdían. Si nuestra hipótesis es correcta y este modelo continúa el del "conflicto industrial" madrileño de principios de siglo, y se mantiene con escasas variaciones al menos hasta 1919, se explica bastante bien el auténtico carácter del recelo, cuando no del miedo, a la huelga, que impregna el discurso ugetista -o pablista-. No sólo se derivaba de un a priori ideológico o de una herencia del pasado, sino de las dimensiones reales del conflicto social de la ciudad que podía catalogarse como "de clase" -es decir, la huelga organizada, y que era alimentado a su vez por las propias prácticas piamontinas-.

Muy al contrario, de las huelgas breves entre 1914 y 1918, ninguna se perdió. Sin embargo, como sabemos, este tipo de huelgas no alcanzaba un 10% del total. En este caso deberíamos afirmar que en este período no se planteaban tales huelgas como breves, sino que una solución favorable muy temprana es la que evitaba que la huelga se alargase. El factor tiempo en este quinquenio está fuertemente supeditado a los resultados finales. Si la huelga no se solucionaba favorablemente para los obreros se resistía un tiempo prudencial. Pasado éste (35/40 días), la derrota era casi segura. No ocurre lo mismo entre 1919-1923. El resultado de las huelgas cortas -que son mucho más numerosas, casi un tercio- sigue siendo muy favorable, pero hay un indicativo 26% que se pierden, algo inaudito en el período anterior. Esto supone que hay un significativo grupo de huelguistas que o bien están poco o nada organizados, o bien mantienen sociedades muy recientes y poco preparadas para la resistencia económica. Es más, puede sugerirse que son obreros con escaso barniz ugetista o incluso

refractarios a la táctica de la Unión, o simplemente propugnan una protesta laboral simbólica, difícilmente prolongable en un pulso al estilo de los supervivientes oficios artesanales. En cualquier caso, es otra importante novedad, que de momento reseñamos.

En cuanto a la magnitud, las huelgas grandes se ganaban mejor que las pequeñas, pero entre 1914 y 1918 se perdieron tantas huelgas de más de 200 obreros como se ganaron (un 36%). Cabría ver si el aumento de las dimensiones de las huelgas facilitó el triunfo a los obreros. En parte es así. Sólo un 16% de las grandes huelgas se perdieron en el segundo quinquenio, aunque la auténtica triunfadora fue la huelga solucionada por acuerdo o transacción. Entre las huelgas pequeñas es también la categoría dominante, pero la proporción entre huelgas ganadas, perdidas y pactadas es realmente de un tercio para cada una. Sin embargo, entre las huelgas de más de 200 trabajadores su presencia es abrumadora: casi el 60% de estas huelgas en 1919-23 se solucionaron por este sistema. Sólo un 27% entre 1914 y 1918. Es más, el 40% de todas las huelgas solucionadas por transacción, no ya en el segundo quinquenio, sino en todo el período estudiado, rebasaba los 200 huelguistas. Por lo tanto, puedo asegurar que el auge de tal sistema, que hemos observado en el quinquenio final, se debe fundamentalmente al aumento de dimensiones de las huelgas, y más concretamente a la generalización de las grandes huelgas, hasta entonces excepcionales, en el panorama de la ciudad. Por lo tanto, más que la ruptura del diálogo y el estallido de una lucha de clase contra clase sin cuartel, la oleada huelguística de 1919-1920 abre un cauce de diálogo nuevo entre obreros y patronos e implanta la huelga como medio normalizado, casi diríamos que imprescindible, para llegar a un acuerdo aceptado -al menos en principio- por las dos partes. Es cierto que falta la sanción institucional y sobra el proceso previo de confrontación. Por medios dictatoriales primero y democráticos después -y con inspiraciones diferentes- se intentarán conseguir ambas cosas en un futuro¹⁴.

VIII.3. Cambios en los sectores industriales

Nos queda por ver si un acercamiento a las huelgas por sectores industriales confirma este cambio tanto cualitativo como cuantitativo que se desarrolla en nuestro período de estudio, señala asimismo

la importancia de 1919 como divisoria y puede arrojar alguna luz sobre las conclusiones anteriores. En la división sectorial que se hace en el Cuadro 33, pueden verse las huelgas por industrias en Madrid provincia. Para su confección me he atendido en lo posible a los criterios que el propio IRS aplicaba, rectificando sólo las flagrantes contradicciones o crasos errores que de vez en cuando se deslizaban. En este sentido resultan categorías quizá excesivamente divididas, cuando varias de ellas (madera y mobiliario, construcción y cerámica, hierro y metalurgia, vestido y textil) podrían ser refundidas¹⁵.

Dos de estos sectores, el agrícola y el minero, corresponden al ámbito de la provincia en exclusiva, y por tanto quedan fuera de nuestro estudio. En cualquier caso, suelen ser huelgas grandes, en comparación con las características en Madrid. En cuanto a las agrarias, habituales todos los años hasta 1919, tras alcanzar su cénit en este año, desaparecen completamente, no ya de los listados de huelgas datadas, sino de las simplemente conocidas. Parece que la movilización rural en Madrid fue truncada tras la represión del "trienio bolchevique" y no rebrotó hasta los años treinta. Fuera de Madrid, las industrias de mayor movilización son las cerámicas (obreros yeseros y cortadores de ladrillo en Vallecas y Villaverde), algunas fábricas de productos químicos, situadas en la periferia de la ciudad (Carabanchel Bajo y Vallecas) por su carácter de establecimientos peligrosos, y algunas artesanías locales. Esta movilización extraurbana de un carácter más "industrial" se inicia en 1917, pero no será más que a partir de 1919 cuando empieza a tener un valor algo más que testimonial.

Por lo demás, destacan poderosamente los sectores industriales sustentantes de las principales organizaciones de la Casa del Pueblo: la construcción (con la cerámica, un 20% de las huelgas), la imprenta (un 14%), varias (sobre todo sector servicios, un 12%), transporte (9%), confección y textil (8%), alimentación (7%), metalurgia y hierro (7%) y madera y mobiliario (5%). Es evidente por tanto la estrecha relación entre asociaciones sindicales y actividad huelguista. Esta relación no es mecánica sin embargo. Si bien el sector de la construcción es el que promueve más huelgas en números absolutos, de acuerdo con su peso específico consabido, destaca sobremanera el sector de

la imprenta que, en términos relativos y en comparación con su peso numérico, es el más activo. Es sabido el papel pionero y rector de los tipógrafos entre las organizaciones madrileñas. En sentido contrario, llama la atención la elevada movilización de sectores como "varias", que concentra las huelgas de la dependencia, banca y trabajadores "de cuello duro" en general, y de los trabajadores de la confección. Como advertíamos en otro lugar, son sectores de menor apego, o más reciente, a la Casa del Pueblo, y en concreto a la UGT, y a la altura de 1914 su nivel de organización dejaba mucho que desear. Su peso huelguístico es mucho mayor que su influencia en la táctica de la UGT. Más normal es el peso del transporte (sin las huelgas ferroviarias), la madera o el metal.

Resulta significativo, sin embargo, comparar el número de las huelgas realmente conocidas con el de las que se conservan con datos completos. Hay algunas huelgas cuyo tratamiento estadístico ronda o supera el 80%, como la imprenta, metalurgia, el trabajo del hierro y del vidrio, la cerámica y el arte del mueble. Otro grupo está datado entre el 60 y el 70%: la construcción, el apartado de "varias", el transporte, el vestido y la alimentación. Más abajo (50% o menos) encontramos la madera y los obreros del papel y el cartón. El 88% de huelgas con datos que arrojan los obreros de la imprenta (en un voluminoso total de 34 conflictos) no parece casual ni anecdótico. Como gran parte de las informaciones estadísticas del IRS dependían del grado de colaboración y diligencia de las sociedades obreras a la hora de informar sobre las huelgas que habían sostenido, podemos colegir que las organizaciones del primer grupo se prestaban más a colaborar, o alternatively eran sectores más homogéneos y en ellos la organización societaria estaba siempre presente y/o era ancestral, o bien sus organizaciones estaban simplemente más impregnadas de las doctrinas ugetistas. En esta línea interpretativa, la existencia en los otros grupos de trabajadores menos cualificados, de proletarización más reciente o simplemente más refractarios a los métodos del Arte podrían explicar estos datos. Ejemplos de lo que afirmo son los componentes del último grupo: los de la madera, identificables en principio con un artesanado ancestral, se radicalizan a lo largo del período y terminan fuera de y frente a la UGT. De otro signo son las organizaciones de los obreros y obreras del papel y el cartón: las sobreras, traperas y fabricantes de cajas de cartón, sociedades volátiles de trabajadores

poco cualificados y "conscientes"¹⁶.

En cualquier caso, el peso de la construcción es abrumador si examinamos los datos de huelguistas. Casi un 40% del total de los obreros que se ponen en huelga en Madrid entre 1914 y 1918 pertenecen a este sector, delimitado estrictamente. Esta heterogénea industria, aunque siempre activa durante el período, no se coloca a la cabeza del movimiento huelguístico en puridad hasta que la guerra termina, en 1919, en un contexto de aparente marasmo en el ritmo de edificaciones. Antes de esa fecha, sacudida por una huelga casi general, sólo en el ámbito de la cerámica (los tejeros) y con las inacabables huelgas de marmolistas habían acontecido movimientos de importancia.

Por su virulencia -aglutinan una cuarta parte de las jornadas perdidas- destacan las huelgas de los obreros del metal. En relación al número de huelguistas que convocaban y al tiempo que duraban eran las más duras, económicamente hablando. También participan activamente de la oleada 1919-1920, llegando a su cénit en la prácticamente general de 1920. Es destacable asimismo el peso de los huelguistas de la alimentación, que alcanzan su paroxismo en 1920, con el trasfondo de la huelga de la fábrica de galletas "La Fortuna". Muy al contrario es muy reseñable el ridículo aporte humano de las abundantes huelgas de tipógrafos e impresores.

Merece la pena señalar sin embargo que todos los sectores se ven muy afectados por la divisoria de 1919, pero los sectores menos tradicionales mucho más. Las huelgas en químicas, la rama de electricidad, tabaco (huelgas y no motines), y papel/cartón son muy raras antes de esa fecha. En el caso de los transportes las huelgas se triplican en número tras 1919. Los dependientes y white-collar comienzan su movilización precisamente en esa fecha, primero sin registro estadístico aparente, pero tras 1920, y dentro del apartado "Varias", de forma abrumadora. A diferencia de cualquier otro sector, en 1923 seguían manteniendo un nivel de conflictividad muy alto, con casi un tercio de las huelgas conocidas de ese año y ¡más de la mitad de los huelguistas!. Por el contrario, las organizaciones más ancestrales de la Casa del Pueblo, las emanadas de las tácticas y el propio seno

del "grano de mostaza", es decir las de los artesanos de la imprenta, fueron las menos afectadas por la oleada de 1919. Aunque ese año convocaron la segunda huelga general de su historia desde 1882, el 40% de las huelgas por ellos organizadas lo fueron antes de 1919. Por tanto se sigue confirmando el antes y después de 1919 a nivel sectorial. No sólo aumentan las huelgas y sus dimensiones sino que aumentan los sectores afectados. La huelga como manifestación de reivindicación o protesta se extiende a capas obreras tradicionalmente poco o nada organizadas e incluso a trabajadores "alérgicos" al obrerismo (bancarios, funcionarios).

Si tratamos de acercarnos a la fisonomía por industrias de estas huelgas podemos cotejar las duraciones y amplitudes medias con otros datos más concretos para Madrid capital¹⁷. La huelga pequeña, de menos de 50 huelguistas, sabemos que era la categoría principal en el panorama de la ciudad antes de 1918. Entre los sectores donde este tipo de huelga no sólo era mayoritario sino que podía llegar a ser el único posible, nos encontramos a los orífices del libro (80%), el mobiliario (71%) y el cuero (71%), amén de otras artes ancestrales como el vidrio o la ornamentación. De las dimensiones del pequeño taller o local (y del destajo a domicilio) también podían responder los obreros de la confección (más de un 50%), aunque junto a sombrereros y zapateros, ya hay un apreciable sector dispuesto a las grandes huelgas (las modistas y las sastras de lo militar). Llama también poderosamente la atención el alto porcentaje de huelgas pequeñas en el ámbito del transporte. Excluidos los ferroviarios por la estadística, es una manifestación de las dificultades de la UGT para aunar movimientos serios en el ámbito del transporte mecánico urbano, tras su fracaso con los tranviarios y con los nuevos chauffeurs (que no cocheros) en alza.

Porcentajes más apreciables de grandes huelgas tienen sectores más recientes como el químico o eléctrico, o más proletarizado como el del papel/cartón/caucho, más acomodados al trabajo en serie en grandes almacenes. Las grandes huelgas tabaqueras se explican por el espacio físico en sí mismo (la gran Real Fábrica). Es destacable también el de los metalúrgicos (sobre un tercio de sus huelgas superan los 200 trabajadores), que no se debe por supuesto a la existencia de grandes plantas

industriales en huelga, sino a una refundación organizativa del sector (el sindicato metalúrgico "El Baluarte") que aúna y homogeneiza viejos oficios cuasiartesanales (el de cerrajería p. ej.), probablemente con carácter defensivo.

Las huelgas del terciario (o "Varias"), parecen moverse entre dos polos. O bien son litigios cuasifamiliares entre un tendero y sus dependientes (o entre un "maestro" peluquero y sus "oficiales", o entre el dueño de una cafetería y sus camareros), que ostentan el nombre de huelga de una forma casi vergonzante, o bien son auténticas huelgas generales de bancarios, dependientes de tiendas o peluqueros, única manera de protesta plausible para trabajadores prácticamente feudatarios como eran estos. Intimamente unidas a estas huelgas eran las de los prácticos o auxiliares de farmacia -que el IRS clasificaba como "Químicas" no sin faltarle razón técnicamente hablando- y parte de las agrupadas en alimentación, concretamente las de hostelería.

Es precisamente en el sector de la alimentación, junto a la construcción, donde las huelgas eran habitualmente más grandes. Las de más de 200 trabajadores formaban la categoría predominante. El primero se basaba sobre todo en los panaderos y otros artesanos de la harina, tradicionales y muy organizados, pero se veía afectado por transformaciones tecnológicas y nuevos métodos de producción (por ejemplo la fabricación de galletas en serie) que podían resultar amenazantes para su control del mercado de trabajo. Esto explica la unanimidad, amplitud y virulencia de sus huelgas, puesto que la concentración de mano de obra apenas había comenzado en el sector: los panaderos, que eran los más combativos, se repartían en las más de 250 tahonas que había en Madrid en 1920 -sin contar los más de 1.000 establecimientos de panadería¹⁸.

En cuanto a la construcción y a los cerámicos (en realidad, y si se me permite la redundancia, constructores de materiales de construcción, léase yeso, tejas y ladrillos fundamentalmente) aunque pudiese parecer lógico que abundasen las grandes huelgas, esto hay que matizarlo. Los oficios tradicionales (tejeros, marmolistas, embaldosadores, mosaístas, albañiles), que son los que

protagonizan las huelgas de antes de 1919, ven como a partir de esta fecha comienza a haber huelgas generales de tajo, es decir huelgas que afectan a las obras de grandes dimensiones, y que afectan a todos los oficios que de ella viven, sean de la construcción o no (operarios del Metro, obreros de ascensores, trabajadores de la madera) y que trascienden las limitaciones tradicionales entre oficios. Podemos multiplicar los ejemplos: el alcantarillado, la canalización del Manzanares, el Palacio de Hielo, los desmontes del Cerro Negro, los almacenes París-Madrid. Varias de estas obras, muy nuevas, presentan divisiones del trabajo y escalas salariales nuevas, cuando no una mano de obra escasamente organizada, que intentará liderar la Sociedad de peones. Una importante aportación de grandes huelgas procede de aquí.

Algunas observaciones sobre la duración nos permitirán terminar de perfilar este panorama. Huelgas largas, y sabemos que relativamente pequeñas, eran sobre todo las de la madera -un dato probablemente relacionado con su radicalización- y, más amplias, las del metal. También tenían ese carácter las del libro, que por lo tanto se perfilan como modelo más perfecto de la huelga anterior a 1919, las de los viejos oficios de la construcción (cerámicos, y por supuesto los marmolistas) y la confección (concretamente los zapateros y los sombrereros)¹⁹. Esto demuestra que la duración de las huelgas en Madrid está íntimamente ligada a la capacidad organizativa de los oficios como sugeríamos y se vincula al artesanado cualificado más rancio y ancestral de la ciudad, especializado en largos pulsos con los patronos.

Las huelgas de la alimentación, también sustentadas en trabajadores tan tradicionales como los panaderos, eran sin embargo sobre todo breves, porque eran mucho más "políticas". Es decir, las autoridades las solucionaban con relativa celeridad, negociando -u obligando o negociar- o manu militari, antes de que se extendiesen los alborotos por falta de género en las tiendas. En este sentido, su brevedad no provenía de su novedad, sino muy al contrario de su ancestral imbricación con el secular problema de las subsistencias -y del orden público, por tanto-. Los sectores más modernos o de organizaciones más recientes y/o débiles eran francos partidarios de las huelgas cortas, bien

porque tuvieran resonantes triunfos en menos de cinco días (?) -algo que sólo parece al alcance de los ferroviarios-, o más realistamente porque usaran la huelga como protesta simbólica, propaganda política, publicidad de sus condiciones de trabajo o simple demostración de poder breve, y a veces brevísima, en pos de un reconocimiento como colectivo. En el caso de los trabajadores feudatarios (bancarios, dependencia mercantil en internado o no) parece incluso utópico que pudieran alargar sus huelgas a golpe de caja de resistencia. En este grupo se hallaba la mayor parte de "varias", químicas, papel-cartón-caucho, electricidad, transporte, y algunos sectores no desdeñables de la confección y la construcción (modistas y peones sobre todo).

Si nuestra hipótesis es correcta y las huelgas tipográficas, atomizadas y de considerable duración, son las que marcaban la pauta de la actividad de los obreros avanzados -es decir los que sustentan el "conflicto industrial" de la ciudad- al menos hasta 1919, sus huelgas-pulso deberían de perderse, como sabíamos que se perdían las pequeñas y largas entre 1914 y 1918. Esto ocurrió en el 70% de los casos, lo que ratifica nuestra presunción²⁰. Evidentemente, el hecho de que las peticiones y/o exigencias no prosperasen en algunas casas (o imprentas), no quiere decir que fuesen rechazadas. Todo lo contrario, solían ser aceptadas por la mayoría de los talleres sin necesidad de huelga y era por esto que la asociación sólo recurría a huelgas puntuales contra los patronos más intolerantes o poco respetuosos con la tarifa. En este caso, este alto nivel de huelgas perdidas no es síntoma de un fracaso organizativo, sino de que el paro voluntario era sólo un instrumento complementario del alto grado de monopolio del mercado de trabajo que se había conseguido. En cualquier caso, explica la concepción de la huelga difundida por los tipógrafos en la UGT, la semblanza que hacían de ésta como "espada de Damocles", y demuestra que la táctica auspiciada por estos tendía a evitar las huelgas pero no garantizaba el ganarlas ni mucho menos²¹.

Por lo demás, también se solían perder con facilidad las huelgas del terciario, las de papel/cartón y las del vestido, que eran mucho más breves. No insistiremos más en el carácter de estos trabajadores. Huelgas breves, pero casi siempre abocadas a la transacción eran las de la alimentación

y el transporte, algo nada extraño por la urgencia que entrañaba casi siempre su solución y porque las autoridades solían intervenir casi siempre para mediar. Son un ejemplo claro del empleo de la huelga como camino para abrir una mesa inmediata de diálogo con la administración de por medio.

Caminos divergentes siguieron la madera, la construcción y el metal, sectores con raigambre tradicional donde la transacción como solución final también es importante. En el primer caso, parece que la transacción era el único medio de evitar la derrota segura al final de sus largos conflictos, especialmente en el caso de los ebanistas (un 43% de las huelgas se perdían). En la carpintería se llegó a un acuerdo en las pocas huelgas que hay dataadas -sabemos con certeza que hubo derrotas-, pero en general podemos avanzar que los acuerdos no eran muy positivos. En el sector de la construcción, la transacción se convirtió en el abecé de los conflictos (casi la mitad solucionados por este procedimiento). Aunque aquí la urgencia no era tan acuciante, el volumen de masa laboral que se movilizaba y el peso de la patronal del ramo, también fomentaba la intervención "política", aunque en menor grado. Como sus huelgas eran más cortas (una media de 9 días en la provincia) y más grandes, puede considerarsela la sucesora en cuanto a liderazgo -en el sentido de marcar pautas de conducta- de la organización tipográfica, puesto que en estos años creará su propia Federación Local, y sus huelgas se perfilan como las nuevas huelgas-tipo del conflicto industrial madrileño tras 1919. Por último, los trabajadores del metal -y cerca de ellos los de la electricidad-, aunque también recurren a la transacción, solían sacar adelante sus peticiones con más nitidez que los de la madera y la construcción, sectores de la producción con problemas desde la guerra de encarecimiento de los materiales y que en gran medida rivalizaban entre ellos a la hora de centralizar sus organizaciones. La cementación de los oficios que componían el ramo en el seno de "El Baluarte", permitió una disciplina extraordinaria para sacar adelante huelgas que no eran muy cortas precisamente (una duración media de 45 días). Sin duda, el peso específico de los metalúrgicos en la organización madrileña aumentó considerablemente en este período.

VIII.4. De la huelga profesional a la protesta colectiva

Estas conclusiones obtenidas de los datos estadísticos nos han acercado a las diversas formas y cambios que tienen las huelgas en Madrid en el período que nos ocupa. Hemos intentado que esta aproximación fuese gradual y nos situara progresivamente más cerca del conocimiento del carácter que tienen estos conflictos y de los propios obreros que los protagonizan. Recapitulando brevemente lo antedicho, podemos afirmar que el Madrid contemporáneo de la guerra y la posguerra mundial ve imponerse a la huelga como conflicto social característico o dominante de la ciudad solamente a partir de 1919-1920, años de oleada huelguística²².

Antes de esa fecha, las huelgas son pequeñas, aisladas y circunscritas a talleres y establecimientos pequeños, característicos de la industria madrileña. Son moderadamente largas, auténticas pruebas de resistencia y de pulsos con el patrono. Estallan en muy contadas ocasiones, es de suponer que tácticamente contra patronos especialmente intolerantes, lo que permite su aislamiento de la corriente general partidaria de la negociación sin conflicto. Son sustentadas por organizaciones obreras sólidas, partidarias y propagandistas de la disciplina, la resistencia económica y la prudencia, y que son consideradas decanas en la Casa del Pueblo. La mayor parte de los protagonistas tienen fuertes y añejas tradiciones societarias, de solidaridad de oficio, cuando no una especial cualificación profesional o un rico pasado artesanal, se encuentre este pasado amenazado o no. Su resultado no siempre era halagüeño, se perdían con bastante facilidad, con el consiguiente despido por lo general, pero al ser conflictos muy aislados y una mano de obra fácilmente recolocable por su alta cualificación, esto no resultaba especialmente dramático si no había crisis de trabajo y en condiciones de cuasimonopolio del mercado laboral. El prototipo eran las huelgas de los obreros de la imprenta en general y de los tipógrafos en particular. Pero también están los oficios de la construcción, los artesanos del cuero, el metal, la madera y la aguja, y otros viejos oficios decimonónicos. A mi entender este tipo de huelga es también dominante antes del período estudiado, al menos lo es entre 1909 y 1913, aunque las limitaciones de los estudios estadísticos del IRS para algunos de estos años es muy grande.

Tras el bienio 1919-1920 se produce un salto hacia delante. Las huelgas se sitúan en un primer plano -el último motín importante de subsistencias se produce en 1919 como sabemos-. No sólo las huelgas son mucho más numerosas que en el pasado, sino que son sustancialmente más grandes y más breves. La huelga general de industria deja de ser un fenómeno extraordinario en la capital. Buena parte de las huelgas ya no son pulsos interminables para reducir a un patrono discordante o dejarlo fuera del suministro de mano de obra garantizada -por la Casa del Pueblo-, sino grandes movilizaciones colectivas para llegar a un acuerdo pactado y respetado por una patronal más organizada, a ser posible respaldado políticamente -por la administración, medie ésta o no-. La transacción es ahora la solución dominante. Por otro lado, un nutrido sector de trabajadores inicia entonces sus experiencias huelguísticas e incluso organizativas. Bien por su poca cualificación o su precaria posición laboral -que en algunos casos hemos llamado feudataria-, bien por sus escasos lazos solidarios e inexistentes tradiciones comunes de oficio, sostienen huelgas breves, pero que buscan generalizar por todos los medios -al menos a toda la obra o a todo el oficio-, y que suelen contener fuertes dosis de propaganda de su situación, deseos de reconocimiento como colectivo y de llamar la atención de las autoridades, y rebeldía general contra capataces, encargados y otros apéndices de la autoridad omnímoda que les controla y sojuzga en el lugar de trabajo. Entre ellos nos podemos encontrar a los peones, modistas, sobreras, galleteras, camareros, dependientes en general, bancarios y otros trabajadores de cuello duro, tranviarios - aunque su movimiento es aparentemente abortado-, y algunos trabajadores del Estado próximos al funcionariado como los carteros. De otro rango parecen las huelgas y movimientos corporativos de funcionarios, muy próximos al juntismo, al menos en principio, pero que también se movilizan por entonces.

Ahora bien, no conviene exagerar las novedades. El núcleo ideológico y táctico del discurso ugetista permanece consistente hasta los años treinta. La mayor parte de las organizaciones obreras protagonistas de las grandes huelgas de estos años seguían siendo de la Unión y formaban sus núcleos tradicionales en Madrid. La mayoría de los dirigentes de las sociedades seguían compartiendo las rancias teorías de Pablo Iglesias sobre las huelgas y la lucha obrera. Y la reafirmación en la propia

identidad que el sindicato hubo de realizar ante una CNT crecida, explica por qué en parte, como veíamos, las aguas volvieron a su cauce entre 1921 y 1923, ... pero sólo en parte.

En cualquier caso, estos análisis cuantitativos no suelen descender a casos individuales, que pueden resultar emblemáticos o paradójicos con respecto a las aseveraciones iniciales. De hecho, estos datos nos informan poco de las causas o motivaciones de los huelguistas. Si bien es verdad que el IRS intentó abarcar este tema con categorías que sistematizaban las peticiones obreras -de una forma extremadamente simplista, para que fueran operativas- tales como aumento de salario, reducción de jornada, dignidad, etc., sólo lo hizo a nivel nacional. La obsesión característica de los liberales españoles -y no digamos de la administración- por el Estado nacional, la economía nacional y la existencia de una sociedad nacional, impidieron una aproximación por áreas geográficas más realista y más clarificadora en este tema en concreto. Por otra parte afirmar que en la mayoría de las huelgas se pedían aumentos salariales y mejores condiciones de trabajo es una perogrullada que no lleva a ninguna parte y dice poco acerca del carácter y dinámica de estos conflictos. Si las huelgas no son motines es precisamente porque tienen -o deben tenerlas- peticiones muy concretas de carácter "estrictamente" laboral. Aparentemente no son movimientos "políticos", sino "económicos", y en el momento que pierden este carácter el IRS no los contabiliza. De este modo si presupones de entrada que una huelga se define sustancialmente a sí misma como un medio de conseguir mejoras económicas, para luego afirmar que la principal causa de las huelgas es conseguir mejoras económicas, además de caer en petición de principio, confundes el requisito formal con el objetivo final²³. Para un período de tiempo limitado y en el ámbito de la ciudad de Madrid podemos sin embargo acercarnos al desarrollo de algunas huelgas significativas, que ofrezcan luz y aclaren -o desmientan- estas conclusiones iniciales.

NOTAS

1. Véase a este respecto, el estudio que hace de las huelgas de funcionarios, Francisco VILLACORTA BAÑOS en Profesionales y burócratas. Estado y poder corporativo en la España del siglo XX, 1890-1923, Madrid, S.XXI, 1989. Por ello, la respuesta del poder político oscilaba entre la militarización y la disolución/expulsión pura y simple de los cuerpos de revoltosos, envuelta en halagos y promesas diversas, cfr. pp. 391-397, 429-434 y 474-487, como ejemplos.
2. Es conocido el caso de las cigarreras, al que se han acercado Claude MORANGE, "De "manola" a obrera. (La revuelta de las cigarreras de Madrid en 1830. Notas sobre un conflicto de trabajo)", Estudios de Historia Social, 12-13, i-vi-1980, pp. 307-321 y Sergio VALLEJO, "Las cigarreras de la Fábrica Nacional de Tabacos de Madrid", Madrid en la sociedad del siglo XIX (dir. por Angel BAHAMONDE y Luis Enrique OTERO), Madrid, CAM, 1986, vol.II, pp. 135-149. Este último recalca como característica "muy significativa", "que en los casos de ludismo de 1872, 1885 y en la huelga de 1891, todos los periódicos, incluido "La Emancipación", se refieren a los sucesos tratándolos de "motín", pp. 147-148.
3. Pueden verse las huelgas con datos completos y el total de huelgas conocidas por años desglosadas en el cuadro 27.
4. Su definición de "oleada" en Las huelgas..., p. 167. Dentro de su teoría de las huelgas como armas y medios de expresión política, señalan una profunda relación entre crisis políticas y crisis huelguísticas. La oleada de 1919-1920, que por supuesto también se da en Francia, tendría fácil explicación en que "las clases trabajadoras, furiosas por haber sido traicionadas en manos de los políticos corruptos y los líderes obreros reformistas, volvieron de las trincheras en 1919, dispuestas a hacer oír su voz" y por "el ejemplo del éxito de la Revolución Roja en el Este", *ibid.*, p.188. En España debe matizarse la ausencia del conflicto bélico. Para una explicación del fenómeno ligándolo a variables económicas, cfr. Ernesto SCREPANTI, "Ciclos económicos largos e insurrecciones proletarias recurrentes", Zona Abierta, 34-35, enero-junio 1985, pp. 63-104, y en "Los ciclos largos en la actividad huelguística: una investigación empírica", Historia Social, 5, otoño 1989, pp.51-75. En este último artículo afirma que "la lucha de clases tiende a intensificarse durante las fases largas de alza a causa del incremento de la tensión social provocada por el rápido crecimiento económico", p. 65. El se refiere a una oleada más general 1910-1920 de carácter internacional, que coincide con la inflexión del ciclo Kondratieff.
5. Sobre la unanimidad cfr. TUÑÓN DE LARA, El movimiento..., nota 30, p. 429. Allí dice que "por otra parte -y ésta es una observación general- las diferencias que se señalan entre obreros ocupados y porcentaje de ellos que van a la huelga son harto discutibles y suelen proceder de fuentes patronales".
6. Véase el mencionado Cuadro 27 con las magnitudes medias anuales y quinquenales.
7. En el Apéndice.
8. Los Cuadros 29 y 30 muestran una relación de las huelgas de más de 200 trabajadores y las de más de 50 días en Madrid capital.
9. Marcada insistencia en que la causa de la prolongación de las huelgas eran las resistencias patronales la hace TUÑÓN DE LARA en El movimiento obrero..., pp. 643-644, también en p. 726. Es evidente que una huelga estalla porque un patrono se niega a aceptar unas peticiones, pero el presupuesto de que la duración de las huelgas depende fundamentalmente del grado de transigencia o flexibilidad patronal se acerca bastante a la propaganda que el propio movimiento obrero hacía de sí mismo, especialmente el socialista. Que el mundo superviviente o defensivo de los oficios es el

principal abastecedor de huelgas largas "a mitad del proceso de la transformación industrial francesa", en TILLY y SHORTER, Las huelgas..., pp. 319-320. El influjo artesanal en las organizaciones es también muy marcado en Alemania. Cfr. Jürgen KOCKA, "Los artesanos, los trabajadores y el Estado: hacia una historia social de los comienzos del movimiento obrero alemán", Historia Social, 12 (inv. 1992), pp. 101-118. Las huelgas de más de 50 días de 1914-1917 las protagonizan sobre todo obreros de la madera y de la imprenta y marmolistas.

10. Sobre la caracterización tradicional de 1918 véase TUÑÓN, El mov. obrero..., p. 643. Allí afirma que es el año del "verdadero despegue", lo que puede ser válido a escala nacional y sobre todo en el campo, pero resulta difícilmente aplicable a Madrid.

11. Para los porcentajes en la solución de las huelgas véase el Cuadro 31.

12. Fernando DEL REY REGUILLO, junto a Antonio ELORZA y Luis ARRANZ, en "Liberalismo y corporativismo en la crisis de la Restauración", La crisis de la Restauración: España, entre la primera guerra mundial y la Segunda República (GARCÍA DELGADO, ed.) afirma que era una idea procedente de "la ideología y la práctica corporativas", que "fue, entonces, posiblemente, cuando se plasmó con más ímpetu en el mundo laboral", como "canalización del conflicto social hacia un camino de colaboración entre las clases", p. 47. Cfr. también su tesis doctoral Organizaciones patronales y corporativismo en España (1914-1923), 2 vols., UCM. 1989. Charles S. MAIER, también habla de "una aproximación corporativista" en Europa tras la Gran Guerra, pero, de forma inversa, cree que se sustenta en "la negociación cotidiana entre el trabajo organizado y los diferentes intereses de la industria" y que "la clave del consenso, (...), fue unas veces la represión abierta y otras la constante mediación", La refundación de la Europa burguesa. Estabilización en Francia, Alemania e Italia en la década posterior a la I Guerra Mundial, Madrid, M. de Trabajo, 1988, pp. 706-707. Sin descartar el peso de un corporativismo "teórico" consciente, creemos que la evolución de las huelgas, al menos en Madrid, contribuyó a la difusión de la "transacción" como solución normalizada de tales conflictos. Otra cosa probablemente fue Barcelona, donde parece que la "represión" y el pistolismo rigieron en buena parte las relaciones laborales.

13. Puede verse en el Apéndice.

14. La relación entre las grandes huelgas y las soluciones pactadas o beneficiosas para los obreros en Madrid resulta muy estrecha. 1923 curiosamente aparece como el único año del último quinquenio en el que la categoría predominante es la de las huelgas perdidas (48%). Esto se debe a las escasísimas huelgas grandes que se convocan, un 10% del total, porcentaje mínimo de todo el período estudiado, con la excepción del "reprimido" -por causas "políticas"- año 1917.

15. El Cuadro puede verse en Apéndice.

16. En el citado Cuadro 33, pueden verse entre paréntesis al final de cada sector industrial el total conocido de huelgas, junto al total de huelgas "estadísticas".

17. Pueden verse la amplitud y duración de las huelgas en Madrid ciudad por industrias con más detalle en el Cuadro 35.

18. Pueden verse estos datos en Ayuntamiento de Madrid. Junta Local de Reformas Sociales, Estadística del Trabajo. Anuario de 1920, Madrid, Imprenta Municipal, 1921, pp. 9 y 15, y en el Apéndice se recogen datos sobre el número de establecimientos.

19. Puede verse un listado de las huelgas de más de 50 días en el Cuadro 30. Las dos huelgas que aparecen de la confección pertenecen precisamente a estos dos oficios, prototipo como se dijo del artesanado organizado del s.XIX. Cfr. nota 39.

20. La solución de las huelgas por industrias, puede verse en el cuadro 36.

21. Todo esto, pese a la propaganda que J.J. MORATO hace en La cuna..., tratando de convencernos de que el Arte no perdía huelgas. Cfr. pp. 528 y 530. Por supuesto él se refiere a las huelgas reglamentarias -es decir consideradas como tales por la Federación de Artes Gráficas-, que solían basarse en la reclamación de mejoras de carácter general, muchas veces aceptadas por los patronos sin lucha. Pero creo que no engloba los conflictos de taller por incumplimiento de tarifas o por despidos improcedentes, que solían terminar con el personal asociado en la calle. Aunque Morato es un ugetista muy crítico, y sus quejas impregnan toda su crónica, parece que el fundamento de éstas consiste en la pérdida por parte de la Unión de la gufa espiritual y de acción que siempre supuso para ella el núcleo dirigente tipográfico, ya no determinante del futuro del sindicato cuando él escribe, y en cualquier caso comparte la táctica clásica frente a la que propugnaban los sindicatos únicos.

22. La importancia del año de 1919 como punto de no retorno en las relaciones sociales de la ciudad frente a la tradicional fecha de 1917, de connotaciones políticas más nítidas, ya ha sido realzada en A. BAHAMONDE, J. A. MARTINEZ y F. DEL REY, La Cámara de Comercio e Industria de Madrid (1887-1987). Historia de una institución centenaria, Madrid, Cámara de Comercio, 1989, pp. 204-206.

23. TILLY y SHORTER, citando a Alvin Gouldner, afirman "que el peor modo de saber qué quieren los trabajadores al participar en huelgas es fiarse de lo que dicen querer", Las huelgas..., p. 111.

TERCERA PARTE. LAS PROTESTAS DEL TRABAJO: LA PRACTICA

IX. LA NUEVA HEGEMONIA: DEL GRAN RAMO DE LA CONSTRUCCION

A LA FEDERACION LOCAL DE LA EDIFICACION

Hemos estudiado el comportamiento y evolución básica de las huelgas en el Madrid de la segunda década del siglo y nos hemos acercado a los cambios organizativos que se operan en bastantes de las principales sociedades obreras que las promueven. Resulta tentador relacionar estrechamente de una forma general los tales cambios con las transformaciones que señalábamos en las formas del conflicto industrial de la ciudad, especialmente tras la oleada huelguística del bienio 1919-20. Pero es mucho más sugerente un acercamiento más estrecho a la dinámica interna de algunas de estas huelgas y a los problemas organizativos de las sociedades que las plantean, para entender bien esta ambivalente relación entre el conflicto y la asociación. Podemos avanzar ya, en cualquier caso, que las huelgas promueven dilemas y debates asociativos, pero que también estas mismas controversias son el origen directo de muchos conflictos, o al menos de la forma en que se plantean, la cual, como sabemos, es un elemento definitivo en su explicación y comprensión.

Ya señalábamos anteriormente que si hay algún sector de trabajadores que marca la pauta a los demás en Madrid en este período es el de la construcción. Además de su conocido peso numérico en el organigrama de la Casa del Pueblo, destaca su protagonismo creciente en las huelgas y en la evolución asociativa que se desarrollan en la ciudad. La Federación Local que se pone en marcha a comienzo de la década de los veinte está llamada a ser la columna vertebral de la UGT madrileña y en buena medida resulta emblemática de la "refundación" ugetista a que aludíamos con anterioridad. Asimismo, el comportamiento de los conflictos en este sector, como veíamos, parece incidir significativamente en la evolución del conjunto y sigue un curso sospechosamente paralelo: entre 1914 y 1918 hay huelgas del sector entre las más grandes, pero tras el bienio 1919-20 su presencia es abrumadora; no era infrecuente encontrar a los oficios de la construcción (y de la madera y el metal) entre las más largas antes de esa fecha, después prácticamente desaparecen. También es sustancial el peso de la transacción y el pacto colectivo en ellas a medida que transcurre el tiempo. Por tanto la

dinámica de este sector parece de decisiva influencia en los cambios señalados en la configuración del conflicto industrial en la ciudad, robando protagonismo a los trabajadores de la imprenta, padres materiales y morales de toda la organización, pero que auspiciaban huelgas mucho más pequeñas, localizadas, largas y "de pulso" (con un total de un 70% pérdidas según el IRS).

Por ello, el estudio de las huelgas de la construcción y los problemas planteados en torno a la consolidación de la mastodóntica Federación Local se convierte en especialmente pertinente y quizá ejemplar para entender estos cambios.

En este contexto, resulta llamativo que la concreción de esta Federación, que, no lo olvidemos, no se llamará de la "Construcción", sino de la "Edificación", se haga a costa de sacrificar progresivamente lo que se entendía en principio por las sociedades del "ramo de la construcción". Concepto éste que abarcaba a los trabajadores del metal, la ornamentación, la albañilería, la madera y carpintería y los trabajadores del suelo y el subsuelo, todos fuertemente relacionados entre sí por la demanda generada por las obras públicas de la ciudad y sus alrededores, fuesen de creación o de derribo¹. Nosotros en principio asumimos esta visión, menos restrictiva que la del puro y simple levantamiento de edificios y viviendas, pese a que esta última será la que inspire finalmente la futura Federación, en el contexto de una afanosa búsqueda de identidad y coherencia propias. Este proceso nos llevará a un punto de llegada donde se hará evidente la negativa de la FLE a aceptar "actividades" no vinculadas claramente con el arte de edificar y sin el troquel de "oficio" de ley.

IX.1. Los lock-out de la anteguerra y los proyectos de unidad

En los comienzos del período que nos ocupa, en 1913, era ya un fuerte anhelo entre las sociedades de la Casa del Pueblo pertenecientes al ramo de la construcción la creación cuando menos de un Comité de enlace que las relacionase más estrechamente. Desde la huelga de albañiles de 1911 (recordada como lock-out), había quedado claro que determinados oficios al promover sus propios conflictos dificultaban la continuación de las obras y obstaculizaban la propia petición de mejoras por

parte del resto. La magnitud del impacto era mayor cuanto mayor era el peso del oficio en cuestión. Precisamente será la segunda sociedad del ramo en número de afiliados (unos 1.500), la de carpinteros de taller, la que promoverá un conflicto similar, entre diciembre de 1913 y febrero de 1914, al comienzo de nuestro período.

Como precedentes de lo que se llamó "el lock-out de carpinteros" estaban muy vivos en la experiencia colectiva el de albañiles mencionado y el de los cerrajeros de un año antes (8-ix-1912 a 27-i-1913), pero a diferencia de estos aquel no se inició por peticiones colectivas (las ocho y las nueve horas sobre todo y respectivamente)², sino por un conflicto particular con nombres y apellidos.

Este tenía su origen en el boicot al taller del maestro Vicente Aberturas por incumplimiento de la jornada de nueve horas. Al negarse al diálogo (lo que implicaba el no reconocimiento de la Sociedad como interlocutor) le fue retirado el personal asociado por la Sociedad, empleando en el taller personal no asociado, poco respetuoso con la tarifa. Como solía ocurrir con estos patronos recalcitrantes, pasaba a la lista negra de la Sociedad (y según el poder de ésta a la Casa del Pueblo toda y a la Federación Nacional de oficio respectiva) y a todo buen societario o afiliado a la UGT se le vedaba trabajar allí, mientras no se solucionase el contencioso. Por lo general, el conflicto concluía aquí. El problema se reabría si uno de los amarillos se trasladaba a otro taller donde trabajaban asociados. Esto ocurrió en el de Paulino Gayo. La Directiva, nunca los propios trabajadores del taller, volvió a solicitar sin éxito su exclusión y retiró de nuevo el personal. Esta vez la Sociedad de Maestros decidió dar orden de cesar toda actividad, lo que afectaba a unos 2.000 obreros³.

Lo fundamental de esta actitud no eran sólo las implicaciones del paro para otros sectores de la madera, sino para todo el ramo de la construcción, algo que ya había ocurrido con los cerrajeros, y que se veía muy factible, por los precedentes antedichos y por el grado de organización de los maestros del ramo de la construcción, que en Madrid ya tenían una Federación desde 1911, nucleada por contratistas y aparejadores, un portavoz en El Eco de la Construcción, y estrechas relaciones con

Barcelona, donde a la sazón estallaba un lock-out de todo el sector precisamente⁴.

Sin embargo, el cierre patronal comenzó teniendo para los medios socialistas una explicación muy simple: el "gran prestigio" del señor Gayo entre los maestros carpinteros. Sólo a partir del mitin conjunto de las sociedades de la construcción el 4 de enero y de la implicación del Consejo de dirección de la Casa del Pueblo en el conflicto cambian los análisis: las acusaciones se centran en los almacenistas de madera ("coaccionados"), "los infatuados parásitos de la edificación" (osea los contratistas) y en "los maestros albañiles" (los aparejadores), que "ajustan las obras completas y se convierten en amos, en explotadores de los maestros de los demás oficios"⁵.

Dos son por tanto los aspectos que fundamentalmente nos interesan de este singular conflicto: la movilización de una amplia representación de todo el ramo de la construcción, en espíritu de unidad y solidaridad, y el origen de la huelga, centrado en las prerrogativas de la Sociedad de carpinteros para suministrar la mano de obra en los talleres.

El primer aspecto es realizado por los mitines de 4 de enero (en Lo Rat-Penat) y 18 de enero (en Lux-Eden). En ellos, además de carpinteros, hay representación de los canteros -que a la sazón no se hallaban en la Casa del Pueblo-, obreros en hierro, albañiles y escultores de ornamentación, es decir de las principales ramas de lo que se consideraba un tronco común. Más importante aún, son múltiples las referencias a la Federación Local futura, por la que "esta solidaridad, hoy tan hermosa, voluntaria, será obligatoria y reglamentada". Es más, había "fundadas esperanzas de que llegue a feliz término la empresa en plazo muy breve", y el propio conflicto mostraba las ventajas de la unidad⁶. Por tanto, había un proceso unitario en marcha y éste se concebía como de todo el ramo de la construcción, en el sentido amplio que nosotros empleamos, y no en una más restrictiva, pero ahistórica, concepción de tal industria.

En cuanto al segundo problema, nuestro interés se polariza en que esta huelga, de considerable

importancia -siempre para las magnitudes madrileñas-, se reduce fundamentalmente a un pulso sobre el derecho de los obreros asociados a imponerse en los talleres (y con ellos su tarifa), y por tanto a los maestros carpinteros. No parece ser un conflicto por causas económicas, pese a que este tipo de peticiones siempre se añadían para suscitar unanimidad entre los obreros reticentes y eran más fáciles de negociar y daban una imagen de "triunfo" en el conflicto.

Que los jornales no era el punto clave del conflicto lo demuestra la relativa proximidad de las ofertas de obreros y maestros. La Sociedad de carpinteros pedía jornales mínimos de 4'50 ptas. para oficiales, 3-4 para ayudantes y 1-2'75 para aprendices y aprendices adelantados. Los maestros "aconsejaremos a todos" jornales de 4-4'75, 3-3'75 y 1-2'75 respectivamente, entendiéndose que se trataba de un tope mínimo-máximo, no de jornales mínimos. Por lo que se ve era muy fácil en este punto llegar a un acuerdo. De hecho, el acta de resolución del conflicto el 22 de febrero recogía mínimos de 4'25 para oficiales, y topes de 3-4 y 0'75-2'75 para los demás, válidos desde el 15 de octubre de 1914. La fórmula era muy similar a la propuesta por la patronal, rechazada el 31 de enero, y sin embargo se presentó como un gran triunfo de los obreros. El éxito no se había logrado, por supuesto, en el tema fundamental del veto a los obreros no asociados, que "serán admitidos(...), indistintamente, en las mismas condiciones que regían antes del día seis de diciembre próximo pasado". Nada se decía de las nueve horas, jornada habitual, pero que se dejaba al libre albedrío de cada taller. Esta fórmula era prácticamente idéntica a la propuesta por los maestros, para quienes el conflicto había surgido por su defensa del "derecho de libre contratación", "puesto que no tienen contrato celebrado con ninguna Sociedad obrera". Precisamente el término "indistintamente" ya había sido rechazado de plano por los obreros el 17 de febrero ante una propuesta similar⁷.

¿Dónde radicaba el gran éxito entonces?. Pues fundamentalmente en "el reconocimiento de la Sociedad obrera" como interlocutora; su firma, junto a la de los patronos, en unas bases de trabajo; y el reconocimiento por escrito, y con la firma de una autoridad -el gobernador civil Sanz Escartín-, de escalas salariales con una validez temporal explícita -desde octubre. Aunque en contenido, los

logros eran casi idénticos a los ofrecidos y prometidos por los maestros (incluida la ausencia de despidos y represalias), la forma de obtenerlos era muy distinta: unas bases firmadas y pactadas, que entre otras cosas uniformizaban una tarifa, y no eran concedidas graciosamente⁸.

Este conflicto es una buena muestra de las relaciones laborales del Madrid de este momento y del tipo de conflicto que generaban: largo (casi tres meses), planteado de forma puntual y como boicot a una casa, talleres vacíos de escaso personal -unos 2000 obreros afectados en algo más de 300 talleres arrojan una ratio de unos seis o siete por taller-, mano de obra fuertemente asociada (entre 1.300 y 1.500, tres cuartas partes) y pese a la proximidad y solidaridad espontánea del resto de sociedades afines, difícilmente generalizable (como tampoco se generalizó el de albañiles o el de cerrajeros). Pese a la habitual coacción y conflictos entre amarillos y esquirols y la duración, los maestros no perdieron su tono paternal, pues "no han visto nunca en sus obreros enemigos ni nada que pueda significar discrepancia de ideas en lo que se refiere al mejoramiento de su clase (...), y que, por consiguiente es justo se le retribuya suficientemente para que pueda atender a sus necesidades con decoro (...), esto es lo justo (...),[y está] en armonía con los [salarios] que ganan los demás obreros en otros oficios". Por su parte los obreros carpinteros, pese al rechazo de tales dádivas, alababan a los patronos, que "haciendo honor a su palabra" firmaban las bases. Siempre "hubieran podido abrir más la mano", pero era comprensible que no lo hicieran tras "la última crisis"⁹.

Pese a los cánticos en pro de la unidad que se habían venido dando desde el lock-out de metalúrgicos, incrementados ahora con el conflicto de los carpinteros, los esfuerzos para la creación de una Federación Local del Ramo de la Construcción sólo dieron sus frutos a finales de 1914, y pese al pomposo nombre el resultado estuvo lejos de las expectativas. El 27 de noviembre de ese año tomaban posesión de sus cargos como delegados en el Consejo Federal de la futura Federación, los representantes de las Sociedades de obreros en hierro, bronceístas, pintores-decoradores, estuquistas y estucadores a la catalana, una muy pálida representación, como se ve, de los distintos oficios del ramo. Especialmente la inopinada ausencia de los albañiles hería de muerte a la nueva organización

y de paso la dejaba sin el previsto órgano de prensa¹⁰.

Poco más tarde, con el proyecto de reglamento sin concluir, los delegados de obreros en hierro - la sociedad de mayor afiliación de las representadas- dejan de asistir a las reuniones sin aviso previo, con el agravante de que el presidente de la Ejecutiva, Fablo Sánchez, pertenece a estos, y se le tiene que requerir personalmente el borrador. Mejores formas tuvieron los estuquistas que les imitaron a renglón seguido, si bien estos sí dieron sus razones, a través de su delegado Ricardo Maroto: "no tener el reglamento por el cual ay que regirse", "[el] poco trabajo que hay, haciendoseles escesiva la cuota" y "el poco número de secciones que se compone la Federación". Así pues, sólo tres secciones respaldan el acta de constitución de la Federación el 14 de marzo de 1915, con Severo García, de broncistas, como presidente. Apenas quince días después también salen los broncistas¹¹.

La Federación ni siquiera pudo disolverse en armonía y de común acuerdo. En julio de 1915 se planteó a la sección de Pintores el ejercicio de la solidaridad con una sociedad hermana de Orense, envuelta en una huelga declarada reglamentaria por la Federación nacional de oficio. El 7 de julio la Junta general de la Sociedad de Pintores-decoradores acordó pagar la cuota extraordinaria requerida por su Federación a cuenta de los fondos de la Federación Local. Los estucadores se negaron en redondo porque "se perjudican los fondos de la caja central porque esos compañeros [pintores de Orense] no reportan nada para la misma y que ellos creen y sostienen es que pintores su recaudación se divide entre varios, mientras que la de estucadores sólo es para pintores y ellos". El problema se basaba en la no pertenencia de estucadores a ninguna federación de oficio y a un principio reglamentario (el de hacer frente común a las necesidades de las federaciones de oficio) aprobado "cuando abía una mayoría, pero que no podía seguir en la forma que nos habíamos quedados", es decir tan sólo dos secciones. El 2 de agosto, y tras tres sesiones extraordinarias y junta general de la sección de estucadores, ésta "acuerda no hacer ningun préstamo de ninguna manera y por lo tanto, da por terminada la Federación Local del ramo de Construcción". El 12 de agosto se hacía inventario y liquidación de las últimas cuentas¹².

El fracaso del primer serio intento de creación de un organismo que aunase y coordinase mínimamente los diversos oficios de la construcción nos permite hacer varias observaciones. Con respecto a las ausencias y presencias, en primer lugar se confirma que el modelo soñado de organización local, en sus inicios, era el de una Gran Federación de todo el ramo de la construcción en su acepción más amplia, que dadas sus dimensiones teóricas, se convertiría en la auténtica dominadora del sindicalismo del capital. Por otra parte destaca el protagonismo inicial de los obreros del metal (cerrajeros y bronceistas) frente al abstencionismo de la madera y sobre todo de los albañiles. Los del metal, aparentemente más proclives a un organismo común, se encaminarán hacia una organización propia con mayor celeridad que los otros oficios, menos ambiciosa pero más coherente. Las reticencias de carpinteros y albañiles preludian su evolución posterior: los primeros, refractarios a todo supraorganismo; los segundos, muy reticentes a sufragar con sus fondos huelgas y burocracias que les eran ajenas.

En cuanto a la organización, aunque inoperante por los hechos, destaca su estructura poco centralizada: un Comité Ejecutivo de seis miembros, en el que se hallaban representadas todas las secciones, y un Comité o Consejo Federal (un Pleno de Delegados), con dos delegados por sección, y que se reunía de hecho con el otro para discutir en las sesiones. Cada decisión importante no se tomaba en estos consejos, sino reuniendo las juntas directivas de las sociedades implicadas, y a veces en las juntas generales de estas mismas. En algunas sesiones llegaba a haber hasta seis o siete representantes de la misma sociedad -que por otra parte no siempre sostenían el mismo criterio-: dos por el Ejecutivo, dos por el Federal y dos por la Junta Directiva de la sección correspondiente, en una espiral absurda. En cualquier caso, queda claro que la institucionalizada solidaridad vertical transmitida por la Federación nacional de oficio era mucho más poderosa que la que se pretendía implantar horizontalmente a nivel local en una industria sin límites diáfanos. Es decir, un pintor de Madrid tenía más en común con un pintor de Orense que con un cerrajero de Madrid. El miedo a la unidad de los patronos no parecía de suficiente peso para hacer cambiar de opinión a los obreros de la construcción. Se convivía con maestros, se pleiteaba con patronos si se quiere, pero no se luchaba

contra la patronal¹³.

IX.2. La atonía de la guerra y las huelgas de taller

Durante gran parte de la guerra el problema se hibernó, y el sueño federativo permaneció en estado larvario. De forma paralela, tampoco la organización de los patronos progresó en demasía¹⁴. Como ya vimos, tampoco fueron años de una especial conflictividad en el sector ni de una aceleración sorprendente del número de militantes, al menos entre lo que hemos llamado más o menos convencionalmente "industrias de la construcción" (véase el Cuadro 23).

Estos oficios revelan una atonía general, cuando no un relativo retroceso. En su conjunto, pasan de más de 11.000 militantes en 1914/15 a unos 8.000 en 1917/18, con señalados retrocesos entre la albañilería, que pierde casi un 40% de sus efectivos, los peones (un 20%), los pintores (un 50%), los pavimentadores (más del 50%). Algunas de estas pérdidas pueden considerarse coyunturales como ocurre con los marmolistas y poceros (pierden más del 70% de su afiliación hacia 1917 para luego retomar sus niveles habituales), fácilmente explicables en el primer caso como veremos, o pueden atribuirse a errores o poca precisión estadística. Aún con todo, lo más optimista que se puede sugerir es una estabilización sin altibajos, repetida de forma insistente. Así, en estuquistas, fumistas, embaldosadores, empedradores, carpinteros de armar, etc.. La evolución no es idéntica ni mucho menos en otros sectores afines, colaboradores en aquel primer proyecto federativo. Por ejemplo, es manifiesto el crecimiento de la afiliación en la pequeña metalurgia en conjunto (de unos 1.600 a casi 4.000 en 1918) y por sectores: los bronceistas crecen más de un 50%, los obreros en hierro casi un 20%, los moldeadores en hierro casi multiplican sus efectivos por 100, todos en vísperas del nacimiento de "El Baluarte". Estas tendencias tan dispares pudieron contribuir al alejamiento de estos oficios en pos de un proyecto propio. Menos uniforme es el comportamiento de las sociedades de la madera: crecimiento de tallistas y ebanistas (es decir los artesanos del mobiliario), que doblan sus efectivos, en detrimento de los carpinteros, que pierden el liderato en el sector¹⁵.

En cualquier caso, esta atonía tan generalizada entre las sociedades de oficio más apegadas a la edificación puede remitirse a los problemas que sufre esta actividad durante la guerra. El sector de la construcción ha sido señalado unánimemente como una de las actividades económicas más afectadas negativamente por la guerra mundial, aunque se han apuntado reservas¹⁶. Los datos son significativos: entre 1911 y 1915 se concedieron 3.733 licencias de construcción en Madrid; casi la mitad, 1.912, entre 1916 y 1920. Sólo en el Extrarradio cayeron de 2.016 a 773¹⁷.

Los contemporáneos también se lamentaron con asiduidad: "ninguna industria de la capital experimentó mayores perturbaciones a causa de la guerra europea que la de la construcción", se decía de forma retrospectiva en 1927¹⁸. Y así la describían los inspectores de trabajo:

Esta es la que más ha sufrido durante la guerra, y se explica fácilmente, por entrar en su realización los materiales que han experimentado alza mayor en el precio y por la diversidad de ellos, pues dadas las exigencias de la vida y la ornamentación que se emplea en el decorado interior y exterior de las construcciones urbanas en las grandes ciudades, puede decirse que la construcción depende de todas las industrias. Para formarse idea de la crisis que en Madrid ha sufrido esta industria con la guerra, es suficiente decir que, a fines de 1914, había 129 edificios en construcción, de los que 14 eran palacios públicos o privados, y el resto, en su mayoría, casas de más de tres pisos. En la actualidad no se construyen más que 58 edificios para viviendas, y estos en condiciones tales de economía de jornales y materiales, que los hundimientos, totales o parciales, han sido, por desgracia, más de lo tolerable¹⁹.

Entre las múltiples causas se aducían preferentemente la carestía de los materiales (por efecto de la guerra), los elevados precios del suelo (por especulación) y el aumento del precio de la mano de obra (por la inflación generalizada o la presión sindical según versiones). Junto a ellos, pero en segundo orden, aparecían la carestía de los transportes, la errónea política arancelaria, la duración de la jornada, la falta de rendimiento o subempleo de la mano de obra, y finalmente la presión fiscal. Estas quejas en verdad son sistematizadas sólo a partir de 1919, a medida que la conflictividad en el sector es precisamente más visible y relevante, hasta desembocar en la Conferencia Nacional de la Edificación de mayo-junio de 1923, auténtico despliegue de proyectos y sugerencias amparados por el Ministerio de Trabajo, y en la capital, por el Ayuntamiento de Madrid²⁰.

La preocupación principal de estas lamentaciones gira sobre todo en torno a la crisis de la vivienda, es decir del púperrimo ritmo de nuevas edificaciones habitables en las grandes ciudades como Madrid, acogedoras de la inmigración rural, en un contexto de estrepitoso fracaso de la legislación de casas baratas, teóricamente ideada para paliar esa situación²¹. Fuera quedan las grandes obras públicas, los derribos y edificaciones de la Gran Vía, el saneamiento del Manzanares, y sobre todo las obras del Metropolitano, del subsuelo, los desmontes, la pavimentación, el hormigón armado y la piedra artificial, que son las que mantienen la llama del sector: "sin las obras de saneamiento del subsuelo, del Metropolitano y pavimentación, la crisis de esta industria habría sido total, y la situación de la población obrera desesperada; sin embargo, un 30 por 100 de ella ha emigrado al Extranjero o a otras provincias"²².

Obras públicas y emigración fueron elementos decisivos en este período para, a la vez, marcar la atonía y el relativo mantenimiento del sector. También parece evidente que las "perturbaciones" de la industria reportaron transformaciones de esta actividad en la inmediata postguerra: "la crisis de la guerra europea contribuyó a difundir la construcción a bajo precio y la racionalización de todo el proceso. Entre las innovaciones, cabe citar el empleo del hormigón armado y la construcción en serie"²³. En las industrias del mobiliario y del metal, pese a las alzas de precios, no se registró una emigración apreciable²⁴. No parece descabellado afirmar que estas "perturbaciones" fueran decisivas en determinados cambios en las actividades de la construcción y fomentasen un asociacionismo defensivo en determinados oficios a la baja o amenazados en su identidad artesanal (con una rebaja en su cualificación) o el auge de otras categorías laborales, más horizontales y menos especializadas, no asimilables como oficio (por ejemplo el peón suelto).

Los datos que tenemos en torno a la evolución de la matrícula industrial también nos señalan esta relativa atonía de las "artes de la construcción" y de la cerámica en Madrid entre 1914 y 1919. Ahora bien, a partir de 1920 parece entrarse en una etapa de un crecimiento, en principio titubeante, y luego más franco. Una pauta ligeramente diferente siguen los industriales de la madera, que crecen

ostensiblemente entre 1914 y 1917. Este proceso se trunca con el final de la guerra, pero a partir de 1920 se acelera notablemente. Totalmente diferente es el caso de las industrias metalúrgicas, que se más que duplican entre 1914 y 1923, en un constante crecimiento año tras año -sólo con una ligera ralentización tras el final de la guerra (1918-1919)-, y a la cabeza de las cuales se hallan los maestros cerrajeros (más del doble en 1923 que en 1914) y los bronceístas (casi el triple), categorías de obreros predominantes en la Federación de la construcción original primero y de "El Baluarte" después. Esto corrobora lo que indicábamos al hablar de la afiliación sindical: el sector metalúrgico (o pequeño metalúrgico) siguió una pauta de crecimiento durante la guerra y posguerra muy diferente a la más tardía y más problemática de los otros dos sectores llamados a formar la "Gran Federación", lo que sin duda contribuyó al surgimiento de un proyecto autónomo²⁵.

Durante la guerra, sin embargo, no renunciaron determinados oficios relacionados con la construcción a plantear peticiones, con los conflictos consiguientes, aunque el cariz de estos no se apartó de la dialéctica tradicional de los oficios, moderada y autónoma. El modelo más puro nos lo suministra la huelga de marmolistas. Desarrollada entre octubre de 1916 y mayo de 1917, nos muestra el repertorio defensivo de estos oficios madrileños cualificados y bien organizados frente a las innovaciones tecnológicas y nuevas disciplinas industriales que surgían en los talleres.

En este caso la huelga -y no las huelgas como equivocadamente señala el IRS²⁶- se planteó como resistencia a la implantación de las máquinas de aserrar mármol en varios talleres de Madrid (las "pulidoras", los "tornos modernos" y las "Torpedo"). La susodicha innovación reportaba un ahorro considerable en mano de obra. El planteamiento de la Sociedad de marmolistas era meridiano: no se oponían a la instalación de maquinaria, pero sí a que los maestros no se hiciesen cargo indirectamente del paro forzoso al que sometían a buena parte del gremio. Para ello pedían una "reglamentación de trabajo que hiciera compatibles el empleo de la máquina y el de los brazos". El trasunto final de tal petición es que los patronos compensasen de algún modo los perjuicios ocasionados, bien mediante un aumento salarial, bien mediante el pago de una cuota para la Caja de Socorro de la Sociedad

obrera. El problema se planteó en tres talleres (los de Nicoli, Estrada y Franco), afectando a casi una cuarta parte de los trabajadores del sector, extendiéndose poco después, en la característica respuesta patronal que ya veíamos en el conflicto de la madera. Estos patronos eran importantes en el sector: Nicoli y Estrada eran los principales accionistas del almacén de materiales "La Marmolera", del que se nutrían la mayoría de los maestros de Madrid²⁷.

La propaganda socialista insistió mucho en que la huelga era entre los grandes patronos y la Sociedad, bajo la amenaza de ruina de los pequeños empresarios -ley marxista-, y que estos cerraban por coacción o miedo ante el gran capital, argumento que ya veíamos en el lock-out de la madera. Esto se demostraba por la intromisión de la Federación patronal de la construcción -la CPE, que lideraba Francisco Junoy, "líder histórico de la construcción madrileña"-, y por las amenazas de lock-out para todo el ramo de la construcción, que se produjeron al menos en dos ocasiones (para el 7 de abril y para el 19 de mayo de 1917)²⁸.

Ocho meses de huelga frente a una irreductible y amenazante patronal podría hacernos pensar en una virulenta lucha de clases. La verdad es muy otra. La Sociedad de marmolistas era conocida por su "organización" y "oportunidad" para plantear sus peticiones, obligando a ceder lo justo para que fuesen aceptadas sin necesidad de huelga alguna. Gracias a ello, los marmolistas gozaban de las ocho horas hacía tres lustros, de la base múltiple, y de un aumento salarial aprobado antes de la guerra²⁹. El conflicto fue planteado como un pulso sine die desde el primer momento, a la vieja usanza de las sociedades de oficio. La lucha frente a los nuevos sistemas de producción tenía precedentes en la organización madrileña, marcados, por supuesto, "por los tipógrafos para resolver el conflicto provocado por la introducción de las linotipias". Como la huelga se preveía larga, a las dos semanas se organizó un taller colectivo (o cooperativo), con el fin de dar empleo a los parados forzados (por turnos) y allegar fondos para la Caja de huelga misma, procedimiento secular entre determinados obreros de oficio. No era ni mucho menos "un aspecto de la lucha de clases (...) poco frecuente", ni se encaminaba a "la conquista del mercado en Madrid"³⁰.

Por otra parte, lo cierto es que el principal obstáculo para el acuerdo fue, en principio, "la imposición numérica de los pequeños patronos". Estos, presuntas víctimas de los grandes patronos, según los socialistas, rechazaron rotundamente las fórmulas de avenencia que presentó "el Sr. Nicolí, apoyado por otros grandes patronos de la industria del mármol". Los maestros modestos se negaban a sufrir un aumento en los costes sin disfrutar tampoco del ahorro en mano de obra que suponía la nueva maquinaria. A finales de abril presentaron una fórmula que sólo suponía un aumento salarial (del 10 por ciento) para los obreros que trabajaban en las máquinas (cuando lo hiciesen) y en las horas extraordinarias. Aceptado por los marmolistas, estos pedían además el pago a la Caja de socorros de una cuota de cinco pesetas diarias por parte de los patronos con máquinas. El hecho de pagar directamente el dinero a la organización -lo que suponía el reconocer su derecho de monopolio- resultó inaceptable para la dignidad de los patronos, y se convirtió en una cuestión definitiva, más importante que la cuantía de la "indemnización" -los obreros pedían un aumento del 50% de carácter general⁻³¹.

Las amenazas de lock-out, por otra parte, significaron mucho más llamadas de atención a las autoridades sobre el encarecimiento de los materiales de la construcción -en lo que abundaban las propias sociedades obreras- que una amenaza real sobre la organización. Pese a todo, la ayuda económica de la UGT y la Casa del Pueblo fue generosa, la huelga fue declarada reglamentaria, y fue apoyada con rotundidad por la organización obrera madrileña en pleno (en reunión de Juntas Directivas el 9 de mayo y con un mitin el 14). Aunque se sacó a colación el consabido tema de la unión de los oficios de la construcción (curiosamente por los albañiles), y se habló de la amenaza patronal, en ningún momento se definió el conflicto de marmolistas como un lock-out, ni desde luego se insistió mucho en el asunto de la unidad, tras la reciente y fracasada experiencia de la Federación, y con una huelga general en marcha³².

Este respaldo, las amenazas patronales y la intervención del nuevo alcalde Luis Silvela, contribuyeron a la firma de unas bases el 18 de mayo, en las que se incluía un aumento de 25

céntimos general y de 50 para "los obreros marmolistas que presten sus servicios" en talleres mecanizados. El resto de las medidas (ocho horas, discrecionalidad en los despidos, retribución de horas extraordinarias), no se diferenciaba en nada de la oferta patronal de abril. El hecho de que el real de más de los operarios de las máquinas fuese a parar a la Caja social fue un acuerdo de la Sociedad sin reflejo en las bases pactadas. Los patronos, en cualquier caso, no se comprometieron por escrito a admitir a todo el personal de antes de la huelga, sólo verbalmente ante el alcalde a admitir "el mayor número posible". La Sociedad de marmolistas era partidaria de establecer turnos ante la falta de trabajo, pero rechazaba el "espíritu de egoísta represalia" de los patronos, que "pretendían que los marmolistas trabajaran con los esquiroles y con una serie de peones que no son del oficio". Finalmente se logró el despido de la mayor parte del personal poco cualificado que trataba de remedar el ilustre arte de labrar la piedra³³.

El orgullo del viejo oficio siguió vivo en el taller colectivo, que no cerró tras la huelga, y que al menos, que tengamos nosotros constancia, todavía funcionaba en 1920. Establecido en la calle Alcántara, 17, servía "de refugio transitorio a los parados, y, muy particularmente, a aquellos compañeros que son perseguidos", así como los que "por su edad y condiciones físicas son rechazados por todos los patronos". Pero además tenía dos fines tan importantes como éste: demostrar la viabilidad económica de la gestión del oficio sin maestros, y aún sin intermediarios, todo a su "justo valor", viejo sueño artesanal, y mantener la llama del trabajo bien hecho y del orgullo profesional. Entre sus proyectos se incluían una escuela de aprendices y una "exposición permanente de los productos de la Sociedad" en su calidad de "obras artísticas"³⁴. No por ello los trabajadores del mármol enturbiaron sus relaciones con sus maestros: en 1920, en plena oleada huelguística, aún eran capaces de conseguir un 25 por ciento de aumento y 25 céntimos semanales "para que los obreros puedan procurarse socorros en los casos de enfermedad o accidente" sin necesidad de huelga³⁵.

Estas fueron las señas de identidad de la huelga más larga de todo el período 1914-1923 (unos 200 días), sumamente intensa si la medimos en número de jornadas perdidas (unas 90.000). Sin embargo,

aunque hubo las consabidas coacciones a esquirolas y a narillos, no existió un ambiente de crispación en todo el conflicto, pese a su duración³⁶. La Sociedad de marmolistas actuó según el modelo de comportamiento más alabado y difundido por la organización ugetista y con su respaldo efectivo, y resulta emblemática del modelo de actuación ideal en un oficio de la construcción (y en general). Cohesión, moderación, rigor organizativo y una importante resistencia económica, que permitían tan inaudita duración. El coste para la organización fue importante: de declarar casi la totalidad del oficio asociado en 1916 (unos 460) la Sociedad sólo reseñaba 134 cotizantes en la Casa del Pueblo en 1917, para retomar sus niveles habituales tras este lapso³⁷. Esta huelga redonda en el aspecto antes comentado para la de carpinteros: era relativamente sencillo para los trabajadores llegar a un acuerdo económico con los maestros, pero bastante complicado imponer sus criterios en cuanto a ritmos de trabajo, productividad, cualificación de la mano de obra, etc.. El acuerdo salarial que consiguen los marmolistas coincide con sus peticiones a lo largo del conflicto. No parece por tanto que este punto fuera el que permitió que la huelga durase ocho meses, y sí la insistencia obrera en que los patronos se responsabilizasen directamente de los costos de su alteración de un trabajo consuetudinario, que además contribuyeran a "devaluar" con el empleo de no-marmolistas. Por otra parte una cantidad apreciable de obreros marmolistas quedó sin trabajo, lo que demuestra el relativo éxito de los patronos en este punto³⁸.

Este tipo de huelgas generales de oficio, con el objetivo amplio de consolidar unas bases de trabajo genéricas, aceptadas en una mayoría de talleres de la ciudad, y de gran duración, consolidaban un horario y una tarifa especificadas por escrito, a ser posible con una autoridad por testigo. El resultado solía ser que un mayor número de talleres entraba en el ámbito de la tarifa -y en el de los obreros asociados, lo que venía a ser lo mismo. En los oficios más consolidados, estos contratos ya habían sustituido las antiguas tarifas consuetudinarias, por tanto no se trataba de crearlos, sino de reformarlos, por algún cambio en las relaciones laborales del taller.

A este mismo modelo responde la huelga de ebanistas y tallistas de noviembre de 1916. Al igual

que la de marmolistas, es una huelga de taller, iniciándose en cinco y ampliándose a todos aquellos que no aceptaban la tarifa mínima. Es igualmente larga (más de dos meses en el primer caso y más de tres entre los tallistas), requirió la solidaridad de la Casa del Pueblo de igual forma que la de marmolistas, y su consecuencia fue la confección de un contrato de trabajo, válido por cinco años -auspiciado por la Dirección General de Seguridad en este caso. Los logros estaban en sintonía con lo conseguido por sus compañeros carpinteros tres años antes. Se obtenía un aumento del jornal de un 5 por ciento (frente al 10 que se pedía), la jornada de ocho horas (cuarenta y ocho horas semanales exactamente), y aumentos en las horas extraordinarias con respecto al jornal estipulado, pero bien puede decirse que el resultado arrojaba bastantes sombras sobre las posibilidades reales de este tipo de huelgas generales de oficio³⁹.

En primer lugar, el hecho de que fuesen dos oficios a la huelga no demostró las posibilidades de generalización de un conflicto ni siquiera entre obreros muy afines, sino más bien todo lo contrario -en el Instituto de Reformas Sociales simplemente se las consideró huelgas diferentes en sus tabulaciones-. Juntos pero no revueltos, los tallistas, obreros más cualificados, artísticos y minoritarios que sus colegas, decidieron no aceptar la solución ofrecida a los ebanistas en enero y que su caja podía sostener el paro un mes más. Por ello, "como realizaban su trabajo en otras condiciones, no volverán por ahora hasta no ver atendidos sus justos deseos". En cualquier caso, su esfuerzo fue baldío, pues no tenemos constancia de que lograran condiciones mejores que los ebanistas, pero demostró las tremendas dificultades para que firmaran juntos dos oficios unas bases comunes, aunque conviviesen en los mismos talleres. En segundo lugar, ni se logró la reglamentación de los despidos ni el reconocimiento de la Sociedad como organismo privilegiado para la contratación, al menos por escrito: "no será obligatorio, por parte de los obreros ni de los patronos, el pertenecer a una Sociedad determinada". Por último, las ocho horas sólo marcaban el mínimo de tiempo de trabajo en el taller, "quedando en libertad cada taller de velar las horas que estimen convenientes y con el número de operarios necesario". Con el sistema de veladas (horas extraordinarias hasta que el trabajo se concluye) los maestros hacían frente, en la generalidad de los talleres de Madrid, al número muy

fluctuante de pedidos que les llegaban, a las variaciones de la demanda estacional, y, sobre todo, al control del ritmo de trabajo por el obrero. El único arma del trabajador para obligar al maestro a ajustarse a un horario y evitar el deterioro de su arte (cuanto más rápido, de peor calidad) era el que las horas extraordinarias resultasen muy gravosas al patrono. Según el contrato firmado por los ebanistas, la primera hora se pagaba "al precio normal que resulte del promedio de las ocho horas". Las ocho se transformaban en nueve. No es de extrañar que El Socialista, aunque prometiese "tratar más ampliamente la solución expuesta", no volvió a ocuparse del asunto, ni trufó el acuerdo de ebanistas de loas de triunfo y cantos al poder de la organización, como solía hacer en estos casos⁴⁰.

En otros casos, el modelo de huelga de oficio en la construcción, aunque reaccionaba ante una modificación del sistema de destajo habitual, forma de pago frecuentísima entre los obreros madrileños, no se transformaba en un pulso tan longevo. Como ejemplo puede servirnos la huelga general de tejeros, organizada en junio de 1914. Este oficio trabajaba por cuadrillas, estaba mucho menos especializado que los anteriores que hemos visto, y era remunerado de forma muy variable, según su labor y horario -las horas extraordinarias ni siquiera tenían un canon fijo-. La identidad de oficio por tanto no era tan alta, demostrándolo la pobre afiliación: de 1500/1600 huelguistas entre 1914 y 1916 sólo 100/200 cotizaban activamente en la Sociedad correspondiente. En estas condiciones, para conseguir fijar una tarifa general (13-14 ptas. por cada 3.000 ladrillos cortados), no se podía recurrir a un conflicto largo, o a imponerla taller por taller, sino a una huelga unánime y de breve duración que pudiese forzar un mínimo acuerdo. Esto es lo que se hace en junio de 1914, consiguiéndose la mejora propuesta. La solución de la huelga muestra sin embargo el escaso poder de regulación del trabajo que los obreros tenían en este oficio: sin jornal estipulado, el mismo horario que hacía diez años, nulo control asociativo, con una cláusula expresa, la novena, en la que "ambas representaciones de patronos y obreros declaran que no se harán solidarios de lo que pudieran hacer o intentar los patronos u obreros que no sean sus representados", y condiciones de trabajo sin determinar, o sea consuetudinarias. Y es que el corte de ladrillo era un trabajo mucho más en serie que la labra del mármol. También los acuerdos eran mucho más frágiles: en el verano de 1916 se

reprodujo el conflicto ante un intento patronal de alterar el contrato (y el destajo) una vez más, rebajando la peseta ganada⁴¹.

Sea como fuere, las circunstancias de la guerra y la prudencia posterior a la huelga de agosto apuntalaron la tendencia en el sector, manifiesta desde 1911, a la convocatoria o generalización de huelgas generales de oficio. No puede descartarse que el asociacionismo patronal, y concretamente, la participación de la Federación Patronal (básicamente de la construcción, y que se englobaría en la Confederación Patronal Española), colaborasen a esa tendencia.

En cualquier caso, las respuestas de los maestros en los talleres madrileños a las peticiones obreras seguía siendo extremadamente varia, lo que impedía en cualquier caso un enfrentamiento dual clase obrera-clase patronal, tan caro a los esquemas ideológicos del socialismo de la Segunda Internacional. Estas peticiones (la tarifa mínima y peticiones adjuntas), como ya explicamos, se presentaban a patronos con nombres y apellidos, y sólo los más intransigentes sufrían la huelga, o el boicot, si su posición les permitía prescindir de personal del oficio (osea asociado). Por lo tanto las dificultades de extender una huelga, en la que pagasen justos por pecadores. De la misma forma en que había una justa tarifa y un justiprecio, había que hacer justicia al patrono dialogante.

Algunas de las respuestas de los talleres previas a la ya citada huelga de ebanistas nos suministran un luminoso ejemplo de esta situación. Así, encontramos al escrupuloso patrono asociado militante (Doroteo García, ebanista y carpintero), que afirma: "les comunico que como yo pertenezco a la Sociedad Patronal, declino el honor de tratar con V.. La Junta Directiva de la Sociedad a la cual yo pertenezco es la encargada de resolver dicho asunto". En el otro extremo, César González (en su ebanistería homónima), prefiere las negociaciones cara a cara, al estar conforme con las bases: "la comisión deseo que benga á esta su casa para entenderme con ella particularmente (...) [y] para ofrecirme como su más fiel amigo". Entre ambos polos, otros patronos se atenderán "a lo que se acuerde en la mayoría de los demás talleres de Madrid" (Casa Girod), o realizan ofertas propias,

siempre como "un esfuerzo que esperamos tengan vds. en cuenta", dado el "momento de crisis general", y el objetivo de la "competencia en precio, que es el alma de nuestro trabajo". Este ramillete de reacciones, en vísperas (octubre de 1916) de un conflicto que afectó a buena parte del oficio, demuestra la todavía relativa incapacidad de los maestros de taller para articular un frente de respuesta común⁴².

IX. 3. Presión sobre el Estado y diálogo unitario: las Comisiones de 1918 y 1919

Es comprensible que la "Gran Federación" no fuese todavía una cuestión urgente para muchos trabajadores. De hecho, parece que el objetivo primordial que buscaban los oficios de la construcción, cuando en 1918 decidieron la creación de un nuevo organismo de coordinación, era fundamentalmente la presión sobre las instituciones para que éstas paliasen en lo posible la crisis constructora y de trabajo. El 4 de febrero de 1918 se reunieron las juntas directivas de las sociedades del ramo, teóricamente para protestar por una nueva amenaza por parte de la patronal de paro general en el sector. En la práctica, y en la nota dada a la prensa, aunque no se estaba de acuerdo con la proyectada "paralización" (no se utilizaba la palabra lock-out), se consideraban "justas las reclamaciones de la clase patronal en todas sus partes". Por otra parte, las resoluciones adoptadas se resumían en recabar de Gobierno y Ayuntamientos mayor diligencia y voluntad en su política de obras públicas y en el necesario ejercicio de su papel de promotores de la construcción y solicitar el apoyo de la Central de Arquitectos en una línea similar. Como aspecto secundario, "se nos brinda la ocasión de estrechar los lazos de solidaridad entre los obreros dedicados a este ramo de la industria, y de constituir la Federación obrera del ramo de la construcción"⁴³.

Dos meses después, el 7 de abril, a convocatoria de los albañiles de "El Trabajo", volvió a haber reunión de directivas. En ella, ya sin excusa patronal, vuelve a insistirse en el mismo tema: "que por el Estado, Diputación y Municipio se activen las obras en ejecución y se lleven a la práctica las que se tienen en proyecto"; "que no existiendo en Madrid más industria que la de la edificación, se faciliten por el Estado los medios necesarios (...) para el mejor y mayor desarrollo de la industria";

que "se elevará un escrito al Gobierno, en el que se detallarán las obras en ejecución y las proyectadas por el Estado, Diputación y Municipio". Para velar por estos objetivos se creó un nuevo organismo, responsable de elevar tal escrito y de organizar "una campaña de prensa" presionando en este sentido: la Comisión de las Sociedades Obreras del Ramo de la Construcción⁴⁴.

Para ella nombraron delegados nueve sociedades. A saber: albañiles (con el presidente Mariano Prieto), pintores-decoradores, canteros, obreros en hierro, escultores-decoradores, embaldosadores, vidrieros y fontaneros, carpinteros de taller y portlandistas. Como puede apreciarse, el concepto de "construcción" seguía siendo muy amplio, estando representadas la metalurgia y la madera. Pese a todo, desde que la Comisión empezó a andar, el 9 de abril, no se abrió a nuevos miembros. Aunque se decretó "que deben de pertenecer al ramo de la construcción las Sociedades de Gas y Electricidad, Calefacción y Ascensores, y Ebanistas", y se hicieron gestiones con otras (escultores de ornamentación, colocadores de pavimentos, estucadores a la catalana, aserradores mecánicos y tejeros), lo cierto es que no se sumaron más delegados⁴⁵.

El objetivo inicial fue cumplido a rajatabla: se redactó un texto informativo para repartir entre los representantes del pueblo a todos los niveles -Gobierno, Diputación, Congreso, Senado y Ayuntamiento- y otros organismos oficiales, incluyendo una relación de obras en ejecución y en proyecto para "que en los nuevos Presupuestos se consignen las cantidades necesarias" para continuarlas o iniciarlas. La citada exposición, presentada el Primero de mayo al Presidente del Gobierno, trataba de aprovechar el clima general de expectativas creado por el nuevo Gobierno "nacional" de Maura desde marzo, que había prometido, entre otras cosas, la aprobación de un nuevo presupuesto. En ella se tocaban fundamentalmente tres temas: el agravio comparativo frente a "obreros compañeros nuestros que trabajan en industrias beneficiadas por la guerra" y frente a "la clase media" (los empleados), pues todos habían conseguido mejoras económicas a diferencia de ellos; la degradación de los obreros del ramo, pues "la mitad (...) han sido obligados por la necesidad a aceptar trabajo extraño a su oficio en reparación de carreteras y obras análogas o a descender de

categoría en aquél, con el natural descenso de jornal diario"; por último, la necesidad de que "la construcción prosiga en España su marcha progresiva". Esta muy moderada iniciativa fue aplaudida por significados políticos, la mayoría de los organismos relacionados con la construcción y las mismas organizaciones patronales⁴⁶.

También se abrió la Comisión a otro tipo de iniciativas, como la propuesta de la Central de Arquitectos de crear un "Comité Ejecutivo del Fomento de la Construcción" (diseñado en principio como un órgano mixto con elementos patronales), y la participación en la Comisión de tasa de materiales de construcción. Aunque en principio la Comisión se mostró reticente a inmiscuirse en conflictos laborales particulares, muy pronto se convirtió en el interlocutor privilegiado y permanente con la Federación Patronal, las instituciones y las grandes compañías (por ejemplo las del subsuelo y Metropolitano), para la elevación de peticiones y la denuncia de agravios. Una vez la campaña inicial perdió fuerza, las Juntas Directivas del ramo la convirtieron en el garante y gestor del cumplimiento de sus decisiones. El abanico de sociedades que la formaban la hacían idónea para plantear y defender reivindicaciones de carácter e interés general, o en lugares donde el esquema vertical de oficio no funcionaba de forma idónea⁴⁷.

A raíz de los nuevos mínimos salariales pactados por albañiles (y peones) y Federación Patronal desde el 17 de junio, se despertaron los celos de las restantes sociedades que acordaron pedir un "aumento transitorio de veinticinco céntimos para todo el ramo de la construcción", encargando a la Comisión gestionase dicho asunto. Era la primera vez que los oficios de la construcción presentaban en bloque una petición universal a la patronal. Por supuesto, el hecho de que existiese una asociación de patronos suficientemente representativa facilitaba el aglutinamiento de los oficios en torno a un organismo común y posibilitaba trascender la esfera del taller. Hubo problemas no obstante con algunos oficios (significativamente del metal), cuyos patronos no mantenían relación con la Federación, como ocurrió con bronceistas y moldeadores en metal⁴⁸.

La Federación Patronal, tras consultar a sus sociedades, aceptó la moderada subida el 30 de julio, aunque se exceptuaba a un amplio abanico de oficios, que "han disfrutado de aumento en época reciente", entre los que se encontraban los propios albañiles, embaldosadores, canteros, tejeros y la mayor parte de los metalúrgicos⁴⁹. La Comisión fue la encargada posteriormente de hacerse eco de las múltiples quejas de los oficios denunciando a maestros concretos que no habían aplicado la subida, elaborando listas para facilitarlas a la Federación Patronal. Entre todas estas actividades sólo una vez se habló de la huelga como medio de presión y véase el planteamiento al respecto: "que el compañero Secretario haga una enérgica protesta para la prensa, dejando entrever el propósito de un paro general para ver si logramos algo por parte de el Gobierno". Puede decirse que la Comisión hacía honor a su sello social: dos manos juntas, no manteniendo un pulso, sino saludandose⁵⁰.

En cualquier caso, nunca esta Comisión se convirtió en un sustitutivo permanente de las periódicas reuniones de juntas directivas, que eran las que determinaban la política que debía seguirse, ni fue potenciada como representante y portavoz único del ramo, ni pasó de ser un órgano destinado a la presión sobre los poderes públicos fundamentalmente. Ya en su momento de mayor actividad, en el primer semestre de 1918, era evidente su falta de control sobre sus propios miembros y delegados, más propensos a atender a sus secciones, que al nuevo organismo. Algunas persistentes ausencias en las reuniones así lo denotaban.

Lo cierto es que la Comisión podía haber sido mucho más potenciada, y a principios de 1919 se gestó una nueva campaña que debería haberla revitalizado. Sin embargo, no fue así. El 14 de enero de 1919 la propia Comisión acordó "el iniciar las negociaciones oportunas (...) para pedir a la clase patronal un aumento de una peseta diaria sobre los jornales actuales a la base de las 8 horas". El relativo éxito obtenido con el aumento de los 25 céntimos y el fluido diálogo con la administración (en la Comisión de tasas o en la de papeletas de trabajo del Ministerio de Fomento) permitían iniciar esta campaña con buenas perspectivas. Aunque existía el auspicio favorable de las Juntas directivas, con "acuerdo en firme (...) de que empiece a regir el aumento el día 1 de marzo", existían en el seno

de la Comisión muy serias dudas de "hasta donde están dispuestas a llegar [las organizaciones] caso de una negativa de la clase patronal". Pese a todo se decidió iniciar una campaña informativa y la redacción de las peticiones⁵¹.

En el primer mitin organizado por la Comisión en 1919 se soslayó de hecho este tema. Los oradores se centraron en la crisis de trabajo y la protesta sobre, una vez más, los poderes públicos y el reparto de papeletas que concedían estos, inaceptables para "obreros que se han especializado en sus oficios", porque "sólo dan trabajo de peón y un miserable jornal de 2'50 pesetas"⁵². Parece natural, por tanto, que la petición de un salario mínimo y una jornada máxima resultase un buen expediente ante el deterioro de los oficios del ramo. La reducción de la jornada era considerada de forma universal un método eficaz contra el desempleo y en la construcción en particular presionaba contra la terminación precipitada (y por tanto de menos calidad) de las obras en curso. Por otra parte, estaba avalada por las decisiones que se estaban tomando en los foros internacionales tras la guerra y que recomendaban la jornada de ocho horas sin disminución del salario/hora. A nivel nacional, la presión de los sindicatos en Barcelona, desde febrero envueltos en el conflicto de La Canadiense, formaba un adecuado telón de fondo⁵³.

El 14 de febrero se presentaban las peticiones a la Federación patronal: ocho horas, más aumento de una peseta para los jornales superiores a dos pesetas, y de cincuenta céntimos para los inferiores a esa cantidad. Tal mejora se presentaba como universal, es decir para todos los oficios de la construcción. El aumento de la peseta afectaba a la práctica totalidad de los oficiales, ayudantes y peones. La barrera psicológica de las dos pesetas sólo atañía a los aprendices y mano de obra más descualificada. Hasta los tejeros, los de peores condiciones y más temporeros, pasaban de las tres pesetas. En cuanto a las ocho horas, no eran inusuales ni mucho menos en Madrid en el ámbito de la construcción propiamente dicha. Al aire libre, esta actividad se regía por las horas de luz y el horario oscilaba entre las ocho horas en invierno y las nueve en verano. Este era el usual entre oficios dominantes como los albañiles y peones, carpinteros de armar, pavimentadores, pintores o

portlandistas. Muchos oficios tradicionales del ramo también disfrutaban ya de las ocho horas: los estucadores a la catalana, estuquistas, embaldosadores, marmolistas, escultores y poceros. Y en la madera y el metal, los ebanistas, tallistas, tapiceros, moldeadores en metal y bronceistas trabajaban esas horas, si bien esto era para ellos una adquisición más reciente. Aún así, era en los talleres metalúrgicos y de carpintería y mobiliario donde la reticencia a la aceptación de las ocho horas podía ser mayor. Los obreros en hierro y los carpinteros de taller trabajaban nueve horas, y en estos ámbitos lo usual eran 9-10 horas. El destajo estaba mucho más extendido, bien como sustitutivo directo del jornal, bien completando a éste, y el tiempo de trabajo oscilaba mucho según la demanda, ampliándose por horas extraordinarias convenidas o impuestas en un contrato de trabajo, si este existía. En este contexto se movían concretamente los fabricantes de materiales de construcción (yeseros, tejeros, cortadores de ladrillo), que no era raro pasasen de las 10 horas en álgidos momentos de demanda, en verano concretamente, época del corte y en la que se solían doblar en número⁵⁴.

No extrañan, por tanto, las concesiones que la Federación patronal estaba dispuesta a hacer: ocho horas para carpinteros de taller, cerrajeros, mecánicos, fundidores, mosaístas, vidrieros y fumistas. Es decir, la mayor parte de los oficios relacionados más directamente con la construcción que aún no las disfrutaban. La subida eran partidarios de reducirla a un 15 por ciento (en lugar de un 25, que es lo que venían a pedir las sociedades), aunque sólo en los oficios en los que no se redujese el horario al mismo tiempo. Sin embargo, los patronos presentaban la condición siguiente: "estas mejoras no regirán hasta que el Gobierno, por disposición legislativa o ejecutiva, establezca con carácter general y obligatorio la revisión de todos los contratos de ejecución de obras existentes en la actualidad". Revisión por supuesto al alza, y en una cantidad cuando menos similar al aumento concedido. La reducción de la jornada y el aumento a un tiempo alteraban los contratos ajustados en tiempo y dinero, lo que agravaba la situación de un sector ya fuertemente comprometido por las alzas aceleradas, y sobre todo sorprendidas, de los precios. Los obreros se negaron a apoyar esta petición, que suponía una "confabulación": "nosotros no podemos aceptar esa colaboración con los patronos, ni seguir la conducta de los ferroviarios, que piden el aumento de las tarifas de sus Empresas para

que les mejoren sus sueldos. Tampoco podemos imitar el modelo empleado por los panaderos candelistas en su último movimiento"⁵⁵.

Por tanto, de una manera u otra, la cuestión de la jornada, por interés obrero, y la de la relación precios-salarios, por interés patronal, remitían a la instancia gubernamental como pieza clave del asunto. La respuesta del Gobierno Romanones no se hizo esperar, embarcado como estaba en el conflicto de La Canadiense en Barcelona, que pronto desembocaría en huelga general. Por una Real orden de 13 de marzo de 1919 se institucionalizaba una Comisión mixta de nueve miembros representando al ramo (tres obreros, tres patronos y tres neutrales, es decir técnicos, en este caso arquitectos), que entendiese en el asunto del aumento de salarios, y la ponía bajo el amparo del Ministerio de la Gobernación⁵⁶. Tal Comisión no era nueva: el proyecto tripartito ya había sido asumido por obreros y arquitectos desde 1918 como sabemos, aunque con el fin de fomentar la construcción, no de mediar en los conflictos. También en 1918 se había inaugurado el diálogo entre la Federación patronal y la Comisión obrera del ramo sobre cuestiones salariales, aunque los obreros insistían en que no había habido subidas colectivas desde 1911 -a raíz del colosal conflicto de la albañilería⁵⁷. Por tanto, el auspicio gubernamental ratificaba de hecho una tendencia contrastada en este sector, y la institucionalizaba.

En esta Junta arbitral, auténtico Comité mixto paritario avant la lettre, los tres representantes obreros eran Vidal Espinosa, de canteros, Pablo Sánchez, de obreros en hierro, y Francisco Olalla, de albañiles. Los dos primeros eran miembros de la Comisión presidida por Mariano Prieto, pero con salvedades importantes. El primero de ellos, amén de pertenecer a un oficio tradicionalmente refractario a los organismos unitarios -en concreto a la UGT-, no se había caracterizado por su celo en pro del fortalecimiento de dicha Comisión. De hecho ya había sido amonestado con anterioridad por su actitud⁵⁸. El segundo, a quien representaba en verdad era a "El Baluarte", recién organizado, y que comenzaba a funcionar como organismo unitario. En cuanto a Olalla, su sola presencia desvirtuaba el teórico poder de la Comisión del ramo. El representante de albañiles en ésta, y nada

menos que su presidente, Mariano Prieto, había sido descalificado previamente por "El Trabajo". La Comisión se negó a acatar tal sugerencia, porque "hay un delegado que pertenece a la Sociedad de Albañiles, pero que representa al Ramo de la Construcción"⁵⁹. Tal alegato de autonomía no impidió que las negociaciones de marzo con la patronal fuesen llevadas por una (¡otra!) Comisión, a la que se llamó "de peticiones o reclamaciones", y a la que se hallaban vinculados amén de los anteriores, Manuel López, por carpinteros de taller, y Domingo Zapata, de marmolistas. Esta nueva Comisión era transitoria, creada para este caso concreto, y se hacía eco de la hegemonía de las principales sociedades del ramo, sin pretender ser una dirección ejecutiva que abarcase las minorías. El estrecho cordón umbilical que unía ambas comisiones se rompió muy pronto. Para la organización del mitin del 17 de marzo, la Comisión de reclamaciones "olvidó" invitar a la más antigua. Esta se hizo eco de tal "conducta de desprecio" y del "desaire", y acordó "romper las relaciones" con aquella. La Comisión del ramo de la construcción, que iniciara el diálogo unitario con la patronal en 1918, quedaba marginada de la negociación del nuevo aumento⁶⁰.

IX.4. El virus de las ocho horas y los problemas de la unidad. Nace "El Baluarte"

Dos días después de la creación de la Junta arbitral, el 15 de marzo, aparecía el Real decreto estableciendo las ocho horas como jornada máxima para todos los oficios del ramo de la construcción en España. En la exposición se citaban fundamentalmente motivos sociales y de justicia, y las peticiones obreras y los futuros convenios internacionales sobre la materia como avales. Se descartaba "el peligro de la concurrencia internacional" por las características de la industria. Aunque el Instituto de Reformas Sociales había aprobado el 14 de marzo unas conclusiones sobre la jornada de trabajo, en las que se recomendaba la máxima de ocho horas (48 semanales) para todos los trabajos (con las excepciones pertinentes), a entrar en vigor el 1 de octubre, y la constitución de Comités paritarios profesionales antes del 1 de julio sobre el tema, lo cierto es que "al Instituto no le ha llegado, oficial ni oficiosamente, noticia alguna sobre el origen, preparación y desarrollo, en Reales resoluciones, de la cuestión". Sólo se le pidió ayuda cuando llegó el delicado momento de definir qué se entendía por oficios de la construcción y similares (coletilla que rechazaban los patronos por otro lado)⁶¹.

El decreto de las ocho horas en la construcción supuso un respaldo moral, y sobre todo legal, a las reclamaciones de la nueva Comisión. Esta hizo su puesta de largo en el ya citado mitin del 17 de marzo, que precedió al dictamen de la Junta arbitral. En éste se aceptaba la subida de una peseta y dos reales para salarios mayores y menores de 2 pesetas, pedida por los obreros. Sería efectiva a partir del 23 de marzo. Como principio general, la subida sería pagada en un 40 por ciento por los contratistas (los maestros de obras) y en un 60 por ciento por los propietarios, determinando los arquitectos las cantidades ajustadas para las obras pendientes de ejecución. Este laudo se convirtió en Real orden el 22 de marzo, en la que se añadía que las ocho horas también empezarían a regir el mismo día, tratando de arreglar otro de los defectos del decreto original: no se citaba fecha para su implantación⁶².

Estos éxitos, y estas imprecisiones legales, desataron entre los obreros de la construcción y afines el virus de las ocho horas. El día 17 abandonaron el trabajo los obreros del saneamiento del subsuelo de forma espontánea, recorriendo tajos y obras e invitando a los demás a secundar su movimiento. El 18 los del Metropolitano. En estas grandes obras públicas, como ya se ha dicho, las fronteras entre oficios eran más débiles, abundaban los peones, y la disciplina vertical era mucho menor. El horario general era de nueve horas. Tras el 23 comenzó el aluvión de huelguistas en aquellos talleres donde no se respetaban las nuevas disposiciones, sobre todo en cuanto al aumento salarial se refiere. Al ver los oficios principalmente afectados, no debemos sorprendernos: "tejeros, fundidores, cerrajeros y mecánicos". En los talleres de metalurgia es donde principalmente los maestros rechazaron de plano la nueva situación⁶³.

En el fondo, la oposición patronal venía propiciada por la misma indefinición de las normas gubernamentales. En primer lugar, parecía abrirse la puerta a la revisión de los contratos, pero no se precisaba. Así se expresaba la Federación Madrileña de los gremios de la construcción: "si el Gobierno no se considera con facultades para imponer obligatoriamente la revisión de los contratos de ejecución de obra, es preciso reconocer que tampoco alcanzan sus atribuciones a modificar el

precio del contrato de trabajo, de índole jurídica exactamente igual a aquéllos". En segundo lugar, no se han "especificado completamente los distintos oficios a que la mejora alcanza(...), por entender demasiado vaga la expresión "ramos de la construcción"". En definitiva, la Federación se consideraba desligada de todo compromiso y recomendaba a sus afiliados hacer caso omiso de tal disposición. A mi entender, los intereses poco aunados de los pequeños talleres -incluidos los metalúrgicos, a muchos de los cuales no representaba la Federación- frente a las grandes construcciones -de cuya demanda vivían muchos de ellos- y de los maestros de obras frente a los propietarios -en el caso de revisión de los contratos-, es lo que impedía a la Federación imponer una mínima disciplina entre los patronos, enmascarada por tan "inflexible" postura⁶⁴.

La Comisión obrera de reclamaciones amenazó con una huelga general para el 27 como respuesta, y en solidaridad con los metalúrgicos. Tal acuerdo se comunicó a la directiva de albañiles, prescindiendo por supuesto de la Comisión presidida por Mariano Prieto, en la que teóricamente estaban representadas las juntas directivas. Pese a las protestas de esta última, fue completamente ajena al desenlace final de la cuestión, para más tarde desaparecer sin dejar rastro⁶⁵.

Con un Gobierno Romanones contra las cuerdas por la huelga general de Barcelona estallada el 24, y mediante la intervención del mismísimo Largo Caballero, se orilló la espinosa cuestión con una triple iniciativa. Por una Real orden de 26 de marzo se creaba otra Comisión tripartita, con representantes de la Cámara de Propiedad Urbana (propietarios), la Federación Madrileña (contratistas) y la Central de Arquitectos (técnicos), "para que determine quiénes han de ser los que sufragen los aumentos de jornal y en qué proporción"⁶⁶. Otra de 27 de marzo creaba una Comisión más con patronos, obreros metalúrgicos e ingenieros industriales, para estudiar el tema del aumento salarial en este específico sector. Para entonces, la amenaza de una huelga en Madrid se había disipado.

Por último, en cuanto a la auténtica identidad del ramo de la construcción, necesaria para la

aplicación del decreto, se requirió con urgencia perentoria el 26 un informe al Instituto de Reformas Sociales (¡ahora sí!) al respecto. Cuando tal informe se aprobó en sesión plenaria (el 9 de abril), más tarde refrendado y considerado norma por una Real orden al día siguiente, ya había sido publicado el Real decreto de las ocho horas del 3 de abril, con efectos universales a partir del 1 de octubre. La distinción entre oficios ya sólo servía para hacer efectivo o no el consabido aumento de la peseta, pero no para las ocho horas. El decreto del 3 (que recogía íntegro el proyecto del Instituto) dejaba en evidencia la nula planificación y el frenesí circunstancial a la hora de legislar del gabinete Romanones. Es indudable el impacto que causó tan claudicante imagen de las autoridades entre tirios y troyanos, especialmente en los medios patronales. Aunque, como vimos, la mayor parte de los patronos relacionados con la construcción estaban dispuestos a ceder en el tema del horario, en el campo, el textil, la siderometalurgia o el comercio el decreto cayó como una bomba⁶⁷.

De la clasificación de los oficios realizada por el Instituto⁶⁸ nos interesan resaltar algunos aspectos importantes. El concepto ramo de la construcción, en un sentido amplio, se subsumía al de obras de la edificación en un sentido más estricto. Con este sentido se abarcaba a aquellos obreros que trabajaban a pie de obra o en talleres y fábricas dedicadas "exclusivamente a labrar o dar forma a los materiales de construcción". El problema se daba con aquellos centros de trabajo donde además se realizaban "otros objetos" con otro fin, o materiales (madera, hierro, yeso) que podían destinarse además a otras funciones, aparte de la edificación. Así sucedía con la siderurgia, construcciones metálicas, talleres mecánicos, de marmolistas, ebanisterías y carpinterías, vidrieros y fumistas, y trabajadores de la cerámica y el transporte. A estos talleres, considerados "mixtos", se les consideraba afectados por las disposiciones gubernamentales sólo cuando "predomine el trabajo relativo a edificación, y no sea accidental y precario, sino que tenga cierto carácter permanente". Se excluían la compra-venta comercial de objetos relacionados con la construcción (madera, papel pintado, pintura) y "la fabricación de cal, yeso, cemento, vidrio y otros materiales elementales considerados como productos industriales dedicados a la venta", a no ser que se hiciesen bajo contrata "para una obra determinada". En cualquier caso, se remitirían las dudas a los comités paritarios que se crearían

en el futuro en todas las industrias, o los mixtos circunstanciales si fuese el caso.

Aunque el informe final no entraba en el tema de la mayor o menor restricción del concepto construcción, reconocía implícitamente lo heterogéneo de tal ramo, distinguiendo entre el tajo y el taller, señalando sectores de dudosa afiliación, y algunos directamente desvinculados. Es más, en la información oral y escrita adjunta, los arquitectos avalaban esta diferencia entre "las industrias fabriles que elaboran y expenden materiales de construcción de las industrias y oficios que transforman, manipulan y colocan esos mismos materiales, ya ejecuten sus trabajos en la obra o en talleres separados de ella". Entre otras exceptuaban la ebanistería. A ellos se unían los patronos y contratistas, que prácticamente sólo veían como funcionales las ocho horas en el ámbito del tajo. Las ocho horas aplicadas al "ramo" en sentido amplio, al menos en Madrid, donde su importancia era manifiesta, terminaban adquiriendo valor universal. Véase un ejemplo en la respuesta de la sociedad de patronos ladrilleros: "Entiende que sólo son obreros del ramo de construcción los que prestan sus servicios personales dentro de la edificación, y no los que fabrican los materiales que aquélla emplea. De otro modo estarían incluidos en el ramo de la construcción la totalidad de los obreros, y para eso hubiera sido preferible dictar la Real orden en ese sentido"⁶⁹.

Como sabemos, el decreto del 3 de abril hizo caso de tal sugerencia y dejaba zanjada la cuestión... en cuanto al horario. Lo que quedaba claro es que cualquier otra reivindicación colectiva de aumentos salariales basada en tan divergentes vivencias y conciciones de trabajo chocaría otra vez con un problema similar. Los obreros y patronos metalúrgicos, como ya se ha dicho, fueron reconducidos hacia una Comisión mixta independiente. En los futuros Comités paritarios que discutiesen los salarios mínimos, ¿podría haber una representación única del ramo, aglutinando obreros en hierro, carpinteros, canteros y albañiles?. ¿Se podría seguir pensando en una "Gran federación del ramo de construcción"?

El triste balance de la Comisión de 1918-1919 contesta a la pregunta: lo que podía haber sido un

proyecto de Ejecutiva se convirtió en un organismo fantasmal, encaminado a su extinción. Parece evidente que la alianza de los canteros, madera y metal con los siempre decisivos albañiles firmó la sentencia de muerte del nuevo órgano unitario. Estos cuatro sectores no volverían a unirse nunca en un órgano unitario antes, ni tampoco después, de 1923. El deseo de presionar sobre las instituciones para la universalización de medidas acicateó los acercamientos entre sociedades en 1918-1919, pero una vez puestas de manifiesto las dificultades para encontrar un interlocutor único entre los patronos y unas mismas condiciones de trabajo para todo el sector, se consumó la imposibilidad de una organización común para la mayoría de los trabajadores de la capital bajo el rótulo "Ramo de la construcción". El logro de las ocho horas no supuso el punto de partida o la ratificación de un acercamiento, sino el final de éste, y la apertura proyectos algo más modestos, pero más duraderos.

De todos modos, aunque no puede decirse que las iniciativas gubernamentales estén en el origen de este proceso, sí que convergen en el mismo sentido, por su insistencia en establecer diferencias entre los trabajadores del tajo y el taller, y los que dependían de las edificaciones y los que no. En este sentido, acicatearon la formación de organizaciones separadas y de más coherencia, tanto obreras como patronales. Las autoridades fueron un referente fundamental en las relaciones laborales en la construcción en este bienio, puesto que los obreros buscaron en todo momento un refrendo legal de las ocho horas y la subida salarial que exigían, y los patronos negociar estas concesiones con el Gobierno mismo, pidiendo a cambio la revisión de los contratos. Por tanto, puede decirse que las instituciones no toman la iniciativa, dirimiendo una cuestión laboral, sino que son presionadas e impelidas a intervenir como una parte fundamental del conflicto mismo.

El preludio de 1918 ya supone un ensayo general: acercamientos entre obreros, patronos y arquitectos (técnicos) en torno a los problemas del sector, pergeñando los futuros comités paritarios; problemas de identidad del sector mismo (metalúrgicos, destajistas, diversidad de costumbres laborales); necesidad de la intervención estatal; amenazas latentes de cierres y/o huelgas dirigidas contra las autoridades, tanto o más que hacia el enemigo social; diálogo fluido entre dos clases

supuestamente antagónicas pero "comprensivas" hacia los problemas del sector; recelo de las demás sociedades hacia los albañiles, e independencia de estos a la hora de firmar sus propios convenios. Algunos nuevos factores permitieron que en 1919 se concretase el ensayo, de forma un tanto precipitada y en apariencia sorprendente. Factores internacionales, como el final de la guerra, la consolidación del bolchevismo o los nuevos vientos que corrían por Europa en materia de intervencionismo en el mundo del trabajo, pero sobre todo nacionales, con el sarampión sindicalista de Barcelona a la cabeza, que crearon el telón de fondo para una implicación efectiva del Estado en el conflicto. En cualquier caso, la actitud del Gobierno Romanones, en lo que a este tema respecta, abría nuevas perspectivas y ratificaba y/o sancionaba tendencias preexistentes, pero no las creaba. Ahora, otra cosa era el ejemplo dado a otros sectores, fuera de la construcción, sobre la importancia del contrato colectivo, la unión entre oficios (de obreros) o entre gremios (de patronos), y la presión sobre el Gobierno como objetivo último de una movilización.

Una muestra importante de lo preexistente de estas tendencias en el ramo, nos lo da precisamente la constitución del sindicato metalúrgico "El Baluarte". Como sabemos, el problema de la metalurgia había resultado de los más delicados en el momento de solucionar el conflicto. Por un lado, era un sector mayoritariamente centrado en el taller, en el que el ritmo de trabajo oscilaba entre las nueve y las diez horas, según la demanda y la celeridad con que se debían despachar los pedidos. y era, como lo eran todos los talleres de Madrid, especialmente sensible a la competencia extranjera. Por otro, aunque su dependencia de la edificación podía ser grande, gran parte de estos trabajadores (desde los que reparaban automóviles a los constructores de maquinaria, pasando por caldereros, moldeadores, fundidores, de electromecánica, etc.) no estaban relacionados directamente con la edificación, y es más que posible, como se ha insinuado en otro lugar, que durante la guerra, y dada la atonía en la construcción de viviendas, sus autonomía hubiese aumentado. Esto explica que, durante el conflicto, los patronos metalúrgicos hubiesen mostrado una importante oposición a ser englobados en el tan traído y llevado "ramo de la construcción" y que finalmente se hubiese creado una Comisión aparte para dirimir sobre el aumento salarial en este sector concreto.

Los metalúrgicos, sin embargo, ya habían tenido problemas para ser reconocidos en bloque como "obreros de la construcción" cuando las reclamaciones de 1918, y esta experiencia resultó decisiva para la creación de una organización común. "El Baluarte" nació por la fusión de las sociedades de moldeadores en hierro, obreros en hierro, moldeadores en metal y bronceistas. Como quedó de manifiesto en las reuniones para aprobar el reglamento de la nueva organización (nov.-dic. de 1918), su diseño pretendía desde el primer momento la desaparición de las secciones. De hecho se rechazaron todas las enmiendas favorables a una mayor autonomía administrativa de éstas⁷⁰. Este intento de aunar todo un sector afín de forma horizontal y local, que recordaba a las fórmulas de sindicato único tan caras a la CNT, resultaba cuando menos novedosa en la organización madrileña, habituada al entronque vertical y federativo de los oficios. Ahora bien esto no suponía en primera instancia un desligamiento del "ramo", sino más bien la creación de una plataforma de mayor poder dentro de éste a la hora de reivindicar conjuntamente las ocho horas y la peseta de aumento, que a nadie se le ocultaba era una de las motivaciones principales de la nueva organización⁷¹. Un Comité ejecutivo constituido el 14 de febrero de 1919 de doce miembros (tres por sección), con Pablo Sánchez de presidente, se encargaría de dirigir a los 2.000 afiliados con que contaba "El Baluarte". La vinculación con el movimiento del "ramo" no podía ser más evidente: el mismo día que se creaba el Comité, se votaba por unanimidad respaldar la petición a la patronal. No es extraño que algunos expusiesen sus dudas sobre "si se cree que puede organizarse un movimiento tan trascendental sin saber si el Comité es tan potente como para llevar a la práctica este asunto"⁷².

En este movimiento "El Baluarte" resultó ejemplificador de los problemas de los nuevos "sindicatos de industria". Nacido como una plataforma de representación colectiva de los metalúrgicos cara a un conflicto más amplio, se verá obligado a labrarse un camino propio frente a las otras sociedades del "ramo". Como sabemos, fueron precisamente los patronos metalúrgicos los que se negaron especialmente al paquete de medidas de Romanones. El resultado no fue una huelga general de solidaridad con ellos por parte del resto del sector, sino, como hemos visto, el apartamiento del problema del metal como "específico" y su encauzamiento hacia la Comisión mixta del 27 de marzo.

En realidad, la representación obrera en la citada Comisión la formaban tres miembros de la de reclamaciones, entre ellos Pablo Sánchez. Los otros dos (Olalla, albañil, y Espinosa, cantero) no pertenecían al metal. Dicha representación aceptó primero establecer una discriminación entre los propios metalúrgicos (7 de abril): los que "estén comprendidos en el ramo de la construcción" la peseta, los que no, sólo 60 céntimos de aumento (y 30 para los que no pasasen la frontera de las dos pesetas). Más tarde (10 de abril) firmó un laudo que recogía las ocho horas para el metal y la subida de 60 céntimos, y que no hacía tal diferenciación explícita⁷³.

Como era de esperar, este proceso no fue del agrado de los metalúrgicos, y en bastantes talleres el trabajo siguió sin normalizarse en abril y mayo. En primer lugar se acusaba a los restantes obreros de la construcción de dejarles solos, por cuestiones semánticas: "las mejoras conquistadas dijeron que eran para el ramo de la construcción y no de la edificación" o en el mismo tono "estando la comisión integrada por representantes de todos los oficios no debió dejarse solos a los metalúrgicos". Había además bastantes partidarios de exigir la peseta para todo el oficio sin distinciones: "habiendo ido todos por la peseta y las ocho horas no debe haber excepciones entre los metalúrgicos y que todos pertenecen a la edificación". Esto solucionaba la negativa de los obreros de varios talleres a trabajar con los 60 céntimos, pero obligaba al Sindicato a dar un paso para el que no parecía preparado. La desunión e indisciplina de estos meses revelaba la auténtica debilidad del "sindicato único": una plataforma reivindicativa de oficios sin una identidad común⁷⁴.

En vista del cariz que tomaban los acontecimientos, intervinieron las restantes sociedades de la construcción, nombrando otra comisión (con un representante de albañiles, otro de carpinteros y otro de pintores) para "tramitar" la cuestión (12 de mayo), con otro estrepitoso fracaso. Sólo la decisión de apoyar -sólo "materialmente" claro- la huelga por las Juntas directivas de la Casa del Pueblo el día 6 de junio tuvo cierta influencia en la solución del conflicto. El 11 de junio éste se cerraba con un pacto con el Sindicato metalúrgico patronal, que daba la peseta de aumento. La victoria resultó bastante pírrica, puesto que el tal acuerdo no resultaba vinculante -ni siquiera para los patronos

afiliados. A semejanza de lo ocurrido ante la patronal de la construcción tres meses atrás, siguió habiendo talleres que no concedían el aumento, y en donde teóricamente no se podía trabajar. La aparente huelga se quedaba en boicot, procedimiento habitual en el mundo del taller. Por otra parte, y como era tradicional, el final del conflicto suponía la inflación de horas extraordinarias, por los pedidos y stocks acumulados, desvirtuando las ocho horas⁷⁵.

Como ha podido apreciarse, en todo momento se intentó la localización del conflicto por todos los medios, aún dentro del propio sindicato. La nueva plataforma encubría procedimientos tradicionales del mundo del taller: solidaridad económica de los que trabajan hacia los que no, mantenimiento de muchos conflictos parciales a un tiempo pero sin llegar a un paro general, etc.. En cualquier caso, los logros y novedades del conflicto metalúrgico no deben menospreciarse.

En primer lugar un sector ligado en el organigrama -mental y real- de la Casa del Pueblo al "ramo de la construcción", deja de estarlo, no sólo a nivel organizativo, algo fácil al no existir un organismo que lo representase de hecho, sino a nivel fáctico. Las sociedades "hermanas" no sólo marginan y aíslan el conflicto, entroncado en su origen con una petición-madre, sino que no se deciden a ofrecer una solidaridad preferencial, ni huelguística ni tampoco material. Esta ayuda se articula finalmente a través de la Casa del Pueblo toda⁷⁶. Este traumático destete resultó decisivo para el tremendo impulso de "El Baluarte" y su voluntad de total autonomía, no muy clara todavía en la primavera de 1919⁷⁷. Por otra parte, y pese a la falta de unidad en el conflicto, se conseguían acuerdos válidos para todos los metalúrgicos, un primer paso hacia la forja de costumbres comunes y definitorias. Pese a todo siguió participando en las reuniones de Juntas Directivas del ramo de la construcción sin desligarse de sus antiguas relaciones. Por último, la falta de disciplina y la postura recalcitrante que habían adoptado bastantes obreros en los talleres enfrentada a los tibios acuerdos que se tomaban, sugerían una radicalización de posturas, cuando menos bastante novedosa en Madrid y en el sector⁷⁸.

IX. 5. El horizonte de la huelga general (I): el lock-out de 1919-1920

IX.5.1. Líneas de fuerza y factores endógenos

La relativa fluidez y calma con que en el ramo de la construcción se resolvió la cuestión de la peseta y las ocho horas en la primavera de 1919, no presagiaba lo que sobrevendría en el invierno siguiente: un duro lock-out general, de prácticamente dos meses, y que afectó a entre 25 y 30.000 trabajadores en Madrid. Es sabido que este cierre empresarial coincidió en el tiempo y en la oportunidad con el de Barcelona. Este se explicaba por sí mismo por el clima de pistolismo y profunda tensión entre patronos y sindicatos únicos que se venía dando allí, cuando menos desde las huelgas de febrero-marzo⁷⁹.

Como es sabido, la plataforma para la organización de éste y su extensión nacional resultó ser el II Congreso de la Confederación Patronal Española celebrado en Barcelona del 20 al 26 de octubre. En este congreso se debatieron ponencias de muy distinta índole, algunas muy progresistas, pero también se consideró "urgente y necesaria una acción común, actuación enérgica para la extirpación radical y absoluta de la ponzoña que corroe los mismos fundamentos de la sociedad". Como se ha dicho recientemente, "a la hora de la verdad, el congreso fue capitalizado por una minoría intransigente obsesionada con poner en jaque al gobierno, al que responsabilizaba de la crispación social reinante por ser excesivamente complaciente con los sindicatos"⁸⁰.

De hecho convergían al menos tres líneas de fuerza en el lock-out iniciado el 3 de noviembre, y que se alargaría hasta finales de enero de 1920. En primer lugar se trataría de una protesta generalizada contra la falta de protección de los patronos frente a los atentados sindicalistas, fundamentalmente en Barcelona y en Valencia, cuyo remate había sido el asesinato de Bravo Portillo el 5 de septiembre, además de la represión parapolicial en la ciudad catalana. Además le acompañaba una motivación política clara: un deseo confesado de derribar el gobierno Sánchez de Toca, al que se consideraba excesivamente transigente con el sindicalismo, y que había abierto un período de tregua en esta pugna en el mes de septiembre, y con él al gobernador civil de Barcelona, Julio

Amado, "posiblemente uno de los gobernadores civiles más odiados por las fuerzas económicas entre los muchos que asumieron esa autoridad en el período". Por último, un deseo, algo más remoto, de romper el espinazo, o cuando menos, debilitar lo suficiente, a los sindicatos únicos⁸¹. Como es sabido su resultado más tangible en cualquier caso fue el acoso y derribo del gobierno, lo que se logró a principios de diciembre, si bien de forma indirecta⁸².

De todas formas el lock-out se había estado ensayando en amplios sectores de la producción de Barcelona en los meses de julio y agosto, entendido como pugna por el control del centro de trabajo frente a los sindicatos únicos. Al convertirlo además en un arma de presión política, voceado desde un congreso nacional, se pretendía extenderlo como procedimiento fuera de Barcelona y, en mi opinión, aprovecharse del generalizado descontento patronal. Este se hallaba en aumento desde que el gobierno Sánchez de Toca había demostrado su voluntad manifiesta de cumplir los plazos anunciados por Romanones para la aplicación de las ocho horas, a diferencia del gobierno Maura anterior, al que apenas dió tiempo a decretar la constitución de unas Comisiones regionales para la clasificación y agrupación de las industrias el 24 de mayo. El 21 de agosto aparecía en la Gaceta un Real decreto firmado por Burgos y Mazo, el ministro de la Gobernación, encomendando a las Juntas locales de Reformas Sociales, en lugar de a los prometidos Comités paritarios, imposibles de formar para el 1 de octubre, las propuestas de excepción a la jornada de ocho horas. Por si algo no quedaba claro, otro decreto en la Gaceta del 23 de septiembre, en medio de la tregua abierta en Barcelona, confirmaba el 1 de octubre como fecha de implantación de la jornada obligatoria universal⁸³. Aunque el día 1 de octubre no acontecieron incidentes graves, es evidente que tal insistencia y relativa celeridad en aplicar una ley social, algo inusual en la España de entonces, resultaron tan graves y amenazantes para los patronos como el contenido mismo del decreto del 3 de abril, cuya validez se suponía tan breve como la del Gobierno Romanones que lo alumbró⁸⁴.

Parece evidente que el clima de radicalización social y política que vivía el país también supuso un ambiente favorable al cierre patronal entre las clases medias y medios conservadores. El miedo,

justificado o no, al bolchevismo, era alimentado por diferentes cauces. Entre otros, podemos señalar, el creciente intervencionismo social de un Estado como el español, tradicionalmente remiso a fomentarlo, y que era visto como un signo de debilidad ante la presión de los trabajadores; la agitación del campesinado, cada vez menos mesiánica y más sindical; los motines tradicionales de subsistencias, como el del 28 de febrero en Madrid, reinterpretados a la rusa por autoridades y patronos, pero también por medios sindicales; el avance político socialista (repitió seis diputados en las elecciones de junio) y el desarrollo y expansión del tercerismo como "un estado de ánimo" dentro del partido⁸⁵. Por último, debemos destacar el surgimiento de un sindicalismo blanco alternativo⁸⁶ y de guardias cívicas rompehuelgas⁸⁷, partidarios de medios bastante punitivos de actuación, y significativamente, el desarrollo del aparatoso congreso cenetista, provocadoramente iniciado el 10 de diciembre en Madrid, ciudad relativamente ajena a los procedimientos que se empleaban en Barcelona.

Este clima, sólo en parte relacionado con la vida de la ciudad, y muy remotamente con el ramo de la construcción, probablemente resultó determinante para que el lock-out barcelonés abierto el 3 de noviembre no quedara aislado ni obtuviese un repudio unánime entre la opinión pública de la capital. Aún así, la Federación madrileña de los Gremios de la Construcción de Madrid no se sumó a éste desde el principio, no hasta el 13 de diciembre, después de que los intentos de conciliación en Barcelona fracasaron sucesivamente. Antes de esa fecha todo fueron rumores de lo que se avecinaba, sin llegar a concretarse nunca.

Son sintomáticas las reacciones de las sociedades obreras madrileñas. El 3 de noviembre y los días siguientes no hay ningún mitin al respecto. El comentario que se hace en El Socialista es político, porque "a lo que se va es simplemente a derribar al Gobierno". El 21, José Rives Moyano, presidente de la Casa del Pueblo, avisa de que se pretende "lanzar al locaut a toda la clase obrera madrileña", pero se insiste en el carácter de "confabulación" antigubernamental "alentada aquélla por los representantes más reaccionarios de la política"⁸⁸. Prácticamente hasta una semana después no se

celebra un mitin de las sociedades del ramo sobre el tema. Pasa otra semana (3 de diciembre) hasta que la Federación se decide a enviar una circular a los patronos, prácticamente exigiendo el inicio del cierre:

"Por acuerdo de esta Federación, de que oportunamente se dió a usted cuenta, debe despedir a todo su personal obrero, que trabaje en Madrid, el sábado de la actual semana, sin pretexto ni excusa de ninguna clase, advirtiéndole que durante todo el tiempo que dure el paro, deberá tener cerrado el almacén o establecimiento, así como el taller u obra, absteniéndose de realizar todo género de operaciones y transacciones.

(...).

Por último, se advierte a usted que el paro subsistirá hasta que la Federación comunique a usted la orden de reanudar el trabajo, y que sólo debe prestar atención a las indicaciones u órdenes que emanen de la misma y se le notifiquen directamente⁸⁹."

En realidad, tampoco se inició en esa fecha, aplazándose hasta el 13, aparentemente por una carta conminatoria del alcalde Garrido Juaristi, exigiendo el cumplimiento de la ley de conciliación y arbitraje de 1908, que exigía un aviso con una semana de antelación e información de los establecimientos que iban a cerrar. Es bastante probable que el verdadero motivo fuese de carácter interno, pero muestra el legalismo respetuoso que se trató de conservar en Madrid⁹⁰. Curiosamente el día 12 el gabinete Sánchez de Toca dejaba paso a un nuevo gobierno presidido por Allendesalazar, lo que no impidió que el lock-out barcelonés continuase y se iniciase el de Madrid. La teoría del derribo del gobierno quedaba desmentida.

Este planteamiento general ha conducido a que las leves referencias que se hacen de este lock-out en la historiografía lo conviertan en un mero apéndice solidario del iniciado en la ciudad condal, un acto reflejo de los patronos madrileños, que actuaban "por mimetismo con Barcelona". Por ello se le ha descrito como un fenómeno atípico, "algo de por sí verdaderamente insólito en Madrid". A ello deben sumarse los factores generales de radicalización social y política del país y el auge del modelo sindical barcelonés, que precisamente en diciembre alardeaba de sus fuerzas en la misma capital. Esto extendió "el miedo al contagio de Barcelona" entre los patronos. Según tal explicación el lock-out madrileño sería un fenómeno exclusivamente de importación, y en él primarían factores exógenos no

directamente vinculados con la realidad social y laboral de la ciudad⁹¹.

Sin embargo, y en perspectiva, las negociaciones de aumentos colectivos de 1918 y 1919 pusieron las bases para que pudiera darse tal paro del sector. La relación entre las sociedades del ramo se había estrechado, aunque en principio sólo cristalizase orgánicamente en momentos clave y delicados. El protagonismo de la Federación patronal había sido completo en tales acuerdos, aún con la salvedad de que su firma no garantizaba su universal cumplimiento, y que, por supuesto, había demostrado no representar a los patronos metalúrgicos. Estos precisamente, y como bloque, no se sumarían al lock-out. Sobre estas bases, existían ya unos precedentes para una negociación mucho más bipolar que antaño, con subidas lineales de validez universal y con peticiones patronales comunes -que incluían como sabemos, la revisión de los contratos-.

Por otra parte, aunque nunca había habido un cierre de estas dimensiones, el lock-out como arma patronal en la negociación laboral no era en absoluto inusual en Madrid, al menos desde 1911. Como sabemos, con esta palabra las sociedades obreras de la Casa del Pueblo se referían a la solidaridad de los maestros de un mismo oficio con algún o algunos talleres o casas, boicoteados bien por no aceptar la tarifa, bien por "asilar" obreros no asociados. Sus efectos prácticos no eran desdeñables puesto que extendían el conflicto a todo el oficio y permitían aumentos generales, renegociaciones de condiciones laborales o firmas de contratos colectivos, hasta entonces inexistentes o sólo supuestos. Por ello permitían llegar a un acuerdo global mínimo, aceptado por las dos partes, de forma más rápida que con boicots puntuales.

Estos lock-outs no eran cortos ni mucho menos. Por poner ejemplos, el de cerrajeros de 1912-1913 duró más de cuatro meses, el de carpinteros de 1913-1914 casi un trimestre. Ambos acontecieron en invierno, época propicia para cierres y conflictos en la construcción, porque era una época de mayor atonía en esta industria, de mayor desempleo, y de menores pérdidas para los patronos en casos de paros prolongados. Ambos complicaron a otros sectores del ramo, que cerraron

filas en torno, y en ambos se produjo la amenaza del lock-out general. Esta siguió repitiéndose intermitentemente durante los años de la guerra, especialmente en 1916-1917, en el transcurso de la huelga de marmolistas (también larguísima e invernal), y sobre todo en las primaveras de 1918 y 1919, cuando la presentación de demandas colectivas. En todos los casos, la Federación patronal fue protagonista cada vez más importante en las negociaciones. En las reivindicaciones de oficio las sociedades obreras la consideraban un elemento ajeno a la cuestión, coaccionador de los maestros, y que bloqueaba las negociaciones (p. ej. en la huelga de marmolistas). En las del ramo sin embargo se la había aceptado como interlocutor válido. Por último, en todos los casos, las amenazas de cierre eran explicadas como presiones hacia el gobierno para que compensase al sector de las vertiginosas alzas de precios.

Como veremos, el lock-out de diciembre responde a todos estos parámetros. Por todo ello, no se debe describir como algo insólito en las relaciones laborales y sociales de la ciudad, producto de un virus coyuntural, sino como una consecuencia lógica de las tradiciones sedimentadas en el conflicto industrial madrileño durante la última década. Una de ellas precisamente, la localización de las huelgas, se mantuvo, y eso pese al impacto que un cierre en un sector mayoritario como éste suponía. El conflicto no se generalizó, como ocurrió en Barcelona, a otros sectores. Sólo concitó el apoyo, que nosotros sepamos, de un cierre de tiendas y comercios el día 30 de diciembre, y no estamos muy convencidos acerca de sus auténticas razones últimas⁹.

Ocasiones hubo, sin embargo, para que el lock-out se generalizase. Entre octubre y noviembre hubo huelga de sastres, y en diciembre de sombrereros; los últimos días de noviembre, general de panaderos, sólo solucionada provisionalmente; el mismo mes de diciembre, general de Artes Gráficas y de tranviarios, con la irrupción de la Unión Ciudadana. Hasta los del tabaco organizaron una huelga prácticamente nacional entre diciembre y enero. Corrían asimismo intensos rumores sobre la organización de dependientes de comercio o auxiliares de farmacia. Este clímax, en parte animado por el virus de las ocho horas, y el aluvión de peticiones presentadas por o anidadas en otras muchas

sociedades obreras amenazaba extender el conflicto industrial a sectores hasta entonces no demasiado afectados por él -sastras, dependientes, cigarrerías, tranviarios- o amplificarlo en otros, considerados más sensatos hasta la fecha. Sobre esto último recordemos que la huelga general era rara avis entre los tipógrafos⁹³. Estas conflictos permanecieron diferenciados, pero es evidente que este clima general no ayudó a la confianza ni a la negociación, y consolidó el valor simbólico del paro en la construcción. La huelga se extendía como medio de respuesta social y esto sin duda fortaleció las posiciones de los patronos del ramo. De ahí que el lock-out se iniciara en diciembre, en plena fiebre, y no antes. Ahora bien, este aluvión de peticiones obreras, que se extendía vertical y horizontalmente -con más exigencias y con más obreros- por la ciudad, no era ni un fenómeno de importación ni un salto en el vacío⁹⁴.

De hecho, en el mismo ramo de la construcción se había dado un rosario de huelgas sectoriales previas al lock-out, sobre las que conviene detenerse un momento porque en ellas se apoyó la protesta patronal. La principal y la pionera fue la de pintores decoradores del 15 de septiembre. Los pintores nunca habían sido durante la guerra una de las sociedades más nutridas del ramo, rondando los 200 ó 300 militantes, siempre por detrás no ya de peones, albañiles o carpinteros, sino también de marmolistas o embaldosadores. En 1914 sólo entre los oficios más estrictos de la edificación era el noveno, de un total de veinte, en el organigrama de la Casa del Pueblo. En 1919-20 sin embargo se registra un crecimiento inaudito (1300 afiliados según el Censo electoral), que les colocaba en el tercer lugar tras albañiles y peones. Es sabido el engorje que las sociedades de oficio de la Casa del Pueblo registraban inmediatamente antes de lanzarse a una huelga. Al humo de las peticiones crecía la afiliación. Sin embargo, este número de socios y esta posición preeminente se mantuvo, más o menos, en los años siguientes. Parece que un acuerdo municipal favorable al revoco de las fachadas estimuló coyunturalmente la demanda de brazos en este sector, y con ella las peticiones obreras. Pero parece claro que la actividad constructora comenzaba a desperezarse, con importantes cambios cualitativos en el sector y en las relaciones de poder entre los trabajadores del mismo, lo que suele

estar relacionado⁹⁵.

Aunque en el oficio de pintor había netas diferencias entre los "artísticos" y decoradores murales y los de brocha, los muy cualificados eran muy pocos, y la mayoría aprendían las mañas del oficio con inusitada rapidez. Eran uno de los objetivos fundamentales de los inmigrantes, junto a la albañilería, el peón suelto y las obras públicas, y con seguridad también eran un punto de arribada importante para los parados de otros oficios. Por las características del oficio, a medio camino entre el taller y el tajo, al que se trasladaban las cuadrillas, encabezadas por su maestro, una vez contratadas (a su vez por un contratista, no se olvide, en la mayoría de los casos), no era difícil para los más desahogados o de mayor reputación profesional, convertirse en autopatronos o "maestros" de cuadrillas minúsculas. De la misma manera, recorrer el ciclo ayudante-oficial-maestro en sentido inverso, no era nada excepcional. Un dato nos ilumina esta situación: dentro de las artes de la construcción, y tanto si utilizamos el movimiento de la matrícula industrial como el de la estadística del Ayuntamiento, la categoría socioprofesional que aglutinaba más patronos (en torno a los 200) era la de pintores de brocha. Si en la estadística municipal añadimos a esa cifra los decoradores y revocadores el número de registros se nos dispara⁹⁶.

Estas condiciones ayudan a comprender las características de este conflicto. Que nosotros sepamos, los pintores no habían arrostrado ninguna huelga de oficio en el quinquenio precedente, y parecía lógico que tras las peticiones colectivas de albañiles, carpinteros, ebanistas, cerrajeros o marmolistas de los años anteriores, propusiesen ellos las suyas. Aunque para el IRS, como era su costumbre, la petición fundamental de la huelga era el aumento salarial; lo cierto es que éste era sólo la octava de una larga lista de bases de trabajo. Estas formaban el cañamazo de una avanzada regulación del trabajo, que de aprobarse podía suponer un importantísimo -y peligroso- precedente para otros oficios del ramo y modestos patronos y maestros.

Resumiendo, las citadas bases recogían: un "reconocimiento oficial" de ambas sociedades, obrera

y patronal, para ello se aseguraba a "La Unión", sociedad de maestros pintores, el monopolio asociativo, es de suponer que con reciprocidad, con el objeto de crear una Comisión mixta; semana de 44 horas, con sólo cuatro de trabajo por la mañana del sábado; prohibido el trabajo a destajo, los domingos, y en horas extraordinarias "en los tajos donde se pueda admitir más personal"; libertad de contratación para "los oficiales que se distingan por alguna especialidad" por encima de las ocho pesetas mínimas pedidas para los restantes oficiales; y, por último, "teniendo en cuenta que la escasez de trabajo da lugar a que algunos patronos se limiten a no admitir más que a los que se brindan como ayudantes, muchos de los cuales descienden obligados por la miseria, con perjuicio notorio para el oficio y para nosotros, proponemos que por cada seis oficiales se empleen cuatro ayudantes, sin aprendiz y sin peón"⁹⁷.

Como puede apreciarse, las peticiones salariales sólo eran un leve apartado dentro de una regulación muy amplia del trabajo mismo y sus ritmos: la semana inglesa, el reparto del trabajo existente, la obsesión por evitar una mayor "proletarización" del oficio, preocupación corriente en casi todas estas sociedades, el estricto control de la mano de obra, etc.. Con ello no sólo no se flexibilizaban las polémicas ocho horas, sino que se convertían de hecho en un tope máximo. Hay que recordar que la validez universal de este horario aún no regía por entonces. La influencia de tal contrato si se aprobaba podía ser muy grande y extender sus beneficios muy pronto a todo el ramo de la construcción, y por ende influir en otras sociedades de oficios diferentes. Además, no parecía la atomización del sector la ideal para soportar tal experiencia piloto.

La huelga en cualquier caso adquirió el carácter de pulso indefinido característico que ya hemos visto repetirse en otros casos. Como era habitual, recibió muy pronto la solidaridad de las demás sociedades de la Casa del Pueblo. En este caso, sin embargo, las Directivas del ramo de la construcción decidieron nombrar una Comisión que interviniese en la huelga de pintores, acordando a cambio posponer o suspender las reivindicaciones de los demás oficios. Sabemos de varias sociedades donde el proceso de presentación de bases y huelga consiguiente se suspendió por este

motivo. Así ocurrió con los albañiles, cuyas peticiones fueron rechazadas por la Federación patronal, "sin que por ello se entienda que llegue a ningún movimiento de acción ni a la declaración de huelga, hasta tanto no se sancione el conflicto que frente a sus patronos tienen pendiente los compañeros de la Sociedad de pintores de esta localidad, por considerar esta lucha como asunto propio". También los "peones y jornaleros, sin especialidad determinada" presentaron mejoras a sus patronos (dos pesetas de aumento y jornal íntegro en caso de accidente), pero no se llegó a un conflicto. También sabemos que "El Baluarte", tras aprobar unas bases se abstuvo de presentarlas y se plegó ante las amenazas de lock-out, y lo mismo hicieron los canteros. Por tanto, el planteamiento de la huelga de pintores sólo era la avanzadilla de un paquete de peticiones globales repartida entre todos los oficios del ramo, y de la solución de ésta dependería en gran parte el rumbo de los acontecimientos. De esta forma se conciliaba la localización del conflicto con la posibilidad de una nueva regulación de todo el ramo⁹⁸.

Esta decisión debió entorpecer las negociaciones y suprimir la autonomía de pintores hasta tal punto que el 28 de octubre en reunión de Directivas de la Casa del Pueblo se acordó "aprobar la gestión realizada por la Comisión; continuar prestando la solidaridad en toda su integridad a los pintores y que éstos dirijan su huelga, y que se nombre una nueva Comisión asesora, pero que no intervenga directamente en el conflicto. Esta Comisión la compondrán representantes de metalúrgicos, albañiles, canteros, carpinteros de taller y escultores". Lo cierto es que se mantuvo una Comisión "asesora", que parecía necesaria a la vista del acuerdo de la CPE de ir al lock-out. Una semana más tarde, se constituye la citada Comisión, con la ausencia de albañiles, formada por Pablo Sánchez, Egea, Ibáñez y Valmayor, respectivamente por cada oficio y en el mismo orden citado arriba. El presidente sería el mismo Rives Moyano. Una vez más, pese a las "lamentaciones y amargura" de Pablo Sánchez, se produjo el boicot de los albañiles a una Comisión. Boicot que debió prosperar, como era acostumbrado, en vista del escaso protagonismo de la citada Comisión en las semanas siguientes. La que en realidad hizo su puesta de largo en el mitin del día 27 de noviembre era, a grosso modo, una vieja conocida nuestra, que sí parecía contar con los parabienes de los albañiles:

la de las reclamaciones de la primavera. Junto a Sánchez, de "El Baluarte", allí estaban Vidal Espinosa, de canteros, Olalla, de albañiles, o Zapata, de marmolistas. Por si algo no quedaba claro, Olalla recurría a la taumaturgia: "No os apuréis por el locaut. Aquí están los que lucharon y vencieron en marzo"⁹⁹.

Pese a todo, tal unanimidad en torno al conflicto de pintores no pudo mantenerse. Muy pronto comenzaron movimientos de otros oficios afines al ramo. Los últimos días de octubre, los obreros tapiceros. El 2 de noviembre acuerdan la huelga los de calefacción y ascensores. En plena psicosis de lock-out, el 6 de noviembre, la acuerdan los ebanistas. Poco después, los fumistas. Los últimos días de noviembre lo hacen los vidrieros-fontaneros. Ya en diciembre los tallistas y los aserradores y tupistas. La mayor parte de estos oficios estaban fuertemente imbricados entre sí, muy especialmente los de la madera, y el virus resultaba muy contagioso. Las quejas en los mitines "de que algunos oficios de edificación hayan ido a la huelga no respetando un acuerdo" no sirvieron de mucho. Casi todos estos oficios intentaron justificar su precipitación ante la opinión pública, pero también ante sus propios compañeros. Los ebanistas denunciaron una "maquinación patronal" bajo la dirección "de sus aliados de Barcelona", que "la Sociedad no tenía por el momento propósito de hacer reclamaciones", y que sólo habían hecho éstas por "una invitación hecha por los patronos". Pese a todo, se aludía "el encarecimiento de la vida" como "motivo fundamental"¹⁰⁰.

Todos ellos hablaban de negociaciones bien encaminadas, rotas luego incomprensible e inopinadamente. "Nos hemos visto sorprendidos por la paralización de las últimas tramitaciones" (los de la calefacción); pedimos "varias mejoras para el oficio, las cuales eran de tan poca cuantía, que los patronos las concedieron", sólo en un primer análisis obviamente (los fumistas); "en principio fueron bien acogidas en junta general por los patronos(...). Pero (...) lo que primero fue aceptado luego es denegado por la Patronal" (los tallistas)¹⁰¹. Todos coincidían en señalar una mano negra tras tal falta de diálogo: la Federación Patronal. Los maestros, o al menos parte de ellos, se remitían a la Federación, de forma sistemática, en cuanto recibían las peticiones. Es comprensible que fuesen

numerosos los pequeños patronos que no estaban dispuestos a determinados trágalas o a sostener innovaciones, más fácilmente soportables para grandes negocios. La Federación podía arroparles frente a tácticas que ya conocemos de las sociedades de oficio, como el boicot a las casas que no aceptaban la tarifa y las bases exigidas, y el trabajo colectivo para hacer frente a los pedidos, bien directamente los obreros, bien a través de dueños de talleres asociados a o simpatizantes de la Casa del Pueblo¹⁰².

Dos de estas huelgas se resolvieron satisfactoriamente antes del lock-out. Por un lado, la de tallistas (que apenas duró una semana), obreros bastante cualificados, que obtuvieron el aumento de 2'50 pesetas que pedían para oficiales y ayudantes, una muestra más de lo fácil que era llegar a acuerdos económicos. Por otro, la de calefacción y ascensores, resuelta por "El Baluarte", que se hizo cargo de la huelga a cambio de convertir la sociedad en una sección del Sindicato, y que ratificaba la relativa autonomía de la pequeña metalurgia ante el conflicto que se avecinaba y el menor influjo de la Federación Patronal en este sector. Como sabemos, buena parte de los maestros cerrajeros y fundidores eran independientes de esta asociación, y de hecho se sustrajeron al cierre¹⁰³.

Desde esta perspectiva, y aún limitando el campo de nuestra visión a los oficios de la construcción, las perspectivas de que se produjese un conflicto más general eran bastante amplias, sumándose a ello la catarsis social y política del momento y conflictos tales como el de artes gráficas en la primera semana de diciembre y sobre todo el de tranviarios, anunciado para el día 16. Este conllevaba, en el mejor de los casos, graves perturbaciones para todos los trabajadores y la vida económica de la ciudad, favoreciendo cualquier cierre o paro¹⁰⁴.

Así, desde distintos puntos de vista, el cierre patronal del 13 de diciembre no respondía en exclusiva a dinámicas exógenas, ni fue un reflejo de lo que ocurría en otros sitios, ni su origen nos remite únicamente a la psicosis colectiva o a la simpatía solidaria. En las relaciones laborales del Madrid de estos años existía una dinámica ya bastante aquilatada al respecto, el movimiento

huelguístico y el sarampión de las ocho horas del año 1919 no eran bolchevismo pero sí un banderín de enganche para la protesta de los trabajadores de la ciudad suficientemente amenazante en sí mismo, y desde luego en el ramo de la construcción había una clarísima ola de reivindicaciones pendientes a las que tarde o temprano los maestros y contratistas iban a tener que hacer frente tarde o temprano, cerrasen o no.

IX.5.2. El desarrollo: del cierre contra el Gobierno a la confabulación de los contratistas

Pese a todo, las dimensiones del lock-out de la construcción fueron muy importantes, afectando a la mayoría de los tajos y obras, aún las públicas, y calculandose entre 25.000 y 30.000 los obreros parados. La mayoría de los talleres de metalurgia y una buena parte de los de carpintería y ebanistería no lo secundaron. Con el telón de fondo de las restantes huelgas, Madrid sí puede decirse que vivía unos momentos de tensión social hasta entonces desconocidos, al menos en esa forma y dimensiones. Los problemas del sector en invierno en cualquier caso hacían más proclive esta estación para plantear conflictos tan aparatosos.

Un rasgo característico de este cierre fueron las pertinaces reticencias de los patronos a un diálogo o negociación con las sociedades obreras del ramo, carentes además de un órgano unitario reconocido como tal. En cualquier caso, escarmentados por la solución que se había dado a la crisis de la primavera, también se negaron en redondo a la mediación de los arquitectos (el elemento técnico o mixto de los comités). Estos, que habían jugado un importante papel como elemento de contacto en 1918 y nueve meses atrás y conocían la crisis y problemas del sector, condenaron el lock-out, pero observando la general "irreductible hostilidad" entre las dos partes y protestando "de las actuales huelgas, de las huelgas a granel injustificables en su mayoría". Su queja fundamental era no haber sido "requeridos y ampliamente autorizados" para una mediación. Lo cierto es que durante el conflicto, y muy a su pesar, tuvieron que conformarse con ver los toros desde la barrera¹⁰⁵.

No ocurría lo mismo con las autoridades públicas, hacia las que iba dirigido de hecho el cierre.

Entre las condiciones que la Federación exigía para la conclusión de éste se incluía la formación de "una Comisión mixta de igual número de obreros y patronos, elegidos por sus mismos representados, y un presidente que no tendrá voto, que será el alcalde de Madrid" para resolver "las peticiones de carácter económico". Como puede apreciarse, éstas eran las únicas peticiones, entiéndase las salariales, que se mostraban dispuestos a negociar. Ahora bien, tal negociación sólo se daría cuando cesasen "por parte de los obreros, todas las huelgas y boicots pendientes en Madrid, volviendo al trabajo en las mismas condiciones que regían antes de las huelgas". Cuarenta y ocho horas después de cesadas éstas se levantaría el lock-out. Pese a toda la parafernalia general con que se planteó y a la conocida solidaridad con Barcelona, presionando al nuevo gobierno entrante Allendesalazar, lo cierto es que la Federación ligaba el conflicto general a la resolución de los conflictos sectoriales, proponiendo una superación de las tácticas de oficio, demasiado prematura posiblemente. La Comisión obrera del ramo paradójicamente afirmaba que sus peticiones eran fundamentalmente económicas, basadas en la carestía de la vida. De hecho, para una vuelta al trabajo proponían una elevación de 2,50 en los jornales mayores de cuatro pesetas -todos, salvo aprendices-, de 2 los mayores de 2,50 y de una el resto, más el abono de los perdidos por el cierre. Ahora bien, añadían peticiones que ya conocemos, como el jornal por accidente, el aviso del despido con una semana de anticipación y el reconocimiento de la organizaciones. Además la Comisión mixta resolvería "cuestiones profesionales", no sólo salariales. Lo cierto es que las peticiones económicas ya estaban acordadas desde el mes anterior¹⁰⁶.

El conflicto comenzó a prolongarse, abandonando el carácter de una breve protesta "política" que podía haber tenido. La Comisión obrera, siguiendo las pautas mentales de las huelgas de oficio comenzó a levantar puentes sobre los denostados intermediarios, en este caso los contratistas y almacenistas, a cuya intransigencia se achacaba el cierre. Estos, "sin más mérito que la usura al capital y al trabajo", eran un elemento "innecesario" interpuesto como un quiste entre "de un lado, el capital o propietarios, y de otro, arquitectos, maestros profesionales de distintos oficios y obreros manuales en general". Eran "chupópteros", y lo peor de todo es que carecían de "méritos

profesionales" o "conocimiento técnico" suficientes como para arrogarse superioridad alguna sobre los artesanos de la piedra y el cemento. En definitiva, "como tales en materia de la edificación, son tan desconocedores de ésta, que sólo sirven, en primer lugar, para proferir injurias al arte y a la belleza". Por supuesto el principal representante de este pecado capital -ser un intermediario y tener muy "limitadas cualidades profesionales"- era el mismo Francisco Junoy, presidente de la Federación, más conocido como "el malo", "Cid Campeador", amante del "pedestal político", "malvado", "irreductible" y "hostil", con otras lindezas¹⁰⁷.

Este lenguaje, como sabemos, solía concretarse realmente en procedimientos de oficio tales como el trabajo colectivo o el retorno a la relación directa con clientes y/o maestros, por lo general expediente temporal en momentos de crisis y huelgas, por mucho que se presentase como germen de la sociedad futura. Dada la complejidad del conflicto, la alternativa resultó algo más elaborada: nada menos que se estableció un fluido diálogo con los representantes de la Cámara de la Propiedad (es decir el capital en esta cosmovisión escasamente capitalista, salvando la paradoja), que se ofrecieron para una mediación entre las sociedades de uno y otro lado. Realmente los propietarios, como ya se había visto en la primavera, solían terminar en el centro de todos los enjuagues, puesto que podían ser solidarios sufragadores de las alzas salariales, y por tanto básicos en estas negociaciones. De hecho, la Cámara propuso unas bases de arreglo para terminar el cierre el día 29 a cambio del cese de las huelgas parciales "sin excepciones ni boicots" de forma simultánea, es decir, sin vencedores ni vencidos. En ellas se incluía una Comisión arbitral a cuatro bandas (elemento obrero, patronal, un arquitecto y un representante de la Cámara que ejercería de presidente), "cuya misión será dictar un laudo sobre las pretensiones formuladas por los mencionados obreros en el plazo máximo de quince días", laudo teóricamente vinculante. La elevación de jornales se reducía a 1'50 entre los mayores de cuatro pesetas, una peseta en los mayores de 2,75, y 75 céntimos el resto. Se aceptaba el jornal íntegro en caso de accidente y el reconocimiento de la personalidad de las sociedades obreras, "pero no podrá ser obligada a prescindir de aquellos otros que no sean asociados ni a admitir la intervención de delegados o representantes de las organizaciones obreras en el régimen interior del taller". La

validez de las bases sería de dos años, sirviendo como un buen punto de partida para la necesaria reorganización de la industria. Aunque las organizaciones obreras no cambiaron en principio sus primeras reivindicaciones por éstas, al menos en público, sí aplaudieron la iniciativa y se mostraron dispuestos a aceptarlas. La Federación patronal rechazó la oferta sin embargo, notificando la Cámara a la Comisión obrera su definitivo fracaso el 3 de enero¹⁰⁸.

En una segunda intentona propietarios y obreros acordaron unas nuevas bases que recogían el levantamiento simultáneo de huelgas y lock-out y un aumento de jornal de 50 céntimos en los menores de tres pesetas y de una peseta en el resto. Además de esta rebaja, una propuesta interesante: "Comisiones de patronos y obreros de cada especialidad para que estudiasen las mejoras definitivas en un plazo de veinte días, y constitución de una Comisión de carácter general, presidida por el presidente de la Cámara de Propiedad, que resolviese los empates y dudas que en las Comisiones de oficio pudieran surgir". Con ello se preservaba la autonomía de los oficios en la nueva configuración del ramo. La propuesta volvió a ser rechazada. En todas estas idas y venidas debe señalarse que la ruptura formal seguía vigente: en ningún momento se reunió la patronal y la Comisión obrera. La primera estaba más interesada en presionar a las autoridades y vincularlas a cualquier solución. El objetivo se clarificaba, entroncando con el de la primavera, y el concedido en otros oficios -por ejemplo en la panadería-: subidas salariales sufragadas, mediante la revisión de los contratos al alza. En este sentido, el gobernador civil de Madrid, Gustavo Ruiz Grijalba, dictó el 13 de enero un bando conminando a la apertura de las obras y al fin simultáneo de las huelgas parciales, creándose una Comisión mixta, presidida por él, que fijaría "las condiciones de los nuevos contratos de trabajo"¹⁰⁹.

El resultado no se hizo esperar: la Comisión obrera se negaba a dar la orden de vuelta al trabajo y concluir las huelgas sectoriales -las de aserradores y tapiceros ya estaban concluidas- si a cambio no se ofrecía alguna garantía mínima de mejoras, que permitiese al menos un final digno a la cuestión. Y desde luego se pedía un diálogo directo con los patronos, que "esquivan nuestra presencia, sin duda ante el temor de que les descubramos sus malas artes y queden en el lugar que

les corresponde". El conflicto entró en una nueva dinámica, pasando las sociedades obreras francamente a la ofensiva para conseguir sus últimas peticiones, una vez convencidas éstas de que en última instancia los contratistas estaban usando el cierre como un claro medio de presión sobre los propietarios y el Gobierno para que sufragasen los aumentos pedidos. En esta línea decidieron declarar la huelga general del ramo el 26 de enero, volviendo a retomar las mejoras formuladas por la Cámara de la Propiedad (subida de 1'50), puesto que ésta iba a ser quien las pagase en definitiva¹¹⁰.

A partir de ese momento, sí hubo reuniones de obreros y patronos en el Gobierno Civil, llegándose finalmente a un acuerdo para el cese del conflicto el 2 de febrero. Las bases firmadas por las tres partes recogían la vuelta al trabajo el día 4 y la concesión de la última petición salarial hecha por la Comisión obrera (es decir la peseta y los cincuenta céntimos de aumento en función de la barrera de las tres pesetas). Por ello se abrían talleres y obras, pero sólo aquellas "en que los propietarios o particulares interesados en ellas hayan aceptado previamente el pago de la diferencia de los jornales (...), y así sucesivamente irá reanudándose la labor en los restantes hasta llegar a la total normalidad a medida que se vayan cumpliendo tales requisitos". De esta manera el coste de la subida caía sobre las espaldas de los propietarios urbanos. A este acuerdo se adhirió el Sindicato patronal metalúrgico. También se enumeraban los oficios afectados, para evitar las confusiones semánticas, incluyéndose a los vidrieros y los pintores, pero quedando fuera los aserradores, tupistas, tallistas, tapiceros y ebanistas -casi toda la madera- y calefacción y ascensores. Todos estos oficios, mayoritariamente de taller, ya habían logrado acuerdos parciales en sus huelgas, con la excepción de ebanistas¹¹¹.

Estos lograron un acuerdo independiente más favorable, con un aumento de dos pesetas para los salarios mayores de tres y de una para los restantes, empezando "a regir desde 1º de octubre del pasado año". En este último caso, pactada también la vuelta al trabajo, y como era de esperar, la huelga no se terminó, negándose muchos talleres a aceptar las condiciones. Sólo unas bases firmadas

el día 12 cerraron el conflicto, rectificando la polémica retroactividad apuntada: "estos aumentos serán sobre los [jornales] que regían el 1º de octubre pasado, y empezarán a disfrutarlos desde el día 4 del mes actual". También se aceptaba la supresión del destajo, pero con muchos matices: "a excepción de las casas constituidas y que se constituyan a base del mismo, siempre y cuando estén de acuerdo patronos y obreros". Finalmente se creaba una Comisión mixta al respecto. El problema del conflicto de este oficio y otros anejos fue fundamentalmente la negativa sistemática de la sociedad obrera a dialogar con nadie que no fueran los maestros de su oficio: "no concurriríamos a ninguna reunión donde hubiera patronos que no fueran ebanistas" y "sin ingerencias de elementos patronales extraños al oficio", "vemos con disgusto que persisten ustedes [los maestros ebanistas] en la actitud que mostraron desde un principio de no querer tramitar directamente con esta Sociedad". Esta posición fuertemente independiente de un amplio sector de trabajadores de la madera, refractaria a abandonar los modismos y negociaciones típicas del oficio, se derivaba del carácter mismo de éste: un relativo alejamiento de los tajos y contratistas y de su problemática y una profunda división y heterogeneidad de los maestros del sector, con grandes casas de entidad suficiente para lograr acuerdos separados y pequeños talleres más proclives a la firma de contratos globales amparados por la Federación. Podemos asegurar que este conflicto -y el éxito de ebanistas con una táctica intransigente- puso las bases para una separación más nítida de este núcleo de trabajadores de la madera del tronco común. Entre la nómina de firmantes del final del lock-out en enero se hallaban excluidas casi todas las sociedades pertenecientes luego al Sindicato de la Madera, filocomunista y enemigo de la UGT, con la excepción de la Sociedad de carpinteros de taller, que ya había perdido la preeminencia del sector frente a ebanistas¹¹².

Como puede apreciarse, el lock-out de Madrid pasó de ser caracterizado de cierre antigubernamental a ser una confabulación de contratistas intransigentes contra la organización obrera y terminó perfilándose como un acto de protesta y defensa general de obreros y maestros frente al alza de precios que afectaba duramente el sector, dados sus resultados. También resultó un eficaz, aunque improvisado y peligroso, expediente para acercar éste a un contrato colectivo y a la

reestructuración y ordenamiento de la industria. Aunque en definitiva su proyección quedó reducida a un alza general de jornales, contribuyó de una forma importante a plantear la ineludible necesidad de una mayor homologación de posturas entre las sociedades del ramo y a una centralización de sus representaciones.

Es importante en cualquier caso reseñar que antes de que el cierre se iniciase las sociedades del ramo de la construcción no se atrevieron a plantear en ningún momento un conflicto general con peticiones y bases para toda la industria, aún cuando estaba muy claro que ese era su objetivo último, agolpándose como se agolpaban las peticiones en las sociedades, de forma latente o explícita. De ahí que continuaran con los añejos planteamientos autónomos de oficio, cuyo resultado terminó siendo el mismo: un conflicto general con soluciones generales. Esta reticencia a abandonar tácticas tradicionales de éxito probado y el clima tercerista y bolchevique [sic], favorable a grosso modo a las luchas sociales cuerpo a cuerpo, se unieron en una curiosa y paradójica alianza, cuyo resultado principal fue la espera del lock-out para plantear tales peticiones. El hecho de que fuesen los patronos quienes dieran el primer paso para reconducir el boicotaje individualizado a la esfera de un entendimiento más amplio es una muestra de la relativa impotencia de la organización obrera madrileña para plantear una huelga general de industria en el sector mayoritario de la producción. Por ello, la aparentemente total ruptura de negociaciones durante el lock-out, meramente coyuntural por otra parte, no nos debe llamar a engaño: no se trataba tanto de una violenta ruptura en las relaciones laborales en Madrid, como de la constatación del carácter de vía muerta de la estrategia de huelgas parciales focalizadas y de oficio, perseguida por la Casa del Pueblo hasta el momento, en una industria tan interrelacionada como la de la construcción¹¹³.

Esta realidad sin embargo no fue asumida inmediatamente por las sociedades obreras. No debemos olvidar además que el lock-out había terminado con una concesión económica "de urgencia", pero no con un contrato colectivo que resolviese las cuestiones pendientes ni con una reorganización del sector con Comisiones mixtas piramidales, como se pretendía. "La huelga se prolongó prácticamente durante

todo el año 1920", se ha dicho sobre el conflicto, afirmación no lejos de la realidad¹¹⁴. Ahora bien, una mayor independencia de las tres ramas de la construcción, es decir, edificación, metalurgia y madera, se marcó claramente este año. Estos tres sectores protagonizaron de forma sucesiva tres pináculos huelguísticos sucesivos y, siempre hasta cierto punto, autónomos, en el verano, el otoño y final de año, con direcciones diferenciadas y plenamente desligadas, tras cuyo desarrollo asistiremos al nacimiento de la tantas veces anunciada Federación Local, con un perfil muy nítido en torno a la albañilería. En cualquier caso, todas estas oleadas huelguísticas tuvieron algo en común: los peones, categoría en ascenso, participaron de todas. Las consecuencias de las reivindicaciones y el lock-out de 1919 fueron por tanto definitivas para sepultar el proyecto de la "Gran Federación del ramo de la construcción". 1920 no fue el año de la unidad sindical, sino el de una marcada falta de colaboración y recelos mutuos no ya entre la UGT y la CNT sino entre sectores afines del obrerismo madrileño.

IX.6. El horizonte de la huelga general (II): la huelga en tres tiempos de 1920

IX.6.1. El "arrastre" de los albañiles

Esta falta de dirección trató de ser paliada por los albañiles, que se arrogaron la potestad de reanudar las hostilidades. Como se recordará, este oficio había desistido de realizar peticiones a la vista del conflicto de los pintores. Ahora volvía a la carga, respaldado por los embaldosadores y soladores, con tres peticiones muy precisas: el jornal íntegro en caso de accidente de trabajo (reivindicación fundamental), reconocimiento médico por cuenta del patrono, y un aumento del 25% para todas las categorías. Las peticiones fueron entregadas a la patronal en abril, pero dados los problemas de ésta para llegar a un acuerdo con arquitectos y propietarios, quedaron sin respuesta. "El Trabajo" decidió declarar la huelga el 24 de mayo, en un momento especialmente delicado para el sector y para la ciudad. Por un lado coincidía con una huelga de tejeros, iniciada a primeros de mes, que "de prolongarse esta lucha habrá de producirse fatalmente el paro general en el ramo de la construcción, por falta de material para las obras". Ya sabemos como la perturbación en un oficio por un conflicto en otro anejo conducía indefectiblemente a la declaración de huelga en el primero. Por otro, y mucho más grave, se declaraba en un momento de alta tensión social, motivada por la huelga

de Artes Blancas y el conflicto de "La Fortuna", con los consiguientes problemas de carestía de pan y algaradas callejeras. Como ocurrió en diciembre, también se complicó con conflictos en el ramo del transporte, especialmente el de los carreros el 7 de junio. Esto hizo que se diagnosticara tal conflicto como "político". En verdad a principios de mayo había un nuevo Gobierno, más fuerte que los anteriores, presidido por Dato, con una voluntad interventora mayor que los anteriores en la canalización institucional de las relaciones laborales, a través del ministerio de Trabajo¹¹⁵.

La huelga de albañiles, planteada en una época tradicionalmente buena para los oficios de la construcción, arrastró consigo a varios de estos. En los momentos más álgidos del conflicto, afectó a unos 15-20.000 trabajadores. Escultores-decoradores el 31, portlandistas y mosaístas el 1 de junio, la Sociedad de peones en general y los estucadores a la catalana el 7 de junio, además de canteros y otros. Las peticiones eran coincidentes en general con las de albañiles, pero independientes en el fondo: ni eran idénticas (p. ej. los escultores pedían un 40% de aumento), ni se creó una Comisión entre las sociedades encartadas que coordinase en su origen las huelgas, ni se quería negociar con la Federación patronal, ni por supuesto faltaron las acusaciones entre ellas.

Los peones, por ejemplo, se negaron sistemáticamente a supeditarse a los albañiles. Nada más iniciarse la huelga por estos, fueron acusados de "traidores" por no secundarla. Ellos se defendieron alegando que "El Trabajo" "ni nos ha comunicado su presente movimiento, ni nos ha pedido solidaridad". Sí acordaron la huelga después, pero con peticiones que recogían una subida de 1'50 pesetas, cuando la de los albañiles preveía para el peón suelto y de mano una de 1'25. Por último, en vista de que los albañiles firmaban contratos colectivos sin contar con ellos y sus peticiones de mejoras, se remontaron a las bases de conciliación de 1911 firmadas por ambas sociedades, para darlos por nulos y no sentirse obligados a cumplirlos¹¹⁶.

Estas diferencias se subsumieron en el transcurso del largo conflicto, pero estaban muy vigentes a principios de 1921 con la Federación Local en marcha. La más palpable fue la de los canteros,

sociedad siempre reticente a ingresar en la Casa del Fueblo, pero que habíamos visto colaborando muy activamente durante los conflictos de 1919. A fines de julio, estos se opusieron a una resolución conjunta, basada en un aumento del 15%, porque ellos pedían un 30, y "en todo momento, ante autoridades y patronos, los canteros declararon no entrar en el pacto general; su huelga no había forzosamente de quedar supeditada a la solución de la de albañiles". Esta oposición dificultó notablemente la resolución de la huelga, y se mantuvo hasta el 4 de octubre, una semana después de resuelta la de albañiles. El logro más destacado de ésta era "el valor moral que representa el haber tratado con la Comisión de la Sociedad de maestros canteros, y no con la tan cacareada Federación Patronal". Es decir, haber mantenido la huelga en los cauces del oficio y el gremio¹¹⁷.

Lo cierto es que la huelga de albañiles fue muy mal vista por las sociedades afines desde el primer momento. Los metalúrgicos no se recataron de acusarles de adelantarse "a los acuerdos tomados por el Ramo de la Construcción", de conducir a todos a un "movimiento general", o peor a un lock-out, y recordaron "que en otra ocasión los albañiles nos abandonaron". Las pretensiones de estos de conseguir la huelga general del ramo "y declarar traidora a la sociedad de Peones en General" se vieron frustradas por el resto de las sociedades, "puesto que albañiles no a consultado con ninguna sociedad para declarar su huelga". Finalmente en reunión de Directivas "se acordó dejar a las secciones en libertad de acción para declarar la huelga general en la forma y cuando lo crean conveniente"¹¹⁸.

Lo cierto es que no hubo huelga general, planteada como tal. Los albañiles, en un primer momento, intentaron las negociaciones solos con los patronos, bajo los auspicios de la alcaldía (31 de mayo). Más tarde vienen las reuniones en el Gobierno Civil, ya de todos los implicados en las huelgas, con el deseo del gobernador, marqués de Grijalba, de "unificar, si es posible, las peticiones de los huelguistas" (11 de junio). Por último, en el recién creado ministerio de Trabajo. La resistencia de la huelga no se basó en el socorro ahorrado por la sociedad sino en métodos muy tradicionales, pero que eran presentados como procedimientos más expeditivos y épicos, al hilo de los tiempos: la

emigración organizada a provincias, en una estación de alta actividad constructora y de faenas agrícolas; la recaudación "voluntaria" de un 25% (el alza concedida por numerosos patronos) del salario de los que trabajaban -la tradicional cuota de paro-; el trabajo por cuenta propia, es decir sin "intermediarios", ya conocido; y la solidaridad y suscripciones espontáneas canalizadas por la Casa del Pueblo. Todo esto fue saludado como "un ideal sublime y emancipador" y ejemplo de "el espíritu de la lucha de clase" que anidaba en las sociedades madrileñas¹¹⁹.

Lo cierto es que la huelga pudo sostenerse con visos de éxito porque la unidad patronal -o las coacciones de la Federación- fue mucho menor que en el lock-out anterior. Un importante número de patronos aceptaban las bases, facilitándoseles personal, y esta tendencia no dejó de aumentar en los meses siguientes. Con ello, gran parte de los patronos de la ciudad sostenían la huelga que sufría el resto, transformándola paulatinamente en un boicot contra aquellas obras que no habían suscrito la tarifa. Por otra parte se presionaba a los poderes públicos para que sufragasen el aumento de los jornales en las obras contratadas por ellos a particulares. Las Comisiones arbitrales, concretadas o proyectadas, con participación de arquitectos y propietarios, volvieron a tener un estrepitoso fracaso al intentar una solución. Los patronos se encastillaron en la necesidad de prolongar la jornada con horas extraordinarias que incrementasen la productividad a cambio de subidas salariales. Para los obreros tal acuerdo suponía una transgresión de la legislación¹²⁰.

Finalmente los patronos trataron de introducir en una propuesta de acuerdo presentada por el gobierno civil, y que recogía un 15% de aumento de jornales, la consabida fórmula de que los propietarios abonasen el aumento, "para lo cual los contratistas de obras quedan autorizados para reformar los contratos en tal sentido" y que los obreros "se comprometan a no trabajar en aquellas obras en las cuales no se hayan reformado los contratos". Tal fórmula recordaba la que había finalizado el cierre patronal anterior, pero ahora las condiciones eran muy distintas, la demanda presionaba sobre los contratistas, y los albañiles se negaron en redondo a aceptarla, salvo en lo de la subida¹²¹.

A partir de entonces el conflicto pasó directamente a las manos de Carlos Cañal, ministro de Trabajo del gobierno Dato. Mediante este canal preferente se podía presionar con más eficacia por obreros y patronos para que fuese el Estado quien se hiciese cargo de las subidas prometidas, o bien abriese las obras a su cargo. Finalmente Trabajo prometió como trueque presentar en Cortes el proyecto de reforma de la ley de accidentes de trabajo (aprobado por el IRS en ¡1907!), si se aceptaba la subida del 15%. Esta fórmula fue aceptada por las Directivas del ramo, que prácticamente obligaron a los albañiles a suscribirla. Sin embargo, la postura de los canteros desbarató el acuerdo como ya veíamos¹²².

En agosto, el conflicto tomó mal cariz para la Federación Patronal. Muchos contratistas habían aceptado la nueva tarifa, desligándose de hecho de la asociación. Los que la permanecían fieles tenían que trabajar con mano de obra de peor calificación (los esquirols o amarillos) y además con una subida del 15%. Los suministradores y fabricantes de materiales permanecían ajenos a la huelga. Esto condujo a una salida de emergencia: el planteamiento de un nuevo lock-out para el 30 de agosto, mucho más reducido e inoperante que el de ocho meses antes, frente al cerrado boicot en que se había convertido la huelga. El cierre, en su mayor parte, lo que conseguía era echar a la calle a la mano de obra improvisada y que había servido para combatir el monopolio sindical esos meses. Era por tanto el anuncio del final del conflicto. Un aluvión de peticiones de cuadrillas llegaron a "El Trabajo" a raíz de este hecho, respaldando a la sociedad de albañiles en definitiva como lo que era y aspiraba: el órgano principal de contratación de mano de obra de Madrid. El 27 de septiembre se firmaban las bases que cerraban el conflicto, aceptando la Federación, en volante firmado por Junoy, el 25% de subida pedido en principio, para albañiles, estuquistas, soladores, peones en general, constructores de mosaicos y escultores, más un 2% en compensación por el jornal íntegro por accidente, y que teóricamente, aunque no se decía, gestionarían las sociedades como indemnización a sus afiliados llegado el caso¹²³.

El transcurso de este largo conflicto, de mayo a septiembre, mostró lo lejos que se estaba aún de

una patronal unificada y sólida, pasada la coyuntura de 1919. Aún más significativa resulta la escasa integración de las sociedades del ramo, no ya a la hora de plantear una huelga general, que nunca estalló, sino ni siquiera en el momento de unificar las peticiones y estrategias. Sólo el inusitado peso que la sociedad de albañiles tenía en el sector, y aún en contra de éste, permitió cierto hilo conductor en este conflicto. Desde la primavera de 1919 la unanimidad había ido descendiendo de una manera notable. Metalúrgicos, carpinteros y canteros ya hacían la guerra por su cuenta. El liderazgo de los albañiles se miraba con recelo por sociedades más pequeñas o despreciadas por no ser de oficio. Esto influyó sin duda en la longevidad de este conflicto. Ahora bien, no olvidemos que este tipo de huelgas en progresiva reducción, boicoteando obras y talleres, eran muy comunes y el pan de cada día, y se alargaban sine die. La casa que no aceptaba la tarifa y podía sostenerse con amarillos en teoría seguía "en huelga". Lo que no era tan común evidentemente es que tales tácticas se empleasen entre tantos obreros y se promoviesen sin fondos de resistencia y con éxito.

Pese a todo había quedado claro para la mayoría de las sociedades del ramo que se necesitaba un Comité permanente representando a las industrias de la edificación y en permanente diálogo con patronos y administración, si se quería evitar conflictos, acortarlos, lograr contratos de trabajo aceptados por todos, y sobre todo consensuar las peticiones y decisiones. La idea de los albañiles era ligeramente diferente: conseguir una organización que les sirviese de correa de transmisión y de coordinación para llegar a la huelga general solidaria si llegaba el caso, salvando las reticencias de las sociedades "hermanas", como había ocurrido el último verano. El XIV Congreso de la UGT había dado el pistoletazo de salida: se fraguaba la Federación Local de Madrid.

IX.6.2. Las iniciativas del metal y la madera

Fuera de este proceso quedaron los metalúrgicos y buena parte de los trabajadores de la madera. "El Baluarte" organizó en 1920 su tour de force: la huelga general de la metalurgia de septiembre-octubre. En realidad, se vio impelido por las circunstancias a promoverlo. En primer lugar, se tenía como franco objetivo la absorción de los plateros, orífices absolutamente independientes de la

construcción, y que habían sostenido una huelga general entre abril y junio con resultados no muy alentadores, sobre todo por la negativa de la patronal a dialogar con sus sociedad (relativamente reciente, de 1913). En segundo lugar, por el estallido de la huelga de albañiles, que habían acogido mal, como ya sabemos, y sobre todo por su desarrollo, que les acercaba a un éxito que quedaría circunscrito al ámbito de la edificación. Por último, el peligro de perder el control de unas bases reticentes a la disciplina del nuevo sindicato. A diferencia de lo que ocurría entre los obreros de la edificación con las huelgas de oficio aquí lo que abundaban eran las huelgas en los talleres y fábricas, de forma espontánea y sin ninguna consulta previa al Comité, sobre todo entre los más jóvenes aprendices y peones, no sólo por dignidad o despidos extemporáneos, sino en demanda de bases de trabajo o peticiones salariales, a veces alentadas por afiliados del Sindicato Unico, por lo general minoritarios. Todo eso mientras el Sindicato luchaba denodadamente por imponer la disciplina de las ocho horas a sus propios afiliados, habituados a las horas extraordinarias para ampliar su jornal. Y es que la reducción de jornada conducía inevitablemente a la petición de aumentos colectivos de jornal casi simultáneos, no por una estrategia marxista de disminución de la plusvalía, sino porque la rigidez de las ocho horas conducía a la disminución de ingresos, sobre todo en el mundo del taller¹²⁴.

En este contexto, se plantearon en agosto una serie de peticiones como el respeto de las ocho horas, el 25% de aumento en los jornales, como los albañiles, reglamentación del despido, etc., aunque el Comité acordó mostrarse neutral en esta cuestión y recordar "los perjuicios que ocasionan los movimientos generales" y la falta de fondos para una huelga. Los patronos aceptaron las peticiones, con la salvedad del jornal íntegro en caso de accidente y la subvención (25 céntimos mensuales por obrero) de unas proyectadas escuelas técnicas profesionales, temas que sobrepasaban a su juicio el papel meramente asociativo del Sindicato. La huelga comenzó el 30 de agosto, el mismo día en que se declaraba el lock-out epigonal de la construcción, y cuando ya se ventaba un final satisfactorio de aquel conflicto¹²⁵.

La huelga por tanto no se auguraba como de gran duración, pese a afectar a entre 6.000 y 7.000

metalúrgicos. Dos sociedades bastante homogéneas como "El Baluarte" y el Sindicato Patronal Metalúrgico podían entenderse con más fluidez. Con el primero cooperaron el Sindicato Unico y la Sociedad de Plateros. Los herradores, como consecuencia de la huelga, ingresaron como una nueva sección. La aprobación de una fórmula que resolvía el pleito de la albañilería, el 2% de aumento sobre el 25% pedido, con destino a los accidentes, fue la que terminó por aceptarse para solucionar este paro. El Comité del Sindicato la aceptó alborozado cuando le fue notificada por los miembros del comité de reclamaciones (de huelga): "la comisión está obligada a defender esta fórmula porque ello va el triunfo de la huelga". Sólo había que presentar la propuesta con habilidad en asamblea general: "se debe aceptar la fórmula patronal y que no deben tener en cuenta lo que digan los elementos sindicalistas, que lo que hace falta que se plantee en forma para que la asamblea se de perfecta cuenta de lo que supone"¹²⁶.

El 2 de octubre se presentaba, votandose "nominalmente" (por cartillas), y no "por tanteo" (a mano alzada), unos días después, en sentido afirmativo. Pese a la aparente unidad de criterio del Sindicato, esto no impidió que las distintas secciones negociasen con relativa autonomía y firmasen las bases cada una por su lado, siempre en el mismo sentido. El 14 de octubre se daba la noticia de la firma del Sindicato Patronal, con lo que se daba por terminada la huelga. En realidad no fue así, puesto que la mayoría de los plateros (unos 400), artesanos alejados del mundo de la construcción, proseguían la huelga. "El Baluarte" consagró una cuota extraordinaria para su sostenimiento, lo que suscitó muchas críticas, puesto que los plateros se mostraban remisos a ingresar en el Sindicato¹²⁷.

Finalmente, la cuota fue rebajada, primero por el Unico, después por unanimidad. Los plateros terminaron en el Sindicato, no sin antes pasar por las horcas caudinas de su huelga perdida (volvieron al trabajo con la tarifa antigua), la humillación de ser motejados de "cobardes y traidores" por los compañeros del Sindicato, devolver los socorros percibidos y estar dos años "a prueba". La huelga metalúrgica, por tanto, fue un "glorioso" triunfo sólo en la medida en que permaneció a la sombra de la de albañiles. Pese a todo, esto sirvió de toma de conciencia emancipadora definitiva para "El

Baluartes". El 11 de febrero de 1921, ante una invitación del ramo de la construcción para una reunión con motivo de "la formación de la Federación", "se acuerda contestar diciendo que supuesto este Sindicato no tiene sección alguna que pertenezca a ese ramo, no tiene por qué integrar dicha Federación". La vía abierta en 1918-1919 se cerraba ahora de forma definitiva. En cualquier caso, la hora del reflujo parecía haber sonado para los metalúrgicos. El Comité proponía "cortar las huelgas parciales en los talleres porque esto da lugar a los patronos a que se salgan con la suya, que es rebajar los jornales". En ese contexto y lidiando con los despidos por falta de trabajo y el mantenimiento de la jornada, el Sindicato se mantuvo en una posición no demasiado activa¹²⁸.

Sus antiguos compañeros en aquellos Comités de 1918-1919, los trabajadores de la madera, sí parecían ser más maximalistas. Con la huelga de metalúrgicos recién terminada, la sociedad de carpinteros de taller planteó la suya el 1 de noviembre de 1920, con peticiones del 35% de aumento y abono de los jornales de seis días a los despedidos, en caso de no avisar con una semana de anticipación. Apenas una semana después, el gremio de carpinteros concedía todas las peticiones, retornando sus obreros al trabajo el día 9. Este fulminante éxito, ante patronos muy dispersos y poco satelizados por la Federación, muy debilitada además tras el duro conflicto del verano, confirma lo que dijimos para oficios afines en el lock-out de diciembre-enero y reforzó la postura de estos oficios de permanecer al margen de la Federación Local en marcha¹²⁹.

Los ebanistas, como ya entonces, aspiraban a mucho más. Junto a otras sociedades afines (p. ej. los tapiceros) formaron en 1920 el Sindicato de la Madera. Entre sus pretensiones inmediatas se encontraban el monopolio sindical y que los patronos sufragasen la asociación obrera, en la línea de los Sindicatos Unicos. En los últimos meses de 1920 ya promovieron conflictos en esta línea, de "carácter tumultuario", logrando a cambio importantes aumentos salariales. Parece claro que este radicalismo sindical debía de chocar con las prácticas de la UGT, de la que el recién formado Sindicato se apartó con celeridad, situándose en posiciones filocomunistas, y apoyando frente a la Unión la huelga general de la CNT convocada en noviembre. Es sabido, sin embargo, que en aquellos

confusos primeros años veinte, con un PSOE tercerista, una CNT roja y una UGT que parecía dar pasos firmes hacia el Sindicato Unico y la fusión, bolchevismo y sindicalismo no eran interpretados como fenómenos sustancialmente diferentes. En cualquier caso, bien podemos sugerir que las causas del alejamiento del Sindicato de la Madera del antaño "ramo común", no eran exclusivamente ideológicas, aunque éstas facilitaron a posteriori el enfrentamiento con la Federación Local¹³⁰.

Curiosamente, en este fragmentario y confuso ambiente, consumado el fracaso del acercamiento de la UGT y la CNT, tras negarse la primera a unirse a la segunda en la huelga general de noviembre-diciembre, nacería el órgano sindical local más potente que Madrid nunca había visto, la tantas veces intentada y malograda Federación Local de la Construcción.

IX.7. El horizonte de la huelga general (III): la FLE y la rebeldía de los albañiles

IX.7.1. Nace la Federación. El rechazo de los "sin oficio"

El proceso iniciador prácticamente se remontaba al ya mencionado XIV Congreso de la UGT de junio de 1920, que, como ya sabemos, había preconizado y alentado estos organismos junto a los sindicatos de industria. Las federaciones nacionales de oficios de la construcción, es decir la de albañiles, obreros en piedra, obreros en madera (estos debilitados en Madrid tras la defección de sus principales secciones) y pintores, tras previos congresos, organizaron un Comité de enlace, con el objetivo de organizar una Federación Nacional del Ramo de Construcción de España. El requisito previo para ello era organizar Federaciones Locales, allí donde fuese posible, para culminar el proceso en un haz de sociedades de todo el país, terminando en una organización similar a la de Artes Gráficas, símbolo del eterno modelo tipográfico. Para ello se envió una circular a las secciones demandando el tipo de organización que se deseaba, 'resultando, por inmensa mayoría, el deseo de constituir Federaciones locales a base de Caja única de resistencia'. En este sentido se envió un manifiesto/invitación, con fecha 2 de octubre, a las secciones del ramo de la construcción pidiendo la creación de dicho organismo, lo más amplio posible y "lo antes posible" y adjuntando un proyecto de estatutos como base de discusión y para perfiar desde arriba el nuevo sindicato¹³¹.

Es evidente que el punto neurálgico de la cuestión era crear la Federación Local en Madrid, y esto pasaba por la iniciativa que tomasen los albañiles y su capacidad de entendimiento con las otras sociedades. Los primeros, tras las inusitadas tensiones y problemas de la gran huelga de 1920 y las experiencias previas (lock-out por huelgas de oficio, etc.) parece seguro que aspiraban a una organización no muy costosa para ellos, pero dispuesta a respaldarles de una forma obligatoria e institucional en las huelgas que ellos mismos pudiesen promover. Las restantes sociedades buscaban, sin perder su autonomía, conseguir una cobertura para sus peticiones de oficio con el apoyo de tan formidable aliado y, sobre todo, de sus fondos, que serían en adelante de todos. Una de ellas, la de peones, aspiraba simplemente a que se la reconociese como tal sociedad. El polémico artículo 47 del Proyecto de Estatutos "entiende que los peones no constituyen profesión, y por lo tanto deben pertenecer a la Sección del oficio que como tales les corresponde"¹³².

Con estos planteamientos se abrió el Primer Congreso del nuevo organismo el 18 de febrero de 1921, con el propósito de aprobar sus estatutos y ponerlo en marcha. Bajo la presidencia de Francisco Olalla (de albañiles) y con los representantes de las federaciones de oficio como ponentes, se encontraban representadas catorce sociedades, con más de 15.000 asociados. De estos más del noventa por ciento pertenecían a la sociedad "El Trabajo" y a la de peones en general. "El Baluarte", como ya veíamos, rechazó la invitación a participar, "por la diversidad de oficios que integran dicho Sindicato que en su mayoría no pertenecen a la construcción". Los canteros tampoco asistieron, escudándose en "no pertenecer ellos a la Unión General de Trabajadores", ya que en los estatutos proyectados (art. 45) se afirmaba taxativamente que la Federación pertenecería a la Unión. El Sindicato de la Madera se limitó a disculpar su ausencia "por las muchas ocupaciones que pesan sobre él" y a pedir los acuerdos del Congreso para estudiarlos, absteniéndose de intervenir¹³³.

Esto dejaba el campo libre a los albañiles para controlar la nueva Federación. De aquellos Comités de 1918 y 1919 con "el ramo de la construcción" como horizonte de una amplia colaboración obrera en pro de los aumentos lineales, de las ocho horas y de las obras públicas, o de la "Gran Federación"

de 1915 no quedaba ni rastro. Incluso el nombre de la Federación terminó por cambiarse: de Federación Local del ramo de la Construcción a su nuevo, definitivo y larguísimo nombre, Federación Local de Obreros de la Industria de la Edificación de Madrid y sus limítrofes (FLE). Se acababa el ramo, nacía la industria¹³⁴.

Antes de iniciar la discusión de los estatutos habló como mentor Ramón Lamonedá, de la Federación Gráfica, advirtiéndole a los delegados del peligro del exceso de autonomía de las secciones y de que la FGA había terminado por incrementar su centralización. Pese a todo, la tarea del Congreso rectificó los Estatutos previos en un sentido descentralizador, dando más poder a las secciones allí donde peligraba éste frente a la Comisión Ejecutiva. Todo ello apoyado por los albañiles, que no querían supeditarse demasiado al nuevo organismo burocrático¹³⁵.

El artículo 7, que obligaba a las secciones a "cumplir estos estatutos y los acuerdos que recaigan", fue modificado por una enmienda de albañiles: "los acuerdos que adopten los Congresos o Asambleas magnas", en las que previsiblemente se impondría su mayoría. Se formaría un Comité o pleno de delegados con tres voces por cada sección (aunque con un solo voto), que en vez de reunirse dos veces al mes, lo haría cada semana (art. 16 del proyecto), y elegiría de su seno una Comisión Ejecutiva permanente de once miembros. En lugar de elegir el pleno a "los delegados de obras, fábricas y talleres", lo harían las Secciones (art. 16 definitivo), otra sugerencia de albañiles. Al antiguo art. 20 que daba los acuerdos del Comité como firmes "si están aprobados por mayoría de representantes", se le añadió la coletilla de en casos graves y "para cuotas extraordinarias", votarían las secciones, siempre que hubiese tiempo. La enmienda, por supuesto, era de albañiles. Además, si una sección no estaba de acuerdo con el comité se haría un referéndum entre todos los afiliados (art. 22), con resultado cantado cuando una sola sección abarcaba cinco sextas partes de la Federación¹³⁶.

Más meridiana fue aún la posición de estos en el tema de las cuotas. Propuesta en principio una semanal de 30 céntimos por federado con jornal superior a tres pesetas y de 15 para los inferiores a

esa cantidad, una Comisión aparte hubo de revisar tales cifras y tras llegar a la conclusión de que eran aceptables, se descolgó Cienfuegos con un voto particular que pedía una cuota única de 10 céntimos. Propuesta finalmente aceptada por siete votos contra cinco. Cienfuegos era delegado de albañiles. El poder económico y de facto de la Federación quedaba así muy recortado porque con tal cuota sólo se podía hacer "un ensayo de Federación, pero no una obra positiva". Los albañiles se basaban en su huelga de 1920, sostenida sin caja y a base de cuotas extraordinarias. Este argumento se basaba tanto en despertar la "consciencia" y la "solidaridad" de las masas como en acortar las huelgas, que según ellas se alargaban innecesariamente con las cajas bien repletas. Esta crítica implícita a las tácticas ugetistas de oficio no provenía de alternativas revolucionarias sino de un enmascaramiento de la realidad: la negativa de la sección más fuerte a sufragar el entramado burocrático y las huelgas de los demás. Para los críticos de esta decisión eso suponía dejar sin caja a la Federación, y por tanto "dejar en libertad a las Secciones para declarar las huelgas". En realidad a quien se dejaba en libertad era a una sección: la de albañiles¹³⁷.

Dos sesiones completas (la quinta y sexta) se consagraron a la posible vinculación con la UGT, que se aplazó para cuando se crease la Federación nacional y, sobre todo, al espinoso asunto de los peones. Estos se habían mostrado muy activos a lo largo de 1920, participando en las huelgas de la metalurgia y en paralelo, aún como "traidores", en la de albañiles. De hecho la de carreros de junio había sido asumida por ellos, así como la de octubre de mozos de carga y descarga en ferrocarriles y mercados (conocida como "la de la contrata"), con una subida de 1'75 sobre un jornal de 4'50 (casi un 40%). Tras finalizar la de albañiles en septiembre habían extendido las peticiones concedidas (el 27%) al Metropolitano (30 de septiembre), compañía del subsuelo siempre refractaria a coordinarse con la patronal de la superficie, como sabemos, y donde los peones eran los reyes. También habían secundado a los carpinteros en sus huelgas cuando había hecho falta en noviembre y diciembre. La sociedad había aumentado su prestigio, su horizontalidad y su militancia, triplicada en el quinquenio 1914-1923. Por otro lado, su capacidad perturbadora era harto conocida y censurada, con afiliados de muy distinta procedencia y ámbito laboral, siempre poco cualificados, y por lo tanto sin el troquel

de garantía de la habilidad profesional. Esto tenía que chocar con las concepciones verticales de la UGT y societarias de la Casa del Pueblo, y antes que con nadie con los albañiles, con los que disputaban una clientela muy próxima. La crisis de trabajo, la proletarianización y los cambios de la actividad constructora trabajaban en su favor. ¿Pero por qué hacerlos desaparecer como sociedad?, ¿sólo por rivalidades entre sociedades?¹³⁸.

La respuesta es muy sencilla, aunque con muchos flecos. En primer lugar a los peones no se les consideraba un oficio sino una categoría, como la de aprendiz, ayudante, etc.. Esto les imposibilitaba per se para formar una sociedad ... de oficio, puesto que no había tal. Así, como había peones metalúrgicos, de albañil, camineros, desmontistas, lo lógico es que estuviesen en sus respectivas sociedades de empedradores, albañiles, canteros, embaldosadores, etc.. "La mayor parte de los peones que constituyen la Sección pertenecen a oficio". Los que no, se dedicaban a actividades para nada concernientes a las artes de la edificación, como machacar piedra, carga y descarga, llevar carros de ladrillos o pavimentar. "No puede pertenecer (...) por la diversidad de oficios que no tienen nada en común con la edificación como son carreros, carboneros, mozos de almacén y otros". Su inclusión perjudicaría a la Federación porque iríamos "a la Federación local de todos los obreros" y "a huelgas con oficios que no tienen nada que ver con los de la edificación" y perjudicarían su solución. "Hay que evitar intromisiones y mezclas en nuestro ramo, aunque fuera de él seamos hermanos". Lo que más que se aceptaba es que formasen una sección de peones de albañil depurada, reformando su reglamento, de carácter transitorio, o de peones sueltos, pero sólo dedicados a la edificación. Tales restricciones hacían inviable la pertenencia de peones en la FLE. Tras ser aceptado el artículo 47 por once votos contra dos (con la abstención de peones), abandonaron estos el Congreso, afirmando que "muchas veces se van al Sindicato católico los obreros, por las terquedades que encuentran aquí".

Podemos señalar que sustentando argumentos de orden práctico se deslizaban prejuicios, tradiciones societarias y mentalidades que aquí ya se han desgranado y que podemos señalar sin temor a equivocarnos se remontan a las raíces de la Casa del Pueblo, del movimiento obrero madrileño y

aún más allá. El obrero consciente debe estar organizado. El modelo organizativo es el de la sociedad de oficio. Todo obrero que no practica un oficio no puede organizarse por sí mismo. Todo obrero sin oficio no es consciente y de hecho no es tal obrero, sino un aprendiz de tal. Sólo entrando en la sociedad del oficio correspondiente puede transformarse en obrero, y de hecho, dejar de ser peón. Entonces dejará de producir "perturbaciones", algo característico, por otra parte, de obreros inconscientes y podrá "mejorar su situación profesional al lado de sus compañeros de oficio". Incluso las débiles defensas de la situación de los peones comparten y abundan en este tono paternal hacia los parias, señalando su impericia -"los peones no pueden perjudicar a los albañiles en una huelga, puesto que ellos no pueden levantar un edificio"-, su funcionalidad acercando la luz al lumpen -"organizando a trabajadores que no estaban organizados"-, o la imposibilidad de encuadrarlos de otro modo por su escaso bagaje profesional -"tienen que trabajar unas veces en un oficio, y otras en otros, (...) en cual de esas Secciones de distintos oficios, podrá aquel peón adquirir derechos"- . Toda una cosmovisión implícita del mundo social del trabajo, en una adopción jerárquica y vertical de la consciencia social, la cualificación profesional y, es de suponer, la conversión a la "política"¹³⁹.

En el trasfondo de la expulsión corría una de las preocupaciones fundamentales de la Federación desde su nacimiento: la regulación y estrecha jerarquización de la industria y poner diques a lo que se apreciaba como un deterioro de un arte milenario. El objetivo era preservar determinadas profesiones de los cambios en la actividad constructora y evitar su descualificación y proletarización, de la que se beneficiaban los peones, sociedad que por tanto rompía el ciclo aprendiz-ayudante-oficial dentro del mismo oficio, tan querido en esta cosmovisión cuasiartesanal. Un ejemplo lo tenemos en los lamentos de la sociedad de embaldosadores, que, a comienzos de la década de los veinte, analiza las circunstancias del oficio y describe la amenaza:

"Nuestra profesión atraviesa por una de las fases más difíciles desde hace algunos años a la fecha. (...) [Es necesario] hacer de él un arte, en el que carezca de ocupación el menos número de compañeros embaldosadores.

(...) El trabajo de solado que se realiza en Madrid y sus contornos puede ser lo suficiente para atender a las necesidades de los componentes de nuestra profesión, pero para ello es necesario que todos, absolutamente [sic] todos, realicemos los trabajos en tal forma que, siendo éstos orgullo de la profesión, demostremos que en la capital de España existe una

especialidad en el Ramo de la Construcción con un perfectísimo derecho propio.

Nuestro oficio, a pesar de atravesar por unos instantes en que debía florecer en toda su cuantía, sucede todo lo contrario. Es lamentable confesarlo, pero de seguir así desaparecerá del ramo de la Edificación la profesión de embaldosador, y el obrero que emplee los materiales que hoy manipulamos nosotros, será un obrero albañil, más o menos especializado que se adiestre en la colocación de nuestros materiales. (...) Porque hoy nos ciega más el colocar mucho material que el colocarlo bien. Nuestro oficio, compañeros todos, no puede, no debe dejarse arrastrar por esta corriente que amenaza con arrollarlo todo (...). Debemos dirigir la nave de nuestra profesión hacia horizontes plenos de luz para que haga ver a todos los camaradas embaldosadores que no pueden convertirse en máquina de colocar material, ya surgirán éstas con el Progreso, pero mientras tanto otra es nuestra misión.

Todo menos consentir que se llame EMBALDOSADOR el obrero que presuma de hacer metros sin importarle[sic] la calidad"¹⁴⁰.

En este deseo de recuperar el orgullo artístico del artesano y aminorar el destajismo se enmarcan las típicas soluciones que proponen: asignación de número de metros realizable por cuadrilla y día, tarifa y número de obreros fijos por cuadrilla, para evitar la "vergüenza profesional", las "verdaderas canalladas profesionales", y el hacer trabajos "en peores condiciones que los ejecutados por los que llamamos ALBAÑILES DE PUEBLO". El objetivo: aumentar la calidad y prolongar las obras, con más trabajo para todos. Pero para eso hay que evitar la competencia, y ahí es donde entra la FLE, a la que se propone "que todos los trabajos que competen a la especialidad de embaldosador no sean realizados por obreros similares". En el caso de encontrar a albañiles u otros haciéndolos "los camaradas embaldosadores que se encuentren en la obra abandonarán esta".

Con ello se cierra el círculo. Una de las funciones principales no escritas de la Federación Local iba a ser la de defensora de la calidad de trabajo, y con ella la de cancerbero de los oficios y sus áreas reservadas. En unos momentos en que la actividad constructora comenzaba a salir de su atonía las rencillas, no sólo tácticas e ideológicas, sino profesionales, entre los trabajadores defensores de un sistema habituado a la defensa gremial y los proletarios no cualificados, que simbolizaban los peones o incluso los tiránicos albañiles, iban a ir en aumento. La FLE tenía la ardua tarea de equilibrar su tensión interna entre los oficios que la formaban, preferentemente entre la sección mayoritaria (albañiles) y el resto, y la externa, que le suponía un círculo de oficios ausentes de su proceso constitutivo, marginados o simplemente hostiles: los peones, los canteros, el Sindicato de la Madera, directamente hostil a los "minimalistas" de la UGT, y el Metalúrgico, éste "amigablemente" ajeno,

pero muy a la defensiva tras la huelga de septiembre-octubre y habituado a los acuerdos de fábrica con el Unico y con los peones, elementos "perturbadores". Por si fuera poco, el referente político, el Partido Obrero, se escindía en abril de 1921 en dos formaciones irreconciliables.

En estas condiciones, la FLE tenía que demostrar que podía aguantar tales tensiones, que como se puede ver poco tenían que ver ni con el socialismo ni con la lucha contra la Federación Patronal. Las huelgas se iban a convertir en campos de batalla para probar la resistencia de su modelo organizativo. Ya desde su creación, la FLE apadrinó la huelga -en realidad el pleito o boicot- que sostenía "El Trabajo" con el contratista Celestino Madurell desde enero, a petición de los albañiles, consiguiendo estos la solidaridad por su conducto del Metalúrgico y el de la Madera. El pleito venía provocado por el retiro de personal (unos 500) a este importante patrono, ante su marcada reticencia a acoger "personal asociado" y su preferencia por el de los Círculos Católicos en uno de sus tajos. Aunque los albañiles presentaban el conflicto como un veto a su sociedad -y por ende a todas-, lo cierto es que lo que se pretendía era el consabido monopolio sindical y la expulsión de los "amarillos", como lo demuestra el rechazo a las fórmulas de conciliación de la Federación Patronal, en las que se pedía el statu quo y la posibilidad de contratar "indistintamente" el personal de unas u otras sociedades. La presión sobre el contratista fue muy fuerte, solucionándose con un gran éxito el 8 de agosto. Su sobrino, Bartolomé Madurell, firmaba que "todo el personal (...) en sus obras o reformas será asociado a las Secciones que integran la Federación local" -y no a peones o madera-. Tal éxito, sin embargo, se cobró el precio de la vida de su tío, el primer contratista, asesinado a tiros el 28 de junio, en uno de los contados casos de pistolero en la ciudad. Las aguas bajaban turbias en la construcción madrileña¹⁴¹.

Por otra parte, los albañiles se mostraron muy reticentes desde el primer momento a sumarse a ninguna disciplina ajena a sus propios intereses, pese al apoyo prometido por la Federación. En la sesión constitutiva del primer pleno de delegados de la Federación (29 de marzo) no se presentaron, ante el desconcierto general, aplazándose una semana la elección del Comité Ejecutivo, para que ver

que ocurría. El 5 de abril, Cienfuegos, de albañiles, explicaba que, efectivamente, "El Trabajo" "ha acordado no ingresar en la Federación pero sabe él que el acuerdo se ha tomado por sorpresa en una junta general la cual ha de rectificar dicho acuerdo". Como sabemos, esto tenía precedentes en cualquier caso, y era bastante indicativo, al margen de manejos y confabulaciones políticas, de que en el seno de la sociedad había una amplia opinión en contra de la Federación, a pesar de haberse levantado sobre unos estatutos sumamente complacientes. La Ejecutiva se nombró sin su participación, aunque más tarde los albañiles darían marcha atrás, como se esperaba, integrándose en el nuevo organismo y aceptando presidir el mismo Luis Fernández, delegado de esta sociedad (23 de mayo). La FLE redondeó la claudicación manifestando públicamente "que los delegados de la Federación en las obras de construcción son los mismos que desde el 23 del pasado mayo tenía la Sociedad de Albañiles "El Trabajo" y que "el horario de entrada y salida en las obras y reformas ha de ser el establecido para los compañeros albañiles". Pese a todo, esto no impidió que en septiembre se constituyese la Federación Nacional de la Industria de la Edificación, justo en vísperas del tour de force de la FLE: la huelga de septiembre¹⁴².

IX.7.2. El fracaso organizativo de la huelga de 1921

De esta manera, la FLE comenzó su andadura hipotecada y siempre tras los acontecimientos, en lugar de marcar la pauta de estos. Los albañiles pronto volvieron a las andadas. A finales de agosto se reúnen en asamblea (en un salón de la Costanilla de San Pedro) y acuerdan unas bases para presentarlas a los patronos, con peticiones salariales fundamentalmente, pasando por encima del criterio de la Junta directiva y prescindiendo de la Federación. Estos "acuerdos que no están en armonía con la disciplina que las secciones deben guardar con la Federación" colocaban a la FLE en la disyuntiva de aislar la huelga, enfrentando a los trabajadores o secundarla, disfrazándola de huelga planificada y acordada por todas las sociedades federadas. Los representantes de albañiles (Olalla) se disculpaban por el clima asambleario en que los albañiles habían decidido ir a la huelga: "la Junta Directiva se vió atropellada por una Asamblea que momentáneamente era manejada por elementos enemigos de la Federación; que los acuerdos fueron tomados en condiciones anormales sin que fuera

posible realizar las votaciones necesarias en ocasiones como ésta". El dique del tradicional sistema de votación por referéndum con cartilla de cotizante se rompía en las soliviantadas asambleas con voto unánime a mano alzada. La FLE decidió huir hacia delante y neutralizar las peticiones de los albañiles con unas reclamaciones salariales más maximalistas, pero de carácter general: un aumento del quince por ciento para los jornales mayores de diez pesetas (una minoría) y del treinta para los inferiores (todas las categorías de albañil). "Como estas peticiones son superiores a las acordadas por los albañiles (...) serán bien acogidas y se tendrá segura la unanimidad del paro". Hubo consejos contrarios (de escultores-decoradores y pavimentadores) a esta opinión, que opinaban que era preferible una huelga de solidaridad con albañiles llegado el caso. Pero se impuso el criterio de la Ejecutiva (que detentaba Muíño, de embaldosadores), basándose en las tácticas seculares de los dirigentes ugetistas: "si se presentan peticiones de carácter general, es porque domina la impresión de que no se evitará la lucha, y como esta es la primera en que interviene la Federación, considera necesario llevar un aliciente que excite a todos los federados al cumplimiento de su deber". Osea, el tradicional prejuicio de incluir reivindicaciones salariales para suscitar cuanto más apoyo mejor. Como luego se verá, este intento de capitalizar la dirección de la huelga en este sentido reportó tantos inconvenientes como ventajas, si no más¹⁴³.

Era cierto que las peticiones de la FLE iban más lejos que las de albañiles. El resultado de las primeras daría unas 8'25 pesetas para el peón suelto, 8'65 para el peón de mano, 9'90 para el ayudante y 11'14 para el oficial. De las segundas resultaba 7'50 para el suelto, 8 para el de mano y 10 para el oficial. Pero esto era cierto sólo en la cuantía, lo que demuestra la incompreensión de la cúpula de la FLE. Como puede verse, el fundamento de los jornales propuestos por la Comisión de huelga de albañiles era la nivelación, es decir tendían a aproximar las categorías y a difuminar las diferencias. Los ayudantes incluso desaparecían como tales. Mientras que los de la FLE tendían al mantenimiento de las jerarquías tradicionales. Esta tendencia niveladora siguió siendo el prurito durante mucho tiempo de los peones, categoría que no dejó de aumentar, y una reivindicación fundamental en el planteamiento de la huelga general de junio-julio de 1936¹⁴⁴.

Pese a todo, la FLE presentó las peticiones, con el objetivo de "procurar la nivelación de los jornales de los diferentes oficios federados -cosa que las Secciones, aisladamente, no pueden realizar-, y que la Federación no cejará en él hasta que desaparezcan las diferencias tan notables que hoy existen". También la Junta directiva de albañiles repartió un manifiesto conminando a estos a respetar los designios de la FLE, a la cual pertenecían por voluntad propia, dejando a ésta la dirección del movimiento, y a rechazar "una forma de lucha que tiene la algarada por norma, el escándalo por sistema y la perturbación como finalidad". Pedían por tanto que se desatendiese cualquier orden de cualquier Comisión, que no fuese la propia Directiva c de la FLE¹⁴⁵.

Como era de esperar, las peticiones fueron rechazadas por la Federación Patronal, que advertía de que la coyuntura alcista de años anteriores se había detenido y por tanto no tenía sentido conceder aumentos, y accedía a revisar jornales pero en determinados oficios y no con carácter general. Paradójicamente, ahora que existía un interlocutor obrero definido, eran preferibles las negociaciones oficio a oficio. La Ejecutiva de la FLE recomendó ir a la huelga el día 12 de septiembre, decisión aceptada mayoritariamente en el Pleno de Delegados tres días antes. Se acordó trabajar allí donde se aceptasen las bases y que el aumento concedido sirviese para dar dietas a los huelguistas. Tras acalorada discusión, se impuso el criterio de albañiles: estas dietas las cobraría la FLE, y no cada sección. Esto suponía en la práctica que los albañiles cobrarían las dietas de todos, y que ante la perspectiva de que la huelga durase menos en determinados oficios -los de salarios más altos- estos sufragarían a los parados de los restantes¹⁴⁶.

El inicio de la huelga no pudo ser más calamitoso: los albañiles decidieron el día 11 en asamblea multitudinaria no secundarla, buscando negociar con la patronal sus peticiones, con una Comisión especial para tal fin, Comisión desautorizada por la FLE y la Directiva de "El Trabajo". En la citada asamblea, Anastasio de Gracia, presidente de la sociedad, pidió que se uniesen a la huelga general, sin resultado. La huelga se fraccionó, creandose múltiples tensiones entre los trabajadores en las obras, entre los que paraban y los que continuaban trabajando. Para las autoridades, al no haber

huelga de albañiles, no había huelga de la construcción, sino de oficios dispersos. Tampoco se hicieron eco de ella ni la prensa general ni el IRS, ni por supuesto los peones, la madera o el metal¹⁴⁷.

Se decidió en cualquier caso, continuar la huelga, con o sin albañiles. La Directiva de esta sociedad mantuvo una posición ambigua, acatando lo acordado en la asamblea, pero mostrando "la situación humillante que supone para todo trabajador honrado y consciente de sus intereses de clase trabajar custodiado por la fuerza pública" y aconsejando "adoptar la actitud correspondiente a las circunstancias, aunque para ello sea necesario abandonar el trabajo". En la FLE se acusó a los albañiles de "alta traición" y de mucha "flexibilidad" a su Junta Directiva¹⁴⁸.

Lo cierto es que, dentro de la más pura ortodoxia ugetista, la huelga resultaba inoportuna. Sin fondos, en una coyuntura no muy propicia, con peticiones bastante maximalistas, era una auténtica huida hacia delante, que incluso mostraba como moderada la posición de los albañiles "disidentes". Esto irritaba sobremanera a los propagandistas de El Socialista: "¡Los que alardeaban de radicales, precisamente los mismos que querían la huelga sin plazos dilatorios, son los que hoy han recorrido las calles de Madrid aconsejando la permanencia en el trabajo!". Eran "extremistas de apariencia", "ultrarrevolucionarios", seguidores de "etiquetas moscovitas", que hacían el juego a la patronal y dividían a los trabajadores. Contra estas divisiones se proponía el "frente único" (?), interpretado como la unión de los trabajadores en la huelga. El propio Pablo Iglesias habló contra los que sembraban "predicaciones insensatas", "confusionismo" y "van por que sí contra los mismos métodos de lucha que ellos propugnaron no ha mucho tiempo", dividiendo las organizaciones. Un ataque a los escisionistas, pero con la huelga de trasfondo. El ataque más prolijo y virulento se encontraba en un artículo de Feliciano Martín Recio, donde a lo que pasaba en albañiles lo calificaba "mal de moda", "nuevo morbo" y "pus comunista-sindicalista", explicando detalladamente donde estaba el fuerte de estos elementos, "en las juntas generales extraordinarias, (...), a las que acuden cuatro o cinco mil hombres"¹⁴⁹.

Lo cierto es que la actividad de "sindicalistas" y "comunistas" no habría prosperado si no hubiese existido un campo abonado. Por si fuese poco la "embriaguez de egoísmo, que es el punto negro de la honrosísima historia de su organización" y "el viejo espíritu de los gremios" demostrado secularmente por los albañiles, hay que tener en cuenta que los peones habían sido expulsados de la FLE. La sociedad de albañiles firmó unas bases el 16 de septiembre con la Sociedad de Contratistas y Aparejadores de Madrid donde se concedían los jorrones pedidos y el reconocimiento médico por cuenta del patrono. A los ojos de la FLE, al ser estos jornales menores que los que ella pedía, se trataba de una "confabulación" o "contubernio" entre sindical-comunistas y patronos. En realidad, era una constatación del fracaso de la Federación para atraer a esta sociedad¹⁵⁰.

Junto a éste, mucho más relevante fue el fracaso del tan cacareado "frente único" de los oficios de la construcción para dar "batalla" a la Federación Patronal. Este proyecto seguía el hilo de "los Sindicatos o Federaciones de industria (la denominación es lo de menos)". Lo cierto es que no era lo de menos. La gestión de la huelga fue todo, menos centralizada y unánime: un haz de oficios que hacen la guerra por su cuenta y que piden, un día sí y otro también, la gestión de sus dietas para su propio beneficio y firman bases con sus maestros rebajando según su parecer las "unánimes" peticiones originales¹⁵¹.

El día 16 se informa que se mantienen las bases íntegras para todos, pero una vez han firmado los albañiles, comienza la desbandada. En primer lugar, el diálogo directo entre FLE y Federación patronal no consigue nada. La Federación patronal parece que había perdido buena parte de su influjo tras el lock-out de agosto de 1920, y aunque los maestros se mostraban respetuosos con lo que acordasen ambos organismos, firmaban sin problema bases de arreglo con sus trabajadores -que, curiosamente hacían lo propio, como vemos-. Las auténticas decisiones se tomaron entre las sociedades y sus respectivos patronos, que en la mayoría de los casos prescindían de la Federación para negociar. El 18 ya han firmado los embaldosadores, "con alguna modificación", también los escultores-decoradores. Los marmolistas se declararon dispuestos a aceptar cualquier oferta "que no

altere en mucho las peticiones formuladas". También los escultores de ornamentación. Los carpinteros de armar firmaron por su cuenta. También los pintores, que "apenas han modificado" las bases. Los pavimentadores volvieron al trabajo, puesto que ellos no habían realizado peticiones. El 19 la Ejecutiva informa pesarosamente de "las facultades que tienen las secciones en situaciones como la presente dándose el caso de que después de realizar gestiones sin intervención de la Federación, se celebran Asambleas en que se da a conocer el resultado y después conoce de todo lo actuado la Federación". Para el 25 sólo cuatro oficios continuaban la huelga como tales: fumistas, vidrieros-fontaneros, poceros y estucadores a la catalana, amén del eterno problema de los obreros del Metropolitano, puestos en huelga, "obligados por la penosa situación en que se encuentran" y que no se asociaban por oficios. Alguno de estos conflictos se solucionaron en octubre¹⁵².

El saldo de la proyectada huelga general no fue muy negativo si se atiende a las subidas salariales obtenidas por casi todos los oficios, especialmente en sus categorías más bajas (entre el 10 y el 20 por ciento) y al reconocimiento casi universal de la FLE como entidad suministradora de mano de obra. A nivel organizativo fue un auténtico desastre: tanto en la "autónoma" gestión de los albañiles como en el comportamiento de las sociedades se demostró la incapacidad de articular una huelga unánime en torno a unas bases de trabajo. El banderín de enganche, que se suponía basado en unas prometedoras peticiones de aumentos generales, en lugar de suscitar adhesiones y centralizar decisiones lo que había hecho es fomentar la división y dificultar las negociaciones de oficio. De puertas adentro, la FLE reconocía el estrepitoso fracaso político -en el sentido de haber conseguido convertir a la FLE en un centro de poder determinante- de la huelga¹⁵³. La huelga de solidaridad por arrastre, que con toda probabilidad buscaban los albañiles -como en 1920, pero más unánime- fue sustituida por la Federación a toda velocidad por una huelga de peticiones comunes, totalmente imposibles en la práctica dada la heterogeneidad de oficios y categorías del ramo. Aunque tal procedimiento se envolvió en una llamada a la unidad obrera frente a la patronal, el sustrato de pensamiento de fondo de los dirigentes de la FLE era la imposibilidad mental y organizativa de mantener una masa obrera en huelga sin peticiones concretas que les atañesen. En cuanto a los

"disidentes" sindical-comunistas parece obvio que se aprovechaban no sólo del radicalismo de las asambleas, sino del reflejo gremial y antiburocrático (o antipolítico) de muchos oficios para intentar crear organizaciones alérgicas a la centralización, a la de la UGT naturalmente. En cualquier caso, esta frustrante experiencia retuvo a la Federación a la hora de organizar otro movimiento "unánime"¹⁵⁴.

IX.8. Tiempos de pugilato. La expansión de la FLE y las resistencias (1921-1923)

IX.8.1. Las obras de "París-Madrid"

Lo cierto es que los tiempos parecían dar la razón a la Federación, cuando se refería a la necesidad de superar la dialéctica de los oficios. Las huelgas, sobre todo a partir de 1921 y con un ritmo de obras en marcha que comienza a ser alcista, comenzaban a plantearse en el contexto de determinados edificios y proyectos en construcción donde iba a estallar una lucha sin cuartel entre las sociedades por marcar la pauta de los nuevos contratos colectivos y controlar o modificar las condiciones de trabajo. Como excusa para el enfrentamiento, las tácticas; como realidad, una feroz rivalidad por el poder en las obras y el tajo.

Esta lucha sorda tuvo sus contendientes y sus escenarios. El pugilato se mantuvo fundamentalmente entre la FLE y la principal sociedad rival, rival en lo táctico e ideológico como contraria a la UGT y al socialismo matriz, pero también rival en lo profesional y en la jerarquía gremial, como resistente a la fuerza centrípeta de la edificación. Por supuesto, nos estamos refiriendo al Sindicato de la Madera. Entre ambas, la siempre ubicua sociedad de peones, expulsada como sabemos de la FLE por no ser oficio, pero que no renunciaba a encuadrar sus propios trabajadores y a plantear sus demandas. El problema fundamental radicaba en el influjo de estos "agitadores" sobre los mayoritarios albañiles, dada la independencia que estos habían mostrado hasta ahora. Los escenarios fueron todas aquellas grandes obras y tajos donde fuesen necesarios contratos colectivos y donde se pudiese recurrir a las llamadas y coacciones directas entre los trabajadores rompiendo las vetustas disciplinas verticales de oficio. El principal teatro de operaciones, en cualquier caso, fueron las obras de los almacenes París-

Madrid en la Gran Vía, símbolo de la modernidad urbanística y comercial de la ciudad, pero también cuna de los nuevos conflictos huelguísticos que se avecinaban.

Con anterioridad a estos, ya habían surgido espacios claramente conflictivos, difícilmente controlables por la FLE, como antes lo habían sido por las distintas sociedades. Ya hemos mencionado el caso de los obreros del Metropolitano, claro precedente, y repetido siempre que había peticiones en el exterior. Ellos aglutinaban sus peticiones, bien con Comités generales de huelga, bien de la mano de la Sociedad de peones, pero no al hilo de los oficios, en los que supuestamente se insertaban. En una situación similar, atentos a lo que ocurría en la superficie, vivían los obreros del subsuelo. Estos se pusieron en huelga el 6 de junio, por lo que solía llamarse cuestión de dignidad, es decir un paro espontáneo contra un despido arbitrario, o por el mal trato de algún capataz o encargado, motivo frecuentísimo de huelga espontánea en estos ámbitos. En este caso, las peticiones se reducían a la destitución de los capataces y la readmisión de cuatro despedidos. Comenzó en una sección de los trabajadores en el subsuelo de la Cárcel Modelo, extendiéndose a toda una brigada de trabajo (la del maestro de obras Sr. Seguf), y posteriormente a otra (la del maestro Sr. Ríus), todos contratistas catalanes de la empresa anónima "Fomento de Obras y Construcciones". Durante el conflicto holgaron 1.000 trabajadores, cifra nada despreciable, e incommensurable si se tienen en cuenta dos aspectos. En primer lugar, que aunque afectaba a los maestros, contratistas y jefes de cuadrilla como los antes mencionados, era fundamentalmente una huelga contra una sola empresa, no contra una miríada de patronos como en la imponente huelga general de septiembre. Y en segundo lugar, y como elemento de comparación, pensemos que la tan publicitada huelga de septiembre había afectado fundamentalmente a unos 1.600 pintores, 900 fontaneros, 600 portlandistas, 400 poceros, 300 carpinteros de armar, 400 marmolistas, 200 fumistas, 150 pavimentadores y otros tantos estucadores. Es decir, y calculando por lo alto, unos 5.000 obreros, que no coincidieron en prácticamente ningún momento del paro. En una sola huelga, contra una sola compañía, se movilizaba la quinta parte, manteniendo la unanimidad casi quince días. Esto sí que era auténtica concentración de mano de obra¹⁵⁵.

Estas huelgas no eran de tal o cual oficio, sino de obreros-de-una-determinada-obra, con todo lo que esto suponía. Tampoco eran largas, como las tradicionales de oficio, sino bastante breves - difícilmente llegaban al mes, frente a los larguísimos pulsos que conocemos- y de planteamiento espontáneo casi siempre -osea, sin caja. Si el edificio o la obra eran lo suficientemente grandes, la extensión de la solidaridad podía generalizar el conflicto, mucho más si la Sociedad de peones estaba por medio. Contemporánea a ésta fue por ejemplo la huelga en las obras del Palacio de Hielo en junio-julio, con precedentes en febrero, dirigida por peones, por un motivo parecido, y sin una solución favorable. También de entonces datan los primeros conflictos en París-Madrid, promovidos en su origen por peticiones de aumentos de jornal entre los peones, y que tuvieron "carácter tumultuario". Esta huelga se solucionó con un contrato que dejaba en mal lugar a la FLE, puesto que negaba de hecho el ostracismo de la Sociedad de peones¹⁵⁶.

El conflicto rebrotó en octubre, cuando fueron los carpinteros del Sindicato de la Madera los que fueron a la huelga, y con ellos los demás oficios "por solidaridad". Según la Ejecutiva de la FLE "por no querer hacer traición al Sindicato". La Sociedad de peones en general, al parecer, no retiró todo su personal y rehusó obedecer a unos y otros. El pleito, amén de la excusa de las peticiones y el esquirolaje, afectaba al prurito de la competencia profesional. Los peones sueltos no obedecían a ninguna sección, los carpinteros de armar que trabajaban en la obra en lugar de obedecer a su sociedad (de la FLE) se dejaban convencer por los de taller (de la Madera). La FLE decidió reiterarse en su criterio de que los peones no eran oficio y crear una Comisión entre los divididos carpinteros para que se pusiesen de acuerdo. Las secciones de la madera fieles a la Federación (carpinteros y pavimentadores) opinaban que el Sindicato sólo pretendía su absorción y se opusieron a las componendas de la FLE de repartir el trabajo al cincuenta por ciento entre ellos y el Sindicato "y los peones descartados y fuera de la obra como tal sociedad". Sólo la promesa de que era un acuerdo sólo temporal para solucionar la huelga los aquietó un poco. Pese a tales acuerdos la huelga se prolongó hasta finales de noviembre, con agresiones, coacciones y las detenciones consiguientes. Las bases fueron firmadas el 28 de noviembre entre el Sindicato, la Federación y la Sociedad de Estudios y

Construcciones, compañía que llevaba las obras, y no por la patronal¹⁵⁷.

La empresa París-Madrid se mostraba reticente a negociar con el Sindicato, accediendo a hacerlo por las presiones de la FLE, pero decidió no prescindir de los peones asociados. Las negociaciones entre todos los implicados nada solucionaron. La Federación y la Sociedad de Peones se negaron unánimemente a circunscribir la actividad de estos a los trabajos de hormigón, y la primera a permitir el ingreso de la Sociedad como sección en la FLE. El gobernador civil, ignorante del fondo de la cuestión, declaró intolerable "que se impida trabajar a los peones obligándoles a pertenecer a otra sociedad en que ellos no están dispuestos a ingresar", como si se tratase de un sindicato católico. Esto reabrió el conflicto el 9 de diciembre, negándose a trabajar los obreros si no se expulsaba a los peones no asociados en el Sindicato o la FLE. Finalmente se arregló con un acuerdo que facilitaba su inclusión en ambos organismos y que de hecho suponía la retirada de la Sociedad de peones como tal de las obras el 15 de diciembre¹⁵⁸.

Como era de esperar, esto sólo supuso una tregua entre Sindicato y Federación. Pronto se desataron las hostilidades entre ambas entidades. Las fricciones entre ambas aumentaron con la huelga de pavimentadores en madera de diciembre de 1921 y febrero de 1922, en la que el Sindicato se prestó a realizar tareas de esta sociedad. Pero fue nuevamente en París-Madrid en donde se llegó al rompimiento definitivo. El conflicto, como no podía ser de otro modo, surgió entre los carpinteros de armar y los de taller sobre los trabajos de encofrado. El Sindicato pidió por carta en marzo a la FLE arreglar ese tema. Los carpinteros de armar se negaron en redondo: "no se pueden avenir a arreglo ninguno por ser este trabajo de su competencia (...), de su absoluta competencia, y por tanto no se debe tolerar que el Sindicato de la Madera haga esos trabajos". Pese a la postura de la Ejecutiva, que aconsejaba "limar asperezas", se aprobó en Pleno la sugerencia de albañiles: "todo el que trabaje en esos trabajos pase a ser socio de Carpinteros de Armar". La FLE, con la adhesión de los obreros en piedra artificial y los albañiles de Barajas, Leganés y Vicálvaro, se sentía más fuerte para retar al Sindicato, hasta entonces siempre a la ofensiva. Pero no se olvide que el problema de

fondo seguía siendo el de la competencia entre sociedades para apropiarse de tareas y trabajos en régimen de monopolio gremial¹⁵⁹.

La respuesta no se hizo esperar, y pronto hubo una excusa para ello. Concretamente, y según la Sociedad de Estudios y Construcciones, el motivo fue "la ejecución de una cúpula de hormigón a fines de marzo", cuando "los carpinteros del Sindicato de la Madera (carpinteros de taller) se negaron a que la ejecutaren los carpinteros de armar", como rezaba el contrato previamente firmado. Las negociaciones nada resolvían y las fricciones en la obra iban en aumento. El 19 de abril, la FLE hablaba "de que en la obra impera un desorden sin igual (...) por lo que se precisa una gran vigilancia". El Sindicato decretó la huelga de brazos caídos el 2 de mayo y la empresa decidió el cierre al día siguiente. El día 5 (el 4 según la FLE) la empresa abrió la obra pidiendo al Sindicato el respeto al contrato firmado. Nadie acudió al trabajo, por lo que la empresa se consideró desligada de todo compromiso. Según la Federación, "se coaccionó a nuestro personal para que no entraran a trabajar (...), con objeto de evitar choques". Tras una Junta del Sindicato (el 8) se acordó la vuelta al trabajo el día 9, de la que quedaron excluidos los carpinteros de armar. Según la empresa no se presentaron; según la Federación "se les dijo que allí estaban de más". Lo cierto es que la FLE había perdido el control de la situación y no podía imponer su criterio, ni sobre todo sus tácticas, en la obra. Sus quejas a la empresa de que se incumplía el contrato previo y de que se permitían las coacciones sólo remarcaban su impotencia para imponerse en el centro de trabajo. No sabemos muy bien cual era la alternativa que preconizaba la FLE. ¿Quizá que la empresa echase a los del Sindicato?. La vía tomada no puede ser más clásica: declarar la huelga, es decir el boicot, contra la citada obra¹⁶⁰.

En realidad, se trataba de un boicot contra otros trabajadores organizados, como reconocía la propia Federación: "el plano de lucha ha cambiado, eliminándose una de las partes -la patronal- y quedando lamentablemente reducida esa lucha a una pugna entre trabajadores igualmente explotados". Así lo interpretó también "El Baluarte", que se declaró neutral. La huelga se prolongó en el verano (el 16

de septiembre dejaron de pagarse dietas a los huelguistas) y no fue más que el inicio de un rosario de declaradas hostilidades¹⁶¹. En julio, el Sindicato decidía ocuparse de los trabajos de entarimado con la amenaza consiguiente para la sección de Pavimentadores de la Federación. También por estas fechas se creó un Sindicato del ramo de la construcción disidente de la Federación, emulando a los Unicos de Barcelona, y que principalmente aglutinaba a los descontentos con el monopolio que ésta trataba de ejercer. De él sabemos que recogió gran parte de la sección de Piedra artificial -que ya de por sí era una escisión de los mosaístas- de las obras de París-Madrid y probablemente a todo tipo de represaliados u obreros boicoteados por la FLE. Estas diferencias seguan alimentandose de inquinas profesionales y celos entre los oficios, mucho más que de discrepancias de ámbito ideológico o táctico¹⁶².

Resulta ilusorio pensar que el Sindicato reunía a los obreros sindical-comunistas mientras en la Federación convivían los socialistas. La rigidez de las sociedades y prácticas de oficio en un ámbito laboral muy cambiante y cada vez más fácilmente renovable como el de la construcción sí podían sin embargo provocar estas convulsiones. En unas obras en las que los trabajadores cambiaban con relativa frecuencia de oficio y por tanto de sociedad, el sistema de cuotas de ingreso y las notables diferencias estatutarias dificultaban este proceso. No digamos entre los emigrantes recién llegados. Lo cierto es que la especialización disminuía y la "degradación" de la artesanía constructora parecía imparable. En esta tesitura, la Federación, en busca de aliados, se mostró más flexible con respecto a los peones a lo largo de 1922. Al fin y al cabo esta sociedad pertenecía a la UGT, y fue precisamente el organismo nacional el que presionó para que se solucionase este enojoso asunto.

Una primera fórmula barajó la posibilidad de crear unas secciones de encofradores y de hormigón armado, en las que se insertarían los peones, siempre con carácter provisional, antes de pasar a otro oficio ya constituido. La oposición de carpinteros de armar, que monopolizaban la primera actividad, hizo naufragar la propuesta. Tampoco estaba de acuerdo en cualquier caso el Sindicato de la Madera. Se terminó por relegar el asunto al próximo congreso de la UGT, lo que no rebajó el recelo mutuo

entre Peones y Federación ni lo aclaró en lo más mínimo¹⁶³.

IX.8.2. El Sindicato de la Madera

Con un férreo boicot en torno a París-Madrid y una Federación cada vez más consolidada, sólo los éxitos en los años precedentes, especialmente entre los ebanistas, permitían el mantenimiento de un capital sindical importante entre los dirigentes del Sindicato de la Madera. Sin embargo, la galopante coyuntura inflacionista de la guerra sobre la que se había basado su crecimiento se había diluido y entre los maestros habían comenzado a hacerse difícilmente asumibles sus peticiones y exigencias. Su posición ahora era la de un aislamiento organizativo cada vez más evidente. A diferencia de 1920-21, enfrente ya no tenía un conglomerado escasamente unánime de sociedades, con un liderazgo de los albañiles, en parte discutido y en parte renuente a ser institucionalizado, ni unas buenas perspectivas de crecimiento en las confusas aguas del ramo. La FLE se había consolidado y había subsumido sus diferencias internas en un entramado burocrático con una dirección profesionalizada y estable. Estaba lejos de ser todavía un sindicato de industria como el metalúrgico, pero daba muestras palpables de rigidez, solidez y sobre todo durabilidad, algo sorprendente si se tienen en cuenta las experiencias previas. Además, ya no era un organismo complaciente, o cuando menos tolerante, con el Sindicato. La coyuntura por tanto debió de parecerles propicia a los dueños de los talleres para replantear el funcionamiento de sus industrias, demasiado intervenidas por los delegados sindicales, y a oponerse a la demanda de la semana inglesa (las 44 horas), auspiciada por el Sindicato cuando no se había digerido el trágala de las ocho horas en los talleres. Varias casas comenzaron en agosto a cerrar sus establecimientos, entre otras la Casa Lisárraga, una de las de mayor peso en la ciudad y en el abastecimiento de madera de ésta¹⁶⁴.

La prensa obrera minimizó el cierre inicialmente, relegándolo a ebanistas y a unos centenares de trabajadores, pero a finales de mes ya había más de un millar de parados, y el lock-out no hacía más que extenderse, algo siempre dificultoso en un medio como el de los talleres de carpintería, cuyos dueños, como sabemos, no mantenían posiciones unánimes precisamente. El Comité gestor del lock-

out creado para la ocasión y presidido por el señor Benet, de hecho manifestó no hallarse vinculado con la Federación patronal, algo perfectamente creíble, por los antecedentes del sector, que ya conocemos, y en los que se había basado precisamente el crecimiento del Sindicato. Esta falta de autoridad del máximo organismo patronal en el sector dificultaba las negociaciones e, indirectamente, las propias gestiones que pudiera hacer la FLE¹⁶⁵. Ante el cierre, el Sindicato antiugetista recurrió a las consuetudinarias armas del oficio -ya sabemos que antes de la guerra se afrontó otro lock-out, aunque en un tono más "paternal", si se me permite la incongruencia-: las apelaciones para crear talleres colectivos, el reparto de dietas aportadas por los que trabajaban, todas aquellas armas de una rancia tradición gremial, finalmente la huelga general del ramo (unos 6.000 obreros). Como decía el Sindicato: "analizad la historia de los gremios que la integran y veréis que está hecha de triunfos. Y si esto fue así cuando se combatía aisladamente, ¿podríamos ser vencidos ahora que, agrupados en un fuerte núcleo, suponemos una fuerza mayor y positiva?"¹⁶⁶.

Lo cierto es que el conflicto se convertía en un tradicional largo pulso a los que los obreros artesanos teóricamente estaban habituados. Pero con unos cauces de diálogo prácticamente cerrados, en esas condiciones de aislamiento y con un número de parados tan voluminoso, sólo la solidaridad externa de otras organizaciones podía mantenerlo vivo. Solidaridad material en todo caso, porque era utópico esperar que la Casa del Pueblo o la FLE fuesen a decretar una huelga general de apoyo. La posibilidad de que el cierre se extendiese o paralizase las obras en marcha, algo siempre posible, quedaba cercenado. La Federación patronal, que es quien podía hacerlo, "manifestó rotundamente que no, que con esta Federación [la FLE] no tenían ningún litigio", y que si les faltaban materiales en "casos concretos (...), que los denunciásemos, que sería corregido inmediatamente". En estas circunstancias, muy pronto comenzaron las quejas del Sindicato acerca de las escasas ayudas aportadas desde la calle Piamonte y hasta empezó a hablarse de confabulación con los patronos, por lo que la Junta Administrativa se vio obligada a justificarse públicamente, de forma no muy convincente dicho sea de paso¹⁶⁷. Lo cierto es que eran insistentes los rumores de que a la FLE particularmente le favorecía el alargamiento del conflicto, de que los maestros recomendaban la afiliación en otras

entidades de la Casa, y de hecho la continuación de las obras y tajos actuaba en contra de los obreros de la madera. La Federación además presionaba para lograr un quid pro quo si se quería su apoyo e intervención: la salida de los asociados del Sindicato de París-Madrid, empresa boicoteada por ellos y "rectificar la conducta que ha seguido con esta Federación y con el resto de la organización obrera toda". Además se le criticaba tácticamente sin ningún empacho: "el locaut de la madera está desde sus comienzos planteado en unas condiciones difíciles para la organización, pues (...) se ha procedido de una forma ligera, cuando menos, pues no se ha buscado una solución ni se ha pretendido realizar la labor de acercamiento precisas en estos casos"¹⁶⁸.

Las horcas caudinas estaban preparadas y el Sindicato se preparaba para pasarlas. En varias secciones a partir de septiembre comenzó a haber cambios en sus directivas, presionando con ello al Comité sindical¹⁶⁹. En octubre ya se había elegido una nueva Comisión para las negociaciones, más moderada y partidaria de parlamentar con patronos y Federación y que ya había renunciado a pedir mejoras salariales para la conclusión del conflicto. Para ello se confeccionaron unas nuevas bases, basadas en el mantenimiento del monopolio sindical (libertad del patrono de contratar a quien le pareciese, pero siempre dentro del Sindicato) y las ocho horas, cediendo en el tema de las horas extraordinarias, que se aceptaban en "casos de fuerza mayor y urgencia justificada". De estas bases fue rechazada por la patronal la octava, que pedía el consabido despido "del personal que en la actualidad trabaja". Pese a esta ruptura temporal, el desplazamiento de los elementos más radicales del Sindicato parecía evidente, cuando el Comité advirtió en la asamblea, al dar lectura de las fórmulas de arreglo, que había que evitar "prejuicios" y "confusiones por los que, pagados no se sabe por quién, cultivan falsos radicalismos y desorientan a los obreros". El cambio de orientación quedó sellado con el pacto de no agresión del 8 de noviembre entre la Federación y el Sindicato, en presencia de la Junta Administrativa de la Casa del Pueblo. Aunque explícitamente respetaba la autonomía y táctica de cada una de las entidades y sólo recogía un compromiso de ayuda y solidaridad recíproca, de hecho suponía que el Sindicato, al menos en teoría, renunciaba al hostigamiento de la FLE por reformista y vendida a la burguesía y aceptaba el statu quo¹⁷⁰.

En vísperas del XV Congreso de la UGT (previsto para el 19 de noviembre), resultaba un éxito innegable para la Unión a nivel táctico. Esta evolución de los acontecimientos en el lock-out parece claro que contribuyó a caldear más los ánimos en la capital, sobre todo entre los obreros más radicales y bolcheviques desplazados. Ya en octubre Largo Caballero enlazaba los pasquines invitando a asesinar a los líderes socialistas, que aparecían regularmente en el transcurso del conflicto, con "elementos sindicalistas y comunistas" enfrentados a: trágala de la Casa del Pueblo¹⁷¹. En pleno congreso ugetista, el día 20, era asesinado José González Portillo, provocación "comunista", que sirvió a la cúpula de la UGT para evitar una posible escisión y lograr una purga de sociedades de fidelidad dudosa. Este incidente tiene una connotación ideológica evidente, por el contexto en que se produjo (la recepción de los delegados de la Internacional Sindical de Amsterdam) pero no debemos olvidar otros aspectos. Por lo general, las interpretaciones del incidente se han centrado en sus consecuencias políticas. Es decir, la expulsión de las sociedades partidarias de la Sindical Roja (entre ellas las de los dependientes de comercio madrileños) y la reafirmación de la ortodoxia de la UGT, y no se ha aludido al momento sindical que vivía la ciudad y sobre el que se sustentaba este asesinato. González Portillo era albañil. Otro de los heridos, Mencía González, era de Peones. Dados los antecedentes, profusamente ilustrados, de pugnas societarias en el microcosmos (macrocosmos en puridad) de la construcción madrileña, no es descabellado imaginarlo como una trágica manifestación de impotencia de unas minorías obreras, ya desplazadas de un conflicto aún inconcluso, y abocadas a la marginalidad en la organización, y, en definitiva, a la derrota¹⁷².

Lo cierto es, que pese a todo, la FLE no se decidía a votar una cuota extraordinaria para los huelguistas de la madera. El 6 de diciembre se aceptó una propuesta de albañiles en el sentido de acordar dicha cuota, siempre que el Sindicato retirase el personal de París-Madrid, algo que aún no había hecho, quizá por imposibilidad real de hacerse obedecer entre esos obreros. Los recelos de la Federación por tanto seguían siendo muy poderosos¹⁷³.

Realmente no llegó ninguna ayuda para el Sindicato antes de la terminación del lock-out en enero

de 1923, con un amargo regusto a derrota, puesto que lo único que se mantuvo fue un precario statu quo, muy lejos de las aspiraciones de las 44 horas y el monopolio sindical. Para el hundimiento del Sindicato esta derrota debió resultar absolutamente decisiva, bastantes meses antes del advenimiento de la política de Primo de Rivera. En el verano de 1923 sus secciones ya andaban reorganizándose, como ocurrió con la Sociedad de carpinteros de taller, prácticamente refundada¹⁷⁴.

Como contrapartida, la FLE no alivió el dolor que le producía el forúnculo de París-Madrid, bandera de todas las sociedades contrarias a la Federación. Allí trabajaban canteros, cuadrillas de albañiles, portlandistas y obreros en piedra artificial disidentes, los escultores-decoradores -que dicho sea de paso habían abandonado la FLE hacía algunos meses-, parados invernales de toda clase, e incluso las sociedades más fieles tenían serios problemas para evitar que sus afiliados acudiesen a sus tajos. El boicot todavía persistía concienzudamente en el verano de 1923, informándose la FLE de los contratistas y patronos que intentaban trabajar allí para hacerles desistir. Que nosotros sepamos no se revocó oficialmente la orden de no prestar personal federado durante todo este año. Muy al contrario, finalmente se pactaron unas bases con la Federación Patronal, en representación de Estudios y Construcciones, ya bajo el Directorio militar, acordando el fin del boicot, renunciando la FLE "a que sus federados vayan a trabajar a la obra París-Madrid" -lo que en realidad lo mantenía, sólo que ahora sin plantear "problemas" a los maestros que acudían a trabajar a la obra con personal no federado- a cambio de 10.000 pesetas de indemnización. Esto tras unos 18 meses de pugna, el 16 de noviembre de 1923, en una huelga que le costó unas 54.000 pesetas a la FLE¹⁷⁵.

IX.8.3. La agitación de los "sin oficio" y el ataque a los canteros

Esta rigidez se mantuvo con toda su fuerza en el tema de los peones. La FLE se sentía cada día más fuerte, pero la rapidez de reflejos de la Sociedad de peones para liderar los conflictos sin contar con ella en aquellos lugares donde no abundaba el personal asociado o de fuertes tradiciones de oficio, resultaba profundamente irritante. Al ser esta sociedad fiel a la Unión no podía ser presentada como un rival ideológico y por ello las posibilidades de contrarrestarla eran más limitadas. El organismo

nacional incluso había servido de freno a la Federación misma, deseosa de terminar de una vez con "los que no eran oficio".

Lo cierto es que Peones en general había logrado un importante predicamento en determinados campos de acción. En primer lugar entre los obreros del Metropolitano, harto conocidos por sus malas condiciones laborales y por su alejamiento del mundo de los oficios. Los peones, puesto que habían sido excluidos de ese mundo y eran lo más bajo del escalafón laboral, tenían todas las de ganar en este medio. Uno de los objetivos fundamentales de su sociedad era precisamente "impedir que los dueños, maestros o encargados de las obras o trabajos maltraten en su dignidad a los asociados" e integrar "las Secciones de todos los obreros sin oficio determinado"¹⁷⁶.

De hecho las huelgas en el Metropolitano comenzaban por un motivo de dignidad (un despido, generalmente por capataces especialmente tiránicos), que ejercía de fulminante sobre el descontento acumulado por todo el personal, el "de movimiento" (el gestor del transporte público, hermanado por el trato humillante con los tranviarios), el "de talleres" (metalúrgicos en su conjunto), los obreros de la construcción y los conductores de autocamiones y encargados de la carga y descarga (chauffeurs y peones). Estos obreros no estaban mayoritariamente asociados y solían trabajar más de ocho horas con extrema facilidad. No era un secreto para nadie la bula que tenía la Compañía en estos menesteres, habida cuenta de que era capaz de imponer su criterio al propio municipio madrileño¹⁷⁷.

En esta tesitura, una Sociedad obrera solía hacerse cargo de estos movimientos una vez estallaban, pero no siempre con acierto. Un ejemplo ilustrativo nos lo da la huelga iniciada a finales de mayo de 1922, provocada por el despido de un conductor de autocamiones de las obras, al que apoyaron solidariamente sus compañeros cargadores y mecánicos. El movimiento, que amenazaba con desbordarse, trató de liderarlo la Unión de Conductores de Carruajes, prácticamente a regañadientes, porque no le parecía el momento oportuno para plantearlo. A la usanza de los oficios de la Casa, "decidió hacer unas peticiones, porque el personal no asociado, que no entiende de idealidades, no

va a ningún movimiento si no se le pone la peseta por delante". En este sentido se ordenaron unas mejoras de una manera presuntamente racional con escalas salariales diferenciadas según el tipo de trabajadores, siempre con las ocho horas como fundamento, y la Unión presentó unos oficios de huelga el 2 de junio de todo el personal del Metro. En las asambleas no sólo acudían los chauffeurs asociados, claro está, sino todos los huelguistas de cualesquiera oficio, por lo que se rumoreaba que podría crearse una Sociedad de Obreros del Metropolitano (?). En estas condiciones, la Sociedad de cocheros decidió dar marcha atrás y aceptar la oferta de la Compañía de readmitir al despedido y a los que le habían secundado, sin represalias, a cambio de olvidar las peticiones generales. El día 8, en multitudinaria asamblea, consiguió se aceptase la oferta por los huelguistas, usando argumentos anti-económicos: "para el personal que no esté acostumbrado a la lucha (...) es posible que esto no signifique nada; pero para la Unión, la dignidad está por encima de todo (...) [y] en ocasiones vale más que las pesetas" y si no, "podrían decirnos que habíamos aprovechado la cuestión de dignidad para otros fines". En realidad, se asumía que la fruta no estaba madura y que la tarea sobrepasaba las tácticas de los cocheros, pidiendo "calma hasta que las circunstancias fuesen propicias", que el personal debe ir a la huelga "envuelto entre toda la masa de los obreros de la industria rodada", y "que los oficios de huelga presentados no eran los que correspondían". En definitiva, todo se arreglará "si venís a la organización para prepararnos y hacer otras reclamaciones en momento oportuno y sin tardar mucho tiempo"¹⁷⁸.

Lo cierto es que los cocheros insistían en sus gestiones, con un corto resultado por lo que se ve: nada menos que en octubre de 1923 el mismísimo Sindicato Nacional Ferroviario todavía intentaba organizar al personal "de movimiento", es decir a los empleados de la Compañía. La FLE les contestaba que "no tenía nada que oponer" al respecto. Y es que la Federación no quería saber nada para entonces de los ingratos obreros del Metro¹⁷⁹.

Y es que los obreros del Metro encontraron sus líderes en otra parte. Ya en abril de 1923 el Sindicato Unico de la Construcción en unión de "El Baluarte" declaraba la huelga en los talleres del

Metropolitano de la calle de Granada sin resultados positivos. Un mes después, el 12 de mayo, "se propuso por algunos el abandono de los tajos, propuesta que fue aceptada con entusiasmo" dado el clima de descontento generalizado. Previamente se habían hecho gestiones ante la FLE para intentar organizar una Sociedad. Mientras la FLE se pensaba si tal sección era asimilable con un oficio o no, la Sociedad de peones se ofreció a dirigir el movimiento y presentar unas bases, con un éxito fulminante¹⁸⁰. Entre las reivindicaciones las ocho horas (con tres turnos de trabajo), la abolición de categorías entre el peonaje con salarios mínimos entre las 8 y 11 pesetas, y vestimenta adecuada para trabajar en zonas húmedas. El paro se extendió a todo el trabajo subterráneo y a los talleres, pero no al personal de Movimiento y Tracción, rebasando los 1.200 huelguistas, la segunda huelga más amplia del año. Duró poco, menos de un mes, como era usual en estos casos, llegándose a un acuerdo a principios de junio, con la mediación del Gobernador Civil, que resultaba todo un triunfo. Por vez primera la Compañía firmaba un contrato colectivo, que recogía una tarifa: un jornal mínimo de 7 pesetas en ocho horas para los peones y entre 8'40 y 10'50 para el resto de obreros de la construcción. También se reconocía a las sociedades y se hacían concesiones en cuanto a despidos y vestuario. El trabajo lo regía un contrato y no las costumbres "que hay hoy en plaza", que por otra parte, era lo que no se respetaba¹⁸¹.

Allí donde había cuadrillas de trabajadores, desconocedores de las bondades de las cuotas y las cajas y de una militancia sindical seria y rigurosa -popularmente, sin oficio ni beneficio- y probablemente despistados sobre las experiencias laborales -y de la lucha industrial por tanto- de la ciudad, allí estaban los peones. En las obras de canalización del Manzanares, excitaron a los obreros a que hicieran valer su dignidad, no toleraran los insultos de los capataces, no fuesen "cómplices" de los manejos de los contratistas del estado, que les despedían y readmitían después para bajarles el jornal. Su agitación dió resultado sobre unos 500 obreros, que se acogieron a la Sociedad para que les dirigiera la huelga a mediados de septiembre de 1922. Como era de esperar, coincidían en ellos los malos tratos y ofensas a la "dignidad", la falta de asociación y unas muy malas condiciones de trabajo ("los pies llagados por no proporcionarles calzado a propósito"). De ahí las peticiones,

irrisorias para un tipógrafo o un panadero: ocho horas, sustitución de capataces por "desconsideración moral", botas de goma y zapatos de madera, jornal mínimo, no a los destajos y tareas. La huelga resultó general, es decir, afectaba a todo tipo de obreros (peones, carreros, pinches, metalúrgicos, muleros), y esta circunstancia y su escasa experiencia organizativa les obligó a cambiar las bases varias veces en pocos días¹⁸².

Las compañías se negaban no ya a pactar con Peones, sino a reconocer tal sociedad. "Construcción de obras públicas urbanas", sociedad anónima y contratista del Estado, no fue una excepción, insertando unas bases a la puerta de los tajos con las condiciones de trabajo, para quien las aceptase supiese a que atenerse. Finalmente, y con la mediación del Ministro de Trabajo y del Alcalde, se avino a una negociación, lograndose el jornal mínimo (7,50), la abolición de los destajos y tareas, el calzado, la llamada de atención e incluso la remoción de algún capataz, y hasta el abono de los jornales perdidos. El mundo del contrato colectivo llegaba allí donde los jornales habían siempre sido los que "rigen en todas las obras similares de Madrid". La huelga no pasó de los diez días, y no fue un pulso societario, pero recabó la atención pública -y política- sobre la situación de unos trabajadores olvidados y alumbró su nacimiento al mundo legal¹⁸³.

Casi un mes (octubre-noviembre de 1922) duró la de las obras de desmonte de los terrenos del Cerro Negro, sito en las cercanías del Puente y Villa de Vallecas, donde se trabajaba al servicio de la Compañía ferroviaria MZA (de Madrid-Zaragoza-Alicante), interesada en crear allí unos talleres. En ella también se embarcaron los peones, muchos trabajadores (más de un millar), no asociados en su inmensa mayoría, en una línea similar: las ocho horas, oposición a las fluctuaciones de jornales -a la baja- expresada por uno mínimo fijo (las consabidas 7'50), la desaparición de destajos y tareas, destitución de capataces. La causa principal de las protestas era una vez más el desabrido trato por parte de los subcontratistas, que a la búsqueda de un beneficio más rápido aumentaban la jornada y rebajaban los salarios a límites intolerables. Por ello se pedía también la desaparición de tales intermediarios, de poca "solvencia moral": la contrata original entre la MZA y el patrono Grasset

estaba subarrendada dos veces, por lo que era gestionada por un cuarto patrono en el escalafón. La huelga fue más allá de los desmontes, extendiéndose a los obreros de carga y descarga y de obras y vías. Las negociaciones -a través del Gobierno Civil- lograron la mayoría de las peticiones, pero el jornal mínimo se quedó en 5'50 y no se abonaron los días de huelga. La resistencia de los subcontratistas a ceder en el apartado económico y la mayor duración -la falta de cuotas solventes dificultaban mucho la prolongación de estos conflictos- impidió que esta solución se homologase a la del Manzanares. Las compañías anónimas con contratas estatales parecían ceder mejor que los contratistas con nombres y apellidos. La huelga llegó a reproducirse en mayo de 1923 en una brigada de trabajo (una, que suponía ¡más de 250 trabajadores!, bastante más que en cualquier huelga del ramo de la imprenta o de la madera en este período, a no ser que fuese general) por motivos similares con soluciones idénticas¹⁸⁴.

Lo importante es que el Cerro Negro entraba en el mapa laboral de la ciudad. El nombre del cerro resultaba muy apropiado para las sociedades de la FLE, para las que, y junto a las obras del Metro o París-Madrid, significaba un auténtico punto negro en el mundo laboral de la ciudad. Por ejemplo, pese a ser, la del Cerro, según el IRS (que no recoge el lock-out de la madera), la mayor huelga de todo el año 1922 en Madrid y sus cercanías, sólo mereció un par de breves en El Socialista. Las quejas del comportamiento de los sin oficio se multiplicaban en las reuniones de la Ejecutiva y el Pleno de la Federación. Sólo la postura de la UGT, tratando de suavizar la cuestión con unas supuestas negociaciones siempre pospuestas por Peones, y la pugna con el Sindicato de la Madera, contuvieron a la Federación a lo largo de 1922. Herido de muerte el Sindicato, la Federación se aprestaba a reestructurarse y atacar.

Como plataforma para esta ofensiva sirvió su segundo congreso, entre marzo y abril de 1923. En él se daba el respaldo a las iniciativas de los meses previos: creación de una Comisión Gestora, más rápida de reflejos para dirimir pleitos entre secciones y gestionar conflictos concretos; creación de nuevas secciones (la de Piedra artificial y la de Montadores Electricistas, captada de Gas y

Electricidad, eran ejemplos); transformación del Pleno de Delegados en Comité Central. Todo con un aire de robustecimiento y mejora de la gestión. Pese a todo, la mayoría de delegados se plegaron a "la realidad" y, tras arduas discusiones, no aumentaron la cuota (que siguió en 10 ctos.) ni centralizaron la caja. El polémico artículo que excluía a los peones se mantuvo, agregando que no se les consideraba "profesión" "u oficio", y se aprobó -por el estrechísimo margen de siete votos contra seis- una proposición de poceros para "que se delimiten los trabajos que a cada oficio le corresponden en general", "acuerdo platónico" para algún delegado, por cierto. Por ello, este Congreso, pese a los cantos hacia una necesaria centralización, consagraba a la FLE como el comité de enlace de los oficios del ramo, muy autónomos aún, y como el sistema defensivo de una realidad todavía bastante gremial. Un envoltorio burocrático, político e industrial, supuestamente centralizado, para un mosaico social y societario de oficios, con una predominante conciencia de sí mismos, y que les permitía paradójicamente defenderse unos de otros y controlar -o matizar- las transformaciones del sector¹⁸⁵.

En cualquier caso, la FLE no se convirtió en los años 1921-23 en un frente obrero para dar la batalla a la patronal, bajo el consabido lema de la unidad obrera contra el enemigo común, sino más bien en una entidad canalizadora y facilitadora de unas relaciones laborales más reguladas y pacíficas, estabilizadas, allá donde llegaba su poder y su influjo. Tras el II Congreso la Federación intentó ampliar éste sin duda, presionando a las sociedades obreras refractarias.

Con respecto a los peones, se aprovechó el conflicto de las obras de los contratistas Ramón Álvarez y Francisco Iglesias en el paseo de los Pontones para desatar la ofensiva. La huelga fue declarada por la FLE por incumplimiento de las condiciones de trabajo estipuladas (en el destajo particularmente, es decir en la tarifa) y por el despido -y por tanto el no reconocimiento- de un delegado sindical. Parece que el citado delegado previamente "no permitió trabajar a dos peones que no eran asociados a Albañiles"¹⁸⁶. Iniciada el 4 de abril, se daba por terminada el 9 de abril...para los patronos y la Sociedad de Peones. El 11 la Federación hacía público un manifiesto, insistiendo

en que la huelga continuaba y requiriendo a los trabajadores "para que nadie se preste a traicionar a sus hermanos yendo a trabajar". Ya entonces los puestos de los huelguistas estaban ocupados por asociados de Peones. La huelga se dió por terminada por la FLE el 12 de mayo -es decir, el reparto de dietas-, bien porque los huelguistas ya se habían colocado en otros lugares, bien porque "en la obra ya no hay casi personal de los oficios federados porque están casi terminados todos los trabajos de ese orden"¹⁸⁷.

La actitud de Peones tuvo su consecuencia interna: la destitución de parte de la Junta directiva, incluyendo a Eusebio Martín, cabeza saliente de la oposición a la Federación. El resultado de todo esto fueron nutridas disidencias en el seno de Peones, que la Federación aprovechó sin muchos escrúpulos para apretar el cerco. Siguiendo a Eusebio Martín y apoyados por la Casa Vallhonrat, donde a la sazón había un conflicto, se creó una sociedad de encofradores disidente, "La Constructora" (domiciliada en la calle de Atocha, en la cercanía de las obras de esta empresa), y que Peones llamaba "sindicato libre". La nueva Junta intentó la aproximación a la Federación pidiendo ayuda para boicotear dichas obras. Pero la FLE tenía otros planes: la creación -o captación- de dos secciones de Encofradores y de Hormigón armado dentro de su seno, "comprometiéndose a respetar la especialidad de los carpinteros de armar". Por ello se negó a secundar dicha huelga, porque "lo que ve la Ejecutiva claro es que la Sociedad de Peones se queda sin asociados de encofradores (...) pues esta clase de elementos no tiene por qué estar en Peones en General", e invitó a los disidentes a formar parte de las nuevas secciones, finalmente reducidas a una: la Sociedad de Obreros en Hormigón Armado. Con ella, un reconocimiento implícito de la existencia de una especialidad -u oficio- nueva, se pensaba anular a Peones en General, relegando su influjo a actividades periféricas de la edificación (los volquetes, la carga y descarga, las vías públicas, etc.). Por último, se acordó pedir formalmente la expulsión de Peones de la Casa del Pueblo¹⁸⁸.

La otra guerra declarada se hizo contra la Sociedad de Canteros, autónoma y refractaria a la Casa del Pueblo desde tiempo inmemorial, no por sindicalismo, sino más bien por un gremialismo muy

tradicional no abandonado. Esta se iba a basar en otro litigio de antaño entre las competencias profesionales de canteros y marmolistas, resuelta por un pacto "tomado de antiguo" -es decir, basado en la costumbre-, según el cual ambos oficios podían trabajar indistintamente en una cosa o en otra, según la demanda de trabajo. Desde principios de año ya se venían arrastrando conflictos, el más conocido el de la obras del nuevo Ministerio de Marina, donde los canteros expulsaban a los marmolistas de las obras¹⁹⁹. En verano se inició una ruptura definitiva, no por voluntarismo societario, sino porque este statu quo resultaba imposible de mantener por la irrupción de nueva maquinaria en el sector, lo que rompía "las prácticas antiguas" e imponía la firma de nuevos contratos y bases de trabajo. Al parecer, los marmolistas, con mucha experiencia en intentar encajar las innovaciones técnicas, como sabemos por su inacabable huelga de 1916-1918, parece ser que estaban más propensos a aceptarlas que los canteros. El "aferramiento" de estos a sus prácticas tradicionales conllevaba la expulsión de los marmolistas de sus talleres¹⁹⁰.

La respuesta de la FLE no se hizo esperar: ganarse a la retaguardia de los canteros, o lo que es lo mismo, a los sacadores de piedra de la sierra. Muchos de ellos tenían problemas de falta de trabajo, debido a los boicots que los canteros de Madrid sostenían con muchos patronos abastecedores, y estaban vetados para trabajar en la ciudad por estos, que les multaban si aparecían. Por ello, la FLE envió una Comisión de Propaganda, que recorrió Villalba, Alpedrete, Becerril, Cerceda, etc., con relativo éxito, aunque con dificultad para federar a estos trabajadores, coartados y "atemorizados" por las represalias y el monopolio que ejercían Canteros. La Federación tuvo en todo el momento el respaldo de los patronos. Vidal Espinosa, el antiguo presidente de la Sociedad de Canteros y colaborador con las otras sociedades del ramo en los años de 1918 y 1919 -cuando había "crisis de trabajo" según la FLE-, ahora patrono y miembro de la Federación patronal -estos cambios de status eran frecuentísimos entre los maestros y oficiales en muchos ramos en Madrid-, les apoyó en persona. El resto prometía gestiones para resolver los problemas de los serranos. No faltaron las críticas en el seno de la FLE a la excursión y a tales gestiones, porque en definitiva "los marmolistas y los canteros siempre han estado a la greña". Finalmente se nombró una Comisión que

dictaminó preferible no reclutar canteros, "ni de Madrid, ni de provincias", y la captación de los sacadores de piedra quedó aplazada. En cualquier caso la profunda enemistad de Canteros persistió bajo el Directorio militar. En los meses siguientes no era infrecuente que estos, en unión de los Escultores, Piedra Artificial, Peones en General y el Sindicato Unico se aliasen para obstaculizar a la cada vez más potente Federación, que amenazaba con absorberlos a todos¹⁹¹.

IX.8.4. Balance. Un blindaje unitario del mundo de los oficios

Como ha podido verse la Federación consagró todas sus energías en este último trienio estudiado, y tras la fracasada experiencia huelguística de 1921, a combatir, bien a la defensiva, bien mediante el cerco, el boicot o la no concesión de solidaridad, a las sociedades obreras ajenas, rivales o simplemente refractarias a su hegemonía en el ramo. Sólo "El Baluarte", configurado como un sindicato de industria, con una estructura centralizada, quedó relativamente alejado de estas pugnas. Y esto no sólo por su alineación táctica dentro de la UGT, sino sobre todo por la evolución social y económica del sector, que permitió a la metalurgia trabajar en campos muy ajenos al de la edificación, y por tanto relacionarse con patronos más desvinculados de las contratas de la construcción que la madera o la piedra.

La colaboración de los años 1918 y 1919, al calor de la crisis y de las mágicas peticiones (la peseta y las ocho horas taumatúrgicas), y aquellos proyectos de Gran Federación del ramo no sólo habían desaparecido, sino que habían sido sustituidas por una Federación más limitada, aglutinada en torno a los albañiles, y con la enemiga de bastantes sociedades obreras, en absoluto promocionadas por los patronos o por la Iglesia, acusación usual para los sindicatos libres o para los católicos.

En este sentido, la creación de la Federación no supuso la culminación de un proceso de conciencia obrera en pos de una revolución, una huelga general o un control de la industria, ni fue la culminación de un proceso huelguístico siempre in crescendo, al que se pretendía animar o dotar de mayor fuerza y operatividad. Más bien nos encontramos con una organización profundamente

defensiva de las prerrogativas de los oficios de la ciudad frente a procedimientos o cambios extraños en las relaciones laborales. Ya sean estos producidos por introducción de nuevas tácticas de lucha obrera, protagonizadas por los sin oficio en los tajos o talleres, o lo sean por aparición de nuevas técnicas o ritmos de trabajo degradantes, protagonizadas por grandes compañías contratistas, patronos intolerantes o contrarios a revisar sus tarifas por escrito, degradantes en lo físico (más horas por menos salario, peores condiciones), pero también en lo moral (proletarización, descualificación, pérdida de la identidad del oficio al que pertenecías, degeneración del arte). Por lo general ambos aspectos solían marchar unidos y la Federación proporcionaba una razonable burocracia que mantenía un diálogo fluido entre los propios oficios, que salvaban sus diferencias ahora más rápidamente, y más escabroso y hostil con el enemigo exterior, fuese éste obrero o patronal. Los obreros no federados no solían ser merecedores de tal calificativo, y los maestros amigos y colaboradores de la Federación -muchos de ellos hoy dirigían cuadrillas y mañana eran delegados sindicales- no eran auténtica patronal. Por ello, resulta difícil admitir sin más que la FLE era un paso adelante en la emancipación de la clase obrera, o un estadio superior en la toma de conciencia del proletariado, sin toparse bruscamente con la realidad de los hechos. Emplazarla en una crítica ideológica, consistente en acusar a la Federación simplemente de reformista y por tanto nociva para el proletariado, olvidaría por su parte que el Sindicato de Madera, pretendidamente de industria y revolucionario, bebía exactamente de la misma realidad social que la FLE, con el agravante de que su mundo era el de los artesanos y el taller tanto, mucho más que el del tajo al raso, y su fracaso fue palmario antes de septiembre de 1923.

En este sentido, la constitución de la FLE fue un largo proceso a la busca de un mínimo común denominador entre oficios que habían demostrado repetidas veces su incapacidad para ponerse de acuerdo salvo en contadas ocasiones, por huelgas que les afectaban (generales de oficio o lock-out), o por virus como el de las ocho horas. El repetido fracaso a la hora de promover huelgas generales solidarias entre ellos o una huelga general de industria lo demuestra. Ahora bien, esto no supone que la FLE supusiese un salto cualitativo con este objetivo, sino más bien la plasmación organizativa de

un repetido fracaso táctico de las sociedades de oficio para imponer sus criterios de forma autónoma ante las innovaciones que repetidamente impactaban en el tejido social y laboral de la ciudad. No por ello se aceptaban nuevos métodos de encarar el conflicto social diferentes a los sostenidos consuetudinariamente, cuyo advenimiento saludaba grosera y grotescamente -a los ojos de la FLE naturalmente- la Sociedad de Peones, dispuesta a encabezar huelgas de obreros que no eran asociados, que no sabían lo que era el movimiento obrero, y que difícilmente podían ser conscientes, si ni siquiera sabían un oficio, y cuya única solidaridad y experiencia de lucha se la daba el hecho de estar forzosamente unidos diez horas en una obra o un tajo.

Por ello la tarea fundamental de la Federación era el mantenimiento de unas relaciones laborales en los márgenes de las experiencias conocidas por la ciudad y sus obreros más representativos, los de la construcción. El corporativismo primorriverista no sirvió más que para consolidar su posición hegemónica en lo social (como organización dominante), en lo laboral (en los comités paritarios, luego jurados mixtos en los años treinta) y en lo político (sus presupuestos tácticos se veían englobados y defendidos por la UGT, colaboracionista con el régimen). No cercenó el carácter antedicho ni mucho menos, sino que lo respaldó (la Sociedad de peones terminaría por entrar en la FLE), aunque por lo que nosotros sabemos parece que alimentó y retrasó a un tiempo la consolidación de las nuevas formas huelguísticas y de protesta en el ramo, posponiéndolas en su edad de oro hasta la década de los treinta, cuando las huelgas generales en la industria de la edificación, las asambleas donde se vota por unanimidad y los obreros sin oficio ya son moneda corriente en el mundo laboral y social madrileño y un ingrediente básico en su paisaje¹⁹².

NOTAS

1. Véanse todos los oficios que se consideraban como de "construcción" en la Casa del Pueblo, en Andrés Saborit, "La Casa del Pueblo de Madrid", Acción Socialista, 31, 17-X-1914. Desde los obreros en hierro a los peones pasando por tejeros, poceros, albañiles, ebanistas, empedradores, obreros en papel pintado o tapiceros.
2. Para la huelga de albañiles cfr. M. TUÑÓN DE LARA, El movimiento obrero..., pp. 514-515. La de cerrajeros, que complicó a todo el ramo de la construcción en enero de 1913 durante una semana, en el primer lock-out general de que se tenía noticia, consiguió las nueve horas para todos los metalúrgicos a partir del 1 de septiembre de 1913. Rebrotó precisamente tras esa fecha, puesto que los patronos se negaron a conceder el nuevo horario a los fundidores, mecánicos y caldereros, mucho más desorganizados que los cerrajeros. Tras la primera semana sólo se resistía a la nueva situación Construcciones Metálicas, que permaneció aislada hasta el 17 de octubre. El resultado fue la consolidación de los cerrajeros como núcleo aglutinante de la Sociedad de Obreros en hierro "El Porvenir". Véase especialmente López Baeza en "Informalidad patronal", ES, 2-ix-1913, y además, ES, 3 y 6-ix-1913.
3. Pese a que en un principio se afirma que "el señor Gallo contestó con el despido de los asociados", en "El "lock-out" de carpinteros", ES, 7-xii-1913, son mucho más creíbles las explicaciones a este respecto de López Baeza, que afirma que se declaró la huelga por "dignidad", en "La provocación patronal", ES, 17-ii-1914, o de los propios patronos, que pedían la vuelta al trabajo de "los mismos obreros que la Sociedad de la Casa del Pueblo retiró del taller de D. Paulino Gayo el día 10 de diciembre", "El "lock-out" de carpinteros", ES, 1-ii-1914. El "paro forzoso impuesto por los patronos" era relativamente corriente entre los carpinteros -por motivos de poca demanda en una coyuntura concreta-, y era "considerado como huelga" a efectos de socorro, cfr. Reglamento de la Sociedad de Carpinteros de Taller de Madrid, Madrid, Impr. de Felipe Peña Cruz, 1913, p. 6 (art. 7), AHN-SGC/S-PSM-C. 2550. Es importante reseñar que en el reglamento no se cita el exótico término de lock-out.
4. Para el origen de tal Federación, cfr. Fernando del REY REGUILLO, Propietarios y patronos. La política de las organizaciones económicas en la España de la Restauración (1914-1923), Madrid, Ministerio de Trabajo, 1992, pp. 113-114. El se refiere precisamente a la construcción, la pequeña metalurgia y la madera (es decir, la construcción en rama) como trípode sobre el que se sustentará la futura Confederación Patronal Española.
5. La primera explicación, propia de unas relaciones tan personalizadas como las del Madrid de entonces, en la primera versión que se da de los hechos en ES, 7-xii-1913. Los tres epítetos posteriores son respectivamente de un manifiesto a la opinión de la Sociedad de carpinteros en ES, 31-i-1914, de López Baeza en ES, 17-ii-1914, y de Joaquín Sánchez, de Albañiles precisamente, en "Los carpinteros de taller. Un gran mitin", ES, 19-i-1914. De él procede la descripción final. La Casa del Pueblo intervino con ayuda pecuniaria y "El Trabajo" con socorro directo a los parados.
6. Lo primero es de Joaquín Sánchez, de Albañiles, en "La clase obrera se une y se prepara", ES, 5-i-1914. El resto, de López Baeza, en "A propósito de un "lock-out"", ES, 12-xii-1913. Este último ya habla de un proyecto de reglamento, con caja central y base múltiple.
7. Para las ofertas obrera y patronal, cfr. ES, 1-ii-1914. La resolución del conflicto en "El gran triunfo de los carpinteros", ES, 23-ii-1914. También en IRS, Estadística de las huelgas de 1914, Madrid, Impr. Sobr. de la Suces. de M. Minuesa de los Ríos, 1917, p. 48. Resulta curioso advertir que en la Estadística correspondiente a 1913 (p. 86) es el "aumento de salario" la causa de la huelga, lo que demuestra lo erróneo de muchas de estas categorías que aplica el IRS, basándose muchas veces en las peticiones que surgían tras el estallido de la huelga y que se canjeaban en las negociaciones,

pero que no eran la causa del conflicto, como ha quedado bien claro. Desde este punto de vista, la huelga, es evidente, la da por ganada por los obreros, que, al fin y a la postre, obtienen un relativo aumento en el jornal.

8. Resultó de gran ayuda para la resolución de este conflicto la sustitución del gobernador civil, el marqués de Portago, "inhibido" en este tema, por Sanz Escartín, a finales de enero.

9. Nuestros datos de afiliación (Cuadros 22 y 23) coinciden aproximadamente con los de huelguistas que da el IRS, Estadística de las huelgas de 1913, p. 86. También coinciden los de trabajadores afectados con los que alegan los representantes obreros. El reglamento de la Sociedad de carpinteros asimismo mantenía un tono moderado, que la presentaba como una agencia de colocación y socorro. Su objetivo era la mejora moral y material de sus miembros por "medios legítimos" (base primera) y "el primer deber de todo asociado es defender los intereses de la sociedad y procurar que sus compañeros sean colocados en los establecimientos industriales"(art. 18), Reglamento...1913, pp. 3 y 9 (el subrayado es mío). A pesar de que casi todas las sociedades de oficio solían ser poco explícitas en sus reglamentos sobre medios u objetivos más concretos, para facilitar su aprobación, no se trata de una ley universal, puesto que su tono cambiará. Para la procedencia de las citas véase nota 7.

10. Las actas del Comité Ejecutivo (presidido por Pablo Sánchez, de obreros en hierro) y Consejo Federal desde 27-xi-1914 en AHN-SGC/S-PSM-C.793. Se proyectaba emplear El Trabajo, órgano de los albañiles, como portavoz de la nueva Federación. Hasta tal punto se confiaba en la adhesión de estos, que hubo de suprimirse el título del órgano oficial, con el reglamento ya aprobado (Acta de 4-xii-1914).

11. El Ejecutivo menciona la baja oficial de los cerrajeros el 22-i-1915, el 29 del mismo mes la de los estuquistas, con las citadas explicaciones, los broncistas envían una carta leída el 9 de abril, AHN-SGC, ibid.. Mantenemos al citar documentos manuscritos de organismos obreros la literalidad del vocabulario y de las expresiones, pese a abundar las incorrecciones gramaticales y los errores ortográficos de bulto, comprensibles entre obreros manuales.

12. Las alegaciones de estucadores a la catalana en Acta de la sesión extraordinaria del 26-vii-1915. La declaración de disolución el 2-viii-1915, en AHN-SGC, ibid..

13. La antecitada Federación Patronal de Madrid se convirtió en uno de los pilares de una organización mayor, la Confederación Patronal Española, basada fundamentalmente en los oficios de la construcción, a partir de septiembre-octubre de 1914. El congreso inaugural se organizó en Madrid "por los patronos de la construcción de la ciudad", pero en él se mantuvo un "talante paternalista y conciliador", el impulso fundamental para su organización no fue la presión sindical sino "el miedo a que el intervencionismo estatal resultase excesivamente gravoso" y la importancia de los patronos de Madrid muy pronto cedió a la de los catalanes que "se convirtieron definitivamente, si no lo eran ya antes, en la vanguardia de la organización" (el subrayado es mío) a la altura de 1919 (el segundo congreso en 1919 se celebró ya en Barcelona). Cfr. Fernando del Rey, Propietarios..., pp. 117-118 y 138. De hecho, lo de 1919 fue una auténtica reconstitución de la CPE a cargo de la Federación Catalana, según el propio líder patronal Félix Graupera, ibid., nota 138, p.138. De esto se deduce que no hubo un salto cualitativo de la patronal de la construcción antes de 1919 cuando menos, y no parece que el motor fuesen los patronos madrileños. No es extraña por tanto la escasa urgencia de los oficios de la construcción en unirse.

14. "Durante la guerra, en efecto, la voz de la CPE no se dejó oír demasiado", salvo "contra el alza de precios en los materiales de la industria de la construcción" ibid., p. 120.

15. No mencionamos a otros oficios relacionados con la pequeña metalurgia, porque su relación con la construcción es mucho más relativa, por no decir inexistente. Es el caso de los plateros, los

joyeros, que se multiplican por cien, o los constructores de carruajes, que se irán ligando cada vez más a este sector, por la expansión del automóvil. La expansión de estas últimas sociedades quizá se debe a un aumento de la demanda de lujo a partir de esos años. A un motivo similar puede deberse el crecimiento de la afiliación en calefacción y ascensores, la ebanistería o los tallistas. Entre las nuevas comodidades demandadas en las viviendas, también llamadas "lujos asiáticos", se citaban los cuartos de baño, los suelos de madera, el termosifón, el ascensor, el teléfono, la calefacción general, etc.. Véase al respecto, "El alquiler de las casas", Boletín de la Cámara Oficial de la Propiedad Urbana de Madrid, 86, marzo de 1918. Más información en Francisco SANCHEZ, "La cuestión de los alquileres y el movimiento asociativo vecinal (1918-1923). El ideario de la clase madrileña y sus problemas", en Estudios históricos. Homenaje a los profesores Jover Zamora y Palacio Atard, Madrid, UCM, 1990, vol. II, pp. 177-179. Véase además la nota 19 de este trabajo.

16. Para los problemas de la construcción, M. TUÑÓN DE LARA, El movimiento..., p. 545. J.L. GARCIA DELGADO y S. ROLDAN (con J. MUÑOZ), La consolidación del capitalismo en España 1914-1920, vol. I, Madrid, CECA, 1973, pp. 82-83. Estos autores recalcan sin embargo que la crisis probablemente se restringió "a determinadas actividades (vivienda y otras edificaciones fundamentalmente)". Vuelve a expresar dudas J.L. GARCIA DELGADO en "La economía española entre 1900 y 1923", en M. TUÑÓN DE LARA (dir.), Revolución burguesa, oligarquía y constitucionalismo (1834-1923), Historia de España, t. VIII, Barcelona, Labor, 1988 (2 ed.), p. 438, donde dice "la carestía de los materiales se ofrece como elemento explicativo primordial de la crisis, durante algunos años de la primera guerra mundial" (el subr. es mío). También puede verse, del mismo autor, "La industrialización española en el primer tercio del siglo XX", en J.M. JOVER ZAMORA (dir.), Los comienzos del siglo XX. La población, la economía, la sociedad (1898-1931), Historia de España, t. XXXVIII, Madrid, Espasa Calpe, pp.3-171.

17. Los datos de licencias en Mariano GARCIA CORTES en Proposición presentada al Excmo. Ayuntamiento el 10 de enero de 1922...proponiendo diversas medidas para paliar los efectos de la crisis de la vivienda y de trabajo en Madrid, Madrid, Impr. Municipal, 1922, pp. 4-5. Puede verse otra versión del número de licencias para obras de nueva planta concedidas en S. JULIA, Madrid..., cuadro 28, pp.453-454, que arroja un total de 2.062 para el quinquenio 1916-1920, con un máximo igualmente en 1919 y un mínimo ya en 1922. Se basa en datos del Boletín del Ayuntamiento de 1935.

18. Ministerio de Trabajo, Estadística de los salarios y jornadas de trabajo referida al período 1914-1925, Madrid, Sobr. de Suc. de M. Minuesa de los Ríos, 1927, p. CLXXIX. Gran parte de este balance se basa en los datos suministrados por la inspección de trabajo durante la guerra. Cfr. especialmente, IRS, Informes de los inspectores del trabajo sobre la influencia de la guerra europea en las industriales españolas (1917-1918), Madrid, Sobr. de la Suc. de M. Minuesa de los Ríos, 1918, 2 vols.. Lo concerniente a Madrid (Primera Región), en el vol. I, pp. 1-47. Lo que preocupaba concretamente más en estos informes -alzas en primeras materias- a los industriales de la capital puede verse extractado con habilidad por la Cámara Oficial de Industria de la Provincia de Madrid, en Anuario Industrial de la Provincia de Madrid 1919-1920, Madrid, 1921, pp. 267-283.

19. IRS, Informes de los inspectores..., 1918, p.21. El subrayado es mío. Nótese que sólo 14 eran palacios de lujo en 1914. Con ello se sobreentiende que las cifras de 1918 (58) se refieren a viviendas económicas para las clases populares y la mesocracia de la capital. Antes se relata que "la crisis de la construcción desde 1915 es muy aguda" y su impacto sobre las canteras de granito de la provincia, aunque parece que el auténtico problema es la sustitución de materiales y no una parálisis en la pavimentación de la ciudad, p.6. En este período abundaron las construcciones lujosas (bancos, Gran Vía) y los "hotelitos" del Ensanche, auténticamente de lujo, que promocionaba la Compañía Urbanizadora Metropolitana, creada en 1920, en torno al eje de Reina Victoria. Cfr. "Transformaciones de Madrid. Proyecto y obras de la Compañía Urbanizadora Metropolitana", La Construcción Moderna, 15-xi-1920 y "La Compañía Urbanizadora Metropolitana. La transformación en Madrid", La Construcción Moderna, 15 y 30-vi-1922.

20. Son innumerables las jeremiadas sobre este tema. Para Madrid, hemos destacado algunas de las posibles. Muy temprana es la de Luis SAINZ DE LOS TERREROS en "La construcción en 1915", La Construcción Moderna, 30-i-1916, pp. 17-20, que dice ser "triste pensar en el porvenir que espera a la clase obrera, cuando (...) se paralice totalmente el trabajo de los oficios de la construcción". José BRAVO RAMIREZ y Alberto LEON PERALTA en Escasez, carestía e higiene de la vivienda en Madrid. Medios al alcance de los Ayuntamientos, Madrid, Impr. Municipal, 1926, exponen probablemente el más minucioso repertorio de causas de esta crisis. Ricardo GARCIA GUERETA, presidente de la Sociedad Central de Arquitectos, en su serie "La crisis de la construcción", El Sol, 2, 3, 4, 5 y 8-viii-1922, alude preferentemente al alza del valor de los solares como causa. Dentro de la labor preparatoria de la Conferencia, cfr. el repertorio del IRS, Antecedentes y ponencias relativas a la crisis de la edificación, Madrid, Sobr. de la Suc. de M. Minuesa de los Ríos, 1922, y el del Ayuntamiento de Madrid, Conferencia Nacional de la Edificación. extracto de las sesiones celebradas en la Academia de Jurisprudencia, los días 8, 9 y 12 de mayo de 1923, con motivo de la información abierta por el Ayuntamiento(...), Madrid, Imprenta Municipal, 1923.

21. Paloma BARREIRO PEREIRA, Casas Baratas. La vivienda social en Madrid 1900-1939, Madrid, Colegio Oficial de Arquitectos, 1991, registra la escasísima aplicación cuando menos de las dos primeras leyes sobre la materia (en 1911 y 1921), y afirma que "es evidente el fracaso de la política oficial de vivienda en España durante el primer tercio de siglo" (p. 19).

22. IRS, Informes de los inspectores..., 1918, p.21

23. Paloma BARREIRO, Casas Baratas..., p.106. Ya vimos las suspicacias que en torno a esta "crisis" tienen otros autores.

24. Cfr. IRS, Informes de los inspectores..., 1918, pp.9 y 46.

25. Puede verse el movimiento de matrícula de estos sectores entre 1914 y 1923, procedente de las Memorias-Anuario de la Cámara de Industria en el Cuadro 9.

26. El IRS informa de dos huelgas de marmolistas en este período. La que nosotros señalamos, que considera parcial (36 trabajadores), y otra general que sitúa por error entre octubre de 1917 y mayo de 1918. Se trata de la misma, que comienza en algunos talleres y se extiende después. Es una muestra de que las negligencias del IRS en Madrid (que ignoraba determinadas huelgas) se suplía a veces con excesivo celo y sobreabundancia de información (convertía un conflicto interrelacionado en varias huelgas independientes). Por ello las cifras de huelgas que da son meramente indicativas de la conflictividad de un sector.

27. Sobre el planteamiento de la huelga, fundamentalmente, "La huelga de marmolistas", ES, 6-x-1916 y "La huelga de marmolistas. Un aspecto interesante de la lucha de clases", ES, 10-i-1917. De éste último es el entrecomillado. El movimiento de la matrícula industrial (cfr. Cuadro 9) contiene un apartado específico para "fábricas de aserrar mármoles", diferenciándolo de los patronos marmolistas. Precisamente, había tres en Madrid en 1916, están a punto de desaparecer en 1917 (en el contexto de la larga huelga), pero una vez solucionada ésta se cuadruplican en el quinquenio siguiente a la guerra. La huelga sirvió para una clarificación de unas nuevas relaciones laborales en el sector.

28. "En las diversas reuniones celebradas, la representación obrera ha obtenido el convencimiento de que los patronos marmolistas están sometidos a la Federación patronal", ES, 29-iv-1917. La semblanza de Junoy, en Fernando del Rey, Propietarios..., p. 124. En verdad, no hubo intromisión, sino petición por parte de los pequeños patronos marmolistas a la Federación para que interviniese. Cfr. el informe del presidente del gremio de marmolistas al Instituto de Reformas Sociales: IRS, Estadística de huelgas 1917, p.LI-LII

29. Véase esta presentación de los marmolistas, con la aprobación de sus nuevas bases de trabajo en ES, 2-i-1914. El modelo deseable era presentado "coincidiendo" con el transcurso del lock-out de la madera.

30. La lectura socialista de una experiencia de oficio en "La huelga de marmolistas. Un aspecto interesante de la lucha de clases", ES, 10-i-1917. De ahí proceden los entrecomillados. El precedente señalado de los tipógrafos se refiere a las condiciones de trabajo establecidas por el Arte en 1907 para "reducir los daños que, aumentando las posibilidades de paro, pudieran causar las máquinas [de componer]". Cfr. J.J. MORATO, La cuna..., p.347. Para la tradición del taller colectivo véase lo que decimos en el Capítulo VII. Además, en William H. SEWELL, Jr., Trabajo y revolución en Francia. El lenguaje del movimiento obrero desde el Antiguo Régimen hasta 1848, Madrid, Taurus, 1992, puede verse entre otros ejemplos, su pág. 248, donde se refiere a "una cooperativa de productores para dar trabajo y quitar negocio a los patronos durante la huelga" entre los zapateros en ¡1845!, tres años antes del Manifiesto Comunista.

31. Que el motor de la huelga y un importante factor en su alargamiento no fueron los grandes talleres, a los que se suponía beneficiados por este hecho (ruina de la competencia) lo confesaban los propios socialistas. Su postura en "Los patronos amenazan con el locaut al arte de la construcción" ES, 24-ii-1917. El primer acuerdo fallido en "La huelga de marmolistas", ES, 29-iv-1917. Según Julio Burell, ministro de la Gobernación, "la diferencia estriba en que el aumento de jornal desean entregarlo directamente a los obreros, y éstos quieren que ingrese en la caja social", ES, 11-v-1917.

32. Abundante información de ambos eventos en "Reunión importante en la Casa del Pueblo" y "Mitin en la Casa del Pueblo", ES, 10-v-1917 y 15-v-1917 respectivamente.

33. Las bases en "Triunfaron los marmolistas", ES, 19-v-1917. También en IRS, Estadística de las huelgas, 1917, p.L-LI. El problema de la vuelta al trabajo en "Informalidades de los patronos", ES, 20-v-1917, y el arreglo final en "Los marmolistas", ES, 28-v-1917. De aquí es la última cita, el subrayado es mío. Que el personal empleado por los maestros en la huelga no era marmolista también es señalado por la Comisión mixta encargada de las bases: IRS, ibid., p.L.

34. Los entrecomillados de "El taller colectivo", ES, 15-viii-1918. "El desarrollo de este taller es un ejemplo práctico de lo que ha de ser la vida colectiva cuando los trabajadores consigan la eliminación del intermediario, que se aprovecha del esfuerzo ajeno" afirma Rives Moyano, aunque sus conclusiones apuntan hacia "la futura sociedad comunista", en "El taller colectivo de los marmolistas", ES, 13-viii-1919. El taller arrojó superávit entre 1917 y 1919. Ya los carpinteros en su lock-out, afirmaban "que podemos tomar cuanto tarea se nos encargue, porque á nosotros no nos faltará madera, y hasta aseguramos que podemos trabajar más barato y mejor que si hubiese un patrono", ES, 31-i-1914.

35. "Triunfo de los marmolistas", ES, 23-x-1920

36. Hubo "coacciones y atropellos", con "heridos de consideración, de palos, pedradas y uno vitriolado", según fuentes patronales. Aunque esto fuese consecuencia de "esta lucha de clases, engendradora de odios y malas pasiones", no parece ir más allá de las típicas agresiones a los esquirols (no obreros, puesto que no eran del oficio). IRS, Estadística..., 1917, p.LI-LII

37. Véase el Cuadro 23.

38. Una de las principales quejas de los marmolistas versaba en que se aprovechó la huelga para despedir a obreros que llevaban más de treinta años en los talleres.

39. Bien puede decirse que lo fue porque cerca de la mitad de los ebanistas y tallistas de la capital la secundaron. Las huelgas en estos pequeños talleres nunca se planteaban como auténticamente generales, sino que la sociedad retiraba los obreros sólo de los talleres que no aceptaban las bases presentadas. Solamente en el caso de una patronal muy organizada y que presionase a sus afiliados, la huelga se generalizaba de forma casi total, para impedir el drenaje de recursos de los obreros que trabajaban a los que holgaban, a través de una cuota extraordinaria o de otro modo. A estos casos los obreros los llamaban lock-out. Sobre el planteamiento de esta huelga, véase ES, 2-xi-1916. Las bases en IRS, Estadística de huelgas 1916, pp. XLVI-XLVII. El final de la de tallistas en ES, 24-ii-1917

40. Véase el desenlace de la huelga y comentarios en "La huelga de ebanistas", ES, 24-i-1917

41. Información sobre estos conflictos en IRS, Estadística de huelgas 1914, p. 49 y ES, 14-vi-1916.

42. Estas respuestas de talleres en octubre-noviembre de 1916 en AHN-SGC/S-PS Madrid; C. 2361. La que contraoferta (aunque aceptaba una subida del 10% sobre el jornal) es la de los talleres de Herraiz y Cia.. Esta es una muestra del problema que surgía con estas huelgas sectoriales en los talleres donde trabajaban codo a codo diversos oficios: si había ocho horas para los ebanistas también para los broncistas, etc., con el costo consiguiente. Este sistema de correspondencia particularizado no difería en nada del empleado por los tipógrafos con los dueños y encargados de sus imprentas.

43. "Un manifiesto", ES, 6-ii-1918.

44. Los objetivos y creación de la Comisión en: "Los obreros del ramo de la construcción", ES, 8-iv-1918. El subrayado es mío.

45. La configuración y actividades de la Comisión pueden verse en las actas de sus juntas en AHN-SGC/S-PS Madrid, C. 793. La cita es de "Acta del 11-iv-1918" Es bastante probable que las 50 pesetas que se exigían como anticipo a cada sociedad resultasen disuasivas. Varias sólo prometieron la mitad de esa cantidad, algunas diferieron el pago, y sólo ebanistas prometió la cantidad íntegra. Sin embargo no nombró delegado, lo que hace pensar en que nunca llegó a pagar.

46. El texto de la solicitud y la lista de obras en "La crisis de trabajo en Madrid", ES, 6-v-1918. Entre ellas aparecen desde edificios ministeriales a la canalización del Manzanares, pasando por el Hospicio, Matadero, Gran Vía, la Almudena, las obras del subsuelo y el paseo de la Castellana. Lo del agravio se explica en buena medida porque el presupuesto de Maura se anunciaba sobre todo como "la solución económica a los conflictos de la burocracia", dentro de su programa mínimo. Cfr. Melchor FERNANDEZ ALMAGRO, Historia del reinado de Alfonso XIII, Barcelona, Montaner y Simón, 1977 (4 ed.), p.262. Pueden verse las adhesiones de la Sociedad Central de Arquitectos, la Federación Madrileña de los Gremios de la Construcción, la Confederación Patronal Española y la Sociedad Central de Aparejadores, entre otras, en "Acta de la Comisión del 22-iv-1918", AHN-SGC/S-PS Madrid C.793. Entre los políticos, amén de la minoría socialista, las del conde de Limpias, Alvarez Arranz o Antonio Goicoechea (7 y 12-v-1918).

47. La primera petición de orden particular vino de parte de la Sociedad de Peones, olvidada en el nuevo organismo como en el anterior, para que la Comisión "se dirija á la compañía del saneamiento del subsuelo, para que los obreros de dicha compañía entren al trabajo con el horario antiguo" ("Acta de 22-iv-1918", AHN-SGC/S-PS Madrid; C. 793). La Comisión se declaró incompetente en el asunto. Tras junio, la cosa cambia y la Comisión se hace eco fundamentalmente de quejas en torno a la depreciación del trabajo entre los obreros del subsuelo y Metropolitano, donde sostener la autonomía y cualificación del oficio era tarea difícil. Por ejemplo, la de los oficiales poceros, preteridos en un aumento salarial otorgado sólo al peonaje, para lo que se acude a protestar al alcalde, o la protesta ante el Ministerio de la Guerra por el empleo de personal militar en el Metropolitano. Entre éstas merece destacarse "que á los individuos que recojen pidiendo limosna los lleva el alcalde á trabajar

en las obras de construcciones y pavimentos por menos jornal del corriente" ("Acta de 10-ix-1918").

48. Los mínimos salariales conseguidos por albañiles y peones (entre 37 y 50 ctos. la hora según categorías y 3-5'34 ptas. el día, según fuese de ocho o nueve horas) pueden verse en ES, 21-vi-1918. No se trataba de un convenio colectivo del oficio, sino de un pacto entre dos sociedades, "aunque se participa a los propietarios y patronos que no pertenezcan a la Federación patronal, en la seguridad de que este pacto será por todos respetado". Significativamente, fueron los carpinteros de taller los que mostraron su recelo, fundamentado en que los albañiles no parecían confiar en las gestiones colectivas paralelas, y a iniciativa de ellos se convocó reunión de Juntas Directivas ("Acta de 20-vi-1918", AHN-SGC/S-PS Madrid; C.793). Para los broncistas y moldeadores la Comisión hubo de "rastrear" un interlocutor válido entre sus patronos en los locales donde se reunían, puesto que "no tenían unión entre sí". ("Actas de 23-vii y 30-vii-1918", *ibid.*)

49. Véase la nómina de oficios en "Acta de 2-viii-1918", *ibid.*. Se beneficiaban sin embargo la mayor parte de la madera (carpinteros de armar y de taller y ebanistas), en el metal, los mayoritarios cerrajeros, así como los oficios más vinculados al pequeño taller y de mayor especialización: vidrieros-fontaneros, escultores, estuquistas, pintores, marmolistas y fumistas. Los papelistas (decoradores en papel pintado) quedaban fuera "por efectuar los trabajos ajustados a destajo". El día de la entrevista con los patronos por parte de varios delegados de la Comisión se produjeron incidentes, no con la patronal, sino entre los propios representantes obreros (nuevos recelos, ahora de escultores y pintores, hacia los albañiles).

50. "Acta de 30-viii-1918", *ibid.* El sello se decidió en reunión del 23 de julio.

51. La resolución inicial en AHN-SGC/S-PS Madrid C.793, 14-i-1919. Las dudas sobre el apoyo de las Directivas en id., 7-ii-1919.

52. "Los obreros de la construcción", ES, 9-ii-1919. En este mitin se "aconsejó la unión más estrecha entre todos los trabajadores de la construcción", pero no para dar batalla a la patronal, sino "para disponer de una fuerza capaz de lograr de los Gobiernos la apertura de obras que remedien esta crisis".

53. El contexto nacional e internacional de la reducción de jornada en Alvaro SOTO CARMONA, El trabajo industrial en la España contemporánea (1874-1936), Barcelona, Anthropos, 1989, pp. 582-623. También cfr. John T. DUNLOP y Walter GALENSON, El trabajo en el siglo XX, Madrid, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, 1985.

54. Para salarios y jornada véanse los Cuadros 15, 16 y 17. En el 17 puede apreciarse la jornada dominante antes de la universalización de las ocho horas. En el Cuadro 16 se esbozan las condiciones de los tejeros tras el decreto de las ocho horas. Los que trabajaban a destajo podían irse hasta las trece horas.

55. Sobre las peticiones y la respuesta patronal véase "Ante el conflicto", ES, 16-iii-1919. Lo último lo pone de manifiesto Vidal Espinosa, de canteros, miembro de la Comisión del ramo y luego de la de peticiones, en un mitin sobre las ocho horas, "Los obreros de la construcción", ES, 18-iii-1919. La huelga de candelistas a que se refiere es la de febrero-marzo de ese mismo año, que tuvo como corolario la subida del pan y coadyuvó al motín del 28 de febrero. Véase el capítulo sobre los panaderos. A diferencia de estos últimos, con mala prensa entre los demás colectivos de trabajadores, por su relación directa con el alimento por antonomasia, entre otras razones, los ferroviarios se granjearon mala fama desde sus turbios movimientos en 1917. Un ejemplo de lo que se entendía por "confabulación" ferroviaria fue la huelga ferroviaria de marzo de 1920. Véase la nota 62 del Capítulo VII.

56. Puede verse el texto de la Real orden en BIRS, 1919, Primer Semestre, p. 611, o en la Gaceta de 14-iii-1919.

57. Lo de que no había habido subida desde 1911, véase en el manifiesto a la opinión, ES, 1-iii-1919. La buena memoria de los patronos sí la recogía como la primera subida colectiva desde 1914: "0,25 pesetas diarias en octubre de 1918", Cámara Oficial de la Industria de la Provincia de Madrid (COIPM), Memoria de actuación y Anuario industrial durante el ejercicio de 1925-1926, Madrid, V. Rico, 1927, p. 200.

58. El 23 de julio de 1918 se ve "con disgusto la actitud que observa con esta comisión". El 21 de enero de 1919 se le pide "que acuda a las reuniones de la Comisión con asiduidad". En AHN-SGC/S-PS Madrid-C. 793.

59. Ibid., 18-ii-1919.

60. Ibid., 17-iii-1919.

61. El Real Decreto en la Gaceta del 16-iii-1919. También en BIRS, 1919, Pr. Semestre, pp. 612-615. Un resumen de esta legislación, con el informe del Instituto favorable a las ocho horas en BIRS, 1919, Primer Semestre, pp. 377-387. De aquí es la cita (p.385). La intervención del IRS en este conflicto fue a posteriori. Por ello, no puede inferirse una estrecha relación de causa-efecto entre las decisiones del IRS, "en un ambiente de presión obrera creciente", y el Decreto del 15, como parece sugerir A. SOTO CARMONA, El trabajo..., p. 586. Mas bien al contrario, la precipitación y cascada legislativa sobre este tema son indicios de una improvisación al hilo de los acontecimientos, que sin duda quedó en la retina de obreros y patronos para crearse una imagen de la temblorosa mano y escaso rigor con que era dirigida la política social en la "vieja" España.

62. El mitin y el dictamen, luego Real orden, en ES, 18-iii-1919. El texto del laudo iba incorporado a ésta, y puede verse en la Gaceta del 23-iii-1919, o en BIRS, 1919, Pr. Semestre, pp. 627-631.

63. Sobre estos movimientos véase ES, 17, 18 y 25-iii-1919. Ya conocemos los problemas que tuvo la Comisión del ramo para hacer efectiva la subida de 25 céntimos en 1918 entre estos trabajadores. Ya entonces los tejeros quedaron excluidos.

64. Pueden verse estas y otras objeciones de la Federación en "El conflicto del ramo de la construcción", ES, 25-iii-1919. En realidad, tal postura suponía por parte de la Federación una retractación vergonzante de lo que sus propios representantes (entre ellos Junoy) habían firmado.

65. De ello informa la Comisión del ramo, AHN-SGC/S-PS Madrid-C.793, 25-iii-1919.

66. El resultado, no hace falta decirlo, fue el aceptar de nuevo el principio del 60/40. Cfr. BIRS, 1919, Pr. Semestre, pp. 748-749, en Real orden de 4 de abril. Pese a todo la Cámara de la Propiedad no se responsabilizaba de la opinión "de aquellos a quienes afectaban más directamente los aumentos, que son los actuales constructores de obras"

67. El famoso decreto apareció en la Gaceta del 4 de abril. Puede verse en BIRS, 1919, Pr. Semestre, pp. 647-649. En principio contradecía la prudencia expuesta en la exposición de su precedente, el del 15 de marzo. En éste se afirmaba que "mientras estos convenios [los internacionales sobre la materia] no estén solemnizados, toda disposición gubernamental o legislativa que a ellos se anticipase correría tal vez en algunos casos el peligro de resultar impracticable o virtualmente ruinosa". Tales convenios aún no existían, con un Tratado de Versalles aún sin firmar y una Sociedad de Naciones aún sin crearse. Para las dimensiones de la oposición patronal a la medida ("auténtica conmoción"), cfr. F. DEL REY, Propietarios..., pp. 359-382. Políticos contemporáneos como Burgos y Mazo lo consideraron una boutade de Romanones, en ibid., p. 368.

68. Puede verse en BIRS, 1919, Pr. Semestre, pp. 396-403.

69. BIRS, 1919, Pr. Semestre, p. 388.

70. Cfr. las discusiones sobre el Reglto. en "Actas de las secciones de metalúrgicos", AHN-SGC/S-PS Madrid-C.2539. Desde el 19-xi al 6-xii-1918. En el Censo Electoral Social de 1919 se recogía la fecha de 1-i-1919 como fundacional, es decir cuando se aprobaban los estatutos por la autoridad. Vid. Cuadro x.

71. Pablo Sánchez, luego presidente del Sindicato, y miembro de la Comisión de reclamaciones más tarde, advirtió a sus compañeros, reticentes a la idea de cargos retribuidos, "que al formar el Sindicato no nos debe guiar sólo el interés de alcanzar la jornada de 8 horas", ibid., 21-xi-1918.

72. La opinión de Joaquín Trigo en Ibid., Junta general de 14-ii-1919. En realidad a los 1.400 afiliados iniciales, se unieron unos 600 "amnistados" -dados de baja, casi siempre por falta de pago. Este procedimiento de la "amnistía" era corriente cuando se iba hacia un conflicto importante entre las sociedades madrileñas. En un futuro se consideraban susceptibles de captación los constructores de camas, los fumistas y los de calefacción y ascensores.

73. La primera fórmula, en "Los metalúrgicos aprueban la fórmula", ES, 7-iv-1919. El texto del laudo, convertido en Real orden de 13 de abril, en BIRS, 1919, Pr. semestre, pp. 767-768. Por supuesto en esta ambigüedad legal se basaban los patronos para no abonar la peseta, puesto que ningún establecimiento se dedicaba exclusivamente a trabajar para la construcción. Vid. "Los metalúrgicos", ES, 6-vi-1919.

74. Los dos primeros testimonios en "Acta de la Junta gral. extraord.", 16-iv-1919. El tercero es de la reunión de 20-iv-1919. Importante problema era el de los broncistas, omitidos en el decreto que clasificaba los oficios del ramo. En bastantes talleres había huelga con independencia de los debates del Comité. Todo en AHN-SGC/S-PS Madrid-C. 2539.

75. El pacto, presentado como un éxito rotundo como era habitual, en ES, 11-vi-1919. Aunque las horas extraordinarias intentaron ser reguladas por el Sindicato con unas bases, parece que el acuerdo con los patronos traía implícita una considerable manja ancha en este tema. Algunos pidieron más rigor en el cumplimiento de las ocho horas. Cfr. Junta extraordinaria de 30-vi-1919, AHN-SGC/S-PS Madrid-C. 2539.

76. Los albañiles incluso votaron en contra de pagar cuotas a los metalúrgicos huelguistas. Vid. "Reunión de Juntas directivas de la Casa del Pueblo", 6-vi-1919. Los más favorables fueron, claro está, los tejeros, que ya el 9 de mayo, y "en vista de que no se cumple el real decreto de 23 de marzo en su gremio, están dispuestos a ir a la lucha". También los portlandistas y los peones. En AHN-SGC, ibid..

77. En verano se le incorporó otra sección, la de constructores de camas. Más tarde "La Progresiva", la sociedad de obreros de calefacción y ascensores. A finales de 1919 contaba con más de 6.000 afiliados (véase Cuadro x).

78. A nivel "político" este perfil de su nacimiento se reflejó en su voluntad de participar en el Congreso de la CNT en el Teatro de la Comedia: se votó a favor de mandar delegados al Congreso sí (304 votos frente a 156), pero sólo con el mandato de presionar hacia la fusión de UGT-CNT: "Junta general extraordinaria de 9-xii-1919", AHN-SGC, ibid..

79. En verdad, tanto la prédica de la acción directa como el pistoleroismo (trasunto sindical del terrorismo anarquista), aunque tienen su edad de oro tras el Congreso de Sans en 1918, datan allí de antiguo. Cfr. especialmente al respecto, aunque con interpretaciones diferentes entre sí: J. ROMERO-

MAURA, "La rosa de fuego". El obrerismo barcelonés de 1899 a 1909, Madrid, 1989; Jacinto LEON-IGNACIO, Los años del pistolismo, Barcelona, 1981; A. BAR CENDON, La CNT en los años rojos (Del sindicalismo revolucionario al anarcosindicalismo, 1910-1926), Madrid, 1981; F. del REY, Propietarios..., cit., en su parte IV (pp.450-682); y A. BALCELLS, El sindicalismo en Barcelona (1916-1923), Barcelona, 1965, y su puesta al día en "Violencia y terrorismo en la lucha de clases en Barcelona de 1913 a 1923", Estudios de Historia Social, 42-43, julio-dic. 1987, pp. 37-79. Todos dan ejemplos muy anteriores. Esto ha dado pie a algunos autores (p. ej. F. del Rey) a concluir que la violencia social de Barcelona tiene su origen en las actitudes de los trabajadores, y estas concitan a posteriori respuestas patronales. Para ello se apoya sobre todo en datos cronológicos (el pistolismo cenetista es previo) y numéricos (la mayor parte de víctimas no son de la CNT). Esto se explica si se considera que la violencia social es sinónimo de terrorismo, un reduccionismo que a mí me parece inaceptable. El mismo afirma: "la patronal tenía otros medios para deshacerse de los obreros reivindicativos (despidos, listas negras, detenciones por la policía) antes que recurrir a la violencia" (p.623). Nosotros añadiríamos la cárcel, las deportaciones, el lock-out, al que dedica poca atención, o la emigración. La violencia social se distingue precisamente de la ordinaria no sólo por sus contenidos sino por sus variadas formas, que no se reducen a la agresión física. Como en Madrid el pistolismo no era moneda de cambio corriente, la conclusión que se obtiene de tales premisas es muy sencilla: la violencia social en la capital se produce por importación y/o por imitación, como se verá más adelante.

80. Lo primero es parte de la proposición aprobada en la sesión del día 25, BIRS, Seg. semestre de 1919, p. 533. Lo segundo de F. DEL REY, Propietarios..., p. 136. Este último hace una buena semblanza del congreso.

81. La imagen de Amado en F. DEL REY, ibid., pp. 477-478. Para la prensa de izquierdas el lock-out consistía básicamente en un artefacto político favorable al maurociervismo. Un ejemplo en ES, "Se conjuran contra el pueblo", 28-x-1919. De hecho, sectores políticos cercanos a estas posiciones, desde La Acción o ABC, se felicitaban de tales procedimientos. La oposición a la política del nuevo gobierno desde su inicio por los sectores patronales más radicalizados, puede verse relatada por el propio ministro de Gobernación en Manuel BURGOS Y MAZO, Para otras páginas históricas. El verano de 1919 en Gobernación, Madrid, 1921. Luis ARAQUISTAIN proponía otra motivación más: una contundente respuesta a la "huelga de brazos caídos", o lo que es lo mismo el "procedimiento de mínimo esfuerzo" del trabajador en el tajo y en el taller, arma muy extendida en Barcelona y que en verdad nos retrotrae a la cuestión de fondo de quién controla y tiene poder sobre el ritmo y condiciones de trabajo. Cfr.: "No hay derecho a cerrar las fábricas", ES, 10-ix-1919.

82. La causa última fue, como era costumbre, el problema militar y la presión de las Juntas. Cfr. M. FERNANDEZ ALMAGRO, Historia del reinado de Alfonso XIII..., pp. 287-288.

83. Pueden verse los decretos de Burgos y Mazo en BIRS, Seg. Semestre 1919, pp. 448 y ss., y 517-519 respectivamente. Es especialmente significativo el lenguaje de la "Exposición" preliminar en el primero de ellos, donde se justifican el intervencionismo del estado y la necesidad de los Comités paritarios en que "este régimen, que realmente es el tradicional corporativo adaptado a las necesidades de los tiempos presentes, pone en manos de la profesión las reglas a que ésta ha de sujetarse". El corporativismo "cristiano" del ministro es una variante de las muchas ideas de este cariz barajadas en este período de crisis política profunda en España y en Europa. Cfr. para España A. ELORZA, L. ARRANZ y F. DEL REY, "Liberalismo y corporativismo en la crisis de la Restauración", en J.L. GARCIA DELGADO, La crisis de la Restauración ..., pp.5-50; para Europa Charles S. MAIER, La refundación de la Europa burguesa. Estabilización en Francia, Alemania e Italia en la década posterior a la I Guerra Mundial, Madrid, 1989, especialmente su tercera parte, pp. 455-705.

84. Es cierto que la primera semana de octubre no se produjeron incidentes graves, pese a las amenazas socialistas: "si el 1 de octubre no conceden los patronos las ocho horas hay que tomárselas"; en "¡Hay que tomárselas!", ES, 23-ix-1919. También en el manifiesto de la UGT, "La jornada de ocho horas", ES, 26-ix-1919. Sin embargo, no dejó de ser un acontecimiento inesperado. El hecho de que, en la España de 1919, realmente pudiera llegar a cumplirse, así a fecha fija, algo previamente legislado dos gobiernos atrás, debió parecer totalmente "revolucionario". La Cámara de Industria de Madrid señaló significativamente que "la pasividad y la incuria de tantos años contrasta de forma bien ostensible con la precipitación y el atropellamiento de unos meses", Memoria de la actuación de la Cámara durante el año 1919, Madrid, 1920, p. 52. Que muchos patronos, pese a conocer el decreto siete meses antes, se vieron sorprendidos(?), lo demuestra el que el gobierno se vió obligado a ampliar el plazo diez días para acoger las propuestas de excepción, entre ellas las de los comerciantes.

85. Que en 1919 los movimientos de jornaleros agrícolas dan un salto cualitativo lo refrendan para distintas provincias Juan DIAZ DEL MORAL, Historia de las agitaciones campesinas andaluzas, Córdoba, Madrid, 1968; M. TUÑÓN DE LARA, Luchas obreras y campesinas en la Andalucía del siglo XX. Jaén (1917-1920). Sevilla (1930-1932), Madrid, 1978, o María Dolores RAMOS, Burgueses y proletarios malagueños. Lucha de clases en la crisis de la Restauración (1914-1923), Córdoba, 1991. El impacto del motín de febrero/marzo lo analizo en el Capítulo V de este trabajo. Las comillas en Luis ARRANZ, "La ruptura del PSOE...", cit., p.174. En octubre aparecía La Internacional, semanario vocero de este sector del PSOE y de los "nuevos tiempos". En el congreso extraordinario de diciembre se decidió prescindir de los republicanos para contiendas electorales, dando sepultura a la Conjunción.

86. Por sindicalismo blanco entendemos el del Sindicato Libre Regional (de filiación original carlista/jaimista) formado en Barcelona en octubre de 1919. Aunque, "a medida que éste fue creciendo acogió a más y más trabajadores que no tenían la menor relación con el carlismo (...), una masa de afiliados mucho más políticamente heterogénea", su dirección y puestos clave se hallaban bajo una férula, que podemos designar como "de derechas". Estos, a diferencia de los católicos, plenamente confesionales y generalmente patrocinados por los patronos o por círculos eclesiásticos, "estaban organizados por obreros". Vid. Colin M. WINSTON, La clase trabajadora y la derecha en España 1900-1936, Madrid, 1989, pp. 116 y 118. Más información en F. DEL REY, Propietarios..., pp. 553-618, y Gerald H. MEAKER, La izquierda revolucionaria en España 1914-1923, Barcelona, 1978. Si bien estos trabajos han demostrado que sus relaciones con las organizaciones patronales no fueron tan estrechas como se había venido sosteniendo hasta ahora, todos admiten que jugaron un importante papel como rompehuelgas al menos en una primera etapa de consolidación (1919-1921). Su papel en Madrid antes de la Dictadura sin embargo se redujo prácticamente a sus incursiones entre los empleados de banca y oficinas.

87. Las guardias cívicas sí recibieron un importante impulso en la capital. Tanto la Defensa Ciudadana (y el Somatén madrileño), como la Unión (o Acción) Ciudadana se crearon en Madrid en vísperas del lock-out madrileño. Según F. DEL REY, la primera parece que se creó a finales de 1919 como milicia patronal de autodefensa pero careció "de la más mínima relevancia en la lucha callejera y laboral de Madrid", Propietarios..., p. 658. La imprecisión de la fecha no nos permite asegurar si se creó antes o después del lock-out, aunque todos los indicios nos hacen pensar que fue antes. En ibid., se asegura que "fue en ese contexto [el del lock-out madrileño] cuando, en noviembre de 1919 concretamente, los patronos visitaron al ministro de la Guerra, general Tovar, requiriendo autorización para crear el Somatén armado". No fue en ese contexto ni "por la crispación [que] se apoderó por momentos de aquella ciudad", sino antes, puesto que en noviembre existía un lock-out en Barcelona, pero no en Madrid, donde no comienza hasta el mes siguiente. Con respecto a la segunda, a la que nos referiremos más tarde, nace legalmente el 19 de octubre de 1919, ejerció de rompehuelgas y su objetivo eran las huelgas de servicios públicos, al menos en principio. Vid. ibid., pp.659-669. También del mismo autor, "La defensa burguesa frente al obrerismo en Madrid. La

Unión Ciudadana (1919-1923)", en A. BAHAMONDE y L.E. OTERO (eds.), La sociedad madrileña... cit., vol. 2, pp. 527-539.

88. En "Planteamiento del locaut. Su alcance político" y "Momentos difíciles", ES, 3 y 21-xi-1919 respectivamente. Aunque la construcción no era toda la clase obrera madrileña, sabido era su peso e importancia en caso de paro.

89. El texto de esta circular en "En Madrid se va el lunes al locaut", ES, 5-xii-1919.

90. La carta en "El locaut de Madrid, aplazado", ES, 6-xii-1919. Es harto dudoso que la citada ley obligase a nada, siendo como era a la altura de 1913 "papel mojado". Cfr. A. SOTO CARMONA, El trabajo industrial..., p. 392.

91. Lo del mimetismo insólito en F. DEL REY en Propietarios..., p. 658. Lo del miedo en ibid., p. 652. En cualquier caso, la UGT estaba muy interesada en señalar que la paralización de las negociaciones en las huelgas se debía a procedimientos patronales de "importación". Véase por ejemplo la explicación que da Pablo Sánchez, de "El Baluarte", sobre el cierre: "no tiene otra explicación que el cumplimiento de un juramento hecho en Barcelona por los patronos que celebraban un Congreso", ES, 7-i-1920. En realidad la historiografía más clásica, poco preocupada por el conflicto social en Madrid, mucho menos virulento y espectacular que el de Barcelona, apenas se ha referido a éste. Abundan las historias generales donde ni se menciona. Véase M. FERNANDEZ ALMAGRO, Historia del reinado..., p. 290, o M. TUÑÓN DE LARA, El movimiento obrero..., p. 633. En ambos casos se despacha en un par de renglones.

92. Acordado por el Círculo de la Unión Mercantil, Defensa Mercantil Patronal, "La Unica" y "La Viña" fundamentalmente, no creemos fuese tan sólo un cierre "en solidaridad con sus hermanos de la construcción". Pensamos que era una medida de presión en apoyo de algunas de sus demandas ante las autoridades. Concretamente yo destacaría tres por orden de importancia descendente: ser incluidos en el grupo de industrias exceptuadas de la jornada de ocho horas, tema que debía resolverse entonces; conseguir la devolución de las tahonas, entonces intervenidas, a sus propietarios -lo que se produjo el 1 de enero por Real orden-; por último, acelerar la aprobación de una legislación favorable en materia de alquileres, presentados como estaban varios proyectos de ley en el Congreso desde noviembre al respecto. Sólo el Círculo envió al menos dos escritos al Gobierno con una diferencia de un mes a este respecto (23 de octubre y 27 de noviembre). Cfr. CUM, Memoria presentada... el día 13 de marzo de 1920, Madrid, 1920, pp. 35-39. Esto era especialmente pertinente cuando el mismo día 30 rechazaba formalmente la Federación patronal la mediación de la Cámara de la Propiedad Urbana, el órgano que supuestamente respaldaba el alza de los alquileres, en el lock-out. Sobre los proyectos de regulación del inquilinato, véase lo que relato en el Capítulo VI de esta obra.

93. Historiadores contemporáneos señalaban lo extraordinario de estos movimientos y para explicarlo encontraban la misma fuente: "El sindicalismo imprimía su sello en todas las agitaciones. Se notó su influencia en la huelga de periodistas que plantearon gran parte de los de Madrid (...) y, sobre todo, en la de tranviarios (...) también en la capital de España." En M. FERNANDEZ ALMAGRO, Historia del reinado..., p. 290.

94. Había una tendencia generalizada entre los contemporáneos a considerar este pináculo huelguístico de octubre-enero como un movimiento político descontrolado, lejos de las relaciones laborales aceptables. De hecho el IRS, que había sido bastante prolijo dando datos de las huelgas de marzo-abril en Madrid, no pudo conseguir datos completos de las de otoño e invierno, que son su principal déficit en el balance de ese año. Probablemente el alcalde y las sociedades obreras y patronales se negaron a colaborar ofreciendo datos. Aún así consiguió una relación bastante precisa, probablemente extraída de la prensa, de las huelgas conocidas. En la lista de 1919, desde la de pintores hasta el final (y excluidas las de la provincia), se desarrollan en el último trimestre.

95. Para su evolución vid. los Cuadros correspondientes de afiliación sindical. Su caso es paralelo al de los tejeros, oficio poco sindicado (unos 200), pero que responde con ansia al tirón de 1919 (según el Censo electoral 1.200 afiliados), para hundirse en 1921-22. En este caso, los pintores, de más sólidas tradiciones asociativas, aguantaron la caída, no regresando a sus puntos de partida. Esto avala nuestra opinión de que el crecimiento no era sólo coyuntural sino fundamentado en cambios en la demanda de la industria. El estímulo temporal existió en cualquier caso, en forma de exención fiscal. Cfr. en el informe del Comité de la Federación Patronal Madrileña en Ayuntamiento de Madrid, Información municipal para la Conferencia Nacional de la Edificación..., Madrid, 1923, pp. 38-39. Para los patronos "esto dió origen a un incremento extraordinario de trabajo, que aprovecharon inmediatamente las organizaciones obreras para formular demandas notoriamente injustas, que fueron causa de innumerables huelgas y, en definitiva, del lock-out de la construcción". Es de suponer que cuando se referían a "innumerables" se referían a contadas una a una, es decir taller por taller, tajo a tajo, táctica por otra parte tan cara a la Casa del Pueblo.

96. Véase Cuadros 8 y 9. La estadística municipal siempre arroja cifras superiores. En 1924, sumando las tres categorías de pintores, pasarían de 300.

97. Estas bases, con fecha de 12 de septiembre, en "Los pintores decoradores. ¿Irán a la huelga?", ES, 14-ix-1919.

98. Lo primero en "Convocatoria a los albañiles", ES, 10-x-1919. Pese a que tal decisión se apoyaba en el acuerdo previo de las Directivas, se realizó un referéndum de cuatro días (del 12 al 16) para aprobar tal criterio. Lo segundo en "Petición de la Sociedad de peones", ES, 13-xi-1919. Lo del Sindicato metalúrgico en "Actas de Junta General Extraordinaria", 26 y 27-xi-1919, AHN-SGC/S-PS Madrid-C. 2539. Se aprobaron las bases "como están con el fin de ganar tiempo". Ya se hablaba abiertamente de un lock-out próximo entre las sociedades obreras desde el 8 de octubre, en ibid.. Los canteros "retiraron sus peticiones al tomarse aquel acuerdo", recordaba Vidal Espinosa, ES, 28-xi-1919.

99. El acuerdo donde se censuraba a la Comisión en "Reunión de Directivas", ES, 29-x-1919. El subrayado es nuestro. Lo de una Comisión "asesora", con los ojos puestos en el lock-out, lo propuso Zapata, de marmolistas. De ella formaría parte. La constitución de la Comisión y las quejas de Sánchez en "Acta del Consejo de Dirección de la Casa del Pueblo", 5-xi-1919, AHN-SGC/S-PS Madrid-C. 1619. El primer mitin sobre este asunto en "Frente al locaut", ES, 28-xi-1919. De ahí es lo de Olalla. Rives Moyano resumía así el proceso: "al surgir la huelga de pintores se nombró una Comisión del ramo de construcción para que estuviera atenta al curso de este movimiento. Pero al plantearse el locaut en Barcelona, esta Comisión se preparó para el caso de que éste fuese extendido a Madrid", "Ante el locaut en Madrid", ES, 16-xii-1919.

100. Las quejas son de Vidal Espinosa en "Frente al locaut", ES, 28-xi-1919. Varios de estos oficios trabajaban en los mismos talleres. Por ejemplo, todos los de la madera se jactaban de haber triunfado en distintos momentos de sus huelgas en la Casa Lizárraga, una de las más importantes de Madrid. Las disculpas de los ebanistas en "Anoche se declaró la huelga" y "La responsabilidad es de los patronos", ES, 7-xi-1919 y 13-xi-1919. Lo cierto es que además de un aumento de dos pesetas se pedía la supresión del destajo, "que todos los obreros pertenezcan a la Sociedad", y cotización (25 ctos.) del patrono en la Caja de paro, vejez y de aprendices. Esta, la base quinta, ya sabemos los problemas de aceptación que tenía, por ser el principal obstáculo para la solución de la huelga de marmolistas de 1916-17. En una línea casi idéntica se hallaban las peticiones de tallistas y aserradores.

101. ES, 21-xi, 29-xi y 1-xii-1919 respectivamente.

102. Pese a todo, ya sabemos que las respuestas no eran unánimes, ni todos los patronos comulgaban con la Federación. La unidad de los maestros pintores fue grande al respecto. Su sociedad no

estableció relación alguna como tal con la de obreros, amparándose en la Federación. Entre los ebanistas la división fue mucho mayor, firmando las bases muchas casas. Cfr. José Rives Moyano, en declaraciones a El Socialista, "Opiniones interesantes", ES, 13-xi-1919. Es bastante probable que esto se debiese a la relación mucho más estrecha del primer oficio con los tajos y por tanto con los contratistas de obras. La táctica de realizar encargos, prescindiendo del tejido normalizado de talleres, la aplicaron los pintores, los tapiceros o los vidrieros. En algunas sociedades obreras estaba expresamente prohibido tener a patronos como asociados, expulsando al miembro que se emancipaba, pero en otras no. Véase el caso de los vidrieros: "la Sociedad obrera se ha hecho cargo de aquellos talleres cuyos dueños pertenecían a la entidad proletaria, y aceptan toda clase de ofertas de trabajo", ES, 26-xi-1919.

103. Los finales de ambas en "Triunfo de los tallistas" y "Un triunfo del Sindicato metalúrgico", ES, 1-xii y 9-xii-1919. "La Progresiva", es decir, la sociedad de calefacción y ascensores, había pedido ayuda y solidaridad, sobre todo por parte de los metalúrgicos del Sindicato que se negaban a secundar su huelga y que compartían talleres con ellos (especialmente en Boetticher y Navarro). A cambio el Sindicato les propuso su ingreso, lo cual se aceptó, "haciendo la salvedad, que la huelga y su desarrollo continuará bajo su responsabilidad [de la Sociedad]", "Acta de la Junta General Extraordinaria del Sindicato", 9-xi-1919, AHN-SGC/S-PS Madrid-C. 2539.

104. La existencia de este clima no invalida lo que se sostiene aquí: la voluntad en todo momento de mantener separados y autónomos los conflictos por los dirigentes de la Casa del Pueblo. La huelga de tranvías más bien se precipitó a causa del lock-out que al contrario. Se acordó el día 14 de madrugada para el 16, cuando ya muchos obreros de la ciudad se veían obligados a holgar. La de artes gráficas el mismo día que el cierre patronal comenzaba era presentada a bombo y platillo como prácticamente terminada, algo totalmente inexacto: "Triunfo de la organización obrera", ES, 13-xii-1919.

105. Las comillas de su nota pública, en "La Sociedad Central de Arquitectos condena el locaut", ES, 14-xii-1919. En realidad, también condenaba otras cosas como hemos visto. La postura de la Sociedad Central puede verse también en "El conflicto de la construcción en Madrid", Boletín de la Sociedad Central de Arquitectos, 71, 15-xii-1919.

106. La mejor exposición de las condiciones mutuas en "Ante el locaut en Madrid", ES, 16-xii-1919. Que ya estaban pactadas entre las sociedades las subidas véase en "Acta de la Junta gral. extraord. del Sindicato metalúrgico", 26-xi-1919, AHN-SGC/S-PS Madrid-C. 2539. Los oficios a los que afectaría tal subida abarcaban a los de la construcción en su acepción más general, es decir incluyendo a tejeros, madera y metal

107. La semblanza de los contratistas está espigada de la serie "El locaut", ES, 15-xii, 19-xii, 21-xii-1919. Los méritos de estos patronos intermediarios eran la venta de la honra y la dignidad, "la diligencia proxenética" (?), los pingües latrocinios y la gitanería más vil, "La Casa del Pueblo, ante el locaut", ES, 5-i-1920. Entre sus méritos se hallaban las "grandes orgías", el "lujo asiático" y coronar "su satisfacción y orgullo exhibiendo en público la hermosura de una dama, cuyas caricias son recompensadas con valiosos regalos", en "El Sindicato metalúrgico, a sus asociados", ES, 6-i-1920. Aunque el tono pudiese ser más airado, se trata de la tradicional queja contra el confabulador que encarece los precios, al que se le ve como un vividor a costa de la laboriosidad armónica de maestros y obreros, y contra los "nuevos ricos" heredados tras la guerra. Las acusaciones sobre Junoy se incrementaron a medida que avanzó la huelga. Se le acusaba de continuar el lock-out mediante su voto e influencia personal entre las sociedades patronales.

108. Las bases de la Cámara en "Los obreros de la construcción celebran un mitin", ES, 28-xii-1919.

109. La propuesta salarial última -que terminaría por ser definitiva- y el bando en "Las autoridades y los patronos se confabulan para vencer a los obreros de la construcción", ES, 14-i-1920. Las bases provisionales propuestas por la Comisión obrera con más detalle, en "El locaut", ES, 16-i-1920. Detalles de la ausencia total de diálogo entre las sociedades obreras y patronales en "El conflicto de la construcción. El lock out en Madrid", BSCA, 15-i-1920.

110. Las comillas en "A nuestros compañeros del ramo de la edificación", ES, 15-i-1920. Pese a las acusaciones de intransigencia y confabulación habituales, parece claro que la declaración de huelga se relacionaba muy estrechamente con la noticia de que el Gobierno estaba dispuesto a abonar, en las obras oficiales, "el superávit que en los presupuestos pueda introducir la concesión de esas mejoras", y por ello "enarbolamos como bandera aquellas mejoras que los mismos propietarios que las han de abonar formularon", en "Se declara la huelga general", ES, 26-i-1920.

111. Las bases en "Triunfo de la organización", ES, 2-ii-1920. Fueron recogidas y refrendadas por un bando del marqués de Grijalba de la misma fecha.

112. Las bases finales en "Triunfan los ebanistas", ES, 17-ii-1920. El rechazo a la intromisión de la Federación patronal, y de Junoy en concreto, de "La de ebanistas" y "Una carta interesante", ES, 29-i-1920 y 5-ii-1920. Los aserradores también fueron una excepción permaneciendo en la UGT a la altura de 1922.

113. La teoría de la espera se convirtió prácticamente en un acervo cultural de la UGT. Aún en sindicatos de industria o federaciones centralizadas, teóricamente lejanas de las prácticas de oficio, permanecía como una importante tradición sindical. Las implicaciones de este bagaje mental en una esfera superior, es decir en el PSOE y en las tácticas políticas de los años treinta, pueden verse en S. JULIA. Cfr. La izquierda del PSOE..., p. 276: "la inquietante tesis de la instauración del socialismo en el marco de una respuesta obrera a un intento de dictadura militar" (subr. mío); o en la pág. 279: "que fueran los militares quienes se adelantaran para romper aquella situación"; o refiriéndose a Largo Caballero, p. 282: "la admisión explícita de que su partido y su sindicato no tenían más política que esperar al golpe de Estado". Esto se extiende a la teoría general de la toma del poder, caracterizada por la "práctica de la espera y la negación" (p. 16), "respecto al poder, Largo y la izquierda socialista no tenían ninguna propuesta, excepto esperar" (p. 28), y en definitiva "la iniciativa que desencadena el proceso por el que los socialistas llegarían al poder no pertenece a los propios socialistas, sino a su adversario de clase, como decían ellos" (p. 34). El esquema de presión sin cohesión-provocación burguesa-objetivo cumplido es idéntico al del lock-out de 1919-1920, en el que por cierto intervino, como era habitual en conflictos de envergadura, el mismo Largo Caballero en persona. Que del tipo de organización (unión de sociedades de oficio) se puede derivar un discurso y una práctica políticas véase en S. JULIA, "Objetivos políticos de la legislación laboral", en La Segunda República española: el primer bienio (J.L. GARCIA DELGADO, ed.), Madrid, 1987, pp. 27-47.

114. Paloma BARREIRO PEREIRA, Casas baratas. La vivienda social en Madrid 1900-1939, Madrid, 1991, p. 137.

115. "La huelga de tejeros", ES, 17-v-1920. Esta huelga no tenía nada de inusual. Era la intentona tantas veces repetida de lograr una jornada real de ocho horas en el oficio y por lo mismo de primar jornal sobre destajo, movilizandó la abundante inmigración estival (sobre todo valenciana). Las bases de albañiles en "Como ha surgido", ES, 26-v-1920. Luis Fernández, secretario de "El Trabajo" justificaba la huelga como "económica". Las peticiones suponían una escala salarial de 8'50-6'25 pesetas entre el oficial y el peón suelto, en lugar de 6'75-5. Cfr. "Peticiones justísimas", ES, 28-v-1920. Pero recuerdese que eran jornales mínimos y sólo regían los días que había trabajo, reducidos por paros, festivos, clima, etc.. Lo cierto es que era costumbre inveterada promover conflictos en la construcción tras haberlos sostenido en la alimentación, pero casi nunca al mismo tiempo: el 1 de

junio se daba por concluida la huelga de "La Fortuna".

116. La defensa de peones en "Una carta de la Sociedad de peones", ES, 31-v-1920. Sus peticiones en "La de peones", ES, 7-vi-1920. Las bases de 1911 decían explícitamente: "se harán constar las firmas de dos individuos de la Sociedad de peones en general en los contratos colectivos que la Sociedad de albañiles efectúe con los patronos", en "Un comunicado de los peones", ES, 11-vi-1920.

117. La negativa de los canteros a aceptar el 15%, ya aceptado por albañiles en "Reunión de canteros", ES, 5-viii-1920. Se negaron a formar parte de la Comisión conjunta que gestionaba el conflicto, negociando por separado. Su negativa fue la excusa para una negativa de la patronal para firmar la fórmula, "llegando en su delirio a despreciar la opinión de 5.000 hombres, porque 300 mantienen un criterio personalísimo, coincidiendo de plano en la encrucijada burguesa", en "Hacia el triunfo", ES, 7-viii-1920. El final de la de canteros en "Han triunfado los obreros", ES, 5-x-1920.

118. Lo primero en "Acta de Junta General extraordinaria del Sindicato metalúrgico", 24-vi-1920, AHN-SGC/S-PS Madrid-C. 2539. Las pretensiones de albañiles en "Acta de la reunión del Comité de "El Baluarte", 1-vi-1920, ibid.-C. 1954. La resolución final en ibid., 22-vi-1920.

119. Cfr. el panegírico de Francisco Núñez Tomás, muy interesado en demostrarlo, en "El temple de alma de los albañiles madrileños", ES, 17-vii-1920.

120. La posición de los arquitectos, marginados de poder decisorio en este conflicto, como en el anterior, en "El conflicto de la construcción. Una instancia de la Sociedad Central de Arquitectos", BSCA, 15-vii-1920. La de los albañiles en "¿Hacia un rompimiento de negociaciones?", ES, 19-vii-1920. Las quejas de los patronos se basaban precisamente en el recorte de días hábiles que suponía la actividad de la edificación, lo que de hecho suponía que se trabajaba mucho menos de ocho horas. Con motivo de la Conferencia Nacional de la Edificación de 1923 seguían insistiendo en ese punto: "en algunos países extranjeros se compensan los días lluviosos por horas extraordinarias en los meses de verano, sin que ello signifique desvirtuar el principio de las ocho horas". El problema principal era que los trabajadores, con un horario similar y salarios duplicados, trabajaban menos que en 1914. Cfr. Ayuntamiento de Madrid, Información municipal para la Conferencia Nacional de la Edificación..., Madrid, 1923, pp. 33-34 (Informe del Comité de la Federación Patronal Madrileña).

121. "El conflicto del ramo de la edificación", ES, 23-vii-1920.

122. La nueva fórmula en "Se aproxima la solución del conflicto", ES, 31-vii-1920.

123. Sobre el "risible" lock-out véase "Ruidoso fracaso de la Federación patronal", ES, 30-viii-1920. Corrieron rumores sobre la dimisión de Junoy. Parece claro que la Federación no consiguió la unanimidad del invierno de 1919-20, en un momento de fuerte demanda constructora. Esto ponía muy nerviosos a los contratistas pequeños, que veían peligrar sus posiciones. La solución y el júbilo que le siguió en "Los obreros alcanzan una gran victoria" y "Triunfo de los obreros albañiles", ES, 27 y 28-ix-1920.

124. Ejemplos de lo primero son los aprendices de la Casa Grasset (5-iv-1920), los de Construcciones Metálicas (6-iv), Casa Herraiz (2-vii), etc.. En AEG (15-vi) y Grasset (3-viii) se negaron los huelguistas incluso a tratar con el Comité en principio, aunque luego se plegaron a éste. Construcciones Metálicas (10-viii) finalmente fue a la huelga, arrastrada por el Unico, con el objetivo famoso del 25% de aumento. De lo segundo son abundantísimas las convocatorias del Comité para "reprender" a obreros empecinados en cobrar horas y que alteraban la jornada por su cuenta. Los delegados de taller funcionaban como chivatos ante el Comité de estas conductas "incorrectas". No se trataba sólo de más horas sino de menos, cuando se quería repartir el trabajo. Para este último ejemplo, el caso de Herraiz, donde los compañeros de tres despedidos por falta de trabajo se

comprometían a trabajar una hora menos. El Comité sindical rechazó tal pretensión y dió la razón al despido patronal: "no se pueden realizar más de cuarenta y ocho horas a la semana y que por lo tanto tampoco se debe obligar a ningún compañero a que trabaje menos de esa jornada" (19-vii). Todo en "Actas del Comité de "El Baluarte"", AHN-SGC/S-PS Madrid-C. 1954.

125. El consejo del Comité en AHN-SGC, ibid., 10-viii-1920. Las bases rechazadas en "Los metalúrgicos", ES, 1-ix-1920.

126. La fórmula y la estrategia deseable en "Acta del Comité", 1-x-1920, ibid. La aceptación de herradores en id., 29-ix-1920. Desde la firma el 3 de septiembre del Pacto UGT-CNT se vivía una relativa luna de miel entre partidarios de ambos sindicatos lo que facilitaba la cooperación, allí donde el Unico tenía una exigua minoría.

127. "Acta de la Junta General extraordinaria de "El Baluarte" en unión del Unico y Plateros", 2-x-1920, AHN-SGC/S-PS Madrid-C. 2539. El anuncio del final en "La de metalúrgicos", ES, 15-x-1920. La oposición a pagar la cuota en "Acta del Comité", 19-x-1920. El 22 de octubre se invitaba al ingreso a los plateros. la contestación la resumía así Pablo Sánchez: "la representación de la sociedad de Plateros le a manifestado que aprovechando las circunstancias del movimiento que tienen pendiente parece ser que ejercemos coacción para que ingresen en este Sindicato", por lo que se abstendían de momento (26-x-1920). En AHN-SGC/S-PS Madrid-C. 1954.

128. Lo del Unico en "Conducta incomprensible", ES, 30-x-1920. La rebaja de la cuota en "Acta del Comité", 23-xi-1920, ibid. El final oficial de la huelga en ibid., 11-ii-1921. De aquí es también la respuesta a la Federación Local. El Comité sostuvo la opinión más dura con respecto a los plateros, aceptada en junta general, ibid., C. 2539, 23-ii-1921. La posición defensiva en ibid., 24-ii-1921.

129. Las bases de arreglo del conflicto en "Los carpinteros de taller", ES, 9-xi-1920. Que coincidían con las peticiones obreras puede verse en Estadística de las huelgas 1920..., pp. 169-170. más de 150 patronos habían firmado a los cinco días del conflicto. La subida era grande, no sólo por el porcentaje, sino porque se hacía basándose en una tarifa mínima (8 pesetas el oficial, 7 el ayudante, 1'50 el aprendiz), que en realidad se incumplía sobremedida por los patronos. Estos reconocían "ser mayor el aumento que se concede que el 35 que se demanda en dicha base".

130. La importancia de los trabajadores de la madera en el origen del movimiento comunista madrileño puede verse en Luis ARRANZ, Los "cien niños" y la formación del PCE, Madrid, 1981.

131. La circular conminando a la formación de la Federación Local y el "Proyecto de Estatutos" en AHN-SGC/S-PS Madrid-C. 586. Sobre el proceso previo, una ampliación en "Cumplimentando un acuerdo", Boletín Oficial de la Federación Nacional de Sociedades de Obreros Albañiles y Oficios similares de España, febrero 1921. Puede verse en ibid..

132. En el "Proyecto...", p. 7, ibid..

133. Lo de metalúrgicos y la composición de la mesa en "Actas de las sesiones del Congreso de Constitución de la FLE", Primera Sesión, 18-ii-1921, AHN-SGC/S-PS Madrid-C. 1222. Las catorce sociedades eran: portlandistas, carpinteros de armar, pintores, albañiles, embaldosadores, fontaneros y vidrieros, escultores decoradores, marmolistas, tejeros, estucadores a la catalana, peones en general, colocadores de pavimentos, poceros y fumistas. De ellas dos eran de la madera y una estaba más cerca de la metalurgia que de la edificación. Faltaban los obreros camineros (p. ej. los empedradores), a los que no se identificaba "todavía" con la construcción. Por contra, los peones incluían en su seno a carreros y mozos de carga y descarga. Lo de los canteros en ibid., Cuarta sesión, 22-ii-1921. Lo de la madera en ibid., Sexta sesión, 24-ii-1921.

134. En realidad, el nombre acordado en el Congreso en principio fue el de "Federación local del ramo de la edificación", como consta en las actas (*Ibid.*, Segunda sesión, 19-ii-1921). Ya en el primer pleno de delegados en marzo sin embargo, se la denomina por su nombre definitivo y por el que se la conocerá en el resto de la década y en los años treinta.

135. Las actas del Congreso en *ibid.*, de donde proceden las citas. Lo de Lamonedá en "Informe de la Federación Gráfica", primera sesión (18-ii-1921).

136. La reforma del art. 7 en la segunda sesión (19-ii-1921). Los de la ponencia (Zapata) advirtieron de "el peligro que entrañan las autonomías absolutas de las Secciones para declarar movimientos huelguísticos, que muchas veces, por pequeñas cuestiones, se arrastra a otras organizaciones a la lucha". Lo del nombramiento de delegados el mismo día en "Debate interesante". La coletilla de la votación por secciones en la tercera (21-ii-1921). A esta "garantía" se la definió como "prejuicio del gremialismo" y "falta de ideología", sustituida por el "amor a las banderas" y a la "base múltiple" (por Bodas, de la ponencia, y por Lozano, de marmolistas), pero el caso es que se aprobó.

137. Lo de las cuotas fue mucho más reñido (Cuarta sesión, 22-ii-1921), como era de esperar. Los de la ponencia (Zapata) pretendían una mayor centralización y que las secciones no tuviesen cajas de resistencia por innecesarias, de ahí la cuota propuesta. Los peones les apoyaban, partidarios incluso de un Sindicato "como otros que hay ya hechos" (Primera sesión). También carpinteros de armar. Si las secciones tenían demasiado dinero plantearían luchas "como otras" que "han llevado al ridículo al ramo de la edificación" (aunque no se citan, se refiere a las de pintores y albañiles que condujeron a sendos lock-out)

138. Su papel en la huelga del Metropolitano en "La del Metro", *ES*, 1-x-1920. Para la de la contrata puede verse "La huelga de la contrata" y "Los obreros de la contrata han triunfado", *ES*, 20 y 28-x-1920.

139. Todo este debate en la quinta y sexta sesiones de 23 y 24 de febrero. *Ibid.*

140. Este extenso fragmento es de un "Estudio sobre la situación del oficio" redactado por la Junta Directiva de la Sociedad de Obreros Embaldosadores, así como las citas siguientes. No tiene fecha, aunque todo señala a 1921-22. En AHN-SGC/S-PS Madrid-C. 1013. Los patronos ya sabemos que se quejaban de lo contrario, es decir de que se trabajaba menos que antaño, probablemente por las tácticas defensivas de sociedades como la de embaldosadores. Un papelista en 1914 colocaba 50 rollos diarios, en 1922 20. Un pintor pintaba más de 40 metros cuadrados en 1914, en 1922 20, etc.. Todo con más jornal y horario más restringido. Pero coincidían en algo fundamental, la pérdida del arte: "la calidad del trabajo ha descendido hasta el extremo de ser nuestra Villa uno de los sitios donde más deficientemente se construye, aumentando diariamente la intrusión de operarios inexpertos y sin conocimientos de su oficio, cuya colaboración, impuesta ahora por los Sindicatos no hubieran tolerado en otros tiempos los obreros celosos de su aptitud profesional". En Ayuntamiento de Madrid, Información municipal para la Conferencia Nacional..., 1923, pp. 34-35. El informe es de la Federación patronal (julio de 1922). Ellos lo achacaban a la progresiva desaparición del antiguo aprendizaje; los embaldosadores a cambios técnicos en el ramo y a la tendencia por los patronos a contratar ayudantes, más baratos y menos duchos que los expertos oficiales.

141. El origen del conflicto, según albañiles en "¿Ante un nuevo conflicto en la construcción?", *ES*, 2-ii-1921. Aquí se hablaba sin tapujos de la posibilidad de un lock-out, buscando el apoyo de otras sociedades, que lograron mediante la FLE. Las propuestas de la Patronal en "Intransigencia y falta de sentido", *ES*, 12-ii-1921. Los medios socialistas afirmaban que el propósito del asesinato era enturbiar las negociaciones del conflicto, aludiendo a posibles manejos patronales, sin mucha convicción. En "Atentado contra el patrono Madurell", *ES*, 29-vi-1921. El resultado real fue que su heredero claudicó, más que probablemente atemorizado. Cfr. "Las huelgas del señor Madurell", *ES*,

11-viii-1921.

142. Los inicios de la Federación y los problemas con albañiles en "Actas del Pleno de Delegados de la FLE", 29-iii, 5-iv y 23-v-1921, AHN-SGC/S-PS Madrid-C. 793. El manifiesto en ES, 27-vi-1921. Las actas del Congreso constituyente de la FNE (5-8-ix-1921) en AHN-SGC/S-PS Madrid-C. 2142.

143. Puede verse la discusión en "Acta del Pleno de Delegados de la FLE", 24-viii-1921, AHN-SGC/S-PS Madrid-C. 793.

144. Las comparaciones de jornales, en las que se insiste en "lo absurdo del acuerdo (...) de albañiles al decidir desligarse del movimiento de conjunto de la Federación para reclamar unas bases que perjudican a la mayoría de los que trabajan en este oficio", en "Las reclamaciones de albañiles y las de la Federación", ES, 15-ix-1921. Sobre las peticiones niveladoras de 1936, entonces auspiciadas por la CNT, pero no por los comunistas, cfr. F. SANCHEZ PEREZ, "La huelga de la construcción en Madrid (junio-julio, 1936)", Historia 16, 154 (ii-1989), pp.21-26. También en "Clase obrera y conflictividad social en el Madrid del Frente Popular (febrero-julio de 1936)", Cuadernos de Historia Contemporánea, 13 (1991), pp.47-71. En esta huelga las peticiones salariales eran del 15, 17 y 53% respectivamente para oficiales, ayudantes y peones. Para el Sindicato Unico de la Construcción esto significaba un avance de la sociedad sin clases. Más información en mi memoria de licenciatura inédita, "Conflictividad social en el Madrid del Frente Popular", Facultad de Geografía e Historia, UCM, 1986.

145. En "A los obreros de la industria de la edificación", ES, 3-ix-1921. Los manifiestos previos a la huelga en "Huelga general del ramo de la edificación", BIRS, 1921, Seg. semestre, pp. 755-761.

146. La respuesta patronal y la decisión de ir a la huelga en "Acta del Pleno de Delegados de la FLE", 9-ix-1921, AHN-SGC/S-PS Madrid-C. 793. Sólo dos delegados se abstuvieron en la votación: embaldosadores, que pedía se informase a los compañeros de las secciones, y escultores de ornamentación, a la sazón recién incorporados a la Federación.

147. La crónica de la asamblea de albañiles en "La asamblea de ayer", ES, 12-ix-1921. Los métodos fueron similares a los de la de la Costanilla de San Pedro: "la Comisión de huelga nombrada por aclamación el domingo, en un momento de confusión, muy explicable cuando se congregan masas numerosas y no hay el orden debido en las discusiones". La Junta directiva, "elegida en votación secreta", es la que tenía "todas las garantías necesarias", en "Hacia el frente único", ES, 13-ix-1921. Para la prensa y el gobierno la huelga se había aplazado, "Se extiende la huelga", ibid. El IRS no consignó en sus estadísticas de 1921 ninguna "huelga de la construcción", sino huelgas parciales.

148. Las recomendaciones en "Una nota de la Directiva de albañiles", ES, 13-ix-1921. Lo de la FLE en "Acta del Pleno de la FLE", 12-ix-1921, AHN-SGC/S-PS Madrid-C. 793.

149. Estos testimonios en "Ante todo, la unión", "Hacia el frente único" y "¿Quiénes auxilian a la Patronal?", ES, 12 y 13-ix-1921. Lo de Pablo Iglesias en "La labor de los convencidos", ES, 14-ix-1921. Lo de Recio en "El conflicto de la Edificación y la Sociedad de Albañiles", ES, 15-ix-1921.

150. Las bases firmadas por albañiles y las reflexiones en "Triunfo de los patronos y sindical-comunista", ES, 17-ix-1921. También en BIRS, 1921, Seg. semestre, p. 758.

151. Lo rebajar el problema a nominalismo es de Luis Fernández, "A los albañiles madrileños", ES, 14-ix-1921.

152. El testimonio de pesar por el comportamiento de las secciones en "Acta del Pleno de la FLE", 19-ix-1921, AHN-SGC/S-PS Madrid-C. 793. El subrayado es mío. Lo del Metro en *ibid.*, 21-ix-1921. A este respecto se discutió, muy significativamente, "si estos compañeros saben que en la Casa del Pueblo hay unas secciones federadas a las cuales deben pertenecer". El resto de testimonios procede de las Actas de esos días. Las bases de fumistas (firmadas el 26), las de vidrieros (el 28), poceros (el 30), y estucadores a la catalana (el 6 de octubre), pueden verse en *BIRS*, 1921, Seg. semestre, pp. 760-761. También firmaron bases los peones que trabajaban el hormigón armado.

153. El más sincero testimonio es el de Cienfuegos, de albañiles: "se ha cometido un gran error en declarar las peticiones generales, pero sabido por todos las causas que lo motivaron, no hay otro remedio que solucionar el conflicto de la mejor manera posible sin desdoro de la Federación". En *ibid.*, 18-ix-1921.

154. Resulta paradójico que los partidarios del Sindicato Unico o de las 21 condiciones utilizasen tales armas, pero esto es así si se cree firmemente en que este modelo organizativo reflejaba firmemente los deseos e intereses de los obreros industriales y que superaba las divergencias entre oficios. Lo cierto es que a la hora de crear organización todo era válido. Ahí está el caso del Sindicato de la Madera, contrario a la centralización y a la burocracia de la FLE o de la Federación de industria correspondiente y que se basaba en sociedades de artesanos tan rancias como las de ebanistas, tapiceros o tallistas. Esto no le impedía ser muy radical y sindicalista.

155. El número aproximado de huelguistas de la huelga de septiembre está extraído de *BIRS*, 1921, Seg. semestre, p. 757. Tal y como se desarrolló la huelga no hubo en ningún caso más de 3.000 obreros en paro al mismo tiempo. El planteamiento y solución (readmisión de despedidos, pero no despido de los capataces) de la del subsuelo en *ibid.*, pp. 578-579. También en "Los obreros del subsuelo", *ES*, 9-vi-1921. Según las Estadísticas de *IRS* -que ya hemos visto prescindieron de desenmarañar la huelga de septiembre- fue la huelga de mayor seguimiento obrero de 1921. Véase el Cuadro 29.

156. Lo cierto es que las obras París-Madrid permanecieron agitadas a lo largo de todo este período, y no era raro estuviesen custodiadas por la policía o el ejército de forma permanente. Cfr. "Peones en general", *ES*, 9-vi-1921.

157. La versión más interesada en criticar a los peones fue por supuesto la de los albañiles, cfr. "Acta del Pleno de la FLE", 25-x-1921, AHN-SGC/S-PS Madrid-C. 793. Estos motejaban asimismo a carpinteros de armar de que "no se preocupa de su personal o (...) no tiene la fuerza necesaria para imponerse", *ibid.*, 26-x-1921. El acuerdo final, con la oposición de los carpinteros y afines el 27-x-1921. Entre las detenciones destacaron las de albañiles ya conocidos aquí como Olalla o Cienfuegos. Las bases en *BIRS*, Pr. Semestre 1922, pp. 188-189. En su punto cuarto se recogía la necesidad de que los peones estuviesen asociados a uno de los dos organismos. Sólo se concretaban los jornales de carpinteros y de peones en hormigón armado (ocho pesetas), demostrativo de que esta última actividad no tenía "precios corrientes establecidos en la plaza de Madrid" por su novedad. No tenía un ritmo de trabajo consuetudinario ni una sociedad de oficio que lo atendiese por lo tanto. También se especificaba que "los trabajos de armaduras para cubiertas, cúpulas, escaleras, etc., etc." serían de la competencia exclusiva de los carpinteros de armar (punto quinto). De los acuerdos entre carpinteros de armar y de taller se habían excluido los encofrados, manzana de la discordia entre ambos oficios.

158. Las negociaciones en "Actas del Pleno de la FLE", 7-xii-1921, AHN-SGC/S-PS Madrid-C. 793. El acuerdo logrado en *ibid.*, 30-xii-1921.

159. Todo en "Acta del Pleno de la FLE", 22-iii-1922, AHN-SGC/S-PS Madrid-C. 793.

160. La versión empresarial de esta pugna en BIRS, Seg. semestre 1922, pp. 188-191. Los testimonios de la Federación en "Acta del Pleno de la FLE", 9-v-1922, AHN-SGC/S-PS Madrid-C. 793. Que a nosotros nos conste ya el 8 de marzo llegó a la Ejecutiva de la FLE una denuncia de carpinteros de armar contra el Sindicato, que pretendía "hacer una cubierta de uno de los patios", porque era "de hormigón, que es en lo que se fundan los del Sindicato", en "Acta de la CE de la FLE", ibid., C. 859.

161. Lo de la neutralidad en "Acta del Pleno de la FLE", 29-v-1922, ibid.. Las comillas son de un manifiesto de la FLE con fecha 12 de mayo, BIRS, Seg. Semestre 1922, p. 191. El subr. es mío.

162. Lo de los entarimadores y lo del Sindicato disidente en "Actas del Pleno", 2 y 18-viii-1922 respectivamente, en AHN-SGC/S-PS Madrid-C. 793. En este último documento se afirma taxativamente que entre los obreros de piedra artificial (y entre los portlandistas en general añadiéramos nosotros) existía un poderoso recelo contra los albañiles, a los que acusaban de hacer su trabajo. A los canteros, partidarios de un entendimiento con estos grupos, se les replicó que eran "disidencias de nuestras Secciones" y practicaban el esquiolaje. En ibid., 7-viii-1922 (reza septiembre por error). En el Unico militaban al menos cuatro cuadrillas de albañiles de París-Madrid con expulsados de "El Trabajo". En "Acta de la CE de la FLE", 24-v-1922, ibid., C. 859.

163. Lo de carpinteros en "Acta del Pleno de la FLE", 31-vii-1922, AHN-SGC/S-PS Madrid-C. 793. La coincidente postura del Sindicato en "Acta de la Comisión Ejecutiva de la FLE", AHN-SGC/S-PS Madrid-C. 859.

164. De hecho, Lisárraga se negaba a la intervención del sindicato en los puertos de embarque y en el transporte de la mercancía, lo que le parecía un sistema de control obrero avant la lettre: "no podremos continuar nuestros trabajos sin amplia libertad de determinar número operarios y libertad absoluta para recibir obreros en las provincias donde los necesitemos". Se trata de un telegrama transcrito en "El locaut del ramo de la madera", ES, 23-viii-1922.

165. Nosotros sabemos además que existía un franco disgusto entre la Federación patronal de gremios de la construcción y la Agrupación del ramo de la madera, que aglutinaba a los patronos del sector. Esta división dificultó las negociaciones hasta muy tarde, tanto o más que la separación entre el Sindicato y la FLE. Vid. el testimonio de la Ejecutiva de la FLE en "Acta de la CE de la FLE", 14-xi-1922, AHN-SGC/S-PS Madrid-C. 859.

166. La posición patronal en ES, 31-viii-1922. Lo último en ES, 5-ix-1922. La orden de huelga, como solía ocurrir en estos casos, no era más que la constatación de que el lock-out terminaría por universalizarse.

167. El testimonio de la conversación con la Patronal nos lo da Egidio en la Ejecutiva, "Acta de la CE de la FLE", 4-ix-1922, AHN-SGC/S-PS Madrid-C. 859. La justificación de la JACP en "La Junta Administrativa a todos los trabajadores", ES, 30-ix-1922. Para ella, lo importante era derrotar a la patronal en primer lugar y luego "aquilatar conductas y actitudes".

168. Lo primero en "Acta del Pleno", 27-x-1922, AHN-SGC/S-PS Madrid-C. 793. La crítica táctica en ibid., 6-xi-1922.

169. Estos cambios fueron en un sentido más moderado. Por ejemplo, la FLE se congratulaba de que en la de aserradores mecánicos se habían elegido "compañeros afectos a nuestra táctica", "Acta de la CE de la FLE", 20-ix-1922, AHN-SGC/S-PS Madrid-C. 859.

170. "Pacto entre el Sindicato de la Madera y la Federación de la Edificación", ES, 9-xi-1922.

171. "¿Revolucionarios o criminales?", ES, 19-x-1922. Lo fundamental de este artículo no es que se acusase al izquierdismo de asesino, inconsciente o al servicio de los patronos, acusaciones todas muy habituales, sino que se relacionase íntimamente con la impotencia y el despecho ante el curso de los acontecimientos en el lock-out. Los citados "elementos" hablaban sin tapujos de un chantaje ugetista al Sindicato para ocultar el fracaso de sus tácticas y de las organizaciones inspiradas en ellas en Madrid.

172. Las interpretaciones políticas se dan desde el primer momento por parte de los propios socialistas, por supuesto contra los disidentes. Cfr. "Los elementos comunistas provocan una jornada sangrienta", ES, 21-xi-1922. Otra interpretación del mismo corte, pero contra la cúpula ugetista, por manipuladora, en M. TUÑÓN DE LARA, El movimiento obrero..., pp. 722-723. Se trata de dos versiones clásicas por antonomasia del citado incidente. Aparte de Madurell, otro interesante precedente nos lo da el asesinato del maestro de obras Antonio Novo el 24 de febrero de 1922. Se detuvo como autor del suceso al joven Romero Cerrillo, "carpintero de oficio". En "Agresión contra un maestro de obras", ES, 25-ii-1922.

173. El acuerdo sobre la solidaridad en "Acta del Pleno de la FLE", 6-xii-1922, AHN-SGC/S-PS Madrid-C. 793.

174. Véase el proyecto de nuevo reglamento de la sociedad con fecha de julio de 1923 en AHN-SGC/S-PS Madrid-C. 2301. Aún se hacía una voluntariosa profesión de neutralidad en este borrador: "esta Sociedad (...) queda al margen de los organismos Confederación del Trabajo y Unión General de Trabajadores" (art. 6). También la supresión del destajo y las horas extraordinarias y la defensa de la dignidad de los asociados se elevaban a cuestión estatutaria.

175. Se pueden poner muchos ejemplos de falta de respeto al boicot, pero basta el de la sesión del Comité Central -el nuevo nombre, más político y sonoro, que se puso al Pleno de delegados- del 16-ix-1923, donde se informa de las contratas efectuadas en esas obras y que actuaban como irresistible imán de maestros y oficiales de diversos oficios. En AHN-SGC/S-PS Madrid-C. 793. La situación de la obra la exponía Muiño: "Escultores Decoradores, hay muchos pero como es el asilo de ellos, debido a la crisis de trabajo que tienen, tampoco es dable que nos ayuden. Los elementos de la Madera no hay que contar con ellos para nada ya que debido a la situación en que ha quedado el Sindicato, y dada la contextura moral de los pertenecientes a él que allí trabajan, es casi seguro que no nos prestarán solidaridad aunque lo acordara el Sindicato, pues hasta le desacatarían", en "Acta de la CE de la FLE", 12-i-1923, ibid., C. 859. Estos informes procedían de confidentes dentro de la obra que informaban puntualmente de lo que allí acontecía. Las bases que ponían fin al interminable conflicto en "Acta del CC de la FLE", ibid., C. 793, 16-xi-1923.

176. Ambos principios se recalcan sobremanera en su Reglamento reformado de marzo de 1922, pp. 1 y 2. En AHN-SGC/S-PS Madrid-C. 951. Se especificaban sin embargo algunas actividades, encuadradas en Secciones. A saber: los obreros del ramo de construcción en hormigón armado y encofradores, los peones de albañilería, los obreros de desmontes y derribos, los del subsuelo, los depavimentos, los carreros y volqueteros de materiales de construcción, los peones de talleres, fundiciones, almacenes metalúrgicos, fábricas de industrias químicas y similares, y los obreros de carga y descarga de estaciones, plazas y mercados de Madrid. Como puede verse sus dimensiones teóricas iban más allá de una sociedad corriente y les convertían en la base horizontal de un sistema federativo vertical como era la UGT. De ahí que su principal subversión ante la FLE no era ideológica, sino organizativa y por tanto mental.

177. Como muestra un botón: en marzo de 1922 consiguió poner de su parte al Ministerio de Gobernación frente a la autoridad municipal, empecinada en cerrar las obras del Metropolitano mientras la Compañía no se pusiese al día en materia fiscal. El Ayuntamiento alegaba que se había ocupado terreno público durante cinco años sin pagar arbitrios de ninguna clase. Este famoso

incidente, saldado por la Guardia Civil y el Ejército con detenciones y agresiones a personalidades municipales, terminó con el democrático "veranillo de San Martín" de la democracia municipal madrileña (desde noviembre de 1918 el alcalde era elegido por los concejales), puesto que fue destituido el marqués de Villabrágima y regresaron los alcaldes de Real Orden.

178. La huelga en BIRS, Seg. semestre 1922, pp. 193-195. Otros detalles en "Huelga de obreros del Metro", ES, 30-v y 2-vi-1922. Las comillas son de la intervención en la asamblea del presidente de la Unión de cocheros en "El conflicto de los obreros del Metropolitano", ES, 8-vi-1922.

179. Tenemos noticia de peticiones formuladas por la Unión de conductores de carruajes en octubre de 1922 (ES, 18-x-1922), que incluía al personal de talleres y "de vías y obras", pero no debieron de defenderse con mucha energía, porque el descontento entre metalúrgicos y obreros del subsuelo seguía siendo muy alto en 1923. La iniciativa de los ferroviarios en "Acta del CC de la FLE", 3-x-1923, AHN-SGC/S-PS Madrid-C. 793.

180. La historia la contaba Muíño, de la Ejecutiva de la Federación, de la forma siguiente: habían sido citados él y otro compañero en un salón de la Casa del Pueblo donde se reunía la Comisión de huelga, "y que cuando estaban esperando (...) a que dijeran si entraba la representación de la Federación ó no y entonces se metió la Directiva de Peones ofreciéndoles presentar unas bases, y esto decidió a la gente a inclinarse por los Peones". Parece que la burocracia y los rodeos resultaban alérgicos a los obreros del Metro. Esto, y que antes se pidió a la Federación organizarse como sociedad autónoma, en "Actas de la CE de la FLE", 11-v y 14-v-1923, AHN-SGC/S-PS Madrid-C. 859

181. Sobre la huelga, BIRS, Pr. semestre 1923, pp. 1372-1377 y Seg. semestre 1923, pp. 1006-1007. Resulta significativa la insistencia de una gran compañía como la del Metro con obreros poco o nada asociados en los jornales y relaciones consuetudinarias, respetados por las sociedades de obreros y maestros de obra y taller de la superficie. Para los peones precisamente lo que se vulneraba bajo el suelo de Madrid era la costumbre, aún en "el régimen de propiedad individual", porque no se les consideraba "masas trabajadoras" explotadas, que era lo asumible, sino a cada uno como "un animal de carga". En "La huelga del Metro", ES, 18-v-1923.

182. Por ejemplo, cambiaron las bases originales por otras entre el 13 y el 15. Cfr. "Huelga de los obreros del Manzanares", ES, 14 y 15-ix-1922. De la primera referencia es lo de los pies (se quemaban los que trabajaban el cemento). El 19 había otras sensiblemente diferentes, si se las compara. Cfr. BIRS, Seg. semestre 1922, pp. 1129-1131.

183. Las bases finales en BIRS, cit., pp. 1133-1135. Que la empresa se remitía a los jornales consuetudinarios en ibid., p. 1131.

184. Sobre la primera huelga, cfr. BIRS, Seg. semestre 1922, pp. 1170-1174. En donde mejor se relata su origen y el problema de las subcontratas es sin embargo en "Paro en las obras del Cerro Negro", ES, 21 y 26-x-1922. El rebrote en "La del Cerro Negro", ES, 25-v-1923. Esta última no llega a los quince días.

185. Los cambios del reglamento y los debates en "Actas del II Congreso de la FLE", 26-iii (reza abril, por error) a 4-iv-1923, AHN-SGC/S-PS Madrid-C. 1222.

186. El conflicto previo en "Actas del Pleno de Delegados de la FLE", 27-ii-1923, AHN-SGC/S-PS Madrid-C. 793. El origen y las negociaciones de la huelga en ibid., 16 y 17-iv-1923. En estas últimas sesiones se demuestra que el conflicto se ligó con la creación de las nuevas secciones como represalia.

187. El manifiesto de la FLE en BIRS, Pr. semestre 1923, pp. 1379-1380. La orden de dar por terminada la huelga en "Acta del CC de la FLE", 8-v-1923, AHN-SGC/S-PS Madrid-C. 793.

188. La creación de las nuevas secciones y el problema de Vallhonrat en "Actas del CC de la FLE", 16-vii y 1-viii-1923, AHN-SGC/S-PS Madrid-C. 793. El acuerdo final en ibid., 4-ix-1923. La Sociedad de Encofradores "libres" de Vallhonrat no se plegó a la FLE pese a todo.

189. Las primeras violaciones del statu quo entre canteros y marmolistas en "Acta de la CE de la FLE", 12-i-1923, AHN-SGC/S-PS Madrid-C. 859.

190. La exposición de la cuestión en "Acta del CC de la FLE", 1-viii-1923, AHN-SGC/S-PS Madrid-C. 793.

191. La crónica de la campaña de propaganda y la discusión en "Acta del CC de la FLE", 1-ix-1923, ibid.. Parece claro que la intención era desviar el suministro de piedra hacia Marmolistas y no hacia Canteros, pero la FLE no se atrevió a dar este paso. El dictamen en ibid., 4-ix-1923. Un ejemplo de alianza de circunstancias en ibid., 16-x-1923, defendiendo a un sindicalista cuyo despido pedía la FLE.

192. Evidentemente, y de la misma forma que en el período que nos ocupa, la coyuntura de crisis política fomentó la explosión de estas tendencias, que, es evidente, el clímax de la Dictadura y la regulación ugetista del mercado de trabajo, no hicieron desaparecer en absoluto. La política de construcciones y obras públicas de los años veinte suministraron más combustible a las nuevas formas de protesta en el sector. Puede verse esto fundamentalmente en S. JULIA, Madrid..., y en F. SANCHEZ, "Clase obrera...", ya citadas. Con respecto al continuismo de la Dictadura en lo que respecta a lo social con el período 1919-1923, véase, entre otros, José Andrés-Gallego, El socialismo durante la Dictadura 1923-1930, Madrid, Tebas, 1977, pp. 191-216. Si entrar a dirimir si en la Dictadura disminuye la conflictividad huelguística maru militari, por aumentos del nivel de vida, por la estabilidad política, por miedo social o por casi una década de crecimiento económico, debemos de señalar aquí que, en el caso que nos ocupa, el proceso es anterior. Parece claro que la FLE desde su nacimiento contribuyó decisivamente a canalizar las relaciones laborales hacia los contratos colectivos y las negociaciones pacíficas y a reprimir en lo posible las huelgas espontáneas - extemporáneas- que promovían las sociedades por sí solas con mucha mayor facilidad. De hecho, parece que éste fue uno de sus logros implícitos, que no de sus objetivos explícitos.

PROTESTA COLECTIVA Y CAMBIO SOCIAL EN LOS UMBRALES DEL SIGLO XX
MADRID 1914-1923 (II)

Tesis doctoral de D. FRANCISCO SANCHEZ PEREZ,
Departamento de Historia Contemporánea,
Facultad de Geografía e Historia,
Universidad Complutense de Madrid.
Director: D. ANGEL BAHAMONDE MAGRO.
1994

X. LA HEGEMONIA IMPOSIBLE: LOS PANADEROS Y SU SINDICATO

X.1. Semblanza de un colectivo: entre el liderazgo y la marginación

Los obreros panaderos eran los principales sustentadores de la ciudad a la altura de 1913¹. Una ciudad populosa como la capital, de débil industrialización y fuerte consumo, tenía que amparar necesariamente a un buen número de trabajadores consagrados en exclusiva a mantener caliente y repleto su insaciable estómago. Muchos de ellos eran simples intermediarios, abastecedores, transportistas o vendedores al detall y al por mayor de la amplia gama de comestibles que llegaban a la Villa y Corte desde los cuatro puntos cardinales, pero una buena parte se hallaba consagrada a la fabricación y/o transformación de determinados productos alimenticios, dentro de una gama no demasiado amplia: la confitería fina (pasteles, galletas y chocolate), las pastas para sopa, las bebidas gaseosas y cerveza, la fabricación de hielo o azúcar, las conservas, las actividades del matadero, que difícilmente pueden considerarse fabriles, y por último, el alimento básico por antonomasia, el pan.

Ya sabemos la importancia social y política que tenía este producto aún enormemente básico en una sociedad como la madrileña, como alimento y como tótem o símbolo intermediario entre las autoridades y el público -o, como antaño, entre el rey y sus súbditos. Además, dentro del sector de la alimentación, era el rey indiscutible, como suele ocurrir habitualmente entre sociedades de consumo alimentario poco diversificado, esto es, de rasgos preindustriales. Por todos estos motivos es perfectamente comprensible la importancia de los obreros que lo elaboraban, no sólo en el ramo de la alimentación, que lideraban con toda claridad, sino en la vida social y económica de la ciudad toda, y hasta del Estado, por su capacidad de alteración del orden público, lo que les colocaba en una situación privilegiada de presión y negociación frente al poder político. Por usar un símil, ante un estornudo de los panaderos, se movilizaban con celeridad multitud de pañuelos para atajar el peligroso -y subversivo- catarro. Esta importancia no sólo era real, sino profundamente vivida y sentida por las organizaciones de panaderos, lo que les suministraba un valor añadido, a ellos y a sus luchas, a los ojos de sus colegas de otros oficios y a los de los socialistas, profundamente interesados en

analizar y dirigir la dialéctica entre obreros y poder político a nivel estatal y local. De ahí que sea imprescindible una aproximación atenta a su comportamiento social y sindical como una de las claves del paisaje social de la ciudad en este período.

Los obreros panaderos pertenecían a uno de los gremios más antiguos de la ciudad, en la medida en que su oficio podía reputarse como absolutamente ancestral, quizá proverbialmente el más tradicional. Su actividad y sus técnicas en la elaboración del pan apenas habían sufrido modificaciones de importancia en la era de la revolución industrial y era probablemente uno de los oficios más rutinarios y estereotipados de cuantos podían aprenderse. Esto no evitaba por supuesto que tuviese sus técnicas más o menos complejas de amasado, cocción, reposo de las levaduras y un ritmo de trabajo práctico y absolutamente controlado por las cuadrillas de obreros, habituados a faenar toda la noche para tener el pan caliente y preparado a primera hora de la mañana, siempre con relativa autonomía.

Allí donde hay técnicas, aprendizaje y arte, suele existir una férrea jerarquía interna, y los panaderos no eran una excepción. La cúspide la ostentaba el encargado de la tahona, responsable del funcionamiento y la disciplina general del establecimiento, y que podía convertirse en patrono -dueño de su tahona- en muchos casos. Por debajo, el oficial de pala, el jefe y responsable del horno y la cocción -es decir del punto del pan-, uno por cada cuadrilla -o unidad-. Más abajo, los oficiales de masas, subordinados a estos a guisa de ayudantes, responsables de la materia prima. Los aprendices maquinistas y de peso, encargados de las labores más rutinarias, cuya principal virtud era la obediencia y su teórica tarea consistía en desentrañar las mañas del oficio. Por último, la llamada cuadrilla baja, en las márgenes del oficio, cuya misión era fundamentalmente el acarreo de materiales y el transporte y reparto del pan elaborado allí donde había de venderse (tiendas, mercados o en los domicilios particulares). Con esta estructura y fisonomía, nos encontramos con un viejo oficio artesano, muy tradicional y dotado de una alta solidaridad informal para la acción colectiva y de un fuerte sentido de comunidad de trabajadores.

No sólo se trataba de un oficio añejo y de claros y rígidos contornos profesionales, sino que su peso numérico era considerable. En términos de oficios industriales era el tercero de la capital, pasando de los 3.000 obreros en este período, sólo superado por metalúrgicos y albañiles, según la Estadística obrera del Ayuntamiento en 1924².

Dado este perfil, no es extraño que las sociedades obreras de panaderos datasen de antiguo y tuviesen singular importancia en el organigrama sindical de la ciudad y de la Casa del Pueblo en concreto. Respondiendo a su vocación de sociedades de oficio los panaderos no se hallaban unidos en una sola asociación, sino en tres, una para cada una de las tres clases fundamentales de pan. A saber, el candeal, el francés y el de Viena. Los dos últimos estaban conceptuados como de lujo, las autoridades tenían menos interés en su control y no era raro estuviesen libres de peso. Por el contrario, los panaderos que los confeccionaban tenían un orgullo profesional más acentuado y una categoría profesional -por su especialización- más elevada. Sus sociedades no eran recientes, pero tampoco pioneras, perteneciendo a "la segunda generación" de la primera década del siglo. Entre ambas apenas llegaban a un tercio del total de panaderos afiliados. La auténtica importancia y liderazgo la ostentaba la Sociedad de los candealistas (Candeal para abreviar), la más antigua en el ramo de la alimentación (de 1892), y también la más numerosa (unos 2.000 afiliados), algo lógico puesto que este tipo de pan era el auténticamente popular, de consumo universal, sujeto a peso y repeso y con precios "vigilados". Esto la convertía en una sociedad muy importante numéricamente en la Casa del Pueblo (la tercera, tras albañiles y cocheros) a la altura de 1914-15, y en la sociedad líder del sector de la alimentación, cumpliendo el papel que los cerrajeros, albañiles o carpinteros tenían en los suyos. Flanqueando a estas se hallaban las de confiteros y pasteleros "Dulce Unión y Ramillete" y la de dependientes de panadería "El Nuevo Gluten", que pese a integrarse teóricamente en el comercio -donde la recogía por ejemplo el Censo electoral social de 1919-, se hallaba sindical y socialmente más próxima a sus hermanos, los panaderos³.

Como todas las sociedades de viejos oficios, las de los panaderos ostentaban un alto grado de

monopolio sindical y control del mercado de trabajo y una elevada estabilidad en su afiliación. El marasmo asociativo durante la guerra y el subsiguiente boom de 1919-1920 no es apreciable entre ellos, que mantienen siempre cifras bastante permanentes, con fluctuaciones episódicas. En cualquier caso, las transformaciones en la industria (supresión del trabajo nocturno, supresión del reparto, presión hacia las ocho horas, gran industria frente al archipiélago productivo, empuje unánime hacia la racionalización y concentración del sector), alentadas por las autoridades en pos de un suministro ágil y menos conflictivo de pan barato, sano y sin merma, presionaban también hacia la disminución - o cuando menos al replanteamiento- de mano de obra en el sector. Esto suponía unos sentimientos asociativos de defensa del gremio muy fuertes y un elevado interés en el control del ritmo y volumen de la producción. Tal control permitiría al mismo tiempo abastecer la ciudad y evitar la crisis de trabajo, en un oficio no fácilmente reciclable. Por ello, las pretensiones de crear un sindicato industrial y la "dureza" -y unanimidad especialmente- de sus conflictos adquirirían otra dimensión: la de un oficio artesano y tradicional amenazado, no la de un proletariado especialmente combativo. En cualquier caso la preponderancia de los obreros panaderos en el sector de la alimentación por su número, organización y combatividad suele ser considerada como demostrativa de lo arcaico de un tejido productivo y la conflictividad que promueven es probablemente la más ejemplarizante del carácter ambiguo inherente a gran parte del conflicto industrial madrileño. No sólo la propia, sino la que tratan de exportar al ámbito de la producción fabril -entre las galleteras de "La Fortuna"- con éxito nulo⁴.

Es por ello que los panaderos representan una gran paradoja. Se trata de un oficio gremial, jerarquizado y de sólidas tradiciones asociativas y que comparte con otros trabajadores de similar perfil las obsesiones por el control del trabajo, el monopolio sindical y la imposición de la tarifa. Pero el carácter de las huelgas que promueve resaltan por su magnitud y su brevedad, lo que les diferencia notablemente de las de los tipógrafos por ejemplo. Esto se debía en buena parte a su carácter político profundo -en ellas intervenía la administración con mucha prontitud- y a la unanimidad requerida para que fuesen auténticamente atendidas. Esto las acerca curiosamente a las gestionadas por aquellos

colectivos de trabajadores con pocas posibilidades de sostener huelgas largas o pulsos asociativos importantes en pequeños talleres sin recurrir a la huelga general y las convertía necesariamente en modélicas para todos los conflictos interesados en una salida política y una negociación rápida. Por otra parte, encarnaban el prototipo de huelga subversiva, capaz de alterar la vida de la ciudad y afectar a capas amplias de la población, lo que las hacía especialmente golosas y atractivas como muestra de poder obrero y en casi vanguardia de la conflictividad social de la ciudad. Baste como ejemplo que su dinámica huelguística coincide plenamente con las oleadas que vive la ciudad en 1919-1920: febrero-marzo de 1919, noviembre de 1919, marzo-junio de 1920, noviembre-diciembre de 1920, casi siempre preludiando huelgas en otros sectores, especialmente en la construcción. Pero al mismo tiempo solían ser el detonante de motines populares tradicionales y los panaderos en su conjunto acusados por los restantes trabajadores de confabular con los patronos para conseguir subidas salariales⁵.

En este sentido, completando la paradoja, y pese a la importancia de sus organizaciones y tradiciones y el respeto que se tenía por su combatividad, los panaderos no estaban muy bien vistos y estaban lejos de ser un oficio respetable, no sólo entre sus compañeros trabajadores y sindicalistas, sino para la sociedad madrileña en general. Los mineros blancos trabajaban de noche, reclusos en sus catacumbas pequeñas y mal iluminadas, como sacerdotes de una extraña religión que giraba en torno al calor de los hornos, rito ejecutado con somnolencia y automatismo. Fuera de ellas y de día, cuando no dormitaban, se había convertido en un tópico literario y cultural hablar de su corrupción moral y hasta física. Tradicionalmente obreros fuertes y rudos, reclutados en Galicia, no brillaban ni por su educación o preparación, para la que carecían de tiempo, ni por su morigeración y buenas costumbres. Se les consideraba asiduos clientes de la prostitución y la bebida, consuelos espirituales para su aislamiento en las horas diurnas. Tampoco su salud les convertía en obreros modelos precisamente, víctimas del envejecimiento prematuro y la tuberculosis pulmonar⁶. El resto de los obreros asociados recelaba de ellos por considerarles cómplices de las subidas de precio del pan, así como de la mala calidad y fraude en su peso, siendo muy habitual la moralina y la reconvención

cuando se hablaba de ellos⁷.

X.2. Sociedades hermanas divorciadas. El contrato de 1913

X.2.1. Un contrato gremial

La encendida campaña en pro de la abolición -reducción más bien- del trabajo nocturno que los panaderos sostenían fundamentalmente desde 1909 (incorporada en 1911 a las peticiones del 1 de mayo como tal) iba encaminada a limpiar esta empañada imagen. El trabajo de noche, de unas quince horas aproximadamente -desde las siete/ocho de la tarde a las once/doce de la mañana siguiente-, se basaba en un ritmo estereotipado de trabajo, lleno de descansos intermedios, en los que mientras fermentaba la masa, los obreros aprovechaban para echar un sueñecito. A la labor en la tahona había que añadir el reparto del pan posteriormente y que realizaban las mismas cuadrillas. Este sistema garantizaba el pan caliente del desayuno a primera hora de la mañana, el de la comida (sobre la una de la mañana) y el de la cena (a las nueve) con las últimas hornadas. Precisamente la tendencia social a retrasar las horas de sobremesa avalaba el cambio de horarios⁸.

Este sistema productivo, enraizado en el atraso y la rutina, se consideraba perjudicial y causa directa de los problemas culturales y laborales de los panaderos desde el punto de vista de la reforma social⁹. La supresión del trabajo nocturno se consideraba además un acicate necesario para la implantación acelerada de nueva tecnología en el sector y cambios beneficiosos para todos. Este objetivo común podía resultar el banderín de enganche que los panaderos necesitaban para lograr una fusión o un mayor acercamiento entre ellos, más allá de su integración vertical en la federación de oficio correspondiente (la Nacional de Panaderos).

Lo cierto es que hasta 1912 no comenzó a haber un consenso en torno a este tema entre los propios obreros panaderos. Tampoco, y en paralelo, no se encargará hasta esa fecha el Instituto de Reformas Sociales de elaborar un proyecto al respecto, aprobando un primer borrador en el verano de 1913. En el Congreso Nacional de 1909 Pan Francés ya pidió que se le eximiese de tal supresión,

que pensaba le perjudicaba dado el carácter más elitista de su clientela. Tal transformación les colocaba, en caso de pérdida de brazos, en manos de los candealistas. En el Congreso de marzo de 1914, Conrado García, presidente de Candeal, ofrecía darles trabajo en caso de paro por ese motivo. Esto se añadía como un motivo más para ir al ansiado proyecto de constitución de sindicatos locales o regionales de obreros panaderos o de la alimentación. En este Congreso todo fueron parabienes para una futura Federación de Obreros de la Alimentación, federación de industria y no de oficio. También se reformaba, punto por punto, el primer proyecto del Instituto. El IRS, atendiendo las reclamaciones, redactaría un proyecto definitivo en el verano de 1914, donde se proponían seis horas de descanso continuo aplicables en una franja horaria entre las nueve de la noche y las cinco de la madrugada. Con ello, existía ya una base normativa para iniciar el prolijo proceso legislativo habitual en la inestable vida política española¹⁰.

Desde un punto de vista socialista, el camino hacia la unidad, cuando menos local, y la presión a las autoridades para conseguir una legislación favorable que introdujese cambios en el sector debían ser los objetivos primordiales para los panaderos de Madrid. Sin embargo, ambos objetivos podían lograrse de distintas maneras, e incluso con un espíritu ligeramente diferente. Al menos así pensaba la Sociedad de Pan Candeal, más interesada en la satelización del resto de organizaciones en torno a ella y en conseguir cambios en el sector más tangibles y más favorables para ellos en una negociación directa con los patronos -una manifestación de rechazo a las instituciones bastante distinta a la "acción directa" o la revolución social.

Los panaderos en sus relaciones con los patronos, y concretamente con el Sindicato de la Panadería, que aglutinaba a los pequeños y medios productores del sector (más de 170 afiliados), ya habían conseguido logros importantes como la desaparición del pupilaje y el llamado descanso-relevo, con el que se hacía efectivo el domingo y otras festividades. Esto les distinguía de los dependientes de comercio, ni emancipados del internado ni en muchos casos de la semana completa de trabajo. La aspiración de los candealistas de antiguo era sin embargo más ambiciosa y consistía en lograr un

contrato amplio de trabajo con el Sindicato que les garantizase el control del mercado del trabajo y la tarifa por escrito -a ser posible refrendada por alguna autoridad-, y además regulase el ritmo de producción con toda claridad y anulase a los amarillos. Por otra parte recibían la presión del personal menos cualificado, el más joven, pero mayoritario en la sociedad, de las cuadrillas bajas. Un movimiento de éste en petición de mejores jornales provocó precisamente la dimisión de la Junta Directiva. La que la relevó, presidida por Conrado García, intentó contentar a todos de un plumazo¹¹.

En agosto de 1913 conseguía un aumento de un real en el jornal de los aprendices de peso y la cuadrilla baja. A cambio, tal aumento sería incluido y englobado en el marco de un contrato más amplio, en el que estaban muy interesados también los patronos, encaminado a fijar unas condiciones de trabajo comunes para todos y que regulasen la competencia en un sector tan atomizado. Candeal nombró una Comisión para su confección y negociación, encabezada por su presidente Conrado García. El día 7 de noviembre se firmaba éste entre la Sociedad y el Sindicato ante el Gobernador Civil de Madrid. Tal contrato, elaborado para una duración de cuatro años, significaba la plasmación por escrito del funcionamiento de la industria sobre un consenso a tres bandas, obrero, patronal y de las autoridades, y resultó muy polémico y criticado en los años siguientes, por lo que conviene detenerse un poco en él¹².

El contrato de trabajo reconocía por parte del Sindicato el monopolio de la Sociedad de candeal, comprometiéndose a no admitir obreros fuera de ella. Esto permitía la fusión de Candeal con la Sociedad Unión Panadera, minoritaria y rival, aspecto recogido en el propio contrato. En contrapartida los obreros candealistas no podían trabajar con ningún patrono que no formase parte del Sindicato, lo que garantizaba a éste el control absoluto de la industria, la anulación de la competencia y la unanimidad a la hora de actuar. Se anunciaba, tan pronto como fuese posible, la supresión del reparto y venta a domicilio, aunque no el traslado a las tiendas y sucursales sindicadas, así como a centros y entidades (bares, hospitales, etc.). Esta medida beneficiaba a ambas partes: a los panaderos

les evitaba un trabajo añadido; para los patronos suponía el fin de la reventa, que producía un recargo en el precio del pan -que teóricamente debería bajar-, y un mayor control en la distribución y venta final del producto. Se reconocía el derecho del patrono a despedir y el del obrero a despedirse, y ambas entidades "reconociendo que por un sinnúmero de causas, que no es del caso enumerar (...), no es posible que el pan salga con el peso exacto, consideran necesaria la implantación de la venta del pan a peso" (base 12) -y no por piezas de peso homologado y teóricamente respetado, se entiende-

13.

Además, se detallaba una tarifa, no por horas sino por volumen de producción, estableciendo límites a ésta. Se establecía una ratio fija : por cada horno (la mayoría de las tahonas sólo tenían uno, a lo sumo dos) 1.100 kilogramos, por cada 110 kilogramos un obrero. Un horno, por tanto, sólo podía acoger como máximo a 10 obreros, funcionando a pleno rendimiento. Como mínimo debía de acoger a cinco: un oficial de pala (5'50 pesetas de jornal), un oficial de masas (5'25), un aprendiz de peso y un maquinista (4), y un obrero de cuadrilla baja (3'75). No acababa ahí la reglamentación de la producción, el aumento de obreros por cuadrilla suponía una variación de su composición orgánica: la cuadrilla baja era la que aumentaba (hasta cuatro componentes) junto a los maquinistas (hasta dos) y los oficiales de masas (ayudantes), que podían doblarse. El puesto de oficial de pala, auténtico y férreo jefe de cada horno, era siempre reservado a una sola persona, directa beneficiaria del aumento de producción: cuantos más kilos, más ganaba (de un mínimo de 5'50 a un máximo de 7'25). No así los de masas, que al aumentar la producción y por tanto su número veían disminuir su jornal (entre 5'25 si se producía menos de 770 kilos y 5-4'75 si se producía más de esa cantidad). Los aprendices y ayudantes restantes (mayoritarios) ganaban exactamente igual si hacían media o una tonelada de pan. En cualquier caso, podía ampliarse ese tope, siempre de común acuerdo y previo pago de quince céntimos a la cuadrilla por cada kilo de más.

No parece por tanto que estos jornales primasen la productividad en grado alguno, ni la movilidad vertical de los trabajadores, ni siquiera la nivelación salarial; también se hallaban lejos de ser un

destajo camuflado. Se trataba más bien de una plasmación por escrito de un sistema cuasigremial, que convertía a los primeros oficiales en una rígida casta casi cerrada, que mantenía la producción en unos niveles razonables, garantizándosela a las autoridades, y que aspiraba, sobre todo, a reducir la conflictividad del sector, evitando paros perturbadores. Fundamentalmente se ponían dificultades a cualquier concentración o regulación del sector fuera del Sindicato patronal y se obstaculizaba el aumento de la competitividad, en un sector ya muy atomizado. En este sentido, el contrato muestra unos deseos claros de un sistema productivo cerrado, prefijado, y armónico, con dos sindicatos profesionales (obrero y patronal) obligatorios. En esta cosmovisión, aparentemente, coincidían y abundaban tanto los tahoneros como los candelistas, supuestamente clases antagónicas, amén de las autoridades, y es una buena muestra de que los presupuestos corporativistas de distinto signo, y tan abundantes en la posguerra se nutrían en buena parte de visiones tradicionales de las relaciones sociales y laborales, muy abundantes en la vida española.

Parece claro que esta consecución de una tarifa no se aparta un ápice de lo corriente -o de lo ideal, allí donde no se había conseguido- entre las sociedades de oficio madrileñas. Se regulaba el mercado de trabajo, se garantizaba un salario mínimo, se defendía el oficio de la intromisión de advenedizos, se lograba una ratio entre trabajo realizado y jornal que se consideraba justa -que es lo que en definitiva significaba la tarifa. ¿Por qué entonces el contrato se convirtió en la punta de lanza de una pugna entre los panaderos, con la Casa del Pueblo y la UGT de trasfondo?. ¿Por qué tanta polémica y tantas críticas, que no sólo coleaban aún, sino que resultaron determinantes en el desarrollo de la conflictividad del sector?.

Si tomamos un punto de vista clásico con respecto a las asociaciones obreras, como células de un vasto movimiento finalista de emancipación y confrontación frente a unos capitalistas, que al final derrotarán inexorablemente, es evidente que tales prácticas resultan decepcionantes. Estas sólo se justifican como un paso más en el camino de los obreros hacia la luz y un atraso, subsanable con el tiempo y la propaganda política. Este era el punto de vista que, como sabemos, a veces en una

formula aún más simplificada, aceptaban, al menos sobre el papel, la mayoría de los dirigentes y políticos socialistas españoles. Las dos clases antagónicas, llamadas a combatirse, se hacían cómplices y colaboradoras activas. Si aceptamos esto y compartimos ese punto de vista no se necesitan nuevas explicaciones: las críticas de Manuel Cordero, sobre todo, y los de otras organizaciones obreras no eran más que la voz del obrero consciente frente a desviaciones sindicales o lo que es lo mismo frente a obreros de gremio, de cuerpo o de oficio, no imbuidos lo suficiente de la conciencia de clase. También desde un marxismo avanzado podía resultar contraproducente un sistema cosificado contrario al progreso y la mecanización.

Lo cierto es que los hechos son tozudos y nos muestran otras realidades. La oposición fundamental original al punto de vista de los candealistas vino de las sociedades hermanas: Gluten, Viena y, sobre todo Pan Francés. En primer lugar, se encontraba el prurito de la autonomía societaria. El recelo, que ya hemos visto expresado, ante la sociedad líder, la de Candeal, reforzado si había que tramitar un proyecto de unidad local, es paralelo al de los oficios de la construcción hacia albañiles, también muy acostumbrado a "imponer" tarifas y acuerdos a los demás. Por otra parte, los más cotizados (los oficiales cobraban entre una y dos pesetas más) y más cualificados panaderos de lujo estaban llamados a marcar la pauta a Candeal, y no al revés, mucho más si está se plegaba a los deseos de la cuadrilla baja. Esta postura parece que era apoyada moralmente por la Casa del Pueblo, aunque como entidad se guardó mucho de dar la razón a unos u otros¹⁴.

El problema no residía en implantar una tarifa o unos jornales. Pan Francés también negoció un contrato al hilo de la iniciativa de Candeal, pero no compartía algunos puntos firmados por sus colegas. En primer lugar, no se aceptaba el monopolio asociativo del Sindicato, es decir aspiraban, según palabras de su presidente Evaristo Gil, a un "contrato libre". Esto se fundamentaba en que "el Sindicato no responde de todas las fabricaciones, de lo cual teníamos que sacar el personal de todas las casas que no pertenecen al sindicato, de lo cual vulneraríamos nuestros principios", más aún, se dirá, cuando "esas Casas les han concedido ya todas las mejoras del contrato". Esto no señala que

Pan Francés fuese más antipatronal o combativo que Candeal: los patronos se aceptaban, lo que no se toleraba era la unidad patronal en un bloque, el "despótico y odiado Sindicato de la Panadería". La táctica de esta sociedad por lo demás era totalmente ortodoxa: asociación patronal no, pero tarifa sí. Con el contrato sin firmar y al intentar imponer los jornales negociados con los patronos, estos respondieron con el lock-out a principios de diciembre. En enero ya estaba resuelto el asunto, con la claudicación de la sociedad colocando en "índice" -es decir sin personal- aquellas tahonas que no respetaban las tarifas estipuladas. Candeal no prestó solidaridad en esta huelga, imponiendo de hecho su punto de vista al resto¹⁵.

Más explícita y virulenta fue la crítica de Pan de Viena, que lo llamaba "engendro", "monopolio inicuo (...) que deja castrados a los obreros", "no persigue otro fin que matar todo germen de competencia mercantil". Esta abundaba en otro aspecto polémico del contrato: la complicidad explícita de los obreros con los tahoneros en el tema del peso libre del pan. Este era un argumento secundario pero valioso. El arma del repeso y las denuncias a las tahonas que más gramos "sisaban" o menos higiénicas eran, les resultaba muy útil a los propios obreros panaderos. Con ello pretendían atraerse al vecindario y terminar con la tradicional idea de la "confabulación" tahoneril entre obreros y patronos cómplices ambos a la hora de robar al público, y presionar sobre los patronos. Conocidos el especial interés político y las repetidas campañas municipales que los socialistas desarrollaban en esta materia, también era un argumento de peso para poner a estos de su parte, pues la cooperación de los obreros panaderos les resultaba vital. No se olvide que Manuel Cordero amén de presidente de la Federación Nacional del oficio será el principal portavoz de la minoría socialista en el Ayuntamiento en el tema de subsistencias y mercados y en estas campañas "moralizadoras". El hecho de que los obreros fuesen "consentidores" de la merma en el peso permitía a los patronos aumentar subrepticamente sus ganancias y ofrecer a cambio raquéticos aumentos de jornal. En el corolario de todo esto se criticaba la fusión de Candeal con los "amarillos", a los que se había perseguido con saña previamente, y se acusaba a la nueva Junta Directiva de Candeal, de torcer el rumbo de la sociedad y de "lacayos" de los patronos¹⁶.

La Directiva de Candeal se defendió apelando al realismo. Se limitaba el trabajo por horno y cuadrilla, pero no la producción de cada casa, que siempre podía implantar más hornos y contratar más cuadrillas. Si se quería aumentar la producción que se aumentase la contratación, algo totalmente ortodoxo entre las sociedades de oficio. Con el contrato no se iba a un trust que no existiese ya. El Sindicato empleaba al 94 por 100 de las casas de Madrid. Fuera sólo quedaba un seis por ciento con un centenar de trabajadores. Y en estas casas ni se vendía mejor pan ni más barato, puesto que existía "la confabulación tácita para el fraude". "¿Es que ni ahora, ni por muy atrás que miremos, pueden citarse en Madrid casos concretos de tahonas o de entidades que acudan a conquistar el mercado vendiendo el pan más barato que sus concurrentes o competidores?". Antes de 1913 sólo dos grandes sociedades quedaban fuera del Sindicato: La Panera Industrial y La Campiña Triguera. La primera ingresó en el Sindicato a instancias de Candeal. La segunda se negó en redondo. Pero pese a "su índole cooperativa" y sentir "simpatías por esa entidad" no hacía el pan con el peso justo ni a menor precio. No había, por tanto, "traba ni coacción a una libre concurrencia, que no existe". Acerca de las campañas sobre este tema se decía que ellos las apoyaban, pero insistían en "las dificultades que hay para dar a cada pieza el peso exacto y se considera necesaria la venta al peso". El problema de que esta práctica no fuese exigida por los compradores era del público y no de ellos. Por último, absorber a los amarillos se había hecho imprescindible porque "durante siete años nos habían atado para toda reclamación de mejora"¹⁷.

Desde esta perspectiva resulta irreal definir a las posturas de Viena o Francés como más avanzadas o puristas en la concepción de la lucha de clases. Al mostrarse favorables a las negociaciones con los patronos individuales y no con una patronal única más bien defendían las tradicionales tácticas de oficio. El apoyo a la política del repeso como castigo para los tahoneros ladrones secundaba una política milenaria, que por otra parte les afectaba poco, dado el carácter de pan de lujo y menos controlado que tenía el que ellos elaboraban. En cualquier caso, tenían de su parte a la burocracia de la Federación Nacional, encabezada por Cordero, y al brazo político del Partido Obrero, interesado en atraer al "público" y al "pueblo", no sólo a la "clase obrera organizada". Estos últimos sí veían

en el monopolio del Sindicato patronal una rémora para cambiar la industria (o municipalizarla): "es necesario crear el competidor [una cooperativa] para resolver el problema"¹⁸. En estas condiciones, el proyectado Sindicato local no podía ser menos que una utopía. Esto no impidió el tradicional entendimiento receloso entre estas entidades en los años siguientes para, paradójicamente, defender la tarifa conseguida.

Lo cierto es que el conflicto se remansó, merced a un acercamiento razonable entre el Sindicato y "La Campiña Triguera" para homologar sus producciones y entre los "disidentes" que trabajaban allí y las sociedades obreras. En cualquier caso, el citado contrato demostró ser una base de entendimiento mínimo bastante precario. En abril de 1914 se aplicó una de sus cláusulas como era la supresión del reparto a domicilios particulares, medida muy ansiada entre los panaderos, sobre todo los de la cuadrilla baja, que aspiraban y presionaban para su desaparición total. Tal medida, tomada unilateralmente por el Sindicato, sembró el descontento sin embargo entre aquellos que vivían de la reventa o como repartidores, y de hecho no hizo desaparecer a los intermediarios, hasta el extremo que provocó el nacimiento de una nueva asociación obrera de repartidores de pan y una nueva entidad empresarial "La Unión Panificadora", que se sumaba a las ya existentes. Por ello lo que se creó fue un agravio comparativo: mientras entidades como "La Campiña" o "La Unión" comenzaban a emplear repartidores profesionales e incluso "carros y otros medios de tracción", las cuadrillas bajas de el Sindicato (y por tanto de Candeal) aún tenían que transportar el pan a brazo a las sucursales y puntos de venta, como rezaba su contrato. Un motivo más para que se arremetiese contra éste¹⁹.

A cambio, los patronos panaderos usaron el contrato y los aumentos de jornal estipulados como escudo y excusa para justificar las subidas de precio del pan y las mermas en el peso de éste y presionar sobre el Ayuntamiento para que las tolerase. Constantemente amenazaba el Sindicato con romperlo y promover un conflicto, rebajando los jornales. El estallido de la guerra y las subidas de precios de las harinas presionaban en esa dirección. En estas pugnas, y de forma más aguda que en las de la construcción, en las que probablemente influyeron, en última instancia se buscaba la

intervención de las autoridades para que sufragasen, directa o indirectamente (con tolerancia de facto, de iure o simplemente abonando la diferencia) las subidas de jornales²⁰.

En este sentido la minoría municipal socialista no debía sentirse muy feliz tenía cuando tenía que aguantar que en el Ayuntamiento otros concejales la espetasen "que los obreros deberían declararse en huelga cuando los tahoneros les propusieran y quisieran obligarles a cortar el pan falto de peso". Pablo Iglesias, muy a su pesar, advirtió que "si los obreros panaderos carecen de la educación necesaria (...) en cuanto a negarse a cortar el pan falto de peso, no es por culpa de los socialistas". García Cortés, que fue consultado por Candeal antes de la firma, se desmarcó de toda responsabilidad. Dentro de los propios candealistas arreciaron las críticas hacia la Directiva, personificada en Conrado García²¹.

X.2.2. El cerco a Candeal. La alternativa unitaria

Hasta tal extremo aumentó la discordia que hubo necesidad de convocar una asamblea general de obreros panaderos madrileños en junio de 1915 con el fin de que los dirigentes de las sociedades se explicasen, tratando de acercar posturas y terminar con las disensiones. En la asamblea, plena de ataques personales de toda laya, no sólo no hubo acercamiento de posturas, sino un aumento del recelo y del asedio a la Directiva de Candeal. Arrén de la oposición a ésta por parte de "la organización" (Henche, Rufino Cortés, Cordero), cabe destacar la de los antiguos directores de la sociedad de Candeal, veteranos ilustres que recordaban las batallas de 1899 y 1911 (Ramón Martín alias "Salamanca", Vicente Marinas, Aproniano Bayón). Conrado, Pumarega o Quintanilla representaban un relevo generacional que acusaban a los antiguos dirigentes de tener a la sociedad sumida en el marasmo y el descontento por la falta de reivindicaciones. Por ello, la pugna entablada, por debajo de la hojarasca de las acusaciones verbales, se centraba en el tipo de táctica sindical y en la renovación de ésta. Mientras que los "viejos leones" manifestaban con orgullo que su veteranía y dignidad obrera les habían impedido caer en las redes patronales y aceptar "amarillos" en los años anteriores, las nuevas hornadas les llamaban "junta de fracasados", "envidiosos" y "los que se creen

mejores societarios" y mostraban su eficiencia con hechos como el salario mínimo, los aumentos de jornal y el fin de la "amarillería"²².

Casi simultáneamente y de forma significativa, mientras en las alturas se discutía sobre la justicia y validez del contrato, en la calle las cuadrillas bajas que trabajaban para el Sindicato, decidieron modificarlo por su cuenta y homologarse con sus colegas de otras casas. El 5 de julio una cuadrilla de la calle Hermosilla se negaba a repartir el pan a las sucursales y puestos fijos. Este plante fue secundado por un nutrido número de panaderos (la cuarta parte de las cuadrillas más o menos), contra el criterio de la Directiva. El Sindicato, que en estos casos solía despedir a los revoltosos, declaró que el contrato había sido incumplido, y, desligado de sus compromisos, despidió a todo el personal candealista. Parece evidente que la ocasión era propicia para replantear el contrato. También lo era para que las otras sociedades de panaderos recuperasen predicamento. Estas ofrecieron solidaridad a Candeal para el caso de una huelga general a cambio de que se aceptase la vuelta al trabajo con la promesa de que una Comisión mixta resolvería el conflicto. Tal proposición -mas bien un ultimátum- fue aceptada a regañadientes por los candelistas. El lock-out duró tres días, en que el pueblo de Madrid se alimentó del conocido pan de huelga -famélico y escaso-. La fórmula final suponía una rectificación del contrato: cada obrero tendría como tope productivo 135 kilos (y no 110) a cambio de la supresión del reparto. Esto suponía una cuadrilla de ocho hombres para 1.080 kilos y un mínimo de cuatro para 540. Los antiguos aprendices ahora eran oficiales de peso, y a los de la cuadrilla baja se los denominaba ayudantes. El resto debía transformarse en repartidores si quería seguir trabajando²³.

La actitud de los candelistas en esta huelga, en cualquier caso, fue puesta como ejemplo negativo en El Socialista: "el movimiento no surgió conforme a las prácticas que aconseja la táctica de la organización obrera. Hubo un desconocimiento de la disciplina, que no debe repetirse y que pudo haber traído resultados funestos (...). Y la Junta Directiva de Pan Candeal debió haber empleado alguna mayor energía de la que empleó"²⁴. Lo cierto es que tras ese movimiento y el fracaso de un

intento de asociar al personal de la Compañía Madrileña de Panificación en agosto, la Directiva de Conrado cayó, abriéndose una pugna por el control de la dirección entre los partidarios y detractores del contrato. Un intento de "rectificación absoluta" y de que "desaparezcan las discordias habidas entre nosotros, yendo todos unidos" permitió una Directiva de consenso en julio de 1916. En ella se integraban el mismo Conrado, los líderes de la antigua amarillería (Andrés Paz y Benigno Ramos), además de los candidatos de la Federación y las sociedades hermanas ("Salamanca", Justo Oñoro, Pedro Fernández de presidente). Esto no arregló los problemas internos de la sociedad, que siguió acumulando frustraciones: aumento de los amarillos, teóricas añagazas del Sindicato patronal, dirigido por Victoriano Méndez, que daba de baja a tahonas para que éstas despidiesen a asociados y suprimiesen la tarifa, amenazas vanas de huelgas generales (en enero de 1916), dos presentaciones en Cortes de un proyecto de ley sobre el trabajo nocturno (1914 y 1916), olvidadas en los archivos, y todo en el marco de intentos voluntariosos de llegar a una unidad entre los panaderos sin ningún resultado concreto. Como colofón, se prepararon unas bases de trabajo para el Sindicato, que comprendían el retorno a los 110 kilos por persona, un obrero más en las cuadrillas durante los meses de verano, y personal de la Sociedad en todas las casas. La gestión para su negociación resultó un fracaso completo, mostrándose contrario Conrado a la línea de la Directiva y dimitiendo²⁵.

Lo cierto es que Candeal languidecía como sociedad y el descontento entre los afiliados aumentaba. En 1917 la presión de los industriales contra las tarifas de los asociados se incrementó y con ella los despidos colectivos. A partir de la primavera menudearon las bajas en el Sindicato, seguidas por cuadrillas despedidas. Entre marzo y abril los repartidores de la Nueva Panera Industrial sufrieron una huelga-lock-out. En el fondo de todo esto se hallaba la impugnación de los jornales -y la composición de las cuadrillas- estipulados en los contratos de trabajo, mucho más que una estrategia contra las sociedades de panaderos. Para terminar de complicar el mapa industrial de la ciudad ese año surgía un nuevo concurrente: la Panificadora Popular Madrileña, una nueva sociedad por acciones. Por fin la cooperativa ansiada moderna y bien gestionada, que terminaría con la pésima imagen de los mineros blancos.

Recibida entre las sociedades obreras con expectación ambivalente, recelosa y esperanzada a un tiempo, y con la enemiga de la patronal del sector, fue saludada desde las tribunas socialistas como "la entidad industrial (...) [que] viene a modificar la industria de la fabricación de pan, introduciendo la maquinaria", barrenando no sólo el monopolio del Sindicato, sino esta añeja, fraudulenta y rutinaria industria. Los obreros panaderos firmaron un contrato colectivo con ella, repitiéndose "el mismo fenómeno por que han pasado ya otros oficios al introducirse en ellos la maquinaria", que según El Socialista consistía en "no dificultar la evolución de la industria, (...) teniendo en cuenta, no sólo sus intereses, sino los de la industria y los del consumidor". El contrato resultó más beneficioso que los rematados con el Sindicato. Los panaderos cifraban sus jornales en un diez por ciento mejores, aunque con un aumento de la producción por cabeza (por la nueva tecnología) y alababan y avalaban - si se me disculpa el retruécano- la calidad del pan y el peso exacto. En este contexto explicaban la ofensiva patronal, que buscaría una anulación de competencia tan peligrosa y habría intentado que los obreros panaderos boicoteasen la nueva entidad. Pero la reconversión de un oficio como éste no podía ser tan sencilla y la luna de miel amenazó muy pronto con terminarse, una vez puesta en marcha la nueva producción. Ya en vísperas de la huelga de agosto corrían rumores de boicot, sabotaje a las máquinas, protestas de accionistas contra la dictadura de la tarifa, pugnas entre obreros accionistas y no accionistas, a los que las sociedades de panaderos salieron al paso con poca convicción²⁶.

En vísperas de la huelga general de agosto, Conrado García fue de nuevo promovido a la presidencia de Candeal con una Directiva a su medida. En las condiciones reseñadas, tal movimiento no podía resultar del agrado de los panaderos. Candeal hizo saber al Comité de la UGT "los perjuicios que nos acarrearían". Un día antes del paro manifestaron que si "esta Junta Directiva no befa provavilidades [sic] de éxito en la lucha se mandaría al personal a trabajar transcuridas las primeras 48 horas para evitarnos cualquier peligro". El planteamiento ante la huelga fue claramente receloso y pasivo: "bamos a hacer de espectadores durante 24 horas, y que las demás organizaciones nos trazarán el camino que devemos llevar", "sufrir los menos perjuicios", "pasar el menor tiempo posible". Como otras sociedades madrileñas de rancio abolengo (el Arte por ejemplo) su postura fue

contraria a la huelga de agosto. Desde su punto de vista, sus temores fueron plenamente confirmados: aprovechando la huelga, la Panificadora Popular y la Panera Industrial se consideraron desligadas de todo compromiso y contrato, despidiendo a los trabajadores asociados y librándose de la tarifa, siéndoles declarado por estos el boicot²⁷. Con respecto a la Panificadora Popular entraría en quiebra, desvaneciéndose en el aire el mito y el sueño de la cooperativa redentora del sector²⁸.

El boicot se extendió a Conrado por parte de los restantes presidentes de las sociedades de panaderos, con el que no aceptaban tratar. Esto obligó a la dimisión de éste a finales de 1917 y a que durante todo el año 1918 Candeal actuase de consuno con las otras sociedades para hostilizar a la Panera. En este sentido, y de la mano de Manuel Cordero, Evaristo Gil y Juan Caldeiro los panaderos siguieron las tradicionales tácticas de boicotaje: lista negra de establecimientos que vendían pan de esta entidad para que no se comprase allí, mala propaganda entre el público de las condiciones de sus tahonas y del pan falto que suministraban, denuncias del pan corto de peso y de mala calidad - consecuencia de la amarillería-, coacciones y agresiones a los esquiroleos traidores. Es decir, las típicas campañas promovidas por los socialistas y la Casa del Pueblo en años anteriores, aunque con un más nítido sentido sindical y con mucha más violencia. El resultado sin embargo siguió sin ser muy satisfactorio: el Sindicato pidió protección, amenazando con un cierre general de las tahonas y consiguiendo aumentos en el precio del pan y que remitiese la persecución del fraude en el peso. Los presidentes de las Sociedades de panaderos visitaron incluso la Cárcel Modelo con Cordero a la cabeza, por causa de una agresión a un patrono panadero. Pero, pese a que la tensión iba en aumento, el movimiento no se convirtió en un paro generalizado, siendo felicitados los panaderos por el mismo Besteiro por su "labor moralizadora". Lo cierto es que el boicot fue un fracaso y pasado el verano, época mala para las reivindicaciones por el aumento de despidos, se decidió cambiar de táctica e ir a unas negociaciones globales con petición de mejoras. Como corolario, se esperaba atraer afiliados a la sociedad como era corriente cuando se gestaba un "movimiento" y por tanto a los amarillos de la Panera (a la sazón en el típico Sindicato católico al uso), que en buena medida procedían de la misma Casa del Pueblo²⁹. También se planteaba como un reto iniciar una negociación colectiva con

un comité unificado de las cinco sociedades del ramo y un paso previo y quizá necesario para el ansiado sindicato local³⁰.

En lo primero obtuvieron un franco éxito. Los denostados amarillos del Centro católico apoyaron las reivindicaciones y el movimiento que se preparaba. Nótese el cambio de tono a la hora de describirlos: "estos obreros, al agruparse allí, lo han hecho con el fin honrado de procurar tener una organización que les ampare y defienda contra la explotación de los patronos". Su atracción, aunque se explicaba porque su "alma rebelde" no podía ser aquietada por el aborregamiento católico, parece demostrar que la táctica seguida en los últimos tiempos había sido un error, ganándose la hostilidad de un amplio sector de la panadería³¹.

X.3. Cuatro huelgas generales. Confabulación y sindicalismo (1919-1920)

X.3.1. La primera (febrero de 1919). Un pie forzado

Los beneficiarios de este apoyo de los "católicos" serían sin embargo, y a la postre, los candelistas en exclusiva. Y es que el intento de una negociación conjunta -que teóricamente condujese a una huelga general de industria- resultó un nuevo fracaso. Pan Candeal no parecía muy dispuesto a tener que entenderse con las restantes sociedades para lograr mejoras de los patronos y ante la tardanza de una negociación que no prosperaba, decidió tomar la iniciativa de motu proprio. En diciembre se reemplazó la Directiva por otra "de compañeros jóvenes que deben de estar dispuestos para luchar por la organización", "en difíciles circunstancias" -no había fondos en la caja- y "a ver si podemos por todos los medios damos satisfacción [sic] a nuestros asociados en lo que respecta a las reclamaciones". Entre los miembros ninguno de la vieja guardia; en la presidencia Conrado García; detrás las cuadrillas bajas. No parecía tal relevo llamado a someterse a un trágala como el de 1915 cuando la supresión del repartido. Tras negociar con el Sindicato infructuosamente y con el respaldo de los antiguos amarillos -a los que Conrado ya ganó en una ocasión como se recordará, tras años de divorcio- Candeal presentaba los oficios de huelga para el 21 de febrero ante el escándalo de las otras cuatro sociedades, que se echaron las manos a la cabeza porque no se las

había consultado y por considerar la huelga perjudicial para el vecindario²².

La coyuntura era teóricamente propicia para las peticiones, puesto que el precio de la harina había sido tasado dos céntimos más barato, por lo que si no descendía en su precio, el Sindicato de la Panadería no podía justificar una subida del pan, evitándose los candealistas las acusaciones de confabulación. La Directiva se encontraba nítidamente apoyada por el colectivo y la huelga se solucionó en apenas veinticuatro horas con un aumento de 50 céntimos para todos y de 75 para los oficiales de peso (antes aprendices). Por supuesto no fue secundada por el resto de los panaderos. Estos, apoyados por El Socialista, sugerían la confabulación con los patronos, que a cambio obtenían la autorización gubernamental para no bajar el precio del pan, denunciando reuniones fantasmales de Conrado García y Victoriano Méndez. Esto les eximía de ser solidarios en el conflicto. Es evidente que casi todo el mundo estaba previamente convencido de que tan ladrones eran unos como otros, habida cuenta de los antecedentes. El primero en creerlo así era el alcalde Garrido Juaristi, dispuesto a que la rebaja de dos céntimos se hiciese efectiva en el precio del pan. La dimisión de los municipales en pleno el día 24 al no ser respaldados por el Gobierno y la marcha atrás de éste después permitiendo la rebaja, reabrió el conflicto: los patronos rectificaron a su vez, admitiendo la bajada del precio y no concediendo las mejoras; los candealistas, por tanto, iniciaron de nuevo la huelga en la noche del 27. La ausencia de pan a la mañana siguiente provocó como sabemos un furioso motín con asaltos a tahonas y otros establecimientos y la declaración del estado de guerra³³.

Esta reapertura del conflicto, la violencia desatada y el éxito inicial de Candeal -que había hecho su efecto en las bases de las demás sociedades- conllevó el paro de todo el sector, pero siempre a pie forzado no se olvide. El Ayuntamiento trató de arreglar el conflicto con una fórmula que estimaba "justo el aumento de salario" y que se comprometía a sufragar la diferencia entre el jornal antiguo y el últimamente pactado, entretanto se llegaba a un acuerdo más general. Viena y Francés, que ya habían tratado de garantizar al Ayuntamiento la producción de pan anteriormente con éxito nulo, presionaron a los candealistas para que se aceptara esa solución: reunieron una asamblea magna el

28, donde ante un coro de constantes abucheos de los candelistas presentes decidieron el nombramiento de un Comité conjunto de huelga con representantes de los cinco oficios. En ella amenazaron con trabajar si no se acataba la medida municipal. Táctica similar a la empleada en 1915 y que les dió resultado entonces³⁴.

Pero esta vez el conflicto había ido demasiado lejos, los candelistas se mostraban intransigentes y el Gobierno estaba dispuesto a intervenir. La Comisión conjunta, en compañía de Besteiro, Largo Caballero y Saborit, recibió al gobernador civil Leopoldo Romeo, que aportaba una fórmula final para la huelga: respetar la rebaja en el precio del pan y la subida de jornal pactada garantizando ambas con una "incautación o intervención" de la industria. Los dirigentes socialistas y de los panaderos explicaron que la situación era "de huelga general de toda la clase obrera del ramo de panadería (...) [hasta] hacer prevalecer las peticiones primitivas que hace un año entregaron", pero confesando la realidad que consistía en que "aunque nosotros acordásemos lo contrario (...) los obreros no van esta noche a las tahonas, aún sabiendo que, no habiendo presentado los oficios de huelga, están fuera de la ley". No es extraño por tanto que la aceptaran con los ojos cerrados, "sin nuevos aumentos, con la condición de que las autoridades no devolverán la industria a sus dueños hasta tanto no hayan aceptado éstos una fórmula mediante la cual nosotros consigamos algunas de nuestras reivindicaciones". Con el prestigio de estas figuras socialistas se presentó la Comisión en asamblea informando de la solución a los obreros "quienes comprendieron poco a poco la importancia de las bases"³⁵.

La mentada incautación no consistió más que en desplazar a un agente de policía a cada tahona y se retrasó veinticuatro horas. Una vez levantado el estado de guerra (el 3), se envió a unos delegados que levantaban acta de las existencias y nombraban a los tahoneros "administradores" desapareciendo a continuación. No se cumplió en ningún momento la ficción de que los obreros trabajaban "para el Estado" y no para los patronos, lo que de hecho ratificaba que no era más que un medio político para obligar a los tahoneros a ceder sin huelga de por medio. En el concejo la

intromisión del Gobierno fue muy criticada, y si bien no hubo dimisión plena la minoría maurista lo abandonó y a punto estuvo de secundarla la republicana. Los obreros trabajaron a regañadientes y los candealistas no reconocieron a la Comisión conjunta y de hecho el pacto con el Gobierno. El 3 de marzo los partidarios de la Directiva y de la Comisión se boicotearon mutuamente las asambleas convocadas por ambas con media hora de diferencia. Finalmente dos días después Candeal lograba realizar una, preguntando si la sociedad se sentía representada por la Directiva o por la Comisión. Como era de esperar se ratificó el mandato de la primera³⁶.

Ese mismo día Candeal y "La Independencia" firmaban unas bases con las mejoras anteriormente pactadas, ampliadas a los obreros de la segunda sociedad que trabajaban el pan de Viena y el francés, más los jornales perdidos por la huelga y el compromiso de elaborar pan "con su peso completo". Las restantes sociedades de la Casa del Pueblo y los patronos no llegaron a un acuerdo y "el conflicto sigue en pie". Los candealistas habían supuesto que la huelga se eternizaría agrupando las peticiones y la realidad les dió la razón. No se aprobó una fórmula para el resto hasta casi veinte días después, con aumentos de entre 75 y 50 céntimos según categorías. Lo importante del acuerdo era que en realidad un trágala para los patronos, pues les daba un plazo hasta el 31 de marzo para aceptar las tarifas pues de no hacerlo "el Gobernador Civil (...), como patrono, organizará la fabricación por su cuenta y riesgo, con arreglo a la anterior tarifa de salarios". La victoria de los panaderos apoyados por la Casa del Pueblo fue total no sólo por las mejoras materiales sino sobre todo por el doblegamiento del Sindicato patronal, en el que dimitió la Directiva de Méndez, y del que se desmarcaron las compañías anónimas. También se consiguió arrinconar a Candeal, sociedad a la que se impelió una vez más a destituir a su Directiva y juzgar a sus hombres. Contando con el apoyo de las Directivas de la Casa del Pueblo como así era, esto, en caso de desobediencia, prácticamente suponía la expulsión. El 21 de abril presidía la sociedad el viejo Ramón Martín "Salamanca"; de Conrado y sus "jóvenes" nada quedaba. Como estrambote final, el Gobierno implantaba por decreto el 3 de abril la tan ansiada y aplazada supresión del trabajo nocturno, creando un descanso de seis horas de cumplimiento obligatorio en la franja horaria comprendida entre las 9 de la noche y las 5

de la madrugada, medida completada como ya sabemos con las ocho horas. El Gobierno Romanones, tras dos intentos infructuosos de que fuese ley, afirmaba ahora que "cree no debe demorarse más tiempo". Su entrada en vigor sería dos meses después de publicado el reglamento, es decir en agosto³⁷.

Esta huelga significó un hito importante en el conflicto social madrileño. Cronológicamente es la que inaugura la oleada huelguística de 1919-1920 y como las restantes huelgas de la panadería plantea un pináculo de tensión social de los tres fundamentales que se vivirán en el bienio (marzo y diciembre de 1919 y junio de 1920 aproximadamente)³⁸. Es por tanto fundamental en la creación del clímax y dado el prestigio societario de los panaderos no cabe duda de que tuvo una importante influencia en los movimientos de otros sectores. No menos impacto generó la solución absolutamente política que se le dió y el temor que extendió entre las autoridades, así como las reacciones rápidas de éstas buscando una solución favorable a los obreros, presionando a los patronos con una "incautación" y un ultimátum y por último otorgando una ley harto tiempo perseguida. También se trató de una huelga general de difícil unanimidad y de duración muy breve -apenas dos jornadas- y que colapsaba un servicio fundamental y básico como el del abastecimiento del pan. Aunque indudablemente ayudó a su éxito el desafío lanzado en las mismas fechas por el sindicalismo barcelonés y más tarde las reivindicaciones unidas de los oficios de la construcción esto no invalida el impacto de la huelga y la humillación sufrida por el Sindicato patronal, una de las asociaciones empresariales más fuertes y de más solera de la ciudad. Para el conjunto de los patronos madrileños el modo en cómo se desarrollaron los acontecimientos de febrero-abril y la muestra de debilidad del poder público ante este reto de un contrapoder debieron de resultar decisivos. Totalmente al margen quedan las limitadas concesiones económicas que se concedieron a los panaderos, por las que no cabe hablar de un gran triunfo obrero, y muy demostrativas de que lo fundamental en una huelga no es sólo lo que se pide y concede -mejoras- sino cómo se realizan estos dos actos.

Por ello no conviene olvidar algunos aspectos de esta "triunfal" huelga. En principio, gran parte

de su impacto y de la intervención favorable y rápida de las autoridades se debieron al motín que acompañó al citado conflicto. Es decir, que una algarada, preindustrial al fin y al cabo, fue decisiva en el arranque y puesta de largo de la huelga industrial en Madrid. Tras el bienio 1919-1920 ya nada será igual en la ciudad. Esta paradoja se encuentra adobada con otros rasgos decisivos. Se puede destacar el hecho de que a la huelga general de panadería se va contra los deseos expresos de todas las directivas de panaderos: la de Candeal, que pretende gestionar por su cuenta el conflicto, aislando sus peticiones de las del resto, pero también las del resto, que lo que pretenden son unas negociaciones unitarias, pero se oponen activamente y desde la tribuna pública a la huelga planteada. Por tanto el impulso huelguístico de la primavera de 1919 no es planeado ni planteado desde arriba, desde la UGT, la Casa del Pueblo o la Federación de Panaderos, carece de dirección común (hay dos sectores profundamente enfrentados), y mucho menos centralizada. Es más, rizando la heterodoxia, protagonistas iniciales e importantes en el inicio de la oleada huelguística madrileña resultan ser los obreros sin conciencia de clase, es decir los católicos de "La Independencia", que en verdad son disidentes y discrepantes del oficio, y no otra cosa. Lo que la complica y la hace especialmente importante es la generalización de la protesta entre los asociados y el pueblo, lo que intimida lo suficiente a las autoridades, las estatales y las obreras, para llegar a un acuerdo muy beneficioso y una legislación avanzada³⁹.

No debe olvidarse que, en cualquier caso, los principales damnificados, los industriales de la panadería, están igualmente interesados durante el conflicto en la intervención gubernamental, para que se les libere de la tasa y por tanto, del precio político del pan, o bien se les abone el alza salarial, que al fin y a la postre será concedida simbólicamente a través de la "incautación" del Estado. El modelo de convertir las presiones obreras en peticiones patronales al Estado para que las sufragase será el que seguirá la patronal de la construcción como sabemos. Esta tenía la ventaja de una casi imposible "incautación"⁴⁰.

Como se ve, todo este panorama queda muy lejos de una demostración de poder obrero irresistible

para la patronal y que obliga al Estado, su cancerbero, a ceder ante una UGT amenazante. Si la huelga resulta virulenta y preocupante es por el escaso entendimiento de sus protagonistas y por la falta de control real de la cúpula ugetista sobre sus bases. Es más, tras lo expuesto, puede aventurarse que la causa misma de la huelga -es decir lo que permite que se plantee así y no de otra forma- es la enemistad entre dos sectores de trabajadores y las discrepancias y la dispersión del oficio. El modelo, en cualquier caso, sirvió de ensayo para la huelga planteada en noviembre. A diferencia de lo ocurrido en la construcción donde de unas peticiones conjuntas en la primavera se pasó a una ofensiva dispersa y a un lock-out en el otoño, entre los panaderos y una vez "depurada" la sociedad de Candeal, el campo estaba abierto para fundar el ansiado Sindicato unitario y presentar unas peticiones más ambiciosas.

X.3.2. La segunda (noviembre de 1919). El intervencionismo público y el Sindicato de las Artes Blancas

Antes, los panaderos hubieron de sortear el espinoso tema de la implantación del trabajo nocturno en agosto. El cambio de hábitos industriales -conservación de levaduras, jornada partida o en turnos, hornos eléctricos- obligaba a la negociación de un horario entre las dos partes. El acuerdo se firmó el 9 de agosto entre cuatro entidades obreras y patronales bajo la presidencia del alcalde, designando las dos, las tres y las tres y media de la mañana como hora de entrada al trabajo para Francés, Viena y Candeal respectivamente. La jornada duraría y tendría una forma "como en la actualidad", exceptuado en el caso de los obreros católicos candealistas, que admitían la jornada partida, allí donde no hubiese más que un solo turno. Los restantes candealistas aceptaban que hubiese un turno de tarde (hasta las once) pero no la jornada partida. Los patronos se reservaron el derecho a protestar esta jornada y recurrirla a la Junta Local de Reformas Sociales y al Gobierno, aunque este esfuerzo fue en vano. Su percepción era la de haberles sido arrebatada la dirección de su negocio y sus usos tradicionales, consistentes por lo general en encerrar a las cuadrillas por la noche en la tahona para tener pan caliente y listo a primera hora. También los obreros recibían un serio golpe en sus ritmos consuetudinarios de trabajo. Parece evidente que estos horarios suponían acelerar el ritmo de trabajo,

por ejemplo, en el amasado, abandonando las rutinas. Esto suponía mantener la producción con un horario menor, y más que seguramente con menos obreros, osea aumentar la productividad, todo por el mismo salario. Esto presionaba tanto como las alzas de precios para hacer peticiones de aumentos que aquietasen el descontento⁴¹.

La resistencia patronal, una vez iniciada la nueva producción (el día 12 aproximadamente), se fundamentó en la denuncia del contrato de 1913 y, ahora que se iba a racionalizar ésta de una vez, en el despido del personal sobrante, comenzando por pan de Viena, alegando un bajón en el rendimiento. Con ello se incumplía el contrato, que no admitía despidos ni rebajas de jornal en la época mala, es decir entre junio y octubre. Al ser secundados los despedidos por compañeros sobrevenía el lock-out parcial, en un ambiente de ensayos de estos cierres en Barcelona. En el trasfondo de este asunto se encontraba la protesta por los nuevos horarios de entrada al trabajo y la presión a las autoridades para que se derogase o modificase el decreto y el apoyo moral que daba a los patronos la baja calidad del pan que se estaba realizando con la "nueva industria", así como la negativa sistemática de los candealistas a partir la jornada. Un doble anuncio de cierre patronal y de huelga general se cernió sobre los últimos días de agosto. Las presiones del ministerio de Gobernación obligaron finalmente a los tahoneros a admitir el personal, eludiendo el conflicto⁴².

Este exitoso clima, la depuración de Candeal y una cerrada y necesaria defensa de la legislación vigente alfombraron el camino hacia una unidad tantas veces anunciada y aplazada. Por otra parte las peticiones de mejoras seguían pendientes y la necesidad de satisfacerlas había aumentado como lenitivo a la transformación del trabajo. Las reuniones de Directivas se habían prodigado desde el verano con motivo del decreto y ahora había una posibilidad de ofrecer un frente común como en ninguna otra ocasión. El hecho de que éste resistiese la prueba de una huelga podría ser la reválida para la fundación del Sindicato. Así, en noviembre, y pasada la época tradicional de los despidos y en una nueva pleamar reivindicativa (lock-out en Barcelona), se decidieron las cinco sociedades a plantear una petición de mejoras general para el sector, resumible en 2 pesetas de aumento para los

aprendices, ayudantes, repartidores y cuadrillas bajas y de 1,50 para oficiales y encargados, en las distintas especialidades, más jornal íntegro en caso de accidente y medio kilo de pan. Los patronos, como era de esperar, apoyaron la demanda, siempre y cuando se les apoyase a ellos en una demanda a las autoridades para que subiesen el precio del pan, siguiendo el esquema ya conocido. Lo cierto es que de aceptarse tales peticiones parecía imposible que no subiese el pan, pero de tal acontecimiento los obreros panaderos se desmarcaban, encogiéndose de hombros. También se negaron a la discusión de un nuevo contrato, posibilidad ofrecida por patronos y por el alcalde Garrido Juaristi. Las sociedades de panaderos se sentían fuertes y envalentonadas tras la primavera y el verano y en definitiva, ante la perspectiva del conflicto, se esperaba por tiros y troyanos que las autoridades lo resolviesen interviniendo en la industria, como ya había sucedido anteriormente⁴³.

La huelga comenzó el día 21 con gran unanimidad y en esta ocasión el despliegue policial y militar y la colaboración patronal y municipal para suministrar algo de pan a las insatisfechas colas que poblaban la ciudad contuvieron el descontento inicial por la falta del producto. Trayendo pan de fuera, con amarillos, militares y con la colaboración de la Acción o Unión Ciudadana, que hacía su presentación en sociedad por entonces, las autoridades pensaron tener bajo control el conflicto. Esta última organización, singular milicia burguesa y juvenil, inició significativamente sus pasos como pantalla defensiva de un sector patronal proclive a ser agredido de forma tradicional, y que además tenía el regusto amargo de la desprotección reciente de las autoridades. Su fama, una vez transformada en auténtica organización rompehuelgas, crecería a partir del mes siguiente en el mundo de los tranvías e imprentas. En esta huelga aún no tuvo una resonante repercusión⁴⁴.

La solución de la huelga, tras cinco días de paro, fue similar al de la primavera. El ministerio de Gobernación y el de Abastecimientos decidieron la incautación provisional de las tahonas y fábricas de pan, "comenzando la explotación de la industria por cuenta del Estado". A cambio los obreros volvían al trabajo y recibían las mejoras exigidas de forma íntegra. Estos establecimientos no se devolverían a sus propietarios mientras los patronos no aceptasen continuar pagando los aumentos y

abonasen los jornales perdidos por la huelga. Esta solución, que en verdad suponía que el Estado iba a sufragar la subida de jornales, prescindía como meses atrás de las autoridades municipales, que acogieron la medida con tibieza. Encargadas por Real Orden ministerial de estudiar un proyecto de municipalización de la industria, rechazaron tal sugerencia por inabordable para las arcas del Ayuntamiento. Coincidiendo con la caída del Gobierno Sánchez de Toca (el 12 de diciembre) e iniciado el lock-out de la construcción en Madrid organizaron una campaña de repesos del pan, que demostrase la pésima gestión obrero-gubernamental de las tahonas y el mal funcionamiento de la industria intervenida. Se hablaba sin tapujos de una nueva "confabulación" de distinto signo. El gobernador civil retiró las funciones de repeso del Ayuntamiento, pero finalmente el nuevo ministro de Gobernación, el maurista Fernández Prida, decidió la devolución de las tahonas a sus dueños, coincidiendo con el nuevo año, mientras se determinaba la forma de "explotación del negocio del pan en Madrid"⁴⁵.

La orden de devolución dejaba a la industria ligeramente "vigilada", encargándose el ministerio de Abastecimientos de abonar de su bolsillo la diferencia de jornales entre los anteriores a la huelga y los nuevos concedidos a través del Gobernador Civil, mientras se abordaba la transformación del sector. Esta devolución muestra bien a las claras que la tan repetida "incautación" se transformó en un habilidoso método para contentar a todo el mundo: a los obreros, a los que se garantizaban las mejoras, a los patronos, que no las abonaban ni se veían en la necesidad de claudicar ante sus empleados, a las autoridades que pagaban el precio político a cambio de paz social. En cualquier caso, el Estado iba a sufragar finalmente el resultado de la huelga, tras todos estos vericuetos⁴⁶.

Frente a la devolución, realizada presurosamente y en vísperas de elecciones municipales, los dirigentes de la Casa del Pueblo (los panaderos y los políticos profesionales) proponían una solución consistente

"en que se municipalice el servicio de fabricación del pan, adueñándose el Ayuntamiento de las tahonas, con el compromiso de amortizar su valor y entregarlo a los actuales dueños,

destinando circunstancialmente las ganancias que se consigan; que de la organización y administración se encargue una entidad con representantes del Municipio y preponderante representación obrera, ya que ésta demuestra en los momentos presentes, con las ganancias que obtiene y entrega al Estado, está capacitada para una producción sin los entorpecimientos que crea la clase patronal, y que una vez amortizado el valor de la industria, con las prudentes ganancias que como sacrificio se impondrá al vecindario, se llegue a suministrar el pan al precio de coste, o sea de modo que este artículo de primera necesidad no sea objeto de negocio⁴⁷.

La clave estaba en que la única manera de subir los jornales sin subir el precio de un producto, reputado como básico, era dando la gestión de la industria a los obreros, industria que ya había demostrado dos veces que podía soportar mejoras sin encarecer el pan. El giro político que la unidad sindical podía dar iba por tanto más allá de las concesiones económicas, y cuestionaba directamente el poder patronal mismo en las tahonas. Al patrono se le consideraba un elemento perfectamente prescindible, en un ámbito tan empírico como el de la industria panadera, o cuando menos más fácilmente que en otras, siempre que hubiese capital o facilidades para adquirir la harina. Pero el Gobierno civil y las autoridades en su conjunto no estaban realmente interesadas en ser propietarias o gestionar tan espinoso asunto, sino en garantizar un abastecimiento suficiente y fluido de la ciudad, y por tanto en mantener el orden público. Esto dejaba el camino del apoyo estatal completamente cerrado para los panaderos⁴⁸.

La medida más barajada a nivel estatal y también por las sociedades anónimas del sector era la de la creación de una entidad subrogatoria, a modo de concesionaria de un servicio público, a la que se le encargaría en exclusividad la producción de pan. La Comisión encargada del estudio de la industria recogía esta propuesta en su dictamen final, y existía incluso una Real Orden de puño y letra del anterior ministro de la Gobernación, Burgos y Mazo, en la misma línea, y que no llegó a publicarse por los vaivenes de la política española. Esta solución a base de un consorcio o patronato monopolístico no era apoyada sin embargo por el Sindicato patronal, que quería que las cosas siguiesen como estaban, pero con precios libres y sin huelgas ilegales, y por las sociedades obreras que aspiraban a una municipalización que el propio municipio rechazaba⁴⁹.

En esta tesitura un Sindicato de Artes Blancas Alimenticias que uniese en una sólida organización a toda la industria de la harina se convertía en algo imprescindible para afrontar una más que probable monopolización del sector y proteger los puestos de trabajo que con toda seguridad debían desaparecer junto a la obsolescencia de los 1.300 despachos de pan⁵⁰. La reconversión del sector si se hacía, debía ser controlada por los obreros, si no desde los consejos de administración o el municipio, sí al menos desde el nuevo Sindicato⁵¹. Con esta intención se aceleró el proceso constitutivo del nuevo organismo, al que se adhirieron las sociedades de confiteros y de molineros y obreros en fábricas de harinas, esta última con poco más de un año de vida. Por ello, cuando el 13 de febrero se reúne la primera Comisión Ejecutiva, podía hablarse de un nuevo y potente sindicato de industria. El poderío de los mineros blancos estaba en su cénit: las ocho horas, la luz del día, una tarifa revisada, dos huelgas triunfales y el Sindicato. Sin duda, eran la envidia y el ejemplo para los obreros conscientes. Sin embargo, y a diferencia de lo que era más frecuente en estas organizaciones unitarias la cabeza, el presidente, Rafael Henche, no procedía de la sociedad líder, Candeal, sino de Viena. Este diseño y el aroma de provisionalidad que transpiraba el nuevo organismo por todos los poros arrojaban algunas dudas sobre el flamante futuro⁵².

X.3.3. La tercera (mayo de 1920). "La Fortuna" y el tope del sindicalismo de oficio

El nuevo diseño sindical, que pretendía ser el núcleo organizativo del sector de la alimentación, extendía sus tentáculos por vez primera hacia otros sectores, alejados de la rutinaria tahona despachada por una o dos cuadrillas. Se trataba de las fábricas de productos alimenticios elaborados en serie, de personal poco cualificado, donde el sistema tarifario de control del ritmo de producción no era ni mucho menos el dominante. Los artesanos del dulce, y pese a su especialidad, habían tenido experiencias muy amargas en sus luchas contra las casas de Madrid. En octubre-noviembre de 1914 habían perdido una huelga general de oficio en la que no habían podido imponerse en las más importantes (por ejemplo "La Mallorquina"). En el ámbito de las fábricas de galletas, chocolates y caramelos ("La España", "La Fortuna"), lo que dominaba era la mano de obra femenina, cuando no adolescente, fácilmente sustituible, y desde luego asociada muy minoritariamente. Un problema

similar existía en las fábricas de harinas ("La Fama", "La España", "La Estrella", "La Popular"), donde no existía el descanso-relevo, ni a veces turnos de trabajo. La conciencia de esta escasa implantación era grande en el Sindicato, pero precisamente se pensaba que éste podía paliar este déficit y aunar estos sectores laborales. Lo primero era asociar y obligar a cotizar al personal de estas fábricas, desnutridos de conciencia societaria en su mayoría. Sin duda esta ofensiva por implantar una tarifa y aumentar el control sobre el ritmo de producción tenía que chocar inevitablemente con establecimientos que llevaban lustros diciendo a los obreros y a las "señoritas" lo que tenían que hacer⁵³.

Un ejemplo de este tipo de gestión era el de la Sociedad anónima "La Fortuna, Gran Fábrica de Chocolates y Galletas", que tenía sus talleres y almacenes en el Paseo del Rey, 24 y era en tiempos de la guerra "conocidísima" y "una de las industrias importantes de Madrid". Ella va a soportar una huelga decisiva en el Madrid de la posguerra y por ello conviene detenerse un poco en su carácter. Sociedad por acciones, es una muestra del nuevo capitalismo moderno y pujante en el sector y fábrica-piloto de un nuevo sistema de producción, y al mismo tiempo ejemplo de como estos establecimientos nunca perdían del todo ese carácter mixto y dual que impregna el tejido productivo madrileño del primer tercio del siglo. Fundada en 1902, sus acciones estaban obligadamente suscritas por comerciantes del sector de la alimentación; "esta limitación para poseer acciones de esta Sociedad está fundada en que sus Estatutos obligan a sus accionistas a consumir los artículos que la Sociedad fabrica o explota, y el accionista que no consume no cobra dividendo alguno por las acciones que posea". Sin embargo no se trataba de una cooperativa, puesto que tres cuartas partes de su venta iba a parar a clientes no accionistas. Su estilo era moderno y colosal, para lo que se estilaba en la capital, regido por "Don Antonio Galindo, inteligentísimo gerente de la Sociedad", con oficinas amplias "montadas a estilo bancario", comedores, "grandes cocheras y cuadras". Por ello era al mismo tiempo muestra de los nuevos tiempos y cabeza saliente de todo el tradicional comercio de la alimentación de la ciudad y al mismo tiempo expediente de éste para evitar la competencia. En cuanto al personal combinaba, como la mayoría de estas fábricas (p. ej. "La Colonial"), personal masculino (embalaje,

transporte y oficinas) y cualificado (artesanos del chocolate, encargados de las secciones) con femenino (la elaboración de galletas, bizcochos y bombones por pasos cuidadosamente estudiados y el empaquetado general) mucho peor pagado y que era multitudinario en los talleres: "en el de empaquetado, una veintena de jóvenes obreras, limpiamente uniformadas, llenan, envuelven, lacran y precintan (...), se pasa al de bombones y pastillas de fantasía, donde otro numeroso núcleo de operarias realizan las faenas (...). Multitud de pulcras obreras preparan el amasado y tendido de las pastas (...) y empaquetado, trabajando en este último, medio centenar de empaquetadoras"⁵⁴.

En estas casas solía haber un reglamento de trabajo -oral o escrito- que no era obra de la costumbre ni tenía una sociedad obrera como garante. Muy al contrario, solía pertenecer al patrimonio de la casa, que implantaba un severo sistema disciplinario de comportamientos, vestuario e higiene así como los tempos del trabajo. De forma más o menos paternal, más o menos despótica, el obrero debía socializarse y educarse en la fábrica, y no en la taberna o el mitin. A cambio, los buenos operarios podían recibir tratos preferentes. Industrias como "La Fortuna" crearon la base para establecimientos especializados en la mano de obra predominantemente femenina y descualificada con sistemas productivos similares, y con normas probablemente similares y más perfeccionadas. Desconocemos el reglamento de régimen interno de esta empresa, pero podemos pensar que se parecía al que presentaba la Perfumería Gal (S.A.) del paseo de San Bernardino en 1925:

"Todo operario admitido al trabajo será reconocido el mismo día de su ingreso por el Médico de la Casa (...).

(...) Se considerará como plazo de ensayo el primer mes, y este tiempo servirá para determinar la conveniencia de admisión definitiva del obrero.

(...) Queda prohibido leer periódicos o libros durante las horas de trabajo, fumar, hablar en alta voz, cantar o silbar, discutir, abandonar el puesto de labor sin motivo justificado, blasfemar o proferir palabras malsonantes (...).

Se prohíben también las rifas y ventas de toda clase de objetos, (...), los préstamos y las colectas entre el personal aunque tengan un fin benéfico.

(...) la Casa ha instalado servicios de baños y duchas para su personal. Todos los que no justifiquen que disponen en su casa de cuarto de baño, estarán obligados a tomar baño o ducha, a su elección, cuando les corresponda el turno, dentro de las horas de trabajo.

(...) La aplicación de este Reglamento provisional será de la facultad exclusiva de la Dirección de la Casa. Cuantos derechos se conceden, fuera de los establecidos en las leyes, pueden ser modificados o suprimidos en cualquier época sin previo aviso y sin que el obrero tenga derecho a reclamación en ningún caso"⁵⁵.

Esta reglamentación disciplinaria y moralizadora solía relacionarse con sistemas productivos rigurosos y muy vigilados que buscaban maximizar el beneficio con una política de mayor calidad y menor precio que la competencia. Tal política había permitido una marcada expansión en su primera década de existencia, frenada en un primer momento por la guerra, pero su insistencia en mantener bajos precios les permitió una franca recuperación y unos beneficios inigualados en la preguerra hacia 1918-1919. A partir de esta fecha "el elemento obrero, con sus continuadas peticiones de aumento en sus jornales por encarecimiento de la vida y la jornada de ocho horas, han hecho dificultar, encarecer y disminuir bastante la producción de nuestros artículos fabricados". Al descenso en la producción siguió el de los beneficios, que disminuyeron un 44 por 100 en 1920 bajo el efecto de la huelga, que sin duda hizo mucho daño a la empresa. En el trienio posterior aún no había recuperado los beneficios de 1918. En este sentido, la huelga se planteó en un momento de beneficios máximos para la empresa, y tras un aumento general de jornales⁵⁶.

"Unos cuantos, muy pocos, dijeron "Vámonos", y los demás, en su mayoría, les siguieron declarando que no tenían motivos de queja con la Sociedad, y que nada pedían, como así debemos creerlo, a juzgar por la forma correcta y buenos deseos de trabajar y de agradar que vienen observando". Así expresaban su estupefacción los gestores de la fábrica ante el hecho de que la huelga más larga del sector de la alimentación de todo el quinquenio hubiese ocurrido en su idílico establecimiento⁵⁷. Aunque en un contexto amplio no fue una huelga muy longeva ni movilizaba muchos trabajadores (no llegaba a los 200), era difícil alcanzar superiores registros en una huelga circunscrita a una casa. Además, su auténtico impacto mental y visual no es mensurable. Durante este conflicto la violencia social alcanzó su cénit en lo que a Madrid se refiere, puesto que en gran parte se dirimió a tiros (con un muerto), y por vez primera prácticamente un pleito parcial arrastraba por solidaridad a toda una industria a una huelga general, aunque ya se verá hasta qué punto el conflicto era parcial. También fue decisiva para señalar los límites que las sociedades de la Casa del Pueblo y sus tácticas tenían en estos establecimientos y entre determinados sectores laborales.

El conflicto fue fundamentalmente una pugna entre la Sociedad obrera -y sus delegados en los talleres- y el gerente de "La Fortuna", el señor Galindo, al que ya hemos visto descrito como "inteligentísimo", acerca de quién detentaba el poder en el establecimiento. El objetivo obrero en esta pugna era el atraerse a la mayoría de personal no asociado, en el marco de captación de afiliados y de cuotas en que se movía el SAB en sus primeros gateos, aspirando al monopolio sindical y a su corolario, la uniformización en la industria de las formas de trabajo y de una tarifa que las regulase⁵⁸. Los directores de la fábrica buscaban imponer su autoridad, su reglamento y nuevas formas de producción que permitiesen consagrar su pujanza y competitividad en el mercado. Para ello necesitaban un personal que no obedeciese a órdenes emanadas de otro sitio que no fuera el propio negocio.

Las quejas obreras en el inicio del conflicto hacían referencia a una "hostilidad constante" y provocaciones del gerente hacia los obreros asociados. A saber, "el referido señor y sus mandatarios en repetidas ocasiones alteraron el orden de trabajo caprichosamente (...) obligando a realizar a los horneros jornadas superiores a la legal"; negativa a que los obreros, a través de sus delegados, fuesen asistidos por médicos de fuera de la fábrica; admisión de obreros del Sindicato católico. Nuevos sistemas productivos -sin reglamentar-, mano de obra sin el visto bueno de la Sociedad de confiteros -por tanto mala y nada preparada-, reglamento interno propio de la fábrica en lugar de contrato colectivo -en Gal también tenían un servicio médico exclusivo como vimos-. "Ante esta actitud, los afiliados al Sindicato de las artes blancas alimenticias manifestaron al gerente que no estaban dispuestos a seguir trabajando con elementos que sistemáticamente perjudicaban los intereses de los obreros asociados". En estos casos la práctica habitual en las sociedades de oficio solía ser colocar a la casa en la lista negra y declararla el boicot. Y éste no iba a ser una excepción: "todo el personal asociado abandonó ayer [16 de marzo] el trabajo, no estando dispuesto a reanudar sus tareas hasta tanto no sea debidamente atendido"⁵⁹.

Este procedimiento sabemos que podía tener éxito si el personal era difícilmente sustituible por

su maestría o por el virtual monopolio sindical del oficio, lo que le podía suponer una pérdida irreparable al maestro intransigente. Pero esto no era así en este caso. En principio, se consiguió atraer a la huelga a buena parte del personal no asociado, que era el mayoritario, pero la fábrica reclutó un elevado número de esquiroles entre las asiladas de las Trinitarias y con operarios y aprendices jóvenes pudo reanudar la producción y abrir la fábrica el 3 de abril. Esto suponía que tarde o temprano se atraería a los obreros dubitativos entre secundar la disciplina de la sociedad o las de la dirección y temerosos de las coacciones. Como era difícil que las autoridades pudiesen proteger eficazmente a todo este personal en sus entradas y salidas a la fábrica y en sus recorridos hasta sus domicilios, intervino la "Unión Ciudadana", entonces triunfante tras las huelgas de diciembre, como policía armada y protectora. A partir de abril las trifulcas en la entrada de la fábrica y calles adyacentes fue constante⁶⁰.

Aunque las coacciones y violencias en las huelgas eran habituales, así como el empleo de esquiroles y las cargas policiales, todo formaba parte de un ritual asumido en Madrid e incluso profesionalizado que no solía pasar a mayores y permanecía localizado. Pero la intervención de estos jóvenes radicalizados, inexpertos en el uso de las armas, desconocedores supinos del mundo del trabajo, con el que no tenían la menor relación, agravaba la cuestión y la convertía en una pugna entre terrorismo blanco y rojo, excepcional hasta entonces en los conflictos de la ciudad. A la hora de la salida del trabajo cuadrillas enteras de obreros sin la menor relación con el pleito o el oficio se dirigían al distrito de Palacio a apoyar a las huelguistas, muchas de ellas hijas, hermanas o mujeres, y a sacudir el polvo a los esquiroles y a los "nenes bitongos". Las huelgas del invierno habían dejado además una cuenta pendiente. Toda esta escalada culminaría el 9 de abril con el asesinato en la calle San Vicente del ingeniero de minas Pérez Muñoz, miembro de la "Unión". Esta víctima, una más si se atendía a las muchas que se cobraba el pistolero en Barcelona, resultaba excepcional en el contexto madrileño y parecía refrendar entre las gentes de orden y la derecha política sus temores "bolcheviques"⁶¹.

Tal incidente no iba a ayudar a solucionar el conflicto ni mucho menos, sino más bien al contrario. El problema se iba a extender muy pronto a otros sectores de las Artes Blancas, pero esto no se debió sólo al impacto emocional de los tumultos callejeros o las huelguistas apaleadas o a una simple solidaridad en una huelga con tintes de fracaso, sino también al peso de los problemas paralelos que el SAB estaba acumulando. En primer lugar, las negociaciones de la Sección de molineros con las fábricas de harinas para establecer un contrato colectivo resultaban baldías en una industria con multitud de no asociados y en momentos de abastecimiento precario para la ciudad. Eran frecuentes los despidos temporales en un sector en el que no existía el relevo ni los turnos. Los harineros querían más seguridades acerca de sus volátiles puestos de trabajo y si éste era un bien escaso que se repartiese. Rechazaron sucesivas fórmulas de avenencia presentadas por la propia Directiva -probablemente instigada por la cúpula del SAB- y prácticamente la obligaron a presentar unas peticiones, con una "que garantice el trabajo sin interrupción, y todas ellas a base del turno de descanso"⁶².

En esta situación era más que probable que también hubiese paros en la panadería si se daba la carestía de harina. Por otra parte, el reglamento del SAB seguía sin aprobarse en Gobernación, lo cual de hecho dejaba en la ilegalidad el Sindicato y daba argumentos a las fábricas de harina y galletas para no reconocerle. Además, la situación de la industria tras los acuerdos de la Comisión especial seguía siendo la misma: la harina a precio de tasa la suministraba el Estado y el dinero para pagar la diferencia de jornales también. En esta situación, una huelga general parecía más que servida. El 21 de abril la Sección de confiteros secundaba la huelga de "La Fortuna". El 22 presentaban los oficios de huelga las cinco sociedades de obreros panaderos, mientras los harineros decidían relegar sus peticiones a la solución de el pleito de las galleteras. Los términos de la solución para el Comité del SAB pasaban por la admisión de los "despedidos" y un aumento de jornales⁶³.

El inminente conflicto que se avecinaba y la coyuntura crítica en que se movía ya el Gobierno Allendesalazar permitieron un aplazamiento de la cuestión, lograda con la clausura temporal de la

fábrica el 26 de abril. El SAB aceptó esta solución pero advirtió de que la huelga comenzaría si se reabría el establecimiento sin un acuerdo previo. Los confiteros y galleteros volvieron al trabajo. Tal medida no podía ser más que una tregua hasta la llegada del nuevo Gobierno conservador de Dato el 5 de mayo. Entretanto, los patronos harineros no reconocían al SAB ni aceptaban el principio del relevo y el pan escaseaba en las tahonas de Madrid. La desaparición del ministerio de Abastecimientos en el nuevo gabinete contribuyó todavía más a que la harina suministrada por el Estado a precio de tasa disminuyese, lo que con un pan sometido al precio político y las harinas a precios reales prohibitivos conducía inexorablemente a las familiares colas. "En estas condiciones los fabricantes de pan no compran harina o adoptan el procedimiento de disminuir la producción"⁶⁴. Este ambiente de escaso trabajo también era favorecido por los obreros panaderos ansiosos por ir a un paro general y por las autoridades, que ya habían comenzado el acaparamiento de harina con vistas a la huelga que se avecinaba⁶⁵. Por si fuera poco, el 16 de mayo se iniciaba una huelga general de cocineros, gremio que ya había manifestado sus deseos de integrarse en el SAB⁶⁶.

En este contexto, lo más sencillo era no llegar a un acuerdo, como así sucedió. El comité del Sindicato ofreció una nueva fórmula "de que entren al trabajo todos los huelguistas de la Fortuna y que queden dentro los esquirols que dieron origen al conflicto, despidiendo a los demás" (10 de mayo). Esta fórmula fue rechazada por el gerente de la fábrica, que pedía sanciones para los cabecillas de lo que él consideraba prácticamente un motín del personal. Finalmente la fábrica se abrió con personal amarillo al completo, y el SAB en asamblea general decretó la huelga en la noche del día 18. En previsión de lo que ocurriese, el Comité se dividió en dos y se creó uno auxiliar en previsión de detenciones. La huelga duró ocho días, terminando el 27 de mayo, y fue planteada no sólo como un respaldo solidario sino como una auténtica protesta antigubernamental, en lo que se consideraba una "provocación". El Gobierno Dato parecía dispuesto a inhibirse en el pleito y afrontar el conflicto⁶⁷.

Ante la unanimidad del movimiento (más de 4.000 obreros, incluyendo muchos no asociados), el

Gobierno recurrió a soldados y al voluntariado de la Unión Ciudadana para elaborar el pan, pero la carestía provocó los consabidos disturbios, aunque mucho más controlados y localizados que en otras ocasiones. Aunque al principio hubo problemas de abastecimiento, se solucionaron y el público aguantó "estoicamente". La huelga se quedó sin motín en esta ocasión y no hubo incautación⁶⁸. Las tiendas fueron cerradas tanto por el temor a los asaltos como por la actitud de los dependientes, que llegaron a presentar oficios de huelga para el día 27. El Comité del SAB personalmente hubo de hacerles desistir por "ser obstáculo para el éxito de las nuevas negociaciones"⁶⁹.

Finalmente en la tarde del 26 se llegaba a un acuerdo en el que se incluía como cortina de humo un aumento de jornal para los harineros (a cambio del relevo, que no se les concedía, y que luego tampoco se cumplió), las ocho horas para los dependientes del "Nuevo Gluten" (que recogía la ley) y la readmisión de los huelguistas, excepto doce cabecillas seleccionados por "La Fortuna" y que se someterían a un laudo arbitral ministerial. Sobre estos últimos, "si la Junta general de accionistas de "La Fortuna" del día 30 no acepta el arbitraje (...) serán colocados en industrias similares". Esta fórmula encubría la aceptación del despido del núcleo sindical de la fábrica por la empresa. Por supuesto, los amarillos continuarían en sus puestos. Aunque en El Socialista se presentó como un triunfo, la Ejecutiva del SAB reconocía para sus adentros la realidad: "la solución no es satisfactoria, pero dada la actitud del pueblo de Madrid y la difícil solución que tienen huelgas como ésta, por solidaridad, en las que más que nada se establece una lucha de amor propio y bandería, no había otro procedimiento que contar con la suficiente fuerza para vencer al Gobierno y aún no la tenemos. Nos prepararemos para vencer"⁷⁰.

Este acto de contrición marcó el inicio del reflujo huelguístico en el sector de la panadería. Aunque esta huelga aún mantuvo la épica del oficio y permitió ser sucedida como en anteriores ocasiones por un nuevo conflicto en la construcción -promovido por los albañiles- y la metalurgia, marcó el tope "sindicalista" de los panaderos. En la huelga de noviembre, último conflicto importante del sector, se volverá como veremos a las más rancias tradiciones "confabuladoras" -subidas salariales a cambio

de subidas de precio del pan-. Y es que la irritación y sensación de aislamiento de los panaderos tras este conflicto cubría con toda su densidad el futuro del Sindicato.

X.3.4. La cuarta (nov.-dic. de 1920). Crisis táctica

El descontento se manifestó en primera instancia en el hecho de que transcurrió todo el año sin que se aprobasen unos estatutos definitivos, boicoteados por las recelosas secciones (con Candeal a la cabeza, interesada en un respaldo de sus propias iniciativas, pero no en un entramado institucional que tuviese que sufragar)⁷¹. La gestión de la huelga fue puesta en solfa, con el resucitado Conrado García, aún con mucho predicamento entre los candealistas. Henche la justificó como pudo, afirmando "que ésta se hizo por apelar a procedimientos que estaban muy en moda". El Sindicato había topado con una impotencia confesada para enfrentarse al aparato del Estado y una pasividad insultante por parte de aquellos aliados que más abogaban por la importancia de la política y que tanto hablaban de redimir su oficio, es decir la Unión y el Partido Obrero. Esto se expresó en un rosario de propuestas al XIV Congreso de la Unión de junio, tales como "cambiar de táctica", "la fusión de la Unión General de Trabajadores con la Confederación del Trabajo teniendo que actuar relativamente con los nuevos procedimientos de disistir en barios asuntos políticos [sic]", "hacer sentir a la clase trabajadora la combeniencia de pedir directamente a las clases patronales y no a los Gobiernos", que la UGT se adhiriera a la Tercera Internacional de Moscú (la Sindical Roja), y crear un "periódico totalmente obrero", órgano de la UGT, y en el que se expresase "el pensamiento obrero de todo el mundo" -lo que en definitiva era un reproche a El Socialista por sectario. La radicalización "apolítica" era más que evidente y es que el intervencionismo gubernamental en el sector empujaba para su reconversión, amenazando directamente al gremio⁷².

Durante el verano, temporada proverbialmente mala para movimientos, aún coleaba la promesa incumplida a los harineros del aumento de jornal, y la intermitencia de su trabajo, unas veces por falta de trigos, otra por la negativa de estos a reanudarlo si no se les concedía lo prometido⁷³. Este pleito sin embargo fue sostenido económicamente con una cuota extraordinaria, de la manera más ortodoxa,

rechazando cualquier otra posibilidad. Pese a todo las negociaciones con las fábricas de harinas fueron nulas, negándose los propietarios a tratar con el Sindicato. A finales de septiembre se lograba un acuerdo con la fábrica "La Fama", una de las más importantes, con lo que se podía "desde ella hacer la guerra a las demás". El fracaso fue más significativo entre las galleteras, que se dedicaron a organizar sociedades amarillas con relativo éxito⁷⁴.

Los tropiezos de la industria, con problemas de abastecimiento constantes, presionaban además para un aumento del desempleo. Muchos repartidores, los primeros en ser despedidos en los malos momentos, tenían que ser empleados en otras secciones. La industria, necesitada de transformaciones estructurales, pero marcadamente protegida en su contextura tradicional, sufría una situación especialmente tensa. La política de Dato, partidaria de la liberalización del mercado de trigos, pero que seguía suministrando a Madrid harina muy por debajo de su precio real (62 pesetas los cien kilos, cuando la tasa oficial, que tampoco el precio libre, era de 82 pesetas, en noviembre) presionaba en definitiva para un aumento del precio del pan. Lo que le permitiría al mismo tiempo deshacerse de *responsabilidad tan ruinosa y liberar a la industria del mercado intervencionismo en que venía desenvolviéndose en los últimos tiempos*. Los patronos sólo parecían dispuestos a afrontar el costo de una mano de obra que ellos consideraban sobredimensionada y de baja productividad⁷⁵ con precios libres para el pan.

Sin embargo, el Ayuntamiento, que tenía competencias en el asunto, y que ya había demostrado independencia de criterio bajo Garrido Juaristi, desde las elecciones municipales de febrero, de relativo éxito socialista (segunda lista más votada tras la maurista y presentada en solitario), apretaba las tuercas del gremio en materia de repesos. En noviembre se movilizó para acometer una reforma de las Ordenanzas que obligara a todo el pan candeal a estar sujeto a peso y obligar a los tahoneros a utilizar la harina de tasa en pan de tasa -y no de lujo, que no estaba sujeto a peso y dejaba más margen de ganancia-, responsabilizando al Gobierno del desbarajuste del abastecimiento. Por este motivo, los tahoneros comenzaron los despidos que ellos creían necesarios para ajustar sus plantillas

a las nuevas realidades, pero con perfecta conciencia de que se iba a un nuevo conflicto y una nueva intervención estatal. Los obreros ya habían avisado desde fecha tan temprana como el 10 de septiembre "de que para alterar cualquiera de las condiciones en que hoy se desarrolla la industria, hay que contar previamente con nuestro Sindicato, y firmar un Contrato de trabajo en el que además del reconocimiento de los aumentos últimos se regule el repartido, se nivelen los jornales, que abonen el día de descanso y otros puntos"⁷⁶.

Todo un programa basado en un reparto del poder en la industria y no sólo en las "peticiones económicas" habituales, y cuya negociación empezaba en los días de octubre y noviembre, los ideales como sabemos para este menester. Para esta ocasión, y con los recelos acumulados sobre la Ejecutiva, se adhirieron a ésta dos representantes por cada sección para controlar el proceso. Coincidiendo en el tiempo la presión municipal y las peticiones obreras, los tahoneros optaron por los despidos colectivos de candelistas, disminuyendo sus plantillas excusándose en la falta de harina para mantener a tantas cuadrillas produciendo⁷⁷.

El SAB tras la frustrante experiencia última optó por esperar a que el conflicto lo provocasen los patronos, conminando a sus afiliados a ir "todos al trabajo bajo el lema todos o ninguno", lo que en definitiva suponía el abandono del trabajo en solidaridad con los despedidos y sólo volver a éste a cambio de concesiones en sus peticiones. Esto reconducía a las viejas prácticas de combinar la huelga con el lock-out patronal usadas por tahoneros y obreros panaderos -y no sólo por ellos- para promover un conflicto que condujese al diálogo y a concesiones de la autoridad competente hacia ambas partes. Además dió la orden de no ir a trabajar a Viena y Francés en solidaridad, ante la postura abstencionista del Gobernador Civil que, conminado a intervenir "en su calidad de patrono", declaró que las autoridades "ya no tenían más papel que el de pagar aumentos de jornales y sobrepagos de harina"⁷⁸.

Sin duda, el Gobierno Dato no compartía los acuerdos municipales, que impedían de hecho la

liberalización del precio del pan y se abstuvo de intervenir en el conflicto. El Gobernador civil declaró la huelga ilegal, por no haber sido anunciada con anticipación. El SAB contestó que no había tal huelga sino un despido colectivo⁷⁹.

Pese al descontento habitual y los incidentes consabidos, la gente no tenía un culpable claro sobre el que arremeter y no se amotinó tampoco en esta ocasión, esperando resignadamente en las colas de las panaderías, despotricando contra los responsables del desbarajuste incluidos los obreros panaderos confabulados. Tampoco para los socialistas la huelga llegaba en un momento oportuno, puesto que en diciembre había elecciones generales. Esta huelga, la más impopular de cuantas organizaron los panaderos, también fue la más larga (unos veinte días) y poco efectiva, porque Madrid siguió produciendo pan, poco y en malas condiciones, pero el suficiente para que huelgas que antaño eran acogidas con terror y duraban 24 horas ahora eran aplazadas sine die sin el más mínimo escrúpulo⁸⁰. El Gobierno hasta se permitió el lujo de no forzar una negociación antes del estallido de la huelga general que había convocado en Barcelona la CNT y que sobrevino en los primeros días de diciembre. Para ello fue de inestimable ayuda la postura de la UGT que se negó a secundar la huelga, frente al criterio del Partido Obrero y la Casa del Pueblo. Sólo el descarriado Sindicato de la Madera y bastantes albañiles y metalúrgicos abandonaron el trabajo, con resultados nulos, aparte de conminados imperiosamente a retornar a sus puestos⁸¹.

Como es sabido, existían fuertes discrepancias ideológicas, o políticas, entendida la política como torneo de ideas, entre el Partido y el sindicato, con la pugna tercerista de trasfondo, con respecto a la actitud que debía tomarse en esta cuestión. Se ha comentado también bastante el hecho de ser víspera electoral, la lucha sorda entre las dos facciones políticas o el miedo al "apoliticismo" sindicalista, pero no se ha incidido lo suficiente sobre las discrepancias sociales, o políticas, entendida la política como lucha por el poder, entre la cúpula de la UGT y las organizaciones madrileñas (hipostasiadas a través de la Casa del Pueblo, pero con vida propia). El clima de descontento generalizado existente en muchas de estas sociedades obreras (y de las que el fantasmal SAB, o sea

panaderos y confiteros amalgamados, no es más que un ejemplo, y recordemos que muy significativo pues era una de las organizaciones más envidiadas y con el tiempo "recordadas") frente al organismo nacional y las tácticas que éste auspiciaba y defendía era muy grande. La protesta de los trabajadores de Madrid, que tradicionalmente se había expresado con motines y algaradas, no encontraba una canalización adecuada en las tácticas sindicales ritualizadas y disciplinadas, adecuadas al mundo del oficio y al deteriorado y añorado arte del trabajo, que la experiencia gremial y pablista les había legado. Hijas de esta tensión y este desencanto son las oleadas de 1919-20, la radicalización y el "apoliticismo" generalizados que nos presentan auténticos gremios supuestamente convertidos en directorios bolcheviques y, por qué no, el polémico retroceso electoral del Partido Obrero en las elecciones de diciembre de 1920, a las que acude tras haber deslegitimado el socialismo a la huelga general como principal manifestación de protesta política⁸².

Estas órdenes conminatorias fueron semejantes a las emanadas del Gobierno civil y el propio alcalde sobre los concejales y tenientes de alcalde para revocar el acuerdo municipal votado con anterioridad y sustituirlo por otro que encubría una subida efectiva de su precio⁸³. Una vez realizada esta operación, bastó que las autoridades secundaran a los patronos, encastillados en conceder sólo dos pesetas de subida, para derrotar la huelga (un jornal mínimo de 8'50). Algo que era de esperar, porque el sistema de subvencionar la diferencia por parte del Estado seguiría en pie bastantes meses más. Esta fórmula hubo de ser aceptada por los obreros panaderos como "puramente circunstancial", acordando "continuar la lucha dentro del taller e ir haciendo parcialmente lo que de una forma general debía haberse hecho". Era el 14 de diciembre⁸⁴.

Esta huelga resulta definitiva por varios motivos. En primer lugar fue el último movimiento unánime no ya de la panadería sino de Artes Blancas en su conjunto, resultado de las pésimas experiencias de las batallas colectivas. Estas huelgas, y muy especialmente las de 1920, no aunaron y consolidaron el SAB sino que impidieron y obstaculizaron su desarrollo, y desde luego no resultaron la mejor propaganda posible de las bondades de la unión. La configuración del SAB es totalmente

paradigmática de lo que pretendían las sociedades de la Casa del Pueblo cuando se aglutinaban en sindicatos de industria; la organización de éste toma un verdadero impulso tras el planteamiento de sucesivos conflictos de éxitos muy discutibles y no a la inversa. Es el resultado de las huelgas y no el promotor de éstas. No se promueve para dar ninguna batalla a la patronal ni es un reflejo del encono de la lucha de clases, ni de una conciencia de clase que supere la del oficio, sino de la necesidad -abocada por la realidad y no por la voluntad- de acercamiento entre grupos de trabajadores que han demostrado sobradamente su imposibilidad de mantener una unidad estable fuera de un cauce institucional, y que están obligados a entenderse y apoyarse para establecer una defensa eficaz de su posición social, mantenida durante años y seriamente amenazada por la transformación de su industria, la "reconcentración" a la que aludirán los panaderos constantemente en los meses siguientes⁸⁵.

Por ello esta huelga en apariencia encubre un enjuague para subir precios y salarios, que culminaría el viaje de ida y vuelta de los mineros blancos, desde la confabulación de Candeal de febrero de 1919 a la de todo el oficio en noviembre de 1920, pasando por una huelga general de panaderos reivindicativa y otra de Artes blancas solidaria. Pero además de esto resultó un punto de partida definitivo para el inicio de un proceso de reconversión del sector a todos los niveles, incluido el societario, y por ello se la puede caracterizar en parte como la última magna protesta de los panaderos ante lo que se avecinaba.

Para comenzar, los despidos se multiplicaron (especialmente en Viena, Francés y Repartidores) en los meses siguientes y aunque los obreros se esforzaron en expresar su desagrado por lo que públicamente denominaban "represalias", en privado lo calificaban de "crisis de trabajo", consecuencia de los cambios en el sector y fundamentalmente de la "reconcentración" patronal, alentada por las autoridades, deseosas de la existencia de una entidad subrogatoria, controlable pero no subvencionada. Los obreros panaderos contestaron con aplicaciones estrictas de la legalidad, reglamentando detalladamente los panes que podían salir de cada saco de harina, ni uno más ni uno

menos y advirtiéndole que el peso sería exacto. Medidas de resistencia en el trabajo como medio de protesta, sustitutivas del conflicto frontal, y que suelen dejar poco rastro en la gran Historia⁸⁶.

X.4. Unidad y paz (1921-1923): ¿un sindicato modelo?

Paradójicamente, aunque no tanto después de lo expuesto, el SAB recibió un impulso decisivo tras diciembre de 1920, reconvirtiéndose a su vez. En enero de 1921 se realizó una auténtica "refundación" del Sindicato, en un sentido más centralizador. Teóricamente se suprimían las Juntas directivas de las sociedades, en beneficio de un Comité central, formado por la Ejecutiva, elegida por sufragio directo de todos los afiliados del SAB, y los miembros de los comités de sección (de cinco miembros cada uno), que de hecho suplían a las antiguas Directivas. También se centralizó el cobro de cuotas, establecida en dos pesetas mensuales. El Comité central se formó por vez primera el 8 de febrero, con la intención de que todas las decisiones importantes se tomaran en su seno, pero con la oposición de Candeal, que no designó comité de sección alguno, negándole legitimidad a la Ejecutiva y a los dos representantes de Candeal que en ella cohabitaban y a los que obligó a dimitir -en actitud idéntica a la que solían emplear los albañiles con sus representantes en los comités unitarios. Aunque más tarde envió representantes al Comité central y aceptó fuesen votadas las dos vacantes por sufragio libre, el resultado siguió sin satisfacerle, así que decidieron retirarse de este organismo. Era una broma hablar de sindicato en esas condiciones⁸⁷.

Para los demás representantes, todo estaba muy claro. Era "obra minada y preparada por la patronal quien tiene entre nosotros agentes pagados para hacer esta labor", "repercute ya en la actitud patronal", "hay inteligencia con la clase patronal por parte de algunos individuos"⁸⁸.

Lo cierto es que el descontento tenía un calado mucho mayor y se basaba en una oposición frontal a las tácticas y modelo sindical que se proponía. El SAB inició una ofensiva sobre los obreros no asociados para restaurar el poderío roto tras las huelgas de 1920, y ante las amenazas que se avecinaban, sobre todo las de que irrumpiese un sindicato libre entre determinados sectores. Los dos

objetivos principales eran los molineros de las fábricas de harinas, donde los asociados habían quedado amedrentados y en minoría tras el fracasado boicot del verano⁸⁹, y los panaderos de la fábrica de Romanones, que había sido decisiva para mantener la producción alternativa durante las huelgas del año anterior, y en donde ya sabemos que las normas impuestas por los gerentes impedían la sindicación. Estos obstáculos sólo podían salvarse con las tradicionales prácticas de oficio ya conocidas: conseguir hacer organización en estos lugares, a ser posible mayoritaria y única, es decir igual que se había procedido con las galleteras. En los sectores de obreros poco cualificados, incapacitados para controlar o imponer los tiempos del trabajo y fácilmente reemplazables, los sistemas tarifarios y respaldo asociativo que les podía garantizar el SAB servían para poco y es lógico no les resultasen atractivos, a no ser que escapasen de la tiránica fábrica y entrasen en el circuito tahoneril. Por ello, los candealistas no querían saber nada de asociar a los de Romanones, trabajadores de mala fama -entre otras cosas por su baja cualificación, que les señalaba como tradicionales productores de pan malo y más barato-, muchos de ellos desconocedores del oficio de panadero -es decir, amarillos advenedizos- y cuyo coste caía sobre sus espaldas: todo sospechoso de tener cartilla sindical era fulminantemente despedido de la fábrica y sustituido por otro advenedizo de provincias o de la periferia, pero, como asociado, el SAB tenía la obligación de proporcionarle trabajo en otro sitio, y si las cosas andaban muy mal, como era el caso, al menos de concederle relevo en los descansos. Esto tenía que afrontarlo Candeal, única sección con posibilidades de hacerlo, ya que a ella se pasaban cada vez más de Francés, Viena y repartidores. En definitiva, tal táctica la identificaban con una fórmula muy simple: más sindicados para menos puestos de trabajo, mientras había auténticos panaderos que esperaban su turno. Sin embargo ésta se siguió a rajatabla con la oposición del comité de Candeal. Esta determinación reportó no sólo la enemiga de la sección dominante en el SAB sino el inevitable reguero de despidos⁹⁰.

Esta circunstancia sirvió de telón de fondo para poner en solfa nuevamente a la dirección del Sindicato en sucesivas asambleas generales. Los representantes candealistas de la nueva hornada (Trinitario López, Antonio Prieto) criticaban con acidez las viejas tácticas: "en Romanones todo se

quiere resolver asociando el personal; es perdido, pues al gerente de esa compañía lo de menos le es un número determinado de obreros, pues se puede surtir muy bien de estos en los contornos de Madrid" y que la Ejecutiva "va de fracaso en fracaso". Incluso el veterano "Salamanca" dirá que "este asunto de Romanones ya deviera haber terminado de otra manera que es como se conseguirá algo pero asociando el personal no". Lo cierto es las alternativas propuestas no iban más allá de proponer la asociación de los obreros de provincias, el apoliticismo, la autonomía de las secciones y todo en una amalgama escasamente reflexionada. Las viejas tácticas partían de una experiencia previa, compartida por los más radicales terceristas, y la creación de otras nuevas todavía no estaba lo suficiente madura. Por ello, las críticas de lo tradicional se amparaban precisamente en los más rancios prejuicios de oficio y de educación de los afiliados: "que [h]an traído por la puerta falsa a los de Romanones y que son fabricantes de amarillos (...) y no os acordais de los [h]ijos de los socios", "que en vez de enseñarlos [a los candelistas] los engañais", y otros argumentos similares⁹¹.

Este acoso sin alternativa recogió muy pronto sus frutos: se consiguió la dimisión de la Ejecutiva y la elección de otra en mayo, pero la mayoría de los electos renunciaron a asumir el peso de tan dudosa organización. Entre ellos un encumbrado, tras una década de persecución y ostracismo, Conrado García, elegido por la base nada menos que para presidente, que, aquejado de problemas de salud y conocedor del rechazo que suscitaba su persona entre muchos dirigentes sindicales, declinó tal responsabilidad. Sin duda este personaje también seguía siendo un mito para los candelistas de las cuadrillas bajas, la única personalidad que había proporcionado un banderín de enganche a sus confuso rencor, en su lucha frente a los cualificados artesanos de otras especialidades, intentando equiparar su salario y su dignidad con aquellos, en una guerra perdida. El rey sin corona del SAB desapareció de la escena como un amargo pero auténtico mito, tan profundamente satanizado por los prohombres ugetistas que conservaba íntegra su aura de bestia negra para las nuevas generaciones⁹².

Tras la desbandada general se estuvo en un tris de suprimir lo que quedaba del Sindicato, pero finalmente se nombró una Ejecutiva de transición, en los que algunos de los más ácidos críticos a la

tarea de la anterior ocupaban cargos significativos (entre ellos Antonio Prieto, de Candeal, vicepresidente, que había sostenido posiciones cercanas a la acción directa). Por supuesto, esta nueva Ejecutiva no sabía que era de transición. Inició sus tareas el 17 de agosto, para dar paso el 1 de octubre a una Ejecutiva presidida por otro mito viviente, pero de significación muy diferente: Ramón Martín "Salamanca", el viejo denostado en los años de la guerra, encumbrado ahora a la cúpula de Artes Blancas. Agotada por la abstención y hostilidad de varias secciones, la inexperiencia, la cárcel (presidente y vicepresidente fueron encarcelados por un incidente en una tahona) y por "impulsos de la U.G. de Trabajadores y del partido socialista, cuyos elementos tienen gran interés porque el sindicato no salga de la situación actual", cayó la presunta alternativa. No habría más en el bienio siguiente⁹³.

Tras casi un decenio, parece que los panaderos volvían a sus buenas tradiciones societarias. Resulta tentador explicar su proceso de estos años como un gran viaje de ida y vuelta, en el que las aguas finalmente habían vuelto a su cauce. Pero esto sólo es cierto en parte. Es cierto que los grandes movimientos quedaron arrumbados por una dirección sindical poco interesada en ellos, con la excepción del lock-out de confiteros de noviembre de 1922, promovido de forma autónoma por esa sección, y el Sindicato a punto estuvo de convertirse en una Federación, pasando las famosas asambleas magnas por un período de más de un año sin efectividad virtual, y consolidándose con un reglamento recortado, y por fin aprobado casi tres años después! por las autoridades⁹⁴. Pero pese a todo, Candeal siguió destituyendo a sus representaciones en el Comité Central con relativa asiduidad, se resistió a una Comisión moralizadora que se le impuso para "evitar la indisciplina que comenzaba a existir en dicha sección (...) por el abandono en que se encontraba" (12-xii-1921), siguió proponiendo medidas que les permitiesen un aumento de jornal que les equiparase con los panaderos de las otras especialidades⁹⁵. En vísperas del golpe de Estado, en el verano de 1923, seguían amenazando firmemente con abandonar el Sindicato y pidiendo la nivelación de los jornales, reivindicando la peseta de aumento, la centralización del relevo, el cumplimiento de la jornada diurna -Viena y Francés lo incumplían cuando les convenía- o la publicación del reglamento de una vez -para

enterarse de cómo funcionaba la organización, hasta entonces secreto sólo para iniciados. A los sucesivos comités nombrados por Candeal se les acusó de "no hacer frente a la masa" y de no plantear "problemas dentro de la realidad", pidiéndoles quejas concretas(?) y en definitiva contemporizando con su enraizado y permanente disgusto⁹⁶.

Finalmente los candealistas se dieron por satisfechos con una nivelación de salarios, si bien no con sus colegas de la industria, sí con los trabajadores de las compañías anónimas, que cobraban desde 1920 50 céntimos más. El SAB presentó el acuerdo como el final de las luchas intestinas: "Se acabó el tiempo de "nos bastamos solos para conseguir todo lo que nos proponemos". ¿Está claro, camaradas?"⁹⁷.

El acuerdo firmado con el Sindicato de la Panadería de Madrid el 28 de junio de 1923 suponía un nuevo contrato para la industria del pan candeal. Una mirada nos muestra el camino recorrido en una década, desde aquel polémico contrato de 1913. Los cinco operarios mínimos por cuadrilla se mantenían, pero ahora el oficial de pala se llamaba maestro de pala, el aprendiz de peso era oficial de peso y la antigua cuadrilla baja eran ahora refinadores y ayudantes. Los jornales se movían entre las 9 y 12'50 del maestro en el caso de mayor producción, más del doble para las categorías más bajas con respecto a diez años atrás. Los topes de producción eran ahora mayores, 135 kilos o panes por cabeza, de un mínimo de 675 a 1350 de máximo en una cuadrilla de diez trabajadores -como antaño-, lo que supone obviamente que un menor número de trabajadores sostenía la industria, consecuencia de la "reconcentración". Es de suponer que en las compañías anónimas ésta había sido mucho mayor. Por lo demás, pese al alza de jornales, el aumento de productividad y el truco nominalista, que mostraba la crisis del concepto "aprendiz" y la universalización mayor del "oficial" (la diferencia entre el oficial y el ayudante era tan sólo de una peseta, frente a la 1'50 de 1913), los cupos de producción y las cuadrillas seguían siendo el norte de la Sociedad de Panaderos Candealistas antes y del Sindicato de Artes Blancas Alimenticias ahora⁹⁸.

El auténtico e íntimo deseo de los candealistas, el equipararse a los demás trabajadores del Sindicato, que pensaban debían dirigir por su peso mayoritario, dinamitando el viejo escalafón y las "peculiaridades" de los oficios, nunca llegó a articularse en una propuesta inteligible. Sus esfuerzos se hicieron vanos ante las experimentadas habilidades de los Henche, Cortés, Gil o Cordero, que mantuvieron en pie un Sindicato ficticio, pero con la suficiente combinación de autonomía de las secciones y dirección centralizada para mantener los privilegios de oficio y las tácticas tradicionales, al mismo tiempo que se conservaba la disciplina, se evitaban las huelgas, que ponían en peligro este diseño -como en 1919 y 1920-, y se evitaba el fin de las jerarquías salariales -trasunto de las profesionales evidentemente-. El SAB no fue por tanto un remedo de Sindicato Unico concebido para la lucha frontal contra los patronos, sino una medida disciplinaria encargada de preservar un cierto control de los oficios sobre la industria y evitar una reconversión traumática de aquella ante los cambios productivos que se percibían. El contrato al que hemos aludido es un ejemplo de esto. Adquirió la forma de sindicato y no la de Federación a causa del descrédito entre muchos afiliados de la antigua Federación de Panaderos, por cierto dirigida por Cordero, y sin duda alguna por la radicalización de muchos panaderos, embarcados en un proyecto, entonces en boga, como el sindicato de industria.

El Estado también tomó las oleadas huelguísticas cerradas con el conflicto de noviembre-diciembre de 1920, que ya había dejado un margen para la elevación del precio, como el punto de partida para desvincularse definitivamente del abono de la diferencia de jornales, y por tanto de las subvenciones, aunque esto no ocurriría hasta el 15 de julio de 1921. Por supuesto, y para compensar, el Ayuntamiento acordó "que no hay más solución que rebajar la diferencia de jornales o ir a agravar el producto". Por supuesto lo factible era lo segundo, y así se procedió a subir el pan candeal en seis pesetas el kilo (72 céntimos). Con ello se ponía fin a más de dos años de interinidad en ese asunto, con cuatro huelgas de por medio. No por ello desde luego la industria del pan dejó de ser centro especial de la atención política de las autoridades ni de sus injerencias⁹⁹. Sin embargo, el ansiado Consorcio de la Panadería no se crearía hasta febrero de 1926 y, al parecer, consistió únicamente en

una reglamentación estricta de la competencia, sin una transformación ni modernización de la industria¹⁰⁰.

También el Ayuntamiento abandonaría su interinidad democrática -aunque ya se había visto obligado a someterse a las horcas caudinas en diciembre de 1920 para la resolución de la última huelga de la panadería- en marzo de 1922, con la designación de un nuevo alcalde por Real Orden. Con ello el Estado también recuperaba a su representante municipal más servicial, cerrándose el círculo. También en este caso Primo de Rivera no tuvo más que completar la pérdida de autonomía del Ayuntamiento.

Por ello, el proceso de domesticación de la industria panadera y del Ayuntamiento de Madrid corrió en paralelo, fue previo a la constitución del régimen corporativo y paritario de la Dictadura, y en él colaboró y de él formó parte el SAB, junto al Estado y los industriales panaderos. En este sentido, el monopolio obrero fue más completo frente a la división de los industriales entre los sindicatos y las compañías, aunque irreal y mantenido sobre un contexto de franca división y de ficción societaria, cuando en 1923 todavía se discutía cuando se iba a la unificación.

En cualquier caso siempre existió un importante contingente de obreros amarillos, que no respetaban la tarifa, y que se transformaba en asociación de cuando en cuando, antes de integrarse en el SAB, lo que demuestra la escasa permeabilidad de éste, consagrado en primer lugar a dar trabajo a los asociados y a hacer desistir a los trabajadores de provincias de acudir a la industria panadera de la ciudad. Función similar sin duda cumplió el Sindicato de patronos y luego el Consorcio. El último ejemplo de organización rival fue el Sindicato profesional de Obreros Panaderos, basado en "el programa social católico" y creado en junio de 1924. Domiciliado en la Costanilla de San Andrés, centro característico de este sindicalismo, pese a haberse creado al calor de la Dictadura y "a instancias y con el apoyo del Sindicato de patronos panaderos", es un ejemplo de la inoperancia en este sector de tales organizaciones, encorsetadas entre el despotismo de la benevolencia patronal

de la que dependían y las condiciones que imponían los obreros asociados para su ingreso o simplemente su franco deseo de expulsarlos de los talleres, aún cuando rebrotaban con distintos nombres de forma regular. Dieciocho meses después de su creación, la Junta Directiva de este Sindicato se quejaba amargamente a las autoridades de no poseer ningún tipo de derechos propios¹⁰¹.

En este contexto el SAB se consolidó proporcionando el monopolio sindical casi efectivo que los panaderos buscaban y el control de la mano de obra del sector en suma. Una vez organizó un modus vivendi de unión en las relaciones y autonomía en la gestión entre los oficios de la industria, las huelgas remitieron. En este sentido, la unión de los panaderos trajo el fin de la conflictividad y no a la inversa. El Sindicato no se organizó tampoco a imagen y semejanza de la sociedad más poderosa, la de Candeal, sino en muchos sentidos por encima de ésta y forzándola a integrarse. En ningún caso lideró ésta el proceso ni se sintió plenamente integrada en él, de ahí el carácter estrictamente paradójico del SAB: una organización unitaria, considerada ejemplo modélico de sindicalismo moderno en la capital y una de las organizaciones más fuertes y admiradas, muy radicalizada, promotora de nada menos que cuatro huelgas generales, tenía de hecho obstáculos insalvables para centralizarse, un sentimiento gremialista extremadamente fuerte revestido de heterodoxia política, una indisciplina generalizada, y un clima de desmoralización obrera y de ausencia de consciencia muy acentuado¹⁰².

Su historia lo demuestra: tras tres años de andadura el SAB no podemos asegurar que tuviera unos estatutos reconocidos por todas las secciones y legitimados de hecho por ellas. De la misma manera las huelgas protagonizadas por Artes Blancas entre 1919 y 1920 combinaron a partes iguales gremialismo y sindicalismo, contubernios perpetrados en tabernas y protestas de choque de pocas posibilidades. Por ello fueron marcadas por la añeja confabulación con los patronos para defender o mejorar el statu quo, el corporativismo presionante sobre un Estado debilitado y la resistencia ante una temida reconversión, entremezclada con la radical rebeldía ante los beneficios y métodos de los odiados tahoneros, la protesta política frente a las autoridades estatales y frente a las obreras y las

demostraciones de fuerza rompedoras y retadoras del humillante aislamiento y antipatía social que años de oscuridad habían impuesto a los mineros blancos, la base de la pirámide, los sustentadores de la ciudad.

NOTAS

1. El apelativo que recibían era precisamente ese en ES, "Los sustentadores de la ciudad", 5-vii-1913.
2. Véase el Cuadro 12. Aunque el colectivo de peones o el de dependientes era superior, no estaba muy claro que ambos respondiesen a lo que se entendía por un oficio. Los cocheros y chauffeurs pertenecían al sector servicios.
3. Los datos pueden verse en los Cuadros de afiliación en el Apéndice.
4. Quien alude a la dureza de los panaderos es TUÑÓN DE LARA, El movimiento obrero..., p. 652, alineandolos con la construcción y la metalurgia como frontispicios de los obreros que han superado el particularismo y la mezquindad de algunas sociedades de oficio en Madrid. Como aquí se ha dicho repetidamente, obrero/artesano radical no equivale a obrero/proletario industrial. En TILLY y SHORTER, Las huelgas..., p.305, se alude a la preponderancia del colectivo de panaderos en el comienzo del desarrollo del conflicto industrial en Francia en el sector alimentario. "Durante la Monarquía de Julio integraban [sus huelgas] todo el sector de la industria de la alimentación". Entre 1910-1914 ya sólo abarcaban la quinta parte. En Madrid, su preponderancia es mucho mayor, no sólo por las suyas, sino por su activa intervención en el resto del ramo de la harina (confiteros y pasteleros). Las huelgas en la producción fabril de productos alimenticios ajenas a los panaderos pueden prácticamente limitarse a las de los obreros de la cerveza, la gaseosa y el hielo, en los días del virus de 1919.
5. Sólo en este sentido se explica el prestigio al que alude Benjamin MARTIN en Los problemas de la modernización. Movimiento obrero e industrialización en España, Madrid, 1992. Es decir al de la organización y no al del oficio, y en su hostilidad política. Refiriéndose a Madrid, "el sindicato de panaderos, forjado en una larga y violenta lucha contra los patronos hostiles, desarrolló una fuerza y una militancia que se convirtieron en legendarias en los anales del movimiento obrero español", p. 435. Nos imaginamos que se refiere a Artes Blancas, puesto que las sociedades de obreros panaderos eran sociedades de oficio, eran varias y no eran sindicatos. Veremos sin embargo que no fue un sindicato al que se fue con entusiasmo y unanimidad y que el principal obstáculo para su conformación se encontró dentro y no fuera de la organización.
6. La comparación de su labor con un rito religioso, no en balde el pan era el alimento básico, se usaba como un tópico literario, facilitado por la nocturnidad y el aislamiento. Véanse los títulos de algunos artículos de El Socialista en pro de la transformación del trabajo nocturno: "Las hostias de la vida" (15-vii-1913), "El sacrificio nocturno" (19-vii-1913), "En el templo de Ceres" (22-vii-1913), "El ministerio supremo" (25-vii-1913) o "La comunión de los hombres" (29-vii-1913). Sobre las condiciones de trabajo en las tahonas a principios de siglo, cfr. el testimonio de Pío BAROJA, buen conocedor de este medio por haber sido "patrono" panadero con establecimiento en la calle de la Misericordia ("Viena-Capellanes"). En La busca (1904), pp. 181-187 (Edic. de 1991, Madrid), y de la mano de Manuel, que entra como aprendiz en una tahona, se describe a los panaderos como "una colección de gallegos bastante brutos"; otro es alemán, entregado al alcohol, porque "continuamente tenía sed". La tahona es un antro mal ventilado, peor iluminado, en la que se dormita constantemente, se trabaja como un "autómata", conviviendo con la escasa higiene y la tuberculosis pulmonar de un compañero "que gargajeaba a todas horas". Al recurso literario, refrendado por Carmen DEL MORAL (La sociedad madrileña fin de siglo y Baroja, Madrid, 1974, pp. 172-176), se pueden añadir testimonios periodísticos como el de "Fantomas", en "Las tahonas por dentro", ES, 19-iv-1914, donde se fotografía a panaderos durmiendo sobre los tableros de elaborar el pan y se las describe como "pocilgas" y "alcantarillas". El panadero gráficamente siempre era escoltado por un gato, "ese gato de las panaderías", animal con el que se le asociaba, no por totemismo, sino por ser el "garante" de que la harina no mermase. Cfr. "Los laboratorios de la muerte", ES, 17-vii-1913.

7. El obrero panadero era descrito como carente de relaciones de familia, cuando no célibe -es decir, soltero-, "vedadas las expansiones naturales", convertido en el "chulo panadero bebedor, discutiador incoherente y aficionado a los toros", que contribuye "a la prostitución y a la desesperación de la mujer" ("Las víctimas de nuestro pan", ES, 12-vii-1913). García Quejido, que por ser del Arte tenía autoridad moral sobre ellos -como sobre todos-, avisaba de que "a la salida (...) se entrega a prácticas perjudiciales, que además de originarle perjuicios morales le disminuye el jornal" y de que "se duerme en todas partes con notoria lesión para la labor realizada" ("El proletariado expone sus aspiraciones", ES, 26-v-1913). De hecho se les atacaba tanto o más que a los patronos por la mala confección del pan. Los propios panaderos solían responder con hostilidad a su mala fama acusando a la prensa y al municipio de "estar vendidos" a los industriales y difundir una imagen negativa de ellos. Para responder a estas "calumnias" en teoría se decía en 1918 haberse puesto en circulación su propio órgano de opinión. Cfr. "Era una necesidad", En Mirchal, 1 (ix-1918), P. 1.

8. Que los horarios se habían atrasado en los últimos cincuenta años puede verse en "La comunión de los hombres", ES, 29-vii-1913. De las tradicionales doce ("nuestros abuelos acababan a esa hora la mitad de la jornada para recibir en la mesa la bendición que el Papa lanza a las doce sobre todos los fieles") se había pasado a la una por la mañana, hora estipulada ya entre albañiles y dependientes. Incluso las dos eran la "teórica" hora de salida de los funcionarios, conocidos por no respetar el horario. Por la noche, de las ocho se había pasado a las nueve, retrasándose los horarios de los espectáculos públicos. La tendencia al retraso en los horarios, como se ve, ha seguido imparable cincuenta años después.

9. En esta línea escribía Manuel Cordero, presidente de la Federación Nacional de Obreros Panaderos y cabeza saliente de esta línea reformista ortodoxa dentro de la Casa del Pueblo, a la altura de 1913. Refiriéndose a la supresión del trabajo nocturno en Italia, uno de los países europeos pioneros en conseguirlo (hacia 1908), se refiere a que allí "antes decir panadero era asustar a la gente" y que ahora "hacen vida de hombres", "El trabajo diurno en Italia", ES, 27-i-1914.

10. La oposición de Pan Francés explicada en ES, 17-iii-1914. En 1914 seguía pensando lo mismo, cfr. "Acta de la Junta General Extraordinaria de Pan Francés", 14-iii-1914, AHN-SGC/S-PS Madrid-C. 2331. La proposición "solidaria" de Conrado García hecha un día después podía resultar un auténtico abrazo del oso en un contexto de auténtica pugna entre ambas sociedades, que como se verá era lo que ocurría. Conclusiones completamente equivocadas, al hilo de los cantos unitarios, en torno a las organizaciones de panaderos en el congreso de 1914, las saca Núñez de Arenas en "Después de un Congreso", ES, 28-iii-1914. Allí afirma que el espíritu gremial se ha superado con las bases de una Federación de la Alimentación (de industria), que nunca se creó, o que se busca un cambio institucional, por el simple recelo a la gestión de las autoridades. Su frase, "los panaderos señalan la pauta a los demás trabajadores", resume el carácter ejemplar -en lo combativo y moderno- que se pretendía atribuir a estos obreros. El borrador original del IRS puede verse en "La necesidad hace la ley", ES, 10-vii-1913. Recogía una prohibición taxativa de trabajar de nueve a tres. Se hizo más flexible para adaptar las costumbres locales. En la discusión del proyecto por los panaderos se pedía entre las siete y las cuatro. Cfr. ES, 18-iii-1914. El proyecto definitivo en BIRS, Seg. semestre 1914, pp. 1-3. Esta iniciativa del IRS fue presentada dos veces al Parlamento como proyecto de ley por el Gobierno: en noviembre de 1914 (BIRS, Pr. Semestre 1915, pp. 76-79) y en junio de 1916 (BIRS, Pr. Semestre 1917, pp. 274-276). Aunque recibieron sendos dictámenes en el Congreso nunca se aprobaron. Hubo que esperar al golpe de mano de Romanos en la primavera de 1919, siete años después de la primera iniciativa, para que se aprobase por decreto.

11. El conflicto entre la Directiva y la cuadrilla baja en "Acta de la Junta gral. extraord. de Candéal", 9-viii-1913, AHN-SGC/S-PS Madrid-C. 1186. Este acto de indisciplina vulneraba además el orden jerárquico del oficio -la autoridad moral y efectiva de los oficiales y los veteranos- y las tácticas tradicionales de la sociedad -no era el momento oportuno para ir a un conflicto. Conrado, que presidirá la directiva entrante, apoyó desde la oposición la iniciativa de los aprendices ("estamos en

un tiempo oportuno para ello"). La nueva Junta Directiva contra la que arremeterán Viena y Francés en *ibid.*, 15-vii-1913. Los amarillos eran disidentes de Candeal (unos 400).

12. El anuncio del aumento del real en el "Manifiesto-convocatoria" de Candeal de 25-viii-1913, AHN-SGC/S-PS Madrid-C. 1409. Que este aumento iba ligado a un contrato posterior en "La junta general de los candealistas", *ES*, 25-viii-1913. La Comisión de Candeal aprobó un proyecto casi de inmediato y con total celeridad, por unanimidad y sin discusión alguna (el 29 de agosto de 1913). Cfr. AHN-SGC/S-PS Madrid-C. 2150. En Junta general también se aprobó pero la discusión fue mucho más agria hablandose de "confabulación", "Acta de la J. G. Extraord. de Candeal", 7-xi-1913, *ibid.*, C. 1146. El contrato se encuentra íntegro en IRS, Estadística de huelgas 1913,..., pp. 55-62.

13. La absorción de la "Unión Panadera", compuesta fundamentalmente por antiguos afiliados a Candeal, se realizó sin problemas. Fue saludada como el fin de las "disidencias entre los obreros" en "Los panaderos candealistas", *ES*, 26-xi-1913.

14. Todos los candealistas no eran contrarios a las posiciones de las sociedades hermanas. En los mítines contra el Sindicato patronal y el contrato aparecían algunos a título personal, que significativamente se presentaban como "viejos en la organización" y con más "experiencia en la lucha". Cfr. Vicente Marinas en el mitin de Lux-Eden, *ES*, 22-xii-1913. Estos puntos de vista fueron respaldados por Torralva Beci, de la Agrupación Socialista o Luis Macebo del Consejo de dirección de la Casa del Pueblo, que afirmaba en tono paternal que "con los patronos hay que tener mucho cuidado y no dejarse alucinar por sus engaños".

15. El rechazo del monopolio del Sindicato en "Acta de la Junta General Extraord. de Pan Francés", 16-xi-1913, AHN-SGC/S-PS Madrid-C. 2331. La primera cita en *ibid.*, 26-xi-1913. Lo de que los mejores patronos -muchos de ellos ex-oficiales no se olvide- estaban fuera del Sindicato en "El lock-out de panaderos", *ES*, 28-xii-1913. Los epítetos en "Acta de la Junta...", 13-xii-1913, *ibid.*. La táctica del lock-out ya la hemos visto como un recurso ya aceptado antes de la guerra antes de la firma de un contrato (en la madera, albañiles, cerrajeros, etc.).

16. El furibundo ataque de Viena, el mejor y más amplio catálogo de críticas al susodicho contrato, puede verse en el manifiesto "Al pueblo de Madrid y a los trabajadores" (6-xii-1913), AHN-SGC/S-PS Madrid-C. 1409.

17. Esta defensa de los puntos de vista de Candeal se encuentra en un manifiesto de esta sociedad "A la opinión, y en particular a los trabajadores organizados", 13-xii-1913, AHN-SGC/S-PS Madrid-C. 1409. En La Campaña Triguera existían accionistas no sólo de Candeal sino de las otras sociedades de panaderos. Sin embargo no representaba a la pequeña industria puesto que su producción rebasaba los 20.000 kilogramos. Lo cierto es que en 1915 ellos mismos declaraban que el 50% de la producción estaba fuera del Sindicato.

18. Mariano García Cortés en "La cuestión del pan", *ES*, 27-iv-1914.

19. "La Campaña" siguió repartiendo, lo que suscitó nuevos ataques de Manuel Cordero, "La cuestión del pan", *ES*, 13-iv-1914. Lo de los parados provocado por tal medida en "La cuestión del pan. Algunos incidentes", *ES*, 7-iv-1914. La Sociedad de Repartidores consta en el Censo electoral social de 1919 como creada en diciembre de 1914 con unos 500 afiliados. Sus afiliados no eran panaderos, sino mozos de reparto. La citada Unión Panificadora aglutinaba a revendedores principalmente como ella misma declaraba. Precisamente se creó cuando el Sindicato "dejó de facilitar pan a todos los repartidores que de sus tahonas se surtían". Por lo cual se asociaron y gestionaron sus propias fábricas. "La Unión Panificadora, contra el Sindicato", *ES*, 3-x-1915. El origen de "La Panera" (que aglutinaba vendedores) o "La Campaña Triguera" era similar: el deseo del Sindicato de "prescindir de los intermediarios, de los puestos fijos y de los repartidores a domicilio"; esto causaba "que los

intermediarios se hiciesen fabricantes". Cfr. de López Baeza, "La cuestión del pan. Aclaraciones necesarias", ES, 26-viii-1915. Para él el contrato sólo era una intentona fallida más para demoler la competencia de estas fábricas. Estas entidades no sólo sobrevivían, sino que prosperaban: de 50 pesetas a 450 las acciones de "La Campiña", de 50 a 125, y de una a cinco tahonas, las de "La Unión" en un solo año, según datos de pan Candeal a la Comisión que estudiaba el problema, ES, 16-x-1915. Otra fábrica similar independiente, la de Descalzas. El caso de la Compañía Madrileña de Panificación, que completaría este cuadro, es un tanto diferente. La conocida como "Panificadora de Romanones", su fundador y accionista, estaba protegida y amparada prácticamente por las autoridades, siendo semipública. Su pan era de harina más barata y de peor calidad y su destino era político (establecimientos de la Beneficencia, Hospitales). No trabajaba con obreros asociados y, por tanto, no regía la tarifa, lo que para la Casa del Pueblo significaba desconocimiento auténtico del oficio.

20. Aunque las estrategias patronales de vez en cuando recibían bruscos frenazos (como el del motín de San Pedro), eran muy repetidas. Información detallada de estas presiones sobre el municipio en los Capítulos III a V de este trabajo. Las sociedades de obreros panaderos cerraron filas en torno a los jornales estipulados en el contrato, lo que demuestra que todas ellas coincidían en una tarifa que justipreciase la labor de las cuadrillas. Pan Francés ahora se presentaba como ejemplo de que el contrato había sido impuesto por la patronal, que les arrojó al lock-out y obligó a firmarlo. Cfr. la nota de esta asociación a la Comisión investigadora del precio del pan, ES, 11-viii-1914, o la nota conjunta de "La cuestión del pan", ES, 9-x-1914.

21. Lo primero es de Álvarez Arranz. Ambas intervenciones en sesión extraordinaria del Ayuntamiento, "La cuestión del pan", ES, 17 y 19-xi-1914. Una carta exculpatoria de García Cortés en "El contrato de trabajo de los panaderos candealistas", ES, 27-i-1915. A Conrado se le acusaba directamente de haber recibido dinero de los patronos, "Acta de Junta general de Candeal", 19-v-1914, AHN-SGC/S-PS Madrid-C. 1186.

22. Algunas intervenciones fueron muy significativas. Mauro Bajatierra, conocido libertario, y por tanto equidistante de los "ugetistas" y de los "autónomos" (al parecer otro importante pecado de Conrado era no pertenecer a la UGT), criticó a los que defendían "La Campiña" y a sus obreros como empresa "armónica" frente a las del Sindicato, como si fuesen diferentes. Añadió que no encontraba nada punible en el contrato y que "el pan al peso es como debe venderse en la mayoría de las capitales europeas". Su intervención, en busca de consenso, fue despreciada significativamente por Justo Oñoro (secretario de la Federación, que dijo que hacía proselitismo (?)), las Juventudes Socialistas (que sugirieron que los nuevos estaban en sospechosa sintonía "sindicalista" con él), o Víctor Garralón, también contrario a Conrado, que dijo "que el contrato sólo podía ser aprobado por sindicalistas como Bajatierra". La admiración por los "veteranos" era compartida por el transcriptor de El Socialista: "el discurso de Salamanca ha sido un modelo de sensatez y conciencia societaria, que causó muy buena impresión". El público asistente -en su mayoría candealista- no compartía el tono de despotismo ilustrado paternal, y se dedicó a abuchear e interrumpir a los enemigos de la Directiva, especialmente a Cordero, que habló de que en el pasado "los panaderos tenían lo que hoy no tienen, autoridad moral". Las sesiones del debate, muy prolijamente descritas -era muy raro que en la prensa obrera se informase tanto de las disensiones de los trabajadores- en ES, 5-17-19-20-23-26-30-vi y 2-4-vii-1915.

23. 135 por persona y no 120 como dice el IRS y consta en el Cuadro x. El inicio del lock-out en ES, 7-vii-1915. Que el movimiento se inició con la condena de la Directiva, "porque existiendo un contrato de trabajo, creímos que nuestro deber era cumplirlo", en una carta a la prensa, ES, 8-vii-1915. El mitin en donde se "obligó" a los candealistas a un armisticio en ES, 10-vii-1915. Sólo la intervención de "Salamanca" acalló las protestas durante el mitin. Del Comité negociador formaron parte tres candealistas, Conrado, "Salamanca" y Quevedo, éste como nexo entre ambos -había colaborado con ambos en distintas Directivas-, y dos más del resto de sociedades. En cuanto a la

solución de la huelga parece que no pudo echarse a los esquirols empleados durante el paro. La fórmula final en "La cuestión del pan", ES, 6-ix-1915. El cambio del contrato, firmado el 22 de julio de 1915 en Estadística de las huelgas 1915,..., pp. 31-32.

24. En el editorial, como línea oficial, "Comentando una solución", ES, 16-vii-1915.

25. La Junta de consenso se formó el 11 de julio, "Acta de la Junta Directiva", AHN-SGC/S-PS Madrid-C. 1229. De esta sesión y de la del 13 proceden las comillas. Las bases, nuevo marco colectivo propuesto, el 4 de septiembre. El 17 de octubre surge la discrepancia de Conrado, que segfa contando con un fuerte predicamento en la sociedad. Existen bastantes ejemplos de los patéticos -pero dignos de admiración- esfuerzos de las Directivas por salvar sus diferencias y tratar de entenderse. Cfr. "Acta de Junta de Directivas", 11-iii-1915, donde Viena manifiesta no poder tratar con Candéal (ibid., C. 831); o la de 11-v-1916 (ibid., C. 2150). La amenaza de huelga, a causa del despido de las cuadrillas de tres tahonas en Carabanchel bajo, en manifiesto "A sus asociados" de las cinco sociedades, 19-i-1916, AHN-SGC/S-PS Madrid-C. 1409.

26. En un mitin, Cesáreo Lobo, de Pan Francés, dijo de la nueva empresa "que la realidad se encargará de demostrar no es otra cosa que una entidad capitalista, que, al amparo de un ambiente artificiosamente creado, viene a realizar negocios". "Salamanca", de la vieja guardia, "no podía señalar ni virtudes ni defectos porque aun no se conoce cuál es su funcionamiento interno", pero criticó a los obreros accionistas -de las empresas panificadoras en general, y de ésta en particular- porque "han comenzado a interesarse más en su insignificante condición de participantes en el negocio que de explotados". En "Mitin de panaderos", ES, 28-i-1917. Que los despidos de cuadrillas se trataban de una rabieta del Sindicato frente a la Panificadora, en "El mitin de los panaderos", ES, 3-vi-1917. El panegfrico y alabanza a la modernidad de ésta en "Un contrato", ES, 15-vi-1917. El día de las pruebas donó 25 kilos de pan a la Casa del Pueblo con una carta de agradecimiento. Los nubarrones que se cernían sobre este idilio en "¿Qué ocurre en la Panificadora Popular Madrileña?", ES, 7-vii-1917. Las Directivas de panaderos, pese a su cerrada defensa, admitían que había "descontentos, que, al establecerse toda explotación nueva, siempre los hay".

27. El punto de vista de Candéal en la víspera en "Acta de Junta Directiva Extraordinaria", 12-viii-1917, AHN-SGC/S-PS Madrid-C. 1229. El Sindicato de la Panadería también hizo saber "que una vez que los obreros abían echo un paro sin dar abiso de ninguna clase que él creía por lo tanto que ya quedaban rotos los contratos de trabajo y por lo tanto que todos quedaban en libertad de acción para obrar por su cuenta", ibid., 9-x-1917. No hay que olvidar que 1917 era la fecha prevista para el final del contrato anterior. La aspiración obrera era prorrogar el contrato tal y como estaba. El primer mitin celebrado en la Casa del Pueblo tras agosto fue organizado por los panaderos por este motivo, ES, 22-x-1917.

28. No sabemos a ciencia cierta qué parte de culpa tuvo en esta quiebra la resistencia obrera a aceptar nuevas formas de producción. Lo cierto es que la Panificadora Popular empezó con mal pie, como atestiguaba el aviso que daba el grupo de accionistas de la Casa del Pueblo ya en diciembre de 1917 advirtiéndole de su inminente ruina, ES, 3-xii-1917. Su fracaso se le consideró emblemático de la imposibilidad de implantar una industria moderna en el tejido panadero de Madrid. Así lo expresa Dimas Cuervo, entonces presidente del Sindicato patronal en 1920, "El escandaloso negocio del pan en Madrid (III)", ES, 10-iii-1920. Ese año sus talleres desiertos se utilizaban por el Estado para el almacenamiento de harinas. Puede rastrearse el eco de su amargo fracaso en el personaje de Manuel Guerrero, ingeniero obsesionado con su robado sueño, que Arturo Barea retrataba en La ruta (cit., pp. 124-125) como "gerente de Panaderías Madrileñas, S. A. (en liquidación)". Oigamos su historia: "Había fundado una fábrica harinera y panadería en las afueras de Madrid, inmediata a la línea del ferrocarril de circunvalación, con un ramal directo a la fábrica, y en teoría la instalación produciría una revolución en el sistema de abastecimiento de pan de la capital(...). Sus instalaciones de hornos automáticos modernos al pie de la molinera le permitirían fabricar

pan mejor, en mejores condiciones higiénicas, y más barato que nunca se había comido en Madrid (...). No existía en Madrid una panadería grande, más que era propiedad del conde de Romanones [la Madrileña de Panificación]. Había lanzado el negocio como una sociedad anónima financiada por algunos Bancos. Pero bien pronto se había encontrado arrinconado contra los intereses creados de dos poderosos grupos que se beneficiaban con el alto precio del trigo: los terratenientes y los almacenistas de granos, que controlaban el trigo nacional, y los especuladores que manejaban la importación del trigo suplementario que se necesitaba cada año.(...) Al principio trató de luchar, pero entonces se estrelló contra los Bancos que preferían como clientes a sus competidores mucho más poderosos. Se arruinó (...). Entre las bandejas enormes de los hornos fríos, las enormes hélices de las amasadoras, las vigas de acero de los techos y las correas de transmisión parafíticas, las telarañas se multiplicaban infinitas"

29. Véase el tono de "Una conversación con un obrero de La Nueva Panera Industrial", ¡En Marcha!, 1 (ix-1918), pp. 2-3, en donde se sugiere que la mayoría de esos trabajadores deseaban un regreso "honorable".

30. Los presidentes encarcelados en "La cuestión del pan y los obreros panaderos", ES, 16-vii-1918. La intervención de Besteiro es de un mitin donde se hace balance del boicot. "El mitin de panaderos", ES, 21-vii-1918. El anuncio de las peticiones colectivas lo hace, como no podía ser de otro modo, Manuel Cordero, en "Nuestras reclamaciones", ES, 10-x-1918. Justificaba los aumentos en que "desde 1913 los trabajadores de la panadería no hemos hecho una sola reclamación". La petición de mejores jornales siempre era delicada en este sector porque conllevaba aumentos del precio del pan. Las peticiones eran generales y no circunscritas al Sindicato, de ahí que se pensase en un frente obrero común. Consistían en "un 40 por 100 para las cuadrillas bajas, que es el peonaje de otras profesiones, y un 20 por 100 para las cuadrillas altas, que es la oficialidad". Esto en líneas generales, teniendo en cuenta que las categorías eran ligeramente diferentes según los oficios. En Candeal para los oficiales de masa se pedía además un 25 por 100. Más detalles en "Nuestras reclamaciones", ¡En Marcha!, 1 (ix-1918), p. 2. La idea de lanzar este periódico sufragado por las sociedades de panaderos era elevar el espíritu unitario y provocar entusiasmo ante la lucha venidera.

31. El entusiasmo de los refractarios en "Los obreros panaderos del Sindicato católico", ES, 2-xii-1919. Se sugiere abiertamente "estudiar bien la psicología de las profesiones para no equivocarse en la apreciación de las personas". Consejo no siempre seguido en la Casa del Pueblo, y a menudo por la propia historiografía del movimiento obrero, que tiende a desdeñar a los trabajadores no organizados o de comportamientos ajenos o enfrentados al socialismo ugetista más ortodoxo, como de trabajadores sin conciencia de clase, trufados de comportamientos gremiales, extraviados o reliquias del pasado. La actitud de los amarillos en esta huelga, a la que apoyarán frente al criterio de cuatro sociedades de la Casa del Pueblo, es un ejemplo que avala nuestra opinión de que en Madrid y en amplios niveles profesionales el surgimiento o alimentación de sindicatos católicos (o de libres como en la banca) no se sustentaba en furibundas oposiciones doctrinales entre obreros rojos y blancos sino en la insatisfacción existente entre diversos sectores de trabajadores por las tácticas sindicales dominantes. Fuesen éstas de carácter general, en su ramo o industria, en su oficio, o en talleres o tajos de grandes dimensiones; en algunas actividades incluso por la inexistencia misma de pautas sindicales de ninguna clase. Otra cosa es que estos sindicatos católicos lograran una alternativa sindical duradera fuera de la meramente coyuntural, alimentada por los represaliados o descontentos con la Casa del Pueblo.

32. La nueva Directiva se nombró ex profeso para la negociación y la huelga. Véase "Acta de Junta Directiva de Candeal", 15-xii-1918, AHN-SGC/S-PS Madrid-C. 1229. La actitud de las sociedades ante la defección en "Los obreros candealistas, ¿se declararán en huelga?", ES, 20-ii-1919. El criterio de Candeal se basaba en rehuir la dirección de éstas y no en el carácter de las peticiones, que eran idénticas. El hecho de no disponer de dinero presionaba para un acuerdo rápido y quién mejor que

Conrado para conseguirlo.

33. Más información sobre el motín y sus circunstancias en el Cap. V de este trabajo. Los candelistas rechazaban toda acusación de confabulación, pero insistían en su voluntad de hacer las peticiones y solucionar el conflicto por su cuenta. "¿Deben los candelistas lanzarse a la huelga sin contar con las demás Sociedades del oficio?. Sí", decía Conrado García, "El mitin de los panaderos", ES, 21-ii-1919. El apoyo en estas asambleas era siempre para la Directiva, aunque les pesase a los cronistas de El Socialista, obsesionados con la figura de Conrado. Un ejemplo lo da el apoyo de Justo Oñoro a la huelga, enemigo como había sido del contrato de 1913 y que trabajó en "La Campiña Triguera" como disidente. A este simplemente se le acusó de poco consecuente con su trayectoria y de rendirse a "una Asamblea loca, ebria de pasión, sin conciencia de sus actos". Lo cierto es que, tras un año dando largas, las restantes sociedades no se atrevían o no se encontraban preparadas para provocar una huelga general. Tampoco se estaba en contra de las concesiones (un 15% de subida), que incluso se consideraban inferiores. La excusa de sus presidentes era que "nosotros no apoyaríamos una huelga concertada el día 5 en el café de Platerías". Se mencionaban dos reuniones con los patronos en este café y en el Suizo donde se habría acordado una huelga "amistosa". Cordero, su más enconado enemigo, acusaba a Conrado, como antaño, de que sus "concomitancias con el presidente del Sindicato patronal son de todo el mundo conocidas". Todo lo primero es de un comunicado en "La huelga de los obreros candelistas", ES, 23-ii-1919. Lo de Cordero en "Reunión de Directivas", ES, 8-iii-1919. La solución de la huelga fue presentada por El Socialista como un "triumfo de patronos y obreros".

34. La nueva Comisión, en la que figuraban candelistas de la vieja guardia ("Salamanca"), y las protestas de los candelistas en "Una asamblea importante", ES, 1-iii-1919. En ella Cordero dijo "que si la Sección de pan candel no acepta las conclusiones anteriormente consignadas los obreros de pan francés trabajarán esta noche". La amenaza era un farol como se verá. De hecho, "Nuevo Gluten" y los repartidores ya habían felicitado a los candelistas por el éxito inicial y deseaban una solución similar. El aceptar que el Ayuntamiento sufragase el aumento no suponía ahora al parecer ni confabulación ni atentar contra el vecindario.

35. Esta negociación, demostrativa de hasta qué punto el conflicto había escapado a la dirección socialista y asustaba a ésta, en "El gobernador, en la Casa del Pueblo", ES, 1-iii-1919. Sirva como anécdota que se hizo esperar al gobernador ¡más de hora y media!. El texto de la fórmula se recogía en una R.O. del ministro de Abastecimientos, Leonardo Rodríguez, que autorizaba al gobernador.

36. Los propios firmantes reconocieron que la incautación no existía. Cordero decía: "aún no sabe nadie si el gobernador se ha incautado de alguna tahona, ni qué administración lleva (...), ni en qué se va a invertir el producto", "¿Es una farsa la incautación?", ES, 15-iii-1919. También Evaristo Gil en "La incautación de las tahonas no es una realidad", ES, 18-iii-1919. El boicot mutuo en "La asamblea de candelistas", ES, 3-iii-1919. La Directiva de Candel intentó celebrar la asamblea previamente en el Círculo Católico de San José, donde se alojaba "La Independencia", la sociedad amarilla -aliada en este conflicto no se olvide-, probablemente para evitar que esto ocurriera, pero para sus afiliados ir allí debió parecer excesivo. Luego en la Casa del Pueblo no hubo forma de votar un acuerdo. La asamblea definitiva en ES, 5-iii-1919. El Socialista en cualquier caso tomó partido por la gestión "acertadísima" de la Comisión y frente a Conrado, en quien se personalizaban una vez más todos los males.

37. La fórmula final para Candel en "La huelga de candelistas, resuelta", ES, 6-iii-1919. El principal obstáculo para resolver el resto del conflicto no fue de índole económica, sino basado al parecer en la negativa patronal a reconocer a "Nuevo Gluten" (los dependientes y mayordomos) y a Repartidores como interlocutores válidos. La solución final en "El conflicto del pan", ES, 26-iii-1919. El éxito resumido del conflicto en "Triunfo de la organización obrera", ES, 2-iv-1919. Esta huelga sirvió además para poner fin al eterno boicot sobre la "Nueva Panera", que admitía el monopolio

sindical de la Casa del Pueblo. Cfr. "Bases acordadas el 31-iii-1919", AHN-SGC/S-PS Madrid-C. 2254. Este acuerdo no lo firmó Candeal, que tenía disidentes en esa fábrica, por lo que estos se asociaron en Viena. La enérgica condena de la Directiva de Candeal por la Casa del Pueblo en pleno en "Reunión de Directivas", ES, 8-iii-1919. Los argumentos eran el haber convocado una reunión en el Círculo católico, difamado a la Casa del Pueblo y a sus dirigentes, y provocado "escándalos y reyertas" dentro de ella. La sociedad se negó a defenderse. La nueva Directiva en "Acta de Junta Directiva de Candeal", 21-iv-1919, AHN-SGC/S-PS Madrid-C. 1229. El decreto puede verse en BIRS, Pr. Semestre 1919, pp. 649-651, y el farragoso reglamento, con fecha 10 de junio, que irremediamente le seguía, en Ibid., Seg. semestre. 1919, pp. 190-201. Sobre la coyuntura que rodea esta actuación gubernamental remitimos al Cap. V. La incautación de las tahonas, por muy mentirosa y pacata que resultase, no debió de causar tampoco una buena impresión en los medios mercantiles madrileños, lo que explica la actitud de muchos concejales del Ayuntamiento de la capital.

38. Estos pináculos los marcan los conflictos de la construcción que ya vimos. A todos anteceden las huelgas de panaderos y todos coinciden con crisis y relevos gubernamentales. En abril de 1919 cae el Gobierno Romanones sustituido por un gabinete maurista. En diciembre el gabinete Sánchez de Toca lo es por el de Allendesalazar. En mayo de 1920 éste lo es a su vez por un gobierno Dato. Los giros como se ve son siempre más conservadores. Esto no significa que estos cambios sean propiciados por los conflictos de la capital, ni mucho menos por la panadería. Coinciden con movimientos trascendentales en Barcelona y otros puntos geográficos y en otras industrias como artes gráficas, transporte y administración pública fundamentalmente, lo que les da el carácter de oleadas con cierta dinámica interna.

39. Este éxito resulta muy impresionante si añadimos las ocho horas de la construcción y luego generales y las concesiones a estos gremios y la metalurgia, que ya vimos. Sin embargo, como se recordará las huelgas en este sector son a posteriori, una vez el Gobierno parece dispuesto a ceder.

40. Pese a que la solución del conflicto perjudicó a los patronos panaderos, fue un paso más en la preponderancia de las grandes compañías dentro del sector. A partir de ahora se abogará por un monopolio -o consorcio tahoneril- concertado con el Estado o el municipio y se presionará en esta dirección por parte de las autoridades y grandes industriales. Por otra parte, los tahoneros también compartieron las indemnizaciones que concedió el estado tras los saqueos del 28.

41. Los patronos manifestaron a la Comisión de panaderos con la que negociaban "que si hacían lo que nosotros queríamos, que mejor sería marcharse ellos y dejarnos a nosotros de amos de las fábricas y todo esto lo decían mofándose y en son de coña". en "Acta de Junta Directiva extraord. de Candeal", 4-viii-1919 (reza julio pero lo creo un error), AHN-SGC/S/PS Madrid- C.1229. El pacto en "El trabajo en la panadería", ES, 10-viii-1919. Lo firmaba José López Fernández, nuevo presidente del Sindicato patronal, y representantes de "La Campiña Triguera", "La Unión Panificadora" y "La Nueva Panera Industrial", junto a las sociedades de panaderos de la Casa del Pueblo y los católicos. El recurso patronal desestimado en Real Orden de 21 de enero de 1920, BIRS, Pr. Semestre 1920, pp. 495-497. Pedían la entrada al trabajo a las 11 y 12 de la noche. El horario "habitual" del que se está hablando era de nueve horas, que era el alcanzado desde la supresión del repartido por lo menos, y no el "horario indefinido" al que se suelen referir los dirigentes obreros. Los de Candeal entraban a las tres y media para "los preparados" de la levadura, para sacar masa a las cinco. Lo cierto es que las dificultades eran importantes y algunas sólo podían subsanarse con pan elaborado por la tarde del día anterior. Por ejemplo, el pan francés, según informe confidencial del mismísimo Rufino Cortés, de la Directiva, "Informe de 10-v-1919", AHN-SGC/S-PS Madrid-C. 2254. En este informe también se expone la necesidad de trabajar más rápido para mantener la producción.

42. Los problemas en la producción, con disminución en número y calidad, fueron reconocidos por los mismos obreros. "Evidentemente, en Madrid el pan está siendo muy malo" dirá Cordero. El lo disculpaba por los comienzos dubitativos de toda transformación y la mala calidad y carestía de los harinas que obligaba a la precipitación y mala cocción, "Hay que vencer", ES, 24-viii-1919. Entre los oficios de huelga presentados se incluía los de una sociedad hermana, la de pasteleros y ensaimadores, por vez primera dispuesta a ir a una huelga general de Artes Blancas. Pese a todo se siguieron incumpliendo los horarios de trabajo por los propios obreros asociados, que entraban antes de lo estipulado. Abundan los testimonios al respecto. Un ejemplo: Rufino Cortés, de Pan Francés, al referirse a compañeros que incumplían el horario, "hace ver los veneficios que para los trabajadores representa el trabajo de día; que es el que viene a redimir a los panaderos de la esclavitud de que eramos objeto", "Acta de Junta Gral. Extraord. de Francés", 12-ix-1919, AHN-SGC/S-PS Madrid-C. 2254.

43. Las peticiones en "¿Se producirá la huelga?", ES, 18-xi-1919. El Sindicato patronal admitía la justicia de las peticiones, como resaltaba Henche en "Acta de Asamblea general de panaderos", 20-xi-1919, AHN-SGC/S-PS Madrid-C. 1678. En esta reunión, en donde se declaraba la huelga, se decía que "las sociedades no tienen inconveniente en confeccionar un contrato de trabajo con toda la industria panadera a base de las actuales peticiones". Es decir no sólo con el Sindicato. Aún así no aceptaron pactar un reglamento nuevo antes de ir a la huelga, que sin duda era lo que se deseaba para consolidar la unidad, el acercamiento a confiteros y harineros, que presentarían los oficios de huelga a posteriori y el control sobre Candeal. En cuanto a la posibilidad de que el pan se subiese se recogían los viejos argumentos...de Conrado García. "Los obreros panaderos tenemos la desgracia de vivir en una industria que tiene relación directa diariamente con el público. (...) En este momento no nos incumbe a nosotros negar ni afirmar la tesis que sostiene la clase patronal. Sea o no cierto, lo evidente es que de nosotros no es la culpa" (Manuel Cordero, "Haya serenidad" ES, 19-xi-1919). "¿Puede conceder la industria las peticiones que los obreros pedimos?. ¡Allá la industria!" (Cándido Pedrosa, "Ante la lucha", 22-xi-1919). Estos testimonios eran idénticos a los manifestados entre los candelistas en febrero. Ahora sin embargo no había confabulación.

44. Sobre esta milicia Fernando del Rey, "La defensa burguesa frente al obrerismo en Madrid. La Unión Ciudadana (1919-1923)", La sociedad madrileña..., pp. 527-539. En este y otros trabajos del mismo autor se la relaciona con los medios patronales atemorizados por la marea roja bastante estrechamente: "fue concebida como la respuesta patronal al alud de conflictos", p.533. Aunque como tal se crea en octubre de 1919, puede rastrearse la presencia de rompehuelgas voluntarios y ajenos al mundo laboral madrileño en huelgas anteriores entre 1917 y esa fecha. Los encontramos conduciendo y protegiendo tranvías en agosto de 1917 y en varias huelgas de funcionarios y contratados públicos de 1918 y 1919, concretamente en Correos, Telégrafos y Teléfonos. La idea de que estas huelgas eran subversivas y políticas -todas las de servicios públicos y funcionarios eran así consideradas- está en el origen de esta actividad, protagonizada por los muy satirizados periodística y literariamente pollos bien y jóvenes y fogosos maurociervistas. Su "institucionalización" a partir de 1919 sí debió contar con el beneplácito y el aplauso -y quizá como sugiere Del Rey alguna financiación- de algunos patronos. Ahora bien, buscar el origen de estas iniciativas en el mundo social de los patronos madrileños resulta más dudoso. Los socialistas, que recurrieron a todo tipo de epítetos para definirlos, nunca los identificaron con los maestros de los distintos oficios de la ciudad.

45. El acuerdo con las autoridades que daba fin al conflicto en "Los panaderos obtienen un gran triunfo", ES, 25-xi-1919. Los panaderos de la Casa del Pueblo justificaban las carencias de peso durante la intervención por el boicot patronal y "la hostilidad de los patronos y de los familiares que han seguido administrando y dirigiendo la fabricación". Allí donde los obreros gestionaban el negocio con la sola ayuda de un delegado gubernativo existía una Arcadia feliz de superávit y pan bueno y se demostraba la viabilidad de la municipalización según su opinión. En algunas panaderías los obreros se opusieron a los repesos acusando de mala fe a los ediles. Algo nada extraño porque el repeso era un arma de presión política, intensificándose cuando convenía. Lo cierto es que la

"intervención" fue muy breve, apenas un mes, no demostró gran mejora en el sector ni que solucionase sus problemas -lo que tampoco pretendía-, pero sí fue un socorrido expediente para solucionar una huelga sin obligar a una capitulación de los patronos. Véanse las quejas obreras por la actitud del Ayuntamiento en "Los cómplices de los tahoneros acusan a los trabajadores", ES, 13-xii-1919, y "Hablan los obreros", ES, 17-xii-1919. Una prolija explicación de la incautación a cargo de Henche en "El conflicto del pan", ES, 5-i-1920. La Real Orden de devolución en la Gaceta del día 1 de enero de 1920.

46. La disposición gubernativa en "El escandaloso negocio del pan en Madrid (II)", ES, 9-iii-1920.

47. ES, 27-xii-1919. Los dirigentes socialistas siempre insistieron en que los obreros habían dado beneficios aún cuando en los primeros días de la intervención el caos del sector fue absoluto, pero sólo allí donde delegados suyos habían gestionado la producción. Los datos desgranados por Manuel Cordero en "El problema del pan en Madrid", ES, 18-i-1920, sumaban un total de 450.000 pesetas de beneficios. Lo mismo para el peso cabal. Esto fue confirmado por el Gobernador, marqués de Grijalba, que informaba de un beneficio de 40.000 pesetas, una vez deducidas "una pérdida no inferior a 600.000 pesetas" que hubo al principio de la incautación. Cfr. ES, 22-i-1920. Que el fraude y el atraso persistieron y se acentuaron en ese período era por supuesto el argumento de "El pan bolchevique", ABC, 23-i-1920.

48. Los argumentos de este tenor del gobernador civil en "Comunicado del gobernador al ministro", en la serie "El escandalosísimo negocio del pan en Madrid (I)", ES, 8-iii-1920.

49. El proyecto de Burgos y Mazo, el dictamen de la Comisión (que sólo sugería la subrogación del pan candeal) y los informes obreros y patronales, todos íntegros, en el amplísimo informe ya citado, "El escandaloso negocio del pan en Madrid (II, III, IV y V)", ES, 9, 10, 11 y 12-iii-1920. Es muy sugestivo ver la gradación de las soluciones, muestra de los cambios y el miedo a estos que se vivía en el sector. El presidente del Sindicato, Dimas Cuervo, sólo se muestra favorable a la subida del precio y contrario al monopolio, por anular la competencia, ser "perjudicial" para el vecindario y porque Madrid al parecer era alérgica al gran capitalismo: "el abastecimiento de pan de una gran capital, como negocio industrial lujosamente administrado mediante gerencias, Consejos de Administración, servicios de reparto, oficinas burocráticas, (...), sería ruinoso" y "es inútil pensar en la transformación súbita de la costumbre del pueblo a base de la supresión de fábricas y despachos de venta que (...) llenan la necesidad de acercar el producto al consumidor". "La Campiña Triguera", "La Unión Panificadora" y "La Nueva Panera Industrial", cada vez más unidas a guisa de consorcio, son partidarias de la subida pero también del monopolio, "reconcentrando la fabricación en el menor número de hornos posible" y maximizando la producción. También era partidaria de la concentración la Sociedad Arrendataria de la Compañía Madrileña de Panificación (la de Romanones), pero contraria a la subida del precio -su especialidad era el pan de precio mínimo-. Todos eran contrarios a la municipalización por supuesto. No podemos asegurar en cualquier caso que la municipalización fuese el Olimpo para todos los obreros panaderos; sabemos que lo era para los dirigentes socialistas. Por los antecedentes, sabemos que había una importante corriente de opinión, apartada pero no desaparecida, partidaria del mantenimiento de la industria tradicional.

50. Se hablaba de dejar unos 500 despachos y cerrar bastantes tahonas, tanto desde medios obreros como desde los partidarios de la subrogación. Esta ambivalencia de los dirigentes de las sociedades de panaderos, a medio camino entre la oposición feroz a la concentración empresarial y a favor del progresismo industrial en el sector, que conllevaba ésta de algún modo, es fundamental para entender los durísimos avances del que se pretendía Sindicato Unico del sector. Cuanto mayores eran las mejoras concedidas y más importantes los avances sindicales más camino se recorría para la consolidación de un trust panadero.

51. Cfr. "Acta de Reunión de Directivas de Panaderos", 2-i-1920, AHN-SGC/S-PS Madrid-C. 1678. Allí se recomienda "que lo antes posible se vaya a la formación del Sindicato pues pudiera haber algún peligro grave para cuando la Ponencia nombrada dictamine". También dirá Rufino Cortés "que la situación no es tan próspera como nosotros nos creemos".

52. La Ejecutiva la formaban nueve miembros. Candeal tenía dos miembros de su seno, pero sólo ocupaba la vicepresidencia. También repetía Viena. El prestigio de esta sociedad superaba el número de sus militantes: de siete sociedades ocupaba el cuarto lugar. Su relación con los confiteros y pasteleros (casi un millar a comienzos de 1920) y su cualificación y categoría entre los panaderos eran mayores. Las sociedades, ahora secciones, no eran igual de afectas a la UGT por otra parte: Candeal debía sus cuotas desde el primer trimestre de 1918, mientras que Viena y Francés estaban al corriente de pago (Actas del CE del SAB de 16-ii-1920 citadas más abajo). El Comité empezó a funcionar de inmediato por acuerdo de las Directivas del 12 de febrero de 1920, formándose al día siguiente con una cuota improvisada de 50 céntimos por afiliado para todas las secciones, cuota elevada y sin distinción de categorías, en un contexto de apresuramiento y provisionalidad que delata su intención defensiva frente a lo que acordase la Comisión. El objetivo inmediato era mantener las mejoras y reconocer el Sindicato. El acta de constitución del CE del SAB en AHN-SGC/S-PS Madrid-C. 1230. La decisión apresurada de que se creara en ibid., C. 1678.

53. Los confiteros expusieron muy pronto el problema "de las fábricas de galletas y chocolates, y preguntan que si proceden a asociar a todo el personal de dichas fábricas. Se acuerda autorizarles con la recomendación de evitar en lo posible conflictos y los que surjan, los traten con cautela para que no tengan repercusión" (el subr. es mío). Por supuesto el consejo no se siguió demasiado como se verá. (Acta de la CE del SAB, 5-iii-1920, AHN-SGC/S-PS Madrid-C. 1230). El 13 de marzo (ibid.) se acordaba que "las fábricas de galletas estén fuera del Sindicato para los efectos de la cotización". Medida realista pero tardía; tres días después estallaba el conflicto de "La Fortuna". La sección de Confiteros no se comprometía a cotizar por los asociados de las fábricas de galletas la peseta estipulada por asociado, pues las mujeres y aprendices (la mayoría) sólo abonaban 50 céntimos a la sociedad. Más tarde ella misma sugirió que los galleteros quedaran fuera de la Sección. Cfr. la "Memoria" del Comité del SAB en Boletín del Sindicato de Obreros de las Artes Blancas Alimenticias, 1 (viii-1920), p. 2.

54. Estas notas y semblanza en la serie "Industrias de Madrid" que la Cámara de Industria consagraba a las empresas más emblemáticas y modélicas o punteras de la ciudad. En BCOIPM, xii-1913, pp. 2-3. Esta crónica da la fecha fundacional de 1912, pero en realidad es 1902. Por si la descripción de la pulcritud y rectitud sin tacha del funcionamiento de los talleres y oficinas no era suficiente se incluían fotos de las uniformadas empaquetadoras y los laboriosos oficinistas (pp. 4-7). Sobre el accionariado los panaderos describían "La Fortuna" como "una sociedad [a] que pertenecen casi todos los tenderos de Madrid", "Acta de Juntas Directivas", 5-iv-1920, AHN-SGC/S-PS Madrid-C. 1678. Cordero la despachó en el Ayuntamiento diciendo que "explota de un modo cruel a pobres mujeres y a niños, a quienes se pagan salarios de una irritante mezquindad", "Ante la huelga de panaderos", ES, 23-iv-1920.

55. Perfumería GAL (S.A.), "Reglamento provisional para el régimen interior de la fábrica", 1925, AHN-SGC/S-PS Madrid-C. 1013. Estas nuevas fábricas solían incorporar prestaciones sociales bastante avanzadas al personal fiel a cambio de una sumisión completa a sus normas. En Gal se tenían diez días de vacaciones pagadas, jornal por accidente o enfermedad que cubría un trimestre, las mujeres casadas seis semanas pagadas antes y después del embarazo. Todos estos derechos con un año de antigüedad mínimo casi siempre.

56. Los datos económicos de la gestión de la empresa en "La Fortuna. Sociedad Anónima", Memoria del ... ejercicio social presentada a la Junta general ordinaria de Sres. Accionistas, Madrid, 1905-1923. De unos beneficios de 107.674 pesetas en 1904 se había pasado a 132.668 en 1911. Los

beneficios se contrajeron drásticamente con la guerra -29.533 ptas. en 1916- por el encarecimiento de las materias primas, pero también por "la más enconada lucha, en forma jamás conocida, combatiendo a nuestros competidores y afrontando amenazas de los mismos por resistirnos a seguir sus derroteros aumentando considerablemente los precios de nuestras galletas". El resultado fue un récord en las ganancias de 150.315 ptas. en 1918 y 1919 (148.841). El parón de 1920 sólo arrojó 83.974.

57. Esta sorpresa ante la actitud de "obreros ordenados, pacíficos y trabajadores" se explicaba con los tópicos al uso: "la fatal influencia de predicaciones exaltadas" y a "instrucciones por un ideal que no conocen ni pretenden conocer, porque en su interior sienten que es contrario a su tranquilidad y al bienestar de sus familias". Todo en "la Fortuna", Memoria...convocada para el día 20 de marzo de 1921, Madrid, 1921, p.3.

58. Buena parte de la producción de la fábrica no se regía por tarifa alguna: todo el destajo de mujeres y adolescentes se guiaba por "una tarifa absurda, inverosímil". Para conseguir tres pesetas de jornal los de la producción de caramelos tenían que trabajar de 45 a 90 kilos, los que envolvían pastillas 30 kilos, los del chocolate envolver 800 libras, 400 latas de galletas, 20 cajones, etc.. Véase "La explotación de mujeres y niños y la "Acción Ciudadana", La Internacional, 9-iv-1920, p. 7.

59. El planteamiento de la huelga en ES, 17-iii-1920. Queda bastante claro que en ningún momento hay "personal despedido" como se dirá más adelante para presentar la huelga como un triunfo. El 5 de abril, cuando ya los incidentes comenzaban a prodigarse el SAB informaba que la causa de la huelga era "pretender el gerente oponerse a que se asociaran" ("Se impone el somatén rojo", ES, 5-iv-1920). Al parecer había habido conatos de conflictos anteriores cuando no existía personal asociado de ninguna clase, con resultados baldíos. La versión que da el Comité del SAB del conflicto para justificar la huelga general en un manifiesto público (ES, 24-iv-1920) coincide sólo en partes. La causa del descontento es la existencia de un "contrato de trabajo firmado por el patrono" y luego "falseado" y la admisión de obreros no asociados, cada vez en mayor número (hasta catorce). Advertido el gerente de esto, "contestó metiendo la guardia civil y desalojando el local violentamente". El cambio del contrato -es decir de la forma y clasificación del trabajo- probablemente se realizó tras la implantación de las ocho horas y ya sabemos que en estas fábricas era prerrogativa de los dueños. Del dato de los no asociados no cabe concluir que sólo había catorce no asociados en el establecimiento, sino que las últimas admisiones de personal que se habían hecho tenían esa condición. El final está sesgado para atraerse a la opinión pública y presentar el conflicto como un despido colectivo. Ya sabemos la ambivalencia de los boicot/lock-out en estos pleitos.

60. Para la prensa de izquierdas se trataba de un contubernio catequístico-maurista. Las nuevas empleadas eran "las Trinitarias de Méndez", el gerente "maurista", la Unión un "neorrequeté" de "miliciánganos". Cfr. El País, 10-iv-1920. Probablemente el hecho de que "La Fortuna" resultaba un nudo piramidal muy importante en las relaciones entre los temerosos y asustados comerciantes, accionistas o no, fue de tanta ayuda para establecer estas relaciones como la abnegación cristiana. Para los republicanos tenía que quedar claro que aquelolo no representaba al comercio y la industria de la ciudad mesocrática.

61. El 3 de abril marca el comienzo de la escalada en este conflicto. "El personal acudió, como siempre, a presenciar la conducción de pobres niños y niñas a esa mazmorra de esclavitud (...) hasta que aparecieron allí los guardias civiles y de Seguridad, policía secreta, pollos de la Unión Ciudadana, esquiroles con revólveres y esquirolos con navaja en la liga, agrediendo todos a una", en una nota del SAB a ES, 5-iv-1920. Dos de los detenidos por el asesinato, Serafín Morales y León Lamonedá, aunque veladamente, contaban como se realizaba la "recluta" en sus declaraciones al juez de guardia: "dando un paseo por la calle de la Princesa (...) se enteraron de que llevaban el mismo camino, y se dirigieron a la calle Ancha. En el trayecto se encontraron con 18 ó 20 obreros, compañeros suyos, y continuaron todos juntos hasta llegar a la calle de San Vicente (...) escucharon una descarga (...)

e instintivamente se apostaron en la esquina de la calle del Norte y San Vicente y repelieron la agresión con las armas de que disponían, y después de disparar emprendieron la fuga". "Colisión sangrienta", ES, 10-iv-1920. El suceso ocurrió por la tarde y a la salida del trabajo. León Lamóneda trabajaba de decorador en una obra de la Gran Vía, lugar donde se repitieron los conflictos en esos años en los distintos tajos dentro del ramo de la construcción (véase el Capítulo IX.8). El impacto del entierro del ingeniero y las reacciones consiguientes en F. DEL REY, Propietarios..., p.666.

62. Al carecer de suficiente trigo se había hecho habitual parar las fábricas temporalmente o trabajar media semana. Los harineros se negaban a volver al trabajo sin un contrato y en Junta general rechazaron dos proposiciones al respecto, una de las cuales aceptaba volver a las fábricas a cambio de que el SAB estudiaría las peticiones. La reunión en "Los obreros harineros", ES, 17-iv-1920.

63. Estos interesantísimos oficios los firmaban como "Sociedades" y no como Sindicato, al no existir éste de iure. Aquí ya se iniciaba la tesis del despido como causa de la huelga "por el solo hecho de ejercitar el derecho de asociación". Y se explicaba que la solidaridad se ejercía por haber sido las autoridades parciales en el conflicto, por poner "a disposición de dicha Compañía un considerable número de fuerzas [lo] que (...) hizo que la Compañía acrecentara su soberbia". Se iba a la huelga para que las autoridades presionasen a la fábrica para ir a un arreglo en un pleito (el de la expulsión de los no asociados) que los huelguistas habían perdido ya. ES, 22-iv-1920. En cualquier caso aunque existía un acuerdo desde el 8 de abril, no se puso en práctica hasta que el pleito de las fábricas de harinas no pasó a mayores. Que se pedía una aumento de jornal -que luego se abandonará como petición- en la conferencia entre el SAB y el marqués de Grijalba, gobernador civil, ES, 24-iv-1920. Los harineros "por no atrasar lo de la Fortuna lo an dejado para segundo término" (la supresión del descanso relevo), "Acta de Juntas directivas del SAB", 21-iv-1920, AHN-SGC/S-PS Madrid-C. 1678.

64. Esto es de Manuel Cordero, ahora teniente de alcalde en el Ayuntamiento, en "El problema del pan", ES, 17-v-1920. El edil socialista ahora lo consideraba un problema nacional, insoluble por el municipio, y en el que por vez primera acusaba a los acaparadores de trigos y no al gremio de tahoneros. Lo cierto es que la posibilidad de la huelga no estaba mal vista por los patronos, deseosos de librarse de la tasa en los precios de las harinas y el pan.

65. Existen multitud de testimonios que demuestran que la huelga general era una necesidad para el SAB tal y como estaba la cuestión. Véase esta manifestación confidencial de Manuel García, de Francés, en reunión de Directivas: "expone la situación de esta sección, apurada por la escasez de harina, y dice que parece que existe miedo para declarar la huelga general y él cree que es necesario declararla por que no se puede sostener esta situación con el personal parado" (AHN-SGC/S-PS Madrid-C. 1678, 15-v-1920). Henche le contestó que si el martes (18) se abría "La Fortuna" habría huelga general, que en ésta "había que resolver todas las cuestiones pendientes" (no sólo la huelga local), que "cree que no hay confabulación entre los fabricantes de harinas y de pan, si no que hay verdadera escasez de harina". Además se criticaba sin empacho a los harineros por actuar sin consultar con la Comisión y a los molineros por ralentizar a propósito la producción "pues estos por no estar educados societariamente no quieren producir más por que creen que cuando se acabe este trigo quedarán parados". Aunque los patronos estaban libres de sospecha, no así las autoridades, a las que se acusaba de retener harina y no distribuirla, lo que parece cierto, en vista del abastecimiento fluido que tuvo la ciudad con la huelga y después.

66. El Arte Culinario, una de las sociedades que convocaban la huelga, había pedido el ingreso en el Sindicato, negándose la Ejecutiva "hasta que se discuta el nuevo reglamento", "Acta de la CE del SAB", 13-iii-1920, AHN-SGC/S-PS Madrid-C. 1230. Lo mismo les ocurriría a los camareros en octubre no obstante (aún no había un reglamento definitivo). Aunque según un criterio contemporáneo estos trabajadores forman parte del gremio de la hostelería (servicios), entonces se les incluía en el ramo de la industria de la alimentación. Buscaban fundamentalmente imponer el contrato colectivo en su sector. Anunciada la huelga general de Artes Blancas 'acordaron unificar el movimiento con

el del Sindicato de las Artes blancas, no volviendo al trabajo ninguna de las Sociedades (...) sin que hayan sido aceptadas las peticiones de todos estos organismos" (ES, 20-v-1920). También el Sindicato de dependientes de la alimentación y los obreros en pastas para sopa ofrecieron ir a una huelga conjunta, pero todas estas propuestas fueron rechazadas amablemente por el SAB y los cocineros prolongaron su huelga con sus solas fuerzas hasta mediados de junio.

67. Las nuevas propuestas para negociar y la decisión de dividir el Comité en "Acta de la CE del SAB", 10 y 19-v-1920, AHN-SGC/S-PS Madrid-C. 1230. Los Comités nacionales del PSOE y la UGT en un comunicado público acusaban al Gobierno de que "se inhibe de toda intervención razonable" y daba "sospechosa prueba de indiferencia que no tiene precedentes". El tal comunicado tenía el objetivo explícito de avisar a los obreros "que, EN NINGUN MODO, SEA CUALESQUIERA LA GRAVEDAD DE LAS CIRCUNSTANCIAS, REALICEN ACTOS TUMULTUOSOS QUE PUEDAN SERVIR DE PRETEXTO A LAS AUTORIDADES PARA REALIZAR REPRESIONES" (en mayusc. en el orig.) y advertirlos de que "en todo momento, no es el Gobierno, son los obreros mismos los que deben determinar la táctica que les conviene seguir" (ES, 22-v-1920). Su sentido implícito era señalar a los huelguistas que se habían situado en un callejón sin salida.

68. Por lo que parece, las autoridades empezaban a tener bastante experiencia en gestionar las huelgas de la panadería de Madrid. Desde febrero de 1919 a mayo de 1920 había llovido mucho, se habían intervenido las tahonas en dos ocasiones, y aunque la experiencia sindical de los panaderos se había enriquecido en este tiempo, sin duda la de los administradores también lo había hecho. También el público había fortalecido su estoicismo en todo este tiempo. En estas ocasiones los socialistas arremetían contra "el pueblo" -como elemento neutro en la lucha de clases- por no haber provocado más disturbios, acusándole de pasivo y ovejuno, y esta ocasión no fue una excepción. Cfr. para todo lo dicho este pasaje de Manuel Cordero, reviviendo la huelga, en "El problema del pan", ES, 12-vi-1919: "Este pueblo es un pueblo de abnegados. Acostumbrado a sufrir hambre y miseria, lo aguanta todo sin protestar. Y hasta llega a cosas verdaderamente increíbles. Aquella manera de pasarse las noches en la cola y llevar organillos para distraerse es algo digno de ser anotado para vergüenza de todos los que sentimos profundas ansias de redención humana. Un pueblo así lo aguanta todo (...) Al empezar la huelga no había harina. A las cuarenta y ocho horas había bastante harina y buena."

69. "El Sindicato de la Alimentación suspende la huelga", ES, 26-v-1920.

70. La solución, presentada a la asamblea general, en "Los obreros de las Artes blancas triunfan", ES, 27-v-1920. Otra versión, más abreviada y teñida más "favorablemente", en "Acta de la CE del SAB", 27-v-1920, AHN-SGC/S-PS Madrid-C. 1230. De aquí procede el texto entrecomillado. No se consiguió la readmisión de los seleccionados porque el ministro de Gobernación respondió a las demandas obreras con el silencio administrativo; tampoco se logró el aumento para los harineros, "Memoria" del Comité del SAB, BSOABA, p. 3.

71. Se había aprobado un "Proyecto de Reglamento", con una declaración de principios incendiaria, en la que el Sindicato "declara que tiene por aspiración la posesión inmediata del Poder político por la clase trabajadora, para mediante la dictadura del proletariado (único medio posible) implantar el nuevo régimen social basado en la justicia y en la razón, transformando la propiedad de los medios de producción de individual o corporativa en común, hasta conseguir la abolición de todas las clases sociales". Esta declaración fue bloqueada en Gobernación -con buena parte del resto de este primer proyecto-, que se negaba a aprobarla. Por lo demás se precisaba el "programa inmediato" en una tarifa mínima, a poder ser igual entre todas las secciones, la abolición del destajo, descanso-relevo para todos, trabajo de día para todos, etc.. Se prohibía el ingreso a todo patrón y accionista. A estos últimos ya existentes se les recortaban sus derechos. Este primer proyecto no era tan centralizador como lo serían las reformas del año siguiente. Puede verse en BSOABA, 1 (viii-1920), pp. 4 y ss..

72. La Ejecutiva tuvo que dar cuenta de su gestión ante los ataques en asamblea general. De ahí es la cita de Henche. Cfr. "Acta de la Asamblea del 2-ix-1920", AHN-SGC/S-PS Madrid-C. 1678. Más tarde, Henche confesaría de esta huelga que "para mí éste es el más grande [error], ¿por qué?, porque nos pusimos al lado de unas mujeres y de unos niños", en "Acta de la Asamblea del 14-i-1921", *ibid.*. Estas declaraciones revelan el profundo desconocimiento e incompreensión de la mayor parte de los dirigentes de la Casa del Pueblo para acercarse a los no asociados y a los no cualificados entre los trabajadores madrileños y la valoración íntima del presidente del SAB de que el fracaso se debía al abandono de las tácticas tradicionales. Las proposiciones al Congreso en *ibid.*, "Reunión de juntas directivas de 16-vi-1920". El propio Henche estaba "en cuerpo y alma" con la Tercera y el voto del SAB fue contrario al mayoritario en el Congreso. Candeal se manifestaría opuesto a la colaboración en el IRS. Como es sabido, la UGT ni llegó a la fusión, ni al apoliticismo, ni al acercamiento a la ISR, ni a la desvinculación con el brazo político. Más bien al contrario, con la excusa de los sindicatos de industria de pantalla. El enérgico sello con el que la Ejecutiva del SAB rubricaba sus documentos recogía su emblema: una hoz y un martillo sobre unas espigas y el lema "Proletarios de todos los países: Uníos". Recordemos la "Declaración de principios" del proyecto de reglamento.

73. Los molineros y harineros se encontraban asociados de forma reciente y su aparición como asociación se ligaba indefectiblemente a la industrialización de este sector, relativamente moderna. Antaño, los propios panaderos "tenían que descargar la leña, la paja y el trigo. Entonces se molía en las tahonas; aún no existía la verdadera industria de la molinería". La relativa modernidad del sector explicaba su pasividad, de "pobres parias" y "esclavos", de "vida verdaderamente miserable", trabajando hasta catorce horas. Cfr. "La huelga de Molineros", BSOABA, 1 (viii-1920), pp. 18-19. Este sector sin tradiciones societarias era el de más baja cualificación del SAB y sus movimientos del verano, como los de los galleteros, guiados por la batuta y los procedimientos de éste, no surtieron el efecto apetecido.

74. El planteamiento del problema y el acuerdo con "La Fama" en "Acta de la CE del SAB", 26-vi y 5-x-1920 respectivamente, AHN-SGC/S-PS Madrid-C. 1230. La resolución de sostenerla económicamente en "Acta de Directivas del SAB", 2-vii-1920, AHN-SGC/S-PS Madrid-C. 1678. El Sindicato protestó enérgicamente por el empleo de militares para sustituir al personal reacio a volver al trabajo mientras no se le atendiese. Cfr. "El conflicto de las harinas" y "Replicando al gobernador", ES, 8 y 10-vii-1920.

75. Esta idea era compartida por los obreros panaderos, aunque desde otro punto de vista. No nos resistimos a insertar un testimonio, absolutamente creíble por lo absolutamente confidencial, de Mauro Bajatierra, "izquierdista" y no "gremialista" dentro del oficio, escrito en su exilio francés tras el golpe primorriverista. El ahora rebautizado Maurice Morand explica a sus colegas del SAB las dificultades para su inserción en el "Syndicat de Boulangers" -sindicalista y comunista- y su mayúscula sorpresa:

"me encontré que el trabajo de panadero en París es totalmente distinto al nuestro y teniendo en contra que el trabajo es tan brutal que en algunos sitios (no hay horario determinado) trabajan hasta 18 horas, siendo general que un obrero sólo trabaje sin ayuda de nadie tres sacos de harina teniendo él que preparar, hacer el pan y cocer; rehusó decirnos lo que esto significara para mí. Las masas no me son extrañas, el hacer pan, tampoco (...), pero como no he cocido nunca (...) no sé como se solucionará el problema. (...) Aquí hay un obrero solo en cada panadería, tengo necesidad de saber cocer (...) me veo negro para resolver mi vida (...), mientras me pongo en condiciones de trabajar como aquí lo hacen, es decir brutalmente".

El arte de la panadería estaba completamente arruinado lejos de Madrid: donde debía haber profesionales especialistas había proletarios esclavizados. En "Carta desde París de M. Bajatierra (13-xi-1923)", AHN-SGC/S-PS Madrid-C. 968.

76. Esto se les hizo saber a los patronos el día 10 de septiembre, "Acta de la CE del SAB", 11-ix-1920, AHN-SGC/S-PS Madrid-C. 1230.

77. Estos despidos eran una protesta política sin embargo. Y se produjeron tras sendos acuerdos municipales. Los primeros se amagaron entre el 9 y el 15 de noviembre tras ser votada la sujeción a reposo de todo el pan candeal. Con una fórmula de arreglo del alcalde, el conde de Limpias, de consagrar el 80% de la harina de tasa a piezas de kilo y medio kilo y el 20% restante a panecillos de 250 gramos a 17 céntimos (a 68 ctos. el kilo cuando su precio en barra era de 66) pareció solucionarse el pleito (aunque los tahoneros pedían que fuesen de 200 gramos y a 14 céntimos, es decir a 70 el kilo). Pero los despidos retornaron tras el día 20 cuando la fórmula del alcalde, apoyado por los mauristas, era derrotada por otra socialista, que consagraba el 60% de la harina de tasa para las piezas grandes y el 40% para panecillos de 150 gramos y a 10 céntimos (es decir en igualdad de precio, unos 66 ctos.). La propuesta socialista, presentada por García Cortés, fue aprobada por 19 votos contra 9 ("Ha triunfado la minoría socialista en la cuestión del pan", ES, 20-xi-1920), con el apoyo de republicanos y liberales. No debemos olvidar que desde 1918 y hasta 1922 el municipio madrileño fue mucho más dependiente de los concejales electos y por tanto de la voluntad popular, y por tanto una institución a medio camino entre los mecanismos de la representatividad política y de la protesta consuetudinaria.

78. Noticia de las dos oleadas de despedidos en "Actas de la CE del SAB", 9, 15 y 20-xi-1920. Los obreros aceptaban el movimiento porque suponía promover reivindicaciones sin responsabilizarse de la movilización de una huelga. Lo último el 24 de noviembre (diciembre por error) y en "La escasez de pan", ES, 24-xi-1920.

79. "Contestando al gobernador", ES, 25-xi-1920.

80. Evaristo Gil hacía balance de las causas por las que las huelgas de panadería cada vez duraban más y tenían menor efectividad, aunque su intención era la contraria, demostrar lo insustituibles que eran los obreros panaderos, replicando al gobernador: "No ha dicho que Madrid no está abastecido de pan ni mucho menos; que el que se hace en panes grandes es imposible digerirlo; que el pan de Viena y francés no se fabrica casi nada; que se traen de fuera 50.000 kilos, y que para dar la sensación de normalidad se tiene ocupados en las tahonas a barrenderos y toda clase de obreros del Municipio, guardias de seguridad, equipos militares, sujetos de la Acción Ciudadana, seres desgraciados recogidos de todas partes para hacer de esquirols, más los tahoneros (que son cerca de 200) y sus familiares, dueños de puestos de pan y repartidores a domicilio", "El conflicto de los panaderos", ES, 4-xii-1920. se calculaba en unos 600 los hombres que mantenían la producción entonces. Tanto en esta huelga como en la de "La Fortuna", el mantenimiento de la producción que había ido perfeccionando el Gobierno a golpe de conflicto fue decisivo para doblegar al SAB, así como la alta impopularidad de ambas. Henche, refiriéndose a la primera (aunque es muy probable las confunda) dirá: "al octavo día estaba Madrid abastecido de pan, qué hibamos [a] acer, sino darle solución rápidamente y lo antes posible; y segundo, en nuestras luchas no sólo interbiene el factor patrono y obrero, que también ynterbiene el factor opinión y factor prensa", "Acta de Asamblea, 14-i-1921", AHN-SGC/S-PS Madrid-C. 1678.

81. Véase la orden en "La actitud del proletariado madrileño", ES, 7-xii-1920. Esta orden de no abandonar el trabajo "en tanto no reciban orden expresa de sus Juntas directivas", estaba respaldada por UGT, PSOE y Casa del Pueblo.

82. Algunas formas de protesta ante esta situación fueron bastante explícitas. Durante esta huelga un grupo de obreros panaderos, a la salida de una asamblea general, apedrearon los cristales de la Casa del Pueblo -y después, de diversos escaparates y automóviles-. Todo en un clima de frases "duras y contundentes contra los elementos directivos de mangoneadores del partido socialista, y especialmente de la Casa del Pueblo. No se recataban en censurarles duramente y con razón, acusándoles de ser los causantes del fracaso a que se les ha llevado en las huelgas últimamente planteadas", El Liberal, 30-xi-1920. Este incidente es bastante demostrativo, y aunque este diario lo usaba para demostrar la "dictadura sindicalista" que oprimía a los descontentos trabajadores, se encuentra inserto en el

contexto a que aludíamos de desavenencias entre los panaderos y de estos con la organización ugetista y el pasivo vecindario en general. Los panaderos, en cualquier caso, tenían fama de vándalos alcoholizados en todo Madrid de antiguo. Véase más adelante sobre la Comisión moralizadora creada para mostrar la buena senda a Candeal en 1921. Aunque el SAB explicó el incidente al contrario, es decir como muestra de una minoría de descontentos, no lo negó en absoluto, "Manifiesto a todos los asociados", 3-xii-1920, AHN-SGC/S-PS Madrid-C. 2041.

83. El 11 de diciembre se votó una nueva fórmula que asignaba un 80% de la harina de tasa para las grandes piezas y un 20% para las de 250 gramos (a 17 céntimos, es decir a 68 el kilo, dos céntimos más), más pan libre de peso en panecillos de unos 120 gramos a 15 ctos (1,25 el kilo, mucho más ajustado al precio real de la harina), "Vergonzosa sesión municipal", ES, 13-xii-1920. En víspera de elecciones este acuerdo suponía el principio del fin también para el "trienio democrático" en el Ayuntamiento de Madrid. Previamente a tal acuerdo la fórmula fue acordada por el marqués de Grijalba y el conde de Limpias, gobernador y alcalde respectivamente.

84. El Gobernador civil manifestó en las entrevistas que "de ninguna manera toleraba un aumento mayor que el ofrecido por los patronos, que le parecía excesivo". Las peticiones obreras fundamentales eran un jornal mínimo de 9'50 ptas., pago del día de descanso semanal y un kilo de pan por cabeza. Este comenzó a sustraerse de todas formas "como consecuencia de la lucha entablada contra los patronos dentro del taller". Todo en "Actas de la CE del SAB", 12 y 17-xii-1920, AHN-SGC/S-PS Madrid-C. 1230. Hubo muy serias discrepancias ya en el transcurso de las negociaciones: Graña, presidente de Candeal, se negó a responsabilizarse de los acuerdos adoptados. Con total crispación, receptora del tradicional aislamiento y hostilidad social existente en Madrid hacia el gremio, que ya comentábamos, y de la decepción ante ésta de los panaderos, expresaba así como debió de conducirse el Comité: "que este pueblo es borreguil, que no merece más que comer grava, si los amos en octubre bienen a confa[bul]arse co[n]migo, yo me confabulo, pero aumento los jornales", "Acta de la Asamblea de 14-i-1921", ibid., C. 1678.

85. Sobre lo que se avecinaba se prodigan los testimonios. Henche hablaba de que "las circunstancias que atraviesa la industria panadera son las preliminares (...) de una honda transformación en la misma y que para acer frente a las necesidades sin menoscabo de los yntereses del Sindicato y de sus afiliados es preciso apretar más aún los lazos que nos unen", "Acta de Asamblea general, 2-i-1921", AHN-SGC/S-PS Madrid-C. 1678. Sobre la fecha real de esta asamblea cfr. nota 82. Sobre la "reconcentración" y los intentos paralelos de crear un sindicato libre, "Acta de la Asamblea general del SAB", 20-iv-1921, AHN-SGC/S-PS Madrid-C. 1678. "Que el pan tiende a reconcentrarse", es de Conrado García, ibid., 7-v-1921.

86. La tabla de productividad por cada saco de harina en las instrucciones del SAB a sus afiliados el 18 de diciembre, ES, 22-xii-1920. El original repartido en AHN-SGC/S-PS Madrid-C. 2041. Por cada saco 92 panes de kilo (libretas) y 23 panecillos de cuarto de kilo. En una supuesta reglamentación de trabajo se esconde una auténtica declaración de guerra: "No hay que consentir que ni un kilo de harina de la que el Gobierno da al precio de tasa sea empleada en elaborar flama u otra clase de pan (...). Toda pieza de pan debe llevar su peso exacto y estar bien cocida. Es llegada la hora de que no se nos pueda decir que somos cómplices en el robo que la industria realiza". ¿Trabajando o imponiendo justicia?. En el Ayuntamiento, paradójicamente, no sentó muy bien que ahora los obreros se pusiesen tan estrictos, después de haber consentido el fraude durante años, por miedo a un nuevo conflicto.

87. Comité Central es la consigna de moda sin duda en estos años en muchas organizaciones, en la propia UGT, en la FLE y otras. Las propuestas -como bases provisionales, pues los Estatutos seguían sin aprobarse- de cambios en el organigrama en "Asamblea general de 2-i-1921", AHN-SGC/S-PS Madrid-C. 1678. La fecha es dudosa, puesto que la Ejecutiva se refiere a "la asamblea de esta noche" el 3 de enero para la misma cuestión (ibid., C.1230). Fueron aceptadas por unanimidad como era

habitual, pero esto no era óbice para su deslegitimación. Aunque participaron ya en el CC del 25 de febrero, el comité de Candeal se retiró el 23 de marzo. La elección de las vacantes de la Ejecutiva se realizaba de forma totalmente libre entre todos los afiliados del SAB que debían poner en una papeleta en blanco a los dos representantes de Candeal (?). Uno de los elegidos fue precisamente Conrado García, que declinó la vicepresidencia que se le ofrecía. El cargo no fue cubierto. El otro, Antonio Puente, que sí aceptó el suyo, no fue aceptado por Candeal como representante propio. No había por tanto ninguno en la Ejecutiva, que decidió "no estar a merced de los caprichos de Candeal" y continuar pese a todo. cfr. "Actas del CC del SAB", 25-ii y 11 y 23-iii-1921, *ibid.*, C. 1230.

88. En "Actas del CC del SAB", 23 y 25-iii-1921, *ibid.*, C. 1230.

89. La sección de molineros en realidad inició un proceso de reconstrucción casa por casa, método criticado sin embargo "porque las mujeres de los mismos les influenciarían para que no se inscribiesen y mucho más después de la derrota sufrida" (11-ii-1921). No se confiaba mucho en las compañeras de los obreros, aunque habían demostrado una elevada combatividad en las calles de Madrid desde tiempo inmemorial. La amenaza del Sindicato libre provenía de estos sectores, así como de los revendedores y dueños de puestos, y los muchos esquiroles que proliferaban tras las últimas huelgas (18-ii). Todo en *ibid.*, "Actas del CC del SAB", en las fechas indicadas.

90. La táctica se expresó con una fórmula que pretendía impedir el autodespido de un personal previsiblemente deseoso de mejorar su situación, escapando de la fábrica y haciéndose panadero en una tahona: "Que a los obreros de la fábrica de Romanones les serán entregadas las cartillas, con la condición de que el carné de asociado no le dará derecho a marcharse cuando le dé la gana de la Fábrica para trabajar en el sindicato; es decir que aún cuando se les entreguen las cartillas no tienen derechos del sindicato nada más que trabajando en la Fábrica, en la cual tienen que permanecer (...). Se exceptuará de esta condición aquellos que sean despedidos por el patrono, por haber hecho propaganda (...) o por otra cualquiera causa que justifique no ha sido voluntad del despido" (1-iii-1921). Para dorar la píldora, Cordero -que ahora era munícipe- advirtió que "a la fábrica no hay que concederle en la presente la importancia de antaño porque produce mucho y bueno". Aunque parezca contradictorio, creemos se refiere a que no hay que recelar "tanto" de su personal como antaño. Ahora trabaja bien, lo lógico es que se asocie. Todo en *ibid.*. Cuando los candealistas se opongan a dar relevo a los seleccionados de la fábrica, el primer y significativo rumor será que "uno de los seleccionados no es panadero sino cestero". Esto no era una boutade de una sección, sino vulnerar un tabú de todo el oficio. Así, en el CC se dirá "que hay alguno que no sabe sacar masa" (27-iii-1921).

91. Estas asambleas son las de 26, 27-iv y 7-v-1921, *ibid.*, C. 1678. La alternativa táctica no era sólida y lo demuestra el hecho de que como siempre se aprobaba la conducta de los comités ante el riesgo de que estos dimitiesen. Era manifiesta en todos estos asuntos la impericia de los candealistas, numerosos y expeditivos, pero de menor preparación y cultura que la mayoría de sus colegas más artesanales. Tampoco había una ideología aglutinante, mezclándose soflamas radicales, egoísmo gremial y sindicalismo de choque en un ambiente general de crispación y protesta ante lo que estaba ocurriendo en su milenaria actividad. Tampoco esta constante oposición tiene su origen en el levantamiento de ninguna bandera roja. Como ejemplo, Rufino Cortés, respaldaba a la Ejecutiva, y se declaró de la III Internacional, atacando duramente a este sector por barrenar el SAB: "hay que acabar con los sedantes (...), la masa an[h]ela el sindicato (...) y hecho esto a imponer la dictadura", *ibid.*, C. 1230, "Acta del CC", 1-iv-1921. Quizá la asamblea que mejor representa este estado de ruptura permanente sea la del 10-v-1921, *ibid.*, C. 831. En ella no se deja hablar a los que intervienen, se vota la conducta de la Ejecutiva y el Central y se aprueba (!) pero por 101 votos frente a 97.

92. Manuel García, elegido para vicepresidente, dimitió explicando que se había presentado en principio "porque él, que [h]a oído hablar tantas cosas de Conrado, no quería dejarle el campo libre y quería ir allí (...), además quería convencerse, y si Conrado es tan malo como se dice, precisamente consideraba yo un deber aceptar el cargo de vicepresidente para ponerle en evidencia; al no aceptar Conrado García, yo tampoco acepto" (Acta del CC del SAB, 1-vi-1921, AHN-SGC/S-PS Madrid-C. 1230). Luego sería elegido presidente para mes y medio. Fue la víctima propiciatoria necesaria antes de que los ugetistas recuperasen el control del Sindicato. Conrado, viejo zorro, representó el papel de Isaac en esta turbia tragicomedia, dejando se sacrificase a un inocente cordero en lugar de a él.

93. Las comillas de "Acta de la CE del SAB", 14-ix-1921, *ibid.*. Parece que tras la escisión de abril de 1921 los socialistas acabaron donde pudieron con estas Ejecutivas tan heterodoxas. No estaban los tiempos para agitaciones de masas ni para libertades extemporáneas. A esta Ejecutiva se la llamó "Relámpago", "símbolo del sindicalismo y comunismo, vió como desapareció sin haber hecho nada práctico". Sus planes eran la unificación de jornales y la centralización del relevo, en lo que fracasó estrepitosamente, "Acta de Junta General de Candeal", 17-iv-1923, AHN-SGC/S-PS Madrid-C. 2252.

94. Sobre el reglamento en principio se combatió la idea de la doble moral, esto es, tener uno aceptado por las autoridades y otro interno real, propuesta por Henche (2-xii-1921), pero más tarde se aceptó (12-v-1922). No tenemos constancia de asambleas magnas de todo el SAB entre mayo de 1921 y noviembre de 1922. Henche despachó "una instancia en la que un número considerable de compañeros piden se dé asamblea magna para que el oficio reunido marque línea de conducta a seguir" con el criterio "contrario a las asambleas magnas, cree (...) deben ser para los casos o momentos graves. Se muestra partidario de las juntas por secciones, además es lo reglamentario". La propuesta la desechó el Central por 15 votos contra 5. A favor estaban las bases de Candeal y Repartidores. Sin embargo uno de los representantes de Candeal entonces era Puente, el vetado el año anterior, que por supuesto rechazó la idea de verse ante una asamblea (2-iii-1922). Al Sindicato en 1922 se le seguía considerando "una ficción", las secciones no se disolvieron e incluso tuvo que volverse atrás en acuerdos como el de la centralización del relevo, volviendo a hacerlo por secciones, tras el caos originado, desdiciendo el propio reglamento aprobado (11-iv-1923). Había tardado tanto en ponerse en marcha que ya prácticamente había que hacer otro nuevo. Todo en "Actas del CC del SAB", *ibid.*, C. 1230, en las fechas señaladas.

95. En noviembre de 1921 volvió a retirar su comité de sección del Central. Cada Comité de Candeal nuevo elegido proponía nuevas(?) fórmulas, pasando por el tradicional "sabotaje pesando completo" o "ayudar a la patronal para que consiga que el pan de flama quede fuera de peso como Francés y Viena a fin de que ésta [Candeal] consiga la mejora". Recibiendo negativas constantes de sus colegas. Lo primero porque es seguro que "el personal no responda bien"; lo segundo por "inmoral". A lo que se replicaba con el tradicional rencor y la frustración de los panaderos: las medidas pueden que "fueran perjudiciales para el pueblo, pero como el pueblo en otras ocasiones se ha mostrado insensible en nuestras luchas, se haga caso omiso del pueblo y vayamos derechos a nuestro negocio" (30-x-1922). Para ellos, el reparto de la tarta era muy claro, lamentándose de que "secciones secundarias mejoren en tanto que la sección eje del sindicato está estacionada" (27-xii-1922). Todo en *ibid.* La lista de vicios de los candealistas nos muestra que la mala fama de los panaderos había sobrevivido al trabajo nocturno. Segúan siendo los alborotadores de la Casa del Pueblo; aquellos "elementos que abusando de la inmunidad que les concedía la tolerancia de muchos años de organización equivocada, que haciendo del vestíbulo campo de sus hazañas, poco edificantes, convertían éste en un aduar", presentándose "al trabajo en estado lastimoso". El Comité moralizador tomó medidas contra los que se dormían en los pasillos, los pendencieros, que promovían escándalos agrediendo a todo tipo de compañeros, los que llegaban a los talleres "en condiciones contrarias al buen sentido o en estado de embriaguez o malas condiciones de higiene", los abstencionistas, los que hacían "oposición sistemática, dictada solamente por los efectos del alcohol". Era evidente. El descontento de los candealistas se debía a su escuálida condición moral y escasa educación societaria. Su desorientación moral y personal era el origen de su desorientación táctica y actitudes colectivas. Los objetivos de la

Comisión en un manifiesto a Candeal de 7-xii-1921, AHN-SGC/S-PS Madrid-C. 1500.

96. Evaristo Gil dijo a uno de estos últimos comités de sección que Candeal había elegido que "todos los comités [anteriores] han caído por la misma causa, por haber ofrecido lo que no podían conseguir y vosotros lleváis el mismo camino" (19-vi-1923). Peticiones de Candeal ese día y en 24-v-1923. Se solía decir de Candeal que actuaba "sin dirección". En *ibid.*, C. 1230.

97. En un manifiesto del CC del SAB en 29-vi-1923, AHN-SGC/S-PS Madrid-C. 832.

98. Véase el contrato en *ibid.*, C.832. Los patronos firmaron tras una intervención de las autoridades y con la presión de existir varias tahonas clausuradas por éstas, lo que "favorecía" el acuerdo. Como sabemos, parece que esta injerencia era condición sine qua non para garantizar los aumentos de jornal o la alteración del precio -en este caso para una baja.

99. La sesión del Ayuntamiento en *ES*, 11-vii-1921. De aquí las comillas. Esta decisión coincidió sospechosamente con una interinidad en la dirección del Sindicato, envuelto en plena crisis. Pese a todo llegó a haber una rebaja en el precio entre febrero y marzo de 1923, producto de las bajas en las harinas, y que paso por el expediente tradicional de la incautación, en este caso municipal. En esta ocasión se cerraron algunas tahonas por considerarseles inviables. Una presión más para llegar al consorcio, consagrado más tarde con la Dictadura. El SAB no pidió nada a cambio de la devolución de las tahonas a sus dueños, aunque se intentó una subida de jornales, equiparandolos con los de las compañías. Se conformó con su reconocimiento como entidad, hasta entonces más que dudoso. Por supuesto, los candealistas y repartidores se subieron el sueldo, una vez encargados de la gestión de las tahonas, pero el SAB les obligó a dar marcha atrás ("Acta del CC del SAB", 3-iii-1923, AHN-SGC/S-PS Madrid-C. 1230). Esta tarea fue protagonizada por "Cordero, Henche, Cortés y Gil, que iban juntos en moto haciendo malas labores con órdenes a los delegados de rebajar los jornales que ya algunos habían elevado". ("Acta de Junta General de Candeal", 17-iv-1923, *ibid.*, CC. 2252). La posición de Cordero y la minoría socialista en el Ayuntamiento en este asunto (pedían rebajar el precio de 72 a 60 céntimos, aunque luego se quedó en 65) fue muy duramente censurada por los obreros panaderos que les acusaron poco menos que de demagogos y guiarse por motivos electorales y no por amor a la clase obrera, porque el pan era imposible venderlo a ese precio, y se invitaba a una rebaja de los jornales, "Acta de la Asamblea general", 21-31-v-1923, *ibid.*, C. 831.

100. Antes del Consorcio hubo unas bases firmadas entre el Gobierno Civil y los industriales para la transformación del sector, reduciendo despachos y concentrando la producción, "La transformación de la industria en el Gobierno civil", *BSOABA*, s.n. (v-1924 (?)), pp. 8-9. En 1931, tras cinco años de Consorcio, se insistía en que "ha permitido durante su actuación que la fábrica construida por la Panificadora Popular Madrileña, que con veintitrés hornos hubiera podido fabricar de 35 a 40.000 kilogramos, concentrando en ella la fabricación de un gran sector de Madrid, se haya derruido, destinando sus locales a otra industria", y que "la Compañía Madrileña de Panificación, conocida por fábrica de Romanones, fué adquirida en traspaso por los fabricantes de pan del Consorcio para cerrarla y deruir sus hornos, con la finalidad de abolir la competencia que siempre les hizo, y hoy, derruida, sirve de talleres a una empresa editorial". Todo en el "Proyecto de municipalización del servicio de fabricación y venta del pan en Madrid", presentado en el Ayuntamiento en agosto de 1931, AHN-SGC/S-PS Madrid-C. 2041.

101. Su orientación y fines en "Reglamento del Sindicato Profesional de Obreros Panaderos de Madrid", 1924. En AHN-SGC/S-PS Madrid-C. 2550. La queja y el origen auspiciado por la patronal en una copia de la carta de la Directiva a las autoridades con fecha 16-x-1925. Allí se afirman engañados por los patronos, pues "se nos ofreció a cambio de que siguiéramos sus planes, un trato humano y trabajo llevadero con retribución suficiente" y no "jornadas de 11 y 12 horas, produciendo un 75% más que lo establecido por la industria hace ya bastantes años; nuestros salarios son aquellos que nos quieren dar, menores siempre a los establecidos entre la industria y los obreros de la Casa

del Pueblo (...) se nos obliga a empezar los trabajos de las 10 de la noche en adelante. No existe para nosotros el descanso semanal. El trato es, en la mayoría de los casos, cruel y grosero, amenazándonos constantemente con el despido". En *ibid.*, C. 2077. Como se ve estos sindicatos no eran producto exclusivo del descontento de los obreros panaderos (escisiones) ni de los esquirols de las huelgas, protegidos más tarde en una organización, sino también encubrían reclutas de personal poco cualificado más barato, con el que se podía evitar la tarifa y las jornadas y condiciones legales de trabajo. Aunque es difícil de asegurar, con toda probabilidad este personal se vinculaba a las tahonas de peores condiciones de higiene y producción de la ciudad, y podían resultar un expediente necesario para su microsupervivencia.

102. En 1924 todavía insistía la Ejecutiva de turno: "como estamos hoy, no podemos continuar un momento más. O la personalidad del Sindicato se afirma, o desaparece. Las ficciones perjudican mucho y es menester que desaparezcan". Las costumbres y rituales de los panaderos no parecían haber variado mucho, y se insistía en el poder taumatúrgico de la organización: "la organización no se ha hecho sólo para mejorar la situación económica y física de los trabajadores aumentando los salarios y disminuyendo la jornada, sino para aumentar su cultura, mejorando así su personalidad moral. Acudir a las asambleas a vociferar, además de ser una cosa de mal gusto, da una lamentable impresión de incultura que es preciso que se borre definitivamente de nuestra historia social". Y también se arengaba para dejar los viejos hábitos de trabajo: "aferrarse a costumbres viejas necesarias en el régimen industrial presente, pero inadecuadas en una industria moderna, puede tener consecuencias graves para nuestra profesión". Todo de "Nuestra presentación", BSOABA, s.n. (v-1924(?)), pp. 1-2. Por entonces sólo había seis secciones en el SAB; se había renunciado a organizar a los molineros.

XI. LA VIEJA HEGEMONIA Y LAS ESENCIAS: LAS IMPRENTAS

XI.1. El orgullo del "grano de mostaza"

Cuando se hacía referencia a la clase obrera madrileña de principios de siglo -la organizada, que es a la que realmente se consideraba tal, aún hoy en muchos casos- y la actitud de sus oficios más representativos, junto a panaderos o albañiles, no se sabe si liderándolos o flanqueándolos, siempre aparecían los obreros de la imprenta, los tipógrafos¹. Madrid había jugado un papel fundamental como capital cultural creadora y difusora de pensamiento y opinión, incubadora y crisol de muy amplios e importantes círculos literarios, intelectuales y políticos, con sus respectivas clientelas, y albergaba un amplio mundo social deseoso de saciar su ocio y ansias de información y de ver sus propios temores, rumores e inquietudes reflejados en letra impresa. Una respetable red editorial y periodística se había encargado de satisfacer esta necesidad y cumplir este papel a lo largo del siglo XIX, el siglo de las libertades públicas y la alfabetización generalizada. Un sólido y estable núcleo de trabajadores especializados la tejían, fuertemente vinculados a derechos y libertades fundamentales como las de prensa, expresión y transmisión de ideas, en las que se habían amamantado durante años. Y éste era el papel de los obreros de Artes Gráficas.

Si las Artes Blancas combatían el hambre de los madrileños, las Artes Gráficas tenían que lidiar con su ignorancia. Los panaderos regían el estómago, los tipógrafos el intelecto. A un nivel organizativo y sindical, bien puede decirse que los primeros eran admirados por su músculo y los segundos por su sabiduría. Si una parte importante de los problemas históricos de los panaderos habían girado tradicionalmente en torno a la integración y el aislamiento, las preocupaciones de los tipógrafos habían sido el liderazgo y el magisterio. Para ellos nada era más lógico que marcar las pautas a los demás. Una acción de los obreros hermanos o el pueblo de Madrid que disgustase a los panaderos podía muy bien ser considerada por estos como una manifestación de rechazo y ser respondida agresivamente o con una sorda reacción de hostilidad. Para los tipógrafos tal circunstancia era un evidente síntoma de desorientación y error y su deber era ser condescendientes y mostrar el

camino correcto a los descarriados. Uno podía imaginarse a un enjambre de panaderos apedreando la Casa del Pueblo o durmiendo borrachos en un vestíbulo, pero difícilmente se los imaginaba diciendo a nadie lo que tenía que hacer, y mucho menos convenciéndole². Si procedemos exactamente a la inversa tendremos la imagen que de los tipógrafos tenía todo el mundo: aristocráticos, atildados, orgullosos, y un poco pagados de sí mismos³.

A esta vocación y personalidad había respondido históricamente la sociedad de resistencia del oficio: la Asociación General del Arte de Imprimir. Ella había sido el vivero de el movimiento socialista todo, del Partido Obrero y de la Unión, a nivel urbano y nacional. Las ideas, las prácticas y la mayor parte del personal político y burocrático de la organización obrera madrileña en sus primeros tiempos procedió directamente del acervo cultural de esta aristocracia obrera, de fuertes tradiciones asociativas, republicanas y letradas. Figuras como Pablo Iglesias, García Quejido, Núñez Tomás, Juan José Morato, Gómez Latorre, Peña Cruz (donde se imprimían los reglamentos y folletos socialistas), Andrés Saborit, Ramón Lamonedá, Isidoro Acevedo o Rives Moyano (que será presidente de la Casa del Pueblo), habían militado y muchos aún militaban en esta sociedad. La sabiduría suele ir asociada con lo venerable y añejo y el Arte también cumplía ese requisito. Era la organización más antigua de la Casa del Pueblo, única que podía remontarse al sexenio (1871), y pionera en casi todo, en federarse de forma nacional, en convocar un movimiento general del oficio (1882), en establecer la base múltiple (cuotas únicas elevadas con un objetivo de resistencia y de prestación asistencial al mismo tiempo), en establecer un escuela de aprendices, etc..

Aunque la asociación tipográfica era una de las pocas sociedades de oficio que podía presumir en 1914 de tener más de un millar de afiliados su verdadero poder en la Casa del Pueblo lo daba su prestigio histórico y no su peso numérico. Su influencia iba más allá de lo que la simple aritmética nos puede revelar. Casi todos los conceptos y prejuicios teóricos que las Directivas de las otras sociedades barajaban para elaborar sus propias tácticas derivaban de una forma u otra de las prácticas de oficio que los obreros de la imprenta habían elevado a paradigma sindical durante el último tercio

del siglo XIX y que la UGT como organización en buena medida hizo suyas. Lo que se señaló en otro lugar como procedimientos y tácticas preconizadas por la Unión era realidad viva allí donde se había incubado, entre los obreros de la imprenta⁴.

Sin insistir de nuevo en ellas, sabemos se centraban básicamente en un adecuado planteamiento de las negociaciones con los maestros de los talleres, que sólo debían terminar en huelga cuando la intransigencia de estos no dejaba otra salida. Por ello la concepción "tipográfica" de las huelgas hacía de ellas un medio de lucha que debía de afrontarse con prudencia y en el momento justo, siempre con todo favorable a ser posible, es decir, cuando existía abundancia de trabajo, asociación de la casi totalidad del oficio y una caja social rebotante de fondos. Estos tres requisitos permitían el control del mercado del trabajo, la presión sobre los salarios para que no se depreciasen y con ellos la calidad del oficio y la resistencia indefinida en huelgas parciales interpretadas como auténticos pulsos que duraban meses. Y se conseguían con una amplísima red defensiva extremadamente pegajosa para los pequeños y medios propietarios de imprentas (muchos de ellos asociados, así como los regentes o encargados): una tarifa (o tarifas) más o menos respetada y que formaba de hecho "la jurisdicción del Arte" entre los patronos que la respetaban, y que podía ampliarse nacionalmente mediante una federación que bloqueaba en lo posible el esquirolaje de provincias. Las casas que quedaban fuera, si eran capaces de mantener sus negocios sin personal asociado, con inexpertos amarillos llenando de pasteles y mochuelos los impresos, y aguantaban el tirón inicial de una huelga, podían aún recibir el castigo del boicot y entredicho público, un severo daño en la imagen de estos respetables y serios establecimientos, especialmente cuando era un diario el afectado⁵.

Toda esta estrategia estaba especialmente diseñada para el mantenimiento de huelgas aisladas imprenta a imprenta y taller a taller, en un contexto general de producción poco concentrada y de relaciones con los patronos vis a vis. La aceptación de las tarifas residía en muchos casos en la presencia al frente de las imprentas de determinados dueños o regentes. Al morir o ser sustituidos estos podían llegar cambios y con ellos las huelgas. Por supuesto, el otro requisito para el

mantenimiento de este diseño era el carácter de la mano de obra que se empleaba en las imprentas. Esta era realmente muy especializada y sus tareas de complicado aprendizaje, si se la valora en su conjunto y si se la compara con sus colegas de otros trabajos. Para rendir en el trabajo con ciertas garantías se requería un mínimo de alfabetización, que podía ser máximo si se quería llegar a ser corrector o regente. Incluso el trabajo más simple, el de distribuir letras en los cajetines, requería la identificación de estas. Se podía hacer carrera en una imprenta sustituyendo los conocimientos por la dedicación, pero los progresos eran muy lentos. De modo que eran muchos los llamados pero pocos los elegidos⁶.

En un trabajo como éste, la calidad final podía llegar a ser determinante de la viabilidad de una editorial o un periódico, y un buen -y rápido y hábil- operario no era fácilmente improvisable. Esto daba a estos trabajadores un gran poder en el taller. Eran difíciles de sustituir y a la inversa de muy fácil movilidad, puesto que tenían muchas probabilidades de encontrar trabajo...en la competencia. En una industria como la madrileña era una quimera represaliarlos con listas negras y con una organización nacional fuerte se hacía muy complicado reclutarles en otras ciudades. Si a ello unimos su profundo orgullo profesional -profesaban un arte y no un oficio cualquiera- y su nivel cultural, estimable en muchos casos, tenemos la combinación perfecta para explicar su perpetuo enfrentamiento con encargados, directores de periódicos o dueños de imprentas, y su convencimiento íntimo de que la clase obrera podía regir no ya un taller o una industria, sino la sociedad toda. El único problema es que su arte, como tantos otros, estaba dejando de serlo y el recuerdo de un glorioso pasado no dejaba de empañar la evolución de tan ilustre gremio⁷.

Como ya quedó dicho en otro lugar, este tipo de artesanos cualificados poseían una solidaridad informal muy fuerte. Al tener per se un sentido y una conciencia de comunidad y de oficio muy fuertes sus asociaciones formales eran altamente estables, y hasta cierto punto innecesarias, mientras la primera se mantuviese muy fuerte y las condiciones de la industria no variasen mucho. A lo largo del siglo XIX éstas variaron: el sector creció notablemente con la alfabetización y la expansión de los

diarios, proliferando las minúsculas imprentas editoras de sapos, de muy relativa calidad; aumentó la división y el ritmo del trabajo, dislocándose las tradicionales categorías de oficial-ayudante-aprendiz con nuevas especialidades que segmentaban cada vez más el antaño integrado proceso productivo ("paqueteros", prueberos, maquinistas y "minervistas", correctores y componedores, mozos, etc.), y con ello el tradicional aprendizaje facilitado por los gremios se vió invadido y desbordado por una entrada de mano de obra infantil y adolescente, más barata y menos cualificada que antaño, que si bien no estaba preparada para afrontar todo el proceso, con tres o cuatro operarios avezados podía hacerse cargo de multitud de pasos parciales⁸. Junto a ello los nuevos gerentes que se hacían cargo de las imprentas venían dispuestos a reducir los tiempos de trabajo y a intervenir en la regulación de un arte que desconocían, proponiendo e imponiendo sistemas de destajos y cuadrillas, de producción por tandas (ajustar el trabajo por pliegos o resmas), y otros, evitando así las tarifas⁹.

Por último, pero no por ello menos importante, el sector se mecanizó, primero con máquinas tipográficas simples como las minervas, después, en el albor del siglo XX, con las máquinas de componer y linotipias, que volvían a unir en parte el proceso productivo, pero con menos operarios. Bien puede decirse que el Arte fue hija de las minervas, como la Federación Gráfica de España lo fue de las linotipias. Este proceso de mecanización es progresivo y muy lento, como lo son otros procesos de cambio social en la España decimonónica, y esto quizá contribuye a explicar el marasmo, poco interés, cuando no hostilidad -inconsciencia según los socialistas-, de gran parte del oficio hacia la sociedad formal durante casi tres décadas, hasta el fin de siglo, y que para Morato fueron "años grises", de estancamiento y pasividad. En contraposición a este período brilla con luz propia el período 1899-1909, que da un impulso definitivo al mundo periodístico y editorial, y que ha sido destacado unánimemente por diversos autores¹⁰. Sobre las imprentas dirá Morato: "era un oficio que se hundía para luego transformarse en industria; era una Prensa que desaparecía para dejar el campo al periódico industrial"¹¹.

Estas transformaciones y esta acelerada introducción de nueva maquinaria supusieron con toda

probabilidad un reactivo que atrajo cajistas a la organización obrera, mucho más cuando esta decidió responder a la realidad de la especialización del trabajo, segregándose del Arte nuevas entidades, muy significativamente todas entre 1899 y 1902, hasta la "segunda oleada" de la segunda década del siglo. Los encuadernadores, litógrafos, impresores -el personal de máquinas- y repartidores de periódicos organizaron sus propias sociedades en esos años. Ahora sí se hacía necesaria la sociedad defensora del oficio y la recreación de una tarifa y una regulación de la industria.

El Arte por ello creció no sólo cuantitativamente sino llenándose de nuevos contenidos. A nivel interno esa etapa coincide con el período presidido por Quejido entre 1904 y 1909, consagrado a adaptar las tradiciones de oficio a los nuevos tiempos y a proponer en definitiva todo un programa para el resto de sociedades afines y de la Casa del Pueblo: la base múltiple, una vasta red de solidaridad económica con los afectados por los avatares sociales y de la vida, como eje de la resistencia y la vida sindical, un ambicioso proyecto de contrato colectivo (denominado pomposamente "Ordenación del trabajo tipográfico"), que debían suscribir los patronos, una reordenación del aprendizaje (se crea la Escuela) y el aislamiento y boicot de talleres y empresas periodísticas refractarias a las tarifas. Esta pugna por conseguir conducir a la industria a un pacto firmado va delineando un mercado en el que la mano de obra la casi monopoliza la Casa del Pueblo, y en el que se logra un aceptable statu quo y grandes avances (el descanso dominical, buenos jornales que reducen el impacto de las máquinas de componer, cada vez más extendidas, una sociedad rica, que actúa de banquera del resto, las nueve horas). Asimismo, los patronos se asocian (los encuadernadores en 1902, los impresores en la "Unión" en 1904), probablemente muchos de ellos partidarios de la unificación de jornales y prácticas para combatir la competencia.

Y es que empiezan a aparecer empresas editoriales que hacen caso omiso de las tarifas. El ejemplo más clásico es el de ABC, adalid y protector de formas productivas condenadas por el Arte: destajo en las máquinas de componer, no abono suplementario de horas extraordinarias -o lo que es lo mismo, horario flexible-, empleo de menores de dieciocho años en abundancia, turnos nocturnos

abusivos, maquinaria que suprime mano de obra sin contraprestaciones. Todo adobado con una obsesiva militancia desde sus páginas contra la organización obrera, a la que proscribía de sus talleres. Lo importante no es su carácter de rara avis aislada por la Casa del Pueblo, ni su militancia ideológica, sino que simboliza la viabilidad de crear un diario moderno y de elevada calidad prescindiendo del Arte y trabajando con amarillos, que teóricamente eran garantía de lo contrario. Esto muestra a las claras las limitaciones de la táctica tradicional de los obreros de la imprenta¹².

No debemos olvidar no obstante que, a la altura de 1914, el ABC no era más que una excepción y la inflexibilidad tarifaria del Arte y sus retoños era la norma imperante en las imprentas madrileñas. Pero había indicios de que muy pronto otras casas podían seguir sus pasos: en 1908 se crea el Sindicato de tipógrafos y similares, probablemente el más duradero de los sindicatos católicos madrileños, que aglutinaba a los amarillos, y que a diferencia de los intentos anteriores, cuajará. Esto facilitaba el empleo de personal paralelo para eludir los boicots¹³. Las huelgas parciales, la mayoría perdidas (como la de Rivadeneyra de 1909), se hacen repetidas y el entredicho y el boicoteo permanente y más estricto a diversos establecimientos comienzan a ser moneda de cambio habitual, lo que enfrentará repetidamente a las organizaciones de la imprenta con los periodistas y con los propios políticos socialistas, ahora redactores y reporteros profesionales, y no obreros del taller. Y es que su conducta "no encajaba en el viejo y estrecho criterio de los tipógrafos"¹⁴.

XI.2. Un liderazgo perdido y añorado

Lo cierto es que tal actitud corre en paralelo a la pérdida de influjo y liderazgo de los obreros madrileños de la imprenta como colectivo dentro de la organización socialista y ugetista. De ser el eje incontestable de la Unión en sus inicios habían pasado a segundo plano en vísperas de la Guerra Europea, tras los ferroviarios, los metalúrgicos, los obreros de la construcción, los mineros, los intelectuales del Partido y los burócratas remunerados permanentes. Sin duda, desde 1909, el Arte adoptó posiciones puristas y contrarias a la politización (republicana y parlamentaria) acelerada de la Unión, oponiéndose a la huelga general de 1911, por considerarla "absurda" y "peligrosa", y

contraria a la ortodoxia que ellos encarnaban¹⁵.

Pero esta politización se incrementó con la guerra y el Arte, y después la Federación Gráfica, asumieron con firmeza su papel de conciencia y faro de una organización madrileña y nacional, a la que consideraban despistada y desviada. En primer lugar, los obreros gráficos propusieron un modelo de transformación no rupturista de las estériles y anticuadas federaciones nacionales de oficio, que estaban basadas precisamente en la pionera Federación Tipográfica. Ahora se incorporarían las sociedades afines (impresores y encuadernadores fundamentalmente) en una federación nacional de industria, con una mayor centralización, representada por un Comité Central estable -pero no remunerado, es decir de auténticos obreros- e incorporando a ésta la base múltiple, ya triunfante en el Arte. Esta revitalización organizativa sin embargo costó mucho imponerla. Como ya hemos visto en otros casos, la sociedad más importante -sobre cuyas espaldas iba a recaer buena parte del coste económico-, el Arte de Imprimir, se opuso a la reforma, respaldada por otras sociedades madrileñas (Encuadernadores, que luego se saldrá tras la reforma de 1920, y Fotograbadores, recién creada en 1912). Tras esta oposición inicial (1914-15), el empeño y el influjo de García Quejido, que será el primer presidente de la nueva Federación, y de Ramón Lamonedá, que presidía el Arte, consiguieron la luz verde para la reforma en 1916, aunque la nueva Federación Gráfica Española no entró en vigor realmente hasta 1918, y con graves problemas económicos desde un principio¹⁶.

Observese que el modelo era una federación de sociedades, no un sindicato de secciones, mucho más centralizador sobre el papel. Era nacional, y no local, es decir, con predominio de las presiones verticales sobre las horizontales, aunque el peso de las sociedades madrileñas era abrumador -elegían de hecho la mayor parte del Comité Central. Optaba por sistemas reglamentados de solidaridad económica y por el purismo obrerista antiburocrático (antipolítico, entendida la política como actividad profesional), frente a otras tendencias posibles. De hecho proponía una alternativa a la evolución de la Unión, que suministraría más adelante un importante núcleo de dirigentes al tercerismo y al futuro PCOE, como Acevedo (que además se crió en el Arte como líder obrero), y

los mismos García Quejido y Lamonedá. Y debe atenderse a que, pese a maneras tan ortodoxas, contó si no con la oposición, si con la indiferencia y escepticismo de la mayoría de los obreros madrileños de la imprenta. La FGE sólo fue apoyada y aprobada en Madrid desde un primer momento por los de máquinas, los impresores, deseosos de contar con el apoyo económico de sus elitistas colegas cajistas en sus reivindicaciones, pero no de ser avasallados por éstos y sí de obtener una dirección mínimamente consensuada. Los litógrafos, aún más elitistas, permanecieron en su propia Federación de oficio y en ella continuaron, sin la menor intención de disolverla¹⁷.

En un sentido más directo, el Arte y la FGE enfrentaron su criterio al de la Unión con respecto a la politización de la campaña de abaratamiento de subsistencias que ésta impulsó durante la guerra europea, y al hilo de su condena de la huelga general para estos cometidos, expresada ya en 1911. En principio, en vísperas de la huelga de 24 horas proyectada para el 18 de diciembre de 1916, la FGE envió una circular (la número 2, fechada el 8-x-1916) a las secciones oponiéndose al cierre de los periódicos, opinando que de decretarse, se lograría un vacío informativo, colmatado por los diarios más conservadores, y se perjudicaría a los más progresistas. Aunque finalmente, y en asamblea magna, las sociedades madrileñas aceptaron secundarla de forma total, esto se hizo ante presiones explícitas de la Unión (de Largo Caballero concretamente, y cuya postura fue "resultantemente hostil a nosotros") y de la Casa del Pueblo. El balance del paro no fue bueno, precisamente entre los diarios, como se suponía. Casi todos intentaron publicarse, a excepción de algunos republicanos y radicales, y lo consiguieron el ABC y otros periódicos de extrema derecha, que no tenían personal asociado, pero además El Debate, El Liberal o El Imparcial, que sí lo tenían. Además el diario maurista La Acción decidió desembarazarse de éste, lo que provocó una huelga indefinida, o lo que es lo mismo, el entredicho y boicot del diario¹⁸.

Evidentemente esta posición se mantuvo con respecto a la huelga de agosto de 1917, un ejemplo del "peligro de ir a remolque de partidos políticos", de vulneración de los estatutos (en lo que respecta a la neutralidad política), "de caldear al rojo la indignación ciudadana y apagarla con

repentinamente chaparradas", de desorientación y de táctica equivocada. En el congreso de la Unión de 1918 la FGE presentó un listado muy prolijo de censuras a la labor del Comité Nacional en este punto, apoyadas verbalmente, pero no con el voto, por otros delegados. Los grandes diarios volvieron a publicarse con soldados y personal amarillo (excepto El Socialista, El País, España Nueva y El Mundo). En El Imparcial los obreros reanudaron el trabajo por su cuenta al tercer día. Fueron muy extendidos los comentarios sobre el manifiesto descontento de los tipógrafos¹⁹.

Al parecer, la alternativa que preconizaba la FGE era combatir la carestía de la vida con peticiones de aumentos de salarios, porque "para el sometido borreguilmente a un salario irrisorio siempre estarán caras las subsistencias y su vida será la del siervo irredimible"²⁰. Resulta comprensible que desde el punto de vista de Artes Gráficas todo se solucionara con la elevación de las tarifas, y su resulta, la elevación de las cuotas, de las prestaciones y de la resistencia en las huelgas-pulso. Las huelgas preconizadas por ellos antes de la guerra, y aún más después, eran absolutamente parciales, circunscritas a un taller y con peticiones muy concretas, y estallaban sólo en casos de que las negociaciones fuesen inútiles. Estas huelgas, frente a lo que pudiera pensarse, ante tanta prudencia y moderación, eran muy prolongadas y solían perderse y terminar con la sustitución del personal asociado (por otro católico "de convicción" o mucho más frecuentemente "de conversión" o simplemente represaliado o en lista negra en la Casa del Pueblo). Pero esto no tenía mucha importancia en un mercado laboral tan controlado como éste. Lo que les interesaba a los obreros de la imprenta era ganar la guerra y no batallas a veces minúsculas. Más tarde o más temprano muchas casas cedían, reincorporaban personal asociado y aceptaban parte de las tarifas, o bien desaparecían. Para los tipógrafos e impresores las huelgas no se perdían sino que su resultado simplemente se aplazaba. Las huelgas de los obreros de Artes Gráficas no eran protestas airadas o heroicas sino el logotipo de lo que se entendía por el "conflicto industrial" en el Madrid de antes de la guerra. No estallaban para forzar una solución o una intervención política, sino muy al contrario porque tal acuerdo -las más veces verbal y personal, de caballeros, con el regente o el propietario- se había roto, y no se cerraba -el boicot la prolongaba de hecho- hasta que éste se restablecía²¹.

La huelga más significativa durante la guerra fue la de la Casa Ratés (o más bien de la imprenta de D. Jaime Ratés), que estalló en enero de 1917, y no porque se perdiera o porque su motivo principal fuese el respeto a la tarifa e implantar "mejoras que adecentaran aquel bodegón tipográfico", sino porque puso de manifiesto las rencillas internas que se incubaban entre los hermanos de taller. Los cajistas, que fueron los promotores, recibieron la solidaridad en primera instancia de impresores y encuadernadores, pero estos últimos decidieron volver al trabajo. Al conminarseles a abandonarlo, la junta general de la Sociedad aprobó su conducta. El tema se elevó al congreso de la FGE de septiembre de 1918, que acordó una solución salomónica, viendo "con disgusto la resolución adoptada por la Directiva de Encuadernadores" y reconociendo que "la sección de Cajas" (no se empleaba el venerable nombre del Arte) "debió apurar todos los recursos para lograr de los encuadernadores una identificación de conducta con los demás". O lo que es lo mismo, que el Arte debía empezar a acostumbrarse a compartir su tradicional mando y a sustituir el imperativo por el interrogativo²².

Con estas tácticas, enemigas de generalizar y dramatizar los conflictos, se comprende la firme oposición de Artes Gráficas a lo que se perfilaban como huelgas desatinadas. Dentro del mismo oficio la única y última huelga a la que pudo llamarse general -afectó a una treintena de casas y a unos 400 operarios- databa nada menos que de 1882, en los heroicos primeros tiempos. Lo cierto es que además la prudencia se extremó con la guerra, sobre todo en sus primeros años, por el encarecimiento del papel y la desorganización económica, la laboriosa construcción de la Federación, las campañas nacionales de la Unión, y por las dificultades para promover huelgas parciales frente a amarillos mínimamente organizados y rota la unidad societaria original²³. Pasadas las dudas iniciales, la mecanización y transformación del sector también debió acelerarse en estos años. Todo esto sin duda compensado por un marcado crecimiento del sector, que se mostraba pletórico de empleo a finales de 1918²⁴.

Estos años tuvieron sin duda efectos internos en las sociedades. En el Arte, el período 1913-1918 fue una etapa clara de transición e inestabilidad con evidentes realineamientos que auguraban una

nueva etapa. En tres años hubo hasta tres dimisiones de Directivas ante la Junta general, lo que señala el descontento generalizado entre los cajistas, y con la excepción de Ramón Lamonedá, dirigente de segunda generación (entró en el Arte en 1908), partidario del sindicalismo y de la organización "por industrias"²⁵, y que en realidad muy pronto fue catapultado a la FGE, los presidentes de las Directivas no tuvieron excesiva brillantez en su gestión. Se sucedieron Aurelio de la Riva (abril de 1913), Tomás España (febrero de 1914), Rodríguez Cidres (octubre de 1916) y Lamonedá (febrero de 1917). El descontento con las líneas seguidas hasta entonces y con la política seguida por la Unión se hicieron evidentes en octubre de 1918, con la elección de un anarquista, José Rodríguez Romero, para presidente. El mero hecho de ver a un libertario dirigiendo tan venerable y simbólica sociedad, madre del socialismo español, habla por sí solo del inicio de una nueva etapa, de los deseos de buena parte de los tipógrafos de que se cambiasen determinadas estrategias. Los años no habían pasado en balde para el purismo táctico del oficio, y se necesitaba un cambio acorde con los nuevos tiempos.

Rodríguez Romero iniciaba su presidencia con el explícito mandato de "realizar un movimiento económico dentro del plazo más breve posible". No sólo no era socialista ni un prohombre importante de la Unión, sino que era un emigrante murciano que sólo llevaba en Madrid desde 1913, se había educado en la lucha social en Barcelona, y era enemigo de la base múltiple. Bien puede decirse que era un auténtico outsider dentro de la organización madrileña de Artes Gráficas. De hecho sólo fue elegido en segunda votación. Pero sin duda, gran parte de la sociedad confiaba más en este recién llegado para lograr un movimiento general, un acercamiento a las demás sociedades (incluidos los católicos) y a los represaliados por el rigorismo y la inflexibilidad de Directivas anteriores, y conseguir un ambiente de unidad y entusiasmo. No por ello se iban a abandonar las buenas costumbres de método y prudencia del Arte. A saber: plantear unas negociaciones primero, y la huelga sólo si fallaba la primera solución; hacerlo en un buen momento, es decir en otoño-invierno, y con crecimiento del empleo y subida justificativa de los precios; evitar los esquirols, para lo que se pactó una alianza con los católicos y se "amnistió" a muchos descarriados, hinchando la sociedad de dudosos cotizantes; y por último, hacer peticiones razonables -asumibles-, como lo era pedir una

subida en los jornales de entre un diez y un veinte por ciento y las ocho horas. En realidad, las peticiones de mejora enmascaraban un auténtico y muy prolijo contrato de trabajo, que detallaba muy profusamente las categorías laborales, reglamentaba el número de aprendices por cajista, de donde debían reclutarse los mecanotipistas y monotipistas (siempre de dentro del oficio), número de obreros por máquina, las tarifas de los paqueteros (destajistas que cobraban el "paquete" de letras, generalmente un millar), la necesidad de que los regentes fuesen tipógrafos, etc.. Se pedía el día remunerado de descanso semanal y la abolición del destajo en un año²⁶.

Tampoco se renunciaba a marcar el camino a las demás sociedades de la Casa del Pueblo mostrando cómo debían articularse y gestionarse unas reivindicaciones conjuntas. En el Arte se nombró una Comisión de reclamaciones autónoma el 5 de enero de 1919 con Pablo Cermeño, pionero del Arte, y Lamonedá a la cabeza -y con Cideres y Saborit- y con un solo miembro de la nueva Directiva, el propio Rodríguez Romero, con la sana intención de equilibrar la "inexperiencia" o desviación de ésta. Ella fue en realidad quien elaboró las bases, quien las firmaba y quien las gestionó. Se llegó a un acuerdo en asamblea magna el 19 de enero de 1919 entre los oficios de Artes Gráficas (el Arte y los Impresores, Encuadernadores, Litógrafos y Fotograbadores), para presentar sus peticiones de consuno e iniciar negociaciones en paralelo -que no es lo mismo que conjuntas- con sus respectivos patronos en muchos casos, aunque como la mayor parte de estos trabajadores convivían en los mismos talleres, el peso de la Unión de Impresores era decisiva en este caso. Un gran éxito coronó las negociaciones, no necesitándose ir a la huelga y firmandose las bases para cada oficio el 1 de febrero. En ellas los patronos aceptaban en lo esencial las subidas de jornal, las ocho horas, los aumentos en horas extraordinarias, el día libre semanal en los periódicos y la semana de jornal en caso de despido arbitrario. Se aceptaba como norma general el trabajo dominical y nocturno (las veladas) y el destajo, aunque con tarifas especiales²⁷.

La aceptación de la nueva tarifa fue general entre los patronos, imponiéndose por primera vez un statu quo general y consensuado en casi todos los talleres -excepto ABC y algunas casas "de lo más

pobre y mezquino del oficio". Con este triunfo sin lucha no sólo se evitaba "la vergüenza, en el oprobio de un vencimiento contemplado por muchos organismos que en rigor o nacieron o vivían de la savia inicial que les diera generoso el Arte", sino que, como era la obligación de los tipógrafos desde antaño, se encabezaba y lideraba lo que iban a ser las peticiones societarias en cadena de todo un año, empezando por los próximos meses²⁸. De esta forma se daba el banderazo de salida para la reivindicación de las ocho horas y de la firma de contratos y bases de trabajo colectivas entre los trabajadores madrileños, que sellaría la primavera triunfal de 1919. Y al mismo tiempo se consagraba un modelo de negociación unitario -cinco sociedades en armonía- y sin tensiones ni huelgas. Todo un programa a medio camino entre la huelga general de industria y las tradicionales y profesionales gestiones del Arte. O lo que es lo mismo, progreso sin ruptura o radicalización de una ortodoxia purista.

Bien puede decirse que la consecución de unas bases de trabajo, tan fácilmente y sin huelga, indudablemente fomentó y favoreció como precedente el aluvión de reivindicaciones subsiguiente, no ya en otras industrias, sino en las propias Artes Gráficas. Pero, pese a esto, parece evidente que el año 1919 sólo se pareció a este modelo en que las huelgas, que se produjeron en casi todos los casos, se resolvieron con cierto éxito en los primeros meses, durante el primer pináculo huelguístico de febrero-abril. No parece que este modelo fructificase en absoluto, ni por lo unitario ni por lo carente de tensión. Los "hijos" del Arte no presenciaron una derrota de los líderes morales de la Casa del Pueblo pero tampoco parece que se sintieran muy atraídos o entusiasmados con tal propuesta, con toda seguridad porque era inviable en las condiciones de sus oficios. Para toda la organización madrileña el impulso (el élan) vital de 1919 lo marcaron los brevísimos paros de la construcción por las ocho horas y de los panaderos, que obligaron a una fulgurante y muy favorable intervención política. Aquello parecía no sólo mucho más plausible sino un auténtico reto al poder y una protesta de gran resonancia.

XI.3. Un intento de puesta al día: la huelga general de Artes Gráficas (1919-1920)

Pese a todo, la Directiva "anarquista" del Arte no renunció a participar en el reto político del movimiento de clase de la primavera, aunque desligándolo de las peticiones "económicas" previas. El inicio de la censura roja entre los tipógrafos barceloneses, consistente en negarse a imprimir noticias desfavorables para los trabajadores, como contestación a la censura gubernamental y la suspensión de garantías constitucionales, suscitó la solidaridad del Arte (25 de marzo). Evidentemente esto iba más allá de las reivindicaciones de oficio y colocaba a las Artes Gráficas en el terreno de la lucha ideológica. Entre los medios de prensa se la consideraba una coacción del libre pensamiento y una ingerencia inadmisible en la línea editorial y de opinión de los diarios, y no una mera rectificación de noticias falsas y tendenciosas. Este procedimiento sin duda avinagró las relaciones entre el personal asociado y la dirección de los periódicos. Aunque se llegó a un acuerdo por lo general, la mayoría de los diarios conservadores se negaron a tratar tal asunto. En La Epoca, El Siglo Futuro, La Acción, El Debate y La Correspondencia Militar el personal asociado se retiró. Como había ocurrido en las huelgas de 1916-1917 la censura obrera afectó fundamentalmente a periódicos de centro e izquierdas que la necesitaban mucho menos, cuando no la aplicaban (autocensura) ellos mismos. Sin duda supuso un eslabón más en la cadena de hostilidades entre los talleres y las oficinas de los periódicos, forjada desde entonces por motivos de poder, y un antecedente muy preciso de las hostilidades de diciembre, pues las empresas periodísticas se reunieron para intentar un frente común. En el Arte, y en cualquier caso, tal procedimiento, guiado por el clima de radicalización general, no debió de parecer del todo oportuno: en verano se suprimió y con él cayó la Directiva²⁹.

La que le sucedió (septiembre de 1919), sin embargo, se aprestó a continuar el clima reivindicativo que sacudía a los trabajadores madrileños, tras los éxitos de la primavera. Su nuevo presidente, José Cernadas, sí era socialista, pero también se había curtido en la lucha societaria en la primera década del siglo y fuera de Madrid -era gallego-, no llevando ni diez años en la capital. Organizador sindical agrario y contrario a la base múltiple en la FGE, como Rodríguez Romero, tampoco coincidía con el daguerrotipo característico de los dirigentes tipógrafos. su principal virtud, según Morato, era la

de ser un "político habilísimo", es decir un gran negociador y un hombre de consenso; "por ello logró que "en su tiempo" se adoptaran acuerdos y prevalecieran criterios que años antes hubieran sido reputados de absurdos"³⁰. La presencia de Cernadas al frente bien puede decirse que selló una alianza tácita entre los partidarios de un sindicalismo radical más agresivo (los Rodríguez Romero) y los puristas obreristas deseosos de reconducir a la Unión (y al Partido) a nuevas -o viejas, según se mire- aguas (los Lamonedá o García Quejido).

El primer criterio de este tipo fue ponerse al frente de una iniciativa de la base, en lugar de convencer a los afiliados de su error y de lo que les convenía. Más de un centenar de afiliados pidieron la rectificación de las tarifas de principios de año al alza (octubre de 1919), aprovechando la época del año, y la Directiva hizo suyas las peticiones. Se nombró una Comisión para redactar unas nuevas tarifas y que luego se encargase de las negociaciones o de la huelga en caso de producirse ésta. En ella no estaban Lamonedá ni Saborit y sí Rodríguez Romero. El presidente era el histórico Cermeño, pero a causa de una seria enfermedad, ejercía prácticamente como figura decorativa. La subida proyectada era nada menos que de un 50 por 100 en los jornales (6 de noviembre). Como puede comprenderse, esta petición estaba muy lejos de ser moderada y difícilmente con ella se iba a evitar una huelga. Tampoco la coyuntura parecía la idónea, si aceptamos la ortodoxia purista del Arte, ni social, en un momento en que era difícil localizar la huelga, con una ciudad soliviantada por las amenazas de lock-out y una huelga de panaderos en marcha, ni de opinión pública, con ya unas peticiones concedidas en menos de un año y una manifiesta ofensiva sobre la prensa en la primavera, ni económica, con una caja desprovista de recursos³¹.

Esta actitud muestra hasta qué punto había una sólida corriente de opinión en el Arte dispuesta a modificar las viejas tácticas, impelida por las circunstancias. Los conflictos que se estaban planteando en 1919 en Madrid no parecían responder a las tradicionales directrices de esta asociación y ésta decidió demostrar su liderazgo en los nuevos tiempos liderando una huelga general de industria. En principio el conflicto era inevitable, porque había diversas sociedades dispuestas a realizar peticiones

colectivas y si el Arte se abstenía de colaborar con ellas -o de canalizarlas- corría un serio peligro de verse desbordado, e incluso de perder jerarquía -espiritual y material- con respecto a alguna. Por ejemplo, los encuadernadores, dispuestos a acercar sus jornales a los de sus colegas, tenían preparadas nuevas tarifas desde agosto³². También los fundidores tipográficos fundaron una sociedad en el mismo 1919. Otros oficios afines, tras el éxito de las negociaciones de enero, se estaban asociando, dentro del virus general de las ocho horas y las peticiones colectivas, y plantearían conflictos antes o después.

De esta fiebre asociativa participaban los periodistas y elemento de oficinas, que se venían asociando -y sufriendo despidos- a lo largo de 1919 en un Sindicato de Periodistas y Personal Administrativo de periódicos. Tan poca tradición sindical como estos tenían las sobreras y fabricantes de artículos de escritorio, que en muchos casos trabajaban en los mismos o adjuntos talleres que los restantes obreros de las imprentas. Las destajistas del papel, las sobreras a mano y a máquina, las engomadoras, las enlutadoras, las papelilleras, ya se habían puesto en huelga en marzo-abril sin ningún tipo de organización, consiguiendo algunas mejoras. Esta huelga se mantuvo unas tres semanas sin ayuda económica, "al humo", aunque con el asesoramiento de la Casa del Pueblo. En cualquier caso se las encareció "la conveniencia de que se organicen seriamente si quieren hacer menos penosa su condición de explotadas". Eso hicieron, formando una sociedad y adhiriéndose a la FGE, buscando así un respaldo efectivo de las organizaciones veteranas, pero sin caja efectiva en realidad³³.

Más antiguas eran las organizaciones de Vendedores de periódicos y de Repartidores. Estos últimos ni siquiera "constituyen oficio, sino que son "ocupación" de la que se saca un suplemento de jornal". Ocupación además de operaciones que pueden "realizarse bien o medianamente bien sin un aprendizaje", y que por dedicarse al pluriempleo podía entablar una lucha sin cuartel sin caja de resistencia, totalmente superflua. Ahora bien, si una huelga se alargaba, la recluta de esquirols era sencillísima y ya podía darse aquella por perdida. Su organización como era de esperar era muy liviana y no aspiraba en ningún caso a sostener ningún pulso con la patronal sino a beneficiarse del

peso de los obreros de oficinas y talleres. Ellos aportaban a cambio otro clímax al conflicto. No una lucha sorda de abandono del lugar de trabajo, sino de pugna abierta y escandalosa en lo que era su espacio de trabajo, esto es, en la calle, en donde podían quemar tiradas de periódicos enteras, ahuyentar a repartidores amarillos o apedrear el ABC mientras voceaban El Socialista³⁴.

La mayoría de estas organizaciones bisoñas, inexpertas, no de oficio, no masculinas, no proletarias, se vincularon a la FGE como socios plenos o "en observación", bien de forma temporal -algunas incluso desaparecieron-, bien sin cotizar, con vistas al movimiento que se preparaba. Así se preparaba un frente común de "Artes Gráficas" en los que a las organizaciones tradicionales (Cajistas, Impresores, Encuadernadores, Litógrafos y Fundidores, derivada de éstas) se unían elementos afines tales como Periodistas, Repartidores y Vendedores de periódicos, Sobreras (amén de las cinco), Empleados de Librería y Casas editoriales o Fotograbadores, sin fondos y de querencia asociativa y de clase más que dudosa a los ojos de los obreros de oficio³⁵. Pero en cualquier caso, los tipógrafos estaban dispuestos a coordinar y "enseñar" a todos, incluidos a los periodistas, y acercar a los intelectuales a la organización obrera y concretamente a la Federación. Por otra parte, esta labor les haría recuperar el liderazgo perdido entre las sociedades de la Casa del Pueblo, mostrando cómo debía dirigirse una huelga general de industria -sin la dispersión de la construcción por ejemplo, incapaz de articular las múltiples demandas de sus oficios y conduciendo al lock-out-, mostrando que el Arte no era un recuerdo del pasado, sino que su táctica se adaptaba al tiempo presente, y que los trabajadores de oficina y profesiones liberales podían luchar satisfactoriamente aceptando tal táctica. En este sentido, la huelga que se iba a plantear combinaba el aspecto "económico" de las reivindicaciones de enero, con el "político" de la censura roja, puesto que planteaba al personal de los periódicos una disyuntiva de poder: la fidelidad a la empresa, al diario, o al sindicato. Bajo este planteamiento, y en un clima patronal general muy sensibilizado por la oleada bolchevique de huelgas, la batalla estaba servida³⁶.

El 15 de noviembre se firmó un pacto de unión para defender las reclamaciones respectivas frente

a los patronos impresores y las empresas periodísticas, nombrandose una Junta con un representante de cada entidad, más uno de la FGE. En una asamblea magna el 30 de noviembre de 1919 se selló esta unidad con la voluntad de ir al huelga a un tiempo en los talleres de obras y en los periódicos. El día 1 se iniciaba la huelga general en los primeros, decidiéndose sobre la marcha, la misma noche del 30, no secundarla de momento en los segundos, al iniciarse las negociaciones con los representantes de la prensa. Pese a los intentos en este sentido las empresas periodísticas y las imprentas de obras ofrecieron frentes separados, aunque muy pendientes unos de otros. El núcleo de resistencia de estas últimas fue la Unión de Impresores, que impidió que los encuadernadores y litógrafos llegaran a un acuerdo, y que recurrió a coacciones y presiones sobre los patronos no asociados, en su mayoría transigentes con una negociación. Esta quedó suspendida por los patronos ante el "atropello" que suponía la apresurada decisión de ir a la huelga, que sin duda rompía las tradiciones de las imprentas³⁷.

Con el Comité de las empresas de los periódicos, de las que hicieron de portavoces los directores, sí se inició una negociación, en principio bastante satisfactoria en cuestiones tan espinosas como el reconocimiento previo de la personalidad jurídica de las asociaciones obreras. Este obstáculo inicial ya deslindó dos campos nítidos entre la prensa: la inmensa mayoría de los periódicos de un lado y el grupo de irreductibles diarios conservadores de otro. Estos últimos se abstuvieron de aceptar tal principio. Así, El Siglo Futuro, ABC, La Epoca, La Acción, El Debate y otros. Desde un principio Luca de Tena, (para los huelguistas Don Cólega, al parecer por un defecto de dicción), director de ABC, y Delgado Barreto, de La Acción, se convirtieron en caudillos de la intransigencia frente al sindicalismo rampante. En cualquier caso la presencia de Miguel Moya, cabeza saliente de la "Sociedad Editorial de España", que aglutinaba a El Imparcial, El Liberal y Heraldo de Madrid, al frente de la Comisión negociadora, ofrecía garantías de un diálogo fluido³⁸.

De hecho, se llegó a un acuerdo en la supresión de meritorios y redactores sin sueldo y en no discriminar entre personal asociado o no asociado en las oficinas; también en los sueldos mínimos de

los redactores en los periódicos, divididos en tres categorías (300, 250 y 150 pesetas), en aceptar un día de descanso semanal y un mes de licencia pagado al año. El punto de discordia que detuvo totalmente las negociaciones fue la negativa de las empresas a la ingerencia del Sindicato de periodistas en la confección y perfil de las plantillas de los diarios, lo que suponía un obstáculo para la libre contratación del personal. La oferta sindical de establecer una Comisión mixta que interviniese en el tema de los despidos también fue rechazada. Esto provocó la ruptura, alentada además por las respectivas asambleas, la junta general de periodistas y la de directores de periódicos, que obligaron a modificar la fórmula de acuerdo en principio aprobada³⁹. Aunque en el apartado económico los obreros de los talleres no lograron el 50 por 100 de aumento, prácticamente inviable, pronto se encontró un margen de regateo entre el 30, más realista, propuesto por los tipógrafos y el 20 ofrecido por los patronos. Por ello, no puede aceptarse, aún existiendo, que la discrepancia "económica" fuese el motivo de que la noche del día 5 se llevase la huelga a los diarios, como parece asegurar Morato⁴⁰.

En un principio sólo aparecieron sin problemas dos diarios, El Socialista y Nuestro Diario, publicado por los reporteros en huelga y poblado de invectivas mordaces sobre la vida interna de las redacciones⁴¹. El 6 lograron salir el irreductible ABC, El Debate y El Universo, pero su venta se hacía casi imposible ante las "hogueras purificadoras" donde eran arrojados. El ABC anunció que no saldría por solidaridad con sus colegas y que aparecería un periódico común de las empresas llamado La Prensa de Madrid como portavoz general, algo que no sucedió por las discrepancias que comenzaron a hervir entre los periódicos⁴². Pieza fundamental en el mantenimiento de un frente unido fue la férrea postura de la Empresa de Miguel Moya, que pese a gestionar diarios conocidos por representar a la izquierda dinástica e incluso republicana, participó de las tesis de ABC, proceso que venía incubándose desde 1916, cuando menos. Por ello obligó a sus redactores de El Liberal y Heraldo de Madrid a elegir entre la obediencia sindical o continuar en la empresa, lo que supuso el despido de una significativa parte de ellos, para crear La Libertad y El Heraldo -luego Hoy, tras ser denunciado por plagio de nombre⁴³. Morato, que era redactor de Heraldo de Madrid explica con

conocimiento de causa los temores de esta vieja prensa:

"la Empresa de aquel diario, o de aquellos diarios, que siempre defendieron los ideales democráticos y estuvieron al lado de los obreros y de las clases humildes, veía en el movimiento un manejo o conspiración del Sindicalismo (...), ocurría que los diarios que ocupaban personal asociado eran de peor condición que aquellos otros en que trabajaban no asociados, puesto que en los repetidos casos de huelga general, los últimos aparecían con perfecta normalidad, y los otros, si se publicaban, era merced a grandes esfuerzos y de un modo deficiente"⁴⁴.

Lo cierto es que a partir del 9 y el 10 de diciembre empezó a ser general la desbandada del "frente común" patronal por uno u otro motivo, lo que hizo imposible cualquier final concertado y aceptado de la huelga. Por un lado comenzaron a aparecer y venderse, resguardados por militares y policía, y a veces por los soportales de edificios públicos, y voceados por los "pollos mauristas" de la "Unión Ciudadana", algunos diarios junto al inefable ABC, como El Debate o La Acción. También otros periódicos decidieron hacer concesiones. Primero La Correspondencia de España y después El Fígaro, El Sol, El País o La Tribuna, llegaron a acuerdos con su personal, uno a uno⁴⁵. De la misma forma se resquebrajó la disciplina de la Unión de Impresores; el 30 por 100 que aceptaron varias casas fue usado para sufragar la huelga. El 19 se hacía pública una lista de más de 50 casas que ya no estaban en huelga y se declaraba el boicot a los periódicos de la "Sociedad Editorial de España" (excepto El Imparcial, que llegó a un acuerdo), que volvían a aparecer con personal amarillo. Finalmente el 1 de enero de 1920 el Arte llegó a un acuerdo con la Unión de Impresores, sobre un aumento del 25 por 100 sobre las tarifas de febrero, "asegurando que del estudio que de las mismas se haga (...) este aumento será superior al convenido y citado 25 por 100" (finalmente quedó fijado entre el 25 y el 30 según categorías)⁴⁶. El trabajo se reanudó de forma general el 2 de enero, con algunas excepciones como los fotograbadores, que no lo hicieron hasta el 5 o las sobreras, que tuvieron que ir a la huelga por su cuenta el 13 de enero y hasta el final del mes para lograr un 20 por 100⁴⁷. Quedaron fuera de la nueva jurisdicción, diarios como El Liberal, Heraldo de Madrid, El Día o ABC, todos en la lista negra de la Casa del Pueblo⁴⁸.

Es difícil valorar una huelga de estas características, plena de "unión de los obreros manuales e

intelectuales", en la que "la rebeldía subió del taller a la Redacción"⁴⁹, tan racionalmente planteada, pero que no pudo tener un final más deshilachado y poco épico. El espaldarazo a las asociaciones de Artes Gráficas en cuanto a militancia y número fue muy importante, pero sólo temporal en muchos casos⁵⁰. El intento de sindicación de los periodistas fue un fracaso⁵¹. Buena parte de ellos -algunos socialistas- se mostraron alérgicos al sindicalismo obligatorio, tal y como lo planteaban los tipógrafos, y la propia dinámica de la huelga, donde la única alternativa para los reporteros progresistas había sido la creación de sus propios órganos, mostraron que la horma del Arte no era tan fácilmente exportable como se pretendía al ámbito de la oficina y el trabajo intelectual. Este fracaso ahondó el recelo de las imprentas hacia los "intelectuales y "profesionales", que llegaban a acuerdos sin contar con los talleres⁵². La unidad con los periodistas sólo había servido a efectos prácticos para prolongar y enconar innecesariamente una huelga, que podía haberse solucionado mucho antes. De hecho, y pese a la resistencia de la Unión de Impresores (presionada por la Federación Patronal y en un clima enrarecido), el acuerdo económico con las casas de obras fue casi completo y en toda la huelga los patronos mantuvieron los talleres cerrados, evitando la provocación, el esquirolaje masivo y, por tanto, los incidentes.

La tradicional resistencia económica de los tipógrafos estuvo a punto de resquebrajarse ante las colosales dimensiones del conflicto (unos 5.000 huelguistas en su momento álgido). La ayuda de la FGE dejó mucho que desear, pese a declarar las huelgas como reglamentarias, y a la UGT se la criticó ásperamente por su pasividad y tono melifluc⁵³. Sin poder catalogarse la huelga de una derrota si atendemos a lo económico, el proyecto de convertir al Arte y a los obreros de los talleres en el eje de un industria del Libro y el Periódico controlada sindicalmente de arriba abajo, fue un sonado fracaso, y con ello el sueño de volver a convertirse en el punto de referencia del movimiento sindical madrileño. A partir de esa fecha los tipógrafos no solo no volverían a promover conflictos de industria, limitándose a los talleres, sin hacerse copartícipes de cómplots de oficina y de hogueras expiatorias en las calles, sino que decidieron que las negociaciones hábiles reportaban más ganancias prácticas y costaban mucho menos dinero (más de 80.000 pesetas costó la de 1919-20).

XI. 4. Mar de fondo y fracaso de la idea industrial (1920-1923)

La huelga además tuvo consecuencias importantes para el sector y no demasiado beneficiosas para los operarios de los talleres en forma de compensaciones a las empresas suministradas por el poder político. El último domingo de enero de 1920 entraría en vigor el descanso dominical para los periódicos (los vespertinos el domingo, los matinales el lunes), medida que no favorecía a los tipógrafos, que ya disfrutaban de un día semanal de descanso remunerado, y perdían así un día de jornal, y sí a los periodistas, que no lo tenían, y a los empresarios, que se ahoraban el lanzamiento de un número tras el alza de tarifas que había supuesto la huelga. Además se limitó el número de páginas por periódico, ante los problemas de suministro de papel -menos planas, menos paquetes, menos jornal-, y finalmente en primavera, con Dato, se autorizó una subida del precio de los diarios prácticamente al doble, sin que los vendedores vieran aumentadas sus utilidades por esto. Esto posibilitó la adquisición de nuevos materiales, reestructuraciones de plantillas y que algunos periódicos se revitalizaran, empezando por el propio órgano del Partido Obrero⁵⁴

También hubo mar de fondo en el Arte y en la Federación Gráfica. En la primera se renovó casi toda la Directiva, aunque continuó Cernadas al frente -y lo haría hasta 1922. Realmente este hombre parecía el idóneo para mantener cohesión en la dirección tipográfica, donde "la heterogeneidad era extrema, como pedían los tiempos", mezclándose terceristas, socialistas, sindicalistas y enemigos de la base múltiple y la Federación centralizada. El descontento hervía, alimentado sobre todo por los jóvenes y las nuevas generaciones de parados y de emigrantes llegados al olor de los aumentos⁵⁵.

De esta forma, a la menor ocasión, es decir en cuanto se terminó el verano, se organizó una asamblea extraordinaria (el 15 de octubre) con el objetivo de pedir nuevos aumentos de jornal, que calmasen un poco los ánimos. La celeridad fue inaudita. Se prescindió de las Comisiones y Ponencias que determinarían la cuantía de las nuevas tarifas, dando un voto de confianza a la propia Directiva para negociar. Sólo se fue de acuerdo con los hermanos Impresores, adelantándose a la iniciativa de estos y a la de Encuadernadores, a los que se dejó negociar por su cuenta; todo esto con sólo 20.000

pesetas en caja, es decir subsidio para una semana. Por supuesto, los tipógrafos veteranos querían desmarcarse del clima huelguístico muy elevado, aunque ya frenado desde la primavera-verano de 1920. Ellos, siempre pioneros, ya venían de vuelta. En tres días (el 18) se acordaban nuevas tarifas, entrando en vigor el 22 de noviembre⁵⁶. La división de la patronal y los manifestos deseos mutuos de no repetir la pugna del invierno anterior favoreció el acuerdo. Los encuadernadores consiguieron los aumentos también sin lucha, aunque más de uno se quedó con el deseo de ir a la huelga⁵⁷. Lo cierto es que se había conseguido en cualquier caso que la negociación colectiva sustituyese la antigua "jurisdicción" lograda palmo a palmo, imprenta a imprenta. Ahora, una red muy tupida de delegados de taller impedía el estallido de huelgas parciales inopinadas. ¿Qué había quedado de aquel Sindicato único que se levantaba amenazante a los ojos de la prensa madrileña?

No sólo no había tal, sino que el malestar que se incubaba en las imprentas, canalizado en lo económico, comenzó a centrarse en los centros emisores del poder: en los organismos nacionales. Con respecto a la FGE, ya se había visto obligada en junio de 1920 a convocar un congreso extraordinario, desbordada por el déficit acumulado ante la oleada huelguística general. La Federación apenas podía atender a movimientos como el de Madrid de 1919-20, y esto, pese a medidas extraordinarias como doblar la cuota (diciembre de 1919), suponía que sus prestaciones económicas hacia los tipógrafos madrileños eran muy inferiores a lo que estos pagaban para sostener este entramado burocrático y el de la Unión. Su inestabilidad además era patente, con nada menos que tres comités centrales durante el trienio bolchevique. Aunque en este congreso se compensó a todas las tendencias con una declaración de principios que decía que "todas las tácticas lícitas empleadas hasta ahora por los obreros son igualmente aceptables", lo cierto es que la representación de Artes Gráficas (encabezada por Acevedo y Cernadas) al XIV Congreso de la Unión no votó por la III Internacional y que la desbandada de secciones en todo el Estado fue bastante importante⁵⁸.

En el propio Arte, que como ya sabemos, nunca fue un entusiasta partidario de la Federación, pese a estar dirigida ésta por el mismísimo Lamonedá, se levantó una importante corriente de opinión

favorable a salirse de dicho organismo. El hecho de que se consiguieran mejoras económicas en octubre de 1920 sin necesidad de subsidios, tras haber pagado cuotas dobles, parecían demostrar aún más lo "costoso" e inútil de este "Sindicato único nacional". Una vez roto el pacto CNT-UGT y fracasada la huelga general de diciembre, se desencadenó la ofensiva en ese sentido. Entre enero y febrero de 1921 se discutió una proposición presentada por casi 400 asociados para abandonar la Federación, que tuvo que dirimirse en un plebiscito. Todos los prohombres del Arte, Lamóneda (presidente de la polémica Federación), el mismísimo Rodríguez Romero, José López y López (que era presidente de las Juventudes Socialistas justo cuando su conversión en PCE), Cernadas, o los jóvenes "concienciados" de Vanguardia Gráfica se mostraron a favor de ésta de viva voz, con manifestos o desde El Socialista. Pese a esto hubo 928 votos en pro de la Federación, 698 por la separación y 400 abstencionados. Las puras cifras nos explican que una amplia mayoría seguía sin estar de acuerdo con el organismo unitario. Probablemente el elitista Arte y la Federación sufrían un empacho de juventud y de plétora de afiliados. La pasión empezaba a ir demasiado lejos, amenazando nada menos que a la organización, sabia y añeja⁵⁹.

Otras sociedades no fueron tan tolerantes. Los encuadernadores decidieron despedirse de la Federación y de la Unión. Estos sí se abandonaron a lo sublime de la lucha a pecho descubierto, sosteniendo una huelga de cinco semanas con los patronos entre noviembre de 1921 y enero de 1922, siendo derrotados, si bien no represaliados⁶⁰. Parece que, independientemente de las valoraciones ideológicas que quieran hacerse, fue decisivo el relevo generacional y la aparición de líderes sin suficiente experiencia y veteranía al mando de la sociedad, algo de lo que se quejaban habitualmente bastantes militantes, junto al irrefrenable deseo de acercar sus jornales a sus colegas de las imprentas, más poderosos, sin su tutela⁶¹. Esta sociedad vio crearse en su seno un grupo de "disidentes" afiliados a la Federación, que cobraban los odiados "subsidios" frente a los demás, pero ya en 1923 parecía condenado a muerte por insolidario. Finalmente se escindiría con la Dictadura⁶².

Lo cierto es que aún cuando la supervivencia de la Federación se garantizó, el sueño de que esta

organización nuclease un modelo alternativo (o de puente entre la CNT y la Unión, entre el socialismo y el tercerismo) se esfumó desde entonces. El proyectado frente único de las Artes Gráficas quedó reducido en la práctica a la colaboración de impresores y cajistas para revisar sus jornales cada cierto tiempo con la Unión de Impresores, sin recurrir a la huelga. Con estas concesiones de aumentos se conseguía entre otras cosas desarmar el descontento que pudiera organizarse entre los afiliados más inquietos⁶³.

Tras la escisión del Partido Obrero parece evidente que el Arte y la Federación extremaron su prudencia y conciliación interna para no poner en riesgo sus respectivas organizaciones en aventuras de ningún tipo, pese a que buena parte de lo mejor de la tipografía formó parte activa del nuevo movimiento comunista. En el congreso federativo de septiembre de 1921 se votó a favor de la Unión y de la Internacional sindical de Amsterdam. Cernadas abandonó en 1922 la presidencia del Arte para dirigir la Federación y evitar cualquier problema en el expeditivo congreso ugetista de ese año, donde se votó a favor de la tarea del Comité Nacional. Los presidentes del Arte en los últimos años que nos ocupan fueron Antonio Muñoz y Antonio Atienza. El primero educado en la misma Escuela de Aprendices, es decir a los pechos del Arte mismo, y el segundo, veteranísimo militante, miembro del Partido Socialista y hasta redactor de El Socialista. En el Congreso de la FGE de septiembre de 1923 se eligió incluso a un impresor, Manuel Lois, como presidente, con un comité central en donde no aparecía ni un solo nombre de la "época dorada". Sin duda, se había acabado la heterodoxia.

Las aguas volvían a su cauce y los tipógrafos a su secular moderación y a sus tácticas, reforzadas con la práctica conquista de la revisión salarial -aunque seguía habiendo huelgas contra intransigentes, revoltosos y amarillos. La organización quedaba indemne, aunque circunscrita a la mínima expresión⁶⁴. A costa de su mantenimiento, se abandonó por completo aquel colosal intento de recuperar el liderazgo perdido. Ese proyecto que mostraría, como antaño el Arte, a la clase obrera madrileña y de España toda que había una alternativa moderada pero firme, y sobre todo obrera, a la imparable desorientación de la Unión, a las guerras civiles entre hermanos, a la burocratización

y al arribismo político y al divorcio de trabajadores manuales e intelectuales. La organización vivió, el liderazgo murió. El fracasado intento no se repetiría.

En vísperas de la Dictadura en Madrid había una organización líder sí, pero se llamaba Federación Local de la Edificación. En la Ejecutiva de la UGT había tres personalidades del Arte sí, Iglesias, Saborit y Núñez Tomás, pero ninguno trabajaba ya en las imprentas. Quejido y Lamonedá, los refundadores del Arte y de la Federación, eran personalidades sí, pero del nuevo, y muy pronto minúsculo, Partido Comunista, el partido de los perdedores. Triste broche histórico para unos obreros tan orgullosos de sí mismos.

NOTAS

1. Aunque se podrían poner muchos ejemplos, entresacamos uno de una obra clásica. J. A. LACOMBA en La crisis española de 1917, Madrid, Ciencia Nueva, 1970, pp. 260-261, al referirse al comportamiento de los trabajadores madrileños en la huelga de agosto se refiere estrictamente a albañiles y tipógrafos. La expresión del título para referirse al Arte ya ha sido citada en otras ocasiones y procede de J.J. MORATO, La cuna..., p. 611.

2. Curiosamente, y aunque el Arte funcionaba prácticamente como una banca para toda la organización madrileña, no tenemos constancia de que en todo este período dieran una sola peseta de solidaridad... precisamente a los panaderos, que sostuvieron nada menos que cuatro huelgas generales. Y eso que hasta ayudaron al Sindicato de la Madera. ¿Tacañería o antipatía?. Resulta tentador imaginárselo.

3. Era imposible confundir un desastrado panadero con un tipógrafo. En la huelga de panadería de 1893, Morato, que actuaba de mediador, cuenta su recibimiento por parte del gobernador civil. Este al verle le espetó: "Usted de seguro es tipógrafo, y no panadero. A usted le ha[n] embaucado (...)". Si su aspecto no le delataba lo suficiente, a continuación lo hacía su orgullo profesional, su vocación magistral o ambas. Así, enmienda la plana al gobernador mientras éste dicta su atestado:

"(...) en una de éstas "la autoridad civil" dictó:

--Y.

--Y--repitió el amanuense.

Su excelencia meditó un buen espacio, y añadió:

--Ahora, punto y coma.

Todo podía pasar, hasta los solecismos; pero aquello no, e interrumpí, con todo respeto:

--Perdone V.E.; pero después de y no puede ponerse punto y coma...

El gobernador se indignó; el pobre escribiente me miró estupefacto.

--¡Se burla usted; sólo faltaba esto!

--No me burlo; esa conjunción no admite detrás más que coma, y eso cuando hay inciso, que corta, pero no concluye la oración. ¡Son habas contadas!". (La cuna..., p. 305).

Baroja, conocido por lo sucinto y preciso de sus retratos, y a través de Manuel, que entra como aprendiz en una imprenta de fin de siglo, al describir al regente y a Jesús, un cajista, destaca, entre sorprendido y jocosos, que en pleno trabajo los dos portan sendos sombreros hongo, Mala hierba, Madrid, Caro Raggio, 1974, pp. 123 y 125. Esto hay que entenderlo como una imagen colectiva y dentro del contexto de los hábitos populares, y no impide que el mismo Jesús se emborrache y se acueste con su hermana carnal.

4. Para un conocimiento más amplio de tales tácticas y conceptos remitimos a lo que se dice en el Cap. VII y a las notas de éste.

5. El término de "jurisdicción" lo emplea certeramente el mismo Morato, La cuna..., p. 374. Mochuelo ("comerse" palabras en la composición) y pastel (líneas, y a veces planas enteras, desordenadas) son dos de los muchos errores que habitualmente cometían los cajistas y que teóricamente no debían pasar el filtro del corrector. Eran recibidas jocosamente cuando las cometía un compañero y ásperamente cuando eran atribuidas a la propia hoja de servicios. Que los cometiese un amarillo era lógico, como sabemos.

6. La exigente Escuela de Aprendices que organizó el Arte en 1905 pedía a los candidatos (mayores de catorce años) saber leer, escribir y las cuatro reglas. Luego de hecho la mayoría no cumplía esos requisitos. Apenas un tercio de los matriculados terminaba estos cursos; aún menos los aprobaban. Cfr. Morato, La cuna..., p. 588.

7. Vease la hermosa conciencia de decadencia que transmite Morato, cuando dos compañeros suyos hojean un volumen mostrado por Pi y Margall, que además de político, era historiador y bibliófilo: "Era un hermoso libro estampado en los primeros años de la Imprenta. Buenos operarios, enamorados de nuestro arte (...), admiraron lo armonioso de la portada, la óptima distribución de los blancos, lo proporcionado de las márgenes, la igualdad del espaciado y otros primores de arte y técnica" (La cuna..., p. 315). A. ELORZA define a los tipógrafos como "una aristocracia obrera en declive", en "Sobre Madrid y el socialismo...", El socialismo en las nacionalidades..., p. 78.

8. Conocida es la descripción de una de estas imprentas minúsculas, abundantes en el último tercio de siglo, hecha por Pío Baroja en Mala hierba..., pp. 123-132. Con una prensa y tres cajistas, más un par de hombres en la máquina, mantenía nueve periódicos o sapos intercambiables. Manuel, al entrar como aprendiz, se encarga de la distribución de letras a los cajetines y de introducir papel en la prensa, tarea para la que era innecesaria un ayudante.

9. Lo que opinaban los tipógrafos conscientes sobre estas "intromisiones", véase en Morato, La cuna..., p. 228: "Hizose cargo de la gerencia un señor entendido en lo que llaman negocios - generalmente ciencia de "chalanés"-, pero desconocedor de lo que era una imprenta, un gerente que pronto chocó con el encargado de los talleres (...) [y que] quiso introducir en el departamento de máquinas reformas de organización para falsear las tarifas". Este fue el origen de la huelga perdida de Rivadeneyra en 1885. Como sabemos, la figura del gerente "inteligentísimo" dispuesto a imponer nuevas formas de trabajar, era foco ineludible de conflictos.

10. Sobre el mundo editorial pueden verse Hipólito ESCOBAR, Editores madrileños a principios de siglo, Madrid, Instituto de Estudios Madrileños, 1985; Rafael PEREZ DE LA DEHESA, "Editoriales e ingresos literarios a principios de siglo", Revista de Occidente, 71, ii-1969, pp. 217-228. Entre las innovaciones editoriales de principios de siglo destacan las novelas breves de gran tirada (El cuento semanal). Sobre el periodístico, J. Timoteo ALVAREZ, "Propaganda y medios de información en Madrid, 1900-1920", La sociedad madrileña..., pp. 267-277, sostiene que "en torno a 1900, (...), llegan a Madrid nuevas formas de entender y utilizar los periódicos, en general, y la prensa diaria, en concreto", basadas en el espíritu del regeneracionismo heredero del Desastre, la conversión de los escritores en "intelectuales" activos políticamente y la propaganda organizada desde los grupos de presión. Periódicos señeros. Estos cambios no sólo traen nuevos diarios; ABC como diario (1905), El Debate de Herrera Oria (1911), Editorial Católica (1912) y el Ya, El Socialista como diario (1913), El Sol (1917), La Libertad (1919). Esto supuso una presión extraordinaria sobre los más tradicionales: El País, La Correspondencia de España, El Liberal, Heraldo de Madrid, El Imparcial. Estos tres últimos se aglutinaron en 1906 en la "Sociedad Editorial de España", síntoma de estos cambios que se avecinaban.

11. La cita es de La cuna..., p. 311. El Arte realzó su propia importancia encargando a Juan José Morato la crónica de su propia historia (1925). Pese a utilizar su relato, concienzudo y crítico, la interpretación que da este autor a estos cambios sin embargo es un tanto diferente a la que aquí se sugiere y definitoria del espíritu defensivo postartesanal de estas sociedades. El marasmo y desinterés del período anterior a 1899/1900 lo atribuye a la decadencia del arte tipográfico, con problemas de desempleo, descuido de las tareas del oficio, periódicos de mala calidad, imprentuchas, etc. En definitiva "al sumo envilecimiento". En el mismo sentido, el impulso societario de la primera década del siglo se debe sobre todo a cambios de la demanda, un "renacimiento del buen gusto", al aflujo de capitales tras la guerra de Cuba y con ello abundancia de trabajo, la mejora de los jornales en periódicos y editoriales "con tal de salir presentados bellamente", que "cuidaron la 'presentación del producto'". Con ello se demandaron "operarios hábiles y completos", resurgiendo el arte y con ello la sociedad, que respondería a un resurgir, a una "recualificación", y con ello a una nueva "consciencia" (pp. 576-577). Explicar las transformaciones industriales y el "resurgimiento" societario por demanda de más lujo y mejor acabado en el producto final era también habitual en el mundo de la vivienda y la construcción. Nuestra interpretación es diametralmente opuesta: sería la

"descualificación" acelerada y el deterioro de la tradicional "solidaridad informal" lo que fortalece a la sociedad, que se convierte ahora en la garantía institucional de una realidad perdida.

12. Todo tenía su explicación, y es que tenía a un "capitalista [osea un negociante "chalán"] que reza como director". Sobre el empleo masivo de mano de obra adolescente en ABC existe el testimonio ocular del propio Morato, que por razones laborales pasaba frente a sus talleres a diario a primera hora de la mañana y por la tarde. Al parecer eran utilizados para las tareas nocturnas, La cuna..., nota 1 de la pág. 410. Sin embargo, él mismo reconoce la calidad del periódico, "uno de los mejor escritos y presentados de España" (p. 408; también de aquí la primera cita), lo que contradice su opinión sobre los amarillos -la del mundo de los oficios-, sustentada durante toda su obra. Por todos estos motivos el periódico se convirtió en la bestia negra particular de los obreros organizados. Pese a todo, su supervivencia se la garantizaba su público lector -élites conservadoras, clases medias atemorizadas-, que precisamente buscaba una confirmación de sus más negros presentimientos sobre la evolución social y política del país.

13. En el Censo electoral social publicado en 1920 era el sindicato "rival" más antiguo de cuantos estaban consignados. Su supervivencia muestra su viabilidad, algo no siempre fácil para estos organismos. Afecto al Círculo de San José

14. En Morato, La cuna..., p. 376. Un ejemplo nos lo suministra El Socialista, en su lanzamiento como diario en 1913. Contrató la imprenta de El País para este menester cuando ésta se hallaba en el índice del Arte. El boicot se levantó -en realidad se aceptaron las tarifas y se asoció al personal previa multa- por presiones de Besteiro y el propio Iglesias, que sufrió todo tipo de invectivas de sus antiguos colegas tipógrafos, y con dimisión de la Directiva de la sociedad incluida. Cfr. Morato, La cuna..., p. 388. Nótese que de acuerdo a este testimonio El Socialista-diario se comenzó a realizar en una imprenta de antiguos amarillos. Por otro lado, sus invectivas contra El Socialista y el político "obrero" profesional abundan en toda esta obra. P. ej. su descripción de un "periodista y abogado", "arribista", "mediocre", "liberal" y "teniente de alcalde", en pp. 375-376, refiriéndose probablemente a García Cortés o a su compañero de Ayuntamiento, López Baeza, que llegó a representar al Sindicato de periodistas en la huelga de 1919-20. Ambos abandonaron el Partido con la crisis de 1921-22 y se convirtieron en concejales "independientes". Este tipo de problemas continuó en los años treinta con la pugna, ideológica pero también periodística, entre El Socialista, muy anticuado, y el rompedor diario Claridad, de mucha mayor calidad. A este último periódico se le acusó por parte de Artes Gráficas de no pagar a los obreros, de incumplimiento de las bases de trabajo y de fraude administrativo. Cfr. F. SANCHEZ, "Prensa obrera en el Madrid del Frente Popular (febrero-julio de 1936)", Prensa obrera en Madrid 1855-1936 (ed. de S. CASTILLO y L.E. OTERO), Madrid, 1987, pp. 441-454.

15. Mario Anguiano, presidente del Arte, expuso este criterio, que al parecer convenció -era el sino de los tipógrafos- a las organizaciones de la Casa del Pueblo, pero no a la Ejecutiva de la UGT. En Morato, La cuna..., pp. 381-382.

16. Sobre la transformación de la Tipografía en la FGE, cfr. Morato, La cuna..., pp. 415-420, y sobre la oposición del Arte, pp. 413-414. El antiguo órgano federativo, La Unión Tipográfica, se transformó en El Obrero Gráfico. En su primer número (i-1917) sólo constaban tres sociedades de Madrid, el Arte, Impresores y Encuadernadores, de seis posibles (p. 24). De 3.678 federados en septiembre de 1918, 2.101 eran de estas tres secciones, ibid., 17 (x-1918).

17. Ni siquiera en el clima unitario de 1920 logró prosperar una fusión con los litógrafos. Cfr. las negociaciones "optimistas" al respecto en EOG, 35 (i-ii-1921), p. 4.

18. El texto de la circular y el balance de la huelga en "El paro general del 18 de diciembre y la Prensa diaria", El Obrero Gráfico, 1 y 2 (i y ii-1917), pp. 3-4 y 7-10 (informe sobre Madrid)

respectivamente. Las comillas en p.7. Las casas de obras (es decir de libros y folletos) sí pararon sin muchos problemas, a excepción de las imprentas oficiales. Aunque sólo hubo represalias en La Acción, se consignó un peligroso punto de partida y es que "los directores de periódicos, en su mayoría, han convenido en prescindir de asociados, suponiendo nosotros que no se atreverán a secundar los manejos de D. Torcuato Luca de Tena" (p.9). Las Empresas periodísticas empezaban a identificar modernidad y crecimiento con personal sin asociar. Morato describió a los hombres de la Unión y de la Casa que se personaron en la asamblea de tipógrafos como "burócratas" que no iban a perder un solo jornal, y el Arte a ésta la llamó "sesión patriótica" (La cuna..., p. 430 y 432, esto último citando el Boletín del propio Arte). Los encuadernadores se manifestaron en cualquier caso a favor de la huelga total, frente a impresores y cajistas, partidarios de una reedición del Primero de Mayo.

19. Opiniones sobre los preparativos del movimiento de agosto en Morato, La cuna... (pp. 439-442, citando el Boletín del Arte). Las censuras de la FGE a la dirección de la Unión en el congreso, en El Obrero Gráfico, 23 (iv-1919), pp. 5-7. Según su testimonio (el de Acevedo y Lamonedá), y pese a que tal oposición no tuvo frutos, "estamos satisfechos, porque lo que en realidad perseguíamos nosotros era trazar normas de conducta para el porvenir, y en este sentido (...) produjeron en el Congreso la impresión saludable que buscábamos". Durante la huelga Morato habla de "desorientación general" (p. 445), y ya sabemos el poco entusiasmo que causó la huelga en otras sociedades madrileñas, dispuestas a volver al trabajo a la mínima oportunidad.

20. Morato, La cuna..., nota 1 de la pág. 432, citando a la FGE. Según su opinión, las oleadas huelguísticas de 1919-1920 se fundamentaban en este cambio de táctica auspiciado por el Arte y la FGE, y tenían su sustancia en las peticiones económicas.

21. La mayoría de las huelgas estallaban por la inclusión de arnarillos en los talleres y para que estos fuesen expulsados, o por una ruptura del statu quo del taller por algún "ignorante" gerente. De excepcional puede considerarse una huelga de imprenta que pasase de 50 obreros y que durase menos de un mes. Cinco tipógrafos del Asilo de Huérfanos del Sagrado Corazón de Jesús estuvieron en huelga más de 70 días en 1915. En la huelga del periódico La Mañana (1915-16) todos los huelguistas fueron sustituidos. Otra huelga en 1916 duró casi 80 días. La de La Acción -un despido en realidad- que mencionábamos previamente no se dió por terminada hasta 40 días después, con la mayoría del personal sustituido. En la Imprenta Española (1917) fueron más de noventa días con "selección" de personal. Cinco fotograbadores estuvieron más de 130 días en huelga ese año pidiendo el traslado de un aprendiz menor de edad; por supuesto se emplearon en otra imprenta. Más de cuarenta encuadernadores mantuvieron una de más de 110 días en 1918. Más de treinta no volvieron al trabajo. Cfr. la "Cronología de huelgas" de los años respectivos en pp. x. Entre las trece huelgas de más de 50 días de 1914-1918, siete eran de este ramo. Ninguna de más de 200 trabajadores antes de 1919, y las dos que hubo a partir de esa fecha (la general de diciembre de 1919 y la de encuadernadores de 1921-22) una se perdió totalmente y la otra al menos en parte.

22. Sobre el origen, desarrollo y consecuencias del conflicto de Ratés, EOG, 2 (ii-1917), p. 21; "Cuestión enojosa", EOG, 3 (iii-1917), p. 10; y en EOG, 17 (x-1918), p. 3. Los encuadernadores alegaban que las rencillas se remontaban a la huelga de diciembre de 1916, en la que mantuvieron distinto criterio que las restantes sociedades, y que en el planteamiento de la huelga no se contó "con ellos para nada", y que tuvieron que retirarse del trabajo 'desorientados y disgustados'. En el comunicado de la Directiva de abril de 1917, Boletín de la Sociedad de Obreros Encuadernadores de Madrid, Seg. trimestre 1917 (estos boletines carecen de fecha exacta), pp. 1-3.

23. Probablemente decisivas para el planteamiento huelguístico de 1919 fueron la huelga de los tipógrafos de la imprenta de El Día, La Nación y España Nueva (abril-julio de 1918), que tuvieron que volver a los talleres sin ningún éxito y la de encuadernadores de la casa Calleja (julio-noviembre), con más de treinta sustituidos. Ambas, sobre todo la primera (unos 70 operarios), eran casas de peso

en el sector, y en ambas hubo una derrota contundente, que parecía marcar los límites de la estrategia de luchas localizadas. El planteamiento de la primera en "La huelga de tipógrafos", ES, 16-iv-1918. El de la segunda en "¡Triunfaremos!", BSOEM, Cuarto trimestre 1918, pp. 1-2.

24. El trabajo de las imprentas se descualificaba en el sentido de perder sus trazas artesanales pero sin duda no disminuía. La huelga de 1882 promovida por el Arte fue casi general y movilizó a unas 400 personas. Entonces sólo había una sociedad. Antes de 1919 el Arte ni en sus mejores momentos alcanzó los 1.500 afiliados. En 1919 sólo en el Arte había casi 2.000 afiliados y en los años siguientes la cifra nunca bajó de 1.500. Los impresores afiliados -los de máquinas- que antes de la guerra a duras penas pasaban de 500 sobrepasaban con creces el millar después. Eso sin contar los litógrafos, repartidores, encuadernadores y otros, que bien podían ascender a 1.500. Y los del Sindicato católico, en torno a los 500. Evidentemente el tirón que sufre la militancia obrera tras la guerra engorda las cifras, pero hay que tener en cuenta que en este sector las tradiciones societarias y la ratio de afiliación siempre fueron elevadas y que la abundancia de trabajo también aumentaba el número de cotizantes reales. Que la coyuntura de finales de la guerra era buena en el sector en general lo testimonia Morato en varias ocasiones. Cfr. La cuna..., pp. 406 y 452-453. Sólo las temporales restricciones de papel de 1919-20 retrasaron en algo esta expansión. Es más, el salto de afiliados de 1919-20, a veces inaudito (p. ej. los encuadernadores, que en 1914 sumaban unos 150, tras 1919 ascienden a unos 800), lo que demuestra es que entre 1913 (o 1911, tras el cierre de la Casa del Pueblo) y 1918 las sociedades no se habían puesto al día con respecto al número real de operarios que había en su oficio, que crecía por sus márgenes, mientras ellas perdían influjo, ciñéndose a los más fieles, antiguos y estables trabajadores que nucleaban los talleres.

25. La cuna..., p. 436

26. El lema por el que fue votado Rodríguez Romero en MORATO, La cuna..., p. 452. La época mala, como para los panaderos, era el verano, cuando aumentaba el paro por las vacaciones estivales. Cfr. las peticiones del Arte en "Las reclamaciones de los tipógrafos", ES, 21-i-1919.

27. Existían tres asociaciones patronales que realmente funcionasen que nosotros sepamos: la Sociedad de maestros encuadernadores, la Unión de impresores, que era la más importante y decisiva, y la Unión gremial de litógrafos. Se envió una circular a 190 imprentas; la tercera parte más o menos estaba vinculada a la segunda entidad. Entre los patronos no asociados destacaban las empresas periodísticas -por ejemplo El Sol, La Epoca, la empresa de El Día, la de El Imparcial y El Herald, ABC, etc.. Sólo dos diarios importantes, El País y El Mundo, de los que firmaron las bases, estaban asociados. Entre los asociados destacaban patronos "de obras" que habían sostenido pugnas con su personal en los años anteriores. Es decir los más conflictivos pero que no podían o no querían prescindir del personal asociado, marginado por buena parte de la prensa conservadora. A saber, casas como Rivadeneyra, Asilo de Huérfanos, Faure, Péant, Ratés, Imprenta Alemana y otras. Cfr. las bases de Impresores y los patronos firmantes, asociados o no, en "Las reclamaciones de los impresores", ES, 8-ii-1919. Un resumen de los logros generales obtenidos bajo el mimético título "Acción sindical directa" en EOG, 23 (iv-1919), pp. 7-8. Los de encuadernadores, con el nombre de "reglamento", en BSOEM, Pr. trimestre 1919. Es verdaderamente increíble el laberinto de especialidades en que se había convertido la tradicional trilogía oficial-ayudante-aprendiz: entre los cajistas no había menos de diez, entre los impresores seis, entre los encuadernadores unas ocho (con costureras a pedal, oficiales doradores, cortadores de guillotina, numeradores a pedal y rayadores). Los jornales de estos últimos eran algo más bajos, entre 3 y 6'50 los ayudantes y oficiales. Los cajistas se movían entre las 4'50 y 7'50 pesetas en "obras" y entre 4'65 y 8 en "periódicos". Los impresores -los linotipistas estaban muy solicitados- podían irse hasta las nueve pesetas en algunos casos.

28. Ambas citas son de MORATO, La cuna... La primera en p. 463, la segunda en p. 461.

29. La huelga en cinco diarios por el motivo de la censura roja en EOG, 23 (iv-1919), p. 9. Aunque en principio decidieron no publicarse (27 de marzo), más tarde lo hicieron con personal improvisado, lo que en los primeros días suscitó la hilaridad de El Socialista, que publicaba las erratas de estos periódicos. Cfr. la tabla de "Espectáculos", que copiaba de El Debate del 28 de marzo, con perlas como "Cerbantes", "sebilla", "Nobillos", "Ladaza de los velos", "La caluniada", etc. (28-iii-1919). Morato, un conocedor profundo de las redacciones de los diarios, censuró tal acuerdo por "prematureo, y lamentable por sus consecuencias" (La cuna..., p. 469).

30. La cuna..., p. 477. No es ninguna coincidencia que tras la guerra y hasta el verano de 1922 -el trienio bolchevique de la imprenta- estos dos hombres rigieran el Arte.

31. Que el planteamiento de las peticiones no se concretó hasta noviembre, en MORATO, La cuna..., p. 477. Habla de que el "estado efectivo de la Caja no era próspero sino casi precario" (p. 479). La subida lineal del 50 por 100 se aprobó después de que en junta general extraordinaria se obligó a la Comisión a simplificar su proyecto original, que nos imaginamos similar al muy prolijo de enero. Cfr. "Los tipógrafos", ES, 7-xi-1919.

32. BSOEM, Pr. Trimestre 1920, p. 1. Las nuevas tarifas que pedían, en BSOEM, Cuarto Trimestre 1919 (un 50% en los jornales).

33. Sobre esa huelga cfr. "Huelga de sobreras", ES, 24-iii-1919. y "Las sobreras ganan su huelga", ES, 13-iv-1919. De aquí procede la recomendación de sus colegas masculinos. Esta mano de obra femenina, marginada de las sociedades de la Casa del Pueblo, solía acudir a expedientes similares en sus huelgas a los de las modistas o las cigarrerías. Un grupo decidido abandonaba el trabajo, recorría los talleres, soliviantando el personal o "invitándole" al paro, para luego organizar una manifestación que recorría las calles haciendo propaganda de su causa y promoviendo escándalo, buscando ganarse la espontánea solidaridad de los obreros del sexo fuerte, que las solían aplaudir y/o tolerar con condescendencia. Esta huelga además se contagió del movimiento de otros amotinados del sobre, los carteros. La FGE se disculpaba de la poca atención prestada a estas trabajadoras, porque su objetivo era "organizar las poblaciones industriales" (?) y esto era "una nueva fuerza (...), la fabricación de sobres y estuches, (...) objetos de escritorio, fuerza única olvidada por los que dedicamos nuestras energías al libro y periódico", EOG, 23 (iv-1919), pp. 10-11. Aquí también pueden verse los jornales antes y después de la huelga (con subidas de un 10 a un 20 por 100). En realidad el pago habitual era por millar de sobres o unidades (como los paquetes tipográficos).

34. La semblanza de estos obreros sin oficio en MORATO, La cuna..., pp. 596-597.

35. Morato, cronista del Arte, se hace partícipe de esta visión, típica en la Casa del Pueblo, con respecto a los dependientes, las mujeres y los oficinistas, carentes de las bondades de la "organización" y de la "consciencia", que ya sabemos venían a ser lo mismo. Véase este párrafo: "¡Hasta pobres mujeres, como son las sobreras, saben crear una Asociación, consolidarla, dirigirla, administrarla y ganar batallas; los periodistas no pueden seguir en la Federación; los dependientes de librerías y los fotograbadores no pueden sostener sus organismos!. ¿Será que hemos de redimirlos y hasta darles nociones de entereza los toscos, los ignaros operarios mecánicos?", La cuna..., p. 604. Por lo que se ve la experiencia obrero-intelectual de la huelga de 1919-20 no dejó muy satisfechos a algunos. En 1922 la UGT expulsaría de su seno a la Sociedad de Profesiones Liberales de Madrid por comunista, junto a los dependientes de comercio y alimentación.

36. Que las reivindicaciones económicas eran el conducto de problemas tan o más importantes que ellas mismas era reconocido por los protagonistas. La huelga era fundamental, "no por lo que en sí pedimos, sino por la evolución que, triunfantes, alcanzaríamos rápidamente, hasta colocarnos a la cabeza de las más perfectas organizaciones". Era la opinión de la Comisión de Encuadernadores, BSOEM, Cuarto Trim. 1919, p. 3. La FGE podía convertirse de hecho en una federación de industria

-y no en la de las imprentas-, que controlara la producción del libro y la prensa en los planos creativo, técnico y de distribución y venta. Asimismo, se reconocerían sociedades rechazadas hasta entonces, muy especialmente el principio de sindicación de los oficinistas y reporteros. No debe rechazarse en cualquier caso la radicalización sindicalista y tercerista en el Arte, común a otras sociedades. Por ejemplo acordó no concurrir al Congreso cenetista de la Comedia por muy escaso margen.

37. Los encuadernadores no fueron a la huelga hasta el día 3 "por estar en negociaciones con la Patronal", BSOEM, Pr. trimestre de 1920, p. 3. Las negociaciones de estos con su patronal era imposible, puesto que no era representativa, "dado la reducida importancia de sus influencias industriales", "Los encuadernadores", ES, 8-xii-1919. Rodríguez Romero justificó el apresuramiento por la convicción de que mientras tanto se preparaban esquirolas y un lock-out, lo que nos muestra la psicosis general, "La huelga general de las Artes Gráficas", ES, 7-xii-1919. Este "anarquista" fue el portavoz del Arte en los mitines durante la huelga, identificando a los periódicos con "el Gobierno" y "la política". La existencia de presiones y amenazas directas se puede ilustrar con cartas como la que copiaba El Socialista firmadas por una fantasmal "Unión Patronal de las Artes del Libro de Madrid", con fecha 4 de diciembre, que afirmaba haber "acordado la creación de LISTA NEGRA de patronos", invitando al destinatario a que suspendiese todo trabajo "de Imprenta, Litografía, Encuadernación y Fotograbado en sus talleres, quedando caso contrario sujeta su casa a las consecuencias que se deriven de tal acuerdo patronal", ES, 5-xii-1919.

38. Como hombre negociador lo describía Rodríguez Romero en "¿Se irá a la huelga?", ES, 30-xi-1919. Más tarde formará parte de las tres gracias.

39. La polémica base cuarta que habían presentado los periodistas recogía escuetamente el siguiente principio: "Respeto, en principio, de las plantillas ya establecidas en cada Redacción, aunque si las Empresas considerasen necesario reformarlas, en cuanto al número de redactores, tendrían que hacerlo de acuerdo con el Sindicato". El Comité patronal ofrecía otra redacción: "Las plantillas ya establecidas en cada Redacción se reformarán, desde luego, por las Empresas, acomodándolas a las necesidades de los periódicos y a la grave crisis económica que éstos sufren". Los representantes sindicales temían las represalias y pidieron se añadiese la coletilla sobre las reformas "no procederán a hacerlas efectivas sin antes haber informado al Sindicato, que dará su conformidad o significará sus reparos". En caso de desacuerdo se remitiría el problema a un Comité mixto y al IRS. Finalmente se llegó a un acuerdo, recoigiendo la propuesta patronal, con el añadido de que el Sindicato "si lo estima de justicia, formule las reclamaciones convenientes" y el pago de dos meses de salario a los despedidos. Esta fórmula fue rechazada por la Junta general de periodistas, aprobando otra literalmente idéntica, con el añadido de la Comisión mixta (con tres periodistas y tres directores) que deliberase tales despidos. También por la de directores, que suprimieron lo de las reclamaciones sindicales y antepusieron el requisito de llevar al menos un año trabajando en la redacción para acogerse a la indemnización por despido. El diálogo se terminó desde este punto y con él la posibilidad de un contrato colectivo para la industria en las oficinas. Las negociaciones y la ruptura descritas muy minuciosamente en "La de los obreros de las Artes Gráficas" y "La huelga general de las Artes Gráficas", ES, 5 y 6-xii-1919. El Socialista afirmaba abiertamente que el problema no era "el huevo", sino "el fuero".

40. La cuna..., p. 487. Morato presenta la huelga como una pugna exclusivamente "económica", aunque como es natural refleja los auténticos temores de los directores de los periódicos.

41. El Socialista apareció por su posición privilegiada de portavoz obrero, no desde luego por subir los jornales un 50 por 100, lo que le habría llevado a la ruina, "Explicando nuestra actitud", ES, 1-xii-1919.

42. El anuncio en ABC, 6-xii-1919. Estaba muy extendido el rumor del proyectado diario, pero la disciplina patronal se resquebrajó muy pronto.

43. Entre otros, el mismo Juan José Morato, Luis Zulueta, Augusto Barcia, Antonio Zozaya o Antonio de Lezama. En los talleres destacó el despido de García Quejido. La Libertad tuvo un gran éxito y todavía con la República tenía una respetable influencia, no así Hoy, que apenas duró algo más de un año.

44. La cuna..., p. 484. Este contrito y sincero testimonio nos muestra la posición de inferioridad en que quedaban los viejos diarios frente a los nuevos tiburones, levantados desde un principio sobre innovaciones organizativas y técnicas, inconcebibles en el siglo XIX. Para un periódico antiguo el esfuerzo de readaptación y de superación de su obsolescencia interna pasaba por un crudo enfrentamiento con las plantillas y situaciones "heredadas" realmente arduo. Como se dijo en las negociaciones previas a la ruptura, un periódico moderno pasaba automáticamente a ser de "primera categoría". Así, el ABC, El Sol o La Libertad.

45. Estos éxitos permitieron a El Socialista hablar de "Triunfo de la organización obrera", ES, 13-xii-1919, con el deseo de no relacionar el conflicto con el lock-out de la construcción que se avecinaba. En realidad no era así.

46. La fórmula en "La de Artes Gráficas", ES, 2-i-1920.

47. Cfr. ES, 13 y 29-i-1920.

48. El boicot en EOG, Núm. extrord. (xii-1919), p. 7. Para la antigua preponderancia de la "Sociedad Editorial de España" la huelga resultó un duro revés. Miguel Moya, su figura representativa, fallecería en el verano de 1920, quién sabe si del disgusto.

49. En EOG, Núm. extraord. (xii-1919), p. 3.

50. Los fotograbadores y libreros desaparecieron como asociaciones en 1921. Los encuadernadores abandonarían la Federación ese año. Los periodistas y vencedores no se vincularon a la FGE en principio, aunque los primeros tuvieron una presencia individual -es decir no como Sindicato, sino como Grupo- entre 1920 y 1923, para no constar ya en el Congreso de Valladolid de 1923. Los litógrafos hicieron oídos sordos a los cantos de sirena y permanecieron en su propia organización. Los repartidores también se salieron, al parecer por no poder hacer frente a las prohibitivas cuotas.

51. El Sindicato de Periodistas y Empleados de la Prensa no desapareció tras 1920, incluso la mitad más o menos de sus afiliados estuvieron federados entre este año y 1923. En el Congreso de septiembre de 1921 de la FGE estuvieron bastantes presentes. Pero se mantuvo totalmente fuera de la influencia piamontina. Su domicilio social en 1923 estaba en la calle del Espíritu Santo, su presidente era el célebre Luis de Tapia, y su aspiración era ser una organización profesional y no un sindicato revolucionario de clase, manteniéndose fuera de la influencia socialista. Entonces intentaba su "reorganización" y reconocía su "actual debilidad", contando con 157 asociados, de los cuales 83 estaban federados. En 1921-22 contaba con 335 socios, lo que muestra su imparable decadencia. Su núcleo era el diario La Libertad, con más de 60 afiliados, el resto se repartía entre El Sol, La Voz, La Correspondencia de España, Informaciones, y otros de menor importancia. Curiosamente sólo había un socio en El Socialista, claro que allí teóricamente todos eran obreros de oficio. Muchos periodistas y empleados "siguen actuando en los diarios amparados al calor del Sindicato, pero sin querer tener deberes". Aunque se declaraba adherida a la Unión y Artes Gráficas su vinculación real era muy dudosa. Cfr. La Unión Periodística, 3 (vii-1923).

52. Sin contar con traidores futuros, como los ya mentados López Baeza y García Cortés, en la misma huelga hubo algún caso significativo. Carmen de Burgos, redactora del Heraldo, decidió elegir la fidelidad a la empresa y fue obligada a abandonar la Agrupación Femenina Socialista a la que pertenecía y motejada de traidora desde Nuestro Diario. Su justificación, olímpicamente despreciada desde El Socialista, rechazaba el sindicalismo único, que, según ella, impregnaba la citada huelga en un batiburrillo "monstruoso", pero no por fidelidad a las rancias tradiciones de oficio, sino porque "desde el primer momento he rechazado el Sindicalismo para nuestra profesión, en la que es manifiesta y rotunda la diferencia de capacidad, de originalidad y de iniciativa de unos y otros; así, en uso de mi derecho y libertad, no he querido sindicarme en un Sindicato en cuyo fondo quizá existe una conjura contra determinadas Empresas que han realizado una labor extensa en favor de la libertad". Distingufa sindicalismo de socialismo y venía a resumir el fracaso de pretender aplicar la receta del sindicato industrial al periodismo, resultando un "híbrido" tiránico, "Una rectificación de "Colombin'" ES, 11-xii-1919.

53. La Unión se limitó a enviar una circular con fecha 11 de diciembre pidiendo se secundase el boicot y se ayudase en lo posible a los huelguistas. "Os pedimos con toda el alma, con emoción, hasta con verdadera unción, que rápidamente, en el acto, ejerzáis con estos compañeros los deberes de la solidaridad (...) para dar la sensación de un plebiscito", ES, 12-xii-1919. Morato denunció que ni tan siquiera se organizó una suscripción voluntaria, La cuna... p. 492.

54. El Socialista cambió de imagen de forma rotunda a partir del 3 de mayo de 1920, volviendo a sus páginas los chistes gráficos y los folletos, desaparecidos en los últimos tiempos, y con un diseño más limpio y moderno. Ahora bien, costaba 10 céntimos en lugar de cinco, precio que databa de antes de la guerra. La protesta de los vendedores en ES, 17-vi-1920. Estas disposiciones no gustaron nada entre los talleres. En 1905, frente al Reglamento del descanso dominical entonces aprobado, los tipógrafos protestaron por la exclusión de los periódicos, apoyada y propugnada por los dueños de los periódicos. Desde entonces nunca "los intelectuales de la redacción han estimado que debían ellos también acogerse a ese precepto (...), ha sido preciso que las necesidades de la vida hayan obligado a los obreros gráficos a elevar sus jornales", para que los periódicos decidan ajustar sus presupuestos. Cfr. José RIVES MOYANO, "El altruismo de las Empresas", ES, 24-i-1920. Por otra parte, los reporteros no harían efectivo tal descanso, porque las noticias seguirían siendo cubiertas de algún modo. Como puede verse, todo había cambiado mucho. De la misma forma que los pequeños comerciantes rechazaban terminantemente el cierre dominical en 1905 (las tabernas lo definían incluso como una auténtica hecatombe) y en 1993 lo consideran imprescindible para sobrevivir. O tempora o mores.

55. La cita en Morato, La cuna... p. 494. Menciona como algo excepcional que se celebraron veintiocho juntas generales en 1920, que la homogeneidad no existía desde que "los asociados tomaban con interés los asuntos de la colectividad" y que se multiplicaron todo tipo de cuotas ordinarias y extraordinarias para los parados del oficio.

56. Esta extremada rapidez en Morato, La cuna... p. 497. las nuevas tarifas de cajistas, impresores y encuadernadores en obras y prensa en EOG, 34 (x-xi-1920), p. 4-5. Las subidas de tarifas actuaban de imán para los operarios de provincias, lo que avivaba el paro y los problemas. Los encuadernadores seguían por detrás de los oficiales de las otras ocupaciones, aunque en las categorías más remuneradas ya alcanzaban entre las 8'25 y las 10'75 pesetas de jornal. Sólo el que más cobraba podía acercarse -que no equipararse- a los esterotipadores y linotipistas de la prensa. Las subidas más significativas se producían en el destajo (un 30 por 100). En enero de 1921 también lograrían subidas los litógrafos sin huelga, "Un triunfo de los litógrafos", ES, 7-i-1921. Claro que los jornales mínimos de los oficiales grabadores y dibujantes eran nada menos que de 16 pesetas y de los maquinistas 12. Los obreros de la imprenta eran un ejemplo de vuelta-a-la-normalidad.

57. "A los veinte años de la fundación de nuestra sociedad, es la primera vez que el oficio de encuadernador va a entrar en un período de lucha por sus reivindicaciones", Manuel López en BSOEM, Cuarto trim. 1920, pp. 5-6. ¿Qué quién opinaba sí? "el elemento joven, esa semilla nueva que ha brotado con fuerza, con aires de renovación, seamos los primeros en la lucha".

58. La cita en Morato, La cuna..., p. 529. El acuerdo de no votar por la Internacional de Moscú, "por entender que no ha llegado aún el momento oportuno", en ibid., p. 547. Tuñón de Lara afirma que la FGE se abstuvo en realidad, El movimiento obrero..., p. 686. A este congreso como es sabido no se presentó Quejido, un importante candidato purista a la secretaría de la Unión (y no un burócrata profesional como Largo Caballero). Es dudoso, en cualquier caso, y frente a lo que suponía Morato, que hubiese sido elegido, dada la marginación a que estaba sometido. Abonando esta última presunción cfr. Pérez Ledesma, El obrero consciente..., pp. 157-159.

59. Este asunto y el resultado del referéndum pueden verse en Morato, La cuna..., pp. 503-504. Las comillas entresacadas de la opinión de los detractores de la FGE, glosadas por José López Baeza, en "Excelencias de la Federación Gráfica Española", ES, 29-i-1921. Aquí se decía abiertamente, "vayamos a la asamblea, sobre todo los jóvenes, desprovistos de apasionamiento, ya que de esta forma la razón prevalecerá". Propaganda a favor de ésta en "Un manifiesto de la Federación Gráfica", ES, 2-ii-1921. Emanado del Comité Central, criticaba el egoísmo sindical de algunas organizaciones de Madrid, afirmaba que se respetaban todas las tendencias (las Directivas del Arte lo solían demostrar), e ilustraba la "paradoja": "con la plenitud de la fuerza numérica ha coincidido el retraimiento de los mejores militantes o la timidez en su actuación, dejando que los gritos prevalezcan sobre las razones".

60. Para la FGE el fracaso de la huelga estaba muy claro, era "una vez más el fracaso de la teoría del todo o nada", EOG, 43 (i-ii-1922), p. 5.

61. "No se puede ir a la conquista de un kilo de pan, llevando algunos compañeros medio kilo en las alforjas. En esta forma la lucha es desigual, porque el que pan tiene y pan desea, su deseo no puede ser tan tenaz como el de aquel que lo desea por no tenerlo". Los subsidios eran "pan para hoy; hambre para mañana" y "freno de nuestra lucha, que calladamente hiciste del luchador un metódico calculista". Todo en J. García en "Subsidios", BSOEM, Cuarto trim. 1921, p. 4-5. Pese a todo, tras la derrota en la huelga, la Directiva aceptaba como necesario "dulcificar nuestra unión" con el resto de las Artes Gráficas; en "Conducta a seguir", ibid., Pr. Trim. 1922. Las quejas que hablan de enfrentamientos generacionales y del venerable valor perdido de la experiencia se prodigan en las sociedades madrileñas en estos años. Cfr. "Sendero equivocado" de L. Fernández, que habla de "una verdadera torre de Babel", y donde rescata la consabida paradoja: "la anterior [época], con muchos desvelos y no escasas propagandas, tan sólo llegaba a cobijar bajo la bandera de la misma, escasamente cuatro centenares de asociados; hoy en día, vemos cómo agrupados nos hallamos la casi totalidad del oficio que la misma representa, y sin embargo de ello, ¿cómo se comprende que nuestra Asociación se encuentra en plena decadencia?", ibid., Pr. trim. 1923, pp. 2-3. En tono más desenfadado y sobre lo mismo, "Hablando las edades. 'Agüelos' y 'colegiales'", ibid., Cuarto trim. 1923, pp. 1-2.

62. Lo cierto es que Morato destacaba de esta Sociedad, que siempre fue "precaria" su vida y que había sufrido su industria una transformación brutal hacia el más puro destajo, "con plegado y cosido a máquina, con dorado en prensas", La cuna..., p. 593. También se refirió a las discordias internas constantes entre ellos, que desembocaron con la división de 1924. Lo cierto es que la escisión estaba abierta ya desde el año anterior a causa de una huelga en los talleres de los Sucesores de Hernando, que no secundaron los federados de la sociedad y en la que no se solidarizaron los impresores y cajistas, "Manifiesto. A los gráficos madrileños y a toda la opinión organizada", BSOEM, Seg. trim. 1923. También en "Huelga y traición", ibid., Tercer trim. 1923, pp. 1-2.

63. Así ocurrió en octubre de 1922, cuando en lugar de suprimir el destajo como se les había solicitado en asamblea extraordinaria en septiembre (Morato, La cuna..., p. 516), se logró un alza de jornales (un 20 por 100 en los destajos y 1'25 los ayudantes). Un trueque que dejaba sin carga explosiva el envenenado encargo de buena parte de los militantes. Envenenado por lo difícil de lograrlo en una negociación realista, aunque sí un buen banderín de combate. Véanse las nuevas tarifas en EOG, 47 (ix-x-1922), p. 9. También en marzo de 1923 se revisaron las de las sobreras en acuerdo con los patronos. Al menos parece que estas "bisoñas" mujeres habían aprendido las bondades de la organización y de las tácticas del Arte.

64. Cabe añadir que se creó una nueva sociedad de Estereotipadores en 1922, consecuencia de la imparable división del trabajo en las imprentas.

XII. FUERA DE LA HEGEMONIA: LOS REFRACTARIOS Y LOS PROBLEMATICOS

XII.1. El transporte urbano: lacayos y proletarios

Entre los sectores obreros que se suelen definir por antonomasia como auténticamente proletarios y avanzadillas de la industrialización sin duda se hallan los del transporte. En un sindicato potente y moderno siempre forman uno de los palos fundamentales de la baraja de afiliados. Y la UGT en 1914 quería ser potente; sin duda. No se podía imaginar una ciudad como Madrid paralizada por el poder de la organización, bajo el pulgar de la huelga general, sin un control de los medios de transporte¹.

A nivel nacional hablar de transporte moderno era referirse al ferrocarril, y la Unión había hecho espectaculares progresos en ese campo en los años anteriores a la guerra merced a la Federación levantada por Daniel Anguiano. Su sede se hallaba en la Casa del Pueblo y muchos de ellos trabajaban o estaban domiciliados en la capital, pero su vinculación a diferentes compañías de ámbito nacional (fundamentalmente tres, Madrid-Cáceres-Portugal, Madrid-Zaragoza-Alicante y la del Norte) les involucraba en sus reivindicaciones y movilizaciones a un ámbito muy superior al circunscrito por Madrid ciudad o por la Casa del Pueblo. Si la fidelidad vertical de las sociedades obreras madrileñas hacia sus federaciones podía superar a la solidaridad horizontal que la convivencia de la ciudad suministraba, en el caso de los ferroviarios esto se agudizaba hasta extremos inusitados. Por ello, su participación en la vida interna de la ciudad y en su paisaje urbano era muy escasa. En este sentido, se trataba de obreros "nacionales" amparados por las venas radiales que daban vida a la capitalidad de Madrid².

No ocurría lo mismo con los que trabajaban en el transporte urbano, que destacaban profundamente en el horizonte obrero de Madrid³. Este sector se hallaba estrictamente cuarteado en grupos de trabajadores poco relacionados entre sí, producto de las innovaciones tecnológicas sobrepuestas a la estructura arcaizante de la ciudad. El transporte de mercancías y el acarreo de materiales de construcción por el interior de la ciudad se hacía fundamentalmente a brazo por medio

de mozos, con rudimentarios volquetes y con carros de tracción animal. Los vehículos con motor y los autocamiones no dejaban de ser una cosa exótica, que comenzaba a hacer su aparición en la ciudad en esos años y no tomaría un impulso definitivo hasta después de la guerra. Mucho más importante era el transporte de viajeros, que se hallaba claramente dividido entre el individualizado y de élite y el de masas. El primero, tradicionalmente ocupado por el coche de punto o simón alquilado y los carruajes de caballos, veía la aparición del más moderno automóvil, más rápido pero menos distinguido, todavía tímida, pero irrefrenable a partir de la guerra. El segundo había perdido casi por completo la tracción animal. Más de quince años contemplaban a los tranvías eléctricos, auténticos reyes de las vías madrileñas en estos años. Pero su reinado comenzaba a tener competencia en esos años tanto por superficie con el ómnibus automóvil (autobús), como por el subsuelo con el Metropolitano, inaugurado a bombo y platillo bajo auspicio regio en 1919. Ambos medios de transporte en cualquier caso no eran más que debutantes y comenzarían sus primeros pasos también en la posguerra.

Por todo lo antedicho, puede entenderse que el transporte urbano público (o entendido como servicio público, lo que sería mucho más exacto) ofrecía un paisaje abigarrado al máximo, como probablemente en ninguna otra época de la historia de Madrid. A esto hay que añadir que el transporte de la élite, los carruajes, automóviles o motocicletas privados, auténtico lujo al alcance de muy pocos en este momento, tenía sus propios empleados, lacayos, cocheros, chauffeurs, que en puridad no eran del ramo del transporte y en buena medida ni siquiera obreros afiliables en la Casa del Pueblo, sino servicio doméstico y simples criados feudales en muchos casos, peculiaridad que no debe olvidarse al acercarnos a la psicología de los conductores de automóviles y coches de alquiler⁴.

XII.1.1. La tradición. Los cocheros

Probablemente por estos motivos y a nivel asociativo los obreros del transporte se mostraban de formas realmente variopintas. Si bien es cierto que la elevada cualificación y una rica tradición profesional no eran los rasgos fundamentales de estos obreros, provenientes del campo en muchos

casos y del contingente de los sin oficio, existían diferencias reseñables entre ellos. La sociedad más importante, antigua y piamontina era la Unión General de Conductores de carruajes y similares, que databa de la última década del siglo pasado, aunque no parece que se aproximase al resto de sociedades de la Casa del Pueblo hasta la década siguiente⁵. Se trataba de la asociación de los cocheros, nada despreciable en su número, cercano a los 3.000 afiliados, y que la convertía en 1914 en la líder del sector y teórico eje del resto de los obreros del transporte. Pronto cambió de nombre para llamarse Unión de cocheros, conductores de automóviles y similares de Madrid, con esta intención, ya veremos con qué éxito. Hasta tenía un antagonista patronal muy definido, tan gremial como ella misma, la Asociación gremial de industriales propietarios de carruajes de plaza de Madrid, que abarcaba unos 200 patronos. En este sentido, eran los únicos entre los operarios del transporte homologables con los obreros de oficio, con una raigambre muy tradicional y con la suficiente multiplicidad de casas de coches de alquiler para no existir una importante concentración en el sector. Como puede apreciarse, poco o nada tenían que ver estos trabajadores con el proletariado de Marx.

Aunque ni sus horarios ni su salario tenían parangón posible con los de los obreros del taller (trabajaban más de 14 horas, en muchos casos no era una ocupación a tiempo completo, abundaban las propinas), sus comportamientos huelguísticos eran homologables a los de aquellos, casi miméticos. Nunca promovían huelgas demasiado estridentes o largas, y siempre con objetivos razonables y fácilmente negociables. También monopolizaban con bastante fortuna el mercado de trabajo. Por ello llegaron con relativa facilidad a acuerdos con los patronos, como ocurrió en 1916 y 1917⁶. En muchos casos el conflicto estallaba por no existir un acuerdo entre los propietarios de los coches, a veces representados por alguna importante compañía, pero por lo general conformados por casas modestas e incluso por propietarios de uno o dos coches, que en los casos de conflicto se veían obligados a conducirlos ellos mismos. Así ocurrió en el conflicto de junio-octubre de 1918, quizá el de mayor importancia, provocado por la petición de las 2'75 pesetas de jornal y las trece horas, y que ilustra bien los procedimientos de este gremio. Al tratarse de un servicio público, la huelga comenzaba en algunas casas y luego se extendía poco a poco, si ésta se prolongaba y había necesidad,

siempre intentando causar las mínimas molestias al público y ganarse la opinión, como se hizo en este caso⁷. Como no hubo una pronta avenencia, los pequeños patronos pronto pidieron la intervención de las autoridades municipales para una conciliación, o en su lugar para que se les garantizase personal municipal y hacer frente al servicio, y a ser posible para que se les permitiese un aumento de tarifas. Se emitió un laudo por un Consejo de conciliación favorable a los obreros, pero los patronos no lo aceptaron⁸.

Como en la industria panadera y tantas otras, el servicio de coches era susceptible de una intervención política (o "incautación"), y por ello toda prolongación del conflicto conducía a un estrangulamiento inevitable de la huelga, aún en un oficio asociado como éste. Como la atomización de la industria impedía en buena medida su "transformación" -concentración o municipalización-, la incautación del alcalde Luis Silvela en 1918, enmascaró un alza más reducida de jornales (2'60), un horario de 14/15 horas, la selección del personal ("pudiendo los patronos admitir los que les convenga") y, como remate, la imposición de un uniforme aprobado por el Ayuntamiento que diese respetabilidad al cochero de plaza homologándole con el de lujo y con las libreas de los lacayos privados⁹. Esta medida "antidemocrática, depresiva para los interesados, inútil en su ejecución e incómoda y antihigiénica en su uso" fue mucho más comentada y protestada que la derrota de la huelga en sí. La existencia del uniforme ("levita de paño gris con tres esclavinas y la chistera de hule") equiparaba a los cocheros "públicos" con los criados "privados" humillándolos y contrastaba con las pesadas y sucias tareas que tenían que desarrollar¹⁰.

En cualquier caso, los cocheros permanecieron fieles a sus tradiciones durante el virus general que afectó a los trabajadores madrileños en 1919-1920, contrastando notablemente con sus colegas tranviarios, que oscilarán en las mismas fechas entre la sumisión servil y la protesta épica. En diciembre de 1919, tras el desenlace -y lección- de la huelga de aquellos, la Unión presentó unas peticiones generales con la intención de lograr unas bases de trabajo lo más generales y que abarcaba a los cocheros de punto, a los de lujo, los de pompas fúnebres, coches correo, servicio de incendios,

chóferes de servicio de plaza y de Círculos de recreo, en notable dispersión. Aunque llegaron a presentar el oficio de huelga, realmente ésta no llegó a desencadenarse y se negoció una moderada subida de jornales en casi todos los casos. Estas negociaciones, también se repitieron con igual éxito en octubre y noviembre de 1920, donde los conductores de automóviles ya comenzaban a tener un peso específico considerable frente a los cocheros en las bases firmadas por los empresarios y contratistas de hoteles, casinos y coches taxis. De ellas se deduce que el influjo de la Unión entre los conductores de automóviles se centraba fundamentalmente en los sometidos a los contratistas y casas tradicionales que habían ampliado su personal ante la irrupción del motor. Ahora disponían de coches de caballos pero cada vez más de estos nuevos vehículos más rápidos, funcionales y mundanos¹¹.

La única excepción fue la moderna Sociedad anónima de Onmibus. Esta compañía, especializada en vehículos de automoción, no entró en negociaciones con la Unión; probablemente su implantación entre el personal era escasa. Este no tenía tradición asociativa ninguna y sus condiciones de trabajo eran simplemente leoninas. Tuvo que recurrir para mejorarlas a sus propios métodos, con plantones breves y espontáneos, de apenas un día, en señal de protesta. Así ocurrió en junio de 1919 y mayo de 1920 en pro de aumentos salariales (en 4'50 pesetas quedó su jornal tras las subidas) y la jornada de doce horas, que la empresa concedió graciosamente.

XII.1.2. Los recién llegados. Los chauffeurs

Caso aparte lo formaron buena parte de los chauffeurs independientes y autónomos y conductores de taxis, que formaban el grueso de lo que ellos llamaban industria libre y se organizaron en un auténtico grupo de presión en 1919: la Asociación de conductores de automóviles y aspirantes, más conocida por "La Velocidad"¹². Detrás de ella estaban los chauffeurs, que no representaban un oficio secular ni mucho menos sino una importación muy reciente, como denunciaba su extranjerizante nombre. Pero la explosión de esta actividad fue fulminante con el inicio de los años veinte. Aunque las cifras de las primeras Estadísticas del Trabajo editadas por el Ayuntamiento son muy discutibles por su imperfección, de ahí que el salto de cifras sea discutible, la tendencia es muy clara: en 1919-

1920 más de 300, en 1921-23 más de 3.000, en 1924 más de 4.000 (más los cocheros, 1.400 en 1919 y más de 5.000 en 1924). Explosión confirmada por los datos de afiliación. En años de estancamiento general, cuando no de retroceso en los sindicatos, como 1921-23, "La Velocidad" pasa de unos 600 afiliados a más de 4.000 y la Unión de 3.000 a 5.400 (casi la mitad de su personal pasa a ser chauffeur, aunque ellos emplean la palabra conductor de automóviles)¹³.

"La Velocidad" desde un primer momento se dedicó tanto a actividades propiamente de resistencia como a lanzar campañas en pro de un mayor control del tráfico de superficie, que, entre otras cosas, garantizase la integridad física de los chauffeurs, primeros agredidos cada vez que había atropellos de transeúntes, lo que era muy habitual, tanto a causa de los automóviles como de los tranvías "mataniños"¹⁴. Entre sus peticiones se encontraban los límites de velocidad, la necesidad de que condujesen profesionales, sin "carnets de recomendación" sino con previo examen -lo que les ayudaba al control de calidad de estos trabajadores-, acostumbrar "al público a transitar sólo por las aceras, pues en éstas no se cometen nunca atropellos" y a circular por su derecha para evitar a los carruajes con más facilidad, porque como es sabido en esta época todavía estos iban por su izquierda. Amén de suministro de gasolina, liberación de aranceles para la importación de automóviles y accesorios y, por supuesto, respeto a la pequeña industria. De esta forma afirmó su personalidad frente a los rancios cocheros y a la Unión¹⁵.

Al admitir ambas sociedades a conductores de automóviles, aunque de ámbitos un poco distintos, era difícil no chocasen en aquellos espacios no ocupados por una u otra. Eso ocurrió con la incipiente explotación de los nuevos autobuses. Tras los primeros ensayos, se había constituido la Compañía General de Autobuses de Madrid, que, siguiendo la pauta de los tranvías, pretendía monopolizar el nuevo servicio, bajo la atenta vigilancia de las autoridades. A causa de la novedad de la industria, los problemas iniciales para ponerla en marcha y obtener beneficios eran altos¹⁶ y en esta tesitura tanto la Unión como "La Velocidad" aspiraban a presentar peticiones y "conquistar" al personal de la empresa en detrimento de la rival. Como ya vimos, en este sector la fortuna de las tácticas de la

Unión no había sido muy grande.

A ambas organizaciones rivales -la Unión domiciliada en la Casa del Pueblo, "La Velocidad" en la calle de la Abada- se les había sugerido en el Congreso ugetista de 1922 que llegasen a un entendimiento, y la coyuntura de presentar reivindicaciones (febrero de 1923) en la citada Compañía parecía el momento adecuado¹⁷. La Unión, por su pedigrí, antigüedad y avales, aspiraba a aglutinar el tráfico rodado en torno a un Caja central (como en el SAB) y fusionar las dos entidades, aunque se mostraba contraria a crear secciones, gérmenes de sindicalismo, el cual se rechazaba. En puridad pretendía una absorción y sugería un referéndum de todos los afiliados de ambas sociedades para determinar el carácter de la organización futura. "La Velocidad" aceptaba la votación, pero sólo de los chauffeurs de ambas entidades y era partidaria de una Federación local que permitiese autonomía. Sin duda quería el control de su oficio frente a "cocheros, lacayos y demás elementos", todos embarcados en imparable decadencia. Por lo demás, era partidaria de la Sindical de Amsterdam y también opuesta a los sindicatos únicos. En esta pugna ambas se declararían seguidoras de la táctica y espíritu de la UGT, nada deseosas de atraerse las acusaciones de heterodoxia o, en el caso de la Unión de cocheros, la expulsión, métodos auspiciados con otras sociedades en las purgas del XV Congreso. Finalmente "La Velocidad" no aceptó ir a referéndum con los de uniforme y librea (19 de abril)¹⁸.

La Unión, fiel a sus tradiciones, gestionó unas bases realistas, negociando, y sin huelga, aumentos reducidos para los conductores y cobradores (hasta 10'50 y 8 pesetas diarias cada uno) sobre el principio de las ocho horas y atendiendo al estado incipiente de la industria¹⁹. "La Velocidad" pedía 14 y 10 pesetas para conductores y cobradores, más 15 para los oficiales de taller, y un día más de fiesta. Al no ser aceptadas estas peticiones -y reconocida la sociedad- decidió la huelga para el 23 de junio. Más de la mitad del personal de movimiento y casi todo el de taller no la secundaron, fieles a la Unión y a la empresa, y además decidieron circular con los coches. El 27 de junio la empresa daba por despedidos a los huelguistas y comenzaba a reclutar nuevo personal. Los chauffeurs

disidentes y otros obreros simpatizantes decidieron recurrir a medios expeditivos llamados en las algaradas callejeras de la ciudad y en las huelgas de 1917 y la tranviaria de 1919: el apedreamiento, los disparos, los obstáculos en la vía pública, los garrotazos²⁰. Todo un clima intimidatorio que la Unión de cocheros interesadamente reducía a "procedimientos que a Madrid se trata de importar y que la clase trabajadora madrileña repudia". Para darla la razón las autoridades no sólo cercaban los autobuses con defensa armada, sino que detuvieron a los dirigentes de "La Velocidad" y clausuraron su centro casi un mes. La huelga se transformó en boicót en agosto, pero estaba irremisiblemente perdida para los chauffeurs disidentes ya entonces, rendidos o sustituidos.

La huelga es un ejemplo perfecto de los elevados niveles de discrepancia entre los obreros del transporte, bastante dubitativos y variables en sus métodos y fidelidades, sin duda alentados por los acelerados cambios que fracturaron todo su mundo en este decenio muy especialmente. Porque este conflicto está muy lejos desde luego de cualquier pleito de clase, puesto que se planteó desde el primer momento como un choque entre trabajadores y organizaciones. Y su trasfondo no es político en el sentido ideológico o porque envuelva discrepancias tácticas o sindicales de fondo²¹, sino político en el sentido de la disputa por el poder no sólo sobre el personal de la compañía sino sobre el futuro del transporte urbano. Los recién llegados de "La Velocidad" eligieron los métodos expeditivos porque eran exactamente los opuestos a los propugnados por "los lacayos de la librea", en plena decadencia y defensores de una industria (el coche de punto) moribunda. El distinto nivel de demanda lo demuestra. Muchos de los despedidos hacían horas -pluriempleo, o anfibiaje como dirían Morato o Lamonedá- como chauffeurs particulares y en el negocio de taxis y se defendieron contra la intrusión con uñas y dientes. Los huelguistas fueron sustituidos en parte por ex-cocheros amenazados por la reconversión, por lo que se les acusaba de conductores ineptos. Y es que el volante desplazaba a la fusta.

Los transportistas de la construcción, los carreros, mozos de carga y descarga, repartidores de productos alimenticios, etc., realmente no estaban aglutinados en una organización propia realmente

seria, siendo liderados según las circunstancias por sociedades sin oficio propensas a estos menesteres, y que solían tener problemas por su heterodoxia en la Casa del Pueblo como la Sociedad de Peones, que también tuvo en los primeros tiempos una presencia destacada y decisiva en la movilización de los obreros del nuevo Metropolitano, o el Sindicato de Dependientes de la Alimentación. Así ocurrió con los carreteros y volqueteros de noviembre de 1919, con los carreros y mozos en mayo-junio de 1920 o con los de carga y descarga de los ferrocarriles en noviembre de 1921²².

XII.1.3. Los independientes. Los tranviarios

Pero sin duda, el problema principal de las organizaciones de la Casa del Pueblo, su auténtico talón de Aquiles durante este período, fue su fracaso en conseguir hacer organización entre los tranviarios (o tranviersos). Teóricamente, estos empleados de un transporte plenamente mecanizado, eléctrico, símbolo del progreso industrial y del poder del raíl en plena ciudad, deberían haber sido un puntal fundamental del nuevo obrerismo organizado de la capital. Ya a principios de siglo habían intentado asociarse e incluso habían ido a la huelga (1901) con cierto éxito. Pero sus proyectos organizativos resultaban muy breves y su recelo hacia la Casa del Pueblo había permanecido casi intacto. Su popularidad tampoco era muy destacable entre el público, con el que tenían un trato constante, con los inevitables roces, y su impericia y el ritmo de trabajo a que eran sometidos eran la causa en muchos casos de multitud de accidentes y atropellos, lo que les hacía centro y blanco de todo tipo de acusaciones e incidentes²³.

En este caso, todo tipo de intento asociativo no tenía que enfrentarse con una miríada de pequeños empresarios más o menos desunidos sino con las potentes e influyentes compañías, muy apiñadas entre sí, y que se repartían la concesión y explotación de las distintas líneas que surcaban el mapa urbano. Una férrea disciplina controlaba los ascensos y la disciplina del personal en un clima de constantes despidos, multas, represalias y delaciones de toda índole, que enfrentaban a los operarios unos con otros, especialmente a los vigilantes, jefes e inspectores con el resto de la plantilla. Este espionaje constante se incrementó sin duda ante la noticia de que crecía el número de asociados²⁴.

Esto hacía especialmente odiosa y tiránica la explotación del tranvía y muy dificultosa toda iniciativa societaria que no se hiciese en la más estricta clandestinidad²⁵. Además, las autoridades apoyaban en esta tarea a las compañías, deseosos de no tener paros y conflictos en un sector tan delicado. En 1915 se decidió lanzar la idea de una sociedad de empleados y obreros de los tranvías de Madrid, "La Unión Tranviaria", afín a la Casa del Pueblo, pero apolítica, organizada desde fuera por sindicatos especialmente combativos y voluntariosos de otras sociedades, como la de albañiles, obreros en hierro y calefacción y ascensores, más algún agitador profesional como Mauro Bajatierra²⁶. En principio inició su andadura con buen tino, aproximándose incluso a los obreros de los círculos católicos, pero pronto El Tranviario dejó de publicarse y el resultado de la huelga de 1917 no dejó lugar a dudas de que la organización estaba muy verde.

En la huelga revolucionaria de agosto la circulación de los tranvías, apoyada por el Gobierno, respaldada por el ejército y con colaboración de jóvenes mauristas y voluntarios cívicos (en los embriones de lo que será la Acción Ciudadana), supuso todo un reto y una provocación para los trabajadores organizados de la ciudad. Aún así, la mayoría de los empleados de la empresa colaboraron en ese empeño, ante las presiones gubernamentales. Las excepciones que secundaron la huelga en su mayor parte fueron despedidas. Los odiosos tranvías "mataniños" siguieron funcionando con la ciudad paralizada, representando la impotencia de los oficios madrileños para detener totalmente la actividad y el escaparate del poder conjunto de las grandes compañías y del poder político. Según Besteiro, la circulación de los tranvías y las provocaciones que se hacían desde sus plataformas a los grupos de trabajadores hostiles fueron los principales promotores de los desórdenes y disturbios urbanos de esas jornadas. El empeño del Gobierno en que circularan se vio acompañado en cualquier caso por la proverbial pasividad del tranviario. Sánchez Guerra, ministro de Gobernación, incluso lanzó una alocución patriótica a los tranviarios, en agradecimiento a su comportamiento en la huelga, con condecoraciones y gallardón incluidos²⁷. Sin ninguna duda, la posición de los tranviarios en la huelga irritó a buena parte de los obreros asociados de la ciudad; hasta el ABC, la bestia negra de la Casa del Pueblo, organizó una suscripción en su honor²⁸.

Por ello, el empeño en que los tranviarios se aproximasen al resto de los trabajadores madrileños fue constante en los meses siguientes. Ahora el colectivo tenía la coartada de su comportamiento "patriótico" ejemplar ("nuestro amor a la causa del orden está bien demostrado") para contar con la benevolencia de las autoridades si se hacían peticiones colectivas, único medio eficaz de arrastre si se quería consolidar una sociedad en los tranvías. La coyuntura de febrero-marzo de 1919, al calor de las ocho horas y de las peticiones de los "gremios mayores", en plena oleada de presión sobre el Gobierno, que parecía mostrarse débil ante la situación, pareció el momento ideal para sacarlas a colación. En la noche del 26 de marzo se organizó una Comisión gestora que las redactó y presentó, y que incluían las ocho horas (seis en servicio nocturno, en lugar de las diez/once que trabajaban), el jornal por enfermedad, aumentos salariales de entre 75 y 5 por 100, un reglamento de personal "con plantilla inamovable", fijación de causas de despido y ascensos por antigüedad, el 100 por 100 en horas extraordinarias y un monopolio sindical sin reconocimiento explícito de una sociedad para evitar represalias: "no admitir a ninguno de sus obreros o empleados que no sean asociados en la Sociedad que la Comisión gestora de estas peticiones determine" -la elegida iba a ser Gas y electricidad. Más bien se trataba de un programa que de unas peticiones viables²⁹.

Se recurrió a la mediación del ministerio de Abastecimientos y a profesionales de la Casa del Pueblo (principalmente Saborit) para lograr a partir de éstas unas bases de arreglo que pudiera firmar la empresa (con una base por la que "la Compañía no se opondrá que su personal se asocie o sindicalice en la forma que estime conveniente" y una Comisión mixta para pleitos)³⁰. Pero estas bases, prácticamente dictadas por el Gobierno Romanones, dentro de su política de apaciguamiento, no fueron aceptadas por la empresa. Más tarde se organizó un Consejo de conciliación con miembros del Tribunal industrial, presidido por el alcalde, que dictaminó un laudo el 14 de abril y firmó la empresa el 15, muy similar a las ofertas patronales hechas el 24 de marzo, es decir días antes de que el pleito se suscitase. Lo fundamental es que se aceptaba el principio de sindicación libre y la procedencia de los despidos durante la primera quincena del mes sería analizada por el alcalde. Pero la huelga no se produjo y la organización seguía sin consolidarse³¹.

La táctica de intentar asociar al personal en Gas y Electricidad no dió resultado. La empresa estaba decidida a que la Casa del Pueblo no adquiriese predicamento entre los tranviarios y merced a este pleito había detectado a varios cabecillas, por lo que pronto comenzó a despedir asociados, preferentemente de entre los más antiguos³². Además, de forma inteligente, comenzó a permitir una asociación alternativa, "El Trolley", un sindicato católico creado en abril de 1919, y domiciliado en la Costanilla de San Andrés, donde residían otros de gran éxito, como el de tipógrafos. Esta coyuntura y sobre todo la garantía de no recibir represalias le permitieron un éxito creciente³³. Estos despidos (los definitivos los de dos operarios, uno de los cuales era un conductor con más de veinte años de servicio, en noviembre de 1919), la rivalidad emergente entre los dos bandos de asociados y el clima general de movilizaciones de la ciudad de ese otoño abocaron a los tranviarios a una huelga, aplazada desde la primavera anterior. Aunque los despidos fueron readmitidos el 28 de noviembre, el pleito pendiente seguía siendo el reconocimiento de la asociación -en este caso del diálogo con Gas y Electricidad- y que se terminase con lo que se consideraba una oleada de despidos arbitrarios -osea el poder omnímodo y sin control de la empresa.

La readmisión de los despidos, concretamente los de marzo, a los que se consideraba represaliados, y un aumento salarial -que podía arrastrar a los más indiferentes- eran las peticiones principales. En lo segundo podría haberse llegado a un acuerdo con la empresa, no así en lo primero. Para ésta, la solución negociada era imposible, porque se tenía "el propósito deliberado de mantener un estado ficticio de opinión en lo que se refiere al personal de esta Sociedad"³⁴. El clímax además era propiciatorio, con un lock-out de la construcción anunciado para el 13 de diciembre y una huelga de Artes Gráficas en desarrollo. Si este conflicto era respaldado por todo el ramo de Gas y Electricidad, la huelga general era prácticamente un hecho. No ocurrió así sin embargo. Los tranviarios fueron solos a la huelga el día 16 y aunque en los apedreamientos a los coches les respaldaban obreros de otros oficios, enfrente tenía un importante contingente de obreros que no secundaban el paro³⁵, las fuerzas del orden ocupando las plataformas y la ayuda para la protección del servicio de los jóvenes de la Unión o Acción Ciudadana, que en este caso sí hicieron honor a sus

objetivos originales de garantizar el funcionamiento de los servicios públicos. La inexperiencia y el ardor de estos voluntarios multiplicaron los incidentes, con algún herido de bala, pero sin duda completaron la vigilancia y el personal allí donde los contingentes policiales y de la empresa no hubiesen llegado, contribuyendo a mantener la circulación de los coches y a dar un nuevo tono, más crispado, a los conflictos del momento³⁶.

En cuanto la huelga, se alargó más de tres o cuatro días la esperanza de los huelguistas se cifraba en que el Gobierno presionase sobre la empresa para lograr una salida airosa. Una alternativa posible, como era la incautación, similar a las conseguidas por panaderos y cocheros, era inviable puesto que la empresa ya había anunciado 50 céntimos de subida en los jornales a partir del 1 de enero con promesas inconcretas de revisiones posteriores. Lo que no aceptaba de ningún modo era que las autoridades se entrometiesen en el tema de los despidos. Para entonces (19 de diciembre), las defecciones ya habían aumentado considerablemente y la empresa estaba segura de ganar el conflicto³⁷. La otra alternativa barajada, extender el paro a todo Gas y Electricidad, llegó a ser anunciado (18 de diciembre), pero ante las escasas probabilidades que se veían de que la huelga pudiese ganarse ya y sin duda el temor de la organización ugetista a desbordar el conflicto -"nosotros no necesitamos matar moscas a cañonazos"- se dió marcha atrás en tal propósito³⁸. Si el recurso al Estado fallaba y el recurso a la generalización de la huelga no convencía, unos trabajadores como estos, desprovistos del salvoconducto de la multiplicidad de talleres y de la cualificación personal, estaban abocados o a claudicar humillándose ante la compañía y los traidores y pelotilleros o a abandonar los tranvías definitivamente. Para el 25 de diciembre la compañía se ufanaba de que la huelga estaba concluida. Aunque el servicio tardó un poco en normalizarse, los sueños de hacer organización entre los tranviarios se disiparon en la Casa del Pueblo con la llegada del nuevo año. Pese a todo el instinto de asociación no murió. El gran triunfador en la nueva situación fue "El Trolley", que rebasaba el millar de afiliados en 1922-23 y que sobrevivió hasta la República, un clarísimo ejemplo de que los obreros, allí donde les estaban vedadas ciertas actividades o tácticas recurrían a otras sustitutivas, sin tener que pensar que pensar por ello que los tranviarios eran

católicos y traidores a la clase obrera por antonomasia. En cualquier caso, se quedaron sin borrar el estigma de 1917.

En un contexto de aceleración de las transformaciones del transporte urbano como el de la guerra y la postguerra inmediata, que prácticamente señalan este período como el del inicio de una nueva era en este ámbito, la falta de sintonía entre los distintos sectores obreros que en él se movían fue muy patente. Ni siquiera existió un mínimo acercamiento para conformar un Sindicato o Federación local o una organización unitaria seria, no ya entre sectores sin una asociación profesional delimitada con claridad u operativa en la realidad (como los mozos y carreteros) o en los que la asociación era casi una aventura subversiva (como los tranviarios o los del Metropolitano), sino entre los mismos trabajadores más adeptos a las tácticas de oficio de la Casa del Pueblo (los cocheros y la automoción). Este último grupo es la mejor ilustración de este fracaso; no lograron no ya crear una organización común, sino ni siquiera conseguir una concordia o una unidad en sus acciones societarias y reivindicativas.

No sería hasta finales de los años veinte cuando se formase la Sociedad de Obreros del Transporte Mecánico y aún entonces los tranviarios seguían militando en una asociación independiente. Por ello, y en la que parecía la nueva época de los sindicatos de industria, el saldo de lo que debía haber sido la cuarta gran organización madrileña, junto a la construcción, Artes Blancas y Artes Gráficas, es bastante pobre y timorato, y ni tan siquiera quedó en proyecto. Resulta significativo que entre obreros nuevos, no tradicionales, de escasa cualificación y relativamente rápido aprendizaje, y pocas tradiciones gremiales, como eran los del transporte ni hubo tales federaciones o sindicatos de industria ni hubo una única o sólida organización que les defendiese. Sólo los cocheros, sector en recesión, necesitado de reconvertirse en buena medida, contaba con unas prácticas de oficio reconocidas y una asociación de importancia. De la misma manera, sus prácticas rehufan la huelga en favor de la negociación, mientras que la del resto de obreros afines oscilaba aparentemente sin mucho sentido entre la sumisión más vergonzante y las explosiones de protesta más incontroladas y de épicas (y

fracasados) finales. A la ambigüedad general constante del origen de las sociedades de oficio y las subsiguientes federaciones industriales en Madrid, -organizaciones defensivas de formas de vida y de trabajo consuetudinarias y/o agrupaciones de trabajadores nuevos conformados por la industrialización- se añadió en este caso una tensión mucho más acusada y evidente entre la tradición y la modernidad y entre los transportes antiguos y los emergentes mecanizados, que ahondó las diferencias en principio, mucho más que atenuarlas.

XII.2. Confección y producción prefabricil: obreras a la huelga

Los oficios del "vestido y tocado" tampoco contaron en este período con especiales buenas relaciones entre sí, ni llegaron a formar una federación o sindicato local que los pusiese en contacto. Varios son los aspectos fundamentales los retratan y les dan una personalidad propia dentro de la esfera obrera de la ciudad. En primer lugar, casi todos tenían una profunda raíz u origen tradicional, remontándose a los gremios preindustriales más rancios y al artesanado más ancestral que suministraban las prendas para el consumo interno del burgo. Así, aún podía condensarse, aunque con mucho esfuerzo, en la mágica fórmula triangular y orgánica en que siempre se habían basado: sombrereros, sastres y zapateros, según atiendesen a las necesidades de la cabeza, el cuerpo o los pies de sus clientes.

Esta relativa tradición los equiparaba en buena medida con otros "viejos oficios" del paisaje madrileño. ¿Qué había más añejo que un remendón o una mujer zurciendo en su casa?. Sin embargo, y como en otros casos, esta prístina unidad se había deteriorado. La introducción de la maquinaria, muy simple en este caso (las triunfales Singer), devaluaba el arte de la aguja, aunque no lo suficiente como para prescindir de un necesario aprendizaje y habilidad intrínseco al oficio. Más decisiva resultaba la pérdida de la mayor parte del control sobre el proceso productivo, bien porque una cadena de intermediarios -el maestro, el capitalista y el comerciante- se interponían entre el oficial y el cliente, suministrándole a aquél la tela, los útiles, el local o simplemente los pedidos y los compradores mismos, bien porque la rapidez y la estandarización de la producción en serie promovía

la especialización, y por tanto la confección de piezas fáciles por separado. Todas estas tendencias no habían hecho más que incrementarse en estos oficios a lo largo del siglo XIX y teóricamente desembocan en una concentración de la producción, con grandes talleres mecanizados, consagrados a esta producción en serie, profundamente proletaria y nada artística.

Entre el idílico artesano de la aguja y la producción fabril de prendas existe sin embargo un vasto sistema de producción, definido en muchas ocasiones como protoindustrial, que en realidad dinamita la disciplina y unidad del taller sin reemplazarla por la de la gran fábrica: el conocido como sistema a trabajo a domicilio o sweating system³⁹. Si bien el trabajo a domicilio estaba extendido a otros muchos oficios, como la joyería, la fabricación de juguetes, abanicos, etc., era sin duda en la confección donde predominaba, dominando -y casi creando-especialidades enteras como las de guarnecedoras (en el calzado), las gorreras, las bordadoras en oro y en blanco (de pañuelos), la lencería íntima y la ropa infantil, las camiseras, pantaloneras y chalequeras y las sastras de ropa militar. En Madrid, como en otras ciudades de España (especialmente Barcelona y Valencia), era un modo de producción muy extendido en estas especialidades, consistiendo fundamentalmente en lo siguiente:

"(...) el obrero u obrera recibe la mano de obra del patrono dueño del almacén, fábrica o tienda, en la mayoría de los casos, y especialmente si abunda el trabajo, constituye un taller en su casa-habitación, trocándose de obrero en patrono y tal vez de la peor especie (...) [con] operarias a sus órdenes, desde la clase de aprendizas, con diez, once o doce años de edad, y sin remuneración durante las dos primeras semanas, hasta oficiales tan aptas como la seudoobrero y verdadera dueña del taller.

En todos los oficios, (...), se observa que los jornales son ínfimos, debido a la ruinosa competencia producida por el exceso de obreras, a las que hay que sumar, en cantidad muy grande, personas de la clase media, y aún de la baja, que teniendo aseguradas las más imperiosas necesidades de la vida, buscan en el trabajo manual domiciliario de la costura, confección y bordado un suplemento para hacer aquella más soportable o para crearse un elemento de ahorro"⁴⁰.

Los que suministraban la obra podían ser comerciantes que vendían los productos al público directamente, los dueños de almacenes que los vendían al por mayor, contratistas sin talleres que repartían este trabajo, o bien los patronos dueños de talleres. Estos trabajaban parte de su género a

jornal o a destajo en el mismo centro de trabajo, pero podían dar parte a domicilio, bien para que sus obreros y obreras continuasen las veladas en sus casas o en fiestas y domingos, bien para el personal que no estaba en plantilla y que trabajaba exclusivamente de este modo. Este sistema era especialmente exitoso, rápido y lucrativo en los momentos de mucha demanda, como lo fueron en buena medida los años de la guerra y suponía el complemento salarial de infinidad de familias madrileñas -mucho más si el cabeza de familia se hallaba preso, enfermo o en huelga. Eludía cualquier problema de jornal, al pagarse por pieza, de disciplina industrial y desperdicio del tiempo por el artesano, y sobre todo de jornada, porque la podía prolongar indefinidamente, solucionando la tensión entre horarios rígidos y acumulación temporal de pedidos que se les planteaban a otras manufacturas. Los patronos y contratistas se resguardaban de conflictos, pérdida y deterioro del material, o de la sustracción y/o empeño del género, con fuertes fianzas depositadas por "sus" operarias.

En realidad, se trataba de un sistema complementario de la producción de taller, pero al saltarse las convenciones de monopolio del trabajo por un oficio delimitado, por un varón cabeza de familia - o una mujer soltera- y por un jornal basado en un horario, afectaba e influía completamente en la esencia de éste. En primer lugar, porque evidentemente las presiones en los talleres para el mantenimiento del destajo, la indefinición del horario (maximizado) y el establecimiento de jornales y tarifas mínimos, era mucho mayor que en cualquier otro sector de la producción industrial madrileña⁴¹. La competencia de un amplio contingente de mano de obra, no sometido a la disciplina del taller y que trabajaba más horas, más rápido en muchos casos y por menos dinero, dificultaba, cuando no hacía imposible, el poder de las sociedades de oficio de la Casa del Pueblo. Esto separaba a los obreros del calzado y la aguja indefectiblemente de otros ámbitos de producción igual de tradicionales y atomizados.

Otro elemento de complicación añadido es que estos obreros no eran tales, sino obreras, mayoritarias en la mayoría de las especialidades. Los oficiales varones zapateros, sombrereros y

sastres, cabezas de familia, tenían que compartir sus sociedades con las guarnecedoras, las planchadoras y las modistas oficiales (esto es, solteras). Ya hemos visto en otros casos el prejuicio generalizado en la Casa del Pueblo sobre la escasa combatividad y experiencia sindical de las mujeres. También sabemos que su presencia "devaluaba" los salarios, puesto que a la mujer le correspondía consuetudinariamente un jornal inferior, al no tener que mantener a una familia -su jornal era considerado un extra en la economía del hogar-. En este caso concreto, y por si fuera poco para esta cosmovisión sindical, las mujeres casadas o que permanecían cuidando el hogar paterno, fraterno o filial, también conseguían estos extras, sin ser oficiales, atrayéndose las iras, no sólo de los artesanos varones sino el de las "modistillas" de tiempo completo⁴².

Para completar el panorama, las "modistillas" no tenían fama precisamente de ser un dechado de virtudes morales y morigeración, dando la contrarreplica femenina a los panaderos por su poca consideración popular y amor a la lujuria, el escándalo y el alcohol, por el que se las conocía⁴³. Esto convertía a la mayoría de la mano de obra del corte y confección en un difícil sujeto activo de las tácticas de la Casa del Pueblo: un oficio que traspasaba el taller, con escasas posibilidades de ser reducido a tarifa, de obreras, sin la disciplina moral necesaria, en definitiva sin identidad precisa. Probablemente las sociedades obreras piamontinas que existían son el mejor ejemplo que podemos señalar de supervivencia de unas tradiciones gremiales del pasado, mucho más que de organizaciones creadas por las nuevas industrias. El impulso que las animaba era la abolición del destajo y la producción doméstica, las tendencias que el siglo XX estaba alimentando a sus ojos y no la producción fabril, que apenas existía. Por ello hicieron defensa cerrada del sistema de taller, donde el monopolio asociativo y la tarifa les daba un gran poder sobre el trabajo, de otra manera inexistente.

XII.2.1. Añejos y recién llegados. Zapateros y sastres

Como en el mundo asociativo del transporte, existía una sociedad en el sector, más antigua que las demás, mucho más poderosa y prestigiosa y que se calentaba a la lumbre de las tarifas del oficio y del viejo espíritu democrático y radical que siempre había informado al gremio. Me refiero por

supuesto a los zapateros, aglutinados desde 1890 en la Sociedad de Obreros y obreras en calzado (luego de Zapateros y Guarnecedoras)⁴⁴. Esta sociedad rondaba el millar de afiliados en vísperas de la guerra europea y era la más activa promoviendo huelgas en los talleres antes de 1914, por no decir la única de cierta actividad y peso. La sociedad de sastres "La Razón del Obrero" o la de sombrereros (que se crearon una década más tarde) apenas pasaban de la centena y núcleos de trabajadoras como las sastras o las modistas apenas tenían alguna representatividad en la Casa del Pueblo. La impresión general que denota el sector es de suma debilidad de sus comportamientos societarios y de dispersión y hasta franca rivalidad entre gremios⁴⁵. No será hasta los últimos años de la guerra -entre 1903 y 1917 no se crea ninguna asociación que tenga algún papel relevante en los años que aquí se analizan- cuando esta situación comience a cambiar. Probablemente se trata de uno de los sectores que mayor entusiasmo proporcional -es decir en relación a su escaso movimiento anterior- despliega en las oleadas de 1919-20, coincidiendo con la contracción de la demanda creada por la guerra mundial de vestimentas y uniformes. En esta brusca puesta en escena coinciden con el comercio y otros servicios. Tras estos años, su presencia en la conflictividad madrileña de 1921-23 prácticamente desaparece bajo la amenaza de las rebajas de los jornales, a diferencia del sector servicios, que no sólo la mantiene, sino que en buena parte la protagoniza.

En este contexto de atonía los únicos conflictos destacables, como se ha dicho, los promovían los zapateros, siguiendo las pautas de las huelgas de taller. Impuestas ciertas costumbres y unas tarifas por pieza, se llevaba a la huelga a algún taller reticente a aceptarlas y en el que había mayoría de asociados, aislando el conflicto. El resultado solía ser la pérdida del taller o casa, a cambio de colocarle en una situación delicada. en cualquier caso eran conflictos muy esporádicos y muy poco deseados⁴⁶. Promover un conflicto en un taller sin asegurarse el personal a domicilio conducía a una derrota segura, que sólo una organización poderosa como la de los zapateros podía permitirse. Como en la guerra sin duda este personal no cesó de aumentar, cualquier imposición de tarifas sin ganárselo era imposible⁴⁷.

Sólo a partir de marzo de 1918 los oficiales sastres de "La Razón del Obrero" se deciden a plantear unas reivindicaciones de tipo general, aprovechando las elevadas ganancias que sus patronos estaban obteniendo con la guerra. Eran las primeras que realizaban prácticamente desde su fundación "por temor siempre a un fracaso", y aún así se hicieron con muchas reticencias porque se trataba de una sociedad que "nunca llegó a tener en sus filas ni siquiera al 40 por 100 de los obreros del oficio". El resultado sorprendió sin duda y desbordó todas las previsiones. Dos meses después, en mayo, se pasaba de unos 225 asociados a unos 1.500⁴⁸. Las bases de negociación eran las típicas de un oficio que intentaba sentar un reglamento y unas tarifas mínimas, sin concretar cantidades ni jornales. Bastaba con la garantía de que los patronos las respetarían. Así, se pedía un precio mínimo en cada prenda (a ser posible un 50 por 100 más alto del actual), una fijación del sistema de primeras y segundas pruebas, fijación de un día de pago y una hora de cobro, un jornal mínimo para las ayudas, "aumento de un tanto por ciento" (?), y jornada de ocho horas -que luego quedó en nueve-, respeto del domingo y de las categorías profesionales. Un acuerdo mínimo sobre el trabajo, lejos de la arbitrariedad del poder patronal, que se negoció y aceptó el 22 de mayo. El problema surgió, como en otros casos, por la falta de representatividad de las comisiones patronales negociadoras, que a continuación eran deslegitimadas, conduciendo a la huelga, que se resolvió en los primeros días de junio, y afectó a unos 3.000 sastres -de ellos un millar mujeres. Una huelga de movilización general, y no de taller por tanto⁴⁹.

El resultado fue bastante satisfactorio, con unas bases aprobadas por una Comisión mixta y el reconocimiento de la sociedad obrera como interlocutora, en un sector hasta entonces realmente pasivo. Frente a los zapateros la explosión de los sastres se debía a una militancia advenediza y muy reciente, que tenía que probar su recién adquirida pujanza, y sobre todo ampliar su radio de acción a las operarias marginadas del proceso: las bordadoras, costureras de ropa blanca, modistas, etc.. Para ello el final de la guerra significó un magnífico contexto: la contracción de la demanda subsiguiente atrajo militancia a la sociedad con un espíritu marcadamente defensivo ante lo que se avecinaba, pero al mismo tiempo inflamada por el clímax huelguístico de la primavera triumfal de 1919 y el virus de

las ocho horas⁵⁰.

Al clímax asociativo, y en parte promovido por su rechazo y un instinto defensivo de proteger el puesto de trabajo bajo el manto paternal de los Círculos católicos, también se deberá la difusión de los sindicatos de obreras católicas amparados primero por la Federación de Sindicatos Obreros Femeninos de la Inmaculada y luego en la Dictadura por la Confederación nacional de Obreras Católicas, los organismos impulsados desde la calle de Pizarro, número 19. Se crearían a partir de 1918 sindicatos de bordadoras, modistas, costureras de ropa blanca, sastras y guarnecedoras. Además, también existía una Asociación profesional de modistas, también de vaga inspiración católica⁵¹. Este impulso de las trabajadoras de la aguja se concretó, como no podía ser de otra manera, en la primavera de 1919 en una huelga de modistas y sastras, en paralelo a la de sus compañeras sobreras, y que, como en el caso de éstas, fue realizada al humo y se concretó en alteraciones de orden público y comisiones de huelguistas que alborotaban los talleres y la ciudad. Entre marzo y abril fueron flanqueadas por las de las fábricas de pañuelos, las clasificadoras de trapos y ya en el verano por las gorreras⁵². Todas estas huelgas fueron muy breves, pero muy amplias para lo que se estilaba en la ciudad (más de 2.500 modistas por ejemplo) y recibieron el apoyo de la Sociedad de satres, que entonces ensayaba una nueva organización, que hiciese frente a movimientos tan amplios. Pese a todo, sus logros "prácticos" fueron escasos y muy reducidos a talleres contrastados.

En cualquier caso, supuso el pasaporte para el ingreso de las modistas como sección en el nuevo y flamante Sindicato madrileño de obreros de la Aguja, y que presidiría Carolina Esteban⁵³, ambicioso proyecto por el que "La Razón del Obrero" quería asumir su nuevo papel de sorprendente líder en el mundo del corte y confección, transformando la vieja sociedad de oficio en un sindicato de industria con el objetivo de acabar con el destajo y el sistema domiciliario. Tal metamorfosis se veía como necesaria para canalizar la descomunal afluencia de nuevos asociados, adaptarse al clima de entusiasmo de los oficios de la confección y crear un sindicato de nueva planta con secciones autónomas para las operarias, que resultase operativo en las nuevas condiciones que se presentaban.

El resultado no se hizo esperar: parte de los oficiales sastres decidieron en 1919 crear una Sociedad aparte, con el significativo nombre de "La Sensatez", que agruparía a casi 500 operarios. El Sindicato de la Aguja se disparó sin embargo a los 3.000 en el último trimestre, cifra que no repetiría.

Así, en la segunda oleada huelguística de otoño de 1919 también participaron entusiásticamente. Fueron de hecho casi los primeros en levantar la bandera de la huelga. Tras llegar a un preacuerdo con la representación patronal sobre las ocho horas, ya implantadas legalmente, y un aumento salarial, de nuevo los patronos negaron la validez de tales acercamientos y procedieron a los despidos de jornaleros. En realidad el trasfondo era muy claro: se prefería recurrir al trabajo a domicilio que mantener plantillas en los talleres que sólo trabajasen ocho horas y cobrasen un alto porcentaje por las horas extraordinarias, precisamente en momentos en que la competencia europea se restablecía, pero sobre todo no se quería reconocer a una entidad tan peligrosa como un Sindicato que aspiraba a ser el Único del ramo. La huelga general estalló el 7 de octubre, respaldada tanto por el Sindicato como por "La Sensatez", y resultó una dura prueba para el futuro de esta entidad. El conflicto se alargó, lo que le hacía perder entidad; era muy difícil controlar los domicilios donde se hacía obra⁵⁴. Terminó el 12 de octubre y aunque se consiguieron ventajas en muchos talleres, lo cierto es que el proyectado Sindicato quedó herido de muerte desde el momento en que no consiguió ser reconocido ni logró la supresión de los destajos y veladas. Tras las vastas huelgas de 1918 y 1919 "La Razón del Obrero" encajó sin duda el impacto de los problemas del sector tras la guerra, retornando a posiciones más modestas como sociedad de oficio, aunque en niveles de afiliación más elevados que otrora (en torno al millar de asociados). Si bien permaneció fuera de la Unión no volvió a alterar el orden establecido en el mundo de la aguja: ya no participaron de las duras huelgas de 1920.

Los zapateros se mantuvieron más fieles a las viejas tácticas durante la marea de 1919-1920, negociando sin huelga en abril de 1919 un aumento del 25 por 100 y las nueve horas y, casi sin conflicto otro aumento similar en noviembre. En este sentido, fieles a la UGT, siguieron unas pautas parecidas a los cocheros en el transporte frente a los ferroviarios y chauffeurs: se mantuvieron en una

moderada oscuridad, frente a la violenta y efímera puesta en escena de sus colegas sastres sindicalistas. Pese a todo, también vieron nutrirse su organización, que se dobló en número (unos 2.000 obreros y obreras en su mejor momento). Esto no les libró de sufrir la misma lección que recibieron los bulliciosos y poco piamontinos sastres y modistas. En noviembre de 1920, en plena coyuntura de retroceso huelguístico, se vieron abocados a secundar de mala gana una huelga de los cortadores de calzado, en pos de un aumento en el precio de las hechuras. La huelga, probablemente la más grande y dura que sostuvieron los zapateros (unos 4.000 afectados en 300 talleres), duró hasta enero de 1921 cerrándose con una derrota importante. Derrota que era la del sistema de talleres frente al de domicilio. Aunque a diferencia de los sastres preservaron mejor su organización, que seguía siendo la única realmente potente en 1923, en un curioso viaje de ida y vuelta, el viejo sueño de abolir el destajo y el sweating system seguía siendo una utopía y "para nadie es un secreto que la mano de obra se ha rebajado"⁵⁵.

Sin la disciplina del taller establecer un frente sindical inspirado en las tácticas de la Casa del Pueblo resultaba casi imposible. Por ello los zapateros no pudieron pasar de establecer unas tarifas mínimas generales, muy vulnerables ante la presión de los destajistas y trabajadores a domicilio. Sólo la protesta masiva y unánime podía obtener algunas ventajas, siempre momentáneas y de acuerdo con la coyuntura económica. Si el conflicto se prolongaba en exceso, la derrota e incluso el peligro de desmantelamiento de la organización eran casi seguros. La ascensión y caída repentinas del Sindicato de la aguja demuestra esta vulnerabilidad pero también la imposibilidad de mantener delos taller a taller y pulsos particulares para ampliar una jurisdicción inexistente. O se imponían condiciones generales a la mayoría del oficio en un sorpresivo y rápido movimiento (como en 1918) o se tenía que esperar mejor ocasión (como en 1919). En cualquier caso, y amparándose en las oleadas generales de 1919-20, los movimientos de sastres y modistas contribuyeron a la reducción de la jornada en el sector (unas ocho horas más dos de veladas en los talleres) y a aumentar el prestigio social y societario de este sector, prácticamente marginal en el contexto de la organización obrera madrileña, y el de las mujeres como trabajadoras activas y protagonistas sociales. Con la República

también esperarán a un momento de oleada política, el año 1936, para ir a la huelga general y perseguir el destajismo domiciliario. El sueño no había desaparecido⁶⁶.

XII.3. Entre el mandil y el cuello duro: los dependientes del comercio

XII.3.1. El padre-patrón y la vida en la tienda

Como ya veíamos en los transportes uno de los rasgos definitorios de los trabajadores del sector terciario en Madrid era su sumisión al patrono, en muchos casos considerado como un auténtico amo feudal omnipotente y paternalista. Ya veíamos que esto era visible en el odioso complejo de librea de muchos cocheros, la identificación del chauffeur con los antiguos lacayos o el ambiente de represión del asociacionismo y de delación e insolidaridad del personal de los tranvías, un sector relativamente moderno. La práctica anulación de todo tipo de derechos sindicales era compartida por el mundo de la burocracia y la administración pública, donde a la huelga se la identificaba con la subversión. En el mundo de la dependencia, entendida en su sentido más amplio, la existencia de este patrón/amo feudal era mucho más lacerante y la precariedad del puesto de trabajo más acusada.

El que trabajaba en una tienda o una taberna no era un obrero asalariado sino un dependiente, es decir un mantenido por el dueño del local, el negocio o el género. Todo trabajador madrileño era dependiente hasta cierto punto del patrono que le pagaba, pero el único vínculo teórico que los unía -al menos así debía ser- era el del jornal. En muchos oficios un obrero cualificado podía creerse hasta cierto punto dueño de su puesto de trabajo, de sus habilidades, de su vida fuera del taller y podía soñar con ser el dueño de la industria junto con sus camaradas. ¿No tenía el dueño que pactar con ellos en buena parte el cómo y el cuánto se trabajaba?. Fuera del taller su vida era suya y allí nada representaba el patrono -aunque ya sabemos que no siempre era así-.

No ocurría lo mismo con los dependientes: su tarea era más fácilmente reemplazable y su trabajo poco valorado en principio. Sobre todo en sus primeros y duros años de aprendizaje -si se puede llamar aprendiz al chico- vivían, comían y dormían en la tienda donde trabajaban, práctica conocida

como internado. Este dueño, fuese un tirano o una buena persona que hasta te invitaba a su mesa, era en puridad un padre/patrón para la multitud de adolescentes y jóvenes que vivían de él. De hecho en sus locales muchas veces era la familia más próxima o parientes lejanos los que atendían el negocio. Por ello, la remuneración de este trabajo era páuperrima y muchas veces consistente únicamente en el mantenimiento: un traje o ropa decente para atender a la clientela, cama y plato de comida. En otras ocasiones procedía en gran medida de la humillante limosna en forma de propina, porque su servidumbre no sólo era doméstica, sino cara al público -por supuesto el caso más evidente era el de los de la hostelería y los camareros de bares y cafés-. En otros casos el dinero era apartado y ahorrado por el dueño para el matrimonio o el ahorro para otra tienda o negocio, sueño de muchos dependientes. No había horario concreto porque las horas de trabajo y vida estaban entremezcladas. Y por ello, medidas legislativas como la limitación del trabajo femenino y de menores o el descanso dominical eran muy vulneradas. En estas circunstancias toda reivindicación laboral se convertía de hecho en un ejercicio de emancipación social⁵⁷.

En este sentido, antes de elevar ningún tipo de peticiones a los patronos de aumentos o reglamentación del trabajo, tenía que definirse donde terminaba la autoridad del padre-patrón⁵⁸. Esto ligaba su destino al desarrollo de la legislación social emanada del poder político, con leyes como la de "la Silla", que obligaba al patrón a proporcionar asientos a sus empleadas (1912) y la de regulación de la jornada mercantil, que se discutía desde 1912, pero no se aprobó hasta julio de 1918, dejando en diez horas ésta, con doce obligatorias de cierre del establecimiento al día, prácticamente en puertas de las ocho horas de 1919. Resulta significativo que lo más granado de su agitación social sea posterior a la aprobación de las leyes que de hecho obligaban por escrito a los patronos y suponían un esbozo de reglamentación de la vida del dependiente, que se escapaba de la arbitrariedad consuetudinaria⁵⁹. No se debe perder de vista esta vinculación insoslayable: existiendo el abundante internado sólo las leyes podían limitar el poder patronal y aún éstas eran papel mojado si aquél seguía siendo la norma de trabajo predominante.

En una estructura comercial tan minifundista como la madrileña, de plétora de pequeños y medios establecimientos con muy pocos dependientes a su cargo, y un comercio volcado en expender los artículos de subsistencia de comer, beber y arder parece normal que estas relaciones sociales de ámbito tradicional fuesen las predominantes. No parece que esta situación hubiese cambiado mucho a la altura de 1914. Aunque se apunta en la segunda década del siglo cierta tendencia a la concentración en el sector y al aumento del número de grandes establecimientos, lo cierto es que sigue siendo bastante tímida. De hecho, en 1920 se han calculado unos 25.000 asalariados dentro de la dependencia mercantil por algo más de 8.000 patronos, lo que arroja una paupérrima ratio de tres obreros por comerciante⁶⁰.

Estos establecimientos vivían al límite y en un ambiente de asfixiante competencia dado su número y esto explica en gran parte la existencia de importantes organizaciones patronales, cuya principal misión era la defensa de sus intereses gremiales, controlar la competencia y presionar sobre el Estado a favor del librecambio, contra los impuestos y trusts o conglomerados sospechosos que les hiciesen la competencia. Así, amén de la institucional Cámara de Comercio creada en 1887, existían el poderoso Círculo de la Unión Mercantil, que databa nada menos que de 1858, y asociaciones gremiales como "La Viña" (1877), de dueños de tabernas, o "La Unica" (1905), el gremio de la alimentación⁶¹. Un epígono -o retoño tardío- de este tipo de patronal sin duda fue la Federación (luego Confederación) Gremial Española de 1912, ésta de ámbito nacional. A medida que el estado empezó a legislar y reglamentar sus actividades estas asociaciones comenzaron a dar mucha más importancia al control de los que amenazaban con convertirse en jornaleros asalariados y a presionar al Estado para que no animase a éstos con absurdos proyectos legislativos. Los problemas de transportes y abastecimiento de la guerra mundial y el crecimiento del sector comercial de la capital en proporción al de la ciudad misma durante la segunda década del siglo también contribuyeron a fomentar cambios y enfrentamientos en este sobredimensionado, y a veces muy humilde, comercio⁶². Hitos detectables de este cambio de panorama serán la remodelación del Círculo para abanderar a los gremios (1915), la defección de "La Unica" de la FGE (1917), y sobre todo la creación de la Defensa

Mercantil Patronal, capitana de la mesocracia comercial de la capital (1912) y de un nuevo "sindicalismo patronal" y "defensa de la clase"⁶³. Todo esto explica el relativo fracaso de la FGE entre las organizaciones más señeras del comercio madrileño. El sueño populista de un frente de tenderos hermanado con los dependientes ya no parecía resultar tan atractivo en Madrid como otrora, y al parecer no sólo en Madrid⁶⁴.

Ya en su día la ley y reglamento del Descanso Dominical (1904-1905) había levantado las primeras ampollas del tejido comercial madrileño. Pero como entonces se habían permitido muchas excepciones (incluidas las tabernas, a las que finalmente, en 1910, se permitió abrir) y pactos entre las asociaciones gremiales obreras y las patronales para encontrar otro día de la semana adecuado para el cierre, el efecto de la bomba se amortiguó. De hecho muchas asociaciones obreras se mostraron comprensivas con sus hermanos tenderos y taberneros⁶⁵. En cualquier caso el asociacionismo gremial se animó mucho con tales disposiciones.

Mucho mayor impacto tuvieron las limitaciones de la jornada a diez y a ocho horas de 1918-1919, que en el primer caso incluían una vigilancia estricta del internado. El esfuerzo de las asociaciones de patronos del comercio para sustraerse a ambas disposiciones fue ingente, pero ineficaz, en la medida en que los gobiernos permanecieron firmes sosteniéndolas⁶⁶. El Estado sólo dejó finalmente un margen de autorización para llegar a las diez horas, pero pagando las dos de más como extraordinarias con recargo, y a tener abierto el establecimiento hasta doce horas, respetando la legislación vigente⁶⁷. Resultaba paradójico que un Estado en crisis y falto de poder y autoridad se mostrase tan sólido en la no abrogación de medidas tan perjudiciales. La alternativa era desvirtuar tales leyes en la práctica, demostrando que la "dependencia mercantil" nada tenía que ver con la "clase obrera"⁶⁸.

XII.3.2. De la dispersión asociativa a la heterodoxia táctica

En buena parte la quietud y dispersión asociativa de los dependientes parecía dar la razón a sus

dueños de que no eran más que una prolongación de sus familias o meros aprendices de comerciantes, actividad diferenciada de las artes industriales. En este sentido existía un importante número de asociaciones obreras que dividían a los dependientes por gremios, según el género que expendían o la actividad concreta que desempeñaban, en un sentido amplio o infinitesimal. Muchas de estas sociedades -por ejemplo en la confección o la alimentación- no sólo aglutinaban a personal de mostrador sino a manipuladores del género a la venta que en su actividad se distinguían muy poco del patrono. Así, a la altura de 1914 había sociedades (o "Uniones") de dependientes sastres, sombrereros y cortadores de calzado, de dependientes de aves y caza (polleros), de tablaierías y salchichierías (carniceros y charcuteros), de pescaderías o de vaquerías, y por supuesto de ultramarinos ("La Unión Ultramarina Madrileña") y de despachos de pan ("El Nuevo Gluten"). Caso aparte como manipuladores de alimentos eran los del gremio de la hostelería, todavía de ubicación volátil, entre los vacuos proyectos de una Federación de Obreros de la Alimentación (luego Artes Blancas) y la militancia en las filas mercantiles: la poderosa Agrupación General de Camareros, muy antigua, de fines del siglo pasado, y que rondaba el millar de asociados, la "Unión del Arte Culinario", de cocineros, y los dependientes de las tabernas y tascas. No existía en cualquier caso ninguna vinculación "hostelera" entre estas agrupaciones. Otro grupo eran los empleados de oficinas y banca, relacionados con la dependencia, pero feudalizados de un modo diferente y más "moderno" en grandes establecimientos y con vivencias particulares, y sin grandes experiencias asociativas (en la Casa del Pueblo preferentemente en "Varios"). De ellos se hablará más adelante. Y luego un amplio cajón de sastre de dependientes de salones de limpiabotas, de peluquerías y barberías, de carbonerías ("La Emancipadora"), de vendedores ambulantes y de periódicos, de auxiliares de farmacia y hasta de empleados de pompas fúnebres. Muchas de estas sociedades dormitaban en la Casa del Pueblo, pero no eran especialmente conflictivas, ni piamontinas, ni por supuesto ugetistas⁶⁹.

Sólo una sociedad, la Asociación General de Dependientes de Comercio, se aproximó durante la guerra a un frente unido de la dependencia mercantil. Su origen se remontaba a principios de siglo, no siendo por tanto una pionera de las sociedades obreras madrileñas. En la línea de lo que se ha

planteado, ligó su propia existencia a la de la legislación emanada desde el Estado, casi desde el primer momento, reduciendo sus movilizaciones a una defensa cerrada de los avances en esta materia, primero con el descanso dominical, después con la reglamentación del horario y del internado, bien por sí misma, bien a través de la Federación Nacional de Dependientes de Comercio a la que pertenecía⁷⁰. La presión sobre el Estado, mucho más que los conflictos con los patronos, fue de siempre su punto de origen, algo que lo diferenciaba de otras sociedades obreras, que habían llegado a una conclusión parecida por el camino opuesto.

En cualquier caso, su peso era respetable, en torno a los 700 asociados, y a diferencia de muchas otras sociedades no dejó de crecer durante los años de afluencia de la guerra. El crecimiento del sector y algunos de los problemas derivados del conflicto bélico probablemente animaron y radicalizaron a la dependencia; de hecho la Asociación aumentó hasta el millar de afiliados precisamente durante estos años. Pueden apuntarse las tendencias patronales a sustituir al personal masculino por femenino más barato, tendencia muy acusada en la segunda década del siglo, perfectamente en sintonía con lo que ocurría en otros sectores (p. ej. la confección)⁷¹. Y junto a ellas la especial y muy próxima percepción que los dependientes tenían de los negocios y especulaciones que se realizaban en materia de abastos y fraude alimentario durante la guerra, factor al que se ha atribuido parte de la radicalización ideológica de este sector y su peculiar percepción de la rapiña patronal⁷². Cabe añadir la espectacular oposición de los patronos del comercio a los proyectos legislativos favorables a la dependencia y su renuencia a acatar la ley⁷³. Esto concienció a los dependientes de la necesidad de que ellos mismos debían ser los garantes del respeto a las mejoras obtenidas y que su emancipación social (su definición como trabajadores y no como siervos) estaba íntimamente ligada al poder político y quién lo ostentase. Para estos trabajadores la toma del poder o los golpes de mano efectistas de repercusión política podían resultar alternativas más realistas que los pulsos con los patronos basados en cajas de resistencia, tienda a tienda, o el control del ritmo de trabajo en el almacén. La derrota de los patronos y la reglamentación de su trabajo vendrían de arriba abajo y nunca a la inversa⁷⁴.

No es raro por tanto que la identificación de los dependientes con la corriente principal del obrerismo madrileño fuese muy superficial. Amén de sus especiales características cuasifeudales, en un mundo paternalista, casi fraterno con el patrón, y en el que muchos buscaban ser también pequeños tenderos y trabajadores autónomos, muchos de ellos se diferenciaban externamente de cualquier rasgo proletario bien por su actitud relativamente amable y educada, al detentar un servicio cara al público necesitado de buenas maneras, bien por su pulcra vestimenta de cuello duro. Por ello se les reputaba como orgullosos, "señoritos de pan pringao", hipócritas muertos de hambre y lo peor, faltos de conciencia de clase, y, por tanto, de conciencia de pertenecer al mundo obrero⁷⁵. Este escaso apego de la Casa del Pueblo y de los obreros madrileños y la manifiesta inutilidad de las tácticas de las sociedades de oficio para resolver sus problemas no disminuyeron sus ansias de emancipación, aunque sí les permitieron buscar un camino propio y heterodoxo⁷⁶.

Dadas estas coordenadas a nadie sorprenderá que a partir de 1919 la Asociación acogiera alborozada la causa tercerista primero y la del comunismo secesionista a partir de 1920 después. No se trató de una minoría. En esos años la Asociación tenía unos 3.000 afiliados y la cifra no parece que descendiese en el quinquenio siguiente. Por otra parte en 1919 se creó el Sindicato de dependientes de la alimentación, con inclinaciones parecidas, a las que se añadía el nuevo diseño de sindicato único de industria -si se me permite la incorrección-. Incluía diferentes secciones (aves y caza, vinos y licores, mozos del comercio, ultramarinos, carreros), tratando de atraer a los diferentes gremios del ramo. Ambos liderarían la agitación de 1919-20.

Ya en en los últimos meses de 1918 habían comenzado las primeras movilizaciones afines a este sector, siempre como huelgas masivas, y nunca parciales. Los dependientes y repartidores de vaquerías y despachos de leche (unos 600) y los camareros y cocineros (unos 700) fueron a la huelga entre septiembre y octubre de 1918. Los primeros para imponer un contrato de trabajo que recogía el monopolio sindical y por el que se acogían a la jornada mercantil y suprimían el internado: la huelga fue un fracaso, con más de un centenar de despedidos, por faltar "la necesaria conexión entre

los huelguistas". La Sociedad de dependientes de vaquerías apenas tenía un par de años de existencia y no pudo mantener la disciplina en los quince días que duró el conflicto. No ocurría lo mismo con la Agrupación General de Camareros y "El Arte Culinario". Ambas sociedades, pese a ir a la huelga en unión, no consiguieron movilizar a buena parte del oficio en su intento de imponer unas mínimas condiciones comunes de jornales y sufrieron el despido casi un tercio de los huelguistas. Los camareros, y sobre todo los cocineros, intentaron a posteriori acercarse a alguna organización más fuerte, como el SAB, sin conseguir nada positivo; los cocineros intentarían otra huelga sin mucho resultado en mayo-junio de 1920 al calor del pleito de "La Fortuna" con esta intención. Los camareros buscaban fundamentalmente un reconocimiento social como asalariados frente a los internos y a los sirvientes. Su emancipación era más laboriosa que la de los dependientes del comercio, pues estaban sujetos a la remuneración arbitraria (las propinas), una dependencia no sólo del patrono sino del cliente y del uniforme servil que muchos detestaban. Su camino también será el de la heterodoxia sindical y la radicalización, pero en los años treinta y de la mano de la CNT⁷⁷.

Pero fue a partir de las ocho horas concedidas en octubre de 1919 cuando la movilización encontró un banderín de enganche muy preciso: el aumento salarial que se hacía imprescindible para hacer frente al descenso de ingresos por el retroceso del internado y la desaparición del horario indefinido. Ahora bien, una petición de esta naturaleza no sólo buscaba el aumento de haberes sino también la fijación misma del jornal como elemento emancipador de las tradicionales relaciones feudales; o lo que es lo mismo, se proponía obligar a los patronos a reconocer que su único derecho sobre un dependiente era el derivado de sus prestaciones laborales pagadas por horas y con un precio determinado⁷⁸. Desde noviembre de 1919 tanto la Asociación como el Sindicato comenzaron a hacer públicas sus peticiones, logrando mejoras en muchos gremios⁷⁹.

La Asociación de dependientes de peluquerías y barberías y la Unión General de auxiliares de farmacia optaron por ir a la huelga por su cuenta en abril-mayo de 1920, en uno de los pináculos huelguísticos -el marcado por "La Fortuna"- . Los primeros buscaban la sustitución de la remuneración

por propinas con otra por jornal y el respeto de las ocho horas y el descanso dominical. La huelga convocó a más de un millar de peluqueros en sus primeros momentos y se alargó por espacio de seis semanas, terminando con un acuerdo de aumento. En este sector sí eran más factibles el boicot y el uso de peluquerías colectivas para dar trabajo a los huelguistas, puesto que su actividad sí requería cierta cualificación insoslayable y las dimensiones del servicio lo permitían. De ahí la relativa duración. Pese a todo, la huelga se reprodujo en junio-julio de 1921, de nuevo insistiendo en el descanso dominical. Esta no logró ya la unanimidad (sólo 300 huelguistas) y fue un fracaso⁸⁰. En cuanto a la de los prácticos de farmacia fue mucho más breve y las farmacias pronto cedieron a las peticiones salariales, no en balde eran las primeras que se hacían. No así a la petición de supresión del internado. También volverían a la carga durante la primera semana de noviembre de 1921, para lograr el jornal mínimo de 300 pesetas mensuales -que quedó al estudio de cada casa- y que se ratificasen las ocho horas, el descanso semanal y el salario por enfermedad durante un mes. El internado siguió sin abolirse⁸¹.

Mas la que resume todo el movimiento de los "esclavos del mostrador" es sin duda la huelga general promovida por la Asociación general de dependientes entre el 8 y el 15 de noviembre de 1920. En apenas una semana fue secundada por más de 10.000 almas y mostró toda la panoplia de recursos de que disponían estos trabajadores para dar forma a sus protestas: la sorpresa, la gradación de la intensidad, la amenaza física a los reticentes obreros y patronos y a las mismas tiendas, la simpatía y la colaboración ciudadana. Las peticiones se centraban en una escala salarial de nuevo cuño (con subidas entre el 70 y el 20 por 100), un jornal mínimo para aprendices (de 60 pesetas al mes), quince días de vacaciones pagados, dos mensualidades en caso de despido y enfermedad y una Comisión paritaria que vigilase el respeto a las nuevas condiciones. La Directiva de la Asociación decretó la huelga de forma sorpresiva, tras recibir un voto de confianza al respecto el 3 de noviembre, en los gremios de papelería, tejidos y camisería, y zapatería. A medida que la orden de paro fue levantando entusiasmo se fue incrementando éste progresivamente. Primero a las mercerías, quincallerías, bisuterías, jugueterías y bazares (el 10); después a las ferreterías y artículos eléctricos

y de loza y cristal; más tarde a las sombrererías, sastrerías y gorrerías. Ante la amenaza de huelga en las tiendas de comer, beber y arder se precipitó la negociación que dio fin a la huelga. Al éxito de tal táctica escalonada se sumaron las coacciones e incidentes. Estos fueron abundantes, entrando en las tiendas que no cerraban dependientes y familiares en actitud hostil, con muchas detenciones, jocosos corrillos contra los tenderos ladrones y eclipse de las lunas de los establecimientos. A este clima contribuía la escasa popularidad de tenderos y comerciantes, blanco de la ira popular desde antaño e intensificada ésta con la rumorología popular durante la guerra y con las alzas de precios. En sucesivos manifiestos los dependientes insistirán "acerca de las pingües ganancias que embolsan los hijos de Mercurio y fervientes adoradores de Caco", a sabiendas del eco que habrían de tener estos argumentos⁸².

La huelga fue un notable éxito popular y atrajo a gran parte del personal femenino, ante la sorpresa no sólo de los patronos sino de los propios dirigentes sindicales, que no variaron sin embargo sus apreciaciones sobre estas trabajadoras⁸³. La intervención del Gobierno Civil fue determinante para resolver el conflicto, puesto que garantizaba el cumplimiento de las bases, que quedaron en una subida del 45 al 10 por 100 según categorías, las vacaciones pedidas y un mes de enfermedad pagado, así como el abono de los días de huelga. Unos 200 huelguistas se quedaron sin trabajo sin embargo⁸⁴.

Los patronos, a través del Círculo de la Unión Mercantil y de Defensa Mercantil Patronal, se vieron sorprendidos en principio de que la huelga estallase, cuando aún se estaba en negociaciones y de los violentos procedimientos sostenidos en ella. Más daño moral debió de producirles la falta de unanimidad en sus propias filas: abundaron los comerciantes que claudicaron, colocando "sobre las lunas de sus casas" como estigma de su traición el humillante e infamante "cartel de autorización para trabajar que les facilitó la Asociación General de Dependientes por haber aceptado las bases de ésta"⁸⁵. Pese a tales procedimientos y a una huelga desencadenada dentro de los últimos compases de la oleada de 1920 -los que precedieron a la nonata huelga general nacional de UGT-CNT- el

Círculo todavía afirmaba que los orígenes de la huelga radicaban en "la carestía de la vida", que su postura sólo fue de mediación, "aun considerando que debía estar alejado por razón de sus elementos componentes" porque "reúne a patronos y dependientes", y que su labor permitió que los patronos no fuesen vejados y los dependientes muy beneficiados. El paternalismo interclasista no había muerto después de todo⁸⁶.

En los años siguientes la Asociación y el Sindicato convergieron a través de las páginas de Vanguardia Mercantil, de la persecución de la UGT, que expulsó a ambas sociedades en 1922 durante el XV Congreso, y de los boicots declarados contra casas que despedían personal basándose en las onerosas nuevas condiciones de trabajo (p. ej. en 1921 contra las sombrererías de Sánchez y Arias, en 1923 contra el almacén Félix Gómez o la Casa Debray). Finalmente, en marzo de 1923 se unían en la Asociación General de Dependientes de la Distribución y Administración, dominada por la "dictadura comunista" y condenada por la Federación nacional de dependientes. La fatua superioridad que habían demostrado antaño los dependientes ahora se había convertido en un purismo revolucionario difícilmente digerible para los ugetistas⁸⁷. La postura "desviada" no ya de la dependencia sino también del sector servicios en general es manifiesta en 1923 donde la mayoría de las huelgas tienen este signo: la general de banca, la de chauffeurs de autobuses, boycotts en peluquerías, huelgas de camareros (en el Café Europeo, el Colonial y otros) y cocheros y hasta del personal de oficinas, vendedores y "señoritas de tiendas" de la casa Singer (unos 150 huelguistas), que fue auspiciada por el Sindicato Unico de Servicios Públicos de la CNT⁸⁸. La reavivación huelguística de 1923 en Madrid fue protagonizada básicamente por estos sectores y los revoltosos peones, ninguno de ellos fielmente respaldados por la UGT en el fondo ni parte principal del cogollo de la Casa del Pueblo en definitiva⁸⁹.

La agitación del año 1923 fue la conversión definitiva de esta radicalización política de varios de estos sectores en violencia más explícita⁹⁰. La emancipación de los siervos y la independencia de los dependientes había comenzado y los métodos y pensamiento se alejaban un tanto de los que la Casa

del Pueblo había incubado y propalaba. ¿Se trataba de una falsa conciencia o más bien de una conciencia del problema social y de la lucha y protesta de los trabajadores diferente a la postartesanal tradicional?. Quizá los jóvenes encorbatados y oficinistas de los años treinta pudieran responder a esta pregunta. Aún no existía una antorcha política realista y alternativa al parlamentarismo que no fuese la retórica épica revolucionaria y redentora. Pero sí existía un ejemplo aún más perfeccionado y moderno y aún más demostrativo de las limitaciones del modelo sindical de defensa del oficio propugnado en Madrid para representar a los trabajadores de cuello duro ya en los años veinte. Y este no estaba limitado por avarientos y milenarios tenderos ni por la mezquindad de la venta al detall, sino que podía desarrollarse a lo grande en lujosos edificios alfombrados por cuyos pasillos se paseaban todas las mañanas esos gordos capitalistas que aparecían dibujados en los chistes de El Socialista, ante los ojos atónitos de unos "señoritos" timoratos: los empleados de banca⁹¹.

XII.4. Dependientes de oficina y empleados de banca

XII.4.1. De la clandestinidad a los Libres

La movilización de los empleados de Banca y Bolsa fue otra de las señas de identidad del decenio que nos ocupa. Estos trabajadores combinaban algunas características muy interesantes, que les perfilaban un ámbito muy diferenciado de otros sectores laborales. En primer lugar, y como el personal de oficinas de las empresas o las compañías de seguros, eran la expresión del progreso económico de la ciudad, de su poderío financiero como gestora y distribuidora del capital y de la expansión del sector terciario y del gran capitalismo. En este sentido, eran la avanzadilla de una nueva metrópoli, que en esta época comenzaba a vislumbrarse, la de los edificios de oficinas, las grandes compañías y las sedes bancarias, y estaban íntimamente relacionados con las entrañas mismas del sistema financiero a escala nacional. Este ámbito de trabajo les distinguía irremediabilmente de sus afines, los dependientes de comercio, habituados a la empresa familiar, al internado, y a un ámbito económico mucho más reducido y atomizado de pequeños patronos y tenderos paternos, donde la preparación era mucho menos exigente y casi empírica. No era lo mismo una tienda de ultramarinos que el Crédit Lyonnais. Como asalariados de un capitalismo en constante expansión combinaban su

marcada cualificación (contabilidad, gestión de documentos, alfabetización desarrollada, cierto nivel educativo), con una jerarquización prácticamente feudal y un sistema de trabajo en serie mecánico y acelerado en el que se basaba el aprendizaje o meritoriaje, todo reglamentado desde arriba por la empresa con un nulo control del trabajo por el bancario y una lentísima ascensión en el escalafón⁹². Trabajadores sin ninguna tradición, que no se sentían dueños de su puesto de trabajo, pese a sus conocimientos, sometidos a un régimen interior absolutamente arbitrario, en el que predominaba, como entre los tranviarios, la delación, el espionaje y el pelotilleo -aquí, ejemplarizado por la figura del tiralevistas-, que coronaban el miedo cervical al despido fulminante⁹³.

Esta combinación de cualificación y de trabajo en serie les alejaba por igual de los proletarios sin preparación y de los menestrales de los talleres, de los que se distinguían fuertemente por el atuendo y por los modales, que no por su afición a la taberna y a frecuentar lugares similares. Ellos eran el prototipo de los obreros de cuello duro, orgullosos de no trabajar en sucios talleres y no llevar gorra y blusón, presionados por la casa para no parecer clase baja promiscua y poco morigerada, dentro de los hábitos moralizadores de las grandes compañías⁹⁴, y tachados por los restantes obreros de la ciudad como "señoritos" sin conciencia de clase o solidaridad de grupo; de este prejuicio también eran víctimas los dependientes de comercio⁹⁵.

De este aislamiento entre sus teóricos compañeros de protesta y este ambiente feudal que se mamaba en los bancos nació un fuerte retraimiento hacia el asociacionismo, escaso y prácticamente clandestino, aunque no a cualquiera, sino al predominante, que era el "piamontino". Las protestas a la dirección se canalizaban con notas colectivas, sin nombrar comisiones para dialogar, causa de despido seguro, lo mismo que la posesión de un carnet de la Casa del Pueblo⁹⁶. Fuera de estas "audaces" iniciativas, la tarea de los ugetistas entre los bancarios no fue mucho más allá. No parece que las tácticas consabidas de asociar y recaudar resultasen muy atractivas para estos empleados, menos aún en un momento de crecimiento y expansión para el sector como fue la guerra. Hubo que esperar a que ésta terminase y comenzasen los despidos para que se iniciase un movimiento defensivo,

pero ajeno a las tácticas y métodos de la calle Piamonte. Los organizadores vendrían de Barcelona y ni siquiera pertenecían a un sindicato rojo sino al Sindicato Libre de Banca y Bolsa de esta ciudad⁹⁷.

El Sindicato Libre, o más exactamente los Libres, tenían un origen catalán en lo geográfico y jaimista en lo ideológico, aunque buena parte de su base social, de su violenta dialéctica -anticapitalista y antiparlamentaria- y de sus tácticas -pistolerismo, coacción e "impuesto revolucionario"- había sido suministrada por el mundo sindical barcelonés y por extensión captada de la propia CNT, de la que en gran medida eran una escisión desde su origen en 1919⁹⁸. Bajo el auspicio de Martínez Anido y durante los años 1921-22, ante la suspensión y persecución de las actividades cenetistas conocieron un momento de esplendor, en el cual lograron un considerable nivel de afiliación entre el obrerismo catalán y una ascendente confrontación con los empresarios. Uno de sus puntos fuertes y especialidades fue el predicamento que alcanzaron entre los trabajadores no manuales de la banca y empresas de servicio público, osea entre "las grandes compañías y las enormes entidades capitalistas", probablemente porque "los empleados de las empresas grandes y estructuradas jerárquicamente eran más sensibles" a su llamada cuando "insistían en la naturaleza obrero-proletaria de las clases medias asalariadas"⁹⁹. Tras la caída de Martínez Anido en otoño de 1922 comenzaron un progresivo declive que les llevará a enfrentamientos más agudos con la patronal, entre los que el principal será la huelga bancaria de 1923, cuyo centro será precisamente Madrid.

De hecho, sólo en este sector fue realmente significativa su presencia en "una ciudad tan viciada y pervertida por los políticos como Madrid"¹⁰⁰. Dado el singular aislamiento y la delicada posición de estos trabajadores quizá no podía ser de otro modo. Los primeros conatos serios de protesta en la banca de que tengamos constancia sobrevinieron en la resaca resultante de la borrachera y el oleaje huelguístico de los tres pináculos de 1919-20 y son el más claro ejemplo del gran protagonismo que el sector servicios tiene en los conflictos del período 1921-23. Los intentos de organizarse ya habían llevado a una huelga de una semana en noviembre de 1920 entre los empleados del Banco

Hipotecario, por la que fueron despedidos los ocho cabecillas más significados¹⁰¹. Ese mismo mes se había anunciado la conformación de un "Sindicato de Empleados de Banca y Bolsa", con el objetivo de homologar los salarios y mejoras con los que regían en Barcelona. Esta petición, así como la readmisión de los despedidos por estar sindicados y el reconocimiento de la nueva entidad, fue presentada el 31 de diciembre de 1920 a los bancos Hispano-Americano, de Castilla, de Cartagena, Alemán Transatlántico y Español de Crédito, con un ultimátum que exigía que el reconocimiento y la readmisión fuesen inmediatos. La huelga se desarrolló en la primera semana de 1921, fracasando en sus propósitos y contabilizándose más de 25 represaliados, pero tuvo un considerable seguimiento, la mayoría de los huelguistas fueron readmitidos, pese a tal acto de "rebeldía", y se lograron mejoras de forma indirecta, es decir, previamente y antes de la huelga fueron concedidas "graciosamente" mejoras en los salarios, procedimiento habitual en estas compañías para salvar su decoro y prerrogativas. Fue el primer ensayo de un movimiento general bancario en la ciudad¹⁰².

Frente a esta situación, y tras complicadas negociaciones, en Barcelona una Comisión mixta conseguía aprobar unas bases el 30 de octubre de 1922 con una escala de sueldos mínimos regida por la antigüedad (entre 60 y 500 pesetas mensuales de 14 a 36 años de edad para los dependientes de oficina y de 60 a 250 de 14 a 25 años para las "señoritas empleadas", grooms -botones-, ordenanzas y cobradores), quince días de vacaciones, semana inglesa y dos pagas extras, a cambio de un elevado número de horas extraordinarias sin remunerar sobre las ocho horas legales. La mayoría de los bancos las aceptaron, con las excepciones del Banco Central, el Español del Río de la Plata y las consabidas del Hispano-Americano y el Español de Crédito, a los que el Sindicato Libre declaró la huelga en 1923 el Primero de mayo (?). Por supuesto, con prácticamente dos días de fiesta consecutivos, el paro fue total en las cuatro casas. Los banqueros aceptaron negociar y concedieron los aumentos con efecto retroactivo (desde noviembre de 1922), a cambio de tener las manos libres para despedir al personal, para lo que se comprometían a dejar en excedencia por un año la plaza no cubierta, pudiendo ser recuperada por el despedido si debía ser cubierta¹⁰³.

XII.4.2. Una huelga de bisoños: agosto de 1923

Este éxito en la Ciudad Condal probablemente animó decisivamente a los dirigentes del Sindicato (sobre todo Ramón Sales como presidente de la "Corporación general de Trabajadores Unión de Sindicatos Libres" y Baltasar Domínguez, presidente del Sindicato Libre de Empleados de Banca y Bolsa) a trasladarse a Madrid a primeros de mayo, con la intención evidente de crear organización y obteniendo unos rápidos y francamente sorprendentes resultados. En junio ya se encontraban en condiciones de exigir el monopolio sindical y coaccionar al personal para lograr la plena sindicación en algunos bancos. El 23 de junio promovieron un conflicto en el Banco Urquijo pidiendo el despido fulminante de un jefe de negociado, que tras apuntarse había abandonado el Sindicato. La huelga se declaró el mismo día y la secundaron casi todos los empleados. El 25 (el 24 era fiesta) se resolvió con una humillación para el banco: el empleado fue despedido, la casa pagó 5.000 pesetas de indemnización al Sindicato - a guisa de multa sindical- y el pacto hubo de ser firmado por el Señor Urquijo en persona. Este trágala no pasó desapercibido para el resto de los banqueros de la capital, aglutinados en la Asociación de la Banca privada del Centro de España y resulta un síntoma evidente del fulminante éxito y expansión del Sindicato, allí donde antes apenas había nada¹⁰⁴.

Inmediatamente después, el 28 de junio, presentó unas peticiones a la banca madrileña, similares a las bases aprobadas en Madrid, pero con el añadido del reconocimiento del Sindicato libre profesional de Madrid y tres cláusulas, que impedían el despido "sin previa formación de expediente" y sin oír a una Comisión mixta, y más expeditivamente, "los Bancos obligarán a su personal a sindicarse, y serán expulsados aquellos que no lo hayan hecho en un plazo de dos días" y "las Empresas no podrán admitir personal que no sea sindicado"¹⁰⁵. El 2 de junio se llegaba a un acuerdo casi idéntico al de Barcelona, aceptando los bancos oír al Sindicato en los casos de despido y realizar estos entre los empleados más modernos, pero nada más, y proponiendo el sistema de excedencias por dos años en las vacantes para evitar las represalias. Este sistema reservaba las plazas a sus antiguos dueños y resultaba un expediente intermedio entre el monopolio sindical y la libertad absoluta de contratación, puesto que reconocía cierta auctoritas al empleado y al Sindicato sobre el

puesto de trabajo.

Por supuesto, el problema de la autoritas y aclarar a quien debían obediencia los empleados, si al Sindicato o a la empresa, iba a ser el punto fundamental de la ruptura. A las empresas no les preocupaban tanto las concesiones, como el que éstas perdiesen su carácter de decisiones voluntarias y graciosas de la dirección a sus beneméritos empleados. El Sindicato, falto de raíces y tradición en Madrid, si quería convertirse en imprescindible a los ojos de los bancarios, una vez pasada la euforia del logro de las bases, tenía que demostrar que era un obstáculo insalvable para la remoción del personal. Por ello, el despido de nueve meritorios y el 10 de julio de once empleadas (mujeres y adolescentes, los causantes de la huelga de "La Fortuna") en el Banco Español de Crédito -siempre entre los más reticentes en las negociaciones-, que la Dirección explicaba por exceso de personal, y que bien pudo ser una provocación para sondear la respuesta del Sindicato, provocó una huelga en este banco ese mismo día, como era de costumbre¹⁰⁶.

El Sindicato alegó que el banco no había comenzado los despidos por los más modernos, contraviniendo las bases, y ello justificaba la huelga, secundada en Barcelona y Zaragoza. Además extendió el boycott a las operaciones del banco con las demás casas, lo que involucraba al resto de la banca. La noche del 12 al 13 fue asesinado en Valencia Domínguez Ramos, el presidente del Sindicato libre de la Banca, y los empleados de los bancos madrileños pararon un día entero como protesta. Desde este momento la huelga se convierte en un asunto político que afecta a la hegemonía del empresario sobre el sindicato en el centro de trabajo. La banca se dividió en principio entre los que se sometían al boycott (Hispano-Americano, Urquijo, Central) y los que no (Bilbao, Vizcaya, Cartagena, Castilla), en una postura semejante a la de los periódicos frente a la censura roja. Estos últimos, probablemente con menos personal asociado o más facilidad para sustituirlo, invitaron a irse a todo el personal que no estuviese de acuerdo con su postura, sustituyendolo donde se pudo con personal adicto o de provincias y declarando nulas las bases por incumplimiento sindical (16 de julio)¹⁰⁷.

Mientras estos bancos transformaban y reconvertían sus plantillas y su organigrama de sucursales, los bancos más respetuosos -por necesidad o tolerancia- con el personal asociado, no sólo no podían hacerlo, sino que se veían perjudicados en su prestigio social y económico por el ejercicio del boycott. Este además se amplió a todos los bancos que apoyaban al Banesto, escindiendo los campos (18 de julio), algo muy prematuro en un mundo laboral casi virgen en experiencia societaria. El número de bancos que se sustraían al boycott no hacía sino ampliarse. Primero el Banco de Roma, después la Casa Westminster cambiaron de campo. Las sucursales de provincias de los bancos en entredicho tampoco respondieron adecuadamente. Además, no se contaba con ninguna voluntad mediadora del Gobierno, ni con la simpatía de la opinión pública y la prensa de la capital, que comenzaban a disgustarse por un conflicto sin objetivos precisos -salvo el de derrotar a los banqueros- y que amenazaba con pasar a mayores tras unos comienzos tan aparentemente nimios, todo envuelto en un clima de violencia y coacción que traía a las calles de Madrid un pistoleroismo, considerado hasta entonces exótico. En esta carrera hacia delante el Sindicato finalmente optó por declarar la huelga general el 3 de agosto, acuerdo que a quien dañaba fundamentalmente, así como el boycott, era a aquellos bancos que tenían personal sindicado, puesto que el resto en buena parte ya se habían "limpiado"¹⁰⁸.

Esta medida absurda, dirigida contra los que habían apoyado las bases y la interdicción, inició la desbandada entre los empleados de banca. Primero los de provincias, que no secundaron el movimiento. En Barcelona el personal de varios bancos hizo público su abandono del Sindicato al que acusaban de falta de profesionalidad (sus directores no eran del gremio) y de dirección "caprichosa" y lo mismo en Zaragoza. Después, y tras un primer día prometedor, en Madrid el día 4 se abrió y, ante las amenazas de despido, se trabajó en casi todas las casas. Entre el 6 y el 9 abundaron las deserciones y el 10 de agosto aparecía un inopinado manifiesto firmado por Ramón Sales, que daba por terminada la huelga como un gran triunfo, puesto que se tenía "plena seguridad" en que no habría represalias, los aumentos estaban garantizados, así como la personalidad sindical, pidiendo la vuelta al trabajo para el día 13. Para confirmar esto se reunieron los huelguistas el 12 y los mentores de

Barcelona "dijeron que habían triunfado plenamente, y que los banqueros habían firmado con ellos un acta comprometiéndose a respetar las bases de mejora y a que no hubiese represalias". Al serles requerido por los empleados madrileños el nombre de los bancos firmantes del susodicho acuerdo, se descubrió el engaño y el entusiasmo se trocó en indignación. El 13 Ochoa, presidente del Sindicato madrileño, reconocía la derrota, mientras los bancos admitían según su conveniencia al vencido y humillado personal díscolo. Sales se libró de una muerte segura por muy poco, lo que no impidió que se aprobase su gestión en Barcelona y que fuese reelegido como presidente por sus compañeros allí¹⁰⁹.

En Madrid el recuerdo que dejó esta huelga fue una dudosa reputación de honradez para los del Libre y una convicción íntima entre los obreros organizados de las erróneas y desviadas tácticas que regían en Barcelona. Bastante patente quedó, a los ojos de los socialistas, la confirmación de sus presupuestos: era imposible crear una organización en dos días y menos ir a la huelga a renglón seguido, además entre trabajadores de clase media(?) sin ninguna experiencia y de dudosa combatividad, y al margen de la Casa del Pueblo y de las tácticas seculares de la ciudad. Aunque parecía lógico que se fracasase al ir a la huelga con "gentes que debieran haber despreciado", lo cierto es que en Piamonte se despreciaba el comportamiento y las posibilidades de que los oficinistas tuviesen ideas propias a este respecto. ¿Qué podía esperarse de esos señoritingos encorbatados sin conciencia de clase?¹¹⁰

La falta de organización, preparación y experiencia, aunque circunscrita al Libre, también la respaldan historiadores contemporáneos, puesto que se erigió un sindicato "basándose en una frenética retórica antigubernamental y antiempresarial, más que en unos cimientos sindicales sólidos" y se lanzaron a una empresa para la que no estaban preparados¹¹¹. Parece difícil aceptar que los banqueros hubiesen tolerado mucho tiempo una organización sindical que discutiese en lo más mínimo su auctoritas en el puesto de trabajo. Para ellos -y para el Libre- la causa de la huelga fue ésta y no otra¹¹². Lo cierto es que los "cimientos sólidos" y la experiencia la podía haber suministrado la

UGT durante años para crear organización y movimientos en los bancos y no ocurrió así. El ímpetu y métodos del Sindicato resultaron atractivos para muchos bancarios, hasta entonces reticentes al asociacionismo y, a la inversa, en la Casa del Pueblo se sabía positivamente que sus procedimientos tradicionales eran de casi imposible implantación entre el explosivo servilismo y el ambiente feudal en que se movían esos trabajadores.

Por otra parte, aunque de la huelga resultó una derrota contundente, con el Sindicato reducido a la nada y desprestigiado y las bases dejadas al libre albedrío empresarial, muchos trabajadores no perdieron sus puestos, bien porque no secundaron el boycott (casi la mitad de los bancos de Madrid y más de la mitad de sus plantillas) en un primer momento, bien porque luego se desmarcaron de la huelga muy deprisa. Incluso de los que esperaron hasta el último momento, muchos fueron admitidos tras humillarse y hacer acto de contrición primero -solicitando el reingreso incondicional y rompiendo o entregando simbólicamente el carnet sindical. Por lo que sabemos, los aumentos y la mayoría de las bases pactadas o bien se respetaron o bien fueron concedidas graciosamente a renglón seguido. Porque no se trataba de un problema de mejoras sino de un reto al poder establecido. Es más que posible que, desde un punto de vista práctico, la condición de los oficinistas mejorase¹³. El coste fue muy alto, claro está, pero para la psicología del bancario, siempre amenazado en su puesto de trabajo, no resultaba difícil, si se protestaba, hacerlo de forma fulminante, explosiva y que hiciese mucho ruido, amparándose en la masa y las "coacciones" de los "sinvergüenzas" del sindicato. Todo alargamiento de la pugna, todo pulso sindical, toda organización estable, conducía al despido igualmente, sólo que de forma individual y solapada. De ahí que se pudiese pasar de la nada a la huelga general en cuestión de semanas, mientras que en oficios de décadas de organización (por ejemplo los tipógrafos), sólo había habido una huelga general en el último medio siglo. Y de ahí que se eligiese como vehículo a unos recién llegados impetuosos, que no tenían por "el doble filo" de sus actos, puesto que no tenían una vieja tradición ni un poderoso entramado sindical que defender.

XII. 5. El salario del Estado

XII.5.1. Presión corporativa y juntismo (1914-1918)

Como colofón, un capítulo y una novedad fundamental del movimiento huelguístico que vivió la ciudad en estos años lo escriben las que se autodenominaban clases medias, es decir los que se consideraban fuera de la habitual dialéctica entre capital y trabajo¹¹⁴. Esta participación de estos sectores, sobre todo en el ámbito de los funcionarios estatales, en lo que se suponía una forma de conflicto industrial inherente al desarrollo del proletariado y su autoconciencia en todo el mundo, es uno de los elementos destacables del período 1914-1923 y enriquece nuestras perspectivas sobre el desarrollo y encumbramiento de la huelga como medio de protesta social y política en el Madrid del segundo decenio del siglo.

Este estallido de protesta social de clase media contaba con unas raíces y perspectivas originales muy diferentes a las del movimiento obrero clásico, del que se hallaba profundamente desconectado, al menos hasta 1910-11, y aún después. Recurrirá a un medio de lucha considerado como obrero, en el momento en que alcanza su mayoría de edad, pero se encuentra desligado de una forma general de la corriente dominante y propagandista principal de la huelga como medio de acción social, la Casa del Pueblo.

En este sentido, la inquietud asociativa en defensa de intereses sociales privativos y el movimiento de protesta -inconexo y sin el objetivo finalista y unitario que el marxismo y el anarquismo imbuían a parte de los obreros organizados-, se inscribe en el marco del vasto movimiento corporativo que sostienen amplios sectores de la sociedad española durante el primer tercio del siglo XX. Este corporativismo no se articula, o lo hace pobremente, en una alternativa social homogénea y omnicomprendensiva del fenómeno, pero sin duda influye en el discurso y la praxis política del momento, sobre todo cuando las fuerzas que lo promueven son perfectamente conscientes de la crisis del sistema político de la Restauración, al que han venido denunciando desde principios de siglo, a través o bajo la capa del regeneracionismo. Por supuesto, el momento clave para el asalto corporativo a unas

prácticas políticas desprestigiadas -que a veces se identificaban con el sistema parlamentario burgués per se-, y que se consideran poco o nada representativas de las fuerzas vivas de la nación, es el decenio que nos ocupa, y no sólo a nivel nacional, sino también internacional, dentro del marco de las convulsiones de la guerra y la postguerra que señalan el advenimiento de la sociedad de masas¹¹⁵.

Teóricamente el mero hecho de asignar estos movimientos a un reagrupamiento de clases medias de signo corporativista tras la crisis del modelo liberal debería distinguirlos del movimiento obrero clásico. No debe olvidarse, sin embargo, que en buena medida éste también podía ser pródigo en presiones hacia el Estado para intervenciones puntuales o legislativas favorables y partidario de una organización social más atenta a una representatividad eficaz de los grupos de interés económico, entre los que por supuesto se encontraba. Y todo ello aunque contara con ideologías propias bastante elaboradas en absoluto corporativas en su origen y radicalmente revolucionarias en muchos casos¹¹⁶.

En cualquier caso, las tendencias corporativas son mucho más claras entre aquellos grupos profesionales estrechamente vinculados al presupuesto estatal, como son todos aquellos encuadrados en la administración pública o los partidarios de una colegiación que garantice de algún modo su encuadramiento y monopolio de su actividad, y que el propio Estado puede oficializar y respaldar taxativamente. Serán precisamente estos sectores de la clase media, los de las profesiones liberales (ingenieros y peritos, médicos y farmacéuticos, abogados y notarios, maestros y catedráticos) y los de la burocracia administrativa, los protagonistas principales de la agitación de 1914-1923. Y concretamente serán los funcionarios, los más claramente "asalarizados" de todos estos cuerpos profesionales, los promotores de estas huelgas de clase media. En este sentido, este colectivo ha sido estudiado con profundidad en un trabajo reciente, y por ello aquí nos vamos a limitar a señalar su aportación a la protesta social y laboral del Madrid de estos años, destacando algunos rasgos que nos parecen de interés y que completan lo aquí expuesto para otros trabajadores¹¹⁷.

En este sentido, no debe olvidarse que este colectivo tenía una importancia extrema en Madrid, dada la centralización administrativa y la capitalidad política que encarnaba la ciudad, y casi todas las huelgas promovidas por él comenzaban -o terminaban- por tener su epicentro aquí. Ahora bien, su vinculación laboral más que a la vida de la ciudad, era al Estado todo, y por tanto sus conflictos solían tener un carácter nacional, verticalizado por los Cuerpos técnicos o ministerios a que pertenecían, y que utilizaba la capital como caja de resonancia de su malestar. Aquí estaban las Cortes, los partidos políticos, las sedes ministeriales y la opinión pública. De ahí que consideremos importante una reseña mínima de su papel en la protesta socio-laboral de estos años.

Dentro de estos sectores profesionales mencionados, el carácter del funcionario, trabajador a sueldo del Estado, le hacía, pese a sus hábitos de decoro, vestimenta y atildamiento, más susceptible de entrar en la órbita del discurso de la Casa del Pueblo y sabemos que la UGT encuadró en esta época a sectores profesionales asalariados como los periodistas o los maestros. Incluso en 1920 abogó en su XIV Congreso por la sindicación de los profesionales liberales, abriendo la puerta de la organización a estas entidades. Pero la relación con tales sociedades fue tortuosa, epidérmica, y por lo general fracasada. En 1922 entre las sociedades madrileñas filocomunistas expulsadas se incluía la Sociedad de Profesiones Liberales precisamente. Ya veíamos como a los encorbatados de la administración se los homologaba en buena parte con los de la dependencia bancaria y mercantil -a veces se los englobaba en la clase media "vergonzante", la de los esclavos del cuello duro- y por lo mismo la heterodoxia de sus huelgas y conflictos resultaba hasta cierto punto incomprensible para los dirigentes sindicales de la calle Piamonte.

Como los otros dependientes, sus derechos de protesta social -y por tanto de asociación- estaban muy recortados, en este caso por su subordinación política al Gobierno de turno y su fidelidad obligada al Estado en su conjunto, como representación de un sistema social. De la misma forma sus reivindicaciones profesionales se hallaban muy ligadas al sistema racionalizador y a la fuerte jerarquía del trabajo inherente a toda burocracia, que, al menos teóricamente, estaban en la obligación de no

vulnerar. Las puramente económicas dependían en su totalidad de los gastos contemplados por los presupuestos del Estado, que, por lo general, y de la mano de la ortodoxia hacendística y económica de la época, tendían a ser restrictivos y francos partidarios de las podas en la plantilla de funcionarios, al menos sobre el papel.

Entre las principales peticiones de este colectivo se hallaban por tanto desde antiguo, y a riesgo de generalizar mucho, el romper la tradición clientelista y de cesantías en que se había movido la burocracia española durante el siglo pasado, sustituyendo el arbitrio político por criterios claros - a ser posible la antigüedad, más objetiva que los méritos- de elección y promoción de los funcionarios. Estabilidad y permanencia en el trabajo, reglas fijas de ingreso y ascenso y el respeto a los derechos adquiridos formarían la tríada de sus aspiraciones en este sentido. Y para garantizarla, el reconocimiento legal o de facto de sus asociaciones. Fuera de estos principios generales, la mejora de las perspectivas de promoción profesional -por ampliación o reestructuración de plantillas, por simplificación o reducción del escalafón- o económicas -por aumento de su cuota en la tarta presupuestaria- de un sector o un ministerio, pasaba en muchos casos por el empeoramiento simultáneo de otro, lo que conllevaba la rivalidad general de estos colectivos entre sí y la desconfianza y recelos mutuos entre los trabajadores dentro de las mismas plantillas incluso. En estas condiciones no es extraño por tanto que antes de 1914 sólo existiese una asociación unitaria digna de mención, la Unión de Funcionarios Administrativos del Estado (1912-13), promovida desde el ministerio de Fomento y luego llamada Unión Nacional de Funcionarios Civiles, y que para referirse a una huelga en la administración hubiese que remontarse a algún hecho aislado, como el conflicto de Correos y Telégrafos de 1892¹¹⁸.

Será la guerra mundial la que desate una mayor virulencia en la protesta y unanimidad en el movimiento. La inflación que desencadenó y la pérdida de poder adquisitivo que supuso para los funcionarios, sistemáticamente arrinconados y taponados en su mayoría en las categorías más bajas, alentó sin duda el descontento, pero no debe olvidarse el clima social y político general de crisis del

Estado que se va a vivir y que abrirá espectaculares flancos de debilidad en el entramado institucional, abriéndose la veda de "un auténtico cerco sobre los presupuestos estatales"¹¹⁹. El impulso definitivo en este sentido lo dió el movimiento juntista nacido en el seno del Ejército y el papel claudicante que juega la vieja política ante el reto de las Juntas Militares de Defensa durante la crisis del verano de 1917, provocada en buena parte por ellas mismas¹²⁰. De aquí surgirá una vasta panoplia de Juntas Civiles de Defensa en los ministerios y en Correos y Telégrafos, consolidadas en Madrid a partir de diciembre de 1917 fundamentalmente, buscando canalizar de forma moderna reivindicaciones profesionales muy antiguas.

Este espíritu, que se mantendrá con o sin juntas que lo representen, hasta 1923, consistirá de hecho en una presión permanente de los estamentos burocráticos para lograr mejoras de forma permanente y gradual de los gobernantes de turno, y obtuvo fruto de hecho en la respuesta de estos, que dictaron medidas para aquietar el descontento profesional y "económico" de estos sectores. Entre otras la ley del 22 de julio de 1918, que garantizaba la estabilidad laboral y evidentes mejoras económicas, las nuevas plantillas con aumentos presupuestarios tras agosto de 1919 o el presupuesto Allendesalazar de 1920. A cambio, los poderes públicos intentarán por todos los medios alejar a los funcionarios de cualquier asociacionismo independiente, que implicase el cuestionamiento de la autoridad gubernamental y de la disciplina burocrática. En este sentido su postura corrió paralela a la de los patronos de los proletarios de cuello planchado, dispuestos a las graciosas concesiones, pero no al poder sindical en la casa o local de trabajo. Por ello es el mejor ejemplo que puede aducirse de oposición a la sindicación, que no al corporativismo, basada fundamentalmente en una negativa a repartir el poder, político en este caso por antonomasia, que no, al menos hasta cierto punto, las ganancias presupuestarias.

Y es que la crisis del verano de 1917, a través del movimiento de agosto, también presentó un modelo de actuación basado en la asociación sindical y la huelga como medio de presión y protesta. Si bien esta tentación "sindicalista" fue muy minoritaria y casi simbólica, en comparación con la

presión meramente corporativa, y estuvo estrictamente prohibida hasta la República, sí se protagonizaron importantes huelgas de protesta en la administración a partir de 1918¹²¹. El hecho de que, en definitiva, y como el ejército, sacrificasen un posible impulso reformista o regeneracionista sobre la res pública a ambiciones económicas y profesionales más pedestres, no anula el carácter de reto al poder constituido que inspiró en parte a estos movimientos. Este carácter era el temido por los Gobiernos que consideraban toda huelga de funcionarios como un movimiento de subversión y rebeldía política y no como un conflicto laboral. El procedimiento gubernamental consuetudinario en estos casos había ya quedado aquilatado desde 1892 con ocasión de la huelga de telegrafistas y consistía fundamentalmente en la militarización, que teóricamente debía de reforzar la maltrecha obediencia debida a los poderes públicos, y la disolución de los cuerpos o plantillas en rebeldía para crear otros ex novo, donde se admitiese bien a personal militar, bien a operarios sin antecedentes "huelguistas", bien a estos últimos rendidos incondicionalmente¹²². El éxito inmediato de tales huelgas dependía esencialmente del grado de solidez del gobierno de turno -o del ministerio o responsable encartado en el conflicto- y ésta de tres vectores principales: la coyuntura política del momento, la unanimidad de la protesta, que debía ser nacional y contar con el respaldo de otros colectivos de la administración, y el fundamental papel de la opinión pública y los medios afectados (fuerzas vivas como Cámaras, asociaciones económicas, otros colectivos profesionales, medios políticos, etc.) que podían decantar con su simpatía o su hostilidad el fiel de la balanza. Este último elemento ya había resultado decisivo para el éxito en 1892 y volvería a serlo en 1918. Por contra, no fue menos decisivo para las derrotas de 1919 o 1922.

XII.5.2. La tentación de la huelga (1918-1922)

Las huelgas en la administración se iniciaron con la crisis de marzo de 1918, promovida por la aplicación estricta del reglamento por parte de los telegrafistas desde el 20 de febrero, como muestra de descontento ante la lentitud en votarse un crédito extraordinario -teóricamente en trámite- para ampliación y mejora de las plantillas de Correos y Telégrafos. Esta medida obstruccionista, que ralentizaba y retrasaba el servicio, a modo de una huelga de celo, no era considerada por los propios

funcionarios sin embargo como una auténtica huelga, sino un medio de presión ante la eventualidad de un más que probable cambio de gobierno (la protesta "coincidió" con elecciones generales, convocadas para el 24 de febrero) para lograr sus propósitos. Todo ello en un contexto de satisfacción de las demandas corporativas militares (R.D. del 7 de marzo) a cargo de Juan de la Cierva desde el ministerio de la Guerra, superviviente de dos crisis ministeriales (27 de febrero y 7 de marzo). La respuesta del gobierno -la de Cierva en concreto- fue similar a la de 1892: el 14 se ocupaban militarmente las oficinas de Correos y Telégrafos, se decretaba la militarización del personal, que pasaba a depender del ministerio de la Guerra, se disolvían las Juntas de funcionarios de los ministerios y a partir del 17 se decretaba la disolución de ambos polémicos cuerpos. La unanimidad de los funcionarios fue sin embargo total para evitar la normalización del servicio, recibiendo el apoyo de otros sectores (Hacienda el día 20) y el de la opinión pública, manifiestamente simpatizante con los así atropellados. El resultado fue demoledor: crisis de gabinete, nuevo gobierno nacional "de coalición" de padres de la patria, del que se excluía a Cierva -convertido a partir de entonces en bestia negra de los funcionarios civiles-, y restitución de los empleados "disueltos" a sus tareas anteriores. Como había ocurrido con los militares, cuatro meses después se concedían sustanciales mejoras a la administración civil. El precio consistió en "que, a cambio de algunas concesiones en el terreno económico, esa fuerza social se subordinaba al sistema de control político y de distribución de poder burocrático vigentes"¹²³.

Una vez los gobiernos comenzaron a desgranar estas concesiones, creando agravios comparativos entre las plantillas de funcionarios, la presunta solidaridad y unidad de éstas pudo ser rota con suma facilidad. Tampoco la herencia asociativa juntista, allí donde se mantuvo, demostró ser operativa para gestionar las huelgas que se plantearon. Los telegrafistas, imbuidos de su superioridad técnica frente a otros colectivos de la administración y de la soberbia de la victoria de marzo de 1918, fueron los primeros en abrir el fuego el 15 de abril de 1919, convocando a la huelga como rechazo al nuevo gobierno Maura, que ese mismo día entraba en posesión, y en concreto al vetado Cierva, nuevo ministro de Hacienda¹²⁴. Como en el caso anterior se aprovechó un momento de clara debilidad

política para plantear el pulso, que ahora iba más lejos en su forma -se trataba de una auténtica suspensión del servicio telefónico y telegráfico, no de la aplicación del reglamento-, pero mucho más epidérmico en el fondo -Correos y los ministerios se abstuvieron de apoyar la huelga-. Su desconexión y aislamiento quedó pronto en evidencia: no sólo no recibieron apoyos en la administración, sino la repulsa generalizada de la opinión pública y hasta serios intentos de esquirolaje en Madrid por parte de los consabidos "pollos mauristas", meses antes de que la Unión Ciudadana se consagrara precisamente a reventar este tipo de huelgas "contra el interés público". Más evidente fue su separación de las asociaciones de la Casa del Pueblo, pese a aprovechar el clímax de la oleada huelguística de la primavera. Este cúmulo de circunstancias arrojó un triste balance de los más de diez días de huelga: 21 cabecillas despedidos, rendición incondicional de los huelguistas y promoción de los que habían procedido como amarillos¹²⁵.

Más flexibles se mostrarán los funcionarios de Hacienda en la huelga de enero de 1921, planteada el día 15, como una protesta por la vulneración en el cuerpo del principio de escalafón -se pretendía crear 100 nuevas plazas sin contar con las categorías bajas que esperaban promocionar-. Para su estallido aprovecharon hábilmente un ataque parlamentario de las minorías al recién constituido gobierno Dato. Con este paraguas político, consiguieron la dimisión del ministro del ramo el día 21 y más tarde, en julio, la confirmación de que no habría nuevas oposiciones en tanto no se promocionase a los oficiales de la plantilla. A cambio, y por supuesto, todos sus proyectos societarios pasaron a mejor vida.

Por último, también el Cuerpo de Correos planteó su propia huelga de brazos caídos en agosto de 1922, muy lejos ya de los ecos del trienio bolchevique y en un momento de relativa calma social. La causa última era un nuevo agravio presupuestario en la tramitación parlamentaria de las cuentas del reino por el gobierno Sánchez Guerra, que no contemplaba una reorganización del servicio satisfactoria. El movimiento lo promovió un Comité de Jefes y Oficiales constituido en Madrid desde 1920, heredero de las antiguas juntas y se basaba en un programa mínimo de reforma del reglamento

del Cuerpo, reintegración de los carteros represaliados en huelgas anteriores y la creación del tan ansiado Ministerio de Comunicaciones (que no llegaría hasta 1931). La huelga estalló entre el 5 y el 7 de agosto y recibió la respuesta consabida ante la subversión, aunque con retraso. Una hábil maniobra de Sánchez Guerra, prometiendo conceder parte de las reivindicaciones, logró un acuerdo provisional que permitió ganar tiempo al Gobierno. El 17 sin embargo se desdecía del compromiso adquirido y el 18 decretaba la disolución del Cuerpo de Correos, corriendo el escalafón a favor de los esquiroles, creando un Cuerpo auxiliar femenino que reemplazase a los huelguistas y empleando al personal militar para hacer frente al interrumpido servicio¹²⁶. Como en 1919, el aislamiento de los huelguistas fue ejemplar, tanto por la opinión pública, como por sus propios colegas de la administración que, aún a regañadientes, cooperaron para agilizar el servicio, y Telégrafos y Cartería no se decidieron a secundar el paro. A los carteros, muy escaldados de experiencias anteriores, se les prometió la readmisión de los últimos represaliados y ampliación de sus competencias a costa de los funcionarios de Correos. Tal táctica divisoria tuvo éxito, así como la colaboración del público ofreciéndose voluntario para romper la huelga. El momento político tampoco parecía el más oportuno. El 24 terminaba la huelga con el resultado de una espectacular depuración del personal (más de 400 separados del servicio), una firma solemne de los readmitidos de no integrar ninguna asociación y de obediencia a las leyes e instituciones y una ruptura del espínazo de la solidaridad corporativa.

Esta fue la última huelga importante del funcionariado en las dependencias de la capital de España y su fracaso resume eficazmente las esencias de tal protesta: eficaz "para la presión subterránea, para la hipoteca permanente sobre el poder, al modo del juntismo militar, (...) [pero no] para el enfrentamiento abierto, más instrumento que signo de identificación social y político"¹²⁷. El asociacionismo funcional, desde el momento en que adoptaba tácticas sindicales -aún epidérmicas- como las huelgas unánimes o el control de los modos y ritmos de trabajo, era desintegrado y mostraba su escaso arraigo formal, que sólo sustentaba la solidaridad corporativa de la plantilla, y a veces ni siquiera de forma total. Perdido el impulso "regenerador" inicial de 1917-18 no se lanzó un mensaje lo suficientemente atractivo para aglutinar a los cuerpos de la administración en un movimiento de

protesta unitario. Su vinculación con el sindicalismo dominante en Madrid, el auspiciado por la Casa del Pueblo, fue muy escaso, por no decir nulo. La mejor demostración al respecto nos la da Manuel Cordero tratando de convencer a los empleados de Correos en 1922 que el patrono Estado no era diferente al resto y que su defensa del "principio de autoridad" era equivalente al de la burguesía, con escaso éxito por supuesto¹²⁸.

XII.5.3. El especial caso de los carteros

Un tanto diferente es el caso de los carteros. Estos empleados vinculados al servicio de Correos en calidad de repartidores de la correspondencia no se hallaban sin embargo vinculados igualmente al Cuerpo administrativo como tal ni a los presupuestos del Estado, de los que no recibían su salario. En su calidad de no funcionarios cobraban cierta cantidad por entrega (unos 5 céntimos por "derecho de distribución"), con la que tenían que pagar los gastos que ocasionaba su trabajo¹²⁹. Esto les equiparaba formalmente con los "jornaleros" más que con los funcionarios de Correos y por ello su relación con éstos fue sumamente conflictiva y les hizo mucho más proclives al sindicalismo obrero más radical. Por contra sí eran considerados como funcionarios a la hora de prohibirles asociarse y los procedimientos que se empleaban contra ellos eran antisubversivos y muy similares a los de sus colegas de la burocracia. Tras dar su apoyo al movimiento de marzo de 1918, del que nada obtuvieron, puesto que en las subidas salariales del verano se prescindió de ellos, decidieron ir a la huelga en octubre de 1918. En Madrid pararon unos 700 carteros el día 2, pero la huelga fue nacional alcanzando a unos 12.000 carteros y peatones (antiguos verederos). La huelga fue activa, concentrándose los carteros en la Casa de Correos de la calle de la Paz, de donde los desalojó violentamente la Guardia Civil y la policía ese mismo día. La huelga no fue secundada por el personal de Correos y los telegrafistas y terminó dos días después con la vaga promesa de negociaciones con las autoridades y apoyo en caso necesario de los departamentos de las Comunicaciones¹³⁰.

Como las promesas permanecieron incumplidas, la huelga se reprodujo el 22 de marzo de 1919 en un contexto ya muy diferente, conectado con la oleada huelguística y sindicalista que vivía el país.

Para entonces los carteros ya contaban con un órgano portavoz, Cartas y Carteros, de la Unión nacional del colectivo, con un programa de mejoras (supresión de los cinco céntimos por carta, ocho pesetas de jornal, escalafón general, creación de un Cuerpo de Carteros, abono por el Estado de los uniformes, aumento del personal y, en definitiva funcionarización del colectivo) y con una retórica fuertemente maximalista, característica de obreros poco cualificados, humillados y postergados por sus teóricos aliados de clase¹³¹. De hecho, los oficiales del Cuerpo de Correos respaldaron firmemente al Gobierno, como luego hicieron frente a los telegrafistas, lección que devolvieron ambos colectivos tres años después. Los carteros fueron sustituidos por soldados y voluntarios, entre los que se presentaron los "pollos bien" habituales en estos conflictos; su domicilio social en la calle de la Salud fue clausurado y sus dirigentes detenidos. Paradójicamente la vinculación en Barcelona con la huelga general y la suspensión de garantías subsiguiente no ayudó en nada al movimiento, que, sin estar dirigido por un sindicato obrero, fue reprimido como un movimiento revolucionario más y no contó ni con el apoyo de los funcionarios ni en realidad con las organizaciones obreras a las que no pertenecían. Sustituidos en buena parte por el colectivo de Carteros de Real Orden, extraído en parte de las fuerzas armadas, y que llegó a asociarse en defensa de sus derechos, la protesta de la cartería fue laminada en medio de la psicosis bolchevique general a la que ellos no habían querido pertenecer¹³².

Curiosamente, los carteros fueron probablemente el colectivo laboral más perjudicado del pináculo huelguístico de marzo-abril de 1919 entre los trabajadores madrileños, cuando la euforia y el éxito acompañó a la mayoría de las reivindicaciones -por ejemplo entre las sobreras, animadas al paro por la propia huelga de carteros-. En cualquier caso, tuvieron el triste y pobre consuelo de compartir represión con los telegrafistas un mes después, aunque el trato recibido por éstos fue mucho menos vejatorio. La existencia de un contingente represaliados y despedidos entre carteros y telegrafistas, que sustituía las viejas camarillas de cesantes animadoras de los cambios políticos, sin duda permitió un mayor acercamiento de estos colectivos a la disciplina piamontina, a cuyas organizaciones parecían destinados los rebeldes carteros¹³³.

Significativamente, sin embargo, sus preferencias sindicales fueron decantándose hacia la CNT en estos años y muy especialmente con la República¹³⁴. En este caso, a las habituales dificultades de la UGT para hacer ver la luz a los trabajadores de uniforme y cuello duro, que ya hemos visto en otros casos, probablemente se añadió la sensación de surnisión y menosprecio social que sentía este colectivo ante los más cualificados y ensoberbecidos oficiales y jefes de Correos, lo que les acercó a un sindicalismo más proclive a estos problemas.

Un claro ejemplo de estos rencores contra los funcionarios superiores lo encontramos el 22 de octubre de 1920 cuando se reproducen las represalias sobre los carteros, precisamente por un incidente, en el que se cruzaron frases injuriosas entre éstos y el personal de Correos. Tal hecho fue considerado por las autoridades como una falta grave de disciplina y provocó, que tengamos constancia, al menos el nuevo cese de 57 carteros, en el que tuvieron arte y parte los propios funcionarios de Correos. Ante tales purgas no es de extrañar que la cartería se abstuviese de apoyar a Correos en la huelga de 1922, en la que obtuvieron la reposición de estos últimos represaliados¹³⁵. El divorcio interno era manifiesto entre los oficiales y las clases de tropa en el servicio postal en 1923.

Una visión global de estas huelgas las aproxima a las de los empleados de banca, muy especialmente por el sonado fracaso que las acompañaba. Con la excepción del conflicto seminal de marzo de 1918, por sus características especiales -una sorda protesta convertida en heroicidad cívica por la torpeza del ministro de la Guerra-, y el de los funcionarios de Hacienda de 1921, por su moderado y timorato comportamiento -el paro no era tan delicado como el de las comunicaciones-, estas huelgas terminaban con reestructuraciones de plantillas que abrían la puerta del escalafón a militares, mujeres o amarillos, de profesionalidad cuando menos dudosa en muchos casos, despidos o suspensiones colectivas, y, en ocasiones, dirigentes de comités o juntas entre rejas.

Sin embargo, y como entre los bancarios, estas protestas contribuyeron de una manera efectiva

a las mejoras presupuestarias del funcionariado, prácticamente constantes entre 1918 y 1923, y a la consecución de objetivos profesionales importantes. Los carteros, tras sufrir su trienio negro entre 1918 y 1920, vieron mejorar su consideración dentro de la administración en estos años con un Reglamento orgánico muy favorable en 1921 que les introducía en el funcionariado y un retorno triunfal en 1922 -aunque tuvieron que convivir con el baldón de los de Real Orden-; los telegrafistas, tras la humillación de 1919, vieron la rápida readmisión de los despedidos y lograron amplios progresos en la ansiada captación de la telefonía hacia el Estado y por lo tanto hacia ellos mismos en 1922-23 -aunque estuvieron a punto de ser transferidos en bloque al ministerio de Guerra-; los de Correos, más perjudicados, ya en 1923 sólo tenían la mitad de los represaliados del año anterior sin readmitir -aunque mantendrán su situación de interinidad hasta 1927-. Al coste de organizaciones volátiles y muy vulnerables, que se avivaban en vísperas de una protesta, para desaparecer o languidecer poco después, y de despidos de los más fogosos y activos, y renunciando a disputar la auctoritas de los gobernantes, consiguieron numerosas ventajas colectivas con sus protestas. En su situación de subordinación política, sólo un radical cambio institucional podía darles este poder sobre su propio trabajo que tanto ansiaban. Por eso el 14 de abril de 1931 ondeaba la tricolor sobre el Palacio de Comunicaciones¹³⁶.

NOTAS

1. Continuando el símil, la baraja de la Casa del Pueblo debía haber tenido cuatro palos. Tres ya vimos estaban repartidos: los oros para el carisma de los tipógrafos, las copas para la incontinenia de los panaderos y las espadas para la vasta tropa de los albañiles, carpinteros y cerrajeros (la construcción de casas y utensilios). El palo restante debería haber sido para el transporte urbano, concretamente en los trabajadores de los tranvías, decisivos marcando el ritmo vital de la ciudad, y realmente puede decirse que pintaron bastos para la Casa del Pueblo en esta materia.
2. El apogeo de la sindicación ferroviaria ugetista en Madrid en cualquier caso se quebró a partir de la huelga de agosto de 1917, con las repetidas defecciones de buena parte de la organización. La afiliación sobrepasaba con creces los tres millares hasta 1919, a partir de esa fecha no hizo más que descender hasta unos 1.500 en 1923. Los ferroviarios además no tenían especial consideración entre los obreros de oficio de la ciudad, tras su comportamiento en 1917 o en la "huelga bufa" de marzo de 1920, como ya se ha visto. Al fin y al cabo eran considerados obreros sin oficio, procedentes del campo en buena parte, y muy adeptos al amarillismo y a convertirse en empleados acomodados y apesebrados, domesticados con las depuraciones tras la huelga revolucionaria. No era extraño que se "confabulasen" con los patronos.
3. No sólo por su importancia, sino por su número. Entre los veinte oficios de más obreros de la Estadística obrera municipal en 1924 hay cuatro pertenecientes al transporte. Exceptuados los ferroviarios, tenemos a los cocheros, chauffeurs y tranviarios. Los dos primeros oficios sumaban casi 10.000 almas y estaban entre las cinco primeras ocupaciones de la ciudad.
4. Otro dato significativo es que en la citada Estadística obrera los chauffeurs y cocheros en uno de los distritos en los que menor presencia tienen es en Inclusa. Casi la cuarta parte de los chauffeurs se localiza en Buenavista.
5. J.J. MORATO no menciona ninguna sociedad del transporte entre las que formaron el Centro de Sociedades Obreras de la calle de la Bolsa en 1899, La cuna..., p. 318.
6. La huelga de 1916 (abril-mayo) fue frente a la Compañía general de coches de lujo, una de las dos importantes de la ciudad, con algo más de 200 empleados, por la unificación de jornales; duró una semana. Más o menos como la de 1917, que fue de cocheros de punto, y por las catorce horas y las 2'25 de jornal.
7. No era raro que la prensa más variopinta apoyase los modos de los cocheros. Así, en la huelga de junio-julio de 1918 lo hicieron La Epoca o el mismísimo ABC, lo cual es decir mucho. En qué consistía este procedimiento "progresivo" en ES, 14-vi-1918. entonces había más de 140 coches en huelga, el 16 más de 160, el 18 ya era el 50 por 100. Lo de los patronos que conducían sus propios coches en ES, 8-vii-1918.
8. Una petición de esta guisa de "propietarios de carruajes que poseen uno, dos o tres de éstos", en "La huelga de cocheros", ES, 18-vii-1918. Se trataba de nada menos que de 45 propietarios.
9. Los niveles de atomización de esta industria en una intervención de Eduardo Alvarez, del grupo socialista de cocheros, en un mitin de "Protesta contra la intervención de las autoridades en las huelgas", ES, 20-ix-1918. El hablaba de 200 propietarios para 600 coches. También afirmó que "la elevación de tarifas que pretendían los dueños de coches no era un propósito descabellado". El final de la huelga y la cita en "La huelga de cocheros, resuelta", ES, 2-x-1918.
10. Cfr. "El uniforme del cochero", ES, 5-x-1918; "el uniforme es la línea divisoria que separa al que lo usa del resto de los ciudadanos, y es enaltecedor o depresivo, según el concepto que acerca

de lo que signifique y represente tenga la actual sociedad, llena de prejuicios y convencionalismos". A los cocheros les resultaba depresivo, véase entre sus peticiones al Ayuntamiento en 1919, la derogación de "aquellos acuerdos que tiendan a ridiculizar a los cocheros", ES, 18-ii-1919.

11. La lista de entidades a las que afectó la negociación en "Petición de los cocheros", ES, 31-xii-1919, incluyendo a la Asociación gremial de coches de plaza, la Sociedad de alquiladores de carruajes de lujo, la Unión de pompas fúnebres, la Sociedad "La Esperanza" (que suministraba servicio funerario), etc.. Este abanico contrasta con el monólogo que debían sostener los tranviarios. Los éxitos en "Los cocheros han triunfado", ES, 12-i-1920. Las subidas oscilaban entre el 10 y el 20 por 100. Las bases firmadas en noviembre de 1920 dejaban los aumentos de estos dos años entre el 60 y el 70 por 100. Pueden verse una buena parte de éstas en la Estadística de las huelgas de 1920..., pp. 144-165.

12. Se creó a principios de 1919 y a finales de año recibió el refuerzo del Sindicato de mecánicos y chóferes de España, probablemente próximo a la línea de los Unicos, que se fundió con ella.

13. No hay que olvidar que la palabra "cochero" comienza a ser ambigua a partir de estos momentos y que los datos municipales muchas veces eran facilitados por las sociedades. La Unión en 1923 tenía 5.500 asociados, de ellos 2.000 conductores de automóviles, según propia declaración (BIRS, Seg. semestre 1923, p. 529).

14. La reacción ante estos atropellos se distinguía del de los tranvías, prototipo del odio al sucio y agobiante transporte colectivo, en que era de clase. Por lo general, los dueños, conductores y usuarios eran señoritos y propietarios, los dueños de la calle, del Estado y de la ciudad toda.

15. A medida que estos problemas aumentaron, se tomaron algunas normas en ese sentido. En 1924 se limitó la velocidad a 24 km./h. (!) para el tránsito por población y se obligó a peatones y carruajes a circular por la derecha, como a los automóviles. El Metropolitano por supuesto siguió circulando por la izquierda, como lo hicieron los ingleses, tan amantes del pasado. Estas reivindicaciones, en un tipo de defensa mancomunada del trabajador, el autónomo y el pequeño industrial en "Los conductores de automóviles" y "Contra un acuerdo del Ayuntamiento", ES, 26-vi-1920 y 7-i-1921, respectivamente.

16. La empresa alegaba no poder hacer muchas concesiones "cuando aún no estaba segura del negocio" (p. 502); el director, Antonio Castellá, había venido de Barcelona precisamente a poner orden en la empresa.

17. Un relato detenido de esta huelga/pugna en BIRS, Seg. Semestre 1923, pp. 500-532. De aquí son los entrecomillados mientras no se especifique lo contrario.

18. Las bases presentadas por esta sociedad no hablaban para nada del uniforme, mientras que en las pactadas por la Unión sí se incluirá este espinoso asunto.

19. Sobre este punto afirmará que "no se puede olvidar que se trata de una nueva industria, que aun no se puede determinar la superválua de la producción en la misma" (BIRS, *ibid.*, p. 529). Las reclamaciones no debían ser políticas sino de acuerdo a las "utilidades" del negocio.

20. Varios de estos incidentes en *ibid.*, pp. 523-525. Lo más espectacular fueron sin duda los dos adoquines arrojados desde el Viaducto sobre un autobús en la calle de Segovia, que perforaron la techumbre e hirieron al conductor.

21. Saborit se refirió asombrado a la identidad de tácticas y la afinidad con la UGT para tratar de aproximar a ambas sociedades. La Unión de cocheros contaba la ventaja de su antigüedad y pedigrí y su prudencia para homologar su presencia. Además llevaba muchos años en la calle de Piamonte

y hasta ocupaba cargos en ella (José Marfa Alvarez, el "usufructuario de los cocheros" y su presidente, presidía en el momento de la huelga la Junta Administrativa de la Casa del Pueblo). Sin embargo, "La Velocidad" recibió el apoyo de las sociedades expulsadas de ésta como la Asociación de Dependientes de Comercio, Industria y Banca o el Sindicato de Dependientes de la Alimentación, filocomunistas (*ibid.*, pp. 518-519) y de la Ejecutiva de la UGT y de personalidades del Partido Socialista, lo que venía a ser lo mismo en estos momentos, aunque de forma tibia. Así, en sus mítines participaron el ubicuo Pedro Rico, abogado de media Casa del Pueblo, Trifón Gómez y Manuel Cordero. La UGT incluso conminó a la Unión de cocheros a secundar la huelga ("La huelga del personal de los autobuses", *ES*, 3-vii-1923), aunque no puso demasiado empeño en hacerse obedecer por lo que se ve. Es que los cocheros pecaban de amarillos pero no eran comunistas o sindicalistas peligrosos. Esto no evitó que los cocheros, como tantas otras sociedades de la Casa del Pueblo de todas clases, dijeran pestes de la política y del partido socialista, que les hacían "juguete de sus ambiciones", retirando la suscripción a El Socialista por parcial. Este se defendió aludiendo a que no había ni tan siquiera publicado la conminación de la UGT, cuando sí lo hizo, como ha quedado reseñado ("Acuerdos apasionados", *ES*, 31-vii-1923). Una muestra más del recelo de las sociedades de la Casa del Pueblo frente a los políticos y periodistas profesionales del partido. Los dirigentes de "La Velocidad" eran afiliados al PSOE y los de la Unión no.

22. Este tipo de agitaciones interprofesionales era profundamente subversivo no para la patronal sino para los organigramas imperantes en la Casa del Pueblo. Los peones estuvieron amenazados por ella varias veces y rechazados de plano por la FLE por no tener oficio definido. Sin embargo, o quizá por ello, tuvieron entre el personal de obras y de talleres, pero también en el de movimiento, del Metropolitano, un éxito tremendo. Todo lo contrario que les ocurrió a los cocheros, que lo intentaron, fracasando sintomáticamente. Bajo la ciudad no había pescantes, sino andenes. Véase lo que se dice sobre los peones en el Cap. IX. Convertidos en los reyes del subsuelo tuvieron más suerte que el Sindicato de Dependientes, que fue expulsado de la UGT sin más contemplaciones.

23. Lo del recelo es opinión de Morato, La cuna..., p. 318. Su tradición, refractaria a la asociación, es recogida en la presentación de El Tranviario, como propia de la idiosincrasia de estos trabajadores, "ese espíritu que alguien creyó indolente ante su explotación é incapaz de su redención por su impasibilidad ante la asociación y su indiferencia ante las luchas de los demás trabajadores", en "¡Aquí estamos!", 1 (2-i-1916). También su mala fama entre la ciudadanía: "queremos reivindicarnos ante el público y ante nuestros hermanos los trabajadores, cuando temerosos de los castigos de nuestros jefes hacemos víctimas de la avaricia y del lucro de unos cuantos al pobre sér que atropellamos en nuestra marcha infernal y vertiginosa; queremos protestar de los insultos y aun de los golpes que el público, indignado ante el cuerpo destrozado de un sér, nos hace víctima á nosotros, pobres víctimas de todos". Los propios tranviarios achacaban tanto incidente a los despidos del personal con experiencia que era sustituido por novatos y al mal estado e inseguridad congénita de los coches que la empresa no quería remediar, "Los obreros tranviarios, a la opinión", *ES*, 2-ix-1919. Sobre los atropellos e incidentes anejos, véase pp. x.

24. El rencor hacia la disciplina de la empresa y las represalias internas era la inspiración de la protesta más general y unánime de estos trabajadores, incluso por encima de la larga jornada o los salarios. La empresa era la "señora feudal de nuestra libertad y dueña absoluta de nuestros brazos" y "queremos impedir que los hombres que nos mandan, compañeros como nosotros, salidos de nuestras filas, sean látigos manejados por las manos que nos explotan á ellos y á nosotros", en "¡Aquí estamos!", El Tranviario, 1, 2-i-1916, p. 1. Lo corriente al referirse a la gestión del servicio era referirse al "servilismo", las "vejaciones" y los "atropellos". Las figuras más odiadas eran las de los tranviarios "fuelles" (soplones), tiralevitas y pelotilleros varos con el deseo de promocionar, y los vigilantes e inspectores que ganaban sus gratificaciones levantando partes al personal por las causas más nimias. El tipo de faltas objeto de sanción en "Cartas de Tranviarios", *ibid.*, 10, 2-vi-1916, p.3. En 1918 se decía: "la Dirección ha llenado de espías todos los servicios, y esto impide que estos hombres puedan hablar; se les sigue después de las horas de servicio por mandato de los jefes", en

"Sociedad de obreros tranviarios", ES, 17-ix-1918.

25. Muchos tranviarios no osaban acercarse a las sociedades por el temor a que "espías" de la empresa conociesen sus nombres. Por ello el anonimato más estricto era el requisito para todos los participantes. "Cualquiera de vosotros contará con el domicilio de un amigo donde se os pueda mandar los avisos de esta Comisión y como quiera que ni sabemos ni queremos saber vuestros nombres ni vuestros números de empleo, no podéis tener temor alguno", en "A los empleados y obreros de los tranvías de Madrid", El Tranviario, 1, 2-i-1916, p. 3. Todo este clima de secretismo, espionaje y delación feudal es muy similar al que se vivía en los bancos.

26. El propio Bajatierra, que era panadero aunque muy bien relacionado con los peones, fue el director de El Tranviario, el órgano quincenal de los nuevos asociados y diseñado como hoja de agitación y tribuna abierta a las quejas anónimas del personal. Presidente de la Unión sería Crispulo M. Quiñones, de "El Trabajo". Las afiliaciones se hacían en Calefacción y Ascensores y la administración del periódico se trasladó de Albañiles a Obreros en Hierro. La iniciativa de la sociedad parece datar de agosto de 1915, El Tranviario, 16-i-1916, pp. 3-4. La primera Junta Directiva de 28-i-1916, ibid., 2-ii-1916, p. 2.

27. Cfr. la intervención de Besteiro en el Congreso en mayo de 1918, en La huelga de agosto en el Parlamento. Acción de la minoría socialista, Madrid, 1918, p. 198-199, 203 y 216-220. S. Guerra, citado en ibid., en la p. 216, y a través de ABC, dice: "en la vida moderna la comunicación de barrio a barrio en las grandes urbes es algo semejante a la circulación de la sangre en el cuerpo humano, algo que importa tanto como el abastecimiento de las ciudades. Por eso los revolucionarios se ocuparon con gran ahinco de impedir la circulación de los tranvías, (...), el empeño del Gobierno acaso no hubiera prevalecido sin los actos reiterados de civismo, sin aquella noble serenidad con que estos modestos hijos del pueblo que visten el uniforme, siempre honroso, de hoy más por sus actos enaltecido, de empleados de los tranvías, arrojaron impasibles, no tan sólo amenazas y aquellas violencias, [sino coacciones]". Nótese la insistencia en el uniforme, como en el caso de los cocheros. Besteiro se empeña en demostrar sin conseguirlo que los tranviarios no fueron directos responsables de que hubiese servicio. Sabiendo como sabemos los celos que suscitó la improvisada y desorientada huelga entre algunos oficios de gran tradición, no es de extrañar que estos empleados finalmente trabajasen.

28. Cfr. "Consejos 'desinteresados'", ES, 11-iv-1919

29. Todo en "Reclamaciones a la empresa", ES, 26-iii-1919.

30. ES, 6-iv-1919.

31. Pueden comprobarse lo idéntico de la fórmula patronal y del laudo en "Las reclamaciones de los tranviarios" y "El laudo es aprobado por los tranviarios", ES, 13-iv-1919 y 15-iv-1919. Se aceptaba la subida de una peseta y 75 céntimos presentada por la patronal y un 50 por 100 en las horas extraordinarias, más las ocho/nueve horas (en taller y movimiento).

32. "¿Se reproduce el conflicto tranviario?" y "Sembrando vientos. La Compañía de Tranvías", ES, 24-iv y 19-vi-1919. la excusa para los despidos era el motivo más nimio. Los cobradores y conductores eran muy fácilmente sustituibles.

33. En el Censo electoral social publicado en 1920 constaba con más de un millar de afiliados. Véase Cuadro x.

34. En nota a la Junta local de Reformas Sociales, "Los tranviarios van a la huelga" ES, 14-xii-1919. La ruptura definitiva sobrevino por la negativa de la empresa a dialogar y la impotencia del Gobierno para convencer a la empresa de que el tema de los despidos era negociable, "La huelga de

tranviarios", ES, 16-xii-1919.

35. Es curioso ver como a los obreros que no secundan la huelga se les llama "esquirols" y "traidores" (o hijos de Judas), pero nunca amarillos, nombre reservado en los oficios a los obreros menos hábiles y calificados reclutados en los talleres para suplir a los expertos y conscientes asociados. Con ello se daba a entender que los que trabajaban eran de un status similar al de los que holgaban.

36. Véase El Sol, "Pedradas y disparos", 17-xii-1919, que acusa de los tiroteos a los de la Unión Ciudadana directamente. Fue realmente la puesta de largo de los ciudadanos y su contribución rompehuelgas más eficaz y vistosa. Su participación en las de los panaderos terminó por costarles una vida y el comienzo de su ocaso y en la de Artes gráficas fue más bien pintoresca y no muy decisiva.

37. El convencimiento "de que el Gobierno es impotente para someter a la Compañía y obligarla a parlamentar" en "La huelga de tranviarios", ES, 16-xii-1919. El abogado de los tranviarios -y de tantas otras sociedades- Pedro Rico sugería la incautación como solución.

38. La expresión es de Trifón Gómez, ferroviario, en ES, 19-xii-1919, durante una asamblea haciendo referencia a lo inútil de parar todo el ramo. Curiosamente se trata de una huelga en las que más gente de otros oficios y socialistas intervinieron para hablar y adoctrinar en las asambleas, lo que denota la importancia que se le daba al intento de inculcar el espíritu de la "lucha de clases" -y sus tácticas anejas- a los tranviarios. Entre otros, amén de los mencionados anteriormente, hablaron para el personal de tranvías, Teodomiro Menéndez, José López y López, Wenceslao Carrillo, Rufino Cortés, Lucio Martínez, etc.. Pese a que todos coincidían en congratularse de la llegada de los tranviarios a la lucha común, muchos de provincias (Longueira de La Coruña, Agustín Marcos de León, y otros), criticaron la pasiva táctica seguida y la lenidad que se tenía con los esquirols y con los pollos bien de la Unión Ciudadana. Véase ES, 20, 21 y 22-xii-1919.

39. En general el sistema de trabajo a domicilio es considerado en la actualidad como una fase previa de la industrialización, y por tanto como un componente importante de la protoindustrialización - término acuñado por Franklin Mendels en 1972-. Ahora bien, no fue suplantado totalmente por un Prometeo desencadenado en forma de Revolución Industrial, sino que se imbricó con la producción fabril y perduró "hasta después de 1850; y para otras economías, incluso más tarde", Peter MATHIAS, "Introducción" (p. 16), en D.S. LANDES y otros, La Revolución industrial, Barcelona, 1988. También en P. KRIEDTE et al., Industrialización antes de la industrialización, Barcelona, 1986. En algunos casos, como el apuntado, pudo incluso potenciarse con la economía capitalista libre.

40. Informe de la Inspección de Trabajo de la Primera Región (Madrid) al IRS, Preparación de un proyecto de ley sobre el trabajo a domicilio, Madrid, 1918, pp. 324-325. Esta iniciativa, puesta en marcha en 1914, tenía por objeto la protección del trabajo femenino en la confección fundamentalmente.

41. En la Memoria de la Inspección del Trabajo de 1922, Madrid, 1923, pp. 48-49, aparece como una de las industrias que más infracciones cometía por motivos de horario y empleo de menores o de mujeres más horas de las reglamentarias. Sobre los jornales, en 1914 una oficiala modista a domicilio podía ingresar unas 5 pesetas. Pero las de ropa blanca, guarnecedoras, bordadoras o gorreras difícilmente alcanzaban las 2'50. Una docena de calzoncillos de niño se tardaba un día en hacerse y se cobraba 1'25 la docena. Por una docena de camisas de niña se pagaba una peseta y se hacían unas 18 al día. Por ello nos inclinamos por 1'50 como el jornal tipo medio de estas obreras, que no alcanzó las dos pesetas hasta el final de la guerra europea. Un día de trabajo equivalía a 10/12 horas hasta 1919 y aún después. La mejor manera de saber a cómo se cotizaba la mano de obra -en verdad la unidad de producción- en Madrid en vísperas de la guerra se encuentra en IRS, Preparación de un proyecto..., cit., pp. 532-543, 552-555, 564-567, 572-573, 576-577 y 580-587.

42. Para conocer la doble problemática de trabajo a domicilio y femenino en este sector cfr. las obras de José GONZALEZ CASTRO, inspector de trabajo, El trabajo de la mujer en la industria. Condiciones en que se efectúa y sus consecuencias en el porvenir de la raza. Medidas de protección necesarias, IRS, Madrid, 1914; Medios para hacer más productivo el trabajo de la mujer para que, sin detrimento de su salud, pueda atender las necesidades primordiales de su existencia, Madrid, 1915; y especialmente La obrera de la aguja. Contribución al estudio de la higiene y mejoramiento social de la misma, Madrid, 1921. También Armando CASTROVIEJO y Pedro SANGRO Y ROS DE OLANO, El trabajo a domicilio en España, Madrid, 1908. Sobre el trabajo femenino en general Rosa María CAPEL MARTINEZ, El trabajo y la educación de la mujer en España (1900-1930), Madrid, 1982, y Alvaro SOTO CARMONA, El trabajo industrial..., pp. 684-699. Mención especial merece el trabajo de Adela NUÑEZ ORGAZ, "Las modistillas de Madrid, tradición y realidad (1884-1920)", en La sociedad madrileña..., pp. 435-450. La mayoría de estos testimonios coinciden en señalar que este sistema se incrementó, en lugar de al contrario, en el primer tercio de siglo, con la demanda de la guerra mundial y a medida que crecía la legislación social y la reglamentación laboral, porque la eludía felizmente.

43. Tópicamente, desde el siglo XIX, se las identificaba con la prostitución. En los chistes gráficos e ilustraciones se las hacía vestir de forma idéntica. Digamos que eran, fuera de las "profesionales" y las criadas de casa, mucho más accesibles al "señorito", el "oscuro objeto del deseo" de la mayoría de los varones de la ciudad. Precisamente su carácter de iconos eróticos las hacía despreciables como mujeres decentes y casaderas. Sobre su nula valoración social, NUÑEZ ORGAZ, *cit.*, pp. 439-441. En "Más pan y menos retórica", ES, 1-iv-1919, se las llama directamente "fantasías eróticas".

44. Esta dicotomía persistía en casi todos los oficios. Así la Sociedad de Sombrereros y Planchadoras, los Sastres y Sastras, etc.. Un intento de superación como el "Sindicato de la Aguja" será un estrepitoso fracaso de vida efímera. Sobre el carácter radical y de líder de la zapatería véase lo dicho en el Cap. VII.

45. Zapateros, sastres y sombrereros no sólo tenían rivales entre las operarias no asociadas sino sociedades gemelas de dependientes de su especialidad, que no simplemente se limitaban a la venta y a despachar género. Así había asociaciones de dependientes sombrereros, de sastrería o la los dependientes de zapaterías "La Probidad", que englobaba a los cortadores de calzado, y que solían encargarse de preparar las piezas antes de su confección, dentro de la estrecha relación existente entre los comerciantes al detall y esta producción domiciliaria no menos al detall.

46. Pese a todo, aún en estas pequeñas huelgas, no podía prescindirse de las mujeres, que solían ser mayoritarias. Así en la de diciembre de 1913-febrero de 1914, con 32 varones y 52 mujeres, o la de "La Imperial" en 1916, con 20 varones y 69 mujeres.

47. Una huelga de taller podía convertirse en una auténtica huelga de barriada. Para ello había que excitar lo suficiente los ánimos de la red de trabajadores a domicilio que se movían en la esfera de la casa que suministraba el material. El mejor ejemplo de esto no nos lo suministra la confección, sino la huelga de una fábrica de paraguas de Pedro Martín en la Guindalera en junio de 1915. Huelga espontánea en el seno del taller, soliviantó a las jornaleras del taller y a las mujeres y niños de medio vecindario. Estos trabajaban en sus casas para la fábrica y el patrono se negaba a reconocer sus derechos y darles ninguna concesión. Hubo de intervenir la Sociedad de Oficios Varios de la Casa del Pueblo. Este es un ejemplo de la expansión del sweating system durante la guerra. El patrono decidió la rebaja de jornales dentro de la fábrica y despedir a una cuarta parte de los empleados, prosiguiendo con estas tácticas, sin duda porque conseguía más producción y beneficios con el destajo domiciliario. De hecho este patrono reclutó obreras "de la calle, [y que] nada sabían del oficio", poniéndolas más sueldo que a las antiguas; probablemente habían demostrado y garantizado en sus casas hacer más unidades en menos tiempo. Entre las peticiones se hallaba la prohibición de que los puestos de los varones fuesen ocupados por mujeres o menores (ES, 16-vi-1915). La huelga, que

afectaba a unas cien personas, arrastró a unas 500 -mujeres casi todas- a sitiar la fábrica (ES, 22-vi-1915). El barrio logró un aumento de los precios de la labor a destajo "fuera de la fábrica" (ES, 2-vii-1915). Este frente común no siempre se lograba.

48. Todo esto en "El triunfo de los obreros sastres", ES, 24-v-1918. Las cifras son de creer. Según nuestros datos en enero de 1917 "La Razón del Obrero" tenía 300 afiliados y más de 1.400 en enero de 1919, cifra triplicada, y absolutamente sin comparación posible con otras sociedades de la Casa del Pueblo. Este boom la ponía de sociedad líder en el sector por delante de los vetustos, aunque de militancia más sólida y rancia, zapateros. De hecho los sastres se mantuvieron lejos de la UGT y no así los zapateros.

49. Véase ES, 16-iii-1918 y 3-vi-1918

50. Curiosamente las reivindicaciones salariales, como en otros oficios y otras industrias, se hicieron cuando el sector comenzaba a tener serios problemas tras la guerra. La elevación de salarios de la aguja durante la guerra fueron muy escasos. Como en tantos otros sectores el salto se da en 1919-20. Cfr. A. NUÑEZ ORGAZ, "Las modistillas'...", Cuadro 3, p. 445. Esto es un aval más que confirma que el movimiento social de postguerra no tiene una lógica económica de reparto de beneficios, que si pudo haber tenido de producirse en 1916-1917, años aparentemente más propicios para pedir aumentos salariales.

51. No se trata de cifras despreciables. Las tres primeras en 1919-20 sumaban unas 700 afiliadas. El centro de la Inmaculada de la calle de Pizarro, frente al de la Costanilla de San Andrés, más antiguo y eje de la Confederación Nacional de Sindicatos Católicos Obreros, estaba especializado en sindicatos de obreras, y no sólo de la confección, sino de oficios varios, de profesoras, de empleadas, de señoritas de compañía, y ya en la Dictadura hasta de galleteras. Hasta en los sindicatos católicos se separaba el potencial de los trabajadores por el sexo. La dispersión y desorientación de las obreras de la aguja no pareció canalizarse adecuadamente por la pujanza de la Casa del Pueblo en estos años y siguieron proliferando todo tipo de sociedades paralelas.

52. Estos dos últimos grupos crearon sus propias asociaciones en 1918-1919.

53. Esta irrupción femenina en el teatro de la Casa del Pueblo era descrita como "un animado conjunto de gracia y de belleza y demostrando su infantil y justificada alegría", "Sindicato de Obreros de la Aguja", ES, 28-iii-1919. La Comisión de huelga informó de que el obrerismo había prendido "en sus hasta hoy alocadas cabecitas". Esto no impidió que a la salida fuesen importunadas "por la falta de educación y de respeto de algunos jóvenes". Las bases recogían las ocho horas, aumentos entre 20 y 40 por 100 y dos horas de velada máximas.

54. Para evitar que se hiciese labor en los hogares se tomó el acuerdo entre los huelguistas "de entregar una pieza importante de las máquinas de coser"; se entregaron más de mil. Contó el Sindicato con la simpatía de la CNT en esta huelga. Cfr. "La huelga de sastres", ES, 25-x-1919.

55. El fracaso de la huelga de 1920-21 lo explicaba Eduardo Vicente en que "para nadie es desconocido que en las industrias domiciliarias es difícilísima la organización de los obreros que a ellas se dedican: aislamiento y falsas comodidades hacen de los trabajadores a domicilio personas poco sociables" y en lo inoportuno de una reivindicación "económica" en momentos de contracción de la demandad, cuando el objetivo debía haber sido acabar con el destajo y "la implantación de talleres". (ES, "La huelga de zapateros y guarnecedoras", 3-ii y 11-ii-1921). Ambas cuestiones se las vinculaba con la propia supervivencia de la sociedad, "base sin la cual este oficio será constantemente la rémora de todos y la esclavitud nuestra". Véase ES, 7-vii-1923. De aquí es el entrecomillado del texto. También consiguieron mejoras los sombrereros tras diciembre-enero de 1919-20, para tampoco participar de las huelgas de los primeros veinte.

56. En el pináculo huelguístico de mayo-julio de 1936 las mujeres tuvieron una significativa participación. Las sastras y modistas fueron a una huelga general bastante violenta, significada por la persecución precisamente de las destajistas y las que acogían obra en casa, y por el alboroto callejero casi constante. También las perfumeras de Gal y Floralia pararon en esos meses. Cfr. F. SANCHEZ PEREZ, "Clase obrera y conflictividad social en el Madrid del Frente Popular (febrero-julio de 1936)", Cuadernos de Historia Contemporánea, 13, 1991, pp. 64-65.

57. Un amplio y prolijo acercamiento al mundo social y laboral de los dependientes madrileños lo ha realizado Gloria NIELFA CRISTOBAL, fundamentalmente en Los sectores mercantiles en Madrid en el primer tercio del siglo XX. Tiendas, comerciantes y dependientes de comercio, Madrid, 1985, pp. 151-232. A ella remitimos para una mejor comprensión de lo que aquí se expone. Nuestro propósito aquí es centrarnos en su participación en la oleada huelguística de 1919-20 y su peculiar posición en el conjunto de los obreros madrileños.

58. Los propios patronos consideraban la dependencia bien una "escuela del comercio" donde se aprendía éste de chico para emanciparse de grande y convertirse en padre-patrón a su vez o bien "una prolongación de su propia familia. Con él convive, de sus propios elementos de nutrición disfruta, y cuando llega la hora de hacer un alto en la labor, por igual y al mismo tiempo lo hacen el dueño y el auxiliar". (Informe de la Cámara de Comercio de Madrid, en Preparación de un proyecto de ley regulando la jornada de trabajo de las personas empleadas en los establecimientos mercantiles, Madrid, 1913, p. 133).

59. Sobre esta legislación vid. IRS, Preparación de un proyecto de ley referente a la obligación de proporcionar asientos a las mujeres empleadas en tiendas y almacenes, Madrid, 1911; Preparación de un proyecto de ley regulando la jornada de trabajo de las personas empleadas en los establecimientos mercantiles, Madrid, 1913; y Ley de 4 de julio de 1918 reguladora de la jornada de la dependencia mercantil y reglamento provisional para su aplicación, aprobado por Real Decreto de 16 de octubre de 1918, Madrid, 1918. En el estudio previo al proyecto de limitar la jornada la mayoría de las respuestas de Madrid arrojaban más de 14 horas de trabajo en invierno y más de 16 en verano, p. 26

60. G. NIELFA, Los sectores mercantiles..., p. 111, barajando cifras del censo.

61. Según el Censo electoral social, en 1919 estas dos sociedades cuasigremiales tenían una ratio obrero-patrono de ¡más de un patrono por obrero! (0,8 por 1) en el primer caso y de 3 a 1 en el segundo. Véase el Cuadro x.

62. "Entre 1910 y 1920 el comercio es la actividad que absorbe preferentemente en Madrid el aumento de población activa censal". La población dedicada al comercio crece más deprisa que el conjunto de la población activa. G. NIELFA, Los sectores mercantiles..., p. 110. Un frente importante de lucha será la persecución de la venta ambulante, G. NIELFA, "Conflictos de intereses entre los comerciantes establecidos y la venta ambulante en Madrid (1900-1930)", Anales del Instituto de Estudios Madrileños, XXI, Madrid, 1984, pp. 469-482.

63. La semblanza entrecomillada de la Defensa Mercantil en G. NIELFA, Los sectores mercantiles..., p. 132. Para sociedades gremiales y patronales del comercio madrileño véase en esta obra y en A. BAHAMONDE et al., La Cámara de Comercio...

64. El fracaso de la FGE en realizar un frente nacional común de la mesocracia comercial es la mejor señal de esos cambios. Aunque no recibirá la sentencia de muerte hasta la República (Cfr. Mercedes CABRERA, La patronal ante la II República. Organizaciones y estrategia 1931-1936, Madrid, 1983, pp. 33-38), su éxito en este período, y sobre todo tras la guerra es muy limitado. Probablemente por ir "contra la marcha de la historia", Fernando del REY, Propietarios..., p. 96. Sobre su carácter

interclasista y radical, pp. 89-106. Como este autor afirma, "al margen de los círculos mercantiles, en casi todas las ciudades de España con alguna actividad industrial o comercial, hubo significativas sociedades del arco patronal medio y pequeño que no se sumaron a la CGE. Madrid sin ir más lejos lo ejemplifica, y no es ni mucho menos un caso insólito", p. 103. La explicación que da para esto es el deslizamiento hacia posiciones de confrontación de muchos patronos.

65. Véase G. NIELFA, Los sectores mercantiles..., pp. 171-176, que ofrece una antología de estos pactos. Muchas de estas entidades obreras creadas entonces pertenecían aún al árbol paternal del gremio. Por ejemplo los Dependientes internos del gremio de vinos extranjeros, a los que se les impugnó un pacto en 1906, por ser una sociedad irreal. Los dependientes de alpargaterías que se asociaban para pactar para luego desaparecer (1905-6). Los de ultramarinos crearon la sociedad "La Juventud" amparados por los patronos de "La Unica" (1907), etc..

66. La cerrada oposición patronal en F. del REY, Propietarios..., pp. 360-364, para la de 1918, y pp. 371-375, para el decreto de 1919 en el comercio. Los comerciantes para oponerse al último se ampararon curiosamente en el primero, antes tan denostado. Las razones aducidas frente a las ocho horas en G. NIELFA, Los sectores mercantiles..., pp. 193-200.

67. Por R.O. de 15 de enero y de 6 de agosto de 1920 respectivamente.

68. "Son públicas las lamentables confusiones en que han caído los Gobiernos, para querer equiparar la condición del dependiente mercantil con la de la clase obrera (...), que no tiene ningún contacto en la índole de su trabajo con la clase obrera". Entre otros motivos no eran obreros por su "convivencia con los patronos, los lazos de afecto y las condiciones y comodidades que regulan el trabajo del dependiente, con todas esas pruebas de comunidad en las costumbres, que todos conocemos", Círculo de la Unión Mercantil e Industrial, Memoria presentada... el día 13 de marzo de 1920, Madrid, 1920, pp. 9-10.

69. Realmente en este período 1914-1923, y de cierta importancia, sólo permanecieron fieles a la UGT sin desmayo los camareros. Véanse los cuadros de afiliación de 1914, 1920 y 1922 de sociedades ugetistas madrileñas.

70. Que esta estrecha correspondencia fue su santo y seña durante tres lustros véase en G. NIELFA, Los sectores..., pp. 186-187 y 213-214. Su primer órgano de opinión se titulaba El Descanso Dominical.

71. Cfr. G. NIELFA, "Las mujeres en el comercio madrileño del primer tercio del siglo XX", en AA. VV., Mujer y sociedad en España (1700-1975), Madrid, 1982, pp. 299-332.

72. Este aspecto ha sido resaltado por A. ELORZA en "Socialismo y agitación popular en Madrid (1908-1920)", Estudios de Historia Social, 18-19 (julio-dic. 1981), p. 260. Un factor explicativo de su posición procomunista sería que "su posición específica les enfrenta a los comerciantes en cuanto patronos y como causantes directos de la penuria popular en beneficio propio". No hay que olvidar que las principales víctimas del motín de 1919 son los comerciantes.

73. Hasta el 28 de abril de 1920 no se firmó el Pacto que reglamentaba la jornada mercantil en Madrid entre Defensa Mercantil Patronal y la Asociación General de Dependientes, bajo el principio de las ocho horas en invierno y verano y de las nueve en primavera y otoño. Es decir, se trabajaría una hora extraordinaria medio año, que se remuneraría con media mensualidad en diciembre y la concesión de más fiestas al año. Pese a todo el pacto no era considerado definitivo para la patronal, sino "una transacción de momento". Cfr. Defensa Mercantil Patronal, Memoria presentada... como resultado de su gestión en el año 1920, Madrid, s.f. [1921], pp. 6-7.

74. Que la legislación social fue un arranque decisivo para que el internado disminuyese, lo afirma G. NIELFA, Los sectores..., pp. 231-232. Afirma que fue "un punto de inflexión en la tendencia de los patronos a contratar dependientes internos".

75. Por supuesto también había clases entre los dependientes. Los de las joyerías o tiendas de tejidos estaban mejor considerados que los de ultramarinos. El tópico de la falta de espíritu de clase y de su mimetismo con los patronos, corregido y aumentado, se daba con los empleados de banca y oficinas, como se verá infra. Testimonios al respecto abundan en la prensa ortodoxa ugetista como El Dependiente Español, el órgano de la Federación Nacional, y justificaban el escaso entusiasmo de la dependencia ante la pasividad del citado organismo y las tácticas oficiales de la UGT. Cfr. G. NIELFA, Los sectores..., pp. 217-219. Esta autora adopta precisamente el punto de vista de los dirigentes de la UGT, admitiendo que entre los dependientes existe una "falsa conciencia", diferente por tanto a la que deberían tener, porque se muestran refractarios a adoptar los módulos mentales de esta organización y sobre todo el encuadramiento sindical y tácticas que desde allí se promueven. Como sabemos organización y conciencia de clase son absolutamente equivalentes desde este punto de vista. Para explicar las tendencias muy radicales y comunistas de la dependencia se recurre al consabido argumento de la escisión: "parte" de los dependientes tiene "un nivel de conciencia diferente". Lo cierto es que no deja de ser paradójico explicar lo que ocurre desde estos parámetros: los dependientes o bien tienen una conciencia de clase roja y revolucionaria inaudita, o bien no quieren saber nada del movimiento obrero. Lo mismo ocurrirá con los bancarios: o bien son serviles y ovejunos, o bien van a una huelga general épica e imposible; véase infra.

76. Es significativo asimismo el relativo éxito de los sindicatos católicos como "La Regeneración" o el Sindicato obrero femenino de empleadas en 1918-1919, creados sin duda como expediente para sustraerse a la nueva legislación por los patronos, pero que, en el caso de las mujeres, podía ser un recurso defensivo efectivo frente a la consideración de "intrusas" que tenían de ellas los varones de la Casa del Pueblo.

77. Ambas huelgas en la Estadística de 1918, pp. 160-161 y 193-194. Así se definían los camareros: "esto de obreros es un nombre introducido por el uso. Como todos sabemos, no tenemos definición social; no somos obreros porque no estamos dentro de las leyes que protegen al obrero; no somos dependientes porque, como no cobramos, no lo somos. Esto justificaría suficientemente los sobrados motivos de nuestra lucha", "Los camareros y cocineros ¡A la lucha!", ES, 28-ix-1918. Que la huelga era un acto de rebeldía y autoafirmación lo demuestra en que el consabido argumento general de la carestía de la vida apenas era invocado como motor del pleito. Cfr. "Los camareros y cocineros y los industriales cafeteros", ES, 18-ix-1918. La preocupación por los motivos de dignidad en La Solidaridad, 215, mayo de 1916, pp. 2-3. Lo que más les preocupaba era su legitimación como colectivo de trabajadores con derecho a ser tenidos en cuenta por los patronos, por el Estado y por el resto de obreros de la ciudad. Todo esto pasaba por tener un sueldo y no ser considerados "servicio doméstico" de alquiler. Sobre su proximidad a la CNT, cfr. Santos JULIA, Madrid 1931-34...; sobre su participación en la oleada de 1936, F. SANCHEZ, "Clase obrera y conflictividad...", p. 66 y en mi memoria de licenciatura. Merece la pena resaltar que su carácter de outsiders les supuso ser el bastión principal del sindicalismo libre en Barcelona frente a la CNT en los años veinte, C.M. WINSTON, La clase trabajadora..., pp. 188-190, junto a los dependientes, bancarios o peluqueros.

78. Véase la llamada del Sindicato de dependientes para la defensa de las ocho horas; "trabajamos (...) bajo la constante vigilancia de un tendero egoísta, avaricioso, que, cual espía o carcelero, está noche y día atento a nuestros más insignificantes movimientos: sacudamos de una vez y para siempre ese yugo que unce nuestros cuerpos, prohibiéndoles todo movimiento propio; rompamos los hierros de nuestros presidios; derribemos en nuestra acometida a los que hoy son nuestros carceleros; impongamos por fuerza o por grado, la jornada máxima de ocho horas" (ES, 27-i-1920).

79. En el gremio de aves y caza (que incluía a los desplumadores) se intentaba organizar el "oficio" a imagen y semejanza de cualquier actividad artesana, con oficiales de primera y segunda. De primera sería "todo aquel que esté al corriente para desempeñar toda obligación para dejar las aves en condiciones de venta". De segunda "todo aquel que sepa desmontar en condiciones", ES, 7-xi-1919. También se hicieron peticiones para las fruterías, hueverías y verdulerías, las vaquerías, los establecimientos de coloniales y los gremios de bares, consiguiéndose mejoras en todos estos ámbitos.

80. Los peluqueros inmediatamente reconocían la estrecha vinculación de su rebeldía de nuevo cuño con la legislación social en manifiesto a la opinión pública: "de quince años a esta parte, no habían dado señales de vida; no habían promovido ninguna huelga (...); ha sido precisa la promulgación por los Gobiernos de leyes sociales -que no se hacen cumplir- para que los obreros barberos intentásemos un esfuerzo máximo de lucha", "Huelga de peluqueros", ES, 3-iv-1920.

81. Las reivindicaciones en ES, 10-xi-1919. Era la "primera vez en su vida societaria" en que solicitaban mejoras. La huelga de noviembre de 1921 en BIRS, Pr. Semestre 1922, pp. 293-295. La huelga sobrevenía en un contexto de transformación del gremio farmacéutico que impulsaba cada vez más la conversión de una carrera profesional en una actividad puramente comercial. Cfr. F. VILLACORTA BAÑOS, Profesionales y burócratas. Estado y poder corporativo en la España del siglo XIX, Madrid, 1989, pp. 20-23. De hecho la entidad patronal que lidió con el conflicto, la Unión Farmacéutica Nacional (creada en 1913), no era sino un esfuerzo de reafirmación de los colegios profesionales obligatorios, bajo la apariencia, más o menos consecuente, del "sindicalismo de patronos". En ibid., pp. 288-293. Las reclamaciones y huelga de prácticos en Madrid en La Unión Farmacéutica, 159 y 160, 15-iv y 1-v-1920. Aquí denunciaron las consabidas roturas de cristales y lo heterodoxo de la huelga.

82. Véase "Géneros caros, dependientes baratos", ES, 9-xi-1920, donde denuncian utilidades del 100 y 150 por 100, que los precios subían sin salir el género del almacén y "la avaricia" del gremio. Que iban a hacer publicidad de la "rapiña" y el "robo" que se hacía puertas adentro en ES, 11-xi-1920. Los incidentes en la Estadística de las huelgas de 1920, pp. 179-182.

83. "La muchachita timorata de la clase media en un momento de noble rebeldía se une al obrero", según Andrés Martínez, entonces presidente de la Asociación. "Se han unido a nosotros estas muchachas de la clase media, rompiendo viejas y estúpidas preocupaciones", según Eladio F. Egocheaga, presidente de la Federación Nacional, ES, 10-xi-1920. Según ambos esto demostraba que se trataba de un movimiento "de clase media". Se tributó un especial homenaje a Paulina Valida, primera detenida en el movimiento.

84. Este sacrificio de varios empleados a cambio de una mejora general y colectiva es el mismo camino que se sigue en la banca y otros servicios. Si valoramos el éxito de las huelgas por la ausencia de despidos -como hacían muchos oficios de Madrid- todas las de la dependencia eran un fracaso. Pero el carácter emancipatorio de estas protestas no las permite ser medidas por el mismo rasero que las huelgas de taller. los acuerdos finales en "Los dependientes de comercio obtienen un gran triunfo", ES, 15-xi-1920.

85. DMP, Memoria... en el año 1920..., pp. 7-8. El pacto que terminó la huelga el 15 de noviembre, así como el del 28 de abril de 1920 sobre el horario, pueden verse en DMP, Memoria... en el año 1921, Madrid, s.f., [1922], pp. 51-54. Lo que les preocupaba no era el discutir un aumento salarial, sino que se cuestionase su autoridad en los establecimientos.

86. Círculo de la Unión Mercantil e Industrial, Memoria presentada ... el día 17 de marzo de 1921, Madrid, 1921, p. 12.

87. Sobre la expulsión de la Unión, Vanguardia Mercantil, número extraordinario, 29-xii-1922. Sobre la fusión, ibid., 30-iii-1923. Pese a tal nombre su éxito entre la banca fue escaso. Lo de la dictadura en "El Sindicato de la Alimentación", ES, 1-iii-1923. Pese a los enfrentamientos con la Federación, ésta tampoco había pertenecido siempre a la corriente principal del ugetismo socialista. Egocheaga, por ejemplo, que fue muy importante en su consolidación, y su presidente durante la huelga de 1920, fue un enfant terrible dentro de la organización obrera y fue conscientemente marginado de los centros políticos de decisión y de poder, como Quejido, Lamonedá, Morato y otros. Cfr. PEREZ LEDESMA, citando al propio Egocheaga, El obrero consciente..., p. 158. La cita es de 1914, no sobre ninguna escisión comunista. La huelga de los almacenes Félix Gómez tiene su importancia por ser un reto sindicalista a la autoridad de una empresa importante para el sector. Se trataba de una casa de "Venta a plazos" con unos 80 obreros. En el transcurso de esta huelga hubo actos de pistolismo que culminaron con el asesinato de Pedro Casado Maroto, escribiente de la casa, el 12 de mayo. Vid. BIRS, Pr. Semestre 1923, pp. 1377-1379. Tal demostración intimidó a la casa, que claudicó ostensiblemente, admitiendo el monopolio sindical entre otras cosas.

88. Esta última huelga de resultado paradigmático (despidos a cambio de mejoras), ofrece algunos datos curiosos, que demuestran el ataque de muchos trabajadores de estas grandes y nuevas empresas a costumbres tradicionales importadas del mundo de los oficios y que les perjudicaban. Entre las peticiones se encontraba la de "un reloj en los talleres para que los trabajadores puedan regirse a una hora fija", a diferencia del artesanado tradicional; y que no se despidiese a las mujeres una vez se casaban, como era lo corriente. El sostenimiento de la huelga se hizo en parte robando las recaudaciones de los cobradores esquirols: muchas de estas máquinas se vendían a plazos a sastres y modistas o se alquilaban creando la red de clientela de que se suministraba la empresa. La reorganización de su plantilla de vendedores tras la guerra, con una menor demanda, provocó el malestar y el conflicto. Cfr. BIRS, Seg. semestre 1923, pp. 803-809.

89. La Asociación de dependientes continuó en la Casa del Pueblo hasta finales de los años veinte, cuando sería finalmente expulsada. Cfr. G. NIELFA, Los sectores..., pp. 216-217.

90. Barea parece recordar bien el ambiente del verano de 1923, rememorando el espíritu de estos nuevos conflictos: "por aquella época comenzaron a producirse en Madrid atracos, robos y asesinatos, al igual que en mayor escala venía ocurriendo en Barcelona", La ruta..., p. 225.

91. La conciencia de clase de Barea, si es que se le puede llamar así a su afiliación en la Casa del Pueblo, nace en un banco. Y ahí está su trayectoria vital y su compromiso social, cercanos y a la vez alejados del obrerismo sindical y del parlamentarismo burgués. Ahora bien, siempre se puede decir de él, como yo he tenido que escuchar, y supongo que muchos dependientes de comercio y banca en los años veinte, que no es más que un ejemplo de atribulado y timorato "pequeño burgués".

92. Páginas inolvidables sobre el trabajo en el banco las de Arturo BAREA en La forja..., pp. 181-194 y pp. 219-223. Barea entra en el Crédit Etranger como meritorio con algo menos de 14 años en agosto de 1911. Según su explicación se entra como meritorio sin sueldo durante un año, para luego convertirse en empleados. Antes de terminarse ese período solían ser despedidos casi todos, promocionando muy pocos. El trabajo consistía en copiar cartas, hacer multitud de horas, ordenar la correspondencia, etc.. Ya como empleado comentará: "en el Banco no puede esperarse nada hasta pasados muchos años, cuando ya se han convencido, no de que se sabe trabajar, sino de que está sometido totalmente. ¡Trabajar!. El trabajo en el Banco está de tal manera estudiado que cualquier empleado puede ser despedido en el acto, sin ningún transtorno. Es trabajo de rutina: llenar impresos siempre con las mismas palabras. Hacer mecánicamente los mismos descuentos" (p. 221).

93. Así como los tranviarios aludían a los vigilantes tras los árboles espionando para poner sanciones, Barea menciona "la caza de los chicos y de los empleados que fuman en los retretes" (ibid., p. 184) y de como el jefe de personal se esconde en los rincones para ello. La arbitrariedad implícita al

sistema es constante: reparto de aguinaldos de nochebuena diferentes según "méritos", ascensos y despidos inopinados, humillaciones a los empleados y servilismo general.

94. De este tipo de actitudes extrae Barea bastantes anécdotas. Recalde no recibe el aumento esperado por tener querida (*ibid.*, p. 190), Pla es advertido por frecuentar la taberna, y es que "cuentan los pitillos que se fuma uno, si tienen alguna amiga, si va a misa o no, si llega tarde, si se equivoca en el trabajo, si va a la taberna del Portugués" (p. 220).

95. El orgullo de estos trabajadores lo expresa Barea desde el primer momento que se ve deslumbrado por el interior del banco (*ibid.*, p. 180). Su hermana le tachaba de "chupatintas", "señorito de pan pringado" y "esclavo de cuello duro" que "te da vergüenza decir que tu madre lava en el río y que vives en una buhardilla" (p. 210). La opinión de los demás trabajadores era similar: "ustedes quieren ser señoritos y no trabajadores (...), porque visten como los señorones (...), por llevar corbata (...), ¿cómo van a declararse en huelga ni van a ir con el cuello planchado a que les den palos en la Puerta del Sol?" (un albañil, p. 241), "te encuentras muy cómodo en tu oficina y no quieres trabajar" (un herrero, p. 265), "¡jarrea, tenemos turistas! (...) compañeros con traje de señoritos" (en la Casa del Pueblo, p. 244). El traje de medida, las botas y el sombrero de Barea contrastaban con las blusas blancas y azules que pululaban por el edificio de la calle de Piamonte.

96. De creer a Barea no celebraron el Primero de Mayo hasta 1914, participando en la manifestación que recorría Madrid, en número de un centenar -los asociados en Oficios Varios-, y aún así la mayoría desapareció de la escena cuando aquella cruzaba la calle de Alcalá. ¡Era excesiva la provocación! (*ibid.*, p. 269). La "conspiración" para protestar por haber obligado la dirección a un empleado (el propio Barea) a abonar una mesa de cristal rota en pp. 268-271. La "protesta" consistía en abonar el cristal entre todos para echar en cara su mezquindad al banco.

97. Lo que debieron opinar muchos empleados de banca ante estos nuevos sindicalistas se lo resume Antonio Calzada, ex-director de la sucursal del Puente de Vallecas del Banco Hispano-Americano, a Barea en *La ruta...*, pp. 224-225: tenían "la fama de resolver todas las cuestiones sociales por la acción directa; iban a resolver el problema de los empleados con sus pistolas y, si era necesario, iban a liquidar unos cuantos directores. A mí, como a muchos, me pareció que eran diferentes a tus viejos dormilones amigos de la UGT y no creí entonces, aunque me lo dijeron, que Martínez Anido y sus pistoleros y hasta los Bancos estaban detrás. Me inscribí". No puede ser más claro el testimonio, recogido por un afiliado a la UGT como lo era Barea. Pla, que también lo era, les llamaba simplemente "esos granujas del Sindicato Libre", p. 229.

98. Lo que se dice aquí de los Sindicatos Libres está extraído fundamentalmente de Colin M. WINSTON, *La clase trabajadora y la derecha en España 1900-1936*, Madrid, 1989, Feliciano BARATECH, *Los Sindicatos Libres de España, su origen, su actuación, su ideario*, Barcelona, 1927, y F. DEL REY, *Propietarios y patronos...*, pp. 553-618. Cfr. también de C.M. WINSTON, "Apuntes para la historia de los Sindicatos Libres de Barcelona (1919-1923)", *Estudios de Historia Social*, 2-3 (julio-dic. 1977), pp. 119-140, y "El Sindicalismo Libre, 1919-1931", *Historia* 16, 32 (xii-1978), pp. 73-81; y de A. ELORZA, "Los Sindicatos Libres en España: teorías y programas", *Revista de Trabajo*, 35-36 (Tercer y Cuarto trimestre 1971), pp. 141-413.

99. Esta opinión es de C.M. WINSTON, *La clase...*, p. 196. Para explicar el escaso predicamento de la CNT en estos medios menciona unos prejuicios en todo idénticos a los aquí señalados para Madrid. Según su opinión, la mayoría de los trabajadores afiliados a sindicatos se movían por razones prácticas, sin atender a razones ideológicas ("políticas") propias de las cúpulas dirigentes. Creemos haber dado suficientes testimonios a lo largo de esta obra que avalan esta opinión, aunque hay que matizar lo que se entiende por "práctico". Si con esta palabra se engloban exclusivamente los motivos "económicos", es decir las mejoras materiales de salario y condiciones, o el empleo de una táctica victoriosa que consigue muchos logros concretos, no podemos estar de acuerdo. Si entendemos por

contra que los trabajadores seguían aquellas tácticas que respondían, incluso formalmente, a la mentalidad y al clima moral en que se movían, así como a sus propias experiencias vulneradas por el ejercicio de un poder que no podían controlar, entonces sí aceptamos que fuesen "prácticos". Las huelgas de la banca madrileña casi todas fueron derrotadas y un desastre de gestión como se verá desde este punto de vista. Sobre la naturaleza obrero-proletaria de los trabajadores de las oficinas donde se cocía el gran capitalismo y su radicalización política ("la pasión política del empleado madrileño") véanse las sugerencias de S. JULIA en Madrid..., pp. 82 y 92.

100. En Unión Obrera, 18-viii-1923, citado por WINSTON, La clase..., p. 164, nota 213.

101. En este conflicto hubo más de 50 despedidos en principio, de 87 empleados. Según la Dirección, "el personal había solicitado mejoras en sus sueldos, que fueron, en parte, concedidas con anterioridad a la huelga, y estaban pendientes de la aprobación del Consejo", Estadística de las huelgas de 1920..., p. 174. Nótese que pese a la derrota fulminante de estas huelgas, que terminaban siempre con sumisión y despidos selectivos, siempre se lograban importantes mejoras, casi todas curiosamente decididas "antes" del conflicto, para salvar la auctoritas de la empresa.

102. La crónica de la huelga en BIRS, Pr. Semestre 1921, pp. 473-477. Aquí se opina que el fracaso se debió "a la falta de debida preparación" y "al marcado carácter sindicalista" del movimiento. En los medios socialistas se le consideraba un puro movimiento de mejora en los haberes que chocaba con la "intransigencia" patronal, siguiendo el prisma habitual con que enfocaban estas luchas, "Malestar del personal de los Bancos de Madrid", ES, 1-i-1921.

103. Las bases y el acuerdo final en BIRS, Seg. semestre 1923, pp. 232-243. Obsérvese la discriminación del personal femenino: un ordenanza cobraba con 25 años lo mismo que una taquimecanógrafa con un idioma, y ésta a su vez 100 pesetas menos que un empleado masculino de la misma edad. El tope de 25 años sugería que era la edad que no podía rebasar una "señorita" de una casa respetable sin estar casada y por tanto mantenida. El miedo a ir a la huelga por el Sindicato se resume en el hecho de que las bases se rechazaron en principio en noviembre de 1922 pero luego más tarde se aceptaron ante la perspectiva de un paro incierto. La fecha elegida para la huelga no sugiere mucha fortaleza precisamente. en cualquier caso, el sistema de excedencias evitaba la "selección" y las represalias.

104. Sobre el planteamiento de la huelga de 1923 véase BIRS, Seg. Semestre 1923, pp. 771-803, refundido en Instituto de Reformas Sociales, Historial de las huelgas de empleados y dependientes de Banca y Bolsa, 1921-1923, Madrid, 1923. Cfr. también: Baltasar Domínguez Ramos, El sindicalismo en la banca y la futura revolución social, Barcelona, 1923.

105. BIRS, ibid., p. 774.

106. El Sindicato funcionaba como un Directorio. Daba las órdenes y el personal obedecía, sin convocar asambleas previas ni sopesar mucho las consecuencias de las decisiones, como hacía en caso de huelga la Casa del Pueblo. Ahora, es dudoso que un sistema más democrático, menos impulsivo y coaccionador hubiese funcionado mejor con el rencoroso, pero muy reprimido, empleado de los bancos.

107. Del de Vizcaya se fue un tercio y del de Bilbao la mitad del personal más o menos, ibid., p. 779.

108. Recuerdese que en estos días de verano también hay una huelga frente a la compañía de autobuses de bastante violencia callejera y de agresiones entre trabajadores. La Casa Westminster informó saber "con absoluta certeza que gran parte del personal ha sido sindicado contra su voluntad, y que está disgustado del rumbo emprendido por el Sindicato", ibid., p. 787. La postura beligerante

del Gobierno comenzó a incrementarse tras la asamblea general de Zaragoza del 25 de julio, donde se culpó a "la burguesía" del conflicto. Algunas agresiones en p. 790. Que estas medidas perjudicaron a los más tolerantes con el Sindicato: "el boycott es ilegal, y perjudica, no al boicoteado, sino al boicoteador (...), el crédito del boicoteador padece (opinión del Banco de Bilbao, p. 784); se "ha acabado por ensayar una huelga que llama general y que sólo afecta a los bancos que se le habían sometido. Este último extremo constituye una lección que nadie podrá olvidar" (comunicado de los bancos boicoteados, p. 796)

109. Ya vimos que para los "libreños" la culpa la tenía la ciudad en sí misma o bien "los socialistas", que la hicieron fracasar (ibid., p. 803). Lo del pacto inventado de Sales en p. 801. El discurso de Ochoa asumiendo la derrotadecía: "Queridos compañeros: Hemos fracasado totalmente. Cuantos recursos hemos querido buscar han fallado. Ultimamente hemos querido que nos lanzara un cable la Casa del Pueblo; pero allí nos han dicho que nada es posible, ya que casi todos los huelguistas han pedido el reingreso. Los que no lo han pedido, allí tienen la Casa del Pueblo, que es lo único" (p. 802). Parece lógico que los ugetistas no se involucraran en un conflicto prácticamente perdido.

110. De Pablo Iglesias las comillas en "No se alegren mucho", ES, 27-viii-1923. Su opinión es más moderada, sólo habla de falta de conocimiento y preparación -previsión y cautela-. Saborit en un mitin dirigido precisamente a "elementos de clase media" (la Asociación de Vecinos de Barrio y Morayta), entre estos incluye a los empleados de Correos y Telégrafos y a los de los Bancos y Oficinas directamente y afirma: "hombres que declaran la huelga a las veinticuatro horas de organizarse, no saben lo que hacen (...), ni puede haber espíritu de lucha ni puede haber compenetración", ES, 22-viii-1923.

111. Es la opinión de Winston, La clase..., pp. 164-165. Aunque es indiscutible la mala gestión del movimiento, en realidad lo es mucho más si se adopta un prisma "práctico", ya explicado, para analizar las luchas sindicales. Si se entiende que esta clímax tiene por único motivo las mejoras "económicas", el movimiento es completamente absurdo, no ya mal organizado. Esto acerca el paradigma sindical al punto de vista de la propia UGT en este momento: organización sólida, peticiones realistas y nada de huelgas generales. Está claro que no habría habido ningún reto al poder de los banqueros ni ninguna rebelión de encorbatados, que es en definitiva de lo que se trataba.

112. "La Asociación titulada Sindicato Profesional de Empleados de Banca y Bolsa han pretendido apoderarse de la dirección de la Banca privada, como medio eficaz que pusiera a la economía nacional al servicio de determinadas dependencias" (comunicado de la banca madrileña del 3 de agosto, BIRS, ibid., p. 796). "Los Bancos no pueden tolerar que los empleados se nieguen a cumplir las órdenes de la Dirección para seguir las instrucciones de un organismo extraño" (comunicado del Banco de Bilbao, p. 784).

113. Una pista de lo que ocurrió tras la huelga nos la ofrece Pla, ugetista y para nada simpatizante del Libre, que se libró del despido por hallarse enfermo cuando la huelga: "en cambio, me han subido el sueldo. Ahora tengo doscientas cincuenta pesetas", en Barea, La ruta..., p. 229. El gran error de cálculo de los huelguistas fue la postura gubernamental y de la opinión pública, nada favorable hacia su causa. En ese sentido el logro propagandístico fue muy escaso.

114. Definidas empíricamente como hace F. VILLACORTA, Profesionales y burócratas..., p. 503: "grupos que por sus características materiales e ideológicas se localizaban en un segmento medio del sistema de estratificación económica, se pensaban situados en un lugar independiente, o todo lo más meramente paciente, en el marco del conflicto social básico entre capitalistas y proletarios". Y que por supuesto se autoubicaban en ese espectro.

115. Sobre las tendencias corporativistas que se generalizan en España cfr. A. ELORZA, L. ARRANZ y F. DEL REY, "Liberalismo y corporativismo en la crisis de la Restauración", La crisis

de la restauración..., pp. 5-50. Para Europa, C.S. MAIER, La refundación de la Europa burguesa... Sobre corporativismo patronal y económico, F. DEL REY, Propietarios..., pp. 683-864. Sobre el militar, C. BOYD, La política pretoriana en el reinado de Alfonso XIII, 1990. Sobre el profesional y burócrata, F. VILLACORTA, Profesionales...

116. El corporativismo, no debe olvidarse, no siempre desemboca en un corpus ideológico más o menos coherente, que refleje una representación orgánica de la sociedad por sus ocupaciones o intereses, sino que las más veces se refleja en una serie de prácticas dispersas, pero no por ello menos válidas o efectivas, de presión sobre el Estado para acotar y reservar ámbitos de actuación económica, social y política a grupos profesionales o de interés. Su trasunto suele ser la asociación representativa del oficio u ocupación, que pide refrendo institucional, reconocimiento público -administrativo- de su importancia y es tenida en cuenta por tanto por el Estado, autoridades y restantes asociaciones en negociaciones, reglamentaciones, leyes, foros, etc.. En este sentido, gran parte de las prácticas y tácticas obreras que aquí se citan comparten muchas de estas tendencias. S. JULIA se ha referido a un corporativismo obrero de una manera directa en el trasfondo de la politización de la UGT y del sector socialista encarnado por Largo Caballero durante los años veinte y treinta, en "Objetivos políticos de la legislación obrera", La Segunda República española: El primer bienio (GARCIA DELGADO, ed.), pp. 27-47.

117. Nos referimos a la obra de F. VILLACORTA ya citada. En la explicación sobre las causas de esta "corporatización" en estos sectores se refiere fundamentalmente a que se trata de un medio de defensa frente a la diversificación de las prácticas profesionales, que tratan de ser monopolizadas o acaparadas, según nacen, por los viejos colectivos y frente al crecimiento numérico de titulados que deprecia y devalúa -presiona a la baja el status profesional- la retribución de determinadas actividades. Sobre la "asalarización", pp. 20 y ss..

118. Sobre la problemática de los funcionarios, F. VILLACORTA, Profesionales..., pp. 31-75. En los Cuadros 20 a 25 (pp.219-224) se destaca una marcada tendencia hasta 1918 a acumular personal en la categoría más baja, reduciendo éstas en cerca de un tercio en los ministerios y en los Cuerpos de Correos y Telégrafos. En Correos el 80 por 100 del personal se concentraba en la categoría 11, la última, en 1918. A cambio el salario mínimo iba en aumento al desaparecer las categorías inferiores. Específicamente sobre los trabajadores de Correos y Telégrafos, decisivos como garantes de las comunicaciones en la constitución del Estado liberal y muy controlados por los poderes públicos por esta razón, pueden verse de P. GONZALEZ, Gaspar MARTINEZ LORENTE y E. SANCHEZ, "Los trabajadores de Correos y Telégrafos. De las juntas de defensa a los sindicatos de clase (1918-1931)", La sociedad madrileña..., vol. II, pp. 493-504; y de G. MARTINEZ LORENTE, "El mundo social de Correos y Telégrafos, 1700-1936", Historia 16, 205, v-1993, pp. 54-64. En este último estudio se destaca la popularidad y "carisma" de los trabajadores de las comunicaciones, "convertidos en la cara accesible de la Administración", p. 54.

119. F. VILLACORTA, Profesionales..., p. 349.

120. A este movimiento ya lo llamó en su momento J.A. LACOMBA, "revolución mesocrática", es decir de clase media, en La crisis de 1917...

121. Es posiblemente más realista hablar de "tentación sindicalista" que de una "etapa" verdaderamente sindical entre 1918 y 1923 entre los funcionarios y profesionales. De auténticos sindicatos sólo se pueden calificar a los de los farmacéuticos de 1919, con pretensiones monopolísticas y coaccionantes similares a sus homónimos obreros, y muy pronto desprestigiados. Por lo demás el sindicalismo al que hace referencia F. VILLACORTA se limita a una mayor conflictividad y propensión huelguística, especialmente en la administración.

122. Sobre la huelga de 1892 véase G. MARTINEZ LORENTE, "El mundo social...", p. 58. El procedimiento de militarización siguió siendo el más frecuente en toda huelga de servicios públicos, comenzando por los ferroviarios. El principio de sindicación y huelga en estos sectores era negado terminantemente. Cfr. la opinión de Sánchez de Toca, consultado como vocal del IRS con motivo de la huelga ferroviaria de 1916: "el derecho a la huelga no es lícito en los grandes servicios públicos, y singularmente en los ferroviarios (...), que en la relación con el Estado (...) ya no hay contrato, ni es invocable el concepto jurídico del derecho a la huelga, sino que se trata de un deber del funcionario en su cargo al servicio de la Administración pública", BIRS, Seg. semestre 1916, p. 110. Esta opinión (que compartían otros prohombres como Eduardo Ortega y Gasset) es ampliable de los transportes a las comunicaciones (Correos y Telégrafos) y por ende al resto de la administración. En cualquier caso, y sin embargo, se obligó a las Compañías concesionarias de servicios públicos a reconocer la personalidad de las asociaciones y sindicatos en su seno (R.D. de 10-viii-1916), aunque el principio seguía siendo teóricamente válido cuando era el Estado el patrono directo. Para el IRS no existían las huelgas de funcionarios y no se tabulaban en su Estadística de huelgas.

123. F. VILLACORTA, Profesionales..., p. 407. El contexto general de la crisis enmarcada en una pugna abierta entre el poder civil y militar en M. FERNANDEZ ALMAGRO, Historia del reinado de Alfonso XIII..., pp. 256-262. El relato del conflicto puede verse en El conflicto de los Cuerpos de Comunicaciones y Hacienda (Historia de un atropello) 14-23 de marzo de 1918, Madrid, 1918.

124. Aunque como ha señalado F. VILLACORTA, op. cit., pp. 429-430, en el trasfondo se hallaba una fuerte presión para que el Estado se incautase de las líneas telefónicas privadas (especialmente las de la Compañía Peninsular), lo que delata el avance del teléfono frente al telégrafo y un contexto de crisis gremial y profesional similar al de otras ocupaciones durante el primer tercio de siglo. El monopolio colegiado o sindical se pretendía sustituir aquí por la burocratización de las comunicaciones.

125. A esta exigua cifra oficial habría que añadir en cualquier caso los telefonistas despedidos de la Peninsular.

126. En las páginas de El Socialista se burlaban abiertamente de la "ligereza" con que se había ido a la huelga en Correos y de su comportamiento de "buenos chicos, dejándose querer en cuanto el señor Sánchez [Guerra] les ha favorecido con una de sus más elegantes sonrisas". El esfuerzo les parecía "desproporcionado" con los objetivos realistas de la protesta, "La huelga de Correos resuelta", ES, 11-viii-1922. La provocación de Sánchez Guerra, que se presentó en el Palacio de Comunicaciones negando haber prometido nada, fue recogida por toda la prensa. Cfr. ABC, 18-viii-1922.

127. F. VILLACORTA, op. cit., p. 433.

128. En "La psicología de la clase patronal", ES, 19-viii-1922. La insistente prédica en el desierto reiteraba el consabido tópico de que los empleados "son tan proletarios como los obreros manuales".

129. Los carteros quedaron fuera del Cuerpo de Correos desde el primer momento, cuando éste se crea (en 1889). Cfr. G. MARTINEZ LORENTE et al., "Los trabajadores de Correos...", p. 499. Todo tenía que abonarlo de su bolsillo (uniforme, pases de tranvías, material de la oficina), con la excepción del local "que es lo único que nos abona el Estado", en "Un manifiesto", ES, 2-x-1918. Sus sueldos se movían en la escala 1'50-3'50-4 pesetas antes de abonar gastos.

130. El portavoz de las promesas y de la mediación era Martínez Pontrémuli, ex presidente de la Junta Superior de Defensa de Correos, que pretendía seguir acaudillando un juntismo que comenzaba a boquear, y al que le abandonaron sus compañeros postales de la misma manera que a los carteros. Cfr. "El triunfo de los carteros", ES, 4-x-1918.

131. Véanse las pretensiones y esta épica ("¡Carteros españoles: o todo o nada!. ¡Hasta vencer!") en el manifiesto llamando a la huelga en Cartas y Carteros, 22-iii-1919, copiado en ES, 23-iii-1919. En este periódico se les llamaba "simpáticos obreros" y "modestos funcionarios", en un marcado tono paternal.

132. La detención de dirigentes en ES, 25-iii-1919. Pese a las simpatías hacia el movimiento en la Casa del Pueblo, tras el cierre de su sede social los carteros siguieron reticentes a acercarse a la UGT, reuniéndose en la Casa del Pueblo Radical de la calle de Relatores. Pese a este empecinamiento en desmarcarse de las asociaciones obreras, el movimiento contó con la hostilidad de los elementos de orden y buena parte de la clase media. La Casa del Pueblo se quejó de esta inquina en un manifiesto "A todas las organizaciones obreras", ibid. Sabemos que existía una Asociación católica de Carteros de Real Orden en 1922-23 con más de 100 afiliados. Por supuesto, como en otros casos ya se ha apuntado, esto no quiere decir que todos los carteros "sustitutos" fuesen católicos militantes, sino más bien que los círculos católicos proporcionaban una cobertura defensiva a estos empleados, que la Casa del Pueblo o los republicanos, defensores de los carteros "legítimos", no iban a proporcionar.

133. Testimonios al respecto en "Los funcionarios se sindicán", ES, 21-vii-1919, o en "En la Casa del Pueblo. Mitin de funcionarios", ES, 5-viii-1919, en donde les habló García Cortés -el "arribista", según la ortodoxia de los tipógrafos-. En cualquier caso, el mitin se celebró allí, "porque no encontraron local más a propósito", no para convertirse a las tácticas de la Casa.

134. Sus inclinaciones con la República en G. MARTINEZ LORENTE et al., "Los trabajadores de correos...", p. 503.

135. La versión de los propios carteros del en "¿Se toman represalias contra los carteros?", ES, 23-x-1920 y "Los carteros explican la situación del conflicto", ES, 25-x-1920. En principio los autores de frases ofensivas eran siete carteros, denunciados por el administrador del Correo Central. En un manifiesto éstos se defendían aludiendo haber sido tachados de "cobardes, rastreros y difamadores" y denunciaban al Cuerpo de Correos, como lleno de "caciques", que "nos persigue, ya de manera encubierta, ya descaradamente, porque no queremos rendir pleitesía a su superioridad", y con individuos "retribuidos por su labor de vulgares carceleros con 1.250 pesetas de gratificación" ante el que el colectivo había protestado unánimemente con siseos y amenazas. El resultado fue que el director general y el ministro llevaron a la Gaceta la suspensión de la inamovilidad de la cartería. Los 57 represaliados curiosamente se quedaron sin cobrar una gratificación aprobada el 15 de octubre, cuando todavía eran carteros, ES, 26-xi-1920.

136. Esta anécdota no por mucho repetida es menos significativa del sentimiento de los Cuerpos de Correos y Telégrafos acumulado en los años veinte. Sobre el impacto -o más bien perplejidad- que causó la "extraña" bandera, vid. J. PLA, Madrid. El advenimiento de la República..., p. 18-19. Esta necesidad de poder probablemente también la compartía José Bullejos, funcionario del Cuerpo de Telégrafos, y secretario general del PCE desde 1925.

CONCLUSIONES. LA DIVERSIFICACION DE LA PROTESTA COMO PARADIGMA DE LOS CAMBIOS SOCIALES: UN RELEVO HISTORICO

A finales de 1923 Madrid parecía haber vuelto a la normalidad tras las turbulencias de la guerra y la postguerra. Los precios habían recobrado la calma, los obreros habían recobrado la calma, los motines eran casi un recuerdo, las huelgas ya no caían en cascada y hasta el tercerismo había pasado a mejor vida. El Ayuntamiento ya no era un ejemplo de democracia o un foco de agitación, sino que su control por el Ejecutivo era más férreo que nunca; y las frecuentes suspensiones de garantías constitucionales se habían elevado definitivamente a forma de Estado, corregidas y ampliadas. A cualquiera podría haberle parecido que aquella relativa quietud recordaba a la de diez años antes. Pero era ahora una Dictadura militar la que la gestionaba y no un sistema parlamentario, un Ayuntamiento sin alcalde electo pero también sin concejales, unas colosales federaciones y sindicatos locales de industria y no un mosaico de sociedades de oficio, unos precios y unos salarios —o precios del trabajo— que eran entre un 50 y un 150 por 100 más elevados. La ciudad había vivido muchas cosas en diez años —huelgas generales, motines, multitud de disturbios y huelgas parciales, dimisiones colectivas del Concejo, una guerra lejana y un racionamiento cercano, hasta elecciones ganadas por los socialistas— y como herencia de las luchas pasadas tenía una profunda cicatriz perfectamente visible que surcaba su superficie desde Callao a Alcalá.

La cicatriz en la memoria colectiva era sin duda mucho más profunda y las experiencias de este decenio resultan definitivas para comprender lo que ocurrió en la ciudad una década después, cuando los cambios que se apuntaban se habían profundizado social y económicamente y el momento político favoreció que muchos viejos pleitos se reabriesen. En este sentido en este período se plantea un agrietamiento de la ciudad tradicional que no se manifestará con toda su crudeza hasta más adelante. Es probablemente este carácter de planteamiento inconcluso y sin desenlace de la protesta colectiva de la ciudad, generalmente adormilada, lo que confiere su ambigua y extraña personalidad al segundo decenio del siglo.

1914-1923 es la década en que la ciudad de Madrid entra en el siglo XX. Entra, pero no se acomoda, como un inquilino que encuentra su nuevo piso sin amueblar, sin bombillas, con goteras y algun cristal roto por donde entra un viento gélido. Encuentra una nueva casa pero no la encuentra confortable. Es la década en que Madrid descubre un nuevo mundo lleno de problemas. La década de la toma de conciencia de qué algo está pasando, está cambiando en la ciudad, aunque aún no se sabe muy bien de qué se trata y cada habitante del gran edificio lo explica a su modo, recurriendo a viejas recetas y a procedimientos añejos revisados para los "nuevos tiempos". Es una década única, en la que la sociedad de masas -en el amplio sentido de la palabra- no ha impuesto todavía sus formas pero ha conseguido alterar profundamente la ciudad decimonónica, que ha vivido una convulsión sin precedentes. Un período en el que algunas novedades irrumpen de forma arrolladora y se es consciente de su presencia, pero no de que estén aquí para quedarse.

Son los años en que se descubre que existe un Extrarradio, que hay al menos "dos ciudades" -gracias sobre todo a la Gran Vía-, que hay otros transportes públicos además del tranvía, que el Estado puede ser sistemáticamente impelido a deslegitimar las leyes económicas -bien con tasas, bien con laudos salariales, bien con subvenciones-, que en la ciudad hay bancos, trusts y sociedades anónimas -a las que se dedica un Anuario-, es decir capitalismo, que hay sindicatos y no sociedades obreras, que a los socialistas se les puede votar y a los alcaldes elegir, que al maestro se le debe llamar patrono, que el volátil contrato de alquiler no tiene por qué ser la forma natural de vivir en Madrid*, y en definitiva que las huelgas pueden ser tan -y, con una poderosa organización, más- eficaces como los "motines de Corte" para hacer a las autoridades intervenir, a los gremios temblar o para implantar justicia de una forma directa, y que además pueden ser generales y colectivas, no dirimidas en pequeños talleres y covachas. Madrid no es asumida ya como una ciudad de tipógrafos, sino de albañiles; a los "barrios bajos" se les unen los "barrios extremos" y a las pedreas de la Inclusa se unen los ametrallamientos de Cuatro Caminos.

Pero la mayoría de estas y otras muchas cosas que aquí se han explicado y sugerido se descubren

o intuyen pero no parecen definitivas ni se han convertido en dominantes. Sobre el Extrarradio se hacen planes como si fuese otro Ensanche más y no se aborda su urbanización; la Gran Vía no está terminada en 1923, el tranvía sigue siendo el enemigo público de los transeúntes con mucha diferencia aún. El Estado legisla y deslegitima bastante, pero de forma aún dubitativa, y la garantía de que sus medidas no van a quedarse en el papel parece seguir residiendo no en su auctoritas sino en la "iniciativa popular" y luego en la "obrera" -que los socialistas incorporan más que probablemente a su discurso a través del papel de las "turbas" de la ciudad como correctoras/reguladoras de las injusticias-. Además sus procedimientos oscilan entre el anuncio de una nueva era de los poderes públicos -municipalización, nacionalización, reforma fiscal- y el recurso a expedientes de raíces preliberales como el justiprecio, el máximo, la incautación, los "cuerpos sociales", el organicismo. Por lo mismo, al capitalismo se le considera una "confabulación" para alterar el precio de las cosas, una agresión a la mesocracia y una granujería general ajena a la economía. Sus protagonistas siguen siendo los tenderos, los logreros, los caseros. Patronales y sindicatos no son más que conjuras aún no asimiladas por los gremios y los oficios. Por lo demás, la vivienda en propiedad no existe, sólo el alquiler tasado.

A los alcaldes sólo se les elige por "concesión" gubernamental y por breve tiempo, los socialistas no ganan solos unas elecciones generales hasta 1923 -y sólo en Madrid-, sin ningún cambio significativo en el poder político, las asociaciones de vecinos son rara avis, y los motines conviven codo con codo, aunque cada vez más interpenetrados, con las huelgas, durante toda la década. Pero es sin duda en estos ámbitos que reflejan de una manera más directa la protesta y el descontento colectivos, en donde el cambio se refleja con más intensidad y donde, a mi entender, se marca el alto grado de conciencia de que "la ciudad no es como antes".

Parece un hecho evidente que Madrid se convierte en un centro de "agitación democrática" en este momento. No sólo porque vota con relativa asiduidad a las candidaturas antigubernamentales -al maurismo de derechas y al republicanismo/socialismo de izquierdas-, algo que ya hacía desde antes,

aunque no con tanta insistencia, sino porque desde el Concejo se presiona de una manera efectiva hacia la "extraña muerte" del liberalismo clásico, el eco real del vecindario y sus problemas son cada vez mayores y la canalización hacia las instituciones -y a veces provocación- de la protesta urbana es sumamente efectiva sobre todo entre 1918 y 1921. Que la solución "normalizadora" provenga de la mano de los alcaldes de Real Orden primero y del control total del municipio después no hace sino atajar el problema aplazándolo. El alcalde de Madrid deja de ser un vulgar "funcionario" en este período, aunque los cronistas olvidaran este hecho -y luego, a lo que se ve, la historiografía-. En aquellos tiempos lo "normal" era lo otro, y como la excepción no hizo regla, la abortada democracia municipal, real precedente histórico de la que presidió Pedro Rico, pasó al olvido. Aún hoy seguimos necesitados de una historia del Ayuntamiento y sus problemas -y de la limitación de sus políticas- y de cómo el influjo de élites, gremios y clientelas fue dejando paso a un auténtico sistema representativo.

Pero es en la protesta colectiva donde el cambio de la ciudad es más evidente y, obviamente, más expresivo. Aunque había habido huelgas durante toda la Restauración y los procesos históricos todos sabemos que son de longue durée, también sabemos que existen "tirones", aceleraciones del tempo y coyunturas muy concretas que fomentan el triunfo de determinados cambios sociales. Este período es una de ellas.

Esta coyuntura ha solido explicarse atendiendo a su carácter crítico y "prerrevolucionario", y por ello se ha prestado a veces una excesiva atención a factores exógenos, tanto para explicar lo que ocurre en Madrid como para el país en su conjunto. En el primer caso, el elemento "contaminante" sería Barcelona, el auténtico problema para las autoridades, ciudad que marca el nuevo signo del sindicalismo y pistolero, y que provocaría remedos imitativos en la urbe madrileña. En el segundo, lo que ocurre en España sería en buena parte consecuencia del contagio bolchevique suministrado por la Revolución de Octubre y la fiebre tercerista y espartaquista de postguerra. Sin despreciar este tipo de explicaciones, que proporcionan, no se olvide, poco más que la trama general

en la que cada país o ciudad se desenvuelve, nosotros las hemos completado con causas endógenas. Estas se relacionan con el modo en qué los trabajadores de la urbe adaptaban estas nuevas circunstancias a su propia vida, tradiciones de protesta y sentimientos de descontento, muchas veces seculares. En este sentido, en lugar de remitirnos a las manidas influencias "del exterior", de Moscú o Barcelona, explicaciones a las que recurrían no sólo los medios más conservadores, sino los propios socialistas para encuadrar lo que parecía un comportamiento atípico, hemos barajado motivaciones más domésticas, que pensamos no deberían olvidarse en ningún caso y que se derivan de la propia experiencia de los trabajadores de la ciudad.

El Madrid de 1914 es el del motín del día de San Pedro, el de 1923 es el de la huelga de la banca. El motín, muy especialmente en su fórmula más elaborada "de subsistencias" o "de Corte", languidece en el Madrid de estos años. La reivindicación del control de los alimentos y la defensa directa de la "economía moral" a través de la imposición del justiprecio (máximo o beneficio legítimo) que tan plenamente asumía el "motín regulador" de 1907 y, en líneas generales, el de 1914, pasa al olvido a medida que tales procedimientos se muestran insuficientes en una coyuntura alcista tan pronunciada como la iniciada por la guerra. Mientras las autoridades pugnan por hacer valer las tasas, deslegitimando desde arriba unas alzas de precios que invocan el conflicto por abajo, son organizaciones las que tratan de controlar y coordinar la protesta tradicional, dándole nuevos contenidos de clase -aunque subsumidos en el interés general- como la socialista, es decir la obrera, y menos llamativamente, otras de clase media como las asociaciones de vecinos/inquilinos. E incluso la mayor coordinación de comercio e industria reflejarían una protesta patronal. Las dos primeras no eligen el motín para buscar un poder y un control sobre los precios de los alimentos, el transporte o la vivienda, sino la huelga general -de protesta, aún en el caso de 1917 tal y como se desarrolló en Madrid-, la manifestación, el mitin, las campañas cívicas. Como la cosmovisión democrática está por venir aún, el clima general es el del "corporatismo", "corporativismo" y fiebre asociacionista/organicista con que muchas sociedades, no sólo la española, responden al advenimiento de las masas a la vida social, económica y política.

1919-20, en este sentido, supone el final y testamento de los motines. Aunque en adelante seguirán actuando -en 1931 o 1936 por ejemplo- ya no son la punta de lanza de la protesta de la ciudad sino manifestaciones marginales a la "corriente principal", no son la voz del vecindario sino movimientos subversivos, no son una protesta analizada como viva sino como residual e inexplicable, ya no se comprenderá la lenidad de las fuerzas públicas como algo razonable sino peligroso. Su canto del cisne durante el bienio muestra ya sus limitaciones. Con precios tasados y obreros enzarzados en huelgas que van a suponerles mejoras directas de su poder de compra, se desvían hacia virulentos castigos ejemplares para los alimentos y las máquinas, aplicando la justicia de la supresión y la purificación -por el destrozo y el fuego sobre todo-. Ya entonces los "motines de corte" pierden su sentido como defensores -a veces notablemente elaborados- de la "economía moral" y el derecho consuetudinario no escrito del pueblo de Madrid.

En cualquier caso, ni los motines estudiados muestran ser manifestaciones espontáneas de pobres y hambrientos, ni buscan saciar el hambre, ni son desesperados, ni estallan al azar, ni son indiscriminados y faltos de toda lógica, por lo menos mientras la situación de la ciudad no es de espiral inflacionaria, y a los precios se los considera regulables o corregibles. Más bien son sofisticados y elaborados métodos de protesta y presión de la Villa y Corte para que los poderes públicos actúen, defiendan y garanticen cierta justicia inmanente, que a lo que se ve compartían bastante las autoridades y el populacho, o bien éste se lo imponía a aquellas, independientemente de lo que aparecía escrito en leyes y reglamentos. En esta época, por otra parte, resulta absurdo pretender que carecían totalmente de relación con la política, cuando las más veces eran conflictos aireados por los partidos en el municipio o los periodistas en la prensa los que invitaban a la "gimnasia" del vecindario.

El relevo en cualquier caso lo toman las huelgas, y para participar en ellas hay que ser trabajador, o bien obrero -es decir jornalero o menestral manual-. Como la mayoría de los madrileños pertenecían a esta categoría, resultaban un buen sustitutivo de las turbas como protesta masiva. Huelgas había

habido antes de 1916/17 o de 1919/20, pero ni se las había usado de forma sistemáticamente colectiva, es decir traspasando los ámbitos del oficio, industria o actividad concreta, ni habían afectado a la práctica totalidad de los medios laborales, ni se habían convertido en una manifestación masiva de protesta ni mucho menos. Hasta entonces, las huelgas no habían sido más que un fenómeno circunscrito a los oficios que aglutinaba la Casa del Pueblo, es decir al de los "obreros conscientes", como protestas sustentadas por una élite muy segregada y concreta. Incluso sus pastores las denostaban como peligrosas y se pronunciaban francamente por evitarlas en la medida de lo posible. Por ello no dejaban de ser un fenómeno relativamente marginal, por muy novedoso que resultase, y eran excepcionales las que pasaban a un primer plano -las de panaderos, tranviarios de comienzos de siglo o la de albañiles de 1911-, siempre aisladas por lo general. La atención que se las prestaba procedía de su novedad como representantes del conflicto industrial y de la organización obrera, y por tanto se las relacionaba abiertamente con los sectores con conciencia de clase, identificada ésta con la organización obrera decimonónica -la heredada de la AIT y adobada en el discurso con la ideología marxista de la II Internacional-.

En este período por tanto se producen dos relevos de diferente intensidad en la protesta de la ciudad. En primer lugar, las huelgas serán a partir de ahora la "corriente principal" y los motines la marginal y excepcional. Como mucho hasta entonces la validez de ambas formas de conflicto era pareja o alternante. A partir de 1916/17 se reconoce la huelga general como alternativa para canalizar la "iniciativa popular", deslegitimando el funcionamiento de la economía -protestando por la carestía de las subsistencias y crisis de trabajo- y buscando que el Estado sancione y actúe en consecuencia en esta línea. Las huelgas generales en Madrid -y creemos que también en España en general- recogen directamente el lunes como día predilecto para la manifestación del descontento. Los años treinta verán varias de estas (en 1930, 1934, 1936) aunque la protesta ya está mucho más organizada y el contenido ideológico ya es muy superior: ya se trata marcadamente de obligar al Estado a asumir una política o un programa obrero mucho más elaborado, aunque permanece a nuestro entender una huella indeleble dejada por el origen de estas protestas, léase obligar-a-las-autoridades-a-rectificar-una-

política sin compromisos de gobierno, parlamentarios o de toma del poder, tal y como las turbas hacían. La UGT y la Casa del Pueblo, que son las reinas "sin corona" de las masas de la ciudad a partir de 1923, van a tener, desde el momento que lideran esta protesta -es decir desde que se "politizan" en un sentido amplio de la palabra, como el que asumirla la CNT-, un precario entendimiento con el Partido Obrero y la clase política en general. Lo que ofrece así una interesante alternativa de explicación para una oposición histórica que complementa aquella otra basada en los tipos de organización o el liderazgo de determinados personajes.

En un segundo plano, hay otro interesante relevo, consistente en un cambio notable del carácter de las huelgas "laborales" o "económicas" a partir de ahora. No sólo son más sino que empiezan a ser diferentes. Son muchas más y más habituales, afectan a muchos más trabajadores en una huelga y simultáneamente en varias, afectan a sectores hasta entonces casi inmunes y que no siguen con claridad las consignas de la Casa del Pueblo -tranviarios, peones, trabajo femenino y a domicilio, chauffeurs, bancarios, dependientes y otros trabajadores de cuello duro, periodistas, obreros de escasa cualificación-, muy especialmente en el sector servicios, protagonista casi total en 1922-23, cuando ha comenzado el reflujo. Se va a ellas con más facilidad, no siempre se las plantea como pulsos interminables contra un patrono intolerante que se niega a la tarifa y a las costumbres laborales del lugar -lo que las convierte en boicots en realidad contra un patrono díscolo- sino que pueden ser inusitadamente breves y perdidas de antemano, se generalizan y pasan de unas industrias a otras con mucha velocidad. Fundamentalmente dejan mayoritariamente de estar concebidas -aunque aún no en el discurso pablista y el de sus herederos- como un "último medio" casi siempre perdido, para ser el medio dominante de la negociación colectiva, con o sin -a ser posible con- el Estado como interventor o legislador. Entre trabajadores que cada vez están menos o peor cualificados, más mecanizados en su tiempo de trabajo y en los útiles que emplean, que ven relajarse su pirámide jerárquica de maestro-oficial-ayudante-aprendiz, diluirse y degradarse los límites de su oficio y que cada vez tienen menos poder real sobre el centro y los ritmos del trabajo y en definitiva sobre sus puestos laborales, que su elevada cualificación antaño blindaba, no podía ser de otro modo. La huelga deja de ser tipográfica,

de oficio, de taller y frente al patrono o maestro -un poder muy individualizado- en la práctica -otra cosa es como aparecía en el discurso o el "espíritu" de la cúpula de la UGT- para convertirse en huelga de la construcción, de industria o ramo, de tajo o de obra -a falta de fábricas- y contra la patronal o las instituciones -un poder más abstracto, colectivo y de connotaciones políticas-.

En 1919/20 es cuando se produce el gran cambio, entonces las huelgas se despliegan en una oleada con cuatro pináculos: fundamentalmente la primavera trunfal de 1919 -con la ironía de la moderada propuesta tipográfica inicial cuyo fracaso como modelo muestra el ocaso mismo de su liderazgo y el hecho de que es un motín quien le da su tono-, el otoño/invierno de 1919 -con un lock-out y la puesta de largo de la construcción como alternativa a Artes Gráficas, que por cierto también ensaya la huelga general-, la primavera de 1920 -inicio de las ampollas y reticencias mutuas extendidas en el movimiento sindical madrileño- y noviembre-diciembre de 1920, con el epílogo de la huelga de la construcción sin albañiles de septiembre de 1921, que marcan el reflujo y la disensión general entre los obreros. En todos excepto en los del sector terciario que viven su edad de oro a partir de 1920 y son los protagonistas mayoritarios en los últimos años previos a la Dictadura. Esta oleada es un peldaño decisivo para que al menos las formas de lo que podríamos denominar segundo movimiento obrero, es decir el que no procede directamente del artesanado cualificado de la ciudad, el de las federaciones y sindicatos de industria, el jornalero y no el menestral, el de los trabajadores de levita y los no cualificados, se una al primero y dote de un tinte nuevo al movimiento obrero de la ciudad.

El principal testigo organizativo de esta "refundación" nos lo darían en esta época colosales templos proletarios como la Federación Local de la Edificación, el Sindicato de Artes Blancas, "El Baluarte" y la Federación Gráfica Española, dentro de la religión "oficial" o el Sindicato de la Madera, la Agrupación de Dependientes de la Distribución, el Sindicato Libre de la Banca o "El Trolley", dentro de la "disidente". Pero ante la creencia generalizada de que el triunfo de estos sindicatos y federaciones de industria muestran un paso adelante en la unidad obrera y la conciencia del proletariado de sí mismo como clase unida frente al capital, en el caso que nos ocupa hay que

hacer interesantes matizaciones. De la misma forma que las huelgas generales no proceden de otro mundo distinto del de las turbas urbanas, estas organizaciones no dan la espalda al mundo de los oficios del que proceden.

Una primera observación es que estas federaciones en Madrid no se crean en principio para arrostrar y fomentar las nuevos conflictos sino a consecuencia de ellos. Las huelgas vienen primero y las organizaciones después. Es decir, lo que se preterde es fundamentalmente gestionar las nuevas huelgas -que desbordan las posibilidades económicas de muchos oficios- con el viejo estilo, controlando y coordinando a las sociedades y, sobre todo, sustituyendo la antigua solidaridad informal que daba la identidad y cualificación del oficio por una solidaridad institucional. En este sentido, su contenido sigue siendo muy defensivo y es una respuesta a la mayor concentración empresarial -existe una federación patronal de la construcción bastante seria antes de que se funde la FLE (1921) y un Sindicato patronal de la Panadería mucho antes que el SAB (1920, fecha por lo demás discutible a efectos prácticos)-, a los cambios industriales y sobre todo a la decadencia del mundo y tácticas de los viejos oficios y sus huelgas liliputienses.

Los oficios mayoritarios y líderes, por lo general categorías en expansión -albañiles, candelistas, tipógrafos-, no aceptan de buen grado estas nuevas organizaciones que más bien crecen en contra suya, fomentadas desde la Unión y a las que tienen que mantener a cambio de ayudas dudosas en sus conflictos. Sólo cuando parece que pueden liderarlas las aceptan de buen grado y con muchos retrocesos. En el caso del SAB es dudoso que los candelistas aceptasen nunca en este período la organización tal y como estaba diseñada. Los cerrajeros en "El Baluarte" o los carpinteros -aunque más los ebanistas- en la Madera son probablemente una excepción aunque ya veremos por qué. Estas grandes federaciones son sobre todo deseadas por oficios cualificados que desean una protección de su identidad y sus límites frente a la agresión de otras categorías socioprofesionales en auge y piensan que pueden conseguirla reglamentando tarifas y prerrogativas de común acuerdo con otros oficios (p. ej. embaldosadores y soladores, muchos trabajadores de la madera, Viena y Francés). Cuando tales

oficios tienen que competir con otras organizaciones mastodónticas (como la FLE, destinada a albañiles y peones) simplemente acotan un espacio propio y una identidad propia, hasta entonces no tan evidente, y por lo general la dotan de una ideología o práctica "heterodoxa". Es el caso de los canteros (apolíticos), el de buena parte de la madera (filocomunistas), el metal (que crean lo más parecido a un Sindicato Unico aún permaneciendo en la Unión y que son los que colaboran más amistosamente con los sindicalistas) o los encuadernadores y litógrafos (simplemente descarriados). En este sentido buena parte del efecto de esta supuesta conciencia de ser una clase parece que conduce a una delimitación de campos mucho mayor de la existente hasta entonces. Del "gran ramo de la construcción" de 1918-19 se pasa a la "industria de la edificación" de 1920-21 mal avenida y que rechaza de plano a los sin oficio (los peones).

Estos y, en líneas generales, los sectores de obreros con menos tradiciones societarias, los más próximos al trabajo en serie, proletarizados y menos cualificados y los trabajadores de levita y cuello duro serían la otra vertiente entusiasta de estas nuevas organizaciones, en las que encuentran dinero, solidaridad y protección para huelgas destinadas en caso contrario a la derrota más estrepitosa. No cuentan con fuertes organizaciones ni cajas y necesitan huelgas cuanto más generales mejor. Los repartidores de periódicos y quizá también los impresores, los periodistas, las sobreras y trabajadoras de la confección, los repartidores de pan (la cuadrilla baja), las galleteras, los peones (los marginados de la FLE por ser sin oficio), los chauffeurs (que no los cocheros) y los dependientes de comercio. Incluso los tranviarios y bancarios, pese a los problemas casi insolubles que tienen para asociarse. Varios colectivos de estos trabajadores son abiertamente despreciados o rechazados por los sectores mayoritarios en la Casa del Pueblo, sus tácticas catalogadas de desviadas, no se trata de obreros con conciencia de clase -algo que muchos historiadores simplemente aceptan sin un mínimo análisis- y cuando estas "nuevas" federaciones se aproximan -que no siempre ocurre- a estos sectores, crujen sus supuestamente proletarios templos. El ejemplo más evidente de estas limitaciones quizá sea el Sindicato de Artes Blancas, llamado a ser un líder del obrerismo organizado de la ciudad, y que tras cuatro huelgas generales, se queda varado a medio camino entre el oficio y la industria, fracasando

estrepitosamente cuando se aproxima a sistemas de producción en serie -entre los harineros y las galleteras de "La Fortuna"-.

Este variopinto panorama desmiente las interpretaciones monistas -una revolución en marcha, una traición socialista de las masas revolucionarias, un paso más en la creación de una conciencia unívoca de clase obrera-. Es cierto que el panorama cambia notablemente: ya se habla de sindicatos y patronales, de huelgas de industria, de toma del poder -por los terceristas, luego comunistas-, la adopción del "conflicto industrial" se universaliza, y la lucha social se lleva al campo laboral -es decir al control del precio del trabajo y no al del alimento-. Pero a tan contundente panorama hay que contraponer la relativa independencia y carencia de unidad orgánica entre los obreros que en estas páginas se muestra, que en sus conflictos sólo muy voluntariosamente encontramos una conciencia de clase, que sólo es invocada en algunos discursos de élites dirigentes, y sí una idiosincrasia particular procedente del mismo oficio e industria que sigue siendo en esta época más poderosa que cualquier otra cosa. Puede aludirse que aunque estas condiciones "del oficio" marcan los conflictos, existe una tendencia a la uniformidad suministrada desde la calle Piamonte y desde el discurso socialista. Con respecto a lo segundo abundan las referencias en nuestro estudio acerca de la intromisión de los "políticos", entre los que se incluía a buena parte de la burocracia de la UGT, en determinados conflictos, referencias casi siempre negativas. Los socialistas que los periódicos conservadores solían definir como "políticos profesionales que engañaban a su rebaño, embolsándose su dinero", y otras expresiones semejantes, deformaban interesadamente la realidad del tupido recelo de los oficios a la "gran política". Los tipógrafos, representantes de un liderazgo y una época en decadencia, eran precisamente los principales defensores de esta corriente, una más de las que se entrecruzarán -con otras- en el PCOE -a través de Lamóneda, Acevedo o García Quejido-, además de profundos críticos con la evolución de la Unión en su conjunto, las huelgas generales "políticas" y en general el rumbo que estaba tomando el movimiento obrero de la ciudad. ¿Sólo por que este rumbo era reformista traicionando el pensamiento de Marx?. Ahí queda la pregunta.

En cuanto a la unidad que daba el espíritu y tácticas de la Casa del Pueblo, que generalmente ha permitido la presentación de una organización obrera madrileña como una piña, perfectamente coherente y homogénea, parece evidente que identificar los discursos y tácticas pablistas con los movimientos de abajo no sólo es abusivo sino que sesga la realidad, aún en Madrid. Una cosa es que la organización tipográfica suministrase un abecé temático y una infraestructura a las sociedades nacientes y otra cosa es que las huelgas se hiciesen a su gusto, no tuviesen inclinaciones y dinámicas propias -ni dirigidas ni centralizadas- y que una oleada como la de 1919/20 estuviese orquestada desde la calle de Piamonte, algo que es simplemente inexacto. La nómina de colectivos de trabajadores que se apartaban de la ortodoxia dominante, bien por sus tácticas, por su forma de llevar los conflictos, o por razones ideológicas directas, es tan grande, que más bien esta ortodoxia representaba una muy pequeña minoría del obrerismo organizado de la ciudad. Además, parece que cuanto más se avanza en esta supuesta unidad obrera, más diferencias y reticencias se aprecian entre los sectores implicados.

Algo muy diferente sería afirmar que de las múltiples inclinaciones que la protesta obrera tenía, la que la Casa del Pueblo y el Partido Obrero -luego Socialista- representaban fue la que salió triunfante ideológica y organizativamente del maremoto de estos años, sin una alternativa seria que finalmente se consolidase. 1921-23 son los años del retorno de las aguas al cauce piamontino -con la excepción muy importante de los oficinistas y jóvenes encorbatados-, de la "normalización" en la medida de lo posible. En este sentido, las nuevas federaciones colosalistas -que podían actuar como corporaciones- primero y el Directorio militar después -que las reconoce como tales- contribuyó a unificar desde arriba aún más la organización obrera madrileña por esta vía, con un apoyo y colaboración manifiestos de la Dictadura.

Pero la Historia continúa y en los años treinta el apoyo de arriba -sobre todo desde 1933- se cuarteó y el control sindical se hace muy difícil tras los cambios socioeconómicos de los años veinte. Entonces resurgirán con mucha más fuerza bastantes de los problemas apuntados ahora y encarnados además en un poderoso sindicato rival como será la CNT. Ahora, diez años después, el lenguaje ya

será otro y la huelga general de industria será la reina. Ya se habla abiertamente de proletarios, revolución, UHP y otras fórmulas de clase. A otros corresponde afirmar si esta abstracta clase obrera fue más fuerte que los concretos obreros de los distintos oficios e industrias.

NOTAS

*= Por supuesto, no se trata más que de un esbozo, porque no será hasta la legislación de propiedad horizontal franquista de los años cincuenta cuando se aborde decididamente la política de la vivienda en propiedad.

PROTESTA COLECTIVA Y CAMBIO SOCIAL EN LOS UMBRALES DEL SIGLO XX
MADRID 1914-1923 (IV)

Tesis doctoral de D. FRANCISCO SANCHEZ PEREZ,
Departamento de Historia Contemporánea,
Facultad de Geografía e Historia,
Universidad Complutense de Madrid.
Director: D. ANGEL BAHAMONDE MAGRO.
1994

FUENTES Y BIBLIOGRAFIA

I. FUENTES PRIMARIAS

I. 1. MANUSCRITAS

I.1.1. Archivos privados

ARCHIVO AMARO DEL ROSAL-Fundación Pablo Iglesias (Madrid)

-Libro de Actas de la Comisión Ejecutiva 1914-1915, 1916-1918, 1919-1921 y 1922-1924.

-Libro de Actas del Comité Nacional 1919-1924.

I.1.2. Archivos públicos

ARCHIVO HISTORICO NACIONAL (Madrid)-Ministerio de la Gobernación. Serie A.

-Legs. 2, 3, 4, 14, 15, 16, 17, 36, 41, 42, 45, 46, 50, 51, 52, 53, 54, 56, 57, 58, 59, 60, 63.

ARCHIVO HISTORICO NACIONAL-Sección Guerra Civil (Salamanca), Sección Político-Social de Madrid.

-Carpetas (o Legs.) 529, 533, 586, 588, 604, 698, 711, 767, 786, 793, 807, 815, 816, 817, 827, 831, 832, 857, 859, 913, 951, 968, 1013, 1019, 1041, 1107, 1146, 1186, 1195, 1222, 1229, 1230, 1381, 1402, 1409, 1422, 1423, 1499, 1500, 1504, 1544, 1561, 1598, 1619, 1678, 1734, 1856, 1858, 1859, 1861, 1882, 1883, 1884, 1954, 2041, 2077, 2125, 2129, 2141, 2142, 2150, 2152, 2153, 2173, 2174, 2176, 2215, 2250, 2252, 2254, 2267, 2301, 2318, 2331, 2334, 2349, 2353, 2360, 2361, 2378, 2385, 2425, 2453, 2473, 2539, 2544, 2550, 2778.

ARCHIVO DE VILLA DE MADRID, Sección de Secretaría.

-Legs. 19-7, 19-8, 19-191, 19-406, 19-409, 20-160, 20-161, 20-162, 21-96, 21-322, 21-323, 22-80, 22-167, 22-168, 22-169, 23-360, 23-361, 23-362, 23-363, 24-409, 24-494, 24-495, 25-8, 25-9, 25-378, 26-274, 26-275. Y consultas a los Libros de Actas del Concejo 1916-1922 (tomos 83 -folio 63- y 87 -folio 322-, numerados del 556 al 583 y del 588 al 603).

SERVICIO HISTORICO MILITAR (Madrid), Sección Archivo General Militar, 2a-4a.

-Legs. 8 ("Estados de sitio y guerra 1898-1936"), 167 ("Huelgas 1913-1922"), 168 ("Motines en general 1809-1929"), 171 ("Motines, Letras L a M (1821-1915)").

I. 2. IMPRESAS

I.2.1. Publicaciones periódicas

Entre paréntesis los centros donde se han consultado: HM=Hemeroteca Municipal, BN= Biblioteca Nacional, AHN-SGC= Archivo Histórico Nacional-Sección Guerra Civil, FPI= Fundación Pablo Iglesias, BCC= Biblioteca de la Cámara de Comercio. Todas de Madrid excepto cuando se cita otro lugar.

ABC, 1907, 1914-1923 (HM).

Acción Libertaria, 1913 (HM).

Acción Socialista, 1914-1917 (BN y AHN/SGC).

Boletín de la Asociación Oficial de Vecinos e Inquilinos de Madrid, 1925 (HM).

Boletín del Ayuntamiento de Madrid, 1914-1923 (HM).

- Boletín de la Cámara Oficial de Industria de la Provincia de Madrid, 1913-1923 -en 1923 pasa a llamarse Industria- (BCC y HM).
- Boletín de la Cámara Oficial de la Propiedad Urbana de Madrid, 1914-1923 (HM).
- Boletín del Instituto de Reformas Sociales, 1914-1924 (BN).
- Boletín del Sindicato de Actores Españoles, 1923 (HM).
- Boletín del Sindicato de Obreros de las Artes Blancas Alimenticias, 1920, 1924 (HM).
- Boletín de la Sociedad Central de Arquitectos, 1919-1920 (HM).
- Boletín de la Sociedad de Ebanistas y Similares, 1921 (AHN-SGC).
- Boletín de la Sociedad de Obreros Encuadernadores de Madrid, 1914-1923 (AHN-SGC).
- Boletín de Subsistencias, 1925 (BN).
- Boletín Oficial de la Asociación de Tramoyistas de Madrid, 1919 (BN).
- Boletín Oficial de la Cámara de Comercio de Madrid, Madrid, 1913-1923 (HM).
- Boletín Oficial de la Provincia de Madrid, 1914-1923 (BN).
- Boletín Oficial de la Sociedad de Obreros Embaldosadores de Madrid "La Emancipación", 1919-1921, 1924 (AHN-SGC y HM).
- Boletín Semestral del Centro de Hijos de Madrid, 1920 (HM).
- (El) Caminero, 1913-1919 (BN).
- Cartas y Carteros, 1922 (HM).
- Ciudadanía, 1922-24 (HM).
- (La) Construcción, 1918-1921 -luego La Construcción Arquitectónica y Construcción Arquitectónica- (HM).
- (La) Construcción Moderna, 1916-1923 (HM).
- (El) Cortador, 1916-1919 (HM).
- (El) Crisol, 1918-1919 (BN y HM).
- (La) Chusma Encanallada, 1919 (HM).
- Defensa Ferroviaria, 1919, 1921 (FPI).
- Diario Oficial de Avisos de Madrid, 1875, 1914-1918 (HM).
- (El) Eco de la Construcción, 1913 (BN).
- (El) Eco del Pueblo, 1919-21 (HM).
- (El) Eco Patronal, 1922-1924 (BN).
- ¡En Marcha!, 1918 (HM).
- (La) Epoca, 1920 (HM).
- Fabio, 1914 (AHN-SGC).
- (La) Federación, 1917-1921 (HM).
- Gaceta de Madrid, 1914-1923 (BN).
- Gaceta del Empleado, 1914-1915 (BN y HM).
- (El) Globo, 1918-1922 (HM).
- Heraldo de Madrid, 1920 (HM).
- (El) Hombre Libre, 1916 (HM).
- (El) Imparcial, 1875, 1919-21 (HM).
- (El) Inquilino, 1918-1920 (HM).
- Informaciones Sociales, 1923-24 (HM).
- (La) Internacional, 1919-1920 (BN).
- (El) Liberal, 1916-1920 (HM).
- (La) Libertad, 1919-1920 (HM).
- (La) Mujer y el Trabajo, 1912, 1915, 1918, 1923 (HM).
- Nuestra Palabra, 1918-1920 (BN).
- Nuestro Diario, 1919 (HM).
- (El) Nuevo Orden, 1921 (HM).
- (El) Obrero Gráfico, 1917-1923 (AHN-SGC).
- (El) Obrero Municipal, 1921-1923 (HM).
- (El) País, 1907, 1914-1923 (HM).
- (El) Panadero Español, 1913-1918 (BN).

(La) Paz Social, 1913-1915 (FPI, HM).
Renovación, 1915 (FPI).
(El) Sindicalista Libre, 1916 (HM).
(El) Socialista, 1907, 1913-1923 (BN y FPI).
(El) Sol, 1919-1922 (HM).
(La) Solidaridad, 1916 (HM).
(El) Soviet, 1918 (HM).
(El) Telégrafo Español, 1917-1918, 1920-1923 (HM).
Trabajador Libre, 1922 (HM).
(El) Tranviario, 1916 (HM).
(El) Tranviario de Madrid, 1916 (HM).
Unión Comercial, 1916 (HM).
Unión de Correos, 1918-1919, 1921 (HM y BN).
La Unión Farmacéutica, 1920 (BN).
(La) Unión Ferroviaria, 1916-1917, 1920-1923 (FPI).
(La) Unión Obrera, 1916 (AHN-SGC).
Unión Obrera, Barcelona, 1921 (HM).
(La) Unión Periodística, 1923 (HM).
(La) Vanguardia de Madrid, 1915 (HM).
Vanguardia Mercantil, 1922-1924 (HM).
El Vendedor se defiende, 1916 (HM).
Vida Socialista, 1913-1914 (AHN-SGC).
(La) Voz del Empleado, 1917 (HM).
(La) Voz del Trabajo, 1915-1916 (HM).
(La) Voz Municipal, 1921-1923 (HM).
(La) Voz Patronal, 1922 (HM).

I.2.2. Anuarios, memorias de actividad, estadísticas y censos

Anuario Financiero y de valores mobiliarios [y de Sociedades anónimas de España desde 1918], Madrid, 1916-1924.
 ASOCIACION DE LA BANCA ESPAÑOLA DEL CENTRO DE ESPAÑA, Memoria... de los años 1923-1925, Madrid, 1925.
 AYUNTAMIENTO DE MADRID, Rectificación del Empadronamiento General de Habitantes, Madrid, 1898.
 --, Edificios y habitaciones existentes en la capital, según la estadística de viviendas de 1905, Madrid, 1907.
 --, Estadística de alquileres rectificada en abril de 1910, Madrid, 1910.
 --, Estadística de casas y habitaciones deducida del empadronamiento general [del año 1910], Madrid, 1912.
 --, Estadística demográfica. Resúmenes de los años 1901 a 1926, Madrid, 1926.
 --, Junta Local de Reformas Sociales, Estadística del trabajo. Anuarios de 1919-1924, Madrid, 1920-1926.
 --, Laboratorio Municipal, Resumen de los trabajos efectuados durante los años 1913 y 1914... [y ss. hasta 1922], Madrid, 1915-1923.
 BANCO HIPOTECARIO DE ESPAÑA, Memoria... sobre el ejercicio de... desde 1921 a 1923 Madrid, 1921-1924.
 BANCO HISPANO AMERICANO, Memoria... ejercicio social desde 1920 a 1923, Madrid, 1921-1924.
 CAMARA OFICIAL DE COMERCIO DE LA PROVINCIA DE MADRID, Memoria, luego Anuario-Memoria Comercial de la Provincia de Madrid (desde 1919) de 1916 a 1924,

Madrid, 1917-1925.

CAMARA OFICIAL DE LA INDUSTRIA DE LA PROVINCIA DE MADRID, Anuario Industrial de la Provincia de Madrid (desde 1917) y Memoria de los trabajos realizados... (desde 1912), luego refundidos como Memoria-Anuario Industrial de 1923-24 a 1925-1926, Madrid, 1913-1927.

Censo electoral para jurados obreros del tribunal industrial, Madrid, 1915, 2 vols..

CIRCULO DE LA UNION MERCANTIL E INDUSTRIAL, Memoria presentada... en 1916, 1919-1921 y 1923, Madrid, 1916-1923.

CONFEDERACION GREMIAL ESPAÑOLA, Memoria... desde la Asamblea de Santander (septiembre de 1921) a Madrid (noviembre de 1923), Madrid, 1923.

DEFENSA MERCANTIL PATRONAL, Memoria presentada... de su gestión..., de 1920 a 1921, Madrid, [1921-1922].

ESTUDIOS ECONOMICOS Y SOCIALES, Memoria correspondiente al año 1923-1924, Madrid, 1924.

FEDERACION GREMIAL ESPAÑOLA, Discurso-Memoria leído en la sesión inaugural de la Asamblea de Valencia, 5 de mayo de 1915, Madrid, [1915].

INSTITUTO NACIONAL DE ESTADISTICA, Principales actividades de la vida española en la primera mitad del siglo XX. Síntesis estadística, Madrid, 1962.

INSTITUTO DE REFORMAS SOCIALES, Estadística de la Asociación obrera en 1 de noviembre de 1904 formada por la Sección 3a. técnico-administrativa, Madrid, 1907.

--, Avance al Censo de asociaciones del Instituto, Madrid, 1915.

--, Estadística de los Accidentes del trabajo, desde 1914 a 1921, Madrid, 1915-1923.

--, Memoria general de la Inspección del Trabajo de 1914 a 1923, Madrid, 1915-1923.

--, Coste de la vida del obrero. Estudio estadístico-informativo de los precios de los artículos de primera necesidad durante los años 1909 a 1915, Madrid, 1916.

-- [y luego MINISTERIO DE TRABAJO, COMERCIO E INDUSTRIA], Estadística de las huelgas de 1912 a 1923, Madrid, 1916-1925.

--, Estadística de Asociaciones. Censo electoral de asociaciones profesionales ... en 30 de junio de 1916, Madrid, 1917.

--, Censo Electoral Social... en 3 de agosto de 1920, Madrid, 1920.

--, Estadística sobre asociaciones, Madrid, 1922.

--, Dirección General del Trabajo, Movimiento de los precios al por menor en España durante la guerra y la post-guerra 1914-1922, Madrid, 1923.

LA FORTUNA. S.A., Memoria del ... ejercicio social presentada a la Junta general ordinaria de Sres. Accionistas de los años 1904 a 1923, Madrid, 1905-1923.

MINISTERIO DE INSTRUCCION PUBLICA Y BELLAS ARTES. Dirección General del Instituto Geográfico y Estadístico, Estadística de la prensa periódica de España (Referida al 1o. de febrero del año 1920), Madrid, 1921.

--, Anuario Estadístico de España de 1915 a 1923-1924, Madrid, 1916-1925.

MINISTERIO DE TRABAJO, COMERCIO E INDUSTRIA, Estadística de los salarios y jornadas de trabajo referida al período 1914-1925, Madrid, 1927.

--, Dirección General de Estadística. Censo de la población de España... el 31 de diciembre de 1920, Madrid, 1922-1930, 6 vols.. Especialmente el vol. 5, "Resultados de la clasificación de los habitantes de España por su profesión", Madrid, 1929.

-- [Y PREVISION]. Dirección General de Trabajo, Estadística de salarios y jornadas de trabajo referida al período 1914-1930, Madrid, 1931.

I.2.3. Publicaciones de la época: libros, folletos, memorias y recuerdos

- AGUILERA Y ARJONA, Alberto, La hacienda del pueblo. Los Presupuestos para 1919, Madrid, 1918.
- , La municipalización del pan en Madrid, Madrid, 1919.
- ALTIMIRAS MEZQUITA, Huelgas y "lock-outs" en los diversos países. Estudio estadístico-comparativo, Madrid, 1923.
- ALVAREZ BUYLLA, Adolfo, La reforma social en España, Madrid, 1917.
- ALVAREZ SIERRA, José, Geografía médica de Chamartín de la Rosa, Madrid, 1933.
- ANDRADE, Juan, La burocracia reformista en el movimiento obrero, Madrid, 1932.
- ANGEL GALVAN, Eduardo, El momento de España en 1917, Madrid, 1917.
- ARAQUISTAIN QUEVEDO, Luis, Entre la guerra y la revolución (España en 1917), Madrid, 1917.
- , España en el crisol (Un Estado que se disuelve y un pueblo que renace), Barcelona, 1921.
- ARENZANA, Manuel, Libro del pan o reforma de la ganadería en Madrid, Madrid, 1849.
- ASOCIACION DE AGRICULTORES DE ESPAÑA, El problema de los trigos. Informe de la Asociación al Ministerio de Abastecimientos, Madrid, 1919.
- ASOCIACION GENERAL DE GANADEROS, El problema de las subsistencias, Madrid, 1910.
- ASOCIACION DE VECINOS DE MADRID, Proyecto de ley de reforma del contrato de arrendamiento de fincas urbanas, Madrid, [1919].
- AYUNTAMIENTO DE MADRID, Reglamento de los mercados de abasto, Madrid, 1904.
- , Ordenanzas municipales de la villa de Madrid, Madrid, 1909, Tercera edición.
- , Bases aprobadas... para la municipalización del servicio de abasto de carnes a Madrid, Madrid, 1912.
- , Disposiciones relativas a la elaboración y venta de pan y regulación de su precio, Madrid, 1913.
- , Dictamen de la Comisión investigadora del precio del pan, Madrid, 1914.
- , Proyecto de Oficina de Colocación y de Fondo del Pano del Ayuntamiento de Madrid, Madrid, 1914.
- , Proyecto de reforma del título VI de las Ordenanzas Municipales, Madrid, 1914.
- , Antecedentes relativos al estudio... del abasto de carnes a Madrid, Madrid, 1915.
- , Disposiciones de las Ordenanzas municipales de carácter general (edición popular gratuita), Madrid, 1915.
- , Informe que eleva... José del Prado y Palacio... referente al establecimiento de una fábrica de harinas..., Madrid, 1915.
- , Antecedentes relativos al estudio de la elaboración, venta y regulación del pan, Madrid, 1917.
- , Ensanche de las poblaciones. Disposiciones oficiales de carácter general relativas al Ensanche de Madrid, Madrid, 1917.
- , Reglamentos municipales, Madrid, 1917.
- , Dictamen de la comisión especial ... sobre solución del abastecimiento del pan en Madrid, Madrid, 1918.
- , Ordenanzas municipales de la villa de Madrid, Madrid, 1919, Cuarta Edición.
- , Reglamentos municipales. Apéndice Núm. 1.- 1917-1918 y 1919, Madrid, 1920.
- , Antecedentes relacionados con el problema de las carnes en Madrid, para determinar el régimen y organización de servicios en el nuevo Matadero, Madrid, 1922.
- , Antecedentes relacionados con la inspección de alimentos, Madrid, 1923.
- , Conferencia Nacional de la Edificación, extracto de las sesiones celebradas en la Academia de Jurisprudencia, los días 8, 9 y 12 de mayo de 1923. con motivo de la información abierta por el Ayuntamiento..., Madrid, 1923.
- , Información Municipal para la Conferencia Nacional de la Edificación..., Madrid, 1923.
- , Informe que la Comisión especial nombrada para estudiar la reorganización de la industria panera eleva a la Alcaldía Presidencia, Madrid, 1925.
- , Ordenanzas municipales de la Villa de Madrid, Quinta Edición, Madrid, 1925.
- , Reglamentos municipales. Apéndice Núm. 2.- 1920-21 y 22, Madrid, 1925.
- , Plan General de Extensión. Memoria, Madrid, 1926.

- , Reglamentos municipales. Apéndice Núm. 3.- 1923, 1924 y 1925, Madrid, 1927.
- , Información sobre la ciudad. Memoria, Madrid, 1929.
- , Catálogo de las publicaciones periódicas madrileñas existentes en la Hemeroteca Municipal de Madrid, 1661-1930, Madrid, 1933.
- BAJATIERRA, Mauro, Desde las barricadas. Una semana de revolución en España. Las jornadas de Madrid en agosto de 1917, Tortosa, 1918.
- BARATECH, Feliciano, Los Sindicatos Libres de España, su origen, su actuación, su ideario, Barcelona, 1927.
- BAREA, Arturo, La forja, Barcelona, Plaza y Janés, 1985 (orig. con los dos ss. de 1941-44 en inglés).
- , La ruta, Barcelona, Plaza y Janés, 1986.
- , La llama, Madrid, Turner, 1984.
- BAROJA, Pío, La busca, Madrid, 1991 (orig. de 1904).
- , Mala hierba, Madrid, 1974.
- , Aurora roja, Madrid, 1974.
- BERNALDO DE QUIROS, Constancio y LLANAS y AGUILANIEDO, José María, La mala vida en Madrid. Estudio psico-sociológico, Madrid, 1901.
- , El espartaquismo agrario andaluz, Madrid, 1974.
- BERNIS, Francisco, Consecuencias económicas de la guerra. Las Teorías y la enseñanza de los hechos desde 1914..., Madrid, 1923.
- , La capacidad de desarrollo de la economía española, Madrid, 1925.
- BESTEIRO, Julián, Conferencia sobre el problema de la vivienda y la acción municipal..., Madrid, 1920.
- BLANCO MARTINEZ, Emilio, El presupuesto de la villa de Madrid. Bases para la reorganización de su hacienda y mejora de los servicios municipales, [Madrid], 1906.
- BONET, Carlos, Hacia el Madrid que necesitamos, Madrid, 1932.
- , El problema del agua en Madrid, Madrid, 1935.
- , Historia del Ayuntamiento de Madrid, Madrid, 1936.
- BORDIU, José, Memoria sobre la mendicidad en Madrid, Madrid, 1924.
- BRAVO Y FRIAS, Juan, Mortalidad infantil en Madrid y medios para aminorarla, Madrid, 1927.
- BRAVO RAMIREZ, José y LEON PERALTA, Alberto, Escasez, carestía e higiene de la vivienda en Madrid. Medios al alcance de los Ayuntamientos, Madrid, 1926.
- BRUGUES, Casimiro, Química popular, Barcelona, 1905.
- BUENACASA, Manuel, El movimiento obrero español 1886-1926. Historia y crítica, Madrid, 1977 (orig. de 1928).
- BURGOS Y MAZO, Manuel, Vida política española. Páginas históricas de 1917, Madrid, 1917.
- , Para otras páginas históricas. El verano de 1919 en Gobernación, Madrid, 1921.
- BUXADE, J., España en crisis. La bullanga misteriosa de 1917, Barcelona, 1917.
- CAMARA OFICIAL DE COMERCIO DE LA PROVINCIA DE MADRID, El problema de los transportes terrestres, Madrid, 1917.
- , Información y conclusiones sobre la perturbación en el tráfico de ferrocarriles, elevadas al excmo. Sr. Ministro de Fomento, Madrid, 1918.
- CAMARA OFICIAL DE LA PROPIEDAD URBANA DE MADRID, El agua potable en Madrid, Madrid, 1912.
- CAMPO, José del, Historia de la imprenta en Madrid, Madrid, 1935.
- CAÑADA LOPEZ, Facundo, Madrid, sus tranvías. 1912. Guía y plano, Madrid, 1912.
- CASTRO, Carlos María de, Memoria descriptiva del Arterproyecto de Ensanche de Madrid, Madrid, 1860 (reed. como Plan Castro, con est. prelim. de A. BONET CORREA, Madrid, 1978).
- CASTROVIEJO, Armando y SANGRO Y ROS DE OLANO, Pedro, El trabajo a domicilio en España, Madrid, 1908.
- CEBALLOS TERESI, José G., Economía, finanzas, cambios. Historia económica, financiera y política de España en el siglo XX, Madrid, 1932, 7 vols..
- CENTRO DE HIJOS DE MADRID, Comunicación a los señores socios..., Madrid, 1919.

- CIERVA Y PEÑAFIEL, Juan de la, Los transportes ferroviarios, Madrid, 1915
- COMISION DE REFORMAS SOCIALES, Reformas Sociales. Información oral y escrita. I y II. Madrid, Madrid, 1985 (orig. de 1889-1893, con est. prelim. de S. CASTILLO).
- (IX) CONGRESO INTERNACIONAL DE HIGIENE Y DEMOGRAFIA (Madrid. 1898), Madrid: higiene, demografía, cultura... guía de la Villa y Corte de Madrid, Madrid, 1898.
- El conflicto de los Cuerpos de Comunicaciones y Hacienda (Historia de un atropello) 14-23 de marzo de 1918, Madrid, 1918.
- CORDERO, Manuel, Los socialistas y la revolución: temas de actualidad, Madrid, 1932.
- CRISTOBAL Y MAÑAS, Manuel, La Hacienda Municipal de la Villa de Madrid : estudio histórico-crítico, Madrid, 1900.
- CHICOTE, César, Alimentos y bebidas. Investigación de sus alteraciones y falsificaciones, Madrid, 1897 (reedic. del orig. de 1894).
- , La vivienda insalubre en Madrid. Memoria al alcalde vizconde de Eza, Madrid, 1914.
- , El pan de lujo y el pan alimenticio, Madrid, 1918.
- DIAZ DEL MORAL, Juan, Historia de las agitaciones campesinas andaluzas - Córdoba. (Antecedentes para una reforma agraria), Madrid, 1984 (4a. edic.; orig. de 1923-28).
- DOMINGO, Marcelino, ¿Renovación o revolución?. Historia política documentada de un período (junio a octubre de 1917)..., Barcelona, 1917.
- DOMINGUEZ RAMOS, Baltasar, El sindicalismo en la banca y la futura revolución social, Barcelona, 1923.
- DORADO, Facundo, Madrid, [Madrid], 1908.
- ESCRITORES REUNIDOS, España en llamas, Madrid, 193-.
- ESTUDIOS ECONOMICOS Y SOCIALES, El control obrero. Ideas, datos y conclusión, Madrid, 1923.
- EZA, Vizconde de [Luis Marichalar y Monreal], La tahona reguladora agrícola, Madrid, 1914.
- , El problema agrario en España, Madrid, 1915.
- , El problema económico en España, Madrid, 1916.
- , El señuelo de la socialización, Madrid, 1922.
- FABRA RIBAS, Antonio, Origen y carácter del movimiento laborista, Madrid, 1924.
- FARRE MOREGO, José María, Los atentados sociales en España, Madrid, 1922.
- FATAS Y MONTES, Luis, La mortalidad de niños en Madrid. Causas y remedio, Madrid, 1903.
- FERNANDEZ ALMAGRO, Melchor, Historia del reinado de Alfonso XIII, Barcelona, 1977 (orig. de 1933).
- FERNANDEZ DE LOS RIOS, Angel, El futuro Madrid, (introd. de A. BONET CORREA), Barcelona, 1989 (fács. del orig. de 1868).
- FERNANDEZ ESTEVAN, Jesús, Estudio sobre los motivos que determinaron la exaltación de Madrid a la capitalidad de España, [Madrid], 1932.
- FRAILE Y MARTIN DE LAS VENTAS, Manuel, El extrarradio de Madrid: estudio legal de sus construcciones, Madrid, 1929.
- FRANCOS RODRIGUEZ, José, Abastecimiento de subsistencias en Madrid: informe..., Madrid, 1910.
- , Memoria de la gestión del Excmo. Ayuntamiento de Madrid desde 1 de julio de 1909 a 30 de septiembre de 1911..., Madrid, 1912.
- , Las subsistencias. Carnes y demás alimentos..., Madrid, [s.a.: 1916?].
- , El delito sanitario, Madrid, 1920.
- GARCIA CEBALLOS, José F., El problema del pan en Madrid, Madrid, 1904.
- GARCIA CORTES, Mariano, Proposición presentada al Excmo. Ayuntamiento ... proponiendo diversas medidas para paliar los efectos de la crisis de la vivienda y de trabajo en Madrid, Madrid, 1922.
- , Proposición presentada..., proponiendo la municipalización del servicio de tranvías de Madrid, Madrid, 1922.
- , El Gobierno municipal. Antecedentes, observaciones y experiencias, Madrid, [1930?].
- , Madrid y su porvenir, Madrid, 1931.

- GARCIA FONT, Alfonso, Problema de los salarios en el trabajo a domicilio tratando de fijar un mínimo legal, Madrid, 1917.
- GARCIA QUEJIDO, Antonio, Antonio García Quejido y la Nueva Era: pensamiento socialista español a comienzos de siglo (M. PEREZ LEDESMA, ed.), Madrid, 1974.
- GARRIDO JUARISTI, Luis, Abastecimiento de Madrid en relación con el acuerdo municipal modificando el régimen de los mercados. Conferencia... el 29 de diciembre de 1918, Madrid, 1919.
- , El problema del pan en Madrid. Conferencia... el 25 de junio de 1920, Madrid, 1920.
- GOMEZ LATORRE, Matías, Del tiempo viejo (desde 1386--): El socialismo en España..., Madrid, 1918.
- GONZALEZ CASTRO, José, El trabajo de la mujer en la industria. Condiciones en que se efectúa y sus consecuencias en el porvenir de la raza. Medidas de protección necesarias, Madrid, 1914.
- , Medios para hacer más productivo el trabajo de la mujer para que, sin detrimento de su salud, pueda atender las necesidades primordiales de su existencia, Madrid, 1915.
- , La obrera de la aguja. Contribución al estudio de la higiene y mejoramiento social de la misma, Madrid, 1921.
- GONZALEZ-ROTHVOSS, Mariano, Anuario Español de Política Social, Madrid, 1934-35.
- HAUSER, Philip, Madrid bajo el punto de vista médico-social, Madrid, 1979, 2 vols. (ed. de Carmen DEL MORAL del orig. de 1902).
- HERNANDEZ MIR, La vida cara. El problema de los alquileres, Madrid, 1919.
- La huelga general, por un carpintero jubilado, [s. l., s.a.].
- HUERTA, José Félix, El contrato de arrendamiento de fincas urbanas: legislación vigente sobre alquileres, Madrid, 1925.
- IGLESIAS, Pablo, Las organizaciones de resistencia, Madrid, [192-], 2a. ed..
- , Escritos 1. Reformismo social y lucha de clases y otros textos (S. CASTILLO y M. PEREZ LEDESMA, ed.), Madrid, 1976.
- , Escritos 2. El Socialismo en España: escritos en prensa socialista y liberal (1870-1925) (L. ARRANZ, M. CABRERA, A. ELORZA, L. MEIJIDE y J. MUÑAGORRI, eds.), Madrid, Ayuso, 1976.
- INSTITUTO DE REFORMAS SOCIALES, Legislación del trabajo. Legislación-proyectos de reforma de 1905 a 1923, Madrid, 1911-1923, 19 vols..
- , Preparación de un proyecto de ley referente a la obligación de proporcionar asientos a las mujeres empleadas en tiendas y almacenes, Madrid, 1911.
- , Información acerca de la jornada de trabajo de la dependencia mercantil, Madrid, 1912.
- , Información acerca de las condiciones del trabajo en la panadería, Madrid, 1912.
- , Preparación de un proyecto de ley regulando la jornada de trabajo de las personas empleadas en los establecimientos mercantiles, Madrid, 1913.
- , Resumen de las informaciones de los inspectores del trabajo acerca de las consecuencias sufridas por las industrias en España con motivo del actual estado de guerra, Madrid, 1914.
- , Informes de los inspectores del trabajo sobre la influencia de la guerra europea en las industrias españolas (1915), Madrid, 1916.
- , Legislación sobre descanso dominical, Madrid, 1917.
- , Real Decreto de 10 de agosto de 1916 y Reglamento para su ejecución de 23 de marzo de 1917 referentes a la obligación de las empresas o compañías concesionarias de servicios públicos de reconocer la personalidad de las asociaciones que legalmente constituyan sus empleados y obreros, Madrid, 1917.
- , Ley de 4 de julio de 1918 reguladora de la jornada de la dependencia mercantil y reglamento provisional para su aplicación, aprobado por Real Decreto de 16 de octubre de 1918, Madrid, 1918.
- , Preparación de un proyecto de ley sobre el trabajo a domicilio, Madrid, 1918.
- , Informes de los inspectores del trabajo sobre la influencia de la guerra europea en las industrias españolas (1917-1918), Madrid, 1918-1919, 2 vols..

- , Información relativa al proyecto sobre sindicación obligatoria (Real Orden de 16 de enero de 1919), Madrid, 1921.
- , Antecedentes y ponencias relativas a la crisis de la edificación, Madrid, 1922.
- , Las huelgas de ferroviarios españoles: septiembre de 1921-agosto de 1922, Madrid, 1922.
- , Lock-out y huelga general del ramo de la madera en Madrid (julio-diciembre de 1922), Madrid, 1923.
- , Historial de las huelgas de empleados y dependientes de Banca y Bolsa, 1921-1923, Madrid, 1923.
- JUANOLA SAGOLS, Alejandro, El "Metro" de la República. Solución del paro forzoso en Madrid, Madrid, 1931.
- JUDERIAS Y LOYOT, Julián, Los hombres inferiores. Estudios acerca del pauperismo en los grandes centros de población, Madrid, [1909].
- LADERA, Fechas de sangre. Dos semanas de anarquía en España, Madrid, 1917.
- LARGO CABALLERO, Francisco, Presente y futuro de la Unión General de Trabajadores de España, Madrid, 1925.
- , Mis recuerdos: cartas a un amigo, México, 1954.
- LASBENNES JAUREGUI, Luis, Mortalidad de Madrid, comparada con la de las demás capitales de Europa. Sus causas y reformas administrativas que podrían contribuir a su disminución, Madrid, 1912.
- , La viruela en Madrid en 1913, Madrid, 1914.
- LOPEZ BAEZA, Antonio y CANO SANZ, Manuel, Acción municipal en materia de abastos, Madrid, 1927.
- y --, Proyectos para el abaratamiento de subsistencias, bien por medio de cooperativas de consumo o por otra solución, Madrid, 1927.
- y --, Bases en que debe descansar la política de abastos en nuestra ciudad, Madrid, 1932.
- LOPEZ-HERMOSO, Antonio y CANO SANZ, Manuel, Política de abastos en Madrid y soluciones a este problema, Madrid, 1923.
- LOPEZ SALLABERRY, José y ANDRES OCTAVIO, Francisco, Mejoras en el interior de Madrid: proyecto de saneamiento parcial denominado reforma de la prolongación de la calle de Preciados y enlace de la plaza de Callao con la calle de Alcalá, Madrid, 1907 (2a. edic.).
- LORENZO, Anselmo, El proletariado militante (prol. y not. de J. ALVAREZ JUNCO), Madrid, 1974 (orig. de 1901-1923).
- LORIGA, G., La questione del pane, Milano, 1915.
- LOZA Y COLLADO, Emilio, El servicio de agua en Madrid: estudiado en su aspecto higiénico-administrativo, Madrid, 1903.
- LLANEZA, Manuel, Escritos y discursos, Oviedo, 1985.
- LLURIA, Enrique, La máquina contra el obrero en el régimen capitalista: conferencia..., Madrid, 1906.
- , La máquina a favor de la humanidad según las leyes naturales: conferencia..., Madrid, 1906.
- Madrid, 31 de mayo de 1906, [Madrid], 1906.
- MARVAUD, Angel, La cuestión social en España, Madrid, 1975 (orig. de 1910).
- MAURA GAMAZO, Gabriel y FERNANDEZ ALMAGRO, Melchor, Por qué cayó Alfonso XIII, Madrid, 1948.
- MELGOSA OLAECHEA, Miguel, Los consumos en Madrid, Madrid, 1892.
- , Las subsistencias en Madrid. Bosquejo acerca de este tema, Madrid, 1912.
- MIGUEL ESCUDERO, Pedro [y ASOCIACION DE AGRICULTORES DE ESPAÑA], El problema del pan en Madrid, Madrid, 1909.
- MINISTERIO DE FOMENTO, Memoria acerca del estado de la industria en la provincia de Madrid en el año 1905, Madrid, 1907.
- . Comisaría General de Subsistencias, Datos de producción, consumo y precio de los principales artículos, obtenidos o recopilados por el Comité Informativo de Producciones Agrícolas en junio de 1920, Madrid, 1920.
- MINISTERIO DE TRAAJO. Dirección General de Trabajo, Trabajo nocturno en la industria panadera, Madrid, 1940.

- MONTALDO Y PERO, Federico, Barrios y casas para obreros, Madrid, 1905.
- MORA, Francisco, Historia del Socialismo Obrero Español: desde sus primeras manifestaciones hasta nuestros días, Madrid, 1902.
- MORATO, Juan José, Notas para la historia de los modos de producción en España, Madrid, 1897.
- , "La vida obrera en Madrid", Madrid, 1903, pp. 540-549 (Separata de Nuestro Tiempo, 28, iv-1903).
- , Pablo Iglesias Posse: educador de muchedumbres, Madrid, 1931.
- , Líderes del movimiento obrero español: 1868-1921 (V. M. ARBELOA, sel. y not.), Madrid, 1972.
- , La cuna de un gigante. Historia de la Asociación General del Arte de Imprimir, (est. prelim. de S. CASTILLO), Madrid, 1984 (orig. de 1925).
- NUÑEZ GRANES, Pedro, Proyecto para la urbanización del extrarradio de dicha villa, Madrid, 1910 (Dos edics. diferentes).
- , Proyecto de prolongación del Paseo de la Castellana, Madrid, 1917.
- , El problema de la urbanización del extrarradio de dicha villa desde los puntos de vista técnico, económico, administrativo y legal, Madrid, 1920.
- , La extensión general de Madrid desde los puntos de vista técnico, económico, administrativo y legal..., Madrid, 1924.
- ORTEGA Y BALLESTEROS, Enrique, Fundamentos para mejorar la salubridad de Madrid desde los puntos de vista técnico, sanitario, higiénico, económico y legal, Madrid, 1926.
- ORTEGA PEREZ, Julio, Por qué Madrid no es la capital más sana de Europa, [Madrid], 1935.
- OSSORIO Y GALLARDO, Angel, Mis memorias, Madrid, 1975.
- "Pan" (voz), en la Enciclopedia Universal Ilustrada Euro-Americana Espasa-Calpe, Madrid, 1988 (orig. de 1920), tomo XLI, pp. 604-632.
- PARIS EGUILAZ, H., El movimiento de precios en España, Madrid, 1943.
- PAZ MAROTO, José, El Madrid futuro: medios para propulsar el desarrollo de Madrid y de garantizar su existencia futura en el rango de gran capital europea, Madrid, 1931.
- PEÑASCO DE LA PUENTE, Hilario y CAMBRONERO, Carlos, Las calles de Madrid. Noticias, tradiciones y curiosidades, Madrid, [1889].
- PLA, Josep, Madrid, 1921. Un dietario, Madrid, 1986.
- , Madrid. El advenimiento de la República, Madrid, 1986.
- PRADO Y PALACIO, José, Exposición que eleva al Gobierno... en solicitud de que se le conceda al Ayuntamiento de la Capital de España una subvención indispensable a su vida y a su decoro, Madrid, 1915.
- , Cuatro meses de gestión municipal, Madrid, 1917.
- PRAST Y RODRIGUEZ DE LLANO, Carlos, Moción presentada... proponiendo se interese del Excmo. Sr. Ministro de Fomento la rebaja en las tarifas de transporte de ferrocarril, para esta capital, de los artículos de primera necesidad..., [Madrid?], 1914.
- RAHOLA, Federico, Aspectos económicos de la Gran Guerra, Barcelona, 1917.
- RAMOS OLIVEIRA, Antonio, El capitalismo español al desnudo, Madrid, 1935.
- REPIDE, Pedro de, Las calles de Madrid, Madrid, 1971, (orig. de 1921-25; Federico ROMERO, prol. y comp.).
- REVENGA, Ricardo, La muerte en Madrid, Madrid, 1901.
- REVISTA DE LOS TRIBUNALES, Arrendamiento de fincas urbanas. Decreto de 29 de diciembre de 1931. Legislación complementaria, Madrid, 1936.
- REVUELTO SANZ y PEREZ AMIGORENA: Inquilinos y propietarios, Madrid, 1921 (2a. edic.).
- RODRIGUEZ FERNANDEZ, Manuel, Disposiciones para proporcionar abasto y baratura de pan en Madrid y en las ciudades principales del Reyno, Madrid, 1816.
- ROMANO, Julio y MONTERO, José, El incendio de los conventos: dos días de sangre y fuego. Crónica de la Revolución, [s.l.: Madrid?], 1931.
- ROMANONES, Conde de, Notas de una vida (1912-1931), Madrid, 1947.
- ROMERO, Domingo, Contribución al estudio del problema de la vivienda en Madrid, [Madrid], 1935.

- ROSAL DIAZ, Amaro del, Historia del movimiento sindical bancario: 1920-1932, Madrid, 1933.
- RUIZ JIMENEZ, Joaquín, Instancia... regularizando el servicio de abasto de carnes de Madrid, Madrid, 1912.
- [y Real Academia de Ciencias Morales y Políticas], Nacionalización y municipalización de servicios colectivos. Discurso leído el día 18 de diciembre de 1921..., Madrid, 1921.
- , Preteritos y presentes (Trabajos varios.- De mi archivo), Madrid, 1925.
- SABORIT, Andrés, La huelga de agosto de 1917: (Apuntes históricos), México, 1967.
- SAIZ, José, Comparación entre el coste de la vida en Madrid, París y Berlín, Madrid, 1934.
- SANCHEZ DE TOCA, Joaquín, Instancia... con las bases para formar una cooperativa de abasto de carnes, Madrid, 1912.
- SERRANO FATIGATI, Enrique, Alimentos adulterados y defunciones. Apuntes para el estudio de la vida obrera en España, Madrid, 1883.
- SOCIEDADES DE OBREROS PANADEROS DE MADRID, ... al pueblo de Madrid. Ciudadanos:...[etc.], [Madrid, 1919].
- SOLDEVILLA, Fernando, Tres revoluciones: Las Juntas de Defensa, la Asamblea parlamentaria, la huelga general, Madrid, 1917.
- , El año político [1917-1924], Madrid, 1918-1924.
- SORIA Y MATA, Arturo, Reorganización de la Compañía Madrileña de Urbanización y engrandecimiento de la Ciudad Lineal, [Madrid], 1919.
- et al., Arturo Soria y la Ciudad Lineal, Madrid, 1968 (George R. COLLINS y Carlos FLORES, dir. y not.; orig. de 1882-1920).
- UBEDA Y CORREAL, José, Medios de disminuir la mortalidad en Madrid, Madrid, 1900.
- UNION GENERAL DE TRABAJADORES, Estatutos de la Unión General de Trabajadores fundada en agosto de 1888, Madrid, 1914.
- , Estatutos de la Unión General de Trabajadores fundada en agosto de 1888, Madrid, 1918.
- , Memoria y orden del día del XIV Congreso Ordinario que se celebrará en Madrid los días 26 y ss. de junio de 1920, Madrid, 1920.
- , Estatutos de la Unión General de Trabajadores reformados en el XIV Congreso, celebrado en Madrid durante los días 26 de junio al 4 de julio de 1920, [Madrid], [1920].
- , Memoria y orden del día del XV Congreso Ordinario que se celebrará en Madrid los días 18 y ss. de noviembre de 1922, Madrid, 1922.
- [VELA, León y RODRIGUEZ, Leoncio], La cuestión de las subsistencias y los problemas monetario y financiero en España, Madrid, 1898.
- VELASCO ZAZO, Antonio, El Madrid de Alfonso XIII :memorias, [Madrid], 1918 (2a. edic. aument., orig. de 1917).
- , El progreso de Madrid: estudio, [Madrid], 1930.
- , Memorial de los alcaldes, Madrid, 1944.
- , Las tiendas humildes, Madrid, 1946.
- VINCENTI REGUERO, Eduardo, Reformas más convenientes sobre el mejoramiento de la clase obrera, Pontevedra, 1884.
- , La caridad en Madrid. Guía de los establecimientos benéficos oficiales y privados, Madrid, 1906.
- , El libro de los alcaldes, 1906.
- VVAA., La huelga de agosto en el Parlamento. Acción de la minoría socialista. Discursos..., Madrid, 1918.
- , Los sucesos de agosto ante el Parlamento, Madrid, 1918.
- ZUAZO, Secundino y JANSEN, Herman, Anteproyecto del trazado viario y urbanización de Madrid Zuazo-Jansen, 1929-1930, Madrid, 1986 (est. prelim. de Lilia MAURE).

II. FUENTES SECUNDARIAS

II. 1. LIBROS

- ABAD DE SANTILLAN, Diego, Historia del movimiento obrero español, Madrid, 1967.
- AGULLO Y COBO, Mercedes (dir.), Cartografía madrileña (1635-1982), Madrid, 1982.
- ALARCON CARACUEL, Manuel R., El derecho de asociación obrera en España (1839-1900), Madrid, 1975.
- ALCAZAR, Joan del, Temps d'avalots al País Valencià (1914-1923), Valencia, 1989.
- ALDEA VAQUERO, Quintín, J. GARCIA GRANDA y J. MARTIN TEJEDOR, Iglesia y sociedad en la España del siglo XX. Catolicismo social (1909-1940), Madrid, 1987.
- ALONSO PEREIRA, José Ramón, Madrid, 1898-1930. De Corte a Metrópoli, Madrid, 1985.
- ALVAREZ JUNCO, José, Los movimientos obreros en el Madrid del siglo XIX, Ciclo de Conferencias sobre Madrid en el siglo XIX, Madrid, 1981.
- , Periodismo y política en el Madrid de fin de siglo: el primer lerrouxismo, Ciclo de Conferencias sobre Madrid en el siglo XIX, Madrid, 1983.
- (comp.), Populismo, caudillaje y modernización, Madrid, 1987.
- , El Emperador del Paralelo. Lerroux y la demagogia populista, Madrid, 1990.
- , La ideología política del anarquismo español (1868-1910), Madrid, 1991 (Nueva Edición).
- ALVAREZ MORA, Alfonso, Madrid, las transformaciones del centro ciudad en el modo de producción capitalista, Madrid, 1979.
- ALVAREZ-SIERRA, José, El doctor don César Chicote y el Laboratorio Municipal, [Madrid], 1969.
- ANDERSON, Perry, Teoría, política e historia. Un debate con E. P. Thompson, Madrid, 1985.
- ANDRES-GALLEGO, José, El socialismo durante la Dictadura 1923-1930, Madrid, 1977.
- , Pensamiento y acción social de la Iglesia en España, Madrid, 1984.
- (dir.), Historia general de España y América. Revolución y Restauración (1868-1931), vol. XVI (1-2), Madrid, 1982.
- ANES, Gonzalo, Las disposiciones legales sobre comercio interior y exterior: el abastecimiento de Madrid durante la primera mitad del siglo XIX, Madrid, Ciclo de Conferencias sobre Madrid en el siglo XIX, 1982.
- ARBELOA, Víctor Manuel, Socialismo y anticlericalismo, Madrid, 1973.
- , Las Casas del Pueblo, Madrid, 1977.
- y AISA, Javier, Historia de la Unión General de Trabajadores (UGT), Bilbao, [1975].
- ARDIT, Manuel, Revolución liberal y revuelta campesina, Barcelona, 1977.
- AROSTEGUI, Julio (ed.), Violencia y política en España, Ayer, 13, 1994.
- ARRANZ NOTARIO, Luis, La ruptura del PSOE en la crisis de la Restauración. El peso del octubre ruso, Tesis Doctoral, Universidad Complutense de Madrid, 1986.
- ARTOLA, Miguel, Partidos y programas políticos 1808-1936, Madrid, 1974-75, 2 vols..
- (dir.), Los ferrocarriles en España 1844-1943, Madrid, 1978, 2 vols..
- AYUNTAMIENTO DE MADRID, Notas sobre el transporte y el crecimiento de Madrid (1850-1980), Madrid, 1981.
- . Area de Urbanismo e Infraestructuras, Madrid, urbanismo y gestión municipal, 1920-1940 (C. SAMBRICIO y L. MAURE RUBIO, text.), Madrid, 1984.
- BAHAMONDE, Angel, El horizonte económico de la burguesía isabelina. Madrid, 1856-1866, Madrid, Tesis doctoral reprogr., 1981.
- (coord.), La época del imperialismo, vol. XI de la Historia Universal Planeta (J. FONTANA, dir.), Barcelona, Planeta, 1992.
- y OTERO, Luis Enrique (eds.), Madrid en la sociedad del siglo XIX, Madrid, 1986, 2 vols..
- y -- (eds.), La sociedad madrileña durante la Restauración. 1876-1931, Madrid, 1989, 2 vols..
- y TORO, Julián, Burguesía, especulación y cuestión social en el Madrid del siglo XIX, Madrid, 1978.
- , -- y Fernando del REY REGUILLO, La Cámara de Comercio e Industria de Madrid (1887-1987). Historia de una institución centenaria, Madrid, 1989.

- , -- y --, Las comunicaciones en la construcción del Estado contemporáneo en España : 1700-1936. El Correo, el telégrafo y el teléfono, Madrid, 1993.
- BALCELLS, Albert, El sindicalismo en Barcelona (1916-1923), Barcelona, 1965.
- , Cataluña Contemporánea. II (1900-1936), Madrid, 1974.
- , Trabajo industrial y organización obrera en la Cataluña contemporánea (1900-1936), Barcelona, 1974.
- , (dir.), Teoría y práctica del movimiento obrero en España (1900-1936), Valencia, 1977.
- BALLBE, Manuel, Orden público y militarismo en la España constitucional (1812-1933), Madrid, 1983.
- BAR CENDON, Antonio, La CNT en los años rojos (Del sindicalismo revolucionario al anarcosindicalismo, 1910-1926), Madrid, 1981.
- BARRACLOUGH, Geoffrey, Introducción a la Historia Contemporánea, Madrid, 1980 (5a. reimpr.).
- BARRAGAN MORIANA, Antonio, Conflictividad social y desarticulación política en la provincia de Córdoba, 1918-1920, Córdoba, 1990.
- BARREIRO PEREIRA, Paloma, Casas baratas. La vivienda social en Madrid 1900-1939, Madrid, 1991.
- BARRIO ALONSO, Angeles, Anarquismo y anarcosindicalismo en Asturias (1890-1936), Madrid, 1988.
- BARRON, José Ignacio, Historia del socialismo en Cantabria: (Los orígenes 1887-1905), Santander, 1987.
- BARTOLOME MARCOS, Luis et al., Historia de Vicálvaro, Madrid, 1987.
- BEN-AMI, Shlomo, La dictadura de Primo de Rivera 1923-1930, Barcelona, 1984 (en orig. "Fascism from above").
- BENET, Josep y MARTI, Casimir, Barcelona a mitjan segle XIX. El moviment obrer durant el Bienni Progressista, Barcelona, 1976, 2 vols..
- BENGOCHEA ECHAONDO, Soledad, Patronal catalana, corporativismo y crisis política, 1898-1923, Tesis Doctoral, Universidad Autónoma de Barcelona, 1991.
- BERG, Maxine, La era de las manufacturas, 1700-1820. Una nueva historia de la Revolución industrial británica, Barcelona, 1987.
- BERGER, Suzanne (comp.), La organización de los grupos de interés en Europa occidental, Madrid, 1988.
- BERNAL, Antonio Miguel, La propiedad de la tierra y las luchas agrarias andaluzas, Barcelona, 1974.
- , La lucha por la tierra en la crisis del Antiguo Régimen, Madrid, 1979.
- BIESCAS FERRER, José Antonio, El proceso de industrialización en la región aragonesa en el período 1900-1920, Zaragoza, 1985.
- BIGLINO CAMPOS, Paloma, El socialismo español y la cuestión agraria (1890-1936), Madrid, 1986.
- BIZCARRONDO, Marta, Araquistain y la crisis socialista en la II República. Leviatán (1934-1936), Madrid, 1975.
- BLAS GUERRERO, Andrés de, El socialismo radical en la II República, Madrid, 1978.
- BOOKCHIN, Murray, Los anarquistas españoles. Los años heroicos (1868-1936), Barcelona, 1980.
- BONAMUSA, Francesc (ed.), Ayer. La huelga general, 4, 1991.
- BOYD, Carolyn P., La política pretoriana en el reinado de Alfonso XIII, Madrid, 1990.
- BRANDIS, Dolores, El paisaje residencial en Madrid, [Madrid], 1983.
- BRAVO MORATA, Federico, Historia de Madrid, Madrid, 1986 (Nueva edición, orig. de 1966), vols. 3 y 4.
- BRENAN, Gerald, El laberinto español. Antecedentes sociales y políticos de la guerra civil, Barcelona, 1977 (Nueva Edición, orig. de 1962).
- BRITO, Oswaldo, Historia del Movimiento Obrero Canario, Madrid, 1980.
- BUSTELO, Francisco, Población española y población madrileña en el siglo XIX, Ciclo de Conferencias sobre Madrid en el siglo XIX, Madrid, 1983.
- CABEZAS, J. A., Diccionario de Madrid, Madrid, 1963.
- CABRERA, Mercedes, La patronal ante la II República. Organizaciones y estrategia (1931-1936),

- Madrid, 1983.
- CALERO, Antonio Marfa, Historia del movimiento obrero en Granada (1909-1923), Madrid, 1973.
- , Movimientos sociales en Andalucía (1820-1936), Madrid, 1976.
- CALLE, Marfa Dolores de la, La Comisión de Reformas Sociales (1883-1903). Política social y conflictos de intereses en la España de la Restauración, Madrid, 1989.
- CALLE RODRIGUEZ, Adoración, La cestería, Madrid. (Oficios Tradicionales de Madrid), 1982.
- CANOSA ZAMORA, Elia et al., Historia de Chamberí, Madrid, 1988.
- CAPEL MARTINEZ, Rosa Marfa, El trabajo y la educación de la mujer en España (1900-1930), Madrid, 1982.
- CAPELLA, Miguel, La industria en Madrid. Ensayo histórico-crítico de la fabricación y artesanía madrileña, Madrid, 1962-63, 2 vols..
- CARDONA, Gabriel, El poder militar en la España contemporánea hasta la Guerra Civil, Madrid, 1983.
- CARNERO ARBAT, Teresa (ed.), Modernización, desarrollo político y cambio social, Madrid, 1992.
- CARO CANCELA, D., Republicanismo y movimiento obrero. Trebujena (1914-1936). Cádiz, 1991.
- CARR, Raymond, España 1808-1939, Barcelona, 1969.
- , España: de la Restauración a la democracia, 1875-1980, Barcelona, 1983.
- CARR, Stephen, Industry and Society. Barcelona 1914-1923, Tesis Doctoral, Universidad de Oxford, 1979.
- CASANOVA, Julián, La historia social y los historiadores. ¿Centenaria o princesa?, Barcelona, 1991.
- CASASSAS YMBERT, Jordi, La dictadura de Primo de Rivera, 1923-1930, Barcelona, 1983.
- CASTELLS, Luis, Modernización y dinámica política en la sociedad guipuzcoana de la Restauración, 1876-1915, Madrid, 1987.
- , Los trabajadores en el País Vasco (1876-1923), Madrid, 1993.
- CASTELLS, Manuel, Ciudad, democracia y socialismo. La experiencia de las Asociaciones de vecinos en Madrid, Madrid, S.XXI, 1977.
- CASTILLO, Juan José, El sindicalismo amarillo en España. Aportación al estudio del catolicismo social español (1912-1923), Madrid, 1977.
- , Propietarios muy pobres. Sobre la subordinación política del pequeño campesino en España (la Confederación Nacional Católico Agraria, 1917-1942), Madrid, 1979.
- CASTILLO, Santiago, Historia del socialismo español 1. (1870-1909), (dir. por Manuel TUÑÓN DE LARA en 5 vols.), Barcelona, 1989.
- (coord.), La Historia Social en España. Actualidad y perspectivas, Madrid, 1991.
- et al., Historia del socialismo en Aragón. PSOE-UGT (1897-1936), Zaragoza, 1979.
- et -- (coord.), Estudios de Historia de España: homenaje a Manuel Tuñón de Lara, Madrid, 1981, 3 vols..
- y OTERO CARVAJAL, Luis Enrique (eds.), Prensa obrera en Madrid 1855-1936, Madrid, 1987.
- CASTIÑEIRAS MUÑOZ, Jaime y DOMINGUEZ-MARTIN SANCHEZ, Javier, Un siglo de lucha obrera en España, Bilbao, 1971.
- CASTRO, Concepción de, El pan de Madrid. El abasto de las ciudades españolas del Antiguo Régimen, Madrid, 1987.
- CASTRO DE ISIDRO, Fernando, La crisis del marxismo en España, 1899-1917, Tesis Doctoral, Universidad de Alcalá de Henares, 1988.
- CELIS, Jacqueline B. de, Los grupos de presión en las democracias contemporáneas (Gran Bretaña, Francia y Estados Unidos de América), Madrid, 1963.
- "Centenario del P.S.O.E.", Número monográfico de Estudios de Historia Social, 8-9, i-vi-1979.
- CEPEDA ADAN, José, Los movimientos estudiantiles: 1900-1936, Ciclo de Conferencias sobre Madrid en el primer tercio del siglo XX, Madrid, 1985.
- CERDA, Manuel, Els moviments socials al País Valencià, Valencia, 1981.
- COLE, G.D.H., Historia del pensamiento socialista. 3. La II Internacional, 1889-1914, México, 1974.
- COLEGIO OFICIAL DE ARQUITECTOS, Cartografía básica de la ciudad de Madrid. Planos históricos, topográficos y parcelarios de los siglos XVII, XVIII, XIX y XX, Madrid, 1979.

- COMIN COLOMER, Eduardo, Historia del anarquismo español (1836-1948), Madrid, [s.a.].
- , Un año turbio: 1917, Madrid, 1953.
- , El anarquismo contra España (De la Mano Negra a la huelga de "La Canadiense"), Madrid, 1959.
- , Historia del Partido Comunista de España, vol. I, Madrid, 1967.
- , 1922, un año "oscuro", Madrid, 1972.
- CONNELLY ULLMAN, Joan, La Semana Trágica. Estudio sobre las causas socioeconómicas del anticlericalismo en España (1898-1912), Barcelona, 1972.
- CONTRERAS, Manuel, El PSOE en la II República: organización e ideología, Madrid, 1981.
- COPLACO, El crecimiento histórico del Área Metropolitana de Madrid, Madrid, 1981, 2 vols..
- CORIAT, Benjamin, El taller y el cronómetro. Ensayo sobre el taylorismo, el fordismo y la producción en masa, Madrid, S.XXI, 1991 (7a. edic.).
- Corporatismo, Revista Española de Investigaciones Sociológicas, 31, vii-ix-1985
- CORRAL, José del, Historias y estampas de la Gran Vía, Ciclo de Conferencias sobre Madrid en el primer tercio del siglo XX, Madrid, 1985.
- CUADRAT, Xavier, Socialismo y anarquismo en Cataluña (1899-1911). Los orígenes de la CNT, Madrid, 1976.
- CUESTA BUSTILLO, Josefina, Sindicalismo católico agrario en España (1917-1919), Madrid, 1978.
- , Hacia los seguros sociales obligatorios. La crisis de la Restauración, Madrid, 1989.
- CULLA I CLARA, Joan B., El republicanisme lerrouxista a Catalunya (1901-1923), Barcelona, 1986.
- CHUECA GOITIA, Fernando, El semblante de Madrid, Madrid, 1951.
- , Madrid, ciudad con vocación de capital, La Coruña, 1974.
- DAHRENDORF, Ralph, Las clases sociales y su conflicto en la sociedad industrial, Madrid, 1962.
- DESVOIS, Jean-Michel, La prensa en España (1900-1931), Madrid, 1977.
- DIAZ PLAJA, Fernando, España, los años decisivos, 1917, Barcelona, 1970.
- DIEZ DE BALDEON, Alicia y LOPEZ MARSA, Flora, Historia de Chamartín de la Rosa, Madrid, 1985.
- , Historia de Ciudad Lineal, Madrid, 1986.
- , Historia de Tetuán, Madrid, 1987.
- DIEZ DE BALDEON, Clementina, Arquitectura y clases sociales en el Madrid del siglo XIX, Madrid, 1986.
- DIPUTACION PROVINCIAL DE MADRID, Primeras Jornadas de Estudios sobre la provincia de Madrid, Madrid, 1980.
- , Segundas Jornadas de Estudios sobre la provincia de Madrid, Madrid, 1981.
- DOMINGUEZ ORTIZ, A. (dir.), Historia de España, vol. 11: Alfonso XIII y la Segunda República (1902-1939), Barcelona, 1991.
- DROZ, Jacques (dir.), Historia general del socialismo. 2. De 1875 a 1918, Barcelona, 1985, 2 vols..
- DUNLOP, John T. y GALENSON, Walter, El trabajo en el siglo XX, Madrid, 1985.
- EDWARDS, Paul K., Las huelgas en Estados Unidos, 1881-1974, Madrid, 1987.
- ELORZA, Antonio, La utopía anarquista bajo la Segunda República, Madrid, 1973.
- , Contexto histórico de la formación del PCE, Madrid, 1980.
- , Constantes y renovación en el movimiento obrero socialista madrileño (1908-1920), Madrid, "Ciclo de Conferencias sobre Madrid en el primer tercio del siglo XX", 1984.
- , La modernización política en España. Ensayos de historia del pensamiento político, Madrid, 1990.
- e IGLESIAS, María del Carmen (dir.), Burgueses y proletarios. Clase obrera y reforma social en la Restauración (1884-1889), Barcelona, 1973.
- Empresarios, sindicatos y marco institucional: monográfico de Papeles de Economía Española, 22, 1985.
- ERICE, Francisco, La burguesía industrial asturiana, 1885-1920, Gijón, 1980.
- ESCOBAR SOBRINO, Hipólito, Editores madrileños a principios de siglo, Ciclo de Conferencias sobre Madrid en el primer tercio del siglo XX, Madrid, 1984.
- , Editores madrileños a principios de siglo, Madrid, 1985.
- ESTRUCH, Joan, Historia del PCE, Barcelona, vol. I, 1978.
- Estudios de Historia Social, La Sociabilidad en la España Contemporánea, Núm. monográf., 50-51,

1989.

- FANES, Félix, La vaga de tramvies del 1951. Una crònica de Barcelona, Barcelona, 1977.
- FERNANDEZ GARCIA, Antonio, El abastecimiento de Madrid en el reinado de Isabel II, Madrid, 1971.
- , Epidemias y sociedad en Madrid, Barcelona, 1985.
- (dir.), Historia de Madrid, Madrid, 1993.
- FERNANDEZ HIDALGO, María del Carmen y GARCIA RUIPEREZ, Mariano, Los pósitos municipales y su documentación, Madrid, 1989.
- FERNANDEZ MONTES, Matilde y ORTIZ GARCIA, Carmen, La hojalatería y la tonelería: dos oficios tradicionales en Madrid, Madrid, 1980.
- FLAQUER MONTEQUI, Rafael, La clase obrera madrileña y la I Internacional (un análisis de prensa), 1868-1874, Madrid, 1977.
- FOESSA, Fundación, Informe sociológico sobre la situación social de Madrid, (dir.: J. RODRIGUEZ OSUNA), Madrid, 1967.
- , Informe sobre la estructura social de la provincia de Madrid, Madrid, 1972.
- FOLGUERA, Pilar, Vida cotidiana en Madrid. El primer tercio de siglo a través de las fuentes orales, Madrid, 1987.
- FONTANA LAZARO, Josep, La Hacienda en la historia de España (1700-1931), Madrid, 1980.
- , La historia después del fin de la historia. Reflexiones acerca de la situación actual de la ciencia histórica, Barcelona, 1992.
- et al., Política i economia a la Catalunya del segle XX, Barcelona, 1972.
- FORCADELL ALVAREZ, Carlos, Parlamentarismo y bolchevización. El movimiento obrero español, 1914-1918, Barcelona, 1978.
- FORNER MUÑOZ, Salvador, Industrialización y movimiento obrero: Alicante, 1923-1936, Valencia, 1982.
- FRAILE BALBIN, Pedro, Industrialización y grupos de presión. La economía política de la protección en España, 1900-1950, Madrid, 1991.
- FUSI AIZPURUA, Juan Pablo, Política obrera en el País Vasco (1880-1923), Madrid, 1975.
- (dir.), Ayer. La Historia en el 92, 10, 1993.
- GABRIEL, Pere, El moviment obrer a Mallorca, Barcelona, 1973.
- , Classe obrera i sindicats a Catalunya, 1903-1920, Tesis Doctoral, Universidad de Barcelona, 1981.
- GARCIA DELGADO, José Luis, Orígenes y desarrollo del capitalismo en España. Notas críticas, Madrid, 1975.
- (ed.), España, 1898-1936: Estructuras y cambio, Madrid, 1984.
- , Madrid en la coyuntura finisecular: la economía española de "el 98" a la "gran guerra", Ciclo de Conferencias sobre Madrid en el primer tercio del siglo XX, Madrid, 1984.
- (ed.), La España de la Restauración: política, economía, legislación y cultura, Madrid, 1985.
- (ed.), La crisis de la Restauración: España, entre la Primera Guerra Mundial y la Segunda República, Madrid, 1986.
- (ed.), La Segunda República española. El primer bienio, Madrid, 1987.
- (ed.), La II República española: bienio rectificador y Frente Popular, 1934-1936, Madrid, 1988.
- (ed.), España entre dos siglos (1875-1931). Continuidad y cambio, Madrid, 1991.
- (ed.), Las ciudades en la modernización de España. Los decenios interseculares, Madrid, 1992.
- , Mercedes CABRERA y Francisco COMIN, Santiago Alba. Un programa de reforma económica en la España del primer tercio del siglo XX, Madrid, 1989.
- , Santiago ROLDAN y Juan MUÑOZ, La formación de la sociedad capitalista en España 1914-1920, Madrid, 1973, 2 vols..
- , -- y --, La consolidación del capitalismo en España 1914-1920, Madrid, 1973, 2 vols..
- GARCIA FERNANDEZ, Javier y GONZALEZ RUIZ, María Dolores Presente y futuro de las asociaciones de vecinos, Madrid, Pecos Edit., 1976.
- GARCIA HERNANDEZ, Ramón, Arturo Soria: un urbanismo olvidado, Madrid, 1981.
- GARCIA DE LA INFANTA, José María, Primeros pasos de la luz eléctrica en Madrid, Madrid, 1986.

- GARCIA MARTI, Victoriano, El Ateneo de Madrid 1835-1935, Madrid, 1948.
- GARCIA NIETO, Juan, El sindicalismo cristiano en España: notas sobre su origen y evolución hasta 1936, Bilbao, 1960.
- GARCIA-NIETO, María del Carmen (ed.), Ordenamiento jurídico y realidad social de las mujeres. Siglos XVI a XX, Madrid, 1986.
- e YLLAN, Esperanza, Historia de España. 1808-1978. Vol. IV: Crisis social y dictadura. 1914-1930, Barcelona, 1989.
- , Javier María DONEZAR, Luis LOPEZ PUERTA, Bases documentales de la España Contemporánea. 5. Crisis del sistema canovista. 1898-1923, Madrid, 1972.
- , -- y --, Bases documentales de la España Contemporánea. 6. Expansión económica y luchas sociales. 1898-1923, Madrid, 1972.
- GARCIA ROVIRA, A. M.: La revolució liberal a Espanya i les classes populars, Vic, 1989.
- GARCIA-SANZ MARCOTEGUI, Angel, Navarra. Conflictividad social a comienzos del siglo XX y noticia del anarcosindicalista Gregorio Suberviola Baigorri (1896-1924), Pamplona, 1984.
- GARCIA VENERO, Maximiano, Historia de las Internacionales en España, Madrid, 1957, 2 vols..
- , Historia de los movimientos sindicalistas españoles (1844-1933), Madrid, 1961.
- GARRABOU, Ramón y SANZ FERNANDEZ, Jesús (eds.), Historia agraria de la España Contemporánea. Vol. II. Expansión y crisis (1850-1900), Barcelona, 1985.
- , Carlos BARCIELA y J.I. JIMENEZ BLANCO (eds.), Historia agraria de la España Contemporánea. Vol. III. El fin de la agricultura tradicional (1900-1936), Barcelona, 1986.
- GEARY, Dick (comp.), Movimientos obreros y socialistas en Europa. antes de 1914, Madrid, 1992.
- GIDDENS, Anthony, La estructura de clases en las sociedades avanzadas, Madrid, 1979.
- GILLESPIE, Richard, Historia del Partido Socialista Obrero Español, Madrid, 1991.
- GINZBURG, Carlo, El queso y los gusanos. El cosmos, según un molinero del siglo XVI, Barcelona, 1986.
- GIRALT I RAVENTOS, Emili (dir.), Bibliografia dels moviments socials a Catalunya. País Valencià i les Illes, Barcelona, 1972.
- , Albert BALCELLS y Josep TERMES, Els moviments socials a Catalunya. País Valencià i les Illes. Cronologia. 1800-1939, Barcelona, 1978.
- GOMEZ APARICIO, Pedro, Historia del periodismo español. III. De las guerras coloniales a la Dictadura, Madrid, 1974.
- GOMEZ CASAS, Juan, Historia del anarcosindicalismo español, Madrid, 1978 (Nueva edición).
- GOMEZ LLORENTE, Luis, Aproximación a la historia del socialismo español (hasta 1921), Madrid, 1976.
- , Apuntes sobre el movimiento obrero, [Madrid], 1992.
- GOMEZ MENDOZA, Antonio, Ferrocarriles y cambio económico en España. 1855-1913. Un enfoque de nueva historia económica, Madrid, 1982.
- , Ferrocarril y mercado interior en España (1874-1913), Madrid, 1985, 2 vols..
- , Ferrocarril, industria y mercado en la modernización de España, Madrid, 1989.
- GOMEZ MOLLEDA, María Dolores, Los seguros sociales en la España del siglo XX, Madrid, 1988, 3 vols..
- GOMEZ NAVARRO, José Luis, El régimen de Primo de Rivera, Madrid, 1991.
- GOMEZ NAZABAL, J. R., Consideraciones en torno al ideario y la praxis del socialismo español. 1879-1921, San Sebastián, 1981.
- GOMEZ SANTOS, Marino, El Metro de Madrid. Medio siglo al servicio de la ciudad. 1919-1969, Madrid, 1969.
- GONZALEZ CALBET, Teresa, La Dictadura de Primo de Rivera. El Directorio Militar, Madrid, 1987.
- GONZALEZ GOMEZ, Santiago, El asociacionismo obrero en Madrid a principios del siglo XX, Tesis Doctoral, Universidad de Salamanca, 3 vols., 1982.
- GONZALEZ FERNANDEZ, Angeles, Lucha obrera en Sevilla. Conflictividad social. 1900-1917, Barcelona, 1988.
- GONZALEZ HERNANDEZ, María Jesús, Ciudadanía y acción. El conservadurismo maurista. 1907-

- 1923, Madrid, 1990.
- GONZALEZ PORTILLA, Manuel, La formación de la sociedad capitalista en el País Vasco (1898-1913), San Sebastián, 1981.
- GONZALEZ SERRANO, Matilde, Aproximación a la sociedad madrileña contemporánea. Grupos sociales, conflictos y nivel de vida en 1920, Memoria de Licenciatura, Universidad Complutense de Madrid, 1981.
- GONZALEZ URIEN, Miguel y REVILLA GONZALEZ, Fidel, La CNT a través de sus congresos, México, 1981.
- GONZALEZ YANCI, María Pilar, Los accesos ferroviarios a Madrid. Su impacto en la geografía urbana de la ciudad, Madrid, 1977.
- GORTAZAR, Guillermo, Alfonso XIII, hombre de negocios, Madrid, 1986.
- GRATTIS, J. de, Rejas sin votos (el libro áureo del Consorcio de la Panadería de Madrid), [Madrid], 1969.
- GUILLEN SALAYA, Francisco, Historia del sindicalismo español, Madrid, 1943.
- GUINEA, José Luis, Los movimientos obreros y sindicales en España de 1833 a 1978, Madrid, 1978.
- HARRISON, Joseph, Historia económica de la España contemporánea, Barcelona, 1980.
- Historia Contemporánea, "Cambios sociales y modernización", Núm. monográf., 4, 1990.
- Historia Social, "Dos décadas de historia social", Núm. monográf., 10, primav.-ver. 1991.
- HOBBSAWM, Eric J., Trabajadores. Estudios de historia de la clase obrera, Barcelona, 1979.
- , Rebeldes primitivos. Estudio sobre las formas arcaicas de los movimientos sociales en los siglos XIX y XX, Barcelona, 1983, (Nueva edición).
- , El mundo del trabajo. Estudios históricos sobre la formación y evolución de la clase obrera, Barcelona, 1987.
- , La era del imperio (1875-1914), Barcelona, 1989.
- HOLTON, R. J., Cities, Capitalism and Civilisation, London, 1986.
- HUERTAS CLAVERIA, Josep M., Obrers a Catalunya: manual d'història del moviment obrer 1840-1975, Barcelona, 1982.
- IGLESIAS SELGAS, Carlos, Los sindicatos en España. Origen, estructura y evolución, Madrid, 1966.
- , El sindicalismo español, Madrid, 1974.
- IZARD, Miquel, Industrialización y obrerismo. Las Tres Clases del Vapor. 1869-1913, Barcelona, 1973.
- , Manufactureros, industriales y revolucionarios, Barcelona, 1979.
- JOLL, James, La II Internacional. 1889-1914, Barcelona, 1976.
- , Historia de Europa desde 1870, Madrid, 1983.
- JONES, Emrys, Metrópolis. Las grandes ciudades del mundo, Madrid, 1992.
- JONES, Gareth Stedman, Outcast London: a study in the relationship between classes in Victorian society, Oxford, 1971.
- , Lenguajes de clase. Estudios sobre la historia de la clase obrera inglesa (1832-1982), Madrid, 1989.
- JOVER ZAMORA, José María (dir.), Los comienzos del siglo XX en España, tomo XXXVII de la Historia de España de Menéndez Pidal, Madrid, 1984.
- JULIA DIAZ, Santos, La izquierda del PSOE. 1935-1936, Madrid, 1977.
- , Madrid. 1931-1934. De la fiesta popular a la lucha de clases, Madrid, 1984.
- (coord.), El socialismo en España. Desde la fundación del PSOE hasta 1975. Anales de Historia de la Fundación Pablo Iglesias Vol.1, Madrid, 1986.
- , Historia económica y social moderna y contemporánea de España. II. Siglo XX, Madrid, 1988.
- (coord.), El socialismo en las nacionalidades y regiones. Anales de Historia de la Fundación Pablo Iglesias Vol.3, Madrid, 1988.
- , Historia social/sociología histórica, Madrid, 1989.
- JUTGLAR, Antoni, Ideologías y clases en la España contemporánea (1808-1936). Aproximación a la historia social de las ideas, Madrid, 1968-1973.
- KAPLAN, Temma, Orígenes sociales del anarquismo en Andalucía, Barcelona, 1977.

- KATZNELSON, I. y ZOLBERG, A. R. (eds.), Working-Class Formation, Nineteenth-Century Patterns in Western Europe and the United States, Princeton (N.J.), 1986.
- KOCKA, Jürgen, Historia Social. Concepto, desarrollo, problemas, Barcelona, 1989.
- KRAUSE, Marianne, La beneficencia madrileña en los primeros años del siglo XX, Madrid, 1985.
- KRIEDTE, P. et al., Industrialización antes de la industrialización, Barcelona, 1986.
- LACALZADA, María José, La lucha entre dos modelos de sociedad. Aproximación al comportamiento obrero y riojano (1875-1975), Logroño, 1986.
- LACOMBA, Juan Antonio, La crisis española de 1917, Madrid, 1970.
- , Ensayos sobre el siglo XX español, Madrid, 1972.
- , Introducción a la historia económica de la España contemporánea, Madrid, 1972.
- et al., Historia social de España siglo XX, Madrid, 1976.
- LAMBERET, Renée, Mouvements ouvriers et socialistes (Chronologie et bibliographie). L'Espagne (1750-1936), París, 1953.
- LANDES, David S., Progreso tecnológico y revolución industrial, Madrid, 1979 (en orig. "The Unbound Prometheus").
- , Peter MATHIAS et al., La Revolución industrial, Barcelona, 1988.
- LAZO, Alfonso, La revolución rusa en el diario ABC de la época, Sevilla, 1975.
- LEON-IGNACIO, Jacinto, Los años del pistolero, Barcelona, 1981.
- LIDA, Clara E., Anarquismo y revolución en la España del XIX, Madrid, 1972.
- LINZ, Juan J., El sistema de partidos políticos en España, Madrid, 1974.
- LISANTI, Nicola, Il movimento operaio in Italia, 1860-1980. Dell'Unità ai nostri giorni, Roma, 1976.
- LOPEZ ALONSO, Carmen (coord.), De la beneficencia al bienestar social. Cuatro siglos de acción social, Madrid, 1986.
- LOPEZ GARRIDO, Diego, La Guardia Civil y los orígenes del Estado centralista, Barcelona, 1982.
- LOPEZ GOMEZ, Antonio, Los transportes urbanos de Madrid, Madrid, 1983.
- LOPEZ BUSTOS, Carlos, Historia de los tranvías de Madrid, Ciclo de Conferencias sobre Madrid en el primer tercio del siglo XX, Madrid, 1984.
- , Tranvías de Madrid, Madrid, 1986.
- LOPEZ SEBASTIAN, José, Política agraria en España, 1920-1970, Madrid, 1970.
- LUENGO TEIXIDOR, F., Crecimiento económico y cambio social. Guipúzcoa, 1917-1923, Bilbao, 1990.
- LLEIXA, Joaquim, Cien años de militarismo en España. Funciones estatales confiadas al Ejército en la Restauración y el franquismo, Barcelona, 1986.
- Madrid, Madrid, Espasa Calpe, 1980, 5 vols..
- Madrid en Galdós, Galdós en Madrid, Madrid, 1988.
- Madrid la ciudad en que vivimos, Madrid, 1984, (Número extraordinario de Universidad y Sociedad, 8-9).
- MAIER, Charles S., La refundación de la Europa burguesa. Estabilización en Francia, Alemania e Italia en la década posterior a la I Guerra Mundial, Madrid, 1988.
- MALEFAKIS, Edward, Reforma agraria y revolución campesina en la España del siglo XX, Barcelona, 1982 (5ª. edic.).
- MALUQUER DE MOTES, Jordi, El socialismo en España, 1833-1868, Barcelona, 1977.
- MARTI, Casimir, Orígenes del anarquismo en Barcelona, Barcelona, 1958.
- MARTIN, Benjamin, Los problemas de la modernización. Movimiento obrero e industrialización en España, Madrid, 1992.
- MARTIN ACEÑA, Pablo, La política monetaria en España, 1919-1936, Madrid, 1984.
- y PRADOS DE LA ESCOSURA, Leandro (comps.), La nueva historia económica en España, Madrid, 1985.
- MARTIN MAESTRE, Jacinto, Huelga general de 1917, Madrid, 1966.
- MARTIN NAJERA, Aurelio y GONZALEZ QUINTANA, Antonio, Fuentes para la historia de la Unión General de Trabajadores, Madrid, 1988.
- MARTIN PALACIN, José Luis, Movimiento ciudadano y defensa del consumidor: La batalla por el

- pan en Madrid, Madrid, Ayuso, 1978.
- MARTIN RAMOS, José Luis, Las huelgas en Barcelona, 1914-1923, Tesis Doctoral, Bellaterra, 1983.
- MARTIN VALVERDE, Antonio (y est. prelim.), PALOMEQUE, PEREZ ESPINOSA et al., La legislación social en la historia de España. De la revolución liberal a 1936, Madrid, 1987.
- MARTINEZ CUADRADO, Miguel, Elecciones y partidos políticos de España (1868-1931), Madrid, 1969, 2 vols..
- , La burguesía conservadora (1874-1931), vol. VI de la Historia de España Alfaguara (M. ARTOLA, dir.), Madrid, 1973.
- , Restauración y crisis de la monarquía (1874-1931), vol. VI de Historia de España (dir. por M. ARTOLA), Madrid, 1991.
- MARTINEZ QUINTERO, Esther y MONTERO, Feliciano, Orígenes y antecedentes de la previsión social, Madrid, 1989.
- MAS, Rafael, El barrio de Salamanca. Planteamiento y propiedad inmobiliaria en el Ensanche de Madrid, Madrid, 1982.
- MAURE RUBIO, Lilia, Secundino Zuazo: arquitecto, Madrid, 1987.
- MAURE RUBIO, Miguel Angel, La Ciudad Lineal de Arturo Soria, Madrid, 1991.
- MAURICE, Jacques, La reforma agraria en España en el siglo XX (1900-1936), Madrid, 1975.
- , El anarquismo andaluz. Campesinos y sindicalistas, 1868-1936, Madrid, 1989.
- (comp.), Peuple, mouvement ouvrier, culture dans l'Espagne contemporaine, Saint-Denis, 1990.
- y Carlos SERRANO, Crisis de la Restauración y populismo (1875-1911), Madrid, 1977.
- MAYER, Arno J., La persistencia del Antiguo Régimen. Europa hasta la Gran Guerra, Madrid, 1984.
- MEAKER, Gerald H., La izquierda revolucionaria en España, 1914-1923, Barcelona, 1978.
- MENDEZ GUTIERREZ DEL VALLE, Ricardo, La industria de Madrid, Madrid, Tesis Doctoral Reprogr., 1981, 2 vols.
- , Actividad industrial y estructura territorial en la región de Madrid, Madrid, 1986.
- MEYNAUD, J., Les groupes de pression, París, 1960.
- MIGUEL, Amando de, La población de Madrid en los primeros años del siglo, Ciclo de Conferencias sobre Madrid en el primer tercio del siglo XX, Madrid, 1984.
- , La población de Madrid a lo largo del último siglo, Madrid, 1991. MONTGOMERY, David, El control obrero en Estados Unidos, Madrid, 1985.
- MONTOJO SUREDA, Jorge, La política española sobre trigos y harinas (Años 1900-1945), Madrid, 1945.
- , El problema triguero en España, Madrid, 1946.
- MONTOLIU CAMPS, Pedro, Once siglos de mercado madrileño, Madrid, 1985. (Hay Segunda Edición de 1988 con el subtítulo De la Plaza de la Paja a Mercamadrid).
- MONTOYA MELGAR, Alfredo, Ideología y lenguaje en las primeras leyes laborales de España, Madrid, 1975.
- , Ideología y lenguaje en las leyes laborales de España: la crisis de 1917-1923, Murcia, 1977.
- MONTOYA TAMAYO, María Angeles, Juan Carlos FRIAS FERNANDEZ et al., La condición obrera hace un siglo. Los trabajadores madrileños y la Comisión de Reformas Sociales, Madrid, 1991.
- MORADIELLOS, Enrique, El Sindicato de los obreros mineros de Asturias: 1910-1930, Oviedo, 1986.
- MORAL, Carmen del, La sociedad madrileña fin de siglo y Baroja, Madrid, 1974.
- MORAL SANDOVAL, Enrique, Pablo Iglesias: escritos y discursos, antología crítica, Santiago de Compostela, 1984.
- MORCILLO, María de los Angeles, La forja, Madrid, (Oficios Tradicionales de Madrid), 1982.
- MORENO FERNANDEZ, L.M.: Las clases trabajadoras y la formación del sindicalismo aconfesional en Murcia (1890-1923), Cartagena, 1990.
- MORENO SAEZ, Francisco, El movimiento obrero en Elche (1890-1931), Alicante, 1987.
- , Las luchas sociales en la provincia de Alicante (1890-1931), Alicante, 1988.

- MOTA, Francisco y FERNANDEZ-RUA, José Luis, Biografía de la Puerta del Sol, Madrid, 1951.
- "Movilización obrera entre dos siglos 1890-1910", Historia Contemporánea (Número monográfico), 3, 1990.
- MOYA, Aurora, Metro de Madrid 1919-1989: setenta años de historia, Madrid, 1990.
- MUMFORD, Lewis, La ciudad en la historia, Buenos Aires, 1966.
- NADAL, Antonio, Patrones, obreros: historia del movimiento obrero en Málaga 1861-1906, Málaga, 1986.
- NADAL, Jordi, La población española (siglos XVI a XX), Barcelona, 1984 (Nueva edición).
- , El fracaso de la Revolución industrial en España, 1814-1913, Barcelona, 1989 (Nueva edición).
- , Moler, tejer y fundir. Estudios de historia industrial, Barcelona, 1992.
- et al., España: 200 años de tecnología, Madrid, 1988.
- y Albert CARRERAS (dir.), Pautas regionales de la industrialización española (siglos XIX y XX), Barcelona, 1990.
- , -- y Carles SUDRIA (comp.), La economía española en el siglo XX. Una perspectiva histórica, Barcelona, 1989 (3a. edic.).
- NASH, Mary, Mujer, familia y trabajo en España (1875-1936), Barcelona, 1983.
- NIELFA CRISTOBAL, Gloria, Los sectores mercantiles en Madrid en el primer tercio del siglo XX. Tiendas, comerciantes y dependientes de comercio, Madrid, 1985.
- NUÑEZ DE ARENAS, Manuel y TUNON DE LARA, Manuel, Historia del movimiento obrero español, Barcelona, 1970.
- NUÑEZ FLORENCIO, Rafael, El terrorismo anarquista (1888-1909), Madrid, 1983.
- OJEDA, Germán, Asturias en la industrialización española, 1833-1907, Madrid, 1985.
- OLABARRI GORTAZAR, Ignacio, Relaciones laborales en Vizcaya (1890-1936), Durango, 1978.
- OLIVA ESCRIBANO, José Luis, Bibliografía de Madrid y su provincia, Madrid, 1967-69, 2 vols.
- ORIOI Y URQUIJO, José María de, La industria madrileña en el siglo XX, dentro del marco nacional: conferencia..., [Madrid, 1963].
- ORTEGA VALCARCEL, J., Cantabria, 1886-1986. Formación y desarrollo de una economía moderna, Santander, 1986.
- OSSA ECHABURU, Rafael, El Bilbao del novecientos, riqueza y poder de la ría (1900-1923), Bilbao, 1970.
- PABON, Jesús, Cambó 1876-1947, Barcelona, 1952-1969, 3 vols..
- PADILLA BOLIVAR, Antonio, El movimiento socialista español, Barcelona, 1977.
- PAGES, Pelai, Historia del Partido Comunista de España, Barcelona, 1978.
- PALACIO ATARD, Vicente, Alimentación y abastecimiento de Madrid en la segunda mitad del siglo XVIII, Curso sobre Historia de Madrid, Madrid, 1966.
- PALACIO MORENA, Juan Ignacio, La institucionalización de la reforma social en España, 1883-1924: La Comisión y el Instituto de Reformas Sociales, Madrid, 1988.
- PALAFIX, Jordi, Atraso económico y democracia. La Segunda República y la economía española, 1892-1936, Barcelona, 1991.
- PALOMARES, José María, El socialismo en Castilla, Valladolid, 1988.
- PALOMEQUE, Manuel Carlos, Derecho del trabajo e ideología. Medio siglo de formación ideológica del Derecho español del trabajo, 1873-1923, Madrid, 1980.
- PANADERO MOYA, C.: Tradición y cambio económico en la Restauración, Albacete fin de siglo, Albacete, 1991.
- PANIAGUA, Xavier y PIQUERAS, José A., Trabajadores sin revolución. La clase obrera valenciana (1869-1939), Valencia, 1986.
- PARDO CANALIS, Enrique, Evocación y efemérides de 1920, Ciclo de Conferencias sobre Madrid en el primer tercio del siglo XX, Madrid, 1985.
- PARIAS, Louis henri (dir.), Historia General del Trabajo, vol. IV: La civilización industrial (1914-1960), México-Barcelona, 1965.
- PARRAGA MARTINEZ, María del Pilar, Madrid en la crisis de la postguerra. Clases sociales y comportamientos políticos en 1919, Memoria de Licenciatura, Universidad Complutense de Madrid, 1981.

- PASAMAR, Gonzalo e PEIRO, Ignacio, Historiografía y práctica social en España, Zaragoza, 1986.
- PASTOR, Manuel, Los orígenes del fascismo en España, Madrid, 1975.
- PASTOR MUÑOZ, Francisco Javier, Historia del distrito de Hortaleza, Madrid, 1986.
- PAYNE, Stanley G., Los militares y la política en la España contemporánea, París, 1968.
- (ed.), Política y sociedad en la España del siglo XX, Madrid, 1978.
- PAZ REMOLAR, Ramón y MONTIEL, Isidoro, Bibliografía madrileña, Madrid, 1946-50, tirada aparte de la Revista de la Biblioteca, Archivo y Museo del Ayuntamiento de Madrid (53, i-1946, pp. 155-188; 57, vii-1948, pp. 477-524; 59-60, i-xii-1950, pp. 451-478).
- PEIRATS, José, La CNT en la revolución española, vol. I, París, 1971.
- PELECHA ZOZAYA, Francisco, La crisis industrial española y el arancel de 1922, Barcelona, 1975.
- , El proteccionismo industrial en España (1914-1931), Barcelona, 1987.
- PEREZ DIAZ, Víctor, Clase obrera, orden social y conciencia de clase, Madrid, 1980.
- , El retorno de la sociedad civil. Respuestas sociales a la transición política, la crisis económica y los cambios culturales de España, 1975-1985, Madrid, 1987.
- PEREZ GARZON, Juan Sisinio, Luis Morote. La problemática de un republicano (1862-1923), Madrid, 1976.
- PEREZ LEDESMA, Manuel, El obrero consciente. Dirigentes, partidos y sindicatos en la II Internacional, Madrid, 1987.
- , Estabilidad y conflicto social. España, de los iberos al 14-D, Madrid, 1990.
- PEREZ RUIZ, María Encarnación, Itziar RUBIO BARCINA, Ana URETA BASAÑEZ, Movilización obrera en Vizcaya: 1918-1923, San Sebastián, 1986.
- PEREZ YRUELA, Manuel y GINER, Salvador(eds.), El corporatismo en España, Barcelona, 1988.
- PERPIÑA, Román, Madrid, así como por gracia y razón, Madrid, 1963.
- , De Economía Hispana. Infraestructura, Historia, Barcelona, 1972.
- PERROT, Michelle, Jeunesse de la grève. France 1871-1890, Paris, 1984.
- PIQUERAS ARENAS, José Antonio, Historia del socialismo, Valencia, 1981.
- PRADOS DE LA ESCOSURA, Leandro, De imperio a nación. Crecimiento y atraso económico en España (1780-1930), Madrid, 1988.
- PRIETO, Fernando, Apuntes históricos del movimiento obrero español, Madrid, 1973.
- PRIETO SANCHEZ, Julián, La Federación de Obreros de la Construcción en Madrid 1921-1930: aportación al estudio del movimiento asociativo obrero de Madrid, Memoria de Licenciatura, Salamanca, 1975.
- PUERTOLAS, Soledad, El Madrid de la lucha por la vida. Una aproximación al conocimiento de Pío Baroja, Madrid, 1971.
- RAMA, Carlos M., La crisis española del siglo XX, Madrid, 1976.
- RAMIREZ JIMENEZ, Manuel, Los grupos de presión y su actuación en la política, Granada, 1965.
- , Los grupos de presión en la Segunda República Española, Madrid, 1969.
- RAMOS, María Dolores, Burgueses y proletarios malagueños. Lucha de clases en la crisis de la Restauración (1914-1923), Córdoba, 1991.
- REIG, Ramir, Obrers i ciutadans. Blasquisme i moviment obrer, Valencia, 1982.
- REY REGUILLO, Fernando del, Organizaciones patronales y corporativismo en España (1914-1923), Tesis Doctoral, Universidad Complutense de Madrid, 1989, 2 vols..
- , Propietarios y patronos. La política de las organizaciones económicas en la España de la Restauración (1914-1923), Madrid, 1992.
- RIBAS, Pedro, La introducción del marxismo en España (1869-1939), Madrid, 1981.
- RINGROSE, David R., Los transportes y el estancamiento económico de España, 1750-1850, Madrid, 1972.
- , Madrid y la economía española, 1560-1850. Ciudad, Corte y País en el Antiguo Régimen, Madrid, 1985.
- RIO LAFUENTE, Isabel del, Industria y residencia en Villaverde. Génesis de un paisaje urbano en la periferia de Madrid, Madrid, 1984.
- RIPOLLES SERRANO, María Rosa, Francisco Largo Caballero (1869-1946): biografía política de un socialista español, Tesis Doctoral, Valencia, 1979, 2 vols..

- RIQUER, Borja de (comp.), Historia de la Diputació de Barcelona, Barcelona, 1987, 3 vols.
- RIVAS LARA, Lucía, Historia del 1 de mayo en España desde 1900 hasta la Segunda República, Madrid, 1987.
- ROBERTS, John M., Europa desde 1880 hasta 1945, Madrid, 1980.
- RODRIGUEZ AGUILERA, R. et al., Seis estudios sobre el proletariado andaluz (1868-1939), Córdoba, 1984.
- RODRIGUEZ LABANDEIRA, José, El trabajo rural en España (1876-1936), Barcelona, 1991.
- ROIG I FRANSITORRA, Joan A., La vaga obrera, Barcelona, 1971.
- ROMERO, Federico, Prehistoria de la Gran Vía, Curso sobre Historia de Madrid, Madrid, 1967.
- ROMERO-MAURA, Joaquín, "La rosa de fuego". El obrerismo barcelonés de 1899 a 1909, Madrid, 1989 (Nueva edición).
- ROMEU ALFARO, Fernanda, Las clases trabajadoras en España, 1898-1930, Madrid, 1970.
- ROSAL DIAZ, Amaro del, Historia de la UGT en España, 1901-1939, Barcelona, 1977, 2 vols..
- ROTERBERG, Robert I. y RABB, Theodore K. (comps.), El hambre en la historia. El impacto de los cambios en la producción de alimentos y los modelos de consumo sobre la sociedad, Madrid, 1990.
- RUEDA LAFFOND, José Carlos, Madrid 1900. Proyectos de reforma y debates sobre la ciudad, 1898-1914, Tesis Doctoral, UCM, 1993.
- RUDE, George, Protesta popular y revolución en el siglo XVIII, Barcelona, 1978.
- , Revolución popular y conciencia de clase, Barcelona, 1981.
- , La multitud en la historia. Los disturbios populares en Francia e Inglaterra 1730-1848, Madrid, 1989 (4a. edic.).
- RUIZ, David, Asturias contemporánea (1808-1936), Madrid, 1974.
- , El movimiento obrero en Asturias. De la industrialización a la II República, Madrid, 1979 (Nueva edición).
- RUIZ MANJON, Octavio, El Partido Republicano Radical, 1908-1936, Madrid, 1976.
- RUIZ PALOMEQUE, María Eulalia, Ordenación y transformaciones urbanas del casco antiguo madrileño durante los siglos XIX y XX, Madrid, 1976.
- , La urbanización de la Gran Vía, Ciclo de Conferencias sobre el Madrid del primer tercio del siglo XX, Madrid, 1985.
- RULE, John, Clase obrera e industrialización. Historia social de la revolución industrial británica, 1750-1850, Barcelona, 1990.
- SAGARDOY BENGOCHEA, Juan Antonio, El poder sindical en España, Barcelona, 1982.
- SAINZ DE ROBLES, Federico Carlos, Dos décadas en la biografía de Madrid (1910-1930), Ciclo de Conferencias sobre Madrid en el siglo XX, Madrid, 1984.
- SAMPELAYO, Juan H., Primer día del siglo XX en Madrid, Ciclo de Conferencias sobre el Madrid del primer tercio del siglo XX, Madrid, 1984.
- SAMUEL, Raphael (ed.), Historia popular y teoría socialista, Barcelona, 1984.
- SANCHEZ ALBORNOZ, Nicolás, Las crisis de subsistencias de España en el siglo XIX, Rosario, 1963.
- , España hace un siglo: una economía dual, Madrid, 1977 (Nueva edición).
- , Madrid ante la Castilla agraria en el siglo XIX, Ciclo de Conferencias sobre el Madrid del siglo XIX, Madrid, 1983.
- (comp.), La modernización de la economía española 1830-1930, Madrid, 1985.
- SANCHEZ JIMENEZ, José, La vida rural en la España del siglo XX, Barcelona, 1975.
- , La España Contemporánea. Tomo II: 1875-1931, Madrid, 1991.
- SANCHEZ MARROYO, Fernando, Sindicalismo agrario y movimiento obrero 1906-1920, Cáceres, 1979.
- SANCHEZ PEREZ, Francisco, Conflictividad social en el Madrid del Frente Popular. La clase obrera en la antesala del 18 de julio, Memoria de Licenciatura UCM, 1986.
- SANCHEZ TRASANCOS, Antonio, Historia de la industria en Madrid: a través de pragmáticas, cédulas reales, ordenanzas..., Madrid, 1972.
- SANZ GARCIA, José María, Madrid, ¿capital del capital español?. Contribución a la geografía

- urbana y a las funciones geoeconómicas de la Villa y Corte, Madrid, 1975.
- , El industrioso Madrid en el siglo del vapor, Ciclo de Conferencias sobre Madrid en el siglo XIX, Madrid, 1984.
- SAÑA, Heleno, Líderes obreros. Biografías, Madrid, 1975.
- SECO SERRANO, Carlos, Alfonso XIII y la crisis de la Restauración, Barcelona, 1969.
- , Militarismo y civilismo en la España contemporánea, Madrid, 1984.
- SEMANA DE ESTUDIOS SOBRE EL PRESENTE Y EL FUTURO DE LA CULTURA MADRILEÑA (Madrid, 1984), Madrid, objetivo cultural, Madrid, 1985.
- SERRANO, Carlos, Le tour du peuple. Crise nationale, mouvements populaires et populisme en Espagne (1890-1910), Madrid, 1987.
- SERRANO SANZ, José María, El viraje proteccionista en la Restauración, Madrid, 1987.
- SEWELL Jr., William H., Trabajo y revolución en Francia. El lenguaje del movimiento obrero desde el Antiguo Régimen hasta 1848, Madrid, 1992.
- SHUBERT, Adrian, Hacia la revolución. Orígenes sociales del movimiento obrero en Asturias, 1860-1934, Barcelona, 1984.
- , Historia social de España (1800-1990), Madrid, 1991.
- SIERRA ALVAREZ, José, El obrero soñado. Ensayo sobre el paternalismo industrial (Asturias, 1860-1917), Madrid, 1990.
- SIMANCAS, Víctor y ELIZALDE José, El mito del gran Madrid, Madrid, 1969.
- Sistema, Número monográfico sobre Pablo Iglesias, 11, 1975.
- SOLANA, Fermín (ed. y notas), Historia parlamentaria del socialismo. Política y legislaturas de la Monarquía (1918-1923), Madrid, 1975, 2 vols..
- SOLER, Vicent, Guerra i expansió industrial: País Valencià (1914-1918), Valencia, 1984.
- SOTO CARMONA, Alvaro, El trabajo industrial en la España contemporánea (1874-1936), Barcelona, 1989.
- SOUTO GONZALEZ, J. M.: Vigo. Cien años de historia urbana (1880-1980), Vigo, 1991.
- STEVENSON, John, Popular Disturbances in England, 1700-1870, Londres, 1979.
- STONE, Norman, La Europa transformada, 1878-1919, Madrid, 1985.
- SUAREZ CORTINA, Manuel, El reformismo en España. Republicanos y reformistas bajo la Monarquía de Alfonso XIII, Madrid, 1986.
- SUTCLIFFE, Anthony, Orto y ocaso del centro de París, Barcelona, 1974.
- (ed.), Metropolis, 1890-1940, Londres, 1984.
- TAYLOR, Arthur J. (comp.), El nivel de vida en Gran Bretaña durante la Revolución Industrial, Madrid, 1986.
- TEDDE DE LORCA, Pedro, Madrid y el capital financiero en el siglo XIX, Madrid, 1981.
- TERAN, Fernando de, Planeamiento urbano en la España contemporánea. Historia de un proceso imposible, Barcelona, 1978.
- TERMES, Josep, Anarquismo y sindicalismo en España. La Primera Internacional (1864-1881), Barcelona, 1971.
- y ALQUEZAR, Ramón, Historia del socialismo español 2. (1909-1931) (dir. por Manuel TUÑÓN DE LARA en 5 vols.), Barcelona, 1989.
- THOMPSON, Edward P., Miseria de la teoría, Barcelona, 1981.
- , Tradición, revuelta y conciencia de clase. Estudios sobre la crisis de la sociedad preindustrial, Barcelona, 1984.
- , La formación de la clase obrera en Inglaterra, Barcelona, 1989, 2 vols., (Nueva edición).
- TIANA FERRER, Alejandro, Educación de la clase obrera madrileña en el siglo XX (1898-1917), Tesis Doctoral, Universidad Complutense de Madrid, 1985.
- TILLY, Charles, From Mobilization to Revolution, N. York, 1978.
- , The Contentious French, Cambridge (Mass.), 1986.
- , Grandes estructuras, procesos amplios, comparaciones enormes, Madrid, 1991.
- , Coerción, capital y los Estados europeos, Madrid, 1992.
- y SHORTER, Edward, Las huelgas en Francia, 1830-1968, Madrid, 1985.
- , Louise A. TILLY y R. TILLY, The Rebellious Century, 1830-1930, Cambridge (Mass.), 1975.

- TORRENTE FORTUÑO, J.A., Historia de la Bolsa de Madrid, Madrid, 1976, 2 vols..
- TORTELLA CASARES, Gabriel, Los orígenes del capitalismo en España. Banca, Industria y Ferrocarriles en el siglo XIX, Madrid, 1973.
- (dir.), La Banca española en la Restauración, Madrid, 1974, 2 vols..
- TUÑÓN DE LARA, Manuel, Introducción a la historia del movimiento obrero, Barcelona, 1969.
- , Medio siglo de cultura española (1885-1936), Madrid, 1971.
- , El movimiento obrero en la Historia de España, Madrid, 1972.
- , Historia y realidad del poder. El poder y las élites en el primer tercio de la España del siglo XX, Madrid, 1975.
- (ed.), Prensa y sociedad en España, 1820-1936, Madrid, 1975.
- , Luchas obreras y campesinas en la Andalucía del siglo XX. Jaén (1917-1920). Sevilla (1930-1932), Madrid, 1978.
- (dir.), Historiografía española contemporánea. X Coloquio del Centro de Investigaciones Hispánicas de la Universidad de Pau. Balance y resumen, Madrid, 1980.
- (dir.), Revolución burguesa, oligarquía y constitucionalismo (1834-1923), t. VIII de la Historia de España de Labor, Madrid, 1981.
- , Metodología de la historia social de España, Madrid, 1984 (5a. edic.).
- (ed.), La prensa de los siglos XIX y XX. Metodología, ideología e información. Aspectos económicos y tecnológicos. I Encuentro de Historia de la Prensa, Bilbao, 1986.
- (dir.), Historia del socialismo español, Barcelona, 1989, 5 vols..
- et al., La crisis del Estado español, 1898-1936, Madrid, 1978.
- TUSELL, Javier, Sociología electoral de Madrid, 1903-1931, Madrid, 1969.
- , La Segunda República en Madrid: elecciones y partidos políticos, Madrid, 1970.
- , Oligarquía y caciquismo en Andalucía (1890-1923), Barcelona, 1976.
- , La política y los políticos en tiempo de Alfonso XIII, Barcelona, 1976.
- , Radiografía de un golpe de Estado. El ascenso al poder del general Primo de Rivera, Madrid, 1987.
- URQUIJO Y GOITIA, José Ramón de, La revolución de 1854 en Madrid, Madrid, 1984.
- VALLADARES ROLDAN, Ricardo, Origen y cultura de la imprenta madrileña, Madrid, 1981.
- VARELA ORTEGA, José, Los amigos políticos. Partidos, elecciones y caciquismo en la Restauración (1875-1900), Madrid, 1977.
- VAZQUEZ GARCIA, Juan Antonio, La cuestión hullaera en Asturias (1918-1935), Oviedo, 1985.
- VELARDE FUERTES, Juan, Política económica de la Dictadura, Madrid, 1973.
- VICENS VIVES, Jaime (dir.), Historia social y económica de España y América, Barcelona, 1982, vol. V. (4a. reedic.).
- VICENTE, Laura, El movimiento obrero en Zaragoza capital (1914-1923), Tesis Doctoral, Zaragoza, 1989.
- VILAR, Juan Bautista, Pedro María EGEA BRUNO y Diego VICTORIA MORENO, El movimiento obrero en el distrito minero de Cartagena-La Unión (1840-1930), Murcia, 1987 (2a. edic.).
- VILAR, Pierre, Jordi NADAL, Peter MATHIAS et al., La industrialización europea. Estadios y tipos, Barcelona, 1981.
- VILLACORTA BAÑOS, Francisco, Burguesía y cultura. Los intelectuales españoles en la sociedad liberal, 1808-1931, Madrid, 1980.
- , El Ateneo de Madrid, 1885-1912, Madrid, 1985.
- , Las clases medias profesionales en la España del siglo XX (1890-1923), Tesis Doctoral, Universidad Complutense de Madrid, 1986.
- , Profesionales y burócratas. Estado y poder corporativo en la España del siglo XX, 1890-1923, Madrid, 1989.
- VILLARIN, Juan, El Madrid de Primo de Rivera (1928), Madrid, 1979.
- VINUESA ANGULO, Julio, El desarrollo metropolitano de Madrid: sus repercusiones geodemográficas, Madrid, 1976.
- VIVES GARCIA, Juan, La huelga de Elche (1903), Alicante, 1974.
- VOVELLE, Michel, Ideologías y mentalidades, Barcelona, 1985.

- VVAA., Metodología de la historia de la prensa española, Madrid, 1982.
- , Mujer y sociedad en España (1700-1975), Madrid, 1982.
- , Octubre 1934. Cincuenta años para la reflexión, Madrid, 1985.
- , Mineros, sindicalismo y política, Oviedo, 1987.
- , Revueltas y revoluciones en la Historia, Salamanca, 1990.
- , Visión histórica de Madrid (Siglos XVI al XX), Madrid, 1991.
- WAIS SAN MARTIN, Francisco, Historia general de los ferrocarriles españoles (1830-1941), Madrid, 1967.
- WINSTON, Colin M., La clase trabajadora y la derecha en España 1900-1936, Madrid, 1989.
- WOODCOCK, G. et al., El anarquismo. Historia de las ideas y movimientos libertarios, Barcelona, 1979.

II.2. ARTICULOS

- ALVAREZ, Jesús Timoteo, "Estructura subterránea de la prensa en la Restauración", en Madrid en la sociedad del siglo XIX, (A. BAHAMONDE y L.E. OTERO, eds.), Madrid, 1986, vol. I, pp. 229-248.
- , "La prensa de Madrid en el cambio de siglo", en Madrid en Galdós. Galdós en Madrid, Madrid, 1988, pp. 18-40.
- , "Propaganda y medios de información en Madrid, 1900-1920", en La sociedad madrileña durante la Restauración. 1876-1931 (A. BAHAMONDE y L.E. OTERO, eds.), Madrid, 1989, vol. II, pp. 267-277.
- ALVAREZ JUNCO, José, "A vueltas con la Revolución Burguesa", Zona Abierta, 36-37, vii-xii-1985, pp. 81-106.
- , "El anticlericalismo en el movimiento obrero", en VVAA., Octubre 1934. Cincuenta años para la reflexión, Madrid, 1985, pp. 283-300.
- , "Magia y ética en el discurso político", en ALVAREZ JUNCO, José (comp.), Populismo, caudillaje y modernización, Madrid, 1987, pp. 219-269.
- , "Los antecedentes del radicalismo en España y la personalidad de D. Alejandro Lerroux", en La II República española: bienio rectificador y Frente Popular, 1934-1936 (J.L. GARCIA DELGADO, ed.), Madrid, 1988, pp. 35-52.
- , "Cultura popular y protesta política", en Peuple, mouvement ouvrier, culture dans l'Espagne contemporaine, (J. MAURICE, comp.), Saint-Denis, 1990, pp. 157-168.
- y PEREZ LEDESMA, Manuel, "Historia del movimiento obrero. ¿Una segunda ruptura?", Revista de Occidente, 12, iii-iv-1982, pp. 19-41.
- Anthropos (Barcelona), Monograf. sobre Pablo Iglesias, 45-47, i-iii-1985.
- APARICIO, Rosa, "El 1º de Mayo madrileño. 1890-1906", en Madrid en la sociedad del siglo XIX, (A. BAHAMONDE y L.E. OTERO, eds.), Madrid, 1986, vol. II, pp. 151-161.
- ARANGO, Joaquín, "La modernización demográfica de la sociedad española" en La economía española en el siglo XX. Una perspectiva histórica, (J. NADAL, A. CARRERAS y C. SUDRIA, comp.), Barcelona, 1989, pp. 201-236.
- ARBELOA, Víctor Manuel, "La Prensa Obrera en España", Revista de Trabajo, 30-31 (1970) y luego en Revista de Fomento Social, 102-110 (1971-1973), varios artículos con el mismo título.
- AROSTEGUI, Julio, "Conflicto social e ideología de la violencia, 1917-1936", en España, 1898-1936: Estructuras y cambio (J.L. GARCIA DELGADO, ed.), Madrid, 1984, pp. 309-343.
- , "El insurreccionalismo en la crisis de la Restauración", La crisis de la Restauración: España, entre la Primera Guerra Mundial y la Segunda República (J.L. GARCIA DELGADO, ed.), Madrid, 1986, pp. 75-99.
- , "Largo Caballero, ministro de Trabajo", en La Segunda República española. El primer bienio, (J.L. GARCIA DELGADO, ed.), Madrid, 1987, pp. 59-74.
- , "Historia general e historia económica. Propuestas interdisciplinares", en La II República española:

- bienio rectificador y Frente Popular, 1934-1936 (J.L. GARCIA DELGADO, ed.), Madrid, 1988, pp. 261-271.
- , "Violencia, sociedad y política: la definición de la violencia", en Ayer. Violencia y política en España, 13, 1994, pp. 17-55.
- ARRANZ NOTARIO, Luis, Los "cien niños" y la formación del PCE, Madrid, 1981.
- , "La ruptura del PSOE en la crisis de la Restauración: el peso del Octubre ruso", Estudios de Historia Social, 32-33, i-vi-1985, pp. 7-91.
- , "La ruptura del PSOE en la crisis de la Restauración: debate ideológico y político", en El socialismo en España. Desde la fundación del PSOE hasta 1975. Anales de Historia de la Fundación Pablo Iglesias Vol.1 (S. JULIA, coord.), Madrid, 1986, pp. 161-189.
- ARRIERO, María Luz, "Los motines de subsistencias en España, 1895-1905", Estudios de Historia Social, 30, vii-ix de 1984, pp. 193-250.
- ARTOLA, Miguel, "El sistema político de la Restauración", en La España de la Restauración: política, economía, legislación y cultura, (J.L. GARCIA DELGADO, ed.), Madrid, 1985, pp. 11-20.
- ATIENZA, Ignacio, y SIMON LOPEZ, Mina, "Mujer, ideología y organización de las fuerzas católicas en el Madrid de la Restauración: las Juntas Parroquiales de Acción Social", en La sociedad madrileña durante la Restauración. 1876-1931 (A. BAHAMONDE y L.E. OTERO, eds.), Madrid, 1989, vol. II, pp. 59-68.
- AUBERT, Paul, "Los intelectuales y la crisis de 1917", en M. TUÑÓN DE LARA et al., La crisis del Estado español, 1898-1936, Madrid, 1978, pp. 245-310.
- , "Madrid, polo de atracción de la intelectualidad a principios de siglo", en La sociedad madrileña durante la Restauración. 1876-1931 (A. BAHAMONDE y L.E. OTERO, eds.), Madrid, 1989, vol. II, pp. 101-137.
- AVIV, Aviva, "Una ciudad liberal: Madrid, 1900-1914", Revista de Occidente, 27-28, viii-ix-1983, pp. 81-91.
- BAHAMONDE, Angel, "El mercado de mano de obra madrileño (1850-1874)", Estudios de Historia Social, 15, x-xii-1980, pp. 143-175.
- , "Crisis de la nobleza de cuna y consolidación burguesa (1840-1880)", en Madrid en la sociedad del siglo XIX, Madrid, 1986, vol. I, pp. 325-375.
- , "Cultura de la pobreza y mendicidad involuntaria en el Madrid del siglo XIX", en Madrid en Galdós. Galdós en Madrid, Madrid, 1988, pp. 164-182.
- , "La historia urbana", Ayer. La Historia en el 92 (J.P. FUSI, ed.), 10, 1993, pp. 47-61.
- y OTERO, Luis Enrique, "Relaciones de subordinación y conciencia de clase: ¿Era posible El Eco de la clase obrera en el Madrid de 1855?", en Prensa obrera en Madrid 1855-1936 (S. CASTILLO y L. E. OTERO CARVAJAL, eds.), Madrid, 1987, pp. 105-120.
- y --, "Quietud y cambio en el Madrid de la Restauración", en La sociedad madrileña durante la Restauración. 1876-1931, Madrid, 1989, vol. I, pp. 21-26.
- y --, "Madrid, de territorio fronterizo a región metropolitana", en España. Autonomías (J.P. FUSI, dir.), Madrid, 1989, vol. V, pp. 517-615.
- y TORO, Julián, "Mendicidad y paro en el Madrid de la Restauración", Estudios de Historia Social, 7, x-xii-1978, pp. 353-384.
- y --, "El fraude alimentario en el Madrid del siglo XIX", estudio preliminar a Enrique SERRANO FATIGATI, "Alimentos adulterados y defunciones. Apuntes para el estudio de la vida obrera en España (1883)" (selección), Estudios de Historia Social, 15, x-xii-1980, pp. 285-303.
- y --, "Estado de la cuestión de la historiografía de Madrid", Historiografía española contemporánea. X Coloquio del Centro de Investigaciones Hispánicas de la Universidad de Pau. Balance y resumen (M. TUÑÓN DE LARA, dir.), Madrid, 1980, pp. 496-498.
- , Jesús A. MARTINEZ MARTIN y Antonio FERNANDEZ, "La evolución política de Madrid, 1900-1939", Historia de Madrid, Madrid, 1993, pp. 603-622.
- , L. E. OTERO y Gaspar MARTINEZ LORENTE, "La modernización de las comunicaciones en España, 1800-1936", Historia 16, 205 (v-1993), pp. 35-64.
- BALCELLS, Albert, "España: la crisis de 1917", Historia 16. Siglo XX. Historia Universal, 6, 1983,

- pp. 115-128.
- , "Violencia y terrorismo en la lucha de clases en Barcelona de 1913 a 1923", Estudios de Historia Social, 42-43, vii-xii-1987, pp. 37-79.
- BARRIO ALONSO, Angeles, "A propósito de la historia social del movimiento obrero y los sindicatos", en Doce estudios de Historiografía Contemporánea (G. RUEDA, ed.), Santander, 1991.
- BENGOCHEA ECHAONDO, Soledad y RAMOS, Gerama, "La patronal catalana y la huelga de 1902", Historia Social, 5, otoño 1989, pp. 77-95.
- BEREND, Ivan T. y RANKI, G., "Una industrialización sin Revolución industrial. La periferia europea en el siglo XIX", en D. S. LANDES, Peter MATHIAS et al., La Revolución industrial, Barcelona, 1988, pp. 330-358.
- BERNAL, Antonio Miguel, "La llamada crisis finisecular (1872-1919)", en La España de la Restauración: política, economía, legislación y cultura, (J.L. GARCIA DELGADO, ed.), Madrid, 1985, pp. 215-263.
- BERNALTE VEGA, María Francisca, Antonio FONTECHA PEDRAZA y José Carlos GIBAJA VELAZQUEZ, "Cultura popular madrileña durante la dictadura: el mundo obrero socialista, 1923-1930", en La sociedad madrileña durante la Restauración. 1876-1931 (A. BAHAMONDE y L. E. OTERO, eds.), Madrid, 1989, vol. II, pp. 541-560.
- BIZCARRONDO, Marta, "Periódicos españoles en el Instituto Internacional de Historia Social de Amsterdam", Estudios de Historia Social, 2-3, vii-xii-1977, pp. 289-355
- , "Democracia y revolución en la estrategia socialista de la II República", Estudios de Historia Social, 16-17, 1981, pp. 227-459.
- , "La Segunda República: ideologías socialistas", en El socialismo en España. Desde la fundación del PSOE hasta 1975. Anales de Historia de la Fundación Pablo Iglesias Vol.1 (S. JULIA, coord.), Madrid, 1986, pp. 255-274.
- , "En torno a un viejo tema: "reforma" y "revolución" en el socialismo español de la Segunda República", en La Segunda República española. El primer bienio, (J.L. GARCIA DELGADO, ed.), Madrid, 1987, pp. 49-58.
- BOCOS RODRIGUEZ, Concha, "La composición social del Ayuntamiento de Madrid en la Restauración", en La sociedad madrileña durante la Restauración. 1876-1931 (A. BAHAMONDE y L.E. OTERO, eds.), Madrid, 1989, vol. I, pp. 659-677.
- BONET CORREA, Antonio, "Angel Fernández de los Ríos y la génesis del urbanismo contemporáneo", est. prelim. a El futuro Madrid (de A. FERNANDEZ DE LOS RIOS), Barcelona, 1989, pp. VIII-IV.
- BRANDIS, Dolores y MAS, Rafael, "La Ciudad Lineal y la práctica inmobiliaria de la Compañía Madrileña de la Urbanización", Ciudad y Territorio, 3, 1981.
- , Isabel del RIO y Miguel Angel TROITINO, "Génesis y dinámica espacial de la industria en el Ensanche Sur de Madrid (1876-1931)", en La sociedad madrileña durante la Restauración. 1876-1931 (A. BAHAMONDE y L.E. OTERO, eds.), Madrid, 1989, vol. I, pp. 231-249.
- BREY, Gérard, "Appropriation du temps et loisir militant chez les travailleurs galiciens (1871-1911)", en Peuple, mouvement ouvrier, culture dans l'Espagne contemporaine, (J. MAURICE, comp.), Saint-Denis, 1990, pp. 237-244.
- CABEZA SANCHEZ-ALBORNOZ, Sonsoles, "La Constructora Benéfica. 1875-1904", en Madrid en la sociedad del siglo XIX (A. BAHAMONDE y L.E. OTERO, eds.), Madrid, 1986, vol. I, pp. 135-158.
- CABRERA, Mercedes y REY, Fernando del, "Entre la condena y el olvido. Los empresarios y sus organizaciones en la historiografía española", Sociología del Trabajo, 3, primav. 1988, pp. 141-164.
- CAINZOS LOPEZ, Miguel A., "Clase, acción y estructura: de E. P. Thompson al posmarxismo", Zona Abierta, 50, i-iii 1989, pp. 1-69.
- CAMARERO, Antonio, "Madrid finisecular, nuevo modelo demográfico", en Madrid en la sociedad del siglo XIX (A. BAHAMONDE y L.E. OTERO, eds.), Madrid, 1986, vol. II, pp. 289-300.

- CANO LOPEZ, C., "Casas y alquileres en el Antiguo Madrid", Anales del Instituto de Estudios Madrileños, XX, 1983, pp. 171-199.
- CARASA SOTO, Pedro, "Los pósitos en España en el siglo XIX", Investigaciones Históricas, 4 (1982), pp. 249-304.
- CARRASCO CALVO, Salvador, "Teoría y práctica del sindicalismo católico, libre y profesional (1911-1936)", en La crisis de la Restauración: España, entre la primera guerra mundial y la Segunda República (J.L. GARCIA DELGADO, ed.), Madrid, 1986, pp. 315-336.
- CARRERAS, Albert, "La industria: atraso y modernización", en La economía española en el siglo XX. Una perspectiva histórica (J. NADAL, A. CARRERAS y C. SUDRIA, comp.), Barcelona, 1989, pp. 280-312.
- , "Fuentes y datos para el análisis regional de la industrialización española", en Pautas regionales de la industrialización española (siglos XIX y XX) (J. NADAL y A. CARRERAS, dir.), Barcelona, 1990, pp. 3-20.
- CASTELLS, Luis, "Una aproximación al conflicto social en Guipúzcoa. 1890-1923", Estudios de Historia Social, 32-33, i-vi-1985, pp. 261-315.
- , "Los Trabajadores en el País Vasco (1880-1914)", Historia Social, 3, 1990, pp. 59-73.
- CASTILLO, Santiago, "Los orígenes de la organización obrera en España: de la Federación Tipográfica a la Unión General de Trabajadores", Estudios de Historia Social, 26-27, vii-xii-1983, pp. 19-152.
- , "Prólogo" a La cuna de un gigante. Historia de la Asociación General del Arte de Imprimir (de J.J. MORATO), Madrid, 1984, pp. XI-XXXI.
- , "El reformismo en la Restauración. Del Congreso sociológico de Valencia a la Comisión de Reformas Sociales", Estudios de Historia Social, 30, vii-ix-1984, pp. 21-78.
- , "La "irrupción" en sociedad de la agrupación socialista madrileña", en Madrid en la sociedad del siglo XIX (A. BAHAMONDE y L.E. OTERO, eds.), Madrid, 1986, vol. II, pp. 35-69.
- , "Organización y acción política del PSOE hasta 1900", en El socialismo en España. Desde la fundación del PSOE hasta 1975. Anales de Historia de la Fundación Pablo Iglesias Vol. I (S. JULIA, coord.), Madrid, 1986, pp. 9-33.
- , "La travesía del desierto: la prensa socialista (1886-1900)", en Prensa obrera en Madrid 1855-1936, Madrid, 1987, pp. 471-518.
- , "De cómo un aprendiz de tipógrafo se hizo socialista. Juan José Morato", en La sociedad madrileña durante la Restauración. 1876-1931 (A. BAHAMONDE y L.E. OTERO, eds.), Madrid, 1989, vol. II, pp. 391-405.
- , "De cómo un aprendiz de tipógrafo se hizo socialista. Juan José Morato (1864-1938)", en Peuple, mouvement ouvrier, culture dans l'Espagne contemporaine, (J. MAURICE, comp.), Saint-Denis, 1990, pp. 237-244.
- CASTRO, Concepción de, "El pósito de Madrid: evolución y crisis", en Madrid en la sociedad del siglo XIX (A. BAHAMONDE y L.E. OTERO, eds.), Madrid, 1986, vol. II, pp. 229-243.
- CASTRO ALFÍN, Demetrio, "Agitación y orden en la Restauración. ¿Fin del ciclo revolucionario?", Historia Social, 5, otoño 1989, pp. 37-49.
- , "Protesta popular y orden público: los motines de consumos", en España entre dos siglos (1875-1931). Continuidad y cambio (J.L. GARCIA DELGADO, ed.), Madrid, 1991, pp. 109-123.
- CASTRO DE ISIDRO, Fernando, "Socialismo y sindicalismo en Madrid (1911-1915)", Retama, 5, 1987.
- , "Entre cobre y oro. Radicales y socialistas en la huelga general de Río Tinto", Historia Social, 5, otoño 1989, pp. 97-114.
- CELADA, Francisco y RIOS, Josefa, "Localización espacial de la industria madrileña en 1900", en La sociedad madrileña durante la Restauración. 1876-1931 (A. BAHAMONDE y L.E. OTERO, eds.), Madrid, 1989, vol. I, pp. 199-214.
- CERDA, Manuel, "El ludismo", Débats, 13, ix-1985.
- COMIN, Francisco, "La política fiscal en España entre 1874 y 1914: algunas precisiones", en La España de la Restauración: política, economía, legislación y cultura (J.L. GARCIA DELGADO, ed.), Madrid, 1985, pp. 189-212.

- "La economía española en el período de entreguerras (1919-1935)", en La economía española en el siglo XX. Una perspectiva histórica, (J. NADAL, A. CARRERAS y C. SUDRIA, comp.), Barcelona, 1989, pp. 105-149.
- y MARTIN ACEÑA, Pablo, "La política monetaria y fiscal durante la dictadura y la segunda república", Papeles de Economía Española, 20, pp. 236-265.
- COMIN COLOMER, Eduardo, "1917: Un año digno de estudio. Juntas Militares de Defensa, asamblea de parlamentarios y huelga general, exponentes de la crisis política española de 1917", Revista de Estudios Históricos de la Guardia Civil, 11, 1973, pp. 49-76.
- , "El Congreso Confederal de la Comedia", Revista de Trabajo, 49-50, 1975, pp. 205-506 (con nota preliminar de A. ELORZA)
- CONTRERAS, Manuel, "Modelos organizativos y períodos de crisis: el caso del socialismo español", en España, 1898-1936: Estructuras y cambio (J.L. GARCIA DELGADO, ed.), Madrid, 1984, pp. 293-305.
- CORDERO DE CIRIA, José Eugenio y ARRIBAS ALVAREZ, José Francisco, "La inversión en Madrid a través del Registro Mercantil (1876-1901)", en La sociedad madrileña durante la Restauración. 1876-1931 (A. BAHAMONDE y L.E. OTERO, eds.), Madrid, 1989, vol. I, pp. 401-411.
- CRUZ, Rafael, "Crisis del Estado y acción colectiva en el período de entreguerras. 1917-1939", Historia Social, 15, inv. 1993, pp. 119-136.
- CUESTA BUSTILLO, Josefina, "Una perspectiva ante la crisis de 1917-1920. ¿Hubo una respuesta católica?", en M. TUÑÓN DE LARA et al., La crisis del Estado español, 1898-1936, Madrid, 1978, pp. 379-397.
- , "Evolución de la previsión social española en el primer tercio del siglo XX: los primeros seguros sociales en los años veinte", en De la beneficencia al bienestar social. Cuatro siglos de acción social (C. LOPEZ ALONSO, coord.), Madrid, 1986, pp. 195-226.
- DESVOIS, Jean-Michel, "El progreso técnico y la vida económica de la prensa en España de 1898 a 1936", en España, 1898-1936: Estructuras y cambio (J.L. GARCIA DELGADO, ed.), Madrid, 1984, pp. 91-114.
- DIEZ DE BALDEON, Clementina, "Barrios obreros en el Madrid del siglo XIX: ¿Solución o amenaza para el orden burgués?", en Madrid en la sociedad del siglo XIX (A. BAHAMONDE y L.E. OTERO, eds.), Madrid, 1986, vol. I, pp. 117-134.
- DORADO FERNANDEZ, Carlos, "Publicaciones obreras madrileñas hasta 1909 en la Hemeroteca Municipal", en Prensa obrera en Madrid 1855-1936 (S. CASTILLO y L. E. OTERO CARVAJAL, eds.), Madrid, 1987, pp. 667-682.
- , "Publicaciones obreras madrileñas, de 1923 al 18 de julio de 1936, en la Hemeroteca Municipal de Madrid", en Prensa obrera en Madrid 1855-1936 (S. CASTILLO y L. E. OTERO CARVAJAL, eds.), Madrid, 1987, pp. 719-762.
- DURCUX, Rose, "Panaderos franceses de Madrid en el siglo XIX: contribución para una historia del pan en la capital", Anales del Instituto de Estudios Madrileños, 1984, pp. 305-328.
- ELORZA, Antonio, "Los Sindicatos Libres en España: teorías y programas", Revista de Trabajo, 35-36 (Tercer y Cuarto trimestre 1971), pp. 141-413.
- , "Los esquemas socialistas en Pablo Iglesias (1884-1925)", Sistema, 11, 1975, pp. 47-84.
- , "Socialismo y agitación popular en Madrid (1908-1920)", Estudios de Historia Social, 18-19, vii-xii-1981, pp. 229-261.
- , "Nacionalismo económico y renovación política, 1914-1923", en España, 1898-1936: Estructuras y cambio (J.L. GARCIA DELGADO, ed.), Madrid, 1984, pp. 161-175.
- , "Ideología obrera en Madrid: republicanos e internacionales", en Madrid en la sociedad del siglo XIX (A. BAHAMONDE y L.E. OTERO, eds.), Madrid, 1986, vol. II, pp. 9-33.
- , "La formación de la prensa obrera en Madrid", en Prensa obrera en Madrid 1855-1936 (S. CASTILLO y L. E. OTERO CARVAJAL, eds.), Madrid, 1987, pp. 61-104.
- , "Los movimientos sociales en el Madrid de Galdós, del pueblo en armas a la organización obrera", en Madrid en Galdós, Galdós en Madrid, Madrid, 1988, pp. 88-108.
- , "Sobre Madrid y el socialismo: capitalidad y organización obrera", en El socialismo en las

- nacionalidades y regiones. Anales de Historia de la Fundación Pablo Iglesias Vol.3 (S. JULIA, coord.), Madrid, 1988, pp. 71-81.
- , "La cultura de la revuelta en el siglo XIX español", en Peuple, mouvement ouvrier, culture dans l'Espagne contemporaine, (J. MAURICE, comp.), Saint-Denis, 1990, pp. 127-139.
- , Luis ARRANZ y Fernando del REY, "Liberalismo y corporativismo en la crisis de la Restauración", en La crisis de la Restauración: España, entre la primera guerra mundial y la Segunda República (J.L. GARCIA DELGADO, ed.), Madrid, 1986, pp. 5-50.
- ENA BORDONADA, Angela, "La literatura y la sociedad madrileña en la Restauración", en La sociedad madrileña durante la Restauración. 1876-1931 (A. BAHAMONDE y L.E. OTERO, eds.), Madrid, 1989, vol. II, pp. 163-180.
- ESPADAS BURGOS, Manuel, "Abasto y hábitos alimenticios en el Madrid de Fernando VII", [Madrid], [1973]. Es Separata de Cuadernos de Historia, IV, 1973.
- , "Orden social en la mentalidad militar española a comienzos del siglo XX", en España. 1898-1936: Estructuras y cambio (J.L. GARCIA DELGADO, ed.), Madrid, 1984, pp. 345-359.
- , "Madrid, centro de poder político", en Madrid en la sociedad del siglo XIX (A. BAHAMONDE y L.E. OTERO, eds.), Madrid, 1986, vol. I, pp. 179-192.
- , "La base social del conservadurismo madrileño: el partido conservador y el partido liberal", en La sociedad madrileña durante la Restauración. 1876-1931 (A. BAHAMONDE y L.E. OTERO, eds.), Madrid, 1989, vol. II, pp. 13-20.
- , "El Madrid de la Restauración", en VVAA., Visión histórica de Madrid (Siglos XVI al XX), pp. 283-302.
- ESTEVE RAMÍREZ, Francisco, "Prensa y movimientos sociales en la última etapa de la Restauración", en La sociedad madrileña durante la Restauración. 1876-1931 (A. BAHAMONDE y L.E. OTERO, eds.), Madrid, 1989, vol. II, pp. 333-343.
- FERNANDEZ CLEMENTE, Eloy, "Conflictividad social y radicalismo obrero: Zaragoza 1917-1923", en S. CASTILLO et al. (coord.), Estudios de Historia de España: homenaje a Manuel Tuñón de Lara, Madrid, 1981, vol. II.
- FERNANDEZ GARCIA, Antonio, "La crisis de subsistencias en el Madrid del siglo XIX", en Madrid en la sociedad del siglo XIX (A. BAHAMONDE y L.E. OTERO, eds.), Madrid, 1986, vol. II, pp. 191-228.
- "Historia y política", en Madrid en Galdós. Galdós en Madrid, Madrid, 1988, pp. 42-66.
- , "La población madrileña entre 1876 y 1931. El cambio de modelo demográfico", en La sociedad madrileña durante la Restauración. 1876-1931 (A. BAHAMONDE y L.E. OTERO, eds.), Madrid, 1989, vol. I, pp. 29-76.
- FOLGUERA, Pilar, "Espacio público y espacio privado en el Madrid de la Restauración: su influencia en la vida cotidiana", en La sociedad madrileña durante la Restauración. 1876-1931 (A. BAHAMONDE y L.E. OTERO, eds.), Madrid, 1989, vol. I, pp. 315-326.
- FONTANA LAZARO, Josep, "Nacimiento del proletariado industrial y primeras etapas del movimiento obrero", en Cambio económico y actitudes políticas en la España del siglo XIX, Barcelona, 1980.
- , "Algunas consideraciones sobre las grandes etapas de la economía europea en el siglo XX", en La economía española en el siglo XX. Una perspectiva histórica (J. NADAL, A. CARRERAS y C. SUDRIA, comp.), Barcelona, 1989, pp. 9-22.
- y NADAL, Jordi, "España, 1914-1970", en Historia Económica de Europa. Economías contemporáneas, 2a. parte (M. CIPOLLA, ed.), Barcelona, 1970.
- FORCADELL, Carlos, "Apuntes para una historia de los movimientos populares en Aragón", I Congreso de Estudios Aragoneses, Zaragoza, 1978, pp. 281-301.
- , "Zaragoza, 1923. El asesinato del Cardenal Soldevila", Tiempo de Historia, 47, x-1978, pp. 16-23.
- , "Las organizaciones socialistas en Aragón durante la crisis 1917-1923", en S. CASTILLO et al., Historia del socialismo en Aragón. PSOE-UGT (1897-1936), Zaragoza, 1979, pp. 59-77.
- , "La Gran Guerra y la crisis del socialismo español (1914-1918)", Historia 16, 48, 1980, pp. 20-25.

- , "Zaragoza, 1917-1923: conflicto social y violencia política", España, 1898-1936: Estructuras y cambio (J.L. GARCIA DELGADO, ed.), Madrid, 1984, pp. 361-375.
- , "La nueva prensa obrera en la escisión del socialismo español", en Prensa obrera en Madrid 1855-1936 (S. CASTILLO y L. E. OTERO CARVAJAL, eds.), Madrid, 1987, pp. 251-272.
- , "Sobre desiertos y secanos: los movimientos sociales en la historiografía española", Historia Contemporánea, 7 ("Historiografía española reciente"), 1992, pp. 101-116.
- FORNER MUÑOZ, Salvador, "Lucha económica y conflictividad laboral en Alicante durante la Dictadura y la Segunda República", Estudios de Historia Social, 16-17, 1981, pp. 197-226.
- FOX, Elisabeth y GENOVESE, Eugene, "La crisis política de la historia social. La lucha de clases como objeto y como sujeto", Historia Social, 1, primav.-ver. 1988, pp. 77-110.
- FUSI AIZPURUA, Juan Pablo, "Algunas publicaciones recientes sobre la historia del movimiento obrero español", Revista de Occidente, 123, vi-1973, pp. 358-368.
- , "El movimiento obrero en España, 1876-1914", Revista de Occidente, 131, ii-1974, pp. 204-237.
- , "El movimiento socialista en España (1879-1939)", Actualidad Económica, 845, 25-v-1974, pp. 59-94.
- GABRIEL, Pere, "El anarquismo en España", en G. WOODCOCK et al., El anarquismo. Historia de las ideas y movimientos libertarios, Barcelona, 1979, pp. 330-388.
- , "La población obrera catalana, ¿una población industrial?", Estudios de Historia Social, 32-33, i-vi-1985, pp. 191-259.
- , "Bibliografía reciente sobre el anarquismo y el sindicalismo en España, 1870-1923", Historia Social, 1, primav.-ver. 1988, pp. 45-54.
- , "Sindicalismo y sindicatos socialistas en Cataluña, 1888-1938", Historia Social, 8, otoño 1990, pp. 47-71.
- GALIANA, L., "La labor de la Compañía Urbanizadora Metropolitana en el Madrid de la preguerra", Ciudad y Territorio, 71, 1987, pp. 43-55.
- GARCIA BALLESTEROS, Aurora, "Aproximación a la geografía electoral de Madrid", Anales del Instituto de Estudios Madrileños, 1979, pp. 503-542.
- GARCIA DELGADO, José Luis, "La economía española entre 1900 y 1923", en Revolución burguesa, oligarquía y constitucionalismo (1834-1923), t. VIII de Historia de España, (M. TUNON DE LARA, dir.), Madrid, 1981, pp. 417-458.
- , "El ciclo industrial de la economía española entre 1914 y 1922", Estudios de Historia Social, 24-25, 1983, pp. 7-22.
- , "La industrialización española en el primer tercio del siglo XX", en Los comienzos del siglo XX. la población, la economía, la sociedad (1898-1931), t. XXXVII de la Historia de España de Menéndez Pidal (J. M. JOVER ZAMORA, dir.), Madrid, 1984, pp. 3-171.
- , "De la protección arancelaria al corporativismo", en España, 1898-1936: Estructuras y cambio, Madrid, 1984, pp. 117-136.
- , "Política económica y defensa de la industria nacional en España, 1898-1922", Papeles de Economía Española, 20, 1984, pp. 203-215.
- , "Nacionalismo económico e intervención estatal, 1900-1930", en La modernización de la economía española 1830-1930 (N. SANCHEZ ALBORNOZ, comp.), Madrid, 1985, pp. 176-195.
- , "Factores impulsores de la industrialización de Madrid", en La sociedad madrileña durante la Restauración, 1876-1931 (A. BAHAMONDE y L.E. OTERO, eds.), Madrid, 1989, vol. I, pp. 329-335.
- , "La economía de Madrid en el marco de la industrialización española", en Pautas regionales de la industrialización española (siglos XIX y XX) (J. NADAL y A. CARRERAS, dir.), Barcelona, 1990, pp. 219-256.
- , "Madrid en los decenios interseculares: la economía de una naciente capital moderna", Las ciudades en la modernización de España. Los decenios interseculares, Madrid, 1992, pp. 405-414.
- GARCIA LOPEZ, José, "El programa económico y financiero de Santiago Alba", Papeles de Economía Española, 20, 1984, pp. 216-235.
- GARCIA NINET, J.I., "Elementos para el estudio de la evolución histórica del derecho español del

- trabajo desde 1855 a 1931", Revista de Trabajo, 51 y 52, 1975, pp. 37-132 y 5-124.
- GERMAN ZUBERO, Luis, "Aportaciones para un estudio del movimiento obrero en Aragón", Cuadernos Aragoneses de Economía, 1, 1975-1976, pp. 86-107.
- GIL IBÁÑEZ, Santos, "Un intento de homogeneización de las clasificaciones profesionales en España (1860-1930)", Revista Internacional de Sociología, 25, i-iii-1978, pp. 7-40.
- , "La población activa en los primeros censos estadísticos y la provincia de Madrid (1860-1930)", en Primeras Jornadas de Estudios sobre la provincia de Madrid, (DIPUTACION PROVINCIAL DE MADRID, ed.), Madrid, 1930, pp. 657-665.
- GIL NOVALES, Alberto, "La conflictividad social bajo la Restauración (1875-1917)", Trienio, 7, v-1986, pp. 73-217.
- GOMEZ MENDOZA, Antonio, "Los efectos del ferrocarril sobre la economía española, 1855-1913", Papeles de Economía Española, 20, 1984, pp. 155-168.
- , "Transporte y crecimiento económico (1830-1930)", en La modernización de la economía española 1830-1930 (N. SANCHEZ ALBORNOZ, comp.), Madrid, 1985, pp. 102-120.
- , "La industria de la construcción residencial en Madrid, 1820-1935", Moneda y Crédito, 117, vi-1986, pp. 53-81.
- , "Ferrocarril, abastecimientos y mercado nacional: Madrid, 1875-1931", en La sociedad madrileña durante la Restauración. 1876-1931 (A. BAHAMONDE y L.E. OTERO, eds.), Madrid, 1989, vol. I, pp. 351-375.
- y SIMPSON, J., "El consumo de carne en Madrid durante el primer tercio del siglo XX", Moneda y Crédito, 186, ix-1988, pp. 57-90.
- GONZALEZ CALBET, Teresa, "La destrucción del sistema político de la Restauración: el golpe de septiembre de 1923", en La crisis de la Restauración: España, entre la Primera Guerra Mundial y la Segunda República, (J.L. GARCIA DELGADO, ed.), Madrid, 1986, pp. 101-120.
- GONZALEZ CALLEJA, Eduardo, "La defensa armada del orden social durante la dictadura de Primo de Rivera (1923-1930)", en España entre dos siglos. 1875-1931. Continuidad y cambio (J.L. GARCIA DELGADO, ed.), Madrid, 1991, pp. 61-108.
- , "La razón de la fuerza. Una perspectiva de la violencia política en la España de la Restauración", en Ayer. Violencia y política en España (J. AROSTEGUI, dir.), 13, 1994, pp. 85-113.
- GONZALEZ FERNANDEZ, Angeles, "Condiciones de trabajo y conflictividad laboral de la mujer trabajadora en Sevilla. 1900-1917", Historia Social, 13, primav.-ver. 1992, pp. 39-51.
- GONZALEZ MARTIN, Francisco Javier, "Crisis existencial y lucha de clases en el Madrid barojiano", en La sociedad madrileña durante la Restauración. 1876-1931 (A. BAHAMONDE y L.E. OTERO, eds.), Madrid, 1989, vol. II, pp. 251-264.
- GUERENA, Jean-Louis, "Les socialistes espagnols et la culture. La "Casa del Pueblo" de Madrid au début du XXe. siècle", Peuple, mouvement ouvrier, culture dans l'Espagne contemporaine. Cultures populaires, cultures ouvrières en Espagne de 1840 à 1936 (J. MAURICE, comp.), Saint-Denis, PUV, 1990, pp. 23-37.
- , "Hacia una historia socio-cultural de las clases populares en España (1840-1920)", Historia Social, 11, otoño 1991, pp. 147-164.
- GUTIERREZ GARCIA, María Angeles, "Acción Socialista, 1914-1915", en Prensa obrera en Madrid 1855-1936 (S. CASTILLO y L. E. OTERO CARVAJAL, eds.), Madrid, 1987, pp. 625-645.
- y MARTINEZ DE MADARIAGA, Ricardo, "La especialización geográfica del centro de Madrid como área de servicios", en La sociedad madrileña durante la Restauración. 1876-1931 (A. BAHAMONDE y L.E. OTERO, eds.), Madrid, 1989, vol. I, pp. 459-477.
- GUTIERREZ NIETO, Juan I., "Abastecimiento de Madrid en la Edad Moderna", en VVAA., Visión histórica de Madrid (Siglos XVI al XX), Madrid, 1991, pp. 143-160.
- GUTIERREZ SANCHEZ, María Mercedes, "Anarquistas en el Madrid de la Restauración", en Madrid en la sociedad del siglo XIX (A. BAHAMONDE y L.E. OTERO, eds.), Madrid, 1986, vol. II, pp. 97-116.
- HERMIDA, Carlos, "Coyuntura económica y agitaciones campesinas en Castilla la Vieja (1914-1923)", Estudios de Historia Social, 18-19, vii-xii-1981, pp. 193-227.

- y GARCIA SANCHEZ, Elena, "El Retiro Obrero Obligatorio en España: génesis y desarrollo (1917-1931)", Estudios de Historia Social, 14, vi-ix-1980, pp. 7-57.
- JIMENEZ ARAYA, Tomás, "Formación de capital y fluctuaciones económicas. Materiales para el estudio de un indicador: creación de sociedades mercantiles en España entre 1886-1970", Hacienda Pública Española, 27, 1974, pp. 137-185.
- JOVER ZAMORA, José María, "Conciencia burguesa y conciencia obrera en la España contemporánea", en Política, diplomacia y humanismo popular, Madrid, 1976.
- JULIA DIAZ, Santos, "Luchas obreras y políticas de Frente Popular en Madrid, 1931-1936", Estudios de Historia Social, 16-17, i-vi-1981, pp. 131-141.
- , "Un sindicalismo de movilización de masa en el Madrid de la Segunda República", en S. CASTILLO et al. (coord.), Estudios de Historia de España: homenaje a Manuel Tuñón de Lara, Madrid, 1981, vol. II.
- , "Marx y la clase obrera de la revolución industrial", En Teoría, 8-9, x-1981-iii-1982, pp. 99-135.
- , "Fieles y mártires. Raíces religiosas de algunas prácticas sindicales en la España de los años treinta", Revista de Occidente, 23 (1983), pp. 61-75.
- , "Votar en Madrid", Revista de Occidente, 27-28, viii-ix-1983, pp. 93-110.
- , "Continuidad y ruptura en el socialismo español del siglo XX", Leviatán, 17, 1984, pp. 121-130.
- , "Fracaso de una insurrección y derrota de una huelga: los hechos de octubre en Madrid", Estudios de Historia Social, 31, 1984, pp. 37-47.
- , "Los socialistas y el escenario de la futura revolución", en VVAA., Octubre 1934. Cincuenta años para la reflexión, Madrid, 1985, pp. 103-130.
- , "Objetivos políticos de la legislación laboral", en La Segunda República española: el primer bienio (J.L. GARCIA DELGADO, ed.), Madrid, 1987, pp. 27-47.
- , "Prensa obrera en Madrid en los primeros años treinta", en Prensa obrera en Madrid 1855-1936 (S. CASTILLO y L. E. OTERO CARVAJAL, eds.), Madrid, 1987, pp. 339-352.
- , "De revolución popular a revolución obrera", Historia Social, 1, prim.-ver. 1988, pp. 29-43.
- , "De poblachón mal construido a esbozo de gran capital: Madrid en el umbral de los años treinta", en La sociedad madrileña durante la Restauración. 1876-1931 (A. BAHAMONDE y L.E. OTERO, eds.), Madrid, 1989, vol. I, pp. 137-149.
- , "Poder y revolución en la cultura política del militante obrero español", en Peuple, mouvement ouvrier, culture dans l'Espagne contemporaine, (J. MAURICE, comp.), Saint-Denis, 1990, pp. 179-191.
- , "En los orígenes del gran Madrid", en Las ciudades en la modernización de España. Los decenios interseculares, (J.L. GARCIA DELGADO, ed.), Madrid, 1992, pp. 415-429.
- , "La historia social y la historiografía española", Ayer. La historia en el 92 (J.P. FUSI, ed.), 10, 1993, pp. 29-46.
- JUTGLAR, Antoni, "Notas para la historia del socialismo en España", Revista de Trabajo, 7, 1964, pp. 21-47.
- KIRK, Neville, "En defensa de la clase. Crítica a algunas aportaciones revisionistas sobre la clase obrera inglesa en el siglo XIX", Historia Social, 12, inv. 1992, pp. 59-100.
- KOCKA, Jürgen, "Problems of Working-Class Formation in Germany: The Early Years, 1800-1875", en Working-Class Formation. Nineteenth-Century Patterns in Western Europe and the United States, (I. KATZNELSON y A. R. ZOLBERG, eds.), Princeton (N.J.), 1986, pp. 279-351.
- , "Los artesanos, los trabajadores y el Estado: hacia una historia social de los comienzos del movimiento obrero alemán", Historia Social, 12, inv. 1992, pp. 101-118.
- KRIEGLER, Annie, "La Segunda Internacional (1889-1914)", en Historia general del socialismo. 2. De 1875 a 1918 (J. DROZ, dir.), Barcelona, 1985, vol. II, pp. 747-786.
- LANDES, David S., "Revolución industrial y proceso de industrialización", en La Revolución industrial, Barcelona, 1988, pp. 380-405.
- LASA AYESTARAN, Eugenio, "Apuntes para el estudio de las luchas sociales en Vizcaya durante los años 1917-1920", en Movimiento obrero, política y literatura en la España Contemporánea, Madrid, 1974.
- , "Socialismo en Vizcaya: la huelga general de mayo de 1890", Tiempo de Historia, Madrid, 7,

- 1975, pp. 14-25.
- LESTA, Francisco, "Un resumen del desarrollo urbanístico de Madrid", Hogar y Arquitectura, 75, 1979.
- MACARRO VERA, José Manuel, "Los conflictos sociales en la ciudad de Sevilla en los años 1918-1920", en R. RODRIGUEZ AGUILERA et al., Seis estudios sobre el proletariado andaluz (1868-1939), Córdoba, 1984.
- MAESTRE ALFONSO, Juan, "El movimiento anarcosindicalista", Revista de Trabajo, 8, 1964, pp. 39-133.
- MALERBE, Pierre, "España, entre la crisis económica de posguerra (1920-1921) y la Dictadura", Cuadernos Económicos de ICE, 10, 1979, pp. 65-82.
- MALUQUER DE MOTES, Jordi, "Los orígenes del movimiento obrero español, 1834-1874", en Los comienzos del siglo XX en España (J. M. JOVER ZAMORA, dir.), tomo XXXIV de la Historia de España de Menéndez Pidal, Madrid, 1984, pp. 771-815.
- , "De la crisis colonial a la guerra europea: veinte años de economía española", en La economía española en el siglo XX. Una perspectiva histórica, (J. NADAL, A. CARRERAS y C. SUDRIA, comp.), Barcelona, 1989, pp. 62-104.
- MARTI, Casimir, "Panorama de los estudios monográficos recientes sobre el movimiento obrero español entre 1900 y 1936", en Movimiento obrero, política y literatura en la España Contemporánea, Madrid, 1974, pp. 24-52.
- MARTIN ACEÑA, Pablo, "Desarrollo y modernización del sistema financiero, 1844-1935", en La modernización de la economía española 1830-1930 (N. SANCHEZ ALBORNOZ, comp.), Madrid, 1985, pp. 121-146.
- , "La política monetaria durante la Restauración, 1874-1914", en La España de la Restauración: política, economía, legislación y cultura (J.L. GARCIA DELGADO, ed.), Madrid, 1985, pp. 171-187.
- MARTIN NAJERA, Aurelio, "Prensa obrera en Madrid, 1855-1936 (Fondos depositados en la Fundación Pablo Iglesias)", en Prensa obrera en Madrid 1855-1936 (S. CASTILLO y L. E. OTERO CARVAJAL, eds.), Madrid, 1987, pp. 683-695.
- MARTIN RAMOS, José Luis, "Anàlisi del moviment vaguístic a Barcelona (1914-1923)", Recerques, 20, Barcelona, 1988.
- , "De la tregua a la expansión reivindicativa. El arranque de la explosión huelguística en Barcelona (1914-1916)", Historia Social, 5, otoño 1989, pp. 115-128.
- MARTINEZ CUADRADO, Miguel, "Las elecciones en Madrid durante la Restauración. Análisis y evolución de las corrientes políticas" en La sociedad madrileña durante la Restauración. 1876-1931 (A. BAHAMONDE y L.E. OTERO, eds.), Madrid, 1989, vol. II, pp. 21-26.
- MARTINEZ DORADO, Gloria, "La formación del Estado y la acción colectiva en España: 1808-1845", Historia Social, 15, inv. 1993, pp. 101-116.
- MARTINEZ LORENTE, Gaspar, "El mundo social de Correos y Telégrafos, 1700-1936", Historia 16, 205, v-1993, pp. 54-64.
- , Pilar GONZALEZ DIAZ y Emilio SANCHEZ ARIAS, "Los trabajadores de Correos y Telégrafos. De las juntas de defensa a los sindicatos de clase (1918-1931)", en La sociedad madrileña durante la Restauración. 1876-1931 (A. BAHAMONDE y L.E. OTERO, eds.), Madrid, 1989, vol. II, pp. 493-504.
- MARTINEZ MARTIN, Jesús A., "Las elecciones municipales en la crisis de la Restauración: Madrid, 1917", en La crisis de la Restauración: España, entre la primera guerra mundial y la Segunda República (J.L. GARCIA DELGADO, ed.), Madrid, 1986, pp. 121-148.
- MARTINEZ DE PISON, E., "La formación de los suburbios madrileños en el paso del siglo XIX al XX", Boletín Informativo del Seminario de Derecho Político, (Salamanca), 31, 1964, pp. 251-257.
- MARTINEZ QUINTERO, Esther, "El nacimiento de la previsión social (1900-1917). Las primeras soluciones al problema de la vejez. Entre la previsión y la beneficencia", en De la beneficencia al bienestar social. Cuatro siglos de acción social (C. LOPEZ ALONSO, coord.), Madrid, 1986, pp. 177-194.

- MAS, Rafael, "Crecimiento espacial y mercado del suelo periférico en los inicios de la Restauración", en La sociedad madrileña durante la Restauración. 1876-1931 (A. BAHAMONDE y L.E. OTERO, eds.), Madrid, 1989, vol. I, pp. 103-135.
- MATEO DEL PERAL, Diego, "Aproximación a un estudio sociológico de las autoridades económicas en España (1868-1915)", en La Banca española en la Restauración (G. TORTELLA, dir.), Madrid, 1974, vol. I, pp. 15-106.
- MAURICE, Jacques, "Sobre la penetración del marxismo en España", Estudios de Historia Social, 8-9, 1979, pp. 65-73.
- , "Campesinos de Jerez (1902-1933)", Estudios de Historia Social, 10-11, vii-xii-1979, pp. 61-114.
- , "A propósito del trienio bolchevique", en La crisis de la Restauración: España, entre la primera guerra mundial y la Segunda República (J.L. GARCIA DELGADO, ed.), Madrid, 1986, pp. 337-347.
- MEAKER, Gerald H., "Anarquistas contra sindicalistas: conflictos en el seno de la Confederación Nacional del Trabajo, 1917-1923", en Política y sociedad en la España del siglo XX (S. G. PAYNE, ed.), Madrid, 1978, pp. 45-107.
- MIGUEL, Amando de, "La población en Madrid en los primeros años del siglo", Revista Española de Investigaciones Sociológicas, 19, vii-ix-1982, pp. 55-71.
- MIGUELEZ LOBO, Faustino, "Corporatismo y relaciones laborales en Europa en tiempo de crisis", Revista Española de Investigaciones Sociológicas, 30, i-vi-1985, pp. 149-178.
- MINA, Marfa Cruz, "Elecciones y partidos en Navarra (1891-1923)", en La España de la Restauración: política, economía, legislación y cultura (J.L. GARCIA DELGADO, ed.), Madrid, 1985, pp. 111-129.
- MONTERO, Feliciano, "La polémica sobre el intervencionismo y la primera legislación obrera en España: 1890-1900", Revista de Trabajo, 59-62, 1980-1981 (varios números).
- MORADIELLOS, Enrique, "La fundación del Sindicato Minero Asturiano", Historia 16, 138, 1987, pp. 27-31.
- MORAL SANDOVAL, Enrique, "El socialismo y la dictadura de Primo de Rivera", en El socialismo en España. Desde la fundación del PSOE hasta 1975. Anales de Historia de la Fundación Pablo Iglesias Vol.1 (S. JULIA, coord.), Madrid, 1986, pp. 191-211.
- , "El Socialista (1913-1936)", en Prensa obrera en Madrid 1855-1936 (S. CASTILLO y L. E. OTERO CARVAJAL, eds.), Madrid, 1987, pp. 519-546.
- MORANGE, Claude, "De "manola" a obrera. (La revuelta de las cigarreras de Madrid en 1830. Notas sobre un conflicto de trabajo)", Estudios de Historia Social, 12-13, i-vi-1980, pp. 307-321.
- MORI, Giorgio, "El proceso de industrialización y la industrialización en Italia", en D.S. LANDES, P. MATHIAS et al., La Revolución industrial, Barcelona, 1988, pp. 222-260.
- MOSS, B.H., The origins of the French labor movement: The socialism of skilled workers 1830-1914, Berkeley-Los Angeles, 1976.
- MOTA MURILLO, Rafael, "Canciones madrileñas de trabajo: anotaciones a un cancionero", Anales del Instituto de Estudios Madrileños, 1983, pp. 327-362.
- MUÑOZ GARCIA, Juan, "La expansión bancaria entre 1919 y 1926: la formación de una banca "nacional"", Cuadernos Económicos de ICE, 6, 1978.
- , "La Banca privada y la consolidación del nacionalismo económico", en España, 1898-1936: Estructuras y cambio (J.L. GARCIA DELGADO, ed.), Madrid, 1984, pp. 179-187.
- , Santiago ROLDAN y Angel SERRANO, "La vía nacionalista del capitalismo español. I. Orígenes y desarrollo (1874-1923)", Cuadernos Económicos de ICE, 5, i-1978.
- NADAL, Antonio, "La formación del movimiento obrero en Málaga", Estudios de Historia Social, 15, 1980.
- NADAL, Jordi, "El fracaso de la Revolución industrial en España. Un balance historiográfico", en D.S. LANDES, P. MATHIAS et al., La Revolución industrial, Barcelona, 1988, pp. 261-287.
- , "La industria fabril española en 1900. Una aproximación", La economía española en el siglo XX. Una perspectiva histórica, Barcelona, 1989, pp. 23-61.

- NASH, Mary, "La problemática de la mujer y el movimiento obrero en España", en Teoría y práctica del movimiento obrero en España (1900-1936) (A. BALCELLS, dir.), Valencia, 1977, pp. 241-279.
- NIELFA CRISTOBAL, Gloria, "El "Registro del Trabajo" del Ayuntamiento de Madrid y el problema social en los umbrales del siglo XX (1899-1900)", en Estudios de Historia de España. Homenaje a Manuel Tuñón de Lara, Madrid, 1981, pp. 465-479.
- , "Las mujeres en el comercio madrileño del primer tercio del siglo XX", en VVAA., Mujer y sociedad en España (1700-1975), Madrid, 1982, pp. 299-332.
- , "La distribución del comercio en Madrid en la primera década del siglo XX", Cuadernos de Historia Moderna y Contemporánea, 4, Madrid, 1983, pp. 119-139.
- , "Conflictos de intereses entre los comerciantes establecidos y la venta ambulante en Madrid (1900-1930)", Anales del Instituto de Estudios Madrileños, XXI, Madrid, 1984, pp. 469-482.
- , "Las dependientas de comercio, un ejemplo peculiar de trabajo "femenino" en Madrid, en el primer tercio del siglo XX", en VVAA., La mujer en la historia de España (siglos XVI-XX), Madrid, 1984, pp. 159-175.
- , "Mercado y organización de trabajo en el comercio, 1883-1931", Estudios de Historia Social, 30, vii-ix-1984, pp. 137-148.
- , "Madrid en la crisis finisecular", en Madrid en la sociedad del siglo XIX, (A. BAHAMONDE y L.E. OTERO, eds.), Madrid, 1986, vol. I, pp. 263-283.
- , "La prensa sindical de los dependientes de comercio", en Prensa obrera en Madrid 1855-1936 (S. CASTILLO y L. E. OTERO CARVAJAL, eds.), Madrid, 1987, pp. 273-301.
- , "El comercio madrileño entre "La Fontana de Oro" y "Madrid-París"", en Madrid en Galdós. Galdós en Madrid, Madrid, 1988, pp. 124-138.
- , "Las estructuras comerciales en Madrid, 1900-1931: el minifundismo comercial", en La sociedad madrileña durante la Restauración. 1876-1931 (A. BAHAMONDE y L.E. OTERO, eds.), Madrid, 1989, vol. I, pp. 429-458.
- , "La economía de Madrid: desde la crisis colonial hasta el final de la guerra civil", Historia de Madrid, (A. FERNANDEZ, dir.), Madrid, 1993, pp. 665-679.
- NUÑEZ ORGAZ, Adela, "'Las modistillas' de Madrid, tradición y realidad (1884-1920)", en La sociedad madrileña durante la Restauración. 1876-1931 (A. BAHAMONDE y L.E. OTERO, eds.), Madrid, 1989, vol. II, pp. 435-450.
- OLABARRI GORTAZAR, Ignacio, "El mundo del trabajo: organizaciones profesionales y relaciones laborales", en Historia general de España y América. Revolución y Restauración (1868-1931) (J. ANDRES-GALLEGO, dir.), vol. XVI (2), Madrid, 1982, pp. 559-652.
- ORTEGA CARNICER, Antonio, "Jornaleros y mendigos en el trienio constitucional", en Madrid en la sociedad del siglo XIX, (A. BAHAMONDE y L.E. OTERO, eds.), Madrid, 1986, vol. II, pp. 117-124.
- ORTI, Alfonso, "Para analizar el populismo. Movimiento, Ideología y discurso populistas. (El caso de Joaquín Costa: populismo agrario y populismo españolista imaginario)", Historia Social, 2, otoño 1988, pp. 75-98.
- ORTIZ ARMENGOL, Pedro, "El urbanismo madrileño y su evolución histórico-social", en Madrid en Galdós. Galdós en Madrid, Madrid, 1988, pp. 68-88.
- OTAEGUI, Margarita, "Organización obrera y nacionalismo: Solidaridad de Obreros Vascos (1911-1923)", Estudios de Historia Social, 18-19, vii-xii-1981, pp. 229-261.
- OTERO CARVAJAL, Luis Enrique, "Ciencia y cultura en Madrid, siglo XX. Edad de plata, tiempo de silencio y mercado cultural", en Historia de Madrid (A. FERNANDEZ, dir.), Madrid, 1993, pp. 607-737.
- PALACIO MORENA, Juan Ignacio, "Crisis política y crisis institucional: la experiencia del Instituto de Reformas Sociales en el período 1914-1924", en La crisis de la Restauración: España, entre la primera guerra mundial y la Segunda República (J.L. GARCIA DELGADO, ed.), Madrid, 1986, pp. 271-289.
- PANIAGUA, Xavier y PRATS, Joaquín, "Contribución al estudio del movimiento huelguístico del País Valenciano. 1905-1935", en Primer Congreso de Historia del País Valenciano, IV,

- Valencia, 1975, pp. 533-580.
- PARAMIO, Ludolfo, "Por una interpretación revisionista del movimiento obrero europeo", Zona Abierta, 8-9, 1981-82, pp. 137-183.
- , "Revolución y conciencia preindustrial en octubre de 1934", en VVAA., Octubre 1934. Cincuenta años para la reflexión, Madrid, 1985, pp. 301-315.
- , "Defensa e ilustración de la sociología histórica", Zona Abierta, 38, i-iii-1986, pp. 1-18.
- PAZ, María Antonia, "La rebelión de la prensa madrileña ante el monopolio informativo de la agencia Havas. 1900-1901", en La sociedad madrileña durante la Restauración. 1876-1931 (A. BAHAMONDE y L.E. OTERO, eds.), Madrid, 1989, vol. II, pp. 291-298.
- PENEDO COBO, Julio, "Implantación del clero en el Ensanche Norte durante la Restauración (1875-1931)", en La sociedad madrileña durante la Restauración. 1876-1931 (A. BAHAMONDE y L.E. OTERO, eds.), Madrid, 1989, vol. I, pp. 251-265.
- PEREZ DE LA DEHESA, Rafael, "Editoriales e ingresos literarios a principios de siglo", Revista de Occidente, 71, ii-1969, pp. 217-228.
- PEREZ GARZON, Juan Sisinio, "La revolución burguesa en España: los inicios de un debate científico, 1966-1979", en Historiografía española contemporánea. X Coloquio del Centro de Investigaciones Hispánicas de la Universidad de Pau. Balance y resumen (M. TUNON DE LARA, dir.), Madrid, 1980, pp. 93-138.
- PEREZ LEDESMA, Manuel, "La primera etapa de la Unión General de Trabajadores (1888-1917)", en Teoría y práctica del movimiento obrero en España (1900-1936) (A. BALCELLS, dir.), Valencia, 1977, pp. 113-171.
- , "La Unión General de Trabajadores: socialismo y reformismo", Estudios de Historia Social, 8-9, 1979, pp. 217-225.
- , "El movimiento obrero antes de octubre: de la moderación a la violencia revolucionaria", en VVAA., Octubre 1934. Cincuenta años para la reflexión, Madrid, 1985, pp. 209-229.
- , "Clases sociales e historia. Algunas precisiones en torno a un concepto", en La crisis de la Restauración: España, entre la Primera Guerra Mundial y la Segunda República, (J.L. GARCIA DELGADO, ed.), Madrid, 1986, pp. 417-429.
- , "La Comisión de Reformas Sociales y la cuestión social durante la Restauración", en De la beneficencia al bienestar social. Cuatro siglos de acción social (C. LOPEZ ALONSO, coord.), Madrid, 1986, pp. 155-166.
- , "Partido y sindicato: unas relaciones no siempre fáciles", en El socialismo en España. Desde la fundación del PSOE hasta 1975. Anales de Historia de la Fundación Pablo Iglesias Vol. I (S. JULIA, coord.), Madrid, 1986, pp. 213-229.
- , "Historia del movimiento obrero. Viejas fuentes, nueva metodología", Studia Historica, VI-VII, 1990.
- PEREZ MOREDA, Vicente, "La modernización demográfica, 1800-1930. Sus limitaciones y cronología", en La modernización de la economía española 1830-1930 (N. SANCHEZ ALBORNOZ, comp.), Madrid, 1985, pp. 25-61.
- PEREZ YRUELA, Manuel y GINER, Salvador, "Corporatismo: el estado de la cuestión", Revista Española de Investigaciones Sociológicas, 31, vii-ix-1985, pp. 9-45.
- , "Sobre el origen, naturaleza y modalidades del corporatismo", en El corporatismo en España, Barcelona, 1988, pp. 15-65.
- PIQUERAS ARENAS, José A., "Sindicatos y ámbito sindical. Interpretación del ugetismo valenciano", Historia Social, 9, inv. 1991, pp. 17-50.
- PORTELA, Luis, "El nacimiento y los primeros pasos del movimiento comunista en España", Estudios de Historia Social, 14, vii-ix-1980, pp. 191-217.
- PRESTON, Paul, "Los orígenes del cisma socialista: 1917-1931", Cuadernos de Ruedo Ibérico, 49-50, 1976, pp. 11-40.
- RALLE, Michel, "'La Emancipación' y el primer grupo 'marxista' español: rupturas y permanencias", Estudios de Historia Social, 8-9, i-vi-1979, pp. 93-128.
- , "¿Divergencias socialistas? Madrid y Bilbao ante el conflicto minero de 1891", Estudios de Historia Social, 15, x-xii-1980, pp. 179-214.

- , "Socialistas madrileños (De los orígenes de la Agrupación a 1910)", Estudios de Historia Social, 22-23, vii-xii-1982, pp. 321-357.
- , "La cultura política del primer socialismo español", en El socialismo en España. Desde la fundación del PSOE hasta 1975. Anales de Historia de la Fundación Pablo Iglesias Vol. I (S. JULIA, coord.), Madrid, 1986, pp. 55-85.
- , "Escribir desde la capital: la prensa obrera madrileña durante la Restauración (1881-1902)", en Prensa obrera en Madrid 1855-1936 (S. CASTILLO y L. E. OTERO CARVAJAL, eds.), Madrid, 1987, pp. 153-166.
- , "Un 'socialisme des métiers'? Culture politique ouvrière et 'obreros de artes y oficios' (1870-1900)", en Peuple, mouvement ouvrier, culture dans l'Espagne contemporaine (J. MAURICE, dir.), Saint-Denis, 1990, pp. 169-178.
- RAMIREZ JIMENEZ, Manuel, "El cambio político en la España del primer tercio del siglo XX", en España, 1898-1936: Estructuras y cambio (J.L. GARCIA DELGADO, ed.), Madrid, 1984, pp. 253-269.
- RAMOS, María Dolores, "El nivel de vida del proletariado malagueño en la Primera Guerra Mundial", Estudios de Historia Social, 18-19, vii-xii-1981, pp. 263-294.
- , "Historia de una huelga perdida. Organización y derrota de la dependencia mercantil de Málaga (1919)", Estudios de Historia Social, 42-43, vii-xii-1987, pp. 237-273.
- REIG, Ramir, "Populisme", Débats, 12, vi-1985.
- , "Reivindicación moderada del populismo", Historia Social, 2, otoño 1988, pp. 37-50.
- REY REGUILLO, Fernando del, "Actitudes políticas y económicas de la patronal catalana (1917-1923)", Estudios de Historia Social, 24-25, i-vi-1983, pp. 23-148.
- , "La prensa del poder económico y de las organizaciones patronales en la crisis de la Restauración (1917-1923)", en La prensa de los siglos XIX y XX. Metodología, ideología e información. Aspectos económicos y tecnológicos. I Encuentro de Historia de la Prensa (M. TUÑÓN DE LARA, ed.), Bilbao, 1986, pp. 221-232.
- , "Ciudadanos honrados y somatenistas. El orden y la subversión en la España de los años 20", Estudios de Historia Social, 42-43, vii-xii-1987, pp. 97-150.
- , "Trabajador Libre. Un raro en la lucha social madrileña de los años veinte", en Prensa obrera en Madrid 1855-1936 (S. CASTILLO y L. E. OTERO CARVAJAL, eds.), Madrid, 1987, pp. 317-336.
- , "La defensa burguesa frente al obrerismo en Madrid. La Unión Ciudadana (1919-1923)", en La sociedad madrileña durante la Restauración. 1876-1931 (A. BAHAMONDE y L.E. OTERO, eds.), Madrid, 1989, vol. II, pp. 527-539.
- RIBAS, Pedro, "Sobre la introducción del marxismo en España", Estudios de Historia Social, 5-6, 1978, pp. 317-360.
- , "El carácter de la recepción del marxismo por el socialismo español hasta 1918", en El socialismo en España. Desde la fundación del PSOE hasta 1975. Anales de Historia de la Fundación Pablo Iglesias Vol. I (S. JULIA, coord.), Madrid, 1986, pp. 35-54.
- RINGROSE, David R., "Ciudad, país y revolución burguesa: Madrid, del siglo XVIII al siglo XIX", en Madrid en la sociedad del siglo XIX (A. BAHAMONDE y L.E. OTERO, eds.), Madrid, 1986, vol. I, pp. 301-323.
- RIVAS LARA, Lucía, "Las celebraciones del 1º de Mayo en el Madrid de la Restauración, 1890-1930", en La sociedad madrileña durante la Restauración. 1876-1931 (A. BAHAMONDE y L.E. OTERO, eds.), Madrid, 1989, vol. II, pp. 451-465.
- , "Ritualización socialista del 1º de Mayo. ¿Fiesta, huelga, manifestación?", Historia Contemporánea, 3, 1990, pp. 45-57.
- ROBLES EGEA, Antonio, "La conjunción republicano-socialista", en El socialismo en España. Desde la fundación del PSOE hasta 1975. Anales de Historia de la Fundación Pablo Iglesias Vol. I (S. JULIA, coord.), Madrid, 1986, pp. 109-130.
- , "Pasión y agitación políticas en Madrid: la crisis del otoño de 1909 y la primavera de 1917", en La sociedad madrileña durante la Restauración. 1876-1931 (A. BAHAMONDE y L.E. OTERO, eds.), Madrid, 1989, vol. II, pp. 69-76.

- ROCH, Fernando, "Reflexiones sobre la reordenación urbanística en el Madrid de mediados del XIX", en Madrid en la sociedad del siglo XIX (A. BAHAMONDE y L.E. OTERO, eds.), Madrid, 1986, vol. I, pp. 89-96.
- RODRIGUEZ, Ramón, "El proletariado andaluz como caso social (1913-1920)", Estudis d'Historia Agraria, 2, 1979, pp. 171-191.
- RODRIGUEZ CHUMILLAS, Isabel, "La propiedad inmobiliaria en Madrid: 1870-1890", en La sociedad madrileña durante la Restauración. 1876-1931 (A. BAHAMONDE y L.E. OTERO, eds.), Madrid, 1989, vol. I, pp. 175-197.
- RODRIGUEZ FRUTOS, Julio, "Industria textil y conflicto de clases en Béjar, I: el movimiento obrero (1875-1914)", Estudios de Historia Social, 2-3, vii-xii-1977, pp. 75-117.
- , "Industria textil y conflicto de clases en Béjar, II: antela Primera Guerra Mundial", Estudios de Historia Social, 4, i-iii-1978, pp. 107-149.
- RUBIO CABALLERO, Daniel, "El socialismo madrileño, 1918-1921: el problema de las internacionales", en La sociedad madrileña durante la Restauración. 1876-1931 (A. BAHAMONDE y L.E. OTERO, eds.), Madrid, 1989, vol. II, pp. 505-525.
- RUEDA LAFFOND, José Carlos, "El tejido social y económico de Madrid a través del Anuario Financiero y de Sociedades Anónimas de 1923", Espacio, Tiempo y Forma, 1990, Serie V, T.3, pp. 365-384.
- , "El desarrollo de la ciudad y la política urbanística", Historia de Madrid (A. FERNANDEZ, dir.), pp. 579-601.
- RUIZ, David, "España 1902-1923: vida política, social y cultural", en Revolución burguesa, oligarquía y constitucionalismo (1834-1923) (M. TUÑÓN DE LARA, dir.), t. VIII de la Historia de España de Labor, Madrid, 1981, pp. 459-527.
- , "Las 'lecciones del pasado' en el movimiento obrero español (1894-1936)", en Peuple, mouvement ouvrier, culture dans l'Espagne contemporaine (J. MAURICE, dir.), Saint-Denis, 1990, pp. 267-277.
- RUIZ ALMANSA, Javier, "La población de Madrid: su evolución y crecimiento durante el presente siglo (1900-1945)", Revista Internacional de Sociología, 14, abril-junio 1946, pp. 389-411.
- RUIZ PALOMEQUE, Eulalia, "La localización industrial en el Madrid de la segunda mitad del siglo XIX", Madrid en la sociedad del siglo XIX (A. BAHAMONDE y L.E. OTERO, eds.), Madrid, 1986, vol. I, pp. 97-115.
- , "Transformaciones urbanas en el casco antiguo, 1876-1931", en La sociedad madrileña durante la Restauración. 1876-1931 (A. BAHAMONDE y L.E. OTERO, eds.), Madrid, 1989, vol. I, pp. 77-101.
- SAMBRICIO, Carlos, "Las promesas de un rostro: Madrid, 1920-1940. De la metrópolis al Plan regional", en Madrid, urbanismo y gestión municipal, 1920-1940, Madrid, 1984, pp. 19-80.
- SAN ROMÁN RODRIGUEZ, Juan, "La Hacienda madrileña en el siglo XIX", en Madrid en la sociedad del siglo XIX (A. BAHAMONDE y L.E. OTERO, eds.), Madrid, 1986, vol. I, pp. 515-525.
- SANCHEZ JIMENEZ, José, "La población, el campo y las ciudades", en Los comienzos del siglo XX en España, tomo XXXVII de la Historia de España de Menéndez Pidal (J.M. JOVER ZAMORA, dir.), Madrid, 1984, pp. 397-433.
- , "Condiciones de vida y situación social de las clases bajas", Historia Contemporánea, 3, ("Movilización obrera entre dos siglos 1890-1910"), 1990, pp. 75-115.
- SANCHEZ PEREZ, Francisco, "Prensa obrera en el Madrid del Frente Popular (febrero-julio de 1936)", en Prensa obrera en Madrid 1855-1936 (S. CASTILLO y L.E. OTERO, eds.), Madrid, 1987, pp. 441-454.
- , "La huelga de la construcción en Madrid (junio-julio 1936)", Historia, 16, ii-1989, pp. 21-26.
- , "La actividad socialista en Madrid y la huelga general de 1917", en La sociedad madrileña durante la Restauración. 1876-1931 (A. BAHAMONDE y L.E. OTERO, eds.), Madrid, 1989, vol. II, pp. 475-491.
- , "La cuestión de los alquileres y el movimiento asociativo vecinal (1918-1923). El ideario de la clase madrileña y sus problemas", en VVAA., Estudios históricos. Homenaje a los Profesores

- José María Jover Zamora y Vicente Palacio Atard, Madrid, 1990, vol. II, pp. 167-201.
- , "Clase obrera y conflictividad social en el Madrid del Frente Popular (febrero-julio de 1936)", Cuadernos de Historia Contemporánea, 13, 1991, pp. 47-71.
- , "Tipología de la conflictividad social en Madrid. 1914-1920", en La historia social en España. Actualidad y perspectivas (S. CASTILLO, coord.), Madrid, 1991, pp. 525-540.
- SANZ FERNANDEZ, Jesús, "La crisis triguera finisecular: los últimos años", en La España de la Restauración: política, economía, legislación y cultura (J.L. GARCIA DELGADO, ed.), Madrid, 1985, pp. 265-310.
- , "La sociedad madrileña en el siglo XX", en Historia de Madrid (A. FERNANDEZ, dir.), Madrid, 1993, pp. 647-663.
- , "La agricultura española durante el primer tercio del siglo XX: un sector en transformación", en La economía española en el siglo XX. Una perspectiva histórica (J. NADAL, A. CARRERAS y C. SUDRIA, comp.), Barcelona, 1989 (3ª. edic.), pp. 237-257.
- SANZ GARCIA, José María, "La Carrera de San Jerónimo. El cambio de sus funciones urbanas", Madrid, 1982, Anales del Instituto de Estudios Madrileños, pp. 501-539.
- SCREPANTI, Ernesto, "Ciclos económicos largos e insurrecciones proletarias recurrentes", Zona Abierta, 34-35, enero-junio 1985, pp. 63-104.
- , "Los ciclos largos en la actividad huelguística: una investigación empírica", Historia Social, 5, otoño 1989, pp. 51-75.
- SERRALLONGA I URQUIDI, Joan, "Motines y revolución. España, 1917", Ayer. La huelga general (F. BONAMUSA ed.), 4, 1991, pp. 169-191.
- SERRANO, Carlos, "Cultura popular/cultura obrera en España alrededor de 1900", Historia Social, 4, primav.-ver. 1989, pp. 21-31.
- SERRANO PRIETO, Marcos, "Catálogo de prensa obrera madrileña, 1910-1923", en Prensa obrera en Madrid 1855-1936 (S. CASTILLO y L.E. OTERO, eds.), Madrid, 1987, pp. 697-718.
- , "Prensa de los sindicatos católicos publicada en Madrid. 1910-1931", en Prensa obrera en Madrid 1855-1936 (S. CASTILLO y L.E. OTERO, eds.), Madrid, 1987, pp. 303-316.
- , "Desarrollo de la industria en Madrid 1910-1923", en La sociedad madrileña durante la Restauración. 1876-1931 (A. BAHAMONDE y L.E. OTERO, eds.), Madrid, 1989, vol. I, pp. 413-418.
- , "La huelga de ferroviarios de 1916 en Madrid", en La sociedad madrileña..., vol. II, pp. 467-474.
- SERRANO SANZ, José María, "La política arancelaria española al término de la Primera Guerra Mundial: proteccionismo, arancel Cambó y tratados comerciales", en La crisis de la Restauración: España, entre la Primera Guerra Mundial y la Segunda República, (J.L. GARCIA DELGADO, ed.), Madrid, 1986, pp. 199-223.
- SEWELL Jr., William, "Los artesanos, los obreros de las fábricas y la formación de la clase obrera francesa, 1789-1848", Historia Social, 12, inv. 1992, pp. 119-140.
- SHUBERT, Adrian, "Mundos que chocan: los orígenes sociales de la militancia obrera en Asturias", Estudios de Historia Social, 15, 1980, pp. 229-240.
- , "Una revolución de autodefensa: la radicalización de los mineros de Asturias. 1921-1934", Sistema, 46, 1982.
- SIERRA CORTES, Luisa, "El Obrero Gráfico, 1926-1936", en Prensa obrera en Madrid 1855-1936 (S. CASTILLO y L.E. OTERO, eds.), Madrid, 1987, pp. 647-664.
- SIMO RUESCAS, Julio, "La Cooperativa Electra Madrid y los inicios del monopolio compartido en la industria eléctrica madrileña (1905-1912)", en La sociedad madrileña durante la Restauración. 1876-1931 (A. BAHAMONDE y L.E. OTERO, eds.), Madrid, 1989, vol. I, pp. 419-427.
- SIMON DIAZ, José, "Madrid en la literatura durante la Restauración. 1870-1931", en La sociedad madrileña durante la Restauración. 1876-1931 (A. BAHAMONDE y L.E. OTERO, eds.), Madrid, 1989, vol. II, pp. 139-162.
- SOTO CARMONA, Alvaro, "La evolución salarial en el primer tercio del siglo XX: en busca de una perspectiva comparada. Los Estados Unidos, Francia y España", Historia Social, 13, primav.-ver.-1992, pp. 53-75.

- SUAREZ CORTINA, Manuel, "La división del republicanismo histórico y la quiebra de la conjunción republicano-socialista", en El socialismo en España. Desde la fundación del PSOE hasta 1975. Anales de Historia de la Fundación Pablo Iglesias Vol.1 (S. JULIA, coord.), Madrid, 1986, pp. 141-160.
- , "Republicanos y reformistas ante la crisis de la monarquía de Alfonso XIII", en La crisis de la Restauración: España, entre la Primera Guerra Mundial y la Segunda República, (J.L. GARCIA DELGADO, ed.), Madrid, 1986, pp. 51-74.
- TERAN, Manuel de, "El desarrollo espacial de Madrid a partir de 1868", Estudios Geográficos, 84-85, viii-xi-1961, pp. 599-615.
- TERMES, Josep, "La prensa obrera como fuente histórica", en Prensa obrera en Madrid 1855-1936 (S. CASTILLO y L.E. OTERO, eds.), Madrid, 1987, pp. 33-46.
- THOMPSON, Edward P., "Folklore, antropología e historia social", Historia Social, 3, inv. 1988, pp. 81-102.
- TIANA FERRER, Alejandro, "Alfabetización y escolarización en la sociedad madrileña de comienzos del siglo XX. 1900-1920", en La sociedad madrileña durante la Restauración. 1876-1931 (A. BAHAMONDE y L.E. OTERO, eds.), Madrid, 1989, vol. II, pp. 199-216.
- TILLY, Charles, "Cambio social y revolución en Europa, 1492-1992", Historia Social, 15, inv. 1993, pp. 71-98.
- TILLY, Louise A., "Derecho a los alimentos, hambre y conflicto", en El hambre en la historia. El impacto de los cambios en la producción de alimentos y los modelos de consumo sobre la sociedad (R.I. ROTBERG y T. K. RABB, eds.), Madrid, 1990, pp. 147-166.
- TOMLINSON, Jim, "Corporatismo: una sociologización adicional del marxismo", Revista Española de Investigaciones Sociológicas, 31, vii-ix-1985, pp. 104-117.
- TORO MERIDA, Julián, "El modelo demográfico madrileño", Historia 16, 59, marzo de 1981, pp. 44-51.
- , "El registro de sociedades mercantiles, 1885-1900", en Madrid en la sociedad del siglo XIX, (A. BAHAMONDE y L.E. OTERO, eds.), Madrid, 1986, vol. I, pp. 527-532.
- TORTELLA CASARES, Gabriel, "La economía española a finales del siglo XIX y principios del siglo XX", en La España de la Restauración: política, economía, legislación y cultura (J.L. GARCIA DELGADO, ed.), Madrid, 1985, pp. 133-151.
- , "Madrid, capital del capital durante la Restauración", en La sociedad madrileña durante la Restauración. 1876-1931 (A. BAHAMONDE y L.E. OTERO, eds.), Madrid, 1989, vol. I, pp. 337-349.
- TUÑON DE LARA, Manuel, "1917-1920: una crisis institucional", Tiempo de Historia, 18, 1976, pp. 18-35.
- , "Realidad social, movimiento obrero y partidos políticos en la España de Alfonso XIII (1902-1931)", en J.A. LACOMBA et al., Historia social de España siglo XX, Madrid, 1976, pp. 35-60.
- , "Sobre la historia del pensamiento socialista entre 1900 y 1931", en Teoría y práctica del movimiento obrero en España (1900-1936) (A. BALCELLS, dir.), Valencia, 1977, pp. 13-53.
- , "Rasgos de la crisis estructural a partir de 1917", en La crisis del Estado español. 1898-1936, Madrid, 1978, pp. 15-40.
- , "Vida y muerte del pacto UGT-CNT, 1920", en Historia 16, 57, 1981, pp. 28-39.
- , "Crisis económicas y movimientos sociales: el caso español (1898-1934)", Sistema, 52, i-1983, pp. 3-21.
- , "Estructuras sociales 1898-1931", en Los comienzos del siglo XX en España, tomo XXXVII de la Historia de España de Menéndez Pidal (J.M. JOVER ZAMORA, dir.), Madrid, 1984, pp. 435-674.
- , "Progreso técnico y conciencia social, 1898-1936", en España, 1898-1936: Estructuras y cambio (J.L. GARCIA DELGADO, ed.), Madrid, 1984, pp. 17-70.
- , "Prensa obrera e historia contemporánea", en Prensa obrera en Madrid 1855-1936 (S. CASTILLO y L.E. OTERO, eds.), Madrid, 1987, pp. 23-31.
- TUSELL, Javier, "La descomposición del sistema caciquil español (1902-1931)", Revista de

- Occidente, 127, 1973, pp. 75-93.
- , "El comportamiento electoral madrileño revisitado", en La sociedad madrileña durante la Restauración. 1876-1931 (A. BAHAMONDE y L.E. OTERO, eds.), Madrid, 1989, vol. II, pp. 27-37.
- UCELAY DA CAL, Enric, "Acerca del concepto "populismo"", Historia Social, 2, otoño 1988, pp. 51-74.
- VALENZUELA RUBIO, Manuel, "Los orígenes de los transportes urbanos y de cercanías de Madrid", Estudios Geográficos, 130, 1973, pp. 96-123.
- , "Las sociedades constructoras benéficas. Su incidencia en la configuración de la periferia madrileña (1875-1921)", Anales del Instituto de Estudios Madrileños, XX (1983), pp. 63-96.
- , "Transporte y estructura metropolitana en el Madrid de la Restauración. Historia de una frustración", en La sociedad madrileña durante la Restauración. 1876-1931 (A. BAHAMONDE y L.E. OTERO, eds.), Madrid, 1989, vol. I, pp. 377-399.
- VALLEJO FERNANDEZ, Sergio, "Las cigarreras de la Fábrica Nacional de Tabacos de Madrid", en Madrid en la sociedad del siglo XIX (A. BAHAMONDE y L. E. OTERO, dir.), Madrid, 1986, vol. II, pp. 135-149.
- VALLEJO POUSADA, Rafael, "Pervivencia de las formas tradicionales de protesta: los motines de 1892", Historia Social, 8, otoño 1990, pp. 3-27.
- VAN DER LINDEN, Marcel y THORPE, Wayne, "Auge y decadencia del sindicalismo revolucionario", Historia Social, 12, inv. 1992, pp. 3-29.
- VARELA ORTEGA, José, "El proteccionismo de los trigueros castellanos y la naturaleza del poder político en la Restauración", Cuadernos Económicos de ICE, 6, 1978, pp. 7-46.
- VELARDE FUERTES, Juan, "Problemas de la realidad económica española en la época de Alfonso XIII", en J.A. LACOMBA et al., Historia social de España siglo XX, Madrid, 1976, pp. 19-33.
- VICENS VIVES, Jaime, "El moviment obrerista catalá (1901-1939)", Recerques, 7, 1977-1978, pp. 9-31.
- VICENTE ZABALA, María Teresa y FONTECHA PEDRAZA, Antonio, "Abastecimientos en Madrid, 1914-1925", en La sociedad madrileña durante la Restauración. 1876-1931 (A. BAHAMONDE y L.E. OTERO, eds.), Madrid, 1989, vol. I, pp. 489-502.
- VICTORIA MORENO, Diego, "Conflictividad y dinámica social en Cartagena y su cuenca minera (1909-1916)", Anales de Historia Contemporánea (Murcia), 2, 1983, pp. 185-217.
- VIDAL DOMINGUEZ, María Jesús, "La consolidación de la propiedad urbana en el barrio del Retiro durante la Restauración (1875-1931)", en La sociedad madrileña durante la Restauración. 1876-1931 (A. BAHAMONDE y L.E. OTERO, eds.), Madrid, 1989, vol. I, pp. 215-229.
- VILAR, Juan Bautista y EGEA BRUNO, Pedro María, "Movimiento obrero en Albacete durante la crisis de la Restauración (1902-1923)", Congreso de Historia de Albacete (Albacete), 1984, pp. 63-95 [Es Separata].
- VILLA MINGUEZ, Pedro, "Precios alimentarios y nivel de vida en Madrid (1851-1890)", en Madrid en la sociedad del siglo XIX (A. BAHAMONDE y L.E. OTERO, eds.), Madrid, 1986, vol. II, pp. 267-288.
- , "El precio del pan en la Restauración. 1875-1931", en La sociedad madrileña durante la Restauración. 1876-1931 (A. BAHAMONDE y L.E. OTERO, eds.), Madrid, 1989, vol. I, pp. 479-487.
- VILLACORTA BAÑOS, Francisco, "Instituciones culturales, sociedad civil e intelectuales en el Madrid de la Restauración", en La sociedad madrileña durante la Restauración. 1876-1931 (A. BAHAMONDE y L.E. OTERO, eds.), Madrid, 1989, vol. II, pp. 79-99.
- WINSTON, Colin M., "Apuntes para la historia de los Sindicatos Libres de Barcelona (1919-1923)", Estudios de Historia Social, 2-3, vii-xii-1977, pp. 119-140.
- , "El Sindicalismo Libre, 1919-1931", Historia 16, 32, xii-1978, pp. 73-81.

APENDICE DE CUADROS

CUADRO 1. POBLACION EN MADRID POR DISTRITOS 1915-1920

DISTRITOS	PADRON 1915	CENSO 1920
Centro	47.198	49.719
Hospicio	50.807	56.709
Chamberí	71.357	89.319
Buenavista	70.424	90.884
Congreso	61.267	75.396
Hospital	65.758	85.466
Inclusa	56.990	69.781
Latina	67.448	81.876
Palacio	57.616	67.773
Universidad	66.210	83.973
TOTALES	615.075	750.896

FUENTE: Ministerio de Trabajo, Anuario Estadístico de España 1922-23, Madrid, 1925, p. 23.

CUADRO 2. POBLACION DE MADRID POR ACTIVIDADES EN 1920

ACTIVIDADES	CIUDAD			PROVINCIA		
	VARONES	HEMBRAS	TOTAL	VARONES	HEMBRAS	TOTAL
Agricultura (patronos)	257	3	260	10.249	214	10.643
Industria (patronos)	5.278	713	5.991	7.992	897	8.889
Comercio (patronos)	8.177	540	8.717	11.032	885	11.917
TOTAL (patronos)	13.712	1.256	14.968	29.273	1.996	31.449
Pesca	--	--	--	12	--	12
Forestales y agrícolas	639	--	639	46.446	23	46.469
Minas y canteras	10	--	10	917	--	917
Alimentación	2.840	26	2.866	5.294	136	5.430
Industria química	2.279	414	2.693	2.686	502	3.188
Industria eléctrica	3.763	5	3.768	4.044	7	4.051
Industria del papel, cartón, caucho y objetos de escritorio	486	161	647	573	182	755
Industria del libro	5.434	26	5.460	5.621	26	5.647
Industria textil	342	123	465	444	207	651
Industria del vestido	7.369	7.510	14.879	7.837	8.203	16.040
Cueros y pieles	1.082	134	1.216	1.838	146	1.984
Industria de la madera	5.715	5	5.720	7.325	10	7.335

Metalurgia	1.223	--	1.223	1.452	1	1.453
Trabajo del hierro y demás metales	8.216	63	8.279	10.513	135	10.648
Industria de la construcción	24.573	1	24.574	33.841	1	33.842
Industria del mobiliario	1.149	30	1.179	1.274	35	1.309
Industria de la ornamentación	676	4	680	763	4	767
Alfarería y cerámica	861	--	861	2.548	19	2.567
Industria del vidrio y cristal	356	30	386	428	34	462
Transportes	10.458	25	10.483	14.158	40	14.198
Espectáculos públicos	431	162	593	445	164	609
Industrias varias o sin especificar	20.580	358	20.938	24.079	945	25.024
TOTAL industria (no patronos)	98.482	9.077	107.559	125.163	10.820	135.983
Comercio de alimentación	8.040	262	8.302	9.783	374	10.157
TOTAL comercio (no patronos)	25.334	720	26.054	28.509	1.014	29.523
Fuerza pública	18.874	--	18.874	27.182	--	27.182
Administración	12.637	230	12.867	13.809	250	14.059
Culto y clero	1.702	2.142	3.844	2.640	3.975	6.615
Profesiones liberales	12.617	1.867	14.484	13.958	2.091	16.049
Propietarios y rentistas	11.634	1.959	13.593	12.794	2.366	15.160
Jubilados y pensionados	2.894	5.920	8.814	3.259	6.303	9.562
Sirvientes domésticos	5.246	44.991	50.237	5.682	47.905	53.587
Sin ocupación momentánea	6.175	--	6.175	6.316	--	6.316

Población escolar	45.394	31.640	77.034	66.612	50.411	117.023
Improductivos	3.905	3.023	6.928	6.703	4.802	11.505
Miembros de la familia	52.235	305.907	358.142	83.274	431.126	514.400
Profesión desconocida	31.323	--	31.323	31.847	--	31.847
TOTAL GENERAL	342.164	408.732	750.896	504.576	563.061	1.067.637

FUENTE: Ministerio de Trabajo y Previsión, Censo de la población de España...1920, Madrid, 1929, Vol. 5, pp. 114-117 y 334-337.

CUADRO 3. PRECIOS AL POR MENOR EN LA PLAZA DE MADRID. 1914-1924
(en pesetas por kilo, salvo donde se indica lo contrario)

PRIMER GRUPO.-Substancias alimenticias de origen animal (diez)

AÑOS	Carne de vaca de segunda	Carne de carnero u oveja	Carne de cerdo	Tocino salado	Bacalao	Sardinas saladas	Merluza. Pesca ordinaria	Leche: litro	Huevos: docena	Manteca de vaca
1914	1'90	1'60	2'80	2	1'35	0'90	1'60	0'50	1'40	2'20
1915	2'20	2'11	3'28	2'51	1'55	0'91	2'26	0'49	1'50	2'15
1916	2'30	2'03	3'05	2'45	1'70	1'09	2'28	0'49	1'53	2'50
1917	2'45	2'09	2'83	2'65	2'35	0'83	2'49	0'48	2	4'91
1918	3'17	3'15	3'48	3'89	2'99	1'14	3'08	0'60	2'34	5'70
1919	3'59	2'89	3'88	4'45	3'20	1'46	3'09	0'70	2'79	7'31
1920	4'19	3'33	4'61	4'37	3'17	1'50	3'19	0'71	2'83	7'14
1921	4'43	3'30	4'66	3'85	2'46	1'55	3'32	0'77	3'03	7'63
1922	3'78	3'32	3'44	2'98	2'89	1'65	3'30	0'75	2'73	6'88
1923	3'39	3'33	4'50	3'32	2'46	1'20	3'10	0'74	2'41	6'69
1924	3'58	3'69	4'44	3'87	2'44	1'75	2'90	0'78	3'07	7'58

SEGUNDO GRUPO.-Substancias alimenticias de origen vegetal (nueve)

AÑOS	Pan candeal de flor	Arroz	Garbanzos	Patatas	Judías	Lentejas	Azúcar	Vino común: litro	Aceite: litro
1914	0'44	0'80	1'20	0'18	0'70	0'70	1'13	0'45	1,20
1915	0'44	0'75	1'08	0'19	0'74	0'73	1'05	0'39	1'16
1916	0'51	0'76	0'94	0'18	0'80	0'76	1'31	0'48	1'15
1917	0'53	0'83	0'95	0'17	0'83	0'81	1'45	0'42	1'44
1918	0'56	0'95	1'11	0'30	0'91	0'83	1'77	0'41	1'78
1919	0'67	1'04	1'37	0'34	0'99	0'94	1'98	0'54	1'66
1920	0'66	1'08	1'53	0'31	1'55	1'23	2'95	0'70	2'04
1921	0'69	1'06	1'45	0'34	1'38	0'99	2	0'65	1'90
1922	0'70	1'13	1'44	0'36	1'24	1	2'03	0'60	1'92
1923	0'64	1'08	1'53	0'35	1'44	1'19	2'10	0'60	1'95
1924	0'62	1'12	1'72	0'37	1'52	1'17	2'06	0'73	2'08

TERCER GRUPO.- Combustibles y varios (ocho)

AÑOS	Carbón mineral: 40 kilos	Carbón vegetal: 40 kilos	Cok: 40 kilos	Leña de encina: quintal métrico	Petróleo: litro	Sal común	Gas: metro cúbico	Jabón
1914	1'95	6	2'80	6'25	0'87	0'10	0'24	1,10
1915	3'37	5'81	3'94	6'44	0'85	0'10	0'22	0'99
1916	4'25	6'31	5'05	7'12	0'94	0'10	0'22	1'01
1917	4'57	5'91	4'46	7'98	0'95	0'12	0'22	1'24
1918	4'51	8'20	5'91	10'37	1'07	0'14	0'22	1'59
1919	6'44	9'01	6'45	9'92	1'46	0'15	0'24	1'38
1920	6'19	9'52	6'38	12'15	1'20	0'14	0'41	1'52
1921	6'21	11'33	6'33	13'73	1'29	0'18	0'45	1'58
1922	5'52	11'09	6'25	13'44	1'04	0'17	0'43	1'50
1923	5'80	10'71	5'73	14'42	0'98	0'17	0'40	1'33
1924	5'57	9'94	5	12'50	0'83	0'17	0'40	1'55

FUENTE: Ministerio de Trabajo, Comercio e Industria, Anuario Estadístico de España 1923-24, Madrid, 1925, p. 438

CUADRO 4. NUMEROS INDICES DE PRECIOS AL POR MENOR
EN LA PLAZA DE MADRID 1914-1924 (base 100 en 1914)

AÑOS	Subst. de origen animal (10)	Subst. de origen vegetal (9)	Combustibles y varios (8)	Indice general (27)
1914	100	100	100	100
1915	115	97	112	108
1916	119	103	126	116
1917	138	108	132	126
1918	177	128	156	154
1919	200	144	177	174
1920	208	174	186	190
1921	208	157	202	189
1922	194	158	189	181
1923	185	162	185	177
1924	205	170	177	184

FUENTE: Ministerio de Trabajo, Comercio e Industria, Anuario Estadístico de España 1923-24, Madrid, 1925, p. 441.

CUADRO 5. PRECIO DEL TRIGO, HARINA Y PAN EN MADRID DESDE 1914 A 1923

1= TRIGO, quintal métrico
 2= HARINA, idem
 3= PAN, kilogramo (en barra)
 4= PAN, 500 gramos (en libreta)

	AÑOS	ENERO	FEBRERO	MARZO	ABRIL	MAYO	JUNIO	JULIO	AGOSTO	SEPT.	OCT.	NOV.	DIC.
1	1914	32	32	32'50	33	32'50	33	33	32'75	33	32	31'50	33
2		42	42'50	43	43	43	43	43	43	43	42	43	43
3		0'44	0'44	0'44	0'44	0'44	0'44	0'44	0'44	0'44	0'44	0'44	0'44
4		0'23	0'23	0'23	0'23	0'23	0'23	0'23	0'23	0'23	0'23	0'23	0'23
1	1915	33	34	35	34'74	38	38	38	39	39	36'75	36'25	37
2		43	44	45'50	45'50	48'50	48'50	48'50	49	47	47	47	47
3		0'44	0'44	0'44	0'44	0'44	0'44	0'44	0'44	0'44	0'44	0'50	0'50
4		0'23	0'23	0'23	0'23	0'23	0'23	0'23	0'23	0'23	0'23	0'26	0'26
1	1916	38'60	39'31	41'62	41'90	41'92	41	41	40	42'21	42'75	40'47	40
2		48	48	49	49	49	49	49	49	48	48	48	48
3		0'50	0'50	0'50	0'50	0'50	0'50	0'50	0'50	0'56	0'56	0'56	0'56
4		0'26	0'26	0'26	0'26	0'26	0'26	0'26	0'26	0'28	0'28	0'28	0'28
1	1917	38	38	38	40	40	40	40	40	40	42'75	42'75	42'75
2		48	48	48	51	51	51	51	51	51	53	53	53
3		0'56	0'48	0'52	0'52	0'52	0'52	0'52	0'52	0'52	0'56	0'56	0'56
4		0'23	0'24	0'26	0'26	0'26	0'26	0'26	0'26	0'26	0'28	0'28	0'28

1	1918	42'75	42'75	40	44	44	44	44	44	44	50	50	50
2		53	53	51	55	55	55	55	55	55	64	64	64
3		0'56	0'56	0'56	0'56	0'56	0'56	0'56	0'56	0'56	0'68	0'68	0'68
4		0'28	0'28	0'28	0'28	0'28	0'28	0'28	0'28	0'28	0'34	0'34	0'34
1	1919	48	48	48	48	48	48	48	48	48	48	48	48
2		62	62	62	62	62	62	62	62	62	62	62	62
3		0'66	0'66	0'66	0'66	0'66	0'66	0'66	0'66	0'66	0'66	0'66	0'66
4		0'33	0'33	0'33	0'33	0'33	0'33	0'33	0'33	0'33	0'33	0'33	0'33
1	1920	54	54	54	54	54	54	56	56	56	73	73	68
2		64	64	64	64	64	68	72	72	72	82	82	80
3		0'66	0'66	0'66	0'66	0'66	0'66	0'66	0'66	0'66	0'66	0'66	0'66
4		0'33	0'33	0'33	0'33	0'33	0'33	0'33	0'33	0'33	0'33	0'33	0'33
1	1921	68	64	62	63	63	54'50	50	50	49	48	48	50
2		82	78	74	75	75	70	66	66	66	66	65	64
3		0'66	0'66	0'66	0'66	0'66	0'66	0'72	0'72	0'72	0'72	0'72	0'72
4		0'33	0'33	0'33	0'33	0'33	0'33	0'36	0'36	0'36	0'36	0'36	0'36
1	1922	50	48	48	48	48	48	48	48	47	47	45	45
2		64	63	63	63	63	62	62	62	61	61	61	60
3		0'72	0'72	0'72	0'72	0'72	0'72	0'70	0'70	0'70	0'70	0'70	0'70
4		0'36	0'36	0'36	0'36	0'36	0'36	0'35	0'35	0'35	0'35	0'35	0'35

1	1923	45	45	45	45	45	45	--	--	--	--	--	--
2		59	58	58	60	60	60	--	--	--	--	--	--
3		0'70	0'65	0'65	0'65	0'65	0'65	--	--	--	--	--	--
4		0'35	0'33	0'33	0'33	0'33	0'33	--	--	--	--	--	--

NOTAS del informe original:

Hemos consignado solamente las piezas de kilo y medio kilo, por ser el pan corriente y de más generalizado consumo.

Por Real Orden de 7 de marzo de 1918, al disponer que el precio del pan debía ser igual al de la harina, se concedió un margen de cuatro céntimos en kilo de pan para Madrid y Barcelona.

En abril de 1918 se autorizó la expedición de piezas de 800 y 400 gramos en sustitución del kilo y medio kilo para que no se alterara el precio del pan por la subida de las harinas, quedando restablecido el peso en julio de 1921.

Por Real orden de 7 de septiembre de 1920 quedó libre la cotización del trigo.

Por Real orden de 5 de enero de 1920 quedó fijado el precio en 62 pesetas el quintal métrico de harina de trigo argentino facilitada por el Estado para que no sufriera alteración el precio del pan, abonando éste también la diferencia de jornales.

Por decreto de la Alcaldía de 16 de julio de 1921 fue elevado el precio del pan, por haber cesado el Estado en el auxilio concedido a la industria panificadora.

Por convenio verbal celebrado entre la Alcaldía y los fabricantes en 30 de julio de 1922, fue rebajado a 70 céntimos el kilo de pan.

Por decreto de la Alcaldía de 5 de febrero de 1923 fue rebajado a 65 céntimos.

FUENTE: Antonio LOPEZ-HERMOSO y Manuel CANO SANZ, Política de abastos en Madrid y soluciones a este problema, Madrid, 1923, p. 141.

CUADRO 6. ALQUILERES EN MADRID (1910-1920)

ALQUILER ANUAL	NUMERO DE HABITACIONES					
Pesetas	Año 1910		Año 1915		Año 1920	
De hasta 180	44.551	35'93%	35.222	22'17%	13.904	8'04%
De hasta 600	46.084	37'17%	66.002	41'55%	68.527	39'66%
De hasta 1.200	18.711	15'09%	30.113	18'96%	46.364	26'83%
De hasta 2.400	9.344	7'53%	15.560	9'79%	18.972	10'98%
De hasta 6.000	3.883	3'13%	6.322	3'98%	8.944	5'17%
De hasta 12.000	551	0'44%	1.190	0'74%	2.127	1'23%
Con más de 12.000	181	0'14%	356	0'22%	619	0'35%
Sin clasificar	660	0'53%	4.048	2'54%	13.320	7'70%
TOTAL	123.965	100%	158.813	100%	172.777	100%

FUENTE: Mariano García Cortés, Proposición presentada al Excmo. Ayuntamiento...proponiendo diversas medidas para paliar los efectos de la crisis de la vivienda y de trabajo en Madrid, Madrid, 1922, p. 8. Del cuadro original han sido rectificadas los porcentajes y se han añadido las habitaciones de las que G. Cortés no consta el alquiler, pero que se necesitan para conseguir el total del que se deducen los porcentajes y evitar la confusión de los datos.

CUADRO 7. ESTADISTICA DE COMERCIOS DEL AYUNTAMIENTO DE MADRID EN 1924**ALIMENTACION**

690

Comestibles (tiendas de)	1684
Lecherías	1220
Panaderías	1151
Carnicerías	1053
Fruterías	993
Pescaderías	284
Verdulerías	274
Hueverías	254
Casquerías	199
Abacerías	190
Fiambres (despachos de)	190
Lecherías con establo	167
Tocino y jamón (despachos de)	167
Aves y caza	148
Confiterías	132
Hortalizas (puestos de)	126
Buñuelos (puestos de)	79
Pastelerías	76
Especuladores de aves	52
Legumbres (tiendas de)	46
Harinas (venta de)	42
Aceite al por mayor	38
Mantequerías	36
Aceite y vinagre	31
Cereales al por mayor	30
Asentadores de frutas y verduras	29
Embutidos (despachos de)	20
Coloniales al por mayor	19
Patatas (despachos de)	18
Especuladores de aceite	17
Sal al por menor	9
Plátanos (almacenes de)	4
Sal al por mayor	4
Pimiento molido	1
TOTAL	8783

BEBIDAS Y HOSTELERIA

Vinos (despachos de)	2657
Cafés-bares	634
Refrescos (puestos de)	257
Bodegones	203
Restaurantes	153
Cafés	98
Bodegas	83
Cafés económicos	51
Cervecerías	51
Aguas minerales	35
Chocolaterías	22
Aguardientes	21
Cafés cantantes	10
Horchaterías	9
Hielo (venta de)	8
Vermut (despachos de)	1
TOTAL	4293

TEJIDOS, CONFECCIONES, CALZADO Y SIMILARES

Zapaterías	485
Tejidos al por menor	331
Mercerías	264
Camiserías	184
Ropa blanca (tiendas de)	104
Ropas hechas	93
Curtidos al por menor	83
Ropas viejas	64
Sombreros de hombre	60
Corsés (tiendas de)	56
Alpargaterías	55
Peleterías	50
Tejidos al por mayor	46
Curtidos al por mayor	22
Gorrerías	22
Lanerías	22
Galonerías	18
Pieles sin curtir (almacenes de)	17
Manguiterías	12
Pañerías	9
Guantes (tiendas de)	8
Especuladores de lanas	2
Calzado al por mayor	1
Lencerías	1
TOTAL	2009

MUEBLES, MADERAS, ALFOMBRAS Y SIMILARES

Muebles usados	141
Muebles de madera	98
Maderas (almacenes de)	58
Estererías	53
Almonedas	49
Muebles de lujo	41
Colchonerías	40
Alfombras (depósitos de)	30
Jergas y alforjas	24
Maletas y baúles	19
Sacos (venta de)	11
Camas doradas	9
Camas de hierro	9
Artículos de viaje	8
TOTAL	590

MAQUINARIA, HIERROS, FERRETERIA Y SIMILARES

692

Maquinarias	148
Ferreterías	147
Máquinas agrícolas (venta de)	86
Material eléctrico	67
Accesorios de velocípedos	65
Automóviles (venta de)	59
Velocípedos	44
Hierros y aceros (almacenes de)	33
Instrumentos de matemáticas	32
Máquinas de escribir (venta de)	32
Encendedores mecánicos	31
Armerías	24
Optica	17
Fumisterías	15
Instrumentos de cirugía	13
Máquinas de hierro	12
Accesorios de automóviles	11
Aparatos de física	11
Efectos de metal	10
Máquinas de bordar (venta de)	9
Máquinas de coser (venta de)	7
Aparatos de calefacción	5
Cuchillerías	5
Artículos de odontología	4
Aparatos fumigadores	3
Quinqués	2
Materiales para ferrocarriles	1
Motores de gas	1
TOTAL	894

JOYAS, QUINCALLA, CRISTALERIA, LOZA, CUADROS

Cacharrerías	523
Joyerías	216
Quincalla	167
Relojerías	141
Platerías	69
Loza (tiendas de)	64
Bisuterías	36
Antigüedades (tiendas de)	30
Marcos y molduras	22
Vidrios planos	11
Material sanitario	9
Objetos de metal	9
Vaciador (tiendas de)	7
Porcelana al por mayor	3
Relojes (almacenes de)	3
Artículos de relojería	2
Contadores de agua y electricidad	2
Cristales (tiendas de)	2
Condecoraciones	1
Escayola fina	1
Objetos artísticos	1
TOTAL	1419

COMBUSTIBLES Y DROGUERIA

Carbones (despachos de)	948
Droguerías	174
Aceite mineral	142
Carbones (almacenes de)	90
Jabonerías	64
Leñas (almacenes de)	7
Alcohol (depósitos de)	2
TOTAL	1427

VARIOS

Comisionistas	220
Objetos de escritorio	190
Estancos	155
Traperías	128
Perfumerías	109
Chamarilerías	105
Compraventa mercantil (tiendas de)	82
Libros nuevos	75
Pajerías	72
Materiales de construcciones	62
Ortopedia	62
Papel al por mayor	61
Juguetes (tiendas de)	55
Lotería (administraciones de)	55
Libros usados	52
Teja y ladrillos	45
Bancos	44
Corredores de fincas	43
Azulejos y baldosines	36
Cordelerías	35
Hules y gomas	30
Kioscos	30
Papeles pintados	30
Bazares	23
Paraguas y bastones	23
Cesterías	21
Velas (despachos de)	20
Pianos (venta de)	20
Estampas	18
Herboristerías	18
Pajarerías	18
Botellas usadas	17
Corredores de comercio	17
Flores artificiales	16
Instrumentos de música	16
Objetos de tocador	15
Canastas	14
Esparterías	12
Libros rayados	11
Ornamentos de iglesia	11
Abanicos y paraguas	10
Abonos químicos	10

Productos farmacéuticos	9
Artículos de fotografía	8
Artículos de <u>sport</u>	8
Baratijas (tiendas de)	8
Efectos de derribo	8
Fornituras (tiendas de)	8
Paja cortada al por mayor	8
Cambiantes	7
Casas de cambio	7
Exportadores	6
Gomas higiénicas	6
Trapos (almacenes de)	6
Alfalfa (almacenes de)	4
Envases	4
Flores naturales	4
Ceras sin labrar	3
Jaulas (tiendas de)	3
Linoleum	3
Materiales contra incendios	3
Artículos de farmacia	2
Sellos usados	2
Objetos de madera	2
Artículos para cinematógrafos	1
Azufre (depósitos de)	1
Cedacerías	1
Corredores de Bolsa	1
Materias fertilizantes	1
Rosas (venta de rosas)	1
TOTAL	2211

TOTAL DE COMERCIOS

Alimentación	8783
Bebidas y hostelería	4293
Tejidos, confecciones, calzado	2009
Muebles, maderas, alfombras	590
Maquinaria, hierros, ferretería	894
Joyas, quincalla, cristalería, loza	1419
Combustibles y droguería	1427
Varios	2211
TOTAL	21626

FUENTE: Elaboración propia a partir de los datos del Ayuntamiento de Madrid, Estadística del Trabajo. Anuario del año 1924, Madrid, 1926. El criterio de clasificación se basa en el empleado por Gloria NIELFA para subdividir las categorías fiscales de los comerciantes, respetando el nombre de los ocho grupos que distingue en Los sectores mercantiles..., pp. 241-267. Pese a llamarse de comerciantes, se trata de una estadística de establecimientos, cuando la actividad lo permite.

CUADRO 8. ESTADISTICA INDUSTRIAL DEL AYUNTAMIENTO DE MADRID EN 1934

895

1. ARTES DE LA CONSTRUCCION

INDUSTRIAS	INDUSTRIALES
Pintores de brocha	191
Marmolistas	94
Contratistas de obras	89
Maestros albañiles	75
Escultores vaciadores	74
Pintores decoradores	71
Pintores revocadores	58
Cantero (talleres de)	40
Aserrar mármoles (fábricas de)	17
Estuquistas	16
Maestros aparejadores	15
Soladores	14
Dorador (talleres de)	13
Estampado de papel (fábricas de)	7
Decoradores de edificios	5
Adornistas de templos	3
Papeles pintados (fábricas de)	2
Portlandistas	1
TOTAL	785

2. PRODUCTOS CERAMICOS. VIDRIO Y CRISTAL

INDUSTRIAS	INDUSTRIALES
Vidrieros	93
Ladrillos y tejas (fábricas de)	82
Losetas hidráulicas (fábricas de)	20
Piedra artificial (fábricas de)	13
Porcelana (fábricas de)	11
Vidrio soplado (talleres de)	9
Glaseado de vidrios (fábricas de)	8
Azogado de lunas (fábricas de)	6
Cristal (fábricas de)	5
Vidrios de precisión (fábricas de)	3
Yeso (fábricas de)	3
Objetos de cerámica (fábricas de)	3
Cemento (fábricas de)	3
Mosaicos (fábricas de)	3
Tinajas (fábricas de)	2
Objetos refractarios (fábricas de)	2
Loza (fábricas de)	1
Tejas prensadas	1
Biselador (talleres de)	1
TOTAL	269

3. INDUSTRIA DE LA MADERA

INDUSTRIAS	INDUSTRIALES
Carpinteros de taller	1152
Ebanistas	249
Sillas (fábricas de)	50
Tapiceros	46
Baúles y cofres (constructores de)	35
Torneros	32
Tallistas	25
Cubería (talleres de)	14
Embaladores	14
Hormas para el calzado (fábricas de)	11
Toneleros	9
Muebles (fábricas de)	8
Aserrar maderas (fábricas de)	7
Mesas y bolas de billar (fábricas de)	6
Bastones (fábricas de)	6
Carpinteros de armar	6
Sillas (compostura de)	4
Muebles (restauradores de)	1
Molduras a mano (talleres de)	1
TOTAL	1676

4. INDUSTRIAS METALURGICAS

INDUSTRIAS	INDUSTRIALES
Herreros cerrajeros	540
Hojalateros	217
Broncistas	181
Ajuste (talleres de)	103
Fumistería (talleres de)	74
Mecánico (talleres de)	60
Herrería mecánica (talleres de)	60
Fontaneros	55
Fundidores de metales en crisol	50
Fundición de hierro (talleres de)	38
Máquinas de coser (compositores de)	36
Máquinas (talleres de construcción de)	36
Caldereros	28
Telas metálicas (fábricas de)	20
Bujías (fábricas de)	20
Herradores	19
Soldadura autógena (talleres de)	15
Botones forrados y metálicos (fábricas de)	10
Objetos de cinc (fábricas de)	10
Galvanoplastia (talleres de)	10
Electromecánico (talleres de)	9
Objetos de bronce (fábricas de)	6
Camas doradas (fábricas de)	6
Metales (fábricas de)	5
Somiers (fábricas de)	4
Cinceladores	4
Tornillería (talleres de)	3
Balanzas (constructores de)	3

Platinistas	2
Radiadores (fábricas de)	2
Niquelado (talleres de)	2
Corchetes (fábricas de)	2
Estaño (fábricas de)	1
Aceros (fábricas de)	1
Objetos militares (fábricas de)	1
Alfileres (fábricas de)	1
TOTAL	1634

5. TALLERES DE CARRUAJES Y CARROS

INDUSTRIAS	INDUSTRIALES
Carros (talleres de)	45
Coches (talleres de)	40
Cajas de coches (talleres de)	19
Automóviles (fábricas de)	6
Velocípedos (reparación de)	3
TOTAL	113

6. JOYEROS Y SIMILARES

INDUSTRIAS	INDUSTRIALES
Plateros compositores	105
Engastador de piedras	28
Relojeros compositores	27
Objetos de lujo (fábricas de)	21
Objetos dorados (fábricas de)	10
Esmaltadores	10
Orfebrerías	4
Platerías (fábricas de)	4
Objetos de plata (fábricas de)	2
Tiradores de oro y plata	2
TOTAL	213

7. ARTES GRAFICAS

INDUSTRIAS	INDUSTRIALES
Imprimir (talleres de)	436
Fotógrafos	157
Encuadernación (talleres de)	129
Grabadores	69
Editores	63
Litografía (talleres de)	38
Caracteres de imprenta	32
Tipografías	24
Rayado de papel (talleres de)	13
Fotograbado (talleres de)	8
Copistas de documentos	7
Teñido de papel	6
Estampas (fábricas de)	2
Fundición tipográfica (talleres de)	1
Libros rayados (fábricas de)	1
Fototipia (talleres de)	1
Estereotipia (talleres de)	1
TOTAL	988

8. INDUSTRIAS DEL PAPEL Y CARTON

INDUSTRIAS	INDUSTRIALES
Cajas de cartón (fábricas de)	59
Bolsas de papel y sobres (fábricas de)	40
Máquinas de picar papel	7
TOTAL	106

9. INDUSTRIA DE LA ELECTRICIDAD

INDUSTRIAS	INDUSTRIALES
Instaladores electricistas	140
Electricidad (fábricas de)	23
Bombillas eléctricas (fábricas de)	21
Contadores de electricidad (fábricas de)	2
TOTAL	186

10. INSTRUMENTOS MUSICOS Y SUS ACCESORIOS

INDUSTRIAS	INDUSTRIALES
Instrumentos de música (fábricas de)	8
Pianos (fábricas de)	2
Cuerdas de instrumentos (fábricas de)	2
TOTAL	12

11. INDUSTRIAS QUIMICAS

INDUSTRIAS	INDUSTRIALES
Jabón (fábricas de)	89
Laboratorios químicos	67
Laboratorios farmacéuticos	48
Lejías (fábricas de)	36
Perfumería (fábricas de)	22
Colas (fábricas de)	14
Fundición de sebo (fábricas de)	14
Tintas (fábricas de)	12
Barnices (fábricas de)	7
Aglomerados de carbón (fábricas de)	6
Máquinas para trituración de raíces	6
Cera (fábricas de)	5
Preparación de colores para pintura	4
Productos químicos (fábricas de)	4
Oxígeno (fábricas de)	3
Betunes (fábricas de)	3
Tintas de imprenta (fábricas de)	3
Papel de estraza (fábricas de)	3
Goma líquida (fábricas de)	2
Acido carbónico (fábricas de)	2
Objetos de amianto (fábricas de)	2
Asfalto (fábricas de)	2
Molinos para triturar drogas	2
Destilación de alquitrán (fábricas de)	1
Lacres (fábricas de)	1
Pinturas (fábricas de)	1
Engrudo (fábricas de)	1
Acido cítrico (fábricas de)	1
Algodón en rama (fábricas de)	1
Glicerina (fábricas de)	1
Destilerías	1
TOTAL	364

12. CURTIDOS Y SUS SIMILARES

INDUSTRIAS	INDUSTRIALES
Calzado (constructores de)	336
Zapateros de viejo	303
Guarnicioneros	40
Boteros y corambreros	36
Petacas (fábricas de)	26
Talabarteros	24
Cañistas	22
Guantes (fábricas de)	21
Estuches de lujo (fábricas de)	16
Zurradores de pieles	13
Curtidos (fábricas de)	13
Preparadores de calzado	9
Secaderos de pieles	6
Objetos de viaje (fábricas de)	3
Peletería (fábricas de)	1
TOTAL	869

13. INDUSTRIAS TEXTILES

INDUSTRIAS	INDUSTRIALES
Telares de bordado	26
Telares rectilíneos	23
Bordado (obradores de)	22
Telares mecánicos	19
Blondas y encajes	11
Telares para alfombras	10
Apresto de tejidos	8
Telares de trencilla	8
Telares de lanzadera	4
Tapices (fábricas de)	2
Borras (fábricas de)	2
Torcido de crin	1
Telares cuadrados	1
Galones (fábricas de)	1
Cordoneros y pasamaneros	1
TOTAL	139

14. INDUSTRIAS DEL VESTIDO

INDUSTRIAS	INDUSTRIALES
Sastrerías sin géneros	556
Modistas	356
Sastrerías con géneros	197
Modistas de sombreros	93
Modistos	53
Confecciones (talleres de)	53
Gorras (fábricas de)	31
Sombreros de paja (fábricas de)	29
Ropa blanca (fábricas de)	23
Sombreros (obrador para reformas de)	18
Sombreros de señora (fábricas de)	18
Fábricas de corsés	13
Sombreros de fieltro (fábricas de)	12

Sastrerías de militar	11	700
Medias (fábricas de)	6	
Fieltros para sombreros (fábricas de)	4	
Géneros de punto (fábricas de)	3	
Plisados (fábricas de)	3	
Plumistas	2	
Corbatas (fábricas de)	2	
Toquillas (fábricas de)	1	
Sombreros (hormeros de)	1	
Pañuelos (fábricas de)	1	
TOTAL	1486	

15. INDUSTRIAS DE SUBSTANCIAS ALIMENTICIAS

INDUSTRIAS	INDUSTRIALES
Tahonas	173
Chocolates a máquina (fábricas de)	49
Gaseosas (fábricas de)	48
Bombones (fábricas de)	36
Hornos de bollos	31
Hielo artificial (fábricas de)	20
Churros (fábricas de)	18
Embutidos (fábricas de)	13
Fábricas de galletas	13
Achicorias (fábricas para preparar)	11
Pastas para sopa (fábricas de)	9
Conservas (fábricas de)	9
Chocolates a brazo (fábricas de)	8
Harinas (fábricas de)	8
Barquillos (fábricas de)	7
Patatas fritas (fábricas de)	7
Cervezas (fábricas de)	6
Aceitunas (aderezo de)	5
Vermut (fábricas de)	4
Caramelos (fábricas de)	4
Licores (fábricas de)	4
Vinagres (fábricas de)	3
Jarabes (fábricas de)	3
Dulces (fábricas de)	2
Vinos (fábricas de)	2
Molinos para cernido	2
Mantecas (fábricas de)	2
Tostaderos de café	1
Sidras (fábricas de)	1
TOTAL	499

16. PELUQUEROS Y BARBEROS

INDUSTRIAS	INDUSTRIALES
Barberías	852
Peinar señoras (salones de)	38
Peinadoras	20
Elaboradores en cabello	9
TOTAL	919

17. INDUSTRIAS VARIAS

INDUSTRIAS	INDUSTRIALES
Plancha (obradores de)	225
Tintorerías	90
Pozos y norias (constructores de)	81
Lavaderos	71
Limpiabotas (salones de)	63
Juguetes (fábricas de)	53
Objetos de goma (fábricas de)	26
Vaciadores	19
Lavado y planchado mecánico (talleres de)	16
Peines (fábricas de)	13
Cestas (fábricas de)	12
Flores artificiales (fábricas de)	9
Abanicos (compositores de)	9
Corchos (fábricas de)	8
Sellos de caucho (fábricas de)	7
Aparatos ortopédicos (constructores de)	7
Fuelles (fábricas de)	5
Paraguas (fábricas de)	5
Hules y encerados (fábricas de)	4
Cepillos (fábricas de)	4
Plumeros (fábricas de)	4
Expendedores de billetes	4
Maniqués (fábricas de)	3
Instrumentos de física y matemáticas	3
Tapones de corcho (fábricas de)	3
Elaboradores de esponjas	2
Disecadores de aves	2
Objetos de mimbre (fábricas de)	2
Cartuchos (fábricas de)	2
Vendajes (fábricas de)	2
Objetos antiguos (restauradores de)	1
Paraguas (composturas de)	1
Pirotécnicos	1
Persianas (fábricas de)	1
Aparatos telegráficos (construcción de)	1
Impermeables (fábricas de)	1
Tabacos (fábricas de)	1
Toldos (constructores de)	1
TOTAL	762

18. SERVICIOS (ALQUILER, PRESTAMO, TRANSPORTE, HOSPEDAJE, ESPECTACULO)**Y OTROS**

INDUSTRIAS	INDUSTRIALES
Automóviles (alquileres de)	1047
Casas de huéspedes y viajeros	669
Periódicos literarios y científicos	305
Coches de plaza	242
Garages	166
Coches de lujo (alquileres de)	164
Agentes de negocios	138
Agentes de anuncios	96
Caballos de punto	87
Seguros (Sociedades de)	80
Carros de transporte	77
Autocamiones	74
Paradores	49
Automóviles de transporte por carretera	44
Carros de mano (alquileres de)	44
Agentes de noticias	44
Agentes de Bolsa y cambio	42
Tratantes en vacas de leche	42
Horticultores	37
Tratantes en caballos	35
Hoteles	33
Merenderos	29
Agentes de transportes	28
Continental	27
Pianos (alquileres de)	25
Teatros	23
Fondas	23
Cinematógrafos	23
Agentes de ferrocarriles	21
Periódicos políticos	21
Casas de salud	19
Velocípedos (alquileres de)	17
Agentes de proyectos	15
Agentes de colocaciones	12
Tratantes en carnes	12
Agentes de pompas fúnebres	12
Guardamuebles	10
Casas de baños	10
Agentes de préstamos	9
Prestamistas	9
Trajes (alquiladores de)	7
Juegos de pelota	6
Volquetes (alquiladores de)	4
Gimnasios	4
Ovejas de leche	3
Pistas para patinar	1
Circos gallísticos	1
TOTAL	3886

19. TOTAL DE INDUSTRIAS

INDUSTRIAS	INDUSTRIALES
Artes de la construcción	785
Productos cerámicos, vidrio y cristal	269
Madera	1676
Metalúrgicas	1634
Carruajes y carros	113
Joyereros y similares	213
Artes Gráficas	988
Papel y cartón	106
Electricidad	186
Instrumentos músicos y sus accesorios	12
Químicas	364
Curtidos y sus similares	869
Textiles	139
Vestido	1486
Substancias alimenticias	499
Peluqueros y barberos	919
Varias	762
TOTAL INDUSTRIAS	11020
Servicios (alquiler, préstamo, transportes, hospedaje, espectáculos) y otros	3886
TOTAL GENERAL	14906

FUENTE: Ayuntamiento de Madrid, Estadística del Trabajo. Anuario del año 1924, "Estadística industrial", pp. 13-18.

CUADRO 9. NUMERO DE INDUSTRIALES DE MADRID Y SU PROVINCIA ENTRE 1914 Y 1923

1. ARTES DE LA CONSTRUCCION

INDUSTRIAS	NUMERO DE INDUSTRIALES									
	1914	1915	1916	1917	1918	1919	1920	1921	1922	1923
Decoradores de edificios con escayola y cartón piedra	17	18	16	13	10	11	9	7	6	6
Pintores de historia	--	1	2	4	4	3	5	5	3	3
Pintores escenógrafos	2	1	3	4	2	2	2	3	3	3
Pintores de brocha y revocadores	192	190	179	190	202	178	226	195	201	214
Estuquistas	26	22	18	18	14	11	8	8	9	10
Lapidarios y marmolistas	46	44	45	50	53	50	54	60	60	60
Maestros de albañilería	24	23	21	24	22	29	33	35	36	38
Maestros de canteros y pizarreros	24	23	29	26	26	22	22	21	19	20
Escultores y vaciadores en escayola	15	19	30	30	39	33	36	46	49	53
Maestros soladores de todas clases	23	23	17	13	9	9	10	8	8	8
Estampación de papel para adorno de habitaciones	8	8	8	8	6	6	5	5	5	5
Fábricas de aserrar mármoles	3	2	3	1	4	6	6	6	9	12
Adornistas de templos u otros locales	2	2	2	2	2	2	2	2	2	2
Doradores sin tienda	8	6	6	8	8	9	12	12	12	12
TOTAL	390	382	379	391	401	371	430	413	422	446

2. PRODUCTOS CERAMICOS, VIDRIO Y CRISTAL

INDUSTRIAS	NUMERO DE INDUSTRIALES									
	1914	1915	1916	1917	1918	1919	1920	1921	1922	1923
Fábricas de porcelana y loza fina	3	3	2	2	1	1	1	1	--	--
Fábricas de loza entrefina	1	1	1	1	1	1	--	--	--	--
Fábricas de loza ordinaria	1	1	1	1	1	1	1	--	--	--
Fábricas de tinajas y vasijas ordinarias	4	4	4	4	4	4	5	5	5	5
Fábricas de objetos cerámicos de adorno y decoración, jarrones, cornisas, figuras, etc.	1	1	1	2	1	1	1	1	1	1
Fábricas de objetos refractarios	2	1	1	1	2	2	3	3	3	3
Fábricas de tejas, baldosines y ladrillos prensados y huecos	1	1	1	2	2	2	2	1	--	--
Fábricas de tejas, ladrillos y baldosas ordinarias sin prensar	7	7	7	7	6	7	5	5	4	4
Las mismas con cocción por procedimiento de hormigueros	29	35	37	33	28	23	21	28	32	27
Fábricas de losetas hidráulicas para pavimentos	6	7	9	10	10	10	14	15	18	27
Fábricas de piedra artificial	4	4	5	7	6	6	7	5	7	9
Fábricas de cristal y medio cristal	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1
Fábricas de vidrios planos y huecos	2	2	3	4	4	6	6	10	14	16
Fábricas de glasear, grabar, decorar o pintar vidrios	13	12	11	10	12	13	12	13	13	13
Fábricas de azogar lunas	2	3	3	3	3	3	3	3	3	3
Fábricas de yeso o cal	--	--	2	2	1	1	2	1	1	1
TOTAL	77	83	89	90	83	82	84	92	102	110

3. INDUSTRIA DE LA MADERA

INDUSTRIAS	NUMERO DE INDUSTRIALES									
	1914	1915	1916	1917	1918	1919	1920	1921	1922	1923
Talleres de carpintería o ebanistería mecánica	62	78	86	78	77	80	83	115	127	131
Fábrica de aserrar maderas	--	--	--	1	1	1	1	1	--	--
Sierras sin fin o de cinta	78	96	102	97	93	95	102	112	128	142
Sierras circulares	34	39	40	39	41	46	58	67	70	79
Carpinteros de armar	8	8	9	6	6	7	6	5	4	4
Calafateadores	--	--	--	--	--	--	--	1	1	1
Carpinteros de taller	360	370	380	396	381	373	378	381	403	418
Constructores de ataúdes	--	--	2	2	2	2	2	1	2	3
Ebanistas, silleros y tapiceros de lujo	14	11	12	13	10	12	16	14	14	15
Los mismos, no comprendidos en el supuesto anterior	8	6	5	4	5	4	7	5	5	6
Los mismos, con taller sin tienda	152	158	157	156	144	145	181	204	204	209
Cofreros y cajeros	35	36	33	33	31	31	31	30	29	32
Silleros	19	20	19	20	20	18	18	18	18	18
Fábricas de molduras y marcos	1	1	1	3	2	2	4	--	1	1
Tallistas	2	1	1	1	3	6	14	17	18	20
Torneros en madera, marfil o hueso	22	20	17	20	21	21	20	18	16	15
Constructores de mesas de billar	4	4	5	4	4	4	4	5	5	5
Construcción de toneles	--	--	--	--	--	--	--	1	--	--
Cuberos	8	8	9	10	10	9	12	10	10	10

Embaladores	5	6	5	5	6	6	6	7	7	7
Bastoneros	6	3	5	6	7	7	9	9	10	11
Los mismos no comprendidos en el anterior supuesto	6	5	5	5	7	--	--	--	--	--
Hormeros a mano	4	5	5	5	5	5	7	7	7	7
Fábricas de hormas para el calzado	1	1	1	1	1	--	--	--	--	--
Talleres de hormas para el calzado	6	6	6	6	5	--	--	--	--	--
TOTAL	835	882	905	911	882	874	959	1028	1079	1134

4. INDUSTRIAS METALURGICAS

INDUSTRIAS	NUMERO DE INDUSTRIALES									
	1914	1915	1916	1917	1918	1919	1920	1921	1922	1923
Talleres de fundición de hierro	12	11	10	9	8	8	8	9	10	10
Fundidores en crisol	28	29	34	31	31	30	35	34	36	37
Fábricas de fundir plomo	2	2	1	1	1	1	2	2	1	1
Hornos de beneficio de estaño	--	--	--	--	1	1	--	--	--	--
Talleres de calderería gruesa	6	5	6	5	5	3	2	2	3	3
Talleres de construcción de máquinas	10	11	10	12	14	13	13	15	17	19
Talleres de ajuste (con motor)	64	67	71	72	74	73	78	98	114	138
Talleres de ajuste (a mano)	10	10	10	7	7	8	6	4	6	7
Herreros y cerrajeros	180	251	273	287	290	293	351	368	382	409
Talleres de calderería pequeña	1	3	3	3	3	3	4	5	6	8
Caldereros	14	13	13	15	13	11	12	11	11	11
Talleres de fumistería	48	48	48	48	50	49	53	53	55	57

Constructores de objetos de hierro y acero	4	3	3	2	1	1	1	2	2	2
Cuchilleros	--	--	--	--	--	--	--	1	--	--
Talleres de aparatos de pesar	1	1	1	2	1	2	2	3	4	4
Talleres de camas finas y ordinarias	7	7	7	7	5	6	6	5	6	7
Fábricas de alfileres	--	--	--	--	--	--	--	1	1	1
Construcción y reparación de limas	3	3	3	3	2	3	3	3	3	3
Fábricas de cajas de hoja de lata	4	3	3	3	3	3	4	2	2	2
Fábricas de aparatos de cinc y lata	2	2	2	2	3	3	3	3	3	3
Constructores a mano de aparatos de cinc y lata	41	45	42	42	40	35	34	34	32	28
Hojalateros y vidrieros	85	182	185	182	188	182	204	207	212	216
Fontaneros	14	16	15	18	16	17	23	23	27	31
Fábricas de lampistería	2	3	3	3	3	2	2	3	3	3
Fábricas de telas metálicas	2	2	2	2	3	2	2	1	4	5
Fábricas de rejilla metálica	11	11	11	11	12	14	15	17	18	21
Fábricas de objetos de lujo	9	9	10	13	13	17	19	22	24	27
Talleres de galvanoplastia	7	2	3	3	4	4	3	11	11	10
Broncistas	77	112	138	153	155	165	206	200	209	218
Fábricas de corchetes	4	4	5	4	4	4	2	1	2	3
Fábricas de botones metálicos y otros adornos por estampación	6	6	6	6	8	10	11	10	10	10
Armeros	5	5	6	6	5	5	5	5	5	5
Talleres de máquinas de coser	18	19	17	19	22	21	23	28	26	23
TOTAL	677	885	941	971	985	989	1132	1183	1245	1322

5. TALLERES DE CARRUAJES Y CARROS

INDUSTRIAS	NUMERO DE INDUSTRIALES									
	1914	1915	1916	1917	1918	1919	1920	1921	1922	1923
Talleres de construcción y reparaciones de coches	25	26	25	24	22	25	25	26	24	22
Los mismos en que no se hacen el guarnecido ni el barnizado	6	5	6	4	4	4	7	6	7	7
Talleres de reparación y construcción de cajas de coches	4	4	3	4	3	3	5	6	7	9
Carreteros o constructores de carros	27	31	28	25	26	26	25	28	29	29
TOTAL	62	66	62	57	55	58	62	66	67	67

6. JOYEROS Y SIMILARES

INDUSTRIAS	NUMERO DE INDUSTRIALES									
	1914	1915	1916	1917	1918	1919	1920	1921	1922	1923
Orífices plateros	16	13	9	10	11	10	12	10	10	10
Esmaltadores y engastadores de piedras finas	1	1	1	2	2	1	3	4	6	6
Esmaltadores y engastadores de piedras falsas	22	25	23	23	23	22	23	19	21	22
Lapidarios que tallan piedras finas o falsas	2	2	2	2	2	1	3	4	4	4
Tiradores de oro y plata	2	1	1	2	2	2	2	2	2	2
Plateros compositores	34	49	54	62	62	81	99	111	114	129
Relojeros compositores	31	34	42	50	52	50	50	46	47	45
TOTAL	108	125	132	151	154	167	192	196	204	218

7. ARTES GRAFICAS

INDUSTRIAS	NUMERO DE INDUSTRIALES									
	1914	1915	1916	1917	1918	1919	1920	1921	1922	1923
Fábricas de caracteres de imprenta	21	19	22	28	26	24	28	27	31	32
Talleres de imprimir	137	144	144	141	138	138	144	149	157	161
Talleres de imprimir tarjetas, circulares, etc., con máquinas planas	168	178	175	173	176	176	195	201	209	214
Talleres de litografía	29	29	27	26	30	31	26	28	32	37
Litógrafos con prensa a mano	9	9	8	7	7	6	7	6	5	5
Grabadores	31	32	38	40	42	42	53	57	59	50
Encuadernadores de libros	108	111	112	109	104	104	111	108	111	113
Fábricas de teñir papel	--	--	--	--		--	--	1	1	1
Fábricas de rayar papel	12	13	14	13	14	14	12	12	11	15
Copistas de documentos, a mano y máquina, etc.	9	10	10	11	12	11	10	10	10	10
Fotógrafos o establecimientos fotográficos	75	75	83	78	86	79	72	74	76	79
Impresores de estampas con prensa a mano	--	--	1	1	1	1	1	1	1	1
Talleres de timbrado de papel	--	--	1	2	2	2	4	4	6	8
TOTAL	599	620	635	629	638	628	663	678	709	726

8. INDUSTRIAS DEL PAPEL Y CARTÓN

INDUSTRIAS	NUMERO DE INDUSTRIALES									
	1914	1915	1916	1917	1918	1919	1920	1921	1922	1923
Talleres para la confección de bolsas de papel	10	9	8	11	10	10	9	12	11	13
Fábricas de cajas de cartón ordinario	12	10	9	11	12	10	9	21	21	23
Cajeros que hacen con cartón cajas y estuches	36	29	36	34	22	24	27	31	31	30
Talleres destinados al doblado, rollado, moldeado o picado de papel	7	6	7	6	4	5	5	7	7	7
Fábricas de sobres para cartas y bolsas de papel	11	14	14	13	14	14	16	18	23	26
TOTAL	76	68	74	75	62	63	66	89	93	99

9. INDUSTRIA DE LA ELECTRICIDAD

INDUSTRIAS	NUMERO DE INDUSTRIALES									
	1914	1915	1916	1917	1918	1919	1920	1921	1922	1923
Fábricas de bombillas eléctricas	--	--	1	1	1	1	1	4	6	7
Instaladores eléctricos	64	78	75	76	71	72	71	74	76	78
TOTAL	64	78	76	77	72	73	72	78	82	85

10. INSTRUMENTOS MUSICOS Y SUS ACCESORIOS

INDUSTRIAS	NUMERO DE INDUSTRIALES									
	1914	1915	1916	1917	1918	1919	1920	1921	1922	1923
Construcción de pianos, arpas, órganos y armoniums	4	3	3	4	3	3	4	2	1	1
Construcción de instrumentos músicos de aire y de cuerda	3	3	3	4	4	4	2	4	3	4
Guitarras, bandurrias y cítaras	5	6	5	5	6	6	10	9	9	9
Pergaminos y cuerdas de tripa para instrumentos músicos	3	4	2	2	2	2	2	2	2	2
Bordones para instrumentos músicos	2	2	2	2	2	2	2	2	2	2
TOTAL	17	18	15	17	17	17	20	19	17	18

11. INDUSTRIAS QUIMICAS

INDUSTRIAS	NUMERO DE INDUSTRIALES									
	1914	1915	1916	1917	1918	1919	1920	1921	1922	1923
Fábricas de barrilla artificial (carbonato sódico)	2	1	1	1	3	2	2	2	2	2
Fábricas de asfaltos	--	--	--	--	--	--	--	1	1	1
Fábricas de destilación de alquitranes, residuos de la fabricación del gas, etc.	2	2	2	3	3	3	3	3	3	3
Fábricas de gas	--	--	--	--	--	--	--	1	--	--
Fábricas de aglomerados de carbón	2	3	2	2	2	2	4	4	4	4
Fábricas de betún para calzado	3	4	4	5	5	5	7	6	6	6
Fábricas de tintes comunes y de imprenta	14	15	12	12	11	12	8	10	12	13
Fábricas de barnices (incluyendo pueblos)	6	8	7	7	8	8	8	8	8	8
Coloreros y preparadores de color para la pintura	5	6	6	7	5	2	2	2	2	2
Fabricación de colores (preparación de)	1	1	1	1	1	2	2	2	2	2
Fábricas de colas	3	3	2	3	3	3	4	5	5	5
Fábricas de jabón duro o blando	41	38	41	37	32	39	49	48	50	52
Fábricas de jabón en frío	2	3	3	3	3	2	2	2	2	2
Fábricas de jabón en caliente y en frío combinados	3	3	3	3	3	3	4	2	1	1
Fábricas de lejías líquidas para limpiar suelos y ropas	35	37	28	23	26	27	31	33	36	37
Fábricas de estearinas y demás ácidos grasos-neutros	1	1	1	1	1	--	1	1	1	2
Fábricas de velas de cera	29	30	28	27	26	26	27	26	26	25

Fábricas de velas de sebo	1	1	1	1	--	--	--	--	--	--
Fábricas de fundición de sebo	6	6	6	7	9	9	7	7	9	11
Fábricas de ácido carbónico	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1
Fábricas en que se prepara el algodón en rama para la medicina	1	1	1	--	--	--	--	--	2	2
Laboratorios químicos y farmacéuticos	10	11	10	15	15	16	20	23	27	34
Los mismos, anejos a farmacias	38	40	38	38	37	41	44	44	47	53
Laboratorios de ensayo y análisis	4	2	4	6	7	6	5	9	11	11
Fábricas de permanganato	--	--	--	1	1	1	--	--	--	--
Fábricas de destilación de esencias	3	2	1	1	1	1	--	--	--	--
Fábricas de gomas líquidas	--	--	--	1	1	--	1	2	2	2
Fábricas de lacas	--	--	--	--	--	--	--	1	1	1
Fábricas de perfumería no anejas	12	11	10	15	16	17	19	18	18	18
Fábricas de perfumería anejas a tienda	17	17	16	16	16	16	17	19	21	21
Fábricas de papel de estraza y cartón ordinario, procedimiento continuo	2	2	2	2	2	2	2	2	2	3
Trituración y molienda de palos tintóreos, drogas, etc.	2	4	4	3	1	3	1	4	4	4
Fábricas de pilas eléctricas	--	1	1	1	1	1	1	1	1	1
TOTAL	246	254	236	243	240	250	272	287	307	327

12. CURTIDOS Y SUS SIMILARES

INDUSTRIAS	NUMERO DE INDUSTRIALES									
	1914	1915	1916	1917	1918	1919	1920	1921	1922	1923
Talleres de cañistas y preparadores de corte de calzado	17	19	22	23	24	25	29	32	34	35
Talleres de calzado	24	23	24	21	23	27	36	42	46	52
Zapateros	62	66	64	69	72	72	170	180	182	185
Fábricas de zapatillas	--	--	--	--	--	--	--	1	--	--
Fábricas de cortar suelas o tapas para tacones, mecánicas	1	1	1	1	1	1	1	--	--	--
Guarnicioneros	12	14	9	8	8	7	6	9	9	9
Talabarteros	14	15	15	12	14	14	16	13	12	11
Albarderos, jalmeros, cabestreros	9	9	9	9	9	8	8	8	8	8
Boteros corambreros	23	22	21	22	20	22	22	22	21	19
Botineros	--	--	--	--	--	--	--	1	1	1
Fábricas de petacas y carteras, etc.	18	17	12	12	13	15	19	19	20	21
Fábricas de guantes	11	11	11	11	13	14	15	14	14	13
Zurradores de pieles	--	--	--	--	1	1	1	1	1	1
Constructores de objetos de viaje, de lujo	9	12	13	11	11	12	12	11	11	10
Fábricas de estuches de lujo	13	13	13	13	14	15	14	16	18	19
Fábricas de curtidos por el sistema de remesas	4	4	4	3	2	2	2	2	2	2
Fábricas de curtidos de pieles de ganado vacuno, caballar, etc.	2	2	2	2	2	2	1	1	1	1

Fábricas de curtidos de pieles de becerrillo, ganado cabrío, lanar, etc.	9	9	9	9	9	9	9	9	9	9
Fábricas de adobo de pieles	2	3	2	2	3	3	3	5	5	5
Fábricas de zurrar pieles	4	6	5	6	6	6	6	8	8	8
Fábricas de charoles	1	1	1	--	--	--	--	--	--	--
Molinos de corteza de árboles para el curtido	2	2	2	2	1	1	1	1	1	1
TOTAL	237	249	239	236	246	256	371	395	403	410

13. INDUSTRIAS TEXTILES

INDUSTRIAS	NUMERO DE INDUSTRIALES									
	1914	1915	1916	1917	1918	1919	1920	1921	1922	1923
Telares a mano para la confección de tapices	1	1	2	2	2	4	5	6	8	9
Máquinas de deshilachar trapos	--	--	--	--	--	1	--	2	2	2
Tornos para el torcido de crin o cerda animal	2	2	3	3	3	3	3	3	3	3
Telares mecánicos para tejer	--	--	--	1	1	1	1	1	1	1
Industria sedera. Tornos o máquinas para torcer a uno o más cabos	1	--	--	--	--	--	--	--	--	--
Industria sedera. Telares mecánicos para el tejido de sedas lisas	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1
Telares mecánicos para la confección de cintas, galones, agremanes, etc.	4	4	4	4	4	4	2	2	2	2
Telares a mano para la confección de los mismos productos	3	2	2	2	3	3	2	2	2	2

Telares o máquinas de trenzar o hacer trencillas o cordones	6	5	5	5	5	5	5	5	5	5
Telares comunes de lanzadera (productos de algodón, lana, etc.)	14	14	14	13	15	13	12	12	14	16
Telares mecánicos circulares movidos a mano (género de paño)	2	2	2	2	2	2	1	2	2	2
Telares rectilíneos de fronteras, movidos mecánicamente (géneros de punto)	2	2	2	2	2	2	2	3	5	6
Telares cuadrados para géneros de punto	2	2	2	2	2	2	2	2	4	7
Telares mecánicos rectilíneos de agujas cruzadas (géneros de punto)	6	7	7	5	7	8	8	13	14	17
Telares para bordar entredoses	6	6	6	5	4	4	4	4	4	4
Talleres para bordar, festonear y calar	2	5	9	13	22	19	27	34	37	43
Fábricas de estampados a mano	--	--	--	--	1	1	1	1	1	1
Fábricas de pintar hilos en madejas								1	2	3
Establecimientos para el blanqueo anejo a una sola fábrica de hilados	--	--	--	--	--	--	--	1	1	1
Fábricas de boatas o mantas de algodón en rama	2	2	2	3	3	3	3	2	2	2
Casulleros que confeccionan ornamentos de iglesia	3	3	3	4	4	4	4	4	4	4
Pasamaneros cordoneros	4	4	4	3	3	3	2	2	2	2
Bordadores con obrador	6	6	5	5	7	5	5	4	4	4
Obradores para colchas entreteladas de algodón	1	1	1	1	2	2	1	1	1	1
Encajeras	2	2	2	2	2	2	2	2	2	2
TOTAL	70	71	76	78	95	92	93	110	123	140

14. INDUSTRIAS DEL VESTIDO

INDUSTRIAS	NUMERO DE INDUSTRIALES									
	1914	1915	1916	1917	1918	1919	1920	1921	1922	1923
Fábricas de corsés	4	4	4	4	3	3	4	4	3	3
Corseteros y cotilleros	46	44	45	47	43	45	43	47	48	49
Fábricas de fieltros para sombreros	2	2	3	3	3	3	3	3	4	5
Fábricas de sombreros de palma o paja fina	29	31	29	30	29	28	31	34	35	37
Fábricas de sombreros de palma o paja ordinaria	2	2	2	2	2	2	2	3	3	3
Confección de gorras	17	19	21	19	19	19	20	23	25	25
Sombrereros con obrador y tienda	2	2	3	2	2	2	--	--	--	--
Reforma y compostura de sombreros	14	12	14	12	15	14	13	14	16	16
Modistas de sombreros sin tienda	46	36	43	44	47	44	40	43	37	34
Plumistas	8	9	7	6	5	6	7	8	8	8
Sastres que hacen vestuarios para Corporaciones y Ejército	12	13	13	13	11	11	13	16	16	16
Sastres con géneros finos del país o extranjeros	86	90	88	92	91	92	90	86	87	89
Sastres con géneros del país	146	148	151	139	142	136	136	133	139	147
Sastres sin géneros	184	188	219	247	245	237	248	235	240	252
Modistas sin géneros	82	88	91	95	103	130	105	104	104	105
TOTAL	680	688	733	755	760	772	755	753	765	789

Hornos de bollos, bizcochos y rosquillas	29	29	32	31	29	27	22	21	20	22
Confiteros y pasteleros	118	154	155	148	139	129	104	107	114	117
Fábricas de terrones de azúcar	--	--	--	--	--	--	--	1	--	--
Fábricas de bombones, almendras y grajeas	14	14	15	14	13	14	19	19	21	25
Fábricas de chocolates movidas mecánicamente	23	22	24	22	24	26	26	28	32	34
Fábricas de chocolates a brazo	9	9	8	7	8	9	10	10	11	13
Fábricas de embutidos	4	4	4	3	4	5	5	5	5	5
Fábricas de manteca de leche y quesos	1	2	1	--	1	1	1	1	1	1
Fábricas de conservas de pescado	--	--	--	--	--	--	--	2	2	2
Fábricas de conservas de frutas y hortalizas	7	7	7	7	9	8	6	5	4	5
Fábricas en donde se aderezan y balsan aceitunas	--	--	1	1	1	2	1	1	1	1
Fábricas de hielo artificial	6	6	5	4	4	7	6	6	8	9
Prensas de aceites (de cacahuet y aceitunas)	1	1	1	1	1	--	1	1	1	1
TOTAL	459	504	510	472	459	444	421	428	452	477

16. PELUQUEROS Y BARBEROS

INDUSTRIAS	NUMERO DE INDUSTRIALES									
	1914	1915	1916	1917	1918	1919	1920	1921	1922	1923
Peluqueros en salón	10	10	10	11	9	12	16	14	15	17
Barberos y peluqueros en salón	81	83	79	92	93	84	80	77	79	80
Peluqueros y barberos en tienda	27	29	26	24	22	28	24	24	25	25
Barberos en tienda	396	400	400	414	420	409	409	380	387	392
Salones para peinar señoras	24	23	21	20	20	18	21	20	21	21
Dibujantes en cabello	--	--	1	1	1	1	1	2	2	1
TOTAL	538	545	537	562	565	552	551	517	529	536

17. INDUSTRIAS VARIAS

INDUSTRIAS	NUMERO DE INDUSTRIALES									
	1914	1915	1916	1917	1918	1919	1920	1921	1922	1923
Fábricas de alpargatas	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1
Alpargateros	5	5	4	5	4	3	5	7	5	5
Fábricas de objetos de goma y caucho	2	3	3	3	5	5	4	6	7	7
Fábricas de hules y encerados y de impermeabilizar telas	3	3	4	4	3	3	3	4	2	2

Fábricas de sellos y mimbres de caucho	2	2	3	2	3	2	3	3	3	5
Talleres de tintorería	61	60	63	59	51	57	72	88	90	94
Fábricas de lavado y planchado mecánico	4	6	6	6	7	5	5	4	5	6
Fábricas de cepillos y plumeros	10	9	8	10	6	6	8	7	7	7
Fábricas de tapones de corcho	5	5	6	7	6	6	6	11	11	11
Fábricas de paraguas y sombrillas	3	3	3	3	4	3	3	4	4	5
Fábricas de peines de asta y cuerno	2	2	2	3	3	3	3	6	7	7
Fábricas de juguetes	4	4	9	11	13	18	22	25	24	26
Vaciadores de navajas	12	12	12	12	17	15	18	19	21	22
Herboristerías	11	13	11	12	13	14	12	7	6	5
Constructores de aparatos ortopédicos	7	9	10	10	10	9	14	13	13	12
Disecadores de aves y otros animales	2	2	2	2	2	2	2	2	2	2
Constructores a mano de cestas y otros objetos de mimbre o caña	17	17	17	22	21	20	21	19	19	19
Talleres donde se hacen flores artificiales	4	4	3	1	3	4	4	5	5	6
Maestros de baile, esgrima, etc.	--	--	--	--	--	--	--	15	14	14
Maestros de equitación	--	--	--	--	--	--	--	3	3	3
Polvoristas	--	--	--	1	--	--	--	--	--	--
TOTAL	155	160	167	174	172	176	206	249	249	259

18. TOTAL DE INDUSTRIAS

INDUSTRIAS	NUMERO DE INDUSTRIALES									
	1914	1915	1916	1917	1918	1919	1920	1921	1922	1923
Artes de la construcción	390	382	379	391	401	371	430	413	422	446
Productos cerámicos, vidrio y cristal	77	83	89	90	83	82	84	92	102	110
Madera	835	882	905	911	882	874	959	1028	1079	1134
Metalúrgicas	677	885	941	971	985	989	1132	1183	1245	1322
Carruajes y carros	62	66	62	57	55	58	62	66	67	67
Joyereros y similares	108	125	132	151	154	167	192	196	204	218
Artes Gráficas	599	620	635	629	638	628	663	678	709	726
Papel y cartón	76	68	74	75	62	63	66	89	93	99
Electricidad	64	78	76	77	72	73	72	78	82	85
Instrumentos músicos y sus accesorios	17	18	15	17	17	17	20	19	17	18
Químicas	246	254	236	243	240	250	272	287	307	327
Curtidos y sus similares	237	249	239	236	246	256	371	395	403	410
Textiles	70	71	76	78	95	92	93	110	123	140
Vestido	680	688	733	755	760	772	755	753	765	789
Substancias alimenticias	459	504	510	472	459	444	421	428	452	477
Peluqueros y barberos	538	545	537	562	565	552	551	517	529	536
Varias	155	160	167	174	172	176	206	249	249	259
TOTAL	5290	5678	5806	5889	5886	5864	6349	6581	6848	7163

FUENTE: Cámara Oficial de Industria de Madrid, Memoria-Anuario de 1914 a 1924-25 (varios años).

CUADRO 10. SOCIEDADES ANONIMAS CON DOMICILIO SOCIAL EN MADRID SEGUN EL ANUARIO FINANCIERO 1921-24

ACTIVIDAD	En 1921	En 1924 ¹	FECHA DE CONSTITUCION ²				CAPITAL NOMINAL	
			Ant. 1901	1901-13	1914-18	1918-23	De más de un millón de pesetas	De más de diez millones
Aceites y grasas	6	9	--	1	1	7	5	1
Agencias de aduanas	0	1	--	--	--	1	1	--
Agencias de negocios	3	--	--	--	--	--	--	--
Agrícolas	4	5	--	--	--	5	1	--
Aguas potables y riegos	7	9	4	--	1	3	6	--
Alcoholes	7	7	--	2	1	2	1	1
Alimentos	12	16	--	4	3	8	3	--
Artes Gráficas	30	29	--	4	5	20	17	3
Automóviles	37	42	--	7	10	25	9	--
Auxiliares del comercio e industria	12	--	--	--	--	--	--	--
Azucareras	3	3	--	2	1	--	3	1
Balnearios y aguas medicinales	2	4	1	1	1	--	2	--
Banca española ³	16	12	2	1	2	7	12	10
Carbones	10	12	1	1	1	9	5	--
Cementos, cerámicas y ladrillos	10	14	--	6	1	6	9	--

Cervezas y bebidas gaseosas	9	8	2	3	1	1	1	--
Cinematografía	8	10	--	--	1	9	5	--
Comercio en general	7	15	--	--	2	13	7	2
Comisiones y representaciones	25	--	--	--	--	--	--	--
Confecciones	7	8	--	--	2	4	3	1
Construcción de buques	1	1	--	1	--	--	1	1
Crédito diverso	28	26	--	8	6	12	17	5
Cueros y pieles	3	2	--	--	--	2	2	1
Edificaciones y obras públicas	20	25	2	1	6	16	13	3
Electricidad y gas	39	49	4	13	7	15	26	8
Enseñanza	1	3	--	1	--	2	1	--
Exportación e importación	28	12	--	--	2	10	5	--
Ferrocarriles	28	28	14	6	5	2	26	15
Harineras y panificadoras	13	14	1	4	2	6	3	--
Hoteles	--	6	--	4	--	2	3	--
Industrias diversas	14	23	2	1	4	16	7	2
Joyerías, platerías y relojerías	11	--	--	--	--	--	--	--
Maderas	7	10	1	--	1	7	3	--

Maquinaria y construcciones metálicas	41	52	3	4	7	34	15	2
Material eléctrico	30	31	1	4	10	16	12	1
Mineras	90	76	2	18	17	28	34	3
Muebles, carpinterías, tapicerías	3	3	--	1	--	2	2	--
Navieras	1	1	--	--	1	--	--	--
Papeleras	2	1	--	--	--	1	--	--
Pesca	--	1	--	--	1	--	--	--
Químicas	34	30	1	8	8	13	12	2
Recreos	--	11	1	1	3	5	6	--
Salineras	1	1	--	--	--	--	--	--
Sanatorios	--	4	--	1	--	2	2	--
Seguros	25	22	3	4	5	9	16	4
Servicios públicos	--	4	--	1	--	2	1	--
Siderúrgicas	3	3	1	--	2	--	3	2
Tabaco	1	1	1	--	--	--	1	1
Teléfonos	--	3	--	1	--	1	1	--
Textiles	--	8	--	--	2	6	5	3
Tintorerías	--	1	--	--	--	1	--	--
Transportes	--	23	1	3	3	14	11	1
Tranvías ⁴	8	7	6	--	--	1	6	3

Varias	--	10	2	2	2	4	1	1
Vidrieras	--	4	1	2	1	--	2	--
Vinícolas	--	1	--	--	--	1	1	--
TOTAL	647	701	57	121	128	350	328	77

1. Algunos apartados desaparecen en el Anuario de 1924.

2. Se trata de la fecha de fundación de la empresa como tal Sociedad Anónima, aunque pueden ser más antiguas bajo otras formas (colectivas o comanditarias). Las que no tenían fecha precisa han sido excluidas, de aquí que no siempre coincidan los totales.

3. Se exceptúa el Banco de España.

4. En realidad desde 1920 sólo eran dos las compañías de tranvías por haberse fusionado la administración de las que gestionaban la red urbana de Madrid (excepto la CMU).

FUENTE: Elaboración propia a partir de los datos del Anuario Financiero y de Sociedades Anónimas de España, Madrid, 1921 y 1924.

CUADRO 11. PATRONOS EN MADRID CIUDAD Y RATIO OBREROS/PATRONO EN 1920

<u>ACTIVIDADES</u>	<u>PATRONOS</u>	<u>RATIO</u>
Pesca	1	--
Forestales y agrícolas	260	2'4
Minas y canteras	3	3'3
Alimentación	536	5'3
Industria química	117	23
Industria eléctrica	38	99
Industria del papel, cartón, etc.	97	6'6
Industria del libro	217	25
Industria textil	103	4'5
Industria del vestido	1.707	8'7
Cueros y pieles	182	6'6
Industria de la madera	556	10'2
Metalurgia	51	23'9
Trabajo del hierro y demás metales	616	13'4
Industria de la construcción	328	74'9
Industria del mobiliario	139	8'4
Industria de la ornamentación	88	7'7
Alfarería y cerámica	29	29'6
Industria del vidrio y cristal	44	8'7
Transportes	321	32'6
Espectáculos públicos	41	14'4
Industrias varias o sin especificar	777	26'9
<u>TOTAL INDUSTRIAS</u>	6.251	17'2
Comercio	8.717	2'9
<u>TOTAL GENERAL</u>	14.968	8'9

FUENTE: Ministerio de Trabajo y Previsión, Censo de la población de España, 1920, Madrid, 1929, vol. 5, p. 473.

CUADRO 12. ESTADISTICA OBRERA DEL AYUNTAMIENTO DE MADRID EN 1924

OFICIOS	DISTRITOS											TOTAL
	Ctro	Hpcio	Chbrf	Bvta	Cong	Htal	Incl	Ltna	Plcio	Univ	Desc.	
Afiladores	2	1	3	4	2	4	3	6	3	4	--	32
Albañiles	601	646	2023	2054	1556	1324	2077	2540	886	2669	13	16389
Alfareros	--	--	--	42	1	4	--	--	--	4	--	51
Aserradores	21	30	21	15	11	41	31	20	22	31	1	244
Auxiliares de farmacia	28	22	18	13	22	29	15	19	16	21	9	212
Barnizadores	--	--	--	--	5	--	1	--	1	--	--	7
Biseladores de lunas	--	5	7	2	4	7	15	16	4	16	1	77
Bobinadores	--	2	--	--	2	1	--	--	--	--	--	5
Bordadoras	5	1	4	16	6	8	2	4	6	9	--	61
Camareros	286	218	149	97	282	212	130	184	196	200	11	1965
Camineros	3	2	16	8	9	9	17	17	15	20	--	116
Camiseros	1	2	--	--	3	2	--	2	1	1	--	12
Canteros	--	1	2	2	2	5	--	25	1	3	--	41
Carboneros	4	6	6	6	5	6	13	29	1	3	1	80
Carpinteros de armar	17	15	62	22	24	28	54	68	13	72	66	441
Carpinteros de taller	47	72	310	171	72	173	179	187	86	295	508	2100
Carreros	--	--	1	--	--	1	3	4	1	--	--	10
Casqueros	1	--	2	1	--	2	--	1	--	3	--	10
Cedaceros	--	--	--	1	--	2	--	1	--	1	--	5
Cepilladores	3	--	3	--	2	2	1	1	--	4	--	16
Cesteros	12	3	20	5	4	4	5	13	9	28	5	108
Cigarreras												
y tabaqueros	1	2	1	5	6	42	119	18	--	1	8	203
Cinceladores	1	1	14	7	3	1	2	--	--	6	--	35
Cobradores	--	--	3	3	1	1	2	1	4	3	--	18
Cocineros	124	89	67	37	74	76	69	80	87	52	51	806
Cocheros	173	400	862	818	350	442	301	456	378	830	15	5025
Colchoneros	2	2	11	2	5	8	3	13	2	8	1	57
Confiteros	9	11	35	15	18	31	23	29	16	40	12	239

<u>OFICIOS</u>	<u>DISTRITOS</u>											<u>TOTAL</u>
	<u>Ctro</u>	<u>Hpcio</u>	<u>Chbrf</u>	<u>Bvta</u>	<u>Cong</u>	<u>Htal</u>	<u>Incl</u>	<u>Ltna</u>	<u>Plcio</u>	<u>Univ</u>	<u>Desc.</u>	
Constructores de camas	--	1	1	--	1	--	--	--	1	4	--	8
Constructores de carros	--	--	18	8	3	8	20	10	13	14	--	94
Constructores de coches	14	28	182	35	42	102	86	92	21	167	62	831
Cordoneros	2	7	2	34	3	5	8	11	2	4	2	80
Cortadores de carnes	13	1	4	7	--	1	13	14	2	7	--	62
Cortadores de calzado	1	--	--	12	--	2	2	5	1	2	--	25
Cortadores de sastre	1	--	--	--	1	2	--	--	--	1	--	5
Curtidores	--	7	--	--	--	2	34	20	2	--	--	65
Chapistas	--	--	6	--	--	--	--	--	--	--	2	8
Chauffeurs	260	349	679	962	395	316	203	284	340	456	9	4253
Chocolateros	5	3	50	11	7	24	10	16	--	39	--	165
Decoradores	1	3	--	--	--	2	11	2	1	2	--	22
Decoradores en papel pintado	--	2	--	--	--	8	12	3	1	2	--	28
Dependientes de alpargaterías	8	2	2	1	6	5	3	19	--	4	--	50
Dependientes de comercio	1010	753	534	312	589	839	754	869	503	530	22	6715
Dependientes de pescaderías	11	18	8	23	17	14	11	9	23	29	3	166
Dependientes de pompas fúnebres	1	2	3	1	1	2	3	2	2	2	--	19
Dependientes de tahonas y despachos de pan	6	10	36	16	22	36	28	34	7	45	3	243
Dependientes de teatros	6	5	9	6	3	9	3	6	18	7	--	72
Dependientes de vaquerías	14	24	67	37	7	16	6	20	24	105	12	332
Descarnadores	--	--	--	--	--	--	--	5	--	--	--	5

<u>OFICIOS</u>	<u>DISTRITOS</u>											<u>TOTAL</u>
	<u>Ctro</u>	<u>Hpcio</u>	<u>Chbrf</u>	<u>Bvta</u>	<u>Cong</u>	<u>Htal</u>	<u>Incl</u>	<u>Ltna</u>	<u>Plcio</u>	<u>Univ</u>	<u>Desc.</u>	
Desmontistas	1	1	4	2	2	2	--	4	3	4	--	23
Doradores	4	12	17	3	7	7	8	4	5	19	1	87
Ebanistas	32	75	226	321	134	260	250	205	113	264	30	1910
Electricistas (instaladores y montadores)	18	3	46	23	23	58	39	32	19	44	6	311
Empedrados	2	11	6	2	3	4	8	8	5	10	--	59
Encuadernadores	23	28	93	45	38	85	59	92	40	108	--	611
Engrasadores	2	--	--	--	--	1	--	2	--	1	--	6
Ensaimadores	1	3	11	5	6	10	7	8	9	14	4	78
Entarimadores	3	6	13	8	9	21	11	17	6	11	--	105
Escultores de ornamentación	5	2	3	4	1	6	1	8	11	10	--	51
Esparteros de tahona	--	--	--	--	--	8	--	--	--	--	--	8
Esterotipadores	4	4	7	6	8	11	13	17	18	11	1	100
Estuchistas	4	3	3	--	3	8	19	6	9	1	--	56
Estuquistas	4	11	17	4	2	7	9	28	5	16	--	103
Ferrovianos	14	16	45	26	92	343	76	70	22	33	1176	1913
Fogoneros	--	--	1	1	--	4	5	10	2	3	--	26
Fotgrabadores	--	5	1	--	1	3	--	3	2	1	--	16
Fotógrafos	1	1	--	--	--	2	--	--	--	2	--	6
Fumistas	5	13	19	10	5	15	12	9	5	8	6	107
Fundidores tipógrafos	2	5	16	19	7	8	15	10	12	3	--	97
Galleteros	--	--	1	8	1	3	--	4	4	6	5	32
Gas y electricidad (obreros de las fábricas de)	60	62	75	98	74	171	252	290	72	82	22	1258
Gorreros	4	2	10	2	4	1	15	22	2	10	1	73
Guanteros	1	2	2	2	3	13	3	3	1	2	--	32
Guardas	--	5	7	2	2	--	--	1	1	2	--	20
Guarnecedoras	6	3	12	11	4	16	29	29	4	13	--	127
Guarnicioneros	15	11	16	3	21	23	35	36	12	15	--	187
Hormeros	2	--	1	--	2	2	1	5	--	3	--	16
Hortelanos	--	--	--	--	3	3	--	--	--	--	--	6

<u>OFICIOS</u>	<u>DISTRITOS</u>											
	<u>Ctro</u>	<u>Hpcio</u>	<u>Chbrf</u>	<u>Bvta</u>	<u>Cong</u>	<u>Htal</u>	<u>Incl</u>	<u>Ltna</u>	<u>Plcio</u>	<u>Univ</u>	<u>Desc.</u>	<u>TOTAL</u>
Impresores	39	61	156	112	63	129	138	131	100	196	4	1129
Jardineros	11	8	13	14	18	8	18	10	8	22	--	130
Labradores mecánicos	--	1	1	--	2	1	3	2	1	4	--	15
Lavanderas y planchadoras	--	--	--	11	2	3	2	--	2	3	--	23
Limpiabotas	18	7	11	3	3	22	37	31	3	12	1	148
Litógrafos	7	11	51	33	16	31	18	31	13	43	27	281
Marmolistas	6	10	33	57	34	55	54	69	9	34	83	444
Matarifes	3	2	2	2	4	6	35	99	1	2	--	156
Metalúrgicos	195	269	1044	745	608	1324	1019	861	525	874	50	7514
Modelistas	--	--	3	--	3	1	--	2	--	--	--	9
Modistas	4	3	18	25	11	8	5	5	21	28	--	128
Moldeadores	--	--	8	4	2	11	10	8	--	2	--	45
Mozos en general	9	16	29	23	10	55	40	24	22	26	3	257
No clasificados	21	32	31	24	26	44	38	38	32	39	5	330
Obreros de alumbrado	--	--	11	7	6	5	3	11	2	13	--	58
Obreros de arbolado	28	50	107	84	100	69	88	101	85	141	1	854
Obreros en artículos de piel	--	1	7	2	3	6	--	6	5	10	2	42
Obreros en cajas de cartón	5	12	14	5	3	15	23	108	14	41	6	246
Obreros en caucho	--	--	8	4	1	1	3	1	1	1	1	21
Obreros de cementerios	--	--	2	5	24	1	4	2	--	--	--	38
Obreros de fontanería y alcantarillas	18	18	57	32	26	41	73	130	37	85	4	521
Obreros de incendios	6	10	39	18	13	28	35	41	13	32	--	235
Obreros de limpiezas	26	37	87	70	67	129	284	78	364	132	--	1274
Obreros de mercados	1	3	1	2	2	1	4	10	6	5	--	35
Obreros de mosaicos	2	2	11	6	15	25	13	9	17	36	--	136
Obreros de ropa blanca	--	--	--	2	--	--	3	--	3	2	--	10

<u>OFICIOS</u>	<u>DISTRITOS</u>											
	<u>Ctro</u>	<u>Hpcio</u>	<u>Chbrí</u>	<u>Bvta</u>	<u>Cong</u>	<u>Htal</u>	<u>Incl</u>	<u>Ltna</u>	<u>Plcio</u>	<u>Univ</u>	<u>Desc.</u>	<u>TOTAL</u>
Obreros												
de vías públicas	15	32	148	122	70	102	118	167	160	185	1	1120
Oficios varios	--	3	8	5	7	13	8	13	2	14	--	73
Panaderos	83	92	147	100	60	101	142	199	75	149	2183	3331
Papelistas	1	3	2	--	--	8	18	8	2	--	--	42
Pasteleros	4	7	17	8	11	12	13	14	7	21	6	120
Peleteros	8	12	15	3	12	23	24	17	16	8	--	138
Peluqueros	134	71	58	52	78	76	68	130	56	47	10	780
Peones en general	140	139	425	290	556	719	609	577	196	542	3	4196
Pintores decoradores	85	108	255	87	88	183	265	258	89	284	112	1814
Poceros	2	1	3	--	3	4	3	14	--	10	--	40
Portlandistas	--	3	6	--	3	1	--	4	1	14	--	32
Relojeros	14	20	23	11	12	19	13	12	13	24	--	161
Repartidores												
de periódicos	13	22	47	13	18	47	52	83	22	74	--	391
Sastres	4	3	5	--	--	4	--	2	3	3	--	24
Sobres (obreros de)	2	5	1	4	1	20	58	46	18	21	55	231
Soladores	21	18	60	18	17	33	79	113	28	78	16	481
Sombrereros	5	--	1	--	--	--	--	2	2	2	--	12
Tallistas	4	6	21	9	6	15	8	9	3	21	--	102
Tapiceros	2	5	16	7	9	14	11	13	4	17	--	98
Tejeros	1	1	--	70	349	16	18	68	56	4	--	583
Timbradores	--	--	--	--	--	--	2	3	1	--	--	6
Tipógrafos	140	159	253	112	120	252	204	214	209	276	142	2081
Torneros	5	2	25	11	4	43	14	18	6	11	--	139
Tramoyistas	14	14	22	4	15	22	36	26	21	15	--	189
Tranviarios y dependientes												
del "Metro"	119	67	174	90	93	102	74	87	74	223	86	1189
Traperos	--	3	--	--	--	--	34	--	10	--	--	47
Tupistas	1	2	2	3	3	6	7	7	1	11	--	43
Vidrieros y fontaneros	23	50	112	69	45	82	106	89	40	121	--	737
Zapateros	23	42	130	112	38	70	99	110	47	140	--	811
<u>TOTAL</u>	4169	4473	9613	7906	6701	8959	9172	10189	5537	10538	4870	82127

FUENTE: Ayuntamiento de Madrid, Estadística del Trabajo. Anuario del año 1924, Madrid, 1926.

CUADRO 13. PRINCIPALES OFICIOS POR DISTRITOS EN 1924

<u>OFICIOS MAS IMPORTANTES</u>	<u>TOTAL</u>	<u>%</u>	<u>APORTACION POR DISTRITOS</u>
Albañiles	16389	19'95	Universidad (16'28%) Latina (15'49%) Inclusa (12'67%)
Metalúrgicos	7514	9'14	Hospital (17'62%) Chamberí (13'89%) Inclusa (13'56%)
Dependientes de comercio	6715	8'17	Centro (15'04%) Latina (12'94%) Hospital (12'49%)
Cocheros	5025	6'11	Chamberí (17'15%) Universidad (16'51%) Buenavista (16'27%)
Chauffeurs	4253	5'17	Buenavista (22'61%) Chamberí (15'96%) Universidad (10,72%)
Peones en general	4196	5'10	Hospital (17'13%) Inclusa (14'51%) Latina (13'75%)
Panaderos	3331	4'05	Desconocido (65'53%) Latina (5'97%) Universidad (4'47%)
Carpinteros de taller	2100	2'55	Desconocido (24'19%) Chamberí (14,76%) Universidad (14'04%)
Tipógrafos	2081	2'53	Universidad (13'26%) Chamberí (12'15%) Hospital (12'10%)
Camareros	1965	2'39	Centro (14'55%) Congreso (14'35%) Hospicio (11'09%)
Ferrovianos	1913	2'32	Desconocido (61'47%) Hospital (17,92%) Congreso (4'80%)
Ebanistas	1910	2'32	Buenavista (16'80%) Universidad (13'82%) Hospital (13'61%)

<u>OFICIOS MAS IMPORTANTES</u>	<u>TOTAL</u>	<u>%</u>	<u>APORTACION POR DISTRITOS</u>
Pintores decoradores	1814	2'20	Universidad (15'65%) Inclusa (14'60%) Latina (14'22%)
Obreros de limpiezas	1274	1'55	Palacio (28'57%) Inclusa (22,29%) Universidad (10'36%)
Obreros de las fábricas de gas y electricidad	1258	1'53	Latina (23'05%) Inclusa (20,03%) Hospital (13'59%)
Tranviarios y dependientes del "Metro"	1189	1'44	Universidad (18'75%) Chamberí (14'63%) Centro (10%)
Impresores	1129	1'37	Universidad (17'35%) Chamberí (13'81%) Inclusa (12'22%)
Obreros de vías públicas	1120	1'36	Universidad (16'51%) Latina (14'91%) Palacio (14'28%)
Obreros de arbolado	854	1'03	Universidad (16'51%) Chamberí (12'52%) Latina (11'82%)
Constructores de coches	831	1'01	Chamberí (21'90%) Universidad (20,09%) Hospital (12'27%)
Zapateros	811	0'98	Universidad (17'26%) Chamberí (16'02%) Buenavista (13'81%)

<u>DISTRITOS</u>	<u>TOTAL</u>	<u>%</u>	<u>OFICIOS DOMINANTES</u>	736
UNIVERSIDAD	10538	12'83	Albañiles (25'32%) Metalúrgicos (8'29%) Cocheros (7'87%)	
LATINA	10189	12'40	Albañiles (24'92%) Dependientes de comercio (8'52%) Metalúrgicos (8'45%)	
CHAMBERI	9613	11'70	Albañiles (21'04%) Metalúrgicos (10'86%) Cocheros (8'96%)	
INCLUSA	9172	11'16	Albañiles (22'64%) Metalúrgicos (11'10%) Dependientes de comercio (8'22%)	
HOSPITAL	8959	10'90	Albañiles (14'77%) Metalúrgicos (14'77%) Dependientes de comercio (9'36%)	
BUENAVISTA	7906	9'62	Albañiles (25'98%) Chauffeurs (12'16%) Cocheros (10'90%)	
CONGRESO	6701	8'15	Albañiles (23'22%) Metalúrgicos (9,07%) Dependientes de comercio (8'78%)	
PALACIO	5537	6'74	Albañiles (16%) Metalúrgicos (9'48%) Dependientes de comercio (9'08%)	
DESCONOCIDOS	4870	5'92	Panaderos (44'82%) Ferroviarios (24'14%) Carpinteros de taller (10'43%)	
HOSPICIO	4473	5'44	Dependientes de comercio (16'83%) Albañiles (14'44%) Cocheros (8'94%)	
CENTRO	4169	5'07	Dependientes de comercio (24'22%) Albañiles (14'41%) Camareros (6'86%)	

FUENTE: Elaboración propia de los datos del Ayuntamiento de Madrid, Estadística del Trabajo. Anuario del año 1924, Madrid, 1926.

CUADRO 14. DURACION DE LA JORNADA EN MADRID EN MARZO DE 1919

<u>OFICIOS</u>	<u>VARONES</u>	<u>HEMBRAS</u>
<u>Servicios e industrias del Estado</u>		
Carros de limpieza	12 y 14	
Fontaneros	8	
Guardas fontaneros	12	
Idem de parques	12	
Obreros de limpiezas y riegos	8	
Idem jardineros	8	
Vigilantes subterráneos	6	
Canal de Isabel II: Fábrica de electricidad	12	
Construcción de embalse de Puentes Viejas	9	
Fábrica del Gas: Hornos	12	
Idem: Canalización	10	
Idem: Oficinas	8	
<u>Canteras</u>		
Canteros	8	
Idem de Colmenar	9	
Idem de Cornicabra	8	
Idem de Manzanares	10	
Idem de Zarzalejo	9	
<u>Metalurgia y trabajo del hierro</u>		
Ajustadores	9	
Broncistas	8	
Camas de hierro	10	
Caldereros	8	
Cerrajeros	9	
Compostura de aparatos topográficos	10	
Constructores de contadores de agua	9	
Construcciones metálicas	9	
Electrometalurgia	8	8
Fábrica de alfileres	10	10
Fumistas	9	
Fundidores de hierro	8	
Idem en crisol	8	
Idem tipográficos	9	
Hojalateros	9	
Lampisteros	9	
Moldeadores en metal	8	
Obreros en hierro	9	
Plateros	9	
Reparación de máquinas para escribir	8	
Soldadura autógena	9	

Químicas

Fábrica de abonos y colas	10	10
Idem de aguardientes	9	
Idem de alcohol	9	
Idem de bujías, jabón y glicerina	10	10
Idem de productos farmacéuticos	10	10
Tintoreros	10	10

Textil

Fábrica de galones y cintas	10	10
Idem de pasamanería	10	10
Idem de pañuelos de seda, algodón e hilo	11	11
Idem de tapices	8	8

Construcción

Albañiles	8 y 9	
Barnizadores de estuco	8	
Carpinteros de armar	8 y 9	
Constructores de mosaico	9	
Desmontistas	9	
Embaladores	8	8
Empedrados	10	
Entarimadores	8 y 9	
Estuquistas	8	
Fábrica de baldosín comprimido	9	
Idem de yesos y escayolas	10	
Peones en general	8 y 9	
Pintores decoradores	8	
Idem revocadores	8 y 9	
Poceros	8	
Portlandistas	8 y 9	

Electricidad

Centrales eléctricas	8	
Canalización y oficinas	10 y 8	
Fábrica de contadores eléctricos	9	
Idem de lámparas eléctricas	9	9
Idem de magnetos	9	
Instaladores	9	

Alimentación

Confiterías	10	
Dependientes de tahona	14 y 15	
Idem de ultramarinos	12	
Fábrica de azúcar	10	
Idem de bebidas gaseosas	9 y 12	
Idem de bombones y caramelos	10	10
Idem de cerveza	10	
Idem de galletas	10	10
Idem de harinas	9 y 12	
Idem de chocolate	9 y 10	9 y 10
Idem de pastas para sopa	10	10
Hoteles	10	
Mercantiles (Reposterías)	10'5 y 14	
Panaderos candeal	14	
Idem francés	14	
Idem Viena	12	
Repartidores de pan	10	
Reposterías industriales	9	
Restaurantes	9 y 12	

Libro

Arte de Imprimir	8	
Encuadernadores	8	
Linotipistas	5 y 6	5 y 6
Litógrafos	8	

Tabaco

Fábrica de tabacos (a destajo)	Menos de 8	
--------------------------------	------------	--

Papel y cartón

Cajas de cartón	9 y 10	9 y 10
Fábrica de bolsas de papel	9 y 10	9 y 10
Idem de papel y cartón	10	10
Idem de sobres	10	10
Vulcanización de caucho	8 y 9'5	

Confección

Bordados y plisados	9 y 10	9 y 10
Dependientes de zapatería	10	
Fábrica de botones metálicos	9	9
Idem de corsés	10	10
Idem de gorras	10	10
Idem de guantes	9	9
Lavado y planchado mecánico	11	11
Lavanderas y planchadoras		10
Modistas		10 y 11
Mozos de almacén	10	
Paraguas y sombrillas	10	10
Peleterías	10	10
Sastres	9	11
Sombreros para señora	10'5	11
Idem de paja	9 y 10	9 y 10
Stores y visillos	10	10

Piel

Zapateros y guarnecedoras	11	11
Boteros corambreros	10	
Curtidores	10	
Fábricas de calzado	8 y 10	8 y 10
Idem de carteras y estuches	10	10

Madera

Aserradores mecánicos	8	
Carpinteros de taller	9	
Entarimadores	8	
Fábrica de astillas	10	10
Idem de cajones	9	
Talleres de aserrar	10	
Idem de hormas	10	
Tallistas	8	

Transporte

Carros de transporte	11	
Cocheros de punto	15	
Constructores de carros	9	
Constructores de carruajes	8	
Ferrovianos: Movimiento	Variable	
Idem: Oficinas	6	
Idem: Talleres	10	
Idem: Vías y obras	9 y 13	
Reparación de automóviles	8 y 10	
Tranviarios	10	

Mobiliario

Ebanistas	8	
Fábrica de baúles	10	
Idem de colchones	10 y 11	
Idem de sillas	9	
Idem de sommiers	9 y 10	
Tapiceros	8	

Ornamentación

Escultores y decoradores de ornamentación	8	
Fábrica de papeles pintados	10	
Flores y plumas	10'5	10'5

Cerámica

Fábrica de cerámica	8 y 9	8 y 9
Idem de ladrillos	10	
Idem de productos refractarios	8	8
Idem de tubos de grès	10	
Tejares	10'5	10'5

Vidrio

Fábrica de vidrio soplado y plano

8 y 9

8 y 9

Biseladores

8

Varias

Artículos de viaje

10

Auxiliares de farmacia

12

Camareros

12

Cesterías y objetos de mimbre

10

Constructores de pianos

10

Fábrica de billares

9

Idem de cepillos

10

Idem de juguetes

9

9

Idem de pianos y armoniums

9

Fotografías

9

Limpiabotas

12 y 13

Marmolistas

8

Peluqueros y barberos

11 y 13

Taller de básculas

10

Talleres de jaulas

9

Vaciado de cuchillos, navajas, etc.

9

NOTA: Todas las jornadas son diurnas.

FUENTE: Elaboración propia de los datos del Boletín del Instituto de Reformas Sociales, 1919, Primer Semestre, pp. 420-423.

CUADRO 15. DATOS DE SALARIOS Y JORNADA SEGUN EL AYUNTAMIENTO DE MADRID, 1919-1923

<u>OFICIOS</u>	<u>JORNALES (máx./mín.)</u>				<u>JORNADA</u>
	<u>1919</u>	<u>1920</u>	<u>1921</u>	<u>1923</u>	
Ajustadores	6'50/2				8
Ajustadores compaginadores		14'58			8
Albañiles	5'75/4	8'57/6'35	10/7'50	10/7'50	8
Alfareros				12/6	8
Aserradores y afiladores		12/5'50		18/6	8
Atendedores			8'50	12	8
Auxiliares de farmacia			300/40*	15/9	8 y 10
Ayudantes de cocina		3'50/2'50			14
Barrenderos				7/6	8
Barnizadores		9'20			8
Boteros corambreros	4'50/0'50	6/4			8
Broncistas			10/3	12/1'50	8
Buñoleros-churreros			9/8	10/7'50	8
Cajistas, atendedores y compositores		12'83			8
Cajistas y platineros		11	11	12	8
Calefacción y ascensores			11/3'25	12/1'50	8
Caleseros				5	Convencional
Camareros de bares y cafés		1'50	1'50/1	1'50/1	9 y 10
Camareros de fondas y hoteles		2/1	75/40*	2/1	10 y 11
Cameros			10/3	12/1'50	8
Camineros				6	8
Canteros		12/1		12/10	8
Capataces ferroviarios				7'41/6'34	8
Carpinteros de armar	6'50/4'50	9'70/6'95	12/9	12/9	8
Carpinteros de taller			15/1'50	12	8
Carreros	5/3				Convencional
Carteros				6'50	Según servicio
Cerrajeros	8/2				8
Cocineros	10/0'80	8/4	300/125*	12/4'50	10 a 14 (desp. 8 y 11)

OFICIOSJORNALES (máx./mín.)JORNADA

	<u>1919</u>	<u>1920</u>	<u>1921</u>	<u>1923</u>	
Cocheros de carruajes de lujo	6	8/6		8	Indefinida
Cocheros de carruajes de plaza		3'85		4	12
Cocheros de círculos y casinos				5'20	Convencional
Cocheros de funerarias	8			12/8	12
Cocheros de omnibus	3'75	4'50			10
Cocheros de servicio particular			16'50/6	12/6	Convencional
Colchoneros		6/3'50	7'50/5'35		9 y desp.8
Colocadores de pavimentos		13'80/10			8
Conductores del Metropolitano y de tranvías				9/7	8
Confiteros y pasteleros				11'75/4'25	8
Constructores de carros				10/2	8
Constructores de carruajes	8/1'50			15/2	8
Constructores de juguetes		8/0'75			8
Constructores de mosaicos	7'50/2			10'25/7'50	8
Contramaestres ferroviarios				15'41	8
Cordoneros (varones)		8'50/1	9/1		8
Cordoneros (hembras)			5'50/1		8
Coristas	6/4				Convencional
Correctores		14'58	13'25	14'50	8
Cortadores de calzado			10/1'25	11'66/8'57	8
Curtidores		6'25/1	7'25/4	8'25/2	8
Chauffeurs de círculos y casinos				6	Convencional
Chauffeurs de lujo	7				Prudencial
Chauffeurs de particulares				150/500*	Convencional
Chauffeurs, servicio de abonos				10/8	Convencional
Chauffeurs del servicio público	3,85	9/7		8/6	12
Chocolateros				9/3	8
Decoradores en papel pintado	7/2'50		12'25/10	12'25/10	8
Dependientes de calzado				200/400*	8
Dependientes de carbonerías	4/2	6'50/4'50		7/4	8 y 10
Dependientes de comercio y banca	14/0'50	5/1'33	460/7000**	460/7000**	8
Dependientes de confiterías	7/0'50				Indefinida
Dependientes de fotografías	5'75/0'50				8
Dependientes de panaderías y tahonas	10/9			15/10	Indefinida

OFICIOSJORNALES (máx./mín.)JORNADA

	<u>1919</u>	<u>1920</u>	<u>1921</u>	<u>1923</u>	
Dependientes de peluquerías y barberías		4'50		6/4'50	8 y 10
Dependientes de pescaderías	6'50/3'50	10'50/7	9/4	9/4	8 y 10
Dependientes de pompas fúnebres	4'50/4	10/6		8'20	Convencional
Dependientes de sastrerías	10/0'50				8
Dependientes de tablaierías y salchicherías	6'50/0'50				Indefinida
Dependientes de vaquerías				9/4	10 y 14
Desmontistas	5/4'25			9'50/8	8
Doradores		10/0'50	12'50/1'50	12'50/2	8
Ebanistas	10/1		15/1'50	14/1'50	8
Embaldosadores		9'50/7	11/9	14/9	8
Empedradores	6'50/2'25			11'50/4	8
Encofradores				13	8
Encuadernadores		9'75/1	12/2	12/1	8
Escultores de ornamentación				20/14	8
Estereotipadores				19/9'83	8
Estucadores a la catalana	6'50/3'50			12'50	8
Estuquistas	6'25/4'25	9'20/6'66			8
<u>Faroleros</u>			7'35/6'63		8
Fogoneros ferroviarios				9'05/7'71	Según servicio
Fontaneros y vidrieros	7/1	10/1	10'75/2	10'75/4	8
Forjadores	7'50/3'50				8
Forjadores ferroviarios				10'46	8
Fotógrafos			14'16/1		8
Fumistas		11/2	12/3	12/1'50	8
Fundidores tipográficos		13'25	13'25	12/1'50	8
Gas y electricidad, obreros en fábricas de		9/6	11'65/6	11/6'60	8
Gorreros (hombres)	6/0'50	6/1	6/1	8/0'50	8
Gorreros (mujeres)		3/0'50	3'50/0'50		8
Grabadores	10/0'50	22/1	10/1	12/1	8
Guardaagujas				5'65	8
Guardabarreras (hombres)				5'15	8
Guardabarreras (mujeres)				3'25	8
Guardafrenos				6'60/6'25	Según servicio

<u>OFICIOS</u>	<u>JORNALES (máx./mfn.)</u>				<u>JORNADA</u>
	<u>1919</u>	<u>1920</u>	<u>1921</u>	<u>1923</u>	
Guarnicioneros	7/1	12'50/1	10/1	15/1'50	8
Herradores			8/2'50	9/5	8
Herreros	7'50/4				8
Impresores	10/3'50	15'50/6'50		12'73/7'50	8
Instaladores electricistas				12	8
Jardineros		8/4	6	6/4'50	8 y 9
Labradores mecánicos				18/6	8
Lacayos				6	Convencional
Lavacoches				7'50	8
Limpiabotas	2'50/1'75	2/1			11
Limpiadores ferroviarios				7'53	8
Linotipistas		12	12	8	8
Litógrafos	8'50/2		12/7	16/7'75	8
Llaveros				3'50	8
Machacadores de piedra	8/5'50				8
Maquinistas ferroviarios				13'87/11'37	Según servicio
Marmolistas	7/2	11/3	12'50/7'50	12'50/4	8
Mayorales			7		12
Mayordomos de tahonas	7'50/6				Indefinida
Mecanotipistas		12		13'25	8
Moldeadores en hierro			11/3'50	12/1'50	8
Moldeadores en metal			11/3'25	10/1'50	8
Montadores ferroviarios				10'25	8
Mozos de caballos y guadarnés				8	8
Mozos de cuadra	4'50				Prudencial
Mozos de mensajerías		4'50/3'50			6 y 10
Mozos de tren				5'35	Según servicio
Obreros de la aguja (varones)			10/4'50		8
Obreros de la aguja (hembras)			4'50/1		8
Obreros en artículos de piel		9/4	10/0'50	10/5	8
Obreros en cajas de cartón (varones)	7/1'25	10/0'75	10/1	10/5	8
Obreros en cajas de cartón (hembras)			5/1	4/2	8
Obreros en fábricas de cerveza			6/2'50	7/5	8 y 12
Obreros en fábricas de tabaco	5'25/4'50				8
Obreros en hierro			10/2	12/1'50	8

<u>OFICIOS</u>	<u>JORNALES (máx./mín.)</u>			<u>JORNADA</u>
	<u>1919</u>	<u>1920</u>	<u>1921</u>	<u>1923</u>
Obreros en lámparas eléctricas (varones)				7/6
Obreros en lámparas eléctricas (hembras)				6/4'50
Obreros municipales de arbolado	5'75/2'25			
Obreros municipales de cementerios	5/3'50			
Obreros municipales de fontanería	8/3'50			
Obreros municipales de limpiezas	4/3'50			
Obreros municipales de mataderos	6'50/2'25			
Obreros municipales de talleres	8/3'50			
Obreros municipales de vías públicas	10/2'25			
Obreros en objetos de mimbre		8/4		
Obreros repartidores de carne				300/450*
Operadores de fotografía				10
Panaderos				15/7'50
Panaderos en pan candeal		12/8'50	12/8'50	
Panaderos en pan francés	9/4'75	13/9'25	12'50/9	
Panaderos en pan de viena	9/6	15'50/9	13'50/9	
Pasamaneros-galoneros hombres	7'50/3'50			
Pasamaneros-galoneras mujeres	4/2'50			
Pavimentadores en madera		13'80/10		16/10'50
Peleteros				12/7
Peones y jornaleros	7'50/4			
Peones en hormigón armado				8'40
Pinches		2/1'50	80/45	
Pintores-decoradores	7'50/5		13/6'50	12'50/2
Plateros		20/2		12/1'50
Poceros		8'60/6'65		11/8'50
Portlandistas	8/3			
Pulidores				11/7'50
Pulidores de mármol artificial	4'75/4			
Prueberos			8'50	9'25
Relojeros		12/2	12/2	12/2
Retocadores de ampliaciones				7'14
Retocadores de clichés				6'42

<u>OFICIOS</u>	<u>JORNALES (máx./mín.)</u>			<u>JORNADA</u>
	<u>1919</u>	<u>1920</u>	<u>1921</u>	<u>1923</u>
Salchicheros		7/4		8
Sastres	10/1	10/1		8 y 2 extras
Sobreras				6/1
Sombrereros planchadores (hombres)		7/5	11'66/8'33	11'66/6'25
Sombrereros planchadores (mujeres)		4/3		
Tallistas			16/1'50	14/3
Tapiceros (hombres)			16/1'50	16/13
Tapiceros (mujeres)				7/5
Tejeros			6/2'40	8/2'40
Tipógrafos	10/3'50			
Torneros	7'50/2	11/5	15/1	
Tramoyistas				10/3
Tranviarios			13'50/1'75	12/4
Vendedores de pan	8'50/7'50			
Vigilantes sanitarios				8

*=Ptas. al mes

**=Ptas. al año

Observaciones: Los cocheros y chauffeurs añadsan gratificaciones y/o propinas a sus jornales. Los camareros, propinas. Los panaderos, un kilo de pan.

FUENTE: Ayuntamiento de Madrid, Estadística del trabajo. Anuarios de 1919, 1920, 1921 y 1923, Madrid, Imprenta Municipal, 1920-1925, p. 30-31, 32, 37-38, 38-40.

CUADRO 16. INFORMACION ACERCA DEL MERCADO DEL TRABAJO EN MADRID CAPITAL (1920)

OFICIO	OBREROS		JORNADA (horas)	JORNAL (pesetas)			
	TOTAL	EN PARO		OFICIAL	AYUDANTE	APRENDIZ	MUJER
Boteros corambreros	33	--	8	3'50-4'75	--	0'75-1'25	--
Cajas de cartón	300	--	8 y 2/4 extra	3-6	--	0'75-1'50	2-3
Carpintería	1800	--	8	7-8	5-6	3	--
Construcción de carruajes	1100	15	8	8	6	4	--
Operadores de cinematógrafo	70	30	10/11 seg. ver./inv. y 2 extra	7-12	2-5	--	--
Colchoneros	150	--	12-10	5	3'75	3	--
Dependientes de comercio	5000	100	10 y 2 extra	75-250 (mensual)	40-75 (mensual)	15-30 (mensual)	--
Confiterías	950	60	8	7'20	4'50-5'50	2'50	--
Cordonería, pasamanería y galonería	125	--	8	7-7'50	5-6	3'50	2'50-5 seg. categ.
Curtidos	300	50	8 y 1/2 extra	4'25-4'75	2'50-4	1-1'50	--
Embaldosadores	350	--	8	6	5'50	--	--
Empedradores	250	--	8	3'50-4 (Ayunt.); 7'50 (partic.)	3'50 (Ayunt.); 7 (partic.)	2'25 (Ayunt.)	--
Encuadernadores	800	--	8	6	5	1-3	--

Escultores de ornamentación	60	40	8	De 15	a 7	--	--
Estuquistas	200	20	8	7'25	5'25-6'25	--	--
Farmacia (Auxiliares de)	292	16	10	150 (mensual)	--	--	--
Fontanería y Alcantarillas (obreros municipales de)	500	--	8	De 6	a 3'50	--	--
Fotograffa	200	10	8 y 3 extra	45 (semanal)	30 (semanal)	15 (semanal)	--
Gorreros	387	--	8 y 4 extra	6	3'50-4	1	0'50-3
Grabadores	75	--	8	6-10	2'50-5	0'50-2	--
Guanteros	24	--	8	DESTAJO	--	--	--
Guarnicioneros	400	--	8	6'50-10	4'50-6'50	1-3'50	--
Impresores	2250	19	8	46'50-57, seg. categ. (semanal)	--	7'50-22'50 (semanal)	--
Joyeros	600	NO HAY	8	De 15	a 1	--	--
Juguetería y similares	195	NO HAY	8	5'50	3-3'50	0'50-1	--
Lámparas eléctricas	400	NO HAY	8	De 10	a 4'80	--	2'56-3'68
Litograffa	250	10	8	5'50-8	5	2	--
Machacadores de piedra	38	NO HAY	8	8	--	--	--
Marmolistas	450	20%	8	8	5	2'50	--

Matarifes	118+ 72 de cerda	--	Iltda.	5'75-6'50	3'50-4'75	2'25-3'50	--
Metalúrgica	7500	200	8	De 10 a	3'50, seg. categ.	--	--
Objetos de mimbre	60	NO HAY	--	DESTAJO	--	--	--
Molinería (fábricas de harinas)	360	15	8	De 9	a 6	--	--
Panaderos candelistas	2200	500	8	De 10'50	a 6'50	--	--
Dependientes de tahonas	310	33	11	De 9	a 6	--	--
Pan de Viena	380	38	10/8	7'75-9	7-7'25	6'75	--
Repartidores	--	--	De 7 a	8'75 (seg. 600 ó 1200 barras)	--	--	--
Pavimentos de madera	110	--	8 + extras	De 9'50	a 5	--	--
Peluqueros-barberos	1600	150	10 y 2 extras	7'75	5'75	--	--
Peluqueros de señoras	150	10	8	6	4	0'50	--
Peones en general	10000	800	8	De 7'50	a 5	--	--
Peones del Municipio y del Estado	5075 (Ayunt.)+ 125 (Canal)	--	8	5'50-6 (en el Canal)	4'50 (en Canal); 3'50- 4'75 (en Ayunt.)	--	--
Dependientes de pescadería	800	1	10	5-5'50 (externos)	4-4'50 (externos)	0'15-0'75 (internos)	--
Obreros en artículos de piel	200	--	8	8	4	1	--

Platería	400	--	8 y 2 extras	De 10	a 4	--	--
Poceros	475	85	8/6 y 2 extras	6'75	6	5'25	--
Repartidores de periódicos	500	20	8	De 6'50	a 1'50	--	--
Sastrería	1500 a domicilio y 4500 a jornal	80% (6 meses al año) y 25-50% el resto	8 y 2 extras	10	8	6	2-4'50 seg. categ.
Dependientes de sastrería	2000	Hasta 50 (en verano)	10	200-400 (mensual)	75-150 (mensual)	25-50 (mensual)	--
Sombrereros	120 h. y 180 muj.	80% (en julio)	8 y 2 extras	DESTAJO (7'50)	--	DESTAJO (1)	DESTAJO (5)
Tallistas	300	--	8	8'25-12	4'25-8	1-4	--
Tapiceros	250	50	8	10-12	6-8	4-5	3-5 seg. categ.
Tejeros	900-1000 (2500 en verano)	200	13 (destajo) y 10 (corte)	De 6 (dest.)	a 4 (jornal)	1-1'50	1'50-3
Vidrieros y fontaneros	1000-1100	150-200	8	7	5'50	2	--
Zapateros	7000	2000	14/16 (máx. demanda)	DESTAJO (a domicilio)	--	--	--

FUENTE: Boletín del Instituto de Reformas Sociales, 1920 (Primer semestre), pp. 792-799.

CUADRO 17. MOVIMIENTO DE SALARIOS EN MADRID : 1914-1923

Comparación de los tipos de salarios, en metálico, cobrados por los obreros de algunos oficios en 1914 y 1923, según datos obtenidos en las respectivas Secretarías de las Sociedades afiliadas a la Casa del Pueblo

OFICIOS E INDUSTRIAS	1914		1923		Tanto por ciento de aumento por hora de trabajo
	Jornal diario	Horas de jornada	Jornal diario	Horas de jornada	
METALURGIA					
Cerrajeros de obra artística	4-6	9	11	8	211-104
Ajustadores y torneros	4-6	9	9-14	8	154-161
Soldadores	4-6	9	8-12	8	127-124
Caldereros	4-5	9	8-12	8	127-168
Broncistas	4-6	9	11	8	211-104
Plateros	7	9	9-10	8	44-60
Cinceladores	9	9	9-11	8	12-37
Entalladores	8-10	9	15-20	8	110-125
Pulidores	7	9	9-10	8	44-60
Constructores de colchones sommiers	6-8	10	8-12	8	66-87
Herradores	4-8	10	4-8	8	14-12
Moldeadores en hierro y metal	5-7	9	11	8	145-76
Calefacción y ascensores: Oficiales	7-9	9	8-12	8	28-50
Ascensores y montaje: Oficiales	5-8	9	7-12	8	55-69

CONSTRUCCION					
Albañiles	4'50-5	8 y 9 (inv./verano)	10	8	136-112
Colocadores de pavimentos	6-6'50	8	15'20	8	184-164
Portlandistas y constructores de mosaico	3'50	9	9'75	8	213
Desmontistas, minadores	4	9	9'50	8	170
Embaldosadores	4'50	8	12	8	168
Escultores de ornamentación	9'50-10	8	16	8	68-60
Estucadores a la catalana	6	8	11'50	8	92
Fontaneros y vidrieros	4'50-5	9	10'75	8	168-139
Gas y electricidad: Oficiales	6'50	9	9	8	55
Marmolistas	4'50-5	8	12'50	8	179-152
Fumistas	5-8	9	9'50	8	112-34
Pintores-decoradores	4'35	8	12'50	8	189
Poceros	4'50	8	11	8	145
Tejeros	3	11	6'80	8	215
Carpinteros de taller	4'50-5	9	11-14	8	174-212
INDUSTRIAS DEL LIBRO					
Maquinistas de una máquina	6'50	9	11	8	90
Marcadores	3'50	9	9	8	187
Mozos de imprenta	2'50	9	7'50	8	236

Minervistas con cargo a una máquina	6'50	9	11	8	90
Estereotipadores	4'50	9	9'50	8	138
Platineros	4'50	9	12'25	8	206
Correctores	5	9	14'50	8	223
Litógrafos	8-10	9	13-25	8	82-181
INDUSTRIAS DE LA ALIMENTACION					
Pan candeal: Oficial de masas	6	Ilmta.	10-9'50	8	--
Pan francés: Idem id.	7'50	Ilmta.	11'50	8	--
Pan de Viena: Idem id.	6'50	Ilmta.	10'50	6-7	--
Repartidores	4	Ilmta.	8	Ilmta.	--

NOTAS. 1) Para cada oficio se ha tomado como tipo de comparación la categoría de oficial.

2) La comparación por hora de trabajo se ha efectuado relacionando el jornal mínimo en 1914 con el de 1923 y el máximo también en ambas fechas; y cuando en este último año no hay más que un tipo único de salario, como sucede con los cerrajeros de obra artística y los bronceístas, se han comparado los salarios máximos y mínimos de 1914 con este jornal único.

3) En la panadería no se ha calculado el porcentaje de aumento por hora, por ser ilimitada la jornada en 1914.

4) La jornada de los albañiles en 1914, era de nueve horas en verano y ocho en invierno; para el cálculo del porcentaje, se ha considerado una jornada igual de ocho y media horas

FUENTE: Ministerio de Trabajo, Comercio e Industria, Anuario Estadístico de España 1922-1923, Madrid, 1924, p.358.

**CUADRO 18. MOVIMIENTO DE SALARIOS-HORA EN LA PROVINCIA DE MADRID
SEGUN EL SEXO Y LA CATEGORIA DE LOS OBREROS (1914-1925)**

CATEGORIAS	Número de obreros			Salario por hora			Números índices		
	1914	1920	1925	1914	1920	1925	1914	1920	1925
OBREROS CALIFICADOS	51.014	58.070	64.486	0'60	1'10	1'24	100	183	207
PEONES	18.980	22.638	23.684	0'42	0'74	0'94	100	177	224
HEMBRAS	12.011	13.916	14.821	0'24	0'46	0'58	100	190	242
APRENDICES VARONES	9.581	10.790	11.562	0'17	0'28	0'36	100	165	212
APRENDICES HEMBRAS	5.634	6.345	6.426	0'10	0'17	0'23	100	170	230
TOTAL	97.220	111.759	120.979	--	--	--	--	--	--

FUENTE: Ministerio de Trabajo, Anuario Estadístico de España 1925-26, Madrid, 1927, pp. 514-516.

CUADRO 19. MOVIMIENTO DE SALARIOS-HORA EN LA PROVINCIA DE MADRID POR INDUSTRIAS (1914-1925)

INDUSTRIAS	AÑOS	OBREROS CALIFICADOS		PEONES		HEMBRAS	
		TIPO MEDIO DE SALARIOS-HORA	INDICES	TIPO MEDIO DE SALARIOS-HORA	INDICES	TIPO MEDIO DE SALARIOS-HORA	INDICES
Servicios generales del Estado, Diputaciones o Municipios	1914	0'44	100	0'34	100	--	--
	1920	0'67	152	0'54	158	--	--
	1925	0'92	209	0'73	215	--	--
Industrias ejercidas por el Estado, Diputaciones o Municipios	1914	0'43	100	--	--	--	--
	1920	0'80	186	--	--	--	--
	1925	1'00	232	--	--	--	--
Minas, salinas y canteras	1914	0'53	100	--	--	--	--
	1920	0'95	179	--	--	--	--
	1925	1'25	236	--	--	--	--
Metalurgia	1914	0'63	100	0'33	100	--	--
	1920	1'40	222	0'64	192	--	--
	1925	1'54	244	0'81	245	--	--
Trabajo del hierro y demás metales	1914	0'60	100	0'36	100	0'15	100
	1920	1'13	188	0'73	202	0'35	233
	1925	1'30	216	0'89	247	0'40	266

Industrias químicas	1914	0'45	100	0'33	100	0'19	100
	1920	0'81	180	0'67	203	0'38	200
	1925	1'04	221	0'84	254	0'49	258
Industrias del tabaco	1914	0'56	100	0'32	100	0'42	100
	1920	1'04	185	0'79	247	0'72	171
	1925	1'08	194	0'79	247	0'82	195
Industrias textiles	1914	0'40	100	--	--	0'22	100
	1920	0'73	181	--	--	0'29	132
	1925	0'89	222	--	--	0'37	168
Industrias de la construcción	1914	0'56	100	0'39	100	--	--
	1920	1'08	194	0'78	200	--	--
	1925	1'35	240	1'06	272	--	--
Industrias eléctricas	1914	0'51	100	0'27	100	0'29	100
	1920	0'91	178	0'65	241	0'51	176
	1925	1'20	235	0'89	329	0'60	207
Industrias de la alimentación	1914	0'51	100	0'36	100	0'19	100
	1920	1'17	229	0'96	266	0'28	147
	1925	1'17	229	1'05	292	0'37	195

Industrias del libro	1914	0'72	100	0'51	100	0'28	100
	1920	1'08	150	0'80	157	0'56	200
	1925	1'57	218	1'02	200	0'80	286
Industrias del papel, cartón, caucho	1914	0'40	100	0'32	100	0'23	100
	1920	0'75	187	0'65	207	0'36	156
	1925	1'07	267	0'78	243	0'53	230
Industrias del vestido	1914	0'56	100	0'39	100	0'23	100
	1920	0'92	164	0'69	177	0'35	152
	1925	1'10	196	0'89	278	0'45	196
Industrias de cueros y pieles	1914	0'50	100	0'30	100	0'20	100
	1920	0'85	170	0'52	173	0'40	200
	1925	1'11	222	0'75	250	0'53	265
Industrias de la madera	1914	0'73	100	0'48	100	--	--
	1920	1'40	191	1'04	216	--	--
	1925	1'43	196	1'05	219	--	--
Industrias del transporte	1914	0'39	100	0'47	100	--	--
	1920	0'93	239	0'96	204	--	--
	1925	1'03	264	1'04	221	--	--

Industria del mobiliario	1914	0'62	100	0'41	100	--	--
	1920	1'08	174	0'57	139	--	--
	1925	1'38	223	1'00	244	--	--
Industria de la ornamentación	1914	0'62	100	0'50	100	--	--
	1920	1'17	188	0'85	170	--	--
	1925	1'49	240	1'10	220	--	--
Alfarería y cerámica	1914	0'46	100	0'37	100	--	--
	1920	0'77	167	0'62	167	--	--
	1925	0'91	198	0'75	202	--	--
Vidrio y cristal	1914	0'58	100	0'33	100	--	--
	1920	1'06	182	0'62	188	--	--
	1925	1'45	250	0'94	285	--	--

FUENTE: Elaboración propia a partir de los datos del Ministerio de Trabajo y Previsión, Estadística de salarios referida al período 1914-1930, Madrid, 1931, pp. 42-45.

**CUADRO 20. NUMEROS INDICES DE SALARIOS REALES EN LA PROVINCIA DE MADRID
EN GENERAL Y EN ALGUNAS INDUSTRIAS (1914-1925)**

INDUSTRIAS	PROMEDIOS DE SALARIOS NOMINALES SEMANALES			NUMEROS INDICES DE SALARIOS NOMINALES (a)			NUMEROS INDICES DE PRECIOS DE ARTICULOS ALIMENTICIOS DE PRIMERA NECESIDAD			NUMEROS INDICES DE SALARIOS REALES CON RELACION A LA DURACION LEGAL DEL TRABAJO (b)		
	1914	1920	1925	1914	1920	1925	1914	1920	1925	1914	1920	1925
En general	32	52'80	59'52	100	165	186	100	202	175	100	82	109
Construcción	31'92	51'84	64'80	100	165	203	100	202	175	100	82	116
Trabajo del hierro y demás metales	28'94	42'24	52'80	100	146	182	100	202	175	100	72	104
Industria del libro	36'96	51'84	65'36	100	140	177	100	202	175	100	69	101

(a): Calculados sobre las cantidades percibidas por los obreros

(b): Calculados sobre el poder adquisitivo de los salarios nominales

FUENTE: Ministerio de Trabajo, Anuario Estadístico de España 1925-26, Madrid, 1927, p. 514, y Estadística de salarios referida al período 1914-1930, Madrid, 1931, pp. CLVIII-CLIX.

GRUPO 4) A) INDUSTRIAS DE TRANSPORTES

Compañía de los ferrocarriles de Madrid, Zaragoza y Alicante	27-ix-1856	--	29507	--
Compañía de los Caminos de Hierro del Norte de España	29-xii-1858	--	31960	--
Compañía del ferrocarril de Medina del Campo a Salamanca	7-xi-1871	--	320	--
Compañía de los Ferrocarriles Andaluces	30-v-1877	--	9691	--
Compañía Trasatlántica	1-vi-1881	--	4000	--
Compañía de Explotación de los ferrocarriles de Madrid a Cáceres y Portugal y del Oeste de España	10-xi-1894	--	3000	--
Compañía del Ferrocarril Central de Aragón	7-xi-1895	--	1165	--
Asociación gremial de industriales propietarios de carruajes de plaza de Madrid	12-x-1897	244	--	--
Sociedad Española de Construcción Naval	18-viii-1908	--	10000	--
Sociedad de dueños de carros de transporte para construcciones de obras y similares	18-xii-1916	137	--	--

GRUPO 4) B) PRODUCCION Y TRANSMISION DE FUERZAS FISICAS

Unión Eléctrica Madrileña	10-ii-1912	--	340	--
---------------------------	------------	----	-----	----

GRUPO 5) A) INDUSTRIAS DE LA CONSTRUCCION

Asociación de fabricantes de ladrillo	6-xii-1884	105	--	--
"La Unión Industrial", maestros vidrieros, hojalateros, fontaneros y grabadores en cristal	1-x-1893	155	--	--

Sociedad central de aparejadores y maestros que concurren a la construcción y reparación de edificios	10-iv-1893	253	--	--
Sociedad central de aparejadores titulares de obras	20-iv-1902	311	--	--
"La Subterránea", sociedad de maestros poceros	5-v-1903	18	--	--
Asociación de fabricantes y almacenistas de materiales de construcción	7-iii-1906	53	210	4
Asociación de maestros escultores decoradores	2-vii-1911	36	--	--
Sociedad de maestros embaldosadores	5-vii-1911	24	--	--
Asociación de fabricantes de yesos	12-ii-1912	18	--	--
Sociedad de maestros estuquistas agremiados "La Nueva Unión"	4-ii-1913	11	200	18'2
Asociación de maestros lapidarios marmolistas	15-ii-1913	26	550	21'1
Sociedad de maestros pintores "La Unión"	4-vi-1913	125	--	--
La Unión de Fumistas	4-iii-1915	50	--	--
Sociedad de maestros canteros	2-ii-1917	30	--	--

GRUPO 5) B) TRABAJO DE LA MADERA

Sociedad de maestros carpinteros de taller	1-1-1882	39	--	--
--	----------	----	----	----

GRUPO 5) C) MOBLAJE

Asociación de maestros ebanistas silleros, tapiceros y similares	7-vi-1913	120	--	--
--	-----------	-----	----	----

GRUPO 6) A) AGRICULTURA EN GENERAL

Asociación de horticultores	1-ii-1904	66	500	7'6
Sociedad de agricultores y horticultores "La Hortense"	29-i-1908	211	300	1'4
Cámara agrícola oficial	20-iii-1912	14353	40000	2'8

GRUPO 6) B) GANADERIA

Asociación general de ganaderos del Reino	1854	5287	--	--
--	------	------	----	----

**GRUPO 6) D) INDUSTRIAS
DE LA ALIMENTACION**

Sociedad general de salchicheros	14-i-1893	239	1010	4'2
Sindicato de la panadería	6-xi-1898	175	--	--
Sociedad general azucarera de España	1-vii-1903	--	2000	--
Unión gremial de fabricantes de bebidas gaseosas	7-iv-1905	18	--	--
Asociación de confiteros-pasteleros "El Dulce"	1909	85	1056	12'4
Asociación de fabricantes de azúcar	4-vii-1911	16	--	--
Asociación de los gremios de carnes	3-vii-1912	214	--	--

GRUPO 7) A) INDUSTRIAS QUIMICAS

Asociación patronal de fábricas de curtidos	1903	20	--	--
--	------	----	----	----

GRUPO 7) B) INDUSTRIAS ELECTRICAS

Sociedad anónima "Electrodo"	17-v-1915	--	332	--
------------------------------	-----------	----	-----	----

**GRUPO 7) C) INDUSTRIAS RELATIVAS
A LETRAS, ARTES Y CIENCIAS**

Sociedad de maestros encuadernadores	20-iii-1902	53	1054	19'9
Unión de impresores	5-ix-1904	67	3992	59'6
Unión gremial de litógrafos	21-x-1910	14	545	38'9

GRUPO 8) COMERCIO

Sociedad filantrópica e industrial de vinos "La Viña"	15-ii-1877	840	715	0'8
Sociedad de tratantes en leñas y carbones	1-iv-1898	13	--	--
Asociación de dueños de cafés y restaurantes	19-vii-1899	55	--	--
Sociedad de fondistas y similares	12-iv-1904	150	--	--
La Unica	25-iv-1905	1068	3204	3
Sociedad patronal de los Gremios de vinos y aguardientes	26-ii-1906	105	282	2'7
Asociación de almacenistas de tejidos de España	14-xii-1906	168	--	--
Sociedad "Vinos de Mesa"	10-vii-1908	190	--	--
Cámara Oficial de Comercio	31-viii-1911	6538	--	--
Defensa Mercantil Patronal	4-xii-1912	1964	--	--
Unión de vendedores de sombreros	7-ii-1919	38	--	--
Asociación de cafés-bars	25-iv-1919	44	--	--
Asociación de coloniales de España	15-vi-1919	94	--	--

1. Varias de estas entidades son en realidad grandes compañías domiciliadas en Madrid, pero con la mayor parte de sus recursos humanos fuera de la capital. Así ocurre con las mineras, navieras o ferroviarias, que aquí aparecen. Conviene recordarlo para no llamarse a engaño sobre esas descomunales cifras de obreros. Lo mismo vale para agricultores y ganaderos.

FUENTE: Instituto de Reformas Sociales: Censo electoral social, Madrid, 1920, pp. 2-76. También en Gaceta de Madrid, 10-ix-1920, Anexo 2, pp.906-949.

CUADRO 22. ASOCIACIONES OBRERAS DE LA CASA DEL PUEBLO EN 1914¹

SOCIEDADES DE RESISTENCIA (* = Pertenecen además a la UGT)

Agrícolas y forestales

Constructores de objetos de mimbre (Obreros)	35
Esquiladores	26
Jardineros*	58
Partidores y cortadores de leña	10
TOTAL:	<u>129</u>

Alimentación

Confiteros (Dulce Unión)*	260
Dependientes de aves y caza (Unión de)	29
Dependientes de tablaierfas	59
"El Gluten"*	140
Pan candeal*	1.800
Pan francés (Obreros en)*	480
Pan de Viena (Obreros en)*	250
Pastas para sopa (Obreros en)	17
Repartidores de carne	16
"La Unión Ultramarina Madrileña"	425
TOTAL:	<u>3.546</u>

Pequeña metalurgia

Broncistas y similares*	230
Calefacción y ascensores (Obreros en)	105
Constructores de camas y colchones de muelle	46
Constructores de carros	48
Constructores de carruajes	614

Herradores	125
Joyereros y similares	82
Moldeadores en hierro	80
Moldeadores en metal*	91
Obreros en hierro*	600
Plateros y derivados	90
Relojeros	148
TOTAL:	<u>2.259</u>

Industrias químicas

Auxiliares de farmacia	120
Curtidores*	255
TOTAL:	<u>375</u>

Industrias de la construcción

Albañiles*	7.333
Barnizadores de estuco	25
Carpinteros de armar*	425
Decoradores en papel pintado (Obreros)	28
Desmontistas	40
Embaldosadores*	300
Empedrados	160
Escultores-decoradores	186
Escultores de ornamentación*	70
Estucadores a la catalana	60
Estuquistas*	208
Fontaneros y vidrieros*	472
Machacadores de piedra*	25
Marmolistas*	418

Pavimentos de madera (Colocadores de)*	82
Peones en general*	899
Pintores-decoradores	190
Poceros	149
Portlandistas y constructores de mosaicos	93
Tejeros y similares*	200
TOTAL:	<u>11.363</u>

Madera

Aserradores a brazo	24
Aserradores, afiladores, tupistas y labradores mecánicos*	95
Carpinteros de taller*	1.500
Ebanistas y similares*	730
Tallistas (Sociedad de obreros)	45
Tapiceros	120
TOTAL:	<u>2.514</u>

Confección, vestido y tocado

Artículos de piel (Obreros en)*	34
Artículos de viaje (Obreros en)	149
Boteros y corambreros*	25
Colchoneros*	36
Dependientes de sastrería	130
Dependientes de zapaterías*	187
Modistas	25
Peleteros	42
Sastras	33
Sastres	200

Sombrereros dependientes (Unión de)	16
Sombrereros y planchadores*	150
Zapateros y similares*	1.000
TOTAL:	<u>2.027</u>

Transportes ferroviarios

Ferrovianos Sección MZA*	2.141
Idem Sección MCP*	400
Idem Sección Norte*	1.061
Idem Sección del Tajuña*	150
TOTAL:	<u>3.752</u>

Otros transportes terrestres

Cocheros*	3.000
Conductores de carros	290
TOTAL:	<u>3.290</u>

Artes Gráficas y Prensa

Arte de Imprimir (tipógrafos)*	1.075
Cerradores y repartidores de periódicos*	95
Encuadernadores*	151
Fotograbadores*	150
Impresores*	500
Litógrafos*	90
Periodistas*	100
Vendedores de periódicos	90
TOTAL:	<u>2.351</u>

Agua, gas y electricidad

Gas, electricidad y similares (Obreros en)*	540
---	-----

TOTAL:	<u>540</u>
--------	------------

Comercio en general

Carboneros	24
------------	----

Dependientes de comercio (Asociación General de)	550
---	-----

Dependientes de pompas fúnebres*	66
----------------------------------	----

Vendedores ambulantes	130
-----------------------	-----

TOTAL:	<u>870</u>
--------	------------

Hostelería

Camareros y similares*	510
------------------------	-----

Dependientes de vinos y licores*	225
----------------------------------	-----

"La Unión del Arte Culinario"	280
-------------------------------	-----

TOTAL:	<u>1.015</u>
--------	--------------

Servicios de higiene

Lavanderas y planchadoras	44
---------------------------	----

Limpiabotas (Dependientes de salones de)*	57
---	----

Peluquerías y barberías (Dependientes de)	98
--	----

TOTAL:	<u>199</u>
--------	------------

<u>Otras industrias y profesiones</u>	
Fábrica de Tabacos	90
Maestros*	100
Obreros municipales y del Estado*	806
Profesiones y oficios varios*	1.800
Profesores racionalistas	32
"La Vigilancia Subterránea"	150
"La X"	90
TOTAL:	<u>3.068</u>
 <u>TOTAL SOCIEDADES RESISTENCIA²:</u>	 <u>37.298</u>
 <u>TOTAL DE LA UGT:</u>	 <u>31.470</u> (84'37%)

1. Los datos, según SABORIT (véase FUENTE), son de noviembre-diciembre de 1913 y enero de 1914. Para el criterio de clasificación que he empleado véase la nota 1 del Cuadro 23. Me he negado a seguir el del propio autor, muy poco clarificador a mi parecer. Como ejemplo ilustrativo, las secciones de lo que será "El Baluarte" (el sindicato metalúrgico), se encuentran dispersas hasta la histeria. Los obreros en hierro y bronceistas eran del ramo de construcción, los herradores del de transporte, los plateros y cameros (constructores de camas) estaban en varios, etc..

2. El total arrojado por Saborit es de 37.398 afiliados, de los que afirma 30.470 son de la UGT. También habla de 136 sociedades afiliadas, de las cuales 99 serían de resistencia. Sin embargo, la suma de los parciales que ofrece es la de 37.298 que aquí reseñamos, cien menos de los que él dice, probablemente por un error en la operación. Para la UGT, siguiendo sus indicaciones, resultan 31.470. Redondea la cifra en 45.000, por parecerle baja. Y da 58.000 para el total de la Casa del Pueblo, sumando los afiliados de las restantes sociedades (excepto las federaciones), que dice que son 17, aunque en el listado aparecen 19.

FUENTE: Elaboración propia a partir de Andrés SABORIT, "La Casa del Pueblo de Madrid", Acción Socialista, 30 y 31, 10-x-1914 y 17-x-1914, pp. 14-15 y 10-12 respectivamente.

CUADRO 23. ASOCIACIONES OBRERAS DE LA CASA DEL PUEBLO 1915-1919

<u>SOCIEDADES DE RESISTENCIA</u>	<u>1915</u>	<u>1916</u>	<u>1917</u>	<u>1919</u>
	(A 1 de enero)			
<u>Agrícolas y forestales¹</u>				
Constructores de objetos de mimbre (Sociedad de obreros)	38	40	52	54
Esquiladores "La Tijera" (Sociedad de)	25	--	20	15
Jardineros "La Aromática" (Sociedad de obreros)	43	48	48	98
Partidores y cortadores de leña (Sociedad de obreros)	38	--	--	--
TOTAL:	<u>144</u>	<u>88</u>	<u>120</u>	<u>167</u>
<u>Alimentación</u>				
Buñoleros-churreros (Unión de)	--	--	--	115
Confiteros, pasteleros y ensaimadores "Dulce Unión" y "Ramillete" (Sociedad de)	250	214	275	390
Dependientes de aves y caza (Unión de)	28	30	38	--
Dependientes de pescaderías (Sociedad de)	--	--	150	148
Dependientes de tablajerías y salchicherías (Unión de)	25	80	94	50
Dependientes de tahonas y despachos de pan "El Nuevo Gluten" (Sociedad de)	--	242	228	--
Dependientes de vaquerías, cabrerías y despachos de leche (Sociedad de)	--	--	--	150
"El Gluten"	250	255	300	229
Matarifes y similares "La Nave" (Sociedad de)	--	130	--	25

Molineros y obreros en fábricas de harinas (Sociedad de)	--	--	--	85
Mozos de fábricas de harinas	20	26	38	--
Mozos de plazas y mercados (Sociedad de)	82	90	100	--
Pan francés (Sociedad de obreros de)	495	498	519	400
Panaderos candelistas (Sociedad de obreros)	2.097	1.998	1.900	1.876
Pan de Viena (Nueva sociedad de obreros de)	279	285	300	329
Pastas para sopas (Sociedad de obreros de las fábricas de)	96	20	38	20
Repartidores de carne (Unión de obreros)	40	45	50	10
Repartidores de pan a domicilio (Sociedad de)	140	300	320	316
"La Unión Ultramarina Madrileña"	200	400	432	627
TOTAL:	<u>4.002</u>	<u>4.613</u>	<u>4.782</u>	<u>4.770</u>

Pequeña metalurgia

Broncistas y similares (Sociedad de obreros)	230	300	350	--
Calefacción y ascensores "La Progresiva" (Sociedad de obreros de)	--	98	88	325
Constructores de camas y colchones de muelle (Sociedad de obreros)	45	38	40	--
Constructores de carros "La Rueda" (Sociedad de obreros)	--	100	96	198
Constructores de carruajes (Sociedad de obreros)	58	600	920	600
Herradores "La Unión" (Sociedad de)	20	23	37	85

Joyereros y similares (Sociedad obrera de)	39	297	300	450
Metalúrgicos "El Baluarte" (Sindicato de)	--	--	--	2.000
Moldeadores en hierro (Sociedad de)	90	96	850	--
Moldeadores en metal (Sociedad de)	86	80	90	--
Montadores de calefacción	75	82	90	--
Obreros en hierro (Sociedad de)	800	820	942	--
Plateros y derivados (Sociedad de obreros)	89	95	100	96
Relojeros (Sociedad de oficiales)	140	140	140	144
TOTAL:	<u>1.597</u>	<u>2.687</u>	<u>3.953</u>	<u>3.898</u>
<u>Material eléctrico y científico</u>				
Lámparas de filamento metálico "La Fortaleza"	--	--	--	224
TOTAL:	--	--	--	<u>224</u>
<u>Industrias químicas²</u>				
"El Arte Fotográfico" (Asociación de dependientes de fotografía)	--	--	--	123
Auxiliares de farmacia (Unión general de)	150	123	150	190
Cajas de cartón (Sociedad de obreros en)	--	--	--	300
Constructoras de sobres y similares (Sociedad de)	--	--	--	198
Curtidores y oficios similares (Sociedad de trabajadores)	36	137	--	185
Estuchistas (Sociedad de obreros)	--	--	--	85
TOTAL:	<u>186</u>	<u>260</u>	<u>150</u>	<u>1.081</u>

Industrias de la construcción**Albañiles "El Trabajo"****(Sociedad de)****7.533 5.480 4.605 4.658****Barnizadores de estuco****(Sociedad de obreros)****75 78 90 --****Biseladores de lunas****(Sociedad de obreros)****-- -- -- 67****Carpinteros de armar****"La Verdad Social" (Sociedad de)****385 322 315 300****Decoradores en papel pintado****(Sociedad de)****3 10 25 85****Desmontistas****(Sociedad de obreros)****40 45 6 6****Embaldosadores "La Emancipación"****(Sociedad de)****300 283 308 260****Empedrados (Sociedad de)****160 155 180 175****Escultores-decoradores****(Sociedad de)****150 -- -- 165****Escultores de ornamentación****(Sociedad de obreros)****70 60 46 50****Estucadores a la catalana****(Sociedad de)****48 46 39 42****Estuquistas "La Solidaridad"****(Sociedad de)****215 188 190 176****Fontanería (Sociedad de obreros****municipales del ramo de)****-- -- -- 325****Fontaneros y vidrieros****(Sociedad de obreros)****-- 375 400 500****Fumistas (Sociedad de obreros)****190 150 190 130****Machacadores de piedra****(Sociedad de)****21 25 30 82****Marmolistas****(Sociedad de obreros)****460 461 134 450****Pavimentos de madera****(Sociedad de colocadores de)****99 67 45 60**

Peones en general (Sociedad de)	1.030	900	950	807
Pintores-decoradores (Sociedad de oficiales)	300	150	150	350
Poceros "La Piqueta" (Sociedad de obreros)	145	152	42	150
Portlandistas y constructores de mosaicos (Sociedad de)	150	90	90	150
Tejeros y similares (Sociedad de obreros)	101	109	257	204
TOTAL:	<u>11.475</u>	<u>9.346</u>	<u>8.092</u>	<u>9.192</u>

Madera

Aserradores a brazo	8	8	--	--
Aserradores, afiladores, tupistas y labradores mecánicos (Sociedad de)	96	94	100	300
Carpinteros de taller (Sociedad de)	1.500	1.280	1.200	1.100
Ebanistas y similares (Sociedad de)	692	1.135	1.211	1.400
Tallistas (Sociedad de obreros)	50	160	142	120
Tapiceros (Sociedad general de obreros)	120	125	98	175
TOTAL:	<u>2.466</u>	<u>2.802</u>	<u>2.751</u>	<u>3.095</u>

Confección, vestido y tocado

Artículos de piel (Obreros en)	30	35	22	60
Artículos de viaje (Sociedad de obreros en)	105	110	120	--
Boteros y corambreros (Sociedad de obreros)	--	--	--	35
Colchoneros (Sociedad de obreros)	24	24	24	16
Cordoneros, pasamaneros, galoneros y similares (Sociedad de)	--	--	--	92

Dependientes de sastrería	132	135	159	--
Dependientes de sastrería (Unión de)	--	150	160	140
Dependientes de zapaterías "La Probidad" (Sociedad de)	--	--	--	198
Escogedoras y clasificadoras de trapos (Asociación femenina de obreras)	--	--	--	125
Gorreros y similares "La Unión Gorrera" (Sociedad de obreros)	--	--	--	148
Guanteros (Sociedad de obreros)	--	--	--	24
Guarnicioneros y similares (Sociedad de obreros)	--	--	160	250
Modistas	45	50	60	--
Oficiales sastres	230	--	--	--
Peleteros "La Marta de España" (Sociedad de cortadores y dependientes)	43	46	45	45
Sastras de lo militar (Sociedad de obreras)	--	6	42	--
Sastres "La Razón del Obrero" (Sociedad de)	75	220	300	1.461
Sombrereros dependientes (Unión de)	--	--	--	185
Sombrereros fulistas (Sociedad de)	46	52	60	--
Sombrereros y planchadores (Sociedad de operarios)	46	25	120	57
Zapateros y guarnecedoras (Sociedad de obreros y obreras en calzado)	--	850	900	800
TOTAL:	<u>776</u>	<u>1.703</u>	<u>2.172</u>	<u>3.636</u>

Transportes ferroviarios

Sindicato de Madrid-Cáceres-Portugal (MCP)	1.990	780	710	1.787
Sindicato de Madrid-Villa del Prado y Almorox (MVA)	84	132	200	--
Sindicato de Madrid-Zaragoza-Alicante (MZA)	1.845	3.722	2.805	1.080
Sindicato del Norte	1.911	1.077	--	200
Sindicato del Tajuña	132	171	182	150
TOTAL:	<u>5.962</u>	<u>5.882</u>	<u>3.897</u>	<u>3.217</u>

Otros transportes terrestres

Conductores y similares	--	--	160	--
Conductores de carros (Sociedad de obreros)	600	100	150	50
Conductores de carruajes y similares (La Unión General de)	2.800	2.367	2.400	2.500
Mozos de cuerda	30	36	40	--
TOTAL:	<u>3.430</u>	<u>2.503</u>	<u>2.750</u>	<u>2.550</u>

Artes Gráficas y Prensa

Arte de Imprimir (Asociación General del)	1.374	1.348	1.337	1.600
Cerradores y repartidores de periódicos (Sociedad de)	30	37	50	200
Encuadernadores (Sociedad de obreros)	150	280	260	300
Fotograbadores	107	120	60	150
Grabadores de España (Asociación de)	--	--	--	50
Impresores (Asociación de)	498	625	510	500
Litógrafos (Asociación de obreros)	105	100	100	100

Periodistas (Asociación de)	20	23	40	--
Vendedores de periódicos "El Progreso"(Sociedad de)	94	--	47	47
TOTAL:	<u>2.378</u>	<u>2.533</u>	<u>2.404</u>	<u>2.947</u>

Agua, gas y electricidad

Gas, electricidad y similares (Sociedad general de obreros de las fábricas de)	520	625	664	1.690
TOTAL:	<u>520</u>	<u>625</u>	<u>664</u>	<u>1.690</u>

Comercio en general

Dependientes de carbonerías "La Emancipadora" (Sociedad de)	24	40	50	68
Dependientes de comercio (Asociación General de)	700	920	1.000	872
Dependientes de pompas fúnebres	24	23	28	30
Vendedores ambulantes (Sociedad general de)	139	145	142	148
TOTAL:	<u>887</u>	<u>1.128</u>	<u>1.220</u>	<u>1.118</u>

Hostelería

Camareros y similares (Agrupación General de)	700	923	957	850
Dependientes de vinos y licores y mozos del comercio en general (Sociedad de)	215	170	150	137
"La Unión del Arte Culinario" (Cocineros y reposteros)	600	--	285	639
TOTAL:	<u>1.515</u>	<u>1.093</u>	<u>1.392</u>	<u>1.626</u>

Servicios de higiene

Lavanderas y planchadoras (Sociedad de obreras)	48	47	45	23
Limpiabotas (Sociedad de dependientes de salones de)	49	--	--	--

Peluquerías y barberías (Asociación de dependientes de)	550	556	200	280
---	-----	-----	-----	-----

TOTAL:	<u>647</u>	<u>603</u>	<u>245</u>	<u>303</u>
--------	------------	------------	------------	------------

Banca, Seguros y Oficinas

Cobradores, escribientes y dependientes de los mercados de frutas (Sociedad de)	--	49	92	80
---	----	----	----	----

TOTAL:	--	<u>49</u>	<u>92</u>	<u>80</u>
--------	----	-----------	-----------	-----------

Espectáculos públicos

Coristas (Asociación de)	--	--	--	500
--------------------------	----	----	----	-----

Dependientes de teatros (Asociación de)	--	--	--	175
--	----	----	----	-----

TOTAL:	--	--	--	<u>675</u>
--------	----	----	----	------------

Otras industrias y profesiones

Fábrica de Tabacos	90	96	100	90
--------------------	----	----	-----	----

Juguetería (Sociedad de obreros y obreras del ramo de)	--	--	--	--
---	----	----	----	----

Licenciados y doctores (Sindicato de)	--	--	--	82
--	----	----	----	----

Maestros (Asociación general de)	--	--	--	150
----------------------------------	----	----	----	-----

Obreros municipales y del Estado (Unión general de)	--	487	600	285
--	----	-----	-----	-----

Profesiones y oficios varios (Sociedad de)	2.243	2.465	2.525	2.711
---	-------	-------	-------	-------

Profesores racionalistas	35	51	38	--
--------------------------	----	----	----	----

"La Vigilancia Subterránea"	150	160	170	--
-----------------------------	-----	-----	-----	----

"La X" (Sociedad de socorros mutuos de obreros empleados de las Sociedades de la Casa del Pueblo) ³	84	104	102	21
---	----	-----	-----	----

TOTAL:	<u>2.602</u>	<u>3.343</u>	<u>3.535</u>	<u>3.339</u>
--------	--------------	--------------	--------------	--------------

<u>TOTAL SOCIEDADES RESISTENCIA:</u>	<u>38.662</u>	<u>39.340</u>	<u>38.309</u>	<u>43.608</u>
---	----------------------	----------------------	----------------------	----------------------

OTRAS SOCIEDADES**(políticas, socorros)**

Agrupación Femenina Socialista	98	106	104	100
Agrupación Socialista Madrileña	942	848	1.061	2.000
Albañiles (Comisión de bases de)	20	20	--	--
Albañiles (Grupo socialista de)	--	--	--	93
Artístico-socialista (Sociedad)	30	33	39	--
Ateneo obrero	--	--	--	--
Camareros "El Alba" (Sociedad de socorros de)	270	270	290	--
Carruajes (Grupo Cooperativa de)	23	--	--	--
Casas baratas (Cooperativa obrera de)	--	125	87	80
Cobradores de Sociedades de la Casa (Grupo de)	--	--	--	33
Cocheros (Cooperativa de)	130	140	148	121
Cooperativa Socialista Madrileña	250	258	264	256
Dependientes de comercio (Grupo socialista de)	--	--	--	72
Ebanistas (Grupo previsor de)	12	25	12	12
Escuela de aprendices tipógrafos	60	75	90	--
Escuela Nueva	27	53	80	130
Escuelas laicas graduadas	200	130	140	125
Estudiantes socialistas (Grupo de)	--	--	--	120
Fundación del Patronato Cesáreo del Cerro	--	--	--	--
Imprenta (Sociedad de socorros mutuos de obreros de la)	350	345	333	318
Juventud Socialista Madrileña	200	150	170	327
Mutualidad Obrera (La)	10.738	10.902	10.574	10.500
<u>El Obrero Gráfico</u>	--	--	--	--

Panaderos (Grupo socialista de jóvenes)	--	--	--	100
Panaderos y similares (Montepío de obreros)	104	109	136	157
Pintores-decoradores (Grupo previsor de)	--	--	--	16
"Salud y Cultura" (Excursiones y deportes)	98	16	22	120
Socorros de ciegos "Esperanza y Fe" (Sociedad de)	85	90	65	50
<u>TOTAL OTRAS SOCIEDADES:</u>	<u>13.637</u>	<u>13.695</u>	<u>13.615</u>	<u>14.730</u>
<u>TOTAL OBREROS ASOCIADOS:</u>	<u>52.299</u>	<u>53.035</u>	<u>51.924</u>	<u>58.338</u>
	(*)	(*)		

1. La clasificación por oficios responde a los criterios que el Censo electoral social terminará implantando en los años veinte tras muchos intentos y la he adoptado como más clarificadora para este caso. Esta clasificación no siempre se corresponde con los criterios sindicales para agrupar los oficios, criterio muy variable y poco fiable. Basten un par de ejemplos: a los herradores la UGT los clasificaba en transporte en 1920, y en 1922 formaban parte del Sindicato Metalúrgico, también eran transportistas los constructores de carros, auténticos artesanos. Algunas actividades no resolvieron su inclusión en un oficio hasta más tarde (carpinteros de armar, fumistas), otras podrían estar en varios epígrafes (los dependientes en confección, alimentación, comercio), y otros nunca son clasificados por su actividad sino por el patrono (los trabajadores municipales). Sobre el muy discutible epígrafe de Químicas véase la nota 2.

2. El epígrafe "Químicas" engloba a lo que se conocía como "trabajadores del papel, cartón, caucho y escritorio". De ahí que se encuentren las sobreras, pertenecientes a la Federación de Artes Gráficas, a la que estaban próximos también los obreros de cajas de cartón. Del mismo modo a los curtidores se los asociaba con los zapateros en la Federación de Obreros en Piel. Más peliagudo ha sido el caso de los estuchistas (o petaquistas), en principio asociados con los encuadernadores (Gráficas), pero que trabajaban el cuero (Piel) y el caucho (Químicas).

3. Esta sociedad, aunque definida como de socorros mutuos, es incluida por Saborit entre las sociedades de resistencia en 1914 (véase cuadro x). Por ello aparece aquí.

4. La Casa del Pueblo, a través del ANE, ofrecía un total con 200 obreros más, porque repite en su relación la "Unión Ultramarina" por error.

5. En el ANE hay veinte obreros menos por error en la suma.

FUENTE: Elaboración propia a partir de los datos facilitados por el Consejo de Dirección de la Casa del Pueblo de Madrid y aparecidos en el Anuario Estadístico de España 1915, 1916, 1917 y 1919, Madrid, 1916-1917-1918-1921.

CUADRO 24. ENTIDADES OBRERAS EN MADRID EN 1919, CON FECHA DE CONSTITUCION Y NUMERO DE SOCIOS

GRUPO 2) TRABAJO DE LOS METALES

Sociedad La Unión de obreros herradores	4-viii-1915	116
"El Baluarte", Sindicato de metalúrgicos de Madrid	1-i-1919	6.280
"La Hoja de Haya", Sindicato de hormeros y chapadores de Madrid	8-iii-1919	20
Sindicato de metalúrgicos y similares	3-x-1919	82

GRUPO 3)B) INDUSTRIAS DEL VESTIDO Y TOCAJO

Sociedad de obreros y obreras en calzado	10-iv-1890	2.000
"La Probidad", Sociedad de dependientes y cortadores de calzado	1-xi-1899	350
"La Razón del Obrero", Sindicato madrileño de obreros de la aguja	1-ii-1900	3.000
Unión de dependientes de sastrería y similares	1-i-1901	150
Sociedad de lavanderas y planchadoras	19-iv-1902	375
Sociedad de obreros guanteros	20-ix-1902	30
Sociedad de operarios sombrereros, planchadores y similares	11-viii-1903	117
Sociedad de dependientes de salones de limpiabotas	10-i-1914	105
Asociación de dependientes de peluquerías y barberías	10-iii-1904	1.126
Asociación profesional de modistas	3-vi-1917	85
Agrupación católica de obreras sastras de la Mutual obrera femenina	25-viii-1918	100
Sindicato general de obreros sastres	29-xi-1918	36
Sindicato obrero femenino de bordadoras	18-xii-1918	300

Sindicato obrero femenino de modistas	18-xii-1918	400
Sindicato obrero femenino de costureras de ropa blanca	18-xii-1918	250
Sociedad de oficiales sastres "La Sensatez"	1-ii-1919	486
"La Unión Gorrera Madrileña", Sociedad de obreros gorreros y similares de ambos sexos	13-v-1919	350
Sindicato de limpiabotas "El Aseo del Calzado"	9-vi-1919	72

GRUPO 3)C) INDUSTRIAS DE LUJO.
JUGUETERIA, RELOJERIA

Sociedad obrera de joyeros y similares	23-v-1911	608
Sociedad de obreros plateros y derivados	12-i-1913	95
Sociedad de oficiales relojeros	1-x-1903	147
Sociedad de obreros y obreras del ramo de juguetería y similares	6-vii-1919	82

GRUPO 4)A) INDUSTRIAS DE TRANSPORTES

Sociedad de obreros constructores de carruajes	4-xi-1890	1.050
La Unión de cocheros, conductores de automóviles y similares de Madrid	1893	3.500
Sociedad de obreros constructores de carros "La Rueda"	1-iv-1899	380
Sociedad de obreros guarnicioneros y similares	10-ii-1900	250
Federación nacional de ferroviarios españoles: Sindicato de M.C.P.. Sección de Madrid	1-x-1912	850
Federación nacional de ferroviarios españoles: Sindicato del Norte. Sección de Madrid	22-x-1912	1.933

Federación nacional de ferroviarios españoles: Sindicato de M.Z.A.. Sección de Madrid	24-x-1912	2.000
Sindicato ferroviario del Tajuña	2-i-1913	240
Asociación general de conductores de carros de transportes de Madrid y su provincia	20-viii-1916	600
Federación nacional de ferroviarios españoles: Sindicato de Madrid a Navacarnero, Villa del Prado y Almorox	viii-1917	119
Federación mutualista de M.Z.A.. Sección Madrid	24-xi-1918	600
"La Velocidad", Asociación de conductores de automóviles y aspirantes	7-ii-1919	610
Sindicato católico de los ferroviarios españoles. Sección de Madrid	1-iii-1919	130
"El Trolley", Sindicato de obreros y empleados de la Compañía de tranvías	8-iv-1919	1.010
Sindicato católico de los ferroviarios españoles de M.Z.A.	30-viii-1919	150

**GRUPO 4)B) PRODUCCION Y TRANSMISION
DE FUERZAS FISICAS**

Sociedad general de obreros de fábricas de gas, electricidad y similares	18-iii-1903	2.560
Sindicato de obreros y dependientes de la Fábrica del gas	10-xi-1917	30

GRUPO 5)A) INDUSTRIAS DE LA CONSTRUCCION

Sociedad de obreros albañiles "El Trabajo"	1-viii-1888	6.500
Sociedad de obreros fontaneros y vidrieros de Madrid	21-x-1888	700
Sociedad de canteros y similares de Madrid	1890	900
Sociedad de obreros estuquistas "La Solidaridad"	14-xi-1890	170

Sociedad de decoradores en papel pintado	12-x-1892	75
Sociedad de obreros poceros de Madrid "La Piqueta"	20-xi-1897	350
Sociedad de embaldosadores "La Emancipación"	22-xii-1897	385
Sociedad de empedradores	14-xii-1898	180
Sociedad de escultores-decoradores	10-i-1899	323
Sociedad de oficiales pintores-decoradores	18-vi-1899	1.300
Sociedad de operarios fumistas	4-ix-1899	250
Sociedad de marmolistas	1-v-1900	450
Sociedad de portlandistas y constructores de mosaicos	5-iv-1901	220
Sociedad de obreros tejeros y similares	6-vii-1902	1.234
Sociedad de peones en general	5-xii-1905	2.387
Sociedad de estucadores a la catalana de Madrid y sus contornos	17-xi-1906	55
Sociedad de obreros escultores de ornamentación	23-iii-1908	50
Sociedad de machacadores de piedra	v-1911	24
Sociedad de peones camineros fijos municipales	27-iv-1912	237
Sindicato de pintores y similares	8-xi-1912	46
Sociedad de obreros municipales del ramo de fontanería	25-i-1917	200
Sindicato católico de albañiles	21-iii-1917	506
Sociedad de obreros biseladores de lunas	27-vii-1918	84
Sindicato católico de escultores, marmolistas y canteros	31-vii-1918	90

GRUPO 5)B) TRABAJO DE LA MADERA

Sociedad de carpinteros de taller	10-vii-1881	1.350
Sociedad de carpinteros de armar "La Verdad Social"	13-i-1893	350
Sociedad de colocadores de pavimentos en madera	15-viii-1900	80
Sociedad de obreros partidores y cortadores de leña	16-ii-1904	126
Sindicato de carpinteros y ebanistas	18-xii-1917	118
Sociedad de aserradores, afiladores, tupistas y labradores mecánicos	1-vii-1919	370

GRUPO 5)C) MOBLAJE

Sociedad de obreros tallistas	15-v-1887	250
Sociedad de ebanistas y similares	1-viii-1889	1.900
Sociedad de estereros y alfombristas	11-vi-1910	360
Sociedad general de obreros tapiceros	6-viii-1910	320

GRUPO 6)B) GANADERIA

Sindicato de esquiladores	17-xii-1914	25
---------------------------	-------------	----

**GRUPO 6)C) INDUSTRIAS FORESTALES
Y AGRICOLAS**

Sociedad de obreros jardineros y similares "La Aromática"	28-ii-1900	300
"El Clavel", Sindicato de jardineros municipales y similares	18-i-1913	228

GRUPO 6)D) INDUSTRIAS DE LA ALIMENTACION

Sociedad de obreros panaderos candealistas	28-iii-1892	2.176
Sociedad de obreros de fábricas de pasta para sopa	9-xii-1899	50
Sociedad de obreros en pan de Viena	1-iii-1901	400

Sociedad de obreros confiteros, pasteleros, etc.	24-xii-1902	836
Sociedad de obreros en pan francés	28-v-1907	600
Sindicato de dependientes de vaquerías "La Buena Marcha"	19-xi-1918	96
Sociedad de molineros y obreros de las fábricas de harinas	26-xii-1918	325
Sociedad de matarifes y similares	25-i-1919	140
Asociación de obreros de las fábricas de cerveza, gaseosa y hielo	24-iv-1919	413
Unión de buñoleros y churreros	5-v-1919	120
<u>GRUPO 7)A) INDUSTRIAS QUIMICAS</u>		
Sociedad de obreros curtidores y oficios similares	14-x-1899	315
<u>GRUPO 7)B) INDUSTRIAS ELECTRICAS</u>		
Sociedad de obreros en lámparas de filamento metálico "La Fortaleza"	10-vi-1919	348
<u>GRUPO 7)C) INDUSTRIAS RELATIVAS A LETRAS, CIENCIAS Y ARTES</u>		
Asociación del Arte de Imprimir	20-xi-1871	1.983
Sociedad de obreros encuadernadores	30-xii-1899	500
Sociedad de repartidores de periódicos de Madrid	30-xii-1899	500
Asociación de obreros litógrafos	19-x-1901	242
Asociación de impresores	2-viii-1902	800
Sindicato de tipógrafos y similares	18-x-1908	344
Sociedad de fotgrabadores	12-vi-1912	210
Sindicato de repartidores y cerradores de periódicos de Madrid	7-iv-1914	35

Sociedad de dependientes fotógrafos "Arte Fotográfico"	1-ix-1914	237
Asociación general de coristas de España	9-ix-1918	500
Asociación de dependencias de teatros	1-iii-1919	525
Sociedad de constructores de sobres y similares	14-v-1919	290
Sociedad de fundidores tipográficos y similares	13-vi-1919	90

**GRUPO 7)A) INDUSTRIAS VARIAS NO INCLUIDAS
EN LOS GRUPOS 1) AL 8)**

Sociedad de profesiones y oficios varios	28-v-1894	3.195
Sociedad de obreros boteros y corambreros	20-ix-1907	41
Sociedad de obreros colchoneros	8-vi-1911	45
Sindicato de obreros municipales del ramo de limpieza y riegos	6-iv-1912	250
Sindicato de obreros municipales del ramo de alcantarillas	18-ix-1912	60
Sociedad de obreros constructores de objetos de mimbre	10-i-1913	61
Sociedad de obreros en artículos de piel	20-i-1913	160
Sindicato de limpieza vecinal	15-iv-1913	37
Sindicato de obreros municipales de vías públicas	31-v-1913	47
Unión general de obreros municipales y del Estado	1-vi-1913	680
Sociedad-Unión de dependientes de Pompas Fúnebres	16-xii-1913	114
Sociedad de oficios y profesiones varias de Nuestra Señora del Pilar	31-i-1917	320
Sindicato de sirvientes y porteros	4-iv-1917	124

Sociedad de oficios varios	13-vii-1917	250
Sindicato de profesoras y señoritas de compañía de María Inmaculada	6-v-1918	400
Sociedad de obreros en cajas de cartón	27-vii-1918	300
Sociedad de obreros estuchistas	24-viii-1918	90
Sindicato obrero "Agrupación católica de sirvientas de La Mutual obrera femenina"	1-ix-1918	770
Sociedad de obreras clasificadoras de trapos	15-xii-1918	212
Sindicato obrero femenino de oficios varios	18-xii-1918	500
Sociedad de cordoneros, pasamaneros, galoneros y similares mecánicos	23-iii-1919	92
Sociedad de operadores de cinematógrafos de Castilla la Nueva	25-ix-1919	60
<u>GRUPO 8) COMERCIO</u>		
Sociedad española de comisionistas y viajeros de comercio	ii-1886	2.224
Agrupación general de camareros y similares	1-i-1896	1.620
Sociedad de obreros carboneros "La Emancipadora"	24-xi-1899	416
Sociedad general de vendedores ambulantes	16-iv-1901	1.196
Sociedad Unión de dependientes de tablaierías y salchicherías	7-vii-1901	100
Asociación general de dependientes de comercio	16-xi-1902	3.000
"El Nuevo Gluten", Sociedad de encargados, vendedores y mayordomos de tahonas	3-ii-1903	283
Unión general de auxiliares de farmacia	1-iii-1905	205
Dependientes internos del Gremio de vinos	1-iv-1910	710
Sociedad de vendedores de periódicos	1-xii-1910	600

Sociedad de dependientes de vinos, licores y mozos de comercio en general	16-i-1912	850
Sociedad de cobradores, escribientes y dependientes del mercado de frutas y verduras	22-vi-1913	500
Sindicato católico de empleados y similares	22-xi-1914	185
Sociedad de repartidores de pan a domicilio	24-xii-1914	600
Sociedad de dependientes de vaquerías, cabrerías y despachos de leche	31-viii-1916	945
Sindicato de prenderos y anticuarios ambulantes	24-i-1917	52
Sindicato general de dependientes de comercio "La Regeneración"	19-vii-1918	528
Sindicato obrero femenino de empleadas	18-xii-1918	965
Sección del trabajo de la Central de camareros	27-xii-1918	400
Dependientes de pescaderías	27-ii-1919	310
Asociación de dependientes de almacenes y comisionistas "La Actividad"	31-iii-1919	218
Agrupación de ayudantes de farmacia	4-iv-1919	85
Sociedad "Unión del Arte Culinario"	1-viii-1919	306
Sindicato de dependientes de la alimentación	15-ix-1919	2.125

FUENTE: Instituto de Reformas Sociales: Censo electoral social, Madrid, 1920.

CUADRO 25. SOCIEDADES OBRERAS EN MADRID 1919-1923

SOCIEDADES DE RESISTENCIA

* = No afines a la Casa
del Pueblo

	<u>1919</u>	<u>1920¹</u>	<u>1921</u>	<u>1922</u>	<u>1923</u>
<u>Agrícolas y forestales</u>					
Esquiladores "La Tijera" (Sociedad de)	20	(20)	20	20	--
Jardineros "La Aromática" (Sociedad de obreros)	78	--	58	85	46
Jardineros municipales "El Clavel" (Sindicato de)*	152	126	150	140	122
Parques y jardines (Sociedad de obreros municipales del ramo de)	--	--	--	--	136
TOTAL:	<u>250</u>	<u>146</u>	<u>228</u>	<u>245</u>	<u>304</u>
 <u>Alimentación</u>					
[Artes Blancas Alimenticias (Sindicato de obreros de las)]	--	--	--	[4.500	4.392]
Buñoleros y churreros (Sindicato general de)*	--	--	--	--	50
Buñoleros-churreros (Unión de)	--	105	112	98	100
Cerveza, hielo y gaseosas "EL Momento" (Sociedad de obreros de fábricas de)	210	(210)	50	378	378
Confiteros, pasteleros y ensaimadores "Dulce Unión" y "Ramillete" (Sociedad de)	400	(400)	400	461	439
Dependientes de pescaderías (Sociedad de)	200	226	120	125	150

Dependientes de tablaierías y salchicherías (Unión de)	80	--	--	--	--
Dependientes de tahonas y despachos de pan "El Nuevo Gluten" (Sociedad de)	260	254	254	237	242
Dependientes de vaquerías, cabrerías y despachos de leche (Sociedad de)	250	--	--	300	700
Galleteros, chocolateros y similares "El Brecke" (Sindicato de)*	--	--	--	--	75
Galleteros y similares "La Dulce Alianza" (Sociedad de)*	--	--	--	185	205
Matarifes y similares "La Nave" (Sociedad de)	33	--	--	--	--
Molineros y obreros en fábricas de harinas (Sociedad de)	160	--	--	--	--
Panaderos candelistas (Sociedad de obreros)	1.876	--	--	--	1.800
Pan francés (Sociedad de obreros de)	--	--	600	600	600
Pan de Viena (Nueva sociedad de obreros de)	350	--	--	--	553
Pastas para sopas (Sociedad de obreros de las fábricas de)	40	40	40	40	--
Repartidores de carne (Unión de obreros)	--	51	51	100	--
Repartidores de pan "La Defensa Individual" (Sociedad de)*	--	--	--	60	110
TOTAL:	<u>3.859</u>	<u>1.286</u>	<u>1.627</u>	<u>2.584</u> [5.786]	<u>5.402²</u> [6.160]

Pequeña metalurgia

Broncistas y similares (Sociedad de obreros)	--	--	--	793	--
Calefacción y ascensores "La Progresiva" (Sociedad de obreros de)	--	--	--	300	--
Cameros (Sociedad de)	--	--	--	143	--
Constructores de carros "La Rueda" (Sociedad de obreros)	190	255	208	95	306
Constructores de carruajes (Sociedad de obreros)	1.100	1.200	1.200	1.200	900
Doradores (Sociedad general de)*	--	80	--	62	50
Doradores (Sociedad de obreros)	--	--	34	84	--
Herradores "La Calzadora de Cuadrúpedos" (Sociedad de)*	--	--	--	30	33
Herradores "La Unión" (Sociedad de)	126	(126)	126	50	--
Joyereros y similares (Sociedad obrera de)	--	--	46	48	--
Metalúrgicos "El Baluarte" (Sindicato de)	4.000	6.300	4.000	6.300	5.400
Metalúrgicos y similares (Sindicato católico de)*	83	73	175	73	60
Moldeadores en hierro (Sociedad de)	--	--	--	400	--
Moldeadores en metal (Sociedad de)	--	--	--	125	--
Plateros y derivados (Sociedad de obreros)	324	--	--	298	--

Relojeros (Sociedad de oficiales)	--	202	188	180	177
TOTAL:	<u>5.912</u>	<u>8.325</u>	<u>6.027</u>	<u>8.072³</u>	<u>6.926</u>

Material eléctrico
y científico

Lámparas de luz eléctrica "La Luz Blanca" (Asociación católica de obreros de)*	--	--	--	135	137
TOTAL:				<u>135</u>	<u>137</u>

Industrias químicas

"El Arte Fotográfico" (Asociación de dependientes de fotografía)	150	(150)	30	96	35
Auxiliares de farmacia (Unión general de)	180	(180)	310	255	416
Cajas de cartón (Sociedad de obreros en)	300	(300)	300	206	200
Constructoras de sobres y similares (Sociedad de)	--	--	271	358	287
Curtidores y oficios similares (Sociedad de trabajadores)	--	165	195	250	270
Estuchistas (Sociedad de obreros)	89	(89)	--	--	--
TOTAL:	<u>719</u>	<u>884</u>	<u>1.106</u>	<u>1.165</u>	<u>1.208</u>

Industrias de la construcción

Albañiles (Sindicato católico de)*	--	1.080	600	390	1.465
Albañiles "El Trabajo" (Sociedad de)	7.232	12.897	14.494	14.687	14.937
Alfareros (Unión de)	--	--	--	52	43

Biseladores de lunas (Sociedad de obreros)	86	(86)	80	70	80
Canteros y similares (Sindicato católico de)*	--	--	--	--	50
Canteros y similares (Sociedad de)	--	660	--	660	724
Carpinteros de armar "La Verdad Social" (Sociedad de)	284	(284)	353	340	340
Carpinteros del hormigón armado y similares (Sociedad de obreros)*	--	--	--	--	80
Decoradores en papel pintado (Sociedad de)	--	50	50	50	50
Desmontistas (Sociedad de obreros)	--	--	50	27	48
[Edificación de Madrid y sus límites (Federación Local de obreros de la industria de la)]	--	--	--	19.000	20.000
Embaldosadores "La Emancipación" (Sociedad de)	300	280	462	525	550
Empedrados (Sociedad de)	205	(205)	205	225	230
Escultores-decoradores (Sociedad de)	165	(165)	165	--	--
Escultores de ornamentación (Sociedad de obreros)	50	(50)	30	35	43
Estucadores a la catalana (Sociedad de)	49	68	96	70	100
Estuquistas "La Solidaridad" (Sociedad de)	168	(168)	168	--	--
Fontanería (Sociedad de obreros municipales del ramo de)	150	(150)	136	162	195

Fontaneros y vidrieros (Sociedad de obreros)	700	(700)	700	875	669
Fumistas (Sociedad de obreros)	180	(180)	200	250	302
Machacadores de piedra (Sociedad de)	--	50	25	25	--
Marmolistas (Sociedad de obreros)	450	420	530	530	510
Pavimentos de madera (Sociedad de colocadores de)	68	85	68	85	130
Peones en general (Sociedad de)	1.100	--	2.985	3.600	3.000
Peones camineros fijos municipales (Sindicato de)*	--	150	150	130	124
Pintores-decoradores y similares (Sindicato de)*	--	122	68	84	--
Pintores-decoradores (Sociedad de oficiales)	--	--	900	900	1.200
Poceros "La Piqueta" (Sociedad de obreros)	200	--	250	260	385
Portlandistas y constructores de mosaicos (Sociedad de)	190	300	98	300	210
Tejeros y similares (Sociedad de obreros)	--	--	200	200	632
TOTAL:	<u>11.577</u>	<u>18.150</u>	<u>13.063</u>	<u>24.532⁴</u>	<u>26.097</u>

Madera

Aserradores, afiladores,
tupistas y labradores mecánicos
(Sociedad de)

355 378 378 378 386

Carpinteros, ebanistas
y similares
(Sindicato católico de)*

129 150 370 370 80

Carpinteros de taller (Sociedad de)	1.500	(1.500)	1.500	1.500	848
Ebanistas y similares (Sociedad de)	--	1.500	300	1.500	750
Tallistas (Sociedad de obreros)	120	300	100	300	150
Tapiceros (Sociedad general de obreros)	206	--	--	--	95
TOTAL:	<u>2.310</u>	<u>3.828</u>	<u>2.648</u>	<u>4.048</u>	<u>2.309</u>
<u>Confección, vestido y tocado</u>					
Artículos de piel (Obreros en)	--	120	90	108	60
Bordadoras (Sindicato obrero femenino de la Inmaculada de)*	200	250	250	250	92
Boteros y corambreros (Sociedad de obreros)	32	16	--	--	--
Colchoneros (Sociedad de obreros)	50	70	43	72	65
Cordoneros, pasamaneros, galoneros y similares (Sociedad de)	--	110	30	80	78
Dependientes de sastrería (Unión de)	150	234	234	234	--
Dependientes de zapaterías "La Probidad" (Sociedad de)	250	160	160	124	100
Gorreros y similares "La Unión Gorrera" (Sociedad de obreros)	--	150	157	342	90
Guanteros (Sociedad de obreros)	24	24	24	24	--
Guarnicioneros y similares (Sociedad de obreros)	250	210	146	197	100

Modistas (Sindicato obrero femenino de)*	300	300	300	300	285
Peleteros "La Marta de España" (Sociedad de cortadores y dependientes)	--	--	49	43	38
Ropa blanca (Sindicato femenino de)*	103	150	150	150	140
Sastras de lo militar "La Aguja" (Sociedad de obreras)	--	--	27	30	78
Sastres "La Razón del Obrero" (Sociedad de)	--	854	854	--	--
Sombrereros dependientes (Unión de)	90	120	--	120	--
Sombrereros y planchadores (Sociedad de operarios)	24	180	200	200	140
Zapateros y guarnecedoras (Sociedad de obreros y obreras en calzado)	--	1.600	1.600	800	800
Zapateros y similares (Sindicato católico de)*	--	--	--	--	35
TOTAL:	<u>1.473</u>	<u>4.548</u>	<u>4.464</u>	<u>3.074</u>	<u>2.101</u>
<u>Transportes ferroviarios</u>					
Maquinistas y fogoneros ferroviarios de MCP (Sección de)*	--	200	200	200	--
Maquinistas y fogoneros ferroviarios de MZA (Sección de)*	--	1.300	1.200	1.300	--
Sindicato Nacional Ferroviario, sección de Madrid (Zona 1)	--	--	2.000	2.000	2.400
Sindicato de Madrid-Cáceres-Portugal (MCP)	1.850	(1.850)	--	--	--

Sindicato del Tajuña	150	--	--	--	--
TOTAL:	<u>2.000</u>	<u>3.350</u>	<u>3.400</u>	<u>3.500</u>	<u>2.400</u>

Otros transportes terrestres
Carreteros y similares*

Carreteros y similares*	--	--	660	--	--
Conductores de carros (Sociedad de obreros)	100	100	100	--	--
Conductores de carruajes y similares (La Unión General de)	3.000	--	5.900	4.500	5.420
Chauffeurs y aspirantes "La Velocidad" (Sociedad de)	634	(634)	634	3.000	4.412
Mozos de cuerda matriculados en Madrid (Sociedad de)*	--	--	73	76	110
Tranviarios "El Trolley" (Sindicato de)*	--	504	975	1.458	--
TOTAL:	<u>3.734</u>	<u>1.238</u>	<u>8.342</u>	<u>9.034</u>	<u>9.942</u>

Artes Gráficas y Prensa

Arte de Imprimir (Asociación General del)	1.600	2.103	2.051	1.963	1.965
Cerradores y repartidores de periódicos (Sindicato de)*	--	50	--	50	50
Cerradores y repartidores de periódicos (Sociedad de)	200	450	385	450	453
Encuadernadores (Sociedad de obreros)	300	800	875	782	780
Estereotipadores (Asociación de)	--	--	--	86	97
Fundidores tipográficos (Sociedad de)	--	70	70	90	94
Grabadores (Asociación de)	--	65	51	60	60

Impresores (Asociación de)	--	1.200	1.102	1.120	1.223
Litógrafos (Asociación de obreros)	215	215	200	200	234
Periodistas y empleados de prensa (Sindicato de)	--	--	--	300	--
Tipógrafos y similares (Sindicato católico de)*	398	720	475	475	--
Vendedores de periódicos "El Progreso"(Sociedad de)	47	--	--	--	--
TOTAL:	<u>2.760</u>	<u>5.673</u>	<u>5.209</u>	<u>5.576</u>	<u>4.956</u>

Agua, gas y electricidad

Gas (Sindicato de obreros
y dependientes de
la Fábrica del)*

--	14	--	16	--
----	----	----	----	----

Gas, electricidad y similares
(Sociedad general de obreros
de las fábricas de)

2.225	1.050	1.460	1.300	1.120
-------	-------	-------	-------	-------

Instaladores y montadores
electricistas (Sociedad de)

--	--	--	--	415
----	----	----	----	-----

TOTAL:

<u>2.225</u>	<u>1.064</u>	<u>1.460</u>	<u>1.316</u>	<u>1.535</u>
---------------------	---------------------	---------------------	---------------------	---------------------

Comercio en general

Dependientes de almacén
y comisionistas "La Actividad"
(Asociación General de)*

175	--	--	--	--
-----	----	----	----	----

Dependientes de carbonerías
"La Emancipadora"
(Sociedad de)

56	(56)	56	80	70
----	------	----	----	----

Dependientes de la
distribución y administración
(Asociación General de)

3.000	3.000	3.000	4.156	3.000
-------	-------	-------	-------	-------

Dependientes de comercio
"La Regeneración"
(Sindicato católico de)*

--	--	500	500	300
----	----	-----	-----	-----

Prenderos y anticuarios (Sindicato de)*	--	--	149	149	--
Vendedores ambulantes (Sociedad general de)	148	--	--	--	--
TOTAL:	<u>3.379</u>	<u>3.056</u>	<u>3.705</u>	<u>4.885</u>	<u>3.370</u>

Hostelería

"El Arte de la Cocina"
(Asociación Católica)*

	--	--	--	60	--
Camareros y similares (Agrupación General de)	1.059	1.054	1.077	1.204	1.595
Dependientes de vinos y licores y mozos del comercio en general (Sociedad de)	--	--	--	--	227
Dependientes Internos del Gremio de Vinos del País (Sociedad gremial de)*	--	817	817	720	--
"La Unión del Arte Culinario" (Cocineros y reposteros)	350	200	300	120	--
"La Unión Hotelera de Empleados"*	--	--	--	--	93
TOTAL:	<u>1.409</u>	<u>2.071</u>	<u>2.194</u>	<u>2.104</u>	<u>1.915</u>

Servicios de higiene

Alcantarillas (Sindicato de
obreros municipales de)*

Lavanderas y planchadoras
(Sociedad de obreras)

Limpieza y riego (Sindicatos
de obreros municipales de)*

Peluquerías y barberías
(Asociación de
dependientes de)

	--	22	--	22	--
	--	--	24	24	29
	--	195	200	122	--
	300	400	400	1.040	1.150
TOTAL:	<u>300</u>	<u>617</u>	<u>624</u>	<u>1.208</u>	<u>1.179</u>

Banca, Seguros y Oficinas

Cobradores, escribientes y
dependientes
de los mercados de frutas
(Sociedad de)

-- 47 52 52 52

Empleadas (Sindicato obrero
femenino de)*

-- -- -- 200 110

Empleados y similares
(Sindicato católico de)*

-- -- -- 200 150

TOTAL:

-- 47 52 452 312

Espectáculos públicos

Dependientes de espectáculos
públicos (Asociación de)*

-- -- 145 145 --

Dependientes de teatros
(Asociación de)

280 525 450 525 501

TOTAL:

280 525 595 670 501

Otras industrias y profesiones

Carteros de Real Orden
(Asociación católica de)*

-- -- -- 130 116

Juguetería (Sociedad de
obreros y obreras del ramo de)

-- 400 400 400 --

"La Libertad del Trabajo"
(Obreros católicos)*

-- 114 90 82 --

Obreros y empleados
municipales (Federación de)*

-- -- 1.445 1.445 738

Obreros municipales
y del Estado
(Unión general de)

468 -- -- 1.443 1.750

Obreros municipales
de vías públicas
(Sindicato católico de)*

36 120 -- 40 35

Oficios varios (Sindicato
católico de)*

-- 500 358 358 321

Oficios y profesiones varias de Nuestra señora del Pilar (Sindicato de)*	334	--	--	--	--
Oficios varios (Sociedad de)*	--	--	--	171	960
Profesiones y oficios varios (Sociedad de)	--	2.260	2.168	2.247	2.386
Profesores (Sindicato católico de)*	--	--	--	--	70
Señoras de compañía (Sindicato de)*	--	--	--	--	140
Sirvientes y porteros (Sindicato católico de)*	--	146	--	495	362
TOTAL:	<u>838</u>	<u>3.540</u>	<u>4.461</u>	<u>6.811</u>	<u>6.878</u>

**TOTAL AFILIADOS
SOCIEDADES**

42.936 58.259 69.205 82.613 78.230

**TOTAL SOCIEDADES
DE LA CASA**

41.026 51.076 59.705 71.870 71.482

**OTRAS SOCIEDADES
(políticas, socorros)**

* = No afectas a la Casa
del Pueblo

Agrupación Femenina Socialista	102	(102)	102	102	60
Agrupación Socialista Madrileña	--	--	780	780	835
Arte de Imprimir (Caja de previsión para obreros del)	--	--	--	--	565
Artes Gráficas (Grupo socialista de)	--	--	--	--	155
Bomberos (Sociedad de socorros Unión del Cuerpo de)*	--	282	182	316	313

Café Colonial (Caja de Previsión y Ahorro del personal de)*	--	40	40	18	18
Camareros (Montepío de la Central de)*	291	288	288	313	371
Camareros "El Alba" (Sociedad de socorros de)	392	392	420	428	396
Camareros del Café Granja del Henar (Sociedad de socorros mutuos de)*	--	--	--	17	17
Casas baratas (Cooperativa obrera de)	78	(78)	78	100	100
Círculo Católico de obreros del Sagrado Corazón de Jesús*	--	800	--	800	800
Cocheros, conductores de automóviles y similares (Sociedad de socorros mutuos de)	--	1.000	--	1.000	931
Comercial e Industrial Madrileño (Montepío)*	--	--	--	1.698	2.154
"Compañerismo y Humanidad" (socorros mutuos)*	--	36	36	36	--
Compañía Internacional de Coches-camas (Asociación de los empleados de la)*	255	(255)	255	--	--
Compañía Madrileña de Panificación (Sociedad de socorros mutuos de obreros de la)*	--	--	--	80	84
Congreso de los Diputados (Caja de auxilios mutuos de los empleados subalternos del)*	--	--	--	--	86
Constructores de carruajes "El Ahorro Práctico" (Socorros)	23	23	--	--	--
Dependientes de las Pescaderías Coruñesas (Montepío de)*	165	168	168	169	--

Dependientes de zapaterías (Montepío de)	--	--	--	208	--
Ebanistas (Grupo previsor de)	--	--	10	20	8
Ebanistas (Sociedad de socorros de)	--	--	--	380	--
"La Enseñanza Católica"*	--	--	--	97	150
Fábrica de Tabacos "La Constancia" (Sociedad de socorros mutuos de obreros de la)*	80	--	--	--	--
Ferrovianos de Madrid, zona 1 (Sección de socorros de)	--	--	--	--	102
Gasistas, electricistas y similares (Sociedad de socorros mutuos de)	--	--	--	--	510
Girod S.A. (Caja de socorros de los empleados de la Casa)*	--	--	--	150	150
Imperio (Sociedad de socorros mutuos del personal de la Casa)*	--	--	--	--	34
Imprenta (Sociedad de socorros mutuos de obreros de la)	312	(312)	308	315	318
Imprenta Hijos de Emilio Minuesa (Sociedad de socorros mutuos de operarios de la)*	24	--	--	--	--
Imprenta Regino Velasco (Sociedad benéfica de socorros mutuos de operarios de la)*	--	61	--	70	--
Jardineros "La Gardenia" (Sociedad de socorros mutuos de)*	--	151	--	151	140
Juventud Obrera Social Católica*	--	110	103	103	187
Kodak España (Sociedad de empleados)*	--	--	--	--	153

Laboratorio Municipal (Asociación de socorros mutuos del personal del)*	--	--	--	--	121
Loewe (Sociedad de socorros mutuos de operarios de la Casa)*	100	100	100	--	--
Mahou (Montepío de personal de la Casa)*	--	--	--	104	103
Meneses (Sociedad de socorros mutuos de operarios de la Fábrica Viuda e Hijos de)*	--	--	--	59	65
Metropolitano Alfonso XIII (Asociación de empleados y obreros de la Compañía del)*	--	335	453	335	--
Moneda y Timbre (Asociación General de socorros mutuos del personal de la fábrica de)*	--	751	751	744	727
Museo del Prado (Montepío benéfico del personal del)*	--	64	64	69	64
Mutualidad Obrera (La)	9.475	10.900	10.000	9.869	10.236
Mutualidad Obrera Maurista*	525	250	289	260	260
Palace Hotel (Sociedad de socorros mutuos de obreros y empleados del)*	--	--	--	--	24
Panaderos y similares (Montepío de obreros)	192	--	197	480	556
Papel "La Paquita" (Sociedad de socorros mutuos de obreros de la fábrica de)*	--	--	--	--	37
La Papelera Española (Mutua Benéfica de empleados de)*	288	291	500	287	284
Peluqueros y barberos (Agrupación benéfica de dependientes)	--	--	125	110	96

Peones camineros y obreros fijos en vías públicas municipales (Sociedad mutualista de)	--	--	--	--	61
Pintores-decoradores (Grupo previsor de)	20	19	19	19	--
Pintores-decoradores (Sección de socorros de)	--	--	--	--	475
Platería de Dionisio García (Sociedad de previsión y socorros mutuos del personal de la fábrica de)*	--	--	--	68	55
"Salud y Cultura" (Excursiones y deportes)	--	--	50	50	100
"Seguro Médico" (Caja de Ahorro de empleados del)*	--	--	--	--	26
Servicio de reclamaciones e investigaciones del Norte (Agrupación benéfica de empleados del)*	--	--	--	--	217
Sirvientes "El Buen Deseo" (Sociedad de)*	--	220	--	220	--
Sobrinos de Lisárraga (Sociedad de socorros mutuos de operarios de la Casa)*	--	115	115	90	77
Socorros de ciegos "Esperanza y Fe" (Sociedad de)	--	--	--	98	142
Socorros mutuos a enfermos "La Gutenberg" (Sociedad de)*	--	26	26	26	27
Sombrereros (Montepío de)	--	--	--	--	50
Sombrereros (Sociedad de socorros del oficio de)	--	118	--	118	--
Tapiceros (Sociedad de socorros mutuos de)	--	161	161	161	--

Teléfonos (Asociación de socorros mutuos de los operarios de la Compañía Madrileña de)*	--	--	--	82	79
Tipógrafos (Sociedad de socorros mutuos de)	240	--	--	--	--
<u>TOTAL OTRAS SOCIEDADES</u>	<u>12.562</u>	<u>17.448</u>	<u>15.620</u>	<u>20.600</u>	<u>22.519</u>
<u>TOTAL OTRAS SOCIEDADES DE LA CASA</u>	<u>10.834</u>	<u>13.105</u>	<u>12.250</u>	<u>14.238</u>	<u>15.696</u>
<u>TOTAL GENERAL DE ASOCIADOS:</u>	<u>55.498</u>	<u>75.707</u>	<u>84.825</u>	<u>103.213</u>	<u>100.749</u>
<u>TOTAL GENERAL AFIN A LA CASA:</u>	<u>51.860</u>	<u>64.181</u>	<u>71.955</u>	<u>86.108</u>	<u>87.178</u>

1. Las cifras entre paréntesis reproducen las cifras del año anterior pero la fuente especifica que no son nuevos datos.

2. Las cifras entre corchetes son más fiables pues se han obtenido incluyendo Artes Blancas y excluyendo las secciones que lo componen (candeal, Viena, francés, confiteros, Nuevo Gluten). Las otras suman las secciones y excluyen Artes Blancas. Si sumamos Artes Blancas y las secciones duplicaríamos cifras. Para el total usamos la cifra entre corchetes.

3. Este total incluye a "El Baluarte", pero excluye a bronceistas, moldeadores en hierro y en metal, calefacción, herradores, cameros y plateros, secciones acogidas en él, para evitar la duplicación.

4. Las dos últimas columnas excluyen a la FLE que aglutinaba la mayor parte del sector de la construcción afín a la UGT de Madrid y sus aledaños (en 1922, Barajas, Leganés y Vicálvaro). Sumandolos obtendríamos una cifra casi doble de la real.

FUENTE: Ayuntamiento de Madrid. Junta Local de Reformas Sociales, Estadística del trabajo. Anuarios 1919-1923, Madrid, 1920-1925.

Cámara Oficial de Comercio de la Provincia de Madrid, Memoria comercial. Años 1922 y 1923, Madrid, 1923-24.

CUADRO 26. SECCIONES DE LA UGT EN MADRID 1920-1922

	<u>Mayo 1920</u>	<u>Agosto 1922</u>
<u>Agrícolas y forestales</u>		
Constructores de objetos de mimbre (Sociedad de obreros)	46	--
TOTAL:	<u>46</u>	--
 <u>Alimentación</u>		
[Artes Blancas Alimenticias (Sindicato de obreros de las)]	[3.326]	[4.381]
Cerveza, hielo y gaseosas (Sociedad de obreros de fábricas de)	--	48
Confiteros, pasteleros y ensaimadores "Dulce Unión" y "Ramillete" (Sociedad de)	740	469
Dependientes de alimentación	1.000	--
Dependientes de pescaderías (Sociedad de)	--	145
Dependientes de tahonas y despachos de pan "El Nuevo Gluten" (Sociedad de)	200	244
Molineros y obreros en fábricas de harinas (Sociedad de)	--	25
Pan francés (Sociedad de obreros de)	300	600
Pan de Viena (Nueva sociedad de obreros de)	380	416
Panaderos candealistas (Sociedad de obreros)	1.500	2.129
Repartidores de pan a domicilio (Sociedad de)	206	498
TOTAL:	<u>4.326</u>	<u>4.574</u>

Pequeña metalurgiaBroncistas y similares
(Sociedad de obreros)

1.300 793

Calefacción y ascensores
"La Progresiva"
(Sociedad de obreros de)

425 286

Constructores de camas
y colchones de muelle
(Sociedad de obreros)

120 143

Herradores "La Unión"
(Sociedad de)

126 43

Joyereros y similares
(Sociedad obrera de)

400 400

[Metalúrgicos "El Baluarte"
(Sindicato de)]

[5.200] [4.892]

Moldeadores en hierro
(Sociedad de)

675 387

Moldeadores en metal
(Sociedad de)

180 125

Obreros en hierro (Sociedad de)

2.500 2.726

Peones

-- 193

Plateros y derivados
(Sociedad de obreros)

-- 196

TOTAL:

5.726 5.292Industrias químicasConstructoras de sobres y
similares (Sociedad de)

265 272

Curtidores
y oficios similares
(Sociedad de trabajadores)

150 275

TOTAL:

415 547

Industrias de la construcción

Albañiles "El Trabajo" (Sociedad de)	6.719	14.123
Biseladores de lunas (Sociedad de obreros)	85	82
Carpinteros de armar "La Verdad Social" (Sociedad de)	297	340
Constructores en piedra artificial	--	140
[Edificación (Federación Local de Obreros de la)]	--	[18.238]
Embaldosadores "La Emancipación" (Sociedad de)	246	400
Escultores de ornamentación (Sociedad de obreros)	24	24
Estucadores a la catalana (Sociedad de)	50	105
Estuquistas "La Solidaridad" (Sociedad de)	150	--
Fontaneros y vidrieros (Sociedad de obreros)	450	700
Fumistas (Sociedad de obreros)	--	200
Marmolistas (Sociedad de obreros)	300	350
Pavimentos de madera (Sociedad de colocadores de)	51	70
Peones en general (Sociedad de)	990	2.150
Pintores-decoradores (Sociedad de oficiales)	1.200	685
Poceros "La Piqueta" (Sociedad de obreros)	--	250

Portlandistas y constructores de mosaicos (Sociedad de)	--	250
Tejeros y similares (Sociedad de obreros)	100	400
TOTAL:	<u>10.662</u>	<u>20.269</u>

Madera

Aserradores, afiladores, tupistas y labradores mecánicos (Sociedad de)	260	250
Carpinteros de taller (Sociedad de)	1.200	--
Ebanistas y similares (Sociedad de)	2.000	--
Tallistas (Sociedad de obreros)	120	--
TOTAL:	<u>3.580</u>	<u>250</u>

Confección, vestido y tocado

Artículos de piel (Obreros en)	27	70
Colchoneros (Sociedad de obreros)	16	--
Cordoneros, pasamaneros, galoneros y similares (Sociedad de)	--	80
Dependientes de zapaterías "La Probidad" (Sociedad de)	90	16
Guanteros (Sociedad de obreros)	--	100
Sombrereros y planchadores (Sociedad de operarios)	240	200
Zapateros y guarnecedoras (Sociedad de obreros y obreras en calzado)	1.900	1.900
TOTAL:	<u>2.273</u>	<u>2.366</u>

Transportes ferroviarios

Sindicato de Madrid-Cáceres-Portugal (MCP)	833	--
Sindicato de Madrid-Zaragoza-Alicante (MZA)	1.758	--
Sindicato del Norte	50	--
Sindicato Nacional de la Industria Ferroviaria (Sección Madrid)	--	1.571
TOTAL:	<u>2.641</u>	<u>1.571</u>

Otros transportes terrestres

Conductores de carruajes y similares (La Unión General de)	2.800	4.500
TOTAL:	<u>2.800</u>	<u>4.500</u>

Artes Gráficas y Prensa

Arte de Imprimir (Asociación General del)	2.052	1.982
Cerradores y repartidores de periódicos (Sociedad de)	279	385
Encuadernadores (Sociedad de obreros)	786	50
Fotograbadores	107	--
Fundidores tipográficos	80	98
Impresores (Asociación de)	1.069	1.155
Libreros	95	--
Litógrafos (Asociación de obreros)	110	252
TOTAL:	<u>4.578</u>	<u>3.922</u>

Agua, gas y electricidad

Gas, electricidad y similares
(Sociedad general de obreros
de las fábricas de)

2.016 1.320

TOTAL: 2.016 1.320

Comercio en general

Dependientes de carbonerías
"La Emancipadora" (Sociedad de)

-- 90

Dependientes de comercio
(Asociación General de)

2.000 2.000

Dependientes de pompas fúnebres

30 --

TOTAL: 2.030 2.090

Hostelería

Camareros y similares
(Agrupación General de)

989 1.052

TOTAL: 989 1.052

Servicios de higiene

Lavanderas y planchadoras
(Sociedad de obreras)

-- 24

TOTAL: -- 24

Banca, Seguros y Oficinas

Cobradores, escribientes y
dependientes de los mercados
de frutas (Sociedad de)

48 --

TOTAL: 48 --

Espectáculos públicos

Coristas (Asociación de)

200 512

Dependientes de teatros
(Asociación de)

400 436

TOTAL: 600 948

<u>Otras industrias y profesiones</u>		
Maestros	35	142
Obreros municipales y del Estado (Unión general de)	--	1.813
Profesiones y oficios varios (Sociedad de)	2.500	2.100
Profesiones liberales	90	90
TOTAL:	<u>2.625</u>	<u>4.145</u>
 <u>TOTAL SECCIONES</u>	 <u>45.355</u>	 <u>52.870</u>

FUENTE: Elaboración propia a partir de los datos de la UGT, Memoria y orden del día del XIV Congreso Ordinario... noviembre de 1922, Madrid, 1922.

CUADRO 27. HUELGAS, HUELGUISTAS Y JORNADAS EN MADRID PROVINCIA. 1914-1923

Años	Frecuencia (huelgas)				Extensión= huelguistas [Unanimidad] ¹	Intensidad (jornadas)	Amplitud media (E/F)	Duración media (I/E)	Intens. media (I/F)
	Con datos completos		Total real ²						
	Prov.	Capit.	Prv.	Cap.					
1914	9	9	9	9	2.391 [97%]	49.036	266	20	5.448
1915	10	9	11	9	3.033 [95%]	19.842	303	6	1.984
1916	14	12	14	12	3.562 [63%]	91.837	254	26	6.560
1917 ⁽³⁾	14	11	16	12	1.317 [78%]	102.778	94	78	7.341
1918	11	9	13	10	5.275 [73%]	76.312	479	14	6.937
1919	26	21	60	50	60.707 [98%]	547.802	2.335	9	21.069
1920	32	31	54	50	34.487 [94%]	804.581	1.078	23	25.143
1921	36	34	52	48	6.095 [77%]	143.405	169	23	3.983
1922	28	25	29	26	4.263 [91%]	97.834	152	23	3.494
1923	36	31	40	35	6.040 [82%]	156.364	168	26	4.343

TOTAL 1914- 1918	58	50	63	52	15.578 [77%]	339.805	269	22	5.859
TOTAL 1919- 1923	158	142	235	209	111.592 [94%]	1.749.986	706	16	11.076
TOTAL 1914- 1923	216	192	298	261	127.170 [92%]	2.089.791	589	16	9.675
MEDIA ANUAL 1914- 1918	12	10	13	10	3.116	67.961	--	--	--
MEDIA ANUAL 1919- 1923	32	28	47	42	22.318	349.997	--	--	--
MEDIA ANUAL 1914- 1923	22	19	30	26	12.717	208.979	--	--	--

1. La unanimidad mide el porcentaje de huelguistas con respecto al total de obreros empleados en el establecimiento/os en huelga. Este porcentaje suele tender a la baja en los informes del IRS, pues en varias huelgas se separan los huelguistas (voluntarios es de suponer) de los obreros obligados al paro. Por ejemplo, la unanimidad real de 1917 sería del 99%, pues deberían de sumarse 352 marmolistas "obligados" a la huelga. No es infrecuente que el IRS los sume a la hora de establecer el número de jornadas perdidas, pero no los refleja como huelguistas. En cualquier caso, estas tasas de unanimidad sí permiten revelar tendencias interesantes.
2. Incluye todas las huelgas de que tuvo datos el IRS, aunque no fuesen datos completos y no resultasen por tanto susceptibles de tratamiento estadístico. El porcentaje de huelgas plenamente conocidas se mantuvo alto entre 1914 y 1918 (entre el 85 y el 100%). En 1913 también fue del 100%.
3. Los datos de jornadas perdidas de 1917 resultan los mayores del período por el efecto distorsionante de la interminable huelga de marmolistas (oct. de 1917-mayo de 1918). Para hacerse una idea de su importancia, sin ella 1917 contaría con 15.343 jornadas perdidas tan sólo, con una duración media de 12 (y no de 78), y una intensidad media de 1.096. Véase la importancia de este dato, que nos dejaría 1917 como el año de menor intensidad huelguista y de los tres años de huelgas más cortas (y no como el de huelgas más largas).

FUENTE: Elaboración propia a partir de los datos del Instituto de Reformas Sociales, Estadística de las huelgas, 1914-1923, Madrid, 1917-25.

CUADRO 28. DURACION Y DIMENSIONES DE LAS HUELGAS EN MADRID CAPITAL 1914-1923

Años	De menos de 50 huelguistas	% sobre el total ¹	De más de 200 huelguistas	% sobre el total	De 5 días o menos	% sobre el total ²	De más de 50 días	% sobre el total
1914	5	56%	2	22%	1	17%	1	17%
1915	7	78%	1	11%	1	12%	3	37%
1916	7	58%	3	25%	1	9%	4	36%
1917	8	73%	1	9%	1	10%	3	30%
1918	1	11%	4	44%	0	0%	2	22%
1919	7	33%	10	48%	10	50%	2	10%
1920	6	21%	17	59%	2	6%	7	23%
1921	12	37%	9	28%	11	33%	2	6%
1922	11	46%	5	21%	6	26%	2	9%
1923	21	68%	3	10%	10	33%	4	13%
TOTAL 1914-1918	28	56%	11	22%	4	9%	13	30%
TOTAL 1919-1923	57	42%	44	32%	39	28%	17	12%
TOTAL 1914-1923	85	45%	55	29%	43	24%	30	17%

1. Los porcentajes de esta columna y la siguiente están realizados sobre el total de las huelgas de las que constan datos completos sobre huelguistas. Así, para 1920 sobre 29, en 1921 sobre 32 y en 1922 sobre 24. Para los restantes, el mismo número que consta como total en el Cuadro 27.

2. Los porcentajes para esta columna y la siguiente están establecidos a partir del número de huelgas en las que consta la duración y no del conjunto total. En 1914 son 6, en 1915 son 8, en 1916 hacen 11, en 1917 suman 10, en 1919 son 20, en 1921 son 33, en 1922 son 23 y en 1923 son 30. Para los años 1918 y 1920 son los mismos datos del cuadro 27.

FUENTE: Elaboración propia a partir de los datos del Instituto de Reformas Sociales, Estadística de las huelgas, 1914-1923, Madrid, 1917-1925.

CUADRO 29. HUELGAS DE MAS DE 200 TRABAJADORES EN MADRID
CAPITAL, 1914-1923

<u>1914</u>	
Cortadores de ladrillo	1.600
Confiteros y pasteleros	450
<u>1915</u>	
Panaderos candelistas	2.100
<u>1916</u>	
Tejeros (huelga general)	1.500
Ebanistas y similares	658
Joyereros engastadores y pulidores	275
<u>1917</u>	
Marmolistas	435*
<u>1918</u>	
Oficiales sastres	3.000
Camareros y cocineros de café y cervecerías	700
Repartidores de vaquerías, establos y despachos de leche	600
Curtidores	225
<u>1919</u>	
Obreros de la edificación	40.000
Obreros y empleados de la Fábrica de Tabacos	8.289
Modistas	2.700
Panaderos candelistas	2.500
Metalúrgicos	2.000

Poceros, albañiles y peones del subsuelo	1.700
Fundidores y mecánicos	1.200
Obreros de la construcción del Metropolitano	500
Tejeros y ladrilleros	500
Obreros de la fábrica de sobres y derivados	210

1920

Dependientes de comercio	10.000
Metalúrgicos	7.000
Panaderos	5.000
Panaderos, confiteros y molineros	4.350
Constructores de carruajes	1.200
Peluqueros y barberos	1.024
Joyereros	850
Cocineros y pinches	800
Obreros en cajas de cartón	600
Plateros y derivados	600
Cargadores del ferrocarril	550
Obreros de la fábrica de lámparas de filamento metálico	415**
Embaldosadores	395
Obreros de saterfías militares	300
Cargadores y repartidores de carbonerías	300
Portlandistas y mosaístas	250
Tintoreros	250

1921

Obreros del subsuelo	1.000
Encuadernadores	712
Descargadores de mercancías	600
Tramoyistas de teatro	472
Albañiles de las obras del Sr. Madurell	378
Peluqueros	300
Prácticos de farmacia	300
Curtidores	280
Fotógrafos	250

1922

Peones de los desmontes del Cerro Negro	1000
Canteros	800
Peones de la canalización del Manzanares	400
Obreros en cajas de cartón	300
Obreros de la construcción "París-Madrid"	243

1923

Empleados de Banca y Bolsa (huelga general)	2.720
Obreros de la construcción del Metropolitano	1.200
Peones del Cerro Negro	267

* = 83 huelguistas y 352 obreros obligados al paro

** = 362 huelguistas y 53 oligados al paro

FUENTE: Elaboración propia a partir de los datos del Instituto de Reformas Sociales,
Estadística de las huelgas, 1914-1923, Madrid, 1917-1925.

CUADRO 30. HUELGAS DE MAS DE 50 DIAS EN MADRID CAPITAL 1914-1923**1914**

Albañiles

75 (x-1914 a i-1915)

1915Tipógrafos del Asilo
de Huérfanos del Corazón de Jesús

78 (viii-1915 a xi-1915)

Constructores de mosaicos

68 (x-1915 a i-1916)

Tipógrafos de La Mañana

51 (xii-1915 a i-1916)

1916

Tipógrafos

78 (vi-1916 a ix-1916)

Marmolistas,
cincelistas y pulidores

200 (x-1916 a v-1917)

Ebanistas y similares

70 (xi-1916 a i-1917)

Tallistas

90 (xi-1916 a ii-1917)

1917

Fotograbadores

132 (vii-1917 a xii-1917)

Tipógrafos de la Imprenta Española

91 (viii-1917 a xi-1917)

Marmolistas

201 (x-1917 a v-1918)

1918

Tipógrafos

87 (iv-1918 a vii-1918)

Encuadernadores

115 (vii-1918 a xi-1918)

1919

Fundidores y mecánicos

59 (iv-1919 a vi-1919)

Metalúrgicos

56 (iv-1919 a vi-1919)

1920

Obreros de "La Fortuna"

64 (iii-1920 a vi-1920)

Embaldosadores

108 (v-1920 a ix-1920)

Portlandistas y mosaístas	102 (vi-1920 a ix-1920)
Joyereros	84 (x-1920 a i-1921)
Cortadores de calzado	61 (x-1920 a i-1921)
Ebanistas y tapiceros	70 (xi-1920 a i-1921)
Planchadores y dependientes de sombrererías	59 (xii-1920 a iii-1921)

1921

Tiradores de oro	54 (i-1921 a iii-1921)
Impresores de la Casa Blass y Cia.	52 (v-1921 a vii-1921)

1922

Entarimadores	60 (xii-1921 a ii-1922)
Metalúrgicos (talleres Roldán)	127 (vi-1922 a x-1922)

1923

Camareros de "La Viña P"	55 (i-1923 a iii-1923)
Litógrafos	53 (ii-1923 a iv-1923)
Camareros del Café Colonial	65 (iii-1923 a v-1923)
Cobradores y corredores de la Casa Singer	62 (vii-1923 a ix-1923)

FUENTE: Elaboración propia a partir de los datos del Instituto de Reformas Sociales, Estadística de las huelgas, 1914-1923, Madrid, 1917-1925.

CUADRO 31. RESULTADOS DE LAS HUELGAS EN MADRID CAPITAL 1914-1923

AÑOS	HUELGAS GANADAS	% DEL TOTAL ANUAL ¹	CON TRANSACCION	% DEL TOTAL ANUAL	HUELGAS PERDIDAS	% DEL TOTAL ANUAL
1914	2	22%	1	11%	6	67%
1915	2	22%	3	33%	4	44%
1916	6	50%	1	8%	5	42%
1917	3	27%	3	27%	5	45%
1918	2	22%	2	22%	5	56%
1919	13	62%	5	24%	3	14%
1920	6	19%	20	65%	5	16%
1921	8	24%	14	41%	12	35%
1922 ²	5	21%	17	71%	2	8%
1923	7	23%	9	29%	15	48%
TOTAL 1914-1918	15	30%	10	20%	25	50%
TOTAL 1919-1923	39	28%	65	46%	37	26%
TOTAL 1914-1923	54	28%	75	39%	62	32%

1. Porcentaje deducido del total de huelgas de un año, quinquenio o década, según el caso.

2. Los porcentajes de 1922 se establecen sobre 24, al haber una huelga de resultado desconocido.

FUENTE: Elaboración propia a partir de los datos del Instituto de Reformas Sociales, Estadística de las huelgas, 1914-1923, Madrid, 1917-1925.

**CUADRO 32. RESULTADOS DE LAS HUELGA\$ EN MADRID CAPITAL
RESPECTO A SU DURACION Y DIMENSIONES 1914-1923**

828

1. DE MENOS DE 50 HUELGUISTAS¹

PERIODOS	GANADAS	TRANSACCION	PERDIDAS
1914-1918	6 (21%)	5 (18%)	17 (61%)
1919-1923	19 (34%)	20 (36%)	17 (30%)
1914-1923	25 (30%)	25 (30%)	34 (40%)

2. DE MAS DE 200 HUELGUISTAS

PERIODOS	GANADAS	TRANSACCION	PERDIDAS
1914-1918	4 (36%)	3 (27%)	4 (36%)
1919-1923	11 (25%)	26 (59%)	7 (16%)
1914-1923	15 (27%)	29 (53%)	11 (20%)

3. DE 5 DIAS O MENOS

PERIODOS	GANADAS	TRANSACCION	PERDIDAS
1914-1918	1 (25%)	3 (75%)	0
1919-1923	16 (41%)	13 (33%)	10 (26%)
1914-1923	17 (40%)	16 (37%)	10 (23%)

4. DE MAS DE 50 DIAS

PERIODOS	GANADAS	TRANSACCION	PERDIDAS
1914-1918	2 (15%)	2 (15%)	9 (69%)
1919-1923	4 (24%)	5 (29%)	8 (47%)
1914-1923	6 (20%)	7 (23%)	17 (57%)

1. Para el total y el período de 1919-1923 falta una huelga de resultado desconocido.

FUENTE: Elaboración propia a partir de los datos del Instituto de Reformas Sociales, Estadística de las huelgas, 1914-1923, Madrid, 1917-1925.

CUADRO 33. HUELGAS EN MADRID PROVINCIA POR INDUSTRIAS 1914-1923¹

H=Huelgas; O=Obreros; J=Jornadas

	<u>CONSTRUCCION²</u>			<u>ALFARERIA Y CERAMICA</u>			<u>MADERA</u>			<u>MOBILIARIO</u>		
AÑOS	H	O	J	H	O	J	H	O	J	H	O	J
1914	2	191	12.750 (1 des.)	1	1.600	22.400	-	-	-	1	14	168
1915	-	-	-	2	24	1.041	-	-	-	-	-	-
1916	1	36	7.200	1	1.500	13.500	1	60	5.400	1	658	46.060
1917	2	143	87.615	-	-	-	-	-	-	-	-	-
1918	-	-	-	-	-	-	-	-	-	1	50	1.550
1919	5	42.707	89.148	-	-	-	-	-	-	-	-	-
1920	3	455 (1 desc.)	44.220 (1 des.)	1	250	25.500	2	79	758	1	22	1.540
1921	10	2.329	80.835 (1 des.)	1	130	2.080	-	-	-	1	34	1.190
1922	4	2.443	67.258	3	609	5.619	1	75	4.500	-	-	-
1923	6	1.837	43.562	1	20	306	-	-	-	2	43	164
1914-1918	5	370	107.565	4	3.124	36.941	1	60	5.400	3	722	47.778
1919-1923	28	49.771	325.023	6	1.009	33.505	3	154	5.258	4	99	2.894
1914-1923	33 (45)	50.141	432.588	10 (10)	4.133	70.446	4 (10)	214	10.658	7 (9)	821	50.672

ALIMENTACION				METALURGIA			TRABAJO DEL HIERRO³			VIDRIO Y CRISTAL		
AÑOS	H	O	J	H	O	J	H	O	J	H	O	J
1914	2	478	13.740	-	-	-	-	-	-	-	-	-
1915	1	2.100	6.300	1	195	6.825	1	35	Desc.	-	-	-
1916	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-
1917	1	26	338	1	160	4.160	-	-	-	1	15	450
1918	2	1.300	22.100	1	130	2.080	-	-	-	-	-	-
1919	1	2.500	5.000	3	3.350	183.400	-	-	-	-	-	-
1920	5	10.391	161.319	1	7.000	294.000	1	600	28.200	-	-	-
1921	-	-	-	1	Desc.	Desc.	-	-	-	1	Des	Des
1922	2	38	46	2	39	2.540 (1 des)	2	119	1.045	1	8	72
1923	2	25	484	-	-	-	1	70	630	-	-	-
1914- 1918	6	3.904	42.478	3	485	13.065	1	35	Desc.	1	15	450
1919- 1923	10	12.954	166.849	7	10.389	479.940	4	789	29.875	2	8	72
1914- 1923	16 (25)	16.858	209.327	10 (12)	10.874	493.005	5 (5)	824	29.875	3 (3)	23	522

ORNAMENTACION ⁴				VESTIDO			CUEROS Y PIELES			TEXTIL		
AÑOS	H	O	J	H	O	J	H	O	J	H	O	J
1914	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-
1915	-	-	-	1	18	270	1	38	2.898	-	-	-
1916	-	-	-	3	104	105 (1 des.)	-	-	-	-	-	-
1917	-	-	-	1	25	650	-	-	-	-	-	-
1918	-	-	-	1	3.000	30.000	1	225	2.700	-	-	-
1919	-	-	-	1	2.700	10.800	1	54	378	-	-	-
1920	1	40	1.200	4	336 (2 des.)	8.100 (2 des.)	1	24	168	1	250	6.500
1921	-	-	-	1	42	588	1	280	2.520	1	5	270
1922	-	-	-	-	-	-	2	28 (1 des.)	476 (1 des.)	-	-	-
1923	-	-	-	3	309	1.703	1	33	Desc.	-	-	-
1914- 1918	-	-	-	6	3.147	31.025	2	263	5.598	-	-	-
1918- 1923	1	40	1.200	9	3.387	21.191	6	419	3.542	2	255	6.770
1914- 1923	1 (2)	40	1.200	15 (23)	6.534	52.216	8 (10)	682	9.140	2 (2)	255	6.770

FORESTALES Y AGRICOLAS MINAS Y CANTERAS

TRANSPORTES⁵

DEL LIBRO

AÑOS	H	O	J	H	O	J	H	O	J	H	O	J
1914	-	-	-	-	-	-	1	62	248	2	46	Desc.
1915	1	600	1.200	-	-	-	-	-	-	2	23	1.308
1916	2	838	13.700	-	-	-	2	53	408	2	38	2.164
1917	2	700	5.700	-	-	-	2	162	1.280	4	86	2.585 (1 desc.)
1918	1	255	2.295	-	-	-	-	-	-	2	112	10.920
1919	3	300	3.200	2	289	1.710 (1 des.)	2	117	1.041	4	29	253 (1 desc.)
1920	-	-	-	-	-	-	3	1.829	27.634	-	-	-
1921	-	-	-	-	-	-	1	600	2.400	7	955	24.631
1922	-	-	-	-	-	-	5	236	2.886	2	152	1.248
1923	-	-	-	-	-	-	3	174	5.534	5	106	1.108
1914-1918	6	2.393	22.895	-	-	-	5	277	1.936	12	305	16.977
1919-1923	3	300	3.200	2	289	1.710	14	2.956	39.495	18	1.242	27.240
1914-1923	9 (15)	2.693	26.095	2 (2)	289	1.710	19 (28)	3.233	41.431	30 (34)	1.547	44.217

	<u>PAPEL, CARTON Y CAUCHO⁶</u>			<u>QUIMICAS</u>			<u>ELECTRICIDAD</u>			<u>TABACO</u>		
AÑOS	H	O	J	H	O	J	H	O	J	H	O	J
1914	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-
1915	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-
1916	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-
1917	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-
1918	-	-	-	2	203	4.667	-	-	-	-	-	-
1919	2	340	4.170	1	32	32	-	-	-	1	8.289	248.670
1920	1	600	12.600	-	-	-	1	362	2.698	-	-	-
1921	1	16	32	1	300	1.800	2	94	902	-	-	-
1922	1	300	11.400	-	-	-	1	200	600	-	-	-
1923	-	-	-	2	350	826	-	-	-	-	-	-
1914-1918	-	-	-	2	203	4.667	-	-	-	-	-	-
1919-1923	5	1.256	28.202	4	682	2.658	4	656	4.200	1	8.289	248.670
1914-1923	5 (10)	1.256	28.202	6 (7)	885	7.325	4 (6)	656	4.200	1 (2)	8.289	248.670

VARIAS⁷

AÑOS	H	0	J
1914	-	-	-
1915	-	-	-
1916	1	275	3.300
1917	-	-	-
1918	-	-	-
1919	-	-	-
1920	6	12.249	190.144
1921	7	1.310	26.157
1922	2	16	140 (1 desc.)
1923	10	3.073	102.047
1914-1918	1	275	3.300
1919-1923	25	16.648	318.488
1914-1923	26 (38)	16.923	321.788

1. En los totales de 1914-1923 he incluido entre paréntesis todas las huelgas calculadas, incluyendo las de información parcial. No doy los datos repartidos entre 1914-18 y 1919-23 por que sólo hay cinco huelgas con información parcial correspondientes al primer quinquenio, tres agrarias, una de la madera, y una de electricidad; el resto pertenece al período 1919-1923. Véase el Cuadro 27.
2. Se añaden: en 1914 la huelga de empedradores, conceptuada erróneamente como de transportes por el IRS; y en 1919 las de obreros del subsuelo y del Metro, clasificadas en "construcción de vías de comunicación", y que he refundido en construcción en general.
3. Esta sección aparece en las clasificaciones del IRS en 1920. Incluyo aquí la huelga de plateros, entonces en la sección de "Suntuarias", luego desaparecida.
4. Esta sección aparece en 1920.
5. Incluye la sección "Construcción de aparatos de transporte", luego desaparecida, y no incluye la huelga de empedradores de 1914, transferida a "Construcción".
6. Excluidas las huelgas de banca de 1923 incluidas inexplicablemente por el Ministerio de Trabajo. Se hallan en "Varias" con las restantes huelgas de bancarios.
7. Esta sección no aparece hasta 1920, sin embargo incluyo la huelga de joyeros de 1916, en principio en "Suntuarias", sección que luego fue suprimida. También incluyo las dos huelgas de "Espectáculos públicos" de 1921, sección que desaparecerá en los años veinte y las dos de banca de 1923, que fueron originalmente clasificadas en "Papel, cartón y caucho. Las componentes de esta sección tan variopinta son sobre todo del sector servicios. Entre ellas, destacan siete de peluqueros/barberos, cuatro de empleados de banca (3.009 obreros con 90.169 jornadas en total) y tres de dependientes de comercio (con 10.131 obreros y 82.438 jornadas).

FUENTE: Elaboración propia a partir de los datos del Instituto de Reformas Sociales, Estadística de las huelgas, 1914-1923, Madrid, 1917-1925.

CUADRO 34. HUELGAS POR INDUSTRIAS EN MADRID PROVINCIA 2

INDUSTRIA	% de huelgas sobre el total	% huelguistas	% jornadas	DURACION MEDIA	AMPLITUD MEDIA	INTENSIDAD MEDIA
Construcción	15%	39%	21%	9	1.519	13.109
Cerámica	5%	3%	3%	17	413	7.045
Madera	2%	0%	1%	50	53	2.664
Mobiliario	3%	1%	2%	62	117	7.239
Alimentación	7%	13%	10%	12	1.054	13.083
Metalurgia	5%	9%	24%	45	1.087	49.300
Del hierro	2%	1%	1%	36	165	5.975
Vidrio	1%	0%	0%	23	8	174
Vestido	7%	5%	2%	8	436	3.481
Cuero y piel	4%	1%	0%	13	85	1.142
Textil	1%	0%	0%	27	127	3.385
Agrícolas	4%	2%	1%	10	299	2.899
Minas	1%	0%	0%	6	144	855
Transportes	9%	3%	2%	13	170	2.181
Del libro	14%	1%	2%	29	52	1.474
Papel y cartón	2%	1%	1%	22	251	5.640
Químicas	3%	1%	0%	8	147	1.221
Electricidad	2%	1%	0%	6	164	1.050
Varias	12%	13%	15%	19	651	12.376

FUENTE: Elaboración propia a partir de los datos del Instituto de Reformas Sociales, Estadística de las huelgas, 1914-1923, Madrid, 1917-1925.

CUADRO 35. DATOS DE TAMAÑO Y DURACION DE LAS HUELGAS EN MADRID CAPITAL POR INDUSTRIAS

INDUSTRIA	Menos de 50 huelguistas	% sobre el total de cada industria	Más de 200 huelguistas	%	De 5 días o menos	%	De más de 50 días	%
Construcción	6	21%	14	48%	5	19%	4	15%
Cerámica	2	40%	3	60%	0	0	2	40%
Madera	1	25%	0	0	0	0	2	50%
Mobiliario	5	71%	1	14%	2	29%	2	29%
Alimentación	6	37%	8	50%	4	25%	1	6%
Metalurgia	2	22%	3	33%	1	11%	3	33%
Del hierro	1	20%	1	20%	1	25%	0	0
Vidrio	2	100%	0	0	1	33%	0	0
Ornamentación	1	100%	0	0	0	0	0	0
Vestido	7	58%	3	25%	2	15%	2	15%
Cuero y piel	5	71%	2	29%	0	0	0	0
Textil	1	50%	1	50%	0	0	1	50%
Transportes	9	47%	3	16%	7	37%	0	0
Del libro	24	80%	1	3%	6	23%	9	35%
Papel, cartón	1	20%	3	60%	2	40%	0	0
Químicas	1	33%	1	33%	1	33%	0	0
Electricidad	1	25%	1	25%	2	50%	0	0
Tabaco	0	0	1	100	0	0	0	0
Varias	10	38%	9	35%	9	36%	4	16%

FUENTE: Elaboración propia a partir de los datos del Instituto de Reformas Sociales, Estadística de las huelgas, 1914-1923, Madrid, 1917-1925.

CUADRO 36. RESULTADOS DE LAS HUELGAS EN MADRID CAPITAL POR INDUSTRIAS

INDUSTRIA	Total en Madrid capital	Ganadas	% sobre el total conocido	Transacción	%	Perdidas	%
Construcción	29	10	34%	13	45%	6	21%
Cerámica	5	2	40%	3	60%	0	0
Madera	4	1	25%	3	75%	0	0
Mobiliario	7	1	14%	3	43%	3	43%
Alimentación	16	1	6%	9	56%	6	37%
Metalurgia	10-1 se desc.-	6	67%	3	33%	0	0
Del hierro	5	0	0	3	60%	2	40%
Vidrio	3	1	33%	1	33%	1	33%
Ornamentación	1	1	100%	0	0	0	0
Vestido	14	5	36%	4	29%	5	36%
Cuero y piel	8	1	12%	5	62%	2	25%
Textil	2	1	50%	0	0	1	50%
Transportes	19	9	47%	8	42%	2	11%
Del libro	30	4	13%	5	17%	21	70%
Papel, cartón	5	2	40%	1	20%	2	40%
Químicas	3	0	0	3	100%	0	0
Electricidad	4	2	50%	1	25%	1	25%
Tabaco	1	0	0	1	100%	0	0
Varias	26	7	27%	9	35%	10	38%

FUENTE: Elaboración propia a partir de los datos del Instituto de Reformas Sociales, Estadística de las huelgas, 1914-1923, Madrid, 1917-1925.